Alexander Mikaberidze

LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS

UNA HISTORIA GLOBAL

Austerlitz, Bailén, Wagram, Borodinó, Trafalgar, Leipzig, Waterloo… son algunos de los nombres intrínsecamente asociados a las Guerras Napoleónicas, un conflicto que, a lo largo de más de dos décadas de lucha continuada, sacudió los cimientos de Europa, pero cuya onda expansiva se hizo sentir mucho más allá. La inmensidad de la guerra desatada entre Francia e Inglaterra, Prusia, Austria, Rusia y España y las consecuencias del terremoto político provocado tras la Revolución francesa han ensombrecido las repercusiones que las Guerras Napoleónicas también tuvieron a escala mundial.

A partir de una prodigiosa labor de documentación, Alexander Mikaberidze sostiene que este vasto conflicto solo puede entenderse por completo tomando en consideración todo el contexto internacional: las potencias europeas se disputaron la hegemonía en los campos de batalla del Viejo Continente, pero también en América, en África, en Oriente Medio, en Asia, en el Mediterráneo, en el Atlántico, en el Índico… Al recorrer cada una de estas regiones, la bella prosa de Mikaberidze desgrana los principales acontecimientos políticos y militares que jalonaron esta convulsa y transformadora época tanto en Europa como alrededor del mundo para construir con ello la primera historia global del periodo, que amplifica la visión tradicional que tenemos de las Guerras Napoleónicas y su papel determinante en la configuración del mundo moderno.

epublibre
X ANIVERSARIO

Alexander Mikaberidze

LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS

Una historia global

ePub r1.0
Watcher 16.07.2023

Título original: *The Napoleonic Wars. A Global History*
Alexander Mikaberidze, 2020
Traducción: Joaquín Mejía Alberdi

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Para Anna

«Estoy llamado a cambiar el mundo».

Napoleón a su hermano José

«Con el poder de las armas hemos ganado un imperio, y este debe continuar descansando en la fuerza militar. De otro modo caería, de la misma forma, ante una potencia superior».

Comité Secreto de la Compañía Británica de las Indias Orientales

«En cuanto a Napoleón, ¡qué hombre! Su vida fueron los pasos de un semidiós, de batalla en batalla y de victoria en victoria [...] Puede decirse que se mantuvo en un estado de iluminación constante; por ella su destino fue el más brillante que el mundo ha visto y probablemente jamás verá».

Johann Wolfgang von Goethe

«Entonces solo había un hombre vivo en Europa. Todos los demás intentaban llenarse los pulmones con el aire que él había respirado. Cada año, Francia le hacía un regalo de trescientos mil hombres jóvenes y él, con una sonrisa, tomaba esta nueva fibra arrancada del corazón de la humanidad, la retorcía entre sus manos y fabricaba una nueva cuerda para su arco. Entonces tomaba una de sus flechas y la lanzaba volando por el mundo, hasta que caía en un valle de una isla desierta, a los pies de un sauce llorón».

Alfred de Musset

«La historia no es el suelo en el que crece la felicidad. Los periodos de felicidad son las páginas blancas de la historia».

Georg Wilhelm Friedrich Hegel

PREFACIO

Desde hace ya tiempo se reconoce que, junto con las Guerras de la Revolución francesa, las Guerras Napoleónicas constituyen un único conflicto que duró alrededor de veintitrés años, que enfrentó a Francia con distintas coaliciones de potencias europeas y que produjo una breve hegemonía gala sobre casi toda Europa. Entre 1792 y 1815, Europa se vio inmersa en la inestabilidad y las transformaciones. La Revolución francesa desencadenó un torrente de cambios políticos, sociales, culturales y militares. Napoleón los extendió más allá de las fronteras del país. La pugna resultante fue de una escala y de una intensidad inmensas. Los Estados europeos no habían recurrido jamás a una movilización tan total de los recursos civiles y militares como la de aquel periodo. También fue una lucha entre grandes potencias a una escala verdaderamente global. Las Guerras Napoleónicas no fueron el primer conflicto que abarcó todo el globo –esta distinción tal vez le corresponda a la Guerra de los Siete Años, calificada por Winston Churchill, con una expresión que se haría célebre, de primera «guerra mundial»–. Sin embargo, las dimensiones y el impacto de esta contienda empequeñecieron, en comparación, a las demás guerras europeas. En el siglo XIX llegó a ser conocida como la «Gran Guerra». Las Guerras Napoleónicas, aunque provocadas por rivalidades en el seno de Europa, incluyeron luchas por territorios coloniales y por el comercio mun-

dial. Por su escala, alcance e intensidad, representan uno de los conflictos de mayores dimensiones de la historia. Napoleón, en sus esfuerzos por conseguir la hegemonía de Francia, se convirtió de forma indirecta en el arquitecto de las independencias de los países iberoamericanos, cambió la configuración de Oriente Medio, reforzó las ambiciones imperialistas británicas y contribuyó al ascenso de la potencia estadounidense.

A partir de la primavera de 1792, la Francia revolucionaria se vio inmersa en una guerra. En un primer momento, los franceses aspiraban a defender sus logros revolucionarios, aunque, a medida que transcurría la contienda, sus ejércitos fueron extendiendo los efectos de la Revolución a los Estados vecinos. Tras el ascenso al poder del general Napoleón Bonaparte, Francia volvió a políticas de expansión territorial y de hegemonía continental más tradicionales, ya practicadas antes por los monarcas Borbones. Bonaparte, nacido en la isla de Córcega, en el seno de una familia noble de ascendencia italiana, aunque venida a menos, estudió en escuelas militares francesas y obtuvo el grado de teniente en la artillería gala en 1785. La Revolución, de la que era partidario pese a sus raíces aristocráticas, abría, de forma antes inimaginable, las posibilidades de que un joven capitán de una plaza remota del Imperio francés hiciera carrera. Después de ascender rápidamente en los nuevos ejércitos revolucionarios, le fue concedido el mando de las fuerzas francesas que debían invadir Italia en 1796, donde alcanzó brillantes victorias que no solo aseguraron la Italia septentrional para Francia, sino que también contribuyeron a poner fin a la Guerra de la Primera Coalición –denominación que recibió el primer intento de detener la expansión gala más allá de sus fronteras–. La siguiente campaña de Bonaparte, en Egipto, fue un fiasco militar que no consiguió sus objetivos y que, al final, acabó con la salida de los franceses del país. Sin embargo, aumentó su fama de jefe resoluto y le ayudó a derribar al Gobierno francés en noviembre de 1799. Para enton-

ces, una década de convulsiones e incertidumbre había conseguido que la esperanza en un gabinete fuerte, y el orden y la estabilidad que este prometía, resultaran más atractivas que las ideas y las promesas de los revolucionarios radicales.

A pesar de su juventud (cumplió treinta años en 1799), el brillante general Bonaparte demostró las dotes que tenía para convertirse en una figura de autoridad respetada. Después de tomar el poder mediante un golpe de Estado, asumió el título de primer cónsul de la República y puso en marcha una ambiciosa política interior dirigida a dar estabilidad a Francia. Las reformas de 1800-1804 consolidaron los logros revolucionarios. El famoso Código Napoleónico reafirmó los principios fundamentales de la Revolución: igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y seguridad para la riqueza y la propiedad privada. Bonaparte, que no era un revolucionario ni un maníaco ansioso por el poder, le dio a Francia una forma de despotismo ilustrado enmascarado tras una fachada de ideales democráticos. El poder soberano descansaba solo en el gobernante, no en el pueblo. Aunque algunos historiadores lo describen como «hijo de la Revolución», sería más adecuado llamarlo hijo de la Ilustración. Bonaparte tenía escasa paciencia con el caos, la confusión y los cambios socioeconómicos radicales que las revoluciones suelen producir y, en varias ocasiones, expresó abiertamente su desprecio por las multitudes, que habían tenido un papel decisivo en el curso de la Revolución francesa. Bonaparte se sentía más cómodo dentro de las tradiciones que enaltecían el racionalismo y la autoridad política fuerte, así como la tolerancia y la igualdad ante la ley. Fiel a los principios del despotismo ilustrado, buscó construir un Estado francés sólido dándole al pueblo lo que él creía que necesitaba, pero sin albergar jamás el plan de abrazar la democracia republicana ni de entregar la soberanía a la voluntad popular.

Bonaparte, que fue proclamado «Emperador de los Franceses» con el nombre de Napoleón I, en 1804, es ampliamente recono-

cido como uno de los comandantes más grandes de la historia, aunque sus contribuciones originales a la teoría de la guerra son escasas. Su genio estriba en la habilidad para sintetizar innovaciones e ideas previas y aplicarlas de forma eficaz y coherente. Entre 1805 y 1810, tras aplastar a tres coaliciones europeas, la Francia napoleónica se alzó a la posición de potencia dominante del continente: sus dominios se extendían desde la costa atlántica española hasta las onduladas llanuras de Polonia. Por el camino, los ejércitos franceses provocaron importantes cambios en Europa. En este sentido, sí podría verse a Napoleón como «la revolución encarnada», definición empleada en una ocasión por el estadista austríaco Klemens Wenzel von Metternich, siempre que se entienda en un sentido práctico y no ideológico. Napoleón, una vez llegado al poder, perdió el celo ideológico radical que había caracterizado sus primeros años. Por otro lado, para derrotar a Francia, las monarquías europeas se vieron obligadas a entrar en la senda de las reformas e incorporar algunos elementos del acervo revolucionario francés, tales como una mayor centralización burocrática, el emprendimiento de reformas militares y la transformación de los súbditos en ciudadanos. También estimularon en el pueblo la conciencia de sus derechos, teniendo cuidado de desviar sus energías y pasiones patrióticas hacia la derrota de un enemigo exterior. En resumen, tuvieron que emplear contra Francia las ideas francesas.

No habría que entender las Guerras Napoleónicas como la mera continuación de las contiendas de la Revolución. Es más correcto verlas dentro del mismo marco que las guerras dieciochescas. Entre 1803 y 1815, las potencias europeas persiguieron, en repetidas ocasiones, sus respectivos objetivos nacionales tradicionales. Hubo dos constantes principales. La primera fue la determinación de Francia de crear un nuevo orden internacional que le otorgara la hegemonía. Desde este punto de vista, las políticas de Napoleón y la respuesta del resto de Europa nos re-

cuerdan al reinado de Luis XIV y los esfuerzos de la Gran Alianza para contener el expansionismo francés y preservar el frágil equilibrio de fuerzas europeo. La Revolución francesa añadió un importante elemento ideológico a las Guerras Napoleónicas, pero no borró los problemas geopolíticos que derivaban de rivalidades ya arraigadas.

La segunda constante fue la ya vieja rivalidad franco-británica, que ejerció un influjo considerable en el curso de los acontecimientos. Francia se mantuvo oficialmente en guerra con Gran Bretaña durante veinte años (doscientos cuarenta meses, a partir de 1793), mucho más que el tiempo que estuvo en guerra con Austria (ciento ocho meses, contando desde 1792), Prusia (cincuenta y ocho meses desde 1792) o Rusia (cincuenta y cinco meses desde 1798). Además, entre 1792 y 1814, Gran Bretaña multiplicó por más de tres su deuda nacional y gastó la astronómica cifra de sesenta y cinco millones de libras esterlinas en subsidios destinados a financiar las guerras contra Napoleón. De hecho, podría afirmarse que las Guerras de la Revolución y las Guerras Napoleónicas constituyeron una nueva fase de lo que a veces se ha llamado la Segunda Guerra de los Cien Años, librada entre Francia y Gran Bretaña desde 1689 –a consecuencia del apoyo galo al rey Jaime II, derrocado por la Revolución Gloriosa– hasta 1815, año en el que los sueños imperiales franceses concluyeron en Waterloo. Igual que en las contiendas anteriores (además de la Guerra de Sucesión española, tenemos la Guerra de Sucesión austríaca y la de los Siete Años), estas dos potencias no solo lucharon por la posición dominante en Europa, mas también en América, África, el Imperio otomano, Irán, la India, Indonesia, Filipinas, el mar Mediterráneo y el océano Índico.

La determinación (y capacidad) de Gran Bretaña era tal que el Gobierno británico mantuvo su acérrima oposición a Napoleón incluso cuando, durante muchos de aquellos años, tuvo que hacerlo en solitario. No obstante, la mayor parte del tiempo Gran

Bretaña fue la pieza central de un amplio abanico de coaliciones que trataron de contener los esfuerzos del emperador de los franceses por construir un imperio que abarcara todo el continente europeo. Tan pronto como se derrumbaba una coalición, Londres empezaba a trabajar para crear otra, siempre financiada con los beneficios obtenidos gracias a unas redes comerciales en rápido crecimiento y a un progresivo desarrollo industrial. La pugna entre Gran Bretaña y Francia fue, de hecho, la lucha entre dos sociedades en proceso de convertirse en imperios. Francia amenazaba, engatusaba o intimidaba a los Gobiernos vecinos del continente, pero lo mismo hacía Gran Bretaña, que utilizaba su poder económico y naval para construir y proteger un imperio comercial global. Un alto responsable británico opinaba en 1799: «Existe un axioma aplicable a la extensa utilización de la guerra por parte de este país: nuestro principal esfuerzo debe ser privar a nuestros enemigos de sus posesiones coloniales. Al hacerlo, debilitamos su poder y, al mismo tiempo, aumentamos los recursos comerciales que son la única base de nuestra fuerza marítima».[1]

Las Guerras de la Revolución francesa y las Guerras Napoleónicas han tenido ocupados a los historiadores durante los últimos doscientos años. Se han escrito miles de libros en torno al propio Napoleón y, si contamos también los títulos relacionados –acerca de las campañas, la política y la diplomacia de Napoleón, así como los centrados en sus adversarios y aliados–, el monto total alcanzaría, sin duda, los centenares de miles. Solo en la última década se han publicado numerosos nuevos títulos, entre ellos más de una docena de biografías de Napoleón. Las baldas de cualquier biblioteca digna de ese nombre crujen por el peso de las obras dedicadas a las Guerras Napoleónicas.

Sin embargo, tengo la firme convicción de que la historia de las Guerras de la Revolución y de las Guerras Napoleónicas es mucho más compleja de lo que ha abarcado el enfoque tradicio-

nal, que percibe aquella época como un mero trasfondo de la vida de Napoleón, o que solo está interesado en estudiar las guerras de las intermitentes coaliciones europeas. Es innegable que existe una enorme cantidad de obras académicas acerca de los aspectos militares y diplomáticos de la Era Napoleónica —*The Transformation of European Politics* de Paul Schroeder es uno de los mejores ejemplos de este género—, pero solo abarcan el continente europeo. Los escasos estudios que alcanzan a lo que sucedía más allá de Europa tienden a centrarse por completo en el marco de la rivalidad franco-británica y conceden escasa atención a los sucesos no relacionados con ella. Hace muy poco, por ejemplo, el historiador británico Charles Esdaile escribió la magistral *Napoleon's Wars: An International History*, «una historia de las Guerras Napoleónicas que refleja sus dimensiones paneuropeas y que escapa del francocentrismo».[2] Con todo, su atención está centrada de manera muy marcada en Europa.

Mi intención es contribuir al conocimiento histórico de estas guerras demostrando que, entre 1792 y 1815, los asuntos europeos no se desarrollaron aislados del resto del globo. De hecho, las sacudidas que irradiaron de Francia a partir de 1789 tienden a ocultar que las Guerras de la Revolución y del Imperio tuvieron repercusiones verdaderamente globales. Austerlitz, Trafalgar, Leipzig y Waterloo ocupan lugares preeminentes en las historias habituales de las Guerras Napoleónicas, pero además de esas batallas debemos también hablar de Buenos Aires, Nueva Orleans, los altos de Queenston, Ruse, Aslanduz, Assaye, Macao, Oravais y Alejandría. No podemos comprender de verdad la importancia de este periodo sin incluir las expediciones británicas a Argentina y Sudáfrica, las intrigas diplomáticas franco-británicas en Irán y en el océano Índico, las maniobras franco-rusas en el Imperio otomano y la luchas ruso-suecas por Finlandia. En lugar de pertenecer a la periferia del relato, nos llevan al núcleo de su relevancia.

Proporcionar un contexto global a las Guerras Napoleónicas nos desvela que, a largo plazo, su impacto fue mucho mayor en ultramar que en el propio continente europeo. Al fin y al cabo, Napoleón fue derrotado y su imperio borrado del mapa. Sin embargo, el mismo periodo fue testigo de la consolidación del dominio imperial británico en la India, una novedad crucial que permitió a Gran Bretaña alzarse con la hegemonía mundial en el siglo XIX. Este proceso de construcción imperial necesitó inmensas aportaciones de recursos humanos y materiales. Murieron más británicos en los años de esporádicas campañas en el Caribe y en las Indias Orientales que en la guerra librada en la península ibérica.[3] Pero aquellos años no solo fueron relevantes a escala global por la expansión británica. Los albores del siglo XIX presenciaron el despliegue de los planes expansionistas de Rusia en Finlandia, en Polonia y en el nordeste del Pacífico, a la vez que intentaba ganar territorio a costa del Imperio otomano y de Irán en la península balcánica y en el Cáucaso. En el mundo atlántico, las Guerras Napoleónicas presenciaron la competencia activa entre tres imperios europeos consolidados y la joven república estadounidense; todos ellos decididos a preservar su territorio y a intentar acrecentarlo a costa de sus competidores. Estados Unidos duplicó su extensión tras la compra del territorio de la Luisiana a los franceses y desafió a Gran Bretaña en la Guerra de 1812. En el Caribe, la Revolución francesa produjo la insurrección haitiana, la más decisiva de todas las rebeliones de esclavos de la costa del Atlántico. En Latinoamérica, la ocupación de España por Napoleón en 1808 espoleó los movimientos de independencia que acabaron con el imperio colonial español y crearon una nueva realidad política en la región. También se estaban desarrollando cambios cruciales en el mundo islámico, donde las convulsiones políticas, económicas y sociales en el Imperio otomano y en Irán sentaron las bases de la llamada «cuestión de Oriente». En Egipto, las invasiones francesas y británicas de

1798-1807 llevaron al ascenso de Mehmet Alí y al eventual surgimiento de un potente Estado egipcio que moduló los asuntos de Oriente Medio durante el resto del siglo. Tampoco Sudáfrica, Japón, China o Indonesia escaparon a los efectos de las pugnas europeas.

En un nivel más personal, después de estudiar y enseñar historia napoleónica durante más de dos décadas, pienso que hay una necesidad urgente de disponer de una perspectiva internacional. La historia nos enseña una verdad inexorable: las acciones tienen consecuencias cuyo eco perdura mucho tiempo después de los propios acontecimientos. Este periodo en cuestión sirve de clara demostración. Las Guerras Napoleónicas alteraron el curso de los acontecimientos en muchas partes del mundo. Sin ellas, la propia Revolución podría haber tenido una repercusión puramente europea, con escasa influencia en el mundo exterior. Pero las ambiciones de Francia y los esfuerzos del resto de Europa por frustrarlas llevaron a la extensión de la guerra hasta los confines más lejanos del mundo. Como observó un historiador estadounidense: «En parte de forma deliberada, en parte a su pesar, Napoleón convirtió la Revolución en un suceso crucial de la historia europea y mundial».[4]

Lo que sigue se divide en tres partes. La primera ofrece una visión general del periodo revolucionario, desde el principio de la Revolución francesa en 1789 hasta el ascenso al poder del general Napoleón Bonaparte en 1799. Aquí encontramos el trasfondo que contextualiza los sucesos posteriores; no sería posible comprender las Guerras Napoleónicas sin conocer la década que las precedió. La segunda parte está organizada de modo tanto cronológico como geográfico, para reflejar que los acontecimientos acontecían de forma simultánea por todo el mundo. Empieza con Europa en paz, en 1801-1802, y explora los esfuerzos de Napoleón para consolidar los avances conseguidos tras las Guerras de la Revolución y la reacción de Europa a los mismos.

Los capítulos 8 y 9 se concentran en las tensiones franco-británicas, que acabaron por estallar en un conflicto que al final engolfó al resto del continente. En los capítulos subsiguientes, el relato se distancia del enfoque tradicional centrado en Europa occidental y central para tener en cuenta otras áreas en conflicto como Escandinavia, los Balcanes, Egipto, Irán, China, Japón y América, lo que demuestra el alcance de las Guerras Napoleónicas. La tercera y última parte del libro traza la caída del imperio de Napoleón. En esta etapa, las Guerras Napoleónicas prácticamente habían concluido ya en Asia, de modo que la narración se desplaza a Europa y Norteamérica y culmina con la derrota de Napoleón y la convocatoria del Congreso de Viena. El último capítulo ofrece una visión amplia del mundo al acabar la guerra.

Al acometer esta obra, no he tenido más remedio que ser muy selectivo. Muchos temas se han dejado fuera o no se tratan con gran amplitud. Espero, sin embargo, que mis elecciones no resten fuerza al mensaje del libro y que este muestre, pese a todo, cómo y por qué las Guerras Napoleónicas –y quienes las libraron– influyeron en el curso de la historia por todo el globo.

AGRADECIMIENTOS

Yo, como la mayoría de las personas, supe de Napoleón en mis años de infancia. Este interés inicial se convirtió en una auténtica pasión cuando, durante una visita habitual a una tienda de libros de mi ciudad natal, Tiflis, en Georgia, descubrí un volumen polvoriento: era la biografía del emperador francés escrita por el gran historiador soviético Albert Manfred. Quedé tan hechizado por las hazañas de Napoleón que busqué por todas partes más libros, tarea nada fácil en la confusión política y económica que siguió al colapso de la Unión Soviética. Desde entonces, he dedicado más de dos décadas al estudio de Napoleón y este se ha convertido en una de las experiencias que han marcado mi vida. Fue la fascinación por el emperador la que me permitió dejar atrás mi patria, asolada por la guerra, en pos de una nueva carrera académica, y me llevó a viajar por todo el mundo, conocer a mi esposa e ir en busca del «sueño americano». Napoleón, de muy diversas formas, cambió mi vida.

A lo largo de los años, mis opiniones acerca de Napoleón han evolucionado, desde la ilimitada admiración de mi juventud hasta una valoración mucho más circunspecta del individuo y de sus talentos. Su personalidad es crucial para comprender los turbulentos años que marcaron Europa al empezar el siglo XIX. Napoleón era un lector voraz, dotado de una prodigiosa memoria y de una mente analítica que, junto con su capacidad para seleccio-

nar los detalles realmente importantes, le convertía en un administrador muy eficiente. Poseedor de una de las mentes militares más grandes de la historia, fue un visionario asombroso, y la escala de sus ambiciones continúa hoy fascinando a quienes se acercan al personaje. Sin embargo, otros de sus rasgos son difíciles de contemplar sin disgusto. Era un arribista y un manipulador que utilizaba a los demás en su provecho. Un egotista inclinado al nepotismo: recompensaba con largueza a sus familiares –incluso aunque le resultara evidente su continuada incompetencia–; sus exigencias de mayor eficiencia a veces desdibujaban los límites entre la legalidad y el delito, y explotaba con cinismo las debilidades humanas siempre que surgía la ocasión. No fue el «Ogro corso» que a menudo se nos quiere presentar, pero tampoco la figura romántica de la leyenda napoleónica. Fue un hombre cuyos numerosos talentos son innegables, pero cuyo papel y lugar en la historia exigen una valoración más matizada. En el interior de su incuestionable genio, se esconden múltiples defectos. Con todo, sea cual sea la opinión que uno tenga de él, sea cual sea el aspecto de sus logros acerca del que se debata, tanto si uno lo admira como excelente jefe militar como si lo condena en tanto que precursor de muchos dictadores posteriores, no puede negarse que fue un hombre que se hizo a sí mismo y que dominó su época como ningún otro individuo –esto lo reconocían, a regañadientes, hasta sus enemigos más acérrimos–.

Este libro es fruto de años de investigación y reflexión. A lo largo de este tiempo, he recibido apoyo, guía y ánimos de numerosos amigos, colegas y familiares. Me gustaría dar las gracias a todos, en especial a los que estuvieron ahí cuando me embarqué en este proyecto, hace una década, y que continuaron animándome cuando el sentido común podría haberles llevado a perder la paciencia. Mi familia ha vivido con Napoleón durante mucho tiempo; mis hijos, durante toda la extensión de sus vidas, aún cortas. Luka y Sergi se han convertido en *les marie-louises* y, a

menudo, juegan debajo de la mesa de mi despacho mientras esperan a que su padre acabe de escribir otra página más. Cada vez que viajo a Francia me piden, alegres, que le dé recuerdos al «tío Napo». Estoy agradecido a mi familia –a Levan, Marina, Levan Jr. y Aleko Mikaberidze y a Tsiuri, Jemal y Koka Kankia– por tolerar mi pasión napoleónica y los montones de libros y documentos napoleónicos repartidos por toda la casa durante tantos años. Este libro no habría sido posible sin su amor, paciencia y apoyo.

La primera idea de hacer una historia internacional de las Guerras Napoleónicas la tuve mientras cursaba mis estudios de posgrado en el Institute on Napoleon and the French Revolution de la Universidad del Estado de Florida. Tuve la fortuna de trabajar bajo la guía del profesor Donald D. Horward, un eminente estudioso napoleónico que dirigió a más de cien estudiantes de posgrado y que convirtió la citada universidad en uno de los centros más prolíficos para el estudio de la época revolucionaria. Su decisión de contestar a la simple consulta de un estudiante de un país asolado por la guerra tuvo profundas consecuencias en mi vida. Los méritos académicos que yo pueda tener se deben por completo a su inagotable tutela y guía. Igual de importante ha sido para mí el apoyo de J. David Markham: sin él, es probable que no hubiera emprendido mi carrera de historiador napoleónico.

He aprendido mucho gracias a la amistad y el saber de Michael V. Leggiere y de Frederick Schneid. Los meticulosos estudios de Michael en torno al colapso del Imperio francés en 1813-1814 han moldeado mi propia comprensión de aquel momento decisivo. Rick continúa asombrándome con la amplitud de su conocimiento y con su disposición a compartir y a ayudar. A pesar de una profunda dedicación a sus propias investigaciones, Michael y Rick han sido muy generosos con su tiempo al leer

muchas partes del manuscrito y compartir conmigo sus críticas, correcciones y sugerencias.

Mi editor en Oxford University Press, Timothy Bent, ha sido a la vez en extremo paciente y amable en su trabajo conmigo. Ha soportado numerosos retrasos y aceptado un manuscrito de mucho mayor tamaño que el que había encargado. Sin perder su simpático sentido del humor, me guio amablemente a través de la etapa de edición y me ayudó a refinar la obra, lo que le agradeceré eternamente. Tengo una larga deuda con mi agente, Dan Green, por su tutela y dedicación. Ha sido un verdadero placer trabajar con el notable equipo de Oxford University Press: Mariah White, Joellyn Ausanka y en especial mi correctora, Sue Warga, por su meticuloso escrutinio del texto. George Chakvetadze ha hecho un trabajo excelente en el diseño de los mapas de este volumen. También me gustaría agradecer a los lectores anónimos que, gracias a sus valiosas críticas, dieron mucha mayor solidez al libro.

A lo largo de los años, he tenido el privilegio de llegar a conocer y trabajar con un brillante grupo de estudiosos: Katherine Aaslestad, Frederick Black, Jeremy Black, Rafe Blaufarb, Michael Bonura, Alexander Burns, Sam Cavell, Philip Cuccia, Brian DeToy, Charles Esdaile, Karen Greene (Reid), Wolf Gruner, Wayne Hanley, Doina Harsanyi, Christine Haynes, Jordan Hayworth, Marc H. Lerner, Dominic Lieven, Darrin McMahon, Kevin D. McCranie, Rory Muir, Jason Musteen, Erwin Muilwijk, Ciro Paoletti, Christy Pichichero, Andrew Roberts, John Severn, Geoffrey Wawro y Martijn Wink. He aprendido mucho de ellos y les estoy agradecido por su constante apoyo y sus ánimos. Me he beneficiado enormemente de los conocimientos y los sagaces juicios de Alexander Grab, Sam Mustafa, Bruno Colson, Marco Cabrera Geserick, Michael Neiberg, Virginia H. Aksan, Jonathan Abel, Mark Gerges, John H. Gill y Morten Nordhagen Ottosen, que han sacado tiempo de sus ocupadas agendas para

leer partes del manuscrito y ofrecerme comentarios valiosísimos. Nathaniel Jarrett compartió generosamente el tesoro de documentos que ha ido encontrando en los archivos británicos; Heidrun Riedl me ayudó a investigar las vicisitudes militares austríacas en el Kriegsarchiv vienés. Echaré de menos los maravillosos debates acerca del impacto de las Guerras Napoleónicas en Oriente Medio con el fallecido Jack Sigler, oficial del Foreign Service, que sirvió durante décadas en la región y que compartió con generosidad sus conocimientos y experiencia conmigo. Mucho de lo que sé de la historia naval francesa es resultado de mi estrecha amistad con Kenneth Johnson, iniciada en la escuela de posgrado, cuando éramos todavía unos soñadores que iban por ahí en un Buick LeSabre de 1976, un auténtico navío rodante.

Fuera de Estados Unidos, estoy agradecido a Huw Davies por concederme la oportunidad de hablar de este proyecto en la conferencia internacional «Waterloo: The Battle That Forged a Century», celebrada en el King's College londinense en 2013. Dos años después, Peter Hicks me extendió una invitación similar para un simposio que tuvo lugar en la Fondation Napoléon, en París. A través de los años, Thierry Lentz, François Houdecek y Pierre Branda, de dicha fundación, han compartido generosamente su tiempo para tratar conmigo distintos aspectos de la historia napoleónica; todavía espero llegar a ver una historia del imperio napoleónico en lengua inglesa que pueda igualar a los volúmenes de la soberbia *Nouvelle histoire du Premier Empire* de Lentz. Me he servido de la ayuda y el consejo de muchos individuos repartidos por toda Europa, entre ellos Yves Martin, Dimitri Khocholava y Jovita Suslonova en Francia; Nika Khoperia, Beka Kobakhidze, Shalva Lazariashvili, Paata Buchukuri y George Zabakhidze en Georgia; Ciro Paoletti en Italia; Alexander Tchudinov, Dimitri Gorchkoff y Vladimir Zemtsov en Rusia; Michael Bregnsbo en Dinamarca; y Alan Forest y Jonathan North en Gran Bretaña. El proyecto *The Napoleon Series* en la

red, en el que llevo implicado muchos años, sigue siendo un lugar de inmensa utilidad para debatir e intercambiar ideas. Tengo una gran deuda con muchos de sus miembros, pero muy especialmente con Robert Burnham, Tom Holmberg y Steven Smith.

He tenido la suerte de poder beneficiarme, de múltiples formas, de la maravillosa atmósfera que han creado en la Louisiana State University-Shreveport (LSUS) mis colegas, en especial Gary J. Joiner, Cheryl White, Helen Wise, Helen Taylor, John Vassar, Blake Dunnavent y Bernadette Palombo, ya fallecida. Mi más sincero agradecimiento a Larry Clark, rector de la LSUS, y a Laura Perdue, directora ejecutiva de la LSUS Foundation, por su constante apoyo y ánimos. Este libro mejoró mucho por las conversaciones que tuve con los estudiantes de mis cursos acerca de la Revolución francesa y la Era Napoleónica, en especial Ben Haines, Autumn Cuddy, Ethan Puckett, Art Edwards, Zachary Favrot, Mitchell Williams, Douglas Smith y Aaron Kadkhodai. En la Noel Foundation, estoy en deuda con Robert Leitz, Shelby Smith, Delton Smith, Gilbert Shanley, Merritt B. Chastain Jr., Steven Walker, Laura McLemore, Stacy Williams, Dick Bremer y Richard Lamb por su entregado apoyo, que me permitió emprender viajes de investigación a archivos europeos y adquirir numerosos volúmenes para la colección napoleónica de la James Smith Noel Collection, cada vez mayor. Asimismo, estoy agradecido a la familia Patten, cuyo patronazgo de la cátedra Sybil T. and J. Frederick Patten Professorship me ayudó a investigar en los archivos diplomáticos franceses. Fuera del mundo académico, he conversado de las Guerras Napoleónicas con más gente de la que recuerdo, pero tengo una deuda especial, por sus consejos y ánimos, con Martha Lawler, Janie Richardson, Jerard R. Martin, Sara Herrington, Ernest Blakeney, Ray Branton, Dmitry y Svitlana Ostanin y Mikhail y Nataly Khoretonenko.

No hace falta decir que, a pesar de todos estos apoyos, solo yo soy responsable de los errores que pueda tener este libro.

Esta obra no podría haberse hecho sin el cariñoso apoyo y la dedicación de mi esposa, Anna Kankia, que ha soportado con estoicidad todas mis ausencias, viajes y obsesiones. Le dedico este libro con unas palabras de Catulo, 51: *Nam simul te aspexi, nihil est super mi*. Estas palabras son hoy tan ciertas como hace veinte años, cuando nos conocimos.

Alexander Mikaberidze

Shreveport, Luisiana

15 de agosto de 2019 (250 cumpleaños de Napoleón).

EUROPA EN 1789
límites del Sacro Imperio
0 100 200 kilómetros
0 100 200 millas
primer meridiano
N
SUECIA
Helsingfors
Åbo
San Petersburgo
Cristiania
Estocolmo
Revel
IMPERIO RUSO
DINAMARCA - NORUEGA
mar Báltico
Edimburgo
mar del Norte
Copenhague
Vilna
Königsberg
Dublín
GRAN BRETAÑA (en unión con Hannover)
Hamburgo
Stettin
PRUSIA
Danzig
POLONIA
HANNOVER
Vístula
Varsovia
PAÍSES BAJOS
Berlín
Londres
PAÍSES BAJOS AUSTRIACOS
Rin
SAJONIA
Aquisgrán
Fráncfort del Meno
Praga
GALICIA
Dniéster
París
IMPERIO DE LOS HABSBURGO
BAVIERA
Viena
Iași
Múnich
Buda
HUNGRÍA
MOLDAVIA
OCÉANO ATLÁNTICO
FRANCIA
SUIZA
Ginebra
Milán
VALAQUIA
PIAMONTE
Venecia
Bucarest
Burdeos
Turín
Belgrado
Danubio
Varna
La Coruña
Génova
Florencia
Bilbao
Toulouse
TOSCANA
Niš
IMPERIO OTOMANO
Oporto
Marsella
ESTADOS PONTIFICIOS
mar Adriático
Ragusa
Constantinopla
PORTUGAL
Madrid
Córcega
Barcelona
Roma
Tarento
Lisboa
ESPAÑA
Valencia
Nápoles
Yánina
mar Egeo
Córdoba
REINO DE NÁPOLES
Cartagena
islas Baleares
Palermo
Atenas
mar Mediterráneo
Sicilia
Gibraltar (británico)
Argel
Túnez
Creta

CAPÍTULO 1 | El preludio revolucionario

El 17 de febrero de 1792, el primer ministro británico William Pitt (el Joven) pronunció su habitual discurso presupuestario en la Cámara de los Comunes. Pitt, al abordar las circunstancias que Gran Bretaña atravesaba, formuló una profecía que se haría célebre: aunque la prosperidad del país no fuera algo garantizado, «en la historia de este país nunca ha habido ninguna época anterior en la que, por la actual situación europea, haya sido más razonable confiar en quince años de paz que en el momento actual».[1] Dos meses después empezaba una guerra que arrastró a Gran Bretaña a un cenagal que duró dos décadas.

Al leer el discurso de Pitt, no podemos evitar preguntarnos cómo pudo estar tan equivocado el primer ministro y por qué Gran Bretaña, en lugar de quince años de paz, vivió veintitrés de guerra. No hay que dejar de insistir en el papel de la Revolución francesa. La década revolucionaria que desencadenaron los sucesos de 1789 produjo una transformación institucional, social, económica, cultural y política en Francia y fue tanto fuente de inspiración como de horror en el resto de Europa y fuera de esta. Las contiendas que inspiró, que suelen enmarcarse de 1792 a 1802, constituyeron la primera guerra general europea desde la Guerra de los Siete Años, medio siglo anterior. Los ideales e instituciones revolucionarios se extendieron por la fuerza y tam-

bién por emulación. El lenguaje y las prácticas que alumbraron ayudaron a forjar la cultura política moderna.

El debate en torno a los orígenes de la Revolución francesa encierra una paradoja. Quienes participaron en ella y los comentaristas posteriores vieron en la misma un acontecimiento global, pero casi nadie buscó las causas globales. De hecho, gran parte de los estudios en torno a la Revolución caen en la categoría del «internismo», un enfoque que opera bajo la premisa de que las circunstancias internas de Francia aportan el único marco de referencia necesario para comprender los sucesos revolucionarios. El relato tradicional de las Guerras de la Revolución obedece a un patrón concreto: empieza en 1792, se centra en los acontecimientos de Europa Occidental y abarca los intentos franceses de salvaguardar su revolución ante las monarquías vecinas que, una por una, acabaron por tener que aceptar la paz con Francia. Sin embargo, este enfoque ofrece una perspectiva demasiado estrecha e ignora varios acontecimientos relevantes en otras partes del mundo, que fueron posibles gracias a la vulnerabilidad política y militar de Francia. La Revolución y sus guerras tuvieron lugar en el seno de unas tensiones políticas preexistentes que evidenciaron las debilidades de Francia y que, a la vez, estimularon las ambiciones imperiales de las potencias europeas en otras partes del globo. De hecho, algunos acontecimientos sucedidos en el este y el sudeste de Europa, en el nordeste del Pacífico y en el Caribe tuvieron consecuencias notables en la política internacional y en la situación europea en la víspera de la Revolución.

En las últimas décadas han surgido dos aproximaciones distintas para situar la Revolución francesa en un contexto más amplio. Siguiendo el camino trazado por Robert R. Palmer y Jacques Godechot, algunos historiadores empezaron a centrarse en

las experiencias compartidas y en las conexiones del mundo atlántico, explorando la circulación de las ideas, los individuos y las mercancías en el área del océano Atlántico.[2] Más recientemente, este «modelo atlántico» ha sufrido una transformación significativa para tener en cuenta la naturaleza global del comercio, las finanzas y la colonización dieciochescas. Este nuevo modelo opera dentro de un marco geográfico mucho más extenso y define el periodo de 1770 a 1830 como una era de «revoluciones imperiales» –en lugar de la «Era de la Revolución Democrática» que acuñó Palmer–, las cuales se vieron precipitadas por la competencia colonial y por las guerras emprendidas por las naciones coloniales europeas.[3]

Sea cual sea el modelo por el que se opte, una cosa está clara: la Revolución se precipitó por un conjunto de complejos problemas políticos, financieros, intelectuales y sociales, muchos de ellos con orígenes externos a la propia Francia. Uno de los procesos más cruciales fue el establecimiento de conexiones de comercio oceánico entre Asia, África, Europa y América en el siglo XVI, así como la aparición de circuitos comerciales mundiales en el XVII. Ambos pasos se dieron en el contexto de una feroz competición europea por la hegemonía diplomática, militar y económica. A mediados del siglo XVIII, la participación en la economía global, cada vez más creciente, era de una importancia primordial para las potencias rivales europeas, que buscaron el acceso y el control del comercio transcontinental con la construcción de enormes flotas, creando compañías comerciales, promoviendo la expansión colonial en ultramar y participando en el comercio transatlántico de esclavos.[4] A pesar de los reveses sufridos durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763), Francia no solo conservó su participación en el comercio atlántico de esclavos y en el comercio del océano Índico durante las décadas de 1760 y 1770, sino que aumentó ambas de manera considerable. El comercio de esclavos francés alcanzó su punto álgido en la

víspera de la Revolución: los franceses transportaron más de 283 897 esclavos entre 1781 y 1790, ante los 277 276 transportados por los británicos y los 254 899 de los portugueses.[5] Entre 1787 y 1792, la mayor parte de los buques que navegaban frente al cabo de Nueva Esperanza rumbo a la India no pertenecían a Gran Bretaña sino a Francia.[6] Pese a la derrota de la Guerra de los Siete Años, los franceses continuaron poseyendo un verdadero imperio comercial, un imperio que descansaba en redes extendidas por América, África y el Índico y que estaba sostenido por un sistema bancario que adquirió con rapidez unas dimensiones globales para hacer frente al volumen del comercio internacional, cada vez mayor.[7]

Esto acabó siendo una espada de doble filo. Francia dependía de la plata española, que importaba en grandes cantidades, para satisfacer la demanda de sus cecas y, a la vez, sostener el conjunto del sistema político-fiscal entonces vigente.[8] Sin embargo, varias circunstancias amenazaban el acceso a esta plata. En la década de 1780, el recién creado Banco Nacional español aumentó los controles a la exportación de moneda para preservar la posición de España en los mercados internacionales y el Gobierno español empezó a reevaluar la conveniencia de conservar a Francia en su posición tradicional de socio comercial preferente. Esto repercutió en la industria manufacturera francesa, que tuvo que hacer frente a aranceles más altos y una competencia mayor por parte de otros rivales europeos.[9] La firma del tratado comercial anglo-francés de 1786, que exigía la reducción de los aranceles entre ambos países, también resultó dañina para la economía gala, ya que permitió la entrada de los productos textiles e industriales británicos a su mercado y causó un daño considerable a las manufacturas del país.[10]

El comercio francés en la India dejaba mucho que desear. Los barcos galos que zarpaban hacia allí eran, en general, de menor tamaño que los de sus competidores. A diferencia de la Compa-

ñía Británica de las Indias Orientales, que llevaba a la metrópoli productos por un valor al menos tres veces superior al metálico que enviaba a la India, la balanza comercial francesa raramente estaba equilibrada. Entre 1785 y 1789, la Compañía de las Indias Orientales francesa sacó de Francia alrededor de 58 millones de *livres*[*1] entre mercancías y metálico, mientras que importó a Francia un valor de solo 50 millones de *livres*.[11] Los bienes importados planteaban retos adicionales. Los esfuerzos de la monarquía francesa por establecer el monopolio del tabaco y proteger la industria textil ante las importaciones de telas asiáticas llevaron, en realidad, al crecimiento de una economía sumergida que pronto adquirió una dimensión enorme y que tuvo importantes consecuencias políticas.[12] Para suprimir esta economía paralela fue necesario introducir cambios institucionales, entre ellos la ampliación de la Granja General, una compañía financiera privada a la que, a partir de 1726, se le había arrendado la facultad de recaudar impuestos indirectos (sobre el tabaco, la sal, la cerveza, el vino y otra serie de productos) a cambio de que adelantara enormes sumas a la Corona.[13] En las últimas décadas del siglo, la Granja General poseía un verdadero ejército de unos 20 000 agentes que contaban con el apoyo de una reorganizada comisión de justicia fundada por la propia Granja. Esta comisión trataba con dureza los casos de contrabando, sobre todo los relacionados con la sal y el tabaco. Los esfuerzos por suprimir la economía paralela llevaron al procesamiento de decenas de miles de personas y a la ampliación del sistema penitenciario francés.[14] Estudios recientes han demostrado que la gran mayoría (alrededor del 65 por ciento) de los motines fiscales, el tipo de revuelta más habitual en Francia durante el siglo XVIII, fueron provocados por las actuaciones del Gobierno para la supresión del contrabando.[15]

La continuada desobediencia ligada al contrabando ejerció una presión considerable sobre un Estado ya atribulado por su

incapacidad para equilibrar gastos e ingresos. Los monarcas franceses presidían un complejo sistema de servicios públicos que mantenía las carreteras, emprendía obras públicas y proporcionaba justicia, educación y servicios médicos. Todo esto exigía gastos considerables. Además, la corte real detraía grandes sumas, ya que el rey respaldaba los gastos de los cortesanos y concedía pingües recompensas y pensiones. Para compensar la insuficiencia de sus fuentes de ingresos, el rey vendía cargos públicos, práctica que reducía la eficiencia de estos y creaba autoridades independientes (y generalmente corruptas) que resultaban muy difíciles de deponer.[16]

Además, para mantener su posición relativa ante otros Estados, en especial durante la larga rivalidad con Gran Bretaña, los Borbones incurrieron, cada vez más, en ingentes gastos que lastraban la economía. Francia se mantuvo en estado de guerra continuo durante buena parte del siglo XVIII, lo que aumentaba de forma dramática los gastos militares, tanto en los años de guerra como en los de paz. En 1694 (un año de guerra), estos gastos sumaron unos 125 millones de libras. En 1788 (un año de paz) llegaron a 145 millones. En la víspera de la Revolución, más de la mitad del presupuesto francés, alrededor de 310 millones de libras, se destinaba al pago de los intereses de los préstamos adquiridos durante las guerras de los últimos cien años. Entre 1665 y 1789, Francia estuvo en guerra cincuenta y cuatro años, casi uno de cada dos. Las guerras del reinado de Luis XIV (1643-1715), en especial la Guerra de Sucesión española (1701-1714) que no produjo ganancias tangibles, debilitaron notablemente la economía gala y dejaron al Estado con una deuda estimada en 2000 millones de libras.[17] Estos problemas económicos se vieron exacerbados por una serie de costosas luchas emprendidas después de 1733. La derrota en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), que tuvo un coste total de 1200 millones de libras y por la que Francia tuvo que entregar a los británicos muchas de sus posesio-

nes coloniales en Canadá, la India y el Caribe, tuvo un profundo impacto económico en el reino y colaboró a poner en marcha procesos que llevaron a las revoluciones de ambos lados del Atlántico.[18] Aunque había heredado un reino debilitado financiera y militarmente, el rey Luis XV (que reinó entre 1774 y 1792) procedió a intervenir en Norteamérica, donde las fuerzas expedicionarias galas tuvieron un significativo papel, en 1783, en la lucha por la independencia de las colonias que formaron los Estados Unidos. Sin embargo, este éxito se obtuvo a costa de una gran inversión y no produjo recompensas tangibles que sirvieran para corregir el pésimo estado de las finanzas francesas.[19] Más bien sucedió lo contrario. Por su participación en la Revolución estadounidense, Francia tuvo que pedir prestados más de 1000 millones de libras, lo que llevó al Gobierno al borde de la bancarrota.[20]

Los impuestos no alcanzaban para financiar las guerras de Francia por los problemas ligados a la recaudación. Era un proceso bastante lento y enrevesado del que, además, los grupos sociales más ricos quedaban prácticamente exentos. De hecho, el dinero que sostenía las ambiciones coloniales francesas provenía de las finanzas globales. A lo largo del siglo XVIII, Francia tuvo que depender cada vez más del mercado internacional de capitales, donde podía conseguir enormes sumas de prestamistas extranjeros. Sin embargo, a diferencia de Gran Bretaña y de la república holandesa, que tenían un sistema de gestión de la deuda pública más transparente, el laberíntico sistema contable de Francia la obligaba a tener que aceptar intereses del 4,8 al 6,5 por ciento, mientras que los holandeses pagaban solo el 2,5 por ciento y los británicos entre el 3 y el 3,5.[21] Además, desde 1694, los británicos gestionaron su deuda a través del Banco de Inglaterra –los inversores compraban acciones del banco y este, a su vez, era quien proporcionaba los préstamos al Gobierno–. Francia también tenía deuda pública, pero no estaba gestionada ni garan-

tizada por un banco nacional (este no se creó hasta 1804) y el largo historial de aprietos financieros y de impagos parciales de la monarquía gala contribuía a que los tipos de interés de los préstamos que contraía fueran superiores al precio de mercado.[22] El crecimiento del comercio internacional y de los mercados de capital resultó una tentación demasiado fuerte para la monarquía francesa y la llevó, en los últimos años de la década de 1780, a estimular las inversiones especulativas en sus instrumentos crediticios. Un ejemplo fue la desastrosa especulación acerca del valor de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, refundada poco tiempo antes, que acabó costándole al Gobierno más de 20 millones de libras.[23]

Francia podría haber soportado estas tensiones financieras, de no ser por la incapacidad gubernamental para poner en marcha las reformas imprescindibles. Cualquier cambio en el *statu quo* significaba un ataque a los que disfrutaban de exenciones fiscales, en especial el clero y la nobleza, así como a los gremios, las corporaciones municipales y los Estados Provinciales[*2], los cuales tenían cierto papel en la asignación de la carga fiscal en los territorios bajo su autoridad. Además, los monarcas galos, aunque popularmente eran vistos como reyes absolutos, en realidad distaban mucho de ejercer una autoridad ilimitada y estaban obligados a gobernar según leyes y costumbres fijados a lo largo de los siglos. En este sentido, los Estados Generales y las cortes superiores de justicia reales –los trece *parlements*– representaban importantes escollos para a la autoridad real.[24] Los *parlements*, aunque formalmente eran cortes de justicia reales, en realidad funcionaban como organismos independientes cuyos miembros habían comprado sus puestos a la monarquía. Estas cortes superiores de justicia, en especial el poderoso *Parlement* de París, se alzaban como un potente contrapoder frente a la Corona y defendieron su potestad de revisar y sancionar cada una de las leyes promulgadas por aquella para garantizar que se atuvieran a las leyes tradi-

cionales del reino. En ausencia de instituciones representativas, los *parlements* (aunque representaran a la nobleza y protegieran sus intereses) decían defender los intereses del conjunto de la nación ante la arbitrariedad de la autoridad real y, a ojos de la opinión pública, eran la última barrera contra las tendencias «despóticas» de la monarquía.[25] Así, en las últimas décadas del Antiguo Régimen, el Estado francés tuvo que lidiar con dos tipos de «prerrevoluciones»: una plebeya, la extendida e intratable rebelión por el contrabando; y otra de las élites, que buscaba limitar la autoridad real.

La organización social habitual en la mayoría de los países europeos se articulaba en unos estratos dispuestos en un orden jerárquico sancionado por la religión y determinado por las leyes. Los distintos grupos y los individuos que los formaban eran explícitamente desiguales en estatus, derechos y obligaciones. Francia ofrecía una disposición clásica de esta jerarquización, en la que la función de cada individuo determinaba su posición. En su formulación más simplificada, esta sociedad consistía en tres órdenes o estados que se correspondían con la idea medieval de que unos rezaban, otros guerreaban y otros trabajaban en el campo o de otras formas. El primer estado era el clero, que estaba sujeto a su propio sistema judicial eclesiástico y que tenía derecho a la recaudación del diezmo. A lo largo de cientos de años, la Iglesia católica se había convertido en una institución rica que poseía grandes áreas de terreno y considerables bienes inmuebles. En algunos casos, como en el electorado de Baviera del sudeste de Alemania, la Iglesia era el mayor propietario de tierras. Había partes de Europa central donde los obispos y abades también eran príncipes seculares y presidían, de forma simultánea, una diócesis y un gobierno secular. Aunque los obispos y los abades disfrutaban de un estilo de vida lujoso, la clerecía encargada de las parroquias vivía de forma mucho más modesta, a menudo en la pobreza.

El segundo estado lo formaba la nobleza, cuyo estatus le concedía la recaudación de impuestos de los campesinos y el disfrute de numerosos privilegios, como la exención de la mayor parte de los impuestos directos o de casi todos. Además, las posiciones más elevadas de la Iglesia, el Ejército y la administración real estaban reservadas tradicionalmente a los nobles. Eran los mayores terratenientes en casi todos los países europeos y, en partes de Europa oriental, solían poseer también personas (los siervos), además de la tierra. Sin embargo, la nobleza no era un bloque monolítico y la mayoría de los nobles del Antiguo Régimen se hubiera visto en un aprieto en caso de tener que demostrar la antigüedad de los títulos. De hecho, las familias que podían trazar el origen de sus títulos a través de varias generaciones eran muy pocas. Aparte de los grandes nobles que monopolizaban los puestos de la corte y disfrutaban de enormes patrimonios, se encontraba la gran multitud formada por la pequeña nobleza, como la *noblesse de robe* (nobleza de toga) o la *noblesse de cloche* (nobleza de llave), cuyos títulos derivaban, respectivamente, de la asunción de algunos cargos al servicio del rey o de las corporaciones municipales, además de la *noblesse militaire*, que obtenía sus títulos gracias al servicio en la milicia. En Francia existía una flexibilidad considerable en el acceso a las filas de la nobleza, ya que el Gobierno vendía algunos cargos públicos que conferían títulos nobiliarios.

Los dos estados superiores disfrutaban, pues, de la mayoría de los privilegios y sus miembros veían en las reformas políticas una amenaza para sus respectivas posiciones. Entre los opositores más extremos a las reformas en Francia se encontraban numerosos miembros de la nobleza tradicional que habían vivido épocas mejores, pero que se agarraban desesperados a cualquier forma de privilegio para conservar su estatus.[26]

El tercer estado estaba formado por la gente del común, sin privilegios, que englobaba a la gran mayoría de la población. Era

un grupo diverso que carecía de intereses comunes, puesto que contenía desde los burgueses más ricos, que se mezclaban fácilmente con la nobleza, hasta los campesinos más pobres. En Francia, el número de ricos del común (comerciantes, fabricantes y profesionales), a menudo denominados «burguesía», creció notablemente en el siglo XVIII. Los comerciantes de Burdeos, Marsella y Nantes explotaron el comercio marítimo con las colonias del Caribe y del Índico, donde obtuvieron tremendos beneficios. Estos miembros del tercer estado estaban, desde luego, descontentos con el sistema político y social francés, que imponía una fuerte carga fiscal en sus espaldas sin concederles representación gubernamental.

El rol de la burguesía en el estallido de la Revolución francesa se ha debatido acaloradamente durante años y sentó las bases de la tesis de la llamada revolución burguesa, que entiende la eclosión revolucionaria como el resultado inevitable de la lucha del tercer estado por la igualdad. Las investigaciones históricas más modernas han restado fuerza a esta explicación, ante la evidencia de que el límite entre la nobleza y los burgueses ricos era fluido y que ambas clases tenían intereses comunes. Como ya hemos indicado, la nobleza francesa no era una casta cerrada y se renovaba de forma constante con la infusión de «sangre nueva» de las clases inferiores. En palabras del historiador británico William Doyle, la nobleza era «una élite abierta» y continuó siéndolo durante todo el siglo XVIII.[27] En la misma línea, otros han indicado que la burguesía aspiraba a incorporarse al estatus nobiliario, o que muchos nobles participaban en distintos negocios (industrias minera y textil, comercio con ultramar, etc.) que tradicionalmente se habían considerado reservados a la burguesía. Estos nobles abandonaron el tradicional desdén aristocrático por el comercio y los negocios, y poco a poco asumieron la mentalidad capitalista asociada a la clase media. De hecho, según este enfoque, en 1789, la línea que separaba a la aristocracia de la próspera

burguesía ya se había desdibujado y la destrucción de la aristocracia y sus privilegios, conseguida en la etapa inicial de la Revolución, no formaba parte de un programa previo de la burguesía. Se trató, más bien, de una respuesta improvisada a la violenta confusión que se extendió por el campo en julio y agosto de 1789 (el Gran Terror).

De los grupos que componían el tercer estado, el de los campesinos era el más numeroso y el que menos poder tenía. A diferencia de sus equivalentes de Europa oriental o central, la mayoría de los campesinos franceses disfrutaba de libertades garantizadas por la ley; algunos incluso eran propietarios de tierras, pero la mayoría las arrendaba a señores nobiliarios locales o a burgueses terratenientes. Las condiciones de vida rurales variaban según la región y estas diferencias influyeron luego en la reacción de los campesinos a los sucesos revolucionarios. En general, el campesinado tenía que realizar la *corvée* (trabajo gratuito para el terrateniente), pagar el diezmo y los impuestos reales y soportar los numerosos derechos señoriales y obligaciones que tenía con los terratenientes –estos podían ser igual nobles que ricos no pertenecientes a la nobleza–. En los últimos años del siglo XVIII, los campesinos, agobiados por los impuestos, habían llegado a adquirir una conciencia clara de su situación y estaban menos dispuestos a soportar el anticuado e ineficiente sistema feudal, mientras que los terratenientes intentaban restaurar antiguos privilegios que habían caído en desuso y trataban de extraer el máximo beneficio de sus propiedades para compensar el aumento del coste de la vida. Estas últimas prácticas avivaron las tensiones en el campo francés, entonces un lugar mucho más poblado que en el siglo anterior. La población de Francia había crecido con rapidez, pues había pasado de alrededor de 20 millones en 1715 a 28 en 1789. Para muchos, este aumento produjo mayor pobreza y penalidades, en especial durante los años de malas cosechas de la década de 1780 provocados por los cambios climáticos de la

década anterior. La producción de alimentos no era capaz de mantener el ritmo del crecimiento demográfico, circunstancia que contribuyó a la inflación y a que los precios se fueran distanciando de los salarios. Las actitudes seculares empezaron a ganar terreno en el campo y la tolerancia hacia el orden social existente comenzó a debilitarse.

Los movimientos revolucionarios, ha observado un prominente historiador francés, exigen «algún cuerpo de ideas unificadoras, un vocabulario común de esperanza y de protesta, algo, en resumen, similar a una "psicología revolucionaria" común». [28] El movimiento ilustrado proporcionó ese «cuerpo de ideas unificadoras». Los orígenes ideológicos de la Revolución francesa pueden conectarse directamente con la obra de los filósofos de la Ilustración, que promovían ideas radicales y pedían reformas sociales y políticas. Los argumentos intelectuales ilustrados habían sido leídos y debatidos con más interés en los círculos educados de Francia que en cualquier otro lugar. Los filósofos, aplicando un enfoque racionalista, criticaban el sistema político y social existente. En su obra *El espíritu de las leyes* (1748), Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de Montesquieu, ofrecía una novedosa reflexión política y pedía una monarquía constitucional que funcionara con un sistema de contrapesos entre los distintos poderes. Muchos filósofos participaron en una tarea ciclópea, la elaboración de la *Encyclopédie* editada por Jean d'Alembert y Denis Diderot, que aplicó un enfoque racional y crítico a una gran variedad de temas. Su gran éxito editorial contribuyó a un progresivo cambio de perspectiva en la opinión pública.

Las obras de Jean-Jacques Rousseau resultaron especialmente influyentes. En *El contrato social* (1762), Rousseau explicaba el surgimiento de las sociedades modernas como el resultado de complejos contratos sociales entre los individuos, los cuales eran iguales y poseían un interés común –lo que él llamó «la voluntad general»–. Rousseau defendía que, si el Gobierno no cumplía sus

obligaciones «contractuales», los ciudadanos tenían derecho a rebelarse y a reemplazarlo. Sus ideas alimentarían al sector demócrata radical del movimiento revolucionario. Sin embargo, Rousseau también pensaba que, aunque cada ciudadano tenía igual participación en el cuerpo político que los demás, quien quebrara las leyes acordadas por la voluntad general dejaba de ser un miembro del Estado y podía ser tratado «no tanto como un ciudadano, sino como un enemigo» –una idea que, a la luz del Terror y de los regímenes totalitarios posteriores, se demostró siniestra–.[29]

Uno de los principales frutos de la Ilustración fue el crecimiento de la opinión pública, formulada por una red no formal de grupos. En 1715, la tasa de alfabetización de Francia era del 29 por ciento en los hombres y del 14 por ciento en las mujeres. En 1789, había subido al 47 por ciento de los hombres y al 27 por ciento de las mujeres. En París, tal vez llegaba al 90 y al 80 por ciento, respectivamente. Este crecimiento ofreció a los escritores y publicistas la oportunidad de difundir conceptos políticos, religiosos y sociales a una audiencia más amplia. Ante todo, conviene destacar que la propia noción de que existiera una «opinión pública» independiente de la Iglesia y el Estado, a la cual podía apelarse como fuente de legitimidad, se desarrolló durante el siglo XVIII. En París, esta opinión pública se manifestaba en los salones, reuniones informales donde se congregaban con asiduidad artistas, escritores, nobles y otros miembros de la élite cultural. Los salones se convirtieron en foros de discusión de ideas muy variadas. Los ensayos y los trabajos literarios presentados en ellos después aparecían en los periódicos y revistas, cada vez más numerosos, que diseminaban aún más la información.[30]

La expansión del movimiento masónico, introducido desde Gran Bretaña a principios de la centuria, también estimuló los debates, ya que abogaba por una ideología igualitaria y de mejo-

ra moral sin tener en cuenta la jerarquía social. La difusión del librepensamiento se aceleró a partir de 1750 y afectó a gentes de distintos grupos sociales. Los cafés parisinos y de otras ciudades crearon salas de lectura en las que sus patrocinadores podían consultar y debatir acerca de una amplia gama de obras, muy en especial las de los filósofos. La última etapa de siglo XVIII también fue testigo de un rápido crecimiento en la impresión de panfletos, dirigidos en su mayor parte contra el Gobierno y que también criticaban profusamente a la familia real, en concreto a la reina María Antonieta, que era muy impopular. Algunos panfletistas llegaron a convertirse en célebres oradores y periodistas revolucionarios.

Las ideas abrazadas por los filósofos europeos no se limitaron al ámbito intelectual. El inicio de la Revolución de las colonias británicas de Norteamérica en la década de 1770, seguida de la Declaración de Independencia y la Constitución estadounidenses, tuvieron una fuerte influencia en la opinión pública europea: había quedado demostrado que era posible crear un sistema de gobierno democrático con representantes electos y sin un monarca. Francia estuvo expuesta a estas ideas con una intensidad especial por el apoyo activo del gabinete francés a las colonias norteamericanas (a partir de 1778) y contribuyó de forma sustancial a la victoria definitiva. Los salones y las salas de estar de París se animaban con las conversaciones en torno a Norteamérica. Cierto número de oficiales franceses prestaron allí sus servicios y, a su vuelta, se convirtieron en un efectivo aparato de propaganda (junto con estadounidenses residentes en París, como Benjamin Franklin y Thomas Jefferson) en la difusión de las experiencias estadounidenses.[31] El borrador de la Declaración de Independencia de Jefferson estaba hondamente enraizado en el pensamiento ilustrado y reflejaba la creencia en la universalidad de los derechos naturales. Esto significaba una quiebra con la práctica entonces vigente de legitimar la política en el poder de

la divinidad o en «antiguos derechos y libertades», como sucedía con la Carta de Derechos británica de 1689.[32] Esta actitud universalista fue la dominante entre los revolucionarios franceses, igual en 1789 que en 1793, durante el Terror. Estos expresaron, en repetidas ocasiones, la convicción de que actuaban en un escenario que trascendía las fronteras de Francia y que afectaba al futuro del conjunto de la humanidad.

Los años centrales de la década de 1780 fueron testigo de la eclosión de la crisis fiscal de la monarquía francesa.[33] El Antiguo Régimen, ante su escasez de fondos, se vio naturalmente impelido a elegir entre las formas habituales con que un gobierno puede obtener dinero: conquistas, préstamos o impuestos. Francia no estaba en posición de embarcarse en una guerra de conquista, que habría necesitado recursos financieros para la movilización y el despliegue de las fuerzas militares, y después las operaciones habrían tenido un coste absolutamente prohibitivo. De hecho, Francia se las deseaba para proteger sus intereses en los territorios vecinos, como vino a demostrar la intervención prusiana en Holanda en 1787. Tampoco podía obtener préstamos adicionales, ya que los bancos extranjeros eran cada vez más reacios a asumir aquel riesgo. La última alternativa, subir los impuestos, parecía, pues, una opción práctica, pero el intento de la monarquía borbónica de aplicarla chocó con la oposición de los *parlements*, que confiaban en aprovechar el apuro financiero del país para restaurar parte de la influencia de la nobleza. En 1787, el rey Luis XIV se vio forzado a convocar la Asamblea de Notables, formada por miembros de la alta nobleza y altos cargos de la burocracia real y de los Estados Provinciales, en busca de apoyos que lo ayudaran a someter a los *parlements* y a implementar algunas reformas. Sin embargo, encontró escaso respaldo, puesto que

incluso los partidarios de la reforma eran reacios a conceder manos libres a la monarquía. En lugar de ello, solicitaron, para remediar la crisis financiera estatal, la convocatoria de los Estados Generales, una asamblea general que representaba a los tres estados del reino y que no se había reunido desde 1614. En 1788, el rey cedió a las presiones que iban en aumento y convocó los Estados Generales. La decisión de Luis desencadenó un vociferante debate político en Francia que acabó por contribuir al estallido revolucionario.

Después de que los Estados Generales se reunieran el 5 de mayo de 1789, se atascaron por una discusión procedimental. Los dos primeros estados, que buscaban controlar la asamblea, insistían en que la costumbre ordenaba que cada uno de ellos se reuniera por separado y que luego votara como un único cuerpo corporativo. Esta metodología, obviamente, ofrecía grandes ventajas a los dos estados privilegiados (el clero y la nobleza), puesto que el tercero (formado por pequeños propietarios y la gente del común) acabaría siempre superado en las votaciones. Los representantes de tercer estado se negaron a aceptar aquel método y pidieron cambiarlo por un procedimiento que les hubiera concedido mayor influencia. El 17 de junio, después de varias semanas de intentos fútiles para que los tres estados se reunieran en una misma asamblea, el tercero hizo un movimiento revolucionario al autodeclararse Asamblea Nacional.

La insistencia de los delegados del tercer estado y el descontento cada vez mayor en París, cuyos vecinos apoyaban a la Asamblea Nacional, obligó a la monarquía a ceder y a los otros dos estados a incorporarse a la Asamblea Nacional junto con el tercero. Fue un momento crucial. Se había desafiado con éxito el orden político tradicional y abierto la puerta a reformas posteriores, que incluían la redacción de una constitución que limitara el poder del rey. El posterior intento de la corte de servirse del Ejército para someter a la Asamblea Nacional llevó a la célebre

toma de la fortaleza parisina de la Bastilla, el 14 de julio de 1789. Este suceso tuvo consecuencias de gran alcance, ya que amedrentó a la corte y la movió a retirar las tropas. La caída de la Bastilla, símbolo del despotismo del Antiguo Régimen, fue un potente revulsivo en el ánimo de los que apoyaban las reformas.

La causa de la reforma se vio todavía más reforzada por los levantamientos campesinos (el llamado Gran Terror) de finales de julio y primeros de agosto, que ofrecieron a la Asamblea Nacional la oportunidad de iniciar el proceso de transformación política. En agosto de 1789 abolió los privilegios especiales de la nobleza y el clero, lo que minó toda la estructura aristocrática. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano abrazó los ideales universales de la Ilustración y proclamó derechos y libertades inalienables, entre los que figuraban la soberanía popular y la igualdad ante la ley. El Gran Terror y la práctica abolición del feudalismo indujeron a cierta emigración esporádica, en especial entre los nobles, hacia ciudades cercanas de Alemania o Italia.[34]

El otoño de 1789 fue testigo del ataque de la Asamblea Nacional contra el primer estado y los privilegios de la Iglesia católica romana, cuyas tierras fueron confiscadas y puestas a la venta. En 1790, la Constitución Civil del Clero pretendió reorganizar la Iglesia y transformar a los religiosos en funcionarios gubernamentales a los que exigía jurar que respetarían la Constitución Civil. Este tratamiento provocó al instante la oposición de la Iglesia y de los católicos devotos, dividió a la sociedad francesa y les dio a los adversarios de la Revolución un potente argumento por el que luchar juntos. La asamblea también puso en marcha ambiciosas reformas administrativas y judiciales que barrieron las instituciones tradicionales del Antiguo Régimen. El proceso de transformación alcanzó su objetivo principal en septiembre de 1791, momento en que la Asamblea Nacional adoptó la primera Constitución escrita. Este documento convertía a Francia

en una monarquía constitucional, garantizaba el gobierno del Parlamento y la igualdad de tratamiento ante la ley y abría las carreras de la administración a todos los franceses de talento, aunque restringía el sufragio a los grupos propietarios. Estos cambios consolidaban la hegemonía de la burguesía, que quebraba el poder de la aristocracia sin permitir a las masas que accedieran al poder.

El deseo de la burguesía de no dar más pasos. Sin embargo, acabó resultando imposible a causa de dos fuerzas divergentes. Por un lado, el movimiento contrarrevolucionario, impulsado por la nobleza, los clérigos y amplios sectores campesinos, buscaba revertir los cambios revolucionarios. En el lado opuesto, gran parte de la población urbana –pequeños tenderos, artesanos y asalariados– estaba insatisfecha con la naturaleza limitada de las reformas aprobadas por la Asamblea Nacional. Exasperados por las penalidades económicas y sociales que sufrían, veían en la burguesía a la sucesora de la aristocracia como nueva clase dominante. Mientras que la burguesía buscaba libertades básicas e igualdad de derechos y oportunidades, los *sans-culottes* –según vinieron a llamarse las masas urbanas– pedían igualdad social y reformas políticas de más calado para que el hombre de la calle tuviera voz en el Gobierno. El intento del rey Luis de escapar de Francia (la llamada Huida a Varennes, en junio de 1791) para solicitar apoyo extranjero contra la Revolución resultó un fallo político desastroso que volvió a muchos en contra de la monarquía y reforzó a los partidarios de una república democrática.[35]

Pese a las tensiones, la situación internacional en 1789-1790 no convirtió la guerra en algo inevitable. Aunque las relaciones con las otras potencias europeas estaban marcadas por distintos grados de rivalidad –como sucedía, por ejemplo, con Holanda–,

esas otras potencias también estaban preocupadas por sus problemas internos y por cuestiones más urgentes de sus respectivas políticas internacionales. Por ejemplo, Austria estaba más preocupada por la amenaza prusiana, los disturbios en Bélgica y la guerra que entonces libraba con los turcos y que estuvo a punto de llevarla al colapso financiero. Para muchos líderes europeos, la Revolución francesa representaba una oportunidad, no una amenaza. Significaba que, al menos durante cierto tiempo, Francia iba a quedar fuera del tablero de la política europea: sus problemas internos imposibilitarían cualquier empresa exterior. De hecho, algunos estadistas europeos simplemente no vieron el peligro del contagio revolucionario. En noviembre de 1791, Wenzel Anton, príncipe de Kaunitz-Rietberg y ministro de Exteriores austriaco, entregó un memorando oficial acerca de «los pretendidos riesgos de contagio» de la Revolución francesa, mientras que la emperatriz rusa Catalina II afirmaba en otro memorando de 1792 que un pequeño cuerpo de ejército de solo 10 000 soldados bastaría para poner fin a la amenaza revolucionaria.[36]

El arresto de la familia real Borbón después de la Huida a Varennes convenció a algunos monarcas europeos de que había llegado el momento de intervenir en los asuntos franceses. Los miles de personas que habían huido de Francia y estaban concentradas en Coblenza y en otras ciudades cercanas a la frontera echaban leña al fervor bélico en sus llamadas a los soberanos europeos para que intervinieran y sofocaran la Revolución. Los revolucionarios estaban, como era de esperar, molestos por la cálida acogida que se daba a los *émigrés* en algunas de estas cortes. Las amenazas francesas de pasar a la acción contra los Estados alemanes vecinos que acogieran a realistas emigrados provocaron que el emperador austriaco Leopoldo II, hermano de María Antonieta, llamara a los monarcas europeos a «restaurar la libertad y el honor de la [monarquía] y limitar los peligrosos extremos de la revolución».[37] El único soberano que respondió a la iniciativa de

Leopoldo fue el rey Federico Guillermo II de Prusia; Rusia y Suecia no se encontraban en posición de actuar en aquel momento y España y otros Estados europeos eran demasiado débiles militarmente. Los monarcas prusiano y austriaco publicaron entonces la Declaración de Pillnitz (1791), en la que condenaban los sucesos acontecidos en Francia y los declaraban contrarios a los intereses comunes de toda Europa. También anunciaban su voluntad de intervenir para proteger a la dinastía borbónica, pero solo si lograban el acuerdo del resto de los soberanos europeos. El «si» condicional de Leopoldo –«*alors et dans ce cas*» («entonces y en ese caso»)– convertía la declaración en un gesto hueco. Un acuerdo paneuropeo entre todos los soberanos era imposible por las desavenencias que los separaban, circunstancia que Leopoldo conocía perfectamente, al igual que Federico Guillermo.[38]

Fueran cuales fuesen las intenciones de sus autores, la agresividad del lenguaje de su declaración contribuyó a la intensificación del clima prebélico. En Francia, el rey veía con buenos ojos la expectativa de la guerra. Preveía que los ejércitos franceses serían derrotados y que sus desencantados compatriotas se arrojarían a sus brazos y le suplicarían que los salvara de la Revolución. De momento, la declaración había provocado entre los patriotas una feroz reacción nacionalista y revolucionaria que los impulsó a pasar a la acción. Algunos revolucionarios definieron la declaración como la descarada amenaza de unas potencias extranjeras de intervenir y aplastar el proceso revolucionario.[39] La Asamblea Legislativa, el cuerpo legislativo que había reemplazado a la Asamblea Nacional en octubre de 1791, enardecida por el entusiasmo revolucionario, debatió hasta dónde debía llegar la reacción de Francia. Algunos diputados pidieron la guerra de inmediato contra Austria, que albergaba a muchos de los *émigrés* y amenazaba con una invasión. También veían en la guerra una forma de atraer a su causa al conjunto del país. Al tildarse de cru-

zados contra la tiranía, deseaban expandir los ideales revolucionarios también a otros territorios.[40] «Un pueblo que después de diez siglos de esclavitud ha reconquistado la libertad tiene necesidad de ir a la guerra. La guerra es necesaria para consolidar la libertad», atronaba Jacques-Pierre Brissot, uno de los jefes revolucionarios.[41] En diciembre de 1791, el periódico *Le patriote français* informó de un discurso de Anacharsis Cloots, un rico aristócrata prusiano que había dejado su patria para zambullirse apasionadamente en el torbellino revolucionario, quien exhortaba a la Asamblea Legislativa a iniciar la guerra porque esta «renovaría la faz del mundo y plantaría el estandarte de la libertad sobre los palacios de los reyes, los harenes de los sultanes, los castillos de los pequeños tiranos feudales, los templos de los papas y de los muftis».[42] Jóvenes, patriotas e idealistas, los revolucionarios creían sinceramente que Francia se enfrentaba a una inmensa conspiración exterior que solo podría ser desbaratada por medio de la guerra. Muchos revolucionarios compartían con Brissot la opinión de que las multitudes «esclavizadas» de las otras naciones se alzarían en armas para dar la bienvenida a los liberadores franceses.[43]

Por mucho que las demás potencias europeas estuvieran preocupadas o no por el levantamiento revolucionario, lo cierto es que las declaraciones de guerra no partieron de ellas. En cambio, tras un debate de diez días, los diputados de la Asamblea Legislativa votaron a favor de enviar un ultimátum a Austria en el que exigían garantías formales que demostraran que sus intenciones eran pacíficas y la renuncia a cualquier posible acuerdo dirigido contra Francia. Estas demandas convertían la guerra en inevitable, ya que Austria no tenía intención de aceptar ninguna, en especial después del fallecimiento del emperador Leopoldo el 1 de marzo de 1792 y de que lo sucediera su hermano Francisco II, más belicoso. El 20 de abril, al no haber llegado ni esperarse contestación de Austria, la Asamblea Legislativa le declaró la guerra

(pronto siguieron declaraciones análogas contra Prusia y Holanda). Se trataba, según la Asamblea, de la «justa defensa de un pueblo libre contra la injusta agresión de un rey». No habría conquistas, decía la declaración, y las fuerzas francesas no se emplearían nunca contra la libertad de otro pueblo.[44]

Al abordar las Guerras de la Revolución francesa, ha sido habitual poner gran énfasis en la naturaleza cambiante del choque militar. En realidad, los contingentes participantes continuaron usando la tecnología y el armamento del siglo XVIII y los progresos tácticos y estratégicos que a menudo se perciben como «grandes avances» franceses fueron, en realidad, mucho menos novedosos de lo que se piensa. Como ha observado el historiador Peter Paret, la convulsión política francesa coincidió con una «revolución de la guerra» que había empezado antes, pero en aquel momento ambas se engarzaron.[45] De hecho, el Ejército fue, en muchos sentidos, el beneficiario de la conmoción traumática que Francia sufrió en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Esta derrota había urgido al Ejército a reformarse e innovar y situó a reformistas como Jean-Baptiste Vaquette, conde de Gribeauval, y Jacques Antoine Hippolyte, conde de Guibert, en la vanguardia del cambio militar.[46] Muchas de las reformas introducidas en el Ejército francés durante la Revolución tenían sus orígenes en el Ejército de antes de 1789.

De todos modos, las Guerras de la Revolución marcaron un punto de inflexión en la historia de la guerra. Por vez primera en la historia, el conflicto desencadenó fuerzas ideológicas cuya potencia y atractivo ponían en cuestión las propias bases que sustentaban el sistema político y social europeo. Los contingentes revolucionarios franceses llevaban con ellos nociones abstractas como «nación», «pueblo», «igualdad» y «libertad» que atacaban directamente a los regímenes monárquicos basados en el privilegio y la desigualdad. Las guerras, que habían sido un asunto de los reyes, se convirtieron en un asunto de las naciones. «Los tre-

mendos efectos de la Revolución francesa en el exterior –comentó Karl von Clausewitz– no estuvieron causados tanto por los nuevos métodos y conceptos militares como por cambios radicales en la política y en la administración, por el nuevo carácter del gobierno, por las circunstancias alteradas del pueblo francés». A diferencia de los conflictos anteriores, ahora las guerras convirtieron «al pueblo» en un participante activo y se empleaba en ellas «todo el peso de la nación».[47] También generaron un entusiasmo popular remarcable y un grado de movilización que asombró a los demás Estados.[48]

En el periodo de lucha casi continua de 1792 a 1815, los recursos de las naciones se emplearon y se consumieron con una intensidad hasta entonces desconocida, una intensidad que posibilitó la continuación y la ampliación de los conflictos. La amenaza a las estructuras de poder existentes conformó el trasfondo social de la ideología revolucionaria del conflicto. En los territorios que ocuparon, los franceses procuraron, en general, lo que hoy llamamos «un cambio de régimen». Esta circunstancia tuvo consecuencias políticas, económicas, sociales y culturales de largo alcance. Los revolucionarios estaban convencidos de que la Revolución sería recibida con los brazos abiertos por toda Europa. Si las monarquías europeas intentaban iniciar una «guerra de reyes –afirmaba un revolucionario–, haremos una guerra de pueblos [...] que se abrazarán unos a otros a la vista de sus tiranos destronados». No había duda de que la humanidad padecería por causa del inminente conflicto, aunque era un precio que los revolucionarios estaban dispuestos a pagar para llevar la libertad a todo el mundo.[49]

CAPÍTULO 2 | El orden internacional del siglo XVIII

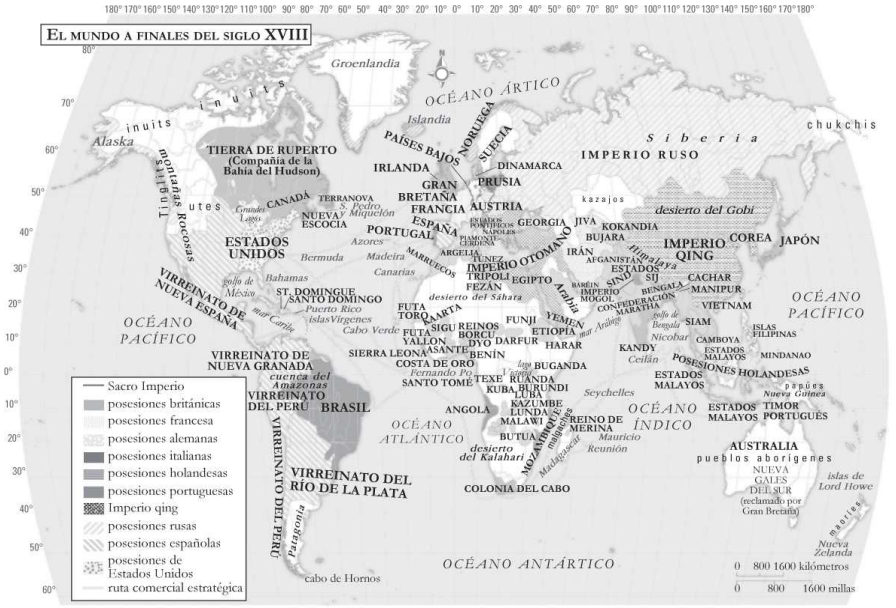
Cuando la Asamblea Legislativa votó por declarar la guerra, actuó con la previsión de que la contienda sería breve y de que podría salir de ella triunfante. En realidad, este conflicto inicial entre Francia y Austria vino a ser la primera etapa de una conflagración de veintitrés años que atrapó a todos los Estados europeos y que se expandió a través de los océanos hasta América del Norte y del Sur, el Caribe, África y Asia. Es un error atribuir esta expansión global de las trifulcas europeas solo a las Guerras de la Revolución, puesto que el origen del proceso se remonta a siglos anteriores. Sin embargo, es innegable que el torbellino de la política internacional europea de 1792 a 1815 concedió mayor libertad de acción a algunos Estados en la persecución de sus políticas expansionistas, a la vez que privaba a sus rivales históricos de los recursos y la voluntad política necesarios para plantarles cara.

Las Guerras de la Revolución deben verse, pues, dentro del contexto de la política internacional de la época. Las rivalidades internacionales preexistentes desempeñaron un papel decisivo en la formulación de los cálculos a corto plazo y en los planes a largo plazo de los Estados individuales. Durante los primeros años de la Revolución, la reacción de las monarquías europeas se vio conformada, más que por la amenaza de la ideología revolucionaria, por la puerta que la inestabilidad de Francia abría.

El siglo XVIII fue, en general, un periodo de gran transformación en el orden internacional. El sistema de relaciones internacionales que se creó sobrevivió hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial.[1] En el núcleo de esta transformación estaba el equilibrio de fuerzas que se mantenía entre un grupo selecto de Estados.[2] Europa fue, durante la primera etapa de la Era Moderna, una parte del mundo bastante proclive a la refriega, en la que los Estados chocaban constantemente y donde se recurría una y otra vez a coaliciones para conseguir el equilibrio, sobre todo para poner coto a las ambiciones de las potencias mayores. En el siglo XVII, estas coaliciones se enfocaron contra España y Francia, pero los conflictos fueron cambiando la política europea hasta que se llegó a equilibrios regionales como los que surgieron entre Francia y Austria en la península itálica; entre Dinamarca, Suecia y Rusia en el Baltico, y entre Francia, Prusia y Austria en Alemania. Estos equilibrios parciales se fueron fundiendo de manera progresiva hasta llegar a un equilibrio general que abarcaba todo el continente.[3]

Al empezar el siglo, el equilibrio continental lo protagonizaban las fuerzas opuestas de Francia (apoyada en ocasiones por España y unos pocos Estados alemanes) y Austria (respaldada por Gran Bretaña y la república holandesa). Después de la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748) y de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), la estabilidad englobó a un número mayor de Estados poderosos y abarcó un área geográfica mucho más extensa. Estas guerras establecieron la hegemonía marítima y colonial británica a costa de Francia y España y en ellas se desarrolló un patrón de operaciones muy claro: la Royal Navy, con más del doble de buques de guerra que los franceses, privaba a la flota gala de la posibilidad de que obtuviera la imprescindible experiencia operativa, le cortaba los suministros navales y, en general, bloqueaba los recursos humanos militares franceses en el continente, donde los británicos se aseguraban alianzas mientras que

establecían su hegemonía militar y comercial en ultramar. En 1789, Gran Bretaña era, claramente, la principal potencia comercial y colonial de Europa. El ascenso meteórico de Prusia bajo el impulso del reinado de Federico II (1740-1786) y el surgimiento de Rusia como gran potencia bajo las emperatrices Isabel (entre 1740 y 1762) y Catalina II (de 1762 a 1796) alejó el centro del equilibrio europeo del oeste, donde había permanecido largo tiempo, y puso de relieve nuevas «cuestiones» –la «cuestión septentrional», el destino de la región báltica y la mancomunidad polaco-lituana; y la «cuestión oriental», el futuro del Imperio otomano–. En cambio, Austria y Francia, grandes potencias seculares, habían sufrido repetidos reveses bélicos y experimentaban notables apuros financieros y políticos.[4]



En la víspera de la Revolución francesa, las «grandes potencias» eran un grupo de cinco Estados mucho más fuertes que sus vecinos. Colectivamente, Austria, Gran Bretaña, Francia, Prusia y Rusia moldeaban la política europea y se servían de la guerra para resolver las cuestiones cuando la utilidad de los buenos modos diplomáticos se agotaba. Como advirtió un eminente histo-

riador, «ser depredador o presa: esa era la alternativa» en la Europa moderna.[5] Esto tenía una vigencia particularmente relevante en Europa central, que permanecía fragmentada en cientos de pequeños principados, ciudades eclesiásticas y Estados menores, todos ellos en el seno del Sacro Imperio Romano Germánico, pero vulnerables a las amenazas externas. La península italiana contenía varios reinos y principados de tamaño reducido, algunos independientes y otros controlados por Austria. El estadista austriaco Klemens von Metternich no andaba desencaminado cuando afirmaba que Italia era solo un concepto geográfico.

Sin embargo, toda discusión acerca del «sistema de las grandes potencias» debe tener en cuenta que esos Estados individuales eran también parte de unos universos políticos diversos que moldeaban sus objetivos y aspiraciones políticas. La Europa del periodo puede dividirse en tres categorías amplias de Estados, cada una con su propio conjunto de pretensiones imperiales y dificultades.[6]

En la primera categoría encontramos las «potencias continentales» Prusia y Austria, centradas principalmente en conservar su autoridad dentro de los límites europeos. La primera, con capital en Berlín, comprendía las provincias nucleares de Brandeburgo, Pomerania, Prusia Oriental y Silesia, así como enclaves en Alemania occidental y amplios territorios en el este obtenidos, gracias a las Particiones de Polonia, en la segunda mitad del siglo. Prusia, regida por la casa de Hohenzollern, se había convertido en la potencia europea más reciente apenas una generación antes de la Revolución francesa, tras salir victoriosa de dos grandes conflictos en los que se le opusieron fuerzas que parecían insuperables.[7] Bajo el gobierno de Federico II («el Grande»), el reino había sido el Estado modélico de los filósofos ilustrados, pero lo cierto es que se enfrentaba a notables obstáculos en el escenario internacional. Su posición era precaria por el tamaño relativamente reducido de su territorio (alrededor de 200 000 kilóme-

tros cuadrados, ante los más de 717 000 de Francia) y su escasa población (más de 6 millones de habitantes, ante los 28 millones de Francia o los 35 de Rusia). Al iniciarse las Guerras de la Revolución, Prusia continuaba siendo una potencia comparativamente menesterosa, sin gran desarrollo industrial ni posesiones coloniales, que, pese a todo, imponía una fuerte carga fiscal a la población para preservar su joven estatus de gran potencia.[8] Esto explica su ansia de agrandamiento territorial a costa de Polonia en las últimas décadas del siglo XVIII, así como sus ambiciones expansionistas en Alemania. La corte berlinesa era especialmente famosa por sus intrigas e ideó un plan tras otro con el propósito reconocido de hacerse con los territorios de sus vecinos del este y del sur. Prusia, situada entre tres Estados potencialmente hostiles –Rusia, Francia y Austria–, siempre procuraba tener buenas relaciones con al menos uno de ellos. A efectos prácticos, su casi perenne rivalidad con Austria por los Estados menores alemanes la obligaba a tener que buscar apoyo en Francia o en Rusia.

Austria, que tradicionalmente había dominado Europa central gracias a su control del Sacro Imperio, también veía amenazada su posición.[9] El Estado austriaco carecía de la unidad lingüística, étnica e institucional de algunos de sus vecinos y los esfuerzos de José II (que reinó entre 1780-1790) destinados a crear una administración unificada habían fracasado en gran medida. Después de sufrir dos derrotas a manos de Prusia en 1748 y 1763, los Habsburgo austriacos tuvieron que aceptar, a regañadientes, que su provincia de Silesia, tan rica por la abundante población, el comercio y los recursos naturales, quedara incorporada a Prusia –al menos mientras Federico II permaneciera en el trono–. Sin embargo, las tensiones entre estos grandes rivales alemanes continuaron e incluso se intensificaron en la década de 1780. Entonces estallaron una serie de revueltas por distintos territorios habsbúrgicos (Bélgica, el Tirol, Galicia, Lombardía y Hungría). Prusia hizo lo que pudo para sacar ventaja de ellas y reducir aún

más el poder de Austria en Alemania. En un momento dado, la corte de los Hohenzollern incluso animó a los húngaros a alzarse contra Viena y crear un Estado independiente encabezado por un príncipe prusiano.[10]

La alianza de Austria con Francia era un fenómeno reciente (se formó en 1756) y estaba marcada por una desconfianza mutua enraizada en los dos siglos y medio de hostilidad previa. Los intentos austriacos de hacerse con Baviera pusieron en evidencia la flaqueza de esta alianza: Francia se negó a garantizar cualquier ayuda a Austria (incluso aunque esta fuera atacada) y, en la subsiguiente Guerra de Sucesión bávara (1778-1779), la alianza prusiano-sajona logró impedir que Austria consiguiese el electorado de Baviera. De todos modos, pese a las continuas fricciones y desacuerdos, ni Francia ni Austria querían ni esperaban tener que enfrentarse en la década de 1790. Austria aspiraba a que la alianza con Francia salvaguardara sus fronteras occidentales mientras ella se resarcía de lo perdido expandiéndose más en Polonia y los Balcanes, donde los Habsburgo libraron una guerra contra los turcos en 1787-1791. La verdad es que estos sucesos, en apariencia inconexos –la Guerra Austro-Otomana en los Balcanes y las disputas por Polonia–, ejercieron una influencia notable en el curso de la Revolución francesa. Cuando Francia, la potencia continental de más envergadura, se hundió en la inestabilidad política, las demás grandes potencias estaban preocupadas por sus propios problemas y planes de expansión y concedieron al recién formado gabinete revolucionario dos años de respiro.

En la segunda categoría de potencias europeas encontramos a aquellas cuyos intereses no se circunscribían a la propia Europa. Estas –Francia y Gran Bretaña en primer lugar, pero también Rusia, Portugal y España– aprovechaban su situación geográfica y sus posesiones coloniales para asegurarse una parte sustancial del comercio internacional, el cual a su vez sustentaba sus aspiraciones políticas y militares. Quienes visitaban Gran Bretaña y

Francia quedaban asombrados ante las señales evidentes de prosperidad de sus grandes ciudades portuarias atlánticas, propiciadas por los enormes beneficios del comercio colonial.[11] En la víspera de la Revolución francesa, el valor del comercio galo con América equivalía a un cuarto de todas las operaciones comerciales francesas; en el caso británico, el porcentaje era todavía mayor. Portugal tenía posesiones ultramarinas como Brasil y numerosos enclaves comerciales en África, la India y China. Sin embargo, los portugueses eran tan dependientes del comercio con Gran Bretaña que, en términos económicos, el país era prácticamente un dominio británico. El ejecutivo de Portugal –encabezado formalmente por la reina María, cuya locura la incapacitaba para el gobierno y la obligaba a delegar la autoridad en el príncipe don Juan– era débil e ineficiente. Temía en todo momento a España, que en una ocasión había engullido por poco tiempo a su vecino de menor tamaño y que, sin duda, lo habría intentado de nuevo si Gran Bretaña no hubiera estado resuelta a conservar en manos más amigas los puertos lusos para todo tiempo. Portugal se sentía amenazado por España, pero era un caso único. España poseía el imperio colonial más extenso del mundo. Sus dominios abarcaban gran parte de América del Sur y del Norte y llegaban a las Filipinas, en el océano Pacífico. Sin embargo, en 1789, la otrora orgullosa nación de los conquistadores había sufrido una continuada decadencia económica y una esclerotización política que minaban su capacidad para defender adecuadamente sus intereses.[12]

En los cien años previos a 1789, Francia había ejercido una influencia ubicua sobre el resto de Europa. Su literatura, arte y moda eran buscadas en todas partes y el francés era la lengua de las élites de todo el continente. Francia era la *Grande Nation*, dotada de una población muy numerosa, recursos naturales considerables e inmensas posesiones en ultramar. Era un Estado que, con frecuencia, miraba más allá de sus intereses continentales y

buscaba una política internacional más amplia que abarcaba continentes y océanos.[13] Solo en América, Francia había creado y poblado catorce colonias que se extendían desde Canadá a la Guayana francesa.[14] El alcance y el ritmo de su actividad en Asia y en América no hizo sino crecer a lo largo del siglo XVIII, en busca de alianzas con tribus norteamericanas, negociando con los soberanos de Birmania o la Conchinchina y defendiendo sus intereses en la India y en las islas del Índico. Los franceses habían iniciado relaciones con Irán y Mascate (Omán), donde esperaban desarrollar su comercio y limitar la influencia británica. También tenían una comprensión más atinada de la importancia estratégica de Egipto, donde trataron de mejorar las relaciones con la élite mameluca dirigente. En la década de 1780, Francia obtenía los frutos de su tradicional alianza con los otomanos: disfrutaba de una posición dominante en el comercio internacional con Levante y el Mediterráneo oriental y buscaba abrir rutas hacia el mar Negro.

Sin embargo, estas aspiraciones globales llevaban aparejados costes enormes. A mediados del siglo, Francia sufrió una derrota terrible en la Guerra de los Siete Años. Esta resultó en la pérdida de varias colonias y desencadenó una prolongada crisis financiera que llevó a un eclipse de Francia en la escena internacional que se mantuvo hasta la década de 1790. Francia no tuvo más remedio que presenciar impotente la partición de uno de sus aliados tradicionales, el reino de Polonia, por parte de Austria, Rusia y Prusia en 1772, o la represión en 1787 de una revuelta popular (y francófila) en Holanda por fuerzas prusianas. Justo tres años antes, Francia no pudo prestar apoyo a una breve revuelta en los Países Bajos austriacos (actual Bélgica) y tampoco cumplió con el Pacto de Familia borbónico cuando las desavenencias entre Gran Bretaña y España sobre la costa del Pacífico del noroeste de Norteamérica estuvieron a punto de provocar una contienda.[15] Pese a disponer de la segunda flota de Europa, Francia fue incapaz de

reunir los fondos necesarios para financiar la actividad naval sostenida que le correspondía a una gran potencia.[16]

El viejo rival de Francia tampoco circunscribía sus ambiciones a Europa. En realidad, la intervención militar británica en el continente era un concepto tradicionalmente impopular entre los propios británicos, que solo estaban dispuestos a aceptarla para defender los intereses más cruciales del país, en especial el estatus del estuario del Escalda (en el norte de Bélgica y el sudoeste de Holanda). Gran Bretaña explotaba sus capacidades navales militares y comerciales para proteger sus intereses en regiones repartidas por todos los confines del planeta. Estas aspiraciones, sin embargo, la llevaron a choques militares con las potencias rivales. Gran Bretaña salió de esas guerras lastrada por pesadas cargas financieras y se enfrentaba a grandes problemas domésticos, entre ellos el imposible «problema irlandés». Solo seis años antes de la Revolución francesa, los británicos habían sido humillados, por culpa de una coalición formada por Francia, España y la república holandesa, con la pérdida de las trece colonias norteamericanas sublevadas. El pobre desempeño militar británico en Norteamérica tal vez supuso una mancha en su reputación, pero el país contaba con bazas de las que sus rivales carecían. La principal ventaja era su condición isleña, que lo protegía de invasiones. Esta seguridad estaba garantizada, además, por el mantenimiento de la Armada más grande y eficiente del mundo. Por todo esto, Gran Bretaña, a pesar de haberse visto privada de algunas de sus posesiones de ultramar, fue capaz de construir un nuevo imperio sobre los restos del anterior y de recuperar, mediante instrumentos económicos, el comercio que había perdido por causas políticas.[17] El flexible sistema político y financiero de Gran Bretaña le permitió –pese a que el primer ministro George Grenville, que ocupó el cargo de 1763 a 1765, alertara en 1763 de la profundidad de la crisis– sobreponerse a la pérdida colonial y a la duplicación de la deuda nacional e incluso salir reforzada.

Las posesiones coloniales proporcionaban riqueza, pero eran más importantes aún los recursos directamente accesibles en las propias islas británicas. La Revolución Industrial, que empezó de forma intensa en Gran Bretaña en la década de 1760, explotó la abundancia de hierro y carbón en el país hasta un extremo inimaginable en el continente y aportó a la nación una fuerza tal que ni siquiera la larga guerra que se inició en 1793 pudo llevarla a la bancarrota.[18]

La Revolución francesa fue, en un primer momento, acogida positivamente en Gran Bretaña. Se pensaba que, en el peor de los casos, debilitaría al viejo enemigo y, en el mejor, alumbraría otro Estado constitucional en Europa. Sin embargo, el entusiasmo inicial se evaporó con rapidez y el Gobierno británico empezó a alarmarse cada vez más por el posible contagio de las ideas radicales que emanaban de Francia. Después de la declaración de guerra francesa de febrero de 1793, Gran Bretaña fue objetivo de tres intentos de invasión (una por Gales y dos a través de Irlanda). Su reacción fue bloquear los puertos franceses y atacar el comercio colonial enemigo.

Rusia emergió como gran potencia en la segunda mitad del siglo XVIII, periodo en el que acometió sin descanso –y logró– una vasta y rápida expansión territorial. Ningún otro Estado europeo había ganado tanto territorio en tan poco tiempo. Esto puede explicarse, en parte, porque, comparada con las demás potencias europeas, Rusia gozaba de ventajas derivadas de su situación geográfica y de la relativa debilidad de sus vecinos inmediatos. Las grandes alteraciones territoriales de 1772-1775, cuando la emperatriz rusa Catalina II aprovechó hábilmente la debilidad polaca para llevar a cabo la Primera Partición de Polonia, no solo expandieron el territorio ruso de forma considerable, también sirvieron de catalizador para un ambicioso realineamiento diplomático en Europa. La posición dominante de Rusia en la mitad oriental del continente se vio reforzada todavía más en las déca-

das siguientes, en las que Catalina puso en marcha políticas agresivas en los Balcanes, el Cáucaso, el litoral del Caspio y Siberia oriental. La Guerra Ruso-Otomana de 1767-1774 condujo a la anexión rusa de territorios a lo largo de la costa septentrional del mar Negro y el Tratado de Gueórguiyevsk (1783) firmado con el reino de Kartli[*3]-Kajetia (Georgia oriental) amplió la presencia militar rusa más allá de las montañas del Cáucaso. Los turcos habían confiado en detener la expansión rusa hacia Crimea en 1783 y su declaración de guerra les concedió la iniciativa, pero la perdieron en una serie de reveses militares. En 1796, las tropas rusas entraron en Daguestán y amenazaron los intereses iraníes a lo largo de la costa del mar Caspio. Al mismo tiempo, la autoridad rusa se había consolidado en Siberia, cuyo antiguo reino fue dividido en tres provincias dirigidas por gobernadores rusos.[19] Pese a lo llamativo y continuado de estos éxitos, Rusia no demostró en Europa una firmeza política ni una eficiencia similares. Además, tal vez con mayor intensidad que otras naciones, su política empezó a ser un reflejo de las ideas de quien la gobernara en cada momento.[20] Tras cada cambio de monarca –al fallecer la emperatriz Catalina II en 1796 y a la muerte del emperador Pablo I y la subida al trono de Alejandro I en 1801–, la política interior y exterior rusa sufrió cambios radicales.

La última categoría de los Estados europeos comprende entidades más débiles que no podían competir a escala internacional, que, a menudo, servían como actores subsidiarios de las potencias mayores y que, en ocasiones, se convertían en zonas de conflicto. Hasta finales del siglo XIX, Europa central estuvo englobada en el Sacro Imperio Romano Germánico, una de las instituciones más irracionales de una época que se enorgullecía de llamarse a sí misma Edad de la Razón.[21] No se trataba de un imperio en el sentido tradicional de la palabra, sino de un mosaico de más de 300 entidades políticas que debían fidelidad al emperador. El Sacro Imperio estaba fragmentado étnica, religiosa y

políticamente. Según el célebre comentario del filósofo francés Voltaire, no era «ni santo, ni romano, ni imperio».[22]

Aunque la mayoría de los habitantes del Sacro Imperio eran alemanes, también comprendía importantes comunidades no alemanas en Bohemia y los Países Bajos españoles. Formaban parte del imperio numerosos príncipes seculares y eclesiásticos, ciudades libres y caballeros imperiales: todos ellos debían, formalmente, lealtad al emperador, aunque los más poderosos estaban, en realidad, casi completamente fuera de su control. Desde la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), la autoridad imperial no había contado con el respaldo de un ejército permanente ni de una burocracia centralizada. La autoridad del emperador, que no era un cargo hereditario, sino que era elegido por los príncipes más poderosos del imperio, se limitaba en realidad a funciones arbitrales en las disputas entre los Estados alemanes, los cuales se consideraban independientes y capaces de gestionar su propia política internacional. La asamblea del Sacro Imperio, la Dieta Imperial, a la que los Estados alemanes enviaban sus representantes, era una institución conflictiva e ineficaz que carecía de autoridad legislativa.[23]

Del mismo modo que el Sacro Imperio, Suiza también era un conglomerado inconexo de cantones, pero aunaba un floreciente negocio bancario con el lucrativo negocio de enviar mercenarios a varias potencias europeas.[24] Italia seguía dividida en más de media docena de Estados y sujeta a la autoridad de potencias extranjeras. Lombardía continuaba bajo un firme control austriaco, mientras que la milenaria república veneciana, en la esquina nordeste de la península itálica, todavía defendía sus propios intereses. Por otro lado, el reino de Piamonte-Cerdeña protegía celosamente su posición en el noroeste y en la isla de Cerdeña y los papas todavía controlaban un amplio tracto de la Italia central. El Estado italiano de más tamaño era el reino de las Dos Sicilias, un nombre algo confuso para un reino cuyo centro era la ciudad

de Nápoles, pero que abarcaba también la isla de Sicilia y todo el sur de Italia.

El otrora poderoso reino polaco había degenerado en una débil entidad política que se convirtió, como hemos visto, en víctima de las ambiciones rusas, austriacas y prusianas hasta que dejó de existir por completo en 1795. La república holandesa obtenía riquezas ingentes de sus posesiones en las Indias Orientales y en el cabo de Buena Esperanza, aunque todavía eran más importantes sus centros financieros, a los que se acudía desde toda Europa para conseguir fondos. Aunque rico, el Estado holandés también estaba dividido por las disputas internas, era débil políticamente y estaba dominado por sus vecinos. Los holandeses, derrotados en la Cuarta Guerra Anglo-Holandesa (1780-1784), vivieron convulsiones internas que propiciaron la invasión prusiana de 1787. En aquella época, Escandinavia comprendía solo dos Estados. El Imperio sueco (que incluía a Finlandia), después de vivir su edad dorada en el Setecientos, se había convertido de forma gradual en una potencia de ámbito regional cuya influencia en el Báltico se veía continuamente puesta en cuestión por Rusia y Gran Bretaña. Por esta razón, Suecia buscaba con ansiedad la incorporación de Noruega, entonces unida por una corona común a Dinamarca, el eterno rival de los suecos.

Esta clasificación somera de los Estados europeos en la época de la Revolución es de utilidad para comprender la variedad de los intereses y conflictos en pugna durante el periodo. Aunque la Revolución añadió una notable dimensión ideológica, existía una clara continuidad de intereses que era anterior a la época revolucionaria. Las potencias europeas continuaron guiándose por factores tradicionales como las antiguas rivalidades y los intereses territoriales. Por esta razón, aunque la ejecución del monarca francés llevó a los Borbones españoles a unirse a la Primera Coalición contra Francia en 1793, no impidió que la misma Monarquía española se aliase con la República Francesa en 1796. En las

particiones de Polonia de 1792 y 1795 vemos cómo las demás potencias continentales aprovecharon la oportunidad que había creado el estallido revolucionario en Francia, a la vez que cada una de ellas se mantenía alerta ante los respectivos afanes expansionistas de las demás.

En las últimas décadas del siglo XVIII, el comercio era el auténtico fluido vital de las grandes naciones. El control de los mares y de las vías de comercio internacional que comunicaban los continentes se convirtió en uno de los elementos de fricción centrales entre las potencias europeas. Los recursos del Nuevo Mundo y el rentabilísimo comercio con Asia eran cruciales para la estabilidad financiera y el crecimiento de los Estados europeos. El deseo de proteger y explotar estas fuentes de riqueza estuvo íntimamente ligado al crecimiento del poder naval europeo. En efecto, el control de los mares protegía el tráfico mercante amigo (con todos los beneficios que traía consigo) y las colonias propias, amenazaba el tráfico enemigo y protegía la autoridad de cada nación en ultramar. Francia incrementó el valor de sus exportaciones desde 120 millones de libras en 1716 a más de 500 millones en 1789; mientras que el aumento del comercio británico fue solo un poco mayor. La teoría político-económica dominante entonces, el mercantilismo, postulaba que el éxito de las naciones radicaba en la consecución de una balanza comercial favorable y en la acumulación de metales preciosos. Las compañías comerciales europeas, respaldadas por sus propias fuerzas militares privadas y por las de las respectivas Coronas, en especial las compañías británica y francesa de las Indias Orientales, consiguieron controlar el comercio con Asia. Llevaban especias, índigo, telas, té y otras mercancías a Europa por las que obtenían pingües beneficios. El comercio marítimo era, pues, crucial para obtener la riqueza necesaria para sufragar las capacidades militares.[25]

Gran Bretaña logró muchos de sus avances comerciales arrebatando a los franceses algunos de sus mercados tradicionales. A pesar de sus aspiraciones globales, la preocupación de Francia por los asuntos europeos también fue, en parte, una cuestión de necesidad. A diferencia de su principal rival, que estaba protegido por el mar, el reino galo estaba mediatizado por una «geografía anfibia»: situado cerca del extremo occidental del supercontinente euroasiático, tenía la tentación de conseguir la supremacía igual en tierra que en el mar.[26] Esto suponía tener que enfrentarse a los problemáticos holandeses e ingleses, a adversarios tradicionales como Austria y a otros que acabaron por resultar más peligrosos, Prusia y Rusia. Los reyes franceses, por estas razones, mantenían en tiempos de paz un Ejército permanente de un mínimo de 150 000 hombres que consumía enormes recursos y que coartaba el desarrollo del poder naval. En comparación, el tamaño del Ejército británico era un tercio del francés (y en su mayor parte estaba desplegado en la India y en otras colonias). La Royal Navy, en cambio, amplió continuamente sus efectivos a lo largo del siglo XVIII. En 1715, Gran Bretaña tenía unos 120 navíos de línea ante los 39 de Francia; en 1783, la Royal Navy contaba con 174 navíos y casi 300 buques de guerra adicionales, mientras que Francia solo tenía 70 navíos y otros 150 buques de guerra. El deseo de vengar la humillación de la Guerra de los Siete Años sostuvo el programa francés de reformas e inversiones navales en las décadas de 1770 y 1780, pero la Marina se vio muy perjudicada durante las Guerras de la Revolución por la emigración de oficiales, las huelgas en aumento y los motines de la marinería.

Sin embargo, no debe olvidarse que contar con una Armada poderosa no era esencial para la supervivencia nacional de Francia durante las Guerras de la Revolución, a diferencia de lo que le sucedía a Gran Bretaña. Francia, atacada casi desde todas direcciones, se concentró en el reforzamiento de las unidades terrestres, de modo que las exigencias y las expectativas puestas en

su flota eran radicalmente distintas al caso británico. Además de las convulsiones sufridas por la Marina francesa, hay que resaltar que las innovaciones económicas, administrativas y técnicas puestas en marcha por los británicos les concedieron a estos una clara superioridad sobre sus rivales franceses, españoles y rusos. Gran Bretaña tenía un tráfico mercante mucho mayor que el de cualquiera de sus enemigos principales. Su flota mercante le proporcionaba una mayor reserva de marinos profesionales con la que dotar de tripulaciones a sus buques de guerra. Las prolongadas estancias en el mar, ya fuera en operaciones de bloqueo o de escolta de convoyes, daban a los capitanes británicos amplias oportunidades para adiestrar a las tripulaciones, que solían alcanzar una tasa de disparo más rápida que sus adversarios. La naturaleza global del poder de Gran Bretaña la obligaba a estirar sus fuerzas por todo el mundo, pero los comandantes navales británicos demostraron gran flexibilidad y una tendencia a adoptar, en los enfrentamientos con sus enemigos, métodos más audaces que estos.

La lucha naval durante las guerras del periodo revolucionario y napoleónico puede dividirse en dos etapas notablemente distintas, aunque interrelacionadas. Los primeros doce años de guerra, de 1793 a 1805, fueron testigo de los esfuerzos británicos por obtener el dominio de los mares ante sus adversarios, las muy debilitadas Armadas de Francia y España. Aunque estas flotas se enfrentaron en varias batallas decisivas, la mayor parte de la actividad naval británica estuvo relacionada con operaciones de invasión que enviaron tropas a ambas orillas del Atlántico, además de con el bloqueo de costas y de puertos. El segundo periodo, inaugurado por el triunfo británico sobre franceses y españoles en Trafalgar (1805), estuvo marcado por la consolidación de su dominio del mar y por los afanes franceses para la reconstrucción de su capacidad naval y poner en cuestión el *statu quo* posterior a la citada batalla.

El punto de partida más apropiado para iniciar una visión general de la competencia entre las potencias europeas es el inicio de la Guerra Austro-Ruso-Otomana de 1787. Esta no solo puso de relieve las rivalidades existentes entre las grandes potencias –la austro-prusiana en Europa central, la ruso-prusiana en el este y la anglo-rusa en el sur–, sino que también las intensificó. Los acontecimientos del sudeste de Europa marcaron el principio de uno de los problemas diplomáticos más complejos del siglo XIX, la llamada «cuestión oriental»: la competencia europea contra el Imperio otomano, cada vez más débil.

En su momento de mayor extensión, el Imperio otomano era suzerano[*4] de toda Asia Menor, la península de los Balcanes, Hungría, el litoral del mar Negro, el sur de Caucasia, Siria-Palestina, Egipto y los Estados costeros del norte de África. Además, el soberano otomano, gracias a su dignidad de califa o jefe espiritual de todos los musulmanes, ejercía un liderazgo formal que abarcaba al conjunto del mundo islámico, desde la costa atlántica africana hasta la India. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, los otomanos padecían una infinidad de problemas internos e internacionales que contribuyeron a la inestabilidad interior y a la pérdida de provincias, debilitaron las finanzas imperiales y estimularon las ambiciones de las potencias europeas. Aunque los sultanes otomanos conservaban una autoridad nominal sobre Argelia, Libia y Egipto, allí el poder real estaba en manos de élites locales que, a menudo, desafiaban al sultán. En los Balcanes y el Cáucaso, los otomanos afrontaron el resurgimiento de las aspiraciones de los pueblos de esas regiones (griegos, serbios, georgianos, etc.) y las ambiciones crecientes de Rusia y de Austria, que se mostraban interesadas por áreas cada vez mayores de sus dominios. Entre 1745 y 1768, el Imperio otomano experi-

mentó un periodo de relativa paz y estabilidad. Se introdujeron reformas moderadas, pero no lograron resolver los problemas económicos ni limitar la corrupción administrativa, así como tampoco se pudo establecer un ejército permanente moderno, uno de los atributos fundamentales de los Estados europeos de la época.[27]

Este fracaso tuvo consecuencias en 1768, año en que el conflicto ruso-otomano entró en un nuevo estadio. Los contingentes rusos obtuvieron en los principados del Danubio unas victorias decisivas sobre los otomanos que obligaron al sultán Abdul Hamid I a negociar la paz y esta se firmó en la localidad búlgara de Küçük Kaynarca, en julio de 1774. El tratado fue uno de los más cruciales de la historia de la diplomacia europea y marcó un punto de inflexión en la historia otomana. La pérdida territorial que llevó aparejada fue limitada, pero también dañina políticamente para el sultán. La derrota animó a las élites provinciales a contemplar la posibilidad de abandonar el imperio y la autoridad del sultán fue desafiada abiertamente por los beyes mamelucos de Egipto y por personajes poderosos de Anatolia, Siria y Arabia. Además, el tratado reconocía a los mercaderes rusos libertad de navegación por el mar Negro y los estrechos turcos (el Bósforo y los Dardanelos). Esto propició el crecimiento de la marina mercante rusa en la región y, seguidamente, un reforzamiento de la presencia naval rusa para proteger esa actividad. Igual de significativo fue que el sultán decidiera otorgar a Rusia el derecho de construir una iglesia ortodoxa en Pera, el barrio diplomático de Constantinopla, y aceptara una cláusula de ambigua redacción que permitía a Rusia actuar en representación de esa Iglesia y de «aquellos que la sirven». Rusia explotó la naturaleza imprecisa de esta cláusula para pretender la representación de todos los súbditos ortodoxos orientales de la Sublime Puerta, lo que justificaría su intrusión en los asuntos internos otomanos. Desde ese momento, igual en la paz que en la guerra, Rusia trató

de ampliar sus privilegios e injerencias en los dominios del imperio vecino.

El Tratado de Küçük Kaynarca, en efecto, había sentado las bases de la «cuestión oriental» y convertido al Imperio otomano en el objeto de las aspiraciones políticas y territoriales de las potencias europeas. La concesión comercial a Rusia avivó el apetito de Francia, Gran Bretaña y Holanda, que empezaron a buscar prebendas análogas para sus propios comerciantes. Además, el tratado puso en evidencia la dimensión de la debilidad otomana. El sultán, cuyas huestes habían llegado a amenazar el corazón de Europa, se convertía en un soberano cada vez más irrelevante, desplazado a los márgenes de las rivalidades diplomáticas europeas, y sus territorios eran ahora objeto de las maniobras diplomáticas de Rusia, Gran Bretaña, Austria y Francia.

Los otomanos emplearon la década que siguió al tratado en la reorganización de las fuerzas armadas. Obtuvieron cierto éxito en la modernización de la Armada y el Ejército recuperó su estatus previo a la guerra, aunque seguía todavía retrasado con respecto a sus equivalentes europeos. A lo largo de estos años, tanto Rusia como el Imperio otomano denunciaron infracciones mutuas del Tratado de Küçük Kaynarca. La única esperanza del sultán era obtener apoyo internacional, pero este no llegó a materializarse. Mientras tanto, una alianza secreta austro-rusa firmada en 1781 resultó esencial para la continuación de la política expansionista rusa en los Balcanes. Al sellar esta alianza, Austria tuvo que afrontar el problema fundamental de su política exterior en aquellas décadas: cómo reconciliar la necesidad que tenía del apoyo de Rusia frente a Prusia con su firme oposición al expansionismo ruso en el sudeste de Europa. Austria esperaba que la alianza con Rusia le sirviera para reforzar su posición ante Prusia y, a la vez, limitar los avances rusos en los dominios otomanos. [28]

En 1783, causando gran resentimiento y humillación en los otomanos, Rusia se anexionó Crimea. Fue el cambio territorial más importante en la Europa sudoriental desde la Guerra de los Siete Años.[29] Este gran éxito ruso fue posible, en parte, gracias al firme apoyo prestado por los austriacos en sus comunicaciones con el Gobierno otomano. La península de Crimea proporcionó a Rusia las bases navales y los puertos que necesitaba en el mar Negro y la capacidad de lanzar un ataque naval directo contra Constantinopla. La amenaza de que Rusia continuara expandiéndose a costa de los otomanos debería haber provocado la reacción de otras grandes potencias, pero no llegó a materializarse porque ninguna era capaz, por sí sola, de prestar a los turcos el apoyo logístico que necesitaban. Gran Bretaña todavía se recuperaba de su derrota en la guerra de independencia de sus colonias norteamericanas y Francia, ya debilitada por la crisis económica, se encontró, además, atada al revelarse la alianza austro-rusa. En la primavera de 1787, el periplo triunfal de la emperatriz Catalina II por el sur de Ucrania y Crimea despertó nuevos temores acerca de las intenciones rusas y exacerbó las tensiones entre el Imperio otomano y Rusia. En agosto de ese año, el sultán Abdul Hamid I, influido por los vociferantes sectores políticos partidarios de la guerra y los ulemas (jefes religiosos), y empujado también por los británicos, declaró la guerra a Rusia para intentar recuperar lo perdido en los conflictos anteriores.

Catalina II reaccionó con alborozo ante esta nueva contienda. Francia, todavía inmersa en su crisis financiera, no podía prestar ayuda a su tradicional aliado, así que la emperatriz se veía capaz de derrotar a los otomanos y expandir su influencia en el litoral del mar Negro e incluso de acometer su acariciado «proyecto griego» –la reinstauración de un Estado bizantino con capital en Constantinopla–.[30] Una vez se inició la guerra, Austria se incorporó a la misma en el bando ruso.[31] Los turcos no estaban adecuadamente preparados. Aunque lograron hacer frente con

éxito a los austriacos en el Banato (partes de las actuales Rumanía, Serbia y Hungría), no pudieron detener el avance ruso. El nuevo sultán Selim III, agobiado por el desmoronamiento del Ejército y la falta de suministros y de reclutas de calidad, se vio forzado a pedir la paz.[32] Por el Tratado de Jassy (1792), Rusia se hizo con las partes de Crimea que le faltaban y los territorios situados entre los ríos Bug y Dniéster, lo que consolidaba su control sobre la orilla septentrional del mar Negro. Los otomanos tuvieron que reconocer la anexión rusa de Crimea y ratificar de nuevo las condiciones del Tratado de Küçük Kaynarca.[33] El final de esta guerra y el inicio de la Revolución francesa distrajo a las potencias europeas y concedió a los otomanos algunos años de respiro ante el imperialismo occidental. Selim III aprovechó el momento para iniciar un periodo de reformas limitadas del Estado otomano y procuró centralizar el poder, modernizar el Ejército y mejorar las finanzas.

Los acontecimientos de los Balcanes tenían ramificaciones, claro está, más allá de los límites del sudeste europeo. En el mismo momento en que Rusia y Austria se vieron envueltas en la guerra, estalló una crisis en la república holandesa. Esta había entrado en decadencia económica después de las devastadoras guerras libradas contra Gran Bretaña. La disputa surgió por el persistente conflicto entre los orangistas, partidarios de las políticas autoritarias del estatúder Guillermo V, príncipe de Orange, y los llamados patriotas, representantes de las clases medias que, inspirados por los ideales ilustrados, aspiraban a un gobierno y una sociedad más democráticos. Los patriotas, por medio de sus milicias, tomaron el control de varias ciudades y regiones y, en mayo de 1787, derrotaron al propio estatúder cerca de Vreeswijk, en la provincia de Utrecht.

El factor que convirtió la inestabilidad holandesa en algo más que un nuevo caso de conflicto civil fue que ambos bandos contaban con un importante apoyo exterior. Francia se puso del la-

do de los patriotas y Gran Bretaña y Prusia tenían profundos lazos con la casa de Orange. El arresto y la breve (aunque humillante) detención de la mujer del estatúder, que era hermana del rey Federico Guillermo II de Prusia, provocó la intervención prusiana, aunque no sin que antes Berlín recibiera garantías de apoyo por parte británica. Las llamadas de ayuda a Francia de los patriotas afectaban a la mayor de las preocupaciones británicas: las intenciones marítimas y coloniales francesas. Gran Bretaña, alarmada ante la posible influencia francesa sobre la Marina y las colonias holandesas, apoyó la invasión prusiana de la república holandesa en septiembre de 1787. Francia, pese a sus amenazas de intervención, estaba atada por la crisis financiera y las divisiones internas en el Gobierno de la monarquía, además de por la ausencia de una implicación real de Austria y Rusia –ambas centradas entonces en la cuestión turca–. El ejército prusiano comandado por el duque de Brunswick derrotó con facilidad a las ciudades holandesas –el último reducto patriota, Ámsterdam, se rindió a principios de octubre– y restauró el poder del estatúder. Numerosos patriotas huyeron a Francia. Allí, durante la Revolución, promovieron la intervención francesa contra la casa de Orange y más tarde apoyaron el establecimiento de un gabinete revolucionario. Tras el sofocamiento de la revuelta holandesa, la alianza anglo-prusiano-holandesa de 1788 prácticamente extinguió cualquier influencia francesa en los Países Bajos. Además, la incapacidad gala para evitar una intervención prusiana tan cerca de sus fronteras vino a constatar su inanidad diplomática (y militar).[34] Austria y Rusia no prestaron atención a los esfuerzos de mediación diplomática francesa en los Balcanes y Gran Bretaña asumió un papel más activo en los asuntos otomanos, un rol que, hasta entonces, Francia se había sabido reservar. En resumen, la crisis holandesa y sus consecuencias supusieron una experiencia humillante para la monarquía gala, puesto que revelaron a Euro-

pa que Francia ya no se contaba entre las potencias de primera fila.

Mientras tanto, la fijación rusa por los turcos movió a Suecia a lanzar un ataque sorpresa en julio de 1788. La Guerra Ruso-Sueca, que duró dos años, no tuvo un resultado concluyente y acabó con un tratado que confirmaba el *statu quo ante bellum* en lo que atañía a las fronteras. Sin embargo, la distracción rusa en estas guerras galvanizó entre los polacos, que detestaban la creciente influencia del vecino oriental, un movimiento a favor de la reforma política. La Mancomunidad de Polonia-Lituania, otrora un potente Estado, al acabar el siglo XVIII era solo una sombra de su esplendoroso pasado. Estaba dominada por una poderosa aristocracia que ejercía su poder a través del Sejm (un Parlamento electo). Este limitaba el poder ejecutivo del monarca y con frecuencia impedía el gobierno eficaz del Estado. Bastaba un único diputado del Sejm, gracias a la facultad del *liberum veto* (es decir, que proclamara: «Tengo la libertad de vetar»), para abortar sus sesiones y disolverlo. La corrupción, cada vez más extendida, y las interferencias externas de los codiciosos vecinos contribuían a exacerbar el caos político en Polonia. Era una forma de gobierno, descrita con tino por un historiador como una «anarquía constitucional templada por la guerra civil», que las grandes potencias supieron explotar en las últimas décadas del siglo XVIII.[35] En 1772, Catalina II urdió la Primera Partición de Polonia: se hizo con gran parte del territorio oriental del reino y puso a su favorito, Estanislao Augusto Poniatowski, en el trono.[36] Las pugnas entre las grandes potencias influyeron en la elección de Catalina. Austria estaba alarmada por los éxitos rusos ante los turcos en la región del Danubio. Prusia estaba dispuesta a aceptar la partición de Polonia para saciar las ambiciones expansionistas rusas, compensar a Austria y a la vez obtener para sí la provincia polaca de Prusia Occidental, que separaba Prusia Oriental de Brandeburgo y que deseaba desde hacía tiempo. En

conjunto, Polonia perdió alrededor de un tercio de su territorio y de su población.[37]

La Primera Partición puso en evidencia los peligros que acechaban al Estado polaco y contribuyó al reforzamiento de la opinión pública favorable a la reforma. Las relaciones ruso-prusianas, ya tensas durante los últimos años del reinado de Federico II, se deterioraron más aún tras el ascenso de Federico Guillermo II al trono prusiano en 1786. Los sentimientos antiprusianos de Catalina II pronto hicieron prevalecer en Rusia al partido austriaco frente al inclinado por Prusia y llevaron a un acercamiento austro-ruso.[38] La firma de una alianza en 1781 entre San Petersburgo y Viena dejó aislado a Berlín en el continente, en un giro de los acontecimientos que complacía al emperador austriaco, José. Aunque Prusia era todavía aliada de Rusia (solo nominalmente), Federico ansiaba conseguir más territorios polacos y aguardaba la ocasión propicia.

Esta llegó en el periodo de 1786-1789, cuando Europa se vio sacudida por un torbellino de inestabilidad. Francia se deslizaba rápidamente hacia la revolución. Privada de su talentoso ministro de Exteriores Charles Gravier, conde de Vergennes, al morir este en febrero de 1787, su política era vacilante e irresoluta. Austria y Rusia estaban en guerra con los otomanos, mientras que Gustavo III de Suecia intentaba recobrar de Rusia las provincias de Finlandia y Carelia. Los prusianos se apresuraron a aprovechar esta situación. Esperaban sacar partido de los problemas de Austria y Rusia y obtener concesiones de la primera en Europa central y oriental que compensaran las ganancias territoriales que Rusia pudiera obtener a costa de los turcos. En 1788, Federico Guillermo II se integró en la Triple Alianza de Prusia, Gran Bretaña y la república holandesa, diseñada, según su principal arquitecto, el primer ministro británico William Pitt, para sentar las bases de un sistema de seguridad colectiva en Europa. Federico Guillermo obtuvo otro triunfo diplomático en enero

de 1790 con la negociación de una alianza con los otomanos que abría la puerta a una amenaza prusiano-otomana contra Austria, justo cuando esta última trataba de sofocar revueltas internas en Hungría y en los Países Bajos austriacos (Bélgica).[39] Solo dos meses después, Berlín llegó a un pacto con el rey Estanislao Augusto II de Polonia que comprometía a Prusia a defender a los polacos frente a Rusia a cambio de la entrega de la ciudad fortificada de Thorn (Toruń), en el Vístula, y de la gran ciudad portuaria de Danzig, en la costa del Báltico.

Después de recibir estas garantías de apoyo prusiano, los polacos se dispusieron a emprender la reforma de las debilitantes instituciones de su país y a restaurar la vitalidad política del reino. El 22 de octubre de 1788, el Parlamento de los Cuatro Años (Sejm Czteroletni) inauguró sesiones e introdujo una serie de reformas que culminaron en la Constitución de mayo de 1791. Era un primer paso para sacudirse el protectorado ruso y restablecer la monarquía polaca. La Constitución proclamaba una monarquía hereditaria de poderes limitados, capaz de recaudar los impuestos necesarios para defender el país, y abolía muchas de las causas internas de la impotencia polaca, como por ejemplo el *liberum veto* que había incapacitado al anterior ejecutivo. También reformaba las finanzas del Estado y modernizaba y agrandaba el Ejército real.[40] Por muy notables que estos cambios políticos fueran, su éxito dependía en último término de los vecinos de Polonia, unos vecinos que estaban interesados en mantener la debilidad del reino. Rusia, enfocada entonces en Suecia y en el Imperio otomano, no pudo reaccionar en un primer momento a su pérdida de influencia en Polonia. Esto creó una situación propicia para Prusia, una situación que favorecía al movimiento reformista polaco como forma de debilitar la influencia rusa y que solidificaba la hegemonía prusiana en la región.

El contexto internacional no tardó en mudar. Alarmado por los desórdenes en Hungría, los Países Bajos austriacos y Francia,

Leopoldo II, emperador del Sacro Imperio al morir su hermano José II en febrero de 1790, intentó reparar las relaciones con los Hohenzollern prusianos. En julio de 1790 firmó con Federico Guillermo II la Convención de Reichenbach, que ponía fin a sus diferencias (al menos de momento). El tratado permitió al soberano austriaco concluir la guerra con los turcos y centrarse en el restablecimiento de su autoridad en sus propios dominios, gracias a lo cual Bélgica y Hungría quedaron pacificadas para el verano de 1791. Además, la mejora en las relaciones entre las dos potencias alemanas propiciada por la Convención de Reichenbach movió a Prusia a apoyar la propuesta austriaca de intervención en Francia y a su eventual participación en las Guerras Revolucionarias, así como en la segunda y tercera particiones de Polonia.

Una vez que la emperatriz Catalina II puso fin a sus guerras con Suecia y el Imperio otomano en 1792, dirigió su atención hacia Polonia. La adopción de la citada Constitución estimuló un movimiento de reacción en la nobleza polaca, que se sentía amenazada por los nuevos ideales. Después de recibir garantías de apoyo ruso, un grupo de aristócratas polacos firmó el Edicto de Confederación contra la Constitución el 27 de abril de 1792, solo siete días después de que Francia declarara la guerra a Austria. El edicto, anunciado el 14 de mayo en la villa de Targowica, declaraba nula la Constitución y pedía la intervención militar de Rusia. En la subsecuente Guerra de Defensa de la Constitución, las tropas rusas cruzaron la frontera polaco-lituana para apoyar la Confederación de Targowica y restaurar la anterior forma de gobierno. El Ejército polaco-lituano, de menor tamaño y experiencia, se debatió entre la represión de la revuelta interna y la necesidad de oponerse a la invasión rusa. Prusia se había comprometido antes a ayudar a Polonia, pero no cumplió su palabra. La batalla de Dubienka, el 18 de julio de 1792, vino a señalar el final de la guerra. El monarca polaco Estanislao, con la

esperanza de conservar sus prerrogativas reales, decidió unirse a la Confederación y poner fin a las operaciones militares.[41]

En su gestión de los asuntos polacos, Rusia aprovechó la creciente preocupación de los gobiernos europeos por la Revolución francesa para aumentar su propia capacidad de maniobra. La emperatriz Catalina animó a sus contrapartes austriaco y ruso a encargarse de Francia y les prometió apoyo para combatir la amenaza ideológica revolucionaria. Para la emperatriz, los sucesos de Francia siempre habían tenido menos importancia que el destino de la vecina Polonia. Austria tenía intereses asentados en Polonia y apoyó el movimiento de reforma polaco como salvaguarda para bloquear el agrandamiento de Prusia, pero cuando llegó el momento de la Segunda Partición su capacidad de reacción era muy escasa, centrada como estaba en lo que sucedía en Francia. Además, la incapacidad austriaca para contener las ambiciones prusiano-rusas en Polonia se vio agravada por la muerte súbita del emperador Leopoldo II, en marzo de 1792. Leopoldo siempre se había opuesto a ulteriores reducciones del Estado polaco e intentaba conservar el *statu quo* de la región. Su fallecimiento, sin embargo, puso fin a su influencia moderadora sobre Rusia. El sucesor, Francisco II, no se opuso al reparto ruso-prusiano de Polonia, a condición de que Austria pudiera recibir Baviera a cambio de los Países Bajos austriacos. En un llamativo giro, los principios antiprusianos que habían definido la política internacional austriaca desde 1740 se abandonaron casi de un día para otro: la nueva generación de diplomáticos austriacos puso sus esperanzas en sacar el máximo partido de la cooperación con Berlín contra Francia, en crear una alianza austro-prusiana duradera que reemplazara a las vagas alianzas pactadas con Rusia y Francia.[42] Este cambio de política internacional tuvo un coste muy alto. Las derrotas de Valmy (20 de septiembre) y Jemappes (6 de noviembre de 1792) obligaron a Viena a asumir que la guerra con Francia debía ser su prioridad principal y estimularon las

ambiciones prusianas de territorios polacos que compensaran los fracasos sufridos en el occidente europeo. En enero de 1793 se firmó en San Petersburgo un tratado formal ruso-prusiano que decidía la suerte de Polonia. La consiguiente Segunda Partición redujo drásticamente su extensión y convirtió al otrora orgulloso reino en un resto de Estado dominado por sus vecinos.[43]

El reparto fue un éxito de la diplomacia rusa, que supo aprovechar con habilidad la situación internacional. También fue una seria derrota diplomática de Austria y Gran Bretaña, fuertes defensoras de conservar el equilibrio de poderes en el nordeste europeo. La red de seguridad colectiva concebida por los británicos exigía de estos una voluntad paralela de aportar los fondos necesarios para ponerla en marcha, una voluntad que entonces no existía. En consecuencia, la posición británica en Europa se vio socavada y en 1793 no se incorporó a la guerra en calidad de miembro de una coalición multilateral, sino como una potencia aislada.[44]

La repercusión a escala global de las trifulcas europeas era consecuencia de que varias potencias eran imperios coloniales. A finales del siglo XVIII, apenas cuatro Estados europeos controlaban dos tercios del hemisferio occidental.[45] Portugal era la más débil de las potencias coloniales europeas, aunque todavía conservaba el control de la vasta región de la Amazonía, donde doce colonias de la monarquía (capitanías) estaban subordinadas al gobernador general del Brasil. Las colonias se gobernaron en un primer momento desde San Salvador de la Bahía de Todos los Santos, en el nordeste de Brasil, pero en 1763 el centro de la administración colonial portuguesa se trasladó a Río de Janeiro, que funcionó como capital hasta 1808. El rival histórico de Portugal, España, controlaba un amplio cinturón de territorios que

iba desde Chile hasta el sudoeste del actual Estados Unidos, legado de las conquistas de los siglos XVI y XVII. En el golfo de México y en el Caribe, España controlaba casi toda la costa –con la notable excepción de Luisiana, gobernada hasta 1763 por los franceses–, además de numerosas islas como Cuba y la mitad de la de Santo Domingo. La mayor parte de las posesiones coloniales francesas databa del siglo XVII, cuando la monarquía gala exploró y colonizó activamente regiones del Nuevo Mundo. A mediados del siglo, Francia poseía partes de los actuales Canadá y Estados Unidos (Acadia, Canadá, Luisiana, Terranova y la isla del Cabo Bretón) y también del Caribe (el Santo Domingo francés, Tobago, etc.), pero perdió casi todas en el desastroso conflicto con Gran Bretaña.

Al acabar la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña se había convertido en la mayor potencia colonial del globo, tras obtener enormes territorios en el este de Norteamérica (la mayor parte del Canadá y los territorios al este del río Misisipi). Sin embargo, los intentos de obtener fondos de las colonias norteamericanas para ayudar al pago de los gastos de la guerra hicieron estallar la Revolución que llevó a la fundación de una nueva nación. Las trece colonias norteamericanas, con importante apoyo de Francia, lograron su independencia en 1783. El conflicto que ayudó a crear Estados Unidos también puso en marcha la formación de una segunda nación, aunque Canadá no alcanzara ese estatus propiamente hasta siete décadas más tarde. Después de la Guerra de la Revolución estadounidense, Gran Bretaña conservaba todavía una presencia considerable y tenía el control de la mitad nordeste de Norteamérica –las colonias de Quebec, Nueva Escocia y de la Isla del Príncipe Eduardo se habían mantenido muy leales–.

Debido a los retos creados por la llegada de decenas de miles de migrantes lealistas desde el recién independizado Estados Unidos, el Gobierno británico se vio obligado a reorganizar sus

colonias norteamericanas. En 1784 se formó Nuevo Brunswick, cuyo territorio comenzaba en la costa occidental de la bahía de Fundy, antes parte de Nueva Escocia. En 1791, Quebec se dividió en dos colonias: el Alto Canadá (actual Ontario) y el Bajo Canadá (actual Quebec). En conjunto, las cinco colonias del Alto Canadá, Bajo Canadá, Nueva Escocia, Nuevo Brunswick e Isla del Príncipe Eduardo formaban la Norteamérica británica.

Al inicio de las Guerras de la Revolución francesa, las simpatías de la joven república estadounidense estaban divididas entre Gran Bretaña y Francia. A los estadounidenses aún les preocupaba la continuada presencia británica en Canadá. Según los términos del Tratado de París de 1783, los británicos conservaban Canadá y renunciaban al territorio del Ohio, entonces llamado del Antiguo Noroeste, que se extendía al norte del río Ohio y al sur de los Grandes Lagos. Sin embargo, los británicos siguieron explotando el comercio de pieles con las numerosas tribus que lo habitaban, e incluso se negaron a abandonar algunos importantes puestos fronterizos de la región –por ejemplo, el fuerte Detroit– hasta que quedara resuelta la disputa por las deudas de la época colonial. Los oficiales británicos que habían combatido en la Guerra de la Independencia estadounidense y que continuaron sirviendo en Canadá decían abiertamente que, algún, día Estados Unidos volvería a pertenecer a Gran Bretaña. En la misma línea, John Graves Simcoe, primer gobernador del Alto Canadá (de 1791 a 1796), hablaba también de la futura guerra con la república estadounidense e hizo lo posible para que su provincia estuviera preparada para ella. A mediados de la década de 1780, el ejecutivo de George Washington intentó establecer relaciones amistosas con Gran Bretaña por medio de varias iniciativas diplomáticas, pero estas fueron rechazadas. Fue necesario esperar a la Crisis de Nutca, que estuvo a punto de provocar la guerra entre Gran Bretaña y España, para que el Gobierno de la primera prestara oídos a las ofertas estadounidenses.

La Crisis de Nutca resalta la dimensión global de las aspiraciones de las potencias europeas a finales del siglo XVIII. El debate tradicional en torno a esta crisis se ha centrado en las relaciones hispano-británicas y apunta al intento británico de fundar una base en la isla de Vancouver, en la costa del Pacífico norteamericana, como factor desencadenante. España había pretendido la propiedad de esta región desde el siglo XVI y nunca había reconocido el derecho de ninguna otra potencia a navegar en sus aguas o comerciar en su territorio.[46] Sin embargo, los buques británicos violaban con frecuencia los límites marcados por los españoles. En 1789, la Armada española apresó unos buques británicos que operaban en el área, encarceló a las tripulaciones y reafirmó la soberanía española exclusiva sobre toda la costa del Pacífico de Norteamérica.

A este debate debemos también incorporar a otra potencia europea con una mentalidad cada vez más expansionista, asimismo interesada en esa región y cuyas acciones contribuyeron al inicio de la Crisis de Nutca. Los rusos habían llegado al océano Pacífico a mediados del siglo XVII. Durante las décadas siguientes, varios exploradores rusos descubrieron e inspeccionaron las enormes regiones del nordeste asiático y del Pacífico. Fue una expedición rusa, encabezada por el explorador danés Vitus Jonassen Bering, la que exploró la coste nordeste de Asia y la costa occidental de Norteamérica, incluyendo el estrecho (luego bautizado en honor de Bering) que separa ambos continentes.[47] Continuando con esta tradición exploradora, los cazadores de pieles (*promyshleniki*) y marinos rusos exploraron todo el archipiélago de las Aleutianas, llegaron a la península de Alaska en los primeros años de la década de 1760 y empezaron a explorar la costa noroeste del actual Canadá. Estos descubrimientos tuvieron mucha importancia comercial, ya que las recién halladas regiones daban acceso a una gran cantidad de pieles que luego se vendían en China a precios exorbitantes.[48]

Las exploraciones británicas del Pacífico, en especial la última expedición de James Cook de 1776-1780, también estimularon la presencia rusa en el nordeste del Pacífico.[49] La aparición de los británicos en las Aleutianas y luego en el puerto ruso de Petropavlosk en 1779, en la península de Kamchatka, les sirvió a los rusos para tomar conciencia del valor económico de esta región y alarmarse por su relativa indefensión (Rusia carecía de buques de guerra en el lejano nordeste del Pacífico). Los temores rusos se vieron exacerbados a mediados de la década de 1780 con la noticia de la llegada a Kamchatka de la expedición francesa de Jean-François de Galaup, conde de Lapérouse.

La reacción rusa a las nuevas de actividad británica, española y francesa en el Pacífico fue preparar sus propias expediciones. Durante los cinco años posteriores al viaje final de Cook, cuyos ecos reverberaron desde Kamchatka hasta San Petersburgo, el Gobierno ruso estudió no menos de media docena de proyectos para la exploración del norte del océano Pacífico y el aprovechamiento de sus latentes riquezas. Catalina II dio su consentimiento a dos, una expedición científica encabezada por Joseph Billings, antiguo marino mercante británico que entró al servicio de Rusia, en 1785, y otra militar comandada por G. Mulovski un año después.[50] Ambos recibieron instrucciones prolijas que perfilaban sus objetivos científicos, comerciales y políticos. Las instrucciones de Mulovski incluían una sección acerca de las cuestiones relativas a la soberanía rusa en el área norte del Pacífico.[51] Reflejaban la posición oficial rusa: era «indiscutible» que Rusia era soberana sobre la costa norteamericana a partir de 55° 21' N hacia el norte, incluyendo todas las islas junto a la costa americana y la península de Alaska, así como las islas Kuriles de Japón.[52] El decreto de diciembre de Catalina II especificaba que era necesario despachar buques de guerra rusos «armados del mismo modo que los empleados por el capitán inglés Cook» para

que, yendo por el cabo de Buena Esperanza, protegieran las posesiones rusas de la costa septentrional del Pacífico.

La expedición de Mulovski fue cancelada por el estallido de la guerra con el Imperio otomano en 1787, pero fue causa de gran preocupación, en concreto, en la corte española, por la ya antigua presencia de España en la costa del Pacífico de Norteamérica. Pedro Normande, embajador español en San Petersburgo, redactó una numerosa serie de reportes acerca de los descubrimientos y la colonización de los rusos en el Pacífico norte, que, aunque contuviera algunos errores y exageraciones, pintaba un cuadro preocupante de una expansión rusa en Norteamérica cada vez mayor.[53] El Gobierno español, en respuesta a estos informes, se sintió obligado a enviar nuevas instrucciones a las autoridades coloniales de Nueva España y no tardó en despachar barcos de guerra a establecer un puesto avanzado en Nutca que respaldara sus pretensiones sobre la región. Uno de estos buques estaba al mando de Esteban José Martínez, quien, al llegar a Nutca el 4 de mayo de 1789, no halló allí barcos rusos, sino británicos y estadounidenses. En la consiguiente confrontación, Martínez actuó con rapidez para detener las actividades extranjeras en la región y ordenó el apresamiento de los barcos británicos.

El primer ministro británico, William Pitt, decidido a reavivar la pujanza británica después de la Guerra de Independencia de Estados Unidos, exigió reparaciones e insistió en que se diera acceso libre al comercio y a la colonización británica en el norte de la costa del Pacífico. España solo accedió a la primera demanda y ambos bandos se prepararon para la guerra.[54] La Crisis de Nutca colocó a Estados Unidos y a Francia en una posición complicada. Estados Unidos veía con temor la posibilidad de una invasión británica que ocupara los territorios españoles de Florida y Luisiana. Esto habría significado que el territorio de Estados Unidos quedara encerrado por el este y por el oeste. También preocupaba que Francia, aliada de España, estaba ya inmersa en la

crisis revolucionaria y no podría echar una mano a los españoles. Los estadounidenses, por consiguiente, temían que su alianza firmada con Francia en 1778 pudiera acabar obligándoles a intervenir en socorro de España. El presidente Washington consultó a su gabinete la mejor forma de afrontar la potencial amenaza británica. Su nuevo Gobierno era consciente de la relativa debilidad de Estados Unidos y de la necesidad de evitar la guerra, pero el secretario de Estado Thomas Jefferson y el secretario del Tesoro Alexander Hamilton ofrecieron consejos contrapuestos. El primero adujo que Estados Unidos, como pago por su neutralidad en el inminente conflicto, debía conseguir concesiones de Gran Bretaña (la retirada de los puestos avanzados del noroeste y un tratado comercial) o de España (la compra de Nueva Orleans y Florida y derechos de navegación por el Misisipi).[55] Hamilton, que buscaba la paz con Gran Bretaña a toda costa para proteger la economía estadounidense, era partidario entrar en la guerra en contra de España, el contendiente más débil, y recomendaba que se permitiera a los británicos el paso por el territorio estadounidense –puesto que Estados Unidos no sería capaz de detenerlos, ni tampoco podía permitirse librar otra guerra contra ellos–.

La Crisis de Nutca acabó cuando España optó por negociar. Según las condiciones de la Convención de Nutca (1790), España permitió el comercio y los asentamientos británicos en las áreas de la costa del Pacífico al norte de San Francisco que no estuvieran habitadas. Fue el final de la pretensión española de monopolizar el comercio y la colonización de la región. Las concesiones españolas reforzaron las pretensiones de soberanía británicas en lo que vino a denominarse el Territorio de Oregón.

Sin embargo, Gran Bretaña no fue capaz de aprovechar al máximo esta concesión por culpa de las Guerras de la Revolución francesa, en las que se vio envuelta a partir de 1793. Esto permitió a Estados Unidos expandirse años después sin oposición británica. El incidente de Nutca hizo ver al Gobierno de Washin-

gton que Estados Unidos no era inmune a las pugnas europeas y que Gran Bretaña constituía la principal amenaza para su seguridad. La crisis forjó dos principios fundamentales de la política internacional estadounidense: la oposición a la colonización europea en América del Sur y del Norte (después formulada en la Doctrina Monroe) y la necesidad de evitar «alianzas comprometedoras», en palabras utilizadas por Jefferson en su discurso de investidura. Los líderes estadounidenses se dieron cuenta de los peligros que causaban las rivalidades europeas en las áreas en torno al río Misisipi. Por último, la crisis llevó al establecimiento de relaciones diplomáticas permanentes entre Estados Unidos y Gran Bretaña. El ejecutivo británico, preocupado por las amenazas del Congreso de imponer aranceles discriminatorios y tasas por tonelaje para perjudicar a los productos británicos, y temeroso de que Estados Unidos aprovechara la crisis para agrandar su territorio, envió allí a su primer embajador, George Hammond, en 1791.

El significado más amplio de la Crisis de Nutca, sin embargo, fue que vino a demostrar la debilidad de Francia en el tablero internacional y la oportunidad que se abría a sus adversarios para beneficiarse de ella. También reveló la influencia que la Revolución francesa iba a tener en los acontecimientos globales.

La cuenca del Caribe iba a ser la primera región en experimentar un conflicto armado a gran escala provocado directamente por la Revolución, y después fue un teatro de operaciones clave en las Guerras de la Revolución. Seis potencias europeas –Gran Bretaña, España, Francia, la república holandesa, Dinamarca y Suecia– competían activamente en el Caribe. De estas, Gran Bretaña y Francia prestaron especial atención a la región después de la Guerra de los Siete Años, periodo en el que la rivalidad mutua se había desplazado desde Norteamérica y la India a las colonias caribeñas.[56] Francia era especialmente sensible a cualquier amenaza a sus intereses caribeños porque dependía cada

vez más del comercio colonial. En 1787, las mercancías provenientes de las colonias sumaban el 40 por ciento de sus importaciones, mientras que más de un tercio de las exportaciones francesas iba al Caribe.[57] Un contemporáneo advirtió que «en el torbellino que ahora barre el sistema del comercio europeo, si Francia perdiera sus colonias [caribeñas] se convertiría en esclava de Inglaterra».[58]

El Santo Domingo francés (actual Haití) era la colonia más rica de toda América y la principal productora de azúcar. En 1789 contaba con alrededor de 8000 plantaciones que empleaban a medio millón de esclavos –un 89 por ciento de la población de la colonia–. En cambio, solo tenía 30 000 habitantes blancos, una cifra apenas algo mayor que el número de individuos libres de color (*gens de couleur*).[59] Saint-Domingue estaba en el centro de un pujante sistema comercial global que movía personas, mercancías e ideas y también de una compleja red de intrigas diplomáticas. La competencia colonial tradicional entre las potencias europeas en el Caribe se vio complicada por el estallido de rebeliones de esclavos después de la Revolución francesa.

El control inicial español de la cuenca del Caribe había impedido que franceses y británicos fundaran colonias allí hasta principios del siglo XVII. Cuando el azúcar, el tabaco y otras plantaciones que dependían del trabajo esclavo se convirtieron en lucrativas fuentes de ingresos, las potencias empezaron a organizar de forma regular expediciones para intentar apoderarse de colonias rivales o para proteger las propias.[60] Debido a la geografía del Caribe, estas operaciones militares requerían grandes fuerzas navales y, a menudo, acababan desbaratadas por la enfermedad (sobre todo la fiebre amarilla) o la meteorología. Durante las guerras de los Nueve Años (1688-1697) y de Sucesión española y luego austriaca, España, Gran Bretaña y Francia chocaron por el control de las islas, pero el efecto de estas contiendas fue escaso en el equilibrio de fuerzas del Caribe. La Guerra de los Siete

Años, en cambio, tuvo un resultado distinto. La Marina francesa no pudo proteger las islas galas por el férreo bloqueo británico y la Royal Navy británica se enseñoreó por la región tomando Guadalupe, Martinica y la mayor parte del resto de las islas francesas del Caribe. El Tratado de París (1763) sancionó la apropiación británica de Dominica, San Vicente y Tobago, pero Martinica y Guadalupe fueron devueltas a Francia a cambio de Canadá.

Francia, sedienta de revancha, la obtuvo durante la Guerra de Independencia estadounidense. Después de ayudar primero en secreto a los estadounidenses, los franceses entraron formalmente en la contienda en 1778, lo que dio pie a una importante pugna en el Caribe en la que tomaron Dominica, San Vicente, Granada, Tobago, San Eustaquio y San Cristóbal entre 1778 y 1781, aunque sufrieron una severa derrota en la batalla de Los Santos (12 de abril de 1782) que salvó las posesiones británicas en la región. La Paz de París de 1783 les devolvió a los británicos la mayor parte de las islas perdidas, entre ellas las Bahamas, que habían sido tomadas por los españoles en 1782. Por sorprendente que parezca, la profunda conmoción que causó la Revolución de las colonias norteamericanas tuvo un impacto limitado en las colonias del Caribe. Los estudios más recientes no otorgan un papel significativo a la contienda estadounidense contra Gran Bretaña en la rebelión haitiana contra los amos franceses.[61]

No sucedió lo mismo con la Revolución francesa. Esta condujo a un nuevo conflicto entre Gran Bretaña y Francia por el Caribe: la importancia económica de la producción colonial para el comercio europeo iba a garantizar la intensidad de la pugna por el control de las islas caribeñas. La tradicional rivalidad colonial, sin embargo, se vio complicada por las rebeliones de esclavos desatadas por la Revolución. Los sucesos revolucionarios de Francia, en especial la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (en agosto de 1789), tuvieron un efecto inme-

diato en las colonias francesas, sobre todo en el Santo Domingo francés. Hubo una rebelión de esclavos en San Pedro, en la isla de Martinica, en agosto de 1789; otra en el sur de Saint-Domingue, a primeros de octubre, y una nueva ola de disturbios urbanos en el sur de la Martinica, en noviembre.[62] Honoré Mirabeau, uno de los líderes más notables de la primera etapa de la Revolución y miembro activo de la Sociedad de Amigos de los Negros (Société des Amis des Noirs), defendía públicamente que, de acuerdo con la Declaración, «no hay ni puede haber, en Francia ni en ningún país bajo las leyes francesas, hombres que no sean libres, hombres iguales entre sí».[63] Los ricos propietarios de las plantaciones esperaban conseguir libertades para ellos mismos, sin que se pusiera en cuestión la esclavitud, mientras que los individuos negros libres deseaban adquirir los derechos enumerados en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Los ricos terratenientes blancos insistían en que la Declaración no concernía a la gente de color y los debates acerca de la ciudadanía de los mulatos fueron cada vez más violentos.

En septiembre de 1790 se inició la lucha civil entre los aristocráticos terratenientes blancos y los patriotas en dos poblaciones, San Pedro y Fort Royal (actual Fort-de-France), en la isla de Martinica. En diciembre, hubo intentos de insurrección en la Guayana francesa y en la isla de Santa Lucía, y en abril de 1791 el malestar de los esclavos estalló en Guadalupe.[64] En mayo de 1791, la decisión de la Asamblea Nacional francesa de conceder la ciudadanía plena a todos los hombres que tuvieran los recursos económicos exigibles y fueran hijos de padres y madres libres llevó a batallas callejeras en Puerto Príncipe (en Saint-Domingue) y, en los primeros días de noviembre de 1791, varias parroquias fueron profanadas por revueltas de esclavos.[65] La cuestión de la libertad y la ciudadanía, unidas a la inestabilidad política, incitaban a los esclavos a alzarse contra sus amos en las llanuras y colinas de las provincias septentrionales de Saint-Domingue,

muy pobladas.[66] Sin embargo, esta zozobra que se vivía en las colonias francesas no separó de forma inmediata a los dueños de las plantaciones de sus esclavos. A lo largo de 1790 y 1791, los primeros lograron emplear con éxito a los segundos para reforzar sus fuerzas militares e imponerse a sus rivales revolucionarios. Entre 1790 y 1792, los realistas triunfaron en Guadalupe y Martinica, pero, en ambos casos, tuvieron que armar a los esclavos para alcanzar la victoria. De hecho, a lo largo de este periodo, patriotas y realistas compitieron por atraerse a los esclavos rebeldes a sus causas respectivas.[67] No obstante, en el verano de 1791, la conmoción revolucionaria empezó a hacerse sentir también fuera de las colonias galas. Menos de un mes después del levantamiento inicial, las autoridades británicas de Jamaica tuvieron que contener conatos de rebeliones de esclavos.[68] Los británicos enviaron una delegación a los dueños de las plantaciones francesas para ofrecerles ayuda contra los esclavos. Mientras tanto, los españoles de la mitad oriental de la isla de Santo Domingo aprovecharon la ocasión para enriquecerse con la venta de armas y suministros a los esclavos insurgentes. Aunque las relaciones entre los blancos y los mulatos se mantuvieron tensas, la milicia de individuos libres de color fue clave en la lucha contra los esclavos rebeldes, lo que aceleró el proceso de reconocimiento de sus derechos civiles. El 4 de abril de 1792, la Asamblea Nacional francesa amplió la ciudadanía a todos los hombres de color libres, con la esperanza de ganarse con esta medida su lealtad y apoyo.[69] Apenas dieciséis días después estalló una guerra que cambió el mundo.

CAPÍTULO 3 | La Guerra de la Primera Coalición, 1792-1797

La guerra que se desencadenó en abril de 1792 fue el primer conflicto de Francia contra alguna potencia continental desde el fin de la Guerra de los Siete años, treinta años antes. Empezó pésimamente para los franceses, cuyos ejércitos ya habían sufrido la crisis financiera previa a la Revolución y se habían deteriorado por la emigración masiva de los oficiales de la nobleza, la quiebra de la disciplina y sus correspondientes motines y por la carencia generalizada de equipo y suministros. Francia también estaba aislada diplomáticamente. Además, pese a todas las pretensiones de los revolucionarios, no hubo ninguna respuesta revolucionaria similar inmediata en el resto de Europa. La distancia, el control ejercido por la aristocracia y las restricciones impuestas por los Estados impedían que las noticias llegaran al norte, al este y al sur del continente, donde el orden establecido se mantuvo firme. Solo en Polonia los reformistas pudieron llevar a la práctica su entusiasmo, pero fue un éxito de muy corta vida.

La lucha comenzó con la invasión por las fuerzas francesas de los Países Bajos austriacos (actual Bélgica), en los que obtuvieron algunas victorias en las zonas fronterizas. Los éxitos franceses no pasaron de ahí en esta etapa de la guerra. En la primavera y el verano de 1792, las tropas galas sufrieron un rosario de reveses

mientras las fuerzas austro-prusianas de Carlos Guillermo Fernando, duque de Brunswick-Wolfenbuttel, invadían Francia y avanzaban lentamente hacia París. El 25 de julio de 1792, los aliados publicaron una advertencia –el llamado Manifiesto de Brunswick– que amenazaba con «obtener una venganza ejemplar que se recordaría siempre, sometiendo París a la ley marcial y a la destrucción completa», en caso de que la familia real francesa sufriera algún daño. El manifiesto, uno de los documentos más llamativos de la historia contemporánea europea, venía a ser un ultimátum bastante peculiar –empezaba de forma algo conciliatoria e insistía en que los aliados no tenían intención de «entrometerse en la política interna francesa», para luego emplear amenazas directas en caso de que los franceses no se avinieran a sus demandas–. Como suele suceder en los conflictos, el manifiesto produjo un efecto justamente opuesto al buscado y solo sirvió para avivar las llamas del fervor revolucionario en París. Los aliados pretendían que fuera una advertencia, pero los propagandistas revolucionarios lo presentaron como una amenaza directa a la existencia de la nación y una nueva oleada de violencia revolucionaria sacudió París. El 10 de agosto de 1792, una multitud asaltó el palacio de las Tullerías y apresó a la familia real. En septiembre, la nueva cámara legislativa, la Convención Nacional, abolió la monarquía, proclamó la república y se consagró al arduo reto de defender Francia. «*La Patrie en danger!*» [«¡La Patria en peligro!»] fue el grito de llamada que los revolucionarios emplearon para la movilización de fuerzas en defensa de la nación.

No les faltaban razones. Un contingente prusiano (con algo de apoyo austriaco) ya había dejado atrás Longwy, a unos 300 kilómetros de París, sin que hubiera nada que pudiera impedir su marcha hasta la capital salvo la falta de disposición de su comandante, el duque de Brunswick. A pesar de la ferocidad expresada en el manifiesto, Carlos Guillermo Fernando estaba en desacuer-

do con su misión y, una vez llegado al río Mosa, se detuvo aduciendo que le resultaba imposible avanzar más. Solo la inesperada rendición de la fortaleza de Verdún lo movió, por pundonor, a seguir adelante. En la pequeña población de Valmy, a unos 220 kilómetros de París, Brunswick encontró un ejército francés reorganizado a toda prisa y comandado por los generales Charles Dumouriez y François Kellermann. El 20 de septiembre de 1792, Brunswick se puso en marcha para atacar lo que parecían unas turbas indisciplinadas de franceses, pero el fuego de los cañones galos entró en escena. La artillería francesa era el arma que se había visto menos afectada por la Revolución y todavía contaba en sus filas con los profesionales necesarios. Los artilleros franceses, desplegados en las suaves colinas de Valmy, se negaron a silenciar sus cañones ante el fuego de contrabatería prusiano y continuaron dirigiendo los proyectiles a la infantería enemiga que avanzaba. «El cañoneo de Valmy» se hizo célebre poco después. Al ver dudar a los prusianos, Kellermann alzó su sombrero y exclamó: «*Vive la Nation!*» –un grito que fue repetido sucesivamente por la práctica totalidad de las filas francesas–. El duque de Brunswick, al comprobar el entusiasmo de los soldados franceses y su disposición a la lucha, aprovechó la oportunidad para dar por terminada la campaña: sentenció que la posición enemiga era inexpugnable y ordenó la retirada de sus hombres.

La batalla de Valmy, pese a su escasa entidad, se convirtió en una victoria estratégica y política francesa crucial: detuvo la ofensiva austro-prusiana y salvó al gabinete revolucionario. Las emociones patrióticas, avivadas por los gritos de «*La Patrie en danger!*», se vieron multiplicadas por el orgullo nacional henchido gracias a la derrota infligida a los veteranos de Federico el Grande. Además, las unidades francesas tomaron la iniciativa para continuar la guerra con mayor vigor: el general Adam Custine cruzó el Rin desde Alsacia y ocupó Maguncia y Fráncfort en octubre, mientras que Dumoriez avanzaba a los Países Bajos austriacos y derrotaba a estos en Jemappes el 6 de noviembre. Esta batalla constituyó uno de los puntos de inflexión de la contienda: a continuación, los franceses ocuparon gran parte de los Países Bajos austriacos y un escuadrón naval subió por el Escalda para poner sitio a Amberes. Simultáneamente, en el frente italiano, las tropas francesas también ocuparon Saboya y Niza. La salvación de Francia por las victorias de otoño de 1792 parecía, en muchos aspectos, algo milagroso, aunque, en realidad, tuvo

varias causas profundas, como las desavenencias internas entre los socios de la coalición y su preocupación por los sucesos de Polonia; la superioridad numérica de las tropas galas, cada vez mayor –que además habían demostrado un espíritu de lucha entusiasta (un empuje o *élan*) que sorprendió a sus adversarios–; o la adopción previa de reformas militares que hacía tiempo habían propuesto notables teóricos militares franceses como Jacques Antoine Hippolyte, conde de Guibert.[1]

Incluso con estas victorias, 1793 comenzó mal para Francia. Las monarquías europeas se enfurecieron por la ejecución del rey Luis XVI el 21 de enero y también cuando la Convención Nacional declaró que estaba librando una cruzada del pueblo contra los privilegios y las tiranías. El deseo de los revolucionarios de establecer relaciones directas con los demás pueblos, ignorando las testas de sus monarcas, planteaba una amenaza directa a los regímenes establecidos. El llamado Edicto de Fraternidad, emitido por la Convención Nacional el 19 de noviembre, fue un motivo adicional de alarma para los Estados monárquicos. En él, la Francia revolucionaria prometía «fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quisieran recobrar su libertad». Era, pues, una invitación expresa al derrocamiento de los regímenes existentes. El Edicto de Fraternidad, en efecto, sirvió de inspiración a los potenciales revolucionarios de otras partes de Europa para intentar derribar a sus Gobiernos, incluso en países que no estaban en guerra con Francia. En Gran Bretaña, por ejemplo, la embajada francesa recibió a delegaciones de asociaciones radicales, entre ellas la Sociedad Revolucionaria de Norwich y la Sociedad Constitucional de Manchester, que, en una declaración pública, expresaron su alegría por ver a Francia «cumpliendo sus más altos destinos». La misma embajada también aceptó de buena gana los donativos dinerarios y el armamento que los radicales ingleses ofrecieron para los contingentes revolucionarios que luchaban en Bélgica.[2]

El edicto reforzó una convicción compartida por muchos revolucionarios franceses (y por la opinión pública en general): que la expansión continuada de Francia era un imperativo moral. Esto, en palabras del gran historiador francés Albert Mathiez, era «el apogeo de la política cosmopolita y humanitaria» de la Revolución, puesto que «la propaganda emancipatoria asumía una forma tutelar, casi de dictadura. La Francia revolucionaria reconocía que [otros] pueblos libres, por sí mismos, eran incapaces de imitar el ejemplo que ella marcaba». Los revolucionarios tenían que asistir a esos pueblos a que emprendieran la revolución por el bien de ellos, sin contar con ellos e incluso contra ellos.[3] La expansión francesa a los territorios vecinos no tardó en revelar un lado más siniestro. El idealismo del Edicto de Fraternidad se vio en buena medida socavado por la ley del 15 de diciembre de 1792, que decretaba que los pueblos «liberados» tendrían que sufragar los costes de la ocupación militar francesa. Radicales del resto de Europa pronto descubrieron que protestar contra los excesos de la ocupación francesa les iba a suponer hostigamiento, multas y cárcel. Ya en enero de 1793, Georg Forster, un radical alemán que de primeras había dado la bienvenida a los soldados franceses a Renania, se quejaba amargamente de que los nobles ideales de la Revolución se veían puestos en entredicho a diario y de que «el bandidaje de los soldados ha tenido un éxito completo en alienar las voluntades y en alejarlas del proyecto de entregarse a Francia [...] Los lugareños habrían sido menos cruelmente engañados si los soldados les hubieran dicho cuando llegaron: "Hemos venido a apoderarnos de todas vuestras cosas"».[4]

La Revolución no era una amenaza solo porque estuviera impulsada por potentes ideas, sino porque estas iban acompañadas de cañones. Los demás países de Europa tenían fuerza suficiente para sofocar a sus propios revolucionarios. Cuando se le acusó de hacer la guerra a la «opinión» revolucionaria, la respuesta del primer ministro británico se hizo célebre: «No es así. No estamos

en guerra contra las opiniones ocultas ni contra las especulaciones de las escuelas. Estamos en guerra con las opiniones *armadas*».[5] Lo que convertía a la Revolución en peligrosa era la potencia de los reformados ejércitos franceses. En un primer estadio, el Gobierno revolucionario dio abundantes pruebas de idealismo sincero en política exterior e incluso aprobó un decreto que repudiaba las conquistas y el engrandecimiento territorial.[6] Sin embargo, para finales de 1792, después de haber experimentado los primeros éxitos, la «guerra por la libertad» de la Revolución había mutado a un conflicto en pos de objetivos más tradicionales. Las conquistas francesas en Renania amenazaban los intereses austriacos. Además, la invasión de los Países Bajos austriacos y la apertura por parte francesa, a mediados de noviembre de 1792, del estuario del Escalda –cerrado desde el Tratado de Westfalia de 1648– para lograr acceso directo al mar del Norte era un golpe directo contra la seguridad y el comercio británicos, asentados en la premisa de que ninguna otra gran potencia marítima pudiera controlar puerto alguno en esa área.

La Revolución, por tanto, amenazaba el *statu quo*. La intensidad de la respuesta europea a la Revolución se debió, en parte, al claro contraste existente entre la autoproclamada misión francesa de «liberar» el continente y la ocupación militar que esto suponía. Los principios universales revolucionarios, de hecho, fueron acogidos positivamente por muchos individuos en los países vecinos, pero la ocupación francesa generó resentimiento y hostilidad en el conjunto de la población y los supuestos beneficiarios de la emancipación empezaron a sentirse víctimas de lo que un observador británico llamó «la filantropía homicida de Francia».[7]

En la primavera de 1793, la mayoría de los Estados europeos, incluyendo Gran Bretaña, Prusia, Austria, España y Nápoles, unió sus fuerzas en la Primera Coalición contra Francia. El papa también prestó apoyo moral a esta coalición. La República Fran-

cesa, cuando declaró la guerra a Gran Bretaña, había incorporado a la contienda una nueva dimensión: el mar. Ni Austria ni Prusia tenían recursos navales de importancia, pero Gran Bretaña, evidentemente, era la potencia naval hegemónica y ahora emplearía sus enormes recursos navales contra los objetivos comerciales y militares franceses. Los aliados iniciaron una nueva ofensiva. Los británicos atacaban a los buques mercantes franceses y cortaban el tráfico marítimo galo. Los prusianos pusieron sitio a Maguncia, en Renania, y los austriacos intentaron recobrar sus Países Bajos. Los franceses fueron derrotados en Neerwinden, el 18 de marzo, y Bruselas fue retomada por los austriacos.

Los franceses no dejaban de recibir malas noticias.[8] El general Dumoriez, que estaba al mando de un ejército, temió por su vida tras el ascenso al poder en París de sus rivales políticos y desertó, pasándose al bando de la Coalicion.[9] El general Custine sufrió, cerca de Valenciennes, una derrota a manos de las fuerzas austriacas, hannoverianas y británicas del príncipe Josías de Sajonia-Coburgo-Saalfeld, los días 21 a 23 de mayo, y no consiguió socorrer la asediada fortaleza de Condé. Custine, llamado de vuelta a París, fue acusado de traición y procesado por el Tribunal Revolucionario, que lo halló culpable el 27 de agosto y lo hizo guillotinar al día siguiente. A finales del verano de 1793, austriacos y prusianos habían expulsado a los franceses de Bélgica y de Renania, el Ejército español amenazaba Francia desde el sur y los británicos continuaban bloqueando gran parte de la costa francesa. Varias insurrecciones contrarrevolucionarias estallaron en el oeste del país. Mientras tanto, la enconada disputa entre los distintos grupos revolucionarios condujo a la inestabilidad civil y política y a una paralización administrativa que dejó a los contingentes de la república sin suministros ni paga, lo que hundió la moral. A finales de agosto, la ciudad de Tolón, en la costa mediterránea, se convirtió en el símbolo de las tribulaciones políti-

cas de Francia. En un primer momento, los republicanos moderados de la ciudad se rebelaron contra las políticas radicales de los jacobinos, pero pronto fueron suplantados por los realistas, que invitaron a las fuerzas angloespañolas a apoderarse de la ciudad. Los almirantes *sir* Samuel Hood de la Royal Navy y Juan de Lángara de la Armada española a duras penas podían creer la oportunidad que se les brindaba. Con un solo golpe, se apoderaron de uno de los arsenales navales clave de Francia y de 26 navíos de línea (alrededor de un tercio de la flota francesa).[10]

A la par que la república se tambaleaba ante la invasión extranjera, la insurrección interna y la crisis económica, los líderes revolucionarios se radicalizaron cada vez más. En junio de 1793, la facción jacobina tomó el control gubernamental. Enfrentados a una situación interna y exterior en extremo volátil, los jacobinos reclamaron medidas extraordinarias para proteger la nación y los ideales revolucionarios. Pensaban que solo un liderazgo fuerte y centralizado podía salvar a la república. Esto se consiguió mediante el Comité de Salud Pública, formado por doce miembros, que introdujo reformas radicales para alcanzar mayor igualdad social y democracia política y empezó a imponer la autoridad del Gobierno por toda la nación a través de la represión violenta y el terror.

En aras de la defensa de la nación, el comité impulsó una leva en masa –la obra maestra del ministro de la Guerra, Lazare Carnot– que movilizó todos los recursos nacionales. «Desde este momento, y hasta que el enemigo sea expulsado del suelo de la República –afirmaba el decreto del 23 de agosto de la Convención Nacional–, todos los franceses están en requisa permanente para servir en los ejércitos». Gracias a una notable hazaña burocrática, el gabinete revolucionario formó nada menos que catorce nuevos ejércitos y equipó a unos 800 000 hombres en el plazo de un año. El Comité de Salud Pública instauró la conscripción universal de todos los varones solteros de 18 a 25 años, requisó

suministros a ciudadanos individuales y se aseguró de que las fábricas y las minas operaran a pleno rendimiento. El éxito de esta movilización en masa estuvo ayudado por una inmensa campaña de propaganda que presentó la *levée en masse* como un deber patriótico en defensa de *la patrie*, contra la tiranía y las amenazas exteriores. Los ciudadanos que no tenían el privilegio de tomar las armas y luchar en el frente eran animados a trabajar más para compensarlo. Estos mensajes se difundían mediante carteles, panfletos, pasquines y periódicos, al tiempo que oradores y veteranos condecorados recorrían el país para excitar a las masas. Con la creación de la «nación en armas», los jacobinos prepararon la llegada de la guerra moderna.[11]

Los soldados ciudadanos de la república demostraron su valía en los campos de batalla. En septiembre de 1793, el general Jean Nicolas Houchard derrotó al ejército anglohannoveriano en Hondschoote, en Flandes, y Jean-Baptiste Jourdan puso en fuga a los austriacos en Wattignies el 15 y 16 de octubre: el curso de la guerra contra la Primera Coalición estaba cambiando. Dos meses después, el Ejército francés expulsó a la fuerza angloespañola del puerto de Tolón, de importancia estratégica. Allí, un desconocido comandante de artillería llamado Napoleón Bonaparte se había distinguido por vez primera. En el occidente de Francia, los contingentes revolucionarios sofocaron con brutalidad la revuelta realista de la Vendée.[12] Después de la victoria del general Jourdan en Fleurus, el 26 de junio de 1794, los franceses hicieron retroceder a las fuerzas coaligadas por toda la frontera norte y recuperaron Bélgica y Renania. En enero de 1795, la flota holandesa de Texel, de catorce navíos, quedó atrapada en el hielo y fue capturada por un escuadrón de húsares franceses y una compañía de infantería montada a la grupa de estos –el único caso de la historia en que una fuerza de caballería ha apresado una flota–.

En el sur, los ejércitos revolucionarios ocuparon Saboya y mantuvieron a raya a los españoles en el frente pirenaico. La campaña naval gala tuvo menos éxito, en parte por la debacle del cuerpo de oficiales y en parte por las bajas sufridas en Tolón, donde una parte significativa de la flota fue capturada o destruida por los británicos. En los meses siguientes, la Royal Navy emprendió una exitosa ofensiva en las Provincias Marítimas de Canadá y en el Caribe, mediante la que se apoderó de las islas de San Pedro, Miquelón y Tobago, e invadió Martinica y Saint-Domingue (aunque los franceses lograron recuperarlas más tarde). Mientras tanto, en aguas europeas, la Royal Navy amplió la protección de Su Majestad británica a la isla de Córcega y saboreó la victoria en la batalla del Glorioso Primero de Junio.[13] En cambio, fracasó en el intento, de mayor alcance estratégico, de interceptar el convoy de grano que llevaba suministros a la hambrienta población francesa.[14]

Los reveses marítimos franceses, sin embargo, se vieron más que compensados en tierra, donde una guerra que se había iniciado en defensa de la Revolución y para la liberación del pueblo oprimido se había convertido en otra de conquista y pillaje. Los éxitos militares franceses se vieron facilitados por las rivalidades entre las potencias aliadas. Prusia, Austria y Rusia estaban centradas en las particiones de Polonia, lo que alejaba de Francia una parte considerable de sus recursos y de su atención política. Además, el agotamiento financiero y la ausencia de resultados tangibles después de dos años de campañas borraron en algunos países cualquier entusiasmo por la contienda. El progreso favorable de esta convirtió los excesos de los jacobinos en algo cada vez más innecesario. De hecho, los excesos llevaron a que los moderados de la Convención derrocaran al Comité de Salud Pública en julio de 1794 y revirtieran algunas de sus reformas más radicales. Una vez desmantelado el comité, dirigentes más temperados tomaron el control gubernamental. El Reinado del Terror llegó a su fin y

la Convención Nacional adoptó una nueva Constitución que reflejaba un anhelo de estabilidad sin sacrificar, o al menos eso anunciaba, los ideales de 1789. El nuevo Gobierno galo –un Directorio Ejecutivo de cinco miembros y dos cámaras legislativas– fue acosado por todos lados: en la derecha, los realistas buscaban restaurar la monarquía; y en la izquierda, los deseos de los jacobinos de recuperar el poder se vieron avivados por los persistentes problemas económicos.[15]

A pesar de estos obstáculos, el Directorio acabó siendo el más duradero de los gobiernos revolucionarios, aunque su política fue zigzagueante. En los primeros dos años se desplazó hacia la derecha, hasta que se vio amenazado por el resurgir de los realistas y giró a la izquierda, decisión que, a su vez, estimuló el resurgimiento del jacobinismo. Los historiadores han condenado durante mucho tiempo al Directorio por su debilidad y corrupción, por su inepta política interior y exterior y por su incompetencia financiera, acusaciones que parecen justificar su derribo por parte del general Bonaparte. Sin embargo, hoy está claro que las instituciones esenciales del Consulado y el Imperio ya estaban en funcionamiento durante el Directorio y que este procuró con éxito la centralización y la consolidación del ejecutivo. En todo caso, el Directorio también adoleció, desde el principio, de insuficiente respaldo popular. Muchos ciudadanos franceses, agotados emocionalmente por años de convulsiones económicas, sociales y políticas, cayeron en un estado de indiferencia o de cinismo. Pese a los sucesivos golpes de timón dirigidos a reforzar su posición, el Directorio perdía cada vez más fuerza y tuvo que acudir a los militares en busca de apoyo.

Para los primeros meses de 1795, Francia ya controlaba Bélgica, Luxemburgo y la orilla izquierda (oeste) del Rin, territorios que se habían incorporado a la República Francesa.[16] La campaña de primavera trajo nuevas victorias de las armas francesas: la invasión al otro lado de los Pirineos y las victorias en Renania

provocaron el desmoronamiento de la Primera Coalición. Toscana le retiró el apoyo no oficial que hasta entonces le prestaba, una decisión que pronto imitó, en mayo, la nueva República Bátava (Holanda). El 22 de julio de 1795, España, que dos años antes había declarado la guerra a la Francia revolucionaria para contener a la amenazadora ideología de la libertad, la igualdad y la fraternidad, se vio obligada a pedir la paz después de reiterados reveses militares.[17] Con el comercio marítimo amenazado por los británicos, la paz era para España una mala alternativa, así que Madrid firmó un pacto de alianza con Francia (el Tratado de San Ildefonso) que la llevó a la guerra con Inglaterra. De este modo, antes de que hubiera pasado un año desde la firma de la paz con Francia, España se vio de nuevo envuelta en una nueva contienda: los británicos pusieron bloqueo a los puertos españoles y atacaron el arsenal de Ferrol.

Igual de crucial fue el éxito francés con Prusia, que había insinuado retirarse del conflicto en 1794. Durante las negociaciones celebradas en la ciudad suiza de Basilea, los diplomáticos prusianos se persuadieron de la determinación francesa de continuar la guerra –«Trazaremos con mano segura los límites naturales de la República. Nos aseguraremos los ríos que, después de regar varios de nuestros departamentos, llevan su curso hacia el mar y limitan con países hoy sujetos a nuestras armas», declaró un delegado francés–, aunque les preocupaba más lo que sucedía en el este, donde Rusia se preparaba para el reparto final de Polonia.[18] Según los términos del Tratado de Basilea, firmado el 5 de abril de 1795, Prusia se retiraba de la guerra y reconocía el control francés de la orilla izquierda del Rin, mientras que Francia retornaba todos los territorios al este de ese río que había ocupado durante la guerra.

El Tratado de Basilea supuso un momento crucial en la historia alemana. Fue, según al menos un historiador, un «certificado de defunción» del Sacro Imperio Romano Germánico, puesto

que Prusia «postergó al Reich [el Imperio] en favor de la *raison d´etat*».[19] El tratado no solo consolidó el control francés de Renania, sino que dividió Alemania en dos esferas de influencia al trazar una línea imaginaria en el río Meno: los Estados alemanes al norte de ella –Hesse-Cassel, Nassau y los integrantes del Círculo de Suabia– no tardaron en seguir el ejemplo prusiano, desertaron de la causa imperial y aceptaron acuerdos de neutralidad con Francia. El tratado provocó agrias críticas en Alemania: las actitudes antiprusianas se enconaron en muchos Estados alemanes meridionales y contribuyeron a perfilar las políticas a lo largo de las décadas siguientes.

Apartadas ya Prusia y España de la guerra –socios claves de la coalición–, Francia todavía tenía que hacer frente a Gran Bretaña en los mares y a Austria y sus aliados italianos en el continente. En el Mediterráneo, las armadas francesa y británica libraron acciones inconcluyentes en el golfo de Génova (13 y 14 de marzo de 1795) y en Hyères el 13 de julio. En otros teatros de operaciones, los británicos escaparon por poco de ser aplastados por una fuerza francesa más numerosa en la costa de Belle Isle, el 17 de junio, mientras que el almirante Alexander Hood, lord Bridport, se apoderó de varios buques franceses en un choque naval frente a la isla de Groix el 23 de junio, pero malogró la posibilidad que se le ofreció de inutilizar a toda la flota francesa del Atlántico.[20]

En el continente, las operaciones militares francesas estuvieron circunscritas a dos frentes cruciales: Renania y el noroeste de Italia. En el primero, cuatro años de guerra constante habían dejado la región completamente esquilmada. Un general francés recordaba que, en la primavera de 1796, había partes de Renania tan «agotadas que era prácticamente imposible hacer la guerra allí antes de que llegara la nueva cosecha».[21] Pese a todo, Francia tenía en la región desplegados sus dos ejércitos más numerosos: el del Sambre y el Mosa del general Jourdan (78 000 soldados) y

el del Rin y el Mosela del general Jean Moreau (80 000 hombres). Ante ellos se encontraba el recién nombrado comandante austriaco, el archiduque Carlos, hermano del emperador, al mando de unos 90 000 hombres.[22] La ofensiva de Jourdan a través del Rin, iniciada el 10 de junio, permitió a Moreau cruzar el río en Estrasburgo, pero el progreso francés se detuvo pronto. El archiduque Carlos infligió sonadas derrotas a Jourdan en Amberg el 24 de agosto y en Wurzburgo el 3 de septiembre, que obligaron a los franceses a recruzar el Rin y condujeron a un armisticio. Mientras tanto, Moreau había derrotado a una fuerza austriaca en Friedberg el 23 de agosto, pero al conocer la retirada de Jourdan volvió a cruzar el Rin el 26 de octubre.[23]

El esfuerzo bélico francés fue salvado por Napoleón Bonaparte, que asumió el mando del Ejército de Italia en abril de 1796, a la edad de 27 años.[24] Napoleón, enfrentado a contingentes austro-piamonteses que le superaban ligeramente en número y que comandaba el septuagenario *Feldzeugmeister*[*5] Johann Peter Beaulieu, atacó el punto de unión entre ambas fuerzas a principios de abril y, después de obtener una victoria en Montenotte el día 12 de ese mes, interpuso su contingente entre los piamonteses y los austriacos. Fue la primera puesta en escena de un tipo de maniobra que iba a ser fundamental a lo largo de su carrera: dividir a los distintos elementos de un enemigo numéricamente superior para derrotarlos por separado. Ya poseedor de la posición central, Bonaparte procedió a buscar el choque con piamonteses y austriacos, alejando a unos de los otros y derrotándolos por separado. Apenas dos semanas después de que principiaran las operaciones, Bonaparte ocupaba Turín, la capital de Piamonte, y obligaba a los piamonteses a pedir la paz.[25] Después fue en pos de las fuerzas austriacas en retirada y obtuvo una importante victoria sobre la retaguardia enemiga en Lodi, una batalla que lo convirtió en héroe a ojos de los soldados y de la nación –y no sin motivos–. A lo largo del verano y el otoño de

1796, Bonaparte desbordó en varias ocasiones a sus adversarios austriacos, alcanzó grandes victorias en Castiglione el 5 de agosto y en Bassano el 8 de septiembre, y puso sitio a la gran fortaleza de Mantua, donde quedaron embotelladas la mitad de las fuerzas austriacas.[26] Los refuerzos al mando del *Feldzeugmeister* Joseph Alvinczi von Borberek que llegaron de Alemania permitieron a los austriacos intentar socorrer a la asediada Mantua, pero Bonaparte, tras una batalla de tres días en Arcola (del 15 a 17 de noviembre), los obligó a retirarse. Después de que un ulterior intento austriaco de auxilio de la fortaleza padeciera una derrota decisiva en Rívoli, en enero de 1797, la guarnición de Mantua capituló, lo que puso fin a cualquier resistencia austriaca en Italia.[27] El subsiguiente cruce de los Alpes por Bonaparte y la invasión de Austria empujaron a la corte vienesa a solicitar un armisticio.

El Tratado de Campo Formio, cerrado el 17 de octubre, marcó un momento crucial de las Guerras Revolucionarias. La Guerra de la Primera Coalición había acabado y Francia había vencido. Entre los territorios cedidos a la República Francesa se encontraban los Países Bajos austriacos. Aunque el tratado no contenía disposiciones importantes relativas a la República Bátava (Holanda), en la práctica venía a reconocer la existencia de esta en el interior de la esfera de influencia francesa.[28] Austria se vio obligada a reconocer a las repúblicas satélites de Francia en el norte y el centro de Italia y accedió a las pretensiones galas sobre la orilla izquierda del Rin, incluidas las estratégicas ciudades de Mannheim y Maguncia.[29] Austria recibió Venecia a modo de compensación, pero Francia conservaría los territorios venecianos del Adriático y del Mediterráneo oriental, que incluían la isla de Corfú.[30]

El Tratado de Campo Formio, en la práctica, puso los Países Bajos y el norte de Italia bajo control de Francia y convirtió a esta en la potencia hegemónica de Europa occidental, solo rivaliza-

da por Inglaterra. La insistencia de Bonaparte en ocupar las islas Jónicas, antes en poder de los venecianos, amplió las ambiciones francesas hasta las costas del Adriático, mejoró de forma significativa su posición en el Mediterráneo oriental y llevó los ideales revolucionarios a la península balcánica, especialmente a Grecia. El tratado, que Bonaparte acordó en gran medida sin pedir instrucciones a París, demostraba su ascenso de mero soldado de la república a estadista de grandes aspiraciones. Sin embargo, pese a lo ventajoso que el tratado resultaba para Francia, tuvo que enfrentarse a una fuerte resistencia del Directorio. Este exigía condiciones todavía mejores, sobre todo en lo relativo a Renania, donde la frontera no había quedado garantizada formalmente. Al final, sopesando el entusiasmo popular por la paz, el Directorio y las cámaras legislativas se sintieron obligados a aceptarla.[31]

Los ánimos británicos, chafados por los constantes reportes de victorias francesas en el continente, se vieron tonificados por las noticias de los triunfos de la Royal Navy en los mares. En 1795, la ocupación por los franceses de la República Bátava había ofrecido a Gran Bretaña una oportunidad única para penetrar en el imperio colonial holandés. Un año después, cuando el Tratado de San Ildefonso alió a Francia y España, en Gran Bretaña se despertó la alarma por la perspectiva de tener que enfrentarse a una flota combinada francoespañola capaz de perturbar el comercio marítimo y dañar las comunicaciones con sus colonias. De hecho, la declaración de guerra española y las conquistas de Bonaparte en Italia tornaron insostenible la posición de la Royal Navy en buena parte del Mediterráneo occidental. Sus buques ya no podían repostar con facilidad y se las veían con una armada francoespañola con el doble de efectivos. Los británicos, por consiguiente, no tuvieron más remedio que evacuar las islas de

Córcega y Elba y concentrarse en Gibraltar y Sicilia, confiando en imponerse a sus adversarios por separado.

La oportunidad llegó a principios de 1797. Entonces, el escuadrón británico de 15 navíos de línea del almirante *sir* John Jervis tuvo noticia de que la escuadra española navegaba cerca de Cádiz con la intención de reunirse con la francesa en Brest para una posible invasión de Irlanda. Jervis, desconocedor del tamaño de la escuadra enemiga, puso vela con prontitud para interceptarla. El 14 de febrero, mientras una espesa niebla cubría el mar picado del cabo de San Vicente, los británicos chocaron con la fuerza española mandada por el almirante don José de Córdoba y Ramos. En el comienzo de la batalla se vivió un memorable toma y daca entre Jervis, que desconocía que el adversario doblaba el número de sus buques, y sus capitanes, que iban contando los barcos de guerra españoles a medida que emergían de la neblina:

> —Hay ocho navíos de línea, *sir* John.
>
> —Muy bien, señor.
>
> —Hay veinte navíos de línea, *sir* John.
>
> —Muy bien, señor.
>
> —Hay veinticinco navíos de línea, *sir* John.
>
> —Muy bien, señor.
>
> —Hay veintisiete navíos de línea, *sir* John.
>
> —Basta, señor, es suficiente: la suerte está echada. Y si hay cincuenta navíos, pasaré a través de ellos.[32]

Y sí que pasó. Jervis cortó la línea española en dos. Sus tripulaciones, mejor entrenadas y capitaneadas, se demostraron superiores al enemigo y mataron o hirieron a más de 3500 españoles. El capitán Horatio Nelson, al mando del HMS Captain, se distinguió por una atrevida e inusual maniobra que logró el apresamiento de dos buques de guerra españoles.

La batalla del cabo San Vicente fue una gran victoria estratégica para Gran Bretaña. Si bien al final las pérdidas españolas en buques fueron moderadas (cuatro barcos apresados), la flota se tuvo que refugiar en Cádiz, donde fue bloqueada por los británi-

cos. La batalla, pues, puso fin a cualquier proyecto francés de invasión de Irlanda y, lo que era más importante, desmoralizó a la Armada española, que, en adelante, se mostró remisa a emprender operaciones ulteriores con Francia.[33]

Con el recuerdo de la victoria de San Vicente todavía fresco, los británicos celebraron otro triunfo, esta vez más cercano a casa. Después de ocupar el territorio de la República Holandesa, Francia quiso servirse de las fuerzas navales de esta para restablecer los efectivos de su devastada flota, aunque no podía mover los buques de guerra holandeses a causa del bloqueo británico. En el otoño de 1797, aprovechando varios motines que lastraron la eficacia de la Flota del Canal británica, la flota holandesa (once navíos y más de una docena de barcos de guerra de menor tamaño) zarpó hacia el mar del Norte al mando del vicealmirante Jan de Winter, pero fue interceptada por el escuadrón británico del almirante Adam Duncan, compuesto por catorce navíos y otros diez buques de guerra. La consiguiente batalla de Camperdown acabó en victoria decisiva británica. La flota holandesa atacó en dos formaciones poco ordenadas y fue arrollada por los buques de guerra británicos, muy superiores. Los holandeses, en un desesperado esfuerzo final, intentaron escapar a aguas menos profundas, pero fueron perseguidos y obligados a rendirse. Los británicos consiguieron once buques de guerra, siete de ellos navíos de línea.

La batalla de Camperdown se celebró, con razón, como una de las victorias más grandes de la Armada británica hasta entonces. Sus efectos fueron inmediatos y amplios: supuso un severo golpe a las ambiciones holandesas y francesas, consolidó más la posición de la Royal Navy en el Atlántico norte y relajó la presión a la que se veían sometidos los recursos navales británicos.[34]

La víctima más obvia de la Guerra de la Primera Coalición fue, tal vez, el Estado polaco. Ya hemos observado que los éxitos militares franceses en Italia, en los Países Bajos y en Renania se habían visto facilitados por la fijación de Prusia, Austria y Rusia en el destino de Polonia. Como hemos visto, la Segunda Partición de Polonia (1792-1793) tuvo efectos decisivos, pero también creó una situación inherentemente inestable. La posición de Rusia en el asunto polaco era declaradamente favorable a una nueva expansión; Austria estaba, sin duda, dolida por haber quedado excluida de la Segunda Partición, y Prusia tampoco ocultaba que deseaba más territorios. El establecimiento de la hegemonía rusa avivó el resentimiento y la indignación en lo que quedaba de Polonia. De hecho, las relaciones ruso-polacas se deterioraron con rapidez, hasta llegar a su nadir el 12 de marzo de 1794, cuando el general Antoni Madalinski rechazó las exigencias rusas de disolver el Ejército polaco-lituano. Esta chispa prendió una mecha que acabó en motines antirrusos generalizados por todo el país.

El levantamiento pronto se extendió por los territorios polacos. Tadeusz Kościuszko, veterano de la Guerra de Independencia estadounidense, fue invitado a ponerse al frente de la insurrección. Kościuszko regresó a Polonia a finales de marzo de 1794 y llamó a los polacos a las armas. El Ejército polaco, falto de hombres y con escasa preparación (algunos campesinos iban armados con guadañas), obtuvo en Racławice, el 4 de abril de 1794, una sorprendente victoria sobre una fuerza rusa superior en número y equipamiento. El inicial éxito polaco alarmó sobremanera a Catalina II, que pidió apoyo militar a Federico Guillermo II de Prusia. En mayo de 1794, el Ejército ruso emprendió, apoyado por los prusianos en el oeste, una contraofensiva. Du-

rante el verano, los polacos sufrieron grandes derrotas en Szczekociny y Chelm; las tropas prusianas ocuparon Cracovia y, junto con fuerzas rusas, pusieron sitio a Varsovia. Los soldados de Kościuszko lograron imponerse en varios enfrentamientos menores y levantar el asedio de Varsovia, pero al poco sufrieron una derrota decisiva en Maciejowice, el 10 de octubre. El propio Kościuszko resultó herido y fue tomado prisionero por los rusos, por lo que los polacos se quedaron sin su carismático y hábil comandante. Entre el 4 y el 9 de noviembre, el Ejército ruso del general Aleksandr Suvórov asaltó el suburbio de Praga, en Varsovia, donde miles de vecinos fueron masacrados por las tropas rusas. Los últimos soldados polacos se rindieron al Ejército ruso en Radoszyce el 17 de noviembre.

Estas victorias militares rusas otorgaron la iniciativa política a Catalina II en las conversaciones de posguerra, aunque la emperatriz también reconocía la necesidad de gratificar a las otras dos potencias: Prusia no evacuaría el territorio polaco que ocupaba y Austria, disgustada por su relegamiento en 1793, no permitiría que aquello se repitiese. Las tres potencias, por tanto, tendrían que ponerse de acuerdo para ejecutar en conjunto la Tercera Partición que acabaría con la Mancomunidad de Polonia-Lituania. Las negociaciones resultaron largas y complejas y pusieron de manifiesto el incremento de las tensiones entre Austria y Prusia por el fracaso de sus campañas contra Francia. Rusia aprovechó esta división para consolidar sus propias ganancias. Catalina II negoció con rapidez un acuerdo con Austria y, con la intención de poner coto al apetito territorial de Prusia, apoyó a Viena antes que a Berlín. La intransigencia prusiana llevó a la firma, en enero de 1795, de un tratado secreto austrorruso dirigido contra Federico Guillermo II. Este, temeroso de una posible guerra, se apresuró en abril a sellar la paz con Francia en Basilea, lo que le dio libertad para poder centrarse en las maniobras austrorrusas acerca de Polonia y le permitió llegar a un acuerdo en octubre de

1795. En virtud de este pacto, que sufrió modificaciones posteriores en 1796-1797, y que vino a conocerse como la Tercera Partición de Polonia, Rusia recibió 120 000 kilómetros cuadrados de territorio polaco y 1,2 millones de habitantes, Prusia obtuvo más de 48 000 kilómetros cuadrados y algo más de un millón de nuevos súbditos y Austria ganó más de 47 000 kilómetros cuadrados y 1,5 millones de habitantes.

Las tres particiones de Polonia fueron un auténtico *tour de force* de expansión imperialista. Polonia había dejado de existir y, para subrayar la trascendencia del resultado, las tres potencias acordaron no volver a usar su nombre en ningún documento oficial. Los polacos no tendrían un Estado independiente hasta después de la Primera Guerra Mundial. El tercer Estado más grande del continente había sido borrado del mapa y el equilibrio de fuerzas en Europa oriental había cambiado profundamente. Polonia pagó un alto precio por carecer de apoyos externos. Francia, aliado tradicional de los polacos, estaba consumida por el torbellino revolucionario y no tenía fuerzas que aportar. Gran Bretaña también tenía las manos atadas por la propia naturaleza del conflicto polaco. El factor diplomático, por sí solo, no tendría ningún impacto mientras Gran Bretaña no se pudiera permitir una intervención militar; el intelectual inglés Horace Walpole señaló que, para tener algún efecto sobre las potencias responsables de la partición, habría sido necesario «remolcar por tierra hasta Varsovia» a la flota británica.[35]

Las limitaciones británicas en Polonia se vieron más que compensadas en las regiones ultramarinas. Aunque la guerra empezó en Europa y se libró principalmente en ella, Gran Bretaña había comprendido desde el primer momento que este iba a ser un conflicto de escala global que podría asestar otro duro golpe a

Francia (similar a la derrota en la Guerra de los Siete Años), una contienda que podría consolidar el dominio británico de los mares e impulsar su pujante economía. Las Indias Orientales y el Caribe conformaban unos grandes nudos comerciales que comprendían buena parte del comercio ultramarino británico y francés, por lo que el control de estas regiones ofrecía ganancias financieras inmensas. Además, el Gobierno británico estaba preocupado por la difusión de los ideales republicanos en el Caribe, donde apenas 50 000 colonos británicos vivían junto a casi medio millón de esclavos. La entrada británica en la guerra en 1793 significó que la Guerra de la Primera Coalición iba a tomar una dimensión global, una dimensión que, como veremos, no cesó de ampliarse a cada año que pasaba. De todos modos, la puesta en práctica de una estrategia global de éxito no iba a resultar fácil.

La presencia británica en el Caribe estaba concentrada en Jamaica y Barbados. Por las peculiaridades de los vientos y el clima, la Royal Navy decidió dividir sus fuerzas en dos contingentes: el vicealmirante *sir* John Laforey comandaba un pequeño escuadrón en Barbados y el comodoro John Ford situó sus buques en Jamaica. Ninguno de los dos escuadrones era especialmente fuerte; los buques más grandes eran el Trusty y el Europa, ambos de 52 cañones. Así pues, al principio de la contienda, la necesidad más apremiante era el refuerzo de estos dos contingentes con buques adicionales. En consecuencia, el contraalmirante Gardner zarpó hacia el Caribe a finales de 1793 con siete navíos de línea (y dos regimientos de infantería).[36]

El estallido de una contienda europea general en 1793, obviamente, debilitó el control de Francia sobre sus colonias. España amenazaba, desde su territorio de Santo Domingo (la actual República Dominicana), la parte francesa de la isla. Los esclavos rebeldes, por su parte, también tenían que hacer frente a Estados Unidos, que apoyó a la comunidad de colonos blancos con una

ayuda que, desde entonces a 1804, sumó 400 000 dólares.[37] Gran Bretaña quiso aprovechar la ocasión para tomar el Santo Domingo francés cuanto antes: así protegería sus posesiones en el Caribe, amenazadas por posibles rebeliones de esclavos, y ganaría el control de las lucrativas plantaciones de azúcar y café de ese territorio. Se desplazaron a la región efectivos considerables. La intervención británica empezó en la primavera de 1793, cuando el escuadrón del vicealmirante *sir* John Laforey transportó tropas británicas para tomar la isla de Tobago, perdida durante la Revolución de las colonias norteamericanas. La isla se rindió el 15 de abril, después de que los británicos desembarcaran una pequeña fuerza, atacaran el fuerte de Scarborough y obligaran a la guarnición francesa de la isla a capitular.

Después de llegar a Barbados, el contraalmirante Alan Gardner intentó, sin éxito, tomar la isla de Martinica. El gobernador francés, el general Donatien Rochambeau, estaba inmerso en el sometimiento de una revuelta realista cuando arribó, en junio, la fuerza expedicionaria británica. El ataque británico contra San Pedro del 18 de junio se estrelló contra una férrea resistencia republicana, a pesar de que contó con el apoyo de varios centenares de realistas. Los británicos se retiraron y evacuaron a más de 5000 refugiados realistas.[38] Más suerte tuvo el comodoro John Ford, comandante de la base de Jamaica, quien, en septiembre de 1793, capturó Môle-Saint-Nicolas, uno de los mejores puertos del Caribe, apoyado por dueños de plantaciones alarmados por el radicalismo de los revolucionarios franceses.

A finales de 1793, el secretario de Guerra británico Henry Dundas trazó planes para una gran expedición al Caribe a las órdenes del teniente general *sir* Charles Grey y del vicealmirante *sir* John Jervis. Los acontecimientos europeos pospusieron el despacho de esta expedición hasta noviembre. A pesar de la promesa de que contarían con más de 16 000 hombres, Jervis y Grey, por culpa de los compromisos británicos en Europa, cada vez

mayores, solo recibieron 7000 soldados. Fue necesario esperar a la llegada de la primavera de 1794 para que Jervis y Grey emprendieran operaciones a gran escala contra las colonias francesas del Caribe. El primer objetivo, de nuevo, fue Martinica, que atacaron en febrero de 1794. A pesar de estar en posesión de unos planos detallados de las defensas francesas que les habían proporcionado los realistas, el ataque británico se vio detenido en los fuertes que protegían Fort-de-France, donde Rochambeau mantuvo ocupados a los británicos durante casi un mes y medio de la estación de campaña, hasta que capituló el 25 de marzo.

En cualquier caso, la toma final de Martinica por los británicos fue un gran éxito estratégico que privaba a Francia de su principal base naval y comercial en la región. Los británicos prosiguieron las victorias con un rápido barrido del Caribe: tomaron las islas de Santa Lucía y de Guadalupe en abril de 1794 y en junio ocuparon Puerto Príncipe, capital del Santo Domingo francés. Sin embargo, estas victorias también tuvieron un alto coste en bajas. Al final, los británicos acabaron demasiado dispersos entre islas muy alejadas y padecieron severamente los efectos de la fiebre amarilla. La llegada inesperada de una reducida fuerza francesa de dos fragatas y varios transportes permitió la expulsión de los británicos de Guadalupe en diciembre de 1794. Grey y Jervis intentaron retomarla, pero fueron rechazados en julio de 1795.

Asegurado con firmeza el control de Guadalupe por los franceses, los británicos se enfrentaron al enorme reto de contener la oleada de revueltas de esclavos que se extendía por las islas de las Indias Occidentales. En 1796, el Gobierno británico planeó una nueva campaña en el Caribe y preparó el envío de 30 000 soldados. Varias tormentas impidieron que estas unidades salieran de aguas europeas hasta finales de 1795, pero, en las primeras semanas de la primavera de 1796, ya con mejor tiempo, el contraalmirante Hugh Christian y el mayor general[*6] Ralph Aber-

cromby cruzaron el Atlántico. Abercromby desembarcó en Santa Lucía en los últimos días de abril. La guarnición francesa ofreció una sólida resistencia, pero se vio obligada a capitular después de un mes de asedio. Abercromby dejó una potente guarnición en la isla y puso rumbo a San Vicente y Granada, que también cayeron en su poder con celeridad.

Durante el verano de 1796, los progresos británicos en el Caribe fueron escasos, mientras la enfermedad se cobraba las vidas de unos 6500 soldados y confinaba a otros 4000 a los hospitales. En enero de 1797, apenas un tercio de los efectivos originales era apto para el servicio. Entre tanto, en Europa, para entonces Francia había sacado a Prusia y a España de la contienda. Esta última potencia, como ya hemos visto, había cambiado de bando y ahora se enfrentaba a Gran Bretaña, una circunstancia que al final obligó al ejecutivo de Pitt a poner fin a su ofensiva en el Caribe. Cuando España declaró la guerra a Gran Bretaña, el 8 de octubre de 1796, la segunda decidió atacar las vulnerables posesiones coloniales españolas, empezando por el Río de la Plata y la isla de Trinidad. La primera de esas expediciones se tuvo que cancelar por falta de buques disponibles y la misión a Trinidad se retrasó hasta principios de 1797 por dificultades en la obtención de los barcos necesarios y por la noticia de la expedición del general Louis Lazare Hoche a Irlanda. A mediados de febrero de 1797, el almirante Henry Harvey y el general Abercromby pusieron por fin rumbo a Trinidad, que fue tomada tras una breve resistencia. En abril, los comandantes británicos procedieron a atacar Puerto Rico, donde desembarcaron al este de San Juan el 18 de abril. El gobernador español, don Ramón de Castro, rechazó la invitación británica a que se rindiera y prefirió reforzar las defensas de la isla. Después de varios intentos fallidos de

avance contra las formidables fortificaciones de San Juan, Abercromby abandonó sus planes y evacuó las fuerzas durante la noche del 30 de abril.[39] Como se acercaba la estación de los huracanes, Harvey decidió concluir la campaña.

Las operaciones navales de 1796-1797 se encuentran entre las expediciones en ultramar más ambiciosas jamás efectuadas por Gran Bretaña –en ellas participaron más de 25 000 soldados–. Si a estos les sumamos las unidades que ya se encontraban en el Caribe, el total abarcó casi el 50 por ciento de los efectivos del Ejército británico. De todos modos, a la vista de la enormidad de los recursos humanos y financieros empleados, los resultados fueron magros. En palabras de un historiador naval británico, con el fallido ataque británico sobre Puerto Rico «acabó el apogeo de la guerra en el Caribe».[40] Gran Bretaña prefirió entonces centrarse en la conservación de sus conquistas más relevantes en lugar de continuar con las ofensivas.

El Santo Domingo francés funcionaba como centro de irradiación de la revuelta revolucionaria en el Caribe. Los comisionados jacobinos enviados de París emanciparon a todos los esclavos de las colonias francesas (una medida que fue confirmada en París por la Convención Nacional en febrero de 1794) y se ganaron así a los hombres de color libres para repeler a los invasores extranjeros.[41] Uno de estos nuevos aliados fue Toussaint Bréda Louverture, antiguo cochero esclavo que había combatido al servicio de España antes de unirse a los franceses.[42] Louverture, líder eficaz y hábil comandante, contribuyó a la victoria francesa y a la retirada, primero de las tropas españolas en 1795 y luego de las británicas en 1798. Aunque los británicos conservaron en su poder la Martinica, por entonces la tercera colonia francesa del Caribe en importancia, los éxitos galos en Saint-Domingue y Guadalupe –posibilitados por los soldados negros de Louverture– garantizaron la continuidad de una importante presencia francesa en la región. En 1798, Louverture era ya el personaje

principal de la isla y aspiraba a consolidar el poder deshaciéndose de sus antiguos aliados. Expulsó a los comisionados franceses, derrotó a los generales mulatos rivales (entre ellos André Rigaud, en la Guerra del Sur de 1799) y amplió el territorio bajo su control al Santo Domingo español en 1800. Aunque Francia estaba en guerra con Gran Bretaña, Louverture procuró tener las mejores relaciones posibles con los británicos, pues se había dado cuenta de que eran los únicos que podían garantizar la eventual independencia de Haití. En 1801, proclamó una constitución que lo convertía en gobernador general vitalicio (con derecho a nombrar sucesor) y que hablaba de la reconciliación racial y la recuperación económica. En la práctica, Louverture tenía un proyecto distinto: la creación de un régimen represivo que mantendría a los antiguos esclavos, ahora formalmente libres, como trabajadores forzosos (*cultivateurs*) en las plantaciones. Sus actos sentaron la base de lo que los historiadores haitianos modernos han llamado «el Estado louverturiano», caracterizado por un gobierno centralizado autoritario y represivo, cuyo legado puede todavía apreciarse en Haití.[43]

El impacto de las Guerras de la Revolución llegó a África y al océano Índico, aunque, por lo limitado de la influencia europea en esas regiones, no de una forma tan profunda. El 1 de junio de 1793, al recibirse en Calcuta la noticia de la guerra en Europa, los británicos procedieron con rapidez a apoderarse de las posesiones comerciales francesas. En su mayor parte cayeron sin lucha, aunque Pondicherry, la colonia francesa clave en la India, exigió casi un mes de asedio.[44] Las posesiones francesas, sin embargo, no se limitaban al subcontinente indio y llegaban a las lejanas islas de Francia (Mauricio) y de Borbón (Reunión), que servían de base al corso galo en el Índico. Los corsarios, apoyados

por los buques de guerra franceses, suponían una gran amenaza para los buques de Compañía Británica de las Indias Orientales que circulaban entre Europa y la India. Para hacerles frente, los británicos despacharon al comodoro Peter Rainier a Madrás en otoño de 1794. Rainier era un comandante naval experimentado con un conocimiento excelente del Índico, donde ya había luchado contra los franceses a las órdenes del afamado almirante Pierre André Suffren, durante la guerra de independencia de las colonias británicas de Norteamérica. Rainier recibió la inabarcable tarea de garantizar la seguridad marítima de los intereses británicos en un área inmensa que iba desde el extremo sur de África hasta China y que cubría todo el océano Índico, además del golfo Pérsico y el golfo de Bengala. Ya en Madrás, Rainier vio con claridad la dificultad de la empresa y optó por una estrategia defensiva para la protección del lucrativo comercio británico en las Indias Orientales. Sin embargo, los acontecimientos europeos no tardaron en ofrecerle la posibilidad de emprender acciones más vigorosas para ampliar la presencia británica en el Índico.

Tras la ocupación francesa de Holanda en 1794-1795, Gran Bretaña quiso asegurarse a toda costa el control de las posesiones holandesas en Oriente, tanto para salvaguardar la ruta de los mercantes y de los buques de guerra británicos hacia la India y las Indias Orientales como para desbaratar la conexión francesa con Asia. En agosto de 1795, Rainier, ya ascendido a contraalmirante y apoyado por los soldados del coronel James Stuart, atacó Ceilán y obligó a la guarnición holandesa a entregarle la isla, que permaneció en el seno del Imperio británico durante los siguientes 153 años.[45] Procedió entonces contra las restantes posesiones holandesas en el Índico y se apoderó de Malaca, Ambon y las circundantes islas de las Especias (las Molucas).[46] El año de 1796 también fue testigo de la conquista británica de las colonias holandesas de Demerara, Esequibo y Berbice en Sudamérica. Surinam y la isla de Curazao, donde estalló una sonora

rebelión de esclavos en 1795, aún tardaron cuatro años en ser tomadas.[47] De mayor significación, sin embargo, era la colonia holandesa del extremo sur del continente africano. La conquista de Ciudad del Cabo podía conceder una posición estratégica en la línea de comunicación entre Gran Bretaña y la India y contrarrestar la amenaza de los corsarios franceses que, desde la base que habían establecido en Mauricio, hostigaban el comercio británico en el Índico.

Sir Francis Baring, presidente de la Compañía Británica de las Indias Orientales, pensaba que Ciudad del Cabo sería tan importante para el poder naval británico en Oriente como Gibraltar lo era en el Mediterráneo.[48] La posibilidad de que los franceses se establecieran en el cabo era demasiado amenazadora como para que los británicos no actuaran al respecto. Son significativas las palabras del capitán John Blankett: «Lo que era una pluma en manos de Holanda se convertiría en una espada en manos de Francia».[49] En consecuencia, el británico, con la excusa de que actuaba bajo mandato del exiliado príncipe de Orange, y de acuerdo con la estrategia de llevar la guerra a las colonias enemigas y desbaratar su comercio marítimo, organizó una fuerza de invasión que debía desembarcar en el cabo de Buena Esperanza. La fuerza expedicionaria, a las órdenes del vicealmirante *sir* George Elphinstone y del mayor general James Craig, zarpó de Gran Bretaña en marzo de 1795, llegó a Simon's Town en junio y se impuso con facilidad a la guarnición holandesa. Craig dirigió entonces sus efectivos a Ciudad del Cabo, de la que se apoderó a mediados de septiembre de 1795, después de un mes de escaramuzas con las tropas holandesas. El intento holandés de recuperar la colonia en agosto de 1796 fracasó; el Cabo permaneció en poder de los británicos hasta su devolución a la República Bátava en 1802 por el Tratado de Amiens.

Los recién independizados Estados Unidos de América, geográficamente separados de Europa, aunque muy cercanos en cultura y política, procuraron la neutralidad para salvaguardar las libertades que tanto les había costado ganar. En el Discurso de Despedida que pronunció después de haber declinado un tercer mandato presidencial, George Washington había encargado a sus compatriotas, de forma solemne, «tratar con buena fe y justicia a todas las naciones» y evitar verse enredados por ellas. Había defendido que «la verdadera política americana [era] cuidarse de establecer alianzas permanentes con ninguna porción del mundo exterior».[50] En línea con este planteamiento, Estados Unidos no había dudado en romper con su antiguo aliado, Francia, y en proclamar su neutralidad. La joven república se libraba así de una guerra costosa en un momento en que necesitaba afianzar su propia posición. A pesar de todo, Estados Unidos no pudo evitar el impacto de las Guerras de la Revolución. Las penalidades de Europa le resultaron ventajosas. Las grandes potencias, ocupadas en la feroz y mortal contienda en Europa, no podían desviar fuerzas a Norteamérica, donde la nueva república procedió a consolidar su posición y a zanjar sus problemas fronterizos fundamentales con Gran Bretaña y España.

Al inicio de la Guerra de la Primera Coalición, en 1792, los tratados franco-estadounidenses de Alianza y de Amistad y Comercio (1778) estaban todavía vigentes. Esta circunstancia despertó algunas incógnitas incómodas como, por ejemplo, si Estados Unidos estaba obligado o no a defender las posesiones francesas en el Caribe, o a denegar a los británicos la entrada a sus puertos o la compra de suministros. El presidente George Washington, tras consultar con su gabinete, proclamó la neutralidad estadounidense e intentó que ambos bandos en liza la reconocie-

ran. La declaración, del 22 de abril de 1793, fue una enorme decepción para el Gobierno francés, que esperaba recibir aquel apoyo por la esperable solidaridad entre las dos repúblicas, por el odio compartido hacia Gran Bretaña y como señal de gratitud por la ayuda proporcionada durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. De todos modos, lo que marcó un verdadero punto de inflexión en las relaciones entre Estados Unidos y Francia fue el acercamiento británico-estadounidense. Después de la independencia, en la relación entre Estados Unidos y la antigua metrópoli aún quedaban problemas sin resolver. A pesar de los compromisos formulados en el Tratado de París de 1783, los británicos habían conservado una cadena de fuertes a lo largo de la frontera canadiense, aduciendo que su presencia estaba justificada por el impago estadounidense de las deudas contraídas antes de la guerra con prestamistas británicos. En 1790, Gouverneur Morris, figura política estadounidense con negocios privados en Francia, cruzó el canal de la Mancha con el encargo de sondear al Gobierno británico acerca del establecimiento de relaciones diplomáticas formales y de negociar un acuerdo que pusiera fin a las disputas pendientes. Morris mantuvo varias reuniones con el primer ministro, William Pitt, y con lord Grenville, secretario de Exteriores, pero estos no se mostraron cooperativos. Fue necesario esperar a la Crisis de Nutca, por la que Gran Bretaña estuvo a punto de entrar en guerra con España, para que el ejecutivo británico se mostrara más cordial con Morris y considerara la posibilidad de establecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

La expectativa de un enfrentamiento británico-español alarmó al presidente Washington y a sus consejeros, que temían que Gran Bretaña solicitara permiso de paso para las tropas a través del territorio estadounidense con la intención de amenazar regiones en poder de los españoles. También les inquietaba que los británicos pudieran aprovechar esta maniobra para reforzar la

posición al oeste de los Apalaches. El Gobierno estadounidense se hallaba dividido en torno a qué estrategia adoptar.[51] Algunos de sus miembros, en especial el secretario del Tesoro, Alexander Hamilton, se inclinaban por conceder el derecho de paso y por aprovechar la ocasión para reforzar los intereses estadounidenses a lo largo del curso del Misisipi.[52] Otros, entre los que encontraban el vicepresidente John Adams, el secretario de Estado Thomas Jefferson y el presidente del Tribunal Supremo John Jay, pedían que se negaran esos derechos de paso, al pensar que Estados Unidos debía aprovechar su control del comercio para forzar al gabinete británico a resolver los asuntos pendientes. Estas diferencias se insertaban en la pugna entre los federalistas, que, encabezados por Hamilton, controlaban el Senado y abogaban por un fuerte gobierno centralizado, la creación de un banco nacional y buenas relaciones con Gran Bretaña, y los demócrata-republicanos liderados por Jefferson, que eran contrarios a la mayoría de aquellos planteamientos. Las iniciativas demócrata-republicanas dirigidas a la aprobación de una ley nacional de navegación para la prohibición de las importaciones desde los países que se negaran a importar productos estadounidenses transportados en buques también estadounidenses propiciaron la decisión británica de despachar a Filadelfia a George Hammond, de solo 28 años, pero que, pese a su juventud, ya era un avezado diplomático. Hammond, que llegó en octubre de 1791, hizo todo lo posible para evitar que el Congreso aprobara una ley de navegación que habría sido dañina para los intereses británicos. El gabinete británico estaba dispuesto a considerar la firma de un tratado de comercio con Estados Unidos, pero solo si se garantizaba el pago de las deudas de preguerra y se establecía un Estado indio neutral, bajo protección británica, que sirviera de barrera a lo largo de la frontera septentrional, cerca de los Grandes Lagos. El Gobierno estadounidense, obviamente, rechazó estas condicio-

nes, pues consideraba que atentaban contra su soberanía, así que la misión de Hammond tuvo resultados limitados.

La noticia de la declaración de guerra de Francia a Gran Bretaña llegó a Estados Unidos en abril. Fue una completa sorpresa para el ejecutivo. Según el Tratado de Alianza de 1778, Estados Unidos era aliado de Francia a perpetuidad y, por tanto, estaba obligado a ayudar a esta nación. Sin embargo, pese a los considerables sentimientos francófilos de la opinión pública estadounidense, eran pocos los partidarios de lanzarse al lodazal de las guerras europeas, en especial en una época en la que la joven república todavía carecía de una marina de guerra. La neutralidad era la única política sensata; incluso rivales tan enconados como Hamilton y Jefferson coincidían en este punto. El primero se inclinaba por declarar inválida la alianza con Francia por haberse firmado con la monarquía francesa, ya inexistente. Jefferson, por otro lado, abogaba por no enredarse en la contienda y emplear la posible alianza como baza en las negociaciones con Gran Bretaña. El presidente Washington no optó por ninguna de estas dos alternativas. El 22 de abril de 1793 firmó una proclamación de neutralidad que declaraba a Estados Unidos «libre e imparcial con respecto a las potencias beligerantes» y advertía a los ciudadanos estadounidenses que podían ser encausados si «ayudaban o eran cómplices con las hostilidades» o si tomaban parte en cualquier acto no neutral.[53] Washington, sin embargo, aceptó el consejo de Jefferson a favor de reconocer a la nueva República Francesa. En la primavera de 1793, el ciudadano Edmond-Charles-Edouard Genet, nuevo embajador de Francia en Estados Unidos, desembarcó en Charleston, en Carolina del Sur, y fue recibido con entusiasmo a lo largo de su viaje hasta Filadelfia. Sin embargo, las acciones de Genet y el radicalismo del ejecutivo francés pronto disiparon esta buena voluntad: para muchos estadounidenses, lo que sucedía en Francia se asemejaba a sus peores pesadillas de anarquía y oclocracia (gobierno del populacho). El

debate en pro o en contra de las causas francesa o británica galvanizó y dividió a la opinión pública estadounidense. En julio de 1793, Jefferson, incapaz de conservar su influencia política en el gabinete de Washington, y amargado por sus propias luchas ideológicas con Hamilton, dimitió de la secretaría de Estado.

Al inicio de la contienda, Gran Bretaña informó al Gobierno estadounidense de que se apoderaría de las propiedades enemigas dondequiera que las hallase, incluso en los buques neutrales en alta mar. En esta línea, un decreto gubernamental de junio de 1793 ordenaba a los jefes navales británicos detener a todos los buques neutrales que se dirigieran a puertos franceses con cargas de maíz, harina o alimentos.[54] A primeros de noviembre se emitió otro decreto, más duro aún, que ordenaba a la flota británica «detener e inmovilizar a todos los barcos cargados con mercancías producidas en cualquier colonia perteneciente a Francia, o que llevaran provisiones u otros suministros para su empleo en tal clase de colonia».[55] Por tanto, los capitanes británicos en el Caribe dirigieron los esfuerzos contra la flota mercante estadounidense que comerciaba con las islas francesas: en los primeros meses de 1794 ya eran varios centenares los buques estadounidenses que habían sido confiscados en el Caribe. Las noticias de los asaltos británicos sobre los mercantes estadounidenses llegaron a Filadelfia en marzo de 1794, a la vez que un reporte que indicaba que las tropas británicas del valle del Ohio estaban armando a unos indios que, a su vez, atacaban asentamientos estadounidenses. Estaba surgiendo una crisis entre Gran Bretaña y Estados Unidos.

En abril de 1794 Washington nombró al presidente del Tribunal Supremo, John Jay, enviado especial destinado a Gran Bretaña con el encargo de negociar y resolver todas las disputas principales.[56] Durante los seis meses siguientes, Jay dirigió amplias negociaciones con los británicos que desembocaron en la firma, el 9 de noviembre de 1794, de un Tratado de Amistad, Comer-

cio y Navegación –conocido como el Tratado de Jay–. El acuerdo lograba varios objetivos de la república norteamericana, como la concesión de derechos de comercio limitados a los ciudadanos estadounidenses que comerciaban con las Indias Occidentales británicas, la retirada del Ejército británico de los fuertes del territorio del Antiguo Noroeste (el área al oeste de Pensilvania y al norte del río Ohio) e indemnizaciones por los buques y cargamentos estadounidenses apresados en 1793 y 1794. Las partes acordaron someter a arbitraje las disputas relativas a las deudas de tiempo de guerra y a la frontera entre Estados Unidos y Canadá. De todos modos, la parte estadounidense también hizo concesiones de importancia, entre ellas, aceptar la formulación británica –más restringida– de los derechos de los neutrales y la concesión a Gran Bretaña del estatus de nación de máximo privilegio para el comercio estadounidense.[57] El tratado estaba desequilibrado a favor de Gran Bretaña, pero, en palabras del historiador estadounidense Joseph Ellis, también era «un hábil intercambio para Estados Unidos. Apostaba, en efecto, por Inglaterra y no por Francia como potencia hegemónica europea del futuro, una apuesta que se revelaría profética».[58]

Los términos del Tratado de Jay causaron la indignación de la opinión pública en Estados Unidos y generaron un debate tan intenso que algunos temieron el estallido de un conflicto civil. Los demócrata-republicanos, partidarios de Francia, denunciaron el tratado y pidieron «un sistema directo de hostilidad comercial hacia Gran Bretaña», incluso a riesgo de la guerra.[59] Los federalistas acogieron mucho mejor el tratado, aunque les decepcionaron las limitaciones a los derechos de comercio en las Indias Occidentales británicas. El Senado deliberó acerca del tratado en secreto y le dio su consentimiento el 24 de junio de 1795. La noticia del Tratado de Jay movió al Gobierno francés a suspender las relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Esta decisión se vio respaldada aún más cuando, en octubre de 1795, el legado

estadounidense en España, Thomas Pinckney, negoció el Tratado de San Lorenzo (también conocido como Tratado de Pinckney) que aseguraba la frontera estadounidense en el paralelo 31, reforzaba los derechos de los comerciantes estadounidenses a emplear el puerto de Nueva Orleans, en la Luisiana española, y ganaba acceso al Caribe por el río Misisipi.[60] La reacción de Francia fue empezar a apresar barcos estadounidenses que comerciaban con Gran Bretaña, con el argumento de que los cargamentos estadounidenses dirigidos a puertos británicos podían tratarse como contrabando y ser requisados. Para el verano de 1797, los corsarios y buques de guerra franceses que operaban en el Caribe y a lo largo de la costa de Estados Unidos habían hecho ya más de 300 presas.

Después de asumir el cargo de segundo presidente de Estados Unidos, John Adams actuó con presteza para restablecer las relaciones con Francia. Sin embargo, el intento estadounidense de llegar a un acuerdo diplomático llevó al infame incidente XYZ, en el que los diplomáticos franceses pidieron la concesión de un préstamo de 6 millones de dólares a Francia y un soborno de 250 000 dólares como requisitos previos para empezar a hablar en serio. Las exigencias francesas provocaron la indignación de la opinión pública. Las palabras del representante de Carolina del Norte Robert Goodloe Harper se hicieron célebres: «Millones para la defensa, pero ni un penique para pagar tributos».[61] Sin embargo, la indignación estadounidense no desembocó en una guerra abierta con Francia. El Congreso prefirió suspender el comercio con esta nación, autorizó el apresamiento de los buques franceses armados y creó un departamento específico en la Marina dedicado a esta misión. La joven Marina estadounidense y los corsarios de la misma nacionalidad se vieron envueltos en una guerra no declarada con los buques franceses, principalmente frente a las cosas estadounidenses y en el Caribe. Este conflicto, conocido como la Cuasi-Guerra, fue testigo de numerosas accio-

nes corsarias, aunque de escasos choques navales de importancia.[62] Para 1799, los barcos franceses ya habían sido expulsados de la costa estadounidense y los corsarios galos prácticamente barridos del Caribe. Este resultado se debió, en parte, al reconocimiento por parte francesa de sus limitaciones navales tras las derrotas sufridas ante la Royal Navy. En 1800, el primer cónsul Napoleón Bonaparte inició un cambio de política y abrió negociaciones con Estados Unidos. El Tratado de Mortefontaine, de septiembre de 1800, puso fin a la Cuasi-Guerra y restableció las relaciones diplomáticas y comerciales normales entre ambos países. Tal vez de mayor importancia fue que allanó el camino para la Compra de la Luisiana, efectuada antes de que pasaran tres años.[63]

CAPÍTULO 4 | La construcción de *la Grande Nation*, 1797-1802

Los cinco años que van de 1797 a 1802 fueron cruciales para la historia europea posterior. Francia emergió vencedora y se embarcó en una rápida expansión territorial en Europa, en un primer momento con apariencia liberadora. Igual que las derrotas de 1793-1794 habían ejercido una influencia profunda en la dirección de la marea revolucionaria en Francia, la sucesión imparable de victorias de 1797 a 1802 iba a perfilar la perspectiva de los jefes revolucionarios y de la opinión pública francesa, llevándolos a mirar más allá de las fronteras de Francia. Esto señaló un punto de inflexión en el proceso de la redefinición del «nuevo orden mundial», uno ya no basado en las relaciones entre monarcas soberanos.[1] La política exterior francesa durante estos cinco años no fue, como escribió un historiador francés, «independiente, especializada y secundaria con respecto a los asuntos internos [de Francia] en ese periodo», sino más bien resultado de un debate que tuvo amplia difusión pública.[2] Hubo una encendida discusión en la prensa francesa acerca de qué hacer con los territorios recién conquistados, en especial con Italia, y también acerca de la legitimidad de las acciones de Francia en ellos.[3] Estos debates revelaron opiniones divididas en la propia Francia; unos pedían volver a las fronteras anteriores y otros insistían en extender la soberanía francesa a lo que se llamaba, cada vez con más

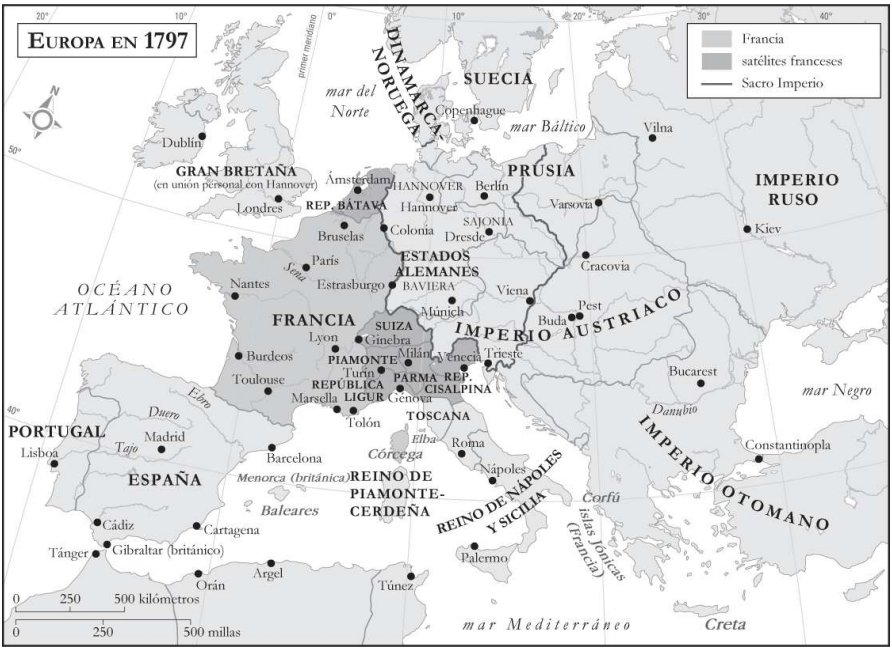
frecuencia, «las fronteras naturales» del país –es decir, el Rin, los Alpes y los Pirineos–.[4]

Como ya vimos en el Capítulo 3, la campaña de Italia del general Bonaparte puso fin a la Guerra de la Primera Coalición en condiciones muy ventajosas para Francia. El Gobierno, naturalmente, explotó este momento triunfal para adoptar una política exterior más agresiva, al pensar que la guerra se había convertido en un pilar fundamental para el sostenimiento del Ejército y el Estado, así como para mantener ocupados a unos comandantes cuyas ambiciones, claramente, no se limitaban a las cuestiones militares.[5] Los franceses ocuparon Roma y los Estados Pontificios en febrero de 1798 y Suiza en abril. La decisión de reorganizar a estos Estados satélite en *républiques soeurs* (repúblicas hermanas) sentó una nueva base para la reformulación del discurso político francés y para justificar la continuación de la expansión francesa y su intromisión en los Estados vecinos.[6]

Las victorias militares y las necesidades financieras de Francia, unidas a las circunstancias políticas locales de los territorios recién ocupados, contribuyeron a empujar la política internacional francesa hacia el concepto de *la Grande Nation*, una noción que buscaba reconciliar la idea de liberar a otros pueblos de la «tiranía» con la preservación de los intereses del Estado francés, incluso si estos se alejaban cada vez más de las aspiraciones de los patriotas de los propios territorios ocupados. Se trataba de un giro notable, puesto que, necesariamente, significaba la subversión de los anteriores principios revolucionarios de libertad y republicanismo y, a la vez, daba apoyo a las aspiraciones geopolíticas francesas más amplias y a una *machtpolitik* (política del poder) imperial. Ya en 1797, el general Louis Desaix anotaba en su diario acerca de Bonaparte: «[…] tiene una política grande y sagaz, que es darles a todos estos pueblos una gran idea de la nación francesa».[7] Pronto la aplicó a escala global, empezando por el mayor enemigo de Francia.

Al acabar la Guerra de la Primera Coalición, el gabinete revolucionario pudo, por primera vez, plantearse la invasión de Gran Bretaña, una amenaza que iba a tener ocupados considerables recursos militares y navales británicos a lo largo de la década siguiente.

A finales de 1796, el Directorio organizó la Expédition d'Irlande, en la que participarían más de 40 buques y unos 15 000 soldados bajo el mando global del general Lazare Hoche, en apoyo de la Sociedad de los Irlandeses Unidos y para expulsar a los británicos de Irlanda. Esta isla, calificada de «desgraciado país» por el periódico oficial francés, hacía tiempo que servía de «laboratorio experimental de la colonización británica» y sufría enormemente la hegemonía angloprotestante establecida tras la conquista cromwelliana a mediados del siglo XVII.[8] Los irlandeses católicos, aunque constituían la gran mayoría de la población y superaban a los angloprotestantes en una relación aproximada de cinco a uno, estaban desposeídos de su tierra, les estaba vedado el acceso a algunas profesiones y no se les permitía participar en política. La Revolución francesa tuvo una profunda repercusión en Irlanda. En 1791, los irlandeses presbiterianos y católicos se unieron para formar la Sociedad de los Irlandeses Unidos, encabezada por el abogado protestante dublinés Wolfe Tone.[9] Los irlandeses unidos, influidos por los ideales revolucionarios franceses, pedían la emancipación de los católicos y grandes reformas políticas y económicas, aunque algunos miembros radicales también anhelaban una república irlandesa libre del dominio inglés. [10]



Durante los tres primeros años de la Revolución francesa, este movimiento publicó periódicos y cientos de panfletos que expresaban una simpatía manifiesta por los revolucionarios. Naturalmente, el ejecutivo británico se sintió perturbado por esta organización, en especial después de que estallara la guerra con Francia en febrero de 1793: desde ese momento, los Irlandeses Unidos empezaron a ser vistos como posibles traidores. En 1793, las autoridades británicas adoptaron varias leyes dirigidas contra esta sociedad, hasta que fue prohibida por completo en 1794. Sus miembros, obligados a actuar de forma clandestina, continuaron, sin embargo, la lucha. La prohibición solo contribuyó a radicalizarlos. Durante los tres años siguientes reformaron la sociedad y la convirtieron en una organización militarizada que se preparaba para la rebelión. Naturalmente, Francia ansiaba explotar tal circunstancia.[11]

Después de reunir sus efectivos en Brest, en la costa de Bretaña, los franceses lanzaron la operación en diciembre de 1796, en el que sería uno de los inviernos más duros del siglo XVIII. La

flota sufrió graves daños durante la navegación hacia la bahía de Bantry y el desembarco en Irlanda le fue imposible. Antes de transcurrida una semana se dio la orden de anular la expedición: una docena de buques franceses fueron capturados o naufragaron y se perdieron más de 2000 hombres. La invasión no fue derrotada por la Royal Navy, sino más bien por una conjunción de mal tiempo, impericia marinera y decisiones erróneas del mando francés. En cualquier caso, puso de manifiesto debilidades en las defensas británicas, en especial a la vista de los continuados motines en la Royal Navy relacionados con las pagas y las condiciones de vida.

Un año y medio después, Francia organizó una nueva expedición en apoyo de una rebelión local en Irlanda. La insurrección empezó en torno a Dublín, pero pronto se extendió al condado de Wexford, en el sudeste de la isla. El 29 de mayo, los Irlandeses Unidos tomaron al asalto la villa de Enniscorthy y después lograron apoderarse de Wexford. La rebelión no tardó en llegar a otras áreas como Antrim y el condado de Down, donde las fuerzas rebeldes se concentraron dirigidas por Henry McCracken y Henry Monro. Los irlandeses confiaban recibir apoyo francés, pero este no llegó a materializarse. Las victorias británicas en Ballynahinch (cerca de Belfast), New Ross y Bunclody (en el condado de Wexford) y Arklow (en el condado de Wicklow) neutralizaron la rebelión. Tanto McCracken como Monro fueron capturados y ejecutados sin un juicio en condiciones. Tone, también apresado, se suicidó en su celda.[12]

La rebelión irlandesa parecía ya extinguida cuando, el 22 de agosto de 1798, una fuerza expedicionaria francesa dirigida por el general Jean Joseph Humbert desembarcó en Kilcummin. Los franceses seguían viendo en Irlanda el punto débil de Gran Bretaña, mientras que los irlandeses esperaban que los franceses los apoyaran en su lucha contra la dominación británica. A su llegada, las unidades francesas ocuparon la población de Killala, don-

de izaron una bandera verde con el lema «Erin go Bragh» (Irlanda por siempre) y un arpa sin corona e invitaron a los rebeldes irlandeses a «afirmar su libertad» ante la monarquía británica y unirse a los franceses libres, quienes habían «llegado sin más propósito que hacerlos independientes y felices».[13] Los franceses obtuvieron una pequeña victoria sobre los británicos en Castlebar que animó a muchos irlandeses a reanudar la resistencia. Humbert solicitó el envío de refuerzos de Francia, aunque estos no llegaron –por culpa, otra vez, de tiempo inclemente en el Atlántico–. Mientras tanto, tropas británicas al mando de lord Charles Cornwallis, el lord teniente de Irlanda, convergieron sobre Humbert. Este último, derrotado en Ballinamuck (8 de septiembre) y Killala (23 de septiembre), no tuvo otra opción que rendirse. La derrota de Humbert supuso el fin de una rebelión que había conllevado la muerte de 20 000 irlandeses y que barrió las esperanzas irlandesas de independizarse del poder británico.

Irlanda fue solo un objetivo entre varios dentro de la estrategia francesa de buscar un modo de resolver un problema aparentemente insoluble: cómo derrotar a Gran Bretaña sin conseguir el dominio del mar. Otro objetivo fue Egipto. A caballo del istmo que conecta África y Asia, Egipto estaba en el eje de los intereses globales de Francia. Después de la pérdida de la India y de Norteamérica durante la Guerra de los Siete Años, la presencia francesa en el Mediterráneo oriental adquirió una importancia mucho mayor. Egipto podía ser el eslabón clave entre los intereses franceses en Levante y sus aspiraciones imperiales en Asia, así como proporcionar conexiones adicionales con Arabia, el norte de África y África oriental. La idea de establecer una presencia francesa en Egipto y en Levante había formado parte del pensamiento estratégico francés desde los días de Luis XV, pero Fran-

cia no hizo un esfuerzo tangible en ese sentido hasta las Guerras de la Revolución.[14]

Egipto llevaba bajo soberanía otomana desde principios del siglo XVI, aunque no había permanecido completamente ajeno a los intereses franceses. Los comerciantes galos tenían allí una fuerte presencia desde el siglo XV y Francia disfrutaba de buenas relaciones con los otomanos desde el XVI, cuando ambos Estados se aliaron para luchar contra el Sacro Imperio.[15] Aunque numerosas naciones europeas, a lo largo de los siglos, habían firmado acuerdos con los otomanos y enviado embajadores a la corte turca, los franceses habían sido una de las naciones más favorecidas. Fueron los primeros en cerrar un tratado comercial con los otomanos; sus comerciantes operaban activamente y efectuaban cuantiosas inversiones en la economía otomana, y, a finales del siglo XVIII, los católicos romanos del Imperio otomano fueron puestos bajo la protección de Francia. Durante la Guerra Ruso-Otomana de 1768-1774, Francia adoptó una posición favorable a los otomanos. Aunque no pudo proporcionar ninguna ayuda material, era la única potencia europea en la que el sultán podía confiar.

Egipto sintió las reverberaciones de la Revolución francesa antes incluso de que los soldados franceses desembarcaran en sus costas. Antes de que hubiera transcurrido un año desde el inicio de la Revolución, el cónsul francés en Alejandría se lamentaba de la extensión de la «epidemia de insubordinación y relajo» que los marineros franceses habían llevado hasta la comunidad francesa de Egipto.[16] En 1790, los marineros llegaron a organizar un gran motín contra sus capitanes y exigieron la introducción de reformas revolucionarias. Los más radicales organizaron una «guardia nacional» en El Cairo y pidieron a las autoridades locales permiso para construir un templo de la Razón.[17] Sin embargo, Ismail Bey, el *sheij al-balad* mameluco que gobernaba Egipto en nombre de los otomanos y que había tenido una actitud favo-

rable hacia los franceses, falleció durante una epidemia en El Cairo en 1791.[18] Sus rivales, los mamelucos georgianos Ibrahim Bey y Murad Bey, tomaron el poder y actuaron contra los franceses por su implicación en la intervención otomana que antes los había apartado del gobierno.[19] En 1795, los franceses se lamentaban de que «desde el inicio de la Revolución francesa, y en especial desde el derrocamiento de la monarquía, los enemigos del pueblo francés habían trabajado en Egipto con tanta fiereza como en toda Europa».[20] Desde el derribo de la monarquía, algunos aducían que ya no gozaban de las protecciones y los privilegios que se les habían concedido en los acuerdos anteriores. Los comerciantes franceses en Egipto enviaban sin cesar cartas de queja a París en las que solicitaban una intervención. «¿Podemos permanecer en Egipto en esta posición tan humillante? ¿Debería la República Francesa, tan acostumbrada a las victorias, someterse ante semejante humillación? ¿Podría ignorar lo que exigen tanto la dignidad nacional como los intereses del comercio?».[21]

La denuncia por los comerciantes franceses del despotismo mameluco y las reclamaciones de intervención tuvieron un papel destacado en la conformación de la política oficial gala hacia Egipto. El cónsul Charles Magallon envió al Ministerio de Exteriores una avalancha de solicitudes de compensaciones por pérdidas sufridas en Egipto; entre las diversas sugerencias proponía un plan de golpe militar y de establecer «enclaves comerciales armados» en Alejandría y El Cairo para proteger los intereses franceses. Aunque el proyecto de Magallon no tardó en archivarse, acabó por encontrar nuevos paladines en el ministro de Exteriores galo, Charles Maurice de Talleyrand, y en el general Bonaparte.[22] Durante su triunfal campaña de Italia de 1796-1797, Bonaparte ya había empezado a mirar hacia el este: además de ocupar las islas Jónicas, había enviado una misión a los maniotas (griegos del Peloponeso), así como un agente al ambicioso Alí

Pachá de Yánina, que desafiaba cada vez más a las autoridades centrales otomanas.

La lucha de los franceses contra Gran Bretaña comprendía también otro asunto separado. A la vista de la imposibilidad de que la Marina francesa se enfrentara a la británica por su debilidad y de la inviabilidad del proyecto de invasión directa de Gran Bretaña tras las victorias enemigas en San Vicente y Camperdown, el Gobierno francés continuó buscando otros métodos de atacar los intereses británicos. En el verano de 1797, el ministro de Exteriores galo preparó tres informes acerca de una posible cooperación con príncipes indios contra Inglaterra.[23] El papel de Egipto era significativo en estas distintas propuestas y Bonaparte llegó a decirle al Directorio, en agosto de 1797: «[…] para destruir a Inglaterra completamente, se acerca el momento en que tendremos que apoderarnos de Egipto».[24] La ocupación de Egipto podía servir para reforzar la presencia francesa en el Mediterráneo oriental y ser el trampolín a ambiciones más amplias en Asia. En la primavera de 1798, el Directorio evaluó seriamente la organización de una expedición a Egipto, un territorio que parecía vulnerable y con el potencial de ofrecer notables ventajas. Egipto, gracias a un suelo rico y fértil, podía resultar una valiosa fuente de mercancías –un excelente sustituto de lo perdido en Saint-Domingue–.[25] Estas propuestas se adornaron con un proyecto de misión «recivilizadora» que devolvería a Egipto su antiguo esplendor. Era una continuación de los debates ilustrados en torno al «despotismo oriental» y el principio revolucionario de oposición a la dictadura y la tiranía.[26] En su memorando al Directorio, Talleyrand expresaba esta ideología de colonialismo benigno cuando afirmaba: «Egipto fue una vez una provincia de la república romana; ahora debe serlo de la República Francesa. La conquista romana fue la era de la decadencia de aquel gran país; la conquista francesa sería la era de su prosperidad».

En marzo de 1798, el Directorio tomó la decisión formal de lanzar la expedición a Egipto y nombró a Bonaparte comandante en jefe de la Armée d'Orient. Bonaparte recibió el encargo de ocupar primero Malta y luego pasar a la conquista de Egipto. Una vez completada la ocupación de este, debía establecer comunicaciones con la India y garantizar la «posesión exclusiva del mar Rojo para la República Francesa», un paso que, a su vez, facilitaría «la expulsión de los ingleses de Oriente» y una futura expedición francesa a la India.[27]

Bonaparte, con notable celeridad y secreto, se entregó por entero a los preparativos de la operación.[28] El Ejército de Oriente, en lugar de necesitar muchos meses para aprestarse como era habitual, estuvo listo para partir en menos de once semanas. Bonaparte tenía a sus órdenes una fuerza de alrededor de 36 000 soldados, en su mayoría veteranos de la Armée d'Italie. La flota reunida para transportarlo era también numerosa: unos 13 000 marineros y alrededor de 300 barcos, entre ellos trece navíos de línea, al mando del almirante François Paul, conde de Brueys.[29] La operación se emprendería desde varios puertos de embarque –Tolón, Marsella, Génova, Ajaccio y Civitavecchia–. Un rasgo inusual de esta campaña fue el enorme contingente de *savants* (sabios) que Bonaparte invitó a acompañar la expedición. Entre estos encontramos a los matemáticos Gaspard Monge y Étienne-Louis Malus, los químicos Jacques Conte y Claude Berthollet, el geólogo Déodat Gratet de Dolomieu y el naturalista Étienne Geoffroy Saint-Hilaire.

La actividad francesa en Tolón había llamado la atención de los británicos, cuyo escuadrón naval a las órdenes del almirante *sir* Horatio Nelson estaba desplegado en el Mediterráneo occidental. Gracias a un golpe de suerte favorable a los franceses, una violenta galerna dispersó y dañó a los buques británicos a mediados de mayo. Para cuando lograron reponerse, los franceses ya habían partido hacia Egipto. El primer objetivo de Bonaparte

fue Malta, una isla de localización estratégica al sur de Sicilia, cuya posesión resultaba esencial de cara a los planes franceses en el Mediterráneo.

Bonaparte llegó a Malta el 9 de junio y tomó la isla sin mucha resistencia de los caballeros de Malta (la Orden de San Juan de Jerusalén o de los Caballeros Hospitalarios), quienes la habían gobernado desde 1530.[30] La rapidez de la conquista francesa no fue fruto solo de la superioridad de la fuerza de Bonaparte, también de una conspiración en el seno de los propios caballeros que el general francés había ayudado a poner en marcha incluso antes de salir de Francia: para cuando los franceses fondearon ante las costas de Malta, los conspiradores (todos ellos caballeros franceses) habían contribuido a minar la voluntad de resistencia de la orden. El 11 de junio, la orden capituló y los caballeros fueron expulsados de la isla. A su jefe, Ferdinand von Hompesch zu Bolheim, le fueron prometidos un principado en Alemania y una pingüe pensión.

Una vez que sus fuerzas se aseguraron el control de la isla, Bonaparte reorganizó el gobierno local, convirtió las propiedades de los caballeros en tierras del Estado, abolió la esclavitud y todos los restos de feudalismo, reorganizó la Iglesia católica local y estableció nuevos sistemas educativos y fiscales.[31] Los franceses también se apoderaron del enorme tesoro de los caballeros, con el que se esperaban sufragar los costes de la expedición.[32] Sin embargo, la ocupación francesa de Malta también demostró ser un completo fracaso a la hora de tener en cuenta la mentalidad de los propios malteses, que veían con suspicacia a la fuerza ocupante y que se quejaban, como reportó un caballero, de que «una barbaridad tan grande no la habían cometido ni los [otomanos] en Rodas».[33] La población local se sintió especialmente afrentada por las contribuciones forzosas y la subida de los impuestos, así como por los cambios en las condiciones de los arrendamientos y el maltrato a la Iglesia católica. Menos de tres meses des-

pués de la partida de Bonaparte, buena parte de Malta se rebeló y la guarnición francesa tuvo que refugiarse en La Valeta, donde permaneció asediada los dos años siguientes.[34]

La toma francesa de Malta solo sirvió para reforzar la determinación del emperador ruso, Pablo, que había heredado la corona imperial en noviembre de 1796. Pablo, en su juventud, había estudiado la historia de los caballeros de Malta y los había idealizado. Para él, representaban una hermandad ideal capaz de inculcar las cualidades del deber, la piedad, la obediencia y el servicio a Dios y al soberano, todas ellas opuestas a las nuevas ideas que emanaban de la Francia revolucionaria. El primer movimiento de Pablo fue convencer al priorato ruso de la Orden de San Juan para que destituyera a Hompesch zu Bolheim, jefe de la orden, y eligiera al propio emperador ruso nuevo gran maestre. Pablo, ya en el papel de protector de Malta, comenzó a negociar una alianza con los otomanos que le permitiese entrar en guerra con Francia.[35]

Bonaparte partió de Malta hacia Alejandría el 18 de junio. Esquivó por poco la intercepción de los barcos de Nelson en la noche del 22 al 23 de junio. El 1 de julio, después de una travesía de seis semanas, la Armée d'Orient alcanzó la costa egipcia y empezó a desembarcar unos kilómetros al oeste de Alejandría.

Al acabar el siglo XVIII, Egipto llevaba gobernado por los mamelucos más de 500 años. Los mamelucos eran una casta guerrera nutrida por niños no musulmanes que eran raptados a muy temprana edad y comprados en mercados de esclavos, a los que luego se convertía al islam y se les entrenaba como jinetes guerreros. Aunque nominalmente eran vasallos del Imperio otomano desde 1517, a partir de mediados del siglo XVIII habían aprovechado la decadencia otomana para conseguir un grado notable de autonomía bajo la dirección de los mamelucos georgianos, primero Alí Bey Al-Kabir y luego Murad Bey e Ibrahim Bey.[36]

El ejército francés desembarcó en Alejandría el 2 de julio de 1798 y dispersó con facilidad a la caballería mameluca, que era todavía una fuerza de combate básicamente medieval. Después de tomar Alejandría, Bonaparte se enfrentó a los mamelucos en Shubra Khit el 13 de julio y luego, el 21, puso en fuga al contingente principal, comandado por Murad Bey, en la batalla de las Pirámides, cerca del pueblo de Embabeh –próximo a El Cairo, aunque en la otra orilla del Nilo–. Bonaparte entró en El Cairo el día 24 y despachó al general Louis Desaix en persecución de Murad Bey, que había huido hacia el Alto Egipto.

Los éxitos terrestres franceses se vieron contrarrestados por una rotunda victoria británica en el mar. El 1 de agosto, Nelson localizó a la flota francesa, que se encontraba fondeada formando una línea en los bajíos de la bahía de Abukir, cerca de Alejandría. En el choque subsiguiente, que se conocería como la batalla del Nilo, once navíos y la mayoría de las fragatas de los franceses fueron capturados o hundidos. El ejército francés quedaba desde ese momento aislado en Egipto y la flota británica reafirmaba su control del Mediterráneo.

Bonaparte, a pesar de lo apurado de la situación, puso en marcha un plan de reforma de la sociedad egipcia, igual que había hecho en Malta, e introdujo sistemas administrativos y judiciales de corte francés. Procuró abolir los restos del sistema medieval, proclamar la libertad religiosa y la igualdad ante la ley, establecer el imperio de la ley e instituir un gobierno electivo –todo ello, ni que decir tiene, bajo tutela francesa–. Uno de sus actos más significativos fue la fundación del Instituto de Egipto en El Cairo, que cumplía el doble fin de propagar las cultura y las ideas europeas en Oriente y de acometer el estudio de la cultura e historia egipcias, y que aumentaría enormemente el conocimiento de los europeos acerca de esta región. Bonaparte también debatió con los clérigos musulmanes la posibilidad de convertir su

ejército al islam, aunque este y otros esfuerzos destinados a lograr el apoyo popular no lograron su objetivo.

Después de la batalla del Nilo, Bonaparte se hallaba en una situación peligrosa. Aunque había derrotado a los mamelucos, no los había destruido: Ibrahim Bey se había retirado a Palestina a través del Sinaí y Murad Bey lo había hecho hacia el sur, al Alto Egipto, donde mantenía ocupadas a las tropas de Desaix. El 9 de septiembre, el Imperio otomano declaró la guerra a Francia y empezó a preparar dos grandes continentes para la invasión de Egipto.[37] Los franceses también tenían dificultades para controlar El Cairo, donde estalló una revuelta contra la ocupación el 21 de octubre. Esta fue sofocada brutalmente y se saldó con la muerte de 2000 egipcios y 300 franceses, aproximadamente. En tal precaria situación, Bonaparte trazó un nuevo plan: obligar al sultán a firmar la paz. Decidió marchar contra Acre (situada en la entonces provincia otomana de Siria, actual Akko, en Israel), donde los turcos estaban reclutando un ejército dirigido por el gobernador local, Ahmed Pachá al-Jazzar (Djezzar Pachá). Bonaparte, todavía con ambiciones estratégicas de largo alcance para golpear a los británicos, escribió una carta al sultán Tipu, soberano de Mysore que residía en Seringapatam, en la que le ofrecía su cooperación contra Gran Bretaña.

A finales de 1798, Bonaparte organizó una fuerza expedicionaria para la invasión de Siria. Salió de El Cairo el 10 de febrero de 1799 y llegó a El Arish el día 20. Allí capturó a varios centenares de turcos y mamelucos a los que más tarde liberó bajo palabra. El 25 de febrero entró en Gaza y el 7 de marzo tomó Jafa al asalto. En Jafa, unos 2500 turcos, muchos de ellos ya apresados antes en El Arish, se rindieron con el convencimiento de que sus vidas serían respetadas. Bonaparte, persuadido de que no podía prescindir de las tropas necesarias para escoltar a aquellos prisioneros hasta Egipto, ni de las raciones que harían falta para alimentarlos, ordenó la ejecución de todos ellos.

El 17 de marzo, Bonaparte llegó a Haifa y comenzó el asedio de la fortaleza de Acre, situada al otro lado de la bahía. Las circunstancias eran desfavorables para los franceses: carecían de artillería pesada y muchos soldados habían contraído la peste bubónica en Jafa. (Bonaparte había visitado el hospital de los apestados el 11 de marzo, un suceso que fue conmemorado después en un cuadro de Antoine-Jean Gros). El escuadrón británico del comodoro *sir* Sidney Smith actuaba en apoyo de la guarnición otomana de Ahmed Pachá y oficiales franceses emigrados se encargaban de dirigir a la artillería turca.

Mientras el sitio de Acre se iba alargando, el pachá turco de Damasco envió un gran contingente a atacar a los franceses por la espalda. Entre el 8 y el 15 de abril, los franceses derrotaron a los destacamentos turcos cerca de Nazaret y de Canaán y en el río Jordán, al norte del lago Tiberias. El 16 de abril, los 2000 soldados del general Jean-Baptiste Kléber se enfrentaron a un ejército turco de 25 000 hombres en el monte Tabor y resistieron durante diez horas, hasta que Bonaparte llegó con refuerzos y puso en fuga a los turcos. Los franceses efectuaron repetidos asaltos contra Acre, pero fueron rechazados en todas las ocasiones. Bonaparte decidió por fin abandonar el asedio y retornar a Egipto.

La retirada empezó el 20 de mayo. Las desmoralizadas fuerzas francesas llegaron a El Cairo el 14 de junio. Un mes más tarde llegó a la costa egipcia otro contingente turco, este de unos 20 000 hombres. Los turcos desembarcaron cerca de Abukir el 25 de julio, pero los soldados de Bonaparte los hicieron huir y los empujaron de vuelta al mar.

Bonaparte, a pesar de sus victorias, sabía que la suerte de la expedición estaba decidida. El control británico del Mediterráneo impedía que el Directorio pudiera enviar refuerzo alguno a Egipto. Después de conocer las derrotas sufridas por la República en la Guerra de la Segunda Coalición, Bonaparte ya no tuvo

dudas de que debía volver a Francia. El 22 de agosto, acompañado por un puñado de hombres elegidos, subió a bordo de una fragata y dejó el ejército en manos de Kléber. Después de un viaje anodino de 47 días, desembarcó en San Rafael, en Francia, el 9 de octubre. Allí fue recibido como un héroe por una ciudadanía francesa que ansiaba un cambio en la fortuna del país.

La llegada de los soldados franceses a las costas norteafricanas, solo nueve años después de la toma de la Bastilla, revela la rapidez con que la Revolución trascendió las fronteras de Francia y también las de Europa. La expedición tuvo un legado duradero en la ciencia y la cultura –fue decisiva en la fundación de la egiptología–, aunque en el aspecto militar y político fue, antes que nada, una derrota. Supuso una ruptura con la política tradicional francesa en Levante, pero, en lugar de asestar un golpe al poder colonial británico, empujó al aliado tradicional de Francia (los otomanos) a coaligarse con sus viejos enemigos, Rusia y Gran Bretaña. La expedición puso de manifiesto la agresividad de la política exterior del Directorio y facilitó la formación de la Segunda Coalición a finales de 1798. Demostró el fracaso del proyecto de combinar los ideales revolucionarios con el colonialismo y la expansión territorial.[38] La expedición de Bonaparte a Egipto también transformó la naturaleza de la rivalidad franco-británica en Oriente. Las incursiones francesas en la India, por ejemplo, se habían hecho hasta entonces desde bases isleñas del océano Índico utilizando la fuerza naval francesa, contra la cual los británicos podían oponer la suya propia. El intento de Bonaparte de tomar Egipto con unidades terrestres, en cambio, alteró esta relación profundamente, ya que obligó al Gobierno británico a tener en cuenta no solo los accesos marítimos a la India, sino también las rutas que llevaban a este subcontinente desde

los territorios contiguos. Esto empujó a los británicos a procurar, desde entonces, la defensa de sus dominios de la India también contra posibles ataques por tierra.

Los historiadores, a menudo, señalan la invasión francesa como un acontecimiento capital que llevó la modernidad a Egipto. Esto no es del todo exacto. La propia ocupación hizo poco para «modernizar» la sociedad egipcia: los principios introducidos por los franceses eran demasiado radicales y extraños y se enfrentaron a una resistencia enconada. Sí que creó, en cambio, un vacío político que pronto fue ocupado por Kavalali Mehmet Alí Pachá. Menos de una década después de la salida de los franceses, este derrotó a los otomanos y a los mamelucos y empezó a poner las bases de un nuevo Egipto moderno y fuerte que representó un papel de importancia en la historia posterior de Oriente Medio.

A largo plazo, la campaña tuvo un impacto similar en el desarrollo del orientalismo, el estudio de unas culturas y lenguas no europeas que llegó a ser un elemento importante del colonialismo europeo. La campaña egipcia vino a ser el primer intento moderno (aunque no el último) de incorporar una sociedad islámica a un imperio europeo y, en palabras de Edward Said, constituyó el momento de formación del discurso orientalista, el punto en que todos los elementos ideológicos convergieron y en que para su proyección se empleó el arsenal completo de los instrumentos de la dominación occidental.[39]

La decisión de Bonaparte de abandonar a su ejército en Egipto y regresar a Francia se vio acelerada por la noticia de que se había formado una nueva alianza contra *la Grande Nation*. Para entonces, Francia había ampliado su autoridad militar mucho más allá de su esfera de influencia tradicional y controlaba gran parte de Italia, Suiza, Bélgica, Holanda y el sur de Alemania. Además, había lanzado expediciones de desembarco a Irlanda y Egipto. Estaba claro que la victoria francesa en la Guerra de la Primera Coalición no había supuesto el fin de la expansión gala. La conveniencia y el oportunismo militar, la convicción ideológica y las ventajas que traía consigo la expansión continuada favorecían tal comportamiento agresivo. Al acabar el año, la Segunda Coalición ya incluía a Gran Bretaña, Austria, Rusia, Nápoles, Portugal y el Imperio otomano. El Directorio empezó a preparar operaciones ofensivas en Nápoles, el norte de Italia, Suiza y Renania, en paralelo con la movilización de fuerzas adicionales para la defensa de Holanda ante las operaciones anfibias ruso-británicas que se esperaban. Sin embargo, por entonces, todos los ejércitos franceses estaban escasos de efectivos y ninguno poseía la elevada moral que había caracterizado a los contingentes revolucionarios

anteriores. Francia se enfrentaba a un reto cuya superación le iba a resultar complicada.

El reino de Nápoles, que hasta entonces había evitado enredarse en las Guerras Revolucionarias, unió su suerte a la de la coalición a finales de 1798. Poco después, su ejército se adentraba en el territorio romano. Francia no tardó en vengar la ofensa. Las unidades napolitanas fueron derrotadas y, en Nápoles, una insurrección popular obligó a la familia real Borbón a buscar refugio en un buque de guerra británico que la evacuó a Sicilia. A finales de 1799, el contingente francés del general Jean Étienne Vachier Championnet, después de barrer a las defensas locales, entró en la ciudad y empezó a establecer otro Estado satélite francés más: la República Partenopea.

En los otros frentes, las ofensivas francesas pronto se estancaron y dieron paso a la obtención por los coaligados de un rosario de grandes victorias en la primavera de 1799. En Suiza, los austriacos del archiduque Carlos expulsaron a los franceses más allá de Zúrich y también repelieron una ofensiva gala en el sur de Alemania. Un levantamiento popular en Calabria, encabezado por un clérigo de gran carisma, el cardenal Fabrizio Ruffo, puso en peligro el dominio francés del sur de Italia. Austria, Rusia y Gran Bretaña lanzaron una ambiciosa ofensiva contra los franceses. Las armadas rusa y británica lograron éxitos considerables en el Mediterráneo, donde capturaron las islas Jónicas y la isla de Corfú y pusieron sitio a Malta.[40] Mayor relevancia aún tuvo la invasión de Italia por las fuerzas austro-rusas comandadas por el mariscal Aleksandr Suvórov, que puso en fuga a los franceses en una serie de batallas –Magnano (el 5 de abril de 1799), Cassano (el 27 de abril), del Trebia (del 17 al 19 de junio) y Novi (el 15 de agosto)– y recuperó, prácticamente, todo lo que Bonaparte había conquistado hacía dos años. En los últimos días de agosto, una operación de desembarco anglo-rusa invadió la península de Holanda septentrional, en la República Bátava, con la intención de

provocar una insurrección popular y arrebatar a los franceses el control de los Países Bajos.[41]

Así pues, en apenas seis meses, la Segunda Coalición había revertido, en la práctica, todos los progresos franceses en Italia y amenazaba seriamente las posiciones enemigas en los Países Bajos y en Suiza. Los reveses de los franceses fueron, en parte, fruto de la mala preparación de las operaciones militares. A medida que los aliados se fueron acercando a las fronteras de la República, la situación estratégica y logística de los ejércitos de esta mejoró de manera significativa. La Ley de Jourdan (del 5 de septiembre de 1798), que dictó el «reclutamiento universal y obligatorio» de todos los varones franceses de 20 a 25 años, alistó 400 000 nuevos soldados –una cifra imposible de igualar por los aliados–. La inminente invasión aliada fue abortada después de que el general André Masséna obtuviera una victoria decisiva sobre los aliados en Zúrich (el 25 y 26 de septiembre) y de que el general Guillaume Brune derrotara en Bergen y Castricum (en septiembre y octubre) a la fuerza de invasión anfibia anglo-rusa en Holanda.

Los éxitos franceses se vieron propiciados, en buena medida, por las tensiones y los desacuerdos políticos entre las potencias aliadas. Los comandantes rusos, por ejemplo, estaban cada vez más frustrados porque no se hubiera explotado la ventaja obtenida en un primer momento, según ellos por culpa de los británicos. La mayor fisura en el seno de la coalición surgió entre Austria y Rusia. Después de expulsar a los franceses de Italia, el emperador ruso confiaba en que los soberanos legítimos de Toscana y Cerdeña fueran repuestos en sus tronos, pero Austria puso objeciones y dio prioridad a sus proyectos de expansión imperial en Italia.[42] Pablo se sintió traicionado e informó a su homólogo austriaco de que había tomado la decisión de no continuar en una contienda dirigida al engrandecimiento de Austria.[43] Menos amarga, pero también significativa, fue la disputa entre Ru-

sia y Gran Bretaña por la isla de Malta y por el fracaso de la expedición conjunta a Holanda.

Bonaparte, ya regresado de Egipto, aprovechó sin dilación la inestabilidad política que reinaba en Francia para hacerse con el poder. Después de asumir el título de primer cónsul del triunvirato que había reemplazado al Directorio, Bonaparte ofreció la paz a los monarcas europeos y, ante la respuesta negativa, reanudó su campaña en el norte de Italia contra los austriacos en 1800.[44] Después de cruzar el paso de San Bernardo obtuvo una victoria, muy apurada, sobre los austriacos en Marengo, el 14 de junio. Una vez los expulsó de Italia, aceptó su oferta de armisticio. Pese a su fama posterior, la batalla de Marengo no puso fin a la guerra. Austria no había sido derrotada con una contundencia que la obligara a pedir la paz. A finales de julio se llegó en París a un acuerdo de paz preliminar (que, en general, y salvo algunos cambios, confirmaba las condiciones del Tratado de Campo Formio), pero Viena se negó a ratificarlo y optó por la continuación de la guerra.[45] La decisión austriaca suele explicarse a consecuencia de la convicción de Viena de que solo una guerra victoriosa podría salvaguardar sus ambiciones territoriales en Italia. Sin embargo, las acciones austriacas se vieron influidas por una consideración de mucho más peso: la aceptación de las exigencias francesas equivalía a renunciar implícitamente al estatus de gran potencia.[46] El 20 de junio de 1800, Gran Bretaña y Austria acordaron una nueva alianza que incluía dos condiciones clave: los británicos accedían a proporcionar un subsidio financiero para el sostenimiento del esfuerzo bélico austriaco, mientras que Austria se comprometía a no llegar a una paz separada con Francia.[47] El Gobierno austriaco, con el apoyo (y el oro) británico garantizado, estaba deseoso de proseguir la contienda hasta el final y empleó el tiempo del armisticio en la restauración de sus fuerzas militares. Sin embargo, cuando se reanudaron las hostilidades, la cooperación militar entre austriacos y británicos fracasó

y Austria se encontró al borde de un precipicio político. En el otoño, los franceses tomaron Philippsburg, Ingolstadt y Ulm y, el 3 de diciembre de 1800, el general Jean Moreau obtuvo una victoria aplastante sobre el archiduque Juan en Hohenlinden (en el sur de Alemania). La monarquía austriaca, ante la llegada de las avanzadillas de caballería enemigas a 60 kilómetros de Viena, solicitó un armisticio el día de Navidad. La guerra había acabado. Ahora había que intentar preservar una paz adecuada.

CAPÍTULO 5 | La Guerra de la Segunda Coalición y los orígenes del «Gran Juego»

Durante la mayor parte del siglo XIX, los europeos atendieron entretenidos al «Gran Juego», un concepto acuñado para describir la rivalidad estratégica y el conflicto existente entre los imperios británico y ruso por la supremacía en Asia Central y la India. Gran Bretaña, alarmada por la expansión del Imperio ruso en Asia, temía que, cada vez que sus intereses se vieran enfrentados a los de Rusia en Europa, los rusos amenazarían con invadir su posesión colonial más preciada. Los británicos se aprestaron a contener la expansión rusa y a contrarrestar cualquier posible intento de invasión.

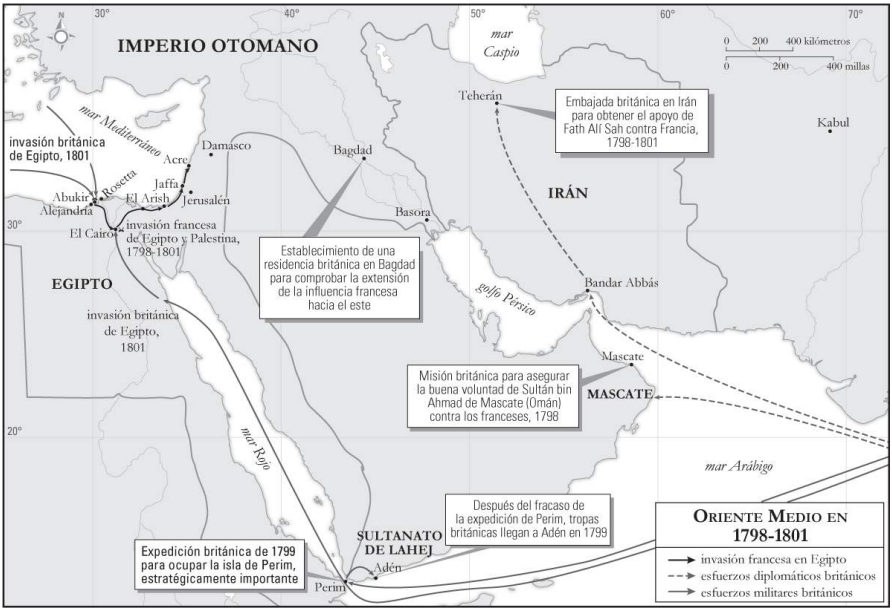
Lo cierto es que estas maquinaciones geopolíticas habían empezado mucho antes y que en el primer «gran juego» participaron Gran Bretaña, Rusia y Francia. El Gobierno británico y la Compañía Británica de las Indias Orientales –sociedad accionarial inglesa creada en 1600 para comerciar en Asia– llevaban mucho tiempo inmersos en una guerra de intrigas diplomáticas con los rivales europeos de Gran Bretaña en Asia, más en concreto en la India. Durante las Guerras de la Revolución y el Imperio, la competencia se amplió a gran parte del occidente asiático, sobre todo a Irán, Egipto y los Estados árabes del mar Rojo y del golfo Pérsico.

El subcontinente indio fue uno de los puntos focales de las luchas europeas –en especial entre franceses y británicos– durante la Edad Moderna. Al acabar la Guerra de los Siete Años, Francia había perdido la mayoría de sus posiciones en el subcontinente. La victoria permitió a la Compañía Británica de las Indias Orientales consolidar su presencia en la India. El resultado fue que en el subcontinente ya no solo había Estados nativos y que se desarrolló una presencia europea considerable. Las posesiones británicas estaban agrupadas en torno a tres presidencias –estas eran entidades políticas y geográficas diferenciadas–. La presidencia de Madrás, con centro en el fuerte de San Jorge, englobaba varios territorios dispersos de la India meridional. En la costa este de la India, los británicos también controlaban un vasto territorio al norte de Masulipatam, llamado de los Circars septentrionales, el cual estaba arrendado a Haiderabad. La presidencia de Bengala, con centro en el fuerte William, incluía Bengala, Benarés, Ghazipur, Bihar, Chittagong y partes de Orissa (Odisha). La presidencia de Bombay abarcaba las islas de Bombay y Salsette, así como unos cuantos centenares de kilómetros en la costa de Malabar. Al noroeste de la presidencia de Bengala estaba Oudh, bajo protección británica: gran parte de los ingresos de este Estado se empleaban en costear una fuerza militar británica subsidiaria.

La India dieciochesca fue testigo de la erosión gradual del poder del Imperio mogol por conflictos entre facciones en Delhi y por su ineficacia. En 1800 ya habían surgido varios Estados regionales poderosos.[1] La Confederación maratha, cuyos jefes descendían de las antiguas dinastías hindúes del Decán noroeste, controlaba enormes territorios de la India central y mantenía al emperador mogol prácticamente prisionero. Sin embargo, la confederación carecía de estabilidad y eran frecuentes las riñas entre sus poderosos *sardars*.[2] Al sur de ella estaba el Estado de Haiderabad, muy reducido tras la aplastante derrota sufrida ante

los marathas en Kharda en 1795. Su gobernante (que tenía el título de *nizam*) se hallaba empotrado entre dos fuertes Estados nativos –los marathas al norte y el oeste y Mysore al sur–. Igual que la dinastía Sindhia (Scindia) maratha, los *nizams* también dependían de fuerzas militares comandadas por franceses.[3]

La Compañía Británica de las Indias Orientales, en especial la presidencia de Madrás, participaba de pleno en los vaivenes políticos de la India. La Compañía, ante la oposición de Haidar Ali (1722-1782) de Mysore, llegó a una complicada alianza con los marathas y con Haiderabad y derrotó a las unidades de Mysore en la Primera Guerra de Mysore (1767-1782). La posición de la Compañía, sin embargo, seguía siendo delicada, sobre todo en los últimos años de la década de 1770 y los primeros de la siguiente, en los que Gran Bretaña estuvo ocupada en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Los franceses habían vuelto a tener presencia en la India y apoyaban a gobernantes indios locales, especialmente a Haidar Ali, que recelaba de la Compañía. En 1780, Haidar Ali inició la Segunda Guerra de Mysore y, con ayuda militar francesa, obtuvo una gran victoria sobre los británicos en Perambakam (Pollilur) el 10 de septiembre de 1781. Haidar se apoderó de Karnataka y amenazó el reducto británico de Madrás, pero fue derrotado en Porto Novo, Pollilur y Sholingarh en el otoño de 1781. No obstante, en 1782, las fuerzas navales francesas intervinieron en la toma de Trincomalee, en la costa de Ceilán (Sri Lanka), y pudieron enviar ayuda y armamento a Haidar, además de infligir una derrota a los británicos en Cuddalore. A pesar de esta victoria, el Tratado de París de 1783, que puso fin a la Revolución de las Trece Colonias británicas de Norteamérica, ordenó el fin del apoyo francés a Mysore. Al año siguiente, los mysores no tuvieron más remedio que llegar a un acuerdo de paz.



El sucesor de Haidar, el sultán Tipu, continuó la oposición mysore a la hegemonía de la Compañía y provocó el estallido de la Tercera Guerra de Mysore en 1790. Las fuerzas de la Compañía, a las órdenes de lord Cornwallis, invadieron el territorio controlado por Tipu y se apoderaron de la fortaleza mysore de Bangalore en 1791. Cornwallis continuó sus éxitos derrotando a los mysores en Carigat (Arikera) y acometió una amplia campaña que culminó con el asalto de Seringapatam, la fortaleza de Tipu, entonces considerada una de las más formidables del subcontinente. El subsiguiente Tratado de Seringapatam obligó a Tipu a entregar gran parte de sus dominios a la Compañía y a sus aliados. Los duros términos del tratado de paz garantizaron que Mysore iba a continuar enfrentado a los británicos.[4] Tipu empleó la paz, que dio inicio en marzo de 1792, en la consolidación de sus fuerzas de cara a una nueva contienda que llegó siete años más tarde.

Al estallar la guerra entre Francia y Gran Bretaña en 1793, Cornwallis, gobernador de la Compañía, había ordenado la toma de todos los establecimientos franceses en el subcontinente.

El persistente conflicto franco-británico no afectó directamente a la India durante los cinco años siguientes, aunque la tempestad política europea resonó con frecuencia en el subcontinente. A finales de la década de 1790, el temor a un resurgir de la presencia francesa sirvió de estímulo para la expansión británica en la India, en especial durante el mandato de Richard Colley Wellesley, que sucedió a Cornwallis y se convirtió en gobernador de la Compañía en 1798.[5] Wellesley, hombre ambicioso y de gran talento, fue el primero de los notables imperialistas decimonónicos convencidos de que la ganancia territorial en la India concedería a Gran Bretaña una ventaja insuperable sobre sus rivales europeos. Supo sacar provecho del grado de libertad que Londres le permitía –la noticia de un suceso en la India tardaba cuatro meses en llegar a Inglaterra, y hacían falta otros tantos para que la reacción oficial arribara a su cuartel general en Calcuta (Kolkata)– para poner en marcha sus propios planes. Wellesley formuló muchas de sus conclusiones acerca de la situación de la India en el curso de su viaje hacia Bengala. Durante una prolongada parada en el cabo de Buena Esperanza examinó con detenimiento los documentos a su disposición, entre ellos correspondencia de la Compañía, y se entrevistó con oficiales de esta para satisfacer, según sus propias palabras plasmadas en una carta, un «enorme deseo de aprender el estado real de los asuntos de la India de la fuente más cierta».[6]

Había mucho que aprender. La expedición francesa a Egipto (1798) y el objetivo manifiesto de amenazar los intereses británicos en la India causó considerable preocupación en los círculos políticos británicos. Además, en la primavera de 1799, la flota francesa salió de Brest, en la costa atlántica gala, esquivando el bloqueo británico, y liberó a la flota española que estaba en Cádiz para después atacar a pequeños escuadrones británicos aislados por el Mediterráneo. Los franceses no tardaron mucho en perder la iniciativa al regresar a sus puertos atlánticos, aunque

aquellas acciones conmocionaron a los británicos. En el océano Índico, la expedición francesa a Egipto provocó el redespliegue de las unidades de la Armada británica en la región hacia el mar de Arabia, lo que dejaba desprotegidas las rutas comerciales. En enero de 1779, un convoy británico escapó por poco de acabar destruido en Macao por los españoles, mientras que los corsarios franceses operaban con gran éxito en el golfo de Bengala.

Para el ejecutivo londinense, estos acontecimientos ilustraban a la perfección que la superioridad británica en el mar podía verse en peligro en cualquier momento y que su presencia en la India no era algo que pudiera darse por descontado. Wellesley y Henry Dundas –secretario de Estado de Guerra y presidente de la Junta de Control responsable de supervisar a la Compañía Británica de las Indias Orientales– estaban preocupados por la posibilidad de una próxima invasión francesa y por las continuas intrigas de los franceses con los gobernantes locales indios (no desconocían las comunicaciones que había entre los franceses y el sultán Tipu de Mysore, que había pedido ayuda militar a la administración gala de Mauricio). A la vez que el general Bonaparte se encontraba en Egipto, soldados de fortuna franceses adiestraban a los contingentes de varios gobernantes indios y Zaman Sah de Afganistán (de quien los británicos pensaban que tenía cierto entendimiento con Tipu y los franceses) avanzaba sobre la India desde el noroeste. En estas circunstancias, la Compañía sintió amenazados sus intereses en el subcontinente y no tardó en reaccionar.[7]

Wellesley se ocupó primero de Haiderabad. Su soberano, Nizam Ali, había contratado oficiales franceses para entrenar a sus tropas y con ello, en palabras de Wellington, había abierto la puerta a «un Estado francés en la península».[8] En septiembre de 1798, con el apoyo de una facción probritánica de la corte de los *nizams*, Wellesley obligó a Nizam Ali a disolver sus unidades entrenadas por los franceses y a reemplazarlas por una fuerza de ci-

payos con oficialidad británica. Nizam Ali tal vez ganó seguridad, pero perdió el control de las relaciones internacionales. La Junta de Control de la Compañía, complacida, animó a Wellesley a intentar acuerdos similares con otros Estados indios.[9]

El siguiente objetivo de la lista de Wellesley era Mysore. Aunque había sido derrotada en la última contienda con los británicos, era todavía una potencia militar formidable y conservaba una hostilidad manifiesta hacia la Compañía Británica de las Indias Orientales. La noticia de que el sultán Tipu había recibido a unos legados de la República Francesa fue recibida como una señal de libertad de Seringapatam, que empezó a hacer propuestas de cooperación a los franceses de Mauricio. Esto contribuyó a reforzar las suspicacias británicas acerca del peligro que los franceses representaban para su posición en la India y movió al gobernador de la Compañía a decidirse a actuar de una vez por todas.[10] En la primavera de 1799, Wellesley fue a la guerra contra el sultán Tipu. La subsiguiente Cuarta Guerra de Mysore fue breve y concluyente. Las fuerzas británicas barrieron Mysore y tomaron al asalto su capital, Seringapatam, el 4 de mayo de 1799. Asesinado Tipu, Wellesley retuvo parte de Mysore bajo control de la Compañía y recompensó con el resto a sus aliados indios.

Hasta entonces, el gobernador Wellesley había actuado según el principio de proteger los intereses británicos ante un posible ataque francés. En cambio, en 1800, enfocó su atención en los marathas, al pensar que, mientras permanecieran fuera de su sistema, la supremacía británica en la India sería imposible. Si los jefes marathas se hubieran unido, la Compañía no podría haber logrado gran cosa, pero la Confederación maratha nunca fue una entidad política organizada ni estuvo sometida a un poder firme. Padeció una serie de *peshwas* (primeros ministros; por entonces y desde 1795 el joven Baji Rao) carentes de experiencia y luchas intestinas entre unos jefes militares que iban afianzando cada vez

más su independencia. Los dos contendientes principales por el liderazgo de los marathas eran Daulat Rao Sindhia, que había heredado una fuerza militar notable, aunque carecía de la habilidad y determinación necesarias; y el brillante Jaswant Rao de Holkar, «un hombre fundido en el molde de un *condottiere* italiano, [que] se movía por el teatro septentrional indio como un cometa centelleante e impredecible».[11] Las disputas internas facilitaron la intervención británica, motivada sobre todo porque la Compañía recelaba de la posible influencia francesa entre los marathas. Wellesley estaba especialmente preocupado por unos aventureros militares franceses, Charles Benoit de Boigne y el general Pierre Perron, que habían representado un importante papel en la preparación de ejércitos para los Sindhia.[12]

Sacando partido de la lucha por el poder entre los contendientes marathas, Wellesley selló el Tratado de Bassein con el *peshwa* maratha Baji Rao II. Este aceptó una alianza subsidiaria que garantizaba su seguridad a cambio de renunciar al control de la política exterior.[13] Fue la jugada maestra de Wellesley: aunque el tratado en apariencia pretendía la protección de «la paz, la unión y la amistad» entre los marathas y la Compañía, en realidad allanaba el camino a la supremacía británica en el Decán: sus condiciones convertían a la Confederación maratha en un protectorado británico *de facto*. Los señores marathas de Holkar, Sindhia y Bhonsle se negaron, naturalmente, a reconocer este acuerdo y entraron en guerra con la Compañía, que se sirvió a fondo de sus alianzas subsidiarias en la preparación de unidades para la contienda.[14] De este modo, cuando Arthur Wellesley, hermano menor de Richard y futuro duque de Wellington, se puso en marcha para combatir a los marathas, el grueso de sus efectivos eran, en realidad, tropas de Mysore: cinco batallones de infantería nativa de Madrás y tres escuadrones de caballería nativa también de Madrás. Igual de eficaz fue la utilización, por parte de la Compañía, de intrigas políticas y sobornos para dividir a los

miembros de la Confederación maratha (Holkar optó por no luchar al inicio de la guerra) y para estimular las deserciones entre los oficiales europeos de los Sindhia (muchos de ellos eran británicos o anglo-indios), a los que se entregaban generosas recompensas por cambiar de bando.

La Segunda Guerra Maratha se libró en varios frentes a lo largo de un área de gran extensión. A pesar de graves problemas logísticos, los británicos se impusieron a sus adversarios. Arthur Wellesley derrotó a la coalición de Sindhia-Bhonsle en Assaye, en el oeste de la India central. En esta, que fue una «brillantísima e importante victoria», según Wellesley, solo participó una brigada de las fuerzas de Sindhia, mientras que casi 50 000 hombres no tomaron parte en el combate.[15] De todos modos, a la victoria de Wellesley en Assaye siguieron otras en Argaon y Gawilghur, que acabaron con la derrota de los ejércitos de Sindhia y de Berar en el Decán. Al mismo tiempo, el general Gerard Lake (futuro primer vizconde de Lake) avanzó hasta Delhi (donde las tropas británicas pusieron bajo su protección al anciano emperador Sah Alam II), Agra y los territorios al norte del río Chambal, que fueron todos tomados una vez que Lake derrotó en Delhi y Laswari al contingente de los Sindhia entrenado por franceses.[16] Estas victorias permitieron a Richard Wellesley negociar los tratados de Deogaon y de Surji-Arjungaon (diciembre de 1803), los cuales obligaron a los marathas (a excepción de Holkar) a aceptar alianzas subsidiarias con la Compañía Británica de las Indias Orientales, reconocer el anterior Tratado de Bassein, permitir a la Compañía la intervención política por medio de la figura de un funcionario británico permanente en sus cortes, ceder territorio y vetar la entrada a su servicio de cualquier europeo no británico. A cambio, los marathas recibirían ayuda militar y financiera en caso de conflicto interno o de amenazas externas.[17]

Sin embargo, las guerras anglo-marathas no habían acabado. En 1804, Jaswant Rao de Holkar, al darse cuenta del error que

había cometido no apoyando a los marathas vecinos, intervino y obtuvo unas victorias rápidas que le permitieron poner sitio a Delhi al acabar el año. La caída de Delhi habría resultado, sin duda, calamitosa para el prestigio y los intereses británicos, pero la guarnición de la ciudad la defendió con valor. La intervención de Holkar sirvió de alarma para que los exasperados dirigentes de la Compañía y el Gobierno británico buscaran desde ese momento poner fin a un conflicto que sometía a la Compañía a una carga financiera asfixiante.

La expansión colonial británica en otras regiones siguió un patrón similar. El sudeste asiático, en especial el área en torno al estrecho de Malaca, era importante para los británicos porque controlaba la ruta hacia y desde Cantón (Guangzhou), el único puerto de China abierto por la dinastía manchú a los británicos. Esta región, sin embargo, llevaba bajo control de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales desde el siglo XVII. Antes de la Revolución francesa, el nerviosismo británico por la seguridad de sus posesiones indias había ayudado a la preservación de buenas relaciones con las Provincias Unidas. Una vez que Holanda cayó en la esfera de influencia francesa en mayo de 1795, los británicos procedieron contra los holandeses en las Indias Orientales.[18] El Gobierno británico ordenó el apresamiento de todas las propiedades holandesas y lanzó ataques de represalia generalizados contra las posesiones coloniales de esta nacionalidad. Un escuadrón del contraalmirante George Elphinstone, futuro primer vizconde de Keith, fue despachado con la orden de apoderarse del asentamiento holandés del cabo de Nueva Esperanza, mientras que el comodoro Peter Rainier, al mando del Escuadrón de la India Oriental, desplegaba sus efectivos en Ceilán. Rainier, temeroso de que el control francés de la República Bátava pudiera poner el reino de Kandy de la isla de Ceilán en poder de Francia, ocupó las áreas de costa de la isla en 1796. Cinco años más tarde, al estallar la guerra entre Gran Bretaña y Dina-

marca, la Compañía Británica de las Indias Orientales tomó el control de las colonias danesas en Frederiksnagore (Serampore) y Tranquebar (Tharangambadi), lo que consolidaba sus posesiones en la India.

En un primer momento, los intereses británicos en el golfo Pérsico fueron exclusivamente comerciales. En el siglo XVII, la Compañía apoyó a la dinastía safávida de Irán contra los portugueses, lo que proporcionó a los británicos suculentas recompensas en el comercio regional. Por la misma época, en 1661, la Compañía obtuvo del sultán otomano unas capitulaciones que permitían el comercio británico en las provincias otomanas adyacentes al golfo Pérsico y que limitaban las tasas al comercio inglés al 3 por ciento. En 1725, la Compañía abrió una factoría en Basora y no tardó en obligar a los competidores holandeses a desplazar su base a la isla de Jark. En la década de 1750, durante la Guerra de los Siete Años, agentes franceses (de rango consular) intentaron poner en peligro la presencia británica en la región, pero los intereses de la Compañía no tardaron en imponerse. La Compañía mantuvo un representante (*baleos*) de rango consular en Basora hasta 1798, año en que su oficina se desplazó a Bagdad. Más relevante todavía fue la utilización de la potencia económica de la Compañía en apoyo de las autoridades regionales, incluso cuando estas entraban en conflicto con el Gobierno otomano. De este modo, el apoyo de la Compañía a los mamelucos georgianos que gobernaron Bagdad hasta 1831 fue de gran importancia. Estos fueron recibiendo de la India un porcentaje cada vez mayor de suministros principales, en especial munición, lo que los hizo muy dependientes del favor de la Compañía.

En 1800, la Compañía se planteó su posible retirada de la costa del golfo por la caída de la actividad comercial. Sin embargo, la retórica política y las iniciativas diplomáticas francesas dirigidas a Oriente Próximo convertían la retirada en un paso inaceptable. Algunos diplomáticos franceses abogaban por la expansión

hacia el Levante mediterráneo como un trampolín que permitiría la eventual conquista de la India. Charles Magallon, cónsul francés en El Cairo, explicaba en un memorando de 1795: «Una vez que dominemos el mar Rojo, no tardaremos en controlar a los ingleses y en expulsarlos de la India si nuestro gobierno prevé una operación en este sentido».[19] Solo un año más tarde, los británicos se alarmaron al conocer el emprendimiento de una expedición científica al Imperio otomano encabezada por los notables naturalistas franceses Jean Guillaume Bruguière y Guillaume Antoine Olivier, una expedición que los británicos sospechaban escondía, en realidad, una misión de reconocimiento. De hecho, la expedición de los naturalistas no era puramente científica: su objetivo era evaluar la situación en Oriente Próximo, reavivar los tratados comerciales de 1708 y 1715 con Irán e incitar al nuevo ejecutivo iraní a aliarse con Francia.[20] Bruguière y Olivier emplearon más de tres años viajando por Oriente Medio y por fin llegaron a Teherán, donde fueron recibidos por la corte kayar. El sah de Irán, Aga Mohamed, no quedó nada impresionado por el humilde aspecto de los enviados franceses (quienes, para no despertar las sospechas de británicos y otomanos, viajaban sin séquito) y, en consecuencia, mostró poco interés por las ofertas de Bruguière y Olivier –también porque entonces su atención estaba centrada en problemas políticos en el Cáucaso y en el nordeste de Irán–. En 1798, los emisarios franceses volvieron a casa con las manos vacías.[21] Para entonces, la invasión francesa de Egipto ya estaba en marcha y Bonaparte informaba a los miembros del Directorio Ejecutivo de que, «tan pronto se convirtiera en el amo de Egipto, establecería relaciones con los príncipes indios y, junto con ellos, atacaría a los británicos en sus posesiones».[22]

Las actividades francesas reavivaron el interés británico por Oriente Próximo, aunque el Gobierno británico no se puso de acuerdo en qué pasos seguir. El Foreign Office, dirigido por el

secretario de Exteriores William Wyndham Grenville, restaba importancia a la invasión francesa de Egipto; le preocupaba más apuntalar la coalición antifrancesa europea dirigida a expulsar a Francia de los Países Bajos.[23] Henry Dundas, secretario de Estado de Guerra y presidente de la Junta de Control de la Compañía Británica de las Indias Orientales, disentía con fuerza de esta perspectiva. Pensaba que Gran Bretaña era un Estado imperial que debía centrarse en la defensa de sus intereses estratégicos y comerciales y dejar la tarea de contener a Francia en Europa a las potencias continentales.[24] La Junta de Control sostenía que, una vez que los franceses hubieran consolidado el control de Egipto, sería inevitable que amenazaran los intereses británicos en Asia. Podrían hacerlo por una línea de avance hacia la India entre cuatro posibles: 1) por Constantinopla, el mar Negro y a través de Irán y Herat; 2) llegando por Egipto al mar Rojo y desde este directamente a la India; 3) a través de Hiyaz, Yemen y Mascate hasta el océano Índico; o 4) a través de Siria al sur de Irak y de ahí a la India a través del golfo Pérsico. Dundas y sus partidarios pensaban que el objetivo último de la expedición gala era acabar con el poder británico en la India. Era necesario, pues, responder a la amenaza francesa con vigor. «Hemos ganado un imperio por el poder militar y aquel debe seguir apoyándonos en el poder militar. De otro modo caería, por medios similares, en manos de una potencia superior», observó un responsable de la Compañía. Otro adujo: «[…] no podemos dudar ni un momento que la República Francesa intentará explotar esta situación para llevar a la India las maquinaciones revolucionarias que ha empleado con éxito en casi toda Europa».[25]

La victoria de Horatio Nelson en la bahía de Abukir, el 1 de agosto de 1798, cortó las líneas de comunicación francesas y obstaculizó los futuros movimientos de Bonaparte. De todos modos, la amenaza de un ataque francés por el mar Rojo o por el golfo Pérsico movió a Dundas a enviar refuerzos a la India y a

solicitar que el Almirantazgo británico aumentara la presencia naval en el mar de Arabia. En 1798, Jonathan Duncan, gobernador británico de Bombay, trató de asegurarse el favor del soberano de Mascate (Omán), Sultán bin Ahmad, gobernante de un Estado cuya influencia política se extendía por la mayor parte del área meridional del golfo Pérsico y las costas de África Oriental y del sur de Arabia –áreas todas muy adecuadas para la preparación de una posible expedición francesa hacia la India–.[26] De hecho, Bonaparte ya había despachado una carta al sultán en la que le informaba de la ocupación francesa de Egipto y le pedía su colaboración para establecer comunicaciones con el sultán Tipu de la India. La carta fue interceptada por la Royal Navy en Moca y reenviada a la Compañía, en la que se acrecentaron los temores acerca de los proyectos franceses. A mediados de octubre de 1798, el enviado de la Compañía convenció al sultán de aceptar el primer tratado de amistad fijado por los británicos por escrito con un gobernante árabe del golfo Pérsico. A cambio de un trato preferente para sus comerciantes en la India, el sultán se comprometía a impedir a los franceses el acceso a su territorio y a prestar colaboración a las operaciones navales de los británicos.[27]

La inquietud de la Compañía por una posible salida de los franceses desde Egipto no cesó. Para protegerse de tal amenaza, el gabinete de la Compañía en Bombay envió una expedición –encabezada por el teniente coronel John Murray del 84.º Regimiento– a ocupar la isla de Perim, que controlaba el estrecho de Mandeb, en abril y mayo de 1799.[28] Esta operación, sin embargo, acabó en fiasco: la isla era inhóspita y carecía de los recursos necesarios para el mantenimiento de una guarnición. Después de debilitarse durante cinco meses en lo que venía a ser una roca pelada, Murray sugirió la ocupación de la cercana Aden, que ofrecía mejores condiciones a las tropas y también permitía controlar la entrada al mar Rojo. Su contingente, de alrededor de 300

hombres, pasó entonces a Aden, donde fue recibida con hospitalidad por el sultán de Lahej, Ahmed bin Abdul Karim, que incluso ofreció la ciudad a los británicos. Como ha observado un historiador británico, la decisión de Murray de ocupar Aden no fue tan sencilla como parece. Esta implicaba que los intereses de los británicos en la región eran de carácter permanente y que tenían suficiente relevancia como para justificar una base militar en Arabia. De hecho, Murray les estaba pidiendo a los dirigentes de la Compañía «valorar, por vez primera, cuán al oeste podían llegar y qué forma debían adoptar los puestos avanzados más lejanos de la India británica».[29] Al final, los británicos se retiraron de Perim y de Aden, pues consideraban que no eran imprescindibles para la defensa de la India. Sin embargo, los debates en el seno del Gobierno británico y de la Compañía en torno a la ocupación de estos lugares remotos nos proporcionan una comprensión más clara de los factores que daban forma a las políticas británicas. La participación de tantos organismos gubernamentales deparaba a menudo una política confusa y contradictoria.[30] Los factores comerciales y políticos representaban, claro está, un papel fundamental, pero también lo hacían los intereses de algunos individuos que buscaban autonomía en el ejercicio del mando y que esperaban recompensas y ascensos.

La amenaza que representaba la presencia francesa en Egipto se vio aliviada en el verano de 1799. Como hemos tratado con anterioridad, la campaña de Bonaparte en Palestina acabó en derrota en el asedio de Acre (actual Akko), que, en la práctica, puso fin a la posibilidad de que los franceses llegaran a la India a través del golfo Pérsico o del mar Rojo. Mientras tanto, Gran Bretaña sellaba una alianza con el Imperio otomano. El general Kléber, dejado al mando por Bonaparte al abandonar al ejército y obligado a negociar con británicos y turcos, pactó en la Convención de El Arish del 24 de enero de 1800 la evacuación de Egipto. Sin embargo, después de que los franceses entregaran varias fortale-

zas clave, el vicealmirante británico vizconde Keith repudió la convención y el ejército turco tomó El Cairo. La reacción de Kléber fue destruir a las fuerzas otomanas en Heliópolis, el 29 de marzo, y retomar El Cairo sin dilación. Por desgracia, este fue su último éxito –un integrista musulmán lo asesinó el 14 de junio–. El mando del ejército francés fue asumido por el general Jacques-François Menou, de menor capacidad que su antecesor e impopular entre los soldados.

El desvelo de la Junta de Control por la India no se vio aliviado por los éxitos militares que la coalición antifrancesa obtuvo en 1799. Los aliados habían recuperado la mayor parte de Italia y empujado a los franceses al otro lado del Rin, un contingente anglo-ruso había invadido Holanda y la Cuarta Guerra Anglo-Mysore había conducido a la derrota del sultán Tipu de Mysore, partidario de Francia, y a una nueva reducción del territorio de dicho Estado indio. Obviamente, estos éxitos complacieron a Dundas, pero este se mantuvo alerta ante los peligros que pudieran afectar a la India.[31] Las amenazas franco-españolas contra Portugal, por ejemplo, hicieron surgir la posibilidad de que los franceses tomaran el control de los enclaves portugueses de Diu y Goa. Un contingente francés podría escapar de Egipto, navegar a lo largo de la costa, desembarcar en el estuario del Indo y unir sus fuerzas con las de los marathas o con las de Zaman Sah Durrani, que ya se había precipitado sobre la India septentrional tres veces entre 1792 y 1797 y llegado hasta Lahore.[32] Las autoridades británicas también estaban nerviosas por el creciente entendimiento entre París y San Petersburgo y por los reportes que informaban de una invasión conjunta de la India.

La Junta de Control, con vistas a proteger los intereses británicos en la India, deseaba establecer una nueva zona fronteriza en el noroeste del subcontinente y, poco a poco, introdujo el asunto de la frontera noroeste en el debate político británico. Dundas sostenía que la defensa de la India británica exigía la

compra de la isla de Diu a los portugueses, quienes no podrían defenderse en caso de ataque francés, y tomar el control del territorio maratha en Gujarat, donde proponía que los británicos mantuvieran una fuerza subsidiaria costeada por los marathas.[33] Algo más fácil de decir que de hacer, en especial en el contexto posterior a la victoria británica sobre Mysore.[34] *Sir* James Craig, la máxima autoridad de la Compañía en Bengala, afirmaba que el triunfo británico sobre el sultán Tipu había alarmado a los gobernantes locales de grandes áreas de la India y que los había arracimado en torno a los marathas y Zaman Sah. Otros funcionarios de la Compañía aducían que, aunque la invasión francesa ya no constituía un peligro inmediato, la amenaza de invasión persistiría mientras los franceses permanecieran en Egipto.

A pesar de las pérdidas que el contingente francés pudiera haber sufrido durante los dos años que llevaba ocupando Egipto, en la mente de los funcionarios británicos era todavía un adversario formidable, en especial si tenía que enfrentarse a fuerzas no occidentales. Esta opinión se vio reforzada por la victoria de los franceses sobre los otomanos en Heliópolis. Si los franceses actuaban a la desesperada, era posible que escaparan de Egipto y se abrieran camino combatiendo hasta la India, donde el descontento local ante las últimas victorias británicas habría abonado la invasión francesa. Un oficial superior de la Compañía declaraba en 1799: «La preservación de nuestro imperio indio requiere absolutamente […] la destrucción del ejército francés de Egipto».

Estas consideraciones geopolíticas más amplias sentaron las bases de las últimas iniciativas británicas contra la presencia gala en Egipto.[35] La tarea asumió la forma de una estrategia múltiple para la protección de los intereses británicos en los mares Mediterráneo y Rojo, aunque algunas autoridades británicas cruciales

disentían acerca de dónde había que concentrar los esfuerzos.[36] Al final se llegó al acuerdo de que una fuerza mandada por Ralph Abercromby asaltaría a los franceses desde el Mediterráneo, a la par que otra a las órdenes de *sir* David Baird zarparía desde Bombay para atacar desde el mar Rojo.[37] A primeros de 1801, los hombres de Abercromby fueron transportados por la Flota del Mediterráneo a la costa norte de Egipto, donde desembarcaron el 1 de marzo. Los británicos asestaron entonces un duro golpe a sus contrincantes en Alejandría, los días 20 y 21 de ese mes. El combate se saldó con unas 3000 bajas francesas y 1400 británicas, entre ellas el propio Abercromby.

La derrota desmoralizó seriamente a los franceses y los desacuerdos entre Menou y sus generales empeoraron aún más la situación. Las tropas francesas se hallaban divididas y confinadas en las dos ciudades principales, Alejandría y El Cairo. El general John Hely-Hutchinson, que había ocupado el puesto de Abercromby, avanzó hacia el interior de Egipto y tomó El Cairo a finales de mayo. En este momento, la segunda fuerza británica comandada por *sir* David Baird estaba todavía en el mar, detenida por vientos adversos. No pudo desembarcar en Egipto hasta julio. Lo hizo en Kosseir, en la costa occidental del mar Rojo. Seguidamente, los hombres de Baird marcharon por el desierto hacia el oeste, hasta las orillas del Nilo, y luego en dirección norte, hacia El Cairo, donde llegaron en agosto de 1801. Allí descubrieron que el enemigo ya había sido derrotado por la fuerza expedicionaria de Abercromby. Los franceses, acosados por las fuerzas anglo-otomanas, tratando a duras penas de contener una epidemia que se agravaba y conscientes de que nunca llegarían refuerzos de Francia, capitularon el 31 de agosto de 1801 con la promesa de ser repatriados a Francia.[38]

Los esfuerzos británicos para proteger sus posesiones en la India no se circunscribieron a Egipto y a Arabia. Igual de inquietante era la amenaza que emanaba de Afganistán, donde Zaman Sah Durrani había consolidado su poder y amenazaba una y otra vez con invadir el norte de la India. En otoño de 1798, el jefe afgano volvió a amenazar el Punjab desde su base de operaciones en Peshawar. Para los británicos, contener a Zaman Sah representaba un reto crucial que trataron de superar con la ayuda de Irán.

Irán acumulaba una larga historia de relaciones con Occidente, aunque su conocimiento de Europa (y viceversa) había rozado muchas veces la fantasía o incluso lo disparatado. Esta situación mejoró en el siglo XVI. Entonces la monarquía safávida estableció contactos estrechos con potencias europeas, empleó a numerosos occidentales (sobre todo ingleses) en la mejora de las fuerzas armadas y procuró establecer vínculos con numerosos comerciantes europeos. Los viajeros occidentales frecuentaban Irán, lo que aumentaba el conocimiento de esta tierra lejana en Europa y también ayudaba a dar forma a las opiniones de los iraníes en relación con este continente, unas opiniones basadas en la convicción de la superioridad de la civilización y la religión iraníes. De hecho, el *Weltanschauung* iraní reflejaba el convencimiento de que Irán era el centro del mundo conocido y sus gobernantes los soberanos más excelsos.[39] Petrus Bedik, misionero católico armenio y diplomático austriaco que visitó Irán de la década de 1670, escribió con profusión del conocimiento, cada vez mayor, que tenía la sociedad iraní de los *farangians* (occidentales), aunque dicha comprensión estuviera marcada por un profundo sentimiento de superioridad. Los persas veían a los «rusos sin educar, a los polacos belicosos, a los franceses pendencieros, a los españoles nobles, a los italianos sagaces, a los ingleses políticos y a los holandeses mercantiles».[40]

El siglo XVIII fue testigo del despertar de Irán a la realidad del creciente poder europeo. La antaño gloriosa dinastía safávida cayó con la invasión afgana de 1722 y provocó la desintegración del Estado. Aunque el aventurero militar Nader Sah reunificó Irán por breve tiempo, ni él ni sus sucesores pudieron poner fin a la anarquía generalizada que afligía al país y a toda Asia Central. La última fase de esta prolongada contienda civil tuvo lugar en la década de 1780, cuando las tribus kayar emprendieron una campaña victoriosa contra sus rivales y convirtieron a su jefe, Aga Mohamed Kan, en señor indiscutible de Irán.

Aunque su reinado acabó por ser bastante breve –fue proclamado sah en 1796 y terminó asesinado por sus sirvientes solo un año más tarde–, el sah Aga Mohamed (y su sucesor) se benefició de las convulsiones políticas europeas. El inicio de las Guerras de la Revolución alejó la atención de las potencias europeas de Irán y de Asia Central, aunque fuera de modo pasajero. La preocupación rusa y británica por los sucesos de Francia y la ausencia de sus fuerzas militares en Oriente convirtió a los contingentes iraníes en la fuerza militar más potente de la región y al soberano kayar, en la práctica, en dueño total del resurgente Estado iraní. Antes de su muerte, Aga Mohamed se pudo permitir rechazar las propuestas francesas de cooperación militar y de ayudar conjuntamente al sultán Tipu en la India.

El sucesor elegido por el sah fue su sobrino Fath Alí Sah, que, como veremos, ambicionaba expandir su reino hacia el oeste adentrándose en el Cáucaso y hacia el este en Jorasán y Afganistán. En estas últimas regiones anhelaba recuperar territorios antes dominados por los safávidas y ahora en poder de Zaman Sah, emir de Kabul al que el gobernador de la Compañía en Bengala, lord Wellesley, había invitado a cooperar contra el sultán Tipu –una oferta de la que, por cierto, luego se arrepintió–. Después de que Tipu muriera en batalla en 1798 y ya no fuera necesaria la ayuda afgana, la irrupción de Zaman Sah en la India podía supo-

ner graves problemas para la Compañía. Wellesley estaba al corriente de las negociaciones que el emir afgano había entablado con los poderosos príncipes indios. La amenaza afgana todavía se agrandó más, a ojos de Wellesley, con la invasión de Egipto por los franceses y su intención manifiesta de expulsar a los británicos de la India. En ese contexto, la intención de Alí de reclamar antiguos territorios safávidas ofreció a los británicos la oportunidad de llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso que sirviera para contener al mandatario afgano y, tal vez, reforzar los intereses británicos en Teherán para evitar la expansión de la influencia francesa.

A finales de 1798, Wellesley hizo un primer intento de negociar con Fath Alí, aunque no se cumplieron sus expectativas. El sah, irritado por la interferencia de la Compañía, se limitó a prometer que apresaría a cualquier francés que fuera encontrado en la costa de Irán.[41] Nuevos reportes de los preparativos de Zaman Sah para la invasión del Punjab urgieron a Wellesley a emprender un esfuerzo diplomático más vigoroso con Irán. En enero, siguiendo órdenes de Wellesley, el capitán John Malcolm viajó al golfo Pérsico, donde debía pedir la ayuda iraní para contener a Zaman Sah y «contrarrestar los posibles intentos de esos villanos aunque activos demócratas, los franceses».[42]

La corte iraní tendía a establecer el estatus de las embajadas europeas según la utilidad de cada país, así como por el esplendor de sus delegaciones y regalos. Malcolm, hombre perspicaz y observador, sabía que «los dos grandes requisitos de la diplomacia en Irán eran la entrega de presentes y el rigor en las formas» y estaba decidido a que su visita fuera memorable.[43] Se hizo acompañar por un séquito enorme: «[…] seis caballeros europeos, dos sirvientes europeos, dos aprendices, 42 soldados de la caballería nativa de Madrás, 49 granaderos de Bombay, 68 sirvientes y acompañantes indios, 103 asistentes persas y 236 sirvientes y acompañantes pertenecientes a los caballeros de la mi-

sión».[44] La misión diplomática británica fue recibida por el sah Fath Alí en Teherán el 16 de noviembre de 1800.

La iniciativa de Malcolm no tardó en dar fruto. Consiguió que las negociaciones destinadas a la firma de tratados comerciales y políticos avanzaran con rapidez y se firmaran el 28 de enero de 1801. Fath Alí pactó atacar a Afganistán en caso de que el gobernante afgano amenazara la India y Gran Bretaña se comprometió a proporcionar al sah apoyo militar si era agredido por los afganos o si un ejército francés intentaba establecerse «en cualquiera de las islas o costas de Persia».[45] Aunque ya firmado, el tratado anglo-iraní no podía entrar en vigor hasta que fuera ratificado por las respectivas partes. A principios de 1802, Fath Alí envió a su embajador Haji Khalil Kan a conseguir una ratificación formal, pero su misión sufrió un revés dramático cuando, al llegar a Bombay, fue asesinado por error en un altercado entre su escolta y soldados británicos. Las autoridades de la Compañía se apresuraron a disculparse por el incidente y enviaron presentes tan espléndidos al sah que se dice que este llegó a afirmar que, con esas mismas condiciones, podían matarle más embajadores. El peligro de quiebra de las relaciones anglo-iraníes no llegó a materializarse.[46] Sin embargo, para entonces el tratado ya había quedado obsoleto: Zaman Sah, que había tratado de contener el disenso interno dentro de las fronteras de su reino, había sido depuesto y cegado por sus rivales a finales de 1800.

A Fath Alí, estas aperturas diplomáticas con Gran Bretaña le brindaron la oportunidad de encarar una amenaza mucho más peligrosa que las tribus afganas: el Imperio ruso. Antes del siglo XVIII, Irán y Rusia habían tenido contactos esporádicos, aunque la actividad comercial entre ambos aumentó tras la conquista por el zar Iván IV de Kazán y Astracán, a finales del siglo XVI, y después de la expansión rusa hasta el litoral del Caspio en el siglo XVII. El reinado de Pedro el Grande presenció una gran transformación en la naturaleza de las relaciones ruso-iraníes.

Pese al agotamiento de Rusia después de la Gran Guerra del Norte (1700-1721), Pedro dirigió su atención hacia el mar Caspio, donde emprendió campañas de éxito parcial en 1722 y 1723.[47] La implicación rusa en los asuntos iraníes se desvaneció a la muerte del zar. En 1732-1735, Nader Kan, el inconformista señor de la guerra que había restaurado el poder iraní después del caos político de la década de 1720, obligó a los sucesores del zar a abandonar las conquistas previas y, mediante los tratados de Rasht (1732) y de Ganja (1735), a retirar la presencia rusa de las antiguas provincias iraníes. A la muerte de Nader Sah en 1747, Irán se hundió en el caos político, aunque Rusia se mantuvo enfocada en los asuntos otomanos y europeos.

En la década de 1780, Rusia volvió a mostrar un interés en aumento por el Cáucaso meridional, en especial por el este de Georgia, donde el rey Heraclio de Kartli-Kajetia buscaba que los rusos lo apoyaran ante los otomanos e Irán. El Gobierno ruso consideró valioso poner un pie en la Caucasia meridional por varias razones. Para empezar, la expansión encajaba perfectamente con los planteamientos estratégicos rusos: era ya una vieja característica de la política de Moscú, cuyo proceso de «reunión de los territorios rusos» duraba ya al menos cuatro siglos.[48] De hecho, esta «reunión» se tuvo que ampliar más tarde para incluir a principados no rusos, con Rusia aprovechándose de una circunstancia bastante fortuita: el hecho de que era mucho más fuerte que sus vecinos inmediatos. De la expansión rusa por el Cáucaso surgió la expectativa de acceder a las redes del comercio regional que Rusia aspiraba a dominar. El Cáucaso también ofrecía una posición desde la que era posible ejercer presión adicional sobre el Imperio otomano, el rival histórico de Rusia, y proyectar fuerza hacia Irán, donde el caos político había creado unas condiciones favorables. Además, eran muchos quienes en el ejecutivo ruso pensaban que los Estados del Cáucaso –tanto el reino cristiano de Georgia como sus vecinos kanatos musulmanes– po-

seían vastos recursos naturales que podían serle útiles a Rusia y que esos Estados recibirían con agrado a la «benevolente» potencia del norte como contrapeso de la presencia de Irán en la región. En consecuencia, en 1781, una expedición rusa encabezada por el conde Vóinovich desembarcó cerca de Astrabad (Gorgán) con el propósito de establecer una base fortificada que facilitara la subsiguiente conquista de las provincias septentrionales de Persia. Aga Mohamed Kan, el nuevo actor principal en la lucha por el poder en Persia, advirtió pronto la amenaza y ordenó el arresto y deportación de los miembros de la expedición. Aunque Aga Mohamed Kan intentó entonces suavizar sus relaciones con Rusia, Catalina II se sintió ofendida por el incidente y se negó a recibir a los enviados iraníes. Las relaciones entre ambas potencias continuaron deteriorándose. Los rusos apoyaban a los adversarios de Aga Mohamed y este impuso aranceles a los productos rusos.[49]

El punto de inflexión de las relaciones ruso-iraníes llegó en 1783, cuando el reino georgiano oriental de Kartli-Kajetia y Rusia firmaron el Tratado de Gueórguiyevsk que puso buena parte de la Caucasia oriental bajo protección rusa.[50] La llegada de efectivos rusos a Georgia fue un paso de enorme importancia. No solo ponía en peligro las influencias iraní y otomana en el Cáucaso, también servía de aviso a las potencias europeas rivales, especialmente a Francia: el equilibrio de fuerzas en Oriente Próximo se estaba desplazando a favor de Rusia. Sin embargo, este prometedor inicio de la relación ruso-georgiana resultó breve por el incumplimiento ruso de las garantías del tratado. En 1787, con Rusia envuelta en un nuevo conflicto con los otomanos, Catalina II ordenó el regreso de las unidades destacadas en Georgia, de forma que el rey Heraclio II de Kartli-Kajetia tuvo que hacerse cargo de su propia defensa.[51]

Rusia estuvo durante la década siguiente centrada en los asuntos polacos y balcánicos. Esto permitió a Irán intentar restablecer

su autoridad en la Caucasia meridional. En 1795, Aga Mohamed Sah dirigió una invasión contra Georgia oriental y descargó sin contemplaciones su cólera sobre la capital georgiana, Tiflis, donde millares de sus habitantes fueron masacrados o tomados cautivos.[52] Rusia no proporcionó ayuda militar contra la invasión iraní, pero la noticia del saqueo de Tiflis escandalizó a Catalina II, a la que no se le escapaba la gravedad del golpe que los persas acababan de infligir al estatus de Rusia en la región. Su reacción fue aprobar la invasión de Irán para derribar a Aga Mohamed y reemplazarlo por un candidato más favorable (desde la perspectiva rusa). Las fuerzas rusas, dirigidas por el conde Valerián Zúbov, se pusieron en marcha en abril de 1796, tomaron Derbent y lograron el sometimiento formal de la mayoría de los kanatos de la Caucasia oriental.[53]

Las muertes de Catalina II en 1796 y de Aga Mohamed Sah en 1797 abrieron la puerta al acercamiento entre ambas potencias. Como ya hemos visto, el emperador Pablo compartía la visión general de Catalina sobre la naturaleza del interés de Rusia en Asia occidental y en la India, pero se distanciaba de los métodos empleados por su antecesora y se mostraba reacio a proyectar los intereses rusos en el Este mediante la fuerza. Pablo, con la intención de resolver el conflicto en curso con Irán, puso en práctica lo que un historiador ha llamado «una diplomacia pragmática» –basada en la evaluación racional de las circunstancias locales– y una política conciliatoria, aunque también enérgica, hacia dicho Estado.[54]

El nuevo gobernante de Irán, Fath Alí Sah, también deseaba mejorar las relaciones con Rusia y sus iniciativas fueron bien recibidas por el emperador Pablo, que se avino a limitar la presencia rusa en el Caspio. Sin embargo, la negativa rusa a retirarse de Georgia acabó por ser un obstáculo más espinoso. No era posible que un soberano iraní se planteara seriamente la renuncia a una región que había permanecido bajo la influencia del Estado iraní

durante tantas generaciones. En el verano de 1798, Fath Alí alentó sin éxito a Jorge XII, que iba a ser el último rey de Kartli-Kajetia, a que abandonara la alianza con Rusia y se uniera al bando iraní.

Aunque las acciones rusas durante 1787-1796 habían invalidado, en la práctica, el Tratado de Gueórguiyevsk, Jorge XII no vio más salida que buscar la protección rusa.[55] Aparte de las amenazas iraníes, se hallaba asediado por intrigas cortesanas y las maquinaciones de sus propios hermanos para conseguir la corona. En septiembre de 1799, el monarca envió una embajada a San Petersburgo con instrucciones de entregar el reino al emperador Pablo –«no bajo su protección, sino bajo su total autoridad»–, siempre que le fuera garantizado el trono y que la dinastía de los Bagrationi conservara a perpetuidad la dignidad real. A efectos prácticos, Jorge XII estaba buscando un estatus asimilable al que tenían, en el Imperio británico, los rajás nativos en la India. El Gobierno imperial ruso mostró interés por la solicitud, en un contexto internacional en el que la invasión francesa de Egipto había puesto de manifiesto la posibilidad de una expansión europea en Oriente Medio. Además, la salud de Jorge se estaba deteriorando con rapidez y, habida cuenta de la naturaleza violenta de las luchas cortesanas en Georgia, parecía lógico esperar que los aspirantes al trono no se limitarían a buscar ayuda en Rusia y que también recurrirían al Imperio otomano y a Irán, una expectativa que alarmaba a la corte rusa.

El emperador Pablo, deseoso de asegurar su posición en la región, se comprometió a garantizar la dignidad real y los privilegios del rey Jorge. Además, tomó medidas para asegurar un mayor control ruso del reino de Georgia oriental. En noviembre de 1799 llegó a Tiflis una pequeña fuerza rusa y, en noviembre de 1800, el emperador Pablo ordenó al general ruso al mando del frente del Cáucaso prevenir cualquier intento georgiano de nombrar un heredero al trono en caso de que el rey Jorge murie-

ra. Piotr Kovalenskii, embajador ruso en Kartli-Kajetia, asumió gradualmente el control de las relaciones internacionales de Georgia. Las cortes rusa e iraní no tardaron en intercambiarse agrias notas en las que reafirmaban sus respectivas intenciones de mantener a Georgia oriental bajo su control y amenazaban con defender tales intereses por la fuerza.

Pese a las protestas iraníes, el 18 de diciembre de 1800, en una nueva violación del Tratado de Gueórguiyevsk, Rusia abolió de manera unilateral el reino georgiano de Kartli-Kajetia y lo anexionó a su imperio como provincia.[56] Jorge XII falleció diez días después, desconocedor de la proclamación imperial rusa. Las autoridades militares rusas actuaron con presteza para impedir que algún pretendiente Bagrationi accediera al trono y para establecer un gabinete de transición, de acuerdo con las instrucciones de Pablo. Sin embargo, antes de que se pudiera resolver el problema sucesorio, el propio Pablo fue asesinado en San Petersburgo en marzo de 1801 y la resolución de la cuestión georgiana quedó en manos de su sucesor.

Rusia extrajo varias lecciones de su implicación en el Cáucaso y en Irán. Sus círculos políticos, comerciales e intelectuales encontraban muy deseable tal implicación, puesto que ayudaba a que se viera a Rusia como un igual de las grandes potencias occidentales. Después de no haber participado en el colonialismo europeo durante los siglos XVI y XVII, Rusia podía ahora reclamar un puesto en el círculo de las grandes potencias haciéndose con colonias en la periferia. Esto había adquirido una relevancia especial desde la expedición de Bonaparte a Egipto. El saqueo iraní de Tiflis de 1795 marcó un punto de inflexión en la implicación rusa en el Cáucaso y contribuyó directamente a que esta fuera permanente en el conjunto de la región. El golpe que supuso al prestigio de Rusia espoleó a su monarquía a desempeñar un papel más directo y activo en Georgia oriental y más allá.

El inicio de las Guerras Revolucionarias en abril de 1792 fue uno de los acontecimientos más decisivos de la historia moderna europea –un momento crucial en el desarrollo del sistema político internacional–. Los conflictos resultantes establecieron una nueva realidad en la que Francia era la potencia hegemónica de Europa occidental, Rusia dominaba Europa oriental y Gran Bretaña continuaba siendo la dueña de los mares. La guerra tuvo un impacto inmediato y directo en Francia y sus vecinos: por una parte, la ideología revolucionaria moldeó las mentes y los corazones (por emplear una frase manida) y, por otra, las armas revolucionarias asolaron los países y exigieron la movilización de recursos humanos y materiales a una escala desconocida hasta entonces.

Varios factores contribuyeron a que las potencias continentales fracasaran en el intento de contener a Francia y de evitar un realineamiento internacional. La primera década de contienda fue el resultado del desmoronamiento general del sistema de equilibrio de las potencias, y no tanto de un propósito de ponerlo en cuestión por parte de los revolucionarios franceses. De hecho, la amenaza que planteaba la Francia revolucionaria no dominó de forma inmediata la política europea. Durante los primeros estadios de la guerra, Francia se enfrentó a unas monarquías que estaban preocupadas por sus propios problemas. En un primer momento, Gran Bretaña recibió positivamente el levantamiento revolucionario francés porque este debilitaba a su rival tradicional y, al menos en un primer momento, parecía similar al que la propia Inglaterra había experimentado hacía poco más de un siglo. Las dos potencias alemanas, Prusia y Austria, continuaban mirándose con una profunda antipatía que, a menudo, complicaba la cooperación militar entre ambas. Rusia se mantuvo al

margen durante buena parte de la década revolucionaria, así como se aprovechó de la inquietud austro-prusiana por Francia para procurar su propia expansión territorial en Europa oriental y en el Cáucaso. En Alemania, algunos príncipes del Sacro Imperio apoyaron a los ejércitos revolucionarios franceses con la esperanza de agrandar sus dominios a costa de sus vecinos. Los destinos de Polonia y del Imperio otomano continuaron teniendo una importancia de primer orden.

Durante la Guerra de la Primera Coalición, las monarquías europeas no veían en Francia a un rival necesariamente irreconciliable y estuvieron dispuestas a negociar y llegar a acuerdos de paz separados con ella. El ministro austriaco de Exteriores, Johann Amadeus von Thugut, que aborrecía la Revolución, adujo, sin embargo, que no era necesario destruir el régimen revolucionario.[57] De todos modos, la inestabilidad parisina significaba que Francia no era un socio estable en la mesa de negociaciones y, además, parecía decidida a moldear Europa a su imagen y semejanza. La Primera Coalición sucumbió, en último término, por las aspiraciones enfrentadas de sus miembros, así como por la habilidad de Francia para explotar esa desunión mientras movilizaba sus propios recursos. Las Guerras Revolucionarias también resultaron muy distintas de lo que ambos bandos habían previsto en un primer momento. A pesar de sufrir varios reveses tempranos, los revolucionarios franceses respondieron iniciando una guerra *à outrance* contraria a las prácticas establecidas del Antiguo Régimen. Las autoridades civiles y militares galas cooperaron, aunque a regañadientes y a veces con hostilidad, en la forja de un nuevo Ejército que, en el fondo, seguía siendo el antiguo Ejército real, pero del que se habían eliminado la mayoría de las deficiencias y que además conservaba muchas de sus virtudes. La meritocracia traída por la Revolución dio luz a un nuevo cuadro de comandantes cuyos talentos y habilidades resultaron de mucha utilidad a la causa revolucionaria. La absoluta

falta de contemplaciones con que el Gobierno revolucionario trataba a los generales que fracasaban aumentaba el celo de los comandantes franceses por lograr la victoria. Las demás potencias europeas, por su parte, intentaron adaptar sus fuerzas militares para aprovechar también al máximo los recursos.

Con la guerra, la Revolución francesa se extendió más allá de Francia, lo que amenazó el orden tradicional y llevó a cambios radicales. Su famoso lema –«*Liberté, egalité, fraternité*»– ofrece un sumario conciso de la década posterior a 1789. En Francia y sus colonias de ultramar, el desmantelamiento del Antiguo Régimen fue rápido. La Revolución empezó como un movimiento de reforma patriótica abanderado por ministros y aristócratas reformistas, pero, al no conseguir estos un cambio real, mutó en un esfuerzo, bastante confuso e incoherente, de reemplazar el orden político tradicional por otro más democrático. Este deseo de crear una nueva sociedad, una en la que la ley y la autoridad emanaran desde abajo y no desde arriba, era auténticamente revolucionario. Aunaba la causa de la libertad y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que declaraba con orgullo que «los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos».

Entre 1789 y 1799, los restos del feudalismo en Francia fueron barridos, se limitaron los privilegios del clero, la clase media francesa quedó libre de restricciones obsoletas y protestantes, judíos y librepensadores obtuvieron la igualdad y la tolerancia que se les había negado hasta entonces. La Revolución hizo a todos los hombres iguales ante la ley y amplió el alcance de la fraternidad con la promoción del nacionalismo. Este, aunque había existido antes de 1789, en la última década del siglo se convirtió en un poderoso credo. La *levée en masse* del 23 de agosto de 1793 fue una clara manifestación del nuevo dogma nacionalista, puesto que llamaba a la movilización total de la población francesa en

nombre de la defensa de *la patrie* y concedía a varios segmentos de dicha población un papel en el país y en las guerras de este.

Envalentonados por unos éxitos militares inesperados, los revolucionarios prometieron «fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad» y los contingentes franceses que arrollaron los territorios vecinos fueron a menudo recibidos con exclamaciones de eslóganes revolucionarios en italiano, alemán, neerlandés y otras lenguas.[58] Sin embargo, el entusiasmo inicial pronto se templó cuando se hizo patente la dura realidad de la ocupación, y los beneficios traídos por los «liberadores» fueron teniendo cada vez menos peso en comparación con el precio que había que pagar por ellos. La retórica liberacionista de los franceses se vio desmentida por prácticas explotadoras, en especial desde que en septiembre de 1793 la Convención Nacional decretó que sus generales debían «renunciar, en adelante, a toda idea filantrópica adoptada antes por el pueblo francés con la intención de que los nacionales de otros países apreciaran el valor y las ventajas de la libertad». Los generales recibieron instrucciones de «ejercer, respecto a los países y los individuos conquistados por sus ejércitos, los derechos habituales en la guerra».[59] Este decreto equivalía a sancionar la expoliación de los territorios ocupados, donde las unidades francesas exigieron enormes contribuciones de guerra. Como justamente observó un historiador francés, estas contribuciones «no eran otra cosa que saqueos bien organizados».[60] Los ejércitos no solo expropiaban los dineros, sino cualquier cosa que pudiera ser de utilidad a la República. Los objetos culturales –cuadros, esculturas, manuscritos, etc.– eran los primeros de las listas de expropiación. Los tesoros artísticos de ciudades italianas, belgas, holandesas y alemanas no tardaron en llegar a Francia, la cual, como declaraba con descaro el periódico oficial *Le Moniteur*, «por virtud de su poder y la superioridad de su cultura y sus artistas, es el único país del mundo que puede ofrecer un refugio seguro a estas obras maestras».[61]

La década revolucionaria no debe verse como una marcha triunfal. También revitalizó las viejas tradiciones del absolutismo y el centralismo. La búsqueda del cambio revolucionario resultó convulsa y, a menudo, no produjo libertad, igualdad ni fraternidad, sino desilusión, opresión y conflicto civil. En la propia Francia, este camino llevó al establecimiento de una estructura gubernamental más centralizada que la del Antiguo Régimen, así como el Reinado del Terror mostró el poder terrorífico del Estado, un poder que superaba con mucho al de la supuesta monarquía absolutista de la dinastía borbónica.

La guerra tuvo un papel decisivo en este proceso. El historiador francés François Furet comentó en una ocasión que «la guerra condujo la revolución mucho más de lo que la revolución condujo la guerra».[62] De hecho, las relaciones internacionales afectaron en profundidad al desarrollo interno de la revolución. A partir de 1792, esta se desplazó cada vez más hacia la izquierda a medida que la contienda contribuía a la rápida radicalización del discurso político en Francia. Las grandes *journées* revolucionarias que definieron el curso de la Revolución –la revuelta del 10 de agosto de 1792, las masacres de septiembre de ese año, las revueltas del 31 de mayo y el 2 de junio de 1793, e incluso el golpe de Estado del 9 de termidor del año II (27 de julio de 1794)– fueron todas reacciones a acontecimientos en las relaciones internacionales. De modo análogo, la guerra produjo una nueva generación de jefes militares que fueron representando un papel cada vez más importante en la política francesa. Asediado por todos lados, incapaz de resolver los problemas económicos del país y obligado a continuar las luchas heredadas del Comité de Salud Pública, el Directorio Ejecutivo tuvo que apoyarse cada vez más en sus comandantes militares para mantenerse en el poder. El más brillante de los generales victoriosos de Francia, Bonaparte, en seguida comprendió las claves de la situación política. Había defendido al Gobierno contra un alzamiento realista

en 1795, había dirigido con acierto la guerra en Italia en 1796-1797 y había salvado al ejecutivo de otro intento de golpe en 1797. Bonaparte, recién regresado de su, aparentemente, victoriosa campaña de Egipto, planeó con algunos de los líderes del Directorio hacerse con el poder mediante un *coup d'etat*, que se ejecutó con éxito en noviembre de 1799.

CAPÍTULO 6 | Los ritos de la paz, 1801-1802

Si bien las guerras de 1792 a 1815 pueden verse como un único drama –el auge y caída de la hegemonía francesa en Europa, alimentada por la energía de la Revolución–, el punto de inicio de las Guerras Napoleónicas suele fijarse en el fin de la Paz de Amiens, en mayo de 1803. Los siguientes doce años de contienda fueron, en cualquier caso, una continuación de las Guerras Revolucionarias y produjeron profundos cambios políticos, económicos y sociales a lo largo y ancho de Europa. Es habitual ver en las diferencias ideológicas la fuente principal del conflicto, pero, después de la autocoronación de Bonaparte como emperador de los franceses en 1804, Europa ya no estuvo dividida tan nítidamente por fronteras ideológicas como por consideraciones geopolíticas cuyo origen era anterior a la época revolucionaria, unas consideraciones análogas a las existentes durante las guerras de Luis XIV. Los éxitos militares franceses amenazaron el equilibrio de fuerzas en Europa y llevaron a la formación de amplias coaliciones de potencias para evitar que los franceses alcanzaran la supremacía total. La vieja rivalidad colonial y comercial entre Francia y Gran Bretaña fue el telón de fondo clave de las Guerras Napoleónicas.

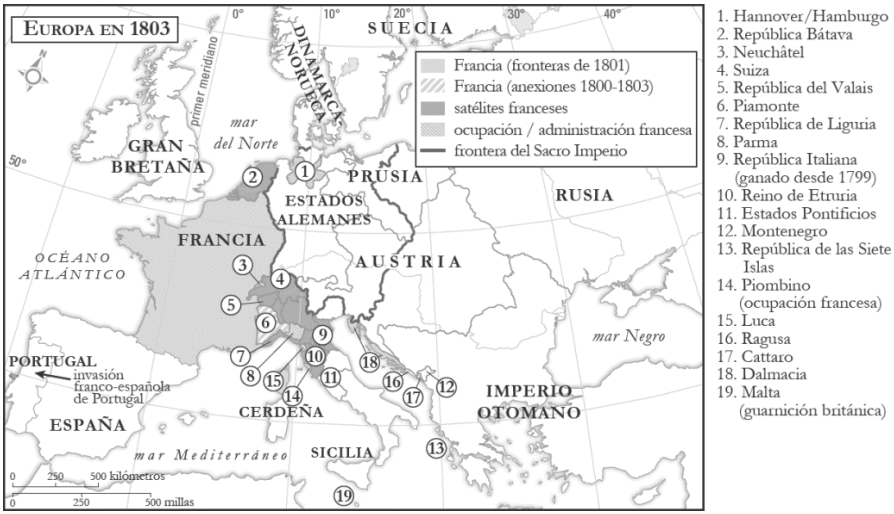
Cuando el general Bonaparte volvió de Egipto a Francia en octubre de 1799, encontró la nación atenazada por la crisis económica y tratando de recuperarse del asalto más reciente de la

Guerra de la Segunda Coalición, en el que los franceses habían sufrido grandes reveses en Italia y Renania. El Directorio gobernante intentaba a duras penas afrontar amenazas internas y externas como las rebeliones de las regiones de la Vendée y de Bretaña, tenazmente realistas, la reanudación de las hostilidades con Austria y sus aliados, la rápida caída del valor de las garantías crediticias del Gobierno y del papel moneda y la extensión del bandidaje. Sin embargo, el Directorio no fue tan incompetente o desventurado como primero Bonaparte y luego sus admiradores han sostenido. Un análisis más mesurado revela que tuvo más éxito en la política interior que la mayoría de los gabinetes revolucionarios que lo precedieron. En realidad, las semillas de buen número de las reformas que luego fueron atribuidas a Bonaparte ya se habían plantado durante el Directorio. A pesar de todo, la mayoría de los historiadores coincide en que el Directorio había perdido la confianza del pueblo por no haber acabado con una anarquía que parecía interminable y repuesto el orden y la estabilidad. Era impopular y, por tanto, vulnerable.[1]

Bonaparte no tenía un plan de acción bien definido cuando llegó a París, pero al poco fue contactado por un grupo de políticos que conspiraba contra el Gobierno. Dirigidos por Emmanuel Sieyès (también miembro del Directorio), estos individuos pensaban que iban a ser capaces de controlar a un simple soldado como Bonaparte y ansiaban explotar su estatus de héroe de guerra en beneficio político propio. Pero Bonaparte era cualquier cosa menos simple. A su llegada a París, adoptó un papel de ciudadano modesto y estudioso. Se reunía con *savants*, daba charlas acerca del trabajo científico de la expedición egipcia en el Institut de France y, en general, se presentaba como alguien sediento de conocimiento y respetuoso con los intelectuales. Sin embargo, en el fondo, sabía que «el cambio aquí es indispensable», observaba atento las corrientes políticas subterráneas y exploró a todos los partidos y facciones –en aquel momento, tal vez había

más de media docena de conspiraciones activas contra el Directorio– antes de comprometerse con ninguno.[2] Sieyès y sus cómplices no tardaron en darse cuenta de que habían juzgado mal a aquel hombre. Habían imaginado una manipulable «espada» que podrían utilizar para llevar a buen puerto la conspiración y luego «envainar» sin hacer ruido. Ninguno previó que, después de colocarlo en el poder, los dejaría a ellos fuera de escena.

Los días 9 y 10 de noviembre de (18 y 19 de brumario) de 1799, los conspiradores pusieron los planes en marcha. Bajo la pretensión de la amenaza de un golpe jacobino inminente, indujeron a ambos consejos legislativos a que trasladaran las sesiones a la relativa seguridad (y aislamiento) del antiguo palacio real de Saint Cloud, donde la salvaguarda estaría garantizada por Bonaparte y sus tropas. Al mismo tiempo, todo el Directorio presentó la dimisión, empezando por el propio Sieyès; algunos miembros lo hicieron bajo presión y a otros se les endulzó la decisión con un soborno. Pese al éxito del 18 de brumario, las cosas se complicaron cuando, al día siguiente, el consejo legislativo exigió una explicación. La intervención de Bonaparte solo contribuyó a aumentar las tensiones y una multitud lo empujó y zarandeó en el Consejo de los Quinientos. Algunos diputados lo acusaron de «forajido». Su hermano Luciano Bonaparte, que era presidente del Consejo de los Quinientos, salvó la jornada. Conservando la serenidad, les dijo a los soldados que estaban fuera del edificio que se había atentado contra la vida de su hermano y les pidió que restauraran el orden. En la explosiva atmósfera reinante, esta acusación fue suficiente para enardecer a las tropas y predisponerlas a obedecer la orden de disolver los consejos. Más tarde, aquella misma noche, un grupo de los consejos legislativos colaboracionista con el golpe se volvió a reunir para votar formalmente la disolución.[3]



La facilidad con que los conspiradores tomaron el poder demostró que, después de diez años de sobresaltos y violencia revolucionaria, el pueblo francés se había vuelto insensible a las convulsiones políticas y estaba dispuesto a aceptar otro cambio de gobierno más con tal de que prometiera orden y estabilidad. El gabinete que emergió del golpe de brumario fue provisional. Su objeto era proporcionar a Francia una nueva Constitución y un gobierno estable. Según una cita atribuida a Bonaparte, «las constituciones deben ser breves y oscuras».[4] La nueva Constitución francesa era ambas cosas y demostraba hasta qué punto Sieyès y sus colegas habían errado en los cálculos. En el nuevo Consulado de tres miembros, Bonaparte, y no Sieyès, fue elegido primer cónsul, con autoridad para ejercer un poder ejecutivo total. Los cónsules segundo y tercero recibieron una autoridad restringida y se limitarían a asesorar al primer cónsul. La nueva Constitución estableció un poder legislativo con tres cámaras, aunque muy controlado por el ejecutivo. Concedía el sufragio masculino universal, pero también creaba un mecanismo para limitar las libertades electorales y anular el principio de la soberanía popular. El electorado primario, de unos 6 millones de individuos, era el más numeroso de Europa, pero su derecho estaba

limitado a la elección de los electores municipales que, a su vez, se encargaban de elegir a los electores departamentales. Además, la decisión de quién entraba en las tres instituciones legislativas, el Cuerpo Legislativo, el Tribunado y el Senado, estaba en manos de los cónsules. Ellos nombraban a la mayoría del Senado, que, a su vez, elegía a los miembros de los otros dos órganos legislativos. Todavía más crucial era que el proceso legislativo estaba diseñado de forma que emasculaba a los órganos legislativos y los incapacitaba para limitar el poder del ejecutivo. Ninguno de los órganos legislativos podía emprender la aprobación de nuevas leyes. Esta era una prerrogativa del Consejo de Estado, un grupo de expertos seleccionados que presidía el primer cónsul. El Tribunado solo podía debatir las leyes propuestas, el Cuerpo Legislativo se limitaba a votarlas y el Senado nada más que servía para cuestiones de interpretación constitucional. Entre 1801 y 1803, Bonaparte empleó su autoridad para purgar estos órganos legislativos de cualquier individuo que le creara dificultades. También se aprovechó de los huecos que presentaba la Constitución para puentear al poder legislativo, confiando en el privilegio de emisión de decretos que tenía el Senado (*senatus consulta*) para esquivar cualquier oposición parlamentaria.[5]

Para Francia, el Consulado (1800-1804) fue uno de los periodos más dinámicos de todo el siglo XIX.[6] La Revolución llegaba a su fin. Sus vestigios de radicalidad fueron barridos a un lado, se reabrieron las iglesias y se permitió el regreso de los emigrados que lo desearan. La reconciliación y la restauración del orden eran los objetivos primordiales. Estas políticas ayudaron a garantizar el apoyo popular al nuevo gobierno y permitieron a Bonaparte embarcarse en una serie de reformas que, en conjunto, constituyen el legado más constructivo y duradero de su carrera. Los elementos clave de estas reformas aunaban la preservación de los avances revolucionarios con el restablecimiento del orden. La estabilidad de las cuentas del Estado se logró mediante una cen-

tralización vigorosa. Bonaparte reemplazó a las autoridades electas y el autogobierno local, propios de la Revolución, con burócratas designados por el poder central –prefectos para los departamentos, subprefectos para los distritos y alcaldes para ciudades y comunas–; una estructura que ha continuado formando parte esencial del sistema administrativo francés desde entonces.[7] Para eliminar las cortapisas a su poder, Bonaparte recurrió a varias estratagemas que se aprovecharon de la aprobación acrítica que la mayoría del pueblo francés concedió al nuevo jefe del Estado. Fue el primer líder político en hacer un uso eficaz de la democracia plebiscitaria para legitimar y respaldar su autoridad, una práctica que llegó a ser ubicua en el siglo XX.[8] Detrás de la fachada del sufragio universal masculino y la participación popular en la política, el régimen de Bonaparte no concedió poder real a las masas gobernadas y prefirió moldear y controlar hábilmente el proceso político. De este modo, el plebiscito nacional de todos los ciudadanos franceses celebrado en enero-febrero de 1800 acerca del establecimiento del Consulado resultó en más de 3 millones de votos a favor de la nueva Constitución y solo 1562 votos en contra. Los resultados de los plebiscitos posteriores nos sugieren también un apoyo popular masivo. En el de 1802, que convirtió a Bonaparte en cónsul vitalicio, más de 3,5 millones de votos fueron favorables y apenas 9074 contrarios.[9] Obviamente, estas cifras no deben tomarse al pie de la letra. Las tasas de abstención fueron considerables y el voto no era secreto, lo que permitía la intimidación y la manipulación, en especial por parte del ministro del Interior, Luciano Bonaparte, que, probablemente, llegó a falsificar hasta la mitad de los votos afirmativos.[10] De todos modos, si tenemos en cuenta que la participación fue mucho mayor que durante la época revolucionaria (*vid*. Tabla 6.1), los plebiscitos suponían, en palabras del historiador francés Claude Langlois, «un éxito relativo».[11] Sugerían un apoyo creciente por el nuevo gabinete, que quedó reflejado en los comen-

tarios que muchos votantes dejaron escritos en las papeletas de voto. «El hombre que nos ha dado la paz, la religión y el orden en tan poco tiempo –declaraba un parisino– es el más capaz de perpetuar estos logros». «Hace falta un héroe para salvar a Francia, que devuelva la alegría y la esperanza a nuestros corazones y reestablezca la libertad, la justicia y la paz», observaba un votante de Lesmont (departamento del Aube).[12]

Bonaparte se apoyaba fuertemente en la censura y en la policía secreta para domesticar a la oposición. Los primeros dos años tras el golpe del 18 de brumario presenciaron varias conspiraciones, la más peligrosa de las cuales tuvo lugar en la Nochebuena de 1800. Una «máquina infernal» –un carromato cargado con barriles de pólvora– explosionó en la calle en el momento en que el primer cónsul se dirigía a la ópera. La explosión segó las vidas de al menos doce viandantes e hirió a dos docenas. Bonaparte, que salió ileso, aprovechó la ocasión para sofocar a la oposición interna. Primero se dirigió contra los opositores de la izquierda: imponiéndose a serias objeciones de sus socios, insistió en la aprobación de medidas extraordinarias para acabar con la «agitación jacobina». Ciento treinta conocidos republicanos fueron tachados de terroristas y encarcelados o deportados a Guayana, donde el clima y la enfermedad se cobraron las vidas de muchos. Una vez neutralizada la izquierda, Napoleón reveló «nuevas» pruebas que apuntaban hacia los verdaderos perpetradores del crimen: sus adversarios de la derecha, los realistas y *chouans* encabezados por Georges Cadoudal, que habían recibido apoyo del Gobierno británico. Aunque Cadoudal escapó a Londres, sus compañeros de conspiración fueron arrestados, hallados culpables y ejecutados en 1801. Los sucesos de 1800-1801 dejaron claro que a Bonaparte no le preocupaba la ortodoxia de los métodos, siempre que le ayudaran a acallar a los disidentes y consolidarse en el poder.

Tabla 6.1: Plebiscitos constitucionales en Francia

Año	Plebiscito	Electorado estimado	Tasa de abstención	Sí	No
1793	Adopción de la Constitución	7 000 000	73 %	1 866 000	12 766
1795	Adopción de la Constitución	7 200 000	74 %	957 000	915 000
1795	Las «Leyes de los Dos Tercios»	7 200 000	94 %	263 000	168 000
1800	Adopción de la Constitución	7 900 000	62 %	3 011 000	1562
1802	Conversión de Bonaparte en primer cónsul vitalicio	7 900 000	55 %	3 568 000	9074
1804	Proclamación del Imperio	8 900 000	60 %	3 524 000	2579

Fuentes: Basada en Thierry Lentz, 2007: *La France et l'Europe de Napoléon, 1804-1814*, Paris, Fayard; Claude Langlois, 1972: «Le plébiscite de l'an VIII ou le coup d'état du 18 Pluviôse an VIII», *Annales historiques de la Révolution française*; Malcolm Crook, 1996: *Elections in the French Revolution: An Apprenticeship in Democracy, 1789-1799*, Cambridge, Cambridge University Press.

El énfasis en la centralización llegó a las finanzas públicas, que fueron puestas bajo mayor control y saneadas después de años de mala gestión y desorden. En 1800, Bonaparte decretó la fundación del Banco de Francia como institución financiera central encargada de vigilar por la estabilidad de la moneda y de facilitar el endeudamiento del Gobierno.[13] El mismo empuje centralizador puede apreciarse en el enfoque de Bonaparte en cuanto a la educación. Conservó la mayoría de las reformas revolucionarias que habían prometido educación elemental gratuita para todos los niños (aunque la aplicación práctica resultó problemática). Todavía más importante fue su reorganización de la educación

secundaria con la creación de los célebres *lycées*, que fueron puestos bajo supervisión estricta del Gobierno. En 1808, el sistema educativo francés se centralizó aún más mediante el establecimiento de un único sistema (l'Université impériale) que incorporaba a todos los tipos de escuelas públicas.[14]

Uno de los logros más significativos del Consulado fue la codificación legal, el Code civil des Français, que llegó a ser conocido como el Código Napoleónico. La Revolución francesa había barrido muchos de los estatutos y leyes del Antiguo Régimen y había aprobado una miríada de leyes nuevas, aunque no consiguió crear con ellas una estructura legal coherente. Bonaparte resolvió el problema creando un comité al que encargó la redacción de un nuevo código legal y a cuyas reuniones asistió con regularidad. En 1804 se publicó el nuevo código, luego aumentado por el Código de Procedimiento Civil (1806), el Código de Procedimiento Criminal (1808) y el Código Penal (1810). En conjunto, estos códigos representan un logro muy notable basado en tres principios innovadores, cuya influencia trascendió a la propia aplicación legal de los códigos: la claridad, de modo que todos los ciudadanos alfabetizados pudieran comprender sus derechos sin necesidad de recurrir a juristas duchos en el derecho consuetudinario y sus cientos de excepciones y excentricidades; la secularidad, que insistía en separar la religión de los asuntos del Estado, el cual reconocía el matrimonio como un contrato civil secular y permitía el divorcio, lo que allanaba el camino a una forma de vida individual y cívica totalmente nueva; y, finalmente, el derecho a la propiedad privada, que fue declarado absoluto e inviolable. Los nuevos códigos reflejan la dualidad del legado de Bonaparte. El Código Civil conservó los principales avances legales de la Revolución –igualdad ante la ley, derechos ciudadanos, abolición de los privilegios señoriales–, pero también señaló un retroceso hacia el patriarcado en el ámbito de la vida familiar. La sacralidad de la propiedad privada, que el códi-

go defendía para favorecer a la clase media, de mentalidad propietaria, atormentó a los trabajadores franceses durante buena parte del siglo XIX.[15]

Los logros civiles del Consulado ocuparon apenas una parte de la energía de Bonaparte. El nuevo siglo amaneció en Europa con las hostilidades inalteradas. Como hemos visto en los capítulos anteriores, Austria y Prusia tenían intereses enfrentados en Alemania; Rusia y Austria chocaban en los Balcanes; Prusia, Austria y Rusia tenían planes en Polonia, y las tres potencias miraban cuales cuervos al Imperio otomano. En cuanto a Francia, las amenazas más serias venían de Gran Bretaña y Austria, para las que aquella guerra prolongada era una carga cada vez más pesada.

El inicio del Nuevo Año (1801) había sido celebrado en Gran Bretaña y en Francia cuidadosamente, aunque por razones distintas. En las islas británicas, el primer día del siglo XIX fue notorio por la aprobación definitiva del Acta de Unión, un acontecimiento decisivo en la historia moderna de Irlanda y el foco de dos cuestiones interrelacionadas, el nacionalismo y la identidad política. El acta fue el último estadio –tras la incorporación de Gales en 1535 y la amalgama de Escocia en 1707– de un proceso político que desembocó en la creación del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Alrededor de un centenar de diputados irlandeses fue admitido en la Cámara de los Comunes y se formalizó la libertad de comercio entre Inglaterra e Irlanda. El Gobierno de William Pitt también prometió eliminar las leyes contra los católicos que habían movido a muchos irlandeses a rebelarse en 1798.[16] El Acta de Unión proclamaba estar basado en «principios justos e igualitarios», según sus arquitectos, pero, en la práctica, significaba cosas muy distintas para según qué grupos. Para

el Gobierno británico, que la celebró con salvas de artillería y el izado del nuevo estandarte imperial en lo alto de la Torre de Londres, el acta representaba el cumplimiento de la «misión civilizadora» de Gran Bretaña, como expresó Pitt, y estaba justificada en aras del «poder, la estabilidad y el bienestar general del Imperio».[17] Sin embargo, para muchos irlandeses, el acta sancionaba la continuación del colonialismo y la explotación de la mayoría católica por parte de la minoría protestante.[18]

Al otro lado del canal de la Mancha, Francia también estaba de celebración. El motivo eran las ceremonias de apertura de la conferencia de paz franco-austriaca en Lunéville, donde se firmó un tratado de paz el 9 de febrero de 1801.[19] El Tratado de Lunéville ponía fin a nueve años de enemistad entre ambas potencias y redibujaba el mapa de Europa. Llegados los ejércitos franceses a las puertas de Viena y con Rusia amenazante en el este, Austria no tuvo mucho margen de maniobra diplomática.[20] El tratado final la obligó a confirmar las concesiones territoriales que había hecho en el Tratado de Campo Formio, empezando por la pérdida de toda la orilla izquierda del Rin, lo que equivalía a la pérdida de 65 000 kilómetros cuadrados y casi 3,5 millones de habitantes. Austria se vio despojada de muchas de las concesiones territoriales que había obtenido en Italia cuatro años antes y el tratado reconocía a las repúblicas helvética (Suiza), bátava (holandesa), ligur (genovesa) y cisalpina (Lombardía), que pasaron a depender de Francia. Además, Viena también accedía a la entrega del Gran Ducado de Toscana y a algo incluso más decisivo: se comprometía a aceptar el principio de secularización en Alemania, el cual iba a tener resultados profundos en solo dos años.[21]

La Paz de Lunéville consiguió un gran cambio en los asuntos europeos. Pacificaba la Europa continental por primera vez en una década y proporcionaba un trasfondo más amplio para las negociaciones de Francia con otros Estados. El acuerdo de paz fue aceptado, aunque fuera a regañadientes, por todas las poten-

cias continentales. Incluso Austria vio en Lunéville un acuerdo decisivo, aunque esto mortificara a su belicoso ministro de Exteriores, Amadeus Franz de Paula Thugut, que comprendía que el tratado convertía en irreversible la decadencia de Austria como gran potencia.[22] Francia emergió como el Estado hegemónico de Europa occidental y su poder se extendía sobre los Países Bajos, Baviera, Baden, Suiza y los Estados italianos.

No extraña, pues, que el tratado fuera recibido con gran alivio y celebración en Francia; el pueblo se alegró especialmente al conocerse la desmovilización del Ejército y la vuelta de miles de reclutas que estaban a punto de ser incorporados al servicio. El 13 de febrero, en su alocución al Senado, Bonaparte celebró la firma del Tratado de Lunéville y declaró que el Gobierno francés continuaría «luchando por asegurar la paz y la felicidad del mundo».[23]

Apenas unas semanas más tarde, Bonaparte pareció cumplir su promesa con dos éxitos diplomáticos adicionales. El 21 de marzo de 1801, Francia y España firmaron el Tratado de Aranjuez como parte de un acuerdo diplomático más amplio entre ambos Estados. Fernando, duque de Parma, renunciaba a sus derechos ducales a cambio de que su hijo, Luis I, recibiera el reino de Etruria –este se creaba a partir del Gran Ducado de Toscana, cedido por el gran duque Fernando III en las cláusulas del Tratado de Lunéville–. La isla de Elba pasó de Toscana a Francia, pero a cambio Bonaparte pactó transferir a Etruria el principado de Piombino y el Estado de los Presidios (aunque el primer cónsul no controlaba ninguno de ambos territorios). El tratado también sentó las bases de la cesión, por parte de España, de los vastos territorios de la Luisiana a Francia.[24] Solo una semana después, el 28 de marzo de 1801, Bonaparte dirigió su atención a Nápoles, a quien obligó a aceptar el Tratado de Florencia, cuyas condiciones permitían a Bonaparte cumplir con lo acordado en el tratado franco-español. El reino napolitano se salvó de ser invadido por

Francia gracias a la intercesión de Rusia, pero los términos del tratado fueron, como era previsible, muy duros.[25] Nápoles se vio obligado a ceder el principado de Piombino y el Estado de los Presidios a Francia, a retirar sus tropas de los Estados Pontificios y a cerrar sus puertos a los buques británicos y otomanos. Nápoles también accedía al emplazamiento de tropas francesas en su territorio y a contribuir a su manutención.[26]

Bonaparte, continuando con su ofensiva pacificadora, negoció con los jefes de la revuelta de la Vendée, enquistada en el occidente francés desde hacía casi siete años. Estas negociaciones se vieron muy facilitadas por la firma de un Concordato con el Papado el 15 de julio de 1801.[27] Aunque el propio Bonaparte no era creyente, sí comprendía que la enorme mayoría de los franceses eran todavía católicos devotos y deseaban el regreso de la religión organizada a Francia. Empleó varias semanas en las negociaciones con el Vaticano. Los debates se mantuvieron en secreto para evitar la posible hostilidad de los intelectuales liberales y de los elementos jacobinos todavía presentes en las fuerzas armadas y en muchos ministerios.[28] «El Gobierno de la República reconoce que la religión Católica, Apostólica y Romana es la religión de la gran mayoría de los ciudadanos franceses», decían las primeras líneas del Concordato. Este pasaje era uno de los fundamentales del documento, el cual incluía la salvedad de que, aunque el catolicismo fuera la fe de «la gran mayoría de los franceses», no era la religión oficial del Estado y, por tanto, establecía la libertad religiosa en Francia. El tratado reorganizaba las diócesis y parroquias de la Iglesia y concedía al Papado el derecho de destituir a los obispos, aunque esto carecía de importancia, ya que el Gobierno francés quedaba encargado de proponer sus nombramientos y de pagar los salarios clericales. La provisión más significativa del tratado exigía a la Iglesia católica renunciar a cualquier posible reclamación sobre las tierras que le habían sido confiscadas y nacionalizadas desde 1790.[29] El Concordato fue

bienvenido en las áreas rurales (y conservadoras) de Francia, pero fue impopular en el Ejército, donde muchos conservaban los ideales revolucionarios y manifestaron su decepción, cuando no su enojo manifiesto, por la vuelta de la religión organizada. Durante la celebración de una misa de tedeum en Notre Dame, la primera en muchos años, el domingo de Pascua (18 de abril) de 1802, se oyó exclamar a un general: «*Quelle capucinade!* [¡Vaya beatería!] ¡Lo único que falta es el millón de hombres que murió para librarnos de todo esto!».[30]

El Concordato, sin embargo, tuvo un legado duradero. Ayudó a acabar con la década de conflicto religioso en Francia y fue la base de las relaciones entre el Estado francés y el Papado durante un siglo.[31] Aunque cedía en varios puntos, Bonaparte se impuso en todas las cuestiones principales de la disputa –la Iglesia católica volvió a Francia, pero bajo la atenta supervisión del Estado–. Esto se hizo especialmente obvio desde que Bonaparte promulgó *Les Articles organiques*, una ley que reforzaba todavía más el control del Estado sobre la Iglesia. El objetivo de Bonaparte de restaurar la ley y el orden encontró una notable ayuda en el Concordato, ya que convertía a la Iglesia en un pilar del Estado.

La ofensiva pacificadora de Bonaparte en 1801-1802 tuvo un gran éxito. Cada tratado estuvo dirigido a producir resultados inmediatos y tangibles que multiplicaron la credibilidad de Bonaparte en el exterior y consolidaron su poder en el interior. El primer cónsul buscó llegar a acuerdos con los distintos Estados de forma individual y mediante negociaciones rápidas para evitar enredarse en debates prolongados acerca de un pacto general para toda Europa. Además, sacó partido con maestría de las circunstancias para que unos acuerdos sirvieran de apoyo a otros. En Lunéville, por ejemplo, Bonaparte obligó a Austria a renunciar a la Toscana y luego usó esta para compensar a España por la entrega de la Luisiana a Francia pactada en el Tratado de Aran-

juez; y lo mismo puede decirse del tratado franco-napolitano, que, en la práctica, subvencionaba los acuerdos franceses con España. En cambio, las iniciativas diplomáticas de Bonaparte tuvieron menos éxito con Rusia, donde había confiado en establecer relaciones más estrechas con la corte de los Románov.

Rusia pareció quedarse sin aliados durante la Guerra de la Segunda Coalición, en la que se abrieron grietas notables en sus relaciones con otras potencias europeas. Al ir acabando 1799, el emperador Pablo I estaba ya convencido de que los sacrificios de Rusia se habían demostrado inútiles y de que no podía seguir confiando en sus aliados austriacos y británicos, una conclusión que se volvió recurrente en los círculos militares y políticos rusos durante las Guerras Napoleónicas. Ofendido por lo que para él era la demostración de la perfidia de los Gobiernos austriaco y británico, Pablo empezó a alejarse de sus anteriores aliados. Ordenó el regreso de las tropas que estaban en Suiza y expulsó a los legados austriaco y británico en San Petersburgo, llamó de vuelta al embajador en Londres (este se negó a abandonar el puesto) y sus ministros anglófilos cayeron en desgracia.[32] Todavía fue mayor la repercusión del embargo que impuso al comercio británico y el hecho de que empezara a trabajar para resucitar la Liga de Neutralidad Armada en el Báltico. La política exterior del emperador Pablo se ha malinterpretado durante mucho tiempo. Aunque grandiosa, no era incoherente.[33] Los objetivos generales de Pablo continuaron siendo los mismos que habían tenido sus predecesores –proteger la influencia rusa en Alemania e Italia y expandirla en los Balcanes y el Cáucaso–, aunque sí que cambió de forma notoria los métodos. Pablo había sido muy hostil hacia la Revolución y fue uno de los principales promotores de la Segunda Coalición. Veía en Bonaparte a un arribista, pero al menos uno capaz de estabilizar a Francia y de servir de socio potencial en la pacificación de Europa.[34] El Gobierno francés advirtió de inmediato el cambio en la actitud rusa y se puso a trabajar en pos

de un objetivo ambicioso, el alineamiento de Francia y Rusia contra Gran Bretaña y Austria. Aunque esta alianza no llegó a materializarse, su mera amenaza despertó gran nerviosismo en Londres y Viena. Ya a principios del verano de 1800, el primer cónsul resaltaba: «[…] es necesario darle a Pablo alguna prueba de nuestra estima, hacerle saber que queremos negociar con él». [35]

Bonaparte conocía perfectamente la debilidad de Pablo por los gestos caballerescos –Pablo había llegado a pensar en resolver disputas internacionales convocando a los demás soberanos europeos a un torneo caballeresco– y procuró atraerse al soberano ruso jugando con estos sentimientos.[36] En primer lugar, el Gobierno francés obsequió a Pablo, que era el gran maestre *de facto* de la Orden de San Juan de Jerusalén (es decir, jefe de los Caballeros de Malta u Hospitalarios) y que tenía un concepto idealizado de la caballería, con la espada de Juan Parisot de La Valette, el afamado gran maestre que había defendido con valor la isla ante los turcos otomanos en el siglo XVI. Después Bonaparte le ofreció la devolución de la propia Malta –una oferta que era, a todas luces, una estratagema, habida cuenta de que los británicos continuaban bloqueando la isla y de que la rendición de la guarnición francesa era inminente–. El último elemento de esta ofensiva de encantos fue la decisión francesa de liberar, sin intercambio recíproco y con todos los honores militares, a unos 6000 prisioneros de guerra rusos apresados en las últimas campañas.[37]

La adulación era de una obviedad transparente, pero resultó eficaz. Pablo se sintió conmovido por lo que pensaba eran auténticos actos caballerescos del mandatario francés y respondió positivamente a sus iniciativas diplomáticas. El canciller interino anglófilo Nikita Petróvich Panin cayó en desgracia y fue despedido. Luis XVIII, hermano del ejecutado Luis XVI, tuvo que abandonar con sus acompañantes la provincia rusa donde habían residido a salvo durante los últimos años.[38] En octubre de 1800,

el ministro de Exteriores ruso, el conde Fiódor Rostopchín, informó a Francia de la disposición de Rusia a hacer las paces con unas condiciones razonables que incluyeran el reconocimiento de sus intereses en Alemania y el Mediterráneo: Rusia exigía la devolución de la isla de Malta a los caballeros de San Juan y una garantía mutua de que se preservaría la integridad de Cerdeña, Nápoles, Baviera y Wurtemberg, que tenían lazos estrechos con Rusia.[39]

Los franceses accedieron a estas condiciones preliminares y, a finales de aquel año, ambas partes nombraron a los diplomáticos encargados de llevar adelante las negociaciones formales. El ministro de Exteriores ruso preparó un extenso memorando en el que analizaba la situación europea y exhortaba al realineamiento ruso con Francia. El documento aprobado por Pablo es notorio por la atención que dedica a la «cuestión oriental», describe al Imperio otomano como un «hombre enfermo y desahuciado» –tal vez fue la primera vez que se empleó esta conocida descripción política– y traza un ambicioso plan para un gran realineamiento y una gran redistribución territorial en Europa. Según esta propuesta (de la que el Gobierno francés había conseguido una copia), Rusia habría obtenido Rumanía, Bulgaria y Moldavia y Francia se habría hecho con Egipto.[40] Para apaciguar a las demás potencias continentales, Rostopchín sugería compensar a Austria con partes de Bosnia, Serbia y Valaquia y conceder Hannover a Prusia junto con unos pocos arzobispados del norte de Alemania.[41] Rusia debía convencer a Suecia y a Dinamarca del restablecimiento de la Liga de Neutralidad Armada, que entonces ampliaría con la incorporación de Francia y España.[42]

La propuesta de Rostopchín era, sin duda, expansionista, pero su disposición a compartir los despojos del Imperio otomano con Austria y Francia también revelaba que Rusia era consciente de sus propias limitaciones. La esencia de la propuesta rusa estaba clara: la alianza franco-rusa pacificaría y realinearía a Europa y

supondría un desafío al dominio británico de los mares. Este aspecto antibritánico del acercamiento franco-ruso implicaba varios elementos cruciales, de los que no eran el menos importante las conversaciones destinadas a la preparación de una expedición militar hacia la India.[43] No está claro, aún hoy, si se llegó a diseñar un plan en este sentido, puesto que el documento original correspondiente no se ha hallado nunca en los archivos franceses ni en los rusos y las versiones publicadas contienen un número de imprecisiones que levantan sospechas acerca de su veracidad.[44] Lo que resulta más revelador es que el emperador ruso estaba dispuesto a actuar en solitario. En enero de 1801, despachó un cuerpo de cosacos a la India con instrucciones a su comandante, el general Vasili Orlov, de que hiciera causa común con los príncipes indios ante los británicos y de que consiguiera condiciones favorables para el comercio y la industria rusos desplazando a los de Gran Bretaña.[45]

La decisión de Pablo de lanzar esta expedición se ha pintado, a menudo, como un ejemplo de falta de juicio o de locura, pero el plan no fue fruto de la enajenación mental o de la megalomanía (acusaciones, por cierto, también vertidas contra Bonaparte), sino de una premisa estratégica ampliamente compartida por muchos observadores: que la India era el punto más débil de Gran Bretaña. El plan suponía una ampliación geográfica de las hostilidades anglo-rusas en Europa. El ataque directo sobre la nación isleña, protegida por su formidable armada, parecía fútil. En cambio, a la India se podía llegar por tierra y las circunstancias políticas y militares de la región no eran favorables para los británicos. Pablo aplicaba este razonamiento cuando justificaba un ataque contra la India: «[…] es necesario atacar [a los británicos] donde sientan [más] el golpe y donde menos lo esperen. Sus establecimientos en la India son los mejores para esto».[46] La invasión de la India no era, necesariamente, un plan disparatado. La invasión a través de Irán o de Asia Central no era intrínseca-

mente imposible, como atestiguaban las recientes campañas de Nader Sah y Ahmed Sah Durrani, por no hablar de las de Babur, Tamerlán, Mahmud de Gazni y Alejandro Magno antes de ellos. Pero, si acometer una campaña hacia la India no era en sí misma una empresa irracional, tampoco era, desde luego, una elección juiciosa para la proyección del poder de Rusia. La campaña persa de Zúbov en 1796 había demostrado a las claras las dificultades logísticas de las campañas militares en las regiones orientales y el proyecto indio era todavía más complicado.

De este modo, Gran Bretaña se halló de nuevo sola contra Francia. No solo sus aliados habían sido derrotados, algunos incluso se habían tornado hostiles a sus intereses. Escandalizados por los registros británicos en busca de contrabando en los buques de carga neutrales que se dirigían a Francia, los Estados del norte de Europa dieron pasos concretos para proteger sus intereses.[47] Los años de medidas constantes de los británicos contra Dinamarca, que tenía una típica política de neutralidad, fueron la gota que colmó el vaso. La decadencia del competidor tradicional de Dinamarca (los Países Bajos), unidas a las dificultades comerciales vividas por otras potencias (como Francia), habían ofrecido a los daneses una oportunidad excelente para aumentar su cuota en el transporte marítimo y el comercio internacionales. En 1805, la marina mercante de Dinamarca ya era ocho veces mayor que cuarenta años antes.[48] Durante gran parte de las Guerras Revolucionarias, Dinamarca mantuvo celosamente la neutralidad e incluso permitió a buques de las potencias beligerantes que navegaran bajo su bandera. La política británica de registros y apresamientos arbitrarios obligó a los daneses a empezar a emplear convoyes navales para defender a sus buques mercantes.[49] Hubo varios enfrentamientos de pequeña magnitud, en los que buques de guerra daneses encargados de la protección de los convoyes se resistieron a los registros británicos. Las frustraciones danesas llegaron al punto máximo en el verano de

1800, cuando cruceros británicos apresaron un pequeño convoy protegido por una fragata danesa. La corona danesa se tomó aquello como un insulto a su honor y pidió ayuda a Rusia y a otros neutrales. Esto, a su vez, movió a los británicos a enviar a su armada a las costas danesas.[50]

La entrada de la flota británica en el mar Báltico y la negativa de Gran Bretaña a aceptar la mediación rusa enfurecieron al emperador Pablo, que ya prestaba oídos a las iniciativas diplomáticas francesas y entonces adoptó una posición decididamente antibritánica.[51] Declaró el embargo de todos los buques y mercancías ingleses que estuvieran en puertos de Rusia; se interrumpieron los pagos a los comerciantes británicos y se requisaron sus bienes y almacenes. Más de tres centenares de buques británicos quedaron atrapados en los puertos rusos y sus tripulaciones fueron detenidas.[52] Entonces, Pablo ordenó la movilización de 120 000 soldados «para la protección de las costas del mar Báltico y para operaciones contra Inglaterra» e invitó a Suecia, Dinamarca y Prusia a que se le unieran en la protección del tráfico marítimo neutral y en la restauración de la Liga de Neutralidad Armada; les dejó claro que interpretaría toda falta de apoyo como una afrenta. La liga, que se formó en los días 16 a 18 de diciembre de 1800, abrazó el lema «barcos libres, mercancías libres» y acordó tomar las medidas que fueran necesarias para protegerlo.[53]

En diciembre de 1800, Gran Bretaña y Rusia estaban ya, a efectos prácticos, en estado de guerra. Aunque lo peor estaba por llegar. A principios de 1801, Dinamarca decretó el embargo de todos los bienes británicos y ocupó Hamburgo y Lübeck, grandes *entrepôts* (centros de distribución) del comercio británico, mientras que Bonaparte presionaba a Nápoles para que cerrara sus puertos a los ingleses. El comercio británico también se vio amenazado en Hannover, donde los intereses de Francia, Rusia y Prusia convergían.[54] Prusia se aprestó a participar, esperando en el proceso hacerse con Hannover y consolidar su control sobre

los grandes cinco sistemas fluviales (los ríos Vístula, Óder, Ems, Weser y Elba) que transportaban el grueso del comercio del norte de Europa.[55] El 30 de marzo, Prusia envió más de 20 000 soldados a ocupar la ciudad.[56]

Los efectos combinados de las políticas francesa y rusa produjeron un virtual bloqueo continental, un bloqueo que puso a casi toda la costa europea, desde las costas árticas de Noruega hasta los puertos de Nápoles, fuera del alcance del comercio británico. Hasta Portugal, antes aliado de Gran Bretaña, se vio obligado a cerrarle sus puertos después de la que se conoció como la Guerra de las Naranjas. El Sistema Continental de 1801 presagiaba el de 1806-1807, pero se vio aquejado por la falta de una planificación y una ejecución metódicas. Puso de manifiesto la aguda dependencia exterior de Gran Bretaña en suministros navales, grano, cáñamo y otros recursos que importaba de otras partes de Europa, aunque no duró lo suficiente como para tener consecuencias a largo plazo en el comercio británico.[57]

Gran Bretaña respondió a estas amenazas con una combinación de diplomacia vigorosa y de fuerza bruta.[58] En el verano de 1800 lanzó una expedición contra España en la que los soldados británicos desembarcaron en Ferrol, en el noroeste del país. Después de descubrir que las defensas del lugar eran demasiado potentes, la expedición se dirigió a Cádiz, otra relevante base naval española. Ninguno de ambos ataques consiguió éxitos tangibles, pero sí subrayaron la capacidad británica de amenazar a sus enemigos a voluntad. Al acabar 1800, la atención británica se desplazó a la región del Báltico, donde la Liga de Neutralidad Armada iba ganando fuerza. En enero de 1801, el Consejo británico promulgó un edicto que decretaba el embargo de los buques rusos, daneses y suecos. Un escuadrón comandado por el almirante John Thomas Duckworth atacó la colonia sueca de San Bartolomé y las islas danesas de San Martín, Santo Tomás, San Juan y Saint Croix entre marzo y junio de 1801, donde de-

rrotó a las fuerzas suecas y danesas allí situadas.[59] A mediados de abril, los franceses evacuaron las colonias holandesas de San Eustaquio y Saba, que fueron rápidamente tomadas por los británicos. Al mismo tiempo, la escuadra británica comandada por *sir* Hyde Parker y lord Horatio Nelson llegaba a la capital danesa, Copenhague, atacaba sus defensas y obligaba a los daneses a suspender su participación en la liga.[60] Después de que Nelson pusiera rumbo a Riga, la probable confrontación anglo-rusa se vio abortada por la noticia de la muerte del emperador Pablo en un golpe palaciego.[61] En torno a la medianoche del 23 de marzo de 1801, un grupo de nobles rusos preocupados porque el comportamiento impredecible del emperador y sus drásticas políticas pusieran en peligro el orden interior y la seguridad exterior de Rusia, llevó adelante un plan de asesinato que puso fin a la vida de Pablo y, con ella, al radical realineamiento que se había iniciado en Europa.

El asesinato del emperador ruso fue un duro golpe para el Gobierno francés. Durante su breve reinado, Pablo había encaminado a Rusia hacia la alianza con Francia y la guerra con Gran Bretaña y había coaccionado a Dinamarca, Suecia y Prusia para que se unieran a una coalición antibritánica. En París, el legado prusiano dejó constancia de la consternación con que Bonaparte recibió la noticia del golpe palaciego en San Petersburgo: «La noticia de la muerte del emperador ha caído sobre Bonaparte como un verdadero rayo. Al recibirla de Talleyrand, ha emitido un grito de desesperación [...] Piensa que ha perdido a su mayor apoyo contra [Gran Bretaña] y, después de haber confiado en encontrar en Pablo I lo que Federico halló en Pedro III, no espera ahora encontrar lo mismo en el sucesor de Pablo».[62] El nuevo emperador ruso, Alejandro I, puso fin a las aventuras de su padre y forzó la disolución de la Liga de Neutralidad Armada, levantó el embargo al comercio británico, renunció al título de gran maestre de Malta y ordenó el regreso de la expedición cosaca. Ade-

más, el 17 de junio de 1801, firmó la Convención Ruso-Británica que normalizaba las relaciones entre ambos países y acababa con las políticas antibritánicas de Francia en el norte de Europa.

Francia no fue la única nación exasperada por las decisiones de Alejandro. Prusia, que había podido contar con que Pablo I la apoyaría relativamente en los asuntos del norte de Alemania y del Báltico, temió verse abandonada. El asunto de Hannover ya había enrarecido las relaciones entre Berlín y Londres, donde muchos pensaban que los prusianos aspiraban a apoderarse de los «dominios electorales» del monarca británico. Esto explica la insistencia del rey Federico Guillermo III en su neutralidad y la evacuación de Hannover en 1801, aunque este proceder también puso de relieve el fracaso de Prusia al impedirle utilizar a Hannover como pieza de cambio en las negociaciones con Gran Bretaña.[63] La participación de Prusia en la Liga de Neutralidad Armada y la disputa subsiguiente por Hannover dañaron la posición internacional de Prusia y levantaron suspicacias en Viena, Londres y San Petersburgo.[64] Esto movió a Prusia a estrechar sus relaciones con París, las cuales pronto fructificaron en un acuerdo ventajoso de compensación territorial. El 23 de mayo de 1802, París y Berlín acordaban las condiciones de un tratado que produjo cambios en la Alemania meridional. Prusia obtuvo la posesión de varias antiguas ciudades imperiales y principados eclesiásticos secularizados a cambio de ceder la orilla izquierda del Rin a Francia y de reconocer formalmente los cambios que Bonaparte había hecho en Italia. El estatúder de Holanda, a modo de compensación por el territorio perdido, recibió de Francia una porción de territorio alemán consistente en un arzobispado y varias abadías.

Con la Marina francesa bloqueada en sus puertos y la Royal Navy centrada principalmente en el canal de la Mancha, el Mediterráneo padeció un aumento de la piratería. Los piratas, que tenían sus bases sobre todo en Berbería (esta abarcaba los territorios de Marruecos, Argel, Túnez y Trípoli, a lo largo de la costa norteafricana), hacían presa de los buques mercantes de las naciones occidentales. Las depredaciones de los piratas berberiscos se vieron exacerbadas por el inicio de las Guerras de la Revolución francesa, que desviaron los recursos navales británicos, españoles e italianos hacia la lucha contra Francia. Tras su llegada al poder, Bonaparte recibió un flujo constante de reportes acerca del expolio del comercio francés y del maltrato de los Estados berberiscos a los pescadores franceses. El primer cónsul logró firmar tratados con el pachá de Trípoli en 1801 y con el bey de Túnez en 1802, que garantizaron una relativa seguridad a los pescadores y comerciantes franceses en el Mediterráneo. Sin embargo, Mustafá Pachá, dey de Argel, le exigía a Francia un tributo como el que pagaban España y los Estados italianos.[65] Bonaparte, encendido, le escribió al dey para recordarle que Francia «destruyó a los mamelucos porque estos osaron exigir dinero después de haber insultado a la bandera francesa. Nunca he pagado nada a nadie y he impuesto la ley a todos mis enemigos». Bonaparte ordenó a su ministro de Marina el envío de una flotilla de tres navíos de línea (reforzados, si era necesario, por otros diez navíos y cinco fragatas) para garantizar que la bandera francesa fuera tratada con el debido respeto en las aguas de Berbería. La llegada de los barcos de guerra galos obligó al dey a acceder a los deseos franceses. El 28 de agosto, el primer cónsul se complació de informar al papa de que «acababa de obtener del dey de Argel la liberación de gran número de cristianos».[66]

Mientras que los comerciantes franceses podían buscar la protección de la Marina de Francia, sus colegas estadounidenses eran más vulnerables a la actividad de los piratas desde que habían

perdido el apoyo de la Royal Navy tras la Guerra de Independencia estadounidense. La joven república norteamericana carecía de buques de guerra y era incapaz de defender a sus ciudadanos en el lejano Mediterráneo y en el Atlántico oriental. A lo largo de las décadas de 1780 y 1790, Estados Unidos mantuvo la política expeditiva de pagar tributo a los Estados berberiscos a cambio de la seguridad de sus naves comerciales y, en algunos casos, entregó rescates para liberar a marinos capturados. Los buques estadounidenses sufrieron una depredación incluso mayor cuando la contienda entre Francia y Gran Bretaña se extendió hasta ellos, ya que ambos bandos intentaron negarse el uno al otro el acceso a las mercancías y los suministros. En 1794, el Congreso estadounidense aprobó, y el presidente George Washington firmó, el Acta para Proporcionar Armamento Naval, por el que se autorizaba la adquisición (por compra o mediante construcción) de seis fragatas y nacía la Marina estadounidense. [67]

El parto resultó difícil. La construcción de las fragatas fue lenta y se complicó por una amplia oposición interna a la creación de una fuerza naval estadounidense que se tachaba de cara, imperialista y provocadora. Para aplacar estas voces, la ley estipulaba (en el artículo 9) que, en caso de alcanzarse un tratado entre Estados Unidos y un Estado berberisco, el trabajo de construcción de los barcos se detendría de inmediato. En marzo de 1796, para horror de los partidarios de la fuerza naval estadounidense, el Congreso aprobó un tratado de paz con Argel en el que Estados Unidos accedía a pagar más de medio millón de dólares al dey de Argel para el rescate de un centenar de cautivos estadounidenses y se comprometía a un tributo anual de más de 20 000 dólares. El coste total del acuerdo llegaba a superar el millón de dólares, una suma que equivalía a la sexta parte de todo el presupuesto estadounidense.[68] La ratificación del tratado con Argel supuso el cese de la construcción de fragatas: solo tres llegaron a entrar

en servicio –USS United States, USS Constitution y USS Constellation–. En 1796-1797, Estados Unidos negoció acuerdos adicionales con Trípoli, Argel y Túnez, en los que se comprometía a pagar un tributo a cambio de protección para sus ciudadanos. [69]

Los corsarios berberiscos, mientras los países europeos estuvieron centrados en la Guerra de la Segunda Coalición, y a pesar de los acuerdos que habían firmado con los estadounidenses, continuaron hostigando a los mercantes europeos y estadounidenses y capturaron a cientos de marinos que después eran obligados a realizar trabajos forzados y maltratados. Esto empujó a Estados Unidos a la creación de un Departamento de Marina que recibió el encargo de poner fin al pago de tributos a los Estados berberiscos y de evitar los asaltos a los barcos estadounidenses. En 1801, a la vez que Thomas Jefferson accedía al puesto de tercer presidente de la república norteamericana, Pachá Yusuf Karamanli de Trípoli amenazó a Estados Unidos con la guerra a menos que pagara un tributo similar al que ya pagaba al vecino Estado de Argel.[70] Esta vez, sin embargo, el Gobierno de Thomas Jefferson, crecido por los recientes éxitos en la no declarada Cuasi-Guerra contra Francia (1798-1800) y por la reciente incorporación de varias fragatas muy potentes a su fuerza naval, rechazó las demandas de Trípoli. En mayo de 1801, el pachá declaró la guerra, ordenó que se cortara el asta de la bandera que ondeaba ante el consulado estadounidense y envió buques de guerra a apresar barcos de esa nacionalidad. Estados Unidos respondió despachando un pequeño escuadrón de tres fragatas y una goleta al Mediterráneo con órdenes de bloquear la costa de Trípoli. Los estadounidenses lograron su primer éxito sobre los tripolitanos el 1 de agosto de 1801, aunque el reducido tamaño del escuadrón no les permitía mantener una vigilancia próxima a la costa.

La Guerra Tripolitana continuó por cuatro años en los que no se consiguió limitar de forma significativa las actividades de los piratas. Esto convenció a Jefferson para cambiar su política naval y buscar una implicación mayor en el Mediterráneo. El escuadrón estadounidense visitó Sicilia, donde sus comandantes pidieron ayuda del rey Fernando IV de Nápoles, que accedió a proporcionarles hombres y recursos y les permitió emplear los puertos de Mesina, Siracusa y Palermo como bases navales desde las que operar contra Trípoli. El escuadrón estadounidense, a las órdenes del comodoro Edward Preble, tuvo un buen desempeño en el Mediterráneo, con acciones como la célebre incursión del teniente Stephen Decatur para destruir la fragata de 36 cañones USS Philadelphia, entonces apresada en el puerto de Trípoli, el 16 de febrero de 1804. La hazaña de Decatur, lograda sin perder un solo hombre, disparó la moral de la opinión pública estadounidense y aumentó el prestigio de su naciente Marina.[71] Los buques de guerra estadounidenses lanzaron en 1804 varios ataques desde el mar contra Trípoli, pero ninguno produjo resultados bastante decisivos como para dar fin a la contienda. Solo el apoyo de Estados Unidos a los opositores a Pachá Yusuf Karamanli y el lanzamiento de una invasión terrestre a través del desierto de Libia, en marzo de 1805, pusieron fin a los cuatro años de conflicto. En junio de 1805, el pachá accedió a liberar a los prisioneros estadounidenses a cambio de un rescate de 60 000 dólares.[72]

La Guerra Tripolitana puede parecer un episodio menor en el contexto más amplio de las Guerras Napoleónicas, pero fue reflejo de una realidad en la que las potencias europeas estaban dedicadas a sus propios asuntos y no deseaban (o no podían) prestar grandes atenciones ni recursos a la costa de Berbería. La contienda sí que tuvo una repercusión notable en Estados Unidos. Fue la primera ocasión en que la república norteamericana extendió su poder mucho más allá de sus costas e izó su bandera victoriosa

en suelo extranjero, demostrando que, si era necesario, no se contentaría con una política defensiva y que era capaz de llegar a gran distancia de sus aguas territoriales. El conflicto estimuló la construcción estadounidense de buques de guerra y formó a una nueva generación de oficiales que, solo siete años más tarde, tuvieron que enfrentarse a la fuerza naval más poderosa del mundo en la Guerra de 1812.[73] A pesar de todo, esta guerra no consiguió resolver el problema subyacente. Estados Unidos, distraído por las hostilidades franco-británicas en el Atlántico, fue incapaz de resolver el problema de los corsarios hasta acabadas las Guerras Napoleónicas.

CAPÍTULO 7 | El camino hacia la guerra, 1802-1803

El 25 de marzo de 1802, Francia y Gran Bretaña firmaron la Paz de Amiens, culminación de casi dos años de negociaciones iniciadas al poco de acceder Bonaparte al poder.[1] El impulso inicial para las conversaciones se dio el día de Navidad de 1799. Entonces, Bonaparte le escribió una carta al rey Jorge III de Gran Bretaña en la que se lamentaba por la prolongada guerra entre ambas naciones: «La guerra que, durante ocho años, ha asolado las cuatro esquinas del mundo, ¿debe ser eterna? ¿No hay forma de llegar a un entendimiento? ¿Cómo pueden las dos naciones más ilustradas de Europa, que son más poderosas y fuertes de lo que su salvaguarda e independencia exige, sacrificar en aras de una vana grandeza los beneficios del comercio, la prosperidad interior y la felicidad de las familias? ¿Cómo es que no sienten que la paz es de primera necesidad, además de la primera de las glorias?».[2]

La rama de olivo de Bonaparte no tuvo resultados inmediatos. Jorge III era conocido por sus mordaces opiniones antifrancesas, forjadas por un siglo continuado de conflicto entre ambos Estados. La revolución se había limitado a afilarlas y la correspondencia de Jorge está llena de sentimientos xenófobos. El rey pensaba que, si no se contenía la Revolución, esta acabaría «destruyendo toda religión, ley y subordinación [...] sin la más mínima inclinación de construir nada después de esa destrucción».[3]

Francia y los franceses eran «esos salvajes», «esa pérfida nación» y «ese país sin principios».[4] Tener tratos con Bonaparte, que para muchos contemporáneos era la propia Revolución encarnada, era impensable. En una carta a su secretario de Exteriores, lord Grenville, Jorge describía la «carta del tirano corso» con desprecio y declaraba que era «imposible tratar con una nueva, impía y autoproclamada aristocracia».[5] Ante la negativa del monarca a responder personalmente, Grenville se vio obligado a redactar una respuesta formal a los franceses, no dirigida a Bonaparte, sino a su ministro de Exteriores.

La actuación del rey Jorge no se limitó a desairar a Bonaparte. En febrero de 1800, informó a ambas cámaras del Parlamento británico de que eran necesarios subsidios adicionales para llegar a acuerdos con los aliados continentales, entre ellos Austria, para contener la amenaza francesa. La noticia de que el monarca pedía más de 2 millones de libras esterlinas para la continuación de la contienda causó un debate considerable en el Parlamento, donde la oposición atacó al conjunto de la política gubernamental. Un líder de la oposición, George Tierney, defendió que el fin inicial por el que Gran Bretaña había ido a la guerra contra Francia ya se había alcanzado con la destrucción del radicalismo revolucionario por parte del primer cónsul. «Le pediría al ministro [Pitt] –añadía Tierney– que indicara en una frase cuál es el objeto de la guerra». La respuesta de Pitt se hizo célebre: «Señor, lo haré con una sola palabra. El objeto, le digo, es ¡seguridad!». Entonces, procedió a explicar que el radicalismo revolucionario no estaba muerto y que la seguridad de Gran Bretaña no se había conseguido. Más bien, «el jacobinismo» se había personificado en un individuo «que fue criado y alimentado en su seno; que obtuvo su fama bajo sus auspicios y que fue, al mismo tiempo, el hijo y el campeón de todas sus atrocidades».[6] No habría paz con Francia. En su lugar, el monarca animó a Austria a continuar la guerra y le prometió generosos subsidios a cambio.

En los últimos días de agosto de 1800, después de la victoria de Bonaparte sobre los austriacos en Marengo, Louis Guillaume Otto, diplomático francés y comisionado para asuntos relacionados con los prisioneros de guerra, presentó la segunda oferta de paz de Bonaparte a los británicos. La carta de Otto a Grenville se refería al anuncio oficial del tratado de alianza anglo-austriaco y sugería ampliarlo a Francia «en lo que respecta a los lugares que están asediados y bloqueados».[7] El objetivo inmediato de Bonaparte era rescatar a las fuerzas francesas en Malta y Egipto, que llevaban aisladas de Francia ya casi dos años.[8] Consciente de que pedía demasiado, Bonaparte ligó su propuesta de armisticio naval al armisticio continental con Austria. Si Austria, aliada de Gran Bretaña, iba a tener la oportunidad de reabastecer y reforzar a sus fuerzas en Renania, Francia debía recibir concesiones similares.

Pitt era personalmente partidario de la paz, pero el gabinete estaba dividido. Los halcones, encabezados por el secretario de Guerra, Henry Dundas, eran contrarios a la aceptación de un armisticio que anulaba muchas de las ventajas obtenidas por Gran Bretaña desde su entrada en la guerra. Al final, se optó por rechazar la propuesta francesa. Se prefirió, como ya hemos visto, ultimar los preparativos de la expedición a Egipto y seguir adelante con el nuevo tratado de alianza con Austria, un acuerdo que proporcionaba a esta un subsidio financiero para sufragar el esfuerzo bélico.

Sin embargo, la cooperación anglo-austriaca no duró mucho. A primeros de diciembre, los franceses derrotaron a los austriacos en Hohenlinden y Viena tuvo que pedir la paz. Perdido su principal aliado, los británicos se sintieron obligados a entrar en negociaciones diplomáticas con Francia. Era necesario reconocer que, a pesar de los grandes éxitos navales obtenidos en el Atlántico, el Báltico y el Mediterráneo, y de todos los esfuerzos y el dinero que se habían gastado en las coaliciones, Francia con-

tinuaba siendo la nación más poderosa del continente. Sin apoyos, Gran Bretaña había llegado al límite de lo que podía conseguir, en especial desde que muchas partes de Europa se habían tornado cada vez más antibritánicas. La hostilidad continental hacia Gran Bretaña fue resumida por el diplomático prusiano Friedrich von Gentz: «El principio dominante en la política europea –escribió en un memorando citado en una carta a Grenville de noviembre de 1800– y el principio dominante de todos los pensadores y escritores políticos actuales es el recelo por el poder de Gran Bretaña». El odio hacia Gran Bretaña derivaba, según Gentz, de dos convicciones: que la riqueza británica se generaba mediante el empobrecimiento del resto de Europa y que Gran Bretaña aprovechaba la guerra en beneficio propio.[9] De hecho, los sucesos de la última contienda dejaron un poso de resentimiento entre los aliados británicos, que se sintieron utilizados para soportar todo el peso de la lucha.

Los cambios internos también contribuyeron a la decisión británica de buscar la paz, entre ellos la caída del Gobierno de Pitt en 1801 y la formación de un nuevo gabinete encabezado por el primer ministro Henry Addington, un político idealista, aunque de escasa imaginación, que no era el más apropiado para tratar con Bonaparte.[10] Addington deseaba acabar con un conflicto que ya había entrado en su octavo año, que lastraba la economía y que tenía efectos sociales perniciosos. El país estaba pasando de la fase agrícola a la industrialización y esto provocaba convulsiones generalizadas. El rápido crecimiento de la capacidad manufacturera necesitaba de nuevos puntos de venta para los productos y para Gran Bretaña era cada vez más indispensable tener acceso a los mercados continentales que se le habían cerrado en los últimos años. Incluso después del colapso de la Liga de Neutralidad Armada, los británicos siguieron excluidos de muchos mercados continentales, mientras que los esfuerzos diplomáticos franceses continuaban obteniendo una victoria importante tras

otra. Bonaparte, para aislar todavía más a Gran Bretaña del continente, dirigió la atención hacia Portugal, aliado tradicional de aquella. Después de un año de negociaciones, persuadió a Carlos IV de España y a su influyente ministro Manuel de Godoy y Álvarez de Faria a firmar la Convención de Madrid. Esta amenazaba a Portugal con la guerra a menos que Lisboa cerrara sus puertos a los británicos e hiciera la paz de inmediato con Francia.[11] España recibió la promesa de una cuarta parte del territorio de Portugal como garantía para conseguir, cuando se firmara el eventual tratado de paz con Gran Bretaña, la devolución de las colonias que esta le había arrebatado.

En el verano de 1801, las tropas españolas invadieron el norte de Portugal y, tras una rápida campaña, obligaron a la corte lusa a aceptar las condiciones del Tratado de Badajoz, que cedía la comarca de Olivenza a España y cerraba los puertos portugueses a Gran Bretaña.[12] Aunque fue una victoria de España y Francia, la guerra no cubrió las expectativas de Bonaparte y este se enfureció cuando le llegó la noticia del armisticio hispano-portugués. La derrota de Portugal estaba garantizada, decía. El objetivo real de la alianza franco-española era golpear a Gran Bretaña y privarla de su último aliado continental. Para esto era necesario ocupar regiones portuguesas clave como Lisboa y Oporto. Que España no compartiera y aplicara este planteamiento llevó a Bonaparte a sospechar ignorancia o simple y llana doblez por parte de su aliado. Su reacción inicial fue amenazar a la monarquía española con una intervención directa si no denunciaba el Tratado de Badajoz y continuaba con la ocupación de Portugal. Pero corría el año 1801, no 1808, y Bonaparte no era aún emperador de Francia ni el conquistador de Europa, era solo un general francés que apenas llevaba un año y medio en el poder.[13] España no se plegó a las exigencias francesas, aduciendo que había cumplido con su parte del contrato y que no había una razón tangible para una escalada mayor del conflicto. Bonaparte, ante la intransigen-

cia española, no tuvo más opción que ceder. A finales de septiembre de 1801, Francia y Portugal firmaron un tratado que finalizaba las hostilidades y que forzaba a Lisboa a ceder territorio en Sudamérica y a pagar una cuantiosa indemnización a Francia.

Las repercusiones de la Guerra de las Naranjas –así llamada por una rama de naranjo que el generalísimo español había enviado a la reina de España como prueba de su victoria– no se limitaron a Europa y alcanzaron a Sudamérica, donde las unidades españolas y portuguesas se disputaron el área fronteriza del actual Paraguay. Pese a su brevedad, la guerra puso allí fin a la expansión de España hacia el norte y fijó las fronteras de lo que acabó por convertirse en el Estado independiente de Paraguay.[14] La derrota portuguesa también causó alarma entre los ministros británicos, preocupados porque los franceses (o los españoles) pudieran tomar el control de la isla portuguesa de Madeira, situada a horcajadas en las vitales rutas comerciales atlánticas. Para evitarlo, una expedición británica invadió y se apoderó de esta isla.[15]

El éxito francés en Portugal compensó los reveses en Egipto, donde el Ejército galo, después de aguantar más de un año tras la salida de Bonaparte en 1799, se vio obligado a capitular ante los británicos en agosto de 1801. La cuestión de Egipto había sido uno de los principales obstáculos para el cese de las hostilidades, de modo que su caída allanó el camino del compromiso anglofrancés. En octubre de 1801, los legados británicos y franceses acordaron un tratado preliminar que detuvo el largo conflicto. Más tarde, aquel mismo año, unos nuevos negociadores –lord Charles Cornwallis por parte británica y José Bonaparte, hermano del primer cónsul, por parte francesa– se reunieron en Amiens para redactar el tratado de paz formal.[16] A lo largo de las conversaciones, la parte francesa se mostró resuelta a no aceptar concesiones que demostraran la obtención por el bando británico de ventaja alguna en el transcurso de la guerra. Francia se

negó a debatir cualquier tema relacionado con las conquistas continentales durante los seis años anteriores y, como Gran Bretaña lo aceptó, el tratado al que se llegó aceptaba y respaldaba tácitamente dos resultados cruciales de las Guerras Revolucionarias: el dominio francés de Europa occidental y la supremacía marítima británica. Las negociaciones, por tanto, se centraron en dos asuntos distintos principales: las colonias de ultramar y la región mediterránea. Los británicos accedieron a la devolución de las colonias que habían ocupado salvo las islas de Trinidad (antes de España) y Ceilán (holandesa), a retornar Malta a los caballeros de San Juan (bajo suzeranía nominal napolitana) y a evacuar, «en general, todos los puertos e islas que ocupan en el Mediterráneo y el Adriático». A cambio, Francia se comprometía a sacar sus tropas de Nápoles, Tarento y las partes de los Estados Pontificios no integradas en la República Italiana, sucesora de la República Cisalpina, que había sido creada por Bonaparte en 1797. Gran Bretaña también se comprometió a retirarse de Egipto, que sería devuelto al Imperio otomano, y apoyaba la independencia (bajo protectorado ruso) de la República de las Siete Islas (o de las islas Jónicas). El Tratado de Amiens proporcionó una «compensación equivalente» (en el artículo XVIII) a la exiliada casa de Nassau por la pérdida de sus posesiones holandesas, pero no hacía mención acerca del futuro de Holanda, de Suiza o del norte de Italia, lo que, de por sí, era un éxito importante de la diplomacia francesa.[17] Bonaparte se aseguró de que en el tratado no se incluyera ninguna provisión de salvaguarda de los intereses comerciales británicos en el continente, aunque aceptó respetar la independencia de Portugal y de la República Bátava (Holanda), lo que, en teoría, implicaba que los puertos de ambos Estados estarían abiertos al comercio británico.[18]

El Tratado de Amiens supuso el fin formal de las Guerras de la Revolución francesa. Desbaratada la Segunda Coalición, los británicos reconocieron que tenían escasas expectativas de derribar

a la resurgente Francia, así que apretaron los dientes y aceptaron en gran medida el *statu quo* continental, que permitía a Francia conservar los territorios que había conquistado en los Países Bajos, Renania e Italia.[19] Amiens supuso una completa transformación del equilibrio de poder europeo y William Pitt tuvo que reconocer que el sistema internacional establecido desde la Paz de Westfalia de 1648 «había sido destruido hasta tal punto [...] que era una estupidez considerarlo vigente».[20]

Tradicionalmente se ha sostenido que la Paz de Amiens, junto con el Tratado de Lunéville, pudo sentar las bases de una paz duradera en Europa –si Bonaparte hubiera optado por apoyarla–. Este argumento parece interesado. Los éxitos militares franceses habían creado un nuevo equilibrio de fuerzas en Europa en el que Francia recobraba la posición de primacía que no había disfrutado desde el punto álgido del reinado de Luis XIV, un siglo antes. Al mismo tiempo, el poder naval británico, ya predominante antes de la guerra, había salido reforzado. Incluso en el caso de que Bonaparte hubiera perdido el poder después de Amiens, Francia habría procurado consolidar su posición en Europa occidental y habría tratado de reavivar sus ambiciones coloniales. Esto la habría situado indefectiblemente en rumbo de colisión con Gran Bretaña. Además, la Paz de Amiens era intrínsecamente defectuosa. Las enormes cesiones de Gran Bretaña –el abandono del Mediterráneo y de las rutas a la India, la entrega de casi todas las colonias francesas y holandesas de ultramar y la promesa de evacuar Egipto– causaron alarma y abatimiento internos –parecía que se estaban entregando las ventajas estratégicas conseguidas a lo largo de ocho años de guerra–. «Hemos cedido en cada punto y en cada principio», manifestó un miembro del Parlamento.[21] Muchos coetáneos denunciaron los términos del tratado, tachándolos de demasiado favorables a Francia. Un veterano político británico denunciaba enfurecido: «[...] haber devuelto a Francia Martinica, Malta, Menorca, El Cabo, los

asentamientos holandeses en las Indias Orientales y Occidentales e incluso en Cochín, y no haber obtenido nada a cambio excepto el nombre de la paz, es un acto de debilidad y de humillación tal que, en mi opinión, nada puede justificarlo».[22] Gran Bretaña había entrado en la guerra en 1793 para garantizar su seguridad y, nueve años después, se veía ante «una paz que no nos da seguridad en el futuro».[23] El primer ministro Addington estaba confiando, básicamente, en que la propia Francia renunciara al empleo de la agresión para consolidar sus ganancias, aunque no había pruebas de que realmente lo fuera a hacer. En palabras de un contemporáneo: «Si alguna vez ha habido una paz precaria, era esta. Si alguna vez una paz precaria ha sido peligrosa, esta era esa paz precaria».[24]

¿Por qué, entonces, se llegó incluso a firmar el Tratado de Amiens? Parte de la respuesta descansa en el hecho de que los diplomáticos franceses se demostraron superiores a sus colegas británicos.[25] Bonaparte, asistido por un brillante equipo de diplomáticos y negociadores, demostró en esta ocasión su talento para discernir y explotar la inexperiencia y las debilidades de sus contrincantes.[26] También sería erróneo retratar al primer ministro Addington y a su secretario de Exteriores, Robert Banks Jenkinson, lord Hawkesbury, como hombres de Estado miopes e incapaces.[27] Las historias patrióticas de Gran Bretaña tienden a comparar a Addington y a Hawkesbury desfavorablemente con Pitt y Grenville. Sin embargo, el Gobierno de Pitt fue, en buena medida, responsable de la complicada situación que Addington y sus ministros afrontaron en 1801. Las políticas de Pitt durante la contienda, basadas a menudo en suposiciones falsas, junto con una aplicación asistemática, socavaron la estrategia británica, alienaron a los socios cruciales del país y dejaron a Gran Bretaña en la posición nada envidiable de tener que guerrear en solitario con Francia.[28]

El empeoramiento de la situación interna en Gran Bretaña tuvo similar importancia. En 1799-1800, como hemos mencionado, el país estaba inmerso en una conmoción económica que se vio agravada por crudos inviernos que trajeron mermadas cosechas. El precio del trigo y otros granos subió con rapidez y golpeó con más dureza a los estratos más bajos de la sociedad. En septiembre de 1800 estallaron motines alimenticios en numerosos lugares de Gran Bretaña. El embargo del comercio británico impuesto por la Liga de la Neutralidad Armada en el Báltico provocó que el precio del grano subiera todavía más, lo que generó desabastecimientos en algunas zonas. El hartazgo por la guerra se vio aumentado por los impuestos directos que Pitt había instaurado para financiar el conflicto con Francia. En resumen, los temores de desorden social e incluso de una posible revolución también pesaron, obviamente, en las decisiones del gabinete de Addington. Aunque la cosecha de 1801 fue buena, el precio medio del trigo creció alrededor del 200 por ciento entre 1798 y 1801, antes de caer estrepitosamente cuando se difundió la noticia de la paz. La coincidencia de la caída de los precios del grano con la llegada de la paz fue interpretada por el pueblo como una demostración de que la guerra había sido la causa de la escasez.[29] El 10 de octubre de 1801, a la llegada a Londres del enviado francés, el general Lauriston, para iniciar las negociaciones, una gran multitud desenganchó los caballos de su coche y lo condujo ella misma por las calles. La élite británica tomo nota.[30] La paz era necesaria para el crecimiento de la economía y podar la amenaza de desórdenes sociales. Además, tras el desbaratamiento de la coalición, Gran Bretaña ya no tenía nada que ganar con la continuación de la lucha.

Los tratados de Lunéville y Amiens parecieron estabilizar la situación del continente, aunque crearon, como había observado el político británico William Eden, lord Auckland, un «desaforado y amenazadoramente crecido poder de Francia».[31] Gran Bre-

taña, por sí sola, no era capaz de cambiar esa realidad. Lo que necesitaba era tiempo. Tiempo para resolver los problemas internos y tiempo para permitir que Austria, Rusia y Prusia llegaran a darse cuenta, según expuso el almirante británico George Keith Elphinstone, de que «con Francia tan fuerte como lo es ahora, Europa no puede estar nunca segura; tal vez las grandes potencias continentales se convenzan de esto con el tiempo y sinceramente unan sus fuerzas para reducirla a unos límites razonables».[32] En cualquier caso, la Paz de Amiens acabó por tener una vida breve y ya mostraba señales de tensionamiento a finales de 1802. Las circunstancias y factores que contribuyeron al estallido del conflicto en la primavera siguiente merecen ser examinados con detalle.

El éxito del Gobierno revolucionario de llevar la frontera francesa hasta los Países Bajos, el Rin e Italia trazaba el marco de la política napoleónica. En 1796, el filósofo y estadista británico Edmund Burke se había lamentado de que los franceses aspiraban «a elevarse hasta una nueva forma de Imperio que no está asentada en ningún equilibrio, sino que se basa en una suerte de jerarquía impía en la que Francia debe ser la cabeza y el guardián».[33] El impacto individual de Bonaparte en el sistema europeo fue su habilidad para consolidarse en el poder en el interior del volátil territorio francés y luego conseguir victorias militares decisivas. En 1802, la política exterior de Francia había llegado a descansar en varios elementos clave: la continuación de la pugna con Gran Bretaña; el mantenimiento del control de los Países Bajos, de los Estados alemanes y de Italia, y el reavivamiento de su poder colonial en ultramar. Durante la década siguiente, uno u otro de estos objetivos estuvo siempre en primer plano, apoyado por los continuos triunfos franceses en el campo de batalla. Huelga decir que la tremenda capacidad de trabajo de Bonaparte, su atención por los detalles y su energía e ímpetu únicos –por no hablar de su enorme ambición– desempeñaron un papel importante en el

curso de los acontecimientos internacionales y condenaron a Amiens al fracaso.

Tan pronto como se aseguró el poder, en 1800, Bonaparte empezó a planificar la reducción del poder económico británico. Su visión de Francia como rival de Gran Bretaña se extendía a sus proyectos coloniales. No era una ambición inopinada: los Gobiernos franceses anteriores también se habían preocupado, durante algunos periodos, por las colonias de ultramar. Para Bonaparte, la búsqueda de colonias ofrecía varias ventajas como, por ejemplo, mantener a los generales y las tropas ocupados o moldear la opinión pública a través de un relato continuado de victorias militares que aumentarían el poder y la riqueza de Francia. A lo largo de 1802 y 1803, el primer cónsul recibió reportes exhaustivos acerca de la situación en las distintas colonias, además de numerosos memorandos acerca de proyectos coloniales practicables para Francia como, por ejemplo, asumir la administración de partes del imperio colonial español.[34]

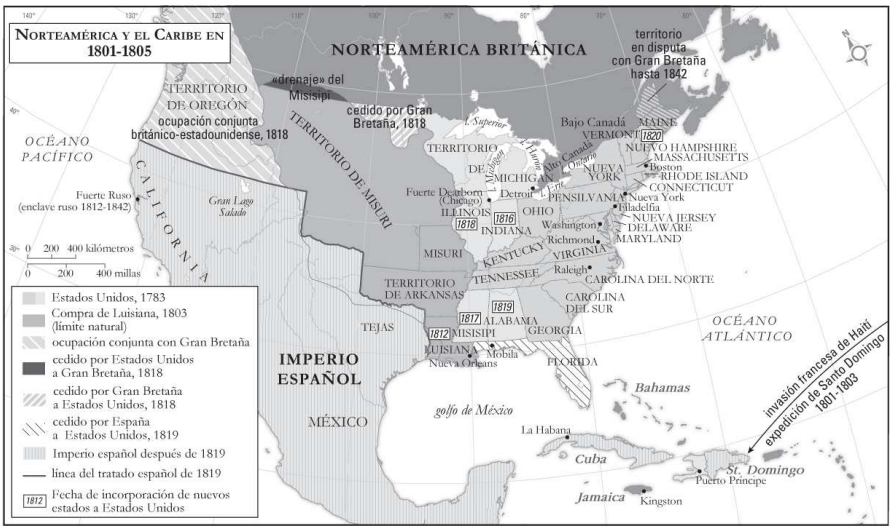
La recuperación de los enclaves franceses en la India concedió a Bonaparte la oportunidad de enviar tropas allí. La paz de Amiens permitió a Francia, como dijo el anterior ministro de Marina, «aguantar lo justo en la India para poder decir que no había sido excluida» de aquel territorio.[35] En junio de 1802, el general Charles Mathieu Isidore Decaen, un individuo brioso e impetuoso que se había distinguido a las órdenes del general Moreau en Renania, y que era bien conocido por su hostilidad hacia Gran Bretaña, fue nombrado *capitaine général des Indes* y recibió la orden de dirigir una expedición que debía restaurar la autoridad francesa en Pondicherry, una de las posesiones galas cruciales en la India desde el siglo XVII. Las instrucciones le pedían comportarse «con suavidad, disimulo y sencillez», cultivar las relaciones con los príncipes indios y sondear la hondura del antagonismo indio hacia el dominio británico. «La misión del capitán general es, principalmente, de observación». Sin embargo,

el primer cónsul también le advertía de que «la puntual ejecución de las observaciones precedentes puede ofrecer la oportunidad de ganar, un día, la gloria que prolonga la memoria del hombre más allá de lo que duran los siglos».[36]

La expedición no llegó a zarpar hasta marzo de 1803.[37] Durante su travesía a la India, Decaen visitó la Colonia del Cabo, que los británicos habían devuelto a los holandeses a consecuencia de Amiens.[38] Allí le decepcionó comprobar que la opinión pública era más favorable a Gran Bretaña que a la República Bátava y estaba claro que, en caso de guerra, la colonia volvería a Gran Bretaña a menos que se tomaran medidas inmediatas para fortificarla, cosa que pidió con urgencia en sus despachos.[39] Una nueva desilusión esperaba a Decaen al llegar a Pondicherry, en el sudoeste de la India, en julio de 1803. Consternado, comprobó que los británicos no habían evacuado todavía la ciudad y que la bandera británica aún ondeaba orgullosa sobre sus murallas; un potente escuadrón británico estaba fondeado ostentosamente cerca de los buques franceses. La negociación acerca del desembarco de las tropas francesas y la cesión de los asentamientos locales británicos estaba todavía en marcha cuando llegó a la India la noticia de la ruptura del Tratado de Amiens (que había sucedido en mayo). Aunque los británicos detuvieron a algunos de los soldados de Decaen como prisioneros de guerra, el francés logró escabullirse con la mayor parte de sus hombres a Mauricio, que convirtió en la principal base naval y militar francesa en el océano Índico, y que durante los ocho años siguientes fue una espina clavada en el costado del comercio británico.[40]

El primer año del Consulado, 1799, también presenció la partida de la expedición científica del capitán Nicholas Baudin. Concebida durante el Directorio, la expedición de Baudin empleó cuatro años en la exploración de los océanos Índico y Pacífico, donde llegó al sur de Australia en abril de 1802, exploró la región que fue bautizada como Terre Napoléon e hizo una para-

da en el asentamiento británico de Port Jackson, en la bahía de Sídney.[41] Las instrucciones de Baudin habían sido explícitas acerca de los objetivos científicos y exploratorios de la expedición, aunque también surgieron preguntas en cuanto a la intencionalidad política casi desde el primer momento. François Péron, uno de los naturalistas que acompañaron a Baudin, entregó más tarde un memorando que perfilaba un proyecto imperial de Australia comparable a la idea contemporánea de un «Pacífico británico», aunque no está claro si tal proceder fue motivado o no por órdenes formales que hubiera recibido.[42] En cualquier caso, la exploración francesa causó inquietud en Gran Bretaña, donde se pensaba que el verdadero objetivo era evaluar la posibilidad de conquista del este de Australia.[43]



Es posible que los proyectos imperiales de Bonaparte se tambalearan en el este, pero no hay duda de que tomaron una forma más definida en el oeste. El Tratado de San Ildefonso (de octubre de 1800) había obligado a España a retornar la Luisiana a Francia. Para el desarrollo de esta colonia, la recuperación de las posesiones y el comercio francés en el Caribe eran absolutamente esenciales. El primer cónsul esperaba tejer, con las posesiones francesas en las Antillas y Luisiana, una firme unión comercial,

social y política que salvaguardara los intereses franceses en la región y dejara a Estados Unidos al margen de su lucrativo comercio. Este proyecto de imperio francés redivivo en el oeste pendía de la recuperación de Saint-Domingue.

Bonaparte, tomando rápida ventaja de la tregua marítima con los británicos, también envió una expedición a imponer su autoridad en el Santo Domingo francés, en rebelión desde los primeros años de la década de 1790 y controlado por el Gobierno de Toussaint Louverture. Las relaciones entre la colonia y la metrópoli se habían tensado por la política de Louverture, cada vez más autoritaria. Incluso algunos de los diputados negros del propio Saint-Domingue, así como miembros de la Sociedad de Amigos de los Negros, se volvieron contra él y pidieron la intervención urgente del Gobierno francés. Louverture desafiaba cada vez más a la autoridad central, encabezó una invasión de la parte española de la isla y redactó una constitución sin consultar al gabinete francés. Estas noticias, que ponían de manifiesto la tendencia de Louverture a tomar sus propias decisiones, no fueron bien recibidas en París y avivaron los temores de que Louverture llevara a Saint-Domingue hacia la total independencia de Francia.[44]

Louverture tenía razones para recelar de las intenciones de Bonaparte. La Constitución del Año VIII, impuesta por Bonaparte y sus compañeros de conspiración en 1800, no incluía una declaración explícita de derechos, una provisión que sí habían contenido los anteriores textos constitucionales. Además, en el artículo 91 especificaba que las colonias se gobernarían por «leyes especiales».[45] De este modo, no había seguridad de que en las colonias estuvieran garantizados los mismos derechos que en la Francia metropolitana y era posible que las «leyes especiales» pudieran facilitar el restablecimiento de la esclavitud en las islas. Esto último parecía, además, probable desde que Bonaparte había renunciado a su plan de aplicar la ley de emancipación de

1794 en las colonias francesas del océano Índico, donde los colonos blancos se habían opuesto enérgicamente al intento del Directorio de emancipar a los esclavos en 1796-1797. Bonaparte también dejó claro que no concedería la libertad a los esclavos de Martinica. Esto, obviamente, provocó la alarma entre los recién emancipados esclavos del Santo Domingo francés. El propio Louverture se refería a la decisión de Bonaparte en relación con Martinica como una de las razones por las que desconfiaba de las intenciones del Gobierno francés. También hubo otros factores, como el acercamiento de Bonaparte a antiguos funcionarios coloniales y su tolerancia hacia los movimientos políticos emprendidos por antiguos propietarios y comerciantes de esclavos en defensa de la institución de la esclavitud.[46]

Al contrario de lo que defienden algunos historiadores, Bonaparte no tenía decidido desde el primer momento el restablecimiento de la esclavitud en Saint-Domingue y la expedición militar francesa no estuvo motivada por la presión de los dueños de plantaciones exiliados.[47] Los estudios más modernos revelan que el pensamiento de Bonaparte en cuestiones coloniales, entre ellas la esclavitud, era contradictorio y cambiante. No se escapaba de los prejuicios racistas entonces prevalentes en Europa, pero también era un pragmático dispuesto a ajustar su posición cuando le fuera ventajoso.[48] Desde su llegada al poder, Bonaparte se encontró con tres facciones principales que trataban de definir la política colonial francesa. El grupo más radical estaba formado por abolicionistas reconocidos como el obispo Henri Grégoire, que buscaban preservar los avances revolucionarios y, entre ellos, la emancipación de los esclavos. Estos le pedían al primer cónsul que llegara a un entendimiento con la autoridad rebelde de Saint-Domingue y que utilizara soldados negros para consolidar las posiciones francesas en el Caribe. La segunda facción, más moderada, abarcaba un grupo diverso de individuos que había formado parte de la administración colonial y se habían visto

obligados a huir de la isla por los conflictos con Louverture y sus partidarios. Este grupo, al que pertenecían François-Marie de Kerversau y André Rigaud, pensaba que no se podía confiar en Louverture y que era necesario sacarlo del poder. Sí que apoyaban, de todos modos, la emancipación y se mostraron contrarios al restablecimiento de la esclavitud en las colonias. El bando tercero y más conservador era el de los terratenientes y funcionarios coloniales que, además de buscar la restauración de la autoridad francesa en las colonias, también aspiraban a la vuelta del dominio de los blancos y de la esclavitud.

Bonaparte se vio, pues, atrapado entre varios grupos de presión enfrentados. Sus opiniones experimentaron un cambio gradual, aunque drástico, durante los dos años posteriores al su ascenso al poder. En un primer momento abrazaba la posición abolicionista y buscó congraciarse con Louverture, a quien después de confirmarle el rango ascendió a teniente general. Bonaparte expresó públicamente su apoyo a la emancipación de los esclavos y aseguró a los «ciudadanos de Saint-Domingue» que «los principios sagrados de la libertad y la igualdad de los negros no serán nunca atacados ni modificados».[49] También ordenó que se cosieran unas palabras –«Valientes negros, recordad que solo el pueblo francés reconoce vuestra libertad y la igualdad de vuestros derechos»–, con letras doradas, en todos los batallones de la Guardia Nacional de Saint-Domingue.[50] Cuando le informaron del inicio de conversaciones entre Louverture y los británicos, Bonaparte adujo que Saint-Domingue «podría acabar en manos Inglaterra si los negros no estuvieran unidos a nosotros por su interés en la libertad».[51]

Para el otoño de 1801, la opinión de Bonaparte había pasado a una posición mucho más conservadora que no se limitaba a buscar sacar del poder a Louverture y que también se proponía el restablecimiento de la esclavitud. Este cambio se vio facilitado por la presencia de antiguos funcionarios coloniales en cargos

elevados del Consulado y por la exasperación del propio Bonaparte ante las continuas noticias que no dejaban dudas acerca de la intención de Louverture de reafirmar y extender su autoridad. La expulsión de agentes civiles franceses, la invasión de la parte española de la isla contraviniendo órdenes directas y la publicación de una nueva Constitución que proclamaba a Louverture gobernador vitalicio dejaron claro que Saint-Domingue estaba rompiendo con el continente. «Desde ese momento, las deliberaciones ya no servían de nada», recordó más adelante Bonaparte. [52]

La paz con Gran Bretaña permitió la preparación de una gran operación militar dirigida al Caribe. Estuvo encabezada por un cuñado de Bonaparte, el general Charles Victor Emmanuel Leclerc, que debía actuar en tres fases. En primer lugar, el comandante francés tenía que tranquilizar al populacho acerca de sus intenciones y prometer cualquier cosa «para tomar posesión de los fuertes y situarnos en el país». Una vez conseguido esto, las autoridades francesas harían demandas mayores, obligarían a Louverture a que entregara su autoridad y tomarían el control del ejército de negros, al cual emplearían después para sofocar cualquier actividad rebelde. Una vez pacificada la isla, Leclerc debía acometer la fase final de la misión, que incluía el arresto de Louverture y otros generales y oficiales negros para evitar que dirigieran a la población negra, que debía ser desarmada por completo. Aunque las instrucciones de Bonaparte no ordenaran de forma explícita la restauración de la esclavitud en el Santo Domingo francés, el efecto final de las acciones galas habría sido la imposición de un control militar de la isla por los blancos y la subyugación de la población negra.[53]

Incluso antes de que se ratificara por completo el Tratado de Amiens, Bonaparte ya había ordenado a Leclerc, que contaba con alrededor de 27 000 soldados, y con el almirante Louis Thomas Villaret-Joyeuse, al mando de una flota de 21 fragatas y 35

navíos de línea, dirigirse a Saint-Domingue. Si contamos los refuerzos posteriores, Francia empeñó dos tercios de su flota y más de 40 000 soldados en la reconquista del Caribe. La fuerza expedicionaria francesa –una de las operaciones militares anfibias más ambiciosas jamás emprendidas por una potencia europea– llegó a Saint-Domingue en enero de 1802. La flota se dividió en varios escuadrones más pequeños y estos se dirigieron a tomar cada una de las poblaciones costeras de la isla. Aunque algunos comandantes negros se pasaron al bando francés, Louverture pidió al conjunto de la población que se alzara contra los invasores y se retiró al interior de la isla. La lucha fue feroz en las dos ciudades principales, Cabo Francés (Cabo Haitiano) y Puerto Republicano (Puerto Príncipe), así como en las montañas situadas entre la provincia Oeste y la provincia Norte. Resguardados en profundos valles, los soldados negros lucharon con increíble valor y determinación contra las superiores unidades francesas. «Privadas de agua y comida en este calor sofocante –escribió un testigo–, las tropas [negras] recurrieron a mascar balas de plomo para intentar calmar la sed insoportable. Sufrieron sin quejarse, con la esperanza de vengarse».[54] Sin embargo, los sacrificios fueron en vano. Leclerc persuadió progresivamente a la mayoría de los jefes negros a reincorporarse al servicio de Francia al prometerles que conservarían las graduaciones, los puestos y las propiedades. En mayo de 1802, Jean-Jacques Dessalines y otros jefes negros no tuvieron más remedio que poner fin a la resistencia y aceptar la autoridad de Leclerc. Los franceses actuaron con rapidez para neutralizar a estos jefes. A principios de junio, Louverture fue atraído a una trampa, capturado por las tropas francesas y enviado a Francia. Allí, «el hombre más infeliz de los hombres», según la célebre descripción de William Wordsworth, sufrió un trato severo durante su confinamiento solitario en el fuerte de Joux y murió antes de que pasara un año.

El inicio triunfal de la expedición caribeña fue continuado por el general Antoine Richepanse, que desembarcó con alrededor de 3500 soldados en la isla de Guadalupe en la primavera de 1802. Los franceses sometieron a la resistencia local liderada por Louis Delgrès, que dio su última batalla en Matouba. Allí, el 28 de mayo, Delgrès y más de 300 fieles prefirieron volarse por los aires antes que aceptar la rendición.

La reconquista de Saint-Domingue y de Guadalupe coincidió con la firma de la Paz de Amiens, que devolvió a Francia todas las colonias que había perdido. Estas incluían las islas de Martinica, Santa Lucía, Tobago y Reunión, donde la esclavitud no había llegado a ser abolida en la práctica por haber estado en poder de los británicos. Con el fin de aclarar la situación legal de la población negra de estas y otras colonias francesas, el 20 de mayo de 1802 el Gobierno galo aprobó una nueva ley que especificaba que la esclavitud (y el comercio de esclavos) seguía siendo legal en las islas que habían sido capturadas por los británicos durante la guerra, mientras que no se alteraba el *statu quo* en las colonias donde la esclavitud hubiera sido abolida. La ley también autorizaba al primer cónsul a reconsiderar la situación de las últimas más adelante. Bonaparte no esperó mucho para actuar. En julio de 1802 dio instrucciones secretas a sus autoridades coloniales para el restablecimiento de la esclavitud en Guadalupe, Guayana y Saint-Domingue en cuanto les fuera posible. Esto se consiguió con relativa facilidad en colonias pequeñas como Guadalupe y Guayana, pero encontró obstáculos notablemente más fuertes en Saint-Domingue. En esta colonia, de mucha mayor extensión, la posición francesa se deterioraba con rapidez mientras la fiebre amarilla diezmaba a las tropas y la noticia de la restauración de la esclavitud en Guadalupe y Martinica daba nuevo vigor a la resistencia negra.[55] Además, el fin de la Paz de Amiens, en mayo, llevó a la reanudación de las hostilidades con Gran Bretaña, cuya Armada bloqueó la isla e impidió que llegaran los refuerzos y

abastecimientos que tanto necesitaba la asediada guarnición francesa. Grupos de esta última no tardaron en empezar a rendirse a los británicos para escapar de las tropas negras.

Los combates asolaron Saint-Domingue hasta noviembre de 1803, en lo que fue uno de los conflictos más violentos de todo el periodo revolucionario. Los soldados de ambos bandos emplearon tácticas brutales –por ejemplo, los franceses se sirvieron de una cámara de gas improvisada (*étouffier*) a bordo de un barco, en la que se quemaba azufre volcánico para asfixiar a los prisioneros–.[56] Leclerc, en una carta a Bonaparte, abogaba por lo que hoy veríamos como una masacre genocida: «Debemos destruir a todos los negros de las montañas, hombres y mujeres, salvando solo a los niños de menos de doce [años], destruir a la mitad de los que viven en las llanuras, y no dejar en la colonia un solo hombre de color que haya llevado una charretera de oficial».[57] Tal vez Bonaparte no conocía los detalles, pero es innegable que le llegó noticia de la naturaleza salvaje de la guerra en Saint-Domingue y que no hizo nada por contenerla. El 2 de noviembre, Leclerc falleció de fiebre amarilla y el mando de las tropas de la colonia pasó al general Donatien Rochambeau, que luchó en vano por intentar conservar el control de la isla. Las atrocidades francesas empujaron a muchos oficiales negros, entre ellos Dessalines, a abandonar las filas gubernamentales y unirse a los rebeldes. El 18 de noviembre, Dessalines puso en fuga a los franceses en la batalla de Vertières y puso en peligro el último núcleo de resistencia del Gobierno en Cabo Francés. Rochambeau no tuvo más opción que negociar la evacuación. Al abandonar la isla, él y sus tropas fueron interceptados por un escuadrón británico. Permanecieron en cautiverio la mayor parte de las Guerras Napoleónicas.[58]

Más de 50 000 soldados, marineros y civiles franceses, y un número mucho mayor de soldados negros, habían perecido en el intento de recuperar Saint-Domingue puesto en marcha por Bo-

naparte.[59] Fue una de las peores derrotas sufridas por un contingente francés en toda la era revolucionaria y tuvo consecuencias profundas en la isla y en la metrópoli. Los jefes militares negros, después de la victoria ante los franceses, eligieron a Dessalines «gobernador-general vitalicio» y proclamaron la independencia de Haití el 1 de enero de 1804. Haití fue la única nación del mundo fundada como resultado de una rebelión de esclavos y la primera nación independiente de Latinoamérica y el Caribe. La Declaración de Independencia haitiana fue la segunda del continente después de la estadounidense, aunque la primera en proclamar el derecho de una población no blanca a gobernarse a sí misma.

El corto mandato de Dessalines como primer emperador de Haití, título que adoptó en octubre de 1804, fue notable por sus intentos de consolidar la nueva nación mediante una mezcla de reformas revolucionarias, xenofobia violenta y trabajo forzado en las plantaciones.[60] La nueva Constitución proclamaba «abolida para siempre» la esclavitud y afirmaba que todos los ciudadanos, sin importar su color de piel, eran iguales en derechos. Sin embargo, el nuevo régimen también ordenó la ejecución de los franceses que continuaban residiendo en Haití y prohibió a los blancos poseer tierras. Con enorme controversia, Dessalines intentó crear un Estado militarizado, en el que no había un órgano legislativo capaz de poner coto al poder del emperador, y conservó el sistema de trabajo forzado agrícola de Louverture, que ya había provocado quejas generalizadas en la isla.

El hecho de que Haití lograra acabar con la esclavitud y estableciera un Estado todavía incipiente, pero independiente, formó unas ondas de choque que se expandieron por el Caribe y ayudaron a iniciar una reacción contrarrevolucionaria. En las islas vecinas, en especial en Cuba, los dueños de plantaciones, para sacar partido de la devastación de la otrora próspera colonia francesa, ocuparon rápidamente el vacío que se había creado en

el mercado mundial de azúcar. Lo hicieron reforzando las instituciones de la esclavitud y del Gobierno colonial, de forma que el éxito de la rebelión esclava en Haití llevó al afianzamiento violento de la esclavitud en otras partes de la región.[61]

El fracaso de la expedición a Saint-Domingue tuvo consecuencias inmediatas en Francia, que se vio privada de su colonia más lucrativa y de un emporio comercial en el Caribe. Además, el fracaso arruinó el gran proyecto de Bonaparte de crear un imperio colonial francés en el Atlántico. El Gobierno galo, ante la casi inevitable nueva guerra con Gran Bretaña, estaba preocupado por la vulnerabilidad del recién recuperado territorio de Luisiana, una vasta (y vagamente demarcada) región que iba desde el río Misisipi hasta las Montañas Rocosas. El territorio, aunque en origen era colonia francesa, fue cedido a España en un acuerdo secreto en 1762, cerca del final de la Guerra de los Siete Años. En 1795, Estados Unidos y España firmaron el Tratado de San Lorenzo (también conocido como Tratado de Pinckney), que concedió a los estadounidenses el derecho a transportar y almacenar las mercancías provenientes de puertos estadounidenses a lo largo de la desembocadura del Misisipi sin pagar tasas. Estas concesiones fueron cruciales para la defensa de los intereses económicos estadounidenses al oeste de los Apalaches, así como para la supervivencia de millares de colonos que habían fundado asentamientos en el valle del río Ohio en la década posterior a la independencia.

Francia llevaba buscando la devolución de Luisiana cierto tiempo, cuestión que preocupaba cada vez más a los estadounidenses, para quienes España, una potencia orgullosa pero inoperante, no sería capaz de contener la expansión de la población estadounidense hacia sus territorios. Los funcionarios militares españoles hacía tiempo que intentaban bloquear estos avances y en repetidas ocasiones solicitaron, sin éxito, el envío de refuerzos militares de España. Francia, en cambio, era un adversario más

formidable. El posible control galo del valle del Misisipi, unido a la presencia británica en Canadá, amenazaba con emparedar a Estados Unidos entre dos grandes potencias. Ya en 1798, algunos líderes de la joven república habían abogado por una conquista preventiva de Luisiana e incluso obtuvieron de Gran Bretaña la garantía de que no se opondría al control estadounidense del estuario del Misisipi.[62]

La noticia del Tratado de San Ildefonso de octubre de 1800, por el que España retornaba la Luisiana a Francia a cambio del recién creado reino de Etruria, en Italia, despertó mucho nerviosismo en Gran Bretaña.[63] Algunos temían que facilitaría los esfuerzos franceses para la destrucción, en palabras del editor británico William Cobbett, de «la preponderancia comercial y naval de Inglaterra».[64] También era motivo de inquietud en Estados Unidos, que veía amenazados sus intereses comerciales. La república norteamericana no tenía acuerdos con los franceses acerca de la continuación del uso que venía haciendo del Misisipi y de Nueva Orleans y el Tratado de Amiens había privado a los comerciantes estadounidenses de los enormes beneficios que habían obtenido gracias al dominio del comercio mientras Inglaterra y Francia estuvieron en guerra. Mucho más alarmante fue la expedición francesa a Saint-Domingue, que evidenciaba una política imperialista asertiva por parte de Francia en el hemisferio occidental. Los líderes políticos de la joven república deseaban, pues, hallar la forma de evitar que Francia la excluyera a Estados Unidos de Nueva Orleans y de garantizar a su comercio el uso del río Misisipi.

El Gobierno estadounidense, con este objetivo en mente, aplicó una política de dos vías: amenazar a Francia con un conflicto y, a la vez, ofrecer la resolución del problema mediante la diplomacia. El presidente Thomas Jefferson envió al comisionado especial James Monroe a París a negociar con el Gobierno francés la compra de Nueva Orleans y el territorio circundante o, cuan-

do menos, obtener derechos de navegación y almacenaje perpetuos.[65] Si Francia se negaba y amenazaba al comercio estadounidense, la joven república estaba dispuesta a llegar a la resolución violenta del problema y contemplaba la alianza con los británicos para expulsar a los franceses de la región. Los intentos de Bonaparte de recuperar la Luisiana, advertía Jefferson en una carta a Pierre S. du Pont de Nemours, «le costarán a Francia [...] una guerra que la aniquilará en el océano y pondrá ese elemento bajo el despotismo de dos naciones, cosa que no me complace pese a que la mía sería una de ellas».[66]

Bonaparte comprendió que, sin un control firme de Saint-Domingue, las amenazas estadounidenses y la perspectiva de la reanudación de la contienda con Gran Bretaña podían convertir la Luisiana en un enorme lastre para Francia. Si vendía el territorio a los estadounidenses, podía privar a los británicos de una presa potencial en el hemisferio occidental y no solo evitar el conflicto con los estadounidenses, sino algo más importante: permitir que estos fueran, en el futuro, una potencia rival de Gran Bretaña. Bonaparte se mostró, por tanto, receptivo a las solicitudes norteamericanas de compra de Nueva Orleans. En 1803, para sorpresa de los negociadores estadounidenses, le indicó a su ministro del Tesoro, François Barbé-Marbois, que ofreciera todo el territorio de Luisiana, un área de más de 2 millones de kilómetros cuadrados, por un precio de 15 millones de dólares (11,25 millones en efectivo y la cancelación de una deuda de 3,75 millones que debía el Gobierno francés). Las negociaciones formales empezaron a la llegada de Monroe, el 2 de abril de 1803, y prosiguieron hasta la firma del acuerdo el 2 de mayo.[67] La transferencia definitiva de la Luisiana tuvo lugar el 20 de diciembre de 1803.

Según el acuerdo de compra, se transferirían bonos estadounidenses a Francia, pero el Gobierno galo no deseaba conservar esas garantías de inversión y tampoco podía colocar en el merca-

do un volumen de bonos tan grande en Europa. Bonaparte, necesitado de metálico, decidió servirse de los sistemas bancarios británico y holandés, incluso aunque Gran Bretaña y Francia estuvieran ya de nuevo en guerra. La compañía bancaria holandesa Hope and Company de Ámsterdam y la británica Francis Baring and Company de Londres recibieron la propuesta de vender los citados bonos en Gran Bretaña y Holanda y luego transferir el metálico a Francia. Estos bancos se contaban entre los más poderosos de Europa y tenían estrechos vínculos con el Gobierno británico y experiencia en el manejo de bonos estadounidenses. Tales circunstancias les permitieron poner el plan en práctica con éxito (y beneficios).[68]

En la mente de Bonaparte, parecía claro que la Compra de Luisiana convertiría a Estados Unidos en un rival marítimo de Gran Bretaña, un rival que, con el tiempo, retaría la hegemonía británica en los mares o que, cuando menos, serviría de contrapeso. El hecho de que Bonaparte cediera todo el territorio de Luisiana y no solo parte de este, rompiendo lo prometido a España, da fe de su determinación para evitar que los británicos controlaran el golfo de México, ya que prefería ver este en poder de los estadounidenses durante la nueva contienda. Para Estados Unidos, la Compra de Luisiana fue un acontecimiento definitorio, «de importancia histórica solo inferior a la Declaración de Independencia y a la aprobación de la Constitución».[69] Duplicó el tamaño de la república y le concedió la capacidad de controlar todo el río Misisipi y buena parte de la costa del golfo de México. Contenía lo que sería el territorio, total o parcial, de 15 nuevos estados. La compra creó las condiciones para que los estadounidenses limitaran la influencia de las potencias foráneas en la región y puso en marcha un patrón de expansión que alteró de forma radical la demografía norteamericana. Las fronteras definidas en la Compra de Luisiana eran tan vagas que convirtieron el Destino Manifiesto –la idea de que Estados Unidos tenía el de-

recho y el deber de poseer y poblar estas vastas extensiones de espacios abiertos– en algo casi inevitable.

El agrandamiento territorial de la joven república, sin embargo, fue catastrófico para las tribus nativas norteamericanas, que fueron desalojadas de manera progresiva de enormes tractos de tierra destinados a los nuevos asentamientos estadounidenses. La Compra de Luisiana tuvo una importancia similar en el desarrollo del oeste estadounidense gracias a la expansión de la producción algodonera y la esclavitud. Solo unos meses después de la firma de la compra, Carolina del Sur, que había prohibido el trabajo esclavo en 1792 y que, en repetidas ocasiones, había reiterado la prohibición durante los diez años siguientes, aprobaba ahora la importación de esclavos, una actividad que se incrementó rápidamente durante los cinco años siguientes.[70] Lo cierto es que la Compra de Luisiana causó dolores de cabeza notables en los círculos políticos estadounidenses.[71] Los emisarios de Estados Unidos sabían perfectamente que, al poner su firma en el acuerdo final, estaban yendo mucho más lejos de lo que estaban autorizados. La compra generó un debate considerable acerca de la constitucionalidad de la decisión del gabinete de Jefferson de incorporar nuevos territorios a la Unión, lo que, a su vez, provocaba dudas más espinosas aún en torno a las relaciones entre los estados y la Unión. La adquisición de aquellos territorios fronterizos tan extensos llevaba aparejada un aumento en la responsabilidad de gobernarlos, incluso si las fronteras precisas continuaban siendo objeto de disputa y la lealtad de sus habitantes era dudosa en el mejor de los casos.[72] De todos modos, por cada político que cuestionaba la constitucionalidad de la adquisición del territorio de Luisiana, surgía otro que se quejaba de que el acuerdo se había quedado corto por no haber conseguido también las dos Floridas.

La decepción que se sentía en los círculos políticos y financieros británicos ante la política colonial francesa se agudizó cuan-

do comprendieron que Amiens no había puesto freno al poder de Francia en Europa, sino que conducía más bien a su expansión. De hecho, la política continental francesa fue lo que más minó las relaciones con Gran Bretaña y acabó con el derribo de la obra levantada en Amiens. Bonaparte, declarado cónsul vitalicio en 1802, estaba decidido a imponer la hegemonía francesa en Europa occidental. En la República Bátava, Bonaparte suprimió una cámara legislativa, impuso una nueva Constitución y obtuvo nuevas contribuciones financieras.[73] Esta política estuvo motivada, en parte, por el deseo de enviar una fuerza militar a la Luisiana, pero, sobre todo, por la utilidad financiera de mantener a las tropas francesas a costa de los holandeses.[74]

En septiembre de 1802, Francia reafirmó su autoridad en Suiza, antes evacuada por sus tropas de acuerdo con el Tratado de Lunéville. La Confederación Suiza, que era una unión laxa de trece cantones (regiones soberanas), carecía de un gobierno central fuerte, de una administración uniforme y de una fuerza armada nacional. Cada región tenía un gobierno, un sistema legal y unas estructuras administrativas y militares propias. Los gabinetes cantonales estaban dominados por oligarquías de familias aristocráticas (como sucedía en Berna, Lucerna y Friburgo) o por élites urbanas (así, en los cantones de Uri, Schwyz y Zug), mientras que la inmensa mayoría de los suizos residía en comunidades rurales todavía sujetas a privilegios feudales. La neutralidad suiza, cuyos inicios se remontan al siglo XVI, pero que se había establecido formalmente en la Paz de Westfalia en 1648, ayudó a la supervivencia de Francia durante los bloqueos económicos de la última década del siglo XVIII. Entonces, los franceses importaron mercancías y provisiones a través de intermediarios suizos. Los revolucionarios estaban encantados con el importante servicio que les hacían los suizos. Sin embargo, a medida que los ejércitos revolucionarios franceses fueron cosechando victorias, la neutralidad suiza dejó de ser valiosa para Francia y «nuestros

necesarios aliados» acabaron siendo «oligarcas, vasallos de príncipes y amigos de Inglaterra».[75] En febrero de 1798 las tropas francesas invadieron los cantones suizos y en abril ayudaron a la instauración de la República Helvética. Igual que en otras regiones, la ocupación francesa llevó aparejados cambios súbitos y profundos. La nueva Constitución, preparada por los franceses, ignoraba siglos de autonomía cantonal al proclamar a la República Helvética «una e indivisible». Pese a las medidas progresistas, la Constitución no fue bien recibida por alto número de suizos. El documento tenía un tono doctrinario y la torpeza de su introducción solo contribuyó a avivar la hostilidad y la resistencia. Además, la política de mano dura aplicada por los franceses para obtener dinero y recursos en Suiza contribuyó a un sufrimiento social y económico que pronto engendró resistencia popular. La retirada de los franceses en 1801 llevó al rápido deterioro de la estabilidad política entre los unitarios, partidarios de conservar una república centralizada y fuerte, y los federalistas, que defendían la soberanía tradicional de los cantones. El rechazo a la Constitución ofrecida por los franceses y los repetidos golpes de Estado (en agosto de 1800, octubre de 1801 y abril de 1802), junto con la decisión suiza de firmar tratados de amistad con Gran Bretaña, Austria y Rusia sin consultar a los franceses, avivaron el enojo del primer cónsul. La trifulca política entre unitarios y federalistas pronto degeneró en una guerra civil –la Guerra de los Bastones (Stecklikrieg)– que parecía confirmar la opinión de Bonaparte, para quien los suizos eran incapaces de resolver sus diferencias y necesitaban de una intervención externa. El primer cónsul se lamentaba de que los suizos ofrecían «un espectáculo embarazoso» y de que su «historia demostraba, por encima de todo», que sus «guerras internas nunca habrían terminado sin la intervención activa de Francia».[76] En octubre de 1802, en respuesta a una solicitud de ayuda, Bonaparte despachó a Suiza una fuerza militar al mando del general Michel Ney. Menos

de dos meses más tarde, Bonaparte recibía en París a una delegación de varias docenas de notables y diputados suizos –la llamada Consulta Helvética– que, bajo la atenta guía y mediación del Gobierno francés, preparó una Mediationsakte (Acta de Mediación), una nueva Constitución para la Confederación Suiza.[77]

El Acta de Mediación, que fue un hito en la historia constitucional suiza, estabilizó el país sin sacrificar la independencia tradicional de los cantones. Restableció trece cantones como Estados casi soberanos y formó otros seis de pleno derecho. El nuevo Gobierno federal tenía poderes limitados y debía ceder en la mayoría de las cuestiones ante los cantones. El acta significó una reversión parcial de las reformas revolucionarias: permitió que algunos cantones recuperaran sus anteriores estilos de gobierno patricio-aristocráticos, aunque quedaban prohibidos todos los privilegios de lugar o de cuna. Para Bonaparte, la reorganización suiza no fue solo un medio de llevar la paz y el orden a un Estado vecino: era también una forma de asegurar el aislamiento de Suiza y la continuación de la autoridad francesa en la región. En el proyecto de Bonaparte, la Confederación Suiza iba a ser débil y siempre dependiente de Francia.[78] La libertad de comercio e industria eran solo formales, puesto que ambas actividades estaban estrechamente ligadas a los intereses económicos y comerciales franceses. El Ejército suizo conservó una dimensión reducida, mientras que los cantones se vieron obligados a poner a sus soldados a disposición de los franceses.

Las acciones galas en Suiza solo despertaron reacciones contenidas entre las potencias continentales, deseosas de ganarse el favor de Francia en la inminente reorganización de Alemania (que trataremos más adelante). En Gran Bretaña, en cambio, provocaron un clamor airado. Aunque Gran Bretaña apenas tenía intereses nacionales en Suiza, sus políticos denunciaron con vehemencia el Acta de Mediación. Según ellos, la inestabilidad política de la confederación obedecía solo a los «legítimos esfuerzos de un

pueblo valiente y generoso por recobrar sus antiguas leyes y gobierno», como manifestó *sir* Arthur Paget.[79] La realidad era más compleja. Después de la retirada de los franceses de Suiza en 1801, Gran Bretaña había intervenido en los asuntos suizos y envió agentes con dinero e instrucciones a estimular el malestar local y prometer «asistencia pecuniaria» británica en caso de que los suizos desearan resistirse a los franceses.[80] En palabras de Bonaparte, Gran Bretaña buscaba convertir Suiza en «una nueva [isla de] Jersey desde la que fomentar problemas contra Francia».[81]

La anexión francesa de Piamonte, en febrero de 1803, fue un clavo más en el féretro del Tratado de Amiens. Esta decisión –que según las autoridades francesas fue tomada «por la abdicación del soberano y los deseos del pueblo»– iba en la línea política general de Bonaparte en Italia, dirigida a asegurar la supremacía francesa en la península italiana y a facilitar la explotación financiera de toda la región.[82] Las esperanzas austriacas de evitar el dominio francés de Italia se habían esfumado en los campos de batalla de Marengo y Hohenlinden, así como por la aquiescencia rusa a la presencia gala en la península y por la renuencia británica a introducir los asuntos italianos en el Tratado de Amiens. De todos modos, después de cinco años de ocupación intermitente, los franceses también se enfrentaban a una creciente oposición en Italia. En Piamonte, la fuerte base social monárquica exigía la restauración de la casa de Saboya. En otros lugares, los patriotas italianos se habían cansado de esperar que los franceses cumplieran sus promesas de independizar a Italia. De todos modos, Francia, igual bajo el Directorio que con Bonaparte, no tenía ningún interés en la existencia de un Estado italiano capaz de restringir sus intereses y de ejercer un papel entre Francia y Austria.

El Gobierno francés prefería convertirse en el dueño del norte de Italia. A primeros de 1802, la asamblea (*Consulta*) de notables del norte de Italia acabó la redacción de la Constitución de la

República Italiana (antes República Cisalpina) y eligió presidente a Bonaparte. La autoridad la ejercería, en su ausencia, el vicepresidente Francesco Melzi d'Eril, que tuvo un papel crucial en el perfilamiento de la nueva república.[83] La República Ligur también recibió una nueva Constitución y, aunque Bonaparte no fuera elegido presidente, sí se le concedió la autoridad de proponer al dogo y a los magistrados jefes de la república. El recién creado reino de Etruria, formado sobre la base del Tratado de Aranjuez entre Francia y España, era, en teoría, independiente, pero la presencia de tropas francesas en su territorio convertía la autoridad de su monarca en una mera formalidad.

Las acciones de Bonaparte trazaban una senda clara hacia la consolidación del control galo de la Italia septentrional. Aunque la autoridad francesa se ejercía por medios coercitivos, sí que ayudó al desarrollo del norte de Italia. Este, en comparación con los Estados del centro y el sur del país, disfrutó de mejores condiciones. El historiador suizo Anton Guilland señaló:

> […] sus ciudadanos, si bien no disfrutaban de libertad, poseían a todos los efectos igualdad y leyes justas. Aunque Bonaparte no le dio la independencia al país, [sí] desarrolló su riqueza emprendiendo obras de utilidad pública […] En consecuencia, entre los venecianos, los romanos y los napolitanos eran muchos los que habrían dado la bienvenida a un gobierno francés o a la anexión a la república italiana.[84]

Las cortes europeas estaban alarmadas por las acciones de Francia en Italia, pero ninguna hizo demostración alguna, sabedoras de que carecían de medios para respaldar sus protestas. Además, igual que en el caso de la intervención francesa en Suiza, la respuesta europea a las maniobras galas en Italia se vio atemperada por los acontecimientos en curso en Alemania. Gran Bretaña se negó a reconocer a los nuevos Estados italianos (Etruria y las repúblicas italiana y ligur), pero tampoco quiso poner en peligro el resto de sus intereses insistiendo demasiado en este asunto. En consecuencia, el destino de Italia se dejó fuera del Tratado de Amiens.

A finales de 1802, Bonaparte decidió que había llegado el momento apropiado para resolver el destino del Piamonte. Hasta entonces, el mandatario francés se había dedicado a ganar tiempo en sus relaciones con la región, principalmente con el fin de aplacar al emperador Pablo de Rusia, que apoyaba a la casa de Saboya. De hecho, en el otoño de 1800, Bonaparte llegó a considerar la devolución de la mayor parte del reino (excepto el territorio al este de Sesia, que fue transferido a la República Cisalpina) a la casa de Saboya. El Gobierno francés había invitado a un legado piamontés para iniciar conversaciones, pero estas se atascaron poco después: el rey Carlos Manuel exigía la restauración de todo el territorio de Piamonte como condición previa a cualquier negociación, mientras que el primer cónsul le exigía al monarca que antes cerrara sus puertos a los británicos. En la primavera de 1802, Bonaparte avanzó en la consolidación del control del Piamonte: primero desplegó una guarnición militar y luego lo anexionó formalmente a Francia.[85]

Las acciones de Francia en Italia tuvieron un papel clave en el reavivamiento de las tensiones bélicas en Europa y en la disolución de la paz de Amiens. El trato de Bonaparte hacia los Estados italianos, en contraste con la habilidad diplomática que desplegó en Alemania, fue mucho más abiertamente autoritario, al anexionarse a unos e imponiendo su voluntad a otros. No hay duda de que esta política violaba lo previsto en el Tratado de Lunéville y, aunque Bonaparte consiguió obtener lo que deseaba, sus acciones socavaban la posibilidad de una estabilización política en Europa. Rusia no estaba contenta con la forma en que los franceses habían tratado a su aliado piamontés y Gran Bretaña se negó a reconocer los cambios en la península itálica; sostenía que amenazaban el equilibrio político general europeo.

El reconocimiento tácito por parte de Prusia, Austria y Rusia de la consolidación francesa en Suiza y el norte de Italia estuvo motivado por el *Reichsdeputationshauptschluss* o Receso Imperial,

la consecuencia necesaria de la expansión territorial francesa durante los últimos años de la década anterior. Las Guerras Revolucionarias habían fracturado el poder del Sacro Imperio Romano Germánico. Este había conformado la historia alemana durante casi ochocientos años. En 1795, el Tratado de Basilea, por el que Prusia reconocía el control francés de la orilla izquierda del Rin y Francia devolvía todos los territorios al este de ese río que había ocupado durante la guerra, marcó un momento crucial en la historia alemana. Consolidó el control francés de la región de Renania y dividió Alemania en varias esferas de influencia. La septentrional de estas, dominada por Prusia, desertó de hecho de la causa imperial. El emperador Francisco II, a pesar de prometer que defendería a los entes políticos del sur de Alemania, incluyendo a docenas de condes y caballeros imperiales, no pudo contener el empuje de la agresión francesa y vio socavado su liderazgo entre los Estados alemanes. Más decisivo aún fue que la expansión francesa por Renania resultara en el desposeimiento de numerosos príncipes alemanes seculares y eclesiásticos y que, según el artículo VII del Tratado de Lunéville, los príncipes alemanes que hubieran sufrido pérdidas durante las guerras de la Coalición debían recibir una compensación.[86] En la práctica, esto condujo a la mediatización y la secularización. Lo primero equivalía a «la subyugación de las unidades territoriales menores a Estados más fuertes, y lo segundo significaba la anexión de los principados eclesiásticos por parte de Estados seculares de más tamaño».[87]

En octubre de 1801, la Dieta del Sacro Imperio Romano Germánico formó un comité para debatir los planes de esta reorganización. Formada por representantes de Maguncia, Bohemia, Brandeburgo, Sajonia, Baviera, Wurtemberg y Hesse-Cassel y el *Hoch-und Deutschmeister* (gran maestre de la Orden Teutónica), esta diputación aceptó básicamente las decisiones que ya se habían tomado en una serie de acuerdos bilaterales entre Francia,

Austria, Prusia, Rusia y los Estados alemanes.[88] Bonaparte, recuperando la política tradicional francesa dirigida a la contención de Austria, buscó el debilitamiento territorial y político de los Habsburgo en Alemania, donde quería crear un grupo de Estados alemanes de tamaño medio dependientes de Francia que sirvieran de contrapeso a Austria. El primer cónsul expuso los principios centrales de su política alemana en una carta a su ministro de Exteriores, Talleyrand. Su intención era «no comprometer en modo alguno la posición de Francia en los asuntos alemanes» y «no arriesgar ni una centésima de posibilidad de que se rompa la paz». Por encima de todo, el futuro de la reordenación alemana dependía de asegurar, «más que nunca, que exista una desunión entre Berlín y Viena».[89]

Los propósitos de Francia tuvieron un eco análogo por parte de Rusia, que se había asegurado el derecho de intervenir en los asuntos alemanes con el Tratado de Teschen que puso fin a la Guerra de Sucesión bávara en 1779. El emperador ruso, Alejandro I, estaba muy interesado en reforzar a los Estados alemanes de Wurtemberg, Baden y Hesse-Darmstadt, todos ellos ligados dinásticamente a la casa de los Románov. Bonaparte, consciente de esto, escribió a su hermano que sería «difícil negociar al respecto de Alemania sin la cooperación de [Rusia]».[90] En consecuencia, en junio de 1802, Rusia y Francia llegaron a un acuerdo que perfilaba elementos clave de la indemnización en la orilla derecha del Rin y allanaba el camino para la transformación de los Estados alemanes.[91]

Los esfuerzos austriacos para contrarrestar los planes franceses (y rusos) por medio de un estrechamiento de las relaciones con Francia o llegando a una alianza con Prusia y Baviera y ofreciendo a estas alguna compensación territorial fueron vanos.[92] Al

conocer las propuestas diplomáticas austriacas a Baviera, Bonaparte escribió directamente a Maximiliano José, elector de Baviera, para asegurarle que «la propuesta hecha a Vuestra Alteza por la Casa de Austria se acomoda tan perfectamente a los anhelos constantes de esa augusta Casa que me parece contraria a vuestro propio interés».[93] Además, Francia logró dividir la posición de los Estados alemanes y ganarse el apoyo de bávaros y prusianos ofreciéndoles compensaciones mucho más generosas que las que Austria estaba dispuesta a contemplar: una vez que se supo que Rusia se uniría a Francia en una mediación común, muchos Estados alemanes de segundo nivel corrieron a buscar el favor del Gobierno galo, lo que debilitó más la posición austriaca.

El Receso Imperial fue una de las redistribuciones de propiedad más amplias de la historia europea. Este proceso afectó directamente a los pequeños Estados de caballeros imperiales y de príncipes eclesiásticos, cuyos territorios fueron designados para ser absorbidos por Estados de mayor tamaño. El Receso Imperial eliminó 112 Estados soberanos, entre ellos 66 principados eclesiásticos y docenas de Estados pertenecientes a caballeros imperiales. De los diez Estados electorales que existían en 1792, cuatro se convirtieron entonces en parte de Francia. Alrededor de 3 millones de súbditos alemanes tuvieron que cambiaron de señor, lo que benefició sobre todo a Baviera (que ganó un tercio más de súbditos que los que perdía), Wurtemberg (que obtuvo el cuádruple), Prusia (que ganó cinco veces los que perdía, sobre todo en el noroeste) y Baden (que obtuvo siete veces y media los que perdía). Aunque Austria obtuvo algún territorio en el sur para compensar la pérdida de posesiones imperiales en el oeste, el acuerdo global minó todavía más la posición de los Habsburgo en Alemania por la eliminación de los Estados eclesiásticos que, tradicionalmente, habían apoyado a la dinastía austriaca, y al re-

forzar a Prusia y a otros Estados alemanes que, también tradicionalmente, se habían enfrentado a la corte vienesa.

Con la eliminación de los arzobispados secularizados de Colonia y Tréveris y la elección de los nuevos electores de Wurtemberg, Baden, Hesse-Casssel y Salzburgo, el Colegio Electoral pasó a estar formado por seis electores protestantes y cuatro católicos, lo que significaba que el nuevo emperador del Sacro Imperio podría, perfectamente, ser protestante. Además, el Receso Imperial supuso el fin de la independencia política de los principados eclesiásticos y también la inmediata confiscación de las propiedades de la Iglesia, una medida que destruyó la posición de esta en Alemania. Esto último, a su vez, iba a tener consecuencias sociales importantes en la educación y la asistencia social, que, tradicionalmente, habían sido responsabilidad de la Iglesia. De unas 50 ciudades libres, solo se conservaron 6 –Francfort, Augsburgo, Núremberg y las tres ciudades hanseáticas de Lübeck, Bremen y Hamburgo– y algunas de ellas no sobrevivieron a la siguiente oleada de reestructuración que Francia acometió tres años más tarde.

El Receso Imperial, junto con la posterior reorganización de Alemania en la Confederación del Rin en 1806, determinó la estructura geopolítica de Alemania para la mayor parte del siglo XIX. Simplificó enormemente el mapa político y convirtió al Sacro Imperio en una entidad obsoleta cuya disolución era prácticamente inevitable, ya que los Estados alemanes más importantes estaban deseosos de sacar provecho de su debilidad creciente. [94] El *Reichsdeputationshauptschluss* fue, tal vez, beneficioso a largo plazo para Alemania, pero, a corto plazo, lo cierto es que socavó el orden internacional europeo. La intervención francesa en Alemania, aunque para Gran Bretaña constituía una amenaza indirecta, para los intereses de Austria y Rusia en la región era un desafío directo. La facilidad con la que Francia pudo conseguir aquella revolución tan fácilmente (o, al menos, eso les parecía a

muchos contemporáneos) puede explicarse por varios factores. Las rivalidades entre las demás grandes potencias ayudaron a los franceses. Gran Bretaña no podía hacer gran cosa para detener estos procesos, mientras que Rusia participó en ellos y aceptó los *faits accomplis*. Prusia también colaboró con los franceses, ya que buscaba asegurar la paz en Europa por medio de una triple alianza de Rusia, Francia y Prusia que habría dividido el continente en esferas de influencia y protegido la neutralidad de los Estados integrados en cada una de esas esferas. Prusia, naturalmente, esperaba reservarse para sí la hegemonía en el norte de Alemania, y estaba dispuesta a cerrar los ojos a las transgresiones francesas en Italia y el sur de Alemania a cambio de una buena recompensa en otro lugar. Lo que Prusia ganara, sin embargo, lo perdería Austria. Viena tenía importantes intereses en Alemania y tendría que haberse resistido con más fuerza, pero no lo hizo; sus ejércitos habían sido derrotados, a sus aliados no les importaba, sus ingresos decrecían y su endeudamiento aumentaba. Desde el punto de vista austriaco, no se podía confiar en Prusia por la enemistad que imperaba en las relaciones mutuas, y el apoyo de Rusia habría supuesto el sacrificio inevitable de algunos intereses austriacos y el reforzamiento de la posición rusa en la región. Además, dadas las estrechas relaciones entre Rusia y Prusia, esto último también habría conllevado ganancias para Prusia.

El establecimiento de la hegemonía francesa sobre los Estados alemanes meridionales fue resultado de las victorias militares y también de victorias diplomáticas. A lo largo de 1801 y 1802, Bonaparte superó a sus rivales sacando provecho de las riñas existentes entre los Estados alemanes y las grandes potencias. Cuando Austria intentó usar la fuerza para evitar cambios territoriales en Alemania, Bonaparte se alineó rápidamente con Prusia y Baviera al ofrecerles una generosa compensación. Los acuerdos franco-rusos de 1801 reforzaron todavía más la jugada francesa en el sur de Alemania. Bonaparte no ignoró los intereses

rusos y trató de hacer causa común con ellos. Si había un punto en el que estaban de acuerdo Francia, Rusia y Prusia era el deseo de ver reducido el poder de Austria en Europa central. Austria, sin aliados, no tuvo más opción que recular. La diplomacia de Bonaparte, centrada en obtener la cooperación de Prusia y Rusia y en reducir la influencia austriaca atrayendo a la órbita de Francia a un grupo de Estados alemanes de tamaño mediano, fue así decisiva para el destino de Alemania. Por radical que hoy nos pueda parecer el cambio, en el seno del Sacro Imperio hubo un apoyo notable a la secularización y la reorganización: muchos de los Estados de tamaño medio estaban enormemente interesados en sacar tajada. La pretensión francesa de que los Estados alemanes estarían más protegidos con la nueva configuración tuvo muy buena acogida y Estados como Baviera, Baden y Wurtemberg quedaron encantados con el agrandamiento de sus territorios. Gran Bretaña no.

CAPÍTULO 8 | La ruptura, 1803

El Tratado de Amiens sobrevivió 420 días, hasta que sucumbió entre recriminaciones mutuas. El final no sorprendió a nadie. A solo unos meses de iniciada la paz, la amistad franco-británica ya se tensionó por las razones expuestas en el Capítulo 7 y cada vez estaba más claro que el tratado había dejado demasiadas cuestiones en el aire, entre ellas, las ambiciones territoriales de Francia en Europa y su rivalidad comercial y colonial con Gran Bretaña. Tales desavenencias no eran nuevas, más bien se trataba de viejas disputas que llevaban enemistando a ambas naciones 150 (como mínimo). En cualquier caso, el Tratado de Amiens no fue capaz de resolverlas.

La razón principal del colapso de Amiens fue, parafraseando a Tucídides acerca de la Guerra del Peloponeso, el poder ascendente de un Estado y el miedo que inspiraba en otro. El poder colonial de Francia había sido diezmado durante la Guerra de los Siete Años y de nuevo en las Guerras de la Revolución, en las que había perdido el resto de las colonias por revueltas de esclavos o por la acción militar de los británicos. En el acuerdo de paz, Gran Bretaña se comprometió a retornar las colonias ocupadas, pero pronto se vio con claridad que Francia había cambiado. Sus posesiones coloniales habían aumentado por las concesiones que Bonaparte había obtenido de sus vecinos: Portugal le cedió parte de Brasil, que permitía que el territorio francés de Guayana

se ampliara hacia el estuario del Amazonas, y España le devolvió todo el territorio de la Luisiana. Además, el control francés de las colonias españolas y holandesas parecía cosa segura a la vista de la postración de sus metrópolis. La devolución de la Colonia del Cabo a la República Bátava implicaba que ese puesto crucial de la ruta marítima hacia la India iba a quedar, indirectamente, bajo una notable influencia francesa. También estaba bastante claro que Bonaparte no había renunciado a sus ambiciones en el Mediterráneo, donde Gran Bretaña disfrutaba de una sólida posición gracias al control de Gibraltar, Egipto y las islas de Menorca, Elba y Malta. Sin embargo, de acuerdo con lo pactado en Amiens, las cuatro últimas posesiones debían evacuarse, de modo que Gran Bretaña se quedaría solo con Gibraltar como base de operaciones en aquel vasto mar.

Las ambiciones coloniales de Francia no podían verse realizadas sin la construcción de una fuerte Armada, una perspectiva que, naturalmente, alarmaba a Gran Bretaña. Aunque se haya generalizado la opinión de que Bonaparte no comprendía bien los principios del poder naval, la verdad es que tenía un penetrante conocimiento náutico y que desarrolló, de forma gradual, una comprensión sagaz del poder marítimo.[1] A su llegada al poder, el primer cónsul heredó una Marina aquejada por una década de crisis política, militar y financiera. No se le ocultaba que poner en condiciones la flota francesa llevaría bastante tiempo. «Pretender que Francia pueda igualar a la Marina de Inglaterra en menos de diez años es solo una fantasía –le escribió a Denis Decrès, ministro de la Marina y de las Colonias–. Eso nos causaría gastos tan grandes que comprometerían nuestra posición en el continente, y sin garantía ninguna de que obtendríamos la superioridad en el mar».[2] Bonaparte, que pensaba a un plazo mucho más largo, planeó una expansión gradual de las fuerzas navales francesas y complementarlas con las de naciones vecinas controladas por Francia. En 1802-1803, todavía con Amiens vigente, Bona-

parte incrementó el presupuesto de la Marina (en parte redirigiendo efectivo que había obtenido en la venta de Luisiana), cerró contratos en Etruria, Sicilia y Rusia para la compra de madera destinada a la construcción de barcos y presionó a España, a Nápoles y a la República Bátava para que mantuvieran y ampliaran sus flotas. Gran Bretaña no tenía dudas de que Francia, empleando los recursos de casi toda Europa occidental y meridional, iba a reforzar de forma progresiva su Armada, tanto en la paz como en la guerra.

Después de Amiens, Francia trató de restablecer la economía. Sin embargo, encontró su comercio internacional coartado por la competencia británica en prácticamente todas partes, una competencia impulsada por el aumento de la producción fruto de la naciente Revolución Industrial. La rivalidad industrial continuó siendo una causa fundamental de la hostilidad entre Francia y Gran Bretaña.[3] El Tratado de Amiens no fue capaz de solucionarla y exigía un sacrificio tan grande a los intereses de los británicos que no podía durar. Los negociadores británicos cometieron la negligencia de dejar la cuestión comercial fuera del tratado –la palabra «comercio» solo aparece en el texto referida al futuro de la isla de Malta (artículo X, sección 8)–. Se trataba de una omisión llamativa, en especial si recordamos que la razón fundamental de la entrada de Gran Bretaña en las Guerras Revolucionarias, en 1793, había sido la ocupación francesa de Bélgica y la apertura del Escalda, un acto que amenazaba directamente los intereses comerciales británicos. En 1802, Londres quería aceptar la paz y daba por hecho que las antiguas relaciones comerciales no se pondrían de nuevo en peligro. En un periodo en que las manufacturas se industrializaban con rapidez y los costes de producción no paraban de caer, Gran Bretaña estaba deseosa de abrir mercados en el continente a los que exportar sus productos. Los dirigentes británicos «no tenían duda», como escri-

bió uno de ellos, de que su «comercio penetraría con profundidad en la propia Francia y que prosperaría en París».[4]

Estas esperanzas se vieron chafadas al poco de firmarse la paz. Las áreas costeras más importantes de Europa occidental permanecieron bajo control francés y cerradas al comercio británico.[5] La ausencia de acuerdo comercial alguno en el Tratado de Amiens supuso que la paz no solo no reabriría los mercados continentales, también privaría a Gran Bretaña del monopolio del comercio en ultramar, una vez que las colonias capturadas le fueron devueltas a Francia y a la República Bátava. Tras dos décadas de crecimiento continuo, el tonelaje exportado llegó a decrecer durante el intervalo de paz y pasó de 2 millones de toneladas en 1801 a 1,7 millones en 1803.[6] Esto puede parecer un declive moderado, pero era suficiente para que algunos se preguntaran si la guerra no era preferible a aquella paz. La evacuación de Malta halló una contundente oposición en los círculos económicos británicos, ya que habría puesto todavía más en peligro el comercio británico en el Mediterráneo y en Levante. Tampoco complacían a nadie los movimientos de Napoleón dirigidos al restablecimiento de las relaciones con el Imperio otomano, que incluían la firma de un tratado comercial que convirtió a Francia en la nación más favorecida en los puertos del mar Negro. No sorprende, pues, que influyentes comerciantes británicos se apresuraran a denunciar la paz. En el verano de 1802, un agente francés informaba del descontento generalizado entre los comerciantes de la City londinense: «Estoy convencido de que mañana todas las voces serán favorables a la guerra si el pueblo inglés, al tomar conciencia por fin de nuestro poder, se da cuenta de que no pueden obtener de nosotros un tratado de comercio salvo por la fuerza de las armas».[7]

En un primer momento, Francia estaba dispuesta a llegar a algún tipo de acuerdo comercial con Gran Bretaña. En el verano de 1802, una delegación francesa visitó Londres para tratar esta

posibilidad. El acuerdo habría tenido un alcance limitado, dado que Bonaparte no tenía intención de firmar un nuevo tratado de libre comercio que pudiera tener efectos similares al Tratado de Libre Comercio anglo-francés de 1786, que había sido un grave error para Francia y que había precipitado, en cierto grado, el estallido de la Revolución.[8] En 1802, las condiciones para llegar a un acuerdo eran todavía menos favorables que en 1786. Francia acababa de soportar una década de inestabilidad política y militar que había impedido a su comercio e industria mantenerse al nivel de sus rivales del otro lado del canal de la Mancha. El comercio y la industria galos no estaban preparados para entrar en una competencia libre. Bonaparte lo sabía y no deseaba alienarse el favor de algunos de sus principales grupos de apoyo justo cuando se encontraba en pleno proceso de consolidación en el poder. Deseaba estimular y proteger la industria y el comercio franceses y esto significaba mantenerlos aislados de los competidores británicos. Con esta idea en mente, Bonaparte buscó un comercio limitado con Gran Bretaña, aunque fue una idea sin recorrido. Su petición a Gran Bretaña para que abriera los mercados a las sedas y vinos franceses fue rechazada por el deseo de los británicos de proteger a su propia y emergente industria de la seda y respetar los acuerdos existentes con Portugal.[9] Gran Bretaña, por su parte, sugirió volver al tratado de 1786 con unas nuevas salvaguardas que habrían permitido a Francia tomar medidas temporales para la protección de la industria nacional.[10] Bonaparte no podía aceptarlo, puesto que, al final, el mercado francés habría quedado abierto a los productos británicos. En la disyuntiva de tener que optar entre el libre comercio y el proteccionismo, eligió de forma instintiva el segundo.[11]

El rechazo de Bonaparte a la firma de un acuerdo comercial despertó el resentimiento entre los británicos, que no podían comprender cómo era posible que un país pudiera buscar buenas relaciones con ellos y a la vez tratar las mercancías como si estu-

vieran apestadas. No veían el valor de un tratado de paz que no había conseguido la reducción de las tasas comerciales ni la suspensión de los proyectos coloniales franceses posiblemente perjudiciales para el comercio británico. Gran Bretaña acabó convencida de que el único propósito de Bonaparte con la firma del Tratado de Amiens había sido la recuperación de las colonias perdidas, reconstruir la capacidad naval francesa y humillar a los británicos en sus propias costas. Las noticias de las intervenciones francesas en Renania, Suiza e Italia, por no hablar de los progresos en el Caribe y en Egipto, como hemos visto en el Capítulo 7, contribuyeron a reforzar las peores sospechas acerca de las intenciones de Bonaparte.

La causa inmediata del colapso del Tratado de Amiens estuvo relacionada con el futuro de la isla de Malta. De las 22 provisiones del tratado, la más extensa (el artículo X) trataba de la isla, lo que por sí solo evidencia la gran importancia que ambas partes le daban. Francia tenía una antigua conexión con la isla. Durante más de dos siglos, antes de la conquista de Malta por Bonaparte, el comercio de esta estuvo muy ligado a Francia, circunstancia apoyada por el hecho de que muchos de los gobernadores habían sido caballeros de origen francés. En 1788, casi la mitad de los barcos que paraban en la isla eran franceses y solo un pequeño porcentaje eran británicos. Además, la campaña de Egipto de Bonaparte reveló el valor estratégico de Malta. La isla era la puerta de entrada a Oriente, donde cualquier conquista francesa afectaría directamente a los intereses británicos. A Gran Bretaña, preocupada ante todo por la India, le parecía de importancia vital evitar que los franceses controlaran aquella isla dotada de un pintoresco puerto y una formidable fortaleza. «Si nos retiramos más allá del Mediterráneo –adujo un importante diplomático británico–, no podremos ejercer una interferencia eficaz ni evitar o modificar ese tipo de acontecimientos [...] En cambio, si conservamos Malta, Gran Bretaña podrá, bajo cualquier circuns-

tancia probable [que suceda] en Levante, adoptar la línea de conducta al respecto que en ese momento sea la más conveniente para ella».[12]

En Amiens, Francia y Gran Bretaña pactaron que Malta y sus dos islas hermanas de Gozo y Comino fueran devueltas a los caballeros de San Juan de acuerdo con unas provisiones específicas. Las fuerzas británicas serían evacuadas en un plazo de tres meses desde la ratificación del tratado, las islas se proclamarían neutrales y su independencia estaría garantizada por Francia, Gran Bretaña, Austria, España, Rusia y Prusia. El reino napolitano, que había reclamado ejercer su soberanía formal sobre Malta, proporcionaría los efectivos militares para su guarnición. Los caballeros volverían a formar un capítulo general y elegirían un gran maestre entre los oriundos de las naciones que conservaran sus *langues* (lenguas: divisiones administrativas dentro de la orden). Francia y Gran Bretaña, para garantizar la independencia de la isla con respecto a ellas, abolirían ambas sus respectivas *langues* en la orden.[13]

La aplicación del artículo X iba a ser conflictiva.[14] Varias de las cláusulas subsidiarias planteaban problemas especiales: el gran maestre debía ser elegido en Malta por una votación de las *langues*, pero su cuartel general formal estaba entonces en San Petersburgo, puesto que el zar ruso era el protector oficial de la orden. El zar se sintió ofendido por haber quedado excluido de la preparación de las provisiones y porque Rusia figurara después de Austria (que era una potencia sin papel alguno en los asuntos mediterráneos) en la lista de potencias garantes. Para Bonaparte, toda vacilación adicional en este asunto suponía «añadir provisiones adicionales al tratado» que él no estaba dispuesto a aceptar.[15]

El verdadero obstáculo insalvable fue que ambos bandos se habían dado cuenta del valor de Malta. Un oficial británico lo expuso con claridad: «Situada a una distancia casi igual de la en-

trada de los estrechos y de la costa de Siria, la totalidad del comercio del Mediterráneo y Levante, en tiempo de guerra, queda a los pies de sus poseedores».[16] Malta podía controlar con facilidad el comercio en el mar Mediterráneo: esto era algo que París y Londres temían por igual. Para los británicos, la entrega de la Colonia del Cabo a la República Bátava, que estaba subordinada a Francia, significaba la pérdida de una posición clave en la ruta a la India. Si además evacuaban Malta, no controlarían una ruta alternativa.

Tres meses después de la firma del tratado, Malta seguía ocupada por las tropas británicas y, naturalmente, el Gobierno francés protestó.[17] La respuesta británica –que la isla no sería evacuada hasta que se hubieran cumplido las provisiones del artículo X y estuviera garantizada la independencia– no ayudó a apaciguar a los franceses. La renuencia de Rusia, Prusia y España a aportar sus garantías contribuyó al endurecimiento de la posición británica. Al acabar 1802, a medida que iba quedando claro el alcance de la política exterior de Bonaparte, el Gobierno británico lamentaba ya sin ambages el acuerdo de evacuación de la isla y buscaba formas de evitar cumplir con los compromisos. En noviembre de 1802, el secretario de Exteriores del primer ministro Addington, lord Hawkesbury, ordenó al embajador británico en Francia «evitar decir nada que pueda comprometer a Su Majestad a devolver la isla, incluso si estas acciones deberían completarse según la intención verdadera y el espíritu del décimo artículo del Tratado de Amiens». Hawkesbury pensaba que Gran Bretaña «estaría justificada para reclamar la posesión de Malta como forma de contrapeso a las adquisiciones de Francia [sucedidas] desde el cierre del tratado definitivo».[18] Por ello, algunos miembros del ejecutivo británico ya pensaron que era válido violar el tratado incluso antes de que la llegada de los primeros reportes de los avances diplomáticos franceses en el norte de

África y Egipto acelerara el cambio de actitud de la opinión pública y el Gobierno británicos.

La publicación, el 30 de enero de 1803, del extenso reporte del general Horace Sebastiani acerca de su gira por el norte de África, Egipto y Levante en el periódico oficial *Le Moniteur* proporcionó al gabinete británico una excusa plausible para retener Malta. La misión de Sebastiani buscaba restablecer los intereses comerciales franceses en los territorios otomanos, aunque también le sirvió de excelente oportunidad para reconocer la región de cara a futuros proyectos militares.[19] Las observaciones de Sebastiani estaban pensadas, desde luego, para influir en Bonaparte. Relataba la recepción entusiasta que había disfrutado en Egipto y Siria y daba a entender que los franceses serían bienvenidos en la región. Incluso afirmaba que una hipotética expedición francesa podría necesitar menos de 10 000 soldados. El informe estaba dirigido sobre todo a advertir a Gran Bretaña de que, si no cumplía con sus compromisos y no evacuaba Malta, Francia contemplaría la reanudación de sus proyectos en Oriente. Sebastiani expuso la fragilidad de la situación política en Egipto. Los jefes mamelucos estaban desunidos, los turcos eran demasiado débiles para tomar el control de la región y ambos grupos sentían animadversión hacia los británicos, que, según el reporte, eran abiertamente detestados en El Cairo. Además, durante la reunión del comandante británico, el general John Stuart, con Sebastiani, el primero declaró, impasible, que no tenía órdenes de evacuar Egipto y que esperaba pasar el invierno en Alejandría. Esto parecía contradecir los compromisos que Gran Bretaña había adquirido en Amiens e incitó la belicosidad de Bonaparte. El 5 de febrero de 1803, el ministro de Exteriores francés envió instrucciones a su embajada en Londres para que señalara a la opinión pública británica el contexto más amplio en el que se había producido el informe: la ausencia de una retirada británica de Malta y de Egipto «desaviniendo las provisiones del Tratado de

Amiens es un acto que puede provocar la reanudación de la guerra».[20]

Sin embargo, la publicación del informe de Sebastiani fue un grave error.[21] Fue un intento inepto de aplicar presión a los británicos que acabó por perjudicar a sus promotores. El propio Bonaparte pareció darse cuenta cuando ya era tarde e intentó suavizar el impacto, pero el daño estaba hecho.[22] Desde San Petersburgo a Londres, pasando por Constantinopla, el informe provocó reacciones desfavorables. Para los británicos, el informe demostraba que Francia continuaba pensando en regresar a Oriente, un proyecto catastrófico para sus intereses en el Mediterráneo en general, en Levante y en Egipto en concreto y, por extensión, también en la India. El reporte de Sebastiani, junto con la noticia de la orden de Bonaparte (emitida a mediados de enero) al general Decaen para que encabezara una expedición colonial a la isla de Francia, en el océano Índico, reforzó aún más una opinión dominante en los círculos políticos y la opinión pública de Gran Bretaña: las ambiciones de Bonaparte no tenían límite y era necesario ponerles coto. Los ministros británicos, al darse cuenta de la importancia de Malta y advertir el error que habían cometido al comprometerse a entregarla, empezaron, en palabras de un antiguo agente secreto británico, a «agarrarse a cualquier cosa como pretexto precisamente para conservar Malta. Parece [...] como si los ministros, avergonzados por la cesión, no quisieran permitir que se les escurriera entre los dedos y estuvieran deseosos por conservarla, a ser posible sin comprometer el honor de la nación con una violación flagrante de la promesa dada».[23] El informe de Sebastiani, en efecto, proporcionó al ejecutivo de Addington una excusa para interrumpir cualquier evacuación ulterior de Malta y de la India hasta que Francia cumpliera los compromisos que había adquirido en el Tratado de Amiens.[24]

A finales de febrero, a la luz de la continuada y férrea posición británica en el asunto de Malta, el Gobierno francés endureció la suya. Bonaparte invitó al embajador británico, lord Whitworth, a las Tullerías, donde conversaron durante más de dos horas. El primer cónsul negó que tuviera proyectos en Egipto para el futuro cercano, se quejó de que los británicos no hubieran evacuado este país y advirtió que la guerra sería inevitable si Gran Bretaña no respetaba las obligaciones asumidas en Amiens.[25] Dos días más tarde apuntaló el mensaje cuando entregó a las cámaras legislativas su *Informe Consular* acerca del estado de la república francesa. El escrito hablaba del «implacable odio hacia Francia» de Gran Bretaña y avisaba de que «quinientos mil hombres debían estar, y estarían, listos para defender» la nación en caso de guerra.[26] Las nuevas instrucciones enviadas a la embajada francesa en Londres la ordenaban presionar en favor de la expulsión de los principales *émigrés* franceses, contrarrestar los sentimientos antifranceses que aparecían en la prensa y, ante todo, que exigiera la evacuación inmediata de Malta por los británicos.[27] Estaba claro que las relaciones franco-británicas se estaban precipitando hacia un punto de no retorno.

El 8 de marzo, ante ambas cámaras del Parlamento, el rey Jorge III leyó un discurso que vino a sellar el destino de la paz. Tras denunciar «preparativos militares muy considerables» en los puertos de Francia y Holanda, el monarca «juzgaba urgente adoptar medidas de precaución adicionales para la seguridad de sus dominios».[28] Proponía la movilización de fuerzas de milicias y una leva adicional de 10 000 hombres para la Marina que fueron ambas aprobadas por el Parlamento tres días más tarde. El discurso real tensó aún más las relaciones franco-británicas. «El argumento de [algunos] contemporáneos y de ciertos historiadores que equiparan esta acción con el Informe Consular no es convincente –apuntó el eminente historiador estadounidense Harold C. Deutsch–. Aunque el primer cónsul había empleado

amenazas indirectas, Inglaterra hizo aquí un movimiento que, según los usos diplomáticos, era un paso preliminar para la guerra».[29]

Aunque el ministro de Exteriores británico intentó pintar estas medidas como «precautorias», París reaccionó con ira a las mismas.[30] El ministro de Exteriores francés declaró que la decisión británica era un acto hostil inexcusable, basado en información falsa –los preparativos militares en curso en los puertos franceses y holandeses no estaban dirigidos contra Gran Bretaña, sino que, como se había declarado oficialmente, eran parte de una expedición que se estaba preparando con destino a Luisiana–. Además, Bonaparte informó al embajador británico de que, a la vista del discurso del rey, Francia podría verse obligada a empezar a movilizar también sus tropas y contemplar la reocupación de toda Holanda.[31] El 11 de marzo, en una carta al emperador Alejandro de Rusia, Bonaparte se quejaba de que Gran Bretaña ponía nuevas excusas para evitar las obligaciones del tratado: «¿Cómo puede uno sellar tratados si son violados de forma tan explícita en letra y en espíritu?». Exhortó al zar a intervenir, o al menos a censurar a los ingleses por retener Malta ilegalmente.[32] Dos días después, en una recepción diplomática en las Tullerías, el 13 de marzo, Bonaparte tuvo una audiencia con lord Whitworth en la que perdió la paciencia y ridiculizó públicamente el discurso de Jorge III y el incumplimiento británico de los compromisos del tratado. Estaba claro, exclamó, que los británicos no respetaban los tratados y que querían otra década de guerra. «Si ellos son los primeros en desenvainar la espada, yo seré el último en envainarla», fueron sus célebres últimas palabras antes de abandonar la sala.[33]

El comportamiento del primer cónsul tal vez violara las reglas de la cortesía diplomática, pero su importancia ha sido exagerada por los historiadores. Fue una demostración deliberada de ira.[34] Durante los días siguientes, Bonaparte intentó ser conciliador

con Gran Bretaña y trató de demostrar que no tenía ningún «deseo de ir a la guerra», que no tenía «nada que ganar de [la guerra] y que todo el país es contrario a ella».[35] De todos modos, apuntó que el honor de Francia exigía que Gran Bretaña cumpliera sus obligaciones o se arriesgaba a la guerra. Al recibir un nuevo despacho del Gobierno británico, el primer cónsul redactó personalmente una respuesta detallada que analizaba (y refutaba) las acusaciones británicas y postulaba las francesas. La nota demuestra que Bonaparte estaba dispuesto a ceder en Egipto, siempre que Gran Bretaña cumpliera su compromiso relativo a Malta. Incluso lord Whitworth reconoció que «a tenor de esta nota» demostraba que Francia no estaba «deseosa de llegar a extremos».[36] La naturaleza premeditada de la exhibición de ira de Bonaparte se ve confirmada por una serie de reportes acerca de las fuerzas navales francesas que el primer cónsul había recibido en marzo. Estos revelaban que la flota francesa tenía una necesidad apremiante de reparaciones y de expansión; e incluso las predicciones más optimistas sugerían que la Marina gala solo tendría listos para el servicio 22 navíos de línea y 28 fragatas, unas cifras en absoluto suficientes para enfrentarse a la Royal Navy, que contaba con casi el cuádruple de navíos. Además, para completar las reparaciones, reacondicionamientos y construcciones imprescindibles, la Marina necesitaría más de 100 000 metros cúbicos de madera, un volumen pasmoso e imposible de conseguir. Incluso en el caso de que pudiera contar con todos los suministros necesarios, los arsenales franceses carecían de mano de obra suficiente por los despidos previos de centenares de trabajadores especializados. Bonaparte era muy consciente de que Francia no estaba preparada para una guerra con Gran Bretaña.[37]

El 3 de abril, el ministro de Exteriores británico respondió a las propuestas francesas pidiendo más concesiones. Francia debía disculparse por la publicación del informe de Sebastiani, aceptar el control británico de Malta, evacuar Holanda y Suiza e indem-

nizar al rey de Cerdeña. A cambio, Gran Bretaña estaba dispuesta a reconocer al rey de Etruria y a las repúblicas italiana y ligur.[38] El ejecutivo francés se quedó sorprendido por el tono y el contenido de la nota, pero indicó su disposición a considerar algunas concesiones –aunque no sobre Malta, ya que sobre esta cuestión se sentía obligado a insistir por su honor–. Bonaparte, a modo de compromiso, propuso que, después de que evacuaran Malta, los británicos pudieran tener una base en Candia (Creta) o en Corfú que les sirviera para defender sus intereses. Francia también se mostraba abierta a firmar una convención formal que tranquilizara a los británicos en relación con sus aspiraciones en Oriente.[39]

Si el gabinete de Addington hubiera deseado mantener la paz, la oferta francesa abría esa oportunidad. La réplica británica fue el equivalente de un ultimátum: rechazaba la oferta francesa y no solo insistía en la posesión británica de Malta, también pedía la retirada francesa de Holanda y Suiza.[40] Se daba de plazo una semana a Francia para evaluar esas condiciones o se romperían las relaciones diplomáticas.[41]

Bonaparte, como era predecible, se enfureció ante las demandas británicas, aunque, incluso así, les hizo una contraoferta.[42] Los británicos podrían quedarse en Malta hasta cuatro años, proponía, y luego debían transferir la isla al cuidado de una potencia garante (por ejemplo, Rusia).[43] La carta del ministro de Exteriores francés a su embajador en Londres revela hasta qué punto la posición de Bonaparte había ido evolucionando por el deseo de evitar la guerra: «Nunca aceptaremos una provisión formal que permita un solo día la ocupación inglesa de Malta, pero no levantaremos obstáculos a la ocupación [temporal] […] la cual puede llegar a ser muy prolongada».[44] La oferta francesa parecía tan atractiva que lord Whitworth, pensando que podía proporcionar «un arreglo honorable y ventajoso de las diferencias ac-

tuales», optó por desestimar las instrucciones de abandonar París que su Gobierno le había enviado antes.[45]

El Gobierno británico, en cambio, no lo vio del mismo modo. Declinó la oferta tachándola de «vaga, incoherente e insatisfactoria», en palabras de lord Hawkesbury a lord Whitworth, así como rechazó la tutela de Rusia con el argumento de que no había duda de que San Petersburgo la rechazaría.[46] Talleyrand intentó, en vano, convencer a lord Whitworth de que Rusia, en efecto, había cambiado de opinión y estaba ahora muy interesada en solucionar las diferencias entre ambas potencias. Incluso reveló que, a finales de abril, el emperador Alejandro había aceptado la solicitud de mediación de Bonaparte y que ahora había ofrecido sus servicios. Este cambio de posición se vio motivado por la convicción, cada vez mayor en Rusia, de que la expectativa de la guerra era «especialmente indeseable» al haberse comprobado que un «ejecutivo incoherente y muy débil» gobernaba Gran Bretaña. El objeto de la oferta de mediación era, en palabras del canciller ruso, «constreñir a Francia a sus fronteras actuales» procurando la integridad territorial del Imperio otomano y «nuevas garantías para los Estados italianos, el Imperio alemán, Holanda y Suiza, asegurando la neutralidad de esos Estados».[47] Bonaparte aceptó esta oferta. Fuera o no una treta para ganar tiempo, lo cierto es que el primer cónsul se mostró partidario de negociar antes de que los británicos le forzaran la mano. En la tarde del 12 de mayo, Whitworth, aunque sorprendido por la inesperada revelación de la mediación rusa, pidió sus pasaportes y salió de París.

La intensidad de la zozobra de Bonaparte para impedir el inminente derrumbe del edificio de Amiens se revela en la oferta final, recibida por Whitworth cuando ya viajaba hacia la costa. Francia ofrecía a Gran Bretaña el derecho de quedarse en Malta durante diez años si se dejaba a los franceses ocupar partes del reino napolitano durante un periodo similar. Francia estaba dis-

puesta incluso a transigir al control británico de Malta hasta el momento en que se acordara una garantía internacional de neutralidad.[48] Esta propuesta representaba una oportunidad real y clara de preservar la paz. Gran Bretaña, sin embargo, volvió a negarse, alegando que sus compromisos con Nápoles hacían imposible tal acuerdo.

El 18 de mayo de 1803, Gran Bretaña hizo una declaración de guerra formal a Francia, lo que puso en marcha un conflicto que duró más de una década.[49] A pesar de las pretensiones de algunos autores, para quienes el Gobierno británico declaró la guerra con el respaldo unánime del país, los sentimientos contrarios a la contienda eran considerables y el apoyo hacia esta nunca fue unánime ni continuo. Aunque los liberales antibelicistas coincidían en que Gran Bretaña defendía la causa de la libertad y apoyaron la declaración de guerra del ejecutivo, su apoyo estaba condicionado a que la esta fuera solo defensiva. Sin embargo, a medida que la contienda se fue alargando, las acciones británicas dejaron de poder calificarse de defensivas y las opiniones contrarias aumentaron con rapidez. Solo en Yorkshire y Lancashire, alrededor de 150 000 personas firmaron una petición de paz en 1808.[50] El Gobierno británico hizo lo que pudo por conseguir que la nación se pusiera en marcha. Empleó la amenaza del entrenamiento militar forzoso y recurrió a Escocia e Irlanda para reclutar soldados, sobre todo en las áreas católicas, puesto que no era «deseable, de ningún modo [...] sacar del Norte a ningún protestante», como ha observado la historiadora Jenny Uglow.[51]

A principios del siglo XX, el historiador alemán Otto Brandt destacó el rol que habían representado las cambiantes simpatías de Rusia en el estallido de la guerra franco-británica. «De esta re-

lación entre Inglaterra y Rusia –escribió– dependieron todos los desarrollos posteriores de la cuestión de Amiens».[52] En efecto, la corte de San Petersburgo tuvo un papel crucial, a menudo ignorado, en la crisis entre las dos potencias. Cada una de ellas había buscado el apoyo militar y diplomático ruso en contra de la otra. Como hemos visto, aunque las relaciones entre San Petersburgo y París se enfriaron tras el asesinato del emperador Pablo en marzo de 1801, experimentaron un gran cambio con el ascenso al trono de su hijo Alejandro. Bonaparte, con la intención de asegurarse la continuación del apoyo ruso a su política, despachó a San Petersburgo a su edecán de confianza, Michel Duroc, con la indicación de que expusiera allí los planes franceses para Alemania y el posible papel de Rusia en ellos.

Duroc llegó a la capital rusa en un momento bastante oportuno, en el que la facción francófoba estaba de capa caída. Rusia seguía muy interesada en los asuntos alemanes, dado que su familia imperial tenía relaciones familiares estrechas con numerosas casas principescas alemanas. Parece que Alejandro estaba interesado en obtener la ayuda de otras grandes potencias para diluir la influencia francesa en Alemania. Estos planteamientos rusos se habían visto reforzados por las recientes sugerencias austriacas de crear una nueva alianza austro-rusa. La llegada de Duroc, sin embargo, alteró la posición rusa.[53] Los franceses revelaron que los austriacos, aunque sondearan Rusia de cara a una nueva alianza, también estaban tratando, con mucho interés, de reavivar la antigua alianza con Francia. La corte rusa, airada por este doble juego, se mostró dispuesta a valorar las propuestas galas. El 8 de octubre de 1801, cinco meses antes de Amiens, se firmó en París un tratado de paz formal entre Rusia y Francia. El tratado constaba de dos partes. La sección pública contenía declaraciones formales de amistad y paz entre las dos naciones y la sección segunda contenía artículos secretos en los que se trazaban las verdaderas condiciones de las relaciones entre ambos Estados. En el

segundo grupo de disposiciones, las dos potencias pactaron alcanzar una posición común al respecto de Alemania, donde se deseaba un «justo equilibrio entre las Casas de Austria y de Brandeburgo [Prusia]».[54]

El Tratado de París demostraba que Alejandro no era contrario a los cambios en Alemania; de hecho, esperaba trabajar junto con Bonaparte en su reorganización, siempre que los intereses rusos se vieran satisfechos. Además, Alejandro, a diferencia de los gobernantes británicos, establecía diferencias entre un equilibrio de seguridad y un equilibrio de fuerzas y buscaba llegar al primero. Esto no podía conseguirse construyendo una coalición contra Francia, según intentaba Gran Bretaña, sino formando una alianza con Francia que contuviera a esta, de modo que París y San Petersburgo se pudieran convertir en los «árbitros mediadores» de Europa. La facción anglófila de la corte rusa señaló, sin embargo, que Francia se estaba volviendo demasiado poderosa para la estabilidad del sistema europeo y que las relaciones franco-rusas serían frágiles. Estos argumentos ganaron fuerza cuando quedó claro que el zar había salido perjudicado en la cuestión de las indemnizaciones alemanas y que, de hecho, había contribuido materialmente al establecimiento de la hegemonía francesa en la Alemania meridional. Alejandro, como era natural, no deseaba ver a Alemania transformada en un protectorado francés y quería asegurarse de que Rusia continuara teniendo un papel en la región.[55]

Las protestas rusas solían recibir del ministro de Exteriores galo la respuesta de que las acciones de Francia en Alemania no era distintas de las de Rusia en Polonia. El Gobierno ruso, exasperado ante esa excusa, le indicó a su embajador en París que respondiera que la partición polaca era «una cosa del pasado y que no tenía sentido traerla a colación». Más preocupante para Rusia era que, «cuando Francia incorporó a los Países Bajos y se dio como fronteras el Rin y los Alpes, sus gabinetes [de Francia] señalaron

esos [territorios] como una compensación por lo que otros habían tomado en Polonia. Sin embargo, esas adquisiciones ya sobrepasan las que nosotros hicimos entonces».[56]

El Gobierno ruso, enfadado con Francia, también estaba preocupado por la falta de fiabilidad británica. Todavía estaba fresco el recuerdo de la fallida expedición conjunta a Holanda en 1799 y no se había olvidado el regateo británico en el precio financiero y diplomático a cambio del apoyo ruso. Cuando se formó la Liga de Neutralidad Armada y Gran Bretaña quedó excluida del comercio de grano y de materiales navales en el Báltico, Rusia pareció plantear a los británicos un problema todavía mayor que Francia. El ejecutivo de Addington sabía perfectamente que la reparación de las relaciones con Rusia era clave para el refuerzo de la posición política y militar británica en Europa.[57] Sus primeras iniciativas diplomáticas se encaminaron, pues, a San Petersburgo, y la manera en que se condujeron revela que la alianza con Rusia era tan importante para los británicos como la contienda contra Francia. El 24 de marzo de 1801, lord Hawkesbury envió unas instrucciones especiales al ministro diplomático británico en Berlín, en las que le concedía plenos poderes para restablecer los lazos diplomáticos con Rusia. Estas instrucciones no solo son reveladoras por las concesiones que Gran Bretaña estaba dispuesta a hacer –cumplir las provisiones del acuerdo anglo-ruso de 1799 sobre Malta, por las que Gran Bretaña aceptaba guarniciones rusas en la isla–, sino también por la fecha de la redacción. El 24 de marzo, Hawkesbury no sabía todavía que el emperador Pablo, el gran impulsor de la reciente anglofobia rusa, acababa de ser asesinado. El nuevo soberano ruso tenía una disposición más favorable hacia Gran Bretaña y deseaba zanjar todas las disputas anglo-rusas pendientes.

El primer ministro Addington, al conocer el cambio en la jefatura rusa a mediados de abril, enfocó sus esfuerzos diplomáticos en Rusia e incluso pospuso las negociaciones que llevaron al

Tratado de Amiens con Francia. El nombramiento de un nuevo embajador reflejaba el deseo británico de halagar las sensibilidades rusas: lord St. Helens era uno de sus diplomáticos más experimentados y estimados –había participado en las negociaciones que pusieron fin a la Guerra de los Siete Años y había sido embajador plenipotenciario en España en la década de 1790–. St. Helens recibió el encargo de «proponer un acuerdo –según le escribió Hawkesbury en una carta– que ponga todo entre ambos países como estaba».[58] Esto incluía el abandono de la Liga de Neutralidad Armada, la apertura del comercio del Báltico a los británicos y el reconocimiento del derecho de estos a efectuar registros en los buques neutrales. El 17 de junio, después de varias semanas de negociaciones, St. Helens y el secretario de Exteriores ruso, Nikita Panin, firmaron un acuerdo que otorgaba a Gran Bretaña esas condiciones, aunque dejaba a un lado, de momento, la cuestión de Malta.[59]

Este fue un gran éxito del gabinete de Addington que suele quedar ensombrecido por el fracaso del Tratado de Amiens. Ya en la primavera de 1801, los ministros británicos imaginaban planes de defensa conjuntos diseñados para restaurar el equilibrio político en Europa.[60] No dudaban de que, una vez se restablecieran las relaciones, Rusia se uniría de nuevo a su lucha contra Francia y que sería la pieza clave de cualquier coalición antifrancesa. Por desgracia para los británicos, el sucesor del emperador Pablo, Alejandro, aunque fuera anglófilo, no quería verse envuelto en enredos exteriores al inicio de su reinado. Si bien admitía que Gran Bretaña era uno de los «aliados naturales» de Rusia, quería evitar cualquier conflicto con Francia. «Pretendo seguir una política nacional que está basada en los beneficios de [mi] estado y no, como suele suceder, en predilecciones por una y otra potencia», le dijo en confidencia a uno de sus diplomáticos.[61]

Alejandro pensaba que Rusia requería grandes reformas en la administración, la agricultura y la industria, y todas ellas necesitaban la paz para tener éxito.[62] Su país no tendría, pues, un rol activo en las negociaciones de paz franco-británicas. Gran Bretaña, decepcionada, continuó los esfuerzos en pos del acercamiento anglo-ruso. Durante las negociaciones diplomáticas con Francia, los ministros británicos solicitaron conocer las posiciones rusas en ciertos asuntos y compartieron información de inteligencia regularmente con Rusia, actitud que un importante diplomático ruso reconoció como un «gran señal de confianza».[63] Sin embargo, la corte de San Petersburgo se negaba a apoyar abiertamente a Gran Bretaña. En un momento en que Bonaparte estaba reorganizando Alemania, Rusia temía alienarse la amistad de los franceses, incluso si los planes del primer cónsul para Alemania y el Imperio otomano fueran, sin duda, muy preocupantes. De esta forma, los diplomáticos rusos les recordaban con asiduidad a sus colegas británicos que San Petersburgo no permitiría nunca que ellos (ni los franceses) se anexionaran Malta, pero tampoco quería verse envuelto en la resolución del destino de la isla.[64] Gran Bretaña estaba comprensiblemente irritada por las vacilaciones rusas, una molestia que se vio exacerbada cuando, en junio de 1802, Rusia y Francia llegaron a un acuerdo que allanaba el camino para la reorganización de los Estados alemanes y llamaba a la mediación rusa entre franceses y turcos.[65] Este acuerdo fue un gran logro de la diplomacia francesa y pieza clave en los esfuerzos de Bonaparte por mantener aislada a Gran Bretaña, reconciliarse con Rusia y Prusia y formar una coalición para aislar a Austria.

El gabinete de Addington se sintió traicionado por el proceder de Rusia. Hawkesbury se quejaba amargamente de que, ante los trabajos británicos «dirigidos a rescatar Egipto de las manos de los franceses y devolverlo a su soberano legítimo, sería imposible [...] juzgar los esfuerzos del Gobierno ruso para mediar una paz

separada entre Francia y la Sublime Puerta más que como un acto nada amigable».[66] Pese a todo, el ejecutivo de Addington perseveró. Su correspondencia diplomática de 1802-1803 muestra con claridad que Gran Bretaña trataba de aprovechar el tiempo de paz para construir una nueva coalición contra Francia.[67] A medida que progresaron las reorganizaciones territoriales alemana, italiana y suiza, Gran Bretaña sacó partido de la inquietud creciente de Rusia por el expansionismo francés para reanudar sus esfuerzos destinados a establecer una alianza contra Francia. Addington sabía que cualquier posible coalición antifrancesa tendría que incluir a Rusia, pero también que atraer simultáneamente a Austria y a Prusia a la coalición sería una tarea ardua por culpa de su inveterada rivalidad en Alemania, así como por el éxito francés en el apaciguamiento de la corte prusiana.

El afán británico por conseguir el apoyo de Rusia ensombreció las relaciones con Viena. Addington estaba perplejo por la renuencia austriaca a integrarse en una nueva alianza continental. El motivo de la actitud austriaca era su miedo a que, a consecuencia de sus recientes derrotas, tendría que actuar como socio subordinado y serían Gran Bretaña y Rusia las que dictarían el eventual acuerdo de paz. La cuestión se complicaba todavía más por el hecho de que, durante la reorganización alemana, Rusia se había alineado de manera más estrecha con Prusia, mientras que Gran Bretaña, revertiendo su anterior posición proprusiana, apostó por mejorar las relaciones con Austria. En septiembre y octubre de 1802, el ministro de Exteriores británico alentó a sus diplomáticos a que encontraran la manera de separar a Rusia de Austria y de promover la cooperación austro-rusa. Se presentó una oportunidad propicia cuando Prusia reconoció la anexión francesa de Piamonte sin exigir que se compensara al monarca piamontés, una exigencia que Rusia había repetido en varias ocasiones. El Foreign Office británico no tardó en enviar nuevas instrucciones a su embajada en San Petersburgo para «aprovechar

esta y cualquier otra circunstancia de la misma naturaleza que pueda surgir para distanciar todo lo que sea posible» a Rusia de Prusia y conectar a la primera con Austria. La embajada británica recibió el encargo de recordarle al Gobierno ruso que Austria, cuyas ambiciones se centraban en Italia y Alemania, planteaba una amenaza mucho menor que Prusia, que se enfrentaba a ellos desde la otra orilla del Báltico.[68] A finales de octubre, Hawkesbury ideó, según indicó en una carta, «un sistema de alianza defensiva» entre Gran Bretaña, Rusia y Austria pensado para contener a la resurgente Francia e impedir «más innovaciones en el sistema europeo».[69]

Los esfuerzos británicos resultaron vanos de nuevo. Rusia se negaba a poner en peligro sus posiciones. Estaba preocupada por las acciones de Bonaparte y planteaba que los movimientos británicos para formar una coalición solo servirían para provocar contramedidas francesas que podrían llevar a hostilidades. Las finanzas rusas no podían sostener otra guerra. «La política más sabia para Rusia es conservar la calma y ocuparse de su prosperidad interna», insistía el emperador Alejandro en una carta con fecha tan tardía como el 20 de enero de 1803.[70] Los jefes diplomáticos rusos, al declinar las propuestas británicas de alianza formal, también aducían que «los intereses de Rusia y los de Inglaterra tienen tantos puntos en común que las dos potencias pueden considerarse aliadas sin necesidad de escribirlo en un papel».[71]

El Gobierno británico, al verse incapaz de persuadir a Rusia para que se uniera a una coalición con Austria, intentó jugar con los temores rusos hacia el Imperio otomano, donde Bonaparte buscaba dos objetivos importantes. En primer lugar, el primer cónsul aspiraba a reparar las relaciones de Francia con su antiguo aliado otomano. En octubre de 1802, Bonaparte envió al general Guillaume Brune a Constantinopla como nuevo embajador, con instrucciones de restablecer la posición francesa en la corte oto-

mana y proteger los intereses comerciales galos en la región. En 1802 se firmó un tratado franco-otomano en el que se garantizaban mutuamente la integridad de las posesiones de ambas potencias y se restablecían los anteriores privilegios de Francia (capitulaciones comerciales y el derecho a ejercer de protector de los súbditos católicos del sultán). Además, por vez primera, la Sublime Puerta concedía a los buques mercantes franceses el derecho de comerciar libremente en el mar Negro, donde los rusos llevaban mucho tiempo intentando establecerse comercialmente (artículo 2 del tratado).[72] Bonaparte, con este acuerdo, en buena medida revertió la revolución diplomática de 1799 que había unido a Rusia y los otomanos contra Francia y puso al Imperio otomano y a Francia en el sendero de la reconstrucción de sus relaciones diplomáticas. De todos modos, no fue una victoria completa por parte francesa. El sultán Selim III continuaba recelando de los planes franceses y alentó en secreto a Gran Bretaña a que conservase Malta. Según reportó el embajador lord Elgin (con evidente hipérbole): «La Puerta calcula la duración de su independencia por el tiempo que continúe nuestra posesión de esa isla».[73]

Bonaparte, a la vez que mejoraba sus relaciones con los turcos, también procuró servirse de las ambiciones rusas en Oriente Próximo. En unas instrucciones detalladas enviadas a San Petersburgo a Michel Duroc, instó a su legado a que hiciera todo lo posible para distraer la atención rusa de las acciones francesas en Italia planteando la posibilidad de una expansión territorial de Rusia en Oriente Próximo. «Hablad de [la emperatriz rusa] Catalina II como de una princesa que previó la caída del Imperio turco y comprendió que el comercio ruso no prosperaría hasta que hallara un mercado en el sur».[74] Durante sus conversaciones con el embajador ruso, Bonaparte también insinuó la posible disolución del Imperio otomano y la posibilidad de un reparto franco-ruso del territorio. Bonaparte, como vemos, seguía un

doble juego con los turcos, atrayéndolos a la vez que conspiraba contra ellos. Su política otomana servía de «medio de diversión y transacción», observó el historiador francés Albert Vandal. «Era en este terreno donde esperaba dividir a sus enemigos, disolver la coalición robándole uno de sus miembros, conseguir la adhesión de una de las cortes principales, la que fuera, [y] finalmente lograr la gran alianza que necesitaba para dominar el continente y derrotar a Inglaterra».[75]

Rusia rechazó la sugerencia francesa; su canciller Aleksandr Vorontsov subrayó que no podía «participar en ningún proyecto hostil dirigido contra Turquía».[76] Esta afirmación es llamativa por su doblez, puesto que en el mismo momento en que declinaba la oferta de Francia, Rusia se dedicaba a expandir su influencia en los dominios tradicionalmente otomanos. Rusia hacía mucho que buscaba ganar seguridad, poder y prestigio en Oriente Medio ante los imperios otomano y persa, mucho más débiles. Este reforzamiento mejoraría además su posición en Europa. Rusia, por tanto, no estaba interesada en aceptar una oferta francesa que representaba una intrusión en lo que ella ya consideraba su área de influencia. La frecuencia con la que el primer cónsul apuntó a la posible disolución del poder otomano solo contribuyó a alarmar a Rusia y a que prestara oídos más atentos a las propuestas británicas.[77]

La percepción rusa de la amenaza francesa en Oriente alcanzaba, naturalmente, a la cuestión de Malta, que, como hemos visto, fue tan decisiva en la ruptura de Amiens. Los británicos, en sus negociaciones con Bonaparte, habían insistido en la neutralidad de la isla, una neutralidad que podía garantizarse mediante una tercera potencia. Para los británicos, esa potencia era Rusia, y los esfuerzos de lord Hawkesbury para convencer a Alejandro de que se involucrara llegaron incluso al ofrecimiento de costear los gastos que conllevaría la guarnición rusa.[78] San Petersburgo no estaba contento con las condiciones: un importante diplomá-

tico ruso se quejó de que Gran Bretaña pasaba por alto el protectorado ruso sobre los caballeros de Malta, un compromiso que impedía a Rusia dar garantías de la independencia de la isla como exigía el artículo X de Amiens.[79] A finales de 1802, sin embargo, la posición rusa había evolucionado. Este deslizamiento tuvo un papel relevante en las prolongadas tensiones entre Gran Bretaña y Francia. En diciembre de 1802, Vorontsov sugirió al legado británico que Rusia podría estar dispuesta a aceptar la ocupación transitoria de la isla por los británicos. Un mes después, el príncipe Adam Czartoryski, que había asumido las funciones del ministro de Exteriores, indicaba a la embajada británica que Gran Bretaña no debía evacuar Malta, un mensaje corroborado dos días después cuando Czartoryski afirmó abiertamente que el emperador Alejandro deseaba que Gran Bretaña conservara Malta.[80]

La noticia del cambio de la posición rusa llegó a Londres el 8 de febrero, en pleno debate acalorado por la publicación del reporte de Sebastiani acerca de Egipto, y tuvo un papel de importancia en el afianzamiento de la posición británica relativa a Malta. El 9 de febrero, solo un día después de conocer el movimiento ruso, el ministro de Exteriores británico envió nuevas instrucciones a lord Whitworth que explicaban que Gran Bretaña también tenía derecho a compensación, la cual debía incluir la ocupación de Malta.[81] De este modo, mientras que lord Whitworth imaginaba «un sistema de observación por parte de Gran Bretaña y Rusia [...] para poner freno a la ambiciosa carrera del primer cónsul», sus superiores del Foreign Office iban más allá y deseaban una alianza defensiva secreta con Rusia. Se apoyaban en que el informe de Sebastiani demostraba que había que defender al Imperio otomano contra la renovada agresión francesa.[82] Los rusos volvieron a presentar objeciones; quitaron hierro a la amenaza francesa sobre el Imperio otomano y defendieron que cualquier intento de formar una coalición podría provocar directa-

mente una guerra en Europa. De todas formas, el Gobierno ruso no estaba convencido de que las tensiones franco-británicas fueran a llevar verdaderamente a la guerra. Los informes del embajador ruso en París sugerían que Francia tenía todas las razones posibles para evitarla y esta información llevó a los responsables superiores rusos a pensar que, de alguna manera, la crisis entre París y Londres se resolvería pacíficamente. Rusia, sin embargo, sí prometió actuar de modo concertado con Gran Bretaña en caso de amenaza alguna contra la Sublime Puerta o en cuanto al tema de Malta, unas promesas que, probablemente, contribuyeron a la intransigencia del ejecutivo británico en las últimas etapas de sus negociaciones con Francia.[83]

El gabinete de Addington, seguro del apoyo ruso (aunque este no se hubiera formalizado), quiso ejercer más presión sobre Bonaparte.[84] Al mismo tiempo, Bonaparte, desconocedor de los acercamientos diplomáticos rusos a Gran Bretaña, buscó la ayuda de Alejandro con la esperanza de que la mediación rusa pudiera forzar a los británicos a ceder y salir de Malta.[85] Se había dado cuenta, hacía poco tiempo, de que sus comentarios acerca de un eventual reparto de Oriente podían enrarecer sus relaciones con Rusia, así que se aseguró de incluir, en su nuevo discurso en torno al estado de la república, un rechazo implícito de toda acción agresiva contra los otomanos.[86] El ministro de Exteriores francés se mostró dispuesto a actuar para atender las ya viejas peticiones rusas de compensación para la monarquía de Cerdeña e incluso entregó el borrador de un tratado a este efecto.[87] Estaba claro que Bonaparte estaba haciendo todo lo posible por apaciguar a Rusia y utilizar su intercesión para preservar la paz. El emperador Alejandro I se sintió entonces atrapado: si se negaba a mediar, la guerra entre Gran Bretaña y Francia sería casi segura, pero implicarse significaba poner en peligro las relaciones con uno de los bandos. El emperador ruso vaciló a lo largo de marzo y abril hasta que, en el último minuto, tomó la decisión de acep-

tar la propuesta francesa y ofrecer su mediación. La oferta rusa llegó a París el 12 de marzo, «demasiado tarde» para convencer a Gran Bretaña de que la aceptara.[88] De todos modos, la intervención rusa puso a los británicos «en la muy embarazosa situación» de tener que rechazarla y continuar por el camino de la guerra.[89]

El colapso del Tratado de Amiens es uno de los puntos de inflexión de la historia de los últimos siglos. Puso en marcha doce años de guerra y desgracias y moldeó los destinos de Europa y del resto del mundo. La cuestión de la responsabilidad del colapso de Amiens ha sido objeto de un debate interminable, en gran parte centrado en el grado en que Bonaparte contribuyó personalmente al estallido de la guerra. Para muchos historiadores, la responsabilidad por la reanudación de la contienda recae por completo en las espaldas del líder francés, cuyo propio nombre está asociado hoy con aquel conflicto. Afirman que Bonaparte estaba movido por un desenfreno imperialista y por la megalomanía. No estaba «interesado en absoluto en la paz» y venía «buscando cualquier excusa para reanudar la guerra», acusa uno de estos historiadores.[90] «Todas las culpas recaen en el lado francés», indica otro.[91] Esto coincide con la opinión del experto estadounidense Paul W. Schroeder, para quien «todas las guerras posteriores a 1802 fueron guerras de Bonaparte».[92]

No hay duda de que Bonaparte se demostró anglófobo (igual que muchos europeos) y de que sus políticas continentales y coloniales contribuyeron a que los británicos se decidieran por la guerra.[93] De todos modos, no parece equilibrado convertirlo en el único responsable del torbellino que se desencadenó entre 1800 y 1815. Como sucede en cualquier debate de las causas de una guerra, las pruebas se manipulan a menudo para adaptarlas al

punto de vista propio. El hecho es que ninguno de los actores de esta conflagración global fue completamente inocente. Sin adentrarnos demasiado en hipótesis contrafactuales, es posible que, en este caso, el siguiente experimento mental nos pueda aportar cierta perspectiva. Si Bonaparte hubiera fallecido en Italia o Egipto, en la primera década del siglo XIX, casi con seguridad, habría sido de todos modos un periodo de guerra en Europa. Si buscamos un patrón general de las causas de la guerra en los siglos XVIII y XIX en Europa, vemos con claridad que la defensa y la extensión del poder de un Estado –movido por presiones internas, problemas externos, intereses tradicionales o rivalidades– era el factor sistémico más significativo en la decisión de ir a la guerra. Los intentos de echar la culpa de un conflicto a las dimensiones internas del carácter de Bonaparte parecen obviar un aspecto crucial: en concreto, su aguda percepción geopolítica, que le permitía comprender la posición de Francia dentro del sistema internacional. Las políticas de Bonaparte en 1800-1802, aunque contribuyeron a la contienda, no eran radicalmente nuevas. Su origen estaba en los objetivos formulados por la monarquía borbónica muchas décadas antes. Además, también eran una evolución directa y natural de las Guerras de la Revolución.[94] El conflicto revolucionario, que entonces ya había durado una década, condujo, en palabras de un historiador alemán, a «la indefensión de Alemania, la resignación de Prusia, la retirada de Rusia, la derrota de Austria y el agotamiento de Inglaterra».[95] En cambio, Francia había alcanzado su gran objetivo, ser la potencia hegemónica de Europa occidental, y había logrado un cordón sanitario en Suiza, el norte de Italia y los Países Bajos, donde ahora Bonaparte buscaba consolidar el dominio francés. Además, Bonaparte pensaba que Francia estaba perdiendo su pugna con Gran Bretaña por la primacía en el comercio mundial, la industria y las colonias. Durante las guerras del siglo XVIII, Gran Bretaña había empleado su superior poder naval

para defender y acrecentar una prevalencia económica que ni siquiera la pérdida de sus colonias norteamericanas pudo estorbar. En 1800, Francia iba perdiendo con claridad en esta competencia. Entre 1750 y 1800, la aportación al total de las manufacturas europeas cayó del 17,2 por ciento al 14,9 por ciento, mientras que la de Gran Bretaña subió del 8,2 por ciento al 15,3 por ciento. Además, durante ese mismo periodo, la industrialización británica (medida *per capita*) superó con mucho la de Francia, el volumen de su comercio se triplicó y su marina mercante dobló su tamaño.[96] En este contexto, es difícil imaginar un Gobierno francés que adoptara, como se ha sugerido algunas veces, una política exterior dócil, una política que no tratara de aprovechar las circunstancias para recuperar la influencia de Francia en el continente. La política de Bonaparte en el periodo 1800-1803 obedecía a una motivación geopolítica enraizada en los temores franceses acerca de su posición en el sistema económico global ante su rival tradicional. La rápida industrialización de Gran Bretaña, su cuota en el comercio internacional, cada vez más alta, su sistema colonial cerrado y su superior poder naval significaban que Francia se enfrentaba a la perspectiva de verse privada de los mercados y las materias primas y de no poder mantener su posición en el sistema internacional. Las élites francesas compartían estas preocupaciones, lo que supuso, como señaló correctamente el historiador Steven Englund, que las políticas expansionistas de Bonaparte contaran con un respaldo interno considerable: «[…] las pruebas sugieren un orgullo generalizado entre el pueblo y la élite por […] el engrandecimiento de Francia».[97] La necesidad de oponerse y enfrentarse a Gran Bretaña había sido reconocida por los mandatarios franceses antes de que Bonaparte llegara al poder. Los ejecutivos revolucionarios predecesores de Bonaparte aplicaron políticas no menos beligerantes porque se dieron cuenta de que, después de la derrota de la Primera Coalición, Francia gozaba de una posición incomparable para convertir en realidad

posibilidades antes siquiera soñadas; y estos sentimientos se vieron todavía más reforzados después del desbaratamiento de la Segunda Coalición. La economía francesa se había vuelto dependiente de los recursos que extraía de los Estados vecinos y no habría sido fácil para ningún gobierno francés reducir su papel en los Países Bajos, Renania o Italia. El Ejército había saboreado la gloria y disfrutaba de las oportunidades de explotación que se le ofrecían en los territorios conquistados u ocupados. En enero de 1802, George Jackson, hermano del legado británico encargado de las negociaciones de Amiens, anotó en su diario que los oficiales franceses estaban «insatisfechos con Bonaparte por razón de la "paz prematura" [y] han tratado de alienar la lealtad de sus guardias; y muchas personas bien informadas piensan que el ejército no es fiable».[98]

Los que arrojan sobre Bonaparte el peso de la culpa cometen el error de suponer que los intereses de Francia eran antinaturales y merecedores de condena, mientras que los de Gran Bretaña o los de sus aliados continentales eran naturales y encomiables.[99] Sin embargo, como señaló el historiador francés Albert Sorel hace más de un siglo, prácticamente cada una de las violaciones de las relaciones internacionales con que se ha acusado a Bonaparte podían también encontrarse en el repertorio de los Estados del Antiguo Régimen, quienes, con demasiada frecuencia, practicaron la depredación de sus vecinos. En ausencia de un sistema internacional que regulara el comportamiento de los Estados como el que existe hoy, y como ha indicado un historiador actual, ¿por qué habríamos de considerar a la Francia de principios de la década de 1800 más «villana» que la Rusia de la década de 1790 o la Prusia de la década de 1740?[100] ¿Estaban Rusia o Austria más justificadas en su reparto de Polonia que Francia al anexionarse Renania y Piamonte? ¿Eran las aparentes ambiciones de expansión colonial de Bonaparte intrínsecamente distintas de las aspiraciones británicas?

Ninguna potencia europea estaba en una posición desde la que pudiera condenar a Francia por cambiar el estatus oficial de otras áreas de Europa. Las acusaciones británicas, austriacas y rusas de que Francia despreciaba la voluntad de los pueblos vecinos deben analizarse teniendo en cuenta, por ejemplo, la incorporación de Irlanda al Reino Unido, la política austriaca en las tierras fronterizas de los Balcanes y las acciones rusas en Polonia y Georgia: en ninguna de ellas se ejerció la libre voluntad de las poblaciones afectadas. ¿Estaba Gran Bretaña más justificada para bombardear Copenhague en 1801, en defensa de sus intereses en el Báltico, que Francia para enviar tropas a Suiza en 1802? El canciller ruso Vorontsov, al condenar las acciones francesas en Suiza, pretendió que Bonaparte actuaba ignorando que «toda nación libre tiene el derecho de elegir una forma de gobierno que se acomode mejor a sus circunstancias, sus raíces y las tradiciones de su pueblo». Sin embargo, cuando los franceses le recordaron lo que los rusos habían hecho en Polonia apenas seis años antes, Vorontsov solo pudo responder que eso era ya «algo pasado» y que «no tenía sentido traerlo a colación».[101] Francia no era la única potencia que, en su política de expansión, estaba dispuesta a arriesgarse a la reanudación del conflicto. En las capitales europeas había abundantes halcones que deseaban explotar la inestabilidad política y militar. Rusia alimentaba, sin duda, grandes ambiciones imperiales y ya hemos hablado del memorando de Rostopchín acerca del realineamiento político de Europa. No fue menos ambicioso el memorando que preparó Henry Dundas, secretario de Guerra británico, en el que abogaba por conquistas coloniales en América del Norte y del Sur.[102] Austria no había perdido la esperanza de reclamar los territorios perdidos y de reducir a Francia a sus antiguas fronteras. Sin embargo, Francia era el único de estos países que disfrutaba de una ejecutoria continuada de éxitos militares y políticos, de modo que podía

intentar poner en marcha políticas que los otros solo podían soñar.

Pese a las acusaciones de que Bonaparte había violado los términos del Tratado de Amiens, lo cierto es que no los violó, al menos desde una perspectiva legal.[103] Las acciones francesas en Piamonte y Suiza no quebraban el tratado de paz anglo-francés, ni tampoco eran tan peligrosas como las pintaban los británicos. En ninguna de estas regiones se planteaba una amenaza directa a intereses británicos, ni eran parte del área de influencia tradicional de Gran Bretaña. Ambas estaban ya bajo la influencia francesa al acabar las Guerras de la Revolución y las acciones de Bonaparte iban encaminadas a la consolidación del poder que Francia ya ejercía en ellas.[104] Debemos recordar que Gran Bretaña no mostró mucho interés en Piamonte-Cerdeña hasta 1803, como lo demuestra la negativa a las solicitudes sardas de tener un representante en las negociaciones de paz, una negativa que favorecía las ambiciones francesas de influir en el futuro del reino.[105] Las críticas de los británicos tenían un fundamento más sólido en lo que se refiere a las violaciones del Tratado de Lunéville por Bonaparte por no evacuar sus tropas completamente de las repúblicas bátava e italiana.[106]

Con lo expuesto no pretendemos que Bonaparte no tuviera ninguna responsabilidad por los doce años de derramamiento de sangre que empezaron en marzo de 1803. Las acciones y palabras del primer cónsul revelan su ansia de poder, no las virtudes de la prudencia y la conciliación que podrían haber preservado la paz en el continente. No era un «constructor amante de la paz», como algunos de sus defensores continúan pretendiendo.[107] Para él, la guerra era «solo la continuación de la política por otros medios», por usar la formulación del célebre teórico militar Karl von Clausewitz –una idea, por cierto, extraída de sus observaciones de la era napoleónica–.[108] Bonaparte buscaba aprovechar cualquier oportunidad que le ofrecieran sus adversarios. Empu-

jaba o pinchaba a sus vecinos todo lo que podía para conseguir lo que pretendía, sembrando las semillas del resentimiento que acabaron por dar como fruto la guerra. Las acciones de Francia, tomadas de una en una, eran provocadoras, aunque no *casus belli*. De todos modos, en conjunto, crearon una nueva realidad internacional en la que Francia era un poder hegemónico con ambiciones imperiales en Europa y en ultramar. Gran Bretaña no podía tolerarlo y se sintió obligada a resistir.[109]

Este deslizamiento hacia la guerra se vio facilitado por las ideas erróneas de Bonaparte acerca de las dificultades económicas de Gran Bretaña y por lo que percibió en esta como un ansia de hacer la paz incluso en condiciones desventajosas. Pensaba que Gran Bretaña estaba harta de la guerra y que no asumiría el riesgo de un nuevo enfrentamiento, en especial sin aliados en el continente. Se equivocaba. La contienda llegó demasiado pronto para Bonaparte, que, en 1803, hacía ruido con el sable sin intención de usarlo.[110] Era consciente de que su consolidación interior no estaba completada, de que el país todavía estaba debilitado económicamente y de que sus fuerzas, en concreto la Armada, no habían llegado a un punto en que pudieran retar seriamente a Gran Bretaña. Tenía todas las razones para desear conservar la amistad. Con la paz era posible reavivar el comercio y la industria, desarrollar las colonias y reforzar las fuerzas armadas. Que Bonaparte no estaba *todavía* listo para luchar queda claro por sus esfuerzos en el último minuto, como hemos visto, para llegar a un compromiso con Gran Bretaña en el asunto de Malta. En esa ocasión, se mostró dispuesto a aceptar unas condiciones que habrían constreñido su política en el Mediterráneo oriental.

Los historiadores tienden a desestimar estas iniciativas poniendo en duda su sinceridad, aunque son merecedoras de reconocimiento y consideración. Sería legítimo sostener que, en 1803, Bonaparte debió hacer más para preservar la paz, pero lo

mismo podría decirse de Gran Bretaña. Los periódicos, revistas y gacetas británicas continuaban expresando de forma explícita su esperanza en la desaparición del líder galo, a quien retrataban como un pigmeo de piel amarilla o, en un tabloide, como un monstruoso «ser inclasificable, mitad africano, mitad europeo; un mulato mediterráneo».[111] Tampoco se salvaban los miembros de su familia: su esposa Josefina era retratada como una mujerzuela y se acusaba a su hijastra, Hortensia, de relaciones incestuosas. Un estadista de la magnitud de Bonaparte podría haber optado, con mejor juicio, por ignorar tal tipo de ataques, pero el primer cónsul, siempre muy sensible a como lo presentaba la prensa, se enfurecía por estas caracterizaciones. En palabras del consejero de Estado Joseph Pelet de la Lozère, le provocaban tal «furia que parecía el león de la fábula, enloquecido por las picaduras de un enjambre de mosquitos».[112] En agosto de 1802, cuando el legado francés presentó una lista formal de seis quejas fundamentales al Gobierno británico, la cuestión de los artículos de prensa hostiles a Francia estaba en el punto álgido. Bonaparte, para evitar la difusión de los periódicos británicos en Francia, violó el acuerdo vigente entre los servicios postales francés y británico ordenando a sus funcionarios que no atendieran a algunas cláusulas relacionadas con las tasas aduaneras y el transporte de pasajeros.[113] En el verano de 1802, escribió personalmente un mínimo de cinco artículos para el periódico oficial francés *Le Moniteur* en los que se quejaba de que los británicos no habían puesto coto a la prensa. «¿Llega la libertad de prensa tan lejos –leemos en su artículo del 8 de agosto– como para permitir que un periódico diga de una nación amiga, recientemente reconciliada con Inglaterra, cosas que uno no se atrevería a decir de un gobierno con el que estuviera en guerra?».

La continuada publicación de diatribas en Gran Bretaña solo contribuyó a la convicción personal de Bonaparte de que el ejecutivo británico era culpable de mala fe; nunca pudo aceptar que

dicho ejecutivo fuera tan ajeno a aquello o tan impotente para sofocarlo como pretendía. Los miembros del Gobierno británico tenían acciones en numerosos periódicos y las explicaciones de que el gabinete británico no podía limitar las tradicionales libertades inglesas les sonaban falsas a los franceses. La Ley de Prácticas Traicioneras y la Ley de Reuniones Sediciosas de 1795, que habían silenciado entonces cualquier opinión profrancesa en la prensa, eran prueba de que el Gobierno británico podía, si había necesidad, restringir la libertad de prensa. Naturalmente, cualquier acción similar a favor de Bonaparte habría provocado una tormenta política que habría puesto en peligro al ejecutivo de Addington. Por esto, y a pesar de las quejas francesas en los términos más amargos, el Gobierno británico no hizo nada para limitar las actividades de los *émigrés* más vociferantes y los libelos de la prensa británica continuaron ejerciendo una influencia destructiva en las relaciones anglo-francesas.[114]

El problema de la prensa estaba directamente relacionado con otro asunto espinoso en las relaciones entre los dos países. Desde el inicio de la Revolución en 1789, Gran Bretaña había servido de refugio a cientos de *émigrés* que conspiraban activamente contra Francia. Los británicos financiaron a muchos agentes realistas que se infiltraban después en Francia para incitar a la sublevación o atentar contra miembros del Gobierno. En 1798-1799, agentes británicos apoyaron un complot realista francés para asesinar a todos los miembros del Directorio.[115] El propio Bonaparte fue objeto de varios intentos de asesinato. En el más célebre de ellos, él y Josefina escaparon por poco de la muerte cuando unos agentes realistas detonaron una gran bomba –*la machine infernale*– en la *rue* Saint-Nicaise, en la Nochebuena de 1800. Los círculos realistas continuaron operando en Gran Bretaña después de la firma del Tratado de Amiens y Bonaparte tenía derecho a objetar la continuación de su presencia en suelo británico. De haberlo decidido, el ejecutivo británico podría haber invocado,

sin problemas, artículos de la Ley de Extranjería de 1793 para deportar a algunos escritores sediciosos de la comunidad de emigrados franceses que eran especialmente vociferantes en sus denuncias contra Bonaparte.[116]

Gran Bretaña no fue a la guerra en 1803 movida por «un temor irracional» ante los motivos e intenciones de Bonaparte, como algunos han sugerido.[117] Al optar por este camino, actuó movida por la clara percepción de que, mientras la paz durara, no dispondría de instrumentos apropiados para contener a Francia en los asuntos continentales o coloniales, una realidad que Bonaparte sabía aprovechar con enorme éxito. Francia, tras ocupar Holanda, Piamonte y Nápoles y obligar a los españoles a enviar tropas a Portugal, había logrado cerrar Europa occidental y meridional al comercio británico. Esta situación fue luego ratificada en Amiens. La conducta del Gobierno británico durante las negociaciones de paz –en las que, en palabras del canciller ruso Vorontsov, «primero había cedido en todo en los preliminares, y luego otra vez en el Tratado de Amiens»– situó a Gran Bretaña en una situación poco envidiable: el tratado facilitaba a Francia aprovechar sus ventajas y dificultaba a Gran Bretaña reaccionar sin violar lo acordado.[118]

La falta de sinceridad de los esfuerzos británicos para el sostenimiento de la paz se puso de manifiesto durante los tres meses posteriores a la ruptura del Tratado de Amiens. En mayo-julio de 1803, Francia hizo concesiones en repetidas ocasiones que solo fueron rechazadas. Se olvida a menudo que Bonaparte ofreció (y Rusia aceptó) unas condiciones que iban mucho más lejos del extremo al que había estado dispuesto a llegar a principios del año. Accedió a transferir a Gran Bretaña la isla de Lampedusa, que podría haber garantizado la presencia naval militar y comercial británica en el Mediterráneo. También prometió evacuar Holanda, Suiza y Nápoles si los británicos hacían lo propio en Malta. E incluso, aunque prefería que esta última isla estuviera

en manos de Rusia, se mostró dispuesto a mirar a otra parte si Rusia decidía, más tarde, traspasarla a Inglaterra. Francia prometió compensar a Cerdeña por los territorios que había perdido en el norte de Italia y el resto de las discrepancias internacionales habría sido resuelto en un congreso especial que se habría convocado. Esta era una oferta extraordinaria que los británicos tendrían que haber sopesado con calma. Si, como pretendía el Gobierno británico (y muchos historiadores continúan afirmando), Bonaparte no era sincero en sus intenciones, habría sido muy fácil desenmascararlo. Valorar las propuestas francesas no habría exigido mucho esfuerzo ni tiempo, ni habría puesto en peligro la seguridad británica, puesto que Francia no estaba en posición de amenazarla directamente –como Gran Bretaña bien sabía–. Más bien, valorar esas propuestas habría reforzado la posición británica: Bonaparte se habría visto forzado a cumplir con su promesa o habría tenido que renegar y quedar en evidencia.

Sin embargo, el ministro de Exteriores británico exigió unas bases más generales y amplias para poder llegar a un posible acuerdo de paz. Esto decepcionó al Gobierno francés, que antes se había ofrecido a debatir algunas cláusulas del «ultimátum» de abril de Whitworth, pero que ahora estaba preocupado porque la referencia británica a una base mayor para llegar a un acuerdo pudiera implicar concesiones mayores. Como Francia ya se había ofrecido a negociar las cuestiones suiza, holandesa e italiana, el ministro de Exteriores francés se preguntaba acerca de la extensión de las nuevas demandas británicas, que parecían ampliarse al control francés de Renania y Bélgica. Si esto era así, habría equivalido a ceder prácticamente todas las ampliaciones territoriales francesas desde 1793 y a aceptar restricciones a su política internacional, algo que ningún ejecutivo francés habría aceptado.

En agosto, Bonaparte renunció a sus esfuerzos mediadores. «Una mediación debe tener bases –escribía Talleyrand en una de sus cartas–. Los ingleses no desean ninguna [...] Nos damos

cuenta perfectamente de que en esta [oferta de mediación] los intereses de Inglaterra están bien protegidos, y han llegado incluso más lejos en este sentido que lord Whitworth en su ultimátum, pero tendríamos que sufrir derrotas terribles antes que aceptar tal deshonor».[119] La correspondencia de Bonaparte en el verano de 1803 revela una creciente preocupación por su prestigio y por cómo lo vería la opinión pública si reculaba en este enfrentamiento con Gran Bretaña. Ambas naciones, adujo, tenían intereses políticos y comerciales vitales. A menos que Gran Bretaña estuviera dispuesta a limitar de modo voluntario su poder, Francia no tenía más remedio que oponerse al mismo. La negativa británica a evacuar Malta, afirmaba Bonaparte, «dejó clara su intención de sumar el Mediterráneo a su casi exclusiva esfera comercial de las Indias, América y el Báltico». De todas las calamidades que podrían sucederle a Francia, «no hay ninguna comparable a esta [hegemonía económica británica]». La guerra era, por consiguiente, necesaria. Francia no podía inclinarse ante una nación que «juega con todo lo que es sagrado en la tierra y que ha asumido, especialmente en los últimos veinte años, una ascendencia y temeridad que amenazan la existencia de todas las naciones en su industria y comercio, la verdadera sangre de los Estados». Acceder a las demandas británicas habría significado abrir la puerta a una paz que habría anulado todo por lo que Francia había luchado en los diez años anteriores. Lord Grenville observó en marzo de 1803 con agudeza:

> Nuestro gobierno ha forzado tanto las cosas que es prácticamente imposible que Bonaparte retroceda, si es que tuviera el deseo de hacerlo. El único apoyo real de su poder en Francia es la influencia que posee en parte del ejército y que el país piensa que es poderoso y respetado en Europa. Si ahora consiente verse intimidado por nuestros preparativos, perderá todo el prestigio interno y en el exterior.[120]

La guerra tenía su propia lógica inexorable. Podía proporcionar a Gran Bretaña los medios para contener a Francia gracias a su superioridad en los mares y excitar el sentimiento antifrancés

en el continente para revisar el orden internacional existente. Algunos políticos británicos que solo un poco antes habían condenado a Francia por privar «a un pueblo valiente y generoso» de sus «leyes y gobierno tradicionales», ahora hablaban de incitar a «tres grandes potencias continentales a actuar, bien mediante cuantiosos subsidios o con una gran oferta: los Países Bajos [Bélgica], o incluso Holanda, a Prusia; toda Lombardía a Austria; a Rusia, lo que pueda pedir».[121] El amplio programa de construcción naval emprendido por Bonaparte en 1802-1803 podía, en pocos años, agrandar el tamaño de su armada hasta llegar a amenazar el dominio de los mares de Gran Bretaña. Esto era un incentivo adicional para que Gran Bretaña decidiera resolver el problema francés antes de que las capacidades navales de su adversario se desarrollaran. La guerra también podía ser beneficiosa para el transporte mercante británico, puesto que durante la misma el comercio de los países que no fueran completamente dependientes de Francia sería transportado casi en exclusiva por Gran Bretaña. La causa de la guerra se vio también favorecida por el recuerdo entre los británicos de los traumas económicos que Francia había sufrido en las décadas anteriores, por no hablar de la tormenta social y política de la era revolucionaria: el nuevo gabinete francés podía acabar resultando tan breve como el de sus predecesores.[122] Además, el ejecutivo de Addington se enfrentaba a una aguda presión interna. Si en octubre de 1801 «la existencia del Gobierno parecía firmemente ligada a la preservación de la paz», dos años después «una vociferante demanda interior» era favorable a una política más firme hacia la resurgente Francia.[123]

Parece imprudente descartar por completo, del modo en que han hecho algunos, la rivalidad anglo-francesa en torno al equilibrio de fuerzas en Europa, como si esta rivalidad no hubiera tenido nada que ver con el estallido de la guerra.[124] Sí que tuvo que ver y de muchas maneras. El conflicto entre Francia y Gran

Bretaña era un enfrentamiento entre dos imperialismos. Ambos buscaban proteger sus intereses nacionales manipulando las circunstancias internacionales en beneficio propio. Esto no solo se aplicaba a Europa, donde Francia tenía la posición dominante, sino también en los mares y más allá, donde Gran Bretaña protegía con celo sus posiciones, en especial en la India. Otra potencia imperial, Rusia, también pudo tener un papel decisivo en las relaciones franco-británicas, pero la inexperiencia de su joven monarca, las ambiguas aspiraciones de este y los intereses internos del país conspiraban para que Rusia se contentara con centrarse en los retos internos, en lugar de intentar moldear el curso de los acontecimientos en Europa.[125] Esto, a su vez, desempeñó un rol importante en el colapso final de la paz en Europa.

CAPÍTULO 9 | El elefante contra la ballena: Francia y Gran Bretaña en guerra, 1803-1804

El conflicto paneuropeo que llegó a conocerse como las Guerras Napoleónicas empezó como un conflicto entre Francia y Gran Bretaña: era el típico espectáculo de la gran potencia terrestre en lucha con la gran potencia marítima –el elefante contra la ballena–. No hay duda de que Gran Bretaña, que poseía la Marina más grande y poderosa de Europa, era dueña indiscutible del mar. Francia, por su parte, tenía un imponente Ejército terrestre encabezado por un industrioso líder. Ningún bando estaba en posición de entrar en el recinto del adversario: la Marina francesa aún trataba de recuperarse de la condición deplorable en que cayó durante la etapa revolucionaria y el Ejército británico no tenía posibilidad alguna de imponerse a los veteranos franceses que se habían forjado en las guerras de las coaliciones. De qué modo podría imponerse una de las dos potencias era algo que estaba por ver.

Durante el breve tiempo de paz conseguido en Amiens, muchos negocios franceses invirtieron intensamente en la construcción naval para aprovechar la apertura del comercio marítimo. El colapso de Amiens provocó fuertes pérdidas en cuanto los escuadrones británicos empezaron a apresar mercantes franceses dondequiera que los interceptaban. Esta circunstancia puso a su vez en peligro a los bancos franceses que habían proporcionado

los préstamos a esos negocios o que simplemente tenían una relación directa con el comercio marítimo. En mayo-junio de 1803, mientras los bancos perdían millones de francos en inversiones, las acciones se desplomaron en la bolsa francesa. Bonaparte, para estabilizar el sector financiero, recurrió al Banco de Francia. Este se había creado oficialmente en febrero de 1800, pero todavía no estaba capitalizado completamente. El primer cónsul incrementó con presteza el capital del banco a 45 millones de francos, le concedió derechos exclusivos para la impresión de papel moneda y le encargó la supervisión de las finanzas del país.

El Banco de Francia tuvo éxito en la mitigación de los daños a corto plazo en la economía francesa, aunque no pudo hacer nada por el comercio francés con ultramar, que llegó a extinguirse casi por completo cuando los británicos atacaron las posesiones coloniales galas. Para Gran Bretaña, la guerra fue en primer lugar, y sobre todo, un conflicto naval; los dos objetivos principales eran la salvaguarda de la nación isleña contra una invasión y la protección de las redes comerciales imperiales y marítimas, con la expectativa de ver aumentados la riqueza y los dominios imperiales.[1] Un periódico británico comentó: «mediante una juiciosa utilización de nuestra fuerza naval, secundada tal vez por algunas expediciones ocasionales, la ventaja en la guerra puede ser nuestra y el enemigo puede verse tan agotado y afligido que llegue a desear la paz».[2] No sorprende, pues, que en cuanto se inició la contienda, la Royal Navy actuara contra las posesiones coloniales francesas. Un escuadrón bloqueó el Santo Domingo francés, lo que evitó que los refuerzos y abastecimientos, tan necesarios, llegaran a la asediada guarnición francesa, de la que algunos contingentes empezaron a rendirse a los británicos para escapar a las represalias de las fuerzas negras. En las islas de Barlovento (en las Antillas Menores), el teniente general William Grinfield y el comodoro Samuel Hood atacaron la isla de Santa

Lucía a finales de junio de 1803 y forzaron la rendición de la guarnición francesa, muy inferior en número. Los británicos continuaron este triunfo con un ataque sobre Tobago, que cayó el 30 de junio. Después se dirigieron contra las colonias holandesas de Sudamérica, donde ya se había desatado la violencia en algunas de ellas. En abril de 1803, la guarnición de Berbice (actual Guyana) se amotinó después de que, al iniciarse la guerra franco-británica, quedase privada de los suministros que recibía de la República Bátava. La revuelta fue sofocada con ayuda de las tropas de otras colonias holandesas, pero contribuyó a socavar las ya debilitadas defensas de esas colonias. En septiembre de 1803, una fuerza expedicionaria británica apareció ante la costa de las colonias holandesas de Berbice, Demerara y Esequibo. Las autoridades coloniales no tuvieron más opción que someterse. Surinam resistió la invasión inicial, pero cayó ante una fuerza más potente encabezada por Hood y el mayor general Charles Green el 4 de mayo de 1804. De este modo, a finales de la primavera de 1804, las colonias holandesas de Sudamérica ya estaban en manos de los británicos.[3]

Las hostilidades franco-británicas también llegaron a la costa de Senegal, donde Francia ostentaba la posesión de Saint Louis (en la desembocadura del río Senegal) y de la isla de Gorea (junto al cabo Martin) desde el siglo XVII. Estas colonias, que eran principalmente enclaves para el comercio de esclavos, habían sido atacadas por los británicos durante la Guerra de los Siete Años y durante la Guerra de la Independencia estadounidense, aunque Francia las recuperó en ambas ocasiones.[4] Durante las Guerras Revolucionarias, los corsarios franceses emplearon ambos lugares como bases para sus incursiones contra el tráfico mercante británico, lo que movió al Gobierno británico a tomar medidas para poner fin a sus actividades. En 1800, un escuadrón británico comandado por *sir* Charles Hamilton ocupó Gorea. La isla debía haber sido devuelta a Francia según las condiciones del

Tratado de Amiens, pero los británicos no llegaron a hacerlo. Para ellos, el control francés de Gorea era «una espina clavada en el costado» de sus intereses en el África Occidental. La orden de Henry Dundas al gobernador británico de Gorea para que evacuara la isla fue pronto revocada por su sucesor. Durante más de un año, los franceses esperaron pacientes la retirada británica, que continuaba aplazándose por una supuesta carencia de transportes. En el verano de 1803, las dos naciones estaban ya en guerra, así que la evacuación estaba descartada. Con las aguas europeas bajo el firme dominio de la Royal Navy, el control británico de Gorea parecía garantizado, de no haber sido por la red de corsarios franceses que se extendía entre el África Occidental y la Guayana francesa, en Sudamérica. Estos corsarios hostigaban a los intereses británicos en ambos lados del océano y, en enero de 1804, ayudaron a una pequeña fuerza francesa a lanzar un ataque transatlántico sobre Gorea. La llegada de los franceses sorprendió a la guarnición británica, que tuvo que capitular después de una breve pero valiente defensa. El éxito galo tuvo corta duración. En marzo del mismo año, los británicos retomaron la isla e iniciaron una ocupación que duró los trece años siguientes.[5]

Bonaparte, para contraponerse a los británicos en el mar, centró sus energías en la consecución de tres objetivos principales: privar a Gran Bretaña de todo posible comercio en Europa, consolidar el control de una porción mayor del continente y preparar una invasión de las islas británicas. Para el primero de los objetivos, el Gobierno francés ordenó la confiscación de las mercancías británicas e ilegalizó la importación en todas las regiones controladas por Francia; además, Bonaparte mandó que todos los súbditos británicos que se hallaran en los territorios bajo control francés fueran encarcelados. Aunque justificó estas acciones como represalias por los apresamientos británicos de mercantes franceses, la escala y la crueldad de las medidas se consideraron

escandalosas y solo contribuyeron a confirmar a Bonaparte como el tirano malévolo que pintaban los medios ingleses.

Para competir con los británicos en el mar y, cuando llegara el momento, invadir las islas británicas, Bonaparte también emprendió un programa de construcción naval a gran escala y exhortó a su Ministère de la Marine a construir tantos buques como fuera posible. Además, le precisó: «el dinero no es un problema».[6] Bonaparte esperaba disponer para 1804 de más de 1600 barcazas –imprescindibles para desembarcar las tropas en la costa enemiga– que estarían apoyadas por un millar de embarcaciones pesqueras que podían ser convertidas en transportes.[7]

Mientras ampliaba su flota, Francia actuó sin pérdida de tiempo para consolidar el control de tantas áreas de Europa occidental como fuera posible. Los holandeses recibieron presiones para que aceptaran un tratado de alianza y proporcionasen tropas y buques de guerra, además de apoyo material a los contingentes franceses.[8] Para el otoño, la Confederación Suiza también se había comprometido ya a aportar 15 000 soldados, más otros 10 000 si Francia era atacada.[9] Las tropas francesas, mientras tanto, volvieron a ocupar puertos napolitanos, entre ellos Tarento, Otranto y Bríndisi, todos situados en el talón de la «bota» italiana.[10] En el norte de Europa, Bonaparte trató de poner en un aprieto al enemigo británico al ocupar el estado de Hannover, que llevaba unido a Gran Bretaña desde la muerte de la reina Ana, en 1714, cuando la casa gobernante de Hannover ascendió al trono británico sin perder el control de su ciudad Estado ancestral.[11] El arreglo fue bastante ventajoso para Gran Bretaña, puesto que Hannover era un emporio comercial y podía servir de base de operaciones en Europa. Su ocupación sería un éxito para Francia, por tanto, en marzo de 1803, Napoleón advirtió a

Prusia de que, en caso de hostilidades con Gran Bretaña, las tropas francesas entrarían en Hannover para asegurar la costa del mar del Norte y privar al comercio británico del acceso al continente. Más adelante, la ciudad Estado podría servir de valiosa moneda de cambio en futuras negociaciones con Gran Bretaña.

La entrada francesa en Hannover, sin embargo, iba a provocar la resistencia de Prusia, que no podía aceptar la expansión francesa tan cerca de sus fronteras. Cuando un emisario francés entregó la carta que avisaba de la inminente ocupación de Hannover, la corte de Berlín se vio invadida por el temor y la consternación.[12] Prusia no tenía ningún interés en participar en la contienda franco-británica y quería conservar la neutralidad que le había sido tan útil durante los siete años precedentes.[13] Además, la intervención francesa en Hannover habría acabado con el sueño prusiano de hegemonía en la Alemania septentrional y afectaba a su comercio regional. El ministro de Exteriores prusiano, Christian August Heinrich Graf von Haugwitz, defendía que permitir la ocupación francesa de Hannover sería el principio del fin de Prusia, cuya «única ventaja consistiría en ver cómo ella misma se convertía en la última víctima» de la «ilimitada ambición» de Bonaparte. «Cuando Inglaterra ejerce el despotismo en los mares, es una gran molestia. Pero la supremacía [de Francia] en el continente es infinitamente más peligrosa».[14] En un primer momento, Berlín se ofreció a mediar entre Gran Bretaña y Francia uniendo la amenaza de que, si su oferta era rechazada, ocuparía Hannover en compensación por el daño que, previsiblemente, sufriría el comercio prusiano en caso de hostilidades franco-británicas.[15]

No obstante, la amenaza prusiana era hueca. A diferencia de 1801, cuando pudo ocupar Hannover con respaldo francés, ahora Berlín se enfrentaba a unas circunstancias muy distintas. El factor crucial era que carecía del apoyo de cualquier otra gran potencia. Gran Bretaña rechazó la mediación prusiana y, de he-

cho, dio muestra de cierta indiferencia por el futuro de Hannover, que algunas autoridades británicas consideraban una minucia en comparación con todo lo que había en juego en el conflicto franco-británico.[16] La respuesta gala fue también inequívoca: o Prusia apoyaba la ocupación francesa, o Francia tendría que reevaluar sus relaciones con ella. «Nosotros tenemos inclinación por Prusia –observó un notable diplomático francés–. Ojalá no nos obligue a cortejar a Austria».[17]

Igual que en otras cuestiones, Rusia pudo haber marcado un curso distinto a los acontecimientos si hubiera intervenido con más vigor, sobre todo porque Prusia, Hannover y Gran Bretaña le habían solicitado que fuera garante de la neutralidad del norte de Alemania. Una posición rusa más asertiva podría haber permitido a Prusia (o a Hannover) resistirse a los planes franceses, incluso ante el Ejército de Hannover que Bonaparte ya estaba preparando. Sin embargo, de nuevo, el Gobierno ruso optó por permanecer como espectador. Aunque el emperador Alejandro I tenía buenos sentimientos personales hacia Federico Guillermo III, sus principales consejeros se encontraban molestos por las maniobras políticas recientes de los prusianos, que incluían la de ofrecerse como mediadores sin haber consultado antes a Rusia. Los rusos no olvidaban hasta qué punto Prusia había querido conservar Hannover en 1801 y cuán voluntariosamente había apoyado la reorganización francesa de la Alemania meridional.[18] Aunque, en junio de 1802, Alejandro y Federico Guillermo se habían reunido para limar sus diferencias en Memel (actual Klaipėda), las autoridades rusas todavía tenían dudas acerca de los motivos prusianos y temían una colusión franco-prusiana que alterara el equilibrio de fuerzas en la Alemania septentrional y que fuera contraria a su deseo de preservar el equilibrio regional.[19] Así las cosas, con Austria frotándose las manos, Gran Bretaña indiferente y Rusia disgustada, Prusia se encontró sin apoyos e incapaz de poner en práctica la amenaza previa de ocupar

Hannover. Federico Guillermo no podía permitirse acabar en un aprieto similar al de 1801, cuando se vio obligado a llamar de vuelta a las tropas por las amenazas de Gran Bretaña y Rusia. A pesar de los llamamientos del ministro de Exteriores, Haugwitz, y de relevantes figuras militares en favor de una acción unilateral, Federico Guillermo se alineó con las voces moderadas que sostenían que Prusia no estaba en una posición financiera ni militar que le permitiera oponerse a los franceses. Sin ayuda de otras potencias, Prusia se enfrentaba a una dura decisión: o permitía que los franceses invadieran Hannover, o luchaba contra ellos en solitario.[20] Eligió lo primero. A finales de mayo de 1803, el general Édouard Mortier llevó 25 000 soldados franceses desde Holanda al electorado, que capituló sin luchar y firmó la Convención de Sulingen el 3 de junio.[21]

La ocupación francesa de Hannover marcó un hito significativo en los asuntos europeos durante la guerra franco-británica. El electorado se vio sometido durante una década a un ejecutivo extranjero y tuvo que entregar enormes indemnizaciones a Francia. Solo en 1803 los franceses extrajeron más de 17 millones de francos, para después obligar a Hannover a conseguir varios millones más en forma de préstamos procurados en Estados vecinos.[22] Mayor alcance tiene aún que la crisis hannoveriana ilustra a la perfección las actitudes entonces prevalentes entre las potencias europeas –recelos recíprocos, falta de cooperación, preocupación por los intereses regionales–, unas actitudes que permitirían a Francia dominar el continente durante una década. Aunque el norte de Alemania inquietaba a todas las potencias, estas se demostraron incapaces de impedir que Francia invadiera Hannover y alcanzara una posición predominante en la región. La política de Rusia a lo largo de 1803 fue confusa y su falta de apoyo a Prusia hizo posible la ocupación francesa de Hannover. Curiosamente, Rusia se dio cuenta ya tarde de lo que estaba a punto de suceder y cambió de forma drástica su posición. En el

momento en que la fuerza francesa estaba cruzando la frontera hannoveriana, Rusia invitó a Prusia a lanzar una intervención conjunta en Hannover para proteger la neutralidad del norte de Alemania.[23] Sin embargo, este cambio de alineamiento sucedió demasiado tarde para poder tener efecto alguno, en especial desde que Bonaparte se apresuró a aplacar los sentimientos heridos de la corte de Hohenzollern.[24]

El resultado del incidente hannoveriano afectó a Prusia de forma más profunda que a las demás potencias. Federico Guillermo no había conseguido salir airoso de la primera gran crisis de su reinado y demostró que era, tomando prestada una expresión de William Shakespeare, «un cordero que se enfurecía como el pedernal que produce la llama».[*7][25] Rodeado por el grupo de sus consejeros favoritos –es decir, aquellos que seguían sus deseos–, el rey hizo todo lo posible para que Bonaparte no tuviera ninguna causa para el enfrentamiento e ignoró a quienes le sugerían que movilizara a las tropas. Prefirió insistir en la paz a cualquier precio, incluso aunque la ocupación gala de Hannover atentara directamente contra la hegemonía prusiana en el norte de Alemania y provocara el bloqueo por los británicos de los ríos Elba, Weser y Ems, todos ellos vías de salida vitales para el comercio prusiano. Además, la crisis obligó a Prusia a repensar su concepto de «zona de neutralidad»: en lugar de aplicarla a los estados del norte de Alemania, los prusianos abrazaron una definición más restringida que solo abarcaba a su propio territorio. Según esta nueva política, Prusia no tomaría las armas a menos que su propio solar fuera atacado por los franceses.[26] Todo esto significaba que el estatus de Prusia en Europa había sido socavado. Su negativa a socorrer a una región vecina ante una agresión despertó, naturalmente, dudas acerca de su capacidad para defenderse a sí misma. A lo largo del otoño de 1803, Bonaparte continuó obteniendo concesiones adicionales de Prusia y la presionó con dureza para establecer una alianza franco-prusiana y sin ad-

mitir una sola de las condiciones de los prusianos.[27] La intransigencia de Bonaparte condujo, en último término, al fin de estas negociaciones. Fue un claro fracaso por su parte. Aunque Francia había ampliado su influencia hasta el norte de Alemania, lo había hecho sembrando semillas de honda discordia con un Estado que aspiraba a mantenerse neutral a toda costa, empujándolo a que buscara participar en una coalición antifrancesa. Solo la acostumbrada perplejidad de su monarca salvó a Prusia de incorporarse a la Tercera Coalición en 1805.

«Vaya lección recibimos en esto acerca del poco respeto que nos tienen en el exterior –se lamentaba Johann Ludwig Cobenzl, vicecanciller del Imperio austriaco–. El respeto que, por sí mismo, constituye la seguridad de los Estados».[28] Después de la Paz de Lunéville, Austria dejó de ser respetada por las demás potencias continentales y su influencia política y militar languideció. La corte habsbúrgica se veía aislada diplomáticamente e incapaz de detener la marea de la expansión francesa o la creciente influencia de Prusia y Rusia. Las, en apariencia, estrechas relaciones entre los soberanos prusiano y ruso fueron causa de notable inquietud en Viena, que desconfiaba de ambos. Especialmente alarmante para Austria era la interferencia de Rusia en Italia –bien desde las vecinas islas Jónicas, donde estaba el protectorado ruso de la República de las Siete Islas, o bien directamente a través del reino de Piamonte, que había llegado a depender en alto grado del apoyo ruso–.

Piamonte, que desde hacía mucho había supuesto un obstáculo para los intereses austriacos en Italia, supo aprovechar la rivalidad franco-austriaca para continuar siendo el más fuerte de los Estados italianos. El reino no tuvo suerte durante las Guerras Revolucionarias: fue derrotado y ocupado por los franceses en

1796. Tres años después, como ya hemos visto, los galos fueron expulsados por las fuerzas conjuntas de Rusia y Austria. De todas formas, ambas potencias no tardaron en chocar por Piamonte, cuya influencia en la península italiana habían tratado de limitar los Habsburgo. En 1799-1800, Austria se opuso a los planes de Rusia para el retorno del sucesor del rey Víctor Amadeo III al trono, en lo que vino a ser uno de los puntos de fricción fundamentales de la ruptura ruso-austriaca. Tres años más tarde, Austria, mientras el naciente Imperio francés amenazaba su propia supervivencia, todavía aspiraba a debilitar al Estado piamontés, que era apoyado por Rusia. La renuencia austriaca a apoyar los esfuerzos británicos en pro de una nueva coalición después de Amiens debe entenderse a la luz de la inquietud porque esa coalición acabara beneficiando a Rusia y a sus dependientes, incluyendo Piamonte. La noticia de las negociaciones anglo-rusas, que preveían la restauración del reino piamontés e incluso su ampliación si las circunstancias lo permitían, pareció confirmar los peores temores de los austriacos.[29] Así pues, los Habsburgo se hallaban ante un gran dilema: debían pedir apoyo a Rusia para contener a Francia y, a la vez, procurar que Rusia no tuviera la oportunidad de ampliar su influencia en Alemania e Italia.

España era socio de Francia –esta era una sociedad crucial, pero desequilibrada a favor de la segunda–. París veía en las posesiones españolas una oportunidad de rehacer su propio imperio de ultramar. España, poseedora de un enorme imperio que abarcaba la mayor parte de América, tenía inmensos recursos que París quería utilizar en su lucha contra los británicos. El Segundo Tratado de San Ildefonso (1800) había estipulado un acuerdo defensivo entre Francia y España y obligaba a la última a entregar a Francia seis navíos de línea de setenta y cuatro cañones.[30] En 1800, diecisiete buques de guerra españoles llegaron a Brest para emprender una operación ofensiva coordinada contra Gran Bretaña. Aunque el plan acabó en fracaso, el Segundo Tratado de

San Ildefonso pareció insuflar nuevo vigor a la cooperación franco-española.

La alianza de España con Francia, sin embargo, se fue convirtiendo en una relación desigual, en la que Francia raramente trataba a su aliado con equidad o justicia. Bonaparte no escondió su desprecio por la actuación española en la Guerra de las Naranjas. Igual de reveladora fue su decisión de vender la Luisiana a Estados Unidos en 1801. Una venta que violaba las condiciones del acuerdo franco-español. En este se especificaba que la retrocesión de la Luisiana a Francia se efectuaría seis meses después de cumplidos los intercambios territoriales previstos en Italia, pero solo dos meses después de la firma del tratado Napoleón vendió el territorio. La venta tuvo profundas implicaciones para España, que había procurado desde hacía tiempo contener los planes expansionistas estadounidenses en Norteamérica y que ahora se tendría que enfrentar a un adversario reforzado que intentaría avanzar sus posiciones en el golfo de México. Poco después de la Compra de Luisiana, Estados Unidos insistió en la necesidad de ajustar las fronteras orientales del territorio recién adquirido, lo que, en la práctica, significaba apoderarse de la Florida Occidental, la franja de territorio situada entre los ríos Misisipi y Perdido. En 1804, importantes autoridades estadounidenses, entre ellos Robert Livingston, embajador en Francia, urgieron al presidente Jefferson a tomar la Florida Occidental por la fuerza y luego presentar este acto a las potencias europeas, que ya estaban distraídas con los preliminares de la Guerra de la Tercera Coalición, como un hecho consumado. Las pretensiones estadounidenses se vieron frustradas (temporalmente) con la firma entre Francia y España de un acuerdo, el 4 de enero de 1805, por el que Bonaparte se comprometía a garantizar a España la devolución de cualquier colonia que esta pudiera perder durante la guerra. La maniobra diplomática francesa exasperó a Estados Unidos. Un diplomático estadounidense se quejó de que, para Na-

poleón, España y Estados Unidos eran «un par de naranjas [...] que exprimiría a placer y una contra otra, y la que le rinda más será la mejor servida o, más bien, la más dañada».[31]

Para Bonaparte, la Guerra de las Naranjas entre España y Portugal demostró «la resolución de España de actuar según sus propios intereses», a pesar a las continuas amenazas que partían de París.[32] En efecto, durante 1801-1802, Madrid intentó reafirmar su independencia con respecto a Bonaparte y a la política exterior francesa.[33] Por muy frustrante que a Bonaparte le resultara tratar con su poco dócil aliado, no podía abandonarlo. Mientras España mantuviera una disposición favorable hacia Francia, las armadas francesa y española combinadas podían constituir una amenaza muy seria para Gran Bretaña. Las posesiones coloniales españolas ofrecían un área enorme para el futuro engrandecimiento territorial de Francia y las ingentes cantidades de plata que España extraía de las minas de México y de la actual Bolivia podían servir para subsidiar el esfuerzo bélico francés.

España había recibido positivamente la Paz de Amiens, que había permitido la reactivación del comercio y reformar una economía que se había estancado por el bloqueo británico. El valor de las exportaciones se disparó desde 80 millones de reales de vellón en 1801 a casi 400 millones en 1802, mientras las importaciones aumentaban con una diferencia aún mayor.[34] Precisamente cuando España cosechaba los beneficios de la paz y asistía a la firme mejora su economía, estalló la guerra. Igual que en 1793, Madrid se enfrentó a un dilema estratégico: alejarse de Francia declarándose neutral o continuar apoyando a su conflictivo aliado.[35] La posición de España también se complicaba porque en 1795 no solo había firmado la paz con Francia: también había llegado a establecer una alianza militar que, de hecho, contribuyó al establecimiento de la hegemonía francesa en Europa.

Las demás monarquías europeas seguían resentidas con España, que, en 1803, se hallaba aislada en el escenario internacional.

España, con la aspiración de mantenerse en un espacio intermedio, llegó a sugerir a Rusia la formación de una nueva Liga de Neutralidad Armada para rehuir la contienda.[36] La respuesta rusa fue tibia; en general se mostraba favorable a la idea, pero sin ofrecer una colaboración tangible.[37] Para entonces, Francia ya le había pedido a España apoyo en su guerra con Gran Bretaña, a lo que el primer ministro español, Godoy, objetó apuntando que ese conflicto respondía a los intereses de Francia, no de España. Bonaparte estaba cada vez más molesto con la tardanza de Madrid en responder a sus exigencias de fondos y con que no impidiera los ataques de la Royal Navy a los mercantes franceses en aguas españolas. La noticia de la movilización de efectivos de milicias españolas en la frontera con Francia y la especulación de que los británicos habían ofrecido un generoso soborno a Godoy contribuyó a complicar más la situación. Bonaparte, exasperado, ordenó a su embajador, el general Pierre Riel Beurnonville, que ejerciera presión sobre los empecinados españoles, a quienes abocó a una cruda elección: bien optar por Francia, desmovilizar las fuerzas y proporcionar a Napoleón un subsidio de más de 70 millones de francos, o bien hacer frente a un ejército de 80 000 soldados que se estaba formando en la frontera y se preparaba para la invasión.[38] España tenía hasta el 7 de septiembre de 1803 para tomar una decisión.[39]

El ultimátum francés —o «la insolente nota francesa», como la describió el rey Carlos IV— era un farol. Bonaparte sabía bien que no podía permitirse un conflicto con España justo en el momento en que se aprestaba para una contienda con Gran Bretaña; las finanzas de la nación ya estaban sobrecargadas. El contingente que Bonaparte empleó para amenazar a España existía solo sobre el papel: en el campamento de Bayona no había ni 6000 hombres.[40] Bonaparte necesitaba desesperadamente a España y todo

lo que esta le podía aportar. Tuvo, pues, que forzar la mano de los españoles. Con esta intención, amenazó, y a la vez engatusó, a la corte borbónica, exigió la deposición de Godoy y advirtió a Carlos IV de que su primer ministro llevaba al reino a un abrazo con los británicos que solo podría traer consecuencias funestas.[41] Beurnonville, oficial de carrera, entregó tales advertencias con la rudeza y brusquedad apropiadas. Su «conducta en Madrid carecía de toda fineza y era pura política del poder», observa su biógrafo.[42]

La corte española no se doblegó. La fecha tope del 7 de septiembre llegó y pasó sin que Madrid se aviniera a ninguna de las exigencias francesas. Esto fue, en parte, obra del embajador británico, *sir* John Hookham Frere, que actuó con diligencia para reforzar la posición española ante Francia.[43] Bonaparte se encontraba en un *impasse*: a cada día que pasaba, la potencia del ultimátum francés perdía fuerza, pero el ejército que estaba en Bayona era todavía completamente inadecuado para convertir en realidad la amenaza. El Gobierno francés, por consiguiente, decidió cambiar de táctica. En septiembre le pidió a Carlos IV que diera prueba de su amistad y permitiera el paso de las tropas francesas por España para reforzar al escuadrón del almirante Jacques Bedout, que se había refugiado de la Royal Navy en Ferrol, en el noroeste del país. La monarquía borbónica se enfrentó a una difícil elección. Si España negaba el paso, Francia podría considerarlo un *casus belli*; si lo concedía, alarmaría a los británicos. Esto último era justo lo que Bonaparte y su ministro de Exteriores, Talleyrand, deseaban. Esperaban que un suceso aparentemente menor como aquel pudiera ser malinterpretado por Gran Bretaña y desencadenar repercusiones graves en sus relaciones con España.

Godoy respondió asegurando a los británicos la neutralidad de España y ofreciendo a Francia la oportunidad de negociar un tratado que preservara la neutralidad de España a cambio de

cuantiosos subsidios. El 19 de octubre de 1803, el embajador español José Nicolás de Azara y el ministro de Exteriores francés Talleyrand firmaron el Tratado de Subsidios, que permitía a España mantenerse neutral a cambio de un subsidio anual de 72 millones de francos a Francia mientras durara su guerra con Gran Bretaña. La fecha del primer pago se retrotrajo al inicio de la guerra, mayo de 1803, así que España debía ya cinco meses de subsidios.[44]

La decisión de España de aceptar estas condiciones humillantes debe analizarse teniendo en cuenta los enormes problemas a los que se enfrentaba. Los vascos se mostraban, como siempre, desafiantes en el norte y una epidemia asolaba el este y el sur del país. El reino estaba muy endeudado y los problemas se vieron colmados por el terremoto que sacudió Málaga el 13 de enero de 1804. Las negociaciones que llevaron a la convención demuestran la convicción de Bonaparte de que, parafraseando la célebre cita de Mao Tse-Tung, el poder diplomático crece del cañón de un arma. Las iniciativas diplomáticas francesas siempre estaban acompañadas de amenazas de utilización del poder militar. Carente de recursos, y de aliados para defenderse de Francia o de Gran Bretaña, la corte madrileña tuvo que elegir entre el expolio financiero francés o la destrucción de la economía por los británicos. Al final optó por lo primero, pero no pudo evitar la segundo.

Gran Bretaña estaba, como era natural, muy inquieta por lo que sucedía en España. A pesar a las manifestaciones españolas en sentido contrario, el Gobierno británico acabó por convencerse de que la subordinación de España a Francia era ya casi total: sus subsidios servirían, desde luego, para impulsar el esfuerzo bélico francés y, además, los corsarios galos podrían acosar el comercio británico desde la seguridad de los puertos españoles. William Pitt, de nuevo primer ministro desde el 10 de mayo de 1804, abogó, recordando las lecciones de 1796-1797 –cuando la entra-

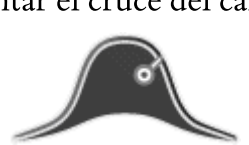
da de España en la guerra supuso una gran amenaza para Gran Bretaña–, por una posición más dura en las relaciones con Madrid. Ordenó a la Royal Navy el bloqueo de la costa española y atacar a los buques españoles. El 5 de octubre de 1804, la Royal Navy interceptó un gran convoy proveniente del Río de la Plata, destruyó un buque de guerra español y apresó al resto, que transportaba plata por un valor aproximado de 2 millones de libras esterlinas. El apresamiento provocó un encendido debate político en Londres y en Madrid. El 14 de diciembre de 1804, España declaraba la guerra a Gran Bretaña.[45]

La entrada de España en la guerra fue, por supuesto, una buena noticia para Bonaparte, entonces inmerso en los preparativos para la invasión de Gran Bretaña. El éxito de esta empresa dependía de tres factores posibles: una fuerza de invasión bien entrenada y equipada, un sistema de transportes adecuado y una flota que pudiera proteger el paso y el desembarco. Francia ya poseía uno de los ejércitos más formidables de Europa, pero la superioridad de la flota británica impedía al ejecutivo francés invadir el país enemigo y acabar la guerra sin más complicaciones. Cualquier intento de invasión pasaba por arrebatar antes el control del canal de la Mancha a la Royal Navy británica. Bonaparte, con su característica energía, se puso a trabajar en pos de este objetivo. Esta no era la primera vez que Francia había intentado invadir Gran Bretaña, pero la escala y la intensidad del esfuerzo sí que eran nuevas. Bonaparte confiaba en aprovechar las experiencias y los recursos de los intentos anteriores.[46]

Desde la primavera de 1803, Bonaparte supervisó una movilización masiva para la invasión de Inglaterra, en uno de los proyectos promovidos por un Estado más ambiciosos del siglo XIX. Se propuso crear una flotilla de más de 2000 embarcaciones ca-

paces de transportar tropas, caballos y artillería a través de las 20 millas de aguas abiertas que separaban Francia de su rival histórico.[47] Esto era más fácil de idear que de ejecutar. Las flotillas que se habían construido para los intentos anteriores de invasión, en 1798 y 1801, estaban en pésimas condiciones. Muchos de los barcos se habían estado pudriendo en los puertos durante años. En marzo de 1803, de la flotilla de invasión construida apenas dos años antes solo habían sobrevivido 28 botes de fondo plano (*chaloupes*) y 193 cañoneras.[48] Era necesario, pues, construir, comprar o procurar de algún otro modo centenares de nuevos transportes y buques de guerra. La magnitud del proyecto de Bonaparte era verdaderamente asombrosa. Un decreto del 24 de mayo de 1803 creó una nueva institución gubernamental, la *Inspection générale de la flottille nationale*, que debía coordinar la creación de la nueva flotilla.[49] Los oficiales navales franceses requisaron embarcaciones y exigieron entregas de barcos incluso en lugares tan lejanos del área de concentración como España, una circunstancia que exasperó a las poblaciones afectadas, cuyos sentimientos ya estaban crispados por anteriores expropiaciones galas. Los holandeses debían proporcionar 5 navíos de línea e igual cantidad de fragatas, junto con un número de transportes suficiente para el embarque de 25 000 soldados y 2500 caballos. Se requisaron también 350 embarcaciones de transporte adicionales capaces de transportar a 36 000 hombres. Seis distritos militares navales recibieron la misión de encargarse de los detalles logísticos de la compra de barcos y de los encargos de fabricación de barcos nuevos. Sus operaciones fueron financiadas con millones de francos prestados por bancos franceses y con contribuciones de negocios, municipios y departamentos, por no hablar de los millones extraídos de los países ocupados.[50] Los puertos de Amberes, Ostende, Dunkerque, Calais, Bolougne-sur-Mer, Dieppe, Le Havre, Ruan, Cherburgo, Granville y Saint-Malo se encargaron de la construcción de nuevas embarcaciones. Para ga-

rantizar el movimiento ininterrumpido de los suministros y las tropas, Bonaparte hizo grandes inversiones en la mejora de las carreteras en las áreas de la costa, así como en París y en las bases navales de Brest, Cherburgo y Boulogne. Casi todos los puertos principales de la costa atlántica acometieron trabajos de renovación y expansión para satisfacer las ambiciosas demandas del primer cónsul. En conjunto, los preparativos le costaron a Francia más de 40 millones de francos solo en la construcción y compra de embarcaciones, a lo que había que sumar los millones empleados en la mejora de las instalaciones portuarias.[51] Estas medidas, pese a su gran coste, dan fe de la capacidad de Bonaparte para supervisar un proyecto tan inmenso y manejar los recursos de varias naciones. En agosto de 1805, la mejorada infraestructura naval francesa, junto con más de 2300 embarcaciones de todo tipo, estaba ya lista para intentar el cruce del canal de la Mancha.



El ejército que Bonaparte había heredado de la Revolución continuaba disfrutando de las cualidades que lo habían llevado a la victoria ante las dos primeras coaliciones. A lo largo de más de una década de guerra había obtenido una valiosísima experiencia en batalla. Sin embargo, lo que Bonaparte consiguió con ese ejército en 1803-1804 fue verdaderamente sobresaliente. El 14 de junio, Bonaparte ordenó la creación de seis campamentos militares a lo largo de la costa atlántica francesa, desde Bayona a Holanda, donde emprendió una profunda transformación de las fuerzas militares francesas. Procuró la centralización de la autoridad y una cadena de mando simplificada. En la cima creó el Estado Mayor (*État-Major*), responsable de la elaboración y la transmisión de las órdenes, de la preparación de los mapas para el comandante en jefe y de la coordinación de los movimientos, la inteligencia, las finanzas militares, la logística y los servicios mé-

dicos, entre otras cosas.[52] Esta reorganización, unida a la fuerza de su propia personalidad, su liderazgo y su conocimiento de los hombres a los que comandaba hicieron del Ejército francés una fuerza aparentemente invencible.

Bonaparte –o más bien Napoleón, como debemos llamarlo desde que el Senado francés lo elevara a la dignidad de emperador en 1804– concentraba toda la autoridad para tomar él las decisiones y prefería supervisarlo todo personalmente. «El Emperador [...] no necesita consejo ni planes de campaña –escribió el mariscal Alexander Berthier, el jefe del Estado Mayor de 1796 a 1814–. Nuestra tarea es obedecer».[53] Aunar la autoridad de la jefatura del Estado y la del comandante supremo tenía ventajas evidentes: Napoleón podía trazar objetivos y aplicar una política diplomática o una estrategia de modo más eficiente que sus adversarios, cuyas manos estaban a menudo atadas con consejos militares o por reyes soberanos –por no hablar de las complicaciones asociadas a hacer la guerra en coalición con otros socios–. Las ventajas de que una sola persona se hiciera cargo con firmeza de todos los aspectos del esfuerzo bélico se veían ampliadas por el hecho de que la persona al mando era, posiblemente, el ser humano de mayores capacidades que haya existido jamás. Su dominio de los detalles políticos, militares y logísticos, o de muchos otros factores, era prodigioso. Sin embargo, la extrema concentración de la autoridad que tomaba las decisiones también tenía unos costes asociados, no todo eran ventajas. En una época en la que las comunicaciones, en general, no iban más rápido que el trote de un caballo, a veces resultaba imposible que un solo hombre, por muy competente que fuera, coordinara las acciones de efectivos que operaban a lo largo de áreas enormes, a menudo en teatros de operaciones muy distantes entre sí.

En los acantonamientos de la costa del canal, también llamados campamentos de Boulogne, el Ejército francés estuvo casi dos años preparándose para la guerra.[54] Los oficiales ineficaces

fueron purgados y los hombres de talento ascendidos. Las tropas recibieron un entrenamiento sistemático que no se limitaba a las nuevas tácticas y maniobras y que también comprendía la coordinación entre las distintas armas y la ejecución de desembarcos anfibios.[55] Cada campamento acabó por formar un *corps d'armée* integrado por unidades de infantería, caballería y artillería y capaz de operar de forma independiente. Este sistema de cuerpos convirtió al Ejército francés en una fuerza militar más fuerte, rápida y flexible y contribuyó mucho a la larga racha de victorias posteriores a 1804. El concepto no era nuevo del todo. El cuerpo de ejército era, en esencia, un escalado superior de las divisiones que fueron creadas por Lazare Carnot en su reorganización de las fuerzas francesas en 1794 y que contenían efectivos de las tres armas. Otros generales franceses, entre ellos Jean-Baptiste Kléber y Jean-Baptiste Jourdan, habían experimentado con la creación de *corps d'armée*, aunque ninguno hasta el grado que lo hizo Napoleón. Cada cuerpo contenía de dos a cuatro divisiones, una brigada de caballería ligera y varias baterías de artillería adjuntas al cuartel general del cuerpo (además de la artillería ligera adjunta a cada regimiento). Cada comandante de cuerpo también tenía a su disposición un estado mayor, un destacamento médico y una unidad de ingenieros. El logro de Napoleón, por tanto, no fue que inventara el sistema de cuerpos, sino que convirtió a estos en las unidades estructurales básicas del Ejército francés. A lo largo del tiempo, la fuerza de los cuerpos individuales varió enormemente, dependiendo de su función específica. La Grande Armée de Napoleón, denominación que recibió el nuevo Ejército francés reformado el 26 de agosto de 1805, estaba constituida por siete cuerpos, la reserva de caballería, la reserva de artillería del ejército y la Guardia Imperial.[56]

El sistema de cuerpos ofreció a Napoleón un sistema más ágil y manejable para el control de las fuerzas militares, un sistema que le permitía emitir órdenes a un número relativamente mo-

derado de comandantes de cuerpo subordinados. Cada cuerpo, al ser más reducido que un ejército completo, podía desplazarse con más rapidez y forrajear con más facilidad. El sistema permitía que los cuerpos marcharan por múltiples rutas, cambiaran de frente cuando contactaban con el enemigo y se concentraran contra él con rapidez: todo esto aceleraba el ritmo de las operaciones y dificultaba a la fuerza adversaria rehuir el combate. Esto, a su vez, permitía a Napoleón ganar la batalla decisiva que siempre buscaba y poner fin a la campaña rápidamente. Según Napoleón le explicó más tarde a Eugenio de Beauharnais en una carta en 1809:

> Aquí está el principio general de la guerra: un cuerpo de 25 000-30 000 hombres puede dejarse solo. Bien manejado, puede luchar o evitar la acción dependiendo de las circunstancias, y maniobrar sin peligro, puesto que el adversario no puede obligarlo a aceptar un enfrentamiento, pero si lo desea puede luchar por sí solo durante mucho tiempo. Una división de 9000-12 000 hombres puede quedarse una hora sola sin problemas. Contendrá al enemigo, por muy numeroso que sea, y ganará tiempo para la llegada del ejército. Por tanto, es útil formar una vanguardia de no menos de 9000 hombres y colocarla a más de una hora de distancia del ejército.[57]

La clave del concepto de «marchar divididos, luchar juntos» era la habilidad de cada elemento que marchaba por separado para sobrevivir al contacto con una fuerza enemiga el tiempo necesario para que llegaran los apoyos. Aunque las divisiones que integraban todas las armas ya existían, la organización del sistema de cuerpos permanentes de Napoleón ofrecía ventajas adicionales. Cuanto mayor fuera la unidad, más tiempo podría aguantar contra un enemigo superior y más lejos, por consiguiente, podría estar el siguiente elemento. La organización en cuerpos, además, facilitaba la marcha del ejército sobre un frente operacional más ancho, empleando más carreteras y permitiendo el acceso a los recursos alimenticios de un área más grande. Este sistema permitía a grandes ejércitos (como la Grande Armée de 1805) operar con una velocidad y flexibilidad similares a las de contingentes más pequeños (como los de las Guerras Revolucio-

narias) que utilizaban el sistema divisional. El sistema de cuerpos permitió a Napoleón operar con mayor flexibilidad ante lo que Clausewitz definió célebremente como «la niebla de la guerra», los momentos en que la localización del enemigo es incierta.[58] Como un cuerpo era una organización de armas combinadas, podía enfrentarse a una fuerza enemiga mayor y fijarla hasta que llegaran refuerzos. Este procedimiento acabó por convertirse en una práctica habitual y empleaba una formación que los historiadores militares llaman «cuadro de batallón» (*bataillon carré*), metáfora empleada por el propio Napoleón para referirse a la disposición de los cuerpos de un ejército de forma que este pudiera reaccionar igual de bien ante las amenazas que surgieran desde cualquier dirección, como sucedía con los auténticos batallones de infantería formados en cuadro en el campo de batalla.

Todo esto descansaba, en alto grado, en el buen entrenamiento de los soldados –y es en este punto donde la alta calidad del sistema de mando y de estado mayor francés, junto con la capacidad improvisadora de sus comandantes, entraba en juego–. El sistema de cuerpos daba a los galos una capacidad casi ilimitada para cambiar de dirección en cualquier momento y concentrarse en cualquier punto en un plazo de veinticuatro horas, lo que aumentaba la fluidez de las operaciones. El historiador británico David Chandler lo valoró así: «Gracias a la excelente flexibilidad del sistema napoleónico para mover los cuerpos a lo largo de enormes distancias en una formación laxa, pero cuidadosamente coordinada, no importaba mucho en qué dirección del compás se descubría al enemigo».[59] El nuevo sistema demostró rápidamente su superioridad. La Grande Armée napoleónica obtuvo una serie de victorias decisivas entre 1805 y 1807 que obligaron a los demás ejércitos europeos a revisar sus tácticas y a adoptar elementos del sistema francés. Austria emprendió sus reformas después de su derrota de 1805, mientras que Prusia y Rusia lo hicieron después de sus reveses de 1806-1807.

En agosto de 1805, el emperador Napoleón ya tenía suficientes embarcaciones de desembarco para transportar más de 150 000 soldados a varios puntos del sur de Inglaterra a través del canal. De todos modos, la invasión distaba todavía de ser un proyecto realista. La vasta flotilla se enfrentaba a problemas logísticos y técnicos, de los que no era el menor la necesidad de poder coordinar la salida de cientos de embarcaciones y el subsiguiente desembarco de efectivos al otro lado del canal. Gran Bretaña había respondido a la amenaza de invasión francesa con ingentes preparativos defensivos. Los sistemas de comunicación por señales ya existentes fueron reparados y ampliados para permitir la llegada rápida de noticias desde la costa. Las defensas costeras británicas estaban organizadas en varios distritos. En estos se incrementó el reclutamiento de milicias locales a la vez que se construían a toda prisa obras defensivas. Estas medidas redujeron las posibilidades de éxito de la esperada fuerza de invasión francesa.

Sin embargo, el mayor obstáculo que encaraban los franceses era, con mucha diferencia, la Royal Navy, que aún controlaba el canal de la Mancha y que era capaz de aniquilar con facilidad a la fuerza invasora. Ante la inferioridad cuantitativa y cualitativa de su Marina, los franceses tuvieron que buscar un modo de anular tal ventaja. Circularon rumores de que para el transporte de tropas a Gran Bretaña se emplearían globos aerostáticos, o acerca de la construcción de un túnel bajo el canal, pero todas esas ideas eran completamente irrealizables y en realidad poco más que carnaza para la prensa británica.[60] A la par que el nerviosismo se apoderaba de la costa meridional inglesa, los periódicos pedían a sus lectores «estar alerta» y les garantizaban: «[…] vuestro natural valor, reconocida habilidad y disciplina militar, y las remembranzas de las gloriosas hazañas de vuestros ilustres predecesores en tiempos anteriores, os moverán a imitar su noble ejemplo».[61]

Aunque Napoleón había convertido al Ejército francés en una temible máquina de combate, el problema de tener que anular a la Royal Navy persistía; el elefante no podía, todavía, vencer a la ballena. Parece que Napoleón contempló deslizarse por el canal durante una noche oscura y tranquila, con apoyo limitado de una flota de escolta o sin apoyo, pero pronto se dio cuenta de la futilidad de un proyecto tan temerario. Napoleón cambió entonces el planteamiento y, en el verano de 1804, ya había desarrollado una gran estrategia que, a pesar de haber sufrido un mínimo de seis revisiones, estaba basada en los siguientes pasos básicos: una flota francesa escaparía de los bloqueos británicos, después se encontraría con una flota española y, a continuación, ambas se dirigirían a amenazar las posesiones imperiales británicas en el Caribe, lo que obligaría a la Royal Navy a resituar sus unidades. Entonces, la escuadra franco-española volvería bruscamente a Europa, arrollaría a la fuerza naval británica del canal de la Mancha y escoltaría a la flotilla de invasión hasta las playas británicas. Sin embargo, en el momento en que los almirantes franceses empezaron a poner este plan en marcha, en el verano de 1805, Napoleón recibió más noticias descorazonadoras: Gran Bretaña, Austria y Rusia estaban formando una nueva coalición contra él.

CAPÍTULO 10 | Las conquistas del emperador, 1805-1807

En plena noche del 21 de agosto de 1803, una fragata británica se aproximó a la costa de Francia. A bordo iban ocho franceses encabezados por Georges Cadoudal, uno de los jefes de los realistas franceses más irreductibles.[1] El grupo desembarcó junto a unos acantilados rocosos de Normandía y pronto desapareció en medio de la noche. Durante las siguientes semanas, más grupos de *émigrés* realistas cruzaron el canal desde Gran Bretaña, todos con el plan de derribar al Consulado y restaurar la monarquía borbónica. Los conspiradores se fueron acercando progresivamente hasta la capital francesa, donde se ocultaron en casas seguras mientras esperaban la oportunidad apropiada. El Gobierno británico, confiado por los reportes que apuntaban a la fragilidad del ejecutivo consular, concedió apoyo a estos conspiradores y los ayudó a pasar a Francia, así como los proveyó de fondos para sostener la conspiración.

Los mencionados informes habían sido redactados por el embajador británico, lord Whitworth. Aunque eran exagerados, al menos el meollo sí contenía la verdad en cuanto a las tensiones políticas y sociales. El autoritarismo en aumento de Bonaparte y sus esfuerzos por suprimir la disidencia habían causado una especial irritación en el Ejército, donde muchos oficiales superiores, incluyendo generales, deseaban su marcha. El general Anne Jean Marie René Savary, que tenía bajo su mando una unidad especial

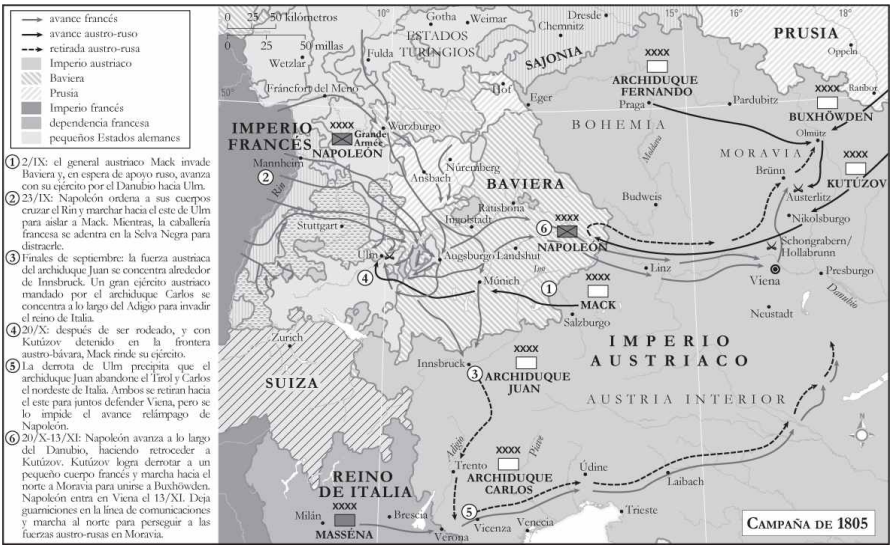
de gendarmes encargada de la seguridad del primer cónsul, se lamentaba de los «envidiosos, intrigantes y en su mayoría mentes estrechas», como el general Jean-Baptiste Bernadotte, que «no paraban de agitar al pueblo» y buscaban asesinar a Bonaparte.[2] Anne-Louise-Germaine Necker (madame de Staël), a la que Bonaparte envió al exilio más adelante, también hablaba de «un grupo de generales y senadores» que deseaba hallar el modo de «detener el avance de la usurpación».[3]

Por desgracia para los conspiradores, los agentes del ministro de Policía, Joseph Fouché, se infiltraban con facilidad en los conciliábulos y los tenían constantemente vigilados. El grupo de Cadoudal había sido detectado poco después de desembarcar en Francia. Los agentes de policía lo siguieron hasta París, donde fue arrestado en febrero de 1804. Cadoudal y sus camaradas fueron juzgados, condenados y guillotinados, mientras que el general Jean-Charles Pichegru, que después de una notable ejecutoria durante la Guerra de la Primera Coalición había chocado con el Directorio y ahora había conspirado contra el Consulado, fallecía en prisión en circunstancias sospechosas.[4] El general Jean Moreau, el héroe de Hohenlinden que rivalizaba con Bonaparte, fue arrestado, condenado y desterrado de Francia.[5] Durante el interrogatorio, uno de los lugartenientes de Cadoudal confesó la participación de «un príncipe de la casa de Borbón». Talleyrand y Fouché sospechaban ambos de Luis Antonio Enrique de Borbón-Condé, duque de Enghien, que residía en el vecino principado de Baden.[6] Bonaparte, en una demostración de fuerza, ordenó el arresto del duque. Este fue secuestrado en su casa en Baden la noche del 14 al 15 de marzo de 1804, lo que violaba la neutralidad del citado principado, y fue llevado a Vincennes, donde se le juzgó por traición ante un tribunal militar. El duque, a pesar de la falta de pruebas y de testigos, fue declarado culpable y ejecutado poco después de la medianoche del 21 de marzo. Fue enterrado en una tumba que había sido excavada esa misma

tarde en el foso de la fortaleza.[7] Fouché, agudo observador, comentó acerca de la ejecución: «Es peor que un crimen, es una torpeza».[8]

Tenía razón. Los Gobiernos de toda Europa se escandalizaron por la participación de Bonaparte en tal acto, que equivalía a un asesinato y que acabó con la vida del último príncipe de la ilustre casa de Condé. Incluso para muchos de sus partidarios, aquello dejó una mancha en su reputación que los subsiguientes éxitos no pudieron borrar. «Sería difícil describir el sentimiento que este suceso produjo en París. Dominaron la perturbación, la decepción y la consternación», se lamentaba un miembro del Consejo de Estado.[9] Es innegable que Bonaparte recibió información falsa de sus asesores (sobre todo de Talleyrand, que tenía sus propias razones para querer la eliminación de Enghien) y subordinados, aunque esto no reduce su propia responsabilidad en el crimen. Como todas las decisiones de Estado importantes, esta también vino directamente del cónsul. Bonaparte nunca vaciló en asumir toda la responsabilidad del acto y adujo que su decisión estaba sólidamente fundamentada en la *raison d'état*. La ejecución del príncipe Borbón enviaba un mensaje inequívoco a los adversarios de Bonaparte, fueran realistas o jacobinos: el primer cónsul estaba dispuesto a usar cualquier medio necesario para proteger su poder. «Por mis venas corre sangre, no agua», declaró rotundo en un largo discurso en el Consejo de Estado, antes de confiarle al segundo cónsul Jean-Jacques Régis de Cambacérès: «[…] la Casa de Borbón debe aprender que los ataques que dirige contra otros pueden volverse contra ella».[10] Durante una extensa conversación con el senador Jean-Barthélemy Le Couteulx de Canteleu, Bonaparte subrayó que pudo haber salvado a Enghien, pero que había «sido necesario mostrar a los Borbones, al gabinete londinense y a todas las cortes de Europa que planear su asesinato no era un juego de niños».[11] En este sentido, el inci-

dente del duque de Enghien cumplió su cometido. No hubo más complots realistas contra el mandatario francés.



Aunque a veces se exagera su importancia en la creación de la Tercera Coalición, el incidente provocó una reacción adversa en Europa y Bonaparte perdió apoyos fuera de Francia. En un primer momento, la protesta más expresa provino del monarca sueco, Gustavo IV, que estaba viajando por Alemania cuando le llegó la noticia de la ejecución del duque. El rey rompió de inmediato las negociaciones en marcha dirigidas a la forja de una alianza franco-sueca y condenó públicamente la acción francesa. En muchos otros Estados, en cambio, la reacción fue mucho más comedida y estuvo guiada por consideraciones de mayor pragmatismo y por el temor al poderoso vecino galo.[12] El rey Carlos IV de España, por ejemplo, no dio muestras de compasión por su pariente lejano y su ministro Godoy le dijo sin rodeos al embajador francés que «la sangre podrida había que limpiarla dondequiera que uno la encontrara».[13] Prusia y Austria tampoco expresaron gran preocupación por el asunto; incluso la última se congratuló de la expeditiva medida para acabar con las conspiraciones.[14] Gran Bretaña ignoró en un primer momento el asun-

to, pero después de que los franceses publicaran informaciones relativas a la confabulación de diplomáticos y agentes británicos, se vio obligada a defenderse.

Fue en Rusia donde el incidente tuvo un verdadero impacto. Las relaciones franco-rusas, ya tensas desde la muerte del emperador Pablo, adoptaron un tono hostil a partir del colapso de la paz de Amiens. Los sentimientos antifranceses aumentaron con rapidez desde que Francia había vuelto a ocupar Estados italianos y se había apoderado de Hannover –pese a que la indecisión rusa facilitara esto último–. El embajador ruso en Francia, Arkadi Morkov (o Markov), era célebre por su francofobia y su actitud falta de cortesía, cuando no abiertamente beligerante; sus informes explotaban al máximo la retórica belicosa de Bonaparte y su conducta excedía a menudo las instrucciones del emperador.[15] Todavía más provocativas eran las acciones del legado ruso en Sajonia, Emmanuel Henri Louis Alexandre de Launay, conde de Antraigues, *émigré* y aventurero político que publicaba artículos que difamaban al jefe de Estado francés.[16] El resentimiento de Bonaparte por los desaires rusos estalló en una de las cenas de Estado del palacio de las Tullerías, donde reconvino al embajador ruso en presencia de numerosas autoridades y diplomáticos. Poco después, Morkov obtuvo el permiso para renunciar a su puesto, no sin antes recibir la Orden de San Andrés, una de las mayores recompensas del Imperio ruso, en premio a sus servicios.

La corte rusa estaba enfurecida por la ejecución de un príncipe de sangre real, pero todavía más por la invasión francesa de territorio alemán y la violación de la soberanía de Baden, cuyo gobernante era suegro de Alejandro.[17] Esta violación no fue un hecho aislado; sucedía en un contexto más amplio de acciones galas que denotaban falta de respeto por el estatus de Rusia en Europa. Para muchos miembros del Gobierno ruso, había llegado la hora de plantar cara abiertamente a Napoleón. La corte reaccionó guardando luto por el duque y enviando notas de

agria protesta a París y a la Dieta Imperial, la asamblea general de los Estados imperiales del Sacro Imperio del que Baden formaba parte. Esto último causó notable consternación entre los Estados alemanes, que no podían ignorar la demanda del soberano ruso, pero que tampoco querían airar a su poderoso vecino francés. En último término, los Estados alemanes llegaron a un compromiso: el elector de Baden pretendió haber recibido de los franceses explicaciones satisfactorias por sus acciones y pidió que se abandonara la cuestión para evitar posibles repercusiones indeseadas. La Dieta aprobó con rapidez su solicitud.[18]

Naturalmente, Rusia no estaba complacida con esta decisión y su ira se incrementó aún más cuando recibió la respuesta de Bonaparte a su nota de protesta. El primer cónsul rechazaba las quejas rusas y aconsejaba a Alejandro preocuparse por sus propios asuntos. Bonaparte declaró: «La queja que Rusia presenta hoy le lleva a uno a pensar si, cuando Inglaterra planeaba el asesinato de Pablo I, de haber sabido alguien que los autores del complot se encontraban a unas pocas leguas de la frontera, acaso no se habría apresurado a apresarlos».[19] Era una contestación desafiante y una clara alusión a la implicación de Alejandro en el asesinato de su padre demasiado difícil de tragar para el orgulloso soberano de «todas las Rusias». Alejandro rechazó la solicitud francesa de que retirara al embajador en Sajonia, Antraigues, con el argumento de que la elección de los representantes diplomáticos era prerrogativa suya, no de Francia.

En abril de 1804, Alejandro propuso a Viena una oferta de alianza secreta contra Francia, en la que él se comprometía a aportar 100 000 hombres si Austria se movilizaba contra Napoleón. El Gobierno austriaco, escamado por las experiencias anteriores, dudaba de los motivos de la oferta rusa. Temía que, una vez Austria se comprometiera, Rusia podría llegar a un acuerdo ventajoso con Francia y dejarla en la estacada.[20] Alejandro tuvo algo más de éxito en sus iniciativas diplomáticas con Prusia y lle-

gó a un entendimiento con Federico Guillermo para la preservación de la neutralidad del norte de Alemania en caso de agresión francesa. De todas formas, en una muestra de lo que un historiador ha descrito como política del «puerco espín y la zarigüeya», Prusia continuaba vacilando en sus posiciones de cara a Francia, y lo que los rusos entendían como una alianza defensiva tenía un significado muy distinto para los prusianos.[21] Los esfuerzos rusos encaminados a organizar algo parecido a una oposición a Napoleón fueron muy bien recibidos, como es natural, en Gran Bretaña, donde la caída del gabinete de Addington, en mayo de 1804, devolvió el poder a William Pitt y a una política más asertiva en el continente. En junio, Pitt no pudo más que felicitarse por la noticia de la salida del embajador francés de San Petersburgo, un acto que equivalía a la ruptura de relaciones diplomáticas franco-rusas y abría la puerta a una posible alianza europea contra Francia.

El descubrimiento del complot realista de Cadoudal aceleró la puesta en marcha de un proyecto que llevaba algún tiempo en la mente de Bonaparte. El primer cónsul hacía mucho que presionaba a favor de cambios constitucionales que consolidaran su poder. Primero logró el consulado vitalicio y, en agosto de 1802, el derecho de nombrar a su sucesor. Muchos coetáneos veían, cada vez con más claridad, que los palacios de las Tullerías y de Saint Cloud ya no eran el asiento de un ejecutivo republicano, sino la corte de un nuevo soberano. André François Miot de Mélito, alto cargo del Ministerio de Guerra, observaba: «Allí prevalecía una etiqueta severa. Oficiales agregados a la persona [del cónsul], pago de honorarios fijados a las damas, una familia privilegiada; es decir, todo excepto el nombre de Cónsul era monárquico, y ese nombre estaba destinado a desaparecer pronto». Según un

enviado prusiano, se estaba poniendo en evidencia que Bonaparte quería ser «un segundo Carlomagno», a lo que añadía: «[…] no hay duda de que tiene un plan, lo único que le falta por decidir es el momento». La creación por Bonaparte de la Legión de Honor, la mayor recompensa civil y militar que Francia podría otorgar a sus ciudadanos, causó consternación entre los republicanos, que lo acusaron de crear una nueva nobleza. Ya en junio de 1802, el embajador ruso se mostraba convencido de que la República Francesa estaba exhalando su último aliento y de que Bonaparte pronto asumiría el título de «Emperador de los galos». [22]

Las confabulaciones para matar a Bonaparte agitaron el temor popular de que su muerte pudiera llevar al caos o incluso a la restauración de la monarquía borbónica. Bonaparte utilizó la conspiración de Cadoudal para persuadir a los franceses de que su vida, y con ella el bienestar de sus gobernados, estaba en perpetuo peligro. Este miedo le ayudó después a obtener la aprobación general para la transformación del consulado vitalicio en un imperio hereditario.[23] Sus anteriores esfuerzos para la solidificación de su poder habían chocado con una resistencia considerable, pero después de la conspiración de Cadoudal y la ejecución del duque las protestas públicas fueron nimias. Los más tímidos temían la cólera de Bonaparte y los más ambiciosos trataron de beneficiarse del nuevo régimen.[24] El 2 de mayo de 1804, los órganos legislativos aprobaron tres mociones que proclamaban a Bonaparte emperador de la República Francesa, reconocían la transmisión hereditaria de su título en el seno de la familia Bonaparte y pedían la protección de «la Igualdad, la Libertad y los derechos del pueblo en su totalidad». El 18 de mayo, el Senado proclamó oficialmente el imperio en un *senatus consultum*.[25] Cuatro días después, los votantes registrados participaron en un plebiscito diseñado para crear la ilusión de apoyo popular al Gobierno imperial. Los votos, firmados individualmente, aprobaron –3 524

000 a favor y 2579 en contra– lo que ya era un hecho consumado.[26] Georges Cadoudal, al ser informado de estos acontecimientos, comentó desde su celda: «Hemos hecho más de lo que esperábamos. Quisimos darle un rey a Francia, pero le hemos dado un emperador».[27]

El 2 de diciembre de 1804 tuvo lugar la ceremonia de coronación imperial en la gran catedral de Notre-Dame de París.[28] Napoleón, como lo llamaremos en adelante, había preparado el acontecimiento a conciencia, estudió todos los detalles y adaptó rituales del Antiguo Régimen. El papa Pío VII, a quien Napoleón obligó a viajar desde Roma a París para asistir a la ceremonia, ocupó un asiento de honor, pero, por otro lado, fue relegado. Aunque bendijo al emperador, no llegó a coronarlo: Napoleón, con un movimiento premeditado, tomó la corona de manos del papa y se coronó a sí mismo. Sosteniendo la corona con una mano y la otra en la espada, el nuevo gobernante de Francia quiso demostrar que era un hombre hecho a sí mismo y que no debía sus poderes a ningún otro. Los objetos imperiales elegidos por Napoleón –la corona, el cetro y la mano de la justicia, inspirados en símbolos que se pensaba que había utilizado el emperador Carlomagno– también subrayaban su deseo de mostrar que él no era el sucesor de los Borbones, sino emperador por derecho propio.

La Constitución del Año XII, otra vez revisada, eliminó en Francia los últimos vestigios del parlamentarismo y creó una dicotomía inédita: una república gobernada por un emperador. Esta circunstancia se reflejaba en la propia moneda francesa, que mostraba el perfil del emperador y la leyenda «Napoléon Empereur» en el anverso y «République Française» en el reverso. Los órganos legislativos franceses, de una forma que recuerda las funciones senatoriales en el Imperio romano, continuaron su oscura existencia hasta extinguirse sin hacer ruido. El Tribunado fue abolido en 1807 y el Cuerpo Legislativo, privado de autori-

dad efectiva, languideció en las sombras hasta el colapso del imperio. Napoleón dejó de referirse a los franceses como «ciudadanos» y pasó a llamarlos «súbditos». También exigió a sus cortesanos y ministros un trato de mayor respeto.[29]

La coronación de Napoleón creó una breve crisis diplomática en la que las demás potencias se vieron forzadas a adaptarse a la nueva realidad política establecida en Europa. Los Estados más pequeños no tenían más opción que reconocer al emperador francés. Para las grandes potencias, la decisión de Napoleón parecía revelar un gran designio para la recuperación del imperio de Carlomagno, que había abarcado la mayor parte del occidente y del centro del continente. El paso dado por Napoleón causó una honda consternación en Austria, donde se percibió como un claro desafío a las propias aspiraciones imperiales austriacas. Desde la perspectiva del emperador Alejandro, ya amargado por el incidente del duque de Enghien, la proclamación elevaba al descarado advenedizo francés y amenazaba con minar aún más los intereses rusos en Alemania. A pesar de todo, ninguna de estas dos potencias actuó. El emperador del Sacro Imperio, Francisco, se sintió obligado a reconocer la nueva dignidad de Napoleón, aunque antes recibió garantías de Francia de que lo reconocería como emperador hereditario de Austria y de que su título imperial tendría precedencia sobre el francés.[30] La decisión austriaca de volver a transigir con Francia molestó mucho a Rusia, cuyo monarca percibía el nuevo título de Napoleón como una «nueva usurpación» que demostraba una «desmedida ambición de extender su dominio todavía más allá de sus límites actuales».[31] Alejandro –y con él el soberano de Suecia– se negó a reconocer al nuevo emperador y presionó al Imperio otomano para que hiciera lo mismo.

Solo un mes después de su coronación, Napoleón escribió cartas a los gobernantes de Gran Bretaña, España, Nápoles y Austria en las que les ofrecía zanjar las diferencias y establecer la paz en

el continente.[32] En una carta al rey Jorge, con fecha de enero de 1805, observaba que ninguna de las dos naciones iba a ganar mucho con la prolongación de la guerra. También formulaba una amenaza velada: «La paz es el deseo de mi corazón, pero la guerra no ha sido nunca contraria a mi gloria». Gran Bretaña estaba en «el punto más alto de la prosperidad, ¿qué espera ganar con la guerra? ¿Coaligar algunas potencias continentales? Sin embargo, el continente permanece en paz y una coalición solo aumentaría la preponderancia y la grandeza de Francia». Napoleón señalaba entonces: «[…] el mundo es bastante grande para que nuestras dos naciones puedan vivir en paz».[33] Tenía buenas razones para desear la paz, después de que dos años de conflicto franco-británico no hubieran dado ningún fruto positivo para Francia. El bloqueo británico confinaba a los barcos franceses en sus puertos y había expulsado al comercio galo de los mares. Francia había perdido pie en el hemisferio occidental con la venta de Luisiana a Estados Unidos, la proclamación de la independencia de Haití y los ataques británicos contra el resto de sus colonias en el Caribe. En el interior, Francia se enfrentaba a una crisis financiera en aumento, el crédito del Estado estaba a punto de llegar al punto más bajo y la carga de los impuestos provocaba un malestar considerable.

Por mucho que Napoleón deseara la paz, la buscaba dictando sus propias condiciones, unas condiciones que habrían garantizado la continuidad de la hegemonía francesa en Europa occidental. Gracias al control francés de las costas de Holanda, Bélgica e Italia, Napoleón podía ejercer un control enorme sobre el comercio en el continente. Además, las manifestaciones de paz de Napoleón contrastaban agudamente con las acciones, que giraban en torno a planes de expansión colonial, sobre todo en Oriente. Estas consideraciones llevaron a los británicos a descartar la oferta de Napoleón; la tacharon de insincera y de estar diseñada solo para presentarlos a ellos como enemigos irreconcilia-

bles de Francia y como perturbadores de la paz del continente. El Gobierno ruso mostró un desdén análogo por las propuestas de Napoleón. El ministro de Exteriores en funciones y príncipe Adam Czartoryski, un aristócrata polaco que había abrazado el imperialismo ruso con el celo del nuevo converso, animaba a Alejandro a oponerse a un hombre que representaba un grave peligro para la paz y la estabilidad europeas:

> Napoleón había echado a un lado todo lo que podía haber llevado a la gente a pensar que lo movía una alta y generosa misión. Era un Hércules que había abandonado su tarea de socorrer a los oprimidos y que solo pensaba en cómo emplear su fuerza con el fin de subyugar al mundo en beneficio propio. Su única idea era restablecer el poder absoluto en todas partes [...] asemejaba una llama siniestra e insaciable que se alzaba sobre toda Europa.[34]

Durante el transcurso del otoño de 1804 y la primavera de 1805, diplomáticos de potencias europeas lanzaron propuestas y contrapropuestas para forjar una nueva alianza contra Francia.[35] La construcción de la coalición fue, sin embargo, un proceso difícil, en el que cada una de las potencias principales –Gran Bretaña, Rusia y Austria– desconfiaba de las ambiciones de las demás y algunos Estados expresaron sus reservas ante la reanudación de una coalición que ya había sido derrotada dos veces por Francia. A pesar de todo, el proceso se puso en marcha en enero de 1805 con la negociación y el acuerdo que sellaron Rusia y Suecia (que ya estaba aliada con Gran Bretaña), al que siguió la Convención de San Petersburgo que firmaron Gran Bretaña y Rusia en abril para «restablecer la paz y el equilibrio en Europa». En agosto, la Convención de Helsingfors garantizaba la participación de Suecia en la guerra y permitía el empleo de la Pomerania sueca como base de operaciones contra Francia, a cambio de subsidios británicos.[36]

El reino napolitano, mientras tanto, practicó un arriesgado doble juego. Por un lado, mantuvo una apariencia exterior de amistad con Francia y aceptó un tratado de neutralidad (21 de septiembre de 1805) que posibilitó la retirada de las tropas fran-

cesas de su territorio. Sin embargo, al mismo tiempo, el rey Fernando y su consorte, la reina María Carolina, estaban muy inquietos por las ambiciones de Napoleón en la península apenina. Después de la proclamación del Imperio francés, parecía incongruente que Napoleón tuviera en Francia la corona imperial y a la vez fuera presidente de la República Italiana. Por consiguiente, en marzo de 1805, la república se transformó en reino. En mayo, Napoleón fue coronado en el Duomo de Milán con la Corona de Hierro de Lombardía y asumió el título de «Emperador de los franceses y Rey de Italia», para subrayar el papel central que Italia debía desempeñar en sus proyectos imperiales. Eugenio de Beauharnais, hijastro de Napoleón que contaba entonces 24 años, fue nombrado virrey de Italia. El reino abarcaba buena parte del norte de Italia, incluía los antiguos ducados de Milán, Mantua y Módena, así como partes de la república veneciana y de los Estados Pontificios. Los Borbones napolitanos, ante esta usurpación, acabaron por convencerse de que no les quedaba más remedio que unirse a la coalición. El 8 de septiembre de 1805 firmaron un tratado secreto de alianza con Rusia y Gran Bretaña y accedieron a colaborar con una invasión anglo-rusa por el sur de Italia.

La corte austriaca, que todavía se tambaleaba por los reveses militares del periodo de 1796 a 1800, era reacia a alistarse en la nueva coalición. Desde 1801, Viena había demostrado que estaba dispuesta a aceptar muchas humillaciones antes de verse arrastrada a otra guerra con Francia de consecuencias potencialmente desastrosas. Así, había aceptado, con pasiva indignación, la anexión francesa de Piamonte, la reducción de Suiza a protectorado francés y la violación de la soberanía de Baden durante el incidente del duque de Enghien. Incluso cuando Napoleón asumió el título imperial, Austria se plegó, aunque la aceptación por Napoleón de las cartas en las que Austria le reconocía su nueva dignidad en Aquisgrán, la antigua capital de Carlomagno, humillara

aún más a los Habsburgo. Al final, lo que acabó por sacar a Austria de su pasiva aquiescencia fue la política de Napoleón en Italia. Los austriacos se inflamaron ante la decisión francesa de reorganizar partes del norte de Italia, anexionar la República Ligur (Génova) a Francia y crear un feudo imperial en Piombino para Elisa, hermana de Napoleón. La alarma y el recelo austriaco por estas cuestiones se vieron estimulados al acontecer todo ello a pesar de las anteriores declaraciones solemnes de Napoleón, en las que había asegurado que el periodo de las anexiones francesas había concluido con la incorporación de Piamonte en 1802. Las expansiones francesas dejaron claro que el Tratado de Lunéville, ignorado de forma tan flagrante, había dejado de tener vigencia. Rusia y Gran Bretaña señalaron a Austria que, si no actuaba pronto, perdería su estatus y no podría contar con obtener ayuda de las demás potencias. En consecuencia, en junio de 1805, el emperador Francisco se unió a la coalición anglo-ruso-sueca y empezó la movilización de sus fuerzas. De las potencias restantes, solo Prusia, aferrada a una política de neutralidad, rechazó unirse a la coalición. De todos modos, incluso la paciencia de los prusianos tenía un límite: las continuas depredaciones francesas pronto forzaron al rey Federico Guillermo a salir de su escondrijo.

La coalición se marcó una lista de objetivos concretos que esperaba alcanzar. Muchos consistían en la reversión de los cambios territoriales que Francia había implementado a lo largo de la década previa. La coalición quería la retirada francesa de Hannover y el norte de Alemania, el restablecimiento de las independencias suiza y holandesa, la restauración de Piamonte-Cerdeña y la salida de todas las fuerzas galas de Italia. Eran objetivos formidables, aunque los aliados iban más lejos. También buscaban, según las cláusulas del tratado, «el establecimiento de un orden de cosas en Europa que garantice eficazmente la seguridad y la independencia de los diferentes Estados y presente una sólida ba-

rrera contra futuras usurpaciones».[37] De hecho, el tratado contenía numerosas referencias a la «paz», la «tranquilidad», la «seguridad» y otros conceptos elevados que las potencias pensaban necesarios para establecer un «sistema federativo» que mantendría la paz y la estabilidad en Europa.

Sin embargo, la coalición no buscaba conquistar Francia ni imponer a esta un cambio de régimen. El tratado afirmaba explícitamente que los aliados no deseaban «interferir en modo alguno en el deseo nacional de Francia relativo a la forma de su Gobierno».[38] Los miembros de la coalición pensaban que, una vez coronado Napoleón, el radicalismo revolucionario francés y la amenaza ideológica que este representaba habían acabado y que, con el tiempo, el pueblo galo reemplazaría a Napoleón por otro monarca.

Los planes de la coalición para la campaña reclamaban una coordinación de las operaciones hasta entonces desconocida a escala europea. Los aliados contaban con que Napoleón emprendiera su ofensiva en el norte de Italia. Se planeó la movilización de alrededor de 580 000 soldados y se identificaron cuatro teatros de operaciones principales.[39] En el sur de Alemania, el archiduque Fernando y el general Karl Mack von Leiberich comandaban un ejército de unos 60 000 hombres con instrucciones de invadir Baviera, tanto si su soberano, Maximiliano José, permanecía aliado a los franceses como si no.[40] Fernando debería permanecer a partir de ese momento a la defensiva, y sostener a las tropas con los recursos de Baviera, hasta que un contingente ruso de 50 000 efectivos encabezado por el mariscal Mijaíl Kutúzov llegara para emprender una ofensiva conjunta. Otro ejército ruso, este de 40 000 hombres y a las órdenes de Friedrich Wilhelm Buxhöwden, se les uniría más adelante. Mientras tanto, en el norte de Italia, el archiduque Carlos (con unos 95 000 hombres) debía recobrar las provincias italianas perdidas por Austria. El archiduque Juan (con 23 000 soldados) se situó en el

Tirol para proteger las comunicaciones entre las fuerzas austriacas en Italia y las del sur de Alemania. Las operaciones de la coalición no se limitaban a Baviera y el norte de Italia. El plan también preveía el desembarco de unos 45 000 soldados rusos, británicos y napolitanos en Nápoles, donde se habrían impuesto con gran facilidad a los 20 000 soldados franceses allí situados para restaurar la independencia del país. Al mismo tiempo, unos 70 000 rusos y suecos (con ayuda británica) tenían que desembarcar en el norte de Alemania y recuperar Hannover para Gran Bretaña.[41]

Este esquema estratégico adolecía de varias deficiencias importantes. En primer lugar, descuidaba por completo el principio de concentración de la fuerza, un problema especialmente grave porque la coordinación de operaciones separadas por distancias tan grandes superaba las capacidades de la época. En segundo lugar, asumía erróneamente que el ataque principal de Napoleón iría contra el norte de Italia y, por ello, emplazaba el contingente austriaco de mayor tamaño (comandado además por el mejor general austriaco) en esa región. En tercer lugar, estaba basado en una subestimación extrema del tiempo que necesitaría el ejército francés que iba a operar en Alemania para llegar al Danubio. Por si fuera poco, entre los dirigentes austriacos había posiciones enfrentadas acerca de la preparación real del Ejército para la guerra y de qué estrategia emplear. El rechazo inicial de los prusianos a unirse a la coalición privó a los aliados de muchas tropas con las que habían esperado contar. La coalición tampoco pudo aspirar a la ventaja de la sorpresa: la organización de operaciones militares a una escala tan grande no podía escamotearse a los eficaces espías de Napoleón.

A medida que Napoleón se fue enterando de las intenciones de sus enemigos y calculando sus posibles fuerzas, se dio cuenta de que para enfrentarse a la coalición tendría que proceder raudo y tomar la iniciativa. No tardó en identificar el objetivo princi-

pal. Con las unidades austriacas ya reuniéndose en el frente del Danubio, Napoleón planeó marchar hacia el Rin con un ejército de 200 000 soldados, luego avanzar por Suabia incorporando a los aliados del sur de Alemania y derrotar al enemigo antes de que pudiera concentrar sus fuerzas. Un contingente relativamente pequeño se encargaría de fijar a los efectivos austriacos situados en Italia. Hannover y Nápoles no recibirían refuerzos. Lo que allí se pudiera perder sería fácil de recuperar si Austria y Rusia eran derrotadas en el teatro principal. A finales de agosto, Napoleón ordenó a algunos oficiales adelantarse al sur de Alemania y tomar nota de todo aquello que tuviera utilidad militar, como, por ejemplo, la calidad de las carreteras y los puentes, el ancho de los ríos y el estado de las fortificaciones. El día 25, Napoleón emitió las órdenes para que la Grande Armée marchara hacia el Rin. Los distintos cuerpos del ejército fueron asignados a carreteras ampliamente separadas entre sí, de modo que no se estorbaran en sus avances y no tuvieran problemas para encontrar alojamiento o abastecerse. Napoleón había calculado en persona las marchas de su ejército y esperaba que sus unidades estuvieran ya en el Rin el 23 de septiembre –algunas de ellas debían cubrir casi 500 kilómetros en 29 días–. En Italia, Napoleón confiaba en que las fuerzas combinadas franco-italianas (68 000 soldados a las órdenes del mariscal André Masséna) mantendrían entretenido al Ejército austriaco.

Napoleón mantuvo en el máximo secreto los movimientos de su ejército. Ordenó a algunos comandantes de cuerpo que anunciaran que se volvían a Francia, de forma que los movimientos no levantaran sospechas en el bando enemigo. Prohibió a los periódicos informar acerca de las operaciones militares y desplegó una potente pantalla de caballería para ocultar su progreso. Para acelerar la marcha hacia el Danubio, Napoleón también exprimió al máximo sus relaciones con los príncipes cuyos territorios se encontraban en el camino de la Grande Armée. Los diplomáti-

cos franceses garantizaron a los príncipes que Napoleón preservaría sus territorios y soberanía a cambio de apoyo político y militar. De este modo, los príncipes alemanes se vieron entre la espada y la pared: les incomodaba ponerse del lado de los galos y contra la coalición, pero tampoco se hallaban en una posición que les permitiera rechazar las exigencias de Napoleón. En busca de una salida, los soberanos de Baden, Wurtemberg y Baviera intentaron que los prusianos protegieran su neutralidad. Sin embargo, el monarca prusiano, aún reacio a verse arrastrado a la guerra, ignoró esta solicitud e instó a Baden a que aceptara la oferta de alianza francesa. Wurtemburg anunció su neutralidad, lo que llevó a los austriacos a pensar que Napoleón no penetraría en su territorio.

A primeros de septiembre, el Ejército austriaco de Mack invadió Baviera con la esperanza de forzar a los bávaros (y a otros Estados alemanes) a incorporarse a la alianza o, en caso de negativa, para desarmarlos antes de que llegaran los franceses. Mack esperaba que estos atacasen en noviembre desde las cercanías de Estrasburgo, de modo que habría tiempo sobrado para que el ejército ruso que esperaba llegase antes de que se produjera el choque con el enemigo. El movimiento austriaco, sin embargo, obtuvo un resultado inverso al esperado: los bávaros se alinearon firmemente con los franceses, mientras que la agresión austriaca proporcionaba a Napoleón, simultáneamente, un *casus belli* y un objetivo al que atacar. Mack acabó, de esta manera, aislado en Baviera. El Ejército ruso de Kutúzov todavía estaba muy lejos y su llegada no se esperaba hasta mediados de octubre.[42]

Las historias tradicionales de la campaña de 1805 se centran en los aspectos políticos y militares y suelen contemplar la formación de la Grande Armée y las maniobras diplomáticas de Napoleón en la víspera de la guerra. Sin embargo, a menudo ignoran un elemento crucial: cómo se financiaba todo esto. Las reformas militares y los preparativos para la contienda resultaron muy

gravosos para Francia. En los últimos días de septiembre de 1805, la capital francesa estaba agitada por la expectativa de que la nueva guerra, combinada con una cosecha decepcionante, condujera a una crisis económica. François Nicolas Mollien, ministro del Tesoro Público, recordó más adelante que el agotamiento de la economía era tal que Napoleón solo pudo conseguir unos millones de francos para la Grande Armée, de los que «la mayor parte venía de sus propios ahorros personales». Los contratistas militares, que intentaban cobrar por adelantado sus entregas, habían amenazado con suspender las actividades y Napoleón no tuvo más remedio que darles en pago tierras del Estado por un valor de 10 millones de francos. Además, el Tesoro ya había comprometido parte de los ingresos de 1806 en la negociación de sus obligaciones.[43] Miot de Mélito, miembro del Consejo de Estado, indicó que el Banco de Francia estaba desbordado por solicitudes para el pago de sus billetes. En cuanto Napoleón salió de la capital, los círculos financieros se vieron asaltados por el temor a problemas de liquidez, puesto que el Banco de Francia solo podía «entregar metálico hasta un monto total de 300 000 francos, aceptando solo un billete de 1000 francos de cada deudor que se presentara». Una situación que creó un malestar generalizado. «El Banco, o al menos sus principales accionistas, fueron acusados de haber pagado con el metálico y de haber exportado una gran cantidad. Otros culparon de la escasez de moneda al Gobierno y a los préstamos que el Banco le había hecho a este».[44] Por las calles de París podía comprobarse la pesadumbre generalizada del sentir popular. La llamada de Napoleón a decenas de miles de reclutas forzosos para formar una nueva reserva de contingencia empeoró todavía más las cosas. Incluso en el, aparentemente dócil, Senado, el discurso del emperador que explicaba las causas de la guerra despertó pocos apoyos y reveló la hondura de los problemas financieros a los que se enfrentaba Napoleón en el momento de embarcarse en la nueva campaña.

Cuando salió hacia Estrasburgo, el emperador sabía que era imperioso poner un fin rápido a la contienda.

A la vez que los aliados avanzaban, Napoleón corría hacia el punto crítico aprovechando la superior movilidad de sus cuerpos, que disfrutaron de los alojamientos y abastecimientos reservados por las autoridades locales que los esperaban a lo largo de la ruta. El movimiento fluido y rápido de un contingente tan grande no tenía precedentes: las tropas francesas recorrieron una media de 30 kilómetros diarios. La Grande Armée llegó al Rin a finales de septiembre y, después de cruzarlo por varios lugares entre el 26 de ese mes y el 2 de octubre, avanzó hacia el Danubio.[45] Este veloz progreso puso de manifiesto, de nuevo, un rasgo fundamental del carácter de Napoleón: su disposición a aceptar riesgos políticos a largo plazo a cambio de ventajas estratégicas y operacionales inmediatas. Para amenazar la posición enemiga, Napoleón atravesó con sus cuerpos I y II el territorio prusiano de Ansbach, violando de forma flagrante la neutralidad. Era una decisión que entrañaba un considerable riesgo político, pero en la mente de Napoleón estaba justificada por la necesidad militar. La maniobra sorprendió a los austriacos, que antes habían recibido de Prusia garantías de que se opondría a un movimiento de ese tipo y estaban por ello persuadidos de la seguridad de su retaguardia. La jugada de Napoleón le concedió la ventaja que buscaba, pero provocó una gran indignación en Prusia, donde se alzaron voces a favor de la entrada en la guerra.

Las circunstancias exigían actuar con rapidez y Napoleón no perdió un solo segundo. Cuando sus espías le informaron de que Mack había concentrado sus fuerzas alrededor de Ulm, redactó un nuevo conjunto de órdenes pensadas para aislar a los austriacos de los rusos y destruirlos por separado. A primeros de octubre, las fuerzas de Napoleón avanzaron en seis grandes columnas trazando un amplio arco, primero al norte y luego al este de la posición de Mack. Un elemento relevante del plan de Napoleón

consistió en servirse de la inteligencia para engañar al enemigo: los agentes Charles Louis (Karl Ludwig) Schulmeister y Édouard Fetny, situados adecuadamente en el cuartel general austriaco, introdujeron información falsa en este y transmitieron a Napoleón planes austriacos cruciales.[46]

El 30 de septiembre, Mack, que ya había comprendido que corría peligro de acabar copado, intentó escapar de la trampa y abrir una línea de retirada hacia Viena. En las dos primeras semanas de octubre, los austriacos sufrieron una serie de derrotas importantes: en Wertingen (8 de octubre), los mariscales Joaquín Murat y Jean Lannes malearon a las fuerzas austriacas de Franz Auffenberg; en Haslach (11 de octubre), unos 4000 franceses comandados por el general Pierre Dupont repelieron el asalto de 25 000 austriacos; en Elchingen (14 de octubre), el mariscal Michel Ney puso en fuga a los austriacos y les impidió escapar al norte del Danubio cuando el grueso de las fuerzas de Napoleón se encontraban ya al sur del río. Para entonces, los franceses tenían dos cuerpos en las cercanías de Múnich, 130 kilómetros al este de Mack, que cortaban su línea de comunicación y cerraban sus vías de escape más al sur. El rápido avance y las victorias de Napoleón desmoralizaron al ejército austriaco. Mack, separado todavía de los rusos por más de 130 kilómetros, rindió sus fuerzas –en ese momento, 23 500 hombres y 65 piezas de artillería–, entre el 19 y el 20 de octubre de 1805.[47]

La victoria de Ulm fue un éxito notable. En menos de dos meses, Napoleón había marchado con unos 200 000 hombres desde la costa del canal de la Mancha a Baviera y logrado su objetivo principal, la aniquilación del ejército enemigo sin tener que librar siquiera una gran batalla. Este enorme éxito, obtenido en el nivel operacional y no en el táctico, llevó a sus soldados a bromear con que Napoleón había descubierto una nueva forma de hacer la guerra: con las piernas en lugar de con las armas.[48]

Con la vista centrada en completar tal éxito, Napoleón no desperdició tiempo. Presionó con sus efectivos principales hacia Viena, mientras André Masséna conseguía enzarzarse con el archiduque Carlos para evitar que este apoyara las operaciones austriacas en Baviera. El Ejército ruso de Kutúzov acababa de llegar a Braunau, después de marchar a un ritmo apresurado durante los últimos 500 kilómetros y dejar a miles de rezagados por el camino.[49] Una vez desaparecido el contingente de Mack, el objetivo principal de Kutúzov era salvar a sus propias fuerzas, cosa que no dudó en hacer, en especial al percatarse de la enorme superioridad numérica enemiga. El mariscal Murat, en persecución de los rusos que se retiraban, llegó a la capital austriaca el 13 de noviembre.[50] Ese mismo día, un reducido grupo de generales franceses tomó el puente principal del Danubio sin hacer un solo disparo, gracias a una treta asombrosa.[51] Mientras los austriacos, con sus unidades ya en la orilla norte, se aprestaban a destruir el puente, dos generales franceses cabalgaron hasta la estructura y anunciaron que iban a encontrarse con un general austriaco que había solicitado una conferencia. Mientras los guardias austriacos dudaban, el mariscal Lannes también pasó el puente y advirtió a los guardias de que la destrucción de este sería una violación del armisticio recién firmado. Murat hizo entonces avanzar por el puente a una columna de granaderos. Los artilleros austriacos, confundidos por las mentiras de Lannes y el ímpetu de su personalidad, no llegaron a abrir fuego y los franceses se apoderaron del puente. Los mariscales franceses, de todos modos, no lograron sacar provecho de su éxito. Murat, animado por el triunfo de su añagaza, intentó repetirla solo dos días más tarde, cuando dio alcance al Ejército ruso. Los rusos fingieron conocer las supuestas negociaciones y engatusaron al mariscal francés con buenas palabras y conversaciones. Murat, atrapado en su propia red, llegó a despachar un mensajero a Napoleón para informarle de las condiciones del armisticio que los rusos fingían ofrecer.

Mientras tanto, el Ejército de Kutúzov se alejaba hacia Moravia, dejando atrás una pequeña retaguardia comandada por su general más capaz, el fiero príncipe Piotr Bagratión. El 16 de noviembre, tras recibir un iracundo rapapolvo del emperador, que acusó al mariscal de «malograr los frutos de toda la campaña», Murat atacó al destacamento ruso con más de 30 000 hombres. Los rusos perdieron más de la mitad de sus efectivos, pero aguantaron lo suficiente para que el contingente principal del Ejército se pusiera a salvo.[52]

Al tiempo que Napoleón se adentraba más en Austria, su Ejército se iba debilitando progresivamente por un fenómeno conocido como «consunción estratégica». Aparte de las pérdidas sufridas en batalla, los franceses tenían que ir dejando efectivos atrás para proteger la línea de comunicación que llegaba hasta Francia, cada vez más extensa, además de para encarar las unidades austriacas todavía operativas. A finales de noviembre, cuando empezó a concentrar sus tropas en los alrededores de Brünn (Brno), Napoleón solo contaba con llegar a reunir unos 73 000 hombres y no sin mucha dificultad.

Los aliados, por su parte, también se reagrupaban. Los emperadores Alejandro de Rusia y Francisco de Austria concentraron alrededor de 90 000 hombres cerca de Olmütz (Olomouc). El archiduque Fernando se encontraba en Praga con 18 000 soldados, mientras que el archiduque Carlos estaba a punto de abandonar Italia con 85 000 efectivos. Estaba claro que los aliados intentaban concentrar sus fuerzas, globalmente superiores en número, y entablar batalla con una Grande Armée debilitada por la lejanía de sus bases.

Además, el avance francés a través de territorio prusiano de camino a Ulm había enfurecido tanto a Federico Guillermo que, el 3 de noviembre de 1805, firmó la Convención de Potsdam con el emperador Alejandro, en la que concedía permiso de paso por su territorio a las fuerzas rusas. Más crucial todavía fue que

Federico Guillermo aceptaba servir de mediador entre el bando ruso-austriaco y Francia y se comprometía a que, en caso de que la mediación fracasara, se uniría a la coalición con un contingente de 180 000 soldados.[53] Napoleón, por tanto, necesitaba con desesperación ganar una batalla decisiva antes de que los ejércitos aliados pudieran unir sus fuerzas para aplastarlo.

La natural prudencia podría haber invitado a pensar a la coalición que la mejor opción era retrasar las operaciones hasta que el Ejército prusiano entrase en campaña. Sin embargo, los aliados se hallaban profundamente divididos en cuanto a los enfoques estratégicos. Muchos oficiales de alta graduación, entre ellos el general Kutúzov, veían imprescindible no entablar combate con Bonaparte en aquel momento y sostenían que la dilación solo ofrecía ventajas. Un enfrentamiento prematuro podía conducir al desastre. En lugar de dar batalla, proponían ganar tiempo con una retirada hacia los Cárpatos que permitiera la llegada de los refuerzos de Italia y Prusia. Sin embargo, Alejandro y Francisco desdeñaron tales argumentos. De acuerdo con las normas castrenses rusas, Alejandro asumía el mando del Ejército en las ocasiones en que se encontrara con las tropas y, aunque oficialmente mantenía la jefatura del Ejército en manos de Kutúzov, su presencia limitaba las acciones del general. El emperador ruso estaba rodeado por un grupo de jóvenes aristócratas, entre los que sobresalía el príncipe Piotr Dolgorúkov, que le instaban a llevar al Ejército contra Napoleón a pesar de las circunstancias estratégicas. Estos pequeños príncipes persuadieron al emperador de que tenía las cualidades necesarias para el mando militar y de que su presencia con el Ejército cambiaría el curso de la guerra.

Los austriacos, aún tambaleantes por el desastre en Ulm, también se oponían a la retirada con el argumento de que alargaría la depredación francesa de sus territorios. Querían que el Ejército ruso expulsara a los franceses de Moravia.[54] Estos razonamientos a favor de la ofensiva encontraron pronto oídos receptivos;

Alejandro ansiaba comandar el Ejército y derrotar a Napoleón en el campo de batalla.[55] Después de muchas deliberaciones, Alejandro y Francisco convinieron la ofensiva y el mayor general austriaco Franz Weyrother preparó un plan de operaciones.[56] Según este, las fuerzas aliadas principales harían una maniobra envolvente por el flanco derecho de Napoleón y cortarían sus comunicaciones con Viena.[57] Sin embargo, las disposiciones de Weyrother era tan complejas que, cuando llegó la hora del avance, muchos oficiales todavía no habían tenido tiempo de estudiar las respectivas misiones. Uno de los oficiales rusos se quejó de que, por culpa de las órdenes de marcha «confusas» de Weyrother, «las rutas de nuestras columnas chocaban todas entre sí, a veces en varias ocasiones, y algunas columnas desperdiciaron el tiempo esperando a otras».[58]

El contingente austro-ruso se movió con lentitud desde Olmütz a Wischau, donde su vanguardia, comandada por Bagration, se enfrentó con éxito a las tropas francesas. El emperador Alejandro presenció allí su primer combate. Al principio se sintió electrizado por la acción, aunque no tardó en toparse con los muertos y los heridos, una experiencia que lo dejó conmocionado. Se retiró a la retaguardia y no quiso probar bocado durante el resto del día.[59] El contingente principal, mientras tanto, prosiguió el avance, prácticamente sin conocimiento alguno acerca de la localización de los franceses o de su fuerza.[60] Czartoryski, confidente del emperador ruso, recordó:

> […] era en esto donde se equivocaban el emperador Alejandro y sus consejeros. Pensaban que Napoleón estaba en una posición arriesgada y que estaba a punto de retirarse. Las avanzadas francesas parecían dubitativas y tímidas, lo que abonaba esas ilusiones, y no paraban de llegar reportes de nuestras avanzadillas anunciando un inminente movimiento del ejército francés hacia la retaguardia.[61]

En realidad, el éxito aliado en Wischau fue orquestado por Napoleón, que trataba de atraer a los aliados a las posiciones que deseaba; su estratagema convenció a muchos en el cuartel gene-

ral de la coalición de que los franceses estaban debilitados y querían evitar una batalla decisiva.[62] Los comandantes ruso-austriacos, de todos modos, vacilaron acerca de cuál sería su siguiente paso. Kutúzov aún defendía que Napoleón se limitaba a atraer a los aliados a una posición favorable, donde los haría frente.[63] Otros oficiales superiores querían permanecer donde estaban y esperar a los refuerzos que venían marchando desde Silesia. Al final, los jóvenes edecanes que afirmaban que Napoleón estaba demasiado atemorizado para luchar acabaron por arrastrar a Alejandro. A finales de noviembre, el príncipe Piotr Dolgorúkov fue enviado a entrevistarse con Napoleón para tratar los términos de las posibles negociaciones, pero actuó con una altivez inaudita.[64] Napoleón, enfurecido por el comportamiento de Dolgorúkov, supo utilizarlo para transmitir la impresión de que los franceses estaban debilitados e inducir a los aliados a atacar. La treta fue un éxito: a su vuelta, Dolgorúkov «le decía a todo el mundo que Napoleón temblaba, y que incluso nuestra vanguardia bastaría para derrotarlo».[65] Al ver que Alejandro dudaba, Dolgorúkov le dijo bruscamente que cualquier indecisión convertiría a los rusos en «cobardes» ante los demás. Alejandro respondió: «¿Cobardes? Entonces mejor será que muramos».[66]

En su avance, el ejército aliado pasó por Austerlitz en la mañana del 1 de diciembre y ascendió lentamente la cuesta hacia la meseta de Pratzen, recién evacuada por los franceses. Que los galos hubieran abandonado aquel terreno tan crucial sin luchar venía a corroborar la debilidad que Napoleón quería aparentar. Aunque las tropas aliadas marcharon en buen orden, sus columnas todavía se enredaban y algunas se detuvieron más allá del lugar planeado.[67] Bagratión vivaqueó con sus efectivos en torno a Posoritz, en el extremo del flanco derecho de la posición aliada.[68]

De hecho, la llegada de las unidades de la coalición a Austerlitz era parte del plan operacional de Napoleón. El emperador

francés había situado en un primer momento a sus hombres en los altos de Pratzen, al este del pueblo, consciente de que aquella posición sería crucial en la batalla. Entonces, movió deliberadamente las tropas hacia el oeste, a menor altura, para debilitar y extender en exceso el flanco derecho con la intención de que sus adversarios concentraran toda la atención en esta aparente vulnerabilidad y no tuvieran duda de la debilidad general de la posición francesa. El ala derecha gala parecía un blanco irresistible. Si el contingente combinado austro-ruso lograba romperla, los aliados podrían cortar la línea de retirada francesa a Viena (y a Francia) y tener a Napoleón atrapado en Bohemia aquel invierno. Napoleón, por su parte, arriesgó su suerte a que los refuerzos de última hora del mariscal Davout aseguraran su flanco derecho en grado suficiente para que este aguantara mientras él asestaba en otro punto el golpe decisivo.

La coalición inició el ataque en las primeras horas de la mañana del 2 de diciembre, con el campo de batalla todavía cubierto de una niebla que ocultaba al grueso del Ejército francés. A media mañana, las fuerzas de la coalición habían avanzado algo en el flanco derecho galo, defendido con determinación por las tropas de Davout. En el momento álgido, alrededor de las 9.30 h, al levantarse la niebla e iluminar el «Sol de Austerlitz» el campo de batalla, Napoleón ordenó al mariscal Nicolas Soult lanzar un ataque contra los altos de Pratzen. La acometida gala sorprendió a las fuerzas aliadas, dividió el ejército en dos y extendió el desorden entre las filas. El asalto francés continuó contra el ala izquierda aliada, que se desintegraba por momentos, mientras la artillería francesa disparaba contra los estanques helados para romper el hielo y dificultar la retirada. A las 6 de la tarde, la batalla estaba prácticamente terminada.

Austerlitz fue la obra maestra de la estrategia militar napoleónica. A pesar de la superioridad numérica, el ejército ruso-austriaco fue derrotado de modo decisivo. Los franceses perdieron

unos 9000 hombres, de ellos 1300 muertos, pero el ejército de la coalición sufrió alrededor de 27 000 bajas. Los rusos soportaron la mayor parte de las bajas, más de 21 000 entre muertos, heridos y prisioneros, junto con la pérdida de 133 cañones. Se cuenta que Napoleón, al ver a la flor de los soldados rusos extendida por los campos ensangrentados, exclamó: «¡Muchas bellas damas llorarán mañana en San Petersburgo!».

Austerlitz fue un golpe del que Austria no podía recuperarse. Derrotados sus ejércitos y ocupada su capital, Francisco, emperador del Sacro Imperio, no tuvo más remedio que pedir la paz el 4 de diciembre. El emperador Alejandro de Rusia, a pesar de su desafiante retórica, no tuvo más remedio que encaminar los restos machacados de su contingente de vuelta a casa. El impacto moral y político de Austerlitz en Rusia fue profundo. Se ha hecho célebre el saludo de Napoleón, en la mañana de la batalla, al «Sol de Austerlitz» que surgió de las nieblas de diciembre. En cambio, para Rusia, bien podría haberse llamado el «Eclipse de Austerlitz». Durante cien años, la sociedad rusa se había acostumbrado a las victorias de su Ejército, fuera contra los turcos, los suecos, los polacos o los franceses, y pensaba que era imbatible. Austerlitz echó por tierra estas ilusiones. Alejandro fue el primer zar en ponerse al mando de un ejército en campaña desde Pedro el Grande, una circunstancia que solo contribuyó a agravar el sentimiento de la derrota sufrida en los campos de Moravia. En efecto, el desastroso desenlace de la batalla conmocionó a la sociedad rusa. Joseph de Maistre, desde San Petersburgo, escribió: «La batalla de Austerlitz tuvo un efecto mágico en la opinión pública [...] y parece que la derrota en una única batalla hubiera paralizado a todo el imperio».[69] La nobleza rusa se negó a creer, en un primer momento, la dimensión del fracaso. Sin embargo, a medida que fueron llegando más detalles y se aclaró la dimensión de la derrota, una fuerte reacción nacionalista pro-

dujo llamamientos a continuar la guerra con el objetivo de restaurar el honor de Rusia.

El triunfo de 1805 concedió a Napoleón la hegemonía indiscutible en Europa occidental y central, donde, por medio de la persuasión y de presiones, se aseguró la cooperación activa de los principales Estados del sur de Alemania (Baviera, Baden y Wurtemberg). Las demás potencias europeas estaban asombradas por la escala y la celeridad de sus victorias. La campaña demostró la incapacidad de las potencias para formar y liderar una alianza con fuerza suficiente para derrotar a la resurgente Francia. Igual que en 1798-1801, la cooperación militar y política anglo-rusa estuvo sometida a muchas tensiones y las relaciones entre San Petersburgo y Viena, ya muy deterioradas, alcanzaron un punto más bajo aún, en el que cada parte hacía a la otra responsable de la derrota. Aunque Alejandro no culpabilizó abiertamente a la «traición e imbecilidad» austriaca (expresión que tomamos prestada de un político británico), los sentimientos antiaustríacos, ya rampantes entre los oficiales rusos desde las campañas conjuntas de Italia y Suiza en 1799, se intensificaron aún más.[70] Un general le escribió airado a su mujer: «En cuanto a los [austriacos], no puedes imaginar la desgracia que es estar con estos canallas [...] Esta maldita campaña debería servirnos de enseñanza para no fiarnos de estos alemanes que, para nosotros, son mayores enemigos que los franceses».[71]

A pesar de todo, las victorias francesas en el continente no tuvieron ningún efecto, prácticamente, sobre la propia Gran Bretaña. De hecho, el triunfo galo en Ulm vino a coincidir, con apenas una diferencia de días, con la derrota aplastante de Trafalgar, donde Horatio Nelson eliminó dos tercios de la flota franco-española y consolidó el dominio británico de los mares. Como

hemos visto en el Capítulo 9, en 1804, Napoleón desarrolló un plan estratégico para la invasión de Gran Bretaña. De acuerdo con este, el almirante Pierre de Villeneuve, al mando de la escuadra francesa fondeada en Tolón, debía escapar del puerto, reunirse con un escuadrón español y poner rumbo hacia el Caribe para atraer a la flota británica del Mediterráneo que comandaba Nelson y alejarla de Europa. Ya en el Caribe, Villeneuve debía escabullirse de las unidades británicas y volver a Europa, donde se reuniría con las escuadras francesas de Brest y Rochefort y con los barcos españoles provenientes de Cádiz y de Ferrol. Esta fuerza combinada entraría entonces, a principios de agosto, en el canal de la Mancha, donde escoltaría a la fuerza de invasión y la protegería del resto de los buques de guerra británicos.

Villeneuve, en efecto, puso vela hacia el Caribe el 30 de marzo de 1805. Logró evadir el bloqueo británico y encontrarse con la flota española del almirante don Federico Gravina en Cádiz. Así reforzado, Villeneuve dirigió la flota combinada al Caribe con la intención doble de distraer la atención de la flota británica que vigilaba el canal de la Mancha y reunirse con otras fuerzas navales franco-españolas. Arribó al Caribe a mediados de mayo, donde aguardó en Martinica la llegada de otras escuadras francesas. El 11 de junio, al comprender que no llegarían refuerzos, puso rumbo de regreso a Europa sin haber logrado ningún éxito de importancia en el Caribe. Nelson, que había partido en su persecución hacia el Caribe con dos semanas de diferencia, llegó allí a primeros de junio, donde tuvo noticia de la nueva partida de Villeneuve. De inmediato, despachó una fragata con la encomienda de informar al Almirantazgo, en Londres, de que los efectivos franco-españoles estaban regresando a aguas europeas. Esta información permitió a los jefes de la Flota del Canal de la Mancha incrementar la vigilancia sobre los puertos franceses bloqueados. De resultas, la escuadra gala bloqueada en Brest no pudo romper el cinturón de los buques enemigos. Aunque la es-

cuadra de Rochefort había logrado antes escapar al mar, no consiguió reunirse con Villeneuve y regresó a puerto. Esta decisión selló el destino de toda la empresa. El 22 de julio, la flota de Villeneuve, que, debilitada por las dos travesías transatlánticas seguidas, iba con rumbo a romper el bloqueo de Brest, se topó con la escuadra británica del almirante *sir* Robert Calder frente al cabo Finisterre (noroeste de España). La consiguiente batalla no supuso la victoria clara de ninguno de los dos bandos –de hecho, el almirante británico fue sometido a un consejo de guerra por tal actuación–, aunque esto constituyó en sí mismo una victoria estratégica para los británicos. Pese a lo limitado de las pérdidas sufridas, Villeneuve renunció a llegar a Brest, donde su flota podía haberse reunido con otras fuerzas francesas y, juntas, despejar el canal de la Mancha para la invasión de Gran Bretaña. Prefirió regresar a Cádiz, donde no tardó en encontrarse bloqueado por la Royal Navy. Villeneuve acabó cargando con la culpa de que el plan de invasión se malograra, pero lo cierto es que Napoleón ya había decidido abandonarlo antes incluso de conocer el fracaso de las operaciones del almirante. Para cuando Villeneuve atracó en Cádiz, Napoleón ya había desmontado sus campamentos en Bolougne e iniciado la marcha hacia el Danubio, donde Austria y Rusia se preparaban para la confrontación. Ordenó entonces a Villeneuve que se dirigiera al Mediterráneo para proporcionar protección y apoyo logístico a las unidades galas en Italia. Villeneuve siguió las instrucciones imperiales, aunque, informado de la presencia de Nelson en Gibraltar, decidió rehuir el encuentro e invertir el curso y poner proa al norte, a Cádiz. Sin embargo, sus perseguidores británicos le dieron caza el 21 de octubre, cerca del cabo Trafalgar.

La batalla de Trafalgar fue uno de los enfrentamientos navales más grandes del siglo XIX –participaron 60 navíos de línea–. Una vez avistado el adversario en las primeras horas de la mañana del 21 de octubre, Nelson dio la señal desde su buque insig-

nia, el HMS Victory, para que los 27 navíos de línea –estos sumaban a bordo 17 000 hombres y 2148 cañones–, 4 fragatas y 2 buques auxiliares de su escuadra se prepararan para la batalla. La escuadra franco-española de 33 navíos y 5 fragatas, en la que iban embarcados 30 000 hombres –entre marinería, tropa y oficiales– y 2632 cañones, era de mayor tamaño, pero no podía medirse a sus contrincantes en entrenamiento ni en moral.[72] Mientras que Villeneuve dispuso su escuadra en la habitual línea simple de batalla, Nelson optó por un planteamiento más audaz y desplegó su flota, más reducida, en dos escuadrones. Se trataba de una maniobra peligrosa; si el viento no soplaba con la fuerza suficiente, el movimiento británico se habría visto mermado y franceses y españoles habrían tenido tiempo de machacar a los buques británicos de vanguardia. Nelson esperaba, cortando la línea enemiga, romper su formación y convertir la batalla en una serie de pequeños enfrentamientos entre buques individuales (o grupos de estos), donde la superior pericia artillera y marinera de los británicos podrían imponerse al mayor número de sus adversarios.[73] Nelson, de un modo verdaderamente napoleónico, buscaba una victoria decisiva. Poco antes de la batalla escribió: «Lo que el país quiere es [...] la aniquilación, no basta una victoria espléndida».[74]

Justo antes del mediodía, Nelson izó su célebre señal, «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber», y la escuadra británica inició el ataque. A pesar de la intensidad del fuego enemigo, los buques de guerra británicos no alteraron el curso y las dos columnas penetraron en la larga línea de los barcos franco-españoles. A medida que cada barco británico atravesaba la línea, sus baterías enfilaban a los buques enemigos con un efecto devastador. Un participante francés recordó:

> Pensé que [nuestro buque] era machacado en pedazos, pulverizado. La tormenta de proyectiles que se arrojaban contra el casco y a través de él, en el lado de babor, hicieron que el barco se escorara a estribor. Casi todas las velas y el

aparejo quedaron hechos trizas, mientras que en el puente superior fueron barridos la mayor parte de los marinos que allí trabajaban.[75]

La batalla se extendió cinco horas y concluyó en una de las victorias navales británicas más decisivas y fructíferas de la historia. Fueron capturados 17 navíos de línea de la escuadra combinada franco-española y uno acabó destruido. No se perdió ni un solo barco británico. Los españoles perdieron alrededor de 1000 hombres entre muertos y heridos, mientras que la cifra francesa pasó de 4000. Unos 7000 franceses y españoles fueron tomados prisioneros. Llaman la atención las reducidas bajas británicas –solo 449 muertos y 1214 heridos entre oficiales y tropa, alrededor de un 10 por ciento de la fuerza total–. La mayor pérdida británica fue, por supuesto, la del almirante Nelson, herido de muerte por uno de los infantes de Marina franceses que disparaban a los puentes del Victory. Falleció alrededor de las 4 de la tarde, ya conocedor de que la victoria estaba asegurada.[76]

Trafalgar, como Ulm y Austerlitz, tuvo profundas consecuencias. Sin embargo, como su importancia suele exagerarse y teñirse de sentimientos patrióticos, es importante que distingamos lo que se aparentó ganar en esta batalla y lo que, de hecho, se consiguió. Nelson, en efecto, había obtenido una victoria brillante, una victoria que borraba la amenaza inmediata de invasión francesa. También contribuyó, sin duda, a poner las bases del papel que la Royal Navy tendría en la próxima guerra por España, también llamada Guerra Peninsular (Peninsular War). Asimismo, la batalla demostró la incapacidad del poder marítimo para afectar al resultado de una guerra que en el continente se libraba en tierra: las victorias marítimas podían proporcionar respiros momentáneos, pero no podían resolver las limitaciones inherentes de los británicos cuando se enfrentaban a potencias cuyo poder tenía una base terrestre. Trafalgar no tuvo, como sugieren algunos historiadores, «consecuencias decisivas»: Napoleón procedió a la destrucción de las coaliciones tercera y cuarta y urdió un

desplazamiento geopolítico en Oriente Próximo y Medio, donde el Imperio otomano e Irán se alinearon con Francia.[77] Durante los siete años siguientes, los esfuerzos británicos por conseguir la caída de Napoleón y su imperio dieron escaso fruto. La batalla tampoco garantizó el dominio del mar a los británicos, ni aplastó las aspiraciones marítimas de Napoleón. Hasta hace poco, la tendencia general entre los historiadores era afirmar que la lucha en el mar había terminado en 1805 y no prestar mucha atención a los seis años de contienda naval posteriores.[78] En contra de lo que se suele suponer, el poder naval francés no fue destruido por completo en Trafalgar y, a pesar de las pérdidas sufridas, los almirantes galos continuaron acometiendo una amplia gama de operaciones en el Atlántico y en el Índico en 1806 y 1807. Además, Napoleón siguió reforzando sus efectivos navales mediante la construcción de nuevas escuadras o adquiriéndolas por medio de la conquista, lo que obligó a los británicos a enfrentarse con él de nuevo en Copenhague y en Lisboa en 1807, en Walcheren y en la isla de Aix en 1809 y en las islas Mascareñas en 1810.

La victoria sobre la Tercera Coalición en diciembre de 1805 ofreció a Napoleón la oportunidad de dirigir su atención a la península itálica, donde habían surgido problemas sustanciales. La torpe introducción de la administración francesa (en especial unos sistemas de recaudación de impuestos y de reclutamiento más eficaces) habían provocado un levantamiento en Parma que Napoleón tuvo que reprimir a principios de 1806.[79] Sus instrucciones al general Andoche Junot exigían aplicar un castigo severo al populacho local y no mostraban el mínimo interés por comprender las circunstancias que habían rodeado el origen de la

revuelta. Cuando el general le pidió actuar con más moderación con los rebeldes, Napoleón le contestó:

> No comparto vuestra opinión acerca de la inocencia del pueblo de Parma. Los castigos deben ser numerosos y severos; no perdonéis a ninguno [...] Quemad uno o dos pueblos grandes de modo que no quede rastro de ellos. Decid que lo he ordenado yo. Los grandes Estados solo pueden conservarse mediante actos de severidad.[80]

La revuelta se sofocó en cuestión de semanas, pero reveló la verdadera naturaleza del gobierno napoleónico, un poder que no solo ofrecía reformas, sino que también aplicaba un castigo severo a cualquier resistencia. Mientras tanto, el papa Pío VII fue objeto de la ira de Napoleón por protestar ante la ocupación francesa de Ancona durante la guerra. Las tropas ocuparon toda la línea de costa del Adriático y del Tirreno, en lo que fue un primer paso hacia la absorción de los Estados Pontificios por el Imperio francés.[81]

Mayor relevancia aún tiene el hecho de que, después del fin de la Guerra de la Tercera Coalición, Napoleón anunciara su intención de castigar a la monarquía borbónica de Nápoles, cuyo rey, Fernando, a pesar de haberse aliado a Francia mediante el Tratado de Florencia de 1801 y de comprometerse a permanecer neutral en el conflicto en curso, había roto esta promesa al unirse a la Tercera Coalición y había invitado a los aliados a desembarcar en Nápoles, como ya hemos visto.[82] Los aliados respondieron a la sugerencia de Fernando con el envío de dos fuerzas expedicionarias: el teniente general James Henry Craig partió de Malta con unos 6000 soldados británicos y los 7000 efectivos rusos del general Maurice Lacy zarparon desde la isla de Corfú. Las dos expediciones convergieron en Nápoles el 20 de noviembre de 1805. No pudieron haber elegido peor momento. El Ejército austriaco había sido pulverizado en Ulm y los franceses ya controlaban la capital austriaca. En el norte de Italia, el mariscal André Masséna, con su Armée d'Italie, se impuso al Ejército austriaco del archiduque Carlos en Caldiero y lo persiguió primero

hacia Vicenza y luego hasta Venecia, que no tardó en ser bloqueada por las unidades francesas del general Saint Cyr.[83] Además, al desembarcar en Nápoles, Craig y Lacy hallaron las defensas del reino en un estado calamitoso y a su Ejército desorganizado. Sin posibilidades de lanzar la ofensiva que habían previsto, decidieron sostener una línea defensiva en la frontera norte del reino; los rusos se situaron cerca de los montes Apeninos y los británicos en el río Garigliano.[84]

De todos modos, después del triunfo de Napoleón en Austerlitz, el general Lacy recibió la orden de retirarse de Italia. Tal retirada convirtió la posición británica en insostenible. La expectativa de la partida de los aliados sumió a la monarquía napolitana en el desconcierto. El rey Fernando conocía bien qué podía esperar de Napoleón por su traición. En enero de 1805, el emperador galo había advertido a los Borbones napolitanos: «[…] al primer sonido de guerra que causéis, vosotros y vuestra progenie habréis cesado de reinar, y vuestros hijos vagabundearán como mendigos por los diversos países de Europa, suplicando la ayuda de sus parientes».[85] Los llamamientos desesperados del rey Fernando movieron a Lacy a interpretar sus órdenes con cierta laxitud, pero, tras una desavenencia con oficiales napolitanos, decidió embarcarse de vuelta hacia las islas Jónicas, en enero de 1806. Su salida fue seguida, poco después, por la evacuación de las tropas británicas hacia Malta.

El rey Fernando se encontró, por tanto, abandonado por los aliados y obligado a enfrentarse al Imperio francés con nada más que su mal preparado Ejército. En ese momento, el emperador francés, con el Ejército austriaco ya desbaratado y el norte de Italia firmemente bajo su control, pudo centrarse en los traicioneros napolitanos. En las primeras semanas del nuevo año, el mariscal Masséna preparó su contingente franco-italiano de alrededor de 41 000 hombres para la invasión de Nápoles. Fernando, al que nunca se le conoció valor, huyó con su corte a la segu-

ridad de Sicilia y las «murallas de madera» de la Armada británica. El ejército napolitano que se dejó para defender el reino, comandado por el mariscal Von Rosenheim y el general Roger de Damas, adolecía de una penosa falta de preparación para la misión. Los soldados estaban desmoralizados por la huida del monarca y no tenían deseo alguno de enfrentarse al Ejército francés, muy superior. Como era previsible, la invasión francesa de Nápoles acabó siendo un asunto breve. El recién creado Armée de Naples, formalmente comandado por un hermano de Bonaparte, José, pero, en realidad, al mando del mariscal Masséna, cruzó la frontera napolitana el 8 de febrero y, después de poner en fuga a los napolitanos en Campo Tenese el 10 de marzo, al acabar el mes ya había ocupado Nápoles y buena parte del reino. José Bonaparte se instaló como nuevo rey de Nápoles el 30 de marzo y empezó a promulgar reformas dirigidas a la modernización de la administración y la economía del reino.[86]

La facilidad con la que los franceses ocuparon el reino se demostró engañosa. El sur de Italia era, a principios del siglo XIX, una de las regiones más pobres de Europa. Sus habitantes aún se estaban recuperando de los devastadores terremotos de Calabria, que se habían cobrado más de 100 000 vidas en febrero y marzo de 1783. La llegada de los franceses no hizo más que incrementar las penurias. Mientras José procedía a crear una administración de estilo francés, a reclutar tropas y a introducir impuestos eficaces con los que sufragar lo anterior, los numerosos casos de abusos por parte de los soldados galos contribuían a enajenar todavía más el apoyo de la población local. Muchos jóvenes se negaban a presentarse en los lugares de reclutamiento (o desertaban de las unidades) y huían a las montañas, donde se daban a un bandidaje que pronto devino en abierta rebelión contra la autoridad francesa.

Los británicos se mostraron encantados de apoyar este levantamiento. A finales de junio de 1806, una pequeña fuerza expe-

dicionaria británica de 5200 soldados (muchos de ellos veteranos de la campaña de Egipto) al mando del mayor general *sir* John Stuart cruzó el estrecho de Mesina y desembarcó en el golfo de Santa Eufemia, en la Italia continental, sin hallar resistencia.[87] Al conocer el desembarco, el general Jean Reynier avanzó con unos 6500 hombres hacia el golfo y se desplegó en una posición que dominaba una llanura y el pequeño pueblo de Maida.[88] Allí, el 4 de julio de 1806, ambos bandos libraron una batalla que acabó en derrota francesa y que le costó a Reynier casi la mitad de su fuerza. La batalla de Maida suele citarse a menudo como ejemplo de la superioridad de la línea británica ante la columna francesa, un axioma que llegó a adquirir gran relevancia durante la Guerra Peninsular, pero que los estudios más modernos han puesto en duda.[89]

El enfrentamiento napolitano, si lo evaluamos dentro del marco más amplio de la Guerra de la Tercera Coalición, pierde relevancia. Los británicos, de haber sido más audaces, podían haber causado problemas de gravedad a los franceses en el sur de Italia. Sin embargo, prefirieron retirarse a Reggio y luego abandonar el continente en agosto de 1806. De todas formas, la intervención británica en Calabria tuvo un impacto regional notorio. Debilitó el control francés sobre Calabria, un área geográfica, lingüística y culturalmente aislada del resto de Italia y muy propicia para un levantamiento partisano. La resistencia antifrancesa continuó durante los cinco años siguientes y constituyó el mayor desafío con que se topó el poder napoleónico en la península italiana. La *masse*, como se llamaba a los rebeldes, se extendió por la punta de la bota italiana y no tardó en asumir una naturaleza asesina, en la que ambos bandos mostraban muy poca piedad. Los franceses se veían atacados por un enemigo «invisible» que operaba al abrigo de la oscuridad y que desaparecía tan pronto como concluía cada asalto. Los británicos animaban a los salteadores con recompensas en oro por cada francés prisionero

que les llevaran, pero, como Stuart se lamentaba en un informe, «los paisanos preferían la carnicería al oro [...] su recompensa es la sangre. Ni siquiera los turcos son tan abominables».[90]

Las autoridades francesas, para intentar sofocar la que para Reynier era «la más monstruosa de las guerras», desviaron efectivos adicionales hacia la región y, en agosto de 1806, unos 6000 hombres comandados por el mariscal André Masséna se enzarzaron en operaciones de contrainsurgencia en las que recurrieron a castigos y ejecuciones colectivos. Masséna decretó que todo campesino que fuera hallado con armas sería ejecutado. En solo tres días de mediados de agosto pasó por las armas a más de 600. Al acabar el año, los franceses habían recuperado el control de la mayoría de las poblaciones relevantes del interior de Calabria, aunque todavía no controlaban el campo. Era un presagio de lo que les esperaba en España. Durante unos años, la autoridad francesa en el sur de Italia descansó puramente en la fuerza militar, la represión y la explotación, sobre todo desde que, en el verano de 1809, los calabreses protagonizaron otra insurrección generalizada.[91]

Las victorias británicas en Trafalgar y Maida no cambiaron la realidad: en 1806, la Tercera Coalición estaba ya hecha pedazos y Napoleón dominaba el continente europeo. Cuando William Pitt recibió la noticia de Austerlitz, señaló un mapa de Europa que colgaba en una pared de su despacho y pidió que se lo llevaran de allí. «Enrollad ese mapa –dijo supuestamente–. No hará falta durante diez años».[92] Pitt tenía razón. Las victorias de Ulm y Austerlitz convirtieron a Napoleón en el amo de Italia y del sur de Alemania y le dieron manos libres para redibujar el mapa de Europa. El 26 de diciembre de 1805, Austria firmó una nueva paz en Presburgo (actual Bratislava). Además de confirmar las ganancias francesas de los anteriores tratados de Campo Formio y Lunéville, los Habsburgo tuvieron que entregar el resto de las posesiones austriacas en Italia, incluyendo Venecia y su territorio

interior, además de pagar una cuantiosa indemnización de guerra. Los aliados de Francia, Baviera, Baden y Wurtemberg fueron los tres recompensados por su lealtad y apoyo con territorios austriacos en el Tirol y en el sur de Alemania.[93] De este modo, el Tratado de Presburgo ponía fin a la influencia de los Habsburgo en Alemania y los excluía por completo de Italia. El emperador del Sacro Imperio, Francisco II, presenciaba inane la desaparición de la institución política que sus predecesores se habían esforzado tanto en preservar.

El emperador galo pudo haberse concentrado entonces en la consolidación de sus enormes ganancias territoriales, pero prefirió acometer planes todavía más grandiosos. El Ejército francés se mantuvo íntegro en Alemania a costa de su población, mientras que Napoleón se ocupaba en conseguir exacciones de Austria, España, Suiza y los Estados italianos y alemanes, en transformar la República Bátava en una monarquía, en colocar a sus hermanos en tronos reales (José en Nápoles, Luis en Holanda) y en recompensar a sus oficiales leales con nuevos títulos y feudos en Alemania e Italia. Por si fuera poco, incluso en tiempo de paz, el emperador no cesaba de tratar de expandir sus dominios, redibujar las fronteras del nordeste de Italia y ordenar intrusiones francesas en Istria y Dalmacia.

Igual que había sucedido en 1800-1801, los cambios más profundos sucedieron en Alemania. A consecuencia del fin de la Tercera Coalición, el Reichstag imperial fue abolido el 20 de enero de 1806. Este paso permitió a Napoleón lanzar una nueva oleada de remodelaciones de Estados alemanes. En marzo estableció el primero de un nuevo grupo de Estados alemanes menores que serían gobernados por miembros de su familia: el recién creado Gran Ducado de Berg fue entregado a su cuñado, el mariscal Murat. Además, el emperador dio pasos para la transformación completa del Sacro Imperio en una entidad política alemana bajo dominio francés que pudiera servirle de tampón ante Prusia

y Austria, de mercado para las mercancías francesas y de fuente de recursos humanos militares para su imperio. La Confederación del Rin (Rheinbund/Confédération du Rhin) se formalizó en julio de 1806, cuando los príncipes alemanes (*Fürsten*) aceptaron el Tratado de París y reconocieron a Karl Theodor von Dalberg como príncipe-primado (*Fürstenprimas*) y a Napoleón como protector (*Protektor*). Entre los dieciséis Estados alemanes originales de la confederación se encontraban Baviera, Wurtemberg, Hesse-Darmstadt, Baden y Berg. Todos ellos se retiraron del Sacro Imperio el 1 de agosto, lo que supuso el fin práctico de esa institución. Cinco días después, el emperador del Sacro Imperio, Francisco II, no tuvo más remedio que renunciar a la antigua dignidad imperial de los Habsburgo y proclamarse en su lugar emperador Francisco I de Austria.[94] Casi mil años después de su instauración, el Reich alemán, como señala Sam Mustafa, «murió sin hacer ruido».[95] Veintitrés Estados alemanes adicionales se llegaron a unir a la Confederación del Rin, de la que solo se quedaron fuera Prusia y Austria, además de los territorios mucho más pequeños del Holstein danés y la Pomerania sueca.

El establecimiento de la confederación no fue solo fruto de la ambición de Napoleón. También reflejaba los enormes recelos de los Estados del sur de Alemania ante las ambiciones austriacas y prusianas, así como que estaban dispuestos a apoyar a Francia a cambio de territorios y títulos. Napoleón, para incentivar este apoyo (aunque, en la práctica, solía obtenerlo por coacción) recompensó con generosidad a sus aliados de Baviera, Wurtemberg, Baden y otros territorios. Austria se vio obligada a reconocer la elevación de los electores de Baviera (Maximiliano José) y de Wurtemberg (Federico II) al rango de reyes y a liberarlos, junto con los también nuevos grandes duques de Baden (Carlos Federico), Hesse-Darmstadt (Luis I) y Wurzburgo (Fernando I), de todo lazo feudal. Además, estos Estados se agrandaron con la

incorporación de *Kleinstaaten*, Estados imperiales de menor tamaño barridos por el Receso Imperial.

Sin embargo, este engrandecimiento territorial tuvo un alto coste para los citados Estados alemanes, que habían pasado del benevolente liderazgo austriaco a la hegemonía de Francia, mucho más constrictiva y efectiva. La confederación era, en esencia, una alianza político-militar, y Francia extraía enormes contribuciones de hombres y material de sus miembros. La Rheinbund iba a tener un impacto profundo y duradero en Alemania. Napoleón, sin darse cuenta, había puesto con su fundación la primera piedra de la futura Alemania unificada. Las intervenciones francesas en Alemania en 1801 y 1806 cambiaron radicalmente la realidad política alemana; se redujeron los aproximadamente 300 ducados, ciudades eclesiásticas, electorados, principados y ducados a solo tres docenas de Estados que acabaron por unificarse en 1871. La formación de la Confederación del Rin fue un momento crucial en el desarrollo de la Alemania moderna.

Si ya no quedaba prácticamente nada de la prevalencia austriaca en Alemania, lo mismo podía decirse de la prusiana. Berlín pudo haber tenido, en 1805, un efecto decisivo en la Guerra de la Tercera Coalición. El rey Federico Guillermo III, un hombre de buenas intenciones, pero caracterizado por una débil voluntad y muchas dudas, había vacilado ante la declaración de guerra y, cuando por fin decidió intervenir, ya era demasiado tarde.[96] En noviembre, Prusia firmó una convención con Rusia, puso 180 000 soldados en pie de guerra y despachó a su legado Christian Graf von Haugwitz a ofrecerle una mediación armada a Napoleón con la amenaza de entrar en la guerra. Napoleón retrasó el encuentro con el enviado prusiano hasta después de su victoria en Austerlitz el 2 de diciembre, una fecha en que la situación geopolítica en Europa central cambió profundamente. Haugwitz, en lugar de presentar su ultimátum, se vio forzado a firmar el Tratado de Schönbrunn (5 de diciembre de 1805) que establecía

una alianza franco-prusiana. Napoleón, para recompensar a Prusia por la firma del tratado, accedió transferirle Hannover a cambio de que ella cediera el margraviato de Ansbach a Baviera, su aliada, y el principado de Neuchâtel (enclave prusiano en Suiza) a la propia Francia.

El traspaso de Hannover estuvo calculado para causar fricciones, cuando no la ruptura, en las relaciones entre Prusia y su único aliado potencial en Europa, Gran Bretaña. Los prusianos lo sabían, pero la oferta francesa era demasiado tentadora.[97] Berlín no quiso, en un primer momento, ratificar el Tratado de Schönbrunn sin antes modificarlo y tomó la imprudente decisión de desmovilizar sus fuerzas. Napoleón, molesto por las exigencias prusianas de revisar lo acordado, elevó de golpe el precio de la paz. En febrero y marzo de 1806, Francia rechazó las propuestas prusianas y trató de imponer un nuevo acuerdo a Berlín por el que todos los puertos del norte de Alemania debían cerrarse al comercio británico. Federico Guillermo III, obligado a elegir entre este tratado humillante y la guerra con Francia, optó por lo primero, lo que aumentó aún más la dependencia prusiana de Francia. Gran Bretaña reaccionó declarándole la guerra. La Royal Navy bloqueó la costa prusiana, una medida que infligió daños considerables al comercio marítimo prusiano, que tanto había contribuido a la prosperidad del reino en las décadas precedentes.

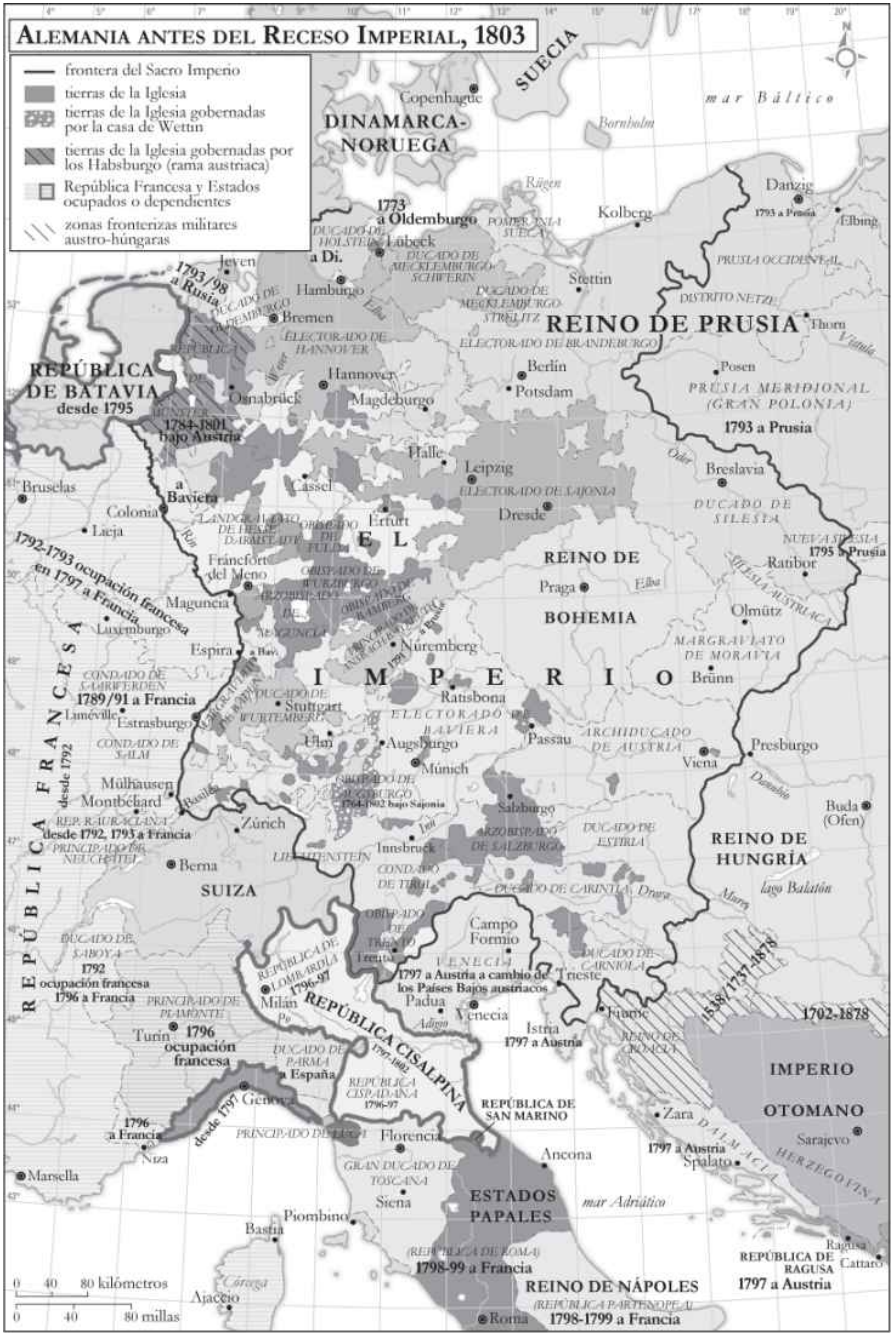
Prusia nunca había sido tan humillada ni había quedado tan aislada como en 1805-1806. No solo se había plegado a las demandas francesas, también asistía sin poder hacer nada al aumento del poder de Napoleón en Europa. Durante el verano de 1806, la continua llegada de noticias acerca de la reorganización napoleónica de Alemania y la conversión de la República Bátava en el reino de Holanda exasperó al Gobierno prusiano, que veía evaporarse su influencia en el noroeste europeo. El monarca prusiano se enojó especialmente al descubrir que la confederación

incluiría varias regiones antes dominadas por Prusia y que, en principio, todavía formaban parte de su área de influencia. Napoleón excitó todavía más el resentimiento prusiano al sancionar la ejecución de Johann Philipp Palm, librero de Núremberg que había sido arrestado por vender un panfleto en el que se condenaba a Napoleón y se llamaba a la resistencia alemana contra Francia.[98] Palm, juzgado por una comisión militar, se negó a dar el nombre del autor del panfleto y fue fusilado en Braunau el 26 de agosto de 1806. La disparidad entre la relativa levedad del delito y la severidad del castigo enfureció a muchos alemanes y ayudó al ascenso entre los prusianos (y entre los alemanes en general) de los sentimientos contrarios a Francia.[99]

Sin embargo, incluso ante estas humillaciones, la monarquía prusiana parecía reacia a verse envuelta en un conflicto. Las peripecias de la Tercera Coalición habían reforzado las opiniones prusianas acerca de Gran Bretaña y Rusia, largamente asentadas. La última ya había animado en el pasado a Prusia a tomar las armas contra Francia para luego dejarla en la estacada. En cuanto a Gran Bretaña, los prusianos no recelaban menos de su supremacía naval que de la hegemonía continental francesa. Federico se comprometió a que no sería utilizado por los británicos, quienes, según sus palabras, «agitaban una bolsa en el aire» para que las demás potencias pujaran por ella.[100] Las maquinaciones británicas en Sudamérica, como veremos más adelante, también reforzaron esta misma percepción en algunas capitales europeas.

Lo que empujó a Prusia al conflicto fue la noticia de que Napoleón, en sus malogradas negociaciones con el Gobierno británico, había llegado a ofrecer la devolución de Hannover a Gran Bretaña a cambio de la paz. El Tratado de Schönbrunn le entregaba Hannover a Prusia a cambio de territorios en la orilla derecha del Rin que Prusia cedía a Francia. Berlín interpretó la noticia de la oferta de Napoleón a Londres como una traición de la peor especie, apenas mitigada por la pronta interrupción de las

negociaciones franco-británicas. Aunque la duplicidad de Napoleón acerca de Hannover fue la causa inmediata de la guerra, la decisión de Prusia de enfrentarse a Francia ya se había tomado antes, en julio de 1806, y estuvo impulsada por la toma de conciencia de que la expansión territorial de Francia planteaba una amenaza existencial a los intereses vitales de Prusia en el norte de Alemania.[101] Fue, según el acertado análisis del eminente historiador estadounidense Paul Schroeder, una «estrategia ofensiva nacida de la desesperación», basada en el cálculo racional de que, «a menos que rompiera el cerco francés con una ofensiva propia, [Prusia] acabaría por no poder luchar de ningún modo».[102]



En el verano de 1806, los ánimos contrarios a Francia eran muy intensos en la sociedad prusiana. Un oficial francés que visi-

tó Berlín en agosto halló

> […] pruebas de la locura a la que era arrastrada, por su odio hacia Napoleón, la nación prusiana, generalmente tan calma […] Los oficiales que conocía ya no se atrevían a hablar conmigo ni a saludarme; muchos franceses eran insultados por el populacho; los hombres de armas de la Guardia Noble extremaron su arrogancia hasta llegar a afilar los filos de sus espadas en los peldaños de piedra de la casa del embajador francés.[103]

La expresión de críticas abiertas a la docilidad de la política exterior de Federico Guillermo era común entre los miembros de la alta burocracia y de la familia real, muchos de los cuales compartían, en palabras de un contemporáneo, «una gran sed de guerra» y «la esperanza cierta en la victoria».[104]

Federico Guillermo, muy influido por la reina Luisa y el partido de la guerra que todavía atesoraba la orgullosa memoria de las hazañas de Federico el Grande, accedió al final a remitir un ultimátum a Napoleón en el que le exigía la retirada inmediata de los ejércitos franceses al otro lado del Rin y la aceptación por Francia de la creación de una Confederación del Norte de Alemania bajo liderazgo prusiano. Napoleón encontró ridículas estas demandas y no respondió. El 9 de octubre, Prusia declaró las hostilidades –era la primera vez que se unía a una guerra contra Francia desde 1795–.

Prusia no estaba preparada para el tipo de contienda que Napoleón desencadenaría. Pese a formar parte de una nueva coalición (integrada también por Gran Bretaña, Suecia, Sajonia y Rusia), la posición de Prusia era débil estratégica y políticamente. Si bien el monarca prusiano había llegado con el emperador Alejandro a un acuerdo secreto de apoyo en caso de ataque por parte de Francia, la decisión de ir a la guerra no se coordinó con Rusia y, en consecuencia, no había tropas rusas listas para apoyar a Prusia en ese momento. Los subsidios económicos británicos fueron, sin duda, bien recibidos, pero no servían como sustituto de la presencia de efectivos militares sobre el terreno. La participación de Suecia tuvo pocos efectos tangibles. La indigencia de

la política exterior prusiana solo era comparable a la ineptitud de su alto mando militar. El Ejército prusiano disfrutaba de una reputación muy superior a sus méritos reales. Los días gloriosos de Federico el Grande quedaban ya muy lejos. La fuerza militar prusiana de 1806 era muy inferior al Ejército que había protagonizado los brillantes éxitos de las décadas de 1740 y 1750. Aunque los soldados prusianos continuaron demostrando un valor admirable, sus avejentados superiores no supieron mantenerse al día de los cambios que habían sucedido en el arte de la guerra durante las Guerras Revolucionarias.[105] En palabras de un observador prusiano, dieron muestra no solo de «un estilo de lucha que ya resultaba inútil, sino de la falta de imaginación más extrema a la que jamás haya llevado la rutina».[106] En la víspera de la guerra con Francia, Prusia solo podía contar con sus propias fuerzas y unos pequeños contingentes de Hesse y Sajonia, esta última bastante reacia a combatir por su vecino del norte. El contingente principal de las unidades prusianas, unos 65 000 hombres, estaba comandado por el duque Carlos Guillermo Fernando de Brunswick, mientras que el príncipe Federico Luis de Hohenlohe-Ingelfingen se hacía cargo de un cuerpo prusiano-sajón de alrededor de 45 000 soldados. Otros 34 000 hombres se destinaron a la protección de Westfalia y Hesse y 18 000 prusianos se dejaron en reserva.[107]

Napoleón estaba mejor preparado para la guerra. Comandaba un ejército muy perfeccionado que había sido entrenado de manera exhaustiva en los campamentos de Boulogne y probado en los campos de batalla de 1805. La Grande Armée, que no había regresado a Francia después de la última campaña y se había quedado acuartelada en la Alemania meridional, tenía unos 180 000 hombres en el río Meno decididos a alcanzar Berlín antes de que pudiera llegar la ayuda rusa. El 6 de octubre, los franceses invadieron Sajonia y, sacando partido del error prusiano de no bloquear el paso por el bosque de Turingia, obtuvieron una primera

victoria en Saalfeld (10 de octubre), donde el mariscal Jean Lannes puso en fuga a un cuerpo prusiano-sajón aislado que comandaba el príncipe Luis Fernando de Prusia, el cual murió en el combate.[108] La derrota aturdió a los comandantes prusianos, que decidieron retroceder al Elba y a Berlín. Era demasiado tarde. Cuatro días después, el 14 de octubre, Napoleón los alcanzó. El emperador francés, al suponer que el contingente prusiano principal estaba en Jena, dividió sus efectivos y envió al mariscal Louis Nicolas Davout con el III Cuerpo a unos 15 kilómetros al norte con la misión de atacar al enemigo por la retaguardia. Cuando se inició la batalla en Jena, Napoleón pronto logró concentrar alrededor de 95 000 soldados contra solo 38 000 prusianos a las órdenes de Federico Luis, príncipe de Hohenlohe-Ingelfingen. El comandante prusiano confiaba en recibir el apoyo de otros 15 000 soldados desplegados a unos 15 kilómetros de distancia, en Weimar, pero no llegaron hasta la tarde, cuando el resultado de la batalla ya estaba decidido. Los prusianos lucharon con valor, pero no podían medirse con las tropas francesas comandadas excelsamente por Napoleón y sus mariscales. Al llegar la tarde, los prusianos ya habían iniciado una retirada que se convirtió en huida desordenada.[109]

Mientras Napoleón machacaba en Jena lo que creía que era el ejército prusiano principal, el III Cuerpo de Davout, con solo 28 000 efectivos, se topó con el grueso de las fuerzas enemigas en Auerstädt. Brunswick había concentrado allí más de 60 000 hombres y 230 cañones. El Mariscal de Hierro francés, después de percatarse del peligro al que se enfrentaba, supo aprovechar al máximo la orografía del valle del Saale –un paisaje de colinas con profundos barrancos que cortan varias mesetas– para librar una acción decidida. Formó sus divisiones en enormes cuadros cada vez que la caballería prusiana cargaba y demostró su habilidad en la coordinación de las acciones de su infantería, artillería y caballería. A pesar de que llegó a perder un cuarto de sus hom-

bres, el cuerpo francés no solo no retrocedió, sino que se hizo con la iniciativa, avanzó y amenazó con envolver los flancos prusianos. La muerte del comandante en jefe prusiano, Brunswick, descorazonó a su ejército, que empezó a descomponerse incluso antes de utilizar sus reservas. La retirada desordenada degeneró en caos cuando las masas en fuga de la fuerza de Brunswick se cruzaron en su camino con los prusianos supervivientes de Jena que Hohenhole estaba encaminando hacia Pomerania.[110]

La destrucción de las fuerzas prusianas en las batallas gemelas de Jena y Auerstädt provocó en Prusia una profunda desmoralización. Las unidades francesas, en la que fue una de las persecuciones más completas y rápidas de la historia, se extendieron como el aceite por todo el reino capturando ciudades, fortalezas y miles de prisioneros. Las grandes fortalezas prusianas de Spandau, Stettin, Küstrin y Magdeburgo, guarnecidas por miles de soldados, podían haber detenido el avance francés y ganado un tiempo precioso para que el ejército se reorganizara. Sin embargo, capitularon sin llegar a hacer un disparo, lo que rompió el espinazo del dispositivo militar prusiano.[111] Algunos destacamentos prusianos aguantaron durante un mes, pero fueron rindiéndose uno tras otro. Los 14 000 soldados de Hohenlohe se entregaron en Prenzlau al mariscal Joaquín Murat el 28 de octubre.[112] Murat destacó entonces a Soult y a Bernadotte en persecución de unos 12 000 prusianos que habían demostrado gran determinación a las órdenes del fiero Gebhard Leberecht Blücher von Wahlstatt y que se retiraban hacia el puerto hanseático de Lübeck, donde confiaban reunirse con un contingente sueco del que había llegado noticia. Sin embargo, a su llegada el 5 de noviembre, Blücher descubrió que los suecos solo habían desembarcado una pequeña brigada de menos de 2000 efectivos. Al día siguiente, las fuerzas francesas tomaron al asalto y saquearon Lübeck y obligaron a Blücher a capitular. Esta última resistencia del general no tardó en entrar en la leyenda prusiana, la cual lo con-

virtió en símbolo del heroísmo y de la pertinacia inquebrantable de la derrotada nación.[113] En cualquier caso, Prusia había quedado fuera de combate en apenas un mes, a excepción de una fuerza comandada por el general Anton Wilhelm Lestocq que marchaba hacia el este para entrar en contacto con los rusos, y otra del general Friedrich Adolf Graf von Kalckreuth que estaba sitiada en Danzig.[114]

El 25 de octubre, por su bravo desempeño en Auerstädt, el III Cuerpo de Davout recibió el honor de encabezar la entrada a la capital prusiana, Berlín. Un día después lo hacía Napoleón, que visitó la tumba de Federico el Grande y, supuestamente, mantuvo un minuto de silencio antes de comentar: «Si estuvierais vivo todavía, yo no estaría aquí de pie donde estoy».[115]

La Guerra Franco-Prusiana fue breve, de solo cuatro semanas, pero el colapso militar y político de Prusia tuvo repercusiones de gran alcance. A diferencia de lo que sucedió tras su victoria sobre Austria en 1805, Napoleón insistió en organizar un desfile de la victoria en Berlín, donde los prisioneros de la Guardia Noble, que solo unas semanas antes habían afilado las espadas en la embajada francesa, fueron exhibidos sin pudor. La contienda no solo había destruido la reputación marcial de Prusia, también había puesto fin a las aspiraciones del país al estatus de gran potencia. Napoleón le exigió a Federico Guillermo enormes concesiones: todo el territorio prusiano de la orilla izquierda del Elba, excepto Magdeburgo y Altmark, se le debía entregar; Prusia no establecería alianzas con ningún otro Estado alemán y tendría que pagar una indemnización de guerra. El monarca prusiano tenía una semana de plazo para someterse. Napoleón, ante la incesante rendición de más y más ciudades y fortalezas prusianas, revisó sus demandas y añadió el requisito de que Prusia le entregara todo su territorio hasta el Vístula. Federico Guillermo rechazó estas condiciones y huyó, junto con su familia y corte, a la fortale-

za de Königsberg, en Prusia Oriental, donde, desesperado, se agarraba a la última posibilidad de salvación que le ofrecía Rusia.

Napoleón, con Sajonia ya en su bando (gracias a la firma del Tratado de Posen, firmado el 11 de diciembre de 1806), se vio libre para encargarse de las unidades rusas que, a las órdenes de Levin Bennigsen, marchaban al encuentro de los aliados prusianos. Rusia, que había aprendido en Austerlitz lecciones indelebles, en 1806 ya había comenzado la rápida reorganización de sus efectivos militares. Se decretaron nuevas levas y más de 600 000 hombres fueron reclutados en 31 provincias.[116] Gracias a estos ingentes recursos humanos, Alejandro I pudo formar tres nuevos ejércitos, dos de ellos al mando respectivo de Bennigsen y de Buxhöwden, para contener la aspiración de Napoleón de expandir su esfera de influencia al nordeste europeo.[117]

Las hostilidades se reanudaron en noviembre de 1806, cuando Bennigsen accedió a la región central de Polonia con sus 70 000 efectivos. Sin embargo, la falta de mando unificado lastraba las operaciones rusas: Buxhöwden y Bennigsen se detestaban y se negaron a cooperar entre ellos. Alejandro, exasperado por las rencillas entre sus generales, se lamentaba: «[…] no hay ni uno que tenga el talento del comandante en jefe».[118] Mientras el tiempo empeoraba –«la nieve, la lluvia y el deshielo […] nos hundíamos hasta las rodillas […] y nuestros zapatos se pegaban al húmedo barro», dejó escrito un participante–, la Grande Armée se adentró en Polonia en busca del enfrentamiento con los rusos y estos se retiraron a toda prisa más allá del Vístula.[119] La caballería francesa ocupó la antigua capital polaca, Varsovia, el 28 de noviembre. Un segundo contingente ruso, a las órdenes de Buxhöwden, avanzó contra los franceses.

El 26 de diciembre, en Golymin, los franceses alcanzaron a la retaguardia rusa del general príncipe Dmitri Golitsyn, cuyas tropas estaban demasiado agotadas para continuar la marcha. Golitsyn resistió a toda costa en la población de Golymin para ayudar

a los efectivos del general Fabian von der Osten-Sacken, que corrían peligro de quedar copadas. Los rusos, que sumaban unos 16 000-18 000 hombres ante los 38 000 de los mariscales Augereau y Murat, aguantaron hasta la caída de la noche y luego se retiraron. Aquel mismo día, a unos diecinueve kilómetros de distancia, el general Bennigsen decidió atacar en Pułtusk al cuerpo de 20 000 hombres del mariscal Lannes con sus 40 000-45 000 soldados. Ambos bandos se arrogaron la victoria, pero Bennigsen, que pretendía haber derrotado al propio Napoleón, dejó en manos de Lannes el campo de batalla.

Las batallas de Pułtusk y Golymin demostraron que Napoleón ya no podía aspirar a la celeridad de las campañas anteriores. En

Polonia, una de las regiones más pobres de Europa, los suministros escaseaban y el hambre azotó a franceses y rusos por igual. Las malas carreteras y las bajas temperaturas complicaban todavía más el desplazamiento de los suministros hasta los ejércitos. Mientras los rusos se retiraban hacia el norte, Napoleón decidió acuartelar su ejército para el invierno al norte de Varsovia.[120] En aquel momento, la confusión reinaba en el bando ruso: el conde Mijaíl Kamenski, el mariscal de campo al que Alejandro había entregado el mando de sus ejércitos, renunció a su puesto a los pocos días de llegar al cuartel general.[121] Bennigsen fue puesto entonces al mando y tomó la decisión de lanzar una ofensiva sorpresa contra el flanco izquierdo francés, disperso por el norte de Polonia. Su objetivo principal era la protección de Königsberg, donde se habían establecido la corte prusiana e ingentes depósitos de suministros rusos.

En un primer estadio, la ofensiva rusa tuvo éxito y el cuerpo del mariscal Ney no pudo hacer otra cosa que recular. Sin embargo, según el contiengente ruso se alejaba cada vez más de sus bases, Napoleón advirtió la oportunidad de rodear a su contrincante. En enero, ideó una maniobra de avance profundo por el flanco enemigo que podría haber destruido al ejército de Bennigsen.[122] Sin embargo, como observó un oficial ruso, «el Dios ruso era demasiado grande» para permitir que esto sucediera.[123] Un despacho enviado al mariscal Bernadotte con los planes detallados del emperador fue interceptado por una patrulla de cosacos. Bennigsen, al comprender, en palabras del oficial francés Henri Jomini, que «se precipitaba ciegamente hacia su destrucción», ordenó de inmediato la retirada de su ejército.[124] Las fuerzas de Napoleón lo persiguieron enérgicamente y, después de una serie de acciones de retaguardia, ambos bandos se enfrentaron cerca de la pequeña población de Preussisch-Eylau, donde los rusos se dispusieron en una posición que iba, detrás del pueblo, de noroeste a este.[125]

La batalla empezó el 7 de febrero de 1807, con el ataque de los franceses a la retaguardia rusa del príncipe Piotr Bagratión, que se batió en retirada por las calles de Eylau al caer la noche. A la mañana siguiente, la artillería rusa reanudó la lucha con un bombardeo que prendió fuego a Eylau. La batalla, que duró todo el día y se libró entre una tempestad de nieve, fue excepcionalmente sangrienta. Los ataques franceses se estrellaron ante la firme resistencia rusa. La llegada del cuerpo prusiano de Lestocq contribuyó a infundir nuevas energías a los acosados defensores, que aguantaron en las posiciones hasta el anochecer.[126] Al anochecer del 8 de febrero, los campos helados en torno a Eylau estaban cubiertos de decenas de miles de cadáveres. La escena movió a un testigo a describir aquello como «el día más sangriento, la más horrible carnicería humana que haya sucedido desde el comienzo de las guerras revolucionarias».[127] A pesar de posteriores afirmaciones de Napoleón, la batalla de Eylau no fue, en absoluto, una gran victoria y hoy los historiadores suelen verla, en el mejor de los casos, como un costoso empate en el que las bajas estimadas llegaron a más de 25 000 en el bando ruso y hasta 30 000 en el francés. La extenuación de las unidades francesas imposibilitó cualquier persecución. Ambos bandos volvieron a sus cuarteles de invierno a restablecerse de la sangría, con la expectativa indubitada de reanudar la lucha en la primavera.[128]

A finales de marzo de 1807, el emperador Alejandro visitó en persona a sus tropas en Polonia para levantar el ánimo de cara a la nueva campaña. Presidió revistas militares y trajo importantes refuerzos, incluida la Guardia Imperial rusa.[129] Alejandro y Federico Guillermo de Prusia visitaron Heilsberg, donde Bennigsen había construido fuertes posiciones defensivas y concentrado a su ejército.[130] El 30 de mayo, el cuartel general ruso recibió la noticia de la rendición de Danzig. Esta permitió a Napoleón dirigir sus tropas desde esa fortaleza al río Passarge, donde estaba desplegado el contingente enemigo. Bennigsen, adelan-

tándose a la esperada ofensiva francesa, decidió atacar al VI Cuerpo del mariscal Ney, en apariencia solitario, antes de que llegara el grueso de las fuerzas galas. El plan ruso fracasó: los 16 000 soldados de Ney lograron escapar del contingente ruso, superior en número, gracias a su mayor pericia táctica y, sobre todo, al ineficaz liderazgo de los generales aliados, que actuaron descoordinados y llegaron, en algún caso, a la insubordinación. [131]

En las últimas horas del 6 de junio, Bennigsen, informado de que Napoleón estaba concentrando sus fuerzas rápidamente para un contraataque, retiró el ejército a Heilsberg, donde se libró otra batalla inconcluyente el 10 de junio. Preocupados por posibles maniobras de flanqueo de Napoleón, los rusos abandonaron el campo de batalla y se retiraron a la localidad de Friedland, a orillas del río Alle.[132] Bennigsen, exhausto y con mala salud, sufría de piedras en los riñones y se había desmayado por el agotamiento durante la batalla de Heilsberg. No había apenas descansado cuando le llegó noticia de la aparición de las avanzadillas francesas en el bosque cercano a Friedland. Los combates se intensificaron con rapidez a medida que iban llegando unidades adicionales de ambos bandos, de modo que, al mediodía, el enfrentamiento era ya una gran batalla.[133] Napoleón, al recibir noticias del choque, concentró su ejército con presteza en Friedland y, al comprobar el desventajoso despliegue de los rusos, procedió a ajustar con celeridad su propio dispositivo. Alrededor de las cinco y media de la tarde, una salva de veinte cañones franceses señaló la reanudación de los combates.[134] El ataque galo contra el flanco izquierdo ruso se demostró imparable: los franceses, en su avance, emplearon la artillería con maestría y mantuvieron un fuego devastador contra las apretadas masas de la infantería rusa.[135] A las ocho de la tarde, el contingente ruso, amenazado por ambos flancos, se retiraba ya por las estrechas ca-

lles de Friedland y a través de los congestionados puentes sobre el Alle.

Friedland fue para Napoleón una victoria militar y diplomática decisiva que evidenció su habilidad para comprender con rapidez una situación, aprovechar los errores del enemigo y ajustar la táctica según las circunstancias. El machacado Ejército ruso, que perdió unos 20 000 hombres entre muertos y heridos, se retiró hacia el río Niemen, donde se hallaba la frontera de su imperio. El 19 de junio, el mariscal Murat recibía una carta de Bennigsen que buscaba un armisticio:

> Después de los torrentes de sangre que se han vertido en batallas tan sanguinarias como frecuentes, [los rusos] deseamos aliviar los males de esta guerra destructiva proponiendo un armisticio antes de que entremos en un conflicto, una nueva guerra, tal vez más terrible que la primera.

La oferta fue aceptada y Alejandro accedió a reunirse con Napoleón para debatir las condiciones de la paz. Durante su viaje a esta entrevista, las derrotas militares sufridas debieron de pesar mucho en la mente de Alejandro. De todos modos, también estaba resentido con Gran Bretaña, que parecía más interesada en reforzar sus intereses globales que en apoyar a sus aliados en Europa. En una conversación con el embajador británico Granville Leveson-Gower, Alejandro le había transmitido su frustración:

> […] que toda la carga de la guerra [hubiera] caído en sus ejércitos […], que se habían alimentado esperanzas de que se enviaría una fuerza británica a […] Alemania, [y] un mes tras otro había pasado y ni siquiera se habían embarcado las tropas.[136]

Las negociaciones entre Napoleón y Alejandro a finales de junio de 1807 constituyeron uno de los episodios más cruciales de la Era Napoleónica. La entrevista entre ambos soberanos tuvo lugar en las primeras horas de la tarde del 25 de junio en el río Niemen, en una balsa construida al efecto. Los dos emperadores, acompañados por sus séquitos, se acercaron a sus respectivas orillas y abordaron las embarcaciones que debían llevarlos a la balsa. Al llegar los botes a esta, ambos emperadores se abrazaron. Se

cuenta que Alejandro saludó a Napoleón con la advertencia: «*Sire*, detesto a los ingleses tanto como vos». A lo que Napoleón contestó: «En ese caso, la paz está hecha».[137]

A lo largo de unos pocos días, los dos emperadores celebraron una serie de conferencias en las que parecieron repartirse el continente. Tal vez para aumentar el efecto dramático, dejaron a Federico Guillermo de Prusia en la ribera, cabalgando orilla arriba y orilla abajo, en espera del resultado de una reunión que podía decidir el futuro de su Estado. Después de casi dos semanas de reuniones, fiestas y revistas militares, el 7 de julio, Alejandro y Napoleón sellaron el Tratado de Tilsit, uno de los tratados más exhaustivos de las Guerras Napoleónicas. El acuerdo proclamaba una alianza entre los imperios francés y ruso y, en la práctica, dividía Europa en dos esferas de influencia, una occidental y otra oriental, dominabas por sus respectivas grandes potencias. Alejandro dio reconocimiento formal a la Confederación del Rin, lo que solidificaba el control de Europa central por Napoleón y debilitaba a Prusia. Esta perdía el puerto de Danzig, que se convertía por el tratado en una ciudad libre.[138] Rusia también reconocía la creación del reino de Westfalia bajo la autoridad del hermano menor de Napoleón, Jerónimo, y aceptaba el gobierno de los otros hermanos de Bonaparte: José en Nápoles y Luis en Holanda. El soberano ruso accedía también a otra concesión de hondo calado: la reorganización de los territorios polacos antes controlados por Prusia en un nuevo ducado de Varsovia bajo la autoridad formal del rey Federico Augusto de Sajonia, estrecho aliado de Napoleón.[139]

El tratado no se detenía ahí. Alejandro accedía a ofrecer sus servicios para la negociación de la paz entre Francia y Gran Bretaña y se comprometía a que, si esta medida no daba fruto a fecha del 1 de noviembre de 1807, declararía la guerra a Gran Bretaña y se uniría a los esfuerzos de Napoleón para la eliminación del comercio británico en el continente. Rusia también se com-

prometía a obligar a Dinamarca y a Suecia a cerrar sus puertos a los británicos y a emplear su poder naval contra el tráfico comercial británico en el Mediterráneo. Napoleón le hizo creer a Alejandro que, a cambio de estas concesiones, apoyaría las aspiraciones rusas de crear un imperio en el este europeo. En concreto, Napoleón pactó no estorbar las ambiciones rusas sobre Finlandia, controlada por Suecia, y se ofreció a mediar por la firma de la paz entre Rusia y el Imperio otomano. Napoleón se comprometía, si los otomanos no accedían a negociar, a «hacer causa común con Rusia contra la [Sublime] Puerta otomana» y a ayudar a la primera a expandirse en la parte europea del Imperio otomano, a excepción de Constantinopla y de la provincia de Rumelia (en la península de los Balcanes).

Dos días después de llegar a este acuerdo con Rusia, Napoleón firmaba un tratado de paz separado con Federico Guillermo III, un tratado de una severidad desastrosa para Prusia. En la práctica, significaba el descuartizamiento del reino prusiano, al que se obligaba a ceder todas sus posesiones al oeste del río Elba y a aceptar los cambios territoriales estipulados en el tratado franco-ruso. Suponía la renuncia de la mayoría de los territorios polacos bajo control prusiano y de la ciudad portuaria de Danzig. Los cambios arrebataron al reino de Prusia la mitad de su territorio, que pasó de alrededor de 230 000 kilómetros cuadrados a unos 120 000. Prusia tuvo que reconocer formalmente todas las reorganizaciones territoriales efectuadas por Napoleón en Alemania, comprometerse a entrar en una alianza militar con Francia y Rusia en caso de guerra con Gran Bretaña y apoyar el bloqueo a las mercancías británicas. Una convención militar separada reducía la fuerza del Ejército prusiano a unos efectivos mínimos (que no podrían pasar de 42 000 hombres durante diez años), y a la vez prohibía cualquier reclutamiento adicional de milicias o guardias. Por si fuera poco, el 12 de julio, para intensificar el agravio, Federico Guillermo se vio obligado a aceptar,

bajo coacción, que las tropas francesas ocuparan los territorios que aún conservaba hasta que se saldara el pago de una enorme indemnización de guerra que al año siguiente se fijó en 140 millones de francos.

Tilsit marcó la culminación de unas campañas de Napoleón que, en solo dos años, habían redibujado el equilibrio de fuerzas europeo. Estas guerras «ampliaron desmesuradamente el alcance de las empresas de Napoleón y convirtieron al Imperio francés en solo el núcleo de un "Gran Imperio" que empezaba, a su vez, a evolucionar», como nos señala el historiador francés Armand Lefebvre.[140] En efecto, la hegemonía francesa abarcaba ahora desde los campos nevados de Polonia a los escabrosos Pirineos, desde las colinas bañadas por el sol de Calabria hasta las neblinosas costas de Prusia. Por vez primera en un milenio, todos los territorios germanoparlantes estaban, de una u otra forma, bajo algún grado de control francés, fuera anexionados, aliados, ocupados o recién derrotados.

A su retorno a París, a finales de julio, Napoleón fue recibido con un entusiasmo casi universal. Su cumpleaños fue celebrado en la capital francesa con un esplendor que evocaba la época de Luis XIV.[141] El discurso del emperador en la sesión de apertura del Cuerpo Legislativo fue uno de los más orgullosos de su carrera: hablaba de las humillantes derrotas de Austria y Prusia, del colapso del Sacro Imperio Romano Germánico y de una profunda reorganización territorial y estructural de Europa central. Napoleón informaba a los legisladores: «[…] los nuevos triunfos y tratados de paz han redibujado el mapa político de Europa».[142] Desde los tiempos de Carlomagno, ningún soberano había ejercido un poder tan inmenso sobre el continente, una autoridad que decidía el destino de monarcas y de millones de sus súbditos.

[143] El triunfo de Francia sobre la Europa del Antiguo Régimen fue un momento crucial en lo que el historiador alemán Reinhart Koselleck denominó *Sattelzeit*,[*8] un umbral entre épocas que señalaba el paso de la Edad Moderna al mundo contemporáneo, una encrucijada que facilitó el ascenso del nacionalismo, la modernización y la creación de nuevos Estados.[144]

CAPÍTULO 11 | «La guerra por otros medios»: Europa y el Sistema Continental

A resultas de las victorias francesas en Austerlitz, Jena y Friedland, la confrontación económica en aumento entre Francia y Gran Bretaña adquirió tales dimensiones que acabó por implicar a casi toda la Europa continental. Como se ha indicado previamente, las dos naciones llevaban enzarzadas en un conflicto casi ininterrumpido desde la Guerra de la Gran Alianza (1688-1697) y empleaban una amplia gama de restricciones al comercio –por ejemplo, aranceles y bloqueos–, una contra otra y también contra naciones terceras, igual beligerantes que neutrales.[1] Gran Bretaña, como potencia comercial predominante (y en rápida industrialización), comprendía que el comercio marítimo era la savia vital de gran parte de Europa, Francia incluida, y procuraba explotar esta dependencia en su beneficio poniendo en práctica un bloqueo económico. Las victorias continuas de Napoleón dificultaban cada vez más esta tarea, ya que ampliaban los territorios bajo control francés y aumentaban la extensión costera que debían vigilar los británicos. Los franceses, dominantes en tierra, carecían de una Marina capaz de contrarrestar el poder naval británico. Como Gran Bretaña se encontraba en la situación inversa, el resultado era que el enfrentamiento militar entre ambas potencias se encontraba en punto muerto.

El Sistema Continental, para muchos uno de los mayores errores de Napoleón, no era tan irracional como se ha pretendido en ocasiones. En esencia, se trataba, sirviéndonos de la célebre frase del teórico militar prusiano Karl von Clausewitz, de «la guerra por otros medios»: un intento de utilizar las herramientas económicas para resolver los problemas político-militares existentes. En este sentido, no era más que una continuación de la política tradicional que se había aplicado en el pasado, mucho antes de que Napoleón accediera al poder. La doctrina económica dominante entonces, el mercantilismo, sostenía que los países, para ganar riqueza, debían extraerla de otros mediante equilibrios comerciales favorables. Tanto Gran Bretaña como Francia seguían políticas mercantilistas y procuraban, con métodos agresivos, limitar las exportaciones de sus rivales y promover las propias. La larga sucesión de conflictos económicos y militares entre ingleses y franceses se vio interrumpida, por un breve periodo, con la firma en 1786 del Tratado de Eden, favorable al libre comercio, aunque la opinión general era que este les resultaba más beneficioso a los británicos que a los franceses. En cualquier caso, pronto se convirtió en papel mojado al estallar la Revolución. Con el inicio de las Guerras Revolucionarias, Francia y Gran Bretaña no solo volvieron a la política previa de cercenar cada una el comercio de la otra, sino que la ampliaron para restringir también el comercio con los países neutrales.[2] Entre 1793 y 1799, Gran Bretaña implementó un tipo de bloqueo naval tradicional que impedía el acceso del tráfico comercial a los principales puertos franceses y que vigilaba y limitaba las actividades marítimas galas.[3] Las contramedidas francesas fueron de naturaleza limitada hasta 1800. Entonces, como se expone en el Capítulo 6, la diplomacia gala fue capaz de orquestar una política de virtual bloqueo continental al comercio británico a lo largo de buena parte de la costa europea, desde Noruega hasta el sur de Italia.

El Tratado de Amiens puso fin a este primer sistema continental. Sin embargo, se revivió al iniciarse las Guerras Napoleónicas, cuando las potencias beligerantes empezaron a imponer bloqueos diseñados para limitar el comercio y restringir las actividades navales del enemigo. Gran Bretaña dio los primeros pasos en este sentido. Al iniciarse las hostilidades, los británicos apresaron a todos los buques franceses fondeados en puertos británicos (mayo de 1803), empezaron a regular el comercio de los neutrales con las colonias francesas (junio de 1803) y establecieron un bloqueo en los ríos Elba y Weser (junio-julio de 1803) que acabaron por extender a todos los puertos franceses de la costa del Atlántico (agosto de 1804).[4] Francia respondió con una batería de medidas similares, entre las que estaban la prohibición de importar bienes británicos y la subida de los aranceles. Estos esfuerzos solo tuvieron un éxito parcial. Después de que tantos barcos franceses acabaran en el fondo de la bahía de Trafalgar, de que se frustraran las ambiciones galas en América, de la rápida decadencia de la marina mercante francesa y de que los industriales franceses se demostraran incapaces de competir con éxito con sus equivalentes británicos, Napoleón se persuadió de que aislar a las islas británicas de la Europa continental era la única forma de doblegar a Gran Bretaña.[5] Según sus planes, Francia aglutinaría al continente tras una barrera que no podría traspasar ningún producto británico. La pérdida de mercados sería devastadora para la economía británica y podría llevar a una inestabilidad política y social que debilitara al país. Además, el sistema, que sometía a la Europa continental a los intereses económicos de Francia, también sería muy beneficioso para el Imperio. «Nunca debes olvidar que, si el comercio inglés triunfa en el mar, es porque los británicos son los más fuertes en él –le aconsejaba Napoleón a su hijastro–. Es justo, puesto que Francia es más fuerte en tierra, que ella se asegure del éxito de su propio comercio».[6]

Tres decretos sucesivos aportaron la estructura básica que sostendría el Sistema Continental. El primero de ellos, el Decreto de Berlín del 21 de noviembre de 1806, se vio motivado por la decisión británica, tomada el 16 de mayo de ese año, de iniciar un bloqueo naval de los puertos de Francia y de la Europa ocupada por los franceses, un bloqueo que se extendía desde Brest hasta el río Elba. En respuesta, Napoleón declaraba que Gran Bretaña no reconocía «el sistema legal internacional que respetaban universalmente todas las naciones civilizadas» y que perpetraba un «abuso monstruoso del derecho de bloqueo».[7] En consecuencia, ponía a las islas británicas bajo un bloqueo continental que impediría a todo buque que zarpara de Gran Bretaña acceder a cualquier puerto europeo. Todas las mercancías británicas que

se hallaran en las áreas controladas por los franceses serían requisadas.

Desde la óptica británica, el bloqueo inicial aprobado por el Gobierno *whig* del primer ministro Grenville era relativamente leve: aunque se dirigía contra Francia, permitía la continuación del comercio de esta con los países neutrales. Por esta razón, después de la caída del ejecutivo de Grenville en marzo de 1807, el nuevo gabinete *tory* de William Cavendish-Bentinck, duque de Portland, buscó endurecer el bloqueo, en especial después de lo ocurrido en el incidente Chesapeake-Leopard que, como veremos más adelante, había tensado las relaciones británico-estadounidenses. A partir del 11 de noviembre de 1807, el Gobierno de Portland promulgó nuevos decretos destinados a restringir el comercio de los neutrales con el imperio napoleónico y a privar a las regiones controladas por los galos de las mercancías coloniales (algodón, azúcar, café, etc.).[8] Las órdenes sí permitían a los buques neutrales dirigirse a puertos franceses o aliados de Francia si antes hacían una parada en un puerto británico para cargar mercancías británicas. El comercio neutral de Estados Unidos también se limitaba, pero no del todo. Napoleón reaccionó a estas nuevas medidas británicas endureciendo aún más el Sistema Continental en los dos Decretos de Milán del 23 de noviembre y del 17 de diciembre de 1807. Alegando que las acciones británicas habían «desnacionalizado a las naves de todas las naciones de Europa» y que «ningún gobierno puede aceptar en grado alguno que se comprometan su independencia o sus derechos», los nuevos decretos de Napoleón se dirigieron contra los buques neutrales que hicieran parada en puertos británicos o que consintieran ser registrados por barcos británicos, y dispuso que podían ser capturados en el mar, como presas de guerra legítimas, por los franceses o sus aliados.[9]

El Sistema Continental resultante tenía, pues, tres partes interrelacionadas: la utilización de las victorias militares para reducir

el poder económico británico mediante el bloqueo a sus mercancías; la formación de una esfera económica que impulsara el desarrollo económico del continente, y la consolidación de la hegemonía francesa en este último. Los conceptos «Bloqueo Continental» y «Sistema Continental», que a menudo se usan de forma indistinta, reflejan esta diversidad de propósitos. El primero comprendía una amplia gama de medidas políticas, económicas y militares dirigidas contra el comercio británico. El segundo reflejaba la idea de Napoleón de una nueva organización política, institucional y económica de Europa en la que Francia disfrutaba de preeminencia económica.[10] Los dos conceptos no son idénticos. El Bloqueo Continental fue una política económica puesta en práctica por una potencia terrestre con la intención de socavar a un rival marítimo. Los decretos de Napoleón venían a confirmar, tácitamente, la superioridad británica en el mar y la incapacidad francesa para intentar un bloqueo naval clásico de los puertos británicos. El Sistema Continental, por otro lado, consistía en la creación de una nueva realidad política y económica en Europa y conllevaba una reestructuración del continente de mucho mayor alcance.

Para finales de 1807, los contornos básicos del Sistema Continental ya estaban trazados. Fue la iniciativa política más importante impulsada por Napoleón como emperador. Aunque solo sobrevivió seis años, el sistema constituyó la piedra de toque de su política y tuvo un efecto dramático en las economías europeas y atlánticas. El veto a los productos británicos ya se había impuesto en Francia desde la última década del siglo XVIII, pero el sistema creado después de 1806 era de una escala y alcance sin parangón. No solo estaba diseñado para abarcar las relaciones de Gran Bretaña con Francia, también las interacciones de esta última con el resto del continente. De hecho, buscaba integrar a toda Europa en una nueva esfera económica dominada por Francia. Por ello, la ampliación del control de la costa europea se convir-

tió en un elemento decisivo de la política internacional francesa y llevó a Napoleón a embarcarse en estrategias geopolíticas destinadas a redibujar el continente y a consolidar su hegemonía imperial. Nadie estaba a salvo de aquel plan: antiguos adversarios, aliados estrechos y Estados neutrales acabaron sometidos al sistema. En 1807 se incorporaron Dinamarca, Prusia, Rusia y España; Austria lo hizo tres años más tarde. El deseo de Napoleón de expandir e intensificar este sistema lo llevó a tomar la decisión de invadir Portugal y España en 1807-1808, a chocar con el papa Pío VI y a anexionarse los Estados Pontificios en 1809, a ocupar las Provincias Ilirias en 1809, a ampliar el control directo de Francia sobre Holanda y las ciudades hanseáticas en 1810 y a la resolución más crucial de todas, la de ir a la guerra contra Rusia en 1812. No debe nunca subestimarse la importancia del Sistema Continental en el proyecto imperial de Napoleón para Europa, ni su papel en el derrumbamiento final del Imperio francés.

Aunque el imperio napoleónico acabó por demostrarse transitorio, Napoleón siempre tuvo un proyecto político para el continente. «Deseaba fundar un sistema europeo, un código de leyes europeo, un sistema judicial europeo. Solo habría un pueblo en Europa», alegó en su exilio. Sin embargo, esta visión de «los Estados Unidos de Europa» que popularizaron después varias generaciones de historiadores y escritores no debe travestirse en una versión adelantada de la Unión Europea.[11] No suponía la igualdad de sus miembros ni la creación de una unión de libre comercio y de libre circulación de personas. Al contrario, Napoleón ambicionaba un sistema económico estratificado que pondría los intereses económicos de Francia por encima de cualquier otro —«La France avant tout», en sus propias palabras— y que protegería el comercio y la industria francesa con la recuperación de antiguos aranceles que dificultaban el movimiento de las mercancías.[12] Esperaba que las exportaciones galas cubrieran el hueco creado por la exclusión de los productos británicos y que la in-

dustria francesa aprovechara aquella oportunidad histórica para alcanzar una presencia industrial dominante en el continente.[13] Napoleón no tuvo interés en facilitar el desarrollo industrial de las demás partes de Europa, rechazó las propuestas de crear una unión aduanera entre los Estados miembros de la Confederación del Rin (una idea que más adelante abanderó Prusia con la Zollverein [Unión Aduanera]) y no dio ningún paso para la incorporación económica de Italia al resto del continente.[14] Era muy consciente de que el Sistema Continental provocaría penurias –«el bloqueo arruinará a muchas ciudades comerciales: Lyon, Ámsterdam, Róterdam», le reconoció a su hermano Luis, y podría habar añadido muchos otros puertos de mar a la lista–.[15] Sin embargo, Napoleón estaba convencido de que las privaciones a corto plazo se verían sobradamente compensadas con la muerte definitiva de la economía británica y el futuro crecimiento económico bajo la hegemonía francesa.

Otro aspecto peculiar del Sistema Continental era que no aspiraba al aislamiento económico completo de Gran Bretaña. Francia no podía llegar a imponer un bloqueo que impidiera la totalidad del tráfico marítimo británico, o a evitar la llegada a las islas británicas de importaciones de otros lugares. El objetivo era constreñir la capacidad exportadora británica de mercancías manufacturadas y a la vez adquirir los recursos que se pudieran usar para el consumo y la producción; se trataba de un enfoque que ha sido comparado por un historiador con un «autobloqueo». Desde un punto de vista económico, el sistema se parecía más a las tradicionales restricciones arancelarias y de cuotas que a un bloqueo marítimo propiamente dicho. En efecto, a diferencia de otros ejemplos históricos de bloqueos destinados a reducir el poder militar y económico del enemigo privándolo de mercancías críticas, Napoleón estaba dispuesto a comerciar con la «nación de tenderos» para venderle sus propias mercancías y conseguir una balanza de pagos deficitaria para Gran Bretaña que la llevase, en

último término, a una pérdida de metálico y, en consecuencia, a la reducción de su riqueza y de su capacidad productiva.[16] En una carta a su hermano Luis, rey de Holanda, en abril de 1808, Napoleón concretaba: «Si necesitas vender la ginebra de tu país, los ingleses la comprarán. Dispón lugares donde los contrabandistas ingleses puedan recogerla y hazles que paguen con dinero, nunca con mercancías».[17] La reducción de las reservas británicas de metales preciosos no solo tendría impacto en la salud financiera de Gran Bretaña, también debilitaría, en opinión de Napoleón, su capacidad para subsidiar la lucha de las naciones del continente contra Francia.

Los esfuerzos franceses enfocados a reducir la entrada de metales preciosos a Gran Bretaña tuvieron un éxito parcial: la reserva de metálico del Banco de Inglaterra descendió de 6,9 millones de libras esterlinas en 1808 a apenas 2,2 millones en 1814.[18] La peculiar naturaleza del «bloqueo» francés se vio todavía más clara durante la crisis de grano británica de 1809-1810, en la que las malas cosechas llevaron a una escasez extrema de trigo. En lugar de tratar de perjudicar a los británicos limitando la cantidad de grano que podían importar, Napoleón animó a la exportación de grano a Gran Bretaña como forma de aumentar el déficit comercial de esta y de ayudar a los granjeros franceses. En 1810, casi dos tercios del trigo que Gran Bretaña importó llegaron de Francia.[19]

Durante su existencia, el Sistema Continental produjo resultados irregulares. No fue, desde luego, «poco más que un gesto teatral», como lo calificó un eminente historiador.[20] El alcance del sistema no estuvo nunca limitado al bloqueo de las exportaciones de una nación concreta. También comprendía medidas militares y políticas que estuvieron sujetas a continuos cambios a causa de factores internos y externos –la variabilidad de las condiciones atmosféricas y las fluctuaciones resultantes en el tamaño de las cosechas podían afectar (y afectaron) al éxito o el fracaso

del bloqueo–. Además, el sistema no se implementó con el mismo celo y vigor durante todo el tiempo en que estuvo vigente, de modo que su impacto varió enormemente según el año, la localización geográfica y los sectores industriales. Las industrias dependientes de las importaciones se vieron perjudicadas, naturalmente, por la falta de acceso a materias primas cruciales (especialmente productos coloniales), por la mala infraestructura del transporte terrestre y por la débil demanda de los socios comerciales europeos, que también padecían los efectos de las continuas guerras y el aislamiento económico. Por otro lado, también hubo áreas en las que el sistema tuvo un impacto positivo. En el norte de Francia, Bélgica y el sur de Alemania, algunas industrias (sobre todo textiles) prosperaron por la protección que les confería el bloqueo ante la competencia británica y se asentaron las bases de su futuro crecimiento industrial. En el reino de Italia la agricultura experimentó un periodo de gran crecimiento.[21]

El régimen napoleónico era, en general, favorable para los negocios y sus políticas ayudaron a crear un entorno apropiado para el desarrollo: estabilidad política, relativa estabilidad monetaria, regulación del crédito comercial por medio del Banco de Francia, tratamiento fiscal favorable y desarrollo de las infraestructuras y de los medios de transporte. La naturaleza proteccionista del Sistema Continental ayudó a algunas industrias francesas, aumentando el consumo doméstico de manufacturas y fomentando la expansión y la mecanización. En el periodo de 1807 a 1810, el sector de desarrollo industrial francés más dinámico fue el hilado de algodón.[22] Aunque las industrias francesas tenían un éxito limitado en el resto del continente (la competencia alemana era especialmente fuerte), sus exportaciones tuvieron un crecimiento sostenido.[23] La escasez de materias primas también tuvo algún efecto beneficioso. Para compensar la falta de azúcar, café, índigo y otros productos coloniales, el imperio napoleónico ofreció incentivos a las innovaciones y los nuevos

avances. Para reemplazar al algodón, Napoleón recurrió a la producción de lana y trató de aumentar la cabaña de ovejas merinas de Francia. La escasez de índigo despertó la investigación (estimulada por premios gubernamentales) sobre nuevos métodos para el teñido de la lana y la seda que no tardaron en dar fruto. Destaca Jean Michel Raymond-Latour, profesor de química de Lyon que ganó un premio para el desarrollo de nuevos métodos de teñir tejidos de color azul de Prusia.[24] Es muy conocido el apoyo de Napoleón a la industria química (en especial a la fabricación de carbonato de sodio a partir de sal marina, a través del proceso Leblanc), así como al cultivo de remolacha azucarera para reemplazar el azúcar de caña de las colonias.[25]

El Sistema Continental solo duró seis años, un tiempo insuficiente para doblegar a Gran Bretaña. Los que afirman que Napoleón fracasó por la entrada en el continente de mercancías británicas a gran escala mediante el contrabando deberían recordar que, entre julio de 1807 y julio de 1808, y de nuevo desde la primavera de 1810 hasta finales de 1812, el Sistema Continental se aplicó de forma estricta, redujo de forma drástica el comercio ilícito y ejerció una enorme presión en la economía británica. El fracaso de Napoleón se derivó de su incapacidad para sostener este sistema de forma rigurosa durante un periodo de tiempo suficiente. En este sentido hubo varios factores que representaron un notable papel. En primer lugar, los fiascos de Napoleón en España, y en especial en Rusia, fueron golpes decisivos al sistema. En segundo lugar, la seguridad nacional y económica de los británicos nunca llegó a estar en verdad amenazada, gracias a la flexibilidad de su sistema financiero, que se adaptó a las condiciones del bloqueo. Por último, la dimensión de la Marina francesa no era suficiente para poner en peligro el control británico de los mares, ni para poder ejercer un bloqueo capaz de cortar totalmente la llegada de mercancías británicas al continente europeo.

Más corrosivo iba a ser todavía para el Sistema Continental que los británicos tuvieran la capacidad de negar a Francia el acceso a los mercados de ultramar, así como que compensaran en parte la pérdida de los mercados europeos aumentando las ventas en otros lugares. Los comerciantes británicos aprovecharon cada nueva oportunidad de abrir nuevos mercados –en Buenos Aires en 1806, en Brasil en 1808, en el Báltico en 1810–. Entre 1806 y 1810, las exportaciones a Sudamérica crecieron continuamente, desde solo 1,8 millones de libras esterlinas a 6 millones, y la región continuó siendo un importante mercado de exportación para los productos británicos durante muchos años. En 1808, el establecimiento de una nueva formación estable de la Royal Navy británica, la South American Station, obedeció a un doble propósito: la protección de la monarquía portuguesa en el exilio y la defensa de los intereses económicos británicos en la región. En este contexto, miembros del Gobierno británico, se tomaban literalmente a risa el bloqueo francés y ponían en cuestión el valor de la estrategia de Napoleón, que, a sus ojos,

> [...] no valía más que el papel en que se había escrito. ¿De qué servía hablar de bloquear a Gran Bretaña, cuando [Napoleón] no tenía en el océano prácticamente buque alguno para imponer su mandato? Ya de paso, podría también haber proyectado bloquear la luna y apoderarse de todo el influjo lunar.[26]

Sin embargo, no debemos ser tan arrogantes y desdeñar el impacto del Sistema Continental en Gran Bretaña, puesto que tuvo un éxito parcial en el objetivo primordial: poner en apuros la economía de este país. La Europa continental absorbía antes el 40 por ciento de las exportaciones de Gran Bretaña y la pérdida de este mercado tuvo repercusiones notables en su industria y su comercio. Para 1810-1811, Gran Bretaña afrontaba ya una crisis que se vio agravada por las malas cosechas y la política incoherente de su Gobierno hacia Estados Unidos, una política que dañaba los intereses británicos en Norteamérica. El peor periodo para la economía británica sobrevino cuando tanto los puertos europeos como los estadounidenses estuvieron cerrados a sus ex-

portaciones. En 1811-1812, la depresión golpeó a su industria y provocó un elevado crecimiento del desempleo y notables penurias. Podemos inferir también la gravedad de la situación económica en 1812 por la ambiciosa campaña que los grupos de intereses económicos regionales promovieron para la revocación de los decretos gubernamentales.[27]

De modo análogo, la tesis tradicional de que el comercio británico reemplazó con éxito el mercado europeo con el latinoamericano soslaya que uno de los factores de la crisis de 1810-1811 fue la especulación británica a gran escala en los mercados recién abiertos de las colonias portuguesas y españolas. Cerrados los mercados europeos, muchos emprendedores británicos, a pesar de su desconocimiento del comercio y las finanzas latinoamericanas, se apresuraron a emprender exportaciones enormes, y en su mayor parte no rentables, a Brasil y a las colonias españolas. Cuando estos proyectos de negocio fueron fracasando, la crisis financiera sacudió el corazón de la economía británica. En julio de 1810, Brickwood & Co., uno de los bancos principales de Londres, se hundió con una deuda superior a 600 000 libras esterlinas por el fracaso en el hemisferio occidental de sus clientes del sector mercantil. La conmoción pública por la pérdida de un banco que era, en palabras de un observador británico de entonces, «una entidad de la City tan sólida como la que más», se vio intensificada por la posterior bancarrota, ese mismo mes, de otro banco londinense, Devaynes, Noble and Co., que pasaba por ser una de las instituciones bancarias más solventes del West End.[28] Las quiebras bancarias causaron, naturalmente, un daño adicional a sus clientes en el sector mercantil y llevaron a muchos de estos a la ruina (destaca John Leigh and Co., una de las compañías dedicadas al comercio transatlántico más prominentes) o a sufrir una reducción extrema en el acceso al crédito.[29] Los roces en aumento con Estados Unidos y el estrangulamiento de las ex-

portaciones británicas a este país por la Ley de No Importación complicaban todavía más el panorama.

En último término, las causas del fracaso del Sistema Continental estuvieron profundamente enraizadas en las contradicciones internas. La realidad era que resultaba imposible evitar la llegada de mercancías británicas a los mercados europeos: la demanda era altísima y Francia se demostró, a fin de cuentas, incapaz de reemplazarlas. Además, las medidas de Napoleón provocaron, como era de esperar, gran resentimiento y enfado en quienes se vieron obligados a soportarlas. La economía de muchas zonas antes prósperas, sobre todo grandes centros comerciales de Holanda y ciudades hanseáticas, sufrió duramente el bloqueo. El efecto inicial del sistema fue la subida de los precios del azúcar, el índigo, el tabaco, el chocolate, el algodón y otros productos coloniales. Los negocios dependientes del comercio de ultramar casi fueron barridos y las bancarrotas de compañías mercantiles y navieras, así como manufactureras, se multiplicaron por todo el Imperio francés y sus satélites. Muchos europeos, para satisfacer la demanda de productos manufacturados y coloniales, pasaron a dedicarse al contrabando y socavaron así el sistema. Incluso miembros de la familia imperial participaron en el contrabando: Luis Bonaparte ignoró en gran medida los dictados de su hermano que afectaban al reino de Holanda y Murat a menudo hacía la vista gorda con el contrabando en Nápoles. Que la propia emperatriz Josefina comprara productos de contrabando en el mercado negro pone en evidencia la magnitud del problema.

El contrabando se practicó en todo el continente. Surgieron centros de contrabando en lugares clave a lo largo de la costa europea. Por ejemplo, el archipiélago danés de Heligoland funcionó como un importante lugar de tránsito para el contrabando destinado a los puertos del norte del continente, mientras que la Tesalónica otomana servía de depósito para el sudeste de Europa.

Solo en 1809, Gran Bretaña exportó al sur de Europa mercancías por valor de más de 10 millones de libras esterlinas, casi cuatro veces la cifra de solo tres años antes, y las exportaciones al norte de Europa llegaron al punto más alto desde el inicio de la guerra.[30] En 1811, ya había más de 800 buques dedicados al contrabando entre Malta y los puertos mediterráneos meridionales.[31] Aunque Napoleón estableció una vasta red de funcionarios de aduanas para supervisar el comercio en los puertos del continente, la corrupción rampante los animaba a hacer la vista gorda con el contrabando. Para burlar el bloqueo, los británicos recurrieron a una argucia: sus buques cargados de mercancías prohibidas eran apresados, bajo previo acuerdo, por corsarios galos que luego los llevaban a un puerto bajo control francés, donde el comandante de este se lucraba con la venta de las mercancías. El mariscal André Masséna, en el tiempo que estuvo destinado en Nápoles, hizo pingües negocios de este modo, aunque, cuando aquello llegó a oídos de Napoleón, este le confiscó 3 millones de francos.[32] Napoleón trató de deshacerse de los administradores corruptos y reemplazarlos por individuos de su elección, creando un nuevo tribunal de aduanas y aumentando las multas, pero estas medidas rara vez dieron frutos significativos. Al contrario, los ingresos aduaneros de la Francia imperial descendieron de 51 millones de francos en 1806 a menos de 12 millones en 1809.[33]

Pese a todos los afanes de Napoleón por suprimir el contrabando, este alcanzó tal magnitud que el emperador no tuvo otro remedio que participar personalmente.[34] En 1810-1811 suavizó algunos aspectos del Sistema Continental: los Decretos de Saint-Cloud (julio de 1810) permitieron el comercio con Gran Bretaña a un número de buques con una licencia especial a cambio del pago de una tasa, lo que equivalía a proporcionar cobertura legal a los canales de contrabando que ya existían; y el Decreto de Trianón (agosto de 1810) permitió la importación de mercancías estratégicas pagando aranceles de hasta el 50 por ciento. Napo-

león minaba así el propio sistema que había creado para combatir a su némesis, los británicos: la admisión de estas mercancías británicas, incluso aunque se limitara a mercancías de origen colonial, era, a todas luces, incompatible con el bloqueo del comercio británico. A partir de los nuevos decretos, el objetivo ya no era la exclusión total de las mercancías británicas. Se trataba de un retorno a los mecanismos arancelarios convencionales para obtener ingresos, una política que no dejaba de ser beneficiosa para las manufacturas británicas.

En suma, el Sistema Continental se demostró más perjudicial que beneficioso para el imperio de Napoleón. Estimuló el desarrollo de una economía sobreprotegida que dependía en extremo de los recursos de los territorios conquistados y que ofrecía escasos incentivos para el desarrollo tecnológico, a pesar de los mejores esfuerzos del régimen napoleónico.[35] La pérdida del comercio con países neutrales y con ultramar fue dañino para las grandes ciudades portuarias francesas como Nantes, Burdeos o La Rochelle, que habían florecido gracias al comercio colonial, pero que tras la puesta en marcha del Sistema Continental vieron su actividad prácticamente extinguida. En marzo de 1808, el cónsul estadounidense en Burdeos reportaba: «La hierba está creciendo en las calles de esta ciudad; su hermoso puerto está abandonado, salvo por dos [...] goletas y tres o cuatro embarcaciones vacías que aun mece la marea».[36] Tonneins, una pequeña ciudad al este de Burdeos, empleaba a dos centenares de cordeleros en 1801 y, diez años más tarde, ni a uno solo. El número de refinerías azucareras de Burdeos cayó de 40 en 1789 a solo 8 en 1809.[37] El sistema de licencias que Napoleón introdujo en los últimos años tuvo un éxito limitado: los permisos eran onerosos, de gran complejidad burocrática y conducentes a la corrupción.[38]

El Sistema Continental tampoco fue beneficioso para la producción gala. La industria algodonera, que disfrutó de una rápida expansión protegida de la competencia británica durante los

tres primeros años del bloqueo, al final no pudo escapar a una consecuencia irremediable del bloqueo: el insuficiente suministro de algodón en bruto.[39] Las industrias francesas de la lana y de la seda, que también experimentaron mejoras a corto plazo, más tarde se resintieron por los trastornos en el comercio. Por ejemplo, en 1809, Reims ya había perdido el acceso a los principales mercados donde abastecía de lana, España y Portugal, por culpa de la guerra en curso en ambos países.[40] Las manufacturas de seda francesas del Ródano, Isère y Lyon se vieron perjudicadas por la mala cosecha de capullos de gusanos de seda de 1810-1811 y también por la ruptura del mercado debida a la guerra.[41] La creación de consejos especiales para las manufacturas y el comercio fue un paso importante encaminado a resolver los graves problemas que lastraban el comercio y la industria francesa. Sin embargo, su influencia en la política económica fue limitada y sus frutos escasos, lo que contribuyó a alimentar el desencanto y el resentimiento hacia el régimen imperial.[42]

La crisis de 1810-1811 fue, pues, la culminación de una larga lista de problemas estimulados por el bloqueo. En París, el número de bancarrotas batió su récord en enero de 1811 –más de 60–, mientras que más de dos tercios de las 1700 empresas textiles cesaban la actividad y despedían a los trabajadores. La carga imperial había tensado la economía francesa hasta el punto de rotura; en los años siguientes, el fin de los triunfos militares franceses llevó también al fin del Sistema Continental.

La situación era más terrible aún en el resto de Europa. Comerciantes y fabricantes padecían escasez de materias primas y tenían que comprarlas a precios prohibitivos gravados por las tasas imperiales, o bien intentar traerlas de contrabando –una actividad arriesgada y costosa–. Además, a diferencia de sus colegas franceses, ellos no podían acceder sin restricciones a los mercados de algunas partes del continente, donde Napoleón había restringido la capacidad manufacturera local y establecido un siste-

ma arancelario que beneficiaba al comercio y la industria francesas. Por esta razón, el comercio marítimo italiano prácticamente desapareció y algunas industrias italianas –las curtidurías, las fábricas de tabaco, los molinos de maíz, las destilerías, las cervecerías, los talleres de vidrio, el estampado de algodón y las industrias de la seda y el lino– estuvieron a punto del colapso. En el reino de Nápoles, los esfuerzos de Murat por establecer el bloqueo resultaron fútiles: no pudo imponerse a la corrupción, la resistencia pasiva a la nueva administración central y las incesantes rebeliones guerrilleras en regiones como Calabria. Incluso la versión leve del Sistema Continental que aplicó el monarca holandés, Luis Bonaparte, tuvo un efecto devastador para su reino, que vivía casi totalmente del comercio. El Sistema Continental también tuvo un efecto desastroso en los Estados del norte de Alemania, donde sus efectos se veían agravados por las continuas demandas de contribuciones por parte de Napoleón para el sostenimiento de las tropas. En la península ibérica, el progreso industrial que Portugal había alcanzado en los últimos años del siglo XVIII se perdió casi del todo en 1808. Al acabar las Guerras Napoleónicas, un tercio de los negocios portugueses había cerrado o estaba en completa decadencia. El impacto fue mucho peor aún en España, donde la pérdida del imperio colonial y la desolación provocada por la guerra destruyó cualquier vestigio del resurgimiento manufacturero experimentado durante las décadas anteriores. Incluso en la lejana Noruega, el Sistema Continental provocó la caída abrupta de las industrias maderera y del hierro.

El Sistema Continental contribuyó a profundas perturbaciones en el comercio, a un cuantioso desplazamiento de capitales desde los sectores mercantil e industrial hacia el agrícola y a la desindustrialización de algunas regiones europeas que ya habían sufrido tensiones sociales, pérdida de recursos humanos y destrucción de capitales por causa de las guerras y de las conmociones que estas producían. El sistema también contribuyó a la de-

cadencia continuada de algunas industrias y retardó el progreso de otras al impedir que gran parte de la Europa continental interactuara activamente con Gran Bretaña y estorbar la llegada de nuevas tecnologías y procedimientos. En la propia Francia, que disfrutó de un tratamiento preferente en el sistema, el volumen total de la producción industrial en el apogeo del imperio no fue mucho mayor que en el ocaso de la monarquía borbónica y algunas partes del país experimentaron un proceso que el historiador galo François Crouzet denominó «pastoralización» y del que nunca se llegaron a recuperar.[43] La barrera de protección impuesta por el Sistema Continental no duró el tiempo necesario para la maduración de las industrias del continente. Por esta razón, cuando retornó la paz en 1814-1815, la eliminación de los aranceles y la apertura de los mercados desencadenaron una aguda crisis económica por el golpe que sufrió el sector industrial por la competencia británica. En conjunto, las potencias continentales perdieron terreno económico ante Gran Bretaña y esta mantuvo, por largo tiempo después de que concluyeran las Guerras Napoleónicas, una ventaja en desarrollo tecnológico de alrededor de dos décadas. Las factorías y molinos británicos no tuvieron competidores reales hasta finales del siglo.[44]

Uno de los legados más duraderos del Sistema Continental fue el desplazamiento de la localización de las industrias continentales. En el siglo XVIII, la economía europea se enfocó hacia los mercados de ultramar y significativas industrias tendieron a concentrarse en los distritos costeros para explotar el pujante comercio marítimo. Después de 1815, el centro de gravedad de la economía continental se desplazó desde la costa atlántica hacia el Rin, numerosas industrias volvieron la atención hacia el interior y se reorientaron a los mercados nacionales. La remodelación económica que el Sistema Continental exigió a los Estados europeos fue enorme, de una magnitud solo igualada por el resentimiento que engendró contra el sistema y su creador. Un escritor

alemán, al analizar qué cambios eran necesarios para satisfacer las demandas de Napoleón, se preguntaba cómo era posible que una nación pudiera, sin más, cerrar sus puertos, renunciar a su comercio exterior y tratar a los vecinos de sus costas como delincuentes porque, carentes de otro sustento, empezaran a dedicarse al contrabando. Sin embargo, «tales eran los sacrificios que Napoleón exigiría [...] por tiempo indefinido, sin otra esperanza que, alguna u otra vez, una muestra mayestática de aprobación. Estas pretensiones son tan repulsivas que [...] el mero sentimiento de dignidad nacional debería bastar, de inmediato, para rechazarlas».[45] La crisis económica fue una de las causas cruciales del resurgimiento nacionalista que acabó por poner fin al sueño napoleónico de dominar Europa por completo. A lo largo y ancho del continente, las gentes culpaban al sistema por las escaseces, por las subidas de los precios y por contribuir a la pobreza social global. Este intenso sentimiento de agravio e ira por sentirse explotados en beneficio de un gobernante extranjero era tan profundo como justificado. Ayudó a radicalizar a la opinión pública en muchas partes de Europa y convirtió la hegemonía económica británica, antes ya aborrecida, en una alternativa menos oprimente y preferible.

Gran Bretaña y Francia, en su afán por imponer sus respectivas políticas económicas, adoptaron ambas un enfoque que podríamos reducir a «o estás con nosotros o estás contra nosotros». Pisotearon los derechos de las naciones neutrales, intentaron controlar el comercio de estas y convirtieron a sus buques en presas legítimas. Estas políticas no tardaron en despertar una reacción notable de la mayor de las potencias neutrales, Estados Unidos de América. Más adelante me adentraré en detalle en la respuesta estadounidense, pero baste decir, de momento, que su insatisfacción con las políticas inglesas y francesas desembocó en la Ley de Embargo, aprobada por el Congreso y firmada por el presidente Jefferson en 1807. Dirigida contra las relaciones co-

merciales con ambas potencias beligerantes, contribuyó en último término a que Estados Unidos y Gran Bretaña entraran en guerra.

Mientras tanto, en Europa, la política de Napoleón con las potencias hasta entonces neutrales tuvo consecuencias de importancia. El emperador, para asegurarse de que el continente fuera unánime en el rechazo al comercio británico, necesitaba controlar toda la línea de costa, una tarea que, desde temprano, supo que representaba un reto gigantesco. Los Tratados de Tilsit ayudaron a Francia a consolidar su control sobre el norte de Alemania y a ampliar el bloqueo a las costas rusas del Báltico. Napoleón dirigió entonces su atención a varios Estados menores, a los que presionó para que se unieran al sistema y pusieran en marcha el bloqueo contra Gran Bretaña: la Confederación del Rin se unió en el otoño de 1807, mientras que los Estados Pontificios, a pesar de sus protestas iniciales, lo firmaron en diciembre. Si un Estado se mostraba contrario a aplicar el sistema, el emperador no dudaba en engatusarlo o amedrentarlo; los territorios alemanes del norte –Hamburgo, Lübeck, Bremen y el Ducado de Oldemburgo– acabaron incorporados a Francia para intensificar el bloqueo. Tampoco se libraron los propios miembros de la familia de Napoleón, como revela la trifulca de este con su hermano Luis, rey de Holanda, que al final perdió el trono y vio su reino anexionado a Francia. Consecuencias de todavía mayor alcance se derivaron de la negativa de Portugal a adoptar la estrategia económica de Napoleón. Este rechazo llevó a la invasión francesa que marcó el inicio de la guerra en la península ibérica.

CAPÍTULO 12 | La lucha por España y Portugal, 1807-1812

En el verano de 1807, Napoleón informó a la monarquía de Braganza de que Portugal debía cerrar sus puertos al comercio británico. Portugal se enfrentaba a un dilema intolerable. El país luso era reacio por naturaleza a incorporarse al Bloqueo Continental impulsado por los franceses, un bloqueo que pondría en peligro sus posesiones coloniales (especialmente Brasil) y su prosperidad comercial. Sin embargo, desafiar a Napoleón supondría la invasión y ocupación francesa y la pérdida del comercio con ultramar. Ambas perspectivas eran enormemente dañinas, cuando no totalmente ruinosas, para Portugal.

Portugal, aliado estrecho de Gran Bretaña desde 1373, se convirtió a efectos prácticos en parte informal del Imperio británico en 1703, cuando el Tratado de Methuen abrió los mercados portugueses a los textiles de Gran Bretaña a cambio de que el vino de Oporto gozara de una posición privilegiada en el mercado británico. Durante la siguiente centuria, las mercancías británicas llegaron a ser tan dominantes en Portugal que, por debajo de la fachada de cooperación y comercio, los portugueses albergaban serios temores ante la hegemonía comercial británica. Esto llevó, a mediados del siglo XVIII, a que Sebastião José de Carvalho e Melo, marqués de Pombal, iniciara una serie de reformas con la intención a reavivar la economía portuguesa y controlar

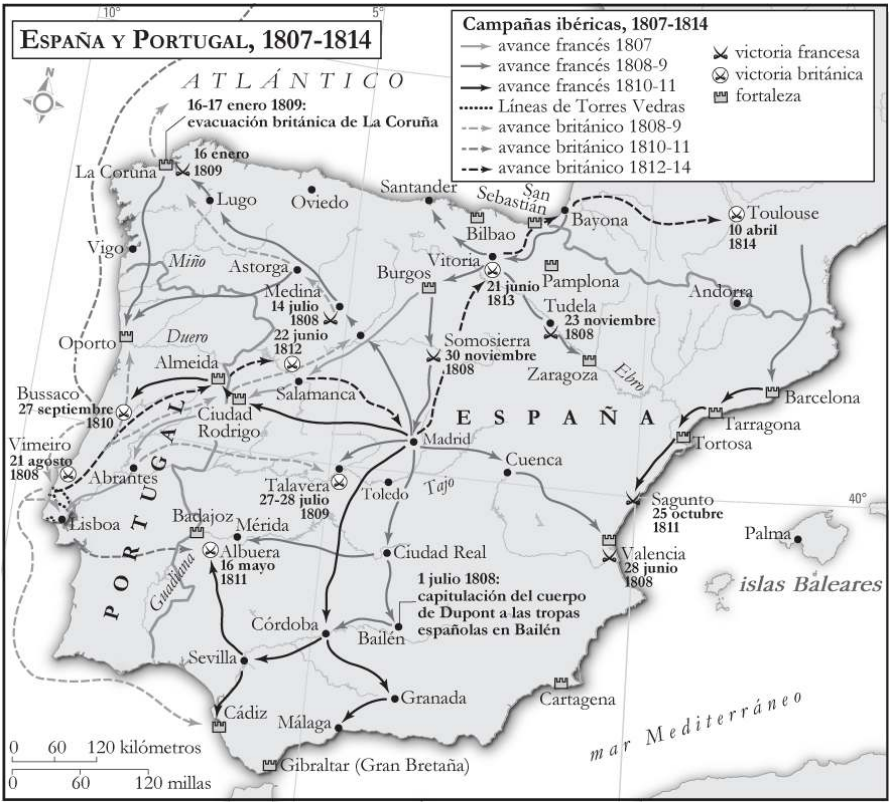
la entrada de productos británicos sin romper la valiosa alianza anglo-lusa. Pombal implementó una activa política colonial: elevó los impuestos mineros y estableció barreras proteccionistas para la defensa del comercio y las manufacturas portuguesas, manteniendo a los británicos fuera del mercado colonial portugués.[1] Las reformas pombalinas conformaban una «modernización defensiva», en palabras de algunos historiadores, y trataron de aumentar los ingresos del Estado para financiar la industrialización portuguesa, un progreso que debía liberar a Portugal de la tutela británica.[2]

Sin embargo, sus efectos resultaron muy distintos. El nuevo sistema fiscal disgustó a los colonos y los comerciantes nacionales y extranjeros reaccionaron con acritud a la creación de compañías monopolísticas portuguesas. Aunque, tras la caída de Pombal en 1777, sus sucesores abandonaron muchas de sus políticas económicas, las que pusieron en práctica continuaron creando tensiones en la economía portuguesa y en la esfera administrativa, así como provocaron un descontento considerable en Brasil. En 1789, en la primera de una serie de insurrecciones, la Conspiración Minera, los magnates de Minas Gerais (en el sudeste de Brasil) abrazaron los sentimientos indigenistas y trataron de crear un Estado independiente. Las autoridades portuguesas sofocaron la revuelta, pero hubo un factor todavía más fuerte que redujo la sed de independencia de los colonos: el estallido revolucionario en Francia y en las colonias caribeñas. En 1798, la revuelta fallida de los mulatos de Bahía, que no solo pretendían establecer un Estado aparte, sino nivelar la sociedad de forma que, en palabras del jefe rebelde João de Deus, «todos los brasileños se convirtieran en franceses [...] para vivir en igualdad y abundancia», desempeñó un papel decisivo en la extinción del deseo de cambio entre los brasileños acomodados.[3] En una sociedad de plantaciones basada en el trabajo de los esclavos, un cambio político podía convertirse con facilidad en una

revolución social. Aunque estas insurrecciones fracasaron, trajeron cambios en la política colonial de Portugal. Los nuevos planteamientos de la corona portuguesa, más liberales, hallaron buena acogida en Brasil, pero despertaron considerables críticas en la metrópoli, donde la oligarquía mercantil-industrial se negaba a aceptar el proyecto federativo propuesto por el ministro de Asuntos Coloniales, Rodrigo de Souza Coutinho, que habría dado mucha mayor libertad a los colonos. De todos modos, en 1807, ya casi todos los puertos brasileños tenían una balanza comercial favorable con la metrópoli y Portugal iba quedando relegado gradualmente a una posición secundaria en el sistema colonial.[4]

La ejecución del rey Luis XVI de Francia en enero de 1793 causó gran desánimo en Lisboa, pero no supuso la ruptura inmediata entre ambas naciones porque Portugal deseaba conservar las relaciones diplomáticas con Francia. Sin embargo, la monarquía de los Braganza se vio presionada por Gran Bretaña y España para que se uniera a la operación militar que debía invadir Francia a finales de 1794. Cuando Portugal tomó las armas contra Francia, que nunca había constituido una amenaza inmediata para su territorio portugués, fue la primera ocasión en que ambas naciones se enfrentaban en una guerra. Este gran cambio en la política lusitana iba a tener enormes consecuencias. En primer lugar, la campaña hispano-lusa acabó en derrota –los franceses ganaron la Guerra de los Pirineos en 1795– y creó una disyuntiva diplomática de la que Portugal no pudo escapar durante más de una década. Después de que España firmara la Paz de Basilea con Francia, Portugal tuvo que elegir entre sus dos recientes aliados: España, ahora aliada a Francia, declaró la guerra a Gran Bretaña en 1796 y puso la seguridad nacional de Portugal en su mayor peligro desde la Guerra de Restauración de 1640-1668.[5] Portugal, durante largo tiempo enfrentado a su vecino, más poderoso, históricamente había preferido la alianza con Gran Bre-

taña, pero, no al no desear enzarzarse más en el conflicto, en 1796 anunció su neutralidad y declaró a Lisboa puerto libre.[6] La decisión lusa no satisfizo a Madrid ni a París. La primera acusó a su vecino de prestar apoyo a los buques de guerra británicos (que a menudo se avituallaban en aguas portuguesas) mientras estos se dedicaban a atacar a los barcos españoles. Francia, señalando que el Gobierno portugués había sido el primero en declarar la guerra y que no había negociado la paz en Basilea, aprovechó el estado de guerra existente para atacar el tráfico marítimo luso, que sufrió daños de gravedad a manos de los corsarios galos.[7] Además, el Directorio exigió a Portugal el cierre de sus puertos a los británicos, una medida que para Lisboa –muy dependiente del comercio marítimo, en especial del grano– era inaceptable.



Ya vimos antes cómo Bonaparte, continuando la política del Directorio, trató de imponer un bloqueo al comercio británico. En noviembre de 1800 le confesaba a su hermano: «[…] el mayor daño que podríamos infligir al comercio inglés sería apoderarnos de Portugal».[8] Napoleón veía en Portugal el talón de Aquiles de Gran Bretaña. En consecuencia, Francia orquestó una invasión que ejecutaría en España en 1801 y, en la subsiguiente Guerra de las Naranjas, Portugal fue derrotado y obligado a ceder la provincia de Olivenza a España, a cerrar sus puertos a Gran Bretaña y a pagar una indemnización de guerra a Francia. Portugal aceptó el acuerdo de Madrid con Francia en septiembre de 1801. El nuevo embajador galo, el general Jean Lannes, llegó a Lisboa en la primavera de 1802, justo cuando Francia y Gran Bretaña cerraban el Tratado de Amiens. La amistad anglo-francesa se deterioró con rapidez, desde luego, y puso en apuros a don Juan, el príncipe regente que gobernaba en nombre de su incapacitada madre y que intentó mantenerse neutral ante aquel nuevo conflicto europeo. Durante seis años, gracias al relativo aislamiento geográfico del país, Juan preservó la neutralidad, a pesar de los esfuerzos de los diplomáticos británicos y franceses. En 1802-1803 sufrió grandes presiones del embajador francés, que denunció la presencia de *émigrés* realistas en Lisboa y procuraba cercenar la influencia británica en la corte de los Braganza.

Lannes, oficial de gran talento, carecía de tacto diplomático y actuaba, en palabras de su biógrafo, como un «toro militar en una tienda de porcelana diplomática».[9] Se vio envuelto en un «vitriólico paso a dos diplomático»[*9] con el embajador británico, lord Robert Fitzgerald, y chocó en repetidas ocasiones con miembros del ejecutivo portugués, lo que tensaba las relaciones diplomáticas porque exigía imperiosamente su destitución.[10] Cuando se reanudó la contienda entre Francia y Gran Bretaña en mayo de 1803, Lannes exigió que el príncipe regente firmara un tratado de alianza con Francia, el cierre de los puertos lusos al

comercio británico y el pago de un sustancioso subsidio a Francia. A pesar de la dureza de esta última demanda, don Juan podría haberla llegado a contemplar, de no ser porque Fitzgerald le advirtió de que el pago se interpretaría en Londres como un acto hostil. Para apaciguar a los franceses, el príncipe regente despidió a varios ministros de conocida inclinación probritánica, declaró neutral a Portugal, aceptó un nuevo tratado franco-portugués en marzo de 1804, concedió generosas ventajas a las importaciones galas y se comprometió a pagar un subsidio de 16 millones de francos a Francia para que esta respetara su neutralidad.[11]

Durante los dos años siguientes, la monarquía portuguesa presenció con aprensión la extensión del conflicto anglo-francés por el continente. La destrucción de la flota franco-española en Trafalgar aseguró el dominio británico de los mares, mientras que los triunfos de Napoleón en Austerlitz, Jena y Friedland convertían en indiscutible la hegemonía de Francia en el continente. Portugal no alteró su neutralidad, pero irritó al emperador galo al permitir que los barcos de la Royal Navy británica emplearan el estuario del Tajo, junto a Lisboa, para aprovisionarse. A principios de 1805, el ministro de Exteriores francés envió una misión diplomática a Lisboa (encabezada por el general Andoche Junot) con el objetivo declarado de quebrar las relaciones de Portugal con Gran Bretaña y crear una nueva realidad política más conveniente para los intereses franceses en la Península.[12] Una vez fracasó la misión de Junot, los planes de Napoleón para Portugal fueron adquiriendo una forma más definida. Consideraba urgente poner Portugal bajo su control y así cerrar el último hueco pendiente en el Sistema Continental.[13] No obstante, otro factor de igual importancia era su deseo de reforzar a la Marina francesa, entonces atemorizada por las derrotas que había sufrido, con buques de guerra de las naciones ibéricas. La Armada portuguesa era más bien reducida, pero los buques eran de excelente calidad. Uno de los principales historiadores de la Ma-

rina napoleónica señaló con acierto: «En prácticamente todas las órdenes despachadas al comandante de la invasión de Portugal, el general Jean-Andoche Junot, Napoleón le subrayaba la necesidad de hacerse con la flota portuguesa».[14]

El 19 de julio de 1807, el Gobierno francés emitió formalmente las demandas siguientes al ejecutivo portugués: el cierre de sus puertos al comercio británico, la confiscación de todos los bienes británicos, el arresto de todos los súbditos británicos en su territorio, la reunión de su flota con la francesa y la declaración de guerra a Gran Bretaña. La nota oficial se acompañó con la amenaza de emplear la fuerza en caso de negativa.[15] El 12 de agosto de 1807, mientras la monarquía portuguesa vacilaba, un legado francés entregó un ultimátum que decía, entre otras cosas, que «las libertades tomadas por el Gobierno inglés constituyen un escándalo contra la independencia [portuguesa]». Si Napoleón había tolerado hasta entonces las relaciones de Portugal con Gran Bretaña, ahora quería declarar que «en caso de que Portugal sufriera por más tiempo la opresión de la que es víctima, él tendría que interpretarlo como una renuncia a toda soberanía e independencia». La corona portuguesa, por tanto, tenía que acceder a las exigencias de Francia o asumir las consecuencias.[16] Las demandas francesas, como era natural, atemorizaron a don Juan y a sus ministros, que se quejaron de que era injusto pedirle a Portugal, que había mantenido firmemente su neutralidad, declarar la guerra a un aliado del que no tenía queja y cuyo apoyo le era indispensable económica y militarmente.[17] Los lusos intentaron ganar tiempo, pero ante la falta de una respuesta directa el enviado francés decidió abandonar Lisboa el 1 de octubre.[18]

A lo largo de septiembre y octubre, la monarquía portuguesa se había visto entre Escila y Caribdis, forzada a elegir entre adoptar una política de apaciguamiento con los franceses o mantener su alianza con Gran Bretaña. Ninguna de las opciones

ofrecía paz y estabilidad; ambas enredaban a Portugal en un conflicto. En palabras del historiador británico Alan Manchester, la monarquía de los Braganza estaba «atrapada en una tempestad, como una almeja, entre las olas del poder marítimo de Inglaterra y la roca de los ejércitos de Napoleón».[19] Además, la sombra de la posible reunificación con España también planeaba en el ambiente, ya que estaba claro que la política del primer ministro español, Godoy, trataba de obtener manos libres en la Península y, tal vez, reconstruir la unidad ibérica perdida en 1640. La toma de decisiones portuguesa se vio muy lastrada por la pugna entre la facción probritánica encabezada por Rodrigo de Souza Coutinho y la francófila del ministro jefe, António de Araújo e Azevedo. El príncipe regente intentó adoptar un rumbo intermedio, pero, en palabras de un eminente historiador portugués, su carácter estaba dominado por «la indecisión, el miedo y la torpeza, influido solo por los caprichos y las presiones de sus favoritos». [20]

Gran Bretaña estuvo perfectamente informada de la amenaza a la soberanía de su aliado lusitano. El secretario de Exteriores, George Canning, había despachado a Lisboa al diplomático Percy Clinton Sydney Smythe, vizconde de Strangford, a que instara al príncipe regente portugués a preservar a la alianza entre ambos Estados. Canning mantuvo después negociaciones con el embajador portugués en Londres que culminaron en la redacción de una convención secreta de amistad y alianza. El tratado especificaba que, si el regente luso se veía obligado a abandonar el país, el Gobierno británico le facilitaría el traslado a Brasil. Una vez se estableciera allí, el Gobierno portugués negociaría un acuerdo ulterior con Gran Bretaña relativo a la ayuda que recibiría y al comercio.[21]

Don Juan vaciló en el momento de ratificar el tratado, todavía con la esperanza de que fuera posible evitar la guerra con Francia, y buscó apaciguar a Napoleón con concesiones graduales a

sus demandas. El 8 de noviembre, don Juan, en un intento desesperado de proteger su reino, llegó a declarar la guerra a los británicos y ordenó la incautación de sus propiedades.[22] Una semana más tarde, un escuadrón británico comandado por el contraalmirante Sydney Smith apareció frente a Lisboa y procedió a bloquear el puerto de la capital «en tanto que persista el estado de desacuerdo actual».[23]

Las concesiones de los portugueses a Francia no sirvieron de nada. Desconocían que, el 27 de octubre de 1807, Francia y España habían firmado un tratado secreto en Fontainebleau que pactaba la invasión y la ocupación militar de Portugal, que después sería dividido en tres partes.[24] Las provincias meridionales del Alentejo y el Algarve fueron asignadas a Godoy, que hacía tiempo deseaba un dominio propio; las regiones centrales, desde el Duero hasta el Tajo, quedarían bajo control militar hasta el final de la guerra; y el norte de Portugal se entregaría, en compensación, al rey de Etruria, un soberano menor italiano cuyo territorio Napoleón quería anexionarse para tener el dominio total de Italia.[25]

El 18 de octubre de 1807, diez días después de sellado el Tratado de Fontainebleau, el general Andoche Junot, estrecho colaborador de Napoleón –fue el primero que se había fijado en el joven oficial corso en Tolón, en 1793–, entró con su Ejército de Portugal en España y empezó la marcha hacia Lisboa.[26] Los franceses fueron bien recibidos en un primer momento por los españoles, cuya colaboración les permitió avanzar con rapidez por la Península.[27] El 23 de noviembre, cuando sus tropas se acercaban ya a la frontera portuguesa, Napoleón anunció el derrocamiento de los Braganza y la inminente invasión francesa de Portugal.[28] La noticia obligó al príncipe regente a tomar una decisión. El día siguiente, el 24, don Juan y sus ministros decidieron poner en marcha la opción brasileña y empezaron la evacuación de todo el ejecutivo y la corte lusa. Los portugueses, en

lo que fue un gran éxito logístico, prepararon el embarque de alrededor de 15 000 personas para su evacuación en solo cinco días. Los buques portugueses fondeados en el Tajo se cargaron con posesiones personales, archivos gubernamentales, obras de arte y el tesoro real.[29] La evacuación se completó el 29 de noviembre. Ese día, la flota portuguesa inició, protegida por el escuadrón británico, su larga travesía atlántica.[30] Un día más tarde, las tropas francesas entraban en Lisboa.[31]

La ocupación gala de Portugal solo halló una débil resistencia, en parte por la falta de un mando central y en parte por la reputación de los contingentes franceses. A excepción de un breve motín que estalló a mediados de diciembre, con ocasión de una ceremonia organizada por los franceses para reemplazar la bandera portuguesa por la tricolor, las autoridades civiles y militares se sometieron a las órdenes de Junot.[32] Esta fue, en realidad, una victoria insatisfactoria para Napoleón, que había enviado repetidas órdenes a Junot para que llegara a Lisboa lo antes posible.[33] Los franceses tomaron la capital, pero su gran objetivo –el Gobierno, el tesoro y la flota portugueses– había escapado. De hecho, la ocupación francesa de Lisboa intensificó la presencia británica en las aguas frente a la costa de Portugal, ya que, de acuerdo con los términos del tratado anglo-portugués, los británicos ocuparon Madeira y las Azores y las convirtieron en bases de operaciones.[34] De todos modos, la caída de Lisboa fue un éxito que consiguió el fin del comercio entre los británicos y los puertos lusos europeos. Napoleón lograba de este modo, por fin, que todos los grandes puertos de Europa (excepto los de Suecia) estuvieran cerrados al comercio británico. Los franceses se apresuraron a consolidar su autoridad al recordar a los portugueses que su Gobierno los había abandonado y advirtiéndoles de que no se resistieran a la ocupación.[35] Aunque el gabinete portugués dispuso la creación de una regencia de cinco miembros, Junot no tardó en expulsarla y gobernó el país como territorio conquista-

do bajo ocupación militar. Nuevas instrucciones del emperador ordenaron a Junot el desarme de Portugal y el traslado de los soldados portugueses a Francia junto con «todos los príncipes, ministros y demás individuos que pudieran servir para organizar la resistencia».[36] Una parte del Ejército luso fue desmovilizada y la otra fue convertida en una legión especial que primero fue enviada a España y que luego se desplegó en otros frentes y combatió a las órdenes de Francia. Muchos miembros de la nobleza y autoridades clave fueron enviados a Francia bajo distintos pretextos. Los franceses procedieron entonces a recaudar en el reino un impuesto exorbitante de 100 millones de francos.[37]

La crisis de 1807 fue un acontecimiento crucial en la historia de Portugal. La riqueza privada y pública del país, la mayoría de los líderes políticos y prácticamente toda la fuerza naval escaparon. La salida de la corte real, que permaneció en Brasil durante trece años, supuso el ocaso del Antiguo Régimen en Portugal y un desplazamiento transatlántico de profundas consecuencias políticas, culturales y económicas. Por primera vez en la historia, una casa real europea gobernante se establecía en colonias de ultramar, lo que ponía en evidencia el papel crucial que las posesiones coloniales desempeñaban en la vida de la metrópoli. A su llegada a Brasil, en enero de 1808, la familia real recibió en Bahía una acogida entusiasta de sus súbditos. Uno de los primeros asuntos que don Juan tuvo que resolver fue que los comerciantes brasileños ya no podían exportar las mercancías a Portugal por culpa de la ocupación francesa de Lisboa y Oporto. El 28 de enero, el príncipe regente anunció la decisión de abrir los puertos de Brasil al comercio con otras naciones, una medida que, con la perspectiva del tiempo, hoy se reconoce como el primer paso hacia la independencia de Brasil. La sustanciosa ayuda financiera y material de los británicos a Portugal llevó, en palabras del historiador portugués A. H. de Oliveira Marques, a que, de 1808 a 1821, el país se convirtiera en «un protectorado inglés».[38]

La invasión francesa de Portugal habría sido imposible sin la cooperación española. Esta conquista rápida, conseguida prácticamente sin derramamiento de sangre, invitaba a pensar que los franceses no encontrarían apenas dificultades para controlar toda la península ibérica. Para comprender lo que sucedió a continuación, es necesario tener en cuenta la extrema debilidad de la posición de España a principios del siglo XIX.

El gran periodo de recuperación y reformas español había acabado prácticamente con la muerte del rey Carlos III en 1788.[39] Los historiadores suelen coincidir en que la monarquía española hallaba grandes dificultades en sus esfuerzos de modernización y nacionalización y en que los aproximadamente treinta años posteriores a la muerte de Carlos III fueron el periodo más decisivo de la historia de la España moderna desde la época de los descubrimientos y las conquistas americanas del siglo XVI. El nuevo monarca, Carlos IV, aunque pleno de buenas intenciones, carecía del intelecto y de la fuerza de voluntad necesarias para continuar el legado de su padre y encargarse del gobierno. Los censos indican que en el Imperio español residían alrededor de 27 millones de personas, de las que 10 millones lo hacían en la propia España. Los 17 millones de habitantes de las colonias españolas disfrutaban de una prosperidad sin precedentes gracias a la relajación de las restricciones comerciales durante el reinado de Carlos III.[40] La prosperidad relativa de dicho reinado, sin embargo, había dado paso a un estancamiento económico que se vio exacerbado por los fracasos en la política exterior. España, en guerra con Francia en 1793-1795, revertió su posición en 1796 al unirse a la contienda de Francia contra Gran Bretaña. Los resultados de este paso, no obstante, fueron lo contrario de lo previsto por Carlos IV y sus ministros. La primera batalla naval del conflicto,

librada cerca del cabo de San Vicente en 1797, fue una victoria decisiva de los británicos ante una escuadra española más numerosa. A raíz de ella, los puertos españoles quedaron bajo un estrecho bloqueo y el comercio marítimo español estuvo fuertemente acosado. La monarquía de los Borbones se vio tan apurada que no tuvo más remedio que abandonar la política tradicional y autorizar que los buques neutrales comerciaran en los puertos de la América española, un movimiento que benefició sobremanera a Estados Unidos y a Gran Bretaña.[41] La alianza con Francia le había costado a España la isla de Trinidad y las colonias hispanas no directamente ocupadas por Gran Bretaña empezaron a inclinarse hacia la independencia por la dificultad de las comunicaciones a través del Atlántico. El periodo de paz de 1802-1803 dio cierto respiro a España y permitió a Madrid reafirmar, por breve tiempo, su autoridad sobre las colonias. La reanudación de la guerra en 1804 solo trajo nuevos desastres. La batalla de Trafalgar acabó lo que había empezado en el cabo de San Vicente y España quedó prácticamente eliminada como potencia marítima relevante. A lo largo de estos años, el reino borbónico había hecho todo lo posible por apaciguar a su aliado, nunca satisfecho, –transferirle partes de su imperio y entregarle cuantiosos subsidios, barcos y tropas–, sin obtener a cambio ningún beneficio, prácticamente. No sorprende que, después de 1805, España diera señales de querer liberarse del asfixiante abrazo francés.

El rey Carlos IV, a pesar de que continuaba siendo, en apariencia, un monarca absoluto, dejaba la responsabilidad del gobierno en manos de sus ministros –José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca, don Pedro Pablo Abarca de Bolea y Jiménez de Urrea, conde de Aranda, y Manuel de Godoy y Álvarez de Faria, de quien ya hemos hablado–, que habían tratado, con gran esfuerzo, de resolver los crecientes problemas económicos, sociales y políticos de España. Sus esfuerzos en aras del reforzamiento de la autoridad de la monarquía y la reforma de

los grupos privilegiados (la Iglesia y la nobleza) provocaron un gran rencor y malestar social que socavaba el movimiento de reforma.[42] La nobleza y la Iglesia españolas, que entre ambas poseían casi dos tercios de la tierra, mostraban poco interés en mejorar las explotaciones agrícolas, de modo que la agricultura española se mantenía en un estado de baja productividad. Los reveses militares provocaron un fuerte estancamiento económico que se vio agravado por una serie de desastres naturales.[43] Alrededor de 10 000 personas perecieron por la rotura de una presa de nueva construcción en el río Segura en abril de 1802. Solo dos años más tarde, un potente terremoto sacudió el sur y el centro de España y causó daños considerables. Una epidemia de fiebre amarilla se complicó por el mal tiempo y las malas cosechas que, a su vez, generaban malestar social.[44]

El resentimiento popular se enfocó en la persona de Manuel de Godoy, el primer ministro español que ya hemos presentado. Godoy, un vástago de la pequeña nobleza que había hecho una carrera notable en la corte, y del que se rumoreaba que había sido amante de la reina, era percibido por la mayoría como un individuo narcisista, venal y corrupto. Aunque él se veía a sí mismo como un hombre de la Ilustración e intentaba llevar a cabo un programa de reformas limitadas, esto mismo le enajenaba el apoyo de la nobleza, la Iglesia o la tradicional burocracia real, resentidas por su ascenso meteórico al poder y por la influencia que ejercía sobre los monarcas. Para muchos españoles del común, la insistencia de Godoy en que los cadáveres fueran enterrados en los nuevos cementerios municipales (en sustitución de los tradicionales de la Iglesia) y su prohibición de los toros (por el enorme gasto económico que suponían y por representar una amenaza al orden público) habían llegado demasiado lejos. La desconfianza popular se vio alimentada por el hecho cierto de que Godoy no tenía la educación ni la experiencia política o administrativa necesarias, así como por su participación en la toma

de decisiones equivocadas que habían perjudicado gravemente al reino y lo habían subordinado a los intereses franceses. En 1806, durante la campaña de Napoleón contra Prusia, Godoy, al llegar a pensar que los prusianos vencerían, emprendió un torpe intento de reafirmar la soberanía de España ante Francia y puso en marcha preparativos militares y llamó a los españoles a incorporarse a filas para derrotar al «enemigo» y así salvar al país con una paz duradera. No se indicaba la identidad del «enemigo», pero todos entendieron que se trataba de Francia.[45]

Brilló entonces una débil esperanza de que España se volviera contra su aliado, aunque esta se extinguió tras la victoria francesa en Jena-Auerstadt, solo nueve días más tarde. Godoy se vio obligado a un súbito y humillante cambio de 180 grados: retiró su proclama, accedió a incorporarse al Sistema Continental y despachó algunas de las mejores tropas españolas a la región del Báltico. En cualquier caso, el embrollo reforzó la aversión de Napoleón por Godoy y le recordó que el débil ejecutivo borbónico podía dañar sus intereses y debilitar el valor de España como aliado.[46] Más importancia aún tuvieron las dificultades del primer ministro español para capear a los dos partidos en liza –los liberales, que insistían en la necesidad de emprender más reformas; y sus adversarios conservadores, encabezados por el aparente heredero, el príncipe Fernando–. Fernando despreciaba a Godoy, de quien sospechaba que aspiraba a convertirse en el próximo soberano de España. Poderosos elementos de la aristocracia y la Iglesia se habían servido del obtuso y maleable príncipe heredero para oponerse a los esfuerzos reformistas de la corona y temían que el ascenso de Godoy al trono limitara su estatus privilegiado.[47]

En las últimas semanas del otoño de 1807, las cosas habían llegado al punto de ebullición. La desilusión popular era generalizada, después de que las políticas económicas, administrativas y militares del Gobierno le hubieran alienado muchos apoyos. El

Ejército real español estaba mal equipado y entrenado y sus mejores soldados iban camino del norte de Alemania. Las continuas intrigas cortesanas contribuían a complicar todavía más la situación y sirvieron de trasfondo imprescindible para la intervención francesa. Los partidarios del príncipe Fernando, el llamado grupo fernandino, esperaban aprovechar la inestabilidad del momento para garantizar la sucesión de su figurón. Algunos llegaron a participar en negociaciones secretas con el embajador francés, mientras que el propio príncipe Fernando acudió a Napoleón en busca de protección y le envió halagadoras cartas a París. Los planes de Fernando eran imprecisos y vacuos y se limitaban a denunciar al odiado «príncipe de la Paz», el título por el que se conocía a Godoy desde que negoció el tratado de paz con Francia de 1795. Sin embargo, los rumores de una posible conspiración espolearon la acción de Godoy. El 27 de octubre, después de un sonado enfrentamiento en el palacio real de El Escorial, Carlos IV acusó a su hijo de conspirar para destronarlo y asesinar a su madre y a Godoy.[48] El registro de los aposentos del príncipe solo halló unos borradores de un manifiesto que denunciaba la influencia de Godoy y varios documentos que indicaban que el príncipe había contemplado varios escenarios posibles en caso de que su padre falleciera o estuviera incapacitado de forma permanente. Sin embargo, fue suficiente para que Carlos pusiera a su hijo bajo arresto y encarcelara a los supuestos socios de conspiración.[49] Este episodio, conocido como la conjura de El Escorial, disparó la popularidad de Fernando y socavó aún más la posición de Godoy, de quien casi todos pensaban que había estado detrás de aquella maniobra para desacreditar al príncipe. Es probable que nada pudiera haber ayudado más a los planes de Napoleón que la escandalosa revelación de las trifulcas domésticas en el seno de la familia real. La conjura de El Escorial expuso la debilidad de la monarquía española y fue un factor relevante en la subsiguiente decisión de Napoleón de intervenir. Los sucesos de

la corte le llevaron a pensar que el gabinete borbónico era incompetente y corrupto, una constatación que, en palabras del historiador Pieter Geyl, habría «ofendido a Napoleón en lo que podríamos llamar su orgullo profesional».[50] El emperador estaba convencido de que lo que España necesitaba era la fuerte y eficiente mano de Francia.

Sin embargo, las raíces de este planteamiento eran más profundas. La política exterior de Napoleón tomaba prestados muchos elementos del *ancien régime* galo y, en lo referente a España, como apuntó con agudeza un observador español, se inspiraba en «la política exterior de Luis XIV, en especial en sus intentos de uncir a la nación española al carro de su fortuna».[51] España tenía mucho que ofrecer en términos de dinero y recursos materiales y humanos. Napoleón conocía perfectamente este potencial por la escala del comercio transatlántico con la América española. Durante la paz de Amiens, como ya hemos indicado, el comercio español resurgió y los envíos de plata llegaron en grandes cantidades desde las colonias. De hecho, el periodo de 1802 a 1804 fue el de mayor cantidad de transferencias de plata americana durante los 300 años de historia colonial española; en menos de tres años, el oro y la plata enviados a España sumaron más de 114 millones de pesos.[52] Napoleón se apresuró a intentar exprimir tal fuente de ingresos al obligar a Carlos IV a firmar el Tratado de Subsidios, que comprometió a España al pago de alrededor de 6 millones de francos mensuales al tesoro francés.

El estallido de la Guerra Anglo-Francesa de 1803 puso en peligro la entrega de los subsidios. Gran Bretaña se negó a considerar neutral a España y atacó por ello a su flota mercante y a los convoyes que volvían de las colonias. El comercio con la América española se colapsó, prácticamente, después de diciembre de 1804.[53] Napoleón, siempre ingenioso, halló de todas maneras una forma de recibir «su» dinero. Para evitar que los británicos apresaran los convoyes de plata españoles, recurrió a otros méto-

dos: a partir de 1805, dejó el pago de los subsidios españoles en manos del comerciante francés por excelencia, Gabriel Julian Ouvrard, que actuaba con una función doble: como empresario que se lucraba de la contienda y como agente del tesoro francés. En lo que fue un notable ejemplo de colaboración comercial en medio de un gran conflicto militar, Ouvrard ayudó a organizar una red mercantil en la que participaron banqueros y comerciantes franceses, holandeses y británicos. Esta red emprendió la inusual tarea de transportar desde el Nuevo Mundo el mineral precioso mexicano en buques neutrales (o incluso, en ocasiones, en buques de guerra británicos) y en nombre del monarca español –aunque, en la práctica, era para Napoleón–.[54]

El emperador francés empezó, con entusiasmo, a explotar la inestabilidad política española y los sentimientos contrarios a Godoy para ejercer un mayor control sobre España. Esta, con sus inmensas posesiones coloniales y extensas líneas de costa atlánticas y mediterráneas, podía convertirse en un socio esencial en la continua guerra de Francia con Gran Bretaña. París, todavía con el recuerdo fresco del embrollo prusiano de Godoy, advirtió que, a pesar de la aceptación por Carlos IV del Sistema Continental, las mercancías británicas continuaban llegando a la Península gracias al contrabando y la corrupción de los funcionarios provinciales. Las aduladoras cartas de Fernando, que trataban al emperador galo como «el héroe que eclipsa a todos los que le precedieron» y le incitaban a intervenir en los asuntos españoles, solo sirvieron para reforzar el convencimiento de Napoleón de pasar a la acción.[55]

La decisión de derrocar a la monarquía española no fue algo repentino, sino fruto de un proceso.[56] En una fecha tan tardía como enero de 1808, Napoleón, todavía valorando la posibilidad de una alianza matrimonial con España, le pidió a su hermano Luciano que enviara a su hermana a París con la intención de que pudiera llegar a ser la esposa del príncipe español. Sin em-

bargo, las dudas de Napoleón acerca del futuro de la monarquía borbónica no le impidieron iniciar los preparativos para una intervención directa. Cuando las tropas de Junot cruzaron España camino de Portugal, Napoleón ordenó a sus generales que documentaran las rutas y los asentamientos. «Háganme saber las distancias entre las villas, la naturaleza del país y sus recursos», solicitaba en una de sus cartas de octubre, lo que invita a pensar que ya estaba evaluando la posible invasión.[57] A finales de 1807, Napoleón utilizó el ataque a Portugal para ocupar lugares y fortalezas clave de provincias del norte de España, entre ellas San Sebastián, Figueras, Pamplona y Barcelona, donde los franceses recurrieron a tretas sencillas pero ingeniosas para ocupar las ciudadelas.[58] En febrero de 1808, cuerpos de ejército adicionales empezaron a cruzar la frontera franco-española y a extenderse por Navarra, Vizcaya y Castilla la Vieja.[59] Napoleón, para apaciguar las sospechas de los españoles, ordenó difundir el rumor de que los movimientos de tropas eran parte de un plan para poner sitio a Gibraltar, en poder de los británicos, y preparar una expedición al norte de África.[60]

El 16 de febrero, Napoleón reveló formalmente su plan de intervenir en el reino borbónico con el anuncio de que Francia, como aliado de España, no podía ignorar lo que estaba sucediendo en la corte española y estaba obligada a mediar entre las facciones políticas rivales. Cuatro días más tarde, Napoleón nombraba a su cuñado Joaquín Murat «lugarteniente del emperador en España» y le encomendaba el mando de la operación. El mariscal Murat pasó a España el 10 de marzo y avanzó con rapidez hacia la capital del país.[61] El Gobierno español, como se esperaba, no supo responder a la noticia de la invasión francesa. Incluso después de que los galos ocuparan las fortalezas de la frontera, Carlos IV no tuvo fuerzas para plantar cara, como si se negara a creer que Napoleón pudiera volverse en su contra. Todavía a primeros de abril el monarca continuaba tranquilizando al pue-

blo diciéndole que podían «respirar tranquilos» y que las intenciones de «mi caro aliado el emperador de los franceses» no eran de temer.[62] De todas formas, el soberano, preocupado por los acontecimientos, abandonó Madrid con la corte y se dirigió a Aranjuez.

Las noticias de la entrada francesa despertaron una reacción popular que se centró sobre todo en la figura de Godoy, a quien se acusaba de haber llevado el reino a la ruina, de, en la práctica, habérselo entregado a Napoleón. También circularon rumores de que Godoy planeaba llevar a la familia real a Andalucía o a las islas Baleares, o incluso a la América española si fuera necesario, igual que la familia real portuguesa había escapado a Brasil. En la tarde del 17 de marzo, una turba de soldados, campesinos y vecinos se congregó en Aranjuez para evitar la huida real. Poco después de medianoche, en un ambiente enfervorizado, el pueblo asaltó la residencia de Godoy y la saqueó, furioso por no hallar al ministro que se había escondido en el ático, dentro de una estera enrollada.

Los sucesos de Aranjuez, que nos recuerdan las grandes *journées* de la Revolución francesa, aterrorizaron a la pareja real española. La reina le imploró a su hijo que calmara a la muchedumbre. Fernando utilizó la ocasión para anunciar que Godoy había sido depuesto y desterrado de la corte. La sed y el hambre obligaron a Godoy a salir de su escondite al día siguiente: fue capturado, golpeado y casi quedó ciego de un ojo antes de ser rescatado por la intervención de su némesis, el príncipe Fernando. El primer ministro, hasta entonces todopoderoso, fue encarcelado en el castillo de Villaviciosa de Odón y sus propiedades fueron confiscadas.[63] Fernando les dijo a sus padres que su seguridad personal (y la vida de Godoy) solo podía salvaguardarse a través de una abdicación inmediata. Carlos IV, rodeado por una multitud de amotinados, no tuvo más remedio que emitir una proclama en la que anunció que la edad y las enfermedades lo obliga-

ban a renunciar a la corona en favor de su «heredero y muy caro hijo».[64] Fernando fue aclamado rey en medio de una alegría casi universal y las tropas le juraron lealtad como soberano. El 24 de marzo entraba en Madrid, jaleado por un inmenso gentío convencido de que Fernando, el Deseado, resolvería todos sus problemas.[65]

El nuevo monarca se enfrentaba a retos considerables. El malestar inundaba el país. La violencia que había ayudado a derribar a Godoy también había causado un notable nerviosismo entre los españoles acomodados, temerosos de que se desataran la furia y el desorden popular. El propio Carlos IV se arrepintió de la abdicación antes de que se hubiera secado la tinta en el papel y trató de revertirla escribiendo en secreto a Napoleón para negarle la validez de la renuncia y pretender que se había obtenido a la fuerza. De este modo, los sucesos de Aranjuez proporcionaron a Napoleón una oportunidad perfecta para intentar hacerse con España.[66] La decisión de Fernando de viajar a Madrid fue muy poco prudente: recordemos que Murat y las tropas galas ya habían llegado a la ciudad. El embajador francés se negó a reconocerlo como rey y Murat lo trató con manifiesto desdén. El apocamiento de Fernando complicó aún más la situación: le escribió otra adulatoria carta a Napoleón en la que le aseguraba su lealtad y le volvía a solicitar una esposa de la casa imperial.

La revolución de Aranjuez sorprendió a Napoleón, que, en sus planes previos, había pensado presentarse como liberador de España de la tiranía de Godoy.[67] La ascensión de Fernando al poder le obligó a desechar este camino. Resolvió entonces sacar partido de la nueva situación política. Usando como pretexto la secreta protesta contra la abdicación que Carlos IV le había enviado, se negó a reconocer a Fernando como monarca e invitó a

padre e hijo a la ciudad de Bayona, en Francia, donde ambos participaron en una penosa tragicomedia. Fernando, amenazado y manipulado por Napoleón, se resistió a sus exigencias de abdicación hasta el 6 de mayo, cuando, bajo amenaza paterna de que lo acusaría de alta traición y sería ejecutado, accedió a devolver la corona. Solo entonces descubrió que Carlos IV ya había transferido su trono y todos sus derechos a Napoleón. Después de que les fuera birlado el reino, padre e hijo fueron trasladados a lugares distintos –Fernando a Valencey y Carlos IV primero a Compiègne y más tarde a Marsella–, donde permanecieron hasta el final de las Guerras Napoleónicas.

Las Abdicaciones de Bayona parecían ser otro nuevo golpe magistral de Napoleón. Sin embargo, conllevaron una combinación de fuerza y engaño tan execrable que no nos extraña la conclusión a que llegó un eminente historiador: «[…] por su talento, Napoleón era un gran capitán militar; en carácter y en métodos, un gran capo mafioso».[68] Los sucesos de Bayona marcaron un punto de no retorno: el emperador se había implicado por completo en algo que no tardó en convertirse en una situación imposible. La enorme extensión de España, variada geografía y meteorologías y la carencia de unas infraestructuras de transporte y de comunicación apropiadas obligaron a los franceses a enfrentarse a retos como rara vez habían encontrado. Además, Napoleón tenía una comprensión limitada del pueblo español, de su rica historia y tradiciones, de su célebre orgullo y sentido de la dignidad, así como de su resiliencia y voluntad de lucha por sus creencias fundamentales. José Canga Argüelles, político español que fue testigo de esos años turbulentos y que, más adelante, publicó uno de los primeros estudios del periodo, acertaba al afirmar que la guerra de España no se podía comprender sin entender la propia naturaleza del carácter nacional español. En una prolija argumentación acerca de los elementos constitutivos del «verdadero carácter nacional», apuntaba a la intensa fidelidad del

pueblo a las tradiciones, el desdén por las costumbres extranjeras, la resistencia a las innovaciones, la lealtad al rey, «constancia imperturbable en las desgracias» y «extrema sensibilidad a los impulsos del honor».[69] Un lector voraz y curioso como Napoleón tendría que haber conocido mejor el país que estaba invadiendo, en especial desde que los diplomáticos franceses en España le advirtieran de que los españoles: «[…] no se asemejan a ninguna otra nación […]. Tienen un carácter noble y generoso, pero que tiende en dirección a la ferocidad, y no podrían soportar que los trataran como una nación conquistada. Una vez empujados a la desesperación, serían capaces de las decisiones más valientes y podrían cometer los excesos más terribles».[70] El general Anne Jean Marie René Savary, confidente de Napoleón, más tarde admitió que «no se tuvo bastante en cuenta el amor propio nacional» de los españoles.[71]

En muchos sentidos, la ocupación de España fue uno de los errores de cálculo más fundamentales de Napoleón, un error por el que pagó un alto precio. Podía haber optado por un curso de acción mucho menos arriesgado al casar a una mujer de su familia con el príncipe Fernando (tal y como este le había pedido en repetidas ocasiones) y haber establecido así una alianza matrimonial con España que habría podido controlar. En cambio, el emperador optó por la vía más radical: deshacerse de los Borbones españoles y pasar a gobernar directamente su reino. Al hacerlo, Napoleón no se dio cuenta de que la animosidad mostrada por los españoles hacia su familia real no implicaba necesariamente que fueran a mostrar un entusiasmo similar porque los gobernara una potencia extranjera. Además, no había preparado la jugada con propiedad. Los 100 000 soldados que había llevado a España distaban de ser los mejores de la Grande Armée. Solo un tercio de ellos estaba encuadrado en unidades fiables y el resto adolecía de espíritu de cuerpo, de entrenamiento adecuado y de equipo. El emperador no quiso redesplegar a sus unidades vete-

ranas porque prefería dejarlas en Alemania para vigilar a Austria. La naturaleza improvisada de la Armée d'Espagne iba a ser una de las causas del fracaso de la ocupación inicial francesa. Su principal activo –la reputación de invencibilidad– se volvió en su contra tan pronto como las tropas francesas empezaron a sufrir reveses. La decisión napoleónica de dividir los efectivos galos y despacharlos contra varios objetivos muy distantes entre sí fue, en el mejor de los casos, temeraria. El debilitado cuerpo de ejército del mariscal Bon Adrien Jeannot de Moncey, de menos de 10 000 efectivos y sin tren de artillería, no tenía posibilidades reales de tomar la ciudad fortificada de Valencia; mientras que el general Pierre-Antoine, conde Dupont de l'Étang, al mando de unos 20 000 hombres –auxiliares suizos y alemanes y nuevos conscriptos–, nunca debió ser enviado sin apoyos al lejano Cádiz.

El intento napoleónico de crear una monarquía vasalla en España despertó una revolución que desencadenó una fuerza enorme de provincianismo centrífugo, largo tiempo dormida bajo la superficie del tejido nacional de España. Poco después de que el monarca fuera arrestado en Bayona, el descontento popular estalló en una rebelión manifiesta. El 2 de mayo, cuando se extendieron los rumores de que los franceses presionaban a la Junta de Gobierno –el gabinete que había dejado Fernando en su marcha– para que trasladara a los miembros restantes de la familia real a Bayona, el pueblo de Madrid tomó las calles y masacró a unos 150 soldados franceses. Al día siguiente, Murat introdujo en la ciudad refuerzos que sofocaron lo que se conoció como el Levantamiento del Dos de Mayo, que fue inmortalizado con enorme dramatismo por Goya, el gran artista español. El Ejército francés, en represalia por las muertes del 2 de mayo, ejecutó a centenares de españoles, aunque no consiguió silenciar la revuelta, que despertó una oleada de resistencia por toda España: surgieron numerosos grupos locales organizados que desafiaron a la

autoridad francesa y empezaron a atacar a las tropas extranjeras.[72] Aunque la Junta de Gobierno se sometió a la autoridad gala y aceptó el 4 de junio de 1808 la decisión de Napoleón de colocar a su hermano José en el trono de España, las autoridades provinciales y municipales rechazaron al nuevo soberano e incitaron sublevaciones violentas en diversas partes del país.[73] Estos ejecutivos locales, inspirados en parte por los escritos del insigne filósofo y jurista Francisco Suárez, adujeron que la autoridad del Estado no se derivaba de la divinidad de la monarquía, sino que estaba basada en un pacto social entre el monarca y el pueblo.[74] Cautivo el legítimo rey de España, las autoridades locales se sintieron refrendadas para formar juntas de gobierno improvisadas integradas por individuos notables de las regiones.[75] Estas juntas estimularon el sentimiento nacionalista español, rechazaron los pronunciamientos de la Junta de Gobierno y llamaron a la resistencia organizada contra la ocupación francesa. Ya a finales de mayo, las juntas de Valencia y Sevilla decretaron la movilización en masa de los varones adultos y reclutaron más de 20 000 soldados que prestaron juramento de lealtad a Fernando y se comprometieron a luchar contra el enemigo común.[76] Similar importancia tuvo que las juntas se proclamaran portavoces de toda la nación española y declararan nula la renuncia de los Borbones a la corona en favor de Napoleón, no solo por haberse efectuado bajo coacción, sino también porque carecía de un factor todavía más importante, el consentimiento de la nación.[77]

A finales de mayo de 1808, Napoleón convocó en Bayona una asamblea de representantes de la nobleza, el clero y el común españoles para que ratificara una nueva constitución que había estado preparando para ellos.[78] La Constitución de Bayona, publicada a finales de julio de 1808, fue la primera constitución escrita del mundo hispánico. Cincelada según las constituciones francesas previas, trataba de introducir los ideales revolucionarios en España y a la vez adaptarse a las particularidades de la cultura es-

pañola. La Constitución convertía España en una monarquía constitucional e introducía cambios notables en la forma de gobierno, abolía los privilegios feudales (pero no la nobleza), reconocía ciertas libertades individuales y ordenaba la creación de una judicatura independiente y de una asamblea nacional tricameral (Cortes) de los representantes de los tres estados.

Estas provisiones liberales estaban pensadas para atraer a los afrancesados, los partidarios de los franceses, a los que podemos clasificar en tres categorías generales: aquellos que se habían enfrentado largo tiempo, sin éxito, contra la corrupción y la incompetencia del Antiguo Régimen y veían en la autoridad gala la continuación de las reformas ilustradas iniciadas por Carlos III entre 1759 y 1789; los que pensaban que la colaboración con los franceses sería más ventajosa que el enfrentamiento; y los que estaban alarmados por la violencia popular que había estallado en mayo de 1808 y temían que esta pusiera en peligro sus intereses. Los francófilos eran solo una pequeña minoría de la población, cuya inmensa mayoría era rural, católica devota y conservadora. Además, la Constitución de Bayona también era un reflejo del enfoque autoritario de Napoleón en la gobernanza. Escamoteaba a la asamblea poder legislativo y solo le permitía debatir y aprobar las leyes promovidas por el rey. La Carta Magna, en una clara concesión a la sensibilidad española y al poder de la Iglesia católica en el país, no reconocía la libertad religiosa y proclamaba que el catolicismo era la región oficial del reino, sin que se tolerara ninguna otra.[79] Por consiguiente, la Constitución no tuvo apenas partidarios en España. Fue recibida, en palabras de un contemporáneo, con «una silenciosa y equívoca indiferencia» en las ciudades ocupadas por los franceses y con «enconado desprecio» en el campo.[80]

La Constitución de Bayona, además, nunca se puso en práctica por completo. Para cuando el rey José llegó a Madrid, a finales de julio de 1808, ya se enfrentaba a una guerra total. Las jun-

tas provinciales se dedicaban a reclutar tropas y el Ejército real español ya estaba luchando contra los franceses. El 14 de junio de 1808, la Armada española atacó al escuadrón galo del almirante François Rosily y, después de cinco días de lucha, lo obligó a rendirse, apresó seis buques de guerra galos y a casi 4000 hombres. Poco menos desastrosa fue la campaña francesa en tierra. De acuerdo con las órdenes de Napoleón, los cuerpos galos se pusieron en marcha con la intención de ocupar varias áreas estratégicas a lo largo y ancho del país: el mariscal Jean-Baptiste Bessières tenía que ocupar Aragón y Castilla la Vieja, Moncey fue hacia Valencia, el general Guillaume Philibert Duhesme a Cataluña y Dupont al sur, hacia Sevilla y Cádiz. El avance francés no tardó en detenerse. En las dos batallas sucesivas del Bruch, el 6 y 14 de julio, las fuerzas españolas derrotaron a un destacamento galo que marchaba hacia Zaragoza, donde el general José Rebolledo de Palafox y Melzi desafió a los franceses durante todo el verano. También fracasó Moncey, cuya acometida sobre Valencia acabó en nada. La posición estratégica de los franceses en el norte del país se vio salvada durante un breve lapso por Bessières, que supo explotar la mala coordinación entre los generales españoles Gregorio García de la Cuesta y Fernández de Celis y Joaquín Blake y Joyes y los derrotó en Medina de Rioseco, el 14 de julio de 1808.[81] Una semana después, José entraba en Madrid y era coronado rey de España.[82]

El éxito de Bessières vendría a ser la única victoria francesa, pronto ensombrecida por un desastre absoluto en Bailén. El general Dupont, camino de Cádiz, recibió con alarma las noticias del apresamiento del escuadrón de Rosily por los españoles y de la extensión, cada vez mayor, de la revuelta popular. Decidió poner fin a la marcha y regresar al norte. Rodeado por la población hostil y por el Ejército de Andalucía comandado por los generales Francisco Castaños y Theodor von Reding, las tropas de Dupont fueron atacadas en varios puntos mientras intentaban,

en vano, abrirse camino hacia el norte. Dupont, que a pesar de su notable experiencia y larga hoja de servicios actuó con llamativa incompetencia, solicitó una tregua y firmó la Convención de Andújar el 21 de julio de 1808. Esta estipulaba la rendición de todo su cuerpo de ejército, de 18 000 soldados.[83]

Bailén constituyó la peor actuación militar francesa en las Guerras Napoleónicas, una humillación agravada porque también fue una victoria del mismo Ejército real español que antes Napoleón había ridiculizado al decir de él que era el peor de Europa. La derrota mortificó al emperador, que se tomó la capitulación de Dupont como un insulto personal y una mancha para las armas francesas.[84] Sin embargo, el emperador fue también responsable de ella. El destacamento de Dupont era demasiado débil y bisoño para operar en una región hostil sin apoyo. Fue un error de Napoleón y una clara señal de que había subestimado la gravedad de los retos a los que se enfrentaba en España. Las repercusiones de Bailén se sintieron en la propia Península y por toda Europa. El rey José, conmocionado por la derrota, huyó de Madrid y ordenó una retirada general hasta el río Ebro, lo que equivalía a abandonar la mayor parte del país. Desde su cuartel general en Vitoria, José chocó con su hermano, al que acusaba de violar la Constitución de Bayona y de tratar de conquistar España. Intentó renunciar a la corona; adujo que no deseaba imponerse a un pueblo que no lo quería: «Convirtiéndome en el conquistador, en medio de todos los horrores de una guerra contra todos los españoles, me convertiría en objeto de terror y de execración. Soy demasiado viejo como para poder llegar a vivir el tiempo necesario para expiar toda esa maldad».[85] Napoleón rechazó la iniciativa de su hermano y le exigió que se hiciera cargo de la situación. No había tiempo que perder.

La derrota de los, hasta entonces, invictos ejércitos imperiales despertó el júbilo en muchas partes del continente, después del estado de desesperación en que las sucesivas victorias de Napo-

león habían sumido a buena parte de Europa. La estrella del emperador, brevemente eclipsada en Eylau, después había brillado con más fuerza que nunca y su poder parecía invulnerable. Bailén supuso un gran golpe a su reputación y dio nuevo aliento a los sentimientos antifranceses por toda Europa. En Austria, el excitado «partido de la guerra» –inclinado por un conflicto abierto con los franceses– determinó que había llegado el momento propicio para desafiar de nuevo al imperio galo. Además, Bailén catalizó también la resistencia por toda la propia península ibérica. En junio y julio de 1808, los portugueses se alzaron después de que las guarniciones españolas abandonaran las ciudades lusas para ayudar a la insurrección en su propio país. La ciudad de Oporto se rebeló en los primeros días de junio, seguida de Braga, Braganza y Viana, en las que se formaron juntas provinciales. Estas no tardaron en reconocer la autoridad de la Junta Suprema portuguesa constituida en Oporto y encabezada por el obispo local, Antonio de Castro, cuyo entusiasmo por la revuelta superaba con creces sus dotes de liderazgo. A lo largo del verano, las provincias centrales y septentrionales de Portugal fueron escenario de choques armados entre milicias lusas de nueva creación y tropas francesas. En julio, la Junta Suprema despachó unos representantes a Gran Bretaña con la misión de conseguir ayuda. Simultáneamente, las juntas provinciales españolas de Asturias, Galicia y Sevilla también acudieron a Londres en busca de cooperación: urgieron a los británicos a poner fin a las hostilidades entre ambos países y a que los apoyaran en su lucha contra los franceses.

El Gobierno británico, deseoso de aprovechar la situación en la península ibérica, envió legados a España para establecer relaciones con las autoridades. El objetivo inmediato de Gran Bretaña era neutralizar la dispersión centrífuga de los españoles y convencerlos de que aunaran alguna forma de gobierno provisional con fuerza suficiente para resistir a Napoleón y dirigir los esfuer-

zos del país para su liberación. La victoria española sobre Dupont en Bailén llevó a numerosos miembros del ejecutivo británico a sobreestimar las capacidades de las fuerzas hispanas. Pensaban que España era una nación que se levantaría contra Napoleón y dejaría a un lado su animosidad histórica contra Gran Bretaña. En el verano de 1808, el secretario de Exteriores británico, George Canning, envió a Charles Stuart en calidad de agente diplomático especial ante las juntas reunidas en La Coruña. Stuart se dedicó, durante varias semanas, a repartir con generosidad armas y dinero a los insurgentes españoles de las provincias del norte, a la vez que intentaba enfocarlos hacia una unión con las demás provincias para formar una Junta Central. La Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino se formó por fin en Aranjuez en septiembre, aunque, en la práctica, muchas juntas locales solo le prestaron una atención formal.[86] La alianza militar anglo-española, en cuya formación Stuart tuvo un importante papel, iba a durar hasta el final de las Guerras Napoleónicas a pesar de los reveses, decepciones y mutuos reproches entre las dos partes, a menudo distanciadas por viejos recelos y resentimientos.[87]

Mientras sus agentes entregaban armas y dineros a España, el Gobierno británico también inició los preparativos para una expedición militar a la Península. En agosto de 1808, un contingente británico desembarcó en Portugal mandado por el teniente general *sir* Arthur Wellesley. Los británicos derrotaron al general Henri François Delaborde en la batalla de Roliça, el 17 de agosto, y, cuatro días más tarde, chocaron con la fuerza principal de Junot en Vimeiro, donde la delgada línea roja, brillantemente comandada por Wellesley, repelió los descoordinados asaltos franceses y se alzó con una gran victoria.[88] A pesar de sus triunfos, Wellesley era aún un general muy joven y pronto fue relevado por oficiales con más antigüedad, como *sir* Harry Burrard y *sir* Hew Dalrymple. El 30 de agosto, Dalrymple, un individuo

cauto y con escasa experiencia en combate, firmó, ávido por aprovechar las circunstancias sin tener que recurrir a más violencia, la Convención de Sintra. Esta concedía a los franceses un armisticio con unas condiciones muy favorables, entre ellas la salida de Portugal sin ser molestados. En un suceso llamativo, la Royal Navy británica evacuó durante las siguientes semanas a más de 20 000 soldados franceses con todo el equipo y «propiedades personales», entre las que se contaban abundantes bienes saqueados a los portugueses, con destino a Francia.

La noticia de la Convención de Sintra, que vino a neutralizar las victorias previas de Wellesley, llegó a Gran Bretaña después de los reportes del triunfo británico en Vimeiro y provocó un escándalo político en el país.[89] Dalrymple, Burrard y Wellesley fueron vituperados y los tres quedaron relevados del mando en la Península. Una comisión especial creada al efecto reclamó su presencia y los sometió a una investigación oficial. Al final, los tres fueron exonerados. Burrard y Dalrymple fueron empujados sin hacer ruido hacia el retiro, mientras que el destino reservaba a Wellesley cometidos más altos.[90]

Mientras tanto, se entregó el mando del Ejército británico en Portugal a *sir* John Moore, un general que, durante su periodo de servicio en el Campamento Militar de Shorncliffe, había demostrado ideas innovadoras acerca del entrenamiento militar y había creado los primeros regimientos de infantería ligera permanentes de Gran Bretaña.[91] En octubre de 1808, Moore decidió salir de Portugal para unirse a las tropas españolas, mientras que *sir* David Baird zarpaba de Falmouth hacia La Coruña con refuerzos embarcados en 150 transportes y la misión de apoyar el ala izquierda británica. Además, en una audaz operación, la Royal Navy evacuó de Dinamarca a la división de 9000 soldados españoles al mando de Pedro Caro y Sureda, marqués de La Romana, y la trasladó a Santander, en el norte de España, donde llegaron al tiempo que las primeras unidades británicas cruzaban la

frontera desde Portugal.[92] Lo sensato habría sido que la Junta Suprema Central y Gubernativa y los británicos coordinaran sus operaciones militares. Sin embargo, según el nuevo plan de campaña, que Moore describió con bastante rudeza como «una suerte de farfullo», los ejércitos españoles del norte debían lanzar una ofensiva de envolvimiento doble contra los efectivos galos situados alrededor de Burgos y en Navarra. A la par, el Ejército de Galicia de Blake tenía que marchar hacia el este en apoyo de Moore.[93] El plan, por tanto, dispersaba a las fuerzas españolas y no tenía en cuenta la mala calidad de las carreteras portuguesas, lo que dificultaba la posibilidad de que un contingente combinado anglo-español pudiera llegar a acometer operaciones conjuntas.

Napoleón estaba muy atento a los acontecimientos en la península ibérica. No desconocía que los reveses franceses en España habían envalentonado a la opinión pública europea y animado a algunos Estados a plantearse un nuevo desafío contra su imperio. Tampoco se le ocultaba que era esencial restaurar su prestigio con una campaña decisiva en España. Sin embargo, la decisión se complicaba por la gran cantidad de fuerzas que tenía empeñadas en otras regiones. Sería necesario transferir tropas de los Estados alemanes ocupados a la península ibérica, aunque conservando un número de efectivos suficiente para mantener a raya a la beligerancia austriaca. Además, los quince meses transcurridos desde el Tratado de Tilsit habían sido testigos de profundas alteraciones en la geopolítica europea.

De hecho, la primera euforia que siguió a Tilsit ya se había evaporado y en ambos bandos se había acabado por imponer un frío realismo. Rusia, claramente, estaba sopesando los pros y los contras de la alianza con Napoleón, quien, a su vez, se lamentaba de las concesiones que había hecho a Rusia relativas al Imperio otomano, todavía un aliado importante de Francia en su lucha con Gran Bretaña. Rusia, lejos de proceder a evacuar sus tropas

de los principados del Danubio, según ordenaba el artículo 22 del Tratado de Tilsit, hizo pública su intención de anexionarse estos territorios.[94] Para la corte de los Románov, las esperanzas previas de contar con apoyo francés para obtener las provincias otomanas de Moldavia y Valaquia, por no hablar de un eventual proyecto de reparto del Imperio otomano, se habían desvanecido. Napoleón había dado la espalda sin ambages a los compromisos que había adquirido en Tilsit y ahora exigía que la anexión rusa de Moldavia y Valaquia estuviera acompañada por la incorporación a Francia de la Silesia prusiana. Napoleón llegó a expresar deseos de hacerse con el control de Constantinopla y de los Estrechos e informó a los atónitos rusos de que, aunque este movimiento no representaría una amenaza contra Rusia, el hipotético control ruso de estos lugares sí que amenazaría directamente a Francia.[95] La posición cambiante de Napoleón sobre lo que Rusia sentía como modestas aspiraciones en el norte y el sur de Europa amargaron a la corte rusa, donde algunos animaron al emperador Alejandro a mostrar más firmeza en el trato con Napoleón.[96] En agosto de 1808, Rusia no quiso ratificar un armisticio con los otomanos obtenido por mediación francesa y se preparó para reanudar las hostilidades. Napoleón estaba desconcertado ante el posible reparto del Imperio otomano, pero no lo descartaba si Rusia, a cambio de las provincias danubianas, accedía a que los franceses se apoderaran de la Morea, Albania o Egipto. En resumen, la situación era precaria y tanto Alejandro como Napoleón estaban interesados en tener una entrevista para repasar la situación política europea y resolver las ambigüedades que se mantenían desde Tilsit.

El 27 de septiembre, los dos emperadores se reunieron en Érfurt, en Turingia (Alemania central). Al encontrarse ambos en la carretera entre Weimar y Érfurt, se abrazaron en lo que un historiador francés describió cáusticamente como «ese aire de perfecta cordialidad de la que solo los reyes tienen el secreto, en especial

cuando su intención es más ahogar que abrazar».[97] Rodeados por muchedumbres de soldados y civiles, Napoleón y Alejandro hicieron su entrada entonces en la ciudad, donde se les unieron docenas de reyes, príncipes y *hommes de lettres* alemanes, entre ellos Johann Wolfgang von Goethe, que tuvo una memorable entrevista con Napoleón.[98] El emperador francés, como organizador de la conferencia, no miró en gastos, pues señaló que quería que Alemania quedara impresionada por su magnificiencia.[99] Durante las dos semanas y media siguientes, los invitados fueron agasajados con un notable despliegue de revistas militares, banquetes y bailes.[100] Con este trasfondo de amabilidad y proclamaciones de amistad, Napoleón y Alejandro negociaron acerca de varios asuntos importantes, empezando por la situación en España, donde la insurgencia ya estaba en marcha. Napoleón quería que Alejandro ejerciera presión sobre Austria para evitar que esta atacara a Francia mientras él estuviera en España. Alejandro evitó comprometerse. El emperador galo desconocía que el soberano ruso se había reunido con su propio ministro de Exteriores, Talleyrand, y que este le había instado a resistirse a las demandas de Napoleón. El comportamiento de Talleyrand ha sido objeto de un largo debate. Algunos lo han acusado de traición, mientras que otros han visto la motivación del ministro en ideales superiores. Su comportamiento no fue tanto una traición a Francia como una deslealtad a su soberano, una distinción que Talleyrand siempre mantuvo. Incluso en París, el ministro no dejaba de criticar en público al Gobierno imperial y de abrir los brazos a los elementos de la oposición que se reunían en torno a él, con la esperanza de que esto moviera a Napoleón a embridar sus ambiciones.[101] Talleyrand no actuaba todavía para derribar al emperador, pero ya estaba convencido de que el interés nacional de Francia exigía frenar las ambiciones de Napoleón antes de que fuera demasiado tarde. Para conseguirlo, Talleyrand deseaba que las potencias continentales no cedieran y que cooperaran en-

tre ellas.[102] Parece que, en una de sus reuniones con el emperador Alejandro, Talleyrand le dijo:

> *Sire*, ¿qué habéis venido a hacer aquí? De vos depende salvar Europa, y solo lo conseguiréis si os resistís a Napoleón. El pueblo francés es civilizado, su soberano no. El soberano de Rusia es civilizado, su pueblo no. Corresponde, pues, al soberano de Rusia ser el aliado del pueblo francés.[103]

Talleyrand hacía una distinción fundamental entre trabajar para Napoleón y servir a la nación francesa y optó por lo último.

Alejandro, aunque impactado al escuchar semejante consejo del propio ministro de Exteriores de Napoleón, comprendió lo valioso que le sería cultivar sus relaciones con Talleyrand. Este prosiguió instándole a que se abstuviera de apoyar los proyectos de Napoleón, en especial contra Austria. Noche tras noche, en encuentros sociales casuales o en una reunión secreta en el tocador de las damas, Talleyrand destejía la red que había ayudado a Napoleón a tejer durante el día. Animaba al emperador ruso a plantar cara a la fanfarronería de Napoleón, sabedor de que, cuantos más problemas se creara este a sí mismo en España, más necesitaría de la cooperación rusa y, por ello, más forzado se vería a hacer concesiones. Talleyrand llegó incluso a detallarle a Alejandro cómo negociar con su homólogo francés. Napoleón, irritado por la inesperada resistencia rusa a sus demandas, se quejaba de que Alejandro era «desafiante e incomprensiblemente obstinado. Quería tratarme como un igual».[104] La deslealtad de Talleyrand continuó incluso después de su regreso a París. Se convirtió, de hecho, en un agente ruso oculto con el nombre secreto de «Anna Ivanovna» y, durante muchos años, proporcionó a Rusia excelente asesoramiento e información.[105]

Austria se mantuvo en el centro de las negociaciones franco-rusas en Érfurt. Napoleón quería ver a Austria desarmada o, si no era posible, que Rusia le garantizara su apoyo para ir a la guerra contra Viena. Alejandro, en un primer momento, se resistió a las demandas de Napoleón, aunque al final accedió a un compromiso: Rusia no atacaría a Austria junto con Francia, pero sí se

pondría del lado de esta última si era Austria la agresora.[106] La cooperación rusa, sin embargo, no resultaría gratuita: Alejandro buscó obtener a cambio concesiones sustanciales como la anexión de los principados danubianos y de Finlandia. Rusia también insistió en la retirada de las tropas francesas de Prusia y del Ducado de Varsovia –la cercanía de este último a la frontera rusa intranquilizaba a Alejandro–. A cambio del reconocimiento ruso de las pretensiones francesas en España y de la continuación de la cooperación contra Gran Bretaña, Napoleón accedió a las demandas rusas en cuanto a los principados danubianos y Finlandia, pero se negó a sacar sus tropas de Prusia, pues argumentó que eran necesarias para amenazar el flanco norte de Austria en caso de que esta atacara a Francia. En lo referente a la «cuestión oriental», Napoleón, en las provisiones secretas de la Convención de Érfurt, reconoció la frontera del Imperio ruso a lo largo del río Danubio y se comprometió a no intervenir en caso de que se reactivara el conflicto ruso-otomano, a menos que Austria se pusiera del lado de los turcos.[107]

Tan pronto como concluyó el Congreso de Érfurt, Napoleón se encaminó a toda prisa hacia el sur. Después de asumir el mando de las unidades francesas situadas en los Pirineos, lanzó con presteza una campaña en la que los españoles sufrieron grandes derrotas en Espinosa de los Monteros (10 de noviembre), Gamonal (10 de noviembre), Tudela (23 de noviembre) y Somosierra (29-30 de noviembre). En la última de estas batallas, los valientes *chevau-légers* polacos de la Guardia Imperial protagonizaron una memorable carga montaña arriba para despejar la carretera hacia Madrid.[108] El 4 de diciembre, desbaratados los contingentes españoles, Napoleón entraba en Madrid, donde restableció la autoridad francesa y puso en marcha ambiciosas reformas. En unos pocos días, los edictos imperiales reorganizaron la administración española, nacionalizaron las propiedades de la Iglesia, eliminaron las aduanas interiores y abolieron los derechos feudales y

la Inquisición. «No invado España para poner a un miembro de mi familia en el trono –proclamó más tarde–, sino para revolucionarla».[109] Napoleón tenía la clara intención de emplear la política de modernización que había llegado a perfeccionar con tanto éxito en Europa central, transformar España y beneficiarse de sus «ingresos de más de 150 millones de francos, sin contar con las inmensas remesas coloniales y la posesión de "todas las Américas"».[110] No albergaba dudas de que este proceso de regeneración tendría el apoyo de muchos españoles. Para transmitir la seriedad de sus intenciones, el emperador también les indicaba a los españoles que antes habían estado mal dirigidos y desinformados. Proclamaba así:

> He abolido todo lo que se oponía a vuestra prosperidad y grandeza. Si todos mis esfuerzos son vanos y no respondéis a mi confianza, no tendré más alternativa que trataros como provincias conquistadas. En ese caso, pondré la corona de España en mi cabeza y sabré cómo hacer para que los malvados respeten mi autoridad, puesto que Dios me ha dado la fuerza y la voluntad para superar todos los obstáculos.[111]

Esta proclama muestra la intención modernizadora de Napoleón y su disposición de recurrir a la fuerza bruta para cumplirla. También revela lo poco que conocía la naturaleza española. No sorprende, pues, que este documento no tuviera ningún efecto en la resistencia española. En cambio, sí que aumentó el nerviosismo en Viena, donde la amenaza de Napoleón de asumir la corona de España y desplazar a su hermano a un trono distinto se interpretó como que el régimen napoleónico podía tratar de modo similar a los Habsburgo. La declaración, aunque no fue en sí misma un factor decisivo, sí tuvo un papel importante en la cristalización del pensamiento de los líderes políticos austriacos en un momento en que evaluaban sus opciones antes de ir a la guerra con Francia.[112]

La ofensiva de Napoleón, a pesar de su celeridad y sus victorias, no consiguió resolver los problemas subyacentes: las fuerzas regulares españolas continuaron luchando y la resistencia persis-

tió (o incluso aumentó) en las guerrillas y en las ciudades –Zaragoza se convirtió en el símbolo de estas–. Además, los franceses se enfrentaban a una nueva amenaza, la Fuerza Expedicionaria Británica comandada por el teniente general *sir* John Moore.

Después de ponerse al mando de su ejército el 6 de octubre, Moore dejó alrededor de 10 000 hombres en Lisboa y procedió a avanzar con 23 000 hacia España, donde esperaba contactar con el teniente general *sir* David Baird, cuyos 12 000 soldados habían desembarcado en La Coruña. El progreso británico, como hemos visto, se vio retrasado por las malas carreteras y no fue hasta primeros de diciembre cuando los hombres de Moore llegaron por fin, agotados, a Salamanca. Apenas habían tenido tiempo de descansar cuando llegó la noticia de la toma de Madrid por Napoleón. Moore, al darse cuenta del peligro en que se hallaba, tomó la decisión de retirar su fuerza a Lisboa. Sin embargo, cuando supo que el cuerpo de Soult se encontraba solo al norte de Madrid, el general británico decidió lanzar un ataque rápido para obtener una victoria que sirviera para justificar, de cara a la opinión pública británica, aquella campaña.[113]

Napoleón no cabía en sí de gozo cuando le llegó la nueva del avance de la fuerza británica: por fin podría encontrarse con sus enemigos en *terra firma*.[114] Se dirigió entonces hacia allí con una parte de su ejército para intentar atrapar a los británicos entre su fuerza y la de Soult. Moore, de todos modos, había anticipado este movimiento y encaminó su contingente a la relativa seguridad de La Coruña, donde podría reunirse con Baird y contar con la Royal Navy para la evacuación. En un primer momento, Napoleón estuvo al mando de la persecución en persona y marchó a pie en cabeza de una columna en plena ventisca por la sierra de Guadarrama.[115] A pesar de sus ansias de entablar combate con los británicos, poco después del día de Año Nuevo de 1809 le llegaron noticias alarmantes de movimientos austriacos que presagiaban un nuevo conflicto bélico. Entregó el mando directo de

su ejército a Soult y partió hacia Francia; dejó órdenes de perseguir a los británicos hasta la costa y de destruir su contingente todo lo que fuera posible.

Moore, en su apresurada escapada hacia La Coruña, dejó atrás una retaguardia al mando del mayor general Edward Paget, que rechazó a la caballería francesa y destruyó puentes para retrasar el avance enemigo. De todos modos, la retirada británica no tardó en convertirse en un desastre en el que los soldados y las personas que acompañaban al ejército iban cayendo por el agotamiento y el frío. En total, de un contingente de 25 000 efectivos, la cifra de muertos durante la retirada llegó a 5000 y la de enfermos y heridos a 3000.[116] El 11 de enero, los soldados de Moore, andrajosos y víctimas de la congelación, llegaron a La Coruña, donde las temperaturas más cálidas y la disponibilidad de suministros los ayudaron a recuperarse. La amenaza, de todas formas, seguía siendo grave e inmediata. Igual que en Dunkerque en mayo de 1940, los británicos se hallaron atrapados en la costa, de espaldas al mar, mientras el enemigo formaba un arco a su alrededor. Cuando ya se temía por la supervivencia del cuerpo expedicionario, Moore recibió la noticia de la llegada de los ansiados buques de guerra y transportes de la Royal Navy, despachados a toda prisa desde Gran Bretaña para rescatar a las tropas. Mientras se efectuaba el embarque, los franceses atacaron La Coruña, ciudad que Moore defendió hábilmente hasta que fue herido de muerte por una bala de cañón gala que se le llevó el hombro izquierdo y la clavícula. A pesar de la muerte de su comandante, los británicos aguantaron y completaron la evacuación. Embarcaron todas sus tropas y cañones y destruyeron enormes cantidades de munición imposible de transportar.[117]

La batalla de La Coruña fue un éxito como operación de extracción de un ejército británico. En cualquier caso, no podía ocultarse que la expedición enviada a España para ayudar a expulsar a los franceses de la Península había acabado en una retira-

da humillante que se cobró millares de vidas. El *Times* londinense admitió:

> No se puede ocultar que hemos sufrido un desastre vergonzoso. Estuvo muy bien hablar del valor y la resistencia de las tropas, ¿pero de qué sirven estas virtudes por sí solas cuando se enfrentan al genio de Napoleón? 35 000 soldados entraron en España contra él; 8000 no regresaron. No fuimos dignos de nuestro gran pasado.[118]

Más traumáticas aún que las pérdidas físicas fueron las profundas fisuras que se abrieron en las relaciones anglo-españolas: ambas partes se acusaron mutuamente de no haber hecho suficiente, cuando no de clara traición y mala fe.[119]

Con todo, la decisión de Moore de retirarse a La Coruña y no a Portugal acabó por tener un beneficio inesperado. Distrajo la atención de los franceses y protegió la base británica en Lisboa, lo que permitió a Londres el envío de refuerzos, esta vez comandados de nuevo por Arthur Wellesley, y planificar la nueva etapa de la guerra. Napoleón, reclamado fuera de España por la expectativa de una nueva contienda con Austria (y por rumores de intrigas de Talleyrand y Fouché que apuntaban a una posible conspiración), no volvió nunca a la península ibérica.[120] Incluso después de su victoria en Wagram no mostró ninguna inclinación por volver a España a terminar lo que había empezado. Para consolidar la autoridad francesa en España, prefirió continuar dirigiendo a distancia a su hermano José y a varios comandantes, en especial a los mariscales André Masséna, Nicolas Soult, Michel Ney y Claude Perrin Victor. Los resultados de su breve campaña de otoño sesgaron su visión de la Guerra Peninsular. Durante los cinco años siguientes, subestimó repetidamente las dificultades que entrañaba la orografía de la Península, los problemas logísticos y la resistencia popular y con frecuencia dio a sus generales instrucciones que eran físicamente imposibles de cumplir. Hoy nos resulta fácil ver que, de haberse guiado por la prudencia, el emperador habría aprovechado las lecciones del primer año de lucha en España y habría modificado su estrategia en consecuen-

cia –es decir, habría devuelto el trono a Fernando y buscado un compromiso político que protegiese los intereses galos en la Península–. Napoleón prefirió atarse a la continuación de una guerra que consumía sus mejores tropas, debilitaba su control militar de Europa central y apuntalaba a sus enemigos por todo el continente.

Los acontecimientos de 1808-1809 tuvieron un impacto notable en el curso de la guerra en España. Después de la campaña de Napoleón, los franceses recobraron el control de la mayor parte del centro y el norte del país, pero continuaron enfrentándose a una fuerte oposición en muchas regiones. Partes de Cataluña, Andalucía y Extremadura se les resistían con dureza y la valiente defensa de las ciudades contribuyó a galvanizar aún más la resistencia española. El ejemplo más llamativo de este desafío llegó de la ciudad de Zaragoza, que tuvo un primer asedio infructuoso de junio a agosto de 1808. Los franceses volvieron en diciembre, cuando el mariscal Jean Lannes llevó ante las murallas de la ciudad a 44 000 soldados con más de 140 cañones. La guarnición española de 34 000 hombres, comandada por el general José Palafox y apoyada activamente por alrededor de 60 000 civiles, se negó a rendirse. El asedio consiguiente, que se alargó hasta el 20 de febrero, se convirtió en uno de los combates urbanos más terribles de la historia de Europa antes del siglo XX y supuso un cambio en la concepción de la guerra de sitio. Hombres, mujeres y niños armados con cuchillos, espadas, picas, mosquetes o piedras lucharon junto con los soldados españoles. Transformaron los edificios en fuertes y rechazaron los asaltos franceses a pesar de sufrir bajas espantosas. En último término, los franceses lograron tomar la ciudad, aunque para ello tuvieron que minar y destruir sistemáticamente una gran parte de esta y matar a alrededor de 54 000 españoles, dos tercios de ellos civiles.[121]

En Zaragoza, los franceses al menos se alzaron con la victoria; en extensas áreas del campo español no pudieron. La guerra de guerrillas, basada en la sorpresa y el choque, supuso un gran reto para los franceses, que se lamentaban de que «un ejército invisible se extendía por casi toda España, como una red de cuya malla no podría escapar el soldado francés que por un momento dejara su columna o su guarnición». Los guerrilleros, no uniformados y en apariencia desarmados, sorteaban con facilidad las patrullas o emboscaban a las tropas que eran enviadas contra ellos. La tarea de localizarlos era irrealizable: «[…] hombres atareados en los campos tomaban el arma escondida en la tierra si veían a un francés solitario, pero si un destacamento cruzaba el campo donde trabajaban, no eran más que pacíficos campesinos».[122]

Fue una guerra de una intensidad, de una falta de humanidad y de un ardor aterradores, como se refleja con una tremenda crudeza en la inolvidable serie de grabados goyescos titulada *Los desastres de la guerra*. Planteaba unas dificultades que Napoleón, a pesar de sus esfuerzos continuados, no pudo superar. Los franceses aplicaron la habitual mezcla de reformas, ocupación, colaboración y represión que les había funcionado en otros lugares, pero en España se enfrentaron a un adversario que estaba dispuesto a sufrir los costes terribles de la contienda «desangrando a Francia más de lo que Francia podía desangrar a España».[123] Las intrépidas guerrillas absorbían la mayor parte de la energía del Ejército francés, obligado constantemente a librar pequeñas refriegas y a emprender operaciones de búsqueda y castigo.[124] En diciembre, la Junta Suprema Central y Gubernativa trató de poner cierto orden en las guerrillas al autorizar la creación de partidas y cuadrillas de 100 voluntarios cada una, mandadas por un comandante y sujetas a la misma disciplina militar que el Ejército regular. Las partidas se consideraron parte del Ejército regular y estuvieron obligadas a obedecer las órdenes de los generales al mando de las unidades de aquel situadas en las áreas donde ellas

operaran.[125] El 17 de abril de 1809, en un decreto referido al que llamaba «corso terrestre», el Gobierno proclamó:

> Todos los habitantes de las Provincias ocupadas por las tropas francesas que se hallen en estado de armarse están autorizados para hacerlo, hasta con armas prohibidas, para asaltar y despojar […] a los soldados franceses, apoderarse de los víveres y efectos que se destinan a su subsistencia, y en suma para hacerles todo el mal y daño que sea posible […].

El artículo 13 ordenaba a las autoridades de las ciudades y villas proporcionar a los destacamentos irregulares toda la información posible de la fuerza y disposición del enemigo y entregarles las provisiones necesarias. En resumen, el decreto llamaba a una guerra total en la que las guerrillas representaban el papel del pueblo en armas.[126]

La naturaleza real del movimiento guerrillero se ha entendido mal durante mucho tiempo. El relato tradicional tendía a retratarlo como una insurrección española por «Dios, la patria y el rey». Estudios más recientes, en especial los del historiador británico Charles Esdaile, han revelado graves limitaciones en este enfoque. Han mostrado que la principal preocupación de muchos rebeldes no era la preservación de la monarquía de los Borbones (o de los Braganza), sino que más bien se trató de una lucha por la tierra, el pan y, en muchos casos, el deseo de venganza contra las clases propietarias. Las guerrillas atacaban a los convoyes franceses, interceptaban las comunicaciones galas y hostigaban las retaguardias del enemigo. Pero también protagonizaban acciones predatorias contra ciudades y pueblos y cometían habitualmente abusos para obtener comida y suministros de sus compatriotas. Tampoco tenían todos los jefes de la insurgencia iguales aspiraciones o una misma ideología. Lo cierto es que sus intereses eran variados y conflictivos, aunque sí compartían un deseo común de oponerse a la ocupación francesa.

Así pues, toda historia de la Guerra Peninsular debe tener en cuenta su gran complejidad: no es posible seguir identificando a la terrible guerrilla como una «guerra del pueblo». Las guerrillas

se caracterizaron por el regionalismo, la fluidez en las lealtades, el bandidaje y el descontento campesino, por no hablar de la deserción militar, la evasión de impuestos y la resistencia a la autoridad de la Junta o, más tarde, a las fuerzas anglo-españolas. De hecho, como defiende Esdaile con acierto, el estudio de la guerra de guerrillas española debe saber distinguir entre las pequeñas unidades de tropas regulares que adoptaron tácticas irregulares de estilo guerrillero y las partidas de civiles (a veces, prácticamente bandoleros), en las que abundaban individuos que habían escapado del alistamiento en el Ejército español o que habían desertado después de haber entrado a filas. Algunos miembros de las partidas estaban movidos por el patriotismo y el deseo de vengar los abusos (y atrocidades) cometidos por los franceses; otros, impulsados por puro oportunismo, depredaron a sus compatriotas tanto como a los franceses.[127]

Trazar esta distinción no minimiza el impacto que tuvieron las guerrillas en la contienda contra los franceses o en la posterior historia de España. Las guerrillas señalaron un nuevo periodo de politización: había que contar con el pueblo y ya no era posible menospreciarlo. El daño infligido por las guerrillas a los franceses fue inmenso: los efectivos de estos se vieron constantemente hostigados, sus intentos de requisa de suministros encontraban obstáculos a cada paso y los funcionarios del rey José que intentaban cumplir con las instrucciones eran asesinados o vivían en constante temor de serlo.[128] En julio de 1810, el embajador francés en Madrid se lamentaba acerca de las guerrillas:

> […] encogen la circunferencia de las ciudades ocupadas y reducen la autoridad real a un área muy limitada. Es un mal que requiere un tratamiento especial y que no será destruido hasta que sea atacado en todas partes por unidades creadas especialmente para este tipo de tarea.[129]

La guerra en España estuvo, sin duda, entre las peores experiencias vividas por los soldados franceses durante la época napoleónica. Estos eran muy conscientes de ello y expresaron sus frustraciones en numerosas cartas enviadas a casa, diarios y, más

tarde, en memorias. Había un dicho habitual entre los soldados que encontramos reproducido en muchos textos: «La guerra en España [...] muerte para los soldados, ruina para los oficiales, fortuna para los generales».[130]

Los ejércitos españoles, aunque sobrevivieron a la acometida de Napoleón en 1808, habían sufrido pérdidas tan graves que no les resultó fácil reclutar y equipar nuevos contingentes. La resistencia popular al alistamiento forzoso era mayor que nunca y ni siquiera los generosos suministros británicos de armas y uniformes podían reemplazar a los recursos humanos que se necesitaban. El estallido de revoluciones en América Latina emasculó todavía más el esfuerzo bélico español. De todos modos, la decisión británica de mantener una reducida fuerza en Portugal (alrededor de 9000 hombres al mando de *sir* John Cradock) resultó vital. La presencia británica, aunque confinada a la región de Lisboa, reafirmaba el compromiso de los británicos con la lucha en la península ibérica y que tanto la resistencia portuguesa como la española iban a poder recibir la ayuda que necesitaban con apremio. En febrero de 1809, le fue asignada al general William Carr Beresford la misión de reconstruir el Ejército portugués con la ayuda de un pequeño cuadro de oficiales británicos y abundantes dineros y armas. Tal vez fue más determinante que, en abril, *sir* Arthur Wellesley, el héroe de la primera invasión británica de Portugal, fuera nombrado comandante de las fuerzas británicas en ese país. Wellesley, contrario a la tesis de Moore según la cual Portugal era indefendible, afirmó que, si se le entregaban de 20 000 a 30 000 hombres y se le otorgaba autoridad sobre las fuerzas locales, podría establecer una cabeza de puente británica en la Península y rechazar cualquier invasión francesa.[131] Wellesley desembarcó en Lisboa en abril de 1809 y no tardó en enfrentarse a los galos.

Napoleón, antes de salir de España, había trazado las líneas generales de un plan de actuación para sus mariscales. Mientras que

Ney debía permanecer en Galicia, Soult tenía que marchar con su cuerpo desde La Coruña a Portugal, tomar Oporto y luego Lisboa. Soult avanzó según lo ordenado con alrededor de 23 000 hombres, se impuso a la desorganizada resistencia lusa y se abrió camino hasta Oporto a finales de marzo. En aquel punto se agotó la iniciativa del mariscal. Su cuerpo de ejército estaba exhausto y con apenas fuerzas para soportar ulteriores operaciones ofensivas sin recibir antes refuerzos, aunque estos no se esperaban. Tal era la situación en el momento en que Wellesley desembarcó en Portugal.

Wellesley, nacido en una familia aristocrática angloirlandesa, ganó celebridad por vez primera como vencedor de varias batallas importantes en la India, donde sirvió a las órdenes de su hermano, Richard Wellesley. Después de adquirir en aquel proceso una abundante y muy útil experiencia, en especial en las cuestiones relativas a la logística y las alianzas diplomáticas, en 1805 regresó a Gran Bretaña y recibió el mando de un ejército. Célebre por la dureza de su semblante y su temperamento sarcástico –era frecuente que empujara a hombres adultos a las lágrimas–, Wellesley era, como Napoleón, un hombre de contrastes: de gustos personales modestos, pero con vigorosos apetitos sexuales; poseedor de una mente aguda, pero también un intelectual arrogante; con un pronunciado sentido del deber, pero con tendencia a actuar de forma injusta y a desplazar sobre otros la responsabilidad de los errores. Su figura era reconocible al instante por su nariz aguileña y por una risa peculiar, que algunos comparaban con la tos de un caballo. Los caricaturistas posteriores lo convirtieron, por estos rasgos, en una figura cómica, pero para sus soldados era «Old Nosey» [Viejo Narigudo], un comandante notorio por el énfasis que ponía en aplicar la disciplina más severa, aunque, a la vez, inspiraba una confianza ciega por su infalible capacidad de ganar batallas sin un coste excesivo en vidas para sus soldados.[132]

De vuelta en Portugal, Wellesley aprehendió la situación sin tardanza: el cuerpo de Soult estaba aislado y era vulnerable. El comandante británico se puso en marcha con unos 16 000 soldados hacia el río Duero y después de cruzarlo por sorpresa en pleno día, ante las narices de las patrullas francesas, el 12 de mayo obtuvo una victoria decisiva sobre Soult en la segunda batalla de Oporto. La batalla puso fin a la segunda invasión francesa de Portugal. Soult no tuvo más remedio que retirarse a España; perdió 5000 hombres y gran parte de la artillería y el bagaje. En solo cuatro semanas desde su desembarco en Lisboa, Wellesley había expulsado al Ejército francés de Portugal y había establecido una firme presencia británica en la región. El éxito sirvió también para alentar la resistencia española en la vecina región de Galicia, donde los franceses se enfrentaban al ejército de La Romana y a guerrillas locales. Hay que reconocer también el mérito de Soult y de Ney, que lograron encontrarse en Lugo y reagrupar sus unidades en el plazo de unas pocas semanas para volver a plantar cara.

Wellesley, que no esperaba una recuperación tan rápida de los franceses, había confiado en aprovechar la guerra de Francia con Austria para entrar en España. Inmovilizados Soult y Ney en el noroeste de España, los británicos cruzaron la frontera y se reunieron con los cerca de 30 000 soldados del general Gregorio García de la Cuesta y Fernández de Celis. Sin embargo, antes de que la fuerza conjunta anglo-española comandada por Wellesley pudiera decidir cuál sería su siguiente paso, el mariscal francés Claude Victor avanzó contra ella. El 27 de julio, en Talavera, una pequeña villa a unos 100 kilómetros al sudoeste de Madrid, Wellesley chocó con los aproximadamente 46 000 franceses que Victor había reunido con las últimas reservas de Madrid. Siguieron dos días de sangrienta batalla. Los galos lanzaron el primer ataque, dirigido contra la derecha española y la izquierda británica, pero fueron incapaces de progresar. Al amanecer del 28, los

franceses reanudaron los asaltos contra las posiciones británicas, pero fueron repelidos con elevdas pérdidas y la lucha devino en un intenso duelo artillero durante la tarde. Los galos, ante la imposibilidad de penetrar la línea enemiga en ningún punto, optaron por abandonar el campo de batalla donde habían acumulado más de 7000 bajas.[133]

Talavera fue una victoria británica, pero a costa de un precio demasiado alto. Los británicos habían perdido un cuarto de sus efectivos (más de 6000 hombres) en los dos días de combate. Wellesley, que recibió el título de vizconde de Wellington por esta batalla, comprendió la naturaleza pírrica de su éxito y, ante la amenaza de Soult a sus líneas de comunicaciones, no tuvo otra opción que retirarse a toda prisa a Portugal. Las experiencias de Wellington durante la batalla de Talavera le determinaron a dejar de buscar la cooperación con los españoles: decidió ignorar los asuntos de estos y concentrarse en un punto esencial de su nuevo plan, la seguridad de Lisboa. Preveía una invasión francesa y confiaba en hacerse lo bastante fuerte en Lisboa y que los galos se agotaran al intentar penetrar sus defensas. Unas pocas semanas después de volver de España, ordenó la construcción de un enorme sistema de obras defensivas que cruzaba toda la península lisboeta: las Líneas de Torres Vedras. Los militares y civiles portugueses, en lo que constituyó la gesta de ingeniería más importante de toda la Era Napoleónica, construyeron tres formidables líneas de fuertes, blocaos, reductos y revellines con posiciones de artillería fortificadas que se apoyaban unos a otros.

Las líneas eran un reflejo del exhaustivo planteamiento de defensa de Portugal de Wellington. En caso de invasión francesa, Wellington deseaba que la ruta de esta fuera objeto de una devastación total deliberada –evacuación de los habitantes, abandono de los pueblos, desplazamiento o eliminación de los suministros, sacrificio o traslado del ganado–. El enemigo se vería en una tierra esquilmada a propósito, en la que le resultaría muy di-

fícil obtener suministros y sería hostigado por las tropas irregulares de defensa (la *ordenança*). El propio Ejército británico, junto con el grueso de la población civil evacuada (se acabó reubicando a unas 200 000 personas), aguantaría la invasión al otro lado de las Líneas de Torres Vedras. Una vez se hubieran debilitado bastante los efectivos galos, Wellington planeaba entrar en batalla con ellas. Para esto esperaba contar con el Ejército portugués, que había sido completamente reconstruido bajo la dirección de *sir* William Beresford.[134]

El concurso de la Royal Navy era clave para el éxito de esta gran estrategia. Aunque no fuera evidente de forma inmediata, el control del mar equivalía a la victoria gracias a la importancia crucial del apoyo logístico naval. Debido a la acumulación tras las Líneas de Torres Vedras de un contingente de unos 40 000 soldados británicos y alemanes, 26 000 tropas regulares portuguesas y 45 000 milicianos y miembros de la *ordenança* local sin entrenamiento militar, además de numerosos refugiados civiles, la llegada de flujo ininterrumpido de suministros adquirió una importancia máxima. De esta tarea se encargó el escuadrón de 11 navíos de línea, 3 fragatas y otros 8 barcos de guerra del almirante George Berkeley, junto con casi 300 transportes. Ellos permitieron el transporte de refuerzos y recursos desde Gran Bretaña y el norte de África.[135] Tal empeño logístico tuvo tanto éxito que, en teoría, el ejército anglo-portugués de Wellington podría haber resistido por tiempo indefinido. Además, el poder marítimo británico proporcionaba una ruta de escape en caso de que el dispositivo de Wellington sufriera un fallo catastrófico, aliviaba los temores y hacía posible todo el plan.[136] El propio Wellington admitió en privado: «Si alguien desea conocer la historia de esta guerra, le diré que es nuestra superioridad marítima [la que] me da el poder de sustentar a mi ejército mientras que el enemigo es incapaz de hacerlo».[137]

Los gigantescos preparativos de Wellington no tardaron en verse justificados. Una vez derrotada Austria en el verano de 1809, Napoleón dirigió un torrente de refuerzos a la península ibérica y ordenó a sus mariscales emprender operaciones ofensivas para restablecer la autoridad francesa. Durante los meses siguientes, los franceses recuperaron la iniciativa y lanzaron una enorme ofensiva que arrolló Sevilla, Granada, Córdoba, Málaga y Jaén, seguida de éxitos en Oviedo, Astorga, Ciudad Rodrigo, Lérida, Tolosa, Badajoz y Tarragona. En Aragón, Suchet ya había derrotado a las fuerzas españolas del general Blake en María y en Belchite, entre el 15 y el 18 de junio de 1809, y ahora procedió a consolidar su autoridad por la llanura aragonesa. En un primer momento adoptó una actitud más conciliadora hacia la población y, consciente de las diferencias culturales entre los franceses y los aragoneses, trató de minimizar los trastornos que las tropas causaban a la población local. En 1809-1810, Suchet fue, tal vez, el más exitoso de los comandantes franceses en las operaciones contra la guerrilla, en las que demostró una aguda comprensión de las dinámicas sociales y supo apoyarse en las élites locales y en el fuerte regionalismo aragonés.[138] En Cataluña, Saint-Cyr se enfrentó a un reto mucho mayor: durante seis meses trató, en vano, de tomar la fortaleza de Gerona, defendida por el ingenioso general Mariano Álvarez. Aunque la ciudad cayó finalmente el 10 de diciembre de 1809, había costado alrededor de 14 000 bajas francesas; fue una de las acciones más brillantes de los españoles en toda la Guerra de la Independencia.[139] En Castilla, la decisión de la Junta Suprema Central y Gubernativa de iniciar operaciones ofensivas en otoño de 1809 llevó a resultados calamitosos. Los españoles sufrieron derrotas aplastantes en Ocaña (19 de noviembre) y Alba de Tormes (26 de noviembre); la victoria francesa en Ocaña tuvo una repercusión especial porque destruyó la única fuerza capaz de defender el sur de España, que fue arrollado por los galos durante el invierno.

Estos éxitos marcaron el punto álgido de las operaciones francesas en la Guerra Peninsular: buena parte de la península ibérica estuvo entonces bajo control francés. La administración de las juntas españolas se vio constreñido a la ciudad isleña de Cádiz –donde la Junta Central Suprema y Gubernativa estaba asediada por los franceses–, partes de Galicia y Levante.[140] Las guerrillas españolas, aunque todavía eficaces en el hostigamiento del enemigo, se hallaban bajo una presión cada vez mayor.

Al llegar el verano de 1810, Napoleón ya estaba preparando la tercera invasión de Portugal, con la que esperaba destruir al Ejército británico. Muchos observadores, en Francia y también en Gran Bretaña, pensaban que se acercaba el fin de la resistencia organizada en la península ibérica. Gran Bretaña, que tuvo que recurrir a pagar en especie a sus propias tropas y además debía proporcionar subsidios a los aliados ibéricos, padecía los problemas económicos derivados del Sistema Continental y del empeoramiento de las relaciones con Estados Unidos. Algunos miembros del Gobierno británico dudaban si la implicación en la península ibérica merecía el coste que conllevaba. Las relaciones entre España y Gran Bretaña seguían tensas. Los españoles manifestaban un profundo recelo en cuanto a los motivos y los objetivos británicos en la guerra y se oponían a la penetración comercial británica en sus posesiones de ultramar. Estas tensiones socavaban la cooperación militar entre las unidades británicas y españolas. Wellington expresaba con frecuencia frustración en relación con sus colegas españoles.[141]

Hubo una interrupción de seis meses en las operaciones ofensivas francesas, entre la conquista de Andalucía y el inicio de la tercera invasión de Portugal, durante la que Napoleón introdujo casi 100 000 hombres adicionales por los Pirineos para consolidar su autoridad en España. Al llegar el verano de 1810, el número de efectivos imperiales en la Península pasaba de 350 000, la cifra más alta hasta entonces.[142] Napoleón nombró coman-

dante del Ejército de Portugal al mariscal André Masséna. Era uno de los generales franceses de más talento y es probable que estuviera más capacitado para dirigir una campaña de aquella importancia que cualquier otro de los mariscales. Napoleón le prometió 100 000 hombres. Con ellos, Masséna debía acabar con los británicos y tomar Lisboa. Esta promesa no se llegó a materializar nunca. El mariscal francés solo recibió 65 000 soldados y padeció constantes problemas logísticos desde que emprendió la invasión de Portugal. Hizo todo lo que estuvo en su mano por alcanzar el éxito, pero si tenemos en cuenta los limitados recursos de que disponía y la dimensión de los obstáculos que se le oponían, está claro que su misión era muy complicada, tal vez imposible.[143]

Masséna, retrasado por el asedio de la fortaleza de Ciudad Rodrigo (de abril a julio), no entró hasta finales de agosto en Portugal, donde primero puso sitio a Almeida, la fortaleza que protegía el nordeste del país. Wellington esperaba que esta, defendida por una nutrida y bien abastecida guarnición, presentara una tenaz resistencia a los franceses, pero a solo tres días de iniciado el asedio un proyectil francés explosionó en el polvorín principal y causó una destrucción tan terrible que los británicos tuvieron que rendirse al día siguiente. Tras dos semanas de reagrupamiento, Masséna reanudó el avance, pero sufrió una derrota en Busaco el 27 de septiembre, donde Wellington defendió una elevación que dominaba el campo de batalla con alrededor de 25 000 efectivos británicos y un contingente similar de las recién formadas unidades portuguesas, cuyo destacado papel en la consecución de la victoria sirvió de gran estímulo para la moral de estas tropas bisoñas.[144] De todos modos, el mariscal francés no tardó en hallar una ruta que circundaba el frente de Wellington, lo que obligó al ejército anglo-portugués a retroceder presto a las posiciones preparadas de las Líneas de Torres Vedras.

A medida que se internaban en Portugal, los franceses se sorprendieron al encontrar el país despojado de víveres y habitantes, a la vez que las fuerzas irregulares portuguesas les cerraban la retaguardia. A mediados de octubre, las avanzadillas galas llegaban a 30 kilómetros de Lisboa cuando se toparon con la imponente visión de las líneas fortificadas que cruzaban el paisaje portugués. Un vistazo fue bastante para que Masséna comprendiera la dimensión del reto al que se enfrentaba. En su reporte al emperador, concluyó que si atacaba aquellas líneas formidables pondría en peligro la suerte de su ejército.[145]

Durante cuatro meses, en los que ningún bando deseó arriesgarse a atacar por miedo a comprometer la posición, Masséna hizo todo lo posible para garantizar la supervivencia de su ejército. Los británicos y sus aliados «podían tener todo lo que deseaban de Londres, gratuitamente y con gran certidumbre —se lamentaba un oficial francés, Jean-Jacques Pelet—, mientras que nosotros necesitábamos más de mes un medio para obtener una sencilla respuesta de París, si es que lograba llegar».[146] Wellington, sorprendido por el aguante del Ejército francés en las condiciones cuasidesérticas de Portugal, reconoció más tarde:

> […] es sorprendente que el enemigo haya sido capaz de permanecer en este país tanto tiempo; y es un ejemplo extraordinario de lo que es capaz un ejército francés […]. Con todo nuestro dinero y gozando de la buena voluntad del país, le aseguro que yo no habría sido capaz de mantener a una división en el distrito en que ellos han mantenido a no menos de 60 000 hombres y 20 000 animales durante más de dos meses.[147]

A mediados de noviembre, carente de equipo de asedio y con su contingente superado en número, hambriento y descontento, Masséna, perfectamente consciente de la solidez de las líneas que le cortaban el paso, tomó la decisión de retirarse a Santarém, localidad a unos 60 kilómetros de distancia curso arriba del Tajo.[148] Allí permaneció otros cuatro meses, hasta que se convenció de que su posición en Portugal era ya insostenible y regresó a España en marzo de 1811. Esto señaló el punto final de aquella

campaña francesa y el crepúsculo de la gloriosa carrera del mariscal. «Masséna se ha hecho viejo», se lamentaba Napoleón cuando lo reemplazó por el joven y ambicioso mariscal Auguste Marmont.

La campaña de Torres Vedras marcó un punto de inflexión en la Guerra Peninsular. Los británicos habían conseguido una gran victoria a cambio de pérdidas mínimas, pero Wellington fue blanco de abundantes críticas. La opinión pública británica no estaba contenta con el carácter metódico, fabiano, de la estrategia de Wellington, una estrategia que no producía batallas ni victorias decisivas. En noviembre de 1810, Grenville se quejaba de la táctica de Wellington por «desesperada y perversa; pone en riesgo nuestra salvaguarda. El fracaso puede llevarnos a la ruina, [mientras que] el mayor de los éxitos no sirve para [...] garantizarnos la más mínima ventaja duradera».[149] Esta suerte de críticas hería a Wellington, que se quejaba acaloradamente de la dirección de la guerra por parte del Gobierno y por no apoyarlo con firmeza.[150] Los portugueses censuraron lo que interpretaban como disposición de los británicos a sacrificar Portugal, su gente y sus recursos. El aparente éxito francés por la profundidad de su progreso en Portugal despertó en los portugueses el temor de que los británicos embarcaran en la flota que los aguardaba, alzaran velas y los dejaran solos ante la cruda realidad. En cualquier caso, la estrategia de Wellington, a pesar de lo destructiva que resultó para el campo portugués, también fue pragmática, perspicaz y, lo más importante, exitosa. Señaló el inicio de una nueva fase de la guerra. A los franceses les fue imposible montar otra invasión de Portugal y los británicos aprovecharon el éxito para contraatacar y entrar en España. Similar importancia tuvo el hecho de que la alianza anglo-portuguesa sobreviviera a esta dura prueba. Mientras los franceses avanzaban imparables por el territorio portugués, no surgió en Lisboa ningún grupo profrancés y los portugueses se mantuvieron decididos a so-

portar la pesada carga de la guerra y a apoyar al Ejército británico.[151]

Wellington no tardó en descubrir que custodiar las Líneas de Torres Vedras era una cosa e invadir España otra muy distinta. Las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, controladas por los franceses, impedían el progreso británico y ayudaron a sentar las bases de las principales contraofensivas galas, aunque ninguna de ellas se viera coronada por la victoria. El 16 de mayo de 1811, la pequeña población de Albuera, en el sur de España, se convirtió en escenario de una de las batallas más sangrientas de las Guerras Napoleónicas. Una fuerza combinada española, británica y portuguesa a las órdenes de Beresford se interpuso en la marcha del mariscal Soult, que intentaba llegar a Badajoz. En apenas cuatro horas de lucha, Beresford logró conservar la posición, pero perdió 5 estandartes y unos 6000 efectivos. El contingente británico perdió el 40 por ciento de sus hombres y una de sus brigadas quedó destruida por completo por una carga de caballería francesa.[152] Albuera fue, junto con la anterior batalla de Fuentes de Oñoro (3-5 de mayo), una victoria táctica británica, aunque no sirvió para alterar la situación estratégica en la península ibérica. Los franceses continuaron ejerciendo su autoridad en la mayor parte de España, mientras que los británicos seguían sin tener más que una influencia marginal fuera de Portugal. La campaña, en muchos aspectos, fue un reflejo de la evolución de la naturaleza de la misión de Wellington en la Península. Durante los tres primeros años se dedicó a la defensa de Portugal y su fuerza, en especial la caballería, tenía las dimensiones adecuadas para combatir en el agreste paisaje luso. Después, el debilitamiento de las posiciones francesas en España le permitió acometer planes más audaces y ambiciosos. Aun así, las batallas y asedios del otoño de 1810 y la primavera de 1811 le costaron elevadas pérdidas y le disuadieron de emprender una nueva invasión hasta que contara con los refuerzos de caballería

que necesitaba para el terreno español, más abierto, y con un tren de asedio en condiciones.

Wellington, con el apoyo de la Royal Navy, se afanó en remediar tales carencias. En el otoño de 1811 recibió un potente tren de asedio que le iba a permitir atacar el otro lado de la frontera y tomar con rapidez las fortalezas de Ciudad Rodrigo (el 20 de enero de 1812) y Badajoz (el 7 de abril), lo que abría las rutas de entrada a España. La llegada de cinco regimientos de caballería reforzó aún más las expectativas de un avance en profundidad. Con todo, la determinación de Napoleón de invadir Rusia en junio de 1812 resultó también decisiva para el cambio de la situación estratégica en la Península. Este colosal conflicto acabó con la llegada constante de hombres y recursos a España, de modo que los espectaculares progresos logrados por Wellington durante la primera mitad del año ganaron una repercusión aún mayor. La atribulada Armée d'Espagne fue drenada de decenas de miles de soldados que fueron llamados para la campaña de Rusia. Mientras tanto, los 54 000 hombres del Ejército del Mediodía de Soult desplegados en Andalucía continuaban inmovilizados por el asedio de Cádiz y el Ejército del Norte tenía que ocuparse de cazar a las guerrillas en Navarra. El mariscal Suchet disponía de efectivos considerables (alrededor de 60 000) en Cataluña y Aragón, pero rara vez mostró interés en apoyar a los demás mariscales.

El problema más inmediato para Wellington era el Ejército de Portugal del mariscal Auguste Marmont, de unos 52 000 hombres. El comandante británico decidió, cuando acababa ya la primavera de 1812, lanzar otra ofensiva en España. Al enfrentarse a Marmont, Wellington confiaba en alcanzar dos objetivos simultáneos: derrotar a una notable fuerza enemiga amenazando las comunicaciones principales de los franceses y obligar a Soult a que levantara el asedio de Cádiz y se retirara del sur del país por el peligro de quedar aislado. Wellington, después de emplear el

mes de mayo en reunir suficientes alimentos, munición y forraje, lanzó su campaña con casi 50 000 soldados y 54 cañones. El grueso de las unidades era británico, pero también había tropas portuguesas, cada vez más eficaces, que ya habían demostrado su valía en Busaco y que estaban totalmente integradas en las fuerzas británicas. Además, el contingente de Wellington también incluía una división española y regimientos de la célebre Legión Alemana del Rey.

El ejército aliado inició el avance desde Ciudad Rodrigo el 13 de junio y, cuatro días más tarde, las tropas entraban en la ciudad de Salamanca sin hallar resistencia, donde pusieron sitio a las reducidas guarniciones que Marmont había dejado en los fuertes vecinos.[153] Durante las semanas siguientes, ambos ejércitos se vigilaron de cerca y maniobraron con cautela. Ningún bando deseaba atacar. De hecho, en un momento dado, llegaron a moverse en paralelo, cada uno en una orilla del río Guarena, mientras la música marcial de las bandas sonaba estridente para acompañar la marcha.

A finales de julio, pese al tiempo tormentoso, ambos ejércitos continuaron el avance a través del paisaje ondulado hasta que acabaron por desplegarse en la orilla sur del Tormes, no lejos de Salamanca. Allí, el 22 de julio de 1812, Wellington sorprendió a Marmont con una serie de maniobras de flanco en orden oblicuo que acabaron con la puesta en fuga del ala izquierda gala. Después de que varios oficiales principales franceses resultaran heridos, entre ellos Marmont, la confusión se apoderó del mando galo y se creó una oportunidad que Wellington explotó con éxito. En solo unas pocas horas de lucha, los británicos machacaron las posiciones francesas y obtuvieron una victoria decisiva.[154] Seis días después de la batalla, el general Maximilien-Sebastien Foy escribió en su diario que la batalla de Salamanca fue la de ejecución más brillante, la de mayor escala y la más importante en resultados de las libradas en tiempos recientes por los británi-

cos. «Eleva –observó– la reputación de lord Wellington casi al nivel de la de Marlborough. Sabíamos de su prudencia, su buen ojo para elegir buenas posiciones y la habilidad con que se sirve de ellas, pero en Salamanca ha demostrado ser un gran y hábil maestro de la maniobra».[155] Salamanca, pues, derribó la opinión de que Wellington era solo un comandante de mentalidad defensiva y en exceso cauto. Lo consagró como héroe militar británico y como uno de los grandes comandantes de Europa. Fue, sin suda, la batalla más brillante de las libradas por Wellington. Por su planteamiento y la habilidad en la ejecución, es comparable a la gran victoria de Napoleón en Austerlitz. Esta «paliza a cuarenta mil hombres en cuarenta minutos», en palabras de un oficial galo, conmocionó a los franceses, que no solo se vieron obligados a levantar el asedio de Cádiz y abandonar toda la región andaluza, sino también a evacuar la capital del reino, una decisión que dañó de forma irremediable al Gobierno de José.[156]

A pesar del triunfo en Salamanca, Wellington se encontraba en una posición precaria, entre el Ejército del Mediodía de Soult, que se aproximaba desde Andalucía; el Ejército de Aragón de Suchet, en Cataluña; y el Ejército del Centro del rey José, en Toledo. Incluso el machacado Ejército de Portugal se mostraba activo, mandado por el general Bertrand Clausel, que había reagrupado y reequipado a sus tropas con notable velocidad. El fracaso de las operaciones del sitio de Burgos (magistralmente defendido por el general Jean-Louis Dubreton) en septiembre y octubre se vio acompañado por una súbita contraofensiva de las, supuestamente, batidas unidades francesas. Estas circunstancias obligaron a Wellington a ordenar la retirada a Portugal por miedo a ser aplastado. En noviembre, los británicos ya habían abandonado Madrid ante el contraataque de las fuerzas galas al mando del rey José y se retiraban hacia el oeste.[157]

De este modo, la gloria que Wellington había ganado en julio se eclipsó en la nieve y la lluvia del invierno ibérico y se desva-

neció con sus subsiguientes reveses y la retirada a Portugal. Wellington despertó amargas quejas en los periódicos británicos y críticas en el Parlamento. El estado del Ejército británico era deplorable: en la lista de enfermos había más de 15 000 hombres y durante la retirada se había perdido una gran cantidad de equipo. La situación de los efectivos portugueses y españoles era algo mejor, aunque entre los españoles crecía la animosidad hacia el comandante en jefe británico. De todos modos, la campaña de 1812 fue positiva, en términos generales, para los aliados. La victoria de Salamanca y la liberación (aunque temporal) de Madrid dispararon la moral y ayudaron a expulsar a los galos de gran parte del sur de España. Las guerrillas españolas se enseñoreaban de nuevo por extensas áreas de la Península, lo que coartaba las operaciones francesas.

En cualquier caso, el destino del imperio napoleónico no se decidió en las onduladas colinas de España, aunque el propio Napoleón escribiera más tarde que «fue la úlcera española» lo que lo destruyó. En realidad, los acontecimientos de España, pese a su importancia, no pusieron en peligro la supervivencia del Imperio francés. Napoleón continuaba dominando el resto del continente. El futuro de Europa se decidió en los campos nevados de Rusia y en las verdes llanuras de Alemania, donde la incapacidad de Napoleón de lograr una victoria decisiva e imponer su voluntad a los jefes de la coalición tuvieron, como veremos más adelante, profundas repercusiones. Uno no puede evitar preguntarse qué habría sucedido si, en lugar de acometer la invasión de Rusia, Napoleón hubiera optado por volver a España en 1812 y, empleando los inmensos recursos de todo el continente (como hizo en Rusia), se hubiera enfrentado a los problemas de la península ibérica antes de ocuparse del adversario ruso.

El año 1812, además de relevancia militar, dejó un profundo legado político: fue el año en que las Cortes españolas colocaron la piedra angular de la tradición liberal española. Las Cortes sucedieron a la Junta Suprema Central y Gubernativa que había dirigido la resistencia española a Napoleón durante dos años, pero que, al final, se vio obligada a convocar una asamblea para legitimar la situación creada por la continuada ausencia de la monarquía borbónica. En 1810, protegidas por buques británicos y asediadas por las tropas francesas en la isla de León, en Cádiz, las Cortes iniciaron las sesiones con diputados llegados de todo el mundo hispánico.[158] Fue el primer cuerpo parlamentario que reunió representantes de la metrópolis y de las colonias. Entre el rugir de los cañonazos, los diputados se embarcaron en vociferantes debates acerca de la naturaleza del gobierno, la ciudadanía y la representación que desembocaron en la adopción de una nueva constitución.

Tres grupos principales dieron forma a las actuaciones de las Cortes. En el primero estaban los liberales que, influidos por la Revolución francesa, abrazaban muchos de sus ideales, deseaban ir más allá del apoyo a la guerra contra Francia y buscaban redactar una constitución que introdujera cambios profundos en el Estado y la sociedad. Se les oponían los realistas, que se mantenían fieles a la autoridad borbónica, pensaban que la soberanía debía ser compartida entre el rey y la nación y estaban a favor de reformas moderadas, como por ejemplo un gobierno constitucional que estuviera enraizado en la historia y la tradición españolas y que no pusiera en peligro las «antiguas leyes fundamentales». El tercer grupo, los «americanos», lo formaban diputados de las colonias americanas que promovían cuestiones relativas a los territorios de ultramar. Sus ideas reflejaban una mezcla de reformismo borbónico tradicional, ideales ilustrados y principios de los primeros años de la Revolución francesa. Abogaban por la introducción del sufragio universal masculino y por una repre-

sentación proporcional que habría beneficiado a las poblaciones de las colonias.[159]

Los liberales dominaron la redacción de la Constitución a lo largo de todo el proceso e insistieron en un gobierno centralizado, una administración civil eficiente, la igualdad ante la ley, los derechos de propiedad y una amplia gama de reformas socioeconómicas que recordaban a las reformas introducidas por Napoleón en Francia hacía menos de una década. Los 384 artículos de la nueva Constitución, ultimados en marzo de 1812, eran reflejo de una subyacente triada liberal: «[…] libertad, propiedad y todos los demás derechos legítimos».[160] La Constitución estaba fuertemente enraizada en los principios de la Ilustración y también en conceptos derivados de las revoluciones estadounidense y francesa. Para honda mortificación de los realistas, el artículo 3 declaraba de forma explícita que «la soberanía reside esencialmente en la nación» y que el pueblo tiene derechos exclusivos para «establecer sus leyes fundamentales». La cuestión del equilibrio constitucional se convirtió en otro punto de desacuerdo crucial entre liberales y realistas: los primeros impusieron al final su preferencia por un poder legislativo fuerte.

Así pues, la Constitución daba a España una monarquía con un poder estrictamente limitado y un Parlamento unicameral donde no había representación especial de la Iglesia ni de la nobleza. Aunque los diputados hicieron lo posible por distanciarse de cualquier sospecha de préstamo del legado revolucionario galo, el documento final reflejaba con claridad los ideales revolucionarios de la Constitución francesa de 1791, ya que consagraba la libertad civil (art. 4), la propiedad (arts. 4, 170.2, 294 y 304), la libertad personal (art. 172.11), la libertad de prensa (arts. 131.24 y 371), la igualdad fiscal (art. 339), la inviolabilidad del hogar (art. 306), el derecho a un juicio público (art. 302), el *habeas corpus* (arts. 291 y siguientes), etc.[161] Los liberales de Cádiz, al abordar la compleja cuestión de qué hacer con unas colonias

que ya estaban al borde del estallido político, trataron de resolver el asunto convirtiéndolas en una parte constitucional de la España metropolitana y concediendo a los colonos –excepto los de origen africano (igual esclavos que libres), pero incluyendo a los indios y mestizos– la igualdad en lo relativo a la representación política y la fiscalidad.[162]

La Constitución de 1812 fue el gran éxito del liberalismo español y significó una ruptura con el Antiguo Régimen en muchos aspectos. No obstante, también fue un claro ejemplo del impacto global de las Guerras Napoleónicas. Los diputados de las Cortes eran mucho más liberales que el conjunto de la población española y el documento que aprobaron era mucho más liberal de lo que habría sido posible si no hubieran concurrido las circunstancias extraordinarias creadas por la guerra. Como plano para la gobernación de un imperio heterogéneo, la Constitución de 1812 llegó a convertirse en el «códice sagrado» del liberalismo latino, la primera Constitución que se aplicó en varios continentes, desde Florida a Nueva España y desde Perú a las Filipinas. Parecía ofrecer una «alternativa viable ante la continuación de un gobierno imperial ejercido desde una metrópolis desconectada y también ante las aspiraciones separatistas que emergieron a principios del siglo XIX por los distintos territorios de la América española».[163]

La disputa en aumento entre realistas y liberales impidió que la Constitución se aplicara por completo en las colonias –en realidad, apenas tuvo impacto en algunas áreas como Perú–, aunque su repercusión fue enorme en la formación de una generación de líderes políticos en Latinoamérica y en Europa.[164] Los elevados ideales liberales de la Constitución escandalizaron a los elementos más conservadores y tradicionales de la sociedad y del Ejército, que tan solo dos años después se unieron al recién restaurado rey Fernando en su censura de la Constitución por reflejar in-

fluencias francesas pensadas para minar la monarquía y la tradición españolas.

CAPÍTULO 13 | El Gran Imperio, 1807-1812

La aclamada historia de Thomas Nipperday acerca de la Alemania del siglo XIX se abre con la frase: «En el principio estaba Napoleón».[1] La idea va al mismo núcleo de la cuestión de cuál es el lugar que ocupa Napoleón en la historia europea. Sus victorias fueron espectaculares e incluso inspiradoras, pero sus consecuencias fueron mucho más allá del éxito militar. Después de Austerlitz, Jena y Friedland, Napoleón empezó a hablar abiertamente del gran imperio que confiaba construir en Europa para reemplazar al ya difunto Sacro Imperio Romano Germánico. Su imperio supuso un episodio decisivo en la historia de la construcción de los Estados europeos: las victorias militares de Napoleón estuvieron seguidas de un esfuerzo de transformación, para bien o para mal, de los gobiernos y las sociedades europeas. El historiador francés Louis Bergeron advirtió: «Paradójicamente, Napoleón estaba a la vez por delante y por detrás de su tiempo, fue el último de los déspotas ilustrados y un profeta del Estado moderno».[2]

Para Europa, el régimen napoleónico supuso una novedosa perspectiva del mundo moderno y también la acción de una potencia que drenaba sus recursos materiales y financieros. Según escribió un historiador alemán, en una valoración que puede aplicarse a otras partes de Europa, «su influencia en la historia del pueblo alemán, sus vidas y experiencias, fue abrumadora en un

momento en que se estaban asentando las bases fundacionales del Estado alemán moderno. El destino de una nación lo definen sus políticas, y esas políticas eran las de Napoleón –políticas de la guerra y la conquista, de la explotación y la represión, del imperialismo y la reforma–».[3]

La incógnita clave persiste: ¿a qué propósitos obedecía el imperio de Napoleón? Las pretensiones de que la inclinación familiar (primero hacia sus hermanos, luego a su hijo) fue la auténtica fuerza motivadora que sustentaba la construcción de este imperio parece demasiado simplista. Igual de espurias son las acusaciones, en gran medida moldeadas por la propaganda británica, de que la megalomanía de Napoleón le impulsaba a querer dominar el mundo. Por otro lado, los admiradores de Napoleón lo veían (y lo siguen viendo) como un hombre de acción, un revolucionario que derribó instituciones obsoletas y represivas, que abolió costumbres y tradiciones multiseculares, que rehízo los sistemas educativos y judiciales y que sentó las bases de una nueva y moderna Europa basada en los derechos individuales y en la primacía del mérito. Una respuesta más matizada a la pregunta sería que Napoleón reemplazó una forma de tiranía por otra, difundiendo las reformas y a la vez minando las libertades civiles y explotando a los territorios ocupados. Esta sigue siendo, en palabras del historiador estadounidense Alexander Grab, la faz «de Jano del gobierno de Napoleón».[4]

Francia constituía el corazón del imperio napoleónico, pero sus propias fronteras no dejaron de cambiar con cada año que pasaba y se extendieron las reformas, junto con el reclutamiento forzoso, los impuestos y la represión política, a, prácticamente, cada rincón de Europa. En 1790, los revolucionarios franceses dividieron Francia en 83 departamentos; en los años siguientes la cifra no dejó de crecer, en un reflejo del flujo y reflujo de la expansión territorial francesa. En 1800 había ya 98 departamentos, de ellos 14 que comprendían los antiguos Países Bajos aus-

triacos y partes de Renania y Suiza. A lo largo de la década siguiente, las conquistas napoleónicas aumentaron el tamaño de la Francia metropolitana hasta 130 departamentos (con una población de 44 millones de personas) que se extendían desde la costa del Adriático hasta el mar del Norte. Estos incluían a la propia Francia y los territorios anexionados en distintos momentos: la orilla izquierda alemana del Rin (1802), Piamonte (1802), Liguria (1805), Toscana (1808), los Estados Pontificios (1809), las Provincias Ilirias (1809) y los territorios holandeses y del norte de Alemania incorporados tras la disolución del reino de Holanda en 1810.

El Imperio francés, sin embargo, era mucho más que el territorio administrado directamente por Napoleón. El imperio informal también incluía a decenas de millones de personas que residían en los Estados sometidos y aliados situados más allá de las fronteras imperiales francesas. Estos territorios pueden categorizarse en tres grupos según el grado de control que ejercía Napoleón sobre ellos. El primero comprende a Estados que conservaban la soberanía, pero que se habían convertido en «aliados» de Francia y estaban obligados a acceder a las exigencias y políticas napoleónicas. Durante un tiempo, Austria, Prusia y Dinamarca-Noruega se hallaron en esta categoría, cuando se vieron forzados a someterse a las directivas económicas, políticas y militares de Napoleón. El segundo grupo lo constituían Estados formalmente independientes que estaban controlados por individuos elegidos por el emperador galo en persona. Eran, por lo general, miembros de su familia y confidentes cercanos y se convirtieron en grandes beneficiarios de la magnanimidad imperial. Napoleón poseía un intenso sentido de la familia y recompensaba a sus hermanos y hermanas porque pensaba que la lealtad debida al vínculo de sangre que compartían lo ayudaría a consolidar el control de sus inmensos dominios. En 1806, cuando las tropas francesas ocuparon el sur de Italia, el hermano mayor de Napoleón,

José, que ya le había servido razonablemente bien en negociaciones diplomáticas con Austria, Estados Unidos y Gran Bretaña, se convirtió en soberano de Nápoles. Ese mismo año, su hermano Luis accedió al trono de Holanda. El benjamín de los hermanos, Jerónimo, tomó las riendas del recién creado reino de Westfalia en 1807. Como hemos visto anteriormente, en el momento en que José intentaba ganarse la lealtad de sus súbditos napolitanos, el emperador lo trasladó al trono de España y le concedió la corona napolitana a su cuñado, el mariscal Joaquín Murat, mientras su hijastro Eugenio de Beauharnais recibía el título de virrey de Italia. El emperador tampoco se olvidó de sus hermanas. Elisa devino princesa de Piombino y Luca en 1805 y gran duquesa de Toscana en 1809. Paulina recibió el Ducado de Guastalla en 1806, aunque no tardó en vender el ducado a Parma y solo conservó el título. Carolina, la más ambiciosa de las hermanas de Napoleón, se casó con el mariscal Murat y fue enaltecida con los títulos de gran duquesa de Berg (1806) y de reina de Nápoles y Sicilia (1808). Además, Napoleón recompensó a muchos de sus generales y oficiales superiores con Estados «soberanos» como Benevento (entregado a Talleyrand), Pontecorvo (al mariscal Bernadotte), Siewierz (al mariscal Lannes) y Neuchâtel (al mariscal Berthier). Por último, la tercera categoría estaba formada por Estados satélite que eran formalmente independientes, pero que, en realidad, estaban estrechamente supervisados y gestionados por el emperador desde París. En este grupo figuraban los grandes ducados de Varsovia y de Fráncfort, la Confederación Suiza y algunos Estados de la Confederación del Rin (los más importantes, Westfalia y Berg). En las dos últimas categorías de Estados, Napoleón trazaba las políticas de estos y esperaba una completa subordinación de sus intereses a los de Francia. Estos satélites fueron agentes de las reformas políticas y sociales napoleónicas: remodelación de las instituciones locales en un gabinete burocrático centralizado, gestionado por funcionarios profesionales

y apoyado por figuras prominentes de la burguesía; creación de nuevos sistemas legales (basados en el Código Napoleónico) que reflejaban los ideales revolucionarios de secularización, igualdad ante la ley, tolerancia religiosa y reafirmación de los derechos de propiedad privada de los individuos; introducción de sistemas de recaudación de impuestos y de reclutamiento militar más eficientes; establecimiento de una fuerza de policía y una gendarmería para vigilar de cerca a la población, y un cambio en las relaciones Iglesia-Estado que, a menudo, conducía a la venta de propiedades confiscadas a la Iglesia católica.

Tomado como un todo, este «sistema napoleónico» representaba un reto definitivo para las sociedades del Antiguo Régimen, suponía la abolición de los restos del feudalismo en los territorios controlados por los franceses y la aserción de los principios revolucionarios. Erradicó algunas entidades territoriales y creó otras, agrandó los Estados alemanes de tamaño mediano y extinguió pequeños entes políticos seculares, Estados eclesiásticos y ciudades libres. Entre 1803 y 1808, alrededor del 60 por ciento

de la población alemana había cambiado de gobernantes.[5] La correspondencia de Napoleón está plagada de cartas que revelan su deseo de desmantelar el viejo orden e instaurar uno nuevo. En 1807, por ejemplo, escribía las siguientes instrucciones a su hermano Jerónimo, a quien había colocado en el trono del recién creado reino de Westfalia:

> Lo que me preocupa es el bienestar de tu pueblo, no solo en lo que afecta a tu posición y la mía, sino también por el impacto que tiene en el estado de toda Europa. No escuches a nadie que diga que tus súbditos, por haberse acostumbrado tanto tiempo a la servidumbre, no sabrán sentir gratitud por las libertades que les traes. La gente común de Westfalia es más ilustrada de lo que te harán creer esos individuos, y tu gobierno nunca tendrá una base segura sin la completa confianza y el afecto del pueblo. Lo que el pueblo de Alemania desea impaciente es que hombres sin nobleza, pero con auténtica capacidad, tengan igual derecho a obtener tu favor y promoción, y que cualquier traza de servidumbre y privilegio feudal [...] quede completamente borrada. Permite que las bendiciones del Código Napoleónico, los procedimientos públicos y el uso de jurados sean el centro de tu administración [...]. Quiero que todos vuestros pueblos disfruten de libertad, igualdad y prosperidad por igual y en un grado como nunca ha conocido todavía ningún pueblo alemán [...]. En todas las partes de Europa –en Alemania, Francia, Italia, España–, el pueblo ansía igualdad y un gobierno liberal [...]. Así que gobierna de acuerdo con tu nueva Constitución. Y si la razón y las ideas ilustradas de nuestra época no fueran bastante para justificar esta decisión, seguiría siendo una política inteligente para cualquiera en tu posición –descubrirás que el apoyo genuino del pueblo es para ti una fuente de fuerza que no tendrá nunca ninguno de los monarcas absolutos que son tus vecinos–.[6]

Esta carta (y muchas otras de tenor similar) evocan el idealismo y las aspiraciones reformistas que hicieron de Napoleón una figura tan atractiva. El historiador francés Louis Madelin disfrutaba con una historia de la visita en 1820 del emperador Francisco de Habsburgo a las provincias de Iliria, que habían estado bajo dominación francesa de 1809 a 1814. Llevaron al káiser a visitar numerosos lugares –palacios, escuelas, carreteras, etc.–, y cada vez que preguntaba quién los había construido, la respuesta era siempre la misma: «Los franceses, *Sire*». En cambio, también advirtió el aire de abandono y dejadez que había causado la mala gestión de la administración austriaca en los últimos años. Se di-

ce que le comentó a su ayudante: «Esos diablos franceses habrían hecho mejor en quedarse aquí unos pocos años más».[7]

Hay cierta verdad en la broma del emperador. A largo plazo, muchas partes de Europa se beneficiaron de la introducción por los franceses de instituciones administrativas más eficientes, leyes más igualitarias, una distribución más justa de las cargas fiscales, la promoción basada en el mérito, la erradicación de algunos de los privilegios de la nobleza y estructuras señoriales y la eliminación de prácticas discriminatorias (como los impuestos especiales y las restricciones al acceso a ciertos trabajos que se aplicaban a los judíos). En los grandes ducados de Berg y Fráncfort, por ejemplo, las autoridades galas modernizaron las instituciones políticas y administrativas, abolieron las exenciones fiscales de la nobleza y nacionalizaron las tierras eclesiásticas.[8] Wurtemberg, Baden, Hesse-Darmstadt y Nassau siguieron el mismo camino y pusieron en marcha amplias reformas que remodelaron sus gobiernos y finanzas. En Baviera, el indomable ministro jefe, el conde Maximilian von Mongelas, tuvo un papel crucial en la reestructuración de la administración real y en la creación de una burocracia centralizada de estilo francés que se nutriría de funcionarios preparados profesionalmente extraídos de la clase media y de la nobleza.[9] En todos estos Estados, los ejecutivos adoptaron, con escasa intervención francesa, legislaciones que proclamaban la igualdad ante la ley y la libertad religiosa, emancipaban a los judíos (aunque no les concedían plena igualdad) y remozaban el sistema educativo. Los Estados de la Rheinbund abrazaron las reformas de estilo napoleónico, en especial las que establecían una burocracia estatal racional y una fiscalidad eficiente, ante la evidencia de que servían para reforzar la autoridad del Estado.

No obstante, sería deshonesto pretender que Napoleón tenía un plan maestro para el desarrollo de Europa, o que introdujo estas reformas por puros principios o ideología revolucionarios.

De hecho, al analizar las maniobras políticas de Napoleón, no siempre resulta fácil distinguir los medios de los fines, si adoptaba una política por su propio mérito y las ventajas que reportaría a corto plazo, o si era un paso más hacia algún objetivo a largo plazo. El legado del emperador en Francia es, sin duda, inmenso, pero fuera de las fronteras francesas, su impacto social, político y legal es mucho más complejo. A menudo se percibe al emperador galo como un «constructor de Europa» o como el «verdadero padre» de la unidad europea moderna, o al menos eso siguen defendiendo muchos de sus admiradores. Durante su exilio en Santa Elena, el propio Napoleón sostuvo que había planeado crear una federación europea con una moneda, un mercado y unas leyes comunes. Algunos otorgan a Napoleón el mérito de poner las bases de los rasgos fundamentales actual Unión Europea –igualdad ante la ley, un sistema legal común, un único mercado económico, desmantelamiento de las fronteras, etc.–.[10]

Tales afirmaciones son cuestionables. Los devotos del emperador no mencionan que Francia habría dominado inequívocamente esa federación europea y que sus necesidades políticas, económicas, fiscales y de otras clases se habrían impuesto a las de los demás Estados. La unión monetaria, la política económica y la política exterior de la Unión Europea actual están basadas en la igualdad de sus Estados miembros (aunque los recientes acontecimientos político-económicos hayan hecho cierta mella en esta imagen). Napoleón habría sido incapaz de aceptar un modelo así: su visión de Europa giraba intrínsecamente en torno a la fuerza de Francia. Estaba convencido de que Francia tenía un sistema administrativo y legal superior y que extenderlo al resto de Europa beneficiaría a los demás pueblos. Esto también era para él un incentivo de tipo práctico: la transformación de los países según el modelo francés le facilitaría la gobernación de estos y la explotación de sus recursos. El régimen napoleónico nunca ofreció un proyecto de identidad «europea» y nunca trascendió, en

modo alguno, su propia esencia, que siempre se conservó profundamente francesa. A fin de cuentas, la propia supervivencia del imperio dependía de la continuada superioridad de las armas francesas, no del apoyo popular al Gobierno imperial.[11] Si hubo algún ideal trascendente que motivara a Napoleón, no fue el de una federación de naciones iguales, sino el de un imperio universal de espíritu más cercano al imperio de Carlomagno que a la Unión Europea. Podía haber aspirado a un mercado económico común multinacional –tal vez similar a la posterior Zollverein que ayudó a la prosperidad de los Estados alemanes– que habría abierto las fronteras y permitido a los distintos territorios sometidos comerciar sin obstáculos por toda la Europa continental. Pero hizo lo contrario. Su insistencia en el proteccionismo agrícola de Francia llevó a que muchos Estados satélites, en especial del norte de Europa, padecieran una caída cada vez mayor en los precios agrícolas por la imposibilidad de vender a Gran Bretaña y la negativa de Francia a ocupar el hueco resultante. Mientras que la industria algodonera de Sajonia se vio beneficiada por el Bloqueo Continental, el resto de la industria alemana gemía bajo las restricciones napoleónicas y experimentó caídas dramáticas. Además, los decretos imperiales de 1806-1810 hicieron del reino de Italia un «mercado reservado» para los textiles franceses, en detrimento tanto de Italia como de los Estados vecinos. Conviene resaltar que esto, a su vez, debilitó en estos territorios el poder de compra y redujo la demanda de importaciones francesas.[12]

Es necesario, por tanto, tener en cuenta la naturaleza radical del sistema napoleónico. El principal interés de Napoleón en los territorios ocupados estribaba más en sus recursos –soldados, dinero y abastecimientos– que en su transformación socioeconómica. Por esto, aunque las constituciones impuestas por los franceses en los Estados alemanes prometían asambleas representativas, pocas llegaron a convocarse –de hecho, en Wurtemberg, el

rey Federico II utilizó el proceso de reforma para suprimir al existente Landtag (Parlamento) y reforzarse como máxima autoridad del Estado, a la vez que continuaba siendo un fiel aliado del emperador–. Además, los efectos de las reformas napoleónicas no fueron uniformes por toda la Europa continental. Uno de los factores más determinantes fue la duración de la exposición de cada región dada a la ocupación francesa. Cuanto más cerca de Francia estuviera una región, más tiempo estaría bajo la dominación francesa y más duraderas las reformas que esta conllevaba. Fuera de Francia, los territorios donde las reformas tuvieron un impacto más perdurable fueron Bélgica, Renania, Piamonte, Liguria y Lombardía. Todas estas regiones fueron ocupadas durante las Guerras Revolucionarias y permanecieron más de una década bajo influencia gala. En cambio, el Gran Ducado de Varsovia y las Provincias Ilirias solo habían tenido cuatro años de gobierno napoleónico cuando el imperio se hundió en 1813-1814. [13]

El impacto napoleónico dependió, en gran medida, del grado en que el propio desarrollo social y económico de cada región la hacía receptiva a las transformaciones. Por ejemplo, las reformas napoleónicas tuvieron más éxito en Bélgica y Renania porque estas regiones ya poseían los elementos estructurales que las hacían propicias para tales reformas; de hecho, muchas de las reformas que se atribuyen tradicionalmente a Napoleón ya habían tenido lugar y las élites locales, por lo general, cooperaron con el régimen napoleónico para defender y favorecer sus propios intereses. En los territorios donde las influencias aristocráticas y clericales estaban fuertemente atrincheradas –España, Polonia y el sur de Italia, por poner algunos ejemplos–, el impacto napoleónico fue mucho menos pronunciado y la falta de cooperación de las élites locales convirtió las reformas en prácticamente irrealizables.

Incluso dentro de la propia Francia, el régimen napoleónico no consiguió imponer del todo su voluntad en algunas partes del país, como ilustra el ejemplo de la Vendée, siempre resistente a las demandas estatales de más impuestos y reclutas. En el Ducado de Varsovia la servidumbre se abolió en teoría, pero no en la práctica, y el ideal de igualdad ciudadana no pudo imponerse a prejuicios y tradiciones profundamente asentados.[14] Y, aunque suele atribuirse al Código Napoleónico la «desfeudalización» de Europa central, la realidad es mucho más compleja. El código introdujo el concepto de igualdad ante la ley, pero en la Confederación del Rin su impacto se escamoteaba en la práctica cuando las élites locales decidían ignorarlo, así como la falta de funcionarios galos (o de juristas locales formados por los franceses) dificultó la imposición de las provisiones legales del código.[15] Además, en los lugares en que se impuso, las consecuencias relativas al género, que consolidaban la autoridad paterna en la familia y en la sociedad, tuvieron efectos negativos durante el resto del siglo XIX.[16] Las reformas que afectaban a los judíos también fueron condicionales y se asociaron con nuevas obligaciones por las que la comunidad judía llegó a sentirse atacada.

El sistema napoleónico vino a ser una suerte de imperialismo cultural. Sus exponentes –gobernadores militares o prefectos y auditores civiles– estaban convencidos de la superioridad del sistema napoleónico que, en sus mentes, era la organización más racional y eficiente (y, por tanto, mejor) de entonces. Hasta cierto punto, se veían a sí mismos como agentes de una *mission civilisatrice* que implicaba exportar estos cambios para el bien de los pueblos que se hallaban bajo dominio francés. «He venido a ocupar vuestra tierra –anunció un mariscal galo a los vecinos de Cassel en 1806–. Lo único que podéis esperar son mejoras».[17] Westfalia es un caso de estudio especialmente interesante por presentarnos tanto las ventajas como las debilidades del régimen napoleónico en Europa. Napoleón, que veía a Westfalia como un «Es-

tado modelo», impuso en ella la primera Constitución escrita de Alemania, estableció una administración central eficiente y promovió reformas progresistas. Sin embargo, el reino nunca fue un Estado «alemán» auténtico. Su fundación permitió la penetración del imperialismo cultural galo: la cultura y la lengua francesas llegaron a dominar la sociedad westfaliana y muchos cargos civiles y militares clave, en especial los relacionados con el control de la población (altos cargos policiales, Ministerio del Interior, censura) permanecieron en control de franceses que servían a París, no a sus ejecutivos locales. El Gobierno dominado por los franceses trató de sofocar el disenso local, recurrió a la imposición de elevadas cargas fiscales y a un estricto control gubernamental para apoyar el esfuerzo bélico napoleónico e impuso un reclutamiento forzoso que movilizó a millares de westfalianos. [18]

Los beneficios del sistema napoleónico, en consecuencia, también deben evaluarse en el contexto de las demandas que Francia hacía a los territorios bajo su control. Napoleón pensaba que la guerra debía ser capaz de sufragar la guerra, lo que, en la práctica, significaba que la ocupación francesa no solo traía con ella los elevados ideales de igualdad ante la ley y libertad religiosa, sino también más reclutamiento de tropas y explotación material, puesto que la presencia de los soldados galos imponía siempre, para satisfacer la integridad de sus necesidades militares, una pesada carga en la población local. El *Grand Empire* napoleónico fue, en esencia, un gigantesco sistema militar que exigía que cada Estado miembro aportara efectivos y apoyo financiero, sin los que Napoleón no habría podido mantener su hegemonía en Europa. Además de las contribuciones fiscales, el régimen napoleónico demandaba reclutas para sustentar su poder militar. En conjunto, más de 2 millones de hombres fueron alistados a la Grande Armée entre 1803 y 1814. Solo Bélgica aportó más de 216 000 soldados entre 1798 y 1813.[19] Una vez establecida la Con-

federación del Rin en 1806, se esperaba que suministrara más de 100 000 hombres –solo Berg tuvo que aportar 5000, una cifra que no dejó de aumentar hasta 1811, cuando llegó a 10 000, el 1 por ciento de su población–. Westfalia estaba obligada a proporcionar un contingente militar de no menos de 25 000 hombres y el Gran Ducado de Fráncfort aportó unos 7000 (el 2 por ciento de su población).[20] La Confederación Suiza fue coaccionada para que aportara 12 000 soldados, que sirvieron junto con las decenas de miles de reclutas del Ducado de Varsovia y del reino de Italia. Se ha estimado que, de los 200 000 soldados italianos que sirvieron en las Guerras Napoleónicas, 125 000 perecieron por enfermedad, por los elementos o en combate.[21] La dimensión y el alcance del mecanismo de reclutamiento de Napoleón se hizo especialmente evidente durante los preparativos para la invasión de Rusia, cuando confió en que sus Estados satélite y aliados aportaran más de la mitad de su ejército de 600 000 efectivos. De ellos, 5000 eran napolitanos, 9000 suizos, 17 000 westfalianos, más de 25 000 italianos, 90 000 polacos y alrededor de 100 000 alemanes –sin contar a prusianos ni austriacos, que formaron contingentes separados–.

La demanda ininterrumpida de reclutas de Napoleón era una de las razones básicas de la oposición popular a su régimen a lo largo y ancho el continente. Da prueba del impacto del reclutamiento forzoso una observación del escritor napolitano Vincenzo Cuoco: «[…] de todas las ideas proyectadas, ejecutadas, abandonadas y enmendadas en la última década, puede que la que influirá enormemente en el futuro destino de Europa será el sistema de reclutamiento forzoso».[22] En efecto, el sistema de reclutamiento regular fue una novedad para muchos europeos, que vieron desbaratada su tradicional forma de vida por la demanda de soldados del Gobierno central. Los reclutas detestaban verse separados de la familia y empleaban diversos métodos para evitarlo. Rehuir el reclutamiento o desertar fueron hábitos muy

extendidos que no aminoraron a lo largo del periodo napoleónico y que llevaron a las autoridades centrales, igual en Francia que en Italia o en los Estados alemanes, a recurrir a un incremento de la centralización y del aparato represivo. Los trabajos más recientes han demostrado a las claras que el reclutamiento forzoso fue entonces el punto focal de las luchas de poder entre el Estado central y las autoridades locales y que contribuyó a que se distanciaran cada vez más. Provocó una violenta colisión entre lo tradicional y lo moderno y obligó a la gente a elegir un bando, lo que, por ello, ponía en peligro la propia gobernabilidad del Estado.[23]

Sin embargo, sería erróneo pensar que Napoleón impuso por la fuerza el reclutamiento militar de estilo francés en otros Estados. El reclutamiento obligatorio pudo ser una medida necesaria para cumplir con las necesidades militares de Napoleón, pero muchos ejecutivos lo percibieron claramente como una forma útil de centralizar su autoridad. Fue uno de los elementos clave en el proceso de creación del Estado moderno y de la construcción nacional, puesto que reunía a gentes de distintos orígenes étnicos, culturales o socioeconómicos en los mismos cuarteles y ayudaba a quebrar las identidades o lealtades tradicionales. Las Guerras Napoleónicas desempeñaron un papel decisivo en esta larga pugna entre un Estado centralizador que exigía reclutas y las comunidades locales que eran reacias a ver marchar a sus hijos. Al final del periodo, el Estado había ganado manifiestamente la partida.[24]

Otro elemento crucial de la política imperial napoleónica fue convertir a los territorios ocupados y a los Estados satélite en entes útiles para el imperio por medio del aumento de la explotación de sus mercados y recursos. Tal y como indica el historiador Alexander Grab, un «sistema financiero eficiente y lucrativo era indispensable para [...] la expansión imperial».[25] La eliminación de los privilegios fiscales tradicionales y el establecimiento

de una recaudación tributaria eficiente a través de una administración centralizada y uniforme estaban en el núcleo de la reestructuración financiera napoleónica que sostenía la maquinaria bélica francesa. El régimen napoleónico no se limitó a introducir impuestos nuevos o más altos; también llegó a ser muy hábil en la recaudación de los ya existentes. A lo largo de las Guerras Napoleónicas, los costes militares fueron los mayores gastos del Estado, unos gastos que Francia por sí misma no habría podido sufragar. Con este fin, el emperador extraía los recursos necesarios de sus enemigos derrotados y de los Estados satélite.[26] El resentimiento por las incesantes exacciones y requisas para cubrir las necesidades del Ejército francés se vio intensificado por el Bloqueo Continental, que perjudicaba a muchos Estados sometidos a Francia por impedirles la posibilidad de comerciar con los británicos y también por primar ante todo los intereses de Francia.[27]

El régimen napoleónico absorbía los recursos de los reinos satélite en beneficio de la metrópolis imperial y ocasionó notables disparidades económicas entre distintas regiones de Europa. A lo largo de la historia, los ejércitos han saqueado y confiscado recursos. La originalidad francesa residió en el desarrollo de un sistema de confiscación verdaderamente institucionalizado. «Debes convertir en tu guía el principio de que la guerra debe alimentar a la guerra», le recomendaba el emperador a uno de sus mariscales.[28] Después de cada conquista militar, Napoleón imponía el pago de enormes indemnizaciones por los gastos de guerra. De este modo, entre 1804 y 1814, al menos la mitad de los estipendios militares franceses fueron costeados con las contribuciones de los territorios conquistados. En esos territorios, oficiales franceses equipados con formularios preimpresos exigían a las autoridades locales la entrega de *argent* (dinero) y *fournitures* (material), todo lo cual era meticulosamente documentado. Solo en 1807, Prusia y sus aliados (Sajonia, las ciudades han-

seáticas y otros) fueron objeto de cuantiosas exigencias que acabaron por superar los 500 millones de francos, mientras que el reino de Italia proporcionaba casi 300 millones de liras para sustentar al contingente galo en la península italiana.[29] Durante buena parte de su existencia, el Estado westfaliano padeció graves apuros financieros por culpa de que, como ha demostrado recientemente el historiador Sam Mustafa, por cada franco que un westfaliano pagaba de impuestos a su propio Estado, abonaba otros 1,5 francos adicionales, en metálico o en bienes confiscados, a Francia. El Gobierno westfaliano también recurrió a la emisión de varios bonos forzosos (*Zwangsanleihe*), conocidos popularmente como «impuestos franceses» porque todo el dinero recaudado iba directamente a Francia. Las autoridades locales debían llevar libros de registro especiales para tener controlados a los individuos que no hubieran pagado por la emisión de bonos.[30] Aunque Westfalia era, en muchos aspectos, un caso único y extremo, otros satélites alemanes (y holandeses e italianos) fueron obligados a proporcionar contribuciones fiscales al Estado francés y a otorgar concesiones económicas cruciales a Francia, a cuyo comercio e industria abrieron sus mercados. Aunque la imagen que prevalece en las campañas napoleónicas es que Francia, gracias a las conquistas y a las continuas contribuciones de guerra, pudo mantener su economía equilibrada y no pasar de un déficit moderado, estudios recientes, muy en especial los del historiador francés Pierre Branda, ofrecen un cuadro más matizado en el que Napoleón intentaba pagar la guerra con la guerra, pero al final no lo conseguía. De 1805 a 1813, Napoleón obtuvo casi 1,8 miles de millones de francos en los territorios ocupados, de ellos más de 600 millones gracias a «contribuciones extraordinarias». Sin embargo, los gastos de las guerras de Napoleón requirieron en total la obtención de 3 miles de millones de francos por encima del presupuesto ordinario francés, lo que le obligó a recurrir a subidas de impuestos, a la venta de propiedades nacio-

nales y comunales y a préstamos. En un momento dado, el propio emperador prestó al Tesoro dinero que había recibido de su asignación. En último término, el Estado francés soportó un déficit de varios cientos de millones de francos hasta el final de la guerra.[31]

El aumento de la fiscalidad, las contribuciones forzosas, el reclutamiento obligatorio y la represión fueron las razones fundamentales que impidieron al régimen napoleónico contar con un apoyo popular sostenido en el conjunto de Europa. Ya fuera en Alemania, en Italia o en los Países Bajos, la aristocracia estaba, obviamente, irritada por lo que suponían las reformas francesas, mientras que la burguesía, que era la llamada a salir más beneficiada de estos cambios, no conseguía reconciliar su satisfacción por los derechos y el estatus recién adquiridos con las molestias de verse reprimida, censurada y sujeta a impuestos gravosos y al Bloqueo Continental. Los campesinos fueron, en general, el grupo que más padeció la presencia napoleónica: además de tener que pagar más impuestos, se vieron obligados a proveer a los ejércitos de alimentos y hombres. Por mucho que se haya hablado de que el emperador era una encarnación de la revolución, el antiguo jacobino no personificó los principios de 1793-1794 y sus reformas nunca estuvieron dirigidas a alcanzar la igualdad socioeconómica. Tampoco representó completamente los principios de 1789. En Francia y en los territorios conquistados, Napoleón sofocó toda forma de influencia organizada o de expresión de la opinión.

Incluso en lo que atañe a los restos de feudalismo, cuya eliminación suele atribuirse a Napoleón, la realidad es más complicada de lo que se suele sugerir. El proyecto modernizador que las tropas galas profesaban con tanto convencimiento en los primeros años del imperio no tardó en dar paso a *la politique de grandeur* dirigida a la consolidación del poder imperial y a darle lustre. En los últimos años del imperio (1809-1812), Napoleón recurrió en

grado creciente a los gobiernos militares y a la mano dura para asegurarse el pronto pago de las indemnizaciones. Los que presentan a Napoleón como un reformador modernizador rara vez mencionan, por ejemplo, el *domaine extraordinaire* que el emperador estableció entre 1805 y 1810, un mecanismo financiero especial que aunaba botín de guerra e ingresos antes feudales de territorios ocupados. Estos fondos no estuvieron sujetos a ninguna ley y Napoleón los gestionaba con total discrecionalidad. El historiador francés Miguel Brugière no se equivocaba en su descripción del «carácter profundamente arcaico de esta institución, que en su naturaleza y en sus ganancias solo reflejaba el derecho de conquista del emperador, "ejercitando el derecho de la paz y de la guerra"».[32] De hecho, en Westfalia, donde se suponía que la Constitución de 1807 había abolido todas las contribuciones feudales, los burócratas del rey Jerónimo conservaron y redirigieron muchas de ellas para sustentar el *domaine extraordinaire*.[33] Hubo problemas similares en el sur de Italia, donde el primer ímpetu modernizador de las reformas se vio lastrado por la naturaleza explotadora del régimen imperial.[34]

Napoleón, pese a proclamar la igualdad ante la ley, procedió a crear una aristocracia imperial y a conceder feudos imperiales que obstaculizaban gravemente la puesta en práctica de las reformas. En 1804-1805 creó puestos de dignatarios imperiales y altas autoridades, entre los que se contaban los nuevos mariscales imperiales. A medida que el imperio aumentó de tamaño, lo mismo sucedió con el número de los títulos imperiales y con la complejidad de la jerarquía imperial. Los mariscales y generales franceses –hijos de tenderos, curtidores, comerciantes, fabricantes de pelucas, posaderos y toneleros– se convirtieron en príncipes, duques, condes y barones, títulos todos ellos acompañados de una dotación de tierras considerable. El emperador, para atraerse a hombres de talento que le sirvieran con lealtad a cambio de una posición en el nuevo régimen, recurrió a la distribución de *dota-*

tions, derivadas de lo que a él le correspondía de las rentas de las tierras expropiadas a señores feudales y de realengos nacionalizados (hasta el 50 por ciento de estas remesas). El *donataire* (recipiente) debía hacer un juramento de fidelidad a Napoleón y tenía derecho a recibir unas rentas fijas de feudos situados en territorios conquistados del Gran Imperio, sobre todo en Westfalia y el Ducado de Varsovia. La dimensión del sistema de *dotation* fue enorme: al acabar el imperio, contabilizaba casi 6000 individuos que recibían, en conjunto, alrededor de 30 millones de francos anuales. Solo en Westfalia, casi el 20 por ciento de los ingresos públicos iba a parar a las rentas de los *donataires*, una situación que minaba en extremo los esfuerzos de desarrollo del Estado westfaliano y que impedía su solvencia fiscal. Como era previsible, el número más numeroso de *dotations* se entregó a militares. Hubo más de 15 *duchés grands-fiefs* que proporcionaban a sus poseedores enormes tractos de tierra, aunque no derechos de soberanía. De este modo, el mariscal Bessières se convirtió en duque de Istria, Macdonald en duque de Tarento, Soult en duque de Dalmacia y Oudinot en duque de Reggio. Algunos generales recibieron títulos en reconocimiento a sus victorias militares. El mariscal Davout se convirtió en príncipe de Eckmuhl y duque de Auerstaedt, Berthier en príncipe de Wagram, Masséna en príncipe de Essling y duque de Rívoli y Ney en duque de Elchingen (y, más tarde, en príncipe del Moscova). Todos estos títulos ducales y principescos proporcionaban cuantiosos ingresos anuales a sus dueños. Aunque el sistema no era una forma de feudalismo, lo cierto es que iba en contra de los preceptos revolucionarios e incluso de normas del propio Código Napoleónico. En teoría, estas dotaciones económicas se financiaban con las rentas agrarias obtenidas en las tierras confiscadas a los nobles. En la práctica, esto significaba que los burócratas napoleónicos utilizaron recovecos legales para convertir cargas feudales existentes en ingresos fijos para los *donataires*, quienes nunca residie-

ron ni visitaron sus «feudos». El sistema subraya un elemento significativo del régimen napoleónico: el importante apoyo que recibió de los intereses tradicionales ligados a la tierra, que obtuvieron seguridad económica y prestigio social al colaborar con el régimen imperial. El historiador Stuart Woolf lo expuso con claridad en una ocasión: «No hay un ejemplo mejor de las contradicciones irresolubles entre los ideales modernizadores de integración de la clase administrativa francesa y la práctica de explotación que acompañó a la expansión del Imperio».[35]

Napoleón tenía una relación especial con la península italiana, de la que provenían sus ancestros y en la que había ganado los primeros laureles. Gran estudioso de la historia italiana, sin duda, se inspiró en el legado imperial romano. Sin embargo, también fue siempre bastante crítico con el carácter de los italianos, a quienes tachaba de «indignos» de los sacrificios que Francia había hecho por ellos. «No permitas que los italianos olviden que soy dueño de hacer lo que me plazca –le dijo a su virrey italiano–. Esto es necesario con todos los pueblos, pero en especial con los italianos, quienes solo obedecen a la voz de mando».[36] Las campañas de Napoleón de 1796-1797 trajeron grandes transformaciones políticas a las regiones septentrionales de la península itálica. En unos pocos años, mediante la extinción o la anexión de algunos entes estatales, los franceses dividieron las posesiones austriacas y establecieron una serie de nuevas repúblicas junto con burocracias y códigos legales de inspiración gala.

En 1802, Napoleón estableció la República de Italia y fue elegido presidente de ella. Tres años más tarde, después de imponerse a la Tercera Coalición, transformó la república en el reino de Italia, que le tuvo a él de rey y a su hijastro Eugenio de Beauharnais de virrey. El reino se expandió gradualmente con la

incorporación de Venecia en 1806, de Las Marcas en 1808 y del Tirol italiano en 1810.[37] En su máxima extensión, abarcaba un área de 90 000 kilómetros cuadrados y contaba con una población de más de 6,5 millones de habitantes, alrededor de un tercio del total de la península. Dalmacia, donde la República de Ragusa cayó en manos de los franceses en 1806, fue entregada por breve tiempo al reino de Italia y luego Napoleón la anexionó directamente a Francia. Mientras tanto, Napoleón no dejaba de intervenir activamente en los asuntos de los demás Estados italianos e instaló como soberanos a miembros de su familia en Nápoles, Toscana y Guastalla.

En la esquina noroeste de la península itálica se expandió firmemente la «Italia francesa». Allí, Piamonte fue reemplazado por seis departamentos que eran administrados como provincias francesas. En años posteriores, las áreas gobernadas por los franceses se ampliaron a Parma y Piacenza. El Reino de Etruria sobrevivió hasta 1807, año en que Napoleón lo disolvió y estableció tres nuevos departamentos. En los Estados Pontificios, el papa Pío VII chocó repetidas veces con Napoleón por su continua interferencia en el centro de Italia y por el grado de implicación de la Santa Sede en el Sistema Continental. La insistencia francesa en que los Estados italianos firmaran un concordato con el papa contribuyó a empeorar aún más las relaciones, ya que, aunque el proyecto de Napoleón reconocía al catolicismo como la religión del Estado, también confirmaba la libertad religiosa, introducía el matrimonio civil y el divorcio, autorizaba a la república a proponer a los obispos y confirmaba a sus actuales dueños la propiedad de las tierras que antes le habían sido confiscadas a la Iglesia. No es de extrañar que Pío VII se opusiera a estos cambios y luchara por preservar las tradiciones de su cargo, que incluían la independencia espiritual y temporal de la Santa Sede. Tampoco era partidario de participar en el Sistema Continental, por el profundo impacto que supondría en la economía local. Es-

tas fricciones con el Gobierno imperial culminaron en la humillación del papa en 1809, cuando Napoleón ocupó y se anexionó los Estados Pontificios mientras Pío VII, que había decretado la excomunión de todos los que participaran en aquel expolio, era hecho prisionero y transportado primero a Savona y luego a Francia, donde permaneció bajo arresto domiciliario durante los cinco años siguientes.[38]

En todos estos territorios italianos, el gabinete napoleónico obedeció a un patrón similar. Los administradores franceses, junto con un núcleo de autoridades italianas, supervisaron la introducción de reformas administrativas, económicas y sociales. La cooperación de las élites locales y la intensidad de los procesos de reforma previos de cada región tuvieron un papel determinante en el grado de éxito que alcanzaron estos esfuerzos. Allí donde estuvieron ausentes ambos factores, como sucedió en el sur de Italia, el proceso de reforma no solo se vio socavado, sino que engendró resistencia popular. Además, las reformas francesas no equivalían necesariamente a una mejora del sistema vigente. Toscana ya tenía un excelente sistema judicial y un sistema penal relativamente humanitario –instaurado por los ilustrados duques de Habsburgo-Lorena–, pero se vio forzada a aceptar leyes francesas más duras.

En conjunto, Napoleón tuvo éxito en la unificación de estas regiones diversas en solo tres entes políticos: la «Italia francesa» en el noroeste, el reino de Italia en el nordeste y el reino de Nápoles en el sur. Estos adoptaron estructuras legales, administrativas y financieras de cuño francés. En el norte de Italia, el Gobierno galo forjó una afortunada amalgama entre la nobleza tradicional y la rica burguesía, que creó una nueva élite que moldeó el futuro de Italia a lo largo del siglo XIX. El periodo fue testigo de una mayor centralización del poder que mejoró la eficiencia, la profesionalidad y la fiabilidad de la administración: los departamentos eran supervisados por prefectos, los distritos menores

estaban al cargo de viceprefectos y las ciudades eran gestionadas por alcaldes. El Gobierno sentó las bases de un sistema de escuela secundaria secular moderna con un currículum uniforme (los liceos) y aumentó el número de las escuelas elementales, aunque, en conjunto, el sistema educativo continuaba sufriendo de escasez de recursos y de personal cualificado. En los Estados Pontificios, el Gobierno impulsó grandes obras públicas, mejoras agrícolas y un nuevo sistema de socorro a los pobres, a la vez que trazaba ambiciosos planes para la restauración de los antiguos monumentos de Roma.[39] En definitiva, el efecto de las reformas napoleónicas en la estructura política de Italia fue mayor que en ningún otro lugar. Por vez primera desde la caída del Imperio romano, la península itálica, con su gran variedad de lenguas (y de otros tantos dialectos), sus barreras aduaneras, sus distintos sistemas legales, monedas y sistemas de pesos y medidas se puso bajo el control de una autoridad centralizadora y normalizadora.

Todo lo anterior no puede ocultar el resentimiento que las políticas fiscales y militares que Napoleón despertaron en el conjunto de Italia. El ejecutivo era totalmente autoritario y la modernización fue de la mano de la ocupación y la explotación. La mayor eficiencia del sistema impositivo aumentó la carga fiscal, en especial sobre las clases más bajas. La multiplicación por dos de los ingresos estatales benefició a la población local –algunos de estos fondos se emplearon en la construcción de carreteras y canales, en la reducción de la deuda pública y en costes administrativos, por no hablar de las obras de embellecimiento ejecutadas en prácticamente cada una de las ciudades importantes o de la limpieza del río Po para posibilitar la navegación nocturna–, pero una parte considerable de esas remesas sirvió para pagar los gastos militares de Francia. Francesco Melzi d'Eril, vicepresidente de la República Italiana de 1802 a 1805, había advertido a Napoleón en repetidas ocasiones de que los costes militares eran de-

masiado gravosos para la república. De los 12 millones de francos que esta enviaba a Francia cada año, menos de la mitad volvía a Italia para cubrir los gastos de manutención de las tropas francesas desplegadas en la región. Además de las contribuciones fiscales, los entes políticos italianos, en calidad de satélites napoleónicos, estaban obligados a pagar para el mantenimiento de las guarniciones galas, que sumaban más de 75 000 efectivos solo en el reino de Italia, y a proveer decenas de miles de hombres de entre 20 y 25 años que eran reclutados por cuatro años. A pesar de la generalizada oposición de la población, de las deserciones y de los que rehuían el reclutamiento, las autoridades italianas alistaron más de 150 000 hombres entre 1802 y 1814. Los soldados italianos lucharon en todas las campañas emprendidas por Napoleón.[40]

En el aspecto económico, los Estados italianos fueron puestos bajo un control más estricto. El reino de Italia creó un mercado nacional eliminando los aranceles interiores y adoptando un código comercial uniforme y una misma moneda, la lira. Sin embargo, estos cambios se vieron ensombrecidos por el rechazo de Napoleón a las demandas italianas de libertad económica y por su insistencia en aplicar un sistema arancelario especial con Francia. El emperador, además de mercantilista, también era un firme partidario del bullonismo, una doctrina que medía la riqueza por la cantidad de metal precioso acumulado. En numerosas ocasiones destacó que su objetivo era la exportación de manufacturas francesas y la importación de materias primas extranjeras para promover el crecimiento económico francés. Este enfoque perjudicaba las manufacturas y el comercio italianos, puesto que los aranceles favorecían a las manufacturas galas y la exportación de las materias primas a Francia. En 1810 se prohibió a los italianos la importación de todo lino, algodón, lana u otro textil que no fuera francés. La seda, la principal exportación del reino italiano, era la excepción a esta norma, ya que su entrada en Francia bene-

ficiaba a la industria gala de la seda. Durante los últimos años del imperio napoleónico, Italia se había convertido, en la práctica, en una colonia que abastecía de materias primas a los fabricantes franceses, cuyos productos eran luego exportados a Italia, donde se vendían a precios más baratos que los productos locales. Durante el mismo periodo la economía italiana sufrió los efectos adversos del Sistema Continental, que, prácticamente, paralizó la actividad de puertos de mar como Venecia y Ancona y que provocó carestía de materiales de ultramar.[41]

La decisión napolitana de romper la neutralidad y unirse a la Tercera Coalición en 1805 fue un acto de mala fe que Napoleón no pudo perdonar jamás. La invasión francesa acabó con el poder borbónico en Nápoles e instaló el régimen napoleónico, en un primer momento presidido por José Bonaparte y más tarde por Joaquín Murat. Uno y otro trataron de reformar el Estado napolitano según el modelo galo, lo que incluía la reorganización y centralización de la administración, la puesta en marcha de reformas impositivas y judiciales y la introducción de nuevos códigos legales y reformas educativas de tipo francés.[42] Una de las reformas francesas más decisivas fue el pago y consolidación de la deuda pública, que se logró mediante la expropiación de propiedades a la Iglesia y la conversión de tierras de la Corona y de la Iglesia en *beni nazionali* que después se vendían; entre 1806 y 1811 se abolieron unos 1300 monasterios, conventos y otras instituciones religiosas y sus tierras fueron subastadas.[43]

Varios factores constreñían el espíritu modernizador del nuevo régimen. Tanto José como Murat se enfrentaron a los efectos de una prolongada recesión económica que los privó de los fondos que tanto necesitaban. Por esta razón, los proyectos de obras públicas rara vez recibieron una financiación suficiente y se limi-

taron a languidecer; este problema era una de las quejas más frecuentes de los habitantes del reino. Nápoles poseía escasas industrias manufactureras, pero incluso estas no pudieron escapar del declive económico, en especial desde que se puso en marcha el Sistema Continental. Los intentos de Murat en 1808-1810 de proteger a las industrias locales a través de la imposición de aranceles a las importaciones (sobre todo francesas) y la relajación del embargo a las mercancías británicas acabaron de forma abrupta tras provocar la ira imperial en París. Según hemos indicado antes, las reformas administrativas galas establecieron una burocracia más eficiente que despertó, como era natural, un hondo resentimiento opuesto a su carácter intrusivo, por no hablar de las pesadas cargas financieras que tuvieron que soportar los ayuntamientos para sosternerlas. Aunque las reformas modernizadoras fueron bien recibidas por algunos napolitanos urbanos, el resto de la población era reacia a abrazarlas. Las provincias calabresas continuaron en abierta rebelión, mientras que en otras regiones el descontento popular crecía por las cuotas de reclutamiento forzoso que el Gobierno fijó después de una primera etapa en la que había favorecido el alistamiento voluntario.[44] La cuestión del reclutamiento adquirió especial relevancia después de 1809, cuando Murat dobló las cuotas y provocó con ello motines y resistencia en Roma y los alrededores en 1810 y 1811. Los intentos franceses de consolidar la deuda pública condujeron a que muchos prestamistas (sobre todo bancos privados e instituciones de caridad) perdieran una parte considerable de sus inversiones.[45] Como ha sabido observar un eminente historiador del reino napolitano, estas reformas galas estaban pensadas para beneficio político del régimen napoleónico y solo beneficiaban a «grupos de altos funcionarios, nobles ricos y financieros extranjeros». Además, estos cambios también supusieron enormes pérdidas para lo que las autoridades francesas denominaban «el patrimonio de los ociosos» –los monasterios y corporaciones religiosas,

cuyos bienes habían servido para pagar las deudas del Antiguo Régimen–.[46]

El éxito del régimen napoleónico en Nápoles dependía en alto grado de la buena voluntad del Gobierno imperial. Sin embargo, las relaciones entre París y Nápoles se tensaron a menudo por las continuas disputas en relación con cuestiones comerciales, la imposición del Bloqueo Continental y la aportación de tropas. Las ambiciones dinásticas de Murat, largo tiempo acariciadas, tuvieron una relevancia similar. La decisión de Napoleón de contraer matrimonio con la archiduquesa austriaca María Luisa alarmó al monarca napolitano y a su esposa, Carolina, no solo por la posibilidad de que Napoleón tuviera un heredero, sino porque la nueva emperatriz era una nieta favorita de los Borbones napolitanos, que entonces residían en la isla de Sicilia protegidos por las armas británicas. Murat temía un eventual acercamiento entre Napoleón y los Borbones –se rumoreaba que la reina María Carolina negociaba en secreto con el emperador– que le pudiera costar la corona. Poco después de la boda imperial, Murat trató de fortalecer sus aspiraciones dinásticas insistiendo en invadir Sicilia. A finales de la primavera de 1810 había logrado movilizar en torno a 20 000 soldados napolitanos para la expedición y contaba con disponer de otros 15 000 franceses. Sus planes sufrieron un duro golpe cuando supo que el contingente galo iba a ponerse bajo un mando separado y más tarde comprendió que Napoleón no se había tomado nunca en serio la invasión de la isla; para él, el proyecto solo había sido una diversión destinada a que los británicos desviaran recursos que, de otro modo, irían a la península ibérica. El plan funcionó: los británicos levantaron el bloqueo de Corfú y suspendieron el traslado de tropas de Sicilia a España.

Es obvio que esto no le sirvió de consuelo a Murat, que se había pasado el verano de 1810 en la costa del estrecho de Mesina. Los costes del proyecto no habían dejado de aumentar y las rela-

ciones entre los oficiales franceses y napolitanos se deterioraban, pero Murat se aventuró a poner en marcha la invasión. Las primeras tropas cruzaron el estrecho en la noche del 17 de septiembre. Tan pronto como desembarcaron en Mesina, cayeron bajo un fuego graneado y regresaron con presteza a las embarcaciones. Murat, desmoralizado por el revés, canceló la operación. Napoleón se enfureció cuando conoció lo sucedido, acusó al mariscal de anular la invasión sin haber recibido órdenes al efecto y de contribuir a la derrota de las fuerzas del mariscal André Masséna en Portugal, cosa que no era cierta.[47]

La fallida invasión de Murat puso de relieve que Sicilia se había convertido en un reducto británico en el Mediterráneo y que ofrecía, como Gibraltar y Malta, un lugar ventajoso desde el que hostigar a los franceses en Italia y en otras áreas.[48] De todos modos, las relaciones entre la monarquía borbónica napolitana desplazada y las autoridades británicas eran todo menos amistosas. La reina Carolina, que dominaba a su infeliz marido el rey Fernando, pensaba que, aunque los franceses fueran sus enemigos declarados, los británicos no eran mucho mejores y podían acabar con la soberanía borbónica, a la que ya habían reducido a una pálida sombra de lo que había sido. Los Borbones también recelaban de que Gran Bretaña pudiera usarlos como pieza de cambio en una eventual negociación diplomática con Francia. De hecho, los diplomáticos británicos y galos ya habían debatido este extremo en 1806 y solo la inesperada muerte del secretario de Exteriores británico, Charles Fox, puso fin a aquella idea.

Tampoco estaban los británicos contentos con sus aliados napolitanos. El tratado de comercio que habían firmado con el rey Fernando en 1808 los obligaba a defender las fortalezas sicilianas de Mesina y Augusta, donde debían desplegar una guarnición mínima de un millar de hombres. Además, Gran Bretaña estaba obligada a pagar a la corte borbónica un subsidio anual de 300 000 libras esterlinas desde septiembre de 1805, que más tarde se

incrementó en 100 000 libras más. A pesar del sustancioso subsidio, la reina Carolina continuaba exigiendo más ayuda pecuniaria a su aliado. El Tratado de Schönbrunn, que puso fin a la Guerra Franco-Austriaca de 1809, tensó aún más las relaciones anglo-napolitanas. Por el casamiento de Napoleón con la archiduquesa María Luisa, cuya madre era hija de la pareja real napolitana, Carolina se convirtió en abuela del emperador galo. Esta circunstancia no le importaba por sí misma gran cosa a la reina, pero se dio cuenta de que podía aprovechar la conexión austriaca para mejorar su situación de cara a los británicos. A primeros de 1811, el enviado británico lord Amherst escribía exasperado acerca de una intriga diplomática en la que participaban la reina Carolina y la corte vienesa y que estaba encaminada a restaurar al rey Fernando en Nápoles y a colocar un príncipe Habsburgo en el trono de Sicilia.

Los afanes de Carolina para la recuperación de Nápoles y el estilo de vida disoluto de Fernando mantuvieron a ambos ajenos a la cultura y la vida política sicilianas. La isla tenía, por una larga tradición, una asamblea representativa compuesta por los barones, el clero y los arrendatarios de la Corona. La asamblea se reunía cada cuatro años y el 25 de enero de 1810 se iniciaron nuevas sesiones en la gran sala del palacio real de Palermo. La pareja borbónica demandó un sensible aumento de los impuestos y una donación especial para la familia real, dos medidas que afectaban de manera considerable a los bolsillos de los barones. La asamblea debatió la cuestión durante más de tres semanas, pero solo se pudo poner de acuerdo en una cifra que equivalía a poco más de la mitad de la que pedía la Corona. El rey Fernando, encolerizado por la tardanza, disolvió la asamblea el 13 de junio y anunció la convocatoria de una nueva de la que esperaba que estuviera más dispuesta a ceder. El monarca prometió, para apaciguar los sentimientos locales, no situar a extranjeros en cargos de relevancia y emplear a ministros sicilianos.

Cuando se reunió la nueva asamblea, se mostró menos dispuesta aún a extender un cheque en blanco al rey, que no había cumplido su promesa previa y había encomendado puestos clave a napolitanos en lugar de a sicilianos. Entre los nuevos nombramientos se encontraba Marchese Donato Tommasi, que, como ministro de Finanzas, trató de reponer las arcas reales por medio de la venta de propiedades eclesiásticas y de una recaudación más vigorosa de impuestos incrementados. Estas medidas provocaron la respuesta airada de la asamblea, que las veía como un ejercicio arbitrario del poder por parte del monarca.[49] Los barones sicilianos, que controlaban unos 160 votos de los 275 de la asamblea, se opusieron agriamente a las medidas, aunque no pudieron convencer al rey de que las revirtiera. Al contario, Fernando optó, a instancias de su esposa, por emitir un decreto real que ordenaba el arresto de los principales barones firmantes de una carta de protesta contra las medidas reales.[50]

La situación se iba complicando cada vez más en el momento en que lord William Bentinck, el nuevo representante británico con funciones de gobernador civil y militar de Sicilia, llegó a Palermo en julio de 1811. Capaz y experimentado a pesar de contar solo 36 años, ya había servido como oficial en varias campañas militares y había gobernado Madrás, en la India, durante cuatro años. La principal debilidad de Bentinck, en palabas de un estimado historiador británico, era que venía a ser «demasiado inglés e inclinado a pensar que las estrictas soluciones inglesas eran la panacea ante cualquier enfermedad política dondequiera que se declarase».[51] Bentinck trató, en un primer momento, de desactivar el conflicto entre los barones y los Borbones, temeroso de que la continuación de la escalada de tensiones pudiera amenazar el control británico de la isla. Su esfuerzo para convencer a los Borbones de que revocaran los edictos problemáticos y llegasen a un compromiso con los barones se topó con una sólida negativa. Tampoco tuvo éxito con los barones –Bentinck,

que era políticamente liberal, levantaba suspicacias crecientes entre las élites locales por su oposición a los derechos feudales de la nobleza y a los privilegios corporativos–.

Después de desplazarse a evacuar consultas a Londres en el otoño de 1811, Bentinck regresó con un nuevo listado de instrucciones que pedían tratar a Sicilia como «a un aliado indio refractario».[52] A este efecto, Bentinck fue autorizado a emplear los subsidios británicos como herramienta básica de presión política sobre la corte borbónica. Utilizó esta autoridad con mano dura y exigió de la Corona grandes concesiones. La subsiguiente pugna con la familia real se alargó durante más de un año, mientras se encadenaba una confrontación tras otra entre la reina Carolina y el enviado británico entre ráfagas de acusaciones, cartas y notas.[53] Bentinck pensaba que las acciones de la soberana eran una amenaza nada desdeñable para los intereses británicos en la región y que estaba en contacto clandestino con el enemigo. Numerosos miembros del Gobierno británico que eran del mismo parecer anhelaban poner la isla bajo un control más firme o anexionarla sin más. Bentinck se sentía conmovido por los problemas de los sicilianos y estaba convencido de la necesidad de una intervención británica, no tanto por el interés de Gran Bretaña como por el bienestar de los propios sicilianos.

Entre 1811 y 1814, Bentinck aprovechó la oposición de los barones para engatusar a la monarquía borbónica y que esta aceptara unas reformas políticas que desembocaron en la convocatoria de una nueva asamblea y en la redacción de una Constitución liberal en 1812. La nueva Constitución, redactada según el modelo constitucional inglés, era concisa, aunque de gran alcance: reformaba la monarquía, afirmaba la independencia soberana de Sicilia y concedía a la isla un grado de autonomía política y fiscal mucho mayor que el que había disfrutado hasta entonces. También establecía una monarquía constitucional que reconocía la autoridad legislativa de un Parlamento (una asamblea bicame-

ral de corte británico), el cual concedía al rey el poder de veto. La cámara legislativa tenía también poder para procesar a ministros y a funcionarios públicos. Se creaba un poder judicial distinto e independiente del ejecutivo y el legislativo. Lo más significativo fue que la Constitución abolió los privilegios y prácticas feudales que se habían admitido durante cientos de años y que trazaba unos derechos y libertades básicos para ser ejercidos a partir de entonces por los sicilianos. Así concluía, de forma algo paradójica, un proceso que había empezado cuando la nobleza había esgrimido derechos constitucionales para defender precisamente esos mismos privilegios feudales.[54]

Como es natural, los cambios súbitos de las leyes existentes y de los derechos consuetudinarios provocaron gran enojo entre quienes se vieron afectados más negativamente. Un inglés se lamentaba en agosto de 1812: «Copiar una ley [británica] palabra por palabra y aplicarla a gente en circunstancias totalmente distintas es sabotear y arruinar justo el efecto que buscábamos. En un momento, se pone del revés todo el manto del antiguo gobierno que ha existido por casi diez siglos, sin abrir ni uno de sus registros ni examinar las bases en las que descansaba».[55] Incluso los sicilianos aperturistas se alarmaron ante la velocidad de estos cambios políticos y uno de ellos le advirtió a Bentinck: «Demasiada libertad es, para los sicilianos, el equivalente de una pistola o un estilete en manos de un niño o de un loco».[56]

Estos temores no tardaron en verse cumplidos. Quebrados los viejos lazos tradicionales y, sin un sentido claro del bien común que prevaleciera sobre los intereses particulares, estalló una serie de agrias luchas de poder entre la Corona, la nobleza y la floreciente clase media. Antes de que hubieran transcurrido dos semanas desde la aprobación de la Constitución se suspendieron las sesiones del Parlamento. Bentinck se lamentaba de que la nación siciliana estaba todavía en su «infancia y debilidad» y afirmaba que era necesario gobernar la isla con «bombones en una mano y

el bastón en la otra».[57] Frustrado, Bentinck acumuló poder para conseguir llevar el cambio a término. Durante nueve meses gobernó Sicilia, a partir del otoño de 1813, como un dictador a efectos prácticos. La reina Carolina, que se opuso a los cambios en cada paso del proceso, fue obligada a exiliarse; los británicos le proporcionaron el buque de guerra que la trasladó a Rusia, desde donde pudo viajar segura hasta la capital austriaca.[58] Bentinck tenía la esperanza de que las reformas liberales que pastoreaba en la isla moverían a los italianos de tierra firme a desafiar al régimen napoleónico. Su experimento de gobierno constitucional en Sicilia iba a durar solo unos pocos años. Al concluir las Guerras Napoleónicas, Fernando IV regresó al trono de las Dos Sicilias y, en una de sus primeras decisiones, abolió la Constitución. De todas formas, el experimento constitucional no fue un fracaso total: las ideas que contenía pervivieron en la memoria de los sicilianos e influyeron en el deseo de autonomía que estuvo en la base de las revoluciones sicilianas de 1820 y 1848.

El impacto a largo plazo de Napoleón fue muy diverso a lo largo de Europa. En cualquier caso, incluso en los territorios donde los franceses no pudieron intervenir directamente, los golpes de la derrota militar y la ocupación extranjera tuvieron repercusiones profundas y obligaron a las élites locales a aceptar reformas internas para poder encarar la amenaza francesa. El mejor ejemplo de esto nos lo ofrece Prusia. Los años posteriores a 1807 estuvieron marcados por la devastación económica causada por las enormes deudas del Estado, las incesantes exigencias francesas para el pago de las indemnizaciones y el coste de abastecer al ejército ocupante. El Gobierno tuvo que subir los impuestos, devaluar la moneda y emitir papel moneda. La salud económica del Estado continuó deteriorándose: su deuda, que

ascendía a 53 millones de *gulden* (florines) antes de 1806, aumentó a 112 millones de *gulden* en 1811 y a más de 200 millones al acabar las Guerras Napoleónicas.[59]

Los efectos de la ocupación francesa agitaron los sentimientos nacionales en muchos alemanes. La situación de los Estados alemanes inspiró a Johann Fichte, profesor de la Universidad de Erlangen, a producir sus famosos catorce *Discursos a la Nación alemana* (1808), una de las primeras formulaciones de un nacionalismo alemán en ascenso. El egoísmo y la división, defendía Fichte, habían arruinado a los Estados alemanes, ahora abocados a la ardua tarea de sobrevivir a la dominación francesa. Ensalzando las cualidades propias de la lengua, la tradición y la literatura alemanas, llamaba al pueblo alemán a liberarse de Napoleón.[60] Estos sentimientos encontraron eco en patriotas como Karl August Fürst von Hardenberg, Heinrich Freiherr vom und zum Stein, Gebhard von Blücher, Gerhard von Scharnhorst y August von Gneisenau, quienes trataron por todos los medios de reconstruir la economía y las fuerzas armadas del país después de la aplastante derrota.

Entre los hombres que protagonizaron la regeneración nacional prusiana destacan Stein, Hardenberg y Scharnhorst. El primero, vástago de una vieja familia de *Freiherr* (caballeros imperiales), fue nombrado primer ministro de Prusia en octubre de 1807. Aunque Stein solo duró un año en el poder, su nombre está ligado a reformas clave en el sistema de gobierno, las estructuras sociales, los ejecutivos locales, el Ejército y la educación. Un ejemplo fue el Edicto de Emancipación, que liberaba a los campesinos prusianos de los últimos vestigios de la servidumbre. Sus reformas concedieron un grado considerable de autogobierno a las ciudades y villas, abolieron las restricciones feudales sobre la propiedad de la tierra y sancionaron el libre comercio de tierras. Esto provocó el derrumbamiento del sistema de castas que bloqueaba el acceso a los oficios y facilitó el ascenso de gente del co-

mún y con talento a las esferas más altas de la sociedad. Aquel mismo año, Stein también logró sacar adelante su proyecto de nuevo ejecutivo central que reemplazó al complicado sistema dual que había dividido el poder de forma confusa y variable entre los ministros del rey y el gabinete de este. La tarea de Stein se vio interrumpida en los últimos días de noviembre de 1808, cuando una carta en la que expresaba su convencimiento de que era necesario expulsar a los franceses fue interceptada por las autoridades galas.[61] Napoleón exigió su destitución. El rey Federico Guillermo intentó retardar el cumplimiento de la demanda, pero se le informó en términos nada dudosos de que los franceses no saldrían del país mientras Stein permaneciera en el Gobierno. En diciembre de 1808, Napoleón declaró a Stein enemigo de Francia, embargó todas sus posesiones y ordenó su apresamiento dondequiera que estuviese. Stein, informado del peligro, escapó a Bohemia, entonces parte del Imperio austriaco, desde donde continuó conspirando para la caída de Napoleón.

Hardenberg, compañero de Stein en el anhelo reformista, tampoco era prusiano. Hannoveriano de nacimiento, había servido en Hannover y en Brunswick antes de pasar al servicio de Prusia la última década del siglo XVIII. Tras largos años en los márgenes del poder, a Hardenberg le llegó su oportunidad cuando Federico Guillermo II lo nombró *Staatskanzler* (canciller de estado o ministro principal) y le encargó la dirección de los ministerios de Finanzas e Interior. Fue fundamental en la reorganización total de las finanzas prusianas, una labor que comprendió el fin de las exenciones fiscales (aunque algunas se reinstauraran más adelante), la introducción de la libertad de empresa y la reforma de los sistemas arancelarios y de peajes. Gerhard von Scharnhorst, oficial de intelecto y talentos notables, tuvo un rol decisivo en la modernización del Ejército prusiano y en el desarrollo de nuevos e influyentes conceptos en la teoría y práctica militar. Al abolirse la servidumbre en Prusia, Scharnhorst y los

demás reformistas apelaron al común patriotismo prusiano como vía para crear un Ejército de ciudadanos-soldados. En julio de 1807, el rey Federico Guillermo III creó una Comisión para la Reorganización Militar presidida por Scharnhorst. La comisión efectuó una auténtica purga en el Ejército prusiano a la luz de su actuación en la debacle de 1806: los oficiales incompetentes fueron despedidos, se promocionó a los más eficaces y también se puso fin a la costumbre de reclutar extranjeros. La áspera disciplina del Ejército de Federico el Grande fue abolida y se redujo el rígido poder de los *Junker* (miembros de la nobleza terrateniente) para permitir el ascenso de los hombres de mérito y talento. Las reformas reestructuraron al Ejército prusiano en eficaces brigadas de armas combinadas según el modelo francés, mejoraron la instrucción y las tácticas y desarrollaron la Landwehr, un cuerpo de milicia nacional. Igual de importante fue el *Krümpersystem* (sistema de reducción), diseñado para entrenar reclutas con rapidez y pasarlos después a la reserva. De esta forma se incrementaba al máximo el número de individuos adiestrados sin que el tamaño del Ejército activo sobrepasara nunca del límite de 42 000 hombres impuesto por Napoleón en la Paz de Tilsit en 1807. Además, la monarquía prusiana accedió a la creación de la luego célebre Kriegsakademie (Academia Militar) de Berlín, donde los oficiales prusianos empezaron a poner las bases de un estado mayor general verdaderamente moderno.[62]

Las llamadas de Fichte por un sistema de educación ilustrado tuvieron un efecto notable. El sistema educativo prusiano se reformó y se puso bajo la dirección del distinguido filósofo y lingüista prusiano Wilhelm von Humboldt (hermano del afamado geógrafo y naturalista Alexander von Humboldt), que empleó sus conocimientos y entusiasmo en cimentar lo que se llegó a conocer como *Humboldtisches Bildungsideal* (ideal educativo Humboldtiano). Este aunaba las artes y las ciencias con la investigación para obtener un aprendizaje general y una formación cultu-

ral completa.[63] Las universidades prusianas –Königsberg, Francfort del Óder y Halle, a las que se sumaron las recién creadas en Berlín y Breslavia– fueron auténticos pilares del resurgimiento nacional y nutrieron de espíritu patriótico y formaron a una nueva generación de hombres destinados a dirigir el Estado prusiano. Los patriotas prusianos también formaron cierto número de sociedades secretas para estimular el renacimiento del país. La más sobresaliente fue la Tugendbund (Liga de la Virtud), fundada en Königsberg (actual Kaliningrado) en 1808. Los miembros de la Tugendbund eran oficiales del Ejército, hombres de letras o hijos de terratenientes que ardían en deseos de acabar con la ocupación francesa de su país y de traer, como indicaba la orden real que aprobó su fundación, «la recuperación de la moralidad, la religión, el buen gusto y el civismo».[64]

La Tugendbund no duró lo bastante como para ver cumplidos los sueños de sus miembros. En 1809 fue acusada de instigar a la rebelión contra los franceses. Federico Guillermo III, temeroso de la reacción de Napoleón, emitió un decreto que ordenaba su disolución. Sin embargo, la Tugendbund no tardó en encontrar reemplazo en nuevos grupos como las Deutsche Gesellschaften (Sociedades Patrióticas Alemanas), las Burschenschaften (Fraternidades de Estudiantes) y la Turngesellschaft (Sociedad de Gimnasia), todas ellas dirigidas a preparar a los alemanes en cuerpo y espíritu para la próxima guerra con Francia.

CAPÍTULO 14 | El último triunfo del emperador

En 1809, Austria decidió aprovechar la enorme implicación de Napoleón en España para remediar su posición en Europa central. Muchos líderes fundamentales de la corte habsbúrgica compartían con el ministro de Exteriores, Johann Philipp Stadion, la convicción de que Napoleón quería destruirlos «porque nuestros principios y tamaño son incompatibles con una hegemonía universal única».[1] Visto el destronamiento de los Borbones españoles por Napoleón, el partido austriaco de la guerra –formado por los que defendían un conflicto abierto con los franceses– llegó a la conclusión de que la supervivencia de la monarquía de los Habsburgo solo podía garantizarse plantando cara enérgicamente a Napoleón. La oportunidad propicia se presentó en 1808, cuando el emperador galo envió decenas de miles de sus soldados al otro lado de los Pirineos. Los anhelos austriacos se vieron reforzados por los reveses iniciales sufridos por los franceses en España, en especial por la derrota de Bailén, la primera capitulación de un gran contingente francés desde 1801. La continua llegada de reportes acerca de los problemas a los que Napoleón se enfrentaba en España, e incluso en la propia Francia, parecía sugerir que estaba perdiendo la energía y la habilidad combativa, mientras que las noticias (aunque fueran exageradas) de las guerrillas españolas despertaban en las conversaciones la idea de organizar una resistencia popular similar en Alemania. El ministro de Exteriores prusiano le indicaba a un diplomático

austriaco: «El ejército francés está centrado en España. Francia está de malas con la [Sublime] Puerta, tiene enemigos en Italia y es odiada en Alemania. Una sola victoria y el universo se alzará contra Napoleón».[2]

Austria había extraído valiosas lecciones de sus derrotas previas. Los cuatro años posteriores al Tratado de Presburgo de 1805 las había empleado en reformas. El archiduque Carlos capitaneó reformas estructurales y tácticas en el seno del Ejército austriaco, muchas de ellas prestadas directamente de los franceses. Se reorganizó la artillería, se aprobaron nuevas ordenanzas para la infantería y se introdujo el cuerpo de ejército como nuevo tipo de unidad permanente –se establecieron nueve de línea y dos de reserva–. En 1808, Austria creó, a imitación de la *levée en masse* francesa, la Landwehr, una fuerza de milicia en la que se alistaban todos los varones de 18 a 45 años y que podía reunir, al menos sobre el papel, hasta 180 000 hombres. Estas reformas mejoraron las capacidades del Ejército austriaco, pero no hay que exagerar su alcance: las tácticas continuaron estando antiguadas y el sistema de cuerpos carecía de una doctrina común y de una oficialidad debidamente preparada.[3]

Así pues, Stadion puso a Austria en rumbo de colisión directa con Francia. La victoria habría permitido a Viena abortar los supuestos planes de Napoleón de destrucción del imperio de los Habsburgo y remediar las injusticias que había sufrido en las dos últimas décadas. En el otoño de 1808, el partido de la guerra logró imponerse a la oposición del archiduque Carlos y obtuvo del emperador Francisco la aprobación para entrar en un nuevo conflicto con Francia que acabó por conocerse como la Guerra de la Quinta Coalición.[4] Los austriacos debatieron las opciones de iniciar extensas operaciones en el sur de Alemania, Polonia, Italia, el Tirol y Dalmacia y, a última hora, instaron a Gran Bretaña a que lanzara un ataque de distracción en el sur de Italia (que ayudara al archiduque Juan) o en el norte de Alemania, donde las

tropas británicas podrían desembarcar en la desembocadura del Weser y activar una insurrección alemana. En comparación con la situación de 1796 o la de 1805, Austria parecía ahora más fuerte, mientras que Francia mostraba signos de debilidad financiera y de una excesiva extensión militar. Según una orgullosa declaración de un alto oficial austriaco, las derrotas anteriores habían acontecido por cortedad de miras y falta de liderazgo, pero ellos ya habían aprendido de aquellos errores: «Déjennos combatir al enemigo con sus propias armas, déjennos devolverle sus propias balas». Austria debía oponerse al prestigio francés y destruirlo o «cesar de existir».[5]

Aunque la inminente conflagración supuso formalmente la creación de una nueva coalición de Austria, Gran Bretaña, España, Sicilia y Cerdeña, las contribuciones de estos cuatro últimos Estados fueron más bien teóricas. Desde finales de 1808 a primeros de 1809, las comunicaciones entre los miembros de la alianza procedieron con lentitud. Los propios austriacos no se esforzaron en su aproximación a los británicos, ni consiguieron de ellos compromisos firmes. Lo cierto es que Londres se resistió a la entrega del gigantesco subsidio que Austria le pedía, una suma que

era la más alta jamás solicitada y que, en palabras de un político británico, estaba «absolutamente fuera del alcance de este país».[6] Además, Austria no era la única que buscaba el apoyo británico. Prusia también exploró la posibilidad de desafiar a Napoleón mientras estuviera ocupado con España y con Austria. En la primavera de 1809, un enviado prusiano solicitó en secreto al gabinete británico la creación de un depósito de amas en Heligoland y la entrega de 50 000 libras esterlinas para apoyar la insurrección de Prusia.

A primeros de abril de 1809, el ministro de Exteriores británico respondió a las peticiones prusianas y austriacas. Los primeros recibieron una letra crediticia de 20 000 libras esterlinas y la promesa de más fondos si se materializaba la insurrección prusiana. La contestación a los austriacos fue mucho más sustanciosa. Londres accedió a la entrega de 250 000 libras en plata en un puerto austriaco del Adriático y, a la vez, a depositar un millón de libras adicionales en Malta con la finalidad de que pudieran ser usadas por Austria desde el momento en que entrase en guerra con Napoleón.[7] Gran Bretaña se negó a organizar un ataque de distracción en Alemania, aunque prometió ejercer cierta presión en la península ibérica, donde ya tenía una fuerza en Portugal, y algo aún más importante, preparar una operación anfibia que desembarcaría en el Escalda (en los Países Bajos), donde hacía mucho tiempo que Gran Bretaña había querido establecerse.[8]

Austria esperaba contar con el apoyo de Prusia, en ebullición desde la derrota militar de 1806. Un oficial francés que visitó Berlín informó a sus superiores: «[…] no hay uno [de los oficiales superiores prusianos] al que no le gustaría reanudar la guerra con Francia. Este ánimo belicoso, que engarza tan bien con el odio a los franceses, complace a algunos ciudadanos y a la mayor parte de la gente del común, y así influye en la opinión popular».[9] El monarca prusiano era reacio a apoyar a Austria, largo tiempo rival de Prusia, y temía que un nuevo conflicto fallido borrara

su reino del mapa. Federico Guillermo III, en consecuencia, se abstuvo de participar en la nueva coalición, aunque algunos de sus consejeros principales le instaron a apoyar el desafío austriaco a Napoleón. El rey, consciente de estas actitudes belicosas entre sus oficiales y los principales hombres de Estado, trató de contenerlos advirtiéndoles de las «consecuencias desventajosas e impredecibles» que podrían traer sus acciones.[10] A primeros de marzo, una nota formal del ministro prusiano de Exteriores en la que reiteraba la neutralidad de la nación y los compromisos existentes con Francia terminó con cualquier esperanza austriaca de apoyo prusiano.

El deseo austriaco de recuperar sus territorios y el estatus de potencia de primera fila colocaron a Rusia en la incómoda posición de tener que elegir entre sus nuevos aliados y los antiguos. Legalmente, Rusia estaba comprometida con Francia por los tratados de Tilsit y de Érfurt. El segundo especificaba: «[…] en caso de que Austria entrase en guerra con Francia, el emperador de Rusia acuerda declararle la guerra a Austria y hacer causa común con Francia, tratándose de un caso igual a aquellos en los que se aplica la alianza que une a los dos imperios».[11] Si tenemos en cuenta la larga tradición de la alianza austro-rusa, esta cláusula significaba un cambio drástico en la política exterior rusa. La corte, en un primer momento, la justificó dando por válidas las acusaciones de Napoleón, para quien la mano de la «pérfida Albión» estaba buscando problemas en Europa central. Durante sus reuniones con los diplomáticos rusos, Napoleón se refería habitualmente a la confabulación anglo-austriaca y defendía la existencia de «un indudable acuerdo ultimado entre Inglaterra y Austria».[12] El embajador ruso en París, Aleksandr Kurakin, indicó que Napoleón afirmaba:

> […] es el dinero de Inglaterra el que permite [a los austriacos] pagar sus gastos, que son tan incompatibles con sus posibilidades [actuales]. Austria imagina que todavía está en la misma posición que tenía hace doscientos años, olvidan-

> do en lo que se ha convertido desde entonces y lo que Francia ha conseguido. [13]

En febrero, Napoleón continuaba expresando su enojo en las reuniones con los legados rusos, a los que avisó: «Austria necesita una bofetada en la cara y se la voy a dar en ambas mejillas, veréis cómo me lo agradece y a continuación me pregunta qué debe hacer».[14]

La alta sociedad rusa, a pesar de sus lazos culturales y lingüísticos con Francia, era hostil a la alianza franco-rusa y estaba inquieta por las ideas revolucionarias que difundían los soldados franceses y por la expansión gala en Europa central y oriental. Desde su punto de vista, esta alianza convertía a Rusia en sierva de los intereses franceses. Un diplomático austriaco que visitó San Petersburgo a principios de 1809 se quedó atónito ante la bienvenida que le ofrecieron:

> Todo el mundo quiere mostrar, por medio de efusiones de amistad, lo ligados que se sienten a la causa [austriaca] […], no puedo llegar a expresar lo contraria que es la opinión general hacia los franceses. En muy pocas casas los reciben y solo hay dos o tres donde son bienvenidos.[15]

El Ejército, muy especialmente, era un semillero de sentimientos antifranceses. Muchos generales rusos prominentes como el mariscal de campo Aleksandr Prozorovski y los generales Piotr Bagratión, Mijaíl Vorontsov y Serguéi Golitsyn eran contrarios a entrar en guerra con Austria.[16] Muchos de los ministros y consejeros del emperador Alejandro, además de oponerse a hacer la guerra a Austria, instaban a la movilización contra Francia. Pocos hombres de Estado rusos apoyaban una política profrancesa –el ministro de Exteriores, Nikolái Rumiántsev, era el más notable–. Rumiántsev también temía la hegemonía gala en Europa, aunque se daba cuenta de la importancia de la alianza con Napoleón. Para él, Napoleón no era ya «la abominable criatura de la revolución», sino el hombre que al autocoronarse emperador había puesto fin a aquella.[17]

Alejandro también pensaba que Rusia podía salir beneficiada de sus estrechas relaciones con Francia. En una carta a su madre argumentaba:

> […] a Rusia le interesa tener relaciones amistosas con este coloso [Napoleón], el enemigo más peligroso de Rusia. Para evitar cualquier acción hostil francesa es necesario despertar su interés por Rusia, ese sería el impulso que movería la vida política de nuestros estados. Rusia no tiene otro medio de garantizarse la alianza de Francia más que compartir […] los intereses franceses y convencer [a Napoleón] de que confíe en las intenciones rusas. Todos nuestros esfuerzos, por tanto, deben estar dirigidos a conseguir este objetivo y a ganar tiempo para aumentar nuestras fuerzas y recursos.[18]

Cuando Federico Guillermo de Prusia propuso la formación de «una triple alianza defensiva de Prusia, Rusia y Austria» contra Francia, Alejandro la rechazó sin dilación e instó al rey a que adoptara una política más sagaz con Francia.[19]

Al sopesar la situación europea y el potencial militar respectivo de Francia y Austria, Alejandro pensaba que el Ejército austriaco no estaba listo para la guerra y que Rusia, ya en guerra con el Imperio otomano y Suecia, no podía permitirse poner en riesgo sus relaciones con Francia. De todos modos, Alejandro no deseaba abandonar por completo a sus antiguos aliados alemanes. El rey Federico Guillermo III pasó las tres primeras semanas del nuevo año en Rusia, donde su mera presencia sirvió para que Alejandro recordara sus antiguos acuerdos y promesas. Al tiempo que el monarca prusiano partía de Rusia a finales de enero de 1809, Alejandro recibía a un enviado especial austriaco, el príncipe Karl Philipp zu Schwarzenberg, que llegó a San Petersburgo para conseguir la neutralidad de Rusia en caso de guerra con Francia.[20] Schwarzenberg tenía ante sí una misión complicada, convencer a Rusia de que apoyara a Austria, pero sus superiores estaban dispuestos a aprovechar los conflictos de Rusia con Suecia y el Imperio otomano para conseguir un cambio en la actitud rusa: Stadion sopesó prestar apoyo a uno de estos Estados e incluso amenazar a Rusia con la restauración de Polonia, en caso de que los rusos se negaran a cooperar.[21]

Durante las dos horas de su entrevista con Schwarzenberg, Alejandro acusó a Austria de conducta belicosa hacia Francia y avisó de que, si la corte vienesa era la primera en atacar, él cumpliría con las obligaciones de su alianza con Napoleón. También intentó convencer al legado austriaco de que Napoleón no tenía intenciones hostiles hacia Austria y de que la contienda solo conduciría a una «derrota inevitable». Schwarzenberg, por su parte, le reiteró a Alejandro que, «hasta el momento de su partida, no había ningún debate [en Austria] acerca de provocar la ruptura con Francia». Austria se armaba para su defensa, aducía el príncipe, por miedo a que Napoleón amenazara a su monarquía una vez que tuviera seguro el control de España. Alejandro rechazó estos argumentos. Le reiteró que conocía, «de la fuente más fiable», que la preocupación principal de Francia era «restaurar una paz general en Europa» y sostuvo que el comportamiento austriaco solo servía para reforzar en Napoleón la convicción de que Gran Bretaña estaba instigando otra guerra en el continente.[22] Alejandro estaba convencido de que el objetivo de Rusia debía ser preservar «el equilibrio de poder en Europa, cuya condición intrínseca es, en mi opinión, la existencia y la integridad de tres grandes monarquías: Austria, Francia y Rusia». Por consiguiente, Rusia debía «alinearse con Francia en los esfuerzos de esta por poner unos límites razonables a la ambición Austria si esta continuaba manifestándose agresivamente, aunque [Rusia] también estaría lista para alinearse con Austria si en algún momento esta sufriera una agresión injustificada de Francia».[23]

Estos dos principios –la preservación de la paz y la integridad del Imperio austriaco– guiaron la conducta rusa durante la guerra franco-austriaca. La decisión de Austria de iniciar la guerra y, por tanto, de convertirse en agresora, obligó a Alejandro a cumplir sus compromisos con Francia, aunque está claro que no deseaba ayudar a los galos a destruir una de las piedras angulares de su visión del equilibrio europeo. «Pese a que esta situación le for-

zó a enviar sus tropas a Galicia», Alejandro le dijo a Schwarzenberg que retrasaría su entrada en la guerra lo máximo posible y les indicó a sus comandantes que evitaran «cualquier posible colisión y todo acto de hostilidad» con las fuerzas austriacas.[24]

La guerra franco-austriaca se inició el 10 de abril de 1809, en el momento en que Carlos y el ejército principal austriaco invadieron Baviera, fiel aliado de Napoleón, mientras otro contingente austriaco a las órdenes del archiduque Juan se ponía en marcha hacia el norte de Italia. Unos días después, el cuerpo del archiduque Fernando amenazaba al Ducado de Varsovia, mientras que unidades austriacas de menor entidad invadían Dalmacia.[25] Las fuerzas galas en Italia, comandadas por Eugenio de Beauharnais, chocaron con las del archiduque Juan el 16 de abril en Sacile, donde los austriacos montaron un ataque de flanco que amenazaba con cortar la línea de comunicación francesa. Beauharnais reagrupó a sus efectivos y se batió en retirada, primero hasta el río Piave y luego al Adigio, así abandono el nordeste de Italia.[26] Sin embargo, Italia era solo un frente secundario y el cambio de la suerte del ejército principal austriaco pronto forzó al archiduque Juan a suspender la ofensiva.

El teatro de operaciones decisivo estuvo en Alemania, en el valle del Danubio, donde los austriacos confiaban en aprovechar el empeño de Napoleón en España para pillar desprevenidas a las fuerzas francesas en la región, obtener victorias rápidas y provocar la insurrección popular en Alemania. El archiduque Carlos entró con un contingente austriaco de alrededor de 200 000 hombres en Baviera, aliado de Francia y miembro principal de la Confederación del Rin, e informó a las autoridades bávaras de que su intención era avanzar por el territorio y de que trataría como enemigo a quien se le opusiera. Una proclama de guerra interpeló a los soldados austriacos a luchar por la libertad: «Europa busca la libertad bajo vuestras banderas [...]. Vuestros hermanos alemanes esperan de vuestras manos la redención».[27] Las

esperanzas austriacas de levantamiento popular se desvanecieron con rapidez; la gran mayoría de los alemanes permaneció impasible ante tales llamadas o los agitadores patrióticos. Además, las asunciones austriacas acerca de la contienda de los franceses en España resultaron erróneas, puesto que Napoleón puso en fuga a las unidades españolas, ocupó Madrid y no tardó en provocar la huida apresurada del Ejército británico de la península ibérica.

Napoleón había recibido informes del incremento de la belicosidad austriaca mientras se encontraba en España y durante varios meses había reforzado sus efectivos en Alemania. En enero de 1809 había ordenado a los Estados de la Confederación que movilizaran sus contingentes y luego los unió a las fuerzas galas situadas al este del Rin para formar, con la intención de disuadir a los austriacos, el Ejército de Alemania. Eugenio de Beauharnais y el príncipe Józef Poniatowski recibieron instrucciones detalladas para la preparación de las defensas de Italia y del Gran Ducado de Varsovia. Napoleón llamó entonces de España a sus leales comandantes –Lannes, Lefebvre y Bessieres–, pero como no deseaba provocar a Viena, permaneció en París y nombró comandante en jefe de las fuerzas francesas en Alemania al mariscal Alexander Berthier, su formidable jefe de estado mayor. Napoleón, como vemos, esperaba la guerra, pero no pensaba que los austriacos la fueran a iniciar antes del mes de mayo. Por este error de cálculo, el ataque del Carlos pilló desprevenido al Ejército francés. Berthier, a pesar a la maestría con la que desempeñaba su labor bajo la supervisión de Napoleón, en ausencia del emperador se hallaba perdido. Su ayudante se apenaba de ver al mariscal, «tan sereno en medio del fuego, a quien no había peligro que lo intimidara, temblando y abrumado bajo el peso de su [nueva] responsabilidad».[28] Las confusas instrucciones de Berthier, agravadas por el mal tiempo y la subsiguiente interrupción del servicio del telégrafo óptico que transmitía las órdenes de Napoleón, no lograron concentrar al Ejército francés. Este se en-

contraba, en la víspera de la guerra, dividido en dos grupos y varios de sus cuerpos de ejército no habían llegado todavía a las posiciones previstas. En la región entre Múnich, Augsburgo y Ratisbona estaban dispersos tres cuerpos franceses, mientras que el mariscal Masséna, con el IV Cuerpo, todavía continuaba su marcha desde Fráncfort hacia Baviera. Lo más grave era que el III Cuerpo del mariscal Davout, situado en Ratisbona, se hallaba muy adelantado con respecto al resto de las unidades francesas y era vulnerable a un posible envolvimiento austriaco.

Si los austriacos hubieran atacado en marzo, o si hubieran emprendido con más vigor su ofensiva de abril, tal vez habrían ganado victorias capaces de inducir a Prusia a actuar. Pero vacilaron. Una vez que se puso en marcha la ofensiva, el Ejército austriaco, pese a los cuatro años de reformas, actuó con parsimonia y no supo aprovechar la ventaja. Mientras su adversario desperdiciaba un tiempo precioso, Napoleón reaccionó con premura ante la nueva amenaza. El 13 de abril salió de París y el día 17 llegó al frente y se puso al mando del ejército. Su presencia y liderazgo despertaron al contingente e insuflaron en los subordinados el sentimiento del deber y también de la urgencia. Napoleón respondió a la ofensiva austriaca con un contraataque que utilizó los cuerpos de Davout y de Lefebvre como fuerza de contención mientras el resto de las fuerzas galas pivotaba para contactar con el enemigo. El 21 de abril, en una serie de encuentros que se conocieron en conjunto como la batalla de Abensberg, Napoleón entró en combate con lo que pensaba que era la porción mayor del entonces ya dividido Ejército austriaco y dirigió el grueso de sus tropas contra los apenas 36 000 hombres del *Feldmarschalleutnant* Johann Hiller, que formaban el flanco izquierdo austriaco. Los franceses arrollaron a Hiller, empujaron a sus tropas a la otra orilla del río Isar por Landshut y apresaron a un cuarto de ellas y a la mayoría de la artillería y transportes.[29] Entonces fue cuando Napoleón supo que el grueso del ejército

del archiduque Carlos se encontraba, realmente, en el norte, atacando a Davout y a Lefebvre en Eggmühl. Los austriacos podrían haber obtenido una victoria en este lugar, de no ser por Davout, el «Mariscal de Hierro», que defendió tenazmente la población. El 22 de abril, con los hombres de Davout casi sin munición y desfallecidos por el agotamiento, los refuerzos enviados por Napoleón llegaron a toda prisa y obligaron al ejército de Carlos a retirarse hacia Bohemia con cierto desorden. Despejado el camino a Viena, los franceses entraron en la capital austriaca el 13 de mayo. Igual que en 1805, la corte imperial y el Gobierno austriacos habían sido evacuados mucho antes, pero los franceses consiguieron apoderarse de gran cantidad de abastecimientos que habían quedado en la ciudad.[30]

La primera semana de la campaña demostró la capacidad improvisadora de Napoleón en las operaciones, imposible de igualar por los austriacos. Los franceses triunfaron en cinco batallas sucesivas libradas en otros tantos días e infligieron más de 50 000 bajas a los austriacos. Napoleón había arrebatado la iniciativa a un enemigo que tuvo ocasión de obtener victorias, pero que demostró escasa iniciativa y que puso de manifiesto graves deficiencias en su sistema de mando y control. El comandante austriaco, que antes de la guerra había prevenido al emperador Francisco de que la primera batalla que se perdiera sería «la sentencia de muerte de la monarquía [habsbúrgica]», se encontraba tan desmoralizado por estos reveses que instó a su ejecutivo a pedir la paz y se ofreció a entrevistarse con Napoleón con una «rama de olivo» en la mano.[31]

De todos modos, las victorias de Abensberg y Eggmühl, aunque significativas, no podían compararse con Austerlitz o Jena. El Ejército austriaco, a pesar de su triste desempeño, escapó de la destrucción y se retiró a la salvaguarda de la orilla oriental del Danubio, donde Carlos pronto lo reagrupó y adoptó una posición defensiva al norte y el este de Viena. Destruidos los puentes

del Danubio, la única forma posible de cruzar el río y entablar combate con los austriacos era por la llanura aluvial de Lobau, al sur de Viena, donde varias islas dividían el río en tres canales distintos. Los franceses se apoderaron con celeridad de las islas y para el 20 de mayo ya habían construido una serie de puentes de pontones a través del impetuoso Danubio, que bajaba entonces crecido por el deshielo y las lluvias primaverales. Napoleón, confiado por sus victorias y sabedor de que a Austria le beneficiaba la pérdida de tiempo, ordenó a sus hombres cruzar el río. Al amanecer del 21 de mayo, el mariscal Masséna, con cuatro divisiones de infantería y dos de caballería, tomó posiciones en la otra orilla y ocupó los pequeños pueblos de Aspern y Essling.[32]

Fue un grave error. Al encontrarse las fuerzas galas divididas por el río, el archiduque Carlos contraatacó precipitando su enorme contingente (de más de 95 000 soldados) sobre los 25 000 efectivos de Masséna. Mientras los franceses se aprestaban para un contragolpe, el furioso Danubio destrozó uno de los puentes, lo que interrumpió las comunicaciones entre Masséna y Napoleón. Los austriacos tomaron por un breve lapso el pueblo de Aspern, pero los franceses lograron aferrarse a sus posiciones durante el resto del día.[33] En cualquier caso, el heroísmo de los hombres de Masséna no podía ocultar que Napoleón había sufrido un gran revés, potencialmente más dañino que el casi desastre de Eylau. La posición de Napoleón, lejos de Francia, con unos frágiles puentes sobre un río crecido en la espalda y el enemigo rodeándolo desde tres direcciones, era de extremo peligro.

Por suerte para Napoleón, el puente se reparó a medianoche y se mantuvo abierto hasta el alba, lo que permitió el paso de refuerzos. A la salida del sol, el cuerpo del mariscal Lannes ya había completado el cruce del río sin sufrir daños y se hallaba emplazado para defender el sector central de la línea francesa. El combate se reanudó con las primeras luces, cuando los cuerpos austriacos I y VI empezaron un asalto en toda regla contra As-

pern. A lo largo de todo el 22 de mayo se sostuvo una feroz batalla por el control de los pueblos de Aspern y Essling, aunque ningún bando logró imponerse. Los austriacos no fueron capaces de empujar a los franceses al río y estos no lograron superar las posiciones enemigas. Los intentos de Napoleón de reforzar sus tropas se vieron interrumpidos por repetidos colapsos de los puentes por obra del ingenio y la industria de los austriacos, que enviaron barcazas en llamas y otros objetos contundentes río abajo. Una vez que el anochecer puso fin a la lucha, Napoleón ordenó el regreso de los efectivos a la isla de Lobau; dejaban atrás casi 7000 muertos. Entre los 16 000 heridos estaba Lannes, que falleció por este motivo una semana más tarde.[34]

La noticia de la victoria austriaca provocó asombro e ilusión en Europa: muchos se congratulaban por el oscurecimiento de la estrella de Napoleón. El emperador francés había sido por fin batido y el Ejército austriaco le había ganado una victoria, la primera en más de una década. A pesar de la mala actuación de las armas austriacas al principio de la campaña, en Aspern-Essling mostraron su lado más recio e hicieron patente que las reformas militares implementadas antes de la guerra habían dado fruto. La ejecución táctica de la infantería austriaca fue admirable y, cuando estuvo presente el archiduque Carlos, la coordinación entre las unidades mejoró de forma notable. Con todo, persistían problemas considerables y el Ejército austriaco continuó siendo, en palabras del historiador John H. Gill, «un instrumento ofensivo inepto, pesado en el movimiento, difícil de coordinar e inflexible una vez en combate».[35] En medio de la euforia que se extendía por Austria, muchos ignoraron convenientemente el hecho de que el ejército no había conseguido destruir a los franceses, a pesar de que había disfrutado de superioridad numérica y de una posición táctica ventajosa. Además, el archiduque Carlos, en lugar de sacar partido de la victoria, decidió quedarse donde estaba y mantener a sus tropas concentradas en la orilla oriental del Da-

nubio. Confiaba en que la dificultad logística de sustentar a las unidades galas en el valle del Danubio no tardaría en forzar la retirada de Napoleón.

Napoleón se sintió, sin duda, herido por la derrota de Aspern-Essling. Se dio cuenta del error que habían supuesto su exceso de confianza y el apresuramiento en los preparativos. La batalla le había enseñado que se enfrentaba a un ejército que merecía respeto. Durante las siete semanas posteriores se preparó metódicamente, reforzó su posición en la isla de Lobau y ganó tiempo hasta que le fue posible cruzar una vez más el río y reanudar la lucha contra Carlos. Este intermedio de tiempo le vino muy bien, puesto que sus tropas salieron victoriosas en otros teatros de operaciones. Eugenio de Beauharnais lanzó una ofensiva en el norte de Italia y derrotó al archiduque Juan en el Piave, lo que le obligó a retirarse a la Austria Interior, donde el archiduque recibió la noticia del éxito austriaco en Aspern-Essling. Entonces, con coraje renovado, desplegó su contngente en una posición cercana a la villa de Raab, unos 110 kilómetros al sudeste de Viena. El 14 de junio, Beauharnais atacó y, tras un violento enfrentamiento, forzó la retirada de los austriacos. A continuación, se encaminó hacia Viena con la intención de unir sus efectivos a los de Napoleón. Mientras tanto, en Dalmacia, los 8000 soldados austriacos del mayor general Andreas von Stoichevich obtuvieron un éxito inicial en el cruce del río Zrmanja, los días 26-30 de abril, y empujaron a las dispersas unidades francesas hacia Knin (Kurn) y Zadar (Zara). Las noticias de la derrota del archiduque Carlos en el Danubio y la retirada del archiduque Juan en Italia, sin embargo, impidieron más avances de Stoichevich. Esto le permitió al general Auguste Marmont, al mando de 10 000 soldados franceses en Dalmacia, contraatacar y derrotar a los austriacos en Pribudic el 16 de mayo, GraČac el 20 de mayo y GospiĆ el 21 de mayo. Gracias a estas victorias, Marmont pudo tomar Trieste el 28 de mayo y Liubliana (entonces Laibach, en

alemán) seis días después, para después continuar la marcha hacia el norte, a Viena, donde se reunió con Napoleón a tiempo para el enfrentamiento decisivo con los austriacos.[36]

En julio, Napoleón ya había concentrado casi 190 000 hombres. Sabía que necesitaba imperiosamente una victoria para recuperar su reputación y poner fin a la contienda antes de que eventuales movimientos de resistencia, inspirados por los reveses, pudieran surgir en otras partes de Europa. Ya había signos de agitación en Alemania. A finales de abril, Friedrich von Katte, antes oficial prusiano y miembro de la Tugendbund, encabezó una breve revuelta en Westfalia para luego escapar a Prusia, donde pronto fue arrestado. Ese mismo mes, otro miembro de la Tugendbund, Wilhelm von Dörnberg, oficial de infantería del ejército del rey Jerónimo, dirigió un alzamiento de corta duración que trató de tomar la capital westfaliana, Kassel, pero fue sofocado y Dörnberg huyó a Austria; más adelante entró al servicio de Rusia.

Mucho más significativa fue la rebelión del mayor Ferdinand von Schill, oficial prusiano que dirigió a los soldados del Regimiento de Húsares de Brandeburgo por todo el norte de Alemania con la vana intención de despertar la llama de la rebelión popular. Schill, uno de los pocos prusianos que habían emergido de la debacle de 1806 como héroes, logró acometer lo que Sam Mustafa ha denominado con acierto «una larga cabalgada» por Alemania y obtuvo un pequeño triunfo cerca de Dodendorf. En último término, fue alcanzado por unidades holandesas y danesas aliadas de Francia y cayó derrotado en Straslund, donde murió en combate. Schill consiguió, una vez muerto, lo que no logró en vida: se transformó en un mártir de la causa de la liberación alemana y su talla no dejó de crecer con el paso de los años y con la intensificación del despertar nacional alemán.[37] Puede decirse lo mismo del duque Frederick William de Brunswick-Oels, que había sido desposeído de su ducado a conse-

cuencia de la victoria de Napoleón en 1807. Dos años después, el duque formó un cuerpo de voluntarios en Bohemia y, al estallar la guerra franco-austriaca, se unió a la causa de los austriacos. Los soldados de su Legión Negra, que lucían la temida *Totenkopf* (calavera) en sus chacós, les ganaron la mano a las fuerzas sajonas y westfalianas en varios enfrentamientos y en junio ayudaron a los austriacos a tomar Dresde.[38]

Mientras las insurrecciones sacudían el norte de Alemania, los tiroleses alzaron en el sur la bandera de la revuelta. La región del Tirol había sido, por largo tiempo, parte de los dominios de los Habsburgo, pero el Tratado de Presburgo de 1805 había obligado a Austria a cederla a Baviera. Las autoridades bávaras y francesas introdujeron una serie de cambios en la región, tales como la clausura de las asambleas locales y los monasterios o la implantación del reclutamiento forzoso y de nuevos impuestos, unas medidas que causaron gran descontento entre los campesinos tiroleses. En 1809, estos ya estaban prestos a tomar las armas para defender su forma de vida. La rebelión empezó casi tan pronto como los austriacos iniciaron la invasión de Baviera. Los días 11 y 12 de abril, los rebeldes, encabezados por Joseph Speckbacher y Andreas Hopfer, sorprendieron a sus señores bávaros y tomaron varias guarniciones de estos en Sterzing, Hall e Innsbruck. Aunque los bávaros, con refuerzos galos, recobraron pronto Innsbruck, los rebeldes tiroleses obtuvieron una gran victoria en Bergisel el 29 de mayo y recuperaron la ciudad. La rebelión se extendió con rapidez a otras partes del Tirol y Speckbacher puso sitio al castillo de Kufstein, aunque no logró tomarlo.[39] El levantamiento llegó a contagiarse a Italia. Allí se desencadenaron revueltas en las antiguas provincias venecianas y en la de Emilia-Romaña, en el centro del país, donde el odio generalizado al régimen napoleónico tomó forma de rebelión abierta por la implantación del reclutamiento forzoso para cubrir las demandas de la nueva contienda de Francia con Austria.[40]

Las noticias de los levantamientos en Westfalia, el Tirol e Italia alarmaron a Napoleón. De todos modos, decidió concentrarse en la tarea, mucho más urgente, de destruir al Ejército austriaco. El emperador, acuartelado en la isla de Lobau, llevaba empleado más de un mes en la preparación de una nueva ofensiva reuniendo tropas, mejorando las carreteras y construyendo puentes sólidos que garantizaran la comunicación entre ambas orillas del Danubio. A partir del 30 de junio ordenó a sus hombres empezar a cruzar los puentes y entrar en la llanura, donde el Ejército austriaco llevaba prácticamente ocioso las últimas siete semanas. Parece que el alto mando austriaco tuvo esperanzas de que sucediera un levantamiento general en Alemania que nunca llegó a materializarse. Aunque para el 1 de julio ya estaba claro el propósito francés de atacar, el cuartel general austriaco no se preparó de manera adecuada y estaba dividido en qué contramedidas adoptar. Carlos confiaba, en un primer momento, en que Napoleón repetiría los mismos errores de Aspern-Essling, pero enseguida se dio cuenta de que el emperador galo no tenía intenciones de atacar las sólidas posiciones austriacas en aquel lugar y que había optado por sortearlas para amenazar el flanco izquierdo austriaco.

Al amanecer del 5 de julio, los tres primeros cuerpos de ejército franceses que cruzaron el río, comandados por los mariscales Nicolas Oudinot (II Cuerpo), André Masséna (IV Cuerpo) y Louis Davout (III Cuerpo), iniciaron la batalla con un ataque a las posiciones enemigas. Los franceses hicieron retroceder a los cuerpos austriacos del *Feldmarschalleutnant* Johann Graf Klenau y del *Feldmarschalleutnant* Armand von Nordmann, lo que permitió a Napoleón verter efectivos adicionales –la Armée d'Italie de Eugenio de Beauharnais y el IX Cuerpo (formado por sajones) del mariscal Jean-Baptiste Bernadotte– por el hueco abierto entre Masséna y Oudinot. El archiduque Carlos, ante aquella acometida, retrasó a sus unidades adelantadas detrás del río Russba-

ch, donde estaba su posición principal. Al acabar el día se sintió satisfecho con el desempeño de su contingente, que había resistido los envites franceses. Napoleón también se mostró complacido por el resultado de la primera jornada de lucha. Había conseguido mover sus tropas a la orilla opuesta y el ejército del archiduque parecía preparado para luchar, sin que aparentara intención de retirarse hacia el norte. La noche permitió a ambos bandos reagruparse y aprestarse para el duelo final.

La lucha del segundo día iba a ser feroz. Carlos percibió cierta debilidad en el ala izquierda francesa y se propuso avanzar en ese sector con el VI Cuerpo de Klenau hacia Aspern y la retaguardia enemiga, en busca de aislar a Napoleón del río y de la línea de retirada. Al mismo tiempo, el ala izquierda austriaca, formada por el IV Cuerpo del *Feldmarschalleutnant* Franz Fürst von Rosenberg-Orsini, atacaría la derecha francesa, donde esperaba contar con el apoyo del archiduque Juan, a quien Carlos había implorado que llegara lo antes posible al campo de batalla. Al amanecer, los austriacos comandados por Rosenberg empujaron a los puestos avanzados galos y entablaron combate con las divisiones de infantería de Davout, las cuales aprovecharon la lentitud del avance austriaco para infligirle severas pérdidas. Napoleón respondió con el envío de la Guardia Imperial y el XI Cuerpo de Marmont en apoyo de Davout. Para entonces ya estaba claro que el archiduque Juan no llegaría a tiempo a la batalla y que los comandantes austriacos no habían conseguido coordinar adecuadamente los ataques en los flancos. Mientras que el golpe de Rosenberg ya se estaba desarrollando, el flanco derecho comandado por Klenau no había siquiera empezado a moverse. Esto acabó obligando al archiduque Carlos a detener el desasistido asalto de su ala izquierda.

Fue en este momento cuando Napoleon recibió la alarmante noticia de que el cuerpo sajón de Bernadotte había abandonado el pueblo de Aderklaa, lo que permitía a los austriacos amenazar

el centro-derecha francés. El emperador ordenó a Masséna que recuperara la citada posición, pero el mariscal se vio incapaz ante la abrumadora potencia de fuego concentrada por los austriacos en aquel sector. Al acabar la mañana, los austriacos habían conseguido hacerse fuertes en Aderklaa y el cuerpo de Klenau lanzaba, por fin, su asalto contra el flanco izquierdo francés, defendido en ese momento por una única división del cuerpo de Masséna a las órdenes del general Jean Boudet. Según se iban sucediendo los distintos asaltos austriacos, Napoleón reaccionaba redesplegando sus unidades. Davout y Oudinot recibieron la orden de atacar a lo largo del Russbach, donde sus incesantes acometidas no tardaron en ganar para los franceses la elevación situada detrás de Markgrafneusiedl. Masséna tuvo entonces que dirigir sus efectivos a otro sector del campo de batalla, Aspern, para defender el flanco izquierdo francés. Napoleón, para facilitar aquella maniobra tan arriesgada, ordenó al mariscal Jean-Baptiste Bessières atacar con su caballería. La carga de la caballería francesa estuvo apoyada por una gran batería de más de un centenar de cañones que mantuvo un fuego tan feroz que los austriacos no tuvieron más remedio que retroceder. En cuanto Napoleón advirtió este movimiento, ordenó un avance general, encabezado en el centro por Jacques Étienne Macdonald al frente de tres divisiones de la Armée d'Italie que formaron un gigantesco cuadro.

A las tres de la tarde, después de haber acumulado más de 40 000 bajas y de haber perdido la esperanza de recibir apoyo del archiduque Juan, el archiduque Carlos retiró su contingente del campo, batido, pero no desbaratado. Los franceses, que habían perdido alrededor de 34 000 soldados, estaban demasiado agotados para perseguirlo. Los austriacos se retiraron durante cuatro días y, después de sufrir un nuevo revés en Znaim, pidieron un armisticio el 10 de julio que Napoleón aceptó.[41] El archiduque Carlos, convertido en cabeza de turco, fue privado de su rango y obligado a entregar el mando. Poco podía hacer su sustituto para

reparar el daño físico y moral que había causado la derrota de Wagram. Después de tres meses de conversaciones, Austria comprendió que continuar la guerra era imposible y aceptó las condiciones de paz de Napoleón.

Estas fueron duras. El Tratado de Schönbrunn, firmado el 14 de octubre, castigaba a Austria por haber comenzado la contienda y le imponía restricciones muy severas. Austria reconocía todos los cambios políticos habidos en Italia y España y se comprometía a apoyar el Sistema Continental de Napoleón contra Gran Bretaña. Napoleón también obtuvo una indemnización de 85 millones de francos y obligó a Viena a reducir su ejército a 150 000 hombres. Mucho peores aún fueron las exigencias territoriales. Austria cedió las provincias de Salzburgo y Berchtesgaden, junto con partes de la Alta Austria, a Francia, que las transfirió a su devota aliada, Baviera. En Italia, Francia arrancó concesiones territoriales adicionales en Trieste y en el litoral croata y consolidó su poder sobre las antiguas posesiones venecianas a lo largo de la costa del Adriático, que ahora fueron transferidas a las Provincias Ilirias del Imperio francés. Austria también tuvo que ceder pequeños enclaves habsbúrgicos a Sajonia y transfirió lo que había ganado en los repartos de Polonia –la Galicia occidental (excepto Cracovia) y el distrito de Zamość en la Galicia oriental– al Ducado de Varsovia. Rusia, a pesar de su renuente actuación durante la guerra, fue recompensada con el distrito de Tarnópol (actual Ternópil), en Galicia (cerca de Brody).

La contienda franco-austriaca de 1809 tuvo un efecto profundo en la política europea del momento. Disminuyó, en cierto grado, el aura de invencibilidad que había acompañado a Napoleón desde los días gloriosos de las campañas italianas. Aunque el emperador tuvo un buen desempeño en Wagram, un observador atento podía advertir que la Grande Armée ya no era el formidable y terrible instrumento de las campañas de 1805-1806. Las bajas sufridas en las diversas campañas, junto con su despliegue a

lo largo y ancho de Europa, la habían dejado con un porcentaje relativamente escaso de veteranos. El revés de Aspern-Essling y la limitada victoria de Wagram, que como hemos observado palidecía si la comparamos con Austerlitz y Jena, invitaban a pensar que, en las conflagraciones ulteriores, Napoleón iba a tener más dificultades para vencer. De hecho, esta fue la última ocasión en que ganó una guerra. Sus anteriores victorias las había conseguido sobre ejércitos de Antiguo Régimen que no habían logrado mantenerse a la par con el dinámico arte de la guerra que la Revolución francesa desencadenó y Napoleón perfeccionó. En cambio, la Guerra de la Quinta Coalición demostró que los rivales de Francia habían adquirido una valiosa experiencia en esas derrotas y sus esfuerzos por acercarse a la maestría de Napoleón llevaron a una modernización gradual de sus contingentes y a la reducción de la ventaja cualitativa que disfrutaban las tropas francesas.[42] Las consecuencias diplomáticas y políticas de esta guerra fueron incluso más dramáticas. Esta nueva y reiterada derrota aplastante encadenó a Austria a una alianza servil con Napoleón, a la que permaneció atada durante unos pocos años. De todos modos, este no fue el impacto mayor. La victoria francesa obligó a Austria, Gran Bretaña y Rusia a ajustar sus expectativas y a empezar a preparar el terreno para su futura colaboración. Esta guerra, en definitiva, ayudó a allanar el camino de las grandes coaliciones de 1813-1814, que acabaron por derribar el imperio napoleónico.

Mientras tanto, en los estertores del verano de 1809, los austriacos se vieron forzados a evacuar el Tirol. En agosto, el mariscal Lefebvre, con 40 000 soldados franco-bávaros, lanzó una campaña para poner fin a la revuelta local, aunque los rebeldes, que aprovechaban con habilidad el terreno montañoso de la re-

gión, no se lo pusieron nada fácil. Estos obtuvieron victorias en Sterzing (6-9 de agosto), Bergisel (13 de agosto) y Lofer (25 de septiembre), aunque a cambio de cuantiosas pérdidas. En octubre, los tiroleses sufrieron una dura derrota en Melleck que, en la práctica, marcó el fin de la revuelta. Muchos rebeldes aceptaron la amnistía ofrecida por los franceses, mientras que estos daban caza a los más recalcitrantes. En noviembre, en el tercer enfrentamiento de Bergisel, el jefe rebelde Hopfer fue derrotado; al final fue capturado y, por orden directa de Napoleón, ejecutado el 10 de febrero de 1810.

Las revueltas venecianas, incitadas por el alzamiento tirolés, continuaron hasta noviembre de 1809, cuando los franceses lograron por fin allegar recursos suficientes para reprimirlas, aunque todavía hubo ataques esporádicos a las autoridades en Verona, Vicenza y Belluno hasta bien entrado 1810. Igual de infructuosos fueron los movimientos de rebelión en Emilia-Romaña. Al mismo tiempo estalló una insurgencia brutal en Calabria, donde el éxito francés de 1806-1807 fue malogrado por el nuevo monarca napolitano, Joaquín Murat, que insistió en mostrar lenidad hacia los rebeldes: redujo el número de patrullas francesas en el campo y liberó a jefes bandoleros que estaban esperando su ejecución. Este enfoque se demostró erróneo. En el verano de 1809, Calabria estaba de nuevo en subversión generalizada. Los rebeldes no se limitaban a interceptar las comunicaciones entre Nápoles y Calabria. También atacaban y masacraban convoyes armados, como los 300 guardias cívicos que fueron atraídos a un bosque cercano a Nicastro y asesinados. Embravecidos por el éxito, los rebeldes incluso asaltaron ciudades en las que mataron a las autoridades locales y a sus familias completas; mujeres y niños fueron quemados en público. La violencia solo engendró violencia; la reacción gala fue rápida y despiadada. El gobernador militar de la provincia, el general Charles Antoine Manhès, era consciente del enraizamiento en los pequeños municipios de

aquella revuelta popular. Esto permitía a los insurgentes sobrevivir en las montañas con los suministros que les proporcionaban las localidades cercanas. En 1810, Manhès decretó que todo campesino que fuera interceptado fuera de su pueblo con cualquier forma de alimento sería ejecutado en el acto, sin excepción alguna por sexo o edad. En efecto, durante el verano, los franceses ejecutaron a hombres, mujeres y niños por pillarlos fuera de sus municipios con apenas una pieza de fruta en la mano. La inmisericordia de estas medidas funcionó y los insurgentes, famélicos, se vieron forzados a salir de las montañas y acudir a los valles, donde fueron cazados por los destacamentos volantes galos. No hubo muestra alguna de indulgencia: todos los bandoleros capturados eran ejecutados y sus cuerpos se dejaban a un lado de la carretera para servir de escarmiento. A principios de 1811 se acabó con las últimas bandas calabresas; su jefe Parafante fue muerto y su cabeza se exhibió en la plaza pública de una población cercana. Después de haber ejecutado a centenares de personas, en la primavera de 1811, Manhès pudo informar de que Calabria estaba de nuevo en paz.[43]

En la víspera de su guerra con Francia, Austria había intentado obtener apoyo británico. Abordó la cuestión con cautela y se ofreció a movilizar 400 000 hombres a cambio de 7,5 millones de libras, de las que debían entregar 2,5 millones por adelantado. Londres, aunque antes había alentado a los austriacos a que desafiaran a Francia, esta vez no mostró interés por la oferta. El secretario de Exteriores, George Canning, respondió que Austria tendría que librar la contienda por sí misma, con escasa o ninguna ayuda británica; una vez que la guerra empezara, Londres valoraría cómo podría ser de utilidad.[44] Este abandono de su antiguo aliado no significaba que Gran Bretaña no estuviera intere-

sada en aprovechar las ventajas que le podría proporcionar la guerra franco-austriaca. Fue el reflejo de la búsqueda de una estrategia exterior más sólida propugnada por el nuevo primer ministro británico, William Henry Cavendish Bentinck, duque de Portland, y sus belicosos ministros: Canning, el canciller del Tesoro Spencer Perceval y el secretario de Guerra y de las Colonias Robert Stewart, vizconde de Castlereagh.

Una vez estuvo en marcha la contienda franco-austriaca, Portland decidió participar directamente mediante un asalto sobre los Países Bajos. La expedición británica a Walcheren, una relevante isla estratégica situada en el estuario del Escalda, no fue una maniobra pensada para apoyar militarmente a Austria. La verdad es que el destino de esta les resultaba indiferente a los líderes británicos, que solo prestaron atención al enfrentamiento de Austria con Francia en la medida en que fuera útil para alejar la atención de Napoleón de los Países Bajos y posibilitara allí el ataque británico. La expedición de Walcheren se concibió atendiendo solo a la seguridad nacional británica y fue consecuencia de los intereses políticos y comerciales británicos.[45] El vizconde de Castlereagh había acariciado largo tiempo un desembarco en el Escalda; ambicionaba obtener el control del comercio en el estuario del Escalda y conseguir un lugar práctico para influir sobre los Países Bajos.[46] Además, el control de Walcheren permitiría a Gran Bretaña golpear instalaciones navales donde se reparaban y construían los buques de guerra de Napoleón. Este había establecido el segundo mayor arsenal naval francés en Amberes y sus alrededores y aspiraba a rehacer allí las capacidades navales perdidas en Trafalgar. Napoleón contaba con que los británicos intentarían amenazar Amberes y había empleado considerables esfuerzos en la fortificación del puerto contra un posible ataque. Sin embargo, en 1809, como apuntó correctamente el historiador John Bew, «los reportes de inteligencia sugirieron que Amberes y Flesinga habían sufrido un debilitamiento de sus defensas

al dirigirse los franceses a luchar con los austriacos más al sur, en el Danubio».[47] Se pensó, pues, que un asalto británico sería capaz de neutralizar la amenaza de una Marina francesa rediviva y, tal vez, socavar el Sistema Continental que empezaba a dañar la economía británica. Si tenía éxito, sería otro Copenhague (bombardeado dos veces por los británicos, en 1801 y en 1807), pero a una escala mayor.

Las maniobras políticas y las dificultades logísticas impidieron a los británicos ultimar los preparativos hasta julio. *Sir* David Dundas, que acababa de ser nombrado comandante en jefe de las fuerzas, adujo que el Ejército británico no podía montar ninguna expedición por estar aún recuperándose de la paliza que había soportado en una fallida invasión de España.[48] Castlereagh preparó un memorando especial que detallaba las razones y el alcance de la expedición a Walcheren y solicitaba consejo a varios oficiales de alta graduación. Estos coincidieron en la importancia de la campaña, pero también advirtieron de su naturaleza azarosa: el éxito de la operación iba a depender, en buena medida, de la velocidad y la energía de la ejecución.[49] El gabinete británico todavía vacilaba cuando la noticia del éxito austriaco en Aspern-Essling llegó a Londres y disipó cualquier duda acerca de la viabilidad del proyecto. Los preparativos se aceleraron a finales de mayo y, el 22 de junio, Castlereagh requirió (y recibió) del rey el permiso para la expedición.

La expedición ya estaba lista para partir cuando llegó la noticia de la derrota austriaca en Wagram. Las autoridades británicas debieron de darse cuenta entonces que aquello significaba, probablemente, que Austria tendría que pedir la paz, aunque optaron por seguir adelante. El 28 de julio, una flota de más de 600 embarcaciones de las que más de 260 eran barcos de guerra zarpó a las órdenes de *sir* Richard Strachan. Transportaba un ejército de 37 000 hombres al mando de John Pitt, segundo conde de

Chatham, hasta la costa holandesa. Un testigo recordó el inmenso orgullo que sintió cuando vio

> […] la partida de la flota más grandiosa que haya jamás zarpado de la costa de Inglaterra. Más de trescientas embarcaciones desplegaron sus alas al viento y, desde North Foreland a South [Foreland], el Canal fue un racimo de barcos en movimiento –una visión que nunca podrá olvidarse mientras perviva la memoria–.[50]

Las fuerzas británicas desembarcaron en Walcheren el 30 de julio, precisamente cuando las tornas habían cambiado a favor de los franceses en el continente. Los británicos, después de sorprender a las unidades locales holandesas y galas, procedieron a apoderarse con rapidez de las ciudades vecinas: Midelburgo y Veere el 31 de julio y la fortaleza de Batz el 1 de agosto.[51] El éxito de la operación dependía ahora de la rapidez del avance hacia Amberes, cuya toma habría supuesto un duro golpe al poder de Napoleón. En aquel punto, sin embargo, la campaña británica empezó a hacer aguas. Chatham, a pesar de las instrucciones que tenía, decidió dirigir los esfuerzos contra la ciudad de Flesinga, que fue bombardeada desde el mar y ocupada por el ejército el 15 de agosto.[52]

Para entonces, los franceses ya se habían recuperado de la conmoción por el desembarco. Sus buques de guerra navegaron río arriba hasta ponerse a salvo en Amberes. El mariscal Bernadotte, que acababa de ser relevado del mando por su insubordinación en Wagram, recibió el encargo de repeler la invasión británica. Aseguró las defensas locales y trajo refuerzos desde Saint-Omer, Eeklo, Bruselas y Lovaina. Al acabar el mes de agosto ya tenía alrededor de 40 000 efectivos franceses y holandeses en la zona de Bergen-op-Zoom y Amberes. Esta fuerza impedía el progreso de los británicos por el Escalda y que amenazaran Amberes. Además, Chatham y Strachan no se ponían de acuerdo en cómo continuar la campaña. Los días fueron pasando y los soldados británicos estaban atascados en la isla, en un ambiente pantanoso y sofocante en el que «la fiebre de Walcheren», una enfermedad si-

milar a la malaria, causó estragos. Esta se extendió con rapidez entre las tropas acampadas en los bajíos de la isla y dejó inoperativos a regimientos completos.[53] El 26 de agosto, un consejo de guerra británico decidió concentrar a la fuerza expedicionaria (encabezada por *sir* Eyre Coote) en Walcheren, mientras que la Royal Navy debía tratar de avanzar río arriba. El 2 de septiembre, los buques de guerra británicos hicieron un intento de llegar a Amberes, pero fueron detenidos por los franceses, que habían empleado las tres semanas previas en mejorar a toda prisa las defensas costeras. Las relaciones entre Chatham y Strachan se rompieron sin remedio y, el 14 de septiembre, el primero regresó a Inglaterra. Al acabar el mes, la mayoría de la fuerza británica fue reembarcada por la Royal Navy, aunque se mantuvo una guarnición de más de 16 000 hombres en Walcheren hasta finalizar el año.[54]

La campaña de Walcheren fue una de las expediciones peor organizadas por los británicos en toda la Era de la Revolución y el Imperio, una verdadera debacle que envió a muchos soldados valientes a una muerte inútil.[55] Aunque solo unos 100 soldados británicos perecieron en combate, los que sucumbieron a la enfermedad llegaron a una cifra impresionante, más de 4000, y varios miles más padecieron los efectos de la malaria durante años. Un año más tarde, todavía más de 11 000 hombres figuraban en los listados como enfermos.[56] El fracaso de Walcheren causó una indignación generalizada en Gran Bretaña, donde el acalorado debate se centró en la búsqueda del culpable del fracaso. El *Times* calificó lo ocurrido de desastre nacional y otros periódicos llegaron a ser aún más estridentes en su condena. En el Parlamento, la oposición arremetió contra el Gobierno, debilitado después de que el primer ministro Cavendish-Bentinck sufriera una crisis que lo dejó inmovilizado. En plena tormenta política por la expedición de Walcheren, algunos miembros del gabinete de Portland se dedicaron a las intrigas y Canning intentó que

Castlereagh fuera destituido. En septiembre, ambos dimitieron de sus respectivos cargos. Las relaciones se habían agriado tanto que, el 21 de septiembre de 1809, dos días después de su renuncia, se enfrentaron en un duelo por aquello; Canning erró el tiro, pero Castlereagh hirió a su adversario en el muslo.[57] El Parlamento acordó una investigación formal para examinar las causas de la derrota de la expedición, pero no llegó a ninguna conclusión más allá de certificar la falta de acuerdo entre los comandantes. El 5 de abril de 1810, el *Times* se lamentaba amargamente: «Si la expedición de Walcheren va a pasar sin que sufra una censura general, ¿no habrá calamidad alguna sobre la que la nación británica merezca ser escuchada?».

Por muy devastadora que fuera la expedición de Walcheren, es necesario evaluarla en el contexto más amplio de las operaciones británicas en 1809-1810. En este periodo, los británicos se implicaron en la Guerra Peninsular y en unas conquistas coloniales que, prácticamente, acabaron con la amenaza francesa en los océanos Atlántico e Índico. En el Caribe, los británicos ocuparon en rápida sucesión los dominios galos de Saint-Domingue (tomado por tropas españolas con ayuda británica), Martinica (capturado en febrero de 1809) y Guadalupe (tomado en febrero de 1810, después de un largo bloqueo). Simultáneamente, el fuerte Saint Louis du Sénégal, última posesión francesa en África y santuario de los ataques galos al comercio británico, fue tomado en el verano de 1809. Como la amenaza francesa en el Atlántico había quedado prácticamente neutralizada, el Gobierno británico pudo permitirse extraer tropas de las colonias y usarlas en la acometida de nuevas operaciones. Tras la caída de las colonias francesas en el Atlántico, las únicas bases galas que quedaban fuera de Europa eran las islas Mascareñas en el Índico y las Indias Orientales Neerlandesas, todas ellas objeto de asaltos británicos a finales de 1809 y en 1810, como más adelante veremos.

Nuestro relato de la Guerra de la Quinta Coalición no ha tocado todavía lo que aconteció en los territorios antes polaco-lituanos, donde el archiduque Fernando dirigió una campaña desganada contra las unidades polacas de Józef Poniatowski. Al empezar la guerra, Fernando avanzó hacia Varsovia, pero fue rechazado en Raszyn el 19 de abril y obligado a abandonar casi todo el territorio polaco que había ocupado. Poniatowski ascendió entonces por el Vístula, invadió Galicia y despertó la rebelión de los polacos del Imperio austriaco. Obligó a las guarniciones austriacas a rendirse y empezó a establecer una administración polaca, para lo que llamó a la unión de todos los polacos para liberar su tierra. En este punto, los planes polacos se vieron truncados por la llegada de las tropas rusas.

Rusia tuvo noticia de la invasión austriaca de Baviera el 16 de abril. El emperador Alejandro hizo saber de inmediato que iba a retirar a su embajador en Viena y le exigió al legado austriaco que saliera de Rusia. Napoleón recibió por carta de Alejandro: «Vuestra Majestad puede contar conmigo; mis medios no son grandes, estando ya ocupado en dos guerras, pero se hará todo lo posible [...]. Siempre tendréis en mí un fiel aliado».[58] En realidad, el emperador ruso no tenía ningún deseo de asistir a los franceses en el desmantelamiento de la monarquía austriaca. Por tanto, aunque Rusia movilizó con rapidez un cuerpo expedicionario comandado por el sexagenario general Serguéi Golitsyn, retrasó su despacho más de un mes.[59]

Para finales de mayo, el contingente austriaco principal ya había sufrido una serie de derrotas en Baviera y la capital habsbúrgica estaba en poder de Napoleón. Este, como era natural, contrariado por las dilaciones rusas, instaba a Alejandro a actuar y se quejaba de que «los cumplidos y las frases no son ejércitos; lo que las circunstancias demandan son ejércitos».[60] Esto cobró especial urgencia tras el revés francés en Aspern-Essling los días 21-22 de mayo y después de la fallida invasión austriaca del Ducado de

Varsovia, en la que quedaron al descubierto las debilidades austriacas. Napoleón recalcó que se trataba de un *casus foederis* (caso de alianza) y Alejandro, al sentirse obligado a actuar, ordenó a Golitsyn apoyar las operaciones galas contra Austria. El 18 de mayo, el emperador ruso emitió una serie de decretos e instrucciones que revelaba sus intenciones. Golitsyn recibió la indicación de que evitara la batalla con las unidades austriacas «por todos los medios posibles» y que se dedicara a asegurar el control de los lugares clave y «a atraer [al populacho polaco] al bando ruso», porque «cuanto más fuerte sea vuestra posición en la región, más útil será para nuestros intereses» después de la guerra.[61] Golitsyn, vehemente enemigo de la alianza franco-rusa, no se dio prisa en actuar, ni tampoco sus subordinados, en su mayoría de inclinación proaustriaca.[62] Incluso en una fecha tan temprana como el 6 de junio, el archiduque Fernando se complacía de informar de que Golitsyn había prometido «evitar toda hostilidad contra nosotros y disponer sus marchas tan lentamente como sea posible y dejar a mis tropas tiempo para que se retiren con orden».[63] Poniatowski estaba exasperado por la dilación rusa y se quejaba a Napoleón de «los retrasos que, según todos los reportes, [los rusos] procuran dar a toda cooperación activa con nosotros».[64]

Las relaciones entre Napoleón y Alejandro se enrarecieron más por la revelación de la correspondencia secreta entre comandantes rusos y austriacos que buscaban establecer un contacto más estrecho, compartir informes de inteligencia y coordinar las acciones. El ejemplo más palmario de esto fue el incidente que implicó al teniente general ruso al mando de la 18.ª División, Andréi Gorchakov, que se carteaba con el archiduque Fernando y le expresó su esperanza de «ver a nuestros ejércitos unidos en el campo de batalla» contra los franceses.[65] La carta de Gorchakov fue interceptada por tropas polacas, estas enviaron el original a Napoleón y una copia a Alejandro, lo que provocó un escándalo.

Ambos emperadores montaron en cólera, naturalmente. Napoleón vio allí la prueba de la doblez rusa. «El corazón del emperador está herido», le hizo saber al embajador francés en Rusia, Armand de Caulaincourt, el ministro de Exteriores galo.

> Esta es la razón por la que no escribe al emperador Alejandro; no puede mostrarle una confianza que ya no siente. No dice nada, no se queja; se guarda el disgusto que siente para sí, pero ya no valora la alianza rusa.[66]

Alejandro, por su parte, exigió una investigación inmediata de este incidente por «la gravedad de la acusación e intentando evitar las habladurías que provocaría». Gorchakov fue rápidamente relevado del mando, sometido a un consejo de guerra y expulsado de la milicia.[67] Con todo, este asunto causó un hondo efecto en Alejandro, alarmado por el impacto que el incidente tendría en sus relaciones con Napoleón y por el sentimiento antifrancés en el seno de la oficialidad rusa, cada vez mayor. Alejandro trató de despejar cualquier duda en torno al compromiso de Rusia con la guerra, pero sus esfuerzos para que Golitsyn emprendiera una campaña más vigorosa fracasaron.[68]

Después de la Guerra de la Quinta Coalición, la cuestión polaca emergió como uno de los puntos más espinosos de las relaciones franco-rusas. Rusia fue el principal beneficiario de los repartos dieciochescos de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, gracias a los cuales había avanzado sus fronteras profundamente en el nordeste europeo. Los nuevos territorios estaban muy poblados y más desarrollados en agricultura e industria que la mayor parte de las provincias rusas, por lo que constituían un activo económico de gran importancia para el Imperio ruso. La creación por Napoleón del Ducado de Varsovia en el verano de 1807 amenazaba, pues, los intereses rusos. Las demandas polacas para la eventual restauración del reino agravaron el temor ruso a tener que ceder territorios ganados en los repartos de Polonia. A pesar de las garantías de Napoleón de que no tenía intención de restaurar Polonia –«No deseo convertirme en el don Quijote de

Polonia», declaró–, Alejandro seguía preocupado por la existencia del ducado polaco, en especial después de 1809, cuando Napoleón amplió el territorio al reintegrarle las tierras que Austria había obtenido en los repartos de Polonia.[69]

La Guerra de la Quinta Coalición reveló el grado de tensión al que habían llegado las relaciones entre Rusia y las autoridades ducales polacas. Las fuerzas polacas y rusas chocaron repetidamente por el control de territorios de Galicia. Poniatowski insistía en reemplazar la administración austriaca con autoridades polacas y se quejaba de la indolencia rusa, que permitía a los austriacos continuar las operaciones. Le irritó sobre todo que los rusos depusieran a las autoridades polacas en las regiones ocupadas por sus efectivos. Los rusos, por otro lado, desacreditaban a los polacos por incitar a la desobediencia y por difundir propaganda nacionalista que, en su opinión, podría extenderse sin control y provocar malestar también en las provincias rusas. El historiador cortesano ruso Aleksandr Mijailovski-Danilevski se lamentó:

> Ya consideraban a Galicia su nueva conquista, propiedad suya, y, por medio de sus discursos y proclamas, estaban instilando entre los lugareños la esperanza de una eventual restauración de Polonia.[70]

A Rusia no le gustó que Poniatowski se declarara «autorizado por el Emperador de los franceses para ocupar Galicia, aceptar juramentos de fidelidad de sus habitantes, impartir justicia y castigos en su nombre y sustituir los símbolos austriacos por las águilas francesas». En respuesta, Golitsyn informó a Poniatowski de que él consideraba que «todos los lugares ocupados por las tropas rusas pertenecían al emperador ruso» y exigió que el príncipe polaco retirara sus unidades militares de aquellos territorios y cesara el reclutamiento de los habitantes.[71] De esta manera se fue desarrollando una situación extraña: los oficiales rusos y austriacos, en guerra oficialmente unos con otros, forcejeaban fundamentalmente con un enemigo común, los polacos, que eran aliados formales de los rusos. La enemistad ruso-polaca se inten-

sificó especialmente después de la derrota del archiduque Carlos en Wagram, que impidió al archiduque Fernando mantener su posición en Galicia y lo obligó a abandonar Cracovia. Rusos y polacos corrieron entonces a apoderarse de esta venerable ciudad, el lugar donde se había enterrado a los reyes polacos durante generaciones. Un destacamento ruso recorrió unos 65 kilómetros en 18 horas para adelantarse a los polacos y llegar el 15 de julio. Sin embargo, poco después, ese mismo día, una fuerza polaca mucho mayor llegaba también a Cracovia y se abría paso hasta el interior de la ciudad sin contemplaciones. Se creó así un *impasse* que bien pudo desembocar en un enfrentamiento abierto, pero los comandantes de ambas partes convinieron dividir la ciudad en dos zonas y ocuparla en conjunto.[72] Solo unos días después, el comandante en jefe ruso se quejaba de que «la insolencia de las tropas de Varsovia excede todo límite [...]. El odio mutuo no solo impera entre los oficiales, también entre la tropa [...]. No puedo describir toda la humillación que sufren nuestras tropas por los [polacos]».[73] Los rusos se enojaron sobre todo por la decisión polaca de colgar, en el teatro de Cracovia, un telón escénico con un sol naciente que iluminaba un féretro del que surgía un monarca polaco y que tenía una inscripción donde estaban perfiladas las fronteras del antiguo reino polaco. Cuando Poniatowski empezó a presentarse a sí mismo con el título de «comandante en jefe del ejército polaco», Golitsyn le dijo sin reparo: «No reconozco ni a Polonia, que hace mucho que se sobrevive a sí misma, ni al ejército polaco ni a sus tropas» y apremió al emperador Alejandro a «tomar medidas inmediatas para poner fin al comportamiento insolente de las tropas de Varsovia y evitar las graves consecuencias que este podría producir».[74]

Las aspiraciones polacas representaban una amenaza punzante para Rusia y su ejecutivo tuvo que dedicar considerable tiempo y esfuerzo a esta cuestión. Alejandro fue exhortado a contemplar la anexión de los territorios polacos entonces bajo dominio

austriaco, una posibilidad que alarmaba, sin duda, a los Habsburgo.[75] Golitsyn le aconsejó al emperador ruso la anexión de Galicia; apuntaba a un grupo de magnates polacos que se le habían aproximado en secreto con una oferta de obediencia inmediata en caso de que Alejandro accediera a restaurar Polonia y a poner el país bajo su autoridad. A finales de junio, esta cuestión se abordó en un memorando del máximo secreto, escrito por Nikolái Rumiántsev, que exploraba pros y contras de la anexión de los territorios polacos. Pese a lo tentador que habría resultado sacar partido de la debilidad austriaca y tomar nuevos territorios, el Gobierno ruso prefirió rechazar el proyecto aduciendo que aquel acto violaría los acuerdos que sancionaban los tres repartos de Polonia. Además, incluso si Rusia se anexionaba los nuevos territorios polacos, no había garantías de que los polacos no se unieran en torno a su causa nacional e intentaran separarse por completo de Rusia. Al comparar las relaciones entre Rusia y Polonia con las de Gran Bretaña e Irlanda, el memorando imperial hablaba de «las agitaciones populares [que] ofrecen ventajas inmediatas a los enemigos de Inglaterra en todos los conflictos, y donde el Gobierno británico continúa luchando por imponer su administración pese a los muchos siglos que han pasado desde la anexión a Inglaterra de ese territorio».[76]

Después de la guerra de 1809, Alejandro, muy inquieto por el comportamiento polaco en Galicia, quería «a toda costa recibir garantías» de que Polonia no sería restaurada. «El mundo no es bastante grande para que podamos zanjar los asuntos de Polonia si surge la cuestión de la restauración polaca».[77] El ejecutivo ruso envió una nota especial a Napoleón en la que le expresaba sin ambages su temor de ver a Polonia restablecida y le exigía garantías de que esto no sucedería.[78] A lo largo de 1809-1810, Francia y Rusia mantuvieron prolongadas (y amargas) negociaciones en relación con el futuro de la entidad política polaca, las cuales revelaron el intenso nerviosismo ruso ante un posible Estado po-

laco. El Gobierno ruso apremió a Napoleón a que aceptara un borrador de acuerdo que habría impedido la restauración de Polonia. El primer artículo del borrador afirmaba sin rodeos: «El Reino de Polonia nunca está restaurado». Los artículos subsiguientes llegaban incluso a prohibir a las partes contratantes el empleo de los términos «Polonia» o «polaco», de modo que estas palabras pudieran «desaparecer para siempre de todos los actos oficiales o públicos de cualquier naturaleza».[79] Napoleón rechazó tales demandas.[80] Además, estaba contrariado por la continua obsesión de los rusos en cuanto a la cuestión polaca:

> ¿Qué pretende Rusia? ¿Quiere la guerra? ¿Por qué estas quejas perpetuas? ¿Por qué estas preocupaciones injuriosas? Si yo hubiera querido restaurar Polonia, lo habría dicho y no habría retirado mis tropas de Alemania. ¿Quiere Rusia prepararme para su deserción? […] ¿No obtiene todos los frutos de la alianza? [81]

Napoleón no comprendía que, desde la perspectiva rusa, los «frutos» de la alianza franco-rusa ya se habían malogrado y habían dado paso a consideraciones más pragmáticas. La principal de ellas era la conservación del equilibrio de fuerzas. En 1808-1809, el emperador ruso trató de evitar que estallara la guerra en Europa; al no conseguirlo, puso sus esperanzas en que la contienda acabara pronto, de forma que Austria pudiera preservarse y no perdiera su eventual función de contrapeso de Francia. El 20 de junio, Alejandro aprobaba un extenso memorando dirigido al barón Bethmann, representante de los intereses rusos ante la Confederación del Rin. La carta revelaba que Alejandro no quería que ni austriacos ni franceses obtuvieran una victoria decisiva. Una gran victoria

> […] habría dado [a los austriacos] todos los motivos para confiarse en exceso y solo habría postpuesto la llegada de la paz […]. Europa se habría hallado de nuevo en un vendaval político y habrían sido necesarios nuevos y prolongados esfuerzos para restaurar el orden en todas partes.

El emperador ruso también se alegró de que Napoleón no se impusiera de forma decisiva en Aspern-Essling. «Su poder habría aumentado infinitamente, sin afectar en nada a la potencia de In-

glaterra. Habría obligado a Austria a aceptar todas sus condiciones, ¿pero se habría beneficiado Europa de ello?». Alejandro confiaba en que Francia y Austria se dieran cuenta de lo dañina que resultaba para ambas la contienda y zanjaran sus diferencias mediante negociaciones. El emperador ruso estaba preocupado porque su homólogo austriaco, Francisco, fuera presa de «ilusiones» de apoyo británico. «¿Dónde espera encontrar los fondos para continuar esta gravosa guerra si Inglaterra le niega los subsidios? ¿Con qué fuerzas pretende perseguir su fútil plan de embridar a Francia si Inglaterra le niega su ayuda?». El Gobierno ruso quería comprobar si la corte vienesa

> […] estaba lista para admitir que la restauración de la paz podría merecer algunos sacrificios por parte de Austria, en lugar de arriesgarse a la continuación de una guerra que podía terminar con la completa destrucción de una monarquía que ocupa un lugar tan glorioso en los anales de la historia europea.[82]

El 16 de agosto, mientras Napoleón y Francisco empezaban a negociar la paz, Alejandro comentaba que las cartas interceptadas a los franceses revelaban «cierta irritación» en la corte gala por el comportamiento de Rusia.

> Pero esto no es importante, puesto que, en las actuales circunstancias, prefiero esta irritación a lo que podría haber sucedido si hubiéramos ayudado activamente [a Napoleón] a la destrucción de Austria. El emperador Napoleón mencionó en una de sus conversaciones: «Solo tuve negociaciones con Austria porque aún conserva su ejército. Si lo hubiera perdido, no habría hablado de nada con ella». Por tanto, deberíamos estar encantados por no haber contribuido a la destrucción del ejército austriaco.[83]

Aunque Alejandro trató de proyectar ante Napoleón una imagen de aliado leal, chocaba con un gran obstáculo en la propia Rusia, donde la nobleza «estaba orgullosa de las victorias austriacas como si fueran nuestras y todo el mundo se enfureció por [la derrota austriaca en] Wagram». El embajador francés se sentía afligido por «el estado de agitación que se extiende en la sociedad rusa. Nunca he visto nada igual». En los salones se decía del emperador Alejandro que era «bueno, pero estúpido», y los descontentos hablaban abiertamente de confiar el destino del impe-

rio a unas manos más firmes.[84] Altos personajes militares condenaban abiertamente la alianza franco-rusa y auguraban que Francia no tardaría en restaurar Polonia, en lo que constituiría el primer paso de la eventual decadencia rusa. «Sea quien sea quien gobierne Rusia en el futuro –concluía un mariscal–, nosotros, los nobles, lograríamos preservar nuestras propiedades. En cambio, la [dinastía Romanov], si persiste en su política actual, perderá todo lo que tiene».[85]

CAPÍTULO 15 | La «cuestión septentrional», 1807-1811

Las guerras de las coaliciones tercera y cuarta fueron mucho más complejas de lo que sugiere el relato tradicional, centrado en la derrota de Austria, Prusia y Rusia por Napoleón. Además de su profundo impacto en Europa central, estos conflictos cambiaron de modo decisivo el equilibrio de fuerzas en la región báltica y tuvieron ramificaciones de gran alcance en los países escandinavos.

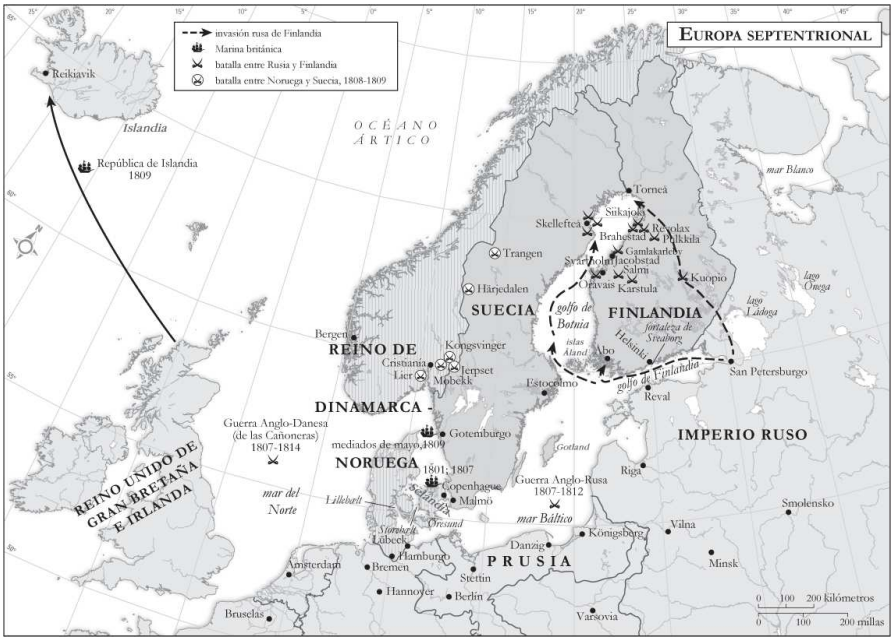
Al empezar el siglo XIX, Escandinavia consistía en solo dos Estados: el reino de Dinamarca, cuyos dominios alcanzaban Schleswig, Holstein, Groenlandia, Islandia y Noruega; y el de Suecia, cuyos monarcas también gobernaban Finlandia, partes de Pomerania y la ciudad de Wismar. Dinamarca, otrora socio dominante de la llamada Unión de Kalmar que reunió a las naciones escandinavas en 1397, se vio gradualmente eclipsada por sus vecinos suecos, en especial desde la Guerra de los Treinta Años, en la que la intervención del rey Gustavo Adolfo señaló el ascenso de Suecia como potencia regional dominante. Los dos Estados fueron a la guerra en repetidas ocasiones, de las que, en general, los suecos salieron mejor parados a lo largo del siglo XVII. En cambio, el XVIII no había sido propicio para los monarcas suecos, que presenciaron la gradual decadencia de su influencia en el Báltico por el ascenso del Imperio ruso. La derrota sueca en la Gran Guerra del Norte (1720-1721) condujo a un periodo de

crecimiento económico en Dinamarca en el que su expansión agrícola estimuló el aumento de la actividad marítima. Este fue un factor importante en la eventual participación de Dinamarca en las Guerras Napoleónicas. En cuanto a Suecia, su debilidad económica y militar después de la Gran Guerra del Norte no redujo su deseo de revivir glorias pasadas. Los soberanos suecos aún albergaban esperanzas de hacerse con Noruega, unida a Dinamarca por una corona común desde 1536.[1]

La ya de por sí compleja situación política en el Báltico se complicó aún más por el inicio de la Revolución francesa, que despertó reacciones diferenciadas en ambas orillas de los estrechos de Dinamarca. En el reino danés, los cambios revolucionarios que tenían lugar en Francia tendieron a despertar las simpatías de la clase media, por razón de que allí las reformas ya estaban muy avanzadas gracias al impulso por parte de un absolutismo benévolo. El escritor danés Knud Rahbek gustaba describirse a sí mismo, medio en broma, como «un jacobino en Francia, pero un realista en Dinamarca», una descripción que muchos de sus paisanos daneses es probable que hubiertan aceptado.[2] Dinamarca se mantuvo neutral a lo largo de las Guerras Revolucionarias. Le preocupaba más el poder naval británico que la difusión de la ideología revolucionaria. Lo que le importaba a Gran Bretaña era, naturalmente, conservar el comercio en la región del Báltico y el acceso marítimo a esta, elementos cruciales para su propio poder naval. En caso de que los daneses acabaran bajo la influencia de Francia, el comercio británico y su acceso al Báltico peligrarían por la angostura del Sund, el estrecho que constituía la única vía de entrada para los barcos británicos al mar Báltico. Además, la Marina danesa, por su tamaño y calidad, también podía representar una amenaza importante: su posible unión con las fuerzas navales franco-holandesas y españolas habría puesto en peligro el control británico del mar del Norte, o incluso de todo el océano Atlántico. Estas tensiones fueron las que desem-

bocaron, en último término, en el ataque británico sobre Dinamarca en 1801. Curiosamente, la agresión británica no produjo una alianza franco-danesa, en parte por la antipatía hacia Bonaparte en particular y hacia Francia en general del príncipe heredero danés, Federico. El Gobierno danés prefirió mantenerse neutral, una política reforzada por la dependencia de la economía danesa del comercio y el tráfico marítimo neutral.

En Suecia, donde había surgido un conflicto creciente entre la aristocracia y una monarquía que mostraba ribetes autoritarios, el aborrecimiento de la Revolución francesa por el rey Gustavo Adolfo IV llevó a la implicación directa de Suecia en coaliciones antifrancesas que supusieron cuantiosos gastos y, sin embargo, no obtuvieron beneficios tangibles.[3] La decisión de Gustavo Adolfo de unirse a la Tercera Coalición llevó a la Guerra Ruso-Sueca, iniciada con la declaración de guerra sueca contra Francia en octubre de 1805. Un mes más tarde, una fuerza expedicionaria anglo-ruso-sueca desembarcaba en la Pomerania sueca, aunque no logró hacer progresos ante las tropas francesas situadas en Hannover. La victoria de Napoleón en Austerlitz, en diciembre, obligó a los otros dos socios de la coalición a retirar sus unidades, por lo que solo quedaron los efectivos suecos para la defensa de Pomerania.[4] En 1806, durante la Guerra de la Cuarta Coalición, Suecia se vio sorprendida por el súbito colapso de Prusia e intentó evacuar las tropas a la desesperada, pero el rápido avance de las fuerzas galas las pilló desprevenidas en Lübeck, donde, el 6 de noviembre, los franceses pusieron en fuga a las unidades prusianas del general Blücher que huían y atraparon a las pocas tropas suecas que quedaban.[5] Aunque de relevancia militar menor, este suceso iba a tener ramificaciones políticas: el tratamiento respetuoso por parte del mariscal Jean-Baptiste Bernadotte a los oficiales cautivos le granjeó la simpatía de los suecos, que, cuatro años más tarde, recordaron su benevolencia cuando contemplaron al mariscal como posible candidato al trono de Suecia.



A principios de 1807 Napoleón ordenó a sus efectivos la invasión de la Pomerania sueca y la toma de Stralsund, la ciudad portuaria principal. El mariscal Édouard Mortier bloqueó la ciudad después de que sus intentos de capturarla se vieran frustrados por la guarnición sueca comandada por Hans Henric von Essen. El sitio se alargó durante la primavera de 1807. Essen obtuvo un breve éxito a finales de marzo, cuando la decisión de Napoleón de desviar el grueso del cuerpo de Mortier a la fortaleza de Kolberg, en la Pomerania prusiana, permitió a los suecos empujar a las restantes tropas francesas y que estas levantaran por breve tiempo el asedio. La ofensiva sueca, de hecho, capturó más 1500 prisioneros franceses y se apoderó de varias poblaciones, lo que reavivó las esperanzas del rey Gustavo de llegar a un fin afortunado en la campaña contra su némesis francesa. La naturaleza inesperada del éxito sueco, sin embargo, fue su ruina, puesto que los galos reaccionaron sin tardanza ante esta nueva amenaza. Mortier regresó con fuerza a Pomerania, derrotó a los suecos en Belling, el 16 de abril, y los movió a pedir una tregua dos días

más tarde. Napoleón, centrado en las operaciones militares contra los rusos y los prusianos en Polonia, aceptó las condiciones del Armisticio de Schlatkow. Este transfería las islas de Usedom y Wolin (en el estuario del Óder) a Francia y permitía que las tropas suecas se mantuvieran en Pomerania, pero solo al norte del río Peene.[6]

El Armisticio de Schlatkow amenazó con socavar las relaciones anglo-suecas. El Gobierno británico lo denunció como una capitulación vergonzosa y advirtió al gabinete real sueco contra la puesta en marcha de negociaciones de paz formales con Francia. Los temores británicos de que el armisticio pudiera señalar un cambio en la política exterior sueca no estaban del todo infundados; eran muchos quienes en el Gobierno y en el Ejército sueco pensaban que la tradicional «Causa Común» anglo-sueca era, en realidad, perjudicial para los intereses suecos.[7] Aunque los dos Estados habían establecido una alianza en 1805, los observadores de la época recordaban perfectamente que solo cuatro años antes Suecia se había unido a la Liga de Neutralidad Armada y que había sido, de hecho, un socio mucho más entusiasta que Dinamarca. Además, muchos oficiales suecos se oponían a participar en la Tercera Coalición y no le vieron sentido a la campaña en Pomerania, un territorio que su rey había tratado una y otra vez de intercambiar por Noruega. A pesar de todo, el rey Gustavo no alteró su posición antifrancesa, todavía disgustado por la falta de aquiescencia francesa a su plan de intercambio pomerano-noruego, por la intromisión de Napoleón en los asuntos alemanes y por el Receso Imperial. La gota final que lo convirtió en decididamente contrario a Francia fue la publicación de unas observaciones mordaces acerca de su persona en el periódico oficial galo *Le Moniteur* después de que condenara públicamente el asesinato del duque de Enghien. Para Gustavo, el armisticio de primavera era solo un respiro que le permitiría negociar con Prusia y Rusia de cara a un ataque conjunto sobre los

franceses. El 20 de abril, solo dos días después de que se acordara el armisticio, Suecia se unía a Rusia y Prusia en la Convención de Bartenstein, por la que las tres partes se comprometían a no hacer la paz con Napoleón por separado y convenían que las tropas prusianas debían unirse a las suecas en Rügen con el propósito de expulsar a los franceses de Pomerania.[8] Después de ratificar la convención, el monarca sueco se desplazó a Stralsund, donde se hizo cargo en persona de las unidades suecas y denunció el armisticio el 3 de julio. Su decisión se vio reforzada con la firma de dos convenciones (el 17 y el 23 de junio) con Gran Bretaña. Esta, además de su habitual oferta de subsidios, también se comprometía a enviar efectivos a la guerra en Pomerania.[9]

El momento elegido por Gustavo para renovar su alianza con Gran Bretaña no pudo ser peor: Prusia y Rusia, derrotadas militarmente y exhaustas, estaban a punto de firmar el Tratado de Tilsit; la noticia de este llegó a Gustavo solo unos días después de la quiebra del armisticio. Las tropas prusianas, por consiguiente, se retiraron y aunque la fuerza expedicionaria británica de lord Cathcart llegó a Stralsund a mediados de julio, no llegó a prestar a los efectivos suecos en Pomerania –el contingente británico fue llamado de vuelta una vez que la noticia del Tratado de Tilsit puso de manifiesto la magnitud del triunfo de Napoleón en el norte de Europa–. Los suecos, solos ante los franceses, se desmoronaron. Napoleón respondió a la fanfarronada sueca enviando al mariscal Guillaume Brune a la Pomerania sueca, donde los franceses, con el refuerzo de sus aliados alemanes, italianos y españoles arrollaron con rapidez a los suecos y pusieron sitio de nuevo a Stralsund. Gustavo abandonó a toda prisa la ciudad en los últimos días de agosto y dejó a sus infelices generales la tarea de luchar con los franceses. El mando sueco no tardó en llegar a la conclusión de que la resistencia era inútil y, después de clavar la mayor parte de sus cañones, evacuaron la ciudad, una resolución a la que ayudó la decisión de Brune de dejarlos partir,

a pesar de que pudo haber aniquilado con facilidad a su ejército en Rügen. En septiembre, Stralsund y la isla vecina de Rügen estaban ya en manos galas y Suecia había sido expulsada de Alemania.[10]

Después de la derrota sueca en Pomerania y el acercamiento franco-ruso en Tilsit, Gran Bretaña centró su atención en Dinamarca, que, al empezar el siglo XIX, afrontaba dos retos principales: la protección de su comercio marítimo, amenazado por Gran Bretaña; y la preservación de su propia seguridad ante el poder, cada vez mayor, de Francia en el continente. Ya hemos visto cuánto había enfurecido a los daneses la práctica británica de detener e inspeccionar el tráfico marítimo neutral, que incluía a los mercantes daneses, y como esto había llevado a Dinamarca a apoyar la Liga de Neutralidad Armada en 1800-1801. El ataque británico de Copenhague disuadió a la monarquía danesa de incorporarse a la liga, pero también endureció los sentimientos daneses hacia los británicos. Durante las guerras de las coaliciones tercera y cuarta, Dinamarca adoptó prudentemente la neutralidad, aunque esto no la salvó de los rigores de la guerra.

A finales de 1806, después de Jena-Auerstadt, las fuerzas de Napoleón se aproximaron a las fronteras danesas en persecución de las tropas prusianas en retirada. En noviembre, durante la lucha en Lübeck, unidades francesas del mariscal Joaquín Murat se adentraron extraviadas en la provincia danesa de Holstein, donde no tardaron en chocar con los guardias fronterizos daneses.[11] El príncipe heredero regente (*kronprinsregent*) de Dinamarca, Federico, que actuaba en nombre de su padre incapacitado mentalmente, el rey Cristián VII, protestó por la violación francesa de territorio neutral y Murat retiró de inmediato las tropas y se comprometió a tomar «medidas extremas para garantizar el respeto de la neutralidad» del reino danés.[12] A pesar de ello, solo diez días después de esta comunicación, el príncipe regente ordenó a sus efectivos retroceder a una nueva línea defensiva a lo

largo del río Eider, lo que, en la práctica, significaba el abandono de la provincia de Holstein por los daneses. La decisión buscaba demostrar el compromiso de los daneses con su neutralidad, así como ganarse la benevolencia de Napoleón, que temía por la seguridad de sus líneas de comunicación. Sin embargo, estas «simpatías» danesas hacia Napoleón enojaron a las potencias que formaban la Cuarta Coalición: ni Rusia, ni Prusia ni Gran Bretaña estaban seguras de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el príncipe Federico para apaciguar al emperador galo. En diciembre de 1806, Gran Bretaña valoró la opción de organizar una alianza con Suecia y Dinamarca para defender el norte de Europa. El Gobierno británico, inspirado por su experiencia en Sicilia, donde la Royal Navy protegía a la familia real borbónica de Nápoles, ofreció su ayuda a la monarquía danesa si esta decidía abandonar Copenhague y se refugiaba en Noruega, que podría ser protegida de forma adecuada por un escuadrón británico. Suecia se mostró dispuesta a enviar tropas a Dinamarca para la defensa conjunta del reino. Los daneses rechazaron la oferta, que iba contra su política de neutralidad y que habría llevado a la toma por los franceses de toda Dinamarca o a algo todavía peor, la ocupación del país por las tropas suecas.[13] La negativa danesa a cooperar, sin embargo, disgustó a los miembros de la coalición, que se determinaron a dar los pasos que fueran necesarios para que Dinamarca se alineara con ellos. En este sentido, la Convención de Bartenstein de abril de 1807 incluyó provisiones para obligar a Dinamarca a incorporarse a la coalición, aunque las potencias continentales no tuvieron ocasión de hacerlas efectivas.

Gran Bretaña, sin embargo, sí podía actuar y lo hizo en el verano de 1807. La decisión británica de lanzar un asalto naval sobre un país neutral (por más que esa neutralidad fuera tentativa) causó un gran escándalo y fue execrada por numerosas figuras prominentes de la política y la vida social de la propia Gran Bretaña. George Canning, secretario de Exteriores del gabinete del

primer ministro William Henry Cavendish-Bentinck, duque de Portland, adujo que la decisión había estado motivada por la obtención de información crucial relativa a las negociaciones franco-rusas de Tilsit: Napoleón estaba debatiendo acerca de la posible formación de una liga marítima franco-rusa contra Gran Bretaña, una liga a la que Dinamarca, Portugal y Suecia serían obligadas a incorporarse.[14] Sin embargo, cuando la oposición se le enfrentó, Canning no pudo ofrecer ninguna prueba firme de aquella afirmación, ni pudo demostrar que Dinamarca habría puesto su flota a disposición de Napoleón.[15] En años posteriores se dijo que algunos detalles de las conversaciones franco-rusas llegaron de un agente británico, Colin Alexander Mackenzie, cuya familia sostuvo que había conseguido la información ocultando la identidad bajo un disfraz durante una entrevista en una balsa entre los dos emperadores, una hazaña que podemos descartar por ridícula.[16] El reporte de inteligencia acerca de la posible liga marítima contra Gran Bretaña provino en realidad del conde d'Antraigues, *émigré* galo realista al servicio de Rusia quien, a su vez, la recibió de uno de los edecanes de Alejandro I. Un análisis reciente ha mostrado que la carta de D'Antraigues estaba llena de inexactitudes y que su auténtico propósito era conseguir refugio y una pensión en Gran Bretaña.[17] Canning, sin embargo, estaba persuadido de que la información que había recibido de lo hablado en Tilsit era correcta, una certidumbre que, seguramente, influyó en los demás miembros del ejecutivo.

Aunque la carta de D'Antraigues tal vez fue la causa inmediata de la operación, las razones subyacentes de la expedición británica a Copenhague eran más complejas. El hecho de que el Gobierno de Portland considerara la situación de Dinamarca tan crucial es un reflejo del papel central de la región del Báltico para los británicos por consideraciones relativas a la seguridad y al comercio. El bienestar de Gran Bretaña se basaba en la fuerza y la calidad de su flota. Sin embargo, una vez agotados, prácticamen-

te, los bosques británicos en las últimas décadas del siglo XVIII, la Royal Navy se había vuelto muy dependiente de la importación de madera. El Báltico era crucial, puesto que de allí llegaba la madera rusa –roble y abeto que se usaban en los mástiles, la tablazón y los puentes–. Gran Bretaña podía adquirir estos recursos en otras regiones (en Alemania o en Norteamérica), pero solían ser inferiores en algunos aspectos y la Royal Navy acostumbraba rechazarlos.[18] Similar importancia para la Royal Navy tenía el cáñamo ruso, que cubría más del 90 por ciento de las necesidades británicas. Aunque sucesivos ejecutivos británicos trataron de diversificar sus fuentes de cáñamo cultivándolo en Norteamérica y en otros lugares, los resultados fueron muy pobres, de modo que Gran Bretaña seguía siendo muy dependiente de Rusia y del comercio con el Báltico.[19] La región del Báltico también conformaba un notable emporio comercial en el que el valor de las exportaciones británicas se había multiplicado por siete entre 1793 y 1803, una clara consecuencia de la política francesa de negar a las mercancías británicas el acceso a los puertos continentales.[20]

Londres no solo estaba inquieto por la seguridad de su comercio y de sus suministros navales, también buscaba impedir que Napoleón pudiera reconstruir su capacidad naval después de Trafalgar. La alianza de Dinamarca con Napoleón habría proporcionado a este la herramienta para cerrar el Sund y cortar a los británicos el acceso a las materias primas necesarias para el mantenimiento de la Royal Navy. Además, la flota danesa –la quinta más grande del mundo, con 20 navíos de línea (además de 3 en construcción), 27 fragatas y 60 buques de menor tamaño– podía, si actuaba junto con los recursos navales de Napoleón, suponer una grave amenaza para el control británico del mar del Norte.[21]

Así pues, desde la perspectiva británica, la situación general en 1807 era mucho peor que en 1800 por las recientes victorias de

Napoleón ante Prusia y Rusia, que habían ampliado el control francés hasta las costas del Báltico. La retirada danesa de Holstein, las quejas por el bloqueo británico del Elba (impuesto como reacción ante los Decretos de Berlín de Napoleón), las nuevas obras en las defensas costeras danesas y, sobre todo, los reportes británicos (que distaban mucho de ser exactos) de que la flota danesa se estaba alistando para hacerse a la mar en un plazo de un mes reforzaron en el Gobierno británico la convicción de la hostilidad de los daneses hacia Gran Bretaña y de que solo estaban esperando el momento oportuno para mostrar sus cartas.[22] Esta amenaza afectaba a un punto especialmente sensible de Gran Bretaña y la reacción no se hizo esperar. Para Canning y muchas otras altas autoridades británicas, era hora de que la Royal Navy hiciera otra «visita» a Copenhague; la supuesta incapacidad de Dinamarca para defenderse ante Napoleón le sirvió de excusa a Gran Bretaña para presentar sus acciones como un mero ejercicio de autoconservación.[23] Es posible que los historiadores daneses no vayan desencaminados cuando aducen que, después del rosario de victorias de Napoleón en el continente, una acción de fuerza contra Dinamarca cumplía el propósito político de mostrar a la opinión pública británica y al mundo que Gran Bretaña no había sido aún derrotada.[24]

El Gobierno británico optó por ignorar (con intención o no) los esfuerzos daneses de resistir a las presiones de Napoleón. Resulta muy paradójico que, si la expedición británica hubiera sido aplazada, la corte danesa habría tenido que seguir eligiendo entre ponerse a favor o en contra de Gran Bretaña, puesto que Napoleón se disponía entonces a forzarle la mano. El 31 de julio, el emperador ordenó a su ministro de Exteriores que advirtiera al Gobierno danés para que actuara contra la violación del Báltico por los británicos y para que «eligiera entre hacer la guerra a Inglaterra o a mí».[25] Talleyrand, que dimitió de su cargo nueve días más tarde, no transmitió el ultimátum de su señor durante la

reunión con el emisario danés en París e incluso le aseguró que Napoleón estaba dispuesto a permitir que Dinamarca continuara con su política de neutralidad. La causa de la desobediencia de Talleyrand sigue siendo desconocida, aunque un diplomático de talento como él habría previsto fácilmente las posibles repercusiones del enfoque más agresivo que Napoleón solía preferir. Seguro que conocía el anuncio del Gobierno danés de que, en caso de que los franceses le exigieran el cierre de los puertos a los buques británicos, consideraría «aliado natural» a Gran Bretaña. Inexplicablemente, el ejecutivo británico no prestó atención a esa declaración, igual que ignoró la negativa danesa a cumplir con la demanda gala de cerrar la ruta de tránsito del correo británico a través de Dinamarca.[26]

En cualquier caso, Gran Bretaña atacó. El 26 de julio, el almirante James Gambier zarpó de Yarmouth Roads hacia Copenhague al mando de 25 navíos de línea, 40 fragatas y otros buques. Lo acompañaba el teniente general lord Cathcart a las órdenes de una fuerza de invasión de más de 25 000 hombres embarcada en 377 transportes. La flota británica fondeó frente a Helsinger el 3 de agosto y procedió rápidamente a asegurarse el control del estrecho de Storebælt (el Gran Belt) para bloquear Copenhague. En este punto, la experiencia de la expedición de 1801 tuvo un papel decisivo –el Gran Belt no había sido navegable para nadie salvo los daneses hasta que la Royal Navy lo cartografió en 1801–. Los daneses, sorprendidos por la llegada de la armada británica, respondieron negativamente cuando esta les exigió la entrega de toda la flota y la firma de una alianza defensiva.[27] Es posible que no tuvieran más remedio que actuar así. A lo largo de 1806-1807, el monarca danés había confiado en que, al evitar actos de abierta hostilidad y reafirmar su neutralidad, sería capaz de maniobrar entre Francia y Gran Bretaña.[28] La llegada de la flota de Gambier lo dejó sin opciones. El diplomático danés Joachim Bernstorff se lamentaba: «Una guerra con Inglaterra sería

desastrosa para nosotros. Sin embargo, cualquier cesión a las demandas de Inglaterra causará inevitablemente la ruptura con Francia».[29] No se equivocaba. Aunque la guerra con Gran Bretaña produciría una debacle financiera y la destrucción del poder naval danés, un conflicto con Francia habría conducido a la ocupación gala de Holstein y Schleswig o incluso de la península de Jutlandia –es decir, de gran parte de las áreas más pobladas de Dinamarca–.

El 15 de agosto, suspendidas las negociaciones diplomáticas, Gambier lanzó su asalto sobre Copenhague. Las tropas británicas desembarcaron en Vedbæk y Skodsborg, unos kilómetros al norte de la capital, y se aproximaron a esta. Al día siguiente, Dinamarca declaró formalmente la guerra a Gran Bretaña, tras lo que se libraron las primeras escaramuzas entre ambas partes. Al no conseguir los ataques desde tierra coaccionar a los daneses, el 2 de septiembre la flota británica inició el bombardeo de Copenhague, que no estuvo dirigido solo contra las defensas de la ciudad –un blanco militar legítimo–, sino también contra la propia urbe. Los británicos aplicaron las valiosas lecciones que habían aprendido seis años antes y organizaron uno de los bombardeos más intensos de todo el siglo XIX: arrojaron cientos de bombas, granadas y cohetes incendiarios que causaron daños notables e incendiaron los distritos centrales de Copenhague, incluido el barrio latino, aunque la pérdida de vidas humanas fue sorprendentemente limitada.[30] El 6 de septiembre, los daneses capitularon y accedieron a las demandas británicas, incluida la ocupación de Heligoland y de las colonias danesas en el Caribe, así como a la entrega de toda la flota. Igual de valioso fue el apresamiento de los suministros del astillero naval danés, entre ellos miles de toneladas de efectos navales, madera, cuerdas de cáñamo, velas y mástiles.[31] Fueron necesarias seis semanas de intenso trabajo –prueba de lo equivocados que habían estado los reportes británicos previos– para aprestar a todos los buques de

guerra daneses que era posible trasladar a Gran Bretaña; los demás fueron destruidos. El 21 de octubre, el almirante Gambier alzó velas y puso rumbo a casa, contento por haber conseguido evitar el aumento de la fuerza naval de Napoleón.

La expedición de Copenhague fue un gran éxito británico que neutralizó una posible amenaza naval. También tuvo un efecto significativo en Portugal, donde, solo cuatro semanas más tarde, la monarquía lusa se vio acorralada entre las demandas británicas y francesas. El soberano portugués, con los sucesos de Copenhague seguro que muy presentes, optó por aceptar la oferta británica de ayuda para ser evacuado a Brasil. De todos modos, el logro de Copenhague tuvo también un alto precio para Gran Bretaña. Solo diez días después de la salida de los británicos, los daneses firmaban un tratado de alianza con Napoleón y, el 4 de noviembre, declaraban la guerra a Gran Bretaña. Un ataque no provocado por parte de una gran potencia a un Estado neutral más débil había privado a Gran Bretaña de cualquier ascendencia moral en su lucha contra Napoleón, a quien el Gobierno británico condenaba regularmente por violar las leyes internacionales: «En adelante nos deberán llamar la Nación de los Sarracenos, en lugar de la Nación de los Tenderos», comentó un general británico.[32] El bombardeo de Copenhague agravó el resentimiento que ya sentían los socios de la coalición por lo que ellos interpretaban como deslealtad de los británicos; los diplomáticos rusos, suecos y prusianos compararon la rapidez y eficiencia con que el ejecutivo británico organizó aquella expedición a Dinamarca con la indolencia de sus acciones cuando los aliados necesitaban del apoyo británico.

Copenhague resonó con especial fuerza en San Petersburgo. El emperador Alejandro ya había accedido en Tilsit a ir a la guerra contra Gran Bretaña si su mediación fracasaba. En agosto, al tiempo que la flota británica zarpaba hacia las costas danesas, el nuevo embajador ruso en Londres, Maximilian von Alopeus,

ofrecía al Gobierno británico la mediación de Rusia y recibía como respuesta, de manera inequívoca, que Gran Bretaña no estaba interesada en ella. Los prusianos y los austriacos recibieron respuestas similares a los ofrecimientos de negociar una paz general. La intransigencia británica, con el trasfondo del bombardeo de Copenhague, contribuyó mucho al distanciamiento de las potencias europeas, en especial de Rusia, donde iba creciendo el convencimiento de que la alianza con Gran Bretaña ya no era útil a los intereses rusos.[33] En consecuencia, en una declaración del 5 de noviembre de 1807, el Gobierno ruso rompió toda comunicación con Gran Bretaña, a la que acusaba de haber revelado aspiraciones imperiales globales (demostradas por las invasiones británicas del Río de la Plata y de Egipto) y de no haber apoyado de manera adecuada a sus aliados.[34] Gran Bretaña se hallaba entonces en guerra con todos los Estados europeos salvo tres (Suecia, Portugal y Sicilia).

El ataque británico contra Copenhague tuvo también consecuencias de alcance en las naciones escandinavas. Dentro de Dinamarca, el golpe provocó una explosión de patriotismo que ayudó a unir al pueblo contra Gran Bretaña y dio aliento al esfuerzo bélico danés durante los siete años siguientes. El Gobierno hizo lo que pudo para inflamar a la opinión pública contra Gran Bretaña, incluso apoyó la publicación de numerosos artículos y panfletos en alemán, francés e inglés y encargó estampas especiales de propaganda.[35] El asalto sobre Copenhague mutó a Dinamarca de potencia neutral a aliado fiable de Napoleón hasta el final de las Guerras Napoleónicas.[36] También encendió un nuevo conflicto en Escandinavia, cuyas dos mitades eran arrastradas en direcciones opuestas, y las enzarzó a ambas en la contienda entre las primeras potencias terrestres (Francia y Rusia) y la potencia naval dominante (Gran Bretaña), que ahora veía la costa de Europa como una zona de frontera.

Los daneses perdieron su flota, pero no su deseo de combatir. Inmediatamente después de la agresión, miles de marinos daneses y noruegos se incorporaron a las hostilidades anglo-danesas en lo que vino a conocerse más tarde como la «guerra de las cañoneras», caracterizada por pequeñas operaciones en las que embarcaciones de poco calado acosaban al tráfico mercante británico a lo largo de las costas del mar del Norte y del Báltico. Aunque fueron una molestia constante para la Royal Navy, las cañoneras danesas no pudieron nunca poner en peligro el control británico de los mares.[37] La lucha no se limitó al mar del Norte y alcanzó el Caribe y la India. En diciembre de 1807, un escuadrón de la Royal Navy al mando del almirante Alexander Cochrane tomaba las islas danesas de Santo Tomás (el 22 de diciembre) y de Santa Cruz (el 25 de diciembre), que continuaron en poder británico hasta el final de las Guerras Napoleónicas. Mientras tanto, en febrero de 1808, los británicos ganaron el control de las posesiones danesas de Tranquebar (Tharangambadi, en el sur de la India) y Serampore (en el nordeste de la India). Esto puso un fin súbito al lucrativo comercio danés de productos coloniales. Las finanzas del país sufrieron tanto la pesada carga de la financiación de la contienda como la interrupción del comercio con Gran Bretaña y su industria naviera. En 1811, el reino se vio forzado a suspender los pagos de sus préstamos con el extranjero.

El príncipe regente danés se vio entre la espada y la pared. A pesar de su postura contraria, la guerra con Suecia se convirtió en una de las condiciones cruciales de la alianza franco-danesa. Aunque la decisión de librar este conflicto no fue suya, su pueblo sí lo percibió como tal, en especial los noruegos. Esto clavó una cuña entre Dinamarca y Noruega. La segunda era muy dependiente del mar en el comercio y el suministro de alimentos y tradicionalmente gozaba de lazos estrechos con las islas británicas – las cuales se abastecían en Noruega de madera, hierro y otros

productos–. Con la entrada de Dinamarca en la guerra, Noruega se vio sujeta a un bloqueo británico que, combinado con las malas cosechas de 1807-1808, causó grandes penurias a la población; algunos tuvieron que recurrir al consumo de pan de corteza de árbol para sobrevivir.[38] Tampoco se libró Islandia, que había sido una de las posesiones de Dinamarca desde finales del siglo XIV. Al inicio de las Guerras Napoleónicas era una isla muy poco poblada (Reikiavik tenía una población de apenas 307 vecinos en 1801), que se pensaba lo suficientemente alejada de Europa como para escapar del azote de sus guerras y revoluciones.[39] El bombardeo británico de Copenhague demostró lo contrario. Justo después, la Marina británica empezó a interceptar buques islandeses, lo que provocó considerables sufrimientos.

Al mismo tiempo, los británicos habían reactivado sus planes para arrebatar la isla a Dinamarca y convertirla en una colonia penitenciaria, similar a la abominable colonia de la bahía de Botany en Australia, o explotar sus afamadas pesquerías de bacalao.[40] El Gobierno británico solicitó el consejo de *sir* Joseph Banks, gran botánico y presidente de la Royal Society, que había estado al frente de la primera expedición científica a la isla y tenía conocimiento de primera mano. Banks presentó un extenso memorando que apoyaba los planes de anexión –Islandia debía, lisa y llanamente, «ser parte del Imperio británico»–, aunque se mostró contrario a una expedición militar, dado que la población local carecía de armas de fuego. Banks fue decisivo para que los británicos cambiaran su política hacia Islandia y consiguió la liberación de los buques islandeses apresados, a los que se permitió reanudar el comercio con el continente. A cambio, Islandia concedió licencias a comerciantes británicos.[41]

La primera expedición comercial británica, encabezada por el empresario jabonero Samuel Phelps, buscaba comprar lana, pescado y sebo, productos disponibles en Islandia. Sin embargo, tal empresa causó una tormenta política. Gran Bretaña y Dinamarca

estaban en guerra y la expedición no podía contar con el apoyo del gobernador danés de Islandia, el conde Frederik Christopher Trampe. Este se mantuvo leal a la metrópoli, hizo todo lo posible por obstaculizar el comercio con Gran Bretaña y decretó que cualquier interacción sería un delito capital. Phelps, incapaz de comprender cómo era posible que Trampe rechazara una oferta que aliviaría el sufrimiento de la población islandesa, decidió imponer el «comercio libre» a los islandeses y pidió ayuda a Joseph Banks para conseguir el envío de un buque de guerra británico a Islandia. Phelps, de nuevo en la isla en junio de 1809, volvió a chocar con un Trampe intratable, por lo que decidió zanjar la cuestión ordenando su apresamiento y deponiéndolo de su cargo. El empresario, al darse cuenta de que había sobrepasado los límites de su licencia comercial, trató de distanciarse del incidente y permitió que su intérprete de 29 años, Jørgen Jørgensen, un danés que, en palabras de Phelps, «estaba embebido de todo el quijotismo de un pequeño Napoleón», se hiciera cargo del Gobierno.[42] El 26 de junio de 1809, Jørgensen asumía el cargo de gobernador de Islandia.[43]

Jørgensen, nacido en Copenhague en 1780, no parecía destinado a ser un revolucionario.[44] Había pasado la mayor parte de su vida adulta en la Royal Navy británica, cruzando los océanos y llegando a Nueva Zelanda, Tasmania y Sudáfrica. En 1807 presenció el bombardeo británico de Copenhague y emprendió una nueva carrera de corsario al ataque de los buques británicos. Esta carrera duró menos de seis meses; el barco que comandaba se topó con un buque de guerra británico y fue capturado; después Jørgensen quedó en libertad bajo palabra. En 1809 rompió su palabra y se ausentó de Gran Bretaña como intérprete de la expedición comercial de Phelps a Islandia, donde acabó al cargo del gobierno local. Jørgensen demostró grandes aptitudes. Declaró a Islandia libre e independiente de Dinamarca.[45]

Jørgensen, para aprovechar la tranquila reacción de los isleños al derrocamiento del gobernador real, empezó a introducir reformas políticas y sociales de corte jacobino: concesión de derechos y libertades básicas, igualdad ante la ley, derechos de voto, reforma educativa y socorro a los pobres. Todas las deudas que se debieran a la monarquía danesa o a los comerciantes daneses fueron anuladas y los impuestos se redujeron a la mitad. Las intenciones profesas de Jørgensen eran formar una república islandesa con una asamblea legislativa elegida democráticamente por toda la isla. Ante la reacción de algunos grupos isleños, Jørgensen se declaró a sí mismo «protector» y se arrogó de una autoridad absoluta hasta la reunión de la asamblea legislativa, prevista para julio de 1810. Para imponer sus reformas también formó una milicia, compuesta sobre todo por delincuentes menores, que utilizó para arrestar a los opositores. La llegada de un buque mercante danés con 10 000 *rigsdaler* daneses de salarios atrasados fue de mucha ayuda para el nuevo ejecutivo, que los confiscó de inmediato y los empleó en la financiación de las reformas.

La república islandesa sobrevivió solo nueve semanas, hasta que la llegada del buque de guerra HMS Talbot, despachado para investigar la suerte de la expedición comercial de Phelps, puso fin a su existencia. El capitán Alexander Jones se quedó atónito al encontrarse con una joven república gobernada por un antiguo prisionero de guerra danés. Los adversarios políticos de Jørgensen aprovecharon la ocasión para denunciarlo e instaron al capitán Jones a que lo arrestara y declarara nulas todas las proclamas y decretos de su gabinete. El 25 de agosto de 1809, dos meses después de tomar el poder, Jørgensen abandonaba Islandia, de nuevo prisionero de los británicos.[46]

La breve vida de la república islandesa pone en evidencia el impacto de las Guerras Napoleónicas incluso en áreas muy remotas de Europa, pero también ofrece una clara indicación de la ausencia del nacionalismo político o de las ideas democráticas en

numerosas regiones. El proyecto de Jørgensen de una Islandia democrática e igualitaria era admirable, pero su existencia efímera se debió a la pasividad de los islandeses comunes, que no defendieron sus recién adquiridos derechos y libertades. Los islandeses ricos estaban más preocupados por una posible prohibición británica a la navegación entre Islandia y el continente europeo, una limitación que habría sido desastrosa para la economía marítima de la isla. De hecho, algunos funcionarios británicos llegaron a alarmarse por la difusión del espíritu revolucionario en Islandia y presionaron a favor de una implicación más directa en sus asuntos. En febrero de 1810, el Gobierno británico reiteró su reconocimiento de la soberanía danesa sobre Islandia, aunque anunció que la isla continuaría como posesión británica mientras durara la guerra.[47]

Aunque los suecos no estuvieron al corriente del plan británico de atacar Copenhague, su alianza con Gran Bretaña los expuso a la acusación de actuar como colaboradores. Altos cargos suecos se quejaron abiertamente de que la fijación británica por Copenhague había contribuido a la derrota de la campaña sueca en Pomerania. Incluso los que habían apoyado políticas probritánicas en los dos años previos se habían sentido decepcionados por las acciones de su aliado. Les preocupaba que el ataque de Copenhague provocara una confrontación directa entre Gran Bretaña y la alianza franco-rusa, lo que habría arrastrado al reino sueco, de forma inevitable, a una conflagración ruinosa y habría socavado su posición internacional aún más.[48] La pérdida de Pomerania, aunque previsible, fue un mazazo a las ambiciones suecas en el norte de Europa. Los británicos, con la intención de suavizar aquel golpe y de conservar el control del Sund, invitaron al rey Gustavo a participar en la ocupación de la isla de Selandia (Själland), una actuación que podía beneficiar económicamente a Suecia a través de la recaudación de tasas al tráfico marítimo por el Sund. Sin embargo, Gustavo, desilusionado por la

falta de apoyo de los británicos en Pomerania, declinó participar en una aventura que podía haber avivado las sospechas de colusión sueca en el ataque británico contra Copenhague, unas sospechas que podían acabar enredándolo en un enfrentamiento con Dinamarca y Noruega. Prefirió instar a Gran Bretaña a que se asegurase de que Dinamarca iba a mantenerse neutral y a servir de territorio tampón para Suecia. En el contexto posterior al ataque de Copenhague (y a Tilsit), este deseo estaba completamente alejado de la realidad. Los daneses cayeron en los brazos expectantes de Napoleón, con quien firmaron el 31 de octubre de 1807 un tratado en Fontainebleau. Dinamarca y Francia pactaron hacer causa común mientras durara la guerra y no llegar a una paz con Gran Bretaña por separado. Además, Napoleón se comprometía a garantizar la integridad territorial de Dinamarca y prometía conseguir a los daneses una compensación por sus pérdidas en la contienda. El príncipe regente Federico se comprometió con la lucha de Francia contra Gran Bretaña y accedió incorporarse al Sistema Continental y a participar en todos los esfuerzos dirigidos a que Suecia se uniera a la guerra comercial contra Gran Bretaña. De esta forma, los dos Estados escandinavos se encontraron en una situación peculiar: ninguno deseaba realmente tener problemas con el otro, y menos una guerra, pero, de todas maneras, se vieron arrojados a un torbellino de asuntos internacionales que los obligaba a elegir un bando (Gran Bretaña o Francia) y a acabar en guerra el uno con el otro.

El movimiento de Dinamarca hacia Francia espoleó a los británicos a tomar el control de los estratégicos estrechos daneses. Gran Bretaña hizo al menos dos ofertas más a Suecia para proteger los estrechos: ocupar Selandia o desplegar tropas británicas en Escania, la provincia más meridional de Suecia. Para dorar la píldora, Canning llegó a ofrecer a los suecos el traspaso de la colonia holandesa de Surinam. Estas ofertas fueron recibidas fríamente por la corte sueca, preocupada porque la presencia de tro-

pas británicas pudiera socavar su soberanía y poner en peligro una región que había sido tradicionalmente la despensa del reino. A pesar del gran atractivo de Surinam, los ministros suecos no desconocían lo complicado que sería gobernar y proteger aquella lejana colonia. La oferta británica solo sirvió para ahondar la división en el Gobierno sueco, donde el rey y los ministros chocaban cada vez más en relación con el futuro de los territorios suecos. Gustavo pensaba que una alianza anglo-sueca podría servir de disuasión ante una posible agresión francesa o rusa, pero sus ministros veían en esta asociación una de las razones principales de los problemas de Suecia con sus vecinos.

La continuada alianza de Suecia con Gran Bretaña provocaba inquietud en Rusia, preocupada por la creciente presencia británica en el Báltico. Este mar era especialmente sensible para Rusia, cuyo acceso a puertos de aguas cálidas era limitado y se veía por ello privada de obtener una parte más sustancial del lucrativo comercio de ultramar. El mar Báltico era la ruta más corta a Europa occidental; sin acceso al mismo, Rusia no podría desarrollar su economía ni soñar con proyectar su estatus de gran potencia europea. La presencia de Rusia en el Báltico estaba estrechamente ligada a su identidad imperial. En el siglo XVII, Pedro el Grande dedicó gran parte de su reinado a «abrir una ventana a Europa» a través del Báltico. La Gran Guerra del Norte entre Rusia y Suecia desembocó en la anexión a la primera de territorios de Finlandia oriental y a lo largo de la orilla sur del Báltico. Se construyó una nueva capital del imperio, San Petersburgo, en la costa oriental del golfo de Finlandia, y el centro político del Imperio ruso se desplazó hacia el noroeste.

De todos modos, la pugna entre Suecia y Rusia continuó. En 1741, Suecia, con el apoyo de Francia y Turquía, declaró la guerra a Rusia; en dos años fue derrotada y obligada a aceptar una nueva paz, más desventajosa, firmada en Åbo (Turku).[49] Suecia, 45 años más tarde, intentó recobrar de nuevo los territorios per-

didos, pero el conflicto de 1788-1790 con Rusia acabó en empate y la Paz de Wereloe confirmó los avances territoriales rusos previos. Durante la década siguiente, Rusia consolidó sus posiciones a lo largo de la costa del Báltico con el objetivo de asegurar sus rutas comerciales con Europa occidental y proteger a la capital imperial, San Petersburgo. Esto pudo haberse conseguido, al menos parcialmente, mediante la conquista de Finlandia, entonces en poder de los suecos, pero la participación rusa en las particiones polacas y el estallido de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas pospuso las posibles aspiraciones de Rusia en ese sentido. Las derrotas sufridas ante Napoleón contribuyeron a que los rusos fueran perdiendo la fe en sus aliados, en especial en Gran Bretaña, que, en opinión de los rusos –como ya hemos visto–, no había cumplido sus promesas.

En Tilsit, en 1807, el emperador Alejandro había acordado obtener cierto grado de «venganza» (en palabras de un diplomático sueco) de Gran Bretaña atacando a uno de los últimos aliados que le quedaban, Suecia, aunque solo unos meses antes San Petersburgo y Estocolmo hubieran formado una coalición antifrancesa.[50] Este giro diplomático no fue fácil para el soberano ruso, que tuvo que enfrentarse a una oposición considerable en la corte. De nuevo, en ese momento, resultó decisivo el golpe británico sobre Copenhague. Alejandro, enfurecido por la agresión británica a su aliado danés, interpretaba que aquello violaba los acuerdos ruso-suecos de 1780 y 1800 relativos al cierre de los puertos del Báltico a los buques británicos y a «unir a los tres Estados nórdicos para la preservación de la paz báltica».[51] Alarmado porque la escuadra británica pudiera adentrarse en el golfo de Finlandia y amenazar a la flota rusa del Báltico con base en Kronstadt, Alejandro supervisó en persona la reparación de las defensas a lo largo de la costa en el otoño de 1807. Los diplomáticos rusos se mostraron interesados en reavivar la Liga de Neutralidad Armada y advirtieron en términos inequívocos a los

suecos de que su no incorporación a la liga obligaría a San Petersburgo a revisar su relación con Estocolmo.

Gustavo rechazó la proposición rusa. Adujo que estaba pensada para debilitar a Suecia y facilitar la expansión rusa en el mar Báltico y en Finlandia.[52] El monarca se quejó de la concentración de efectivos rusos cerca de la frontera finlandesa en aquel momento y estaba convencido de que la guerra era inevitable. Incluso valoró la posibilidad de lanzar un ataque preventivo contra la base rusa de Kronstadt, opción que fue rechazada rápidamente por sus espantados ministros, que preferían una línea política más pacífica con el vecino oriental. El barón Von Ehrenheim, canciller de Asuntos Exteriores sueco y vehemente enemigo de la alianza anglo-sueca, instaba al rey a abandonar a Gran Bretaña y procurar un acercamiento con Rusia fundamentado en que Suecia actuara de conducto para el comercio ruso con Gran Bretaña. Ehrenheim y sus partidarios pensaban que Suecia no estaba lista para una confrontación directa con Rusia y que debía adoptar una neutralidad estricta. La expectativa de una contienda con Rusia aumentaba entre los suecos los sentimientos contrarios al monarca y a la alianza con Gran Bretaña. En una visita a Estocolmo en el otoño de 1807, un viajero británico se sorprendió al descubrir que el «sentimiento antiinglés era tan general en Suecia que me aconsejaron viajar por el país fingiendo ser alemán».[53] De hecho, las pasiones estaban tan acaloradas entre los miembros del Riksdag[*10] (Parlamento) sueco que algunos ya pensaban en la posibilidad de derrocar al rey y acabar con la alianza británica para evitar el enfrentamiento con Rusia.

El 10 de noviembre de 1807, el emperador Alejandro prohibió a los buques británicos entrar en los puertos rusos y suspendió los derechos de propiedad de los súbditos británicos residentes en Rusia.[54] Seguidamente, exigió que Suecia cerrara el mar Báltico a todos los buques de guerra extranjeros (es decir, británicos). La corona sueca tardó dos meses en responder y, el 30 de

diciembre de 1807, Rusia amenazó con actuar si Suecia seguía sin dar una respuesta clara. Finalmente, en enero de 1808, Gustavo rechazó las demandas rusas de cumplimiento de los acuerdos previos en tanto que hubiera tropas francesas en la costa del Báltico y mientras Napoleón tuviera cerrados los puertos alemanes al comercio con Gran Bretaña. Rusia interpretó la negativa como un *casus belli*.

Los preparativos rusos para la guerra habían empezado dos meses antes, cuando se formó un nuevo cuerpo de ejército de tres divisiones de infantería cerca de la frontera finlandesa.[55] El general Fiódor[*11] Buxhöwden asumió el mando, pero sus divisiones estaban faltas de efectivos y agotadas por la campaña de Polonia; en total no pasaban de 24 000 hombres. La estrategia inicial rusa consistía en ocupar tanto territorio como fuera posible antes de iniciar las negociaciones de paz.[56] A pesar de la movilización rusa, los suecos no se prepararon para la campaña. Esto se debió, en parte, a la decisión política tomada por Gustavo y sus asesores de evitar cualquier medida que pudiera instigar a Rusia a declarar la guerra. Todos ellos consideraban inevitable el conflicto con Rusia, pero daban por hecho que las hostilidades no se declararían hasta finales de la primavera de 1808 y para entonces la Royal Navy podría prestarles apoyo. No deja de ser comprensible que el soberano y sus ministros pensaran que los rusos no se aventurarían a una penosa guerra de invierno en Finlandia. Sin embargo, este era exactamente el plan de acción ruso y todos los apremiantes despachos enviados a Estocolmo por el embajador sueco en San Petersburgo, Curt von Stedingk, fueron ignorados.[57] Así pues, las fuerzas militares suecas no se movilizaron por completo y continuaron dispersas en los cuarteles de invierno.[58] La situación empeoró todavía más por la trifulca de Gustavo con el Riksdag en torno a la financiación para la guerra, que lo obligó a depender en extremo de los subsidios británicos. El 8 de febrero de 1808, dos semanas antes de que se iniciara el

enfrentamiento, Suecia y Gran Bretaña renovaron su tratado de subsidios y Londres prometió el pago de 1,2 millones de libras anuales.[59] En los primeros días de febrero, Gustavo ordenó al mariscal de campo Mauritz Klingspor dejar fuertes guarniciones en Sveaborg y Svartholm y retirar el resto de las fuerzas a Ostrobotnia. Las fuerzas suecas, reforzadas con tropas llegadas de la propia Suecia, debían evitar las batallas campales y esperar al momento oportuno en que, con la ayuda de la Royal Navy, pudieran pasar al contraataque.[60]

El 21 de febrero de 1808, sin que mediara una declaración de guerra formal, notificación o ultimátum (una omisión que los suecos tacharon de violación de las leyes internacionales), el Ejército ruso invadió Finlandia.[61] Los rusos difundieron proclamas que instaban a la población local a no oponerse a la ocupación y que prometían respetar el orden y pagar las requisas. También se animaba a los soldados suecos a que se rindieran sin luchar.[62] La estrategia inicial rusa consistió en ocupar tanto territorio como fuera posible antes de iniciar negociaciones y acabar la guerra. Las unidades rusas, por consiguiente, avanzaron con rapidez y tomaron Kuopio, Tavastheus, Tammerfors y Åbo, así como la línea costera entre Åbo y Vaasa en marzo. Además, la vanguardia rusa se apoderó de las islas Åland y de la isla de Gotland, éxito este último especialmente satisfactorio por los temores rusos de que los británicos pudieran instalar en ella una base naval que amenazara directamente la costa rusa.[63] A medida que las fuerzas suecas se retiraban hacia el norte, los rusos fueron sumando territorios adicionales, entre ellos Jakobstad, Gamlakarleby y Brahestad.[64] La conquista del sur de Finlandia sin derramamiento de sangre convenció a los rusos de que la campaña estaba prácticamente finiquitada. En abril, el emperador Alejandro publicó un manifiesto que exigía a sus nuevos súbditos finlandeses jurarle lealtad, en lo que suponía otra nueva violación de las leyes internacionales.

Pero la guerra distaba de haber terminado. La campaña se desarrolló en el inhóspito terreno de Finlandia, cortado por frecuentes corrientes, lagos y fiordos. Inmensos pantanos convertían en impracticable el acceso de las tropas a grandes regiones. El terreno era más favorable para la guerra defensiva que para el ataque y el Ejército sueco contenía efectivos finlandeses que estaban familiarizados con el terreno y sabían cómo sacarle partido. El clima de Finlandia era otro problema para el Ejército ruso. El frío y largo invierno exigía un sistema de suministro eficiente para abastecer al ejército de provisiones y ropa de abrigo y además limitaba las operaciones de la flota rusa en el golfo de Finlandia, parcialmente congelado. El deshielo primaveral trajo consigo lluvias y celliscas que complicaron aún más los movimientos de las tropas. Los suecos concentraron sus unidades en el norte, donde era más fácil abastecerlas y reforzarlas desde Suecia. Las columnas rusas, por el contrario, tuvieron que extenderse a lo largo de unas líneas de comunicación dilatadísimas –la fortaleza de Sveaborg mantuvo ocupado a un número notable de efectivos– y pacificar a una población finlandesa cada vez más descontenta con la presencia rusa en la región.

El alto mando sueco no supo aprovechar estas ventajas. Gustavo desoyó las solicitudes para el traslado de refuerzos desde el frente noruego y prefirió poner sus esperanzas en un alzamiento general en Finlandia y en las grandes fortalezas suecas de Svartholm y Sveaborg, que debían desangrar a las unidades rusas antes del contraataque. Unas esperanzas que no tardaron en desvanecerse. En primer lugar, el 17 de marzo, el fuerte de Svartholm se rendía a los rusos, quienes entonces dirigieron su atención a Sveaborg, la más grande y formidable de las fortalezas de Finlandia, bien abastecida, apoyada por un escuadrón naval y defendida por una nutrida guarnición sueca de unos 6700 hombres y más de 1000 cañones comandada por el vicealmirante Karl Olof Cronstedt. Los rusos bloquearon la fortaleza el 19 de marzo y la

atacaron, pero sin lograr daños de importancia. Reacios a arriesgar sus fuerzas en un asalto decidido, prefirieron explotar los sentimientos contrarios a Gustavo entre la oficialidad sueca, en especial en el propio Cronstedt, resentido por su remoción previa. Sirviéndose de tretas y sobornos, los representantes rusos, el general Paul van Suchtelen y Göran Magnus Sprengtporten, persuadieron al comandante sueco para que se rindiera. El 6 de mayo, Cronstedt entregaba Sveaborg con sus depósitos e instalaciones militares intactos, lo que permitió que los rusos se apoderaran de más de 100 cañoneras y de unos 1200 cañones.[65] La caída de Sveaborg, la pieza clave de las defensas suecas en Finlandia, se celebró con alborozo en San Petersburgo.[66] La noticia, como no podía ser menos, asombró y desmoralizó al bando sueco. De análoga gravedad fue su efecto en la confianza de los británicos en cuanto a la capacidad de los suecos para continuar con éxito aquella guerra.

Suecia, mientras tanto, se enfrentaba a un nuevo reto internacional. El 13 de marzo de 1808, mientras los rusos invadían Finlandia, el rey Cristián VII de Dinamarca, mentalmente perturbado, fallecía y era reemplazado por Federico VI, partidario de una posición más dura con Suecia. Solo un día más tarde, el embajador danés presentaba la declaración de guerra al Gobierno sueco.[67] Napoleón hizo todo lo que pudo para alimentar las ambiciones danesas de aprovechar la vulnerabilidad sueca para recobrar territorios perdidos durante el siglo anterior. Los daneses confiaban esperanzados en la promesa francesa, firmada en Fontainebleau, de aportar unos 30 000 soldados franco-españoles a las órdenes del mariscal Bernadotte para invadir Suecia.[68] Tanto Napoleón como Federico VI esperaban que Suecia fuera derrotada con facilidad en una contienda en la que se conjuntarían el ataque ruso por Finlandia, una ofensiva noruega contra Gotemburgo y una invasión danesa del sur de Suecia que partiría de Selandia.

La noticia sorpresa de la declaración de guerra danesa causó, obviamente, gran alarma en Suecia, que se encontró en aquel momento amenazada desde casi cualquier dirección.[69] La opinión pública sueca se quejaba por la pérdida de territorios finlandeses, de la evidente falta de preparación para la guerra y de la falta de un liderazgo militar sólido. Incluso los oficiales superiores suecos expresaban sus reservas acerca de la situación. «El reino está completamente expuesto en la frontera noruega y ya se extienden rumores alarmantes –se lamentaba el canciller Ehrenheim en marzo de 1808–, pero aquí nadie, ni siquiera los más altos oficiales militares, sabe cómo podremos resistir».[70] El rey Gustavo intentó, en un primer momento, invadir Dinamarca, aunque los reveses de Finlandia y la expectativa de tener que enfrentarse a los franceses le llevaron a descartar este plan. Se optó por que las fuerzas suecas en Götaland adoptaran posiciones defensivas y centrar la atención en Noruega, que los suecos veían como su adversario más débil y donde esperaban poder compensar la pérdida de Finlandia ante Rusia. Con el objetivo de invadir Noruega, el rey ordenó la reorganización de las unidades suecas para la formación de un nuevo ejército que comandaría el general Gustaf Mauritz Armfelt y acudió a los británicos en busca de apoyo.

> Ahora es el momento de presionar a Inglaterra sin falta; Suecia no ha estado nunca en una posición más peligrosa que la presente e Inglaterra debería [por tanto] enviar ayuda ingente prontamente, prontamente, tropas y barcos. Y más dinero, claro. Esta ayuda es imperiosa para la supervivencia de Suecia.[71]

El Gobierno británico no se engañaba acerca de lo que estaba en juego en la inminente guerra del Báltico. Ante la hostilidad combinada de Rusia y Francia, Suecia tenía pocas posibilidades de prevalecer y Gran Bretaña era remisa a poner en peligro su propio esfuerzo bélico al apoyar al de Suecia. El ejecutivo británico encontró imposible satisfacer la demanda sueca de doblar más su subsidio hasta 2,8 millones de libras y tampoco era partidario de organizar otra ambiciosa expedición militar como la de

Copenhague a la costa del Báltico; pensaba que podía dar mejor uso a esos recursos militares en otros lugares. Durante marzo y abril de 1808, los suecos intentaron fútilmente convencer a sus aliados británicos para que desembarcaran tropas en Noruega y efectuar operaciones conjuntas contra Dinamarca.[72] El secretario de Exteriores británico, Canning, seguía sin estar convencido de la viabilidad de aquellos planes y ofrecía como alternativa mantener el bloqueo naval de las costas, una estrategia que distaba mucho de una implicación británica verdaderamente activa. Incluso cuando, al final, los británicos aceptaron enviar una fuerza expedicionaria a Suecia, insistieron en que esta permanecería bajo mando británico, en que se limitaría a operaciones costeras y en que podría ser llamada de vuelta en cualquier momento.

A finales de marzo, daneses y suecos estaban ya listos para las operaciones militares, pero la presencia del escuadrón naval británico comandado por Hyde Parker, que había hibernado en las poblaciones portuarias suecas, inhibía las acciones franco-danesas. A pesar de la presencia de grandes témpanos de hielo flotantes en el Báltico, Parker hizo una demostración de fuerza por la costa danesa que evidenciaba el control británico de los mares y que movió a Bernadotte, cuyas tropas estaban desplegadas en Selandia, justo enfrente de Suecia, a detener sus planes de llegar a esta cruzando los estrechos daneses (el Gran Belt, el Lillebælt –Pequeño Belt– y el Sund). La noticia de la insurrección que se extendía por España contribuyó a complicar todavía más las operaciones franco-danesas: el contingente de Bernadotte incluía alrededor de 14 000 españoles, en cuya lealtad ya no se podía confiar. Ante la presencia de la Royal Navy británica en el Sund, el plan original de invasión conjunta franco-danesa tuvo que tirarse a la basura. Las tropas de Bernadotte se quedaron donde estaban, para mortificación de la población local y los daneses pusieron sus esperanzas en los noruegos. Las unidades de

estos últimos –unos 10 000 soldados– estaban al mando del príncipe Cristián Augusto de Augustenburg, cabeza de la Comisión de Gobierno (Regjeringskommisjon) noruega, una institución ejecutiva formada después del ataque británico contra Dinamarca que entorpecía notablemente la gobernanza de los asuntos noruegos desde Copenhague. No obstante, la creación de la citada comisión marcó un hito notable en la historia de Noruega, puesto que era solo la segunda vez en más de 270 años en que el país había conseguido un autogobierno, aunque fuera limitado. [73]

Augustenburg planeaba en un primer momento invadir el occidente sueco, pero la lentitud de la movilización, la escasez de suministros y equipo y la anulación de la invasión danesa de Escania lo llevaron a abandonar este propósito. Esto, por otro lado, permitió a los suecos pasar a la ofensiva. En la primera gran operación de la guerra avanzaron hasta Aurskog-Høland, pero fueron derrotados y retrocedieron por donde habían venido. El comandante sueco, el general Armfelt, se puso en marcha entonces con 8000 hombres hacia la fortaleza de Kongsvinger, derrotó a los noruegos en Lier el 18 de abril y puso cerco a la fortaleza.[74] El júbilo sueco por estos logros iba a durar muy poco: la situación cambió rápida y drásticamente. Los noruegos obtuvieron victorias menores pero significativas en Trangen (el 25 de abril), Mobekk (el 18 de mayo) y Jerpset (el 24 de mayo) que impidieron a Armfelt avanzar más y que, en último término, contribuyeron a su decisión de levantar el bloqueo de Kongsvinger –motivada, principalmente, por los problemas logísticos– y retroceder hasta las fronteras suecas.[75] A pesar de la llegada de la fuerza expedicionaria británica (como veremos más adelante), los suecos fueron incapaces de rehacerse para contraatacar. El alto mando sueco no logró implementar una estrategia coherente y el rey y sus generales malinterpretaban a menudo sus intenciones respectivas. Además, la mayor parte de los recursos suecos estaba

empeñada en el frente de Finlandia, donde los suecos intentaron tomar la iniciativa. A primeros de abril, el joven y vigoroso general sueco Karl Johan Adlerkreutz fue nombrado segundo al mando en Finlandia, subordinado al mariscal Klingspor. Adlerkreutz instó a pasar de inmediato a la contraofensiva contra las dispersas unidades rusas. Sus victorias en Gamlakarleby, Brahestad, Siikajoki y Revolax mejoraron la moral sueca y permitieron una nueva ofensiva general en el este y el norte de Finlandia, en la que los suecos de nuevo se alzaron victoriosos en Pulkkila (el 2 de mayo), tomaron Kuopio y recobraron Gotland y las islas Åland después de que la Marina rusa no prestara el apoyo necesario a sus efectivos terrestres.[76]

Las ofensivas suecas animaron al estallido de levantamientos populares en partes de Finlandia, donde la población local se negaba a jurar lealtad al soberano ruso y prefirió iniciar una guerra de guerrillas atacando a destacamentos aislados y las líneas de comunicación de los rusos.[77] Aunque la guerra de guerrillas finlandesa no llegó nunca a la intensidad de la española, sí puso en graves aprietos al dispositivo militar ruso y obligó a las autoridades a transigir.[78] En junio de 1808, ante la perspectiva de una guerra de guerrillas prolongada en Finlandia y una situación política incierta en Europa, Alejandro emitió una proclama en la que se comprometía a respetar todas las libertades existentes de los territorios finlandeses y de sus gentes y, más tarde, dio órdenes para que se convocara la Dieta de Porvoo (Borgå Landtdag).[79]

La decisión de Alejandro no debe tomarse como una mera concesión a las guerrillas finlandesas. En realidad, sus raíces se encontraban en la estrategia política tradicional de Rusia. Durante el siglo XVIII, numerosos miembros de la clase gobernante y de las élites sueco-finlandesas se sintieron frustradas por las continuas guerras de Suecia con Rusia, que solo servían para demostrar que Suecia era incapaz de defender Finlandia y que pro-

vocaron severas penurias en la región. Rusia intentó repetidas veces utilizar estos sentimientos y en 1741-1743 ofreció su apoyo a los finlandeses si rompían con Suecia. Aunque la iniciativa no tuvo ningún efecto en aquella ocasión, el plan se resucitó cuatro décadas más tarde, durante la Guerra Ruso-Sueca de 1788-1790. Rusia recibió entonces con los brazos abiertos a oficiales finlandeses despechados, ente los que destacaba el coronel Göran Magnus Sprengtporten, que había abandonado el servicio de Suecia y se manifestó dispuesto a apoyar el proyecto de una Finlandia autónoma sostenida por Rusia. En 1788, 113 oficiales habían formado la Liga de Anjala (Anjalaförbundet), que no veía el futuro de Finlandia con la decadente Suecia, sino con el poder emergente de Rusia. Estos oficiales pensaban que la expansión rusa era inevitable a largo plazo y que, en lugar de arriesgarse a una contienda y a una conquista violenta, era mejor buscar un compromiso pacífico con Rusia que condujera a la entrega de Finlandia en las mejores condiciones posibles.[80] El fin de la Guerra Ruso-Sueca en 1790 frustró las aspiraciones de la Liga de Anjala, pero, dieciocho años después, los miembros supervivientes, encabezados por Sprengtporten, tuvieron una oportunidad extraordinaria de reanudar la tarea. Sprengtporten promovió activamente su plan de una Finlandia autónoma en el seno del Imperio ruso y, aunque su propuesta para la convocatoria temprana de una dieta finlandesa se pospuso hasta 1809, sus argumentos influyeron para convencer al emperador Alejandro de que era preferible tratar a los finlandeses de forma distinta a otros territorios conquistados como Polonia o Georgia.[81]

El monarca ruso pensaba que la cooperación finlandesa sería esencial para reforzar la precaria posición de Rusia en el Báltico, en un momento en que la política europea parecía volátil: a la vez que Francia estaba desplazando en Alemania a los intereses rusos, y los otomanos se preparaban para reanudar las hostilidades con Rusia en los principados danubianos, Rusia tenía que

encarar la amenaza que le planteaba la alianza anglo-sueca en el Báltico. Gran Bretaña ya se había comprometido a un subsidio de más de un millón de libras para apoyar a Suecia contra Francia, pero estos fondos también servirían para financiar el esfuerzo bélico sueco contra Rusia. En cumplimiento del segundo compromiso británico en su alianza con Suecia, en febrero se ordenó el envío de un escuadrón naval mandado por el almirante James Saumarez al Báltico. El escuadrón retrasó su salida hasta finales de abril por la decisión de añadir una fuerza expedicionaria de 10 000 efectivos que iba a comandar *sir* John Moore. Esta debía desembarcar en el sur de Suecia para protegerla y para permitir que las unidades suecas situadas allí entonces pudieran dedicarse a emprender operaciones contra los rusos.[82] Curiosamente, Moore recibió la orden de no operar bajo mando sueco para evitar un choque militar directo con efectivos rusos, pero Saumarez, en cambio, recibió instrucciones dirigidas a que evaluara la posibilidad de golpear la base naval de Kronstadt para evitar que Francia pudiera servirse de la Flota del Báltico rusa.[83]

La fuerza expedicionaria británica llegó a Gotemburgo a mediados de mayo. Moore se sorprendió por la acogida, bastante fría, de sus aliados suecos. Estos desconfiaban de las intenciones de Gran Bretaña y, a pesar de las promesas previas, no concedieron a las tropas británicas el permiso de desembarcar hasta que se hubiera acordado cuál sería su uso.[84] En conjunto, las noticias que llegaban de Suecia eran de todo menos tranquilizadoras: no paraban de llegar reportes de reveses en Finlandia y Noruega y la opinión pública se estaba volviendo en contra de Gustavo. Moore estaba cada vez más molesto por la insistencia de Gustavo en emplear unidades británicas para consolidar su control de los territorios vecinos. Si el rey hubiera aceptado el desembarco de las tropas británicas en Escania, habría podido transferir al menos 10 000 efectivos propios al teatro de operaciones finlandés, donde era probable que su impacto fuera considerable. En vez de

ello, el grueso del ejército sueco, incluyendo sus mejores unidades, permanecía lejos de la Guerra de Finlandia mientras el monarca se enredaba con los británicos en cuanto a qué estrategia seguir. En una serie de reuniones, Gustavo propuso varios planes consistentes en campañas contra Dinamarca y Noruega, o en ataques directos contra los rusos en Finlandia o en la costa rusa del Báltico. Se trataba de planes que hasta los propios generales suecos veían irrealizables. La insistencia del soberano en ellos contribuyó a aumentar la oposición de Moore, para quien todos estos proyectos eran contrarios a las instrucciones que tenía; y en junio ya sentenciaba: «[…] si hubiéramos asumido algo de esto o nos hubiéramos puesto alguna vez a las órdenes [de Gustavo], es imposible describir el absurdo al que nos habríamos expuesto». [85] Sin embargo, sus intentos de poner en evidencia la futilidad de aquellos proyectos condujeron a la ruptura de las relaciones con el rey, que ordenó el arresto domiciliario de Moore y provocó una grieta diplomática entre Suecia y Gran Bretaña.[86] Moore consiguió escapar y volver a Gotemburgo, donde estaban sus tropas. Allí recibió un nuevo conjunto de instrucciones de la War Office británica que, impaciente por la ausencia de progresos en el Báltico, ya había desplazado su atención hacia la península ibérica, donde la marea de agitación popular contra los franceses ofrecía mejores perspectivas para una campaña victoriosa. El 3 de julio de 1808 los británicos abandonaron Gotemburgo. [87]

La partida de Moore de Suecia coincidió con uno de los episodios más dramáticos de las Guerras Napoleónicas: la huida de una división española al completo gracias a la Royal Navy. Como hemos visto en el Capítulo 12, a finales de 1807, Napoleón había conseguido, amedrentando y presionando al monarca español, Carlos IV, y a su primer ministro, Godoy, que estos le proporcionaran algunas de las mejores unidades españolas para reforzar al contingente francés en Alemania. Esta exigencia tam-

bién estaba pensada para asegurar la continuidad de la lealtad española y para debilitar la resistencia local en caso de que Napoleón necesitara ocupar España. Organizados en la División del Norte, unos 15 000 soldados españoles fueron puestos bajo el mando de Pedro Caro y Sureda, marqués de La Romana, un comandante que había participado en la Guerra de Independencia de Estados Unidos y que se había distinguido, en 1781, durante la conquista de la isla de Menorca, entonces ocupada por los británicos. La Romana llevó su división al norte de Alemania, donde pasó el invierno de 1808 en tareas de guarnición en Hamburgo, Mecklemburgo y poblaciones de la antigua Liga Hanseática para luego ser asignada al cuerpo del mariscal Bernadotte, que fue entonces enviado a Dinamarca para la planeada invasión de Suecia. Aunque la invasión no se llegó a materializar, las tropas españolas permanecieron en Dinamarca, acantonadas en Jutlandia y en la isla de Funen. En la primavera de 1808, a pesar de los esfuerzos franceses para interceptar las comunicaciones de los españoles, La Romana y sus oficiales se enteraron de la ocupación francesa de España, del levantamiento de mayo en Madrid y del inicio de la guerra en la Península. Enfurecidos por las noticias, los oficiales españoles elaboraron planes para regresar a España, hasta que se dieron cuenta de que los galos no les dejarían volver a casa. Las autoridades francesas trataron de calmar a los españoles aumentando la paga de los oficiales y concediéndoles ciertos privilegios –Bernadotte empleó soldados españoles para su escolta personal–, pero, como comentó un oficial español: «Cuanto más se esforzaban en persuadirnos que la España estaba tranquila y dispuesta a gozar de la felicidad que Napoleón la preparaba, tanto más preveíamos las escenas de sangre, luto y desastres que se siguieron a tan inauditos acontecimientos».[88]

En el verano de 1808, a la vez que los británicos buscaban formas de estimular la resistencia a los franceses en España, la división de La Romana empezó a aparecer en los debates guberna-

mentales.[89] Un agente británico que se hacía pasar por viajante de comercio de artículos exóticos logró evadir a la contrainteligencia francesa y visitó a La Romana en Nyborg, donde le transmitió los detalles del plan británico: si los españoles lograban alcanzar la costa, la Armada británica podría recogerlos y llevarlos a cualquier lugar del Imperio español. La Romana, después de sobreponerse a sus reservas iniciales, lo consultó con sus oficiales y accedió al plan.[90] A finales de julio, el almirante Richard Goodwin Keats, comandante de la Flota del Báltico, se hallaba ya ocupado reuniendo las embarcaciones de transporte inglesas necesarias para una audaz evacuación en el Báltico.

Para que el plan tuviera éxito, La Romana debía concentrar sus dispersos efectivos y tomar el control de los puertos cercanos. En un principio, quiso utilizar el pretexto de celebrar una gran revista para concentrar a las tropas, pero este plan casi se vino abajo cuando llegaron de Francia nuevas órdenes por las que todos los soldados españoles debían hacer un juramente de lealtad al rey José Bonaparte. Las unidades españolas situadas en Jutlandia y Funen hicieron el juramento «de forma más o menos falsaria» y prometieron lealtad al príncipe Fernando en vez de a José. Sin embargo, los que estaban en la isla de Selandia, en su mayoría desconocedores de los planes de escapada, se amotinaron el 31 de julio y fueron rápidamente rodeados y obligados a rendirse por las fuerzas danesas, más numerosas. Este incidente, como era natural, alarmó a los franceses. Sin embargo, antes de que pudieran hacer nada, La Romana tuvo noticia de que la flota británica se encontraba en camino y decidió actuar. El 7 de agosto, los españoles tomaron el control del puerto de Nyborg, en la isla de Funen. Allí también acudieron los hombres de los regimientos del Infante, del Rey y de Zamora, que estaban acantonados en la isla de Jutlandia y tuvieron que requisar pequeñas embarcaciones para cruzar a Funen. El Regimiento de Caballería del Algarve, en cambio, no consiguió llegar, en parte por las du-

das de su coronel. Entre el 9 y el 11 de agosto, las tropas españolas en Funen, unos 9000 hombres, pasaron a Langeland, donde se impusieron a la guarnición danesa y esperaron durante diez días la llegada de la flota británica. El almirante Keats evacuó a la división española y la transportó a Santander, donde los soldados de La Romana desembarcaron a mediados de octubre. La División del Norte se incorporó casi de inmediato a la contienda contra los franceses. Los soldados españoles que habían sido capturados por las fuerzas francesas y danesas fueron reorganizados en el nuevo Regimiento de José Bonaparte y dispersados por Italia, los Países Bajos, Alemania y Francia, para, más tarde, ser llamados a participar en la invasión de Rusia de Napoleón, donde muchos de ellos perecieron.[91]

La implicación británica en los asuntos del Báltico no concluyó con el fiasco de la expedición de Moore. De hecho, durante mucho tiempo se mantuvo una guerra anglo-rusa de baja intensidad –una «guerra sin humo», según la memorable denominación de un historiador ruso–.[92] Esta contienda tiende a perderse en las historias tradicionales de las Guerras Napoleónicas, en gran medida porque no produjo batallas de gran tamaño y consistió, primariamente, en enfrentamientos aislados entre buques de guerra británicos y rusos en el Mediterráneo, en el mar de Barents y en el Báltico. Con humo o sin él, merece que le prestemos atención para descubrir otro aspecto de la gran historia de las Guerras Napoleónicas.[93]

Rusia entró en esta guerra en una posición debilitada por la dispersión de sus recursos navales militares por diversos mares europeos. La Flota del Báltico, la joya de la corona de la Marina rusa, había desplegado muchos de sus barcos (entre ellos 8 navíos de línea) en las islas Jónicas por la expedición al Egeo comandada

por el vicealmirante Dmitri Seniavin.[94] Cuando recibió la orden de regresar a Rusia en 1807, Seniavin zarpó con la mayor parte de su escuadra (incluyendo 5 navíos) hacia el mar Báltico, pero el mal tiempo le obligó a fondear en Lisboa en octubre de 1807, justo cuando los franceses estaban invadiendo Portugal y la corte lusa escapaba. Como Rusia estaba en guerra con Gran Bretaña, Seniavin se encontró atrapado entre la armada británica que bloqueaba Lisboa y las unidades francesas que controlaban la ciudad. Después de la derrota de los galos por el Ejército británico en Vimeiro, en agosto de 1808, el escuadrón de Seniavin fue objeto de mayor presión por los británicos, que ahora controlaban tanto el mar como la costa. Los británicos evitaron atacar a los rusos directamente –Seniavin amenazó con destruir sus buques e incendiar Lisboa–, pero presionaron al almirante ruso para que les entregara el control de sus buques. En agosto de 1808, Seniavin accedió a que sus barcos fueran escoltados hasta Gran Bretaña (sin arriar las enseñas rusas). Al llegar a Portsmouth en septiembre, se le impidió zarpar de nuevo con varios pretextos, hasta que el empeoramiento del tiempo convirtió el regreso a Rusia en imposible. Después de otro año de virtual cautiverio, el almirante ruso obtuvo permiso para partir de Gran Bretaña y su extenuada tripulación fue trasladada en buques británicos hasta Riga, aunque los buques de guerra rusos permanecieron en Gran Bretaña hasta 1813.[95]

La flota rusa se enfrentó a un reto más difícil en el Báltico, donde, en la primavera de 1808, Saumarez se puso al mando del reformado escuadrón destinado a aquel mar.[96] Las órdenes del almirante eran acometer operaciones contra los rusos y en apoyo de los suecos, así como proteger a los buques dedicados al comercio. Aunque el Báltico estaba prácticamente cerrado a los mercantes británicos, la Royal Navy facilitaba el tráfico marítimo neutral cuando este transportaba mercancías británicas (también ayudaba al contrabando). El escuadrón británico arribó a

Gotemburgo a la vez que la noticia de la toma de Sveaborg por los rusos, que provocó una honda consternación entre británicos y suecos. Saumarez se reunió con las autoridades suecas y acordó con ellas (en colaboración con el embajador británico en Suecia, Edward Thornton) centrar sus esfuerzos en la protección de la costa sueca y en mantener los estrechos daneses y la entrada al Báltico abiertos para el tráfico comercial.

El primer choque de importancia entre buques rusos y británicos ocurrió el 23 de junio, cuando el guardacostas ruso Opyt se topó con la HMS Salsette y, a pesar de su valiente resistencia, fue apresado frente a la isla de Norgen, cerca de Revel. Dos semanas más tarde, la Flota del Báltico rusa, 20 buques de guerra (de ellos 9 eran navíos) a las órdenes del almirante Piotr Janykov, zarpaba de Kronstadt en busca de la flota sueca del almirante Rudolf Cederström. Saumarez destacó a los navíos de 74 cañones HMS Centaur y HMS Implacable en apoyo de su aliado. A finales de agosto, ambos bandos situaron sus escuadras entre Hanko y Örö, cerca del extremo meridional de Finlandia. El 25 de agosto de 1808, la flota anglo-sueca izó velas con la intención de enfrentarse a los rusos, pero estos optaron por rehuir la acción. Mientras los rusos se retiraban, los navíos de línea británicos se adelantaron al resto de la escuadra y asaltaron el buque de guerra ruso Vsevolod, que fue apresado y quemado.[97]

La guerra naval continuó con este cariz durante los dos años siguientes. En julio de 1809, varias cañoneras rusas fueron apresadas y destruidas cerca de las penínsulas de Hanko y de Aspö (cerca de Fredrikshamn). En el mar de Barents, las hostilidades anglo-rusas se desarrollaron en paralelo a la «guerra de cañoneras» anglo-danesa, lo que llevó a los británicos a imponer un bloqueo a gran escala en la costa de Noruega y a efectuar incursiones que llegaban por el norte hasta Hammerfest y Múrmansk. Esto quebrantaba el tráfico marítimo entre el noroeste de Rusia y el norte de Noruega. El buque de guerra británico Najaden

(antes fragata danesa Naiad) tuvo una participación destacada en estas operaciones, en las que capturó varias embarcaciones enemigas y atacó asentamientos rusos en el distrito de Kola en 1809-1810.[98] El control británico de los mares tuvo un impacto limitado en las operaciones rusas contra Suecia, puesto que las líneas de abastecimiento terrestres del Ejército ruso no se vieron interrumpidas. Además, la congelación invernal de gran parte de los golfos de Botnia y de Finlandia restringía los movimientos navales.

La Guerra Anglo-Rusa tuvo la peculiaridad de que ambos bandos trataron de evitar enfrentamientos relevantes. La flota rusa esquivó una y otra vez la confrontación con la Royal Navy, mientras que el Gobierno británico, centrado en la guerra con Francia, señaló repetidamente su deseo de encontrar un lugar para el acuerdo con Rusia. A finales de 1810, con Rusia ya retirándose gradualmente del Sistema Continental, la contienda había cesado, prácticamente, y el comercio entre Gran Bretaña y Rusia aumentó. De hecho, a medida que fueron empeorando las relaciones franco-rusas, Gran Bretaña preparaba el terreno de la posible alianza. Una vez que Napoleón invadió Rusia en 1812, la alianza de esta con Gran Bretaña se materializó por fin en el Tratado de Örebro del 18 de julio, que puso fin formal a la guerra y sentó las bases para la formación de la Sexta Coalición antifrancesa.[99]

La partida de la expedición de Moore y la evacuación de la división de La Romana hizo trizas la «causa común» anglo-sueca. Los suecos veían en Gran Bretaña a un aliado no fiable y se lamentaban de que se focalizara en la península ibérica a costa de los intereses de Suecia. El incidente de Seniavin, descrito anteriormente, ensanchó la grieta en las relaciones anglo-suecas; la

corte sueca se quejó de la decisión británica de liberar a los marinos detenidos de Seniavin, que, para daño de Suecia, previsiblemente se incorporarían a la Flota del Báltico cuando llegaran a Rusia. Las garantías de Canning de que los británicos retrasarían la partida de los rusos (algo que, como hemos indicado, así sucedió durante un año entero) no sirvieron para calmar las sospechas suecas de que Gran Bretaña sacrificaría sin pestañear los intereses de su aliado para salvaguardar los suyos propios. De hecho, Gustavo pensaba (equivocadamente) que la fijación británica con España, hacia la que ya se estaba preparando una expedición al mando del general Moore, ya había conducido a que se perdiera una oportunidad crucial de derrotar a la armada rusa en el Báltico y que esto, a su vez, había socavado las operaciones militares suecas en Finlandia. El canciller Ehrenheim manifestaba abiertamente la opinión de que los británicos habían «abandonado» a Suecia porque esperaban obtener más ventajas en España, donde «hay flotas que ganar, comercio que reanudar, colonias que aumentar y una masa de fuerza que dirigir contra puntos mucho más sensibles para Bonaparte que Rusia y Dinamarca». [100]

Para 1809, las relaciones anglo-suecas se caracterizaban por el recelo y la recriminación mutuas.[101] Las demandas suecas de incremento de los subsidios obtuvieron reiteradas negativas británicas y Gustavo llegó a amenazar con el cierre de los puertos suecos al comercio británico a menos que se le pagara. Durante una reunión con un enviado británico a finales de febrero de 1809, Gustavo estalló de ira ante lo que describía como negativa repetida de los británicos a prestarle un apoyo decidido.

> ¿No os importan vuestro comercio en el Báltico y vuestros intercambios con el Continente a través de Suecia? ¿No lamentaríais que el Sund se cerrase para vosotros, o pensáis que vuestro comercio con las colonias españolas os compensará por esa pérdida en Europa? Yo me encuentro con mis medios muy limitados, pero todavía puedo hacer mucho daño, y lo sentiríais.[102]

No era una amenaza hueca. Gustavo se apresuró a demostrar que hablaba en serio. Poco después de la reunión, ordenó el cierre del puerto de Gotemburgo al comercio británico e impuso un embargo de 48 horas a los buques británicos. Este torpe intento de extorsión enfureció a Canning y a otros miembros del Gobierno británico, que pensaban que los suecos debían demostrar mayor aprecio por el apoyo que Gran Bretaña ya les había probado. Se negaron a ceder en lo relativo a los subsidios y, el 1 de marzo de 1809, instaron a Gustavo a firmar un nuevo convenio de subsidios basado en las condiciones ya vigentes.

Las relaciones anglo-suecas se ensombrecieron aún más por los mutuos temores de que la otra parte llegara a un acuerdo con sus enemigos comunes. Londres temía que la corte sueca estuviera en conversaciones secretas de paz con los franceses y los rusos, mientras que el nerviosismo sueco por la posibilidad de que Gran Bretaña pudiera firmar una paz separada con Napoleón se vio incrementado al conocer las nuevas condiciones de paz que Francia había ofrecido a Gran Bretaña en octubre de 1808: poner fin a las hostilidades si los británicos aceptaban que España quedara bajo control francés y Finlandia bajo control ruso. Londres rechazó de inmediato la oferta y Canning le garantizó al embajador sueco que Gran Bretaña estaba comprometida con la seguridad de Suecia. Sin embargo, no fue capaz de acabar con las dudas de los suecos, que salieron a la superficie después de que el secretario de Exteriores británico no incluyera la recuperación de Finlandia como una condición irrenunciable para cualquier acuerdo de paz futuro. En Estocolmo, esto se interpretó como una nueva señal de la disposición de Gran Bretaña a sacrificar la integridad territorial sueca a cambio del apoyo ruso.[103]

Mientras tanto, la guerra continuaba asolando Finlandia. Las vacilaciones suecas en el verano de 1808 permitieron a los rusos reagruparse y emprender una nueva ofensiva que cambió las tornas del conflicto. Durante el avance de las tropas rusas hacia

Kuopio y Toivola, el mayor general Nikolái Kamenski puso en fuga al contingente sueco del teniente coronel Otto von Fieandt en Karstula, el 21 de agosto, y obtuvo una rápida ristra de victorias en Lappfjärd el 29 de agosto, Ruona y Salmi los días 1 y 2 de septiembre y Oravais el 14 del mismo mes. Gustavo, furioso por estos reveses, se puso al frente de una fuerza que desembarcó en la costa sudeste del golfo de Botnia, pero fue rechazado por los efectivos del general Piotr Bagratión a finales de septiembre.[104] Estas derrotas obligaron a los suecos a buscar un alto el fuego que fue bien recibido por los mandos rusos, en aquel punto agobiados por la falta de provisiones, municiones y refuerzos. Aunque el armisticio se firmó el 29 de septiembre de 1808, el emperador Alejandro, de camino a entrevistarse con Napoleón en Érfurt, no quiso aprobarlo y exigió la reanudación inmediata de las hostilidades. El armisticio, pues, expiró el 27 de octubre y el Ejército ruso avanzó hacia el norte: al acabar el año ya se había apoderado de toda Finlandia, en la práctica. El 1 de diciembre, desoyendo el consejo del poderoso ministro de Guerra, Alekséi Arakchéyev, que pedía la anexión sin contemplaciones de Finlandia, el emperador Alejandro nombró a Sprengtporten nuevo gobernador general de Finlandia. Fue una decisión fundamental: Sprengtporten era el único gobernador de Rusia que no estaba subordinado al Senado imperial y que solo respondía ante el emperador, lo que ponía de relieve el estatus especial de Finlandia en el seno del Imperio ruso.[105] En 1809, Alejandro presidió la apertura de la Dieta de Porvoo, confirmó los derechos y privilegios que los finlandeses habían disfrutado tradicionalmente y les concedió un grado de autogobierno que Suecia no había permitido nunca y que ninguna otra región del Imperio ruso disfrutaba.[106] La Dieta agradeció las concesiones rusas y ayudó a pacificar a la población local desbandando las milicias finlandesas y llamando a la colaboración con las autoridades rusas.

Los reveses de Finlandia llevaron a los suecos a perder la iniciativa en Noruega, donde las unidades noruego-danesas lanzaron un ataque sorpresa y destruyeron un destacamento sueco en Berby a mediados de septiembre. Esta derrota provocó un clamor en la opinión pública sueca y obligó a la monarquía a enviar refuerzos para consolidar la línea del frente. Sin embargo, las operaciones suecas no dieron fruto. A finales de aquel año, todas sus tropas se habían retirado del sur de Noruega y la guerra en este teatro de operaciones se había estancado. En diciembre ambos bandos acordaron un armisticio que estuvo vigente los seis meses siguientes.[107]

En la primavera de 1809, el emperador Alejandro, preocupado por el conflicto franco-austriaco en Europa central y deseoso de poner un fin rápido a la contienda con Suecia, puso al general Bogdan von Knorring al mando de las fuerzas rusas en Finlandia y le ordenó invadir el territorio de la propia Suecia. La noticia de la inminente invasión rusa extendió la confusión por las poblaciones costeras suecas; mientras tanto, en la capital del reino, Estocolmo, tenían lugar sucesos dramáticos. Gustavo era impopular ya incluso antes de que empezara la guerra contra Dinamarca y Rusia, pero las derrotas militares, que se achacaron, en gran parte, a la ineficacia de su dirección y a su política errática, socavaron aún más su reputación. Con los efectivos rusos a punto de cruzar el golfo de Botnia, un grupo de oficiales del Ejército sueco –todavía resentidos por los castigos reales a consecuencia del fracaso de la ofensiva de otoño en Finlandia– organizaron un golpe de Estado.[108] El teniente coronel Georg Adlersparre, comandante en funciones del Ejército Occidental, aprovechando el armisticio con los noruegos, dejó solo 800 hombres en el frente noruego y se puso en marcha con los restantes hacia Estocolmo.[109] Gustavo trató de conseguir apoyo militar británico para sofocar la insurrección, pero cualquier buena disposición que los británicos pudieran haber tenido hacia el monarca se había eva-

porado en las agrias discusiones acerca de los subsidios y por la decisión del rey de prohibir la presencia de las tropas británicas.[110] El 13 de marzo de 1809 los oficiales rebeldes depusieron a Gustavo y proclamaron a su tío, el duque Karl de Sudermania y futuro Carlos XIII, nuevo jefe del Estado.[111]

El destronamiento del rey Gustavo tal vez solucionó un problema, pero creó otro, ya que Suecia tuvo que enfrentarse al reto de restablecer la legitimidad de su ejecutivo. El nuevo gabinete no tardó nada en subrayar la responsabilidad de Gustavo en el desastroso estado del reino con acusaciones que después han sido repetidas a menudo por los historiadores suecos –algunos de ellos llegan a acusar al monarca de ser un instigador de la guerra y de ejercer una política internacional de una irresponsabilidad criminal–.[112] Uno de los problemas más urgentes del nuevo Gobierno era la sucesión. Carlos XIII ya contaba 60 años y no tenía descendencia. La decisión de excluir de la sucesión al hijo de Gustavo y legítimo heredero, el príncipe Gustavo, despertó una fuerte reacción legitimista que buscaba aumentar la autoridad del monarca. De este modo, además de la cuestión obvia de quién sería el siguiente ocupante del trono sueco, había un problema mayor: hacia dónde llevaría Suecia el próximo rey. El nuevo régimen removió al grupo conocido como gustaviano –miembros de la élite relacionada con Gustavo III y Gustavo IV– de los puestos de poder y los reemplazó por los «hombres de 1809», más reformistas.[113] Estos últimos eran todos miembros de las élites suecas, aunque algunos como Georg Adlersparre y Hans Järta habían mostrado una considerable simpatía por la Revolución francesa y, por ello, eran sospechosos de radicalismo y de inclinaciones profrancesas. El embajador británico en Estocolmo pensaba que el nuevo ejecutivo no tardaría en distanciarse de Gran Bretaña y buscar relaciones más estrechas con Francia.[114] Ante la continuada ascendencia de Napoleón en el conjunto de Europa, pronto ganó influencia en la corte sueca un grupo fran-

cófilo que defendía que el proceder más indicado para Suecia era establecer una alianza con Francia y usar la mediación de Napoleón en las conversaciones de paz con Dinamarca y Rusia. En marzo, el Gobierno sueco acudió a Napoleón con una petición para que mediara ante Rusia.

Sin embargo, las esperanzas suecas de acercamiento con Francia se vieron rotas enseguida por la respuesta de Napoleón del 12 de abril, en la que declinaba intervenir en los asuntos de Suecia.[115] El momento no era, desde luego, propicio para Suecia: Napoleón no deseaba enemistarse con Rusia justo cuando necesitaba su apoyo contra Austria, que había invadido Baviera e iniciado la Guerra de la Quinta Coalición. Las iniciativas diplomáticas de Suecia con Gran Bretaña no tuvieron mayor éxito: el Gobierno británico estaba ya muy decepcionado por las actitudes erráticas e inamistosas de Estocolmo. Además, la atención política británica estaba centrada en otras partes de Europa: en las llanuras de Baviera y Austria, donde ya estaba en marcha una nueva guerra franco-austriaca; en el campo portugués, donde el general Wellesley había encabezado una nueva (y victoriosa) campaña; y en la costa holandesa, donde dio comienzo la expedición de Walcheren a finales de julio. En resumen, Suecia distaba de ocupar un lugar prioritario en la agenda exterior británica.

Al acabar el mes de abril de 1809, el Gobierno sueco, sin amigos ni dinero, estaba en una posición tan débil que algunos legitimistas conspiraron para derrocarlo y buscaron a este efecto la ayuda de los británicos.[116] El ejecutivo sobrevivió a esta amenaza, pero apenas podía contener otras. La más inmediata y grave era la invasión rusa. Como el golfo de Botnia estaba todavía helado y no permitía las operaciones de la Royal Navy, el plan ruso comprendía una ofensiva en tres ejes a través del golfo: el general Bagratión debía pasar a las islas Åland y de ahí avanzar directamente hacia la capital sueca, prácticamente indefensa; el general Barclay de Tolly marcharía con su contingente a través del

helado estrecho de Kvarken, la parte más angosta del golfo, para tomar Umeå; y, más al norte, el general Pável Shuválov llevaría a sus hombres por la costa del golfo para hacerse con Tornio (Torneå) y Kalix.[117] El cruce fue una operación audaz. Las tropas rusas superaron las bajas temperaturas y condiciones extremas, en marcha por lo que un participante describió como un «páramo helado de nieve» donde «no había señales de vida [...] [y] ningún medio de protegerse».[118] El número exacto de bajas sufridas por los rusos durante el cruce sigue sin conocerse, pero Barclay de Tolly comentó más tarde que ya no había «necesidad de medir el Kvarken, puesto que yo lo he hecho con los cadáveres de mis soldados».[119]

Entre la inestabilidad política por un lado y la conmoción que sufría el estamento militar por otro, Carlos XIII era consciente de que Suecia no estaba en condiciones de resistir la invasión, así que su primera orden fue despachar un emisario con una propuesta de tregua y conversaciones de paz.[120] A pesar de las claras instrucciones del emperador para continuar la lucha, el comandante en jefe ruso, Knorring, vaciló, sabedor de que sus hombres estaban exhaustos por el cruce del golfo y de la carencia de provisiones y refuerzos. Había además otro factor más decisivo aún: el tiempo primaveral no tardaría en deshelar el golfo y las tropas rusas quedarían separadas de sus bases en Finlandia. Knorring, temeroso de que los suecos se dieran cuenta del peligro en que se encontraba, aceptó el armisticio.[121] Ordenó el regreso inmediato de las fuerzas rusas a Finlandia, donde los agotados soldados, tras cruzar el golfo dos veces en un lapso de dos semanas, llegaron el 31 de marzo.[122] El emperador Alejandro, furioso por la decisión de Knorring, volvió a negarse a aceptar el armisticio. Viajó a Finlandia, donde alabó a sus hombres por el valor demostrado, y castigó a Knorring, que fue relevado de su puesto. El nuevo comandante en jefe ruso, Barclay de Tolly, recibió órdenes estrictas de concluir el alto el fuego y reanudar la

ofensiva hacia el interior de Suecia hasta que los suecos se rindieran.

Por consiguiente, los rusos emplearon las cuatro semanas siguientes en la preparación de un nuevo cruce del golfo de Botnia. Sin embargo, para entonces, el deshielo primaveral había convertido este proyecto en irrealizable y además la presencia del escuadrón británico de Saumarez mantenía a la flota rusa confinada en Kronstadt.[123] Los rusos optaron entonces por lanzar su ofensiva en el norte, donde el general Shuválov podía seguir la línea de la costa para llegar a la región central de Suecia. Los soldados del cuerpo ruso partieron de Tornio y avanzaron más de 300 kilómetros, 40 de ellos hundidos hasta las rodillas en el hielo que se estaba deshaciendo, hasta llegar a apoderarse de la localidad sueca de Skellefteå.[124] La reanudación de las hostilidades ruso-suecas también reveló fisuras en Dinamarca y Noruega, donde el rey Federico presionaba para invadir Suecia. El nuevo gabinete sueco había intentado sondear a Federico en relación con la cuestión del trono sueco y, ante su negativa, acudió al príncipe Cristián Augusto, cuya popularidad, pensaban los suecos, podía convencer a los noruegos de unirse a su causa si era elegido para el trono de Suecia. Las tensiones entre Federico y Cristián Augusto se hicieron notorias durante el verano de 1809, cuando el segundo rehusó cumplir con las órdenes del rey de invadir Suecia.[125] La invasión noruego-danesa de Suecia acabó siendo una operación limitada. Dio comienzo en julio de 1809 desde Trondheim y se mantuvo bajo el mando de un general del norte de Noruega, no de Cristián Augusto. En julio, una pequeña fuerza noruega entró en Suecia y logró algún éxito hasta que el contraataque sueco la puso en fuga en Härjedalen el 24 de julio.[126] El armisticio que se firmó al día siguiente desembocó en el Tratado de Jönköping el 10 de diciembre de 1809, que dio fin a la Guerra Sueco-Danesa-Noruega volviendo al *statu quo ante bellum*. Carlos XIII, animado por este éxito, ordenó un contra-

ataque contra las fuerzas rusas en el norte de Suecia que fue posible por la continuada cooperación naval de Saumarez. Sin embargo, las últimas batallas de la guerra –en Sävar y Ratan, el 19 y 20 de agosto– no lograron cambiar el curso de esta y no dejaron a los suecos más alternativa que acceder a conversaciones de paz.

Cuando se abrieron las conversaciones en Fredrikshamn (Hamina), pronto estuvo claro que incluso una devolución parcial de Finlandia era algo innegociable. Rusia había ganado la guerra e insistía en su derecho a los despojos. Para los suecos, por tanto, el objetivo más importante iba a ser minimizar cualquier daño adicional al reino. Desde el principio, Rusia insistió en tres condiciones previas para la paz: Suecia debía entregar toda Finlandia (junto con las islas Åland), renunciar a su alianza con Gran Bretaña y hacer la paz con Francia, Dinamarca y Noruega (lo que también suponía incorporarse al Sistema Continental).[127] Los suecos vacilaron ante las enormes concesiones territoriales que Rusia les demandaba, en especial las islas Åland –a solo 30 kilómetros de la costa sueca–, cuya ocupación por los rusos podía suponer una grave amenaza a su seguridad. Sin embargo, los intentos suecos de negociar un acuerdo mejor resultaron fútiles; los rusos ya habían establecido un control efectivo de los territorios en cuestión y a los suecos no les quedaban más cartas que jugar. Durante las negociaciones en torno a las nuevas fronteras en el norte, los suecos respondieron a las demandas rusas apuntando taimadamente: «[…] el honor del emperador [ruso] exige no demandar una parte de Suecia. Ya es bastante que hayáis tomado toda Finlandia».[128]

El tratado de paz se firmó, tras un mes de negociaciones, el 17 de septiembre de 1809. Incorporaba todas las demandas rusas.[129] Fue un momento clave en la historia de Escandinavia: Suecia había perdido casi la mitad de su territorio, mientras que Rusia se establecía en la región y aseguraba sus posiciones en el mar Báltico.[130] De hecho, la población finlandesa, después de más de

600 años de hegemonía sueca, se vio entonces bajo unos nuevos amos imperiales, aunque su estatus quedó a salvo por provisiones especiales que comprometían a Rusia a mantener los derechos y libertades tradicionales finlandeses, a proteger la propiedad privada y a permitir la continuación de la actividad económica entre Finlandia y Suecia –factores que fueron todos ellos cruciales en el éxito de la consolidación de la autoridad rusa en los territorios recién adquiridos–. A largo plazo, la separación de estas dos partes de los dominios suecos llevó al desarrollo de sistemas de gobierno muy distintos en las dos orillas del golfo de Botnia. Mientras que los finlandeses lucharon por conservar las disposiciones constitucionales gustavianas en el seno del recién creado Gran Ducado de Finlandia, los propios suecos se empeñaron en cambiar el viejo sistema y actuaron con prontitud para desmontar las leyes gustavianas y sentar las bases de un nuevo sistema político que sobrevive en la actualidad.[131] El Tratado de Fredrikshamn también obligó a Suecia a recalibrar su política exterior, ya que estaba claro que cualquier intento de recobrar Finlandia llevaría a otra guerra devastadora con Rusia. Así pues, los suecos optaron por eliminar la «cuestión finlandesa» de sus preocupaciones estratégicas y centrar la atención en Noruega como forma de compensar lo perdido en el este. Esta focalización en Noruega se debió, en buena medida, a Georg Adlersparre, que estaba convencido de que la elección del príncipe Cristián Augusto para el trono sueco podía asegurar una unión de Suecia y Noruega. Estas aspiraciones se vieron apuntaladas por algunas señales de los diplomáticos rusos en Fredrikshamn: Rusia no se opondría necesariamente a que Noruega acabara en poder de Suecia. Así pues, la paz de Fredrikshamn hizo realidad el viejo temor danés de que la conquista rusa de Finlandia convertiría a Dinamarca en un aliado inútil para Rusia y daría alas al interés sueco por Noruega. Los acontecimientos acabaron por demostrar que los temores daneses estaban más que justificados.

Acabada la guerra con Rusia, Suecia podía respirar aliviada. El 10 de diciembre el Tratado de Jönköping restablecía las relaciones con Dinamarca-Noruega y en enero de 1810 firmó un tratado de paz separado con Francia. En cualquier caso, los suecos todavía se enfrentaban a graves problemas políticos. El rey Carlos XIII estaba enfermo y, como hemos señalado, no tenía hijos. Era obvio que pronto expiraría y que la rama sueca de la casa de Holstein-Gottorp llegaría a su fin. La elección del príncipe danés Cristián Augusto como heredero del trono sueco apaciguó los temores más extremos y apuntaba a un futuro de armonía entre Dinamarca-Noruega y Suecia. Para gran sorpresa de todos, el príncipe murió súbitamente solo cinco meses después de llegar a Estocolmo. Mientras atendía a una revista militar en Escania, el 28 de mayo de 1810, sufrió un ataque del que no se recuperó. La muerte repentina del príncipe de 41 años, en apariencia en buenas condiciones físicas, provocó un escándalo mayúsculo en la opinión pública sueca y fueron muchos los que pensaron que había sido asesinado por algún siniestro complot. El 20 de junio, durante el funeral de Cristián Augusto, una muchedumbre atacó a los sospechosos de conspiración y linchó a Hans Axel von Fersen el Joven, un afamado conde sueco que había sido amigo cercano de María Antonieta y que después había ostentado el puesto de mariscal del Reino.

La muerte del príncipe heredero creó una crisis de sucesión que cambió el curso de la historia escandinava. Cristián Augusto se había mostrado como un hombre afable y razonable que planeaba establecer una unión constitucional escandinava y que, de haber vivido, podría haber traído la paz y la estabilidad a la región. En cambio, su muerte desencadenó una crisis interna. Varias facciones políticas de la corte real y en el seno del Riksdag se enfrentaron en torno a los posibles candidatos a la corona. Napoleón, naturalmente, prestó mucha atención a estos debates, sabiendo que tendrían ramificaciones mucho más allá de los asun-

tos internos suecos. El nuevo soberano podría, tal vez, conseguir la unión escandinava y reforzar la posición francesa en el norte de Europa. En un primer momento, el rey Federico VI de Dinamarca avanzó su candidatura, que se vio notablemente reforzada porque Napoleón no se oponía a ella. Sin embargo, la gran mayoría de los suecos sí se opuso, convencidos de que Federico, famoso por su pedantería, su pésimo trato y sus apuntes de autoritarismo, era inaceptable. Igual de inadmisible era el príncipe Gustavo de Vasa, hijo del derrocado Gustavo IV Adolfo y, técnicamente, legítimo heredero de la corona sueca.

En lugar de estas opciones, los suecos debatieron, en el verano de 1810, la conveniencia de invitar al hijo del rey Federico de Dinamarca, el joven y carismático príncipe Cristián Federico, o al hermano mayor del fallecido príncipe Cristián Augusto, el duque Federico Cristián de Augustenburg, cuyo carácter moderado e inclinaciones liberales eran de sobra conocidos. Al ir acabando el mes de julio, el último se iba perfilando como el candidato más conveniente y se había intentado sondear la aprobación de Napoleón a tal candidatura. El emperador francés apoyaba al duque y su segunda opción era el príncipe.[132] Ni uno ni otro eran del agrado del rey Federico VI de Dinamarca, que llegó incluso a ordenar el bloqueo naval de la isla de Als, donde residía el duque, con la intención de impedir su partida hacia Suecia.

En agosto de 1810, el Riksdag sueco se reunió para debatir acerca de los candidatos. A medida que avanzaron las discusiones, las primeras aspiraciones idealistas dirigidas a la búsqueda de un monarca joven, carismático y reformista fueron pronto reemplazadas por el deseo más pragmático de favorecer a un candidato que tuviera experiencia en asuntos políticos y militares y que pudiera ayudar a Suecia a recuperar su posición ante Rusia. Este parecer era especialmente intenso en los ambientes militares suecos, que cada vez más miraban hacia Francia en busca de candidatos. A pesar de no tener una autorización formal para hacerlo,

valoraron la idoneidad de varios destacados políticos y militares franceses y, en último término, se decidieron por el mariscal Jean-Baptiste-Jules Bernadotte, que había mostrado compasión por los prisioneros de guerra suecos en 1807 y expresado un interés sincero por los asuntos de las naciones del Báltico. El asunto quedó decidido cuando el barón Karl Otto Mörner, actuando totalmente *motu proprio*, ofreció la corona de Suecia a Bernadotte, que le contestó que no rechazaría el honor si era elegido. Aunque los círculos políticos suecos se quedaron estupefactos al recibir la noticia de la entrada de Bernadotte en el palacio real, poco a poco se unieron en torno a su figura, ayudados por la rápida campaña publicitaria de Mörner. Este garantizó a sus compatriotas que Bernadotte contaba con el apoyo pleno de Napoleón y que era bastante rico, un factor no poco importante teniendo en cuenta las graves dificultades económicas de Suecia. El 21 de agosto de 1810, el Riksdag eligió a Bernadotte nuevo príncipe heredero de Suecia.[133] Sin embargo, Bernadotte, ciudadano francés, aún tenía que conseguir que Napoleón le dispensara de su juramento de lealtad para poder aceptar la corona sueca.

A pesar de su anterior rivalidad, y de las señales de insubordinación que Bernadotte había dado en los últimos tiempos, Napoleón no se opuso a la elección y deseó «éxito y felicidad a [Bernadotte] y a los suecos».[134] Confiaba en que Bernadotte se mantendría leal a Francia, en que profundizaría la influencia de Francia en el norte de Europa y en que apoyaría la guerra con Gran Bretaña. En septiembre liberó al mariscal de su juramento de fidelidad, le permitió renunciar a la nacionalidad francesa y le formuló la célebre petición de que se comprometiera a no tomar nunca las armas contra Francia. Bernadotte se negó a asumir este compromiso aduciendo que sus nuevas obligaciones con Suecia no lo permitían, a lo que Napoleón replicó: «¡Id y dejad que se cumplan nuestros destinos!».[135]

El 2 de noviembre, Bernadotte hacía su entrada solemne en Estocolmo. Tres días más tarde se presentó ante el Riksdag, se convirtió al luteranismo, fue adoptado formalmente por el rey Carlos XIII y cambió su nombre a Carlos Juan (Karl Johan). Bernadotte, aunque era un recién llegado en la corte sueca, pronto se reveló como el auténtico poder detrás del trono. Sabía que su futuro dependía por entero de que abrazara a su nueva patria de adopción y de que adoptara políticas que defendieran los intereses de esta, no los de Napoleón ni los de Francia. Durante los dos años siguientes se fue distanciando cada vez más de la autoridad imperial napoleónica. Para preservar la seguridad de las fronteras orientales de Suecia, le garantizó a Rusia que no haría ningún intento de recuperar Finlandia y prefirió empezar a mirar hacia el oeste, a Noruega, que le parecía una buena compensación para Suecia. Sabía perfectamente que su corona dependía de que consiguiera Noruega y su determinación para conseguirlo desempeñó un papel decisivo durante la Guerra de la Sexta Coalición, en 1813-1814.

CAPÍTULO 16 | «Un imperio asediado»: los otomanos y las Guerras Napoleónicas

El inicio de la Revolución francesa coincidió con la subida al trono de un nuevo sultán otomano. Este trató de aprovechar al máximo los breves años de respiro en los conflictos con Occidente que le concedió la distracción de las potencias europeas por lo que sucedía en Francia. Hijo del sultán Mustafá III y de su esposa georgiana, Selim III fue criado por su tío el sultán Abdul Hamid I, quien le concedió cierto grado de libertad en las relaciones sociales. Por esto, además de su formación clásica otomana, Selim III también había desarrollado afición por la cultura de Europa occidental y lo que más le interesaba eran las instituciones y prácticas militares europeas. Ya antes de convertirse en sultán se había carteado con el rey Luis XVI de Francia acerca de la política, las instituciones sociales y las artes militares. Selim III estaba rodeado por un reducido grupo de confidentes que compartían su fascinación por las costumbres, ideas e instituciones europeas y que estaban convencidos de la necesidad urgente de introducir reformas que restauraran el poder del Gobierno central y preservaran la integridad territorial del imperio ante las amenazas internas y externas.

El multiétnico, multilingüe y multirreligioso Imperio otomano estaba erigido sobre el principio de segmentar a la población en comunidades religiosas separadas llamadas *millets*. El sistema

funcionaba relativamente bien y también tuvo un papel importante en la preservación de distintas culturas nacionales y de diversas identidades étnicas y lingüísticas. El Estado otomano, centrado en la idea de la identidad religiosa, nunca desarrolló una verdadera identidad nacional, por lo que tuvo graves problemas para contener las fuerzas centrífugas que lo amenazaron durante la época revolucionaria. De todos modos, los retos que tuvieron que afrontar los otomanos eran incluso más profundos y en ellos operaban varias dinámicas. En primer lugar, y tal vez de forma central durante buena parte de la historia otomana reciente, estaba la continua pugna entre el centro y la periferia. Cuanto más intentaba el Gobierno central afirmar su poder, más resistencia encontraba en la periferia, donde las élites locales habían ido acumulando gradualmente independencia administrativa, económica e incluso diplomática.[1] El proceso de desintegración gradual del poder central otomano culminó en las Guerras Napoleónicas, cuando una revolución política se llevó por delante a dos sultanes en el lapso de un año. Un segundo factor subyacente era la necesidad de un sistema eficaz militar y administrativo para la preservación del imperio, lo que, a su vez, exigía un sistema fiscal eficiente. En el caso otomano, ninguno de estos sistemas era capaz de desempeñar de manera adecuada su función, al estar lastrados por la debilidad de la autoridad central y por una burocracia corrupta e ineficiente. El incipiente despertar nacional de distintos pueblos, en especial en la península de los Balcanes, socavaba aún más el poder otomano, sobre todo si se toma en consideración junto con las amenazas externas. Rusia constituía la mayor amenaza para la integridad territorial del Estado otomano, aunque otras potencias también estaban deseosas de aprovechar su debilidad.[2] A principios del siglo XIX, el territorio otomano era, sin duda, en palabras de la estimada especialista en asuntos otomanos Virginia Aksan, «un imperio asediado».

Selim III heredó el trono otomano en plena Guerra Ruso-Otomana y, como no le era posible cambiar las tornas de la guerra, decidió usarla como pretexto para implementar ambiciosas reformas militares.[3] La artillería (*topçu*), los morteros (*hambaraci*), los mineros (*lağimci*) y el cuerpo de transporte de la artillería (*top arabaci*) fueron reorganizados, se restableció la disciplina y las unidades fueron puestas bajo el mando de oficiales adiestrados por los franceses.[4] La Marina otomana también se revitalizó: entraron en servicio buques de última generación, se modernizaron otros más antiguos y se promulgaron ordenanzas dirigidas a atraer marinos capaces. El Arsenal Naval Imperial (Tersane) se amplió, de nuevo con ayuda de expertos navales galos, y se abrieron nuevos arsenales provinciales.[5] Los díscolos jenízaros –unidades militares de élite que llegaron a dominar la gobernanza otomana en el siglo XVII– tampoco escaparon a las reformas. Se modernizaron los cuarteles, los efectivos se redujeron a alrededor de 30 000 hombres, se aumentaron los salarios y se intentó asegurar que los nombramientos se hicieran por méritos. Selim III intentó lograr una transformación de las fuerzas armadas de arriba abajo: la idea principal fue crear un cuerpo de infantería de estilo europeo y luego usarlo como un núcleo central en torno al cual articular un Ejército otomano moderno.

El nombre de este nuevo cuerpo de estilo occidental, el Nizam-i Cedid (Nuevo Orden), llegó a identificar por extensión también a todo este conjunto de reformas e incluso a aquella época.[6] El primer regimiento Nizam-i Cedid fue creado en Levend en 1795, seguido por una segunda unidad en Uskudar en 1799 y por una tercera en Levend poco después. El tamaño del cuerpo creció rápidamente, de 9300 hombres en 1801 a 24 000 en 1806, aunque esta veloz expansión afectó a la calidad y al entrenamiento.[7] En 1802 se introdujo en Anatolia un sistema de reclutamiento forzoso que exigía a las autoridades locales el envío de reclutas a Constantinopla para su entrenamiento. En cam-

bio, una iniciativa similar fracasó en los Balcanes por la fuerte oposición de las élites locales. El sultán pronto comprendió que no lograría su objetivo sin desarrollar el apoyo tecnológico y organizativo más amplio exigido por una estructura militar moderna. Una de las reformas más duraderas del periodo Nizam-i Cedid fue la fundación de escuelas militares modernas. Se tradujeron al turco libros militares escritos en lenguas occidentales, la formación de los reclutas se hacía según manuales militares franceses y era impartida por instructores y consejeros galos. En 1802, Selim III había unificado ya la Muhendishane-i Cedide (Nueva Escuela de Ingeniería) y el Mimaran-i Hassa Ocağı (Cuerpo de Arquitectura del Estado); la nueva institución resultante iba a producir ingenieros tanto civiles como militares (excepto ingenieros navales) e impartía cursos de dibujo, geometría, álgebra, astronomía, idiomas e historia. En 1806, el sultán introdujo cambios adicionales en la educación técnica: la Muhendishane-i Berri-i Humayun (Escuela Imperial de Ingeniería Militar) formaría a los ingenieros del Ejército y la Muhendishane-i Bahri-i Humayun (Escuela Imperial de Ingeniería Naval) proporcionaría una formación en ingeniería naval en cuatro años.[8]

Estas reformas necesitaban una financiación considerable en un momento en que el Gobierno central carecía de la potencia económica necesaria para llevar a cabo un proyecto tan ambicioso. Los impuestos eran su fuente ingresos, pero carecía de capacidad para recaudarlos en las provincias, dominadas por figuras regionales que aceptaban formalmente la suzeranía del sultán otomano, pero que, en realidad, funcionaban como gobernantes prácticamente independientes, mantenían ejércitos privados y a menudo desplegaban su propia política exterior. Así pues, el sultán no podía obtener ingresos sin el apoyo y la colaboración de las élites regionales, aunque la obtención de ese apoyo suponía tener que pactar con las mismas fuerzas que se oponían a las reformas centralizadoras del sultán. Para aumentar los ingresos,

Selim recurrió a una serie de estrategias –la creación de un Tesoro separado, el Irad-ı cedid hazinesi (Tesoro de Nuevos Ingresos), el envilecimiento de la moneda, la imposición de nuevos impuestos a artículos de consumo básicos (textiles, tabaco, vino, café, etc.)– que tornaron tales reformas cada vez más impopulares entre una población que ya soportaba una carga fiscal excesiva.[9] Hubo una sonada oposición a estas reformas, en especial a su Nizam-i Cedid, que representaba un ataque directo a los intereses establecidos de grupos de poder tradicionales, sobre todo los jenízaros.[10] Algunos jefes religiosos otomanos (*ulamas*) condenaban la extensión de prácticas europeas que, según ellos, eran incompatibles con el islam. Por su parte, los jenízaros se negaron a adoptar cualquier uso militar occidental y no quisieron servir junto con las nuevas tropas, en las que veían un desafío evidente a su rol dominante tradicional.[11] Estos grupos de poder, en los que también se contaban miembros de los círculos gubernamentales regionales y de la corte, temían que las reformas del sultán llevaran a la reimposición del control de los medios económicos por el Estado. Un elemento crucial en esto era el control de la tierra, el principal activo económico del imperio. Las élites locales otomanas (*ayans*) trataban continuamente de transformar las tierras del Estado (*miri*) en feudos privados (*mülk*) que les proporcionaran rentas estables y les ayudaran a conseguir el control de las comunidades locales. Por todo esto, las reformas Nizam-i Cedid generaron una agria oposición. La creación de unas fuerzas armadas modernas habría ayudado al sultán a ejercer su autoridad y le habría permitido liberarse de la dependencia de las élites tradicionales.

El impulso de Selim para modernizar su imperio se vio obstaculizado por una combinación de problemas internos y externos que ocuparon gran parte de su atención y de sus recursos. Le resultó imposible unificar a grupos de intereses rivales en el seno de su bando reformista y esta rivalidad, en ocasiones, saboteó las

reformas y en otras llegó a resultar funesta para los reformadores más significados. El sultán también tuvo que enfrentarse a numerosos grupos de poder –«beneficiarios atrincherados del antiguo sistema», en palabras de la historiadora Virginia Askan– que cuestionaban su autoridad y competían por el poder político.[12] La resistencia de personajes provinciales prominentes en Anatolia, el mundo árabe y partes de la península de los Balcanes tuvo para el Gobierno otomano un coste muy alto en ingresos, prestigio y recursos. Alí Pachá de Yánina controlaba la mayor parte de Albania y de la Grecia septentrional, los mamelucos de Murad Bey e Ibrahim Bey burlaban al sultán en Egipto y Ahmet Cezzar Pachá gobernaba sin cortapisas en Siria, igual que Solimán Pachá el Grande en Irak. Estos gobernadores locales desafiaban abiertamente al sultán con frecuencia y se negaban a pagar impuestos o a aceptar las reformas. Una y otra vez, el sultán tuvo que tragarse la antipatía que sentía por estos jefes regionales sediciosos y cederles una autoridad considerable, principalmente para conseguir su apoyo militar contra amenazas externas.

El fin de la Guerra Austro-Ruso-Otomana en 1791 desencadenó el primer gran choque entre partidarios y oponentes de las reformas otomanas. Durante la contienda, la provincia de Serbia permaneció bajo el control de jenízaros locales que, en varias ocasiones, demostraron un desprecio manifiesto hacia la autoridad central. Una vez acabada la guerra, Selim III intentó reafirmar su autoridad en Serbia y ordenó a su nuevo gobernador provincial que expulsase a todos los elementos díscolos de la provincia.[13] Las autoridades otomanas provinciales desterraron a los jenízaros y los reemplazaron por serbios, que habían sido amnistiados del castigo que se les había impuesto con anterioridad por colaborar con Austria. Los jenízaros caídos en desgracia no se evaporaron: pasaron a la vecina provincia de Vidin, donde el gobernador local, Pazvantoğlu Osman Pachá, se sirvió de ellos para consolidar su poder. Al empezar el siglo XIX, Pazvan-

toğlu destacaba como uno de los notables otomanos más poderosos. Controlaba enormes territorios en el nordeste de los Balcanes y estaba en cabeza de la oposición, cada vez mayor, contra el plan reformista del sultán. El gobernador sostenía que las reformas del sultán eran la causa del malestar político y económico en el campo y logró una popularidad considerable al presentarse como el guardián del pueblo contra las arbitrariedades del Gobierno. Las reiteradas órdenes del sultán para reprimir al gobernador rebelde cayeron en saco roto.[14]

En 1798, para dar prueba de la amenaza que representaba el poder de Pazvantoğlu, Selim III lanzó su mayor operación militar con el envío de alrededor de 80 000 hombres a Vidin.[15] La campaña fracasó. Pazvantoğlu defendió Vidin con éxito durante ocho meses y su prestigio aumentó todavía más. El sultán, descorazonado por el desarrollo de los acontecimientos, se vio obligado a llamar de vuelta a sus tropas cuando le llegó la noticia de la invasión francesa de Egipto. A primeros de 1799, Pazvantoğlu no solo fue perdonado y confirmado en su puesto, sino que se le concedieron los títulos de visir y de pachá.[16] Selim III, preocupado por lo que sucedía en Egipto, confiaba en que estos honores mantendrían al díscolo gobernador apaciguado y leal al trono. Pazvantoğlu, sin embargo, reanudó sus actividades con presteza, consciente de que el sultán, ocupado en la guerra con la Francia revolucionaria, no podía destacar efectivos a ponerle freno. Las fuerzas de Pazvantoğlu acometieron extensas incursiones por el nordeste de la península de los Balcanes, en la que extendieron el caos político y causaron graves daños económicos.[17]

En Arabia, los otomanos se enfrentaban al problema cada vez mayor de los wahabistas, una secta religiosa fundada por Muhámmad ibn Abd-al-Wahhab, teólogo de Néyed que buscaba volver a la pureza del islam eliminando las falsas creencias y los regímenes que las apoyaban. En 1800, el movimiento wahabista,

encabezado por Abdulaziz bin Saúd, dominaba ya partes de la península arábiga y hacía gala de una autoconfianza cada vez mayor atacando Irak, Siria y el Hiyaz y hostigando a los peregrinos musulmanes que acudían a los lugares sagrados. En 1804, los wahabistas obtuvieron su mayor victoria hasta entonces al apoderarse de La Meca y cerraron las rutas de peregrinaje a la ciudad a los no wahabistas. Llegaron incluso a eliminar el nombre del sultán Selim III de las oraciones del viernes y lo reemplazaron por los de la casa de Saúd, lo que suponía la usurpación de una posición de privilegio en el mundo islámico.

Mientras tanto, el sultán Selim III afrontaba una amenaza de distinto cariz en el Cáucaso, donde Rusia había hecho considerables avances durante las últimas décadas del siglo XVIII. Ya hemos visto en el Capítulo 5 que, en 1800, el reino georgiano oriental de Kartli-Kajetia había sido anexionado formalmente por el emperador Pablo I, cuyo asesinato en San Petersburgo, en marzo de 1801, dejó la resolución de la «cuestión georgiana» a su sucesor. El nuevo emperador, Alejandro, tuvo dudas en un primer momento: firme creyente de la legitimidad de los derechos de los reyes, le repugnaba desposeer a los Bagrationi del trono. Alejandro le pidió al Consejo de Estado que determinara si la anexión del reino georgiano supondría, por su parte, una ofensa contra la citada dinastía real. Los debates del Consejo de Estado nos revelan la pugna existente entre halcones y palomas dentro del ejecutivo ruso y marcaron un punto crucial en la forja de la estrategia rusa hacia los territorios en las fronteras del Cáucaso. Algunos de los consejeros del emperador Alejandro I –en especial Aleksandr Vorontsov y Víktor Kochubei– le instaron a repudiar la decisión de su padre y le advirtieron del riesgo que suponía la expansión a Georgia, que, según ellos, ofrecía ventajas económicas y militares limitadas que además requerirían considerables recursos humanos y materiales para solventar los problemas de la región.[18] Alejandro, al final, decidió ignorar este

prudente consejo y se alineó con los miembros más belicosos del Consejo de Estado. Estos sostenían que, cuando menos, ir contra la decisión de Pablo de anexionar Georgia deshonraría a Rusia ante las potencias europeas e islámicas. Según ellos, la incorporación de Georgia al Imperio ruso era necesaria porque era el supuesto «deseo» del pueblo georgiano y porque no hacerlo llevaría a Georgia al colapso por factores internos y externos.[19] Estos miembros del consejo pensaban –con Alejandro– que las repetidas disputas dinásticas georgianas ofrecían a Rusia la oportunidad de poner un pie en la Caucasia meridional, la cual podría servir de trampolín para expansiones ulteriores hacia los dominios otomanos e iraníes y servir de valiosísimo lugar de paso en la ruta del comercio con la India. El propio emperador sostenía que Irán no supondría un obstáculo importante para la expansión de Rusia y que las bondades del Gobierno ruso en Georgia no tardarían en impulsar al Estado musulmán vecino a ponerse bajo su protección.[20]

A finales de 1801, Alejandro ordenó la redacción de un manifiesto que anunciara la anexión de Georgia oriental. El manifiesto negaba el más mínimo interés por parte de Rusia y apuntaba a las continuas disputas y rivalidades entre los pretendientes al trono de la familia Bagrationi, que habían dejado al país al borde de la guerra civil. Alejandro también subrayaba la responsabilidad de proteger a unos hermanos cristianos contra los persas y los turcos. El manifiesto se publicó en Moscú el 24 de septiembre de 1801, tres días antes de la coronación de Alejandro, y estuvo acompañado por instrucciones para la creación de un nuevo sistema de administración ruso en Georgia oriental. Una vez expulsada la familia real georgiana del poder, el comandante en jefe ruso del frente caucasiano asumió la jefatura del Gobierno central de Tiflis y recibió el título de *pravitel* o administrador de Georgia. El manifiesto de septiembre de Alejandro no se publicó en Georgia hasta el 12 de abril de 1802, cuando el comandante

en jefe ruso del Cáucaso, el general Karl Knorring, lo anunció públicamente en la catedral de Sioni, en Tiflis, y exigió a los príncipes y notables de Georgia prestar juramento de fidelidad al emperador ruso. Aunque el anuncio causó una indignación considerable, la presencia de guardias rusos armados alrededor de la catedral convirtió en fútil cualquier protesta. Los que expresaron su desaprobación fueron rápidamente puestos bajo custodia; el resto fue obligado a jurar lealtad al zar.[21]

La decisión de Alejandro de anexionarse el reino georgiano oriental tuvo profundas consecuencias para el Cáucaso, el Imperio otomano e Irán. Ya desde la primavera de 1802 el emperador ruso empezó a sostener que, para Rusia, era esencial conseguir el control no solo de Georgia oriental, sino de toda la Caucasia meridional hasta el río Aras. Justificaba este proyecto con argumentos militares y aducía que Rusia solo podría defender los territorios recién adquiridos si establecía la frontera a lo largo de los ríos Kurá y Aras.[22] Esto, sin embargo, significaba inmiscuirse en la esfera de influencia tradicional del Imperio otomano, algo que Rusia había preferido no hacer antes por sus compromisos con las coaliciones antifrancesas en Europa.

Los otomanos, mientras perdían presencia en el sur de Caucasia, se enfrentaban a otro problema igual de grave en Serbia, que llevaba bajo control otomano cuatro siglos. En esta región, los sultanes otomanos habían seguido una política ambivalente: por un lado, trataban de distanciar a los serbios de los austriacos con la ayuda del patriarca de Constantinopla, pero, por otro, también enviaban a los jenízaros lejos de la capital otomana, a provincias como Serbia que podían ser expoliadas con grandes beneficios.[23] Las reformas del sultán Selim III, como poner coto a los jenízaros y hacer algunas concesiones a la población local –por ejemplo, la libertad religiosa–, beneficiaron en un primer momento a los serbios. Sin embargo, el movimiento reformista otomano no tardó en estancarse y el sultán se vio forzado a lle-

gar a compromisos con sus adversarios. En 1799, Selim permitió a los jenízaros regresar a Serbia, donde asesinaron a un popular gobernador local y se vengaron de los serbios decapitando a alrededor de ochenta notables (*knezes*) en lo que se conoció como la Matanza de los Knezes (en enero de 1804). Los serbios, enfurecidos, se unieron en una rebelión armada encabezados por Đorđe Petrović, conocido como Karađorđe.[24]

Algunos estudiosos ven en la revuelta serbia la primera de las insurrecciones nacionalistas, pero sus causas y naturaleza reales son en verdad más complicadas. En el seno de las comunidades cristianas del Imperio otomano, los intelectuales se sentían, en efecto, atraídos por las ideas de la Ilustración, en especial por las del filósofo alemán Johann Gottfried Herder (1744-1783), que defendía que el lenguaje y la literatura eran las señas definitorias de las naciones. La Revolución francesa abrazó entusiasmada la idea de «nación» y la exportó a diversas partes de Europa, entre ellas las provincias otomanas de los Balcanes. Sin embargo, la rebelión serbia estalló por un abanico de circunstancias distinto. Fue una protesta de los campesinos serbios contra la usurpación de sus tierras por los jenízaros, así como el resultado del rechazo serbio al neobizantinismo promovido por los poderosos fanariotas (griegos adinerados y con influencias políticas que residían en el distrito de Fanar de Constantinopla). Estos últimos buscaban resucitar costumbres bizantinas potenciando el Patriarcado Ortodoxo de Constantinopla y limitando la contradicción que podían suponer las demás Iglesias ortodoxas. Además, el Gobierno central otomano no se opuso inicialmente a la revuelta, puesto que los rebeldes serbios apoyaban la suzeranía del sultán y se dirigieron contra figuras prominentes de la provincia (los *sipâhis*) y contra los jenízaros. Sin embargo, esta estrategia permitió que la revuelta ganara impulso. Cuando los serbios empezaron a imponerse a los jenízaros, la corte otomana se dio cuenta por fin de la amenaza e intentó recuperar el control de la región. No sirvió de

nada. Los serbios no accedieron a disolver sus fuerzas como les exigía el sultán y buscaron la ayuda de potencias extranjeras. Austria, con las manos atadas en Europa central, optó por no apoyar a los rebeldes: prefería la continuación del gobierno otomano al establecimiento de una Serbia semiautónoma (o completamente independiente) que podría desestabilizar sus fronteras meridionales. Los austriacos aconsejaron a los serbios resolver sus diferencias con las autoridades otomanas por medio de la mediación de la propia Austria.[25]

Las iniciativas diplomáticas serbias, mientras tanto, pusieron en un aprieto al emperador ruso, Alejandro. Rusia ya disfrutaba de posiciones ventajosas en Besarabia, Moldavia y Valaquia (los principados danubianos) gracias al Tratado de Küçük Kaynarca, y las operaciones recientes contra los franceses habían reforzado más su presencia a través de la República de las Siete Islas (controlada conjuntamente por rusos y turcos) que se formó en las islas Jónicas. Alejandro, aunque no quería desperdiciar esta oportunidad de extender su influencia a los Balcanes, tampoco podía permitirse disgustar a los otomanos. Su preocupación principal era la reforzada presencia francesa en las costas del Adriático, que podía suponer una amenaza para la integridad del Imperio otomano y socavar la tradicional aspiración rusa de conseguir una esfera de influencia exclusiva en la región balcánica. Por consiguiente, la delegación serbia enviada a San Petersburgo obtuvo una respuesta tibia: la ayuda militar era algo impensable, aunque Rusia sí podría llegar a prestar apoyo diplomático.[26]

Animados por esta expectativa, los serbios exigieron un estatus de autogobierno dentro del Imperio otomano. En 1805-1806 lograron victorias notables sobre los turcos en Ivankovac y Mišar que les permitieron consolidar su poder en el norte de Serbia. La recién creada Narodna Skupština (Asamblea del Pueblo), que compartía la autoridad política con el Consejo Gubernativo y el Gran Líder Karađorđe, introdujo reformas de cala-

do, algunas de ellas inspiradas en la Revolución francesa: fueron abolidas todas las obligaciones feudales y se emancipó a los siervos. El inicio de la Guerra Ruso-Otomana de 1806 marcó un punto de inflexión en la revuelta serbia, ya que las demandas serbias de autogobierno en el seno del Imperio otomano evolucionaron hacia una lucha por la independencia respaldada militarmente por el Imperio ruso.

Desde el ascenso al trono en 1789, Selim siempre había intentado mantenerse al margen de las complicaciones políticas europeas y, por ello, había seguido una política exterior cauta. Fue el primero de los sultanes otomanos en desarrollar las herramientas de la diplomacia moderna y nombró los primeros embajadores otomanos permanentes en Londres (1793), Berlín (1795), Viena (1795) y París (1795).[27] Durante la Guerra de la Primera Coalición (1793-1797), el Imperio otomano declaró formalmente su neutralidad por vez primera en la historia. Como hemos indicado, Selim estaba decidido a aprovechar la distracción europea por las complicaciones surgidas a raíz de la Revolución francesa para llevar adelante su programa de reforma interna. Sin embargo, la neutralidad otomana no duró mucho: el sultán pronto se encontró en el epicentro de la gran política internacional europea, la cual giraba en torno a dos asuntos interrelacionados que afectaban al futuro del Imperio otomano.[28] El primero era la continuidad de la viabilidad del propio Imperio otomano. Este encaraba problemas internos y externos cada vez mayores: dificultades económicas, una dinámica de descentralización y, desde finales del siglo XVIII, el deseo de algunos pueblos, en especial en los Balcanes, de ejercer un mayor autogobierno, cuando no la simple independencia. El relato tradicional de la historia otomana –según el cual, a partir del siglo XVII, los otomanos entraron en un periodo de decadencia caracterizado por el debilitamiento de la capacidad militar y la corrupción institucional– ha sido reemplazado recientemente por un debate más matizado acerca

de la resiliencia de los otomanos y su capacidad para la transformación de su imperio durante los siglos XVIII y XIX.[29] El segundo asunto era la situación internacional: los otomanos se enfrentaban a la amenaza cada vez mayor de imperios competidores que habían empezado a erosionar sin tregua los avances territoriales conseguidos en los siglos XV y XVI. La cuestión de qué hacer con el «enfermo de Europa» estaba estrechamente ligada a la conservación del equilibrio de fuerzas europeo. Las potencias europeas, aunque interesadas en el reparto de los dominios otomanos, temían que esta «herencia» –más de 600 000 kilómetros cuadrados solo en Europa– no se repartiera equitativamente y que reforzara a unas potencias más que a otras.

Los orígenes de lo que acabó por conocerse como la «cuestión oriental» pueden remontarse al sostenido éxito militar ruso ante los otomanos y la expansión territorial resultante del poder de Rusia por el litoral del mar Negro. Para los estadistas europeos, la cuestión crucial era entonces si los otomanos serían capaces o no de bloquear las aspiraciones territoriales y estratégicas de Rusia. Si la respuesta era negativa, la siguiente pregunta era cómo habrían de repartirse las grandes potencias el territorio otomano por el que competían. En la víspera de las Guerras de la Revolución, Austria cooperó estrechamente con Rusia y participó en contiendas contra los turcos con la esperanza de obtener una tajada de los Balcanes otomanos. Sin embargo, la actitud de los austriacos empezó a mudar desde que despertó el vendaval revolucionario en Europa. Después de las derrotas sufridas en el Rin y en Italia en la década de 1790, la atención de Viena se centró, como era natural, en lo que sucedía en Europa central y occidental y los territorios fronterizos otomanos pasaron a un segundo plano. Mientras tanto, según aumentaba la presencia británica en la India, el Gobierno británico había empezado a preocuparse por la protección de las líneas de comunicación de su colonia y su comercio colonial más lucrativo. Algunas de estas rutas atra-

vesaban territorios otomanos, lo que generaba en los británicos el temor de que otra potencia europea pudiera apoderarse de ellas. La invasión francesa de Egipto demostró que estos temores no estaban infundados, pero igual de preocupante para los británicos era la expectativa de que Rusia asestara un golpe mortal a los otomanos y se apoderara del Bósforo y los Dardanelos, lo que habría llevado la presencia rusa hasta el Mediterráneo oriental. Al principio de las Guerras Napoleónicas, por consiguiente, Gran Bretaña intentó apuntalar el poder otomano con la intención de mantener el equilibrio de fuerzas en Europa y como forma de reforzar la protección de la India.

Así pues, al empezar el siglo XIX, el Gobierno ruso gozó de una relativa libertad de acción con respecto al Imperio otomano y actuó en pos de tres objetivos interrelacionados: expandirse territorialmente, lo que suponía anexiones unilaterales o repartos en conjunción con otras potencias europeas; asegurarse una influencia mayor en el seno del Imperio otomano a través del apadrinamiento de los súbditos cristianos del sultán y la incitación de los sentimientos nacionalistas; y procurar la preservación del resto del Imperio otomano como una región tampón. La última de estas estrategias, calificada en alguna ocasión como la política del «vecino débil», llevaba implícita el abandono del célebre «proyecto griego» de Catalina, dado que, como manifestó un ministro ruso en 1802, «Rusia, en su extensión actual, ya no necesita agrandarse, no hay un vecino más obediente que el turco, y la preservación de este enemigo natural nuestro deberá ser, en el futuro, la raíz de nuestra política exterior».[30] De acuerdo con este razonamiento, una vez que Rusia hubiera privado a los otomanos de bastante territorio, los dos imperios podrían mantener relaciones amistosas, pero nunca ser iguales.

El Imperio otomano disfrutaba de una antigua relación con Francia que podemos remontar al siglo XVI, cuando ambos Estados se unieron en la lucha contra el Sacro Imperio Romano.

Aunque muchas naciones europeas llegaron a acuerdos con la corte otomana y le enviaron embajadores a lo largo de los siglos, los franceses siempre habían gozado de un estatus especial en Constantinopla y fueron los primeros en cerrar un tratado comercial con los turcos. Los comerciantes franceses operaban e invertían en la economía otomana con mucha intensidad. A finales del siglo XVIII, los católicos del Imperio otomano fueron puestos bajo la protección de Francia. Durante la Guerra Ruso-Otomana de 1768-1774, Francia adoptó una postura proturca y, aunque no pudo prestar ninguna ayuda material, fue la única gran potencia con la que pudo contar el sultán. De hecho, el Imperio otomano representaba para Francia un tercio del «tridente oriental» (las otras puntas eran Suecia y Polonia) con el que trató de poner coto al crecimiento del poder de los Habsburgo y luego también del Imperio ruso. La derrota y humillación del Imperio otomano en 1774 fue una sorpresa incómoda para la monarquía gala, que empezó a ver en Rusia como su principal rival en el nordeste y el sudeste de Europa. Después del Tratado de Küçük Kaynarca, Francia hizo lo posible por socavar las provisiones del tratado, debilitó la influencia Rusia y animó a los otomanos a resistir.

Sin embargo, las relaciones franco-otomanas se deterioraron en la década de 1780. Los apuros financieros de Francia, seguidos por la inestabilidad revolucionaria, no le permitieron prestar ninguna ayuda a los otomanos durante la guerra de estos con los rusos en 1787-1791. El sultán otomano estaba bien informado de lo que sucedía en Francia gracias a que su embajador en Viena (que también había sido su tutor), Ebubekir Ratib Efendi, le remitía un flujo constante de despachos en torno a los asuntos europeos.[31] Selim III no estaba convencido de la conveniencia de restablecer las relaciones con el nuevo régimen francés y, de momento, prefería mantenerse al margen de los problemas europeos. Sin embargo, la crisis revolucionaria gala privaba a los oto-

manos de un aliado importante, por lo que el sultán trató de encontrar otro nuevo. En estas circunstancias, obtener el apoyo británico parecía una solución factible y pragmática. La corte otomana apreció positivamente la condena británica a la expansión rusa en Crimea y en la región del mar Negro y los otomanos empezaron a ver en Gran Bretaña un aliado potencial mientras Francia siguiera inestable.[32] No por casualidad, Selim III envió la primera misión diplomática otomana permanente a Londres y no a París.[33]

A mediados de la década de 1790, los otomanos estaban cada vez más incómodos con la expansión francesa –la bandera tricolor llegaba ya a las costas del Adriático–. El general Bonaparte ya miraba hacia el este en una fecha tan temprana como 1797: además de ocupar las islas Jónicas, envió agentes a los maniotas (los griegos del Peloponeso) y cultivó las relaciones con el ambicioso Alí Pachá de Yánina. Este último demostró admirables talentos militares y diplomáticos aprovechando las oportunidades creadas por el debilitamiento de la autoridad central otomana y el estallido de las Guerras Revolucionarias.[34] La creciente presencia gala en la región no fue bienvenida por los otomanos, aunque, conscientes de la vieja amistad entre Francia y la Sublime Puerta, optaron por mantener relaciones cordiales con sus nuevos vecinos.[35] Los turcos accedieron a prestar dinero y a proporcionar suministros a la guarnición francesa de la isla de Corfú e incluso estudiaron la compra de las islas Jónicas a Francia como forma de mitigar la amenaza gala en la región.

Las relaciones franco-otomanas empeoraron en 1798, cuando la República Francesa decidió poner en práctica su gran plan de doblegar a Gran Bretaña mediante la conquista del Egipto otomano y la subsiguiente amenaza al comercio británico. La invasión francesa de Egipto –ampliamente descrita con anterioridad– supuso una quiebra absoluta con su política tradicional en Levante, que se había caracterizado por el apoyo diplomático a los

otomanos, la protección de los comerciantes franceses según capitulaciones especiales y el apadrinamiento de los cristianos romanos, en especial en Siria y Palestina. Los otomanos se sintieron, claro está, traicionados y la pretensión francesa de que la expedición no atacaría a su imperio aumentó todavía más su enojo.[36] Por ello, en lugar de asestar un golpe al poder colonial de Gran Bretaña, la invasión de los franceses empujó a su tradicional aliado otomano a una alianza con el enemigo británico. El Gobierno otomano, en lo que supuso un notable cambio de la política tradicional, permitió que un escuadrón naval ruso atravesara los estrechos –el cual fue aclamado a su paso por los vecinos de Constantinopla, en septiembre de 1798–, declaró la guerra a Francia y se comprometió a apoyar a las flotas británica y rusa en el Mediterráneo oriental.[37] La Sublime Puerta firmó tratados con Rusia y Gran Bretaña por los que se unió a su coalición antifrancesa –era la primera vez que los otomanos formaban parte de una coalición europea–.

La provisión más importante del tratado de alianza ruso-otomano, firmado en enero de 1799, era parte de un artículo secreto que concedía a Rusia derecho de paso por los Dardanelos mientras durara la guerra. Los otomanos tomaron parte en operaciones contra los franceses en Siria, Egipto y el Adriático, pero esta participación solo sirvió para subrayar la debilidad militar otomana y demostró que sus alianzas con Rusia y Gran Bretaña carecían de sustancia. La defensa otomana de la fortaleza de Acre (en la que los turcos contaron con el apoyo de un escuadrón británico) frustró el intento de Napoleón de invadir Siria. Sin embargo, se vio eclipsada por las derrotas otomanas en el monte Tabor y en Abukir, en 1799, y en Heliópolis, en 1800. Más suerte tuvo la estrategia otomana en el Adriático, donde se envió una flota conjunta ruso-otomana comandada por el almirante Fiódor Ushakov, en concreto a las islas Jónicas, que fueron conquistadas en la primavera de 1799. En la Convención de 1800,

los Gobiernos ruso y otomano acordaron convertir las islas en la República de las Siete Islas, que estaría bajo soberanía otomana y protección rusa.[38]

La ocupación francesa de Egipto acabó en 1801, como hemos visto, cuando los británicos lanzaron una invasión en dos ejes, desde el Mediterráneo y el mar Rojo. La partida posterior de los franceses, sin embargo, dejó un vacío político que pronto fue ocupado por facciones políticas antagónicas. Los británicos, como potencia ocupante, se vieron arrastrados a las feroces luchas de poder entre los mamelucos, que habían sido diezmados por la invasión francesa y se habían dividido en varias facciones, y los resurgentes otomanos que aspiraban a recuperar su antigua autoridad en la región. La situación tenía a los británicos algo desconcertados. Aunque habían expulsado a los franceses, apoderarse de Egipto no había entrado en sus planes. Sin embargo, la retirada de las tropas habría dejado la región ante un futuro incierto. Las cartas escritas por John Hely-Hutchinson, el comandante en jefe en Egipto que sucedió al general Ralph Abercromby, revelan la precaria situación de un Egipto roto por la guerra, donde los turcos se encontraban en un «estado deplorable [...] sin dinero, sin provisiones, sin recursos de ningún tipo». Si los británicos se iban, «los mamelucos, árabes y griegos superarían completamente a los turcos».[39]

Los británicos, pues, dudaban a quién entregar Egipto. Lo más probable era que, a su retirada, Egipto cayera en el caos político y la anarquía y quedara vulnerable ante alguna potencia europea; también era de esperar que los otomanos retornaran a su anterior cooperación con Francia. Un funcionario que fue enviado por la embajada británica en Constantinopla a estudiar la situación pintó un cuadro bastante descorazonador de una región desgarrada por la guerra a la que no era posible dejar, sin más, a su suerte.[40] Sus recomendaciones, que el embajador británico transmitió a Londres, pedían la ocupación militar británica y un

gobierno indirecto de Gran Bretaña con consentimiento otomano, o si estas dos opciones no eran posibles, la destrucción de Egipto mediante su inundación para «frustrar los ambiciosos proyectos de una potencia rival que, mediante la posesión de Egipto, ganaría inmensas ventajas comerciales».[41]

El gabinete británico rechazó estas recomendaciones y confió en conseguir cierta apariencia de paz y orden en Egipto devolviendo las cosas al estado en que se habían quedado en 1798; los mamelucos recuperarían sus derechos y propiedades y el gobernador nombrado por el sultán sería la autoridad más alta de la región. Esta propuesta no apaciguó a ningún bando, en especial después de que los turcos intentaran eliminar a los beyes mamelucos a finales de 1801.[42] Mientras los enfurecidos mamelucos se retiraban al Alto Egipto, los turcos se negaban a considerar las ofertas británicas. Aducían que tenían una oportunidad histórica de destruir el régimen mameluco y de poner Egipto bajo un control más estrecho. Según le dijo el embajador ruso a su contraparte británico, los turcos «solo estaban esperando la evacuación [británica] de Egipto para actuar sistemáticamente contra los beyes y estaban decididos a su destrucción».[43]

En 1802, los británicos deseaban salir cuanto antes de una región donde nadie los quería. Durante las negociaciones de paz con los franceses en Amiens, se comprometieron a abandonar Egipto y se sintieron cada vez más urgidos a cumplir con su compromiso para no dar a los franceses ninguna excusa para quejarse. De hecho, en el otoño de 1802, Napoleón envió al general Horace Sebastiani a examinar la situación en Egipto, verificar la evacuación británica y reavivar los intereses comerciales franceses en la región. En sus instrucciones, Bonaparte enfatizaba que Sebastiani debía asegurar a todo el mundo en Egipto que Napoleón «amaba a los egipcios y deseaba su felicidad, que a menudo hablaba de ellos».[44] El reporte de Sebastiani describía una situación de frágil estabilidad política en Egipto, donde los ma-

melucos seguían desunidos y los turcos eran demasiado débiles para hacerse con el control de la región y donde había malas relaciones entre estos dos grupos y los británicos –los cuales, según el reporte, eran detestados en El Cairo–. Sebastiani mencionaba la recepción entusiasta que había tenido en Egipto y Siria y apuntaba que los franceses serían bienvenidos si volvían a la región.

Ya hemos tratado el papel que desempeñó el informe de Sebastiani en la intensificación de las tensiones entre Francia y Gran Bretaña en la víspera de la ruptura final de Amiens. Sin embargo, aquel informe también tuvo repercusiones en el mundo otomano. Los turcos, alarmados como era natural por la misión de Sebastiani, trataron de estrechar relaciones con los británicos. El visir otomano les reiteró a los embajadores británicos la sinceridad de los sentimientos de amistad del sultán hacia Gran Bretaña.[45] Después de fracasado un último intento de Robert lord Blantyre de mediar en la interminable trifulca entre otomanos y mamelucos, los británicos evacuaron el país en marzo de 1803. De todos modos, el general John Stuart, que supervisó la retirada, también dio pasos con la intención de garantizar la continuación de la presencia británica. Se dejaron agentes en El Cairo para proteger los intereses británicos cuando los turcos y los mamelucos «ya no estuvieran atemorizados por la presencia del ejército [británico] y perdieran el recuerdo de los sanos consejos del comandante británico».[46] Stuart también proporcionó en secreto dinero y armas a los mamelucos para garantizar su supervivencia en el Alto Egipto.

Después de tomar el poder en Francia en 1799, Napoleón acometió la tarea de reconstruir los lazos franco-otomanos que, como hemos visto, había deshecho en los dos años previos. Sabía que los otomanos, a pesar de su obvia debilidad, podían representar un papel crucial en las maniobras diplomáticas europeas. La amistad y la alianza del sultán no solo podían ser herramien-

tas de utilidad contra los intereses comerciales británicos, sino también para manejar a Rusia a conveniencia. Napoleón aprovechó los antiguos vínculos que unían a Francia y al Imperio otomano para aproximarse al sultán con el ofrecimiento de un tratado de paz. En Constantinopla, el fin de la ocupación francesa de Egipto reavivó el interés en retornar a los alineamientos diplomáticos de siempre y Gran Bretaña y Rusia trataron de evitar un acercamiento franco-otomano que pudiera dañar sus intereses. La corte otomana estaba dividida en dos grandes facciones. El gran almirante Küçük Hüseyin Pachá encabezaba el partido profrancés, molesto con la continuada presencia de los británicos en Egipto y su apoyo a los mamelucos para intentar proteger su influencia en la región. El almirante pensaba que la alianza con Francia serviría como salvaguarda ante Rusia y Gran Bretaña. El gran visir Yusuf Ziya Pachá, en cambio, recelaba del Gobierno francés y era partidario de una alianza con Gran Bretaña que sirviera de muro de contención ante Rusia y Francia. El sultán Selim III jugó con ambas facciones para conservar su libertad de acción y no quiso poner en peligro las relaciones con ninguna potencia europea.

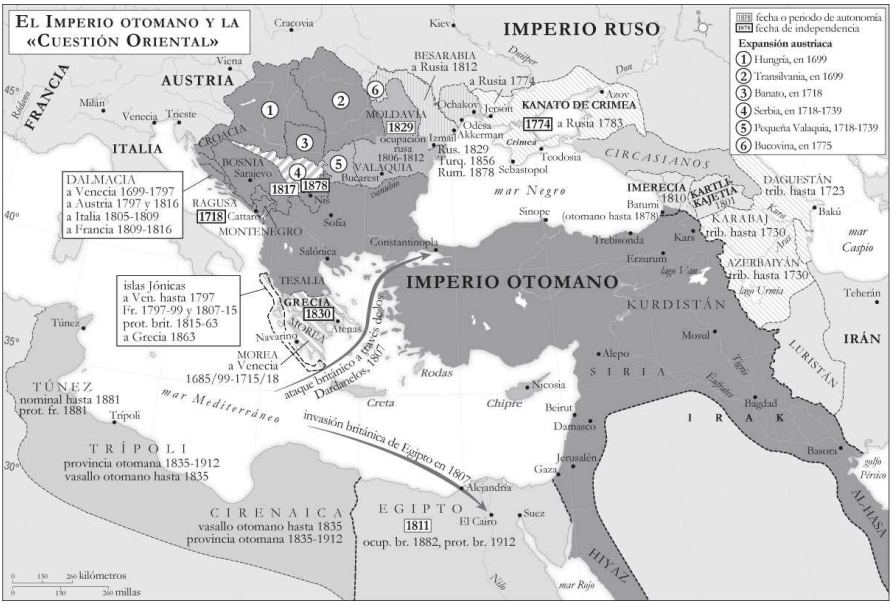
En 1801-1802 Francia llegó a dos tratados definitivos con Gran Bretaña y con el Imperio otomano.[47] El artículo 8 del Tratado de Amiens proclamaba que los territorios, posesiones y derechos del Imperio otomano se «mantenían íntegros, como estaban antes de la guerra». Un tratado separado franco-otomano garantizó mutuamente la integridad de las posesiones francesas y otomanas, a la vez que Francia recuperaba sus antiguos privilegios (las capitulaciones especiales, así como el derecho de actuar como protectora de los súbditos católicos del sultán) y, por vez primera, la Sublime Puerta concedió a los buques mercantes franceses el derecho de libre navegación por el mar Negro.[48] Napoleón revertía, con este tratado, la revolución diplomática de 1799 y ponía al Imperio otomano y a Francia en la vía de re-

componer sus relaciones. Además, Napoleón abría así nuevos mercados por los que Francia podría comerciar con Rusia, los Balcanes e incluso Irán. Estos nuevos mercados, confiaba, podrían rivalizar con los beneficios comerciales británicos en el este y tal vez superarlos.[49] La Paz de Amiens no supuso para Napoleón el abandono de los planes de actuar contra los intereses comerciales y navales británicos, ni que hubiera renunciado a las ambiciones territoriales de Francia en el área otomana. Todavía anhelaba recuperar el control de las islas Jónicas (ganadas por él en 1797, pero que Rusia tomó en 1799) y puso la mira en conseguir zonas claves en la costa adriática de los Balcanes.

Napoleón adoptó una estrategia multifacética hacia el Imperio otomano y a menudo utilizó la «cuestión oriental» para facilitar su política exterior en otras regiones. En esta línea, en 1801-1803, las propuestas diplomáticas francesas a Austria y Rusia mencionaban habitualmente el proyecto de repartir el Imperio otomano como forma de compensarlas por las pérdidas que habían sufrido en otras áreas de Europa. Cuando los austriacos se quejaron de la «parquedad» de las compensaciones que habían recibido en Alemania, Talleyrand los consoló con promesas de «nuevas adquisiciones en Turquía en el momento de su inminente destrucción».[50] Podemos convenir con el historiador francés Albert Vandal que Napoleón sacaba a la palestra «el asunto del reparto de Turquía no para ponerlo en práctica, sino como un cebo».[51] El objetivo era sembrar la discordia entre las demás potencias europeas. Aunque el emperador Alejandro acabó por declinar las ofertas de Francia, los británicos estaban alarmados porque algunas altas autoridades rusas (en especial el príncipe Adam Czartoryski) encontraran atractivas esas ofertas, fueran partidarias de pasar a la acción contra los turcos y rechazaran las ofertas británicas encaminadas a llegar a un compromiso colectivo para la «seguridad e integridad de Turquía».[52] Igual de nerviosos estaban los Habsburgo, preocupados porque cualquier

posible expansión austriaca en los Balcanes provocara demandas prusianas de recibir alguna compensación, y porque las posibles ganancias prusianas en Alemania tendrían mucho más valor que los avances de Austria en los dominios otomanos. Por encima de todo, el emperador austriaco Francisco temía una repetición de los repartos de Polonia, en los que, según sus palabras, Austria se había sentido «forzada y burlada». A diferencia de su abuela María Teresa, que, como observó cínicamente Federico el Grande, «lloraba, pero tomó [los territorios polacos] igualmente», el emperador Francisco pensaba que Austria no debía implicarse en las particiones otomanas para no acabar sobrecargada con más territorios difíciles de gobernar, en los que «sería necesario derramar demasiada sangre por cada paso que avancemos».[53]

En octubre de 1802 Napoleón envió al general Guillaume Brune como nuevo embajador en Constantinopla con la indicación de que recobrara «la supremacía que Francia había disfrutado durante dos siglos en esa capital». Brune debía mirar por el comercio francés y tomar bajo su protección a los católicos de todo el Imperio otomano. Para poner en evidencia la recuperación de Francia, Brune recibió instrucciones para que, durante las festividades musulmanas, no se ausentara de la embajada y la mantuviera completamente iluminada. Napoleón subrayaba lo beneficiosa que sería para los turcos la alianza con Francia. Este acuerdo se basaría en la garantía recíproca de sus territorios, pero, mientras que la República Francesa se comprometería a actuar para proteger la integridad territorial otomana, el sultán no asumiría ningún compromiso de participar en las guerras de Francia.[54]



Brune arribó a Constantinopla en diciembre de 1802, donde permaneció tres años. Supo sacar partido de los sentimientos antibritánicos despertados por la prolongada ocupación británica de Egipto y tuvo gran éxito en el restablecimiento de la posición de Francia en la corte del sultán, aunque sus esfuerzos adicionales para ganarse la confianza del sultán fueron bloqueados por los legados ruso y británico. Entre los logros de Brune encontramos la reanudación del servicio consular francés: se emplazaron cónsules y agentes diplomáticos en Grecia, Creta, Chipre, Siria, Valaquia y Moldavia, así como en puertos rusos y otomanos de la costa del mar Negro. Esta vasta red proporcionaba a Napoleón un flujo continuo de información y de reflexiones acerca de los dominios otomanos que ayudó a moldear la política exterior francesa. Por ejemplo, en 1802-1803, Alexander Romieu, cónsul general francés en Corfú, ya instaba a actuar con urgencia en Albania, donde el poder en alza del gobernador local invitaba a pensar en una ruptura inminente con el sultán otomano. Alí Pachá de Yánina, quien, en palabras del cónsul, detestaba «absoluta-

mente a los franceses», podía convertirse en un grave peligro para los intereses galos en los Balcanes.[55]

Mientras tanto, la situación política europea, que podía cambiar de un instante al siguiente, amenazaba con embrollar al Imperio otomano en otro conflicto más. Tras el colapso de la Paz de Amiens en mayo de 1803, Selim III tuvo que decidir su siguiente paso. Cualquier participación en las trifulcas europeas supondría una grave amenaza para los intereses otomanos. A pesar de las garantías de amistad de Napoleón, los otomanos desconfiaban de sus intenciones y no olvidaban lo engañosas que habían resultado las garantías francesas en 1798. Un desembarco galo en la Morea o en Albania podría señalar el inicio de la disolución del Estado otomano. Sin embargo, el sultán tampoco podía permitirse que sus relaciones con Francia se desintegraran, puesto que tenía que estar prevenido ante lo que le pudieran estar preparando sus entonces aliados rusos y británicos. Los últimos ya habían recurrido a la medida previsoria de fondear un escuadrón naval en Ténedos, justo en la salida de los Dardanelos. Selim III, reacio a implicarse en problemas europeos, en septiembre de 1803 declaró la neutralidad por segunda vez en diez años.[56] De todos modos, su no alineamiento no lo libró de las rivalidades europeas.

La política oriental de Francia estaba condicionada en alto grado por su estrategia europea, pero también estuvo caracterizada por los múltiples ejes de los planes de Napoleón. En 1803, el emperador francés se dedicaba a garantizar su amistad y apoyo tanto al sultán como a los jefes mamelucos –que, por supuesto, desafiaban a la autoridad otomana–, a la vez que estudiaba el proyecto de repartirse el Imperio otomano con otras potencias europeas. Aunque Austria se mantenía en ese momento como espectadora, Rusia y Gran Bretaña estaban cada vez más preocupadas por una posible intervención francesa en el Imperio otomano. Rusia estaba incluso dispuesta a anticiparse a ella con una

intervención «preventiva» propia que «defendería» los dominios otomanos y «mejoraría» las circunstancias de los súbditos cristianos del sultán.[57] A principios de 1804, para preparar el terreno de cara a una eventualidad de ese tipo, Rusia envió emisarios a tantear a Gran Bretaña, aunque no logró ningún compromiso de apoyo a sus proyectos. De todos modos, Gran Bretaña nombró cónsules generales en la Morea y en Egipto para contrarrestar las intrigas galas. En cualquier caso, el medio preferido de los británicos para contener los proyectos franceses en el este continuaba siendo su poder naval.[58] El Gobierno ruso, sin inmutarse, centró sus esfuerzos en ganarse el apoyo de la población cristiana de la península balcánica y, en agosto de 1804, recibió con agrado la noticia de que el príncipe-obispo de Montenegro había remitido una petición formal para que su principado fuera puesto bajo la protección de Rusia.

También era muy problemática la situación en las islas Jónicas, tomadas por una expedición conjunta ruso-otomana durante la Guerra de la Segunda Coalición. En abril de 1800, ambas partes firmaron una convención que creaba la República de las Siete Islas, que se mantuvo bajo suzeranía de la Sublime Puerta –y a la que pagaba un tributo trianual–, mientras que Rusia quedaba encargada de garantizar su ordenación administrativa y su preservación ante cualquier intervención extranjera.[59] Esta convención, largo tiempo olvidada en las historias de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, fue un documento de relevancia puesto que creaba el primer Estado griego de la historia moderna europea. Antes de que se secara la tinta del tratado, ambas partes empezaron a discutir acerca de su interpretación. Rusia insistía en que la república era prácticamente independiente de la Sublime Puerta y la sometió a una ocupación *de facto*.[60] Si tenemos en cuenta la situación estratégica de las islas, las acciones rusas no resultan sorprendentes.[61] Las islas de Corfú, Zante y Cefalonia proporcionaban excelentes bases de operaciones para las

fuerzas navales rusas y podían servir como trampolines estratégicos para posibles ataques sobre las posesiones otomanas en los Balcanes.[62] De todos modos, poco después de su ascenso al poder, el emperador Alejandro tomó la decisión de evacuar las islas, con la salvedad de que no permitiría allí la presencia de otras tropas extranjeras. La retirada rusa puso al descubierto profundas divisiones en el seno de la población jónica. La República de las Siete Islas no tardó en desmoronarse y las islas que la conformaban rechazaron la autoridad otomana. Algunas se declararon independientes (como Cefalonia e Ítaca), mientras que otras izaron la bandera británica (como Zenta).

A la vista de la agresividad estratégica de Napoleón en Italia, Rusia temía que Francia aprovechara la inestabilidad política de las islas Jónicas y que los otomanos no fueran capaces de impedir esa potencial intervención francesa. Estas preocupaciones empujaron a Alejandro a revertir su decisión anterior y a volver a enviar efectivos a las islas a finales de 1802.[63] Durante los dos años siguientes, el tamaño de la guarnición rusa se multiplicó por siete y llegó a unos 8000 soldados apoyados por un potente escuadrón naval. El Gobierno ruso, como demuestran las instrucciones enviadas a sus agentes en la República de las Siete Islas, utilizó estas como vías de entrada a la península de los Balcanes, donde trataba de minar cualquier posible influencia francesa y de reforzar su propia posición subrayando la afinidad religiosa y cultural entre rusos, griegos y eslavos meridionales. Según una observación del propio ministro ruso de Exteriores, el príncipe Adam Czartoryski, era necesario

> […] evitar cuidadosamente cualquier cosa que pueda desacreditarnos a ojos de la Puerta, ya que para nosotros es importantes tener buenas relaciones con ella […] [y] preparar todo en forma que pueda servirnos para el cumplimiento de cualquier plan o decisión que tengamos que tomar por algún giro de los acontecimientos.[64]

Las acciones rusas no alarmaron solo a los otomanos, también a los austriacos y a los británicos. En el otoño de 1804, mientras

Gran Bretaña y Rusia debatían la viabilidad de formar una nueva coalición contra Francia, las conversaciones también trataron del futuro del Imperio otomano. Gran Bretaña insistía en mantener la integridad territorial de la Sublime Puerta. Czartoryski, con un argumento que nos recuerda la política del «vecino débil», contestaba que, si la Sublime Puerta no se alineaba con Francia, «tal vez lo mejor sería, una vez restablecidos los derechos según los antiguos tratados, dejarla de momento en su estado actual», excepto en lo relativo a Serbia y a la república jónica, cuyo destino habría que determinar. Sin embargo, si durante la guerra en ciernes los turcos prestaban algún apoyo a los franceses, «surgiría la cuestión de sellar definitivamente el destino del Imperio otomano en Europa». Czartoryski preveía la división de la masa de territorios otomanos europeos en Estados autogobernados integrados en una federación liderada por Rusia, mientras que las posesiones otomanas orientales se pondrían bajo protectorado ruso. Para apaciguar a Austria se le entregaría Croacia, parte de Bosnia, Valaquia, Belgrado y Ragusa (Dubrovnik), mientras que Rusia se anexionaría «Moldavia, Cattaro [Kotor], Corfú y, lo más importante, Constantinopla y los Dardanelos, junto con los puertos vecinos, lo que nos haría los amos de los Estrechos». A cambio de aceptar este arreglo, Gran Bretaña y Francia serían compensadas en «África y Asia».[65]

La delegación rusa hizo todo lo que pudo para convencer a Gran Bretaña de que, mientras que las ambiciones territoriales de Francia planteaban una amenaza, la expansión rusa hacia los territorios otomanos no perjudicaría a los intereses británicos.[66] A pesar de la sorpresa que pudo sentir al escuchar esto, el primer ministro Pitt no lo aceptó y observó que «el cumplimiento de semejante plan sería muy desaconsejable y dañino para nuestro principal objetivo [contener a Francia] y constituiría una grave violación del derecho de gentes».[67] De todos modos, en la víspera de la Guerra de la Tercera Coalición, ni Gran Bretaña podía

permitirse una hostilidad implacable hacia los intereses de Rusia ni viceversa: el gabinete británico decidió «intentar adaptarse a la actitud de Rusia todo lo que fuera posible» y Czartoryski rebajó su retórica del reparto y pasó a hablar de los intereses comunes que compartían Rusia y Gran Bretaña.[68] Ambas potencias, pues, optaron por dejar de lado sus diferencias (de momento) para unir sus esfuerzos contra la amenaza francesa, cada vez mayor. La Declaración de Alianza emitida por Austria y Rusia en noviembre de 1804 garantizaba solemnemente la integridad de los dominios del sultán.[69] En diciembre Rusia accedió a renovar el tratado de alianza con el Imperio otomano con la intención de «apaciguar los temores del Sr. Pitt, cuyo sistema, ya desde 1790, se basaba en el mayor de los recelos ante cualquier nueva adquisición de parte de Rusia».[70]

Las negociaciones ruso-otomanas revelaron el grado de frustración de los otomanos por su participación en unas coaliciones en las que se sentían, cada vez más, como un miembro de segunda clase. Rusia no hizo ningún esfuerzo para ocultar su convencimiento de que el Imperio otomano estaba en decadencia y de que ella no podía seguir soportando «gratuitamente» la carga de defender la integridad territorial otomana.[71] Rusia, por tanto, además de insistir en que los otomanos confirmaran sus anteriores concesiones –sobre todo, el derecho de Rusia a intervenir en defensa de sus súbditos cristianos y a mover buques de guerra a través de los estrechos– añadió también una nueva: en caso de que hubiera un conflicto en el que participara otra potencia europea, permitirían a Rusia ocupar de forma «preventiva» los principados danubianos y que Gran Bretaña hiciera lo propio en Egipto y la Morea.[72] Gran Bretaña no puso objeción a la propuesta rusa porque su gabinete también había valorado la posibilidad de ocupar Alejandría en caso de que fuera necesario durante el curso de la guerra con Francia.[73] Sin embargo, para los turcos las nuevas demandas eran como echar sal en una herida, por

lo que se negaron a aceptar esta nueva cláusula que violaba tan flagrantemente su soberanía y declararon que «la guerra sería preferible a una alianza fundada en semejantes principios».[74] El sultán rompió las negociaciones en septiembre, aunque los británicos lo convencieron para que regresara a la mesa después de que se eliminara la provisión inaceptable.[75] Así pues, los otomanos, al verse entre Escila (Rusia) y Caribdis (Francia), optaron por la primera y firmaron, el 24 de septiembre, una alianza renovada con Rusia.[76] Esta experiencia los dejó humillados y deseosos de escapar del abrazo ruso.

La renovación de la alianza ruso-otomana fue un duro revés para la diplomacia francesa, que tanto había trabajado para insertar una cuña entre el sultán y las potencias europeas. En marzo de 1804, Napoleón envió una carta secreta al sultán en la que le volvía a asegurar las buenas intenciones y la amistad de Francia y negaba cualquier intención de invadir Egipto o Grecia. El emperador instaba a Selim III a restablecer su autoridad en Egipto y Siria y a solucionar con presteza la incipiente revuelta serbia.[77] Después de que Rusia y Francia cortaran sus lazos diplomáticos tras la ejecución del duque de Enghien, Napoleón continuó presionando al sultán para atraerlo a la causa francesa. «Deseo apoyar al Imperio [otomano y] deseo que recupere un poco de energía», leemos en sus instrucciones a Brune.[78] El emperador galo no dudaba en adornar algunos hechos y, para intentar impresionar al sultán, pretendió que existían acuerdos especiales entre Francia, España y los Estados Unidos contra Gran Bretaña.[79] Sus esfuerzos parecieron, al menos inicialmente, dar resultado: cuando el sultán recibió al legado francés, declaró que Napoleón era su amigo y convino en que debía haber una «armonía perfecta» entre ambos Estados.[80]

De todos modos, las afirmaciones del sultán no podían esconder el hecho de que Rusia había ganado una presencia naval militar considerable en el Mediterráneo oriental gracias a su dere-

cho a enviar barcos de guerra por los estrechos turcos y a su presencia continuada en las islas Jónicas. Esto no solo preocupaba a Francia. Gran Bretaña también quería frustrar las ambiciones rusas, pero no podía actuar abiertamente porque necesitaba el apoyo ruso contra Francia. Así las cosas, la embajada británica en la Sublime Puerta animaba al sultán a continuar modernizando su Estado y sus fuerzas armadas. Aunque Selim III no desconocía los proyectos rusos, no deseaba arriesgarse a una ruptura abierta, en especial en la difícil coyuntura en que se hallaba su imperio, asediado por problemas en los Balcanes, Egipto y Arabia. La corte de San Petersburgo sacó partido de esta situación con el avance de su presencia en los dominios otomanos. Además del renovado tratado de alianza, los rusos también negociaron un nuevo acuerdo que consolidaba sus posiciones en los principados del Danubio y que les daba la facultad de intervenir en defensa de los hospodares (príncipes) de Valaquia y Moldavia. Estos últimos eran elegidos para mandatos de siete años y no podían ser depuestos –salvo en caso de conducta inapropiada y solo como resultado de una investigación *conjunta* otomana y rusa–. El énfasis en que su eventual censura fuera «conjunta» iba a tener gran importancia más adelante: en 1806, la violación de esta provisión por el sultán (instigado por los franceses) le sirvió a Rusia de *casus belli*. En paralelo, Rusia, con la excusa de mantener las comunicaciones con las islas Jónicas, utilizaba las cláusulas del tratado firmado con los otomanos en 1798 para continuar moviendo sus barcos de guerra a través del Bósforo y los Dardanelos. La oposición de Francia a los movimientos navales rusos y, lo que es más importante, a las pretensiones rusas de control exclusivo del mar Negro –o, como el embajador ruso le dijo a Brune, el «gran lago que pertenece a Rusia»–, contribuyó a la creciente rivalidad política franco-rusa en la antesala de la Guerra de la Tercera Coalición.[81]

En mayo de 1804 Napoleón asumía el título imperial y la cuestión de si los otomanos iban a reconocerlo o no adquirió gran importancia para él.[82] Los otomanos no prestaron mucha atención al cambio en un primer momento; para ellos, el título de «emperador» no significaba demasiado. Brune, intentando subrayar su importancia, les comunicó que Napoleón se había convertido en «emperador y padishá». El segundo de estos títulos, de origen iraní, equivalía a «gran rey» y aunaba matices islámicos de autoridad temporal y religiosa, es decir, algo aproximado a la propia posición del sultán. Sin embargo, la jugada de Brune se volvió en su contra, puesto que los otomanos ya habían concedido el título de «padishá» al emperador de Rusia, cuyo embajador presionó para que no se extendiera un reconocimiento similar a un corso advenedizo cuyas actividades en Italia y Grecia traslucían sus «pérfidas intenciones contra el Imperio otomano». Gran Bretaña compartía la opinión de los rusos y anunció que su nuevo embajador, entonces de camino a Constantinopla, suspendería su viaje hasta que los turcos dieran garantías de que no reconocerían la dignidad imperial de Napoleón.[83]

Así pues, el reconocimiento de Napoleón como emperador de los franceses se convirtió en la principal cuestión diplomática a lo largo del verano y el otoño de 1804. Los otomanos evitaban hábilmente el empleo de ambos términos (emperador o padishá) en su correspondencia oficial. Los franceses continuaron presionando en pos del reconocimiento, pero siguieron recibiendo respuestas vagas: el sultán no se entrometería en los asuntos de los soberanos cristianos y prefería esperar y ver cómo actuaban las demás potencias europeas al respecto de aquella cuestión.[84] Los otomanos no se inmutaron cuando Brune arguyó que los acuerdos de paz habían anulado las alianzas de 1799, o ante su advertencia contra los planes rusos. En el otoño de 1804, el embajador francés intentó forzar la mano del sultán en este asunto del reconocimiento de la dignidad imperial y amenazó con abandonar

Constantinopla si Selim mantenía su negativa y continuaba permitiendo el paso de los buques rusos por los estrechos. El embajador galo recibió una respuesta perfectamente vaga: «Esto se dispondría si Dios lo permite». Un historiador francés ha apuntado con acierto que, en este asunto, «Dios» era el embajador ruso A. Italinski, que previno de inmediato al Gobierno otomano de que el mínimo cambio en su política sería una afrenta a Rusia y a Gran Bretaña y le recordó la superioridad militar de que gozaban las potencias europeas.[85] Brune, por tanto, no tuvo más remedio que dejar Constantinopla mientras Rusia continuaba negociando un nuevo tratado de alianza con los turcos.[86]

Estos fueron reveses contundentes para el emperador galo, quien, lamentándose por la creciente influencia rusa en Constantinopla, le recordó al sultán la tradicional hostilidad de Rusia hacia la Sublime Puerta. Así le escribía en enero de 1805:

> Altísimo, excelentísimo, poderosísimo, magnánimo e invencible príncipe, gran Emperador de los musulmanes, Sultán Selim, en quien abunda todo honor y virtud. Vos, descendiente de los grandes otomanos, Emperador de uno de los imperios más grandes del mundo, ¿habéis cesado de reinar? ¿Por qué sufrís lo que os dicten los rusos?[87]

Napoleón no tuvo en cuenta que el sultán temía el poder militar terrestre y naval de Rusia y Gran Bretaña. Para el soberano otomano, estas dos potencias tenían una capacidad de respaldar sus amenazas y ambiciones con la fuerza mucho mayor que Francia.

El emperador Alejandro sabía que el compromiso del sultán Selim III con la nueva alianza ruso-otomana dependía del resultado de la Guerra de la Tercera Coalición. Como era natural, el triunfo militar de Napoleón y la humillación de Austria y Rusia en Austerlitz impactó profundamente en Constantinopla y allanó el terreno para que esta adoptara una actitud más complaciente con Francia. Los otomanos «consideraban a Bonaparte un instrumento de la providencia para castigar las iniquidades de un mundo pecador», observaba el embajador británico en febrero de

1806.[88] La Sublime Puerta prestó una atención muy especial al Tratado de Presburgo de 1805, que daba carta de naturaleza a los avances territoriales franceses en el Adriático (Istria y Dalmacia) y ponía al Imperio francés en contacto territorial directo con los dominios otomanos, lo que concedía a Napoleón, por tanto, otro instrumento de presión sobre el sultán. El *charge d'affaires*[*12] francés, Pierre Ruffin, advirtió a los turcos de que cualquier apoyo declarado a «los enemigos de Su Majestad el Emperador de los franceses» podía conducir a una confrontación directa.[89] Estas amenazas veladas eran del todo innecesarias. El sultán Selim III había ajustado con premura su política exterior: se negó a ratificar la alianza ruso-otomana, restringió los movimientos rusos por los estrechos y suspendió las negociaciones con Gran Bretaña. En febrero de 1806 el sultán reconoció oficialmente el título imperial de Napoleón: «Después de haber tomado Viena, conquistado tantos países y derrotado a los emperadores [austriaco y ruso] juntos, ya no puede cuestionarse el título imperial de Bonaparte», le comentaba el sultán Selim al gran visir en una nota.[90] A pesar de las vigorosas protestas de los embajadores británico y ruso, los otomanos justificaron su reconocimiento al señalar la nueva realidad política europea, una realidad que había convertido a Francia en su vecina. Además, los otomanos se vieron con ánimo suficiente para manifestar su convencimiento de que, tras las derrotas de 1805, Rusia ya no podría ofrecerles un apoyo eficaz.[91]

Francia respondió a los cambios en la política otomana rápidamente con el envío de un emisario especial y al recibir positivamente el despacho del nuevo embajador otomano, Seyyid Abdurrahim Muhib Efendi, que llegó con gran pompa en junio de 1806.[92] En mayo de ese año Napoleón envió a Constantinopla a su nuevo embajador, Horace François Sebastiani. Las instrucciones de Napoleón revelan que tenía la intención de usar a los otomanos en su continuado conflicto con Rusia, con la esperanza de

acabar poniendo a esta última en una situación en la que tuviera que elegir entre alinearse con Francia contra Gran Bretaña o afrontar múltiples amenazas a lo largo de sus fronteras. Con este propósito, los franceses se propusieron convertir la alianza ruso-otomana en papel mojado y convencer a los otomanos de que cerraran los estrechos a los buques de guerra rusos, lo que convertiría la posición de estos en el Adriático en insostenible. En caso de que las cosas llegaran a un posible conflicto armado entre Rusia y la Sublime Puerta, Francia lo veía igualmente beneficioso, puesto que desviaría (y agotaría) los recursos rusos de Europa central y oriental.[93]

Según avanzaba el año 1806, cada vez estuvo más claro que el sultán se había desplazado resuelto hacia una alianza con Francia: declaró su intención de cerrar el Bósforo y los Dardanelos a los buques rusos, reforzó las defensas a lo largo de la frontera ruso-otomana en Besarabia y en el Danubio y, animado por los franceses, movilizó las fuerzas armadas contra los serbios. Este último movimiento merece destacarse en especial, porque Napoleón hizo una instrumentalización considerable de la revuelta serbia. Dijo de ella que constituía uno de los desafíos internos más graves a los que se habían tenido que enfrentar los otomanos. Echó la culpa de la rebelión a las instigaciones rusas y recomendó al sultán negar a Rusia cualquier participación en las negociaciones serbio-otomanas, adujo que el establecimiento de la autonomía serbia bajo tutela rusa actuaría como una señal para que todos los demás cristianos de los Balcanes buscaran concesiones similares, lo que precipitaría la fragmentación del Imperio otomano.[94] Igual gravedad tenía para Napoleón la expectativa de que hubiera una cooperación serbo-rusa que, unida a la supremacía británica en el Mediterráneo oriental, podría tener consecuencias de envergadura para los intereses políticos y económicos franceses en la región. El emperador galo, en consecuencia, animó a Selim III a someter a los rebeldes serbios por la

fuerza y sin ninguna participación extranjera. En febrero y marzo de 1806, los preparativos militares otomanos contra los serbios preocuparon a Rusia. El emperador Alejandro le indicó a su embajador que informara al sultán de que él interpretaba que aquellos preparativos se dirigían contra los intereses rusos y que, además, él estaba presto a defender los dominios otomanos ante cualquier intervención exterior. En lugar de preocuparse por los serbios, el sultán debía concentrar su atención en los territorios fronterizos de Dalmacia, puesto que era allí donde había peligro de un ataque exterior. Estos esfuerzos rusos fracasaron: en una carta a Alejandro de tono apropiadamente tibio, Selim le aseguró que no albergaba intenciones hostiles hacia Rusia.[95]

La influencia francesa en la corte otomana continuó siendo causa de preocupación en aumento en Viena y San Petersburgo. Austria, después de ver su prestigio pisoteado en los tratados de Lunéville y Presburgo, se sintió justificada, con la esperanza de obtener algún progreso en los Balcanes, para dar un giro de ciento ochenta grados a su anterior posición en cuanto al problema serbio. Una nueva petición de ayuda de Karađorđe al emperador Francisco brindó a los austriacos la oportunidad de tratar con los serbios. Sin embargo, la oferta de mediación austriaca fue rápidamente desdeñada por los otomanos, lo que puso aún más de manifiesto el declive de la influencia austriaca en una región que se había convertido en un campo de batalla indirecto de la pugna franco-rusa.[96] Mientras tanto, una sesión especial del Consejo de Estado ruso examinó el impacto de las victorias de Napoleón y concluyó que la incorporación francesa de Dalmacia suponía una amenaza directa para las relaciones ruso-otomanas y que proporcionaba a Napoleón los medios de implementar sus planes de expansión imperial en los Balcanes. El Consejo de Estado, para prevenir tal eventualidad, decidió que Rusia debía tratar de recuperar la confianza del Gobierno otomano y, a la vez, buscar un contacto más estrecho con los súbditos griegos y esla-

vos de la Sublime Puerta.[97] Así pues, cuando llegó una nueva petición de ayuda de los serbios en la primavera de 1806, el ejecutivo ruso ya estaba dispuesto a empezar a reconsiderar sus anteriores reservas acerca de prestarles apoyo. Alejandro I y sus consejeros pensaban que detrás de las intrigas antirrusas en la región había agentes franceses y temían que otro nuevo desaire pudiera obligar a los serbios a buscar ayuda en Francia. De todos modos, mientras existiera la posibilidad de una solución mediada, Alejandro era renuente a intervenir en los asuntos del *pashalik* (pachalato) de Belgrado y prefería centrarse en el avance de sus intereses en otras esferas de influencia otomana, en especial en Georgia occidental, donde los rusos habían empezado a consolidar su autoridad en 1804-1806.

Las crecientes tensiones ruso-otomanas, que pronto desembocaron en una gran guerra, deben situarse en el contexto más amplio del realineamiento geopolítico que tuvo lugar en Europa durante las Guerras Napoleónicas. Después de la Guerra de la Tercera Coalición, Francia pasó a dominar Europa central y se hizo con los territorios antes venecianos que le dieron acceso a los Balcanes. Agentes galos partieron hacia diversas regiones de los Balcanes con la misión de socavar la influencia rusa y los consulados franceses en Moldavia y Valaquia se convirtieron en los centros principales de las intrigas antirrusas.[98] Además, como indicó el embajador ruso en uno de sus reportes, la percepción de debilidad en Rusia podía tentar al Gobierno otomano a desafiar las posiciones rusas en Georgia y en la costa oriental del mar Negro.[99] Rusia no estaba dispuesta a aceptar la idea de perder terreno en regiones donde había tratado, durante tanto tiempo, de labrarse un lugar y estaba deseosa, en palabras de un embajador británico en Rusia, de «recuperar la gloria de sus armas, manchada por los desastres de la última campaña, y de obsequiar al ejército con alguna conquista importante».[100]

A principios de 1806, el ministro de Exteriores ruso Czartoryski elaboró varios memorandos que perfilaban las nuevas perspectivas rusas ante la «cuestión oriental». El objetivo global era «tener a Turquía solo a nuestra disposición. Debemos intentar aumentar nuestra influencia en este Estado y eliminar a todos los rivales, de modo que la [Sublime] Puerta no siga la voluntad o la política de nadie más que nosotros».[101] En caso de que los otomanos continuaran alineados con Francia, Rusia, como nación eslava y cristiana, tenía la obligación moral de apoyar a los súbditos eslavos y cristianos del Imperio otomano y de procurar la creación de varios Estados eslavos que «disfrutarían de un gobierno independiente de sus asuntos internos, pero que se mantendrían bajo la autoridad suprema y la protección de Rusia».[102] Czartoryski pensaba que el Imperio otomano no sería capaz de sobrevivir a otra gran guerra e insistía en que, en caso de colapso otomano, toda el área entre el mar Negro y el Adriático debía pasar estar sometida a la influencia rusa. Esto podría conseguirse mediante la incorporación directa a Rusia de Moldavia, Valaquia y Besarabia y con la creación de Estados autónomos bajo la protección exclusiva de Rusia en Serbia, Herzegovina, Montenegro, Grecia y otras partes de la península balcánica.

Estos planes suponían un marcado distanciamiento del benigno protectorado ruso sobre los Estados balcánicos que Czartoryski había preconizado solo tres años antes. Sin embargo, encajaban perfectamente con un objetivo de Rusia a largo plazo, la creación de Estados autónomos en los Balcanes que se apoyaran en ella.[103] Además de por motivaciones políticas, la estrategia rusa en los Balcanes también estaba influida por consideraciones económicas. Tanto Alejandro I como su ministro de Exteriores eran conscientes de la importancia comercial de la región para la economía rusa y veían en la creciente influencia francesa una clara amenaza para la expansión comercial rusa. El Gobierno ruso, ante la presencia francesa en Dalmacia y el aparente desplaza-

miento de la corte del sultán hacia la égida gala, juzgó necesario mantener a sus fuerzas armadas en un grado de movilización considerable, listas para enfrentarse a Francia en caso de que esta amenazara al Imperio otomano. A este efecto, los 12 000 soldados y el escuadrón naval del almirante Dmitri Sniavin destinados en Corfú continuaron siendo una potente herramienta de crédito ruso en el Mediterráneo. En la primavera de 1806, estos efectivos fortalecieron aún más la presencia rusa en la costa adriática al ocupar Cattaro, Lissa (actual Vis) y Curzola, donde las autoridades austriacas locales les dieron la bienvenida después de que su emperador las cediera a Francia en el Tratado de Presburgo. [104]

El emperador Alejandro trató de estrechar las relaciones con Gran Bretaña como forma adicional de influir en los turcos y para asegurarse un importante aliado en la continuada pugna con Francia. Un enviado especial, P. A. Stróganov, fue enviado a Londres con el objetivo de llegar a algún acuerdo acerca de la «cuestión oriental». Según las instrucciones entregadas a Stróganov, había que presentar las eventuales incorporaciones rusas de territorios otomanos como una forma de «compensación» necesaria para el restablecimiento del equilibrio de fuerzas en Europa y el Mediterráneo oriental y para facilitar una paz general en el continente.[105] La iniciativa rusa se enfrentó a enormes escollos casi desde el primer momento. Como ya hemos visto, la muerte del primer ministro Pitt en 1806 desencadenó un gran cambio en la política exterior británica: el nuevo gabinete adoptó una estrategia más defensiva y deseosa de hacer la paz con Francia. Los argumentos rusos, por consiguiente, no lograron convencer al secretario de Exteriores, Fox, para que apoyara su plan de reparto del Imperio otomano. Ni siquiera la oferta rusa de permitir que los británicos ocuparan Egipto para impedir que cayera en manos galas dio los resultados deseados; Fox negó que la presencia francesa allí pudiera poner en peligro, en modo alguno, a

la India británica.[106] De todos modos, el secretario de Exteriores británico concedió que, en caso de que los otomanos se alinearan activamente con Francia al cederle territorios o al permitir el paso de las tropas por sus dominios, Gran Bretaña estaría dispuesta a apoyar a Rusia para que «actuara con vigor contra la Sublime Puerta así como contra Francia», y que «cuanto más [Rusia] pueda avanzar en sus conquistas, más satisfecha estará [Gran Bretaña]».[107]

Más belicista se mostraba el embajador británico en Constantinopla, que se lamentaba de la influencia rusa en la corte otomana e instaba al Gobierno a enviar un escuadrón de la Royal Navy a surcar las aguas otomanas como muestra de apoyo a Rusia y para disuadir a los otomanos de implementar una política abiertamente profrancesa. El objetivo era «aunar una disposición manifiesta para la conciliación con una notable determinación de actuar con firmeza». En la práctica, esto significaba recurrir a una combinación de garantías y amenazas, un método también habitual en la diplomacia de Napoleón.[108] Al final no se llegó a ningún acuerdo anglo-ruso, de modo que Rusia tuvo que conformarse con esperar un giro en los acontecimientos que pudiera justificar su intervención en los asuntos otomanos.[109] No tuvo que aguardar mucho.

Para finales de la primavera de 1806, el Gobierno otomano ya había virado con claridad hacia Francia. Una misión diplomática especial encabezada por Abdurrahim Muhib Efendi fue enviada a París, donde anunció el reconocimiento formal del título imperial de Napoleón y, lo que era más importante, perfiló los objetivos otomanos en la emergente alianza franco-otomana.[110] Los otomanos sostenían que Napoleón era quien, por medio de su invasión de Egipto en 1798, había provocado la situación en que se encontraban, y que, por tanto, lo adecuado era que los franceses se esforzasen en resolverla. El ejecutivo otomano quería que, en cualquier posible acuerdo futuro entre Francia y Ru-

sia, los franceses se posicionaran a favor de la Sublime Puerta en varias cuestiones. Estas comprendían la anulación de la alianza ruso-otomana; la abrogación de las condiciones relativas a los principados que Rusia había conseguido antes mediante extorsión; un nuevo acuerdo en las isla Jónicas que protegiera los intereses otomanos (en la práctica, esto habría significado la evacuación de las islas por Rusia); una declaración explícita que prohibiera el pasaje de los buques de guerra rusos por los estrechos del mar Negro, y la vuelta de las regiones de Georgia de las que Rusia se había apoderado a su estatus anterior.[111] El embajador otomano recibió instrucciones de declinar cualquier oferta francesa de alianza militar. Aducía como obstáculo principal la incapacidad gala de defender a la Sublime Puerta contra el poder naval británico. Al mismo tiempo, había que tranquilizar a los galos en relación con los acuerdos vigentes de la Sublime Puerta con Rusia y Gran Bretaña, que, según aquella, no estaban dirigidos en ningún caso contra Francia. En resumen, las instrucciones de Muhib Efendi mostraban a las claras el deseo otomano de conservar la neutralidad, de evitar enredarse en los conflictos entre las potencias europeas y de aprovechar cualquier oportunidad para reducir la influencia occidental en el interior de sus dominios.

Es posible que ninguna cuestión exasperara tanto a los otomanos como los *berats*, los pasaportes concedidos por las embajadas y consulados extranjeros a súbditos otomanos que permitían a estos quedar exentos de la jurisdicción y los impuestos otomanos.[112] Los *berats*, que formaban parte de la práctica de las capitulaciones, ya tradicional, eran una prerrogativa de la que habían abusado todas las potencias occidentales, en especial Rusia y Francia, que privaba a los otomanos de unos ingresos que necesitaban con premura y que alimentaba en ellos el resentimiento ante las injerencias extranjeras. Las dimensiones que llegó a adquirir este abuso pueden deducirse del hecho de que solo la em-

bajada gala perdió un millón de francos por acceder a la revisión de sus *berats*.[113] En mayo de 1806, a pesar de la oposición de las misiones diplomáticas europeas, las autoridades otomanas empezaron a comprobar con brío la legitimidad de los *berats* y reservaron los privilegios de las capitulaciones solo para los auténticos representantes extranjeros. Una de las medidas que tomaron fue ordenar a todos los griegos que utilizaban la protección de la bandera rusa que entregaran sus *berats* en un plazo de ocho días bajo amenaza de confiscación de sus propiedades. Rusia y Gran Bretaña denunciaron enérgicamente estas medidas, que apuntaban a una forma de gobernar más asertiva por parte otomana, pero, al final, optaron por aceptarlas teniendo en cuenta la importancia de lo que estaba en juego en el escenario internacional.

Mucho más preocupante para Rusia era la actitud otomana hacia el paso de sus buques por los Dardanelos. Cuando el Gobierno otomano declaró que este paso ponía en peligro su neutralidad y le pidió a Rusia que evitara el empleo de los estrechos con fines militares, la respuesta rusa, inmediata y vehemente, rechazó cualquier cesión en algo que para los rusos era un «derecho» que se derivaba de los tratados vigentes.[114] Toda la cuestión de los derechos de Rusia en el Imperio otomano pronto se convirtió en un asunto central en las negociaciones franco-rusas en curso. Estas desembocaron en un acuerdo (el Tratado de Clarke-Oubril de julio de 1806) que intentó reconciliar a ambas potencias. Buena parte del acuerdo trataba de los intereses franceses y rusos en el Adriático y los Balcanes. Conscientes de que ni una parte ni la otra accedería a una reducción de su influencia en la región, el tratado afirmaba con vaguedad que «la independencia de la Puerta otomana será reconocida por ambas partes, y las dos partes contratantes se comprometen a protegerla junto con la integridad de sus posesiones». Sin embargo, el representante ruso, en lo que supuso una gran concesión, se avino a la evacuación rusa de Cattaro y a la reducción de la guarnición rusa de Corfú,

a cambio de que los franceses se comprometieran a apoyar la restauración de la República de Ragusa y a cesar cualquier clase de actividad hostil en el Adriático oriental.[115] El emperador Alejandro se negó a ratificar el acuerdo, pues tachaba las cláusulas de demasiado conciliatorias y aducía que debilitaba las posiciones rusas en el Adriático, según él cruciales para seguir influyendo en la Sublime Puerta y entre los súbditos otomanos de los Balcanes.

Además, para agosto de 1806 los rusos habían alcanzado un éxito diplomático que convirtió el rechazo del citado acuerdo en casi inevitable. Desde las derrotas de 1805, los diplomáticos rusos habían trabajado intensamente para anular el crédito de Napoleón al atraer a Prusia al lado de Rusia a través de un acuerdo que tendría como base el mantenimiento de la integridad territorial otomana.[116] En un primer momento Napoleón bloqueó las iniciativas rusas con la negociación del Tratado de Schönbrunn (15 de diciembre de 1805). Sin embargo, la frustración de Prusia ante la expansión francesa creó una oportunidad que los rusos aprovecharon en el verano de 1806. En julio, los negociadores rusos y prusianos acordaron una declaración secreta en Charlottenburg. Prusia accedía a dejar de mirar a Francia y se comprometía a garantizar, junto con Rusia, las posesiones otomanas (así como las de Austria y Dinamarca).[117] La Declaración de Charlottenburg, de hecho, anulaba el acuerdo franco-ruso, puesto que, con ella, Alejandro dejaba de tener incentivos para cumplir con las onerosas provisiones de aquel.

En agosto de 1806, el sultán Selim III se mostró interesado por las propuestas del nuevo embajador francés, Sebastiani, que tenía el encargo de obtener el cierre de los Dardanelos y el Bósforo a los buques rusos y de ayudar a los turcos a reforzar las fortificaciones a lo largo de sus fronteras con Rusia y a la restauración de su autoridad sobre Moldavia y Valaquia.[118] Sebastiani empezó por el último de estos asuntos y apremió al sultán a reemplazar a los entonces hospodares de Moldavia y Valaquia,

los príncipes Constantino Ipsilanti y Alejandro Muruzi, por sus inclinaciones prorrusas.[119] A pesar de las repetidas advertencias rusas, Selim III, en efecto, destituyó a estos príncipes con la excusa de que instigaban a los rebeldes serbios a petición de sus padrinos rusos.[120] En su lugar nombró unos hospodares profranceses, Alejandro Suzzo y Scarlat Callimachi. Sin embargo, este nombramiento violaba el acuerdo vigente, el cual exigía el consentimiento de Rusia para destituir o nombrar hospodares. Aunque los otomanos no tardaron en darse cuenta del error, el daño estaba hecho.[121] El emperador Alejandro vio en estas destituciones la señal más reciente y clara de la creciente influencia francesa en Constantinopla, una influencia que justificaría su intervención en los asuntos otomanos y que obligaría a Gran Bretaña a actuar.[122] Todavía hubo un factor más decisivo: los rusos sentían que su política del «vecino débil» había fracasado –los otomanos habían demostrado que podían caer igualmente bajo la influencia de una potencia rival–. Por consiguiente, lo único que podría obligar a Constantinopla a modificar sus posiciones era una respuesta de fuerza. Czartoryski escribió: «En estas circunstancias, el miedo es el único medio que puede tener efecto en los turcos».[123] Alejandro, del mismo parecer, estaba decidido a emplear la ocasión para reafirmar la ascendencia rusa en Constantinopla. De hecho, una vez que empezó la guerra, el emperador sucumbió cada vez más a la influencia de sus consejeros más belicistas y retornó a las ambiciones expansionistas de su abuela.

Así pues, los otomanos se vieron justo en la situación que habían tratado de evitar con tanto celo desde que había estallado la guerra en Europa, trece años antes: tener que elegir entre Francia o sus enemigos. En un primer momento buscaron la mediación de los británicos y, admitiendo su error, ofrecieron la destitución de los nuevos hospodares, aunque no la restitución de los antiguos. No obstante, esta fue precisamente la demanda que los rusos consideraron *sine qua non*.[124] A mediados de octubre,

mientras Napoleón ponía en fuga a los prusianos, el Consejo de Estado otomano (Encümen-i Şuara) debatió este asunto para sopesar las ventajas respectivas de alinearse con Francia, conservar la neutralidad o atender a las quejas rusas y británicas. Napoleón, entonces ocupado en el norte de Europa, tenía escasos medios para amenazar al Imperio otomano y la presencia francesa en el Adriático, aunque ominosa, aún podía ser contenida por los efectivos otomanos. Rusia, en cambio, podía marchar hasta el Danubio sin encontrar gran oposición, mientras que Gran Bretaña podía atacar por toda la costa otomana. Al final, el sultán Selim III cedió a la presión y optó por ceder a las exigencias de Rusia. El 15 de octubre, los otomanos informaron a la embajada rusa de su decisión de restituir a los hospodares depuestos, cosa que hicieron durante los dos días siguientes.[125] Fue un contundente revés diplomático para Napoleón: los otomanos habían revelado a las claras la escasa credibilidad que le daban a la amenaza gala y su preocupación, mucho mayor, por las acciones anglo-rusas.

Sin embargo, las esperanzas otomanas de evitar la conflagración pronto se desvanecieron, puesto que el Gobierno ruso continuó presionando para llegar a una confrontación directa. El 28 de octubre, mientras los ejércitos rusos se preparaban para luchar contra Napoleón en Polonia, Alejandro ordenó a las tropas cruzar la frontera del imperio con el otomano y ocupar Besarabia, Moldavia y Valaquia.[126] Justificó tal decisión señalando la incertidumbre que despertaban las intenciones otomanas. Constantinopla no había aportado ninguna garantía relativa a la amenaza previa de Sebastiani, según la cual las tropas francesas atravesarían el territorio otomano para llegar al Dniéster –un movimiento que habría puesto en peligro las provincias meridionales de Rusia–. Además, en opinión de los rusos, la decisión otomana en cuanto a los hospodares no bastaba para rectificar la situación.[127] Durante los tres meses siguientes, un contingente ruso de

más de 40 000 efectivos al mando del general Iván Michelson avanzó por los principados del Danubio, se apoderó de media docena de fortalezas e hizo retroceder a las fuerzas otomanas hasta el Danubio, donde fue rechazado por estas al intentar cruzar el río en Giurgiu (Giurgevo, situado en la actual Rumanía).[128] Los otomanos, todavía con esperanzas de llegar a una solución al conflicto utilizando un mediador, retrasaron la declaración de guerra hasta finales de diciembre de 1806.[129]

Napoleón, que, como hemos indicado, estaba luchando con los rusos en Polonia, recibió con alegría el inicio de la contienda ruso-otomana, aunque la noticia del súbito avance ruso al interior de Valaquia no le daba muchas esperanzas. De todos modos, intentó utilizar los acontecimientos en su provecho publicando en los periódicos franceses noticias falsas –fechadas en Bucarest y en Tiflis y con alguna parte de verdad– con la intención de «ilustrar a la opinión pública». Su objetivo era resaltar que el Imperio ruso, amenazado por los franceses en Polonia, los turcos en Valaquia y los persas en el sudeste de Caucasia, estaba siendo «atacado por todas partes».[130] Más directamente, el emperador exhortó al sultán a que declarara la guerra a Rusia y se resistiera a la invasión con todo su poder.

La noticia de la victoria francesa sobre los prusianos en Jena (el 14 de octubre) llegó a Constantinopla en noviembre y aumentó la susceptibilidad de Selim y sus visires a los argumentos galos. En noviembre, Napoleón, al informar a Selim de sus victorias, le instó a que no hiciera la paz con Rusia hasta que tuviera en su poder los principados del Danubio y además le aseguró que, por causa de los éxitos franceses en Prusia, Rusia había retirado algunas de sus fuerzas del Dniéster. El 1 de diciembre de 1806 autorizó a Sebastiani a sellar una alianza defensiva y ofensiva con los otomanos y se comprometió a garantizar la integridad de Moldavia, Valaquia y Serbia. Napoleón animaba a Selim:

> Ha llegado el momento de restaurar el Imperio otomano a su anterior grandeza. No hay un segundo que perder; vuestras fronteras han sido invadidas. Vuestra Alteza debe tomar medidas vigorosas ofrecidas por la lealtad de su pueblo para que nuestros enemigos comunes no tengan un momento de descanso. Convocad a todos vuestros súbditos leales a defender lo que más precian –sus ciudades, mezquitas y todas las cosas islámicas que los rusos desean destruir–. [131]

En caso de que el sultán necesitara ayuda en la defensa del Danubio, Napoleón estaba listo para enviarle hasta 25 000 soldados a las órdenes del general Marmont por la ruta de Vidin (donde ya estaba situado un agente francés). El emperador pensaba que la noticia de la llegada inminente del contingente galo obligaría a los rusos a desviar más tropas a Valaquia, lo que facilitaría la campaña del propio Napoleón en Polonia.

La estrategia de Napoleón contra Rusia se revela en una serie de instrucciones que envió a Dalmacia para Marmont y a Constantinopla para Sebastiani en enero de 1807. Sostenía que Francia estaba ante una oportunidad única de forjar una alianza tripartita con la Sublime Puerta e Irán y de amenazar las fronteras rusas a lo largo de una extensión inmensa entre el Báltico y el Caspio. Quería que los otomanos hicieran mejor uso de sus recursos navales y se comprometía al envío de seis buques de guerra franceses (si conseguían burlar el bloqueo británico) al mar Negro, donde, con la ayuda de la flota otomana, atacarían a la flota rusa y hostigarían las regiones costeras rusas. Al mismo tiempo, confiaba en que el sah iraní, con el que ya estaba en negociaciones (como veremos), aumentaría sus esfuerzos para recuperar el control de Georgia oriental y en que los otomanos abrieran un nuevo frente en Georgia occidental. Napoleón le indicaba a su embajador en Constantinopla:

> Debéis aseguraros de que la Puerta le ordene al pachá de Erzurum marchar con todas sus fuerzas a Georgia [occidental]. También de mantener la buena disposición del príncipe de Abjasia [Kelesh Ahmed Bey] e instigarle a participar en una gran maniobra de diversión contra nuestro enemigo común. De este modo, este príncipe, el pachá de Erzurum, los persas y la Puerta atacarán todos simultáneamente Georgia, Crimea y Besarabia.[132]

Pese a lo hipotéticos que estos planes puedan parecernos, algunos llegaron a ponerse en práctica, aunque con resultados penosos. La contraofensiva otomana de primavera, encabezada por el propio gran visir Ibrahim Hilmi Pachá, apuntaba cierta esperanza por su progreso en dos direcciones. Sin embargo, los turcos no fueron capaces de coordinar las acciones, lo que permitió a los rusos derrotar a la vanguardia comandada por Alí Pachá en Obilesti el 13 de junio de 1807 y forzar la retirada del ejército principal otomano al otro lado del Danubio.[133] Todavía más desastroso fue el avance otomano en el sur del Cáucaso, con una ofensiva tan mal planificada por Yusuf Pachá, *serasker* de Erzurum, que fue interceptada y puesta en fuga por una fuerza rusa de menor tamaño en el río Arpaçay (Ajurián) el 18 de junio de 1807. Fue una gran victoria para los rusos, ya que acabó con cualquier amenaza de invasión otomana de consideración en Georgia y consolidó sus posiciones en el sur del Cáucaso.

Todavía tuvieron mayor importancia los sucesos que acontecieron lejos del teatro de operaciones de la guerra. En primer lugar, los británicos atacaron los Dardanelos y Egipto; después, una revolución política derribó al sultán Selim III; y, finalmente, el acercamiento franco-ruso en Tilsit tuvo efectos profundos en el equilibrio de fuerzas en Europa.

El inicio de la Guerra Ruso-Otomana, los progresos franceses en el Adriático y, sobre todo, la creciente influencia gala en Constantinopla, no dejaron a Gran Bretaña más alternativa que pasar a la acción. A lo largo del verano y el otoño de 1806, Gran Bretaña mantuvo su compromiso con Rusia al respecto de los otomanos. Ya en septiembre de 1806, el embajador británico Charles Arbuthnot le exigió al sultán que esquivara la influencia francesa y permitiera el paso de los buques de guerra rusos por el

Bósforo y los Dardanelos. Las concesiones otomanas de mediados de octubre colocaron a Arbuthnot en una situación incómoda, ya que era partidario de una política conciliadora hacia la Sublime Puerta y no aprobaba la invasión rusa de los principados del Danubio. Sin embargo, Gran Bretaña estaba comprometida con apoyar a Rusia, así que el embajador no tuvo más remedio que presionar al Gobierno otomano para arrancarle más compromisos. Aunque numerosos miembros del ejecutivo otomano, incluido el propio sultán, eran conscientes del peligro que representaba la Royal Navy, a la vez estaban convencidos de que la actitud prorrusa de Arbuthnot no reflejaba la posición real del Gobierno británico.[134] Se equivocaban. El ejecutivo británico pensaba que era necesaria una potente demostración de fuerza para arrastrar a los otomanos a la mesa de negociaciones y había dispuesto que el vicealmirante *sir* Cuthbert Collingwood, entonces al mando de las fuerzas de la Royal Navy en el Mediterráneo, enviara un escuadrón a las órdenes del vicealmirante *sir* John Duckworth a Constantinopla.[135] Además de apoyar al aliado ruso, se trataba de una oportunidad única de reforzar la posición británica en el Mediterráneo oriental. El primer ministro Grenville ya tenía pensados varios lugares donde Gran Bretaña podría «querer una o dos posiciones navales importantes, defendibles por guarniciones reducidas, para cerrar el camino a los Dardanelos cuando los franceses hayan puesto a la Sublime Puerta bajo su protección».[136]

El escuadrón británico partió de Cádiz a mediados de enero de 1807. Duckworth llevaba órdenes de dirigir sus ocho buques de guerra a Constantinopla y estar «listo para actuar con energía y prontitud, según lo puedan hacer necesario las circunstancias y el estado de los asuntos a su llegada». Debía exigir la entrega de la flota otomana junto con suficientes efectos navales para el completo equipamiento, así como obligar al cumplimiento de las exigencias del embajador británico: el despido del embajador ga-

lo y la concesión de las peticiones de Rusia. Una vez iniciadas las hostilidades, se enviaría una expedición británica desde Sicilia a ocupar Alejandría con la intención de acabar allí con la influencia francesa.[137]

El 10 de febrero, la escuadra de Duckworth echó las anclas en la isla de Ténedos, cerca de la entrada de los Dardanelos. Un paso súbito de la fuerza por el estrecho podría haber tenido éxito, pero el almirante británico se topó con obstáculos inesperados.[138] Durante más de una semana, el viento sopló directamente desde los Dardanelos, lo que le impidió zarpar. La aparición de los británicos cerca de las costas otomanas alarmó y enardeció a los turcos, que deseaban a toda costa evitar una guerra con Gran Bretaña. El embajador británico, que no desconocía la práctica otomana de tomar rehenes, aplicada contra los rusos en 1768 y contra los franceses en 1798, huyó de Constantinopla.[139] Fue un grave error. Como bien observó un político británico, provocó que la expedición británica «asumiera el aspecto de una mera empresa militar, no el de una fuerza destinada a imponer las negociaciones del embajador poniendo ante la vista del sultán una flota inglesa presta y lista para bombardear su capital».[140] En aquellas circunstancias, la corte otomana se negó a tomar en cuenta las demandas británicas hasta que la flota partiera y su embajador hubiera regresado a Constantinopla.

El 19 de febrero, por vez primera en su historia, la Royal Navy británica empezó a forzar la entrada a los Dardanelos. Los problemas no cesaron. Duckworth, según la descripción de un capitán británico, era «un bravo y buen marino», aunque, en realidad, solo como «segundo al mando de alguien de la talla de lord Nelson».[141] Permitió a los turcos alargar las negociaciones con distintos pretextos, mientras los vientos desfavorables le seguían impidiendo continuar la navegación y libraban a Constantinopla del destino de Copenhague. Este retraso concedió tiempo al Gobierno otomano para preparar la defensa. Se moviliza-

ron civiles para ayudar a la construcción de nuevas fortificaciones y la flota otomana fue reunida para guarecer la capital: más de un centenar de buques se aprestaron para entrar en acción. La guarnición de la ciudad, asesorada por Sebastiani y un reducido grupo de ingenieros franceses, empezó a mejorar las fortalezas de la costa, que databan del siglo XVII.[142] En un plazo de diez días, los turcos movilizaron decenas de miles de hombres y reunieron más de 300 piezas de artillería pesada que fueron «emplazadas ventajosamente para enfilar [a la flota británica] desde todas las direcciones».[143] Duckworth, al verse incapaz de superar las defensas otomanas, empezó a preocuparse por la posibilidad de que su escuadrón quedara atrapado en el mar de Mármara, por lo que no tuvo más remedio que retirarse al Mediterráneo por los Dardanelos del 1 a 3 de marzo. Su viaje de regreso resultó más costoso que el primer cruce del estrecho: los fuertes situados en los Dardanelos dispararon sobre sus barcos, dañaron varios buques y mataron o hirieron a alrededor de 160 hombres.[144]

La expedición de Duckworth fue un fracaso, tanto en lo militar como en lo político. Uno de sus integrantes se lamentaba:

> Cómo era posible que un gobierno le pidiera a un imperio «entregar su flota», «renunciar a todas sus conexiones con Francia» y hacer la paz, una paz deshonrosa, por cierto, con Rusia, con solo siete navíos de línea y ni un solo soldado para imponer estas condiciones, es algo que no acierto a comprender.[145]

El ataque de los británicos solo contribuyó a aumentar el crédito francés en la corte otomana y, prácticamente, destruyó su estatus en ella. El sultán sancionó el arresto de todos los ingleses y la confiscación de sus propiedades y le ordenó al dey de Argel que atacara el comercio británico en el Mediterráneo occidental. En prueba de la elevada estima en la que entonces tenía a los franceses, y de su gran influencia, Selim cubrió de ricos presentes a Sebastiani y a la misión militar gala. Al llegar mayo, a petición del sultán, docenas de soldados franceses llegaron a la capital otomana a aumentar algo más el tamaño de la misión militar

francesa. Además, la defensa de los Dardanelos supuso un gran estímulo para la moral de los otomanos: poco después, el gran visir salía de la capital a preparar una nueva ofensiva contra los rusos en los principados del Danubio, mientras que la flota otomana se alistaba para hacer lo propio en el mar Egeo.

Duckworth, que había reagrupado sus efectivos en Ténedos, se reunió con el almirante ruso Dmitri Sniavin, que le sugirió forzar el paso por los estrechos con una escuadra conjunta anglorusa. Los británicos se opusieron: sin tropas no había posibilidad de asestar un golpe decisivo, sobre todo ahora que las defensas otomanas habían sido reforzadas. Los aliados se separaron. Sniavin se quedó en el Egeo, donde, en julio, derrotó a la Armada otomana al norte de la isla de Lemos y luego bloqueó la entrada de los Dardanelos. Por su parte, Duckworth se dirigió a Malta para apoyar la apertura de otro nuevo frente contra los otomanos en Egipto.

A primeros de marzo, justo cuando Duckworth abandonaba los Dardanelos, una expedición distinta con 6000 soldados británicos era enviada a Egipto. Desde su éxito en 1801, los británicos habían debatido en numerosas ocasiones acerca del futuro de este territorio de importancia estratégica. La reanudación de la guerra con Francia en 1805 y los subsiguientes éxitos franceses alimentaron los temores británicos de una renovación de la amenaza gala sobre Egipto, un territorio que los británicos pensaban que los otomanos no serían capaces de defender. La aproximación franco-otomana se interpretó como una apertura de Egipto a los franceses, así que los británicos estaban deseosos de actuar cuanto antes.[146]

En los tres años transcurridos desde la evacuación británica, Egipto había sufrido una quiebra total del orden y la ley. Las luchas de poder entre otomanos y mamelucos se habían reanudado al instante. La existencia de una abigarrada colección de fuerzas militares, unida a la ausencia de un control central efectivo, con-

dujeron a frecuentes abusos, rapiñas y asesinatos sin contemplaciones. Los mamelucos, privados de la habilidad militar de Murad Bey, que había fallecido, y de la prudencia política de Ibrahim Bey, que estaba viejo y delicado, se fracturaron en facciones enfrentadas dirigidas por Osmán Bey al-Bardissi y por Muḥammad Bey al-Alfī, los cuales se revelaron trágicamente incapaces de aprender de los errores pasados y solo contribuyeron a debilitar más su causa.

En las primeras semanas del verano de 1803, Napoleón, en el contexto de sus esfuerzos en aras de recuperar posiciones para Francia en el este, envió a Mathieu de Lesseps a Egipto en calidad de nuevo «comisionado para transacciones comerciales». Aunque las instrucciones de Lesseps le prohibían implicarse en la política egipcia, no es de extrañar que su llegada llevase a otomanos y a británicos, que tenían en mente el reporte de Sebastiani, a pensar que había sido enviado para formar un «partido francés» con vistas a una nueva intervención. Estas sospechas aumentaron desde que Osmán Bey al-Bardissi, que había mantenido contactos con los franceses a lo largo de los tres años previos, se aproximó a Lesseps con una petición de ayuda. Está claro que el jefe mameluco intentaba así enfrentar a unas potencias europeas con otras para su propio beneficio, aunque no logró obtener ningún compromiso de los franceses.[147] De todos modos, los contactos del mameluco alarmaron al agente diplomático británico, el coronel Ernest Missett, que instó a sus superiores a redoblar los esfuerzos para extirpar la influencia francesa de la región.[148] Los enfoques contrapuestos de los departamentos de Exteriores y de Guerra británicos, sin embargo, impedían la adopción de una estrategia unificada para Egipto. Missett, encuadrado en la War Office, abogaba asiduamente por la intervención. A instancias de él, Muḥammad Bey al-Alfī, rival de al-Bardissi, decidió viajar a Londres con el objetivo de conseguir alguna ayuda británica. En Malta, donde Alfī tuvo que pasar algún tiempo hasta que el Go-

bierno británico accedió a recibirlo, el jefe mameluco negoció asimismo con el comisionado Alexander Ball (también de la War Office) y presentó la idea de restaurar el gobierno mameluco de Egipto bajo protección británica.

Alfī llegó a Londres en octubre de 1803. Aunque su visita despertó un interés entusiasta en la prensa británica, el recibimiento del ejecutivo fue mucho menos amistoso. El Departamento de Exteriores, enfrentado al de Guerra, se opuso a cualquier implicación británica en Egipto: Gran Bretaña era aliada del sultán y no podía participar en algo que, en la práctica, supondría la partición de sus dominios.[149] De hecho, la visita de Alfī fue vista con mucho recelo en Constantinopla, lo que movió al embajador británico a protestar por el recibimiento de su Gobierno al mameluco. Por otro lado, Downing Street no podía permitirse ignorar a los mamelucos, preocupada como estaba de que esto pudiera empujarlos a los brazos de Napoleón. En consecuencia, el Gobierno británico optó por una vía intermedia: no asumió compromisos tangibles con los mamelucos y a la vez les prometió utilizar su influencia en Constantinopla para propiciar que se reconciliaran, de forma duradera, con la Sublime Puerta. Alfī no debió de sentirse entusiasmado ante esta respuesta.

Mientras tanto, los otomanos trataban, sin éxito, de restablecer su autoridad en Egipto. Los efectivos enviados por el sultán Selim III se convirtieron en parte del problema y no en su solución. Este contingente incluía algunas de las recién creadas unidades Nizam-i Cedid, entrenadas y disciplinadas según los usos europeos (algunos de sus oficiales eran también de esta procedencia), además de otros cuerpos entre los que destacaba un contingente albano de 6000 soldados. A su llegada a Egipto, se encontraron el país desolado y empobrecido, con el comercio y los negocios paralizados, la población depauperada por los elevados impuestos y una crisis de escasez monetaria. Después de faltarles la paga durante cinco meses, las unidades albanesas se amotina-

ron, asesinaron al comandante otomano Tahir Pachá y eligieron jefe a su segundo, Mehmet Alí (este, también albanés, fomentó el desorden para alcanzar el poder). El *wali* (virrey) otomano Khusrav Pachá no pudo controlar la situación y huyó de la capital egipcia, que cayó en manos de Mehmet Alí y sus efectivos albaneses, entonces la fuerza militar más potente en la región.[150]

Mehmet Alí, individuo hábil y competente, se dio cuenta de que se le ofrecía una oportunidad perfecta para ocupar el vacío de poder existente y maniobró en consecuencia. Según observó un agente francés, el albanés era un «hombre tan ambicioso como emprendedor, quien, hábil en el arte de la intriga, tiene a su favor la fuerza de la opinión pública y de las armas. Este hombre astuto [...] desea extender el descontento y abrirse camino hasta el trono sin aparentar quererlo».[151] En primer lugar, Mehmet Alí se alió con los beyes otomanos para derrotar a Khusrav Pachá, el cual fue apresado y deportado a Constantinopla. El sultán envió después dos virreyes más, pero también fueron derrotados por la misma coalición albano-mameluca. En 1804, agotada la utilidad de los mamelucos, Mehmet Alí aprovechó el descontento popular que había despertado la mano dura empleada por los mamelucos para expulsarlos de El Cairo. Entonces se apresuró a consolidarse en el poder y logró que figuras prominentes y líderes religiosos egipcios lo proclamaran nuevo gobernador en mayo de 1805.[152] El sultán Selim III, al enterarse de lo acontecido en El Cairo, comprendió que el comandante albano era una fuerza temible, en especial en aquel momento en que el imperio encaraba amenazas en múltiples frentes. Por consiguiente, en julio de 1805, reconoció el nombramiento de Mehmet Alí como *wali* de Egipto. Fue una decisión de la que él y sus sucesores se tuvieron que lamentar en numerosas ocasiones durante las cuatro décadas que siguieron.

Mehmet Alí, considerado hoy el fundador del Egipto moderno, afrontó retos enormes en el inicio de su gobierno.[153] Las

tropas que lo habían llevado al poder podían volverse con igual facilidad contra él si no les proporcionaba una paga y un sustento adecuados. Los mamelucos, aunque derrotados, aún constituían una seria amenaza para la seguridad pública y contaban con el apoyo de agentes británicos y franceses que pensaban que su vuelta al poder reforzaría su influencia en la región. Lo más importante era que al nuevo *wali* no se le escondía la precariedad de su posición, arrancada a un sultán Selim III que podría intentar deponerlo en la primera ocasión que tuviera.[154] Estos temores estuvieron siempre muy presentes a lo largo de la extensa carrera de Mehmet Alí y la historia de Egipto se vio moldeada en alto grado por sus esfuerzos para asegurarse la permanencia en el poder. Durante el año y medio siguiente, Mehmet Alí se demostró hábil forjando y rompiendo alianzas con el fin de estabilizar la situación en el país. En esto se vio ayudado por las muertes fortuitas de los jefes mamelucos al-Bardissi y al-Alfī en 1806, que dejaron a sus facciones debilitadas y vulnerables a las intrigas políticas del gobernador.

Mehmet Alí aún estaba consolidando su autoridad cuando llegó la noticia de la invasión británica, a mediados de marzo 1807. Igual que había sucedido seis años antes, la expedición británica, esta vez encabezada por el general Alexander MacKenzie-Fraser, desembarcó cerca de Abukir y tomó Alejandría el 21 de marzo.[155] Las instrucciones de MacKenzie-Fraser circunscribían su misión a la ocupación de Alejandría; por ninguna razón debía avanzar hacia el interior. Missett, que tanto había presionado por la intervención, se quedó de piedra al conocer el alcance limitado de la operación británica. Él había previsto una empresa mucho mayor que derrocara a Mehmet Alí, de quien sospechaba inclinaciones profrancesas, y que reinstaurara a los beyes mamelucos en El Cairo.[156] De hecho, MacKenzie-Fraser se quedó sorprendido por la amplitud de los compromisos de Missett con los mamelucos y, en un principio, no quiso escuchar sus súplicas. De

todos modos, Missett señaló la imposibilidad de mantener a Alejandría abastecida del agua y la comida que el Ejército británico necesitaba a menos que también fueran ocupadas Rosetta (Rashid) y El Rahmaniya, célebres por sus enormes graneros.[157] Sin embargo, los envites de MacKenzie-Fraser para ocupar la región del delta del Nilo fueron rechazados en varias ocasiones, con severas pérdidas británicas. Los efectivos británicos, privados de suministros, se enfrentaban a una situación desesperada. MacKenzie-Fraser y Missett se culpaban mutuamente del desastre y discrepaban acerca de qué rumbo seguir; el primero era partidario de la evacuación y el segundo insistía en permanecer en Egipto para evitar que cayera en poder de los franceses.

Mehmet Alí, por su parte, sabía que no tenía fuerza suficiente para expulsar a los británicos de Alejandría, por lo que buscó una salida diplomática al conflicto. Liberó a uno de los prisioneros británicos y le ofreció a MacKenzie-Fraser un acuerdo que le permitiera abandonar Egipto con dignidad. En septiembre, las negociaciones desembocaron en un pacto que puso fin a las hostilidades y liberó a todos los prisioneros de guerra. Los británicos se comprometieron a evacuar el país en un plazo de dos semanas y a dejar todas las fortificaciones, tal como estaban, a Mehmet Alí, cuyas unidades ocuparon Alejandría en cuanto partió el último soldado británico.

«Así acabó esta insensata y desastrosa empresa», comentó un historiador británico.[158] La noticia de la derrota, recibida al poco de los reveses anteriores en Buenos Aires y en los Dardanelos, causó una considerable consternación pública en Gran Bretaña, pero, por lo demás, tuvo un impacto limitado en el curso del esfuerzo bélico británico en Europa. Era obvio que la expedición no había estado bien pensada. Si su objetivo principal había sido influir en el sultán, Egipto estaba demasiado lejos para conseguirlo. Mucho más importante fue el efecto de la expedición británica en el propio Egipto. De haber tenido éxito, habría so-

cavado, cuando no destruido totalmente, el poder de Mehmet Alí. Tal y como sucedieron las cosas, esta crisis solo sirvió para reforzar su posición. A principios de 1807, Mehmet Alí se hizo con el control del gran puerto de Alejandría, que le brindaba inmensas oportunidades comerciales. Los ejércitos y flotas británicas en el Mediterráneo y la península ibérica demandaban enormes cantidades de grano, entonces escaso en Europa. Mehmet Alí se apresuró a satisfacer las necesidades británicas. Su monopolio en relación con la exportación de grano le procuró pingües beneficios que le permitieron consolidarse más en el poder. Durante los cuatro años siguientes mejoró las herramientas de las que dependían los ingresos e inició la modernización de las fuerzas armadas. Al mismo tiempo, la cuestión mameluca llegó a un sangriento desenlace en 1811: los jefes mamelucos fueron masacrados en una reunión en El Cairo y los mamelucos supervivientes fueron perseguidos y asesinados. Mehmet Alí era ya el dueño incuestionable de Egipto, lo que allanaba el camino de sus reformas modernizadoras.[159]

El éxito de Mehmet Alí se debió, en parte, a que el Imperio otomano se hallaba asediado por demasiados problemas a la vez. La guerra con Rusia no solo se desarrollaba en Valaquia, también en el sudoeste de Caucasia y en el litoral del mar Negro, y los otomanos se veían incapaces de resistir la embestida de los rusos. La situación empeoró aún más en 1808: las inestables condiciones políticas del imperio llevaron a la creación de una coalición integrada por personajes influyentes de los Balcanes, los jefes religiosos localizados en Constantinopla (ulemas) y los jenízaros, los cuales desafiaron la autoridad del sultán en uno de los episodios más sangrientos de la historia moderna de Turquía.

El impulso del sultán para la modernización de las fuerzas armadas imperiales desencadenó mucho malestar en grupos de poder tradicionales que temían perder su estatus. En 1806, el establecimiento de un nuevo cuerpo Nizam-i Cedid en Edirne provocó una revuelta local protagonizada por personajes notables, jenízaros y conservadores. El funcionario del gobierno local fue linchado por los jenízaros cuando intentaba leer en público el decreto imperial que anunciaba la llegada del contingente Nizam-i Cedid. El sultán Selim se abstuvo de enfrentarse inmediatamente a los rebeldes y adoptó con ellos una posición conciliadora. Ordenó el regreso de la fuerza Nizam-i Cedid a Constantinopla y despidió a sus eficientes comandantes. En respuesta a las amenazas que continuaba recibiendo de los notables, el sultán incluso entregó el mando de las fuerzas Nizam-i Cedid a sus enemigos con la esperanza de apaciguar a los conservadores.

El resultado fue desastroso. En mayo de 1807, los auxiliares jenízaros (*yamaks*) desplegados en los fuertes del Bósforo se rebelaron después de que un oficial Nizam-i Cedid intentara que adoptaran nuevos uniformes y se sometieran a un adiestramiento novedoso. Selim podría haber aplastado esta revuelta, pero sus consejeros conservadores le convencieron de que transigiera de nuevo. Los rebeldes envalentonados marcharon sobre Constantinopla, donde se les unieron millares de jenízaros, estudiantes religiosos, ulemas y otros que condenaban el programa modernizador del sultán. Este, desmoralizado, accedió a todas las demandas de los rebeldes, que incluían la disolución de su ejército Nizam-i Cedid, la destitución del entorno reformista y el nombramiento de conservadores para puestos clave. Sin embargo, ni siquiera estas drásticas concesiones salvaron su trono; solo sirvieron para alentar a los rebeldes, que destronaron y apresaron a Selim. Los siguientes en la línea de sucesión eran sus primos Mustafá y Mahmut. Como los rebeldes sospechaban que este último era cercano al sultán depuesto y partidario de sus reformas, su-

bieron al primero al trono, con el nombre de Mustafá IV, el 29 de mayo de 1807.[160] Estas crisis políticas internas estorbaron gravemente la capacidad militar otomana y obligaron a sus fuerzas, algunas de ellas comandadas por notables de provincias enzarzados en luchas por el poder, a adoptar una actitud defensiva ante los rusos y a tratar de mantener una línea de defensa en el Danubio.

Débil e incompetente, el sultán Mustafá IV no era más que una marioneta política en manos de los rebeldes, quienes procedieron a demoler el sistema Nizam-i Cedid que Selim había erigido a lo largo de la década anterior. Sostenían que estas reformas de inspiración occidental violaban los principios tradicionales de la ley y el orden y que eran la causa de todas las rebeliones y derrotas. Aunque muchos grupos de poder regionales se oponían al nuevo ejército de Selim por temor a que un gobierno central potente minara su poder, también había notables poderosos que se daban cuenta de la necesidad de crear un ejército moderno capaz de defender el imperio. Para estos últimos, apoyar la existencia de un ejecutivo central más fuerte era un mal menor comparado con la expectativa de ser conquistados por las potencias europeas cristianas. El nuevo sultán y sus aliados contrarios a la reforma no tardaron en darse cuenta de que el poder imperial distaba mucho de ser ilimitado; de hecho, apenas se extendía a la capital y a varios de los distritos que la rodeaban. El sultán podía, ciertamente, proyectar su autoridad más allá de estos territorios, pero eso conllevaba conceder favores a personajes poderosos y enredarse en las complejas rivalidades regionales. El más poderoso de los notables de las provincias del sudeste europeo era Bayrakdar Mustafá Pachá de Ruse, partidario de Selim III y contrario a Mustafá IV. Con el apoyo de otros importantes notables bajo su dirección, Bayrakdar Mustafá Pachá se puso en marcha hacia Constantinopla, en julio de 1808, con la intención de reinstaurar a Selim en el trono. Mustafá ordenó entonces el ase-

sinato de Selim y de Mahmut. El primero fue asesinado, pero el segundo logró escapar. Bayrakdar Mustafá Pachá depuso a Mustafá y situó en su lugar a Mahmut el 28 de julio de 1808.[161]

Igual que su antecesor, Mahmut II (1808-1839) no tenía fuerza política real y dependía para sobrevivir de Bayrakdar Mustafá Pachá, el primer notable de las provincias que llegó a ser gran visir del imperio. Este, para ganar apoyos al nuevo régimen, organizó una reunión de notables poderosos en Constantinopla destinada a tratar los problemas políticos a los que el Imperio otomano se enfrentaba. Aunque algunos poderosos como Alí Pachá de Yánina y Mehmet Alí de Egipto no participaron en esta reunión, sí asistieron muchos otros procedentes de todas las esquinas del imperio. De la reunión salió el Acta de Acuerdo (Sened-i Ittifak, 7 de octubre de 1808), en la que el tanto el sultán como los notables se comprometían a gobernar con justicia. Los notables también prometían apoyar las reformas y la creación de un nuevo ejército, declaraban su lealtad al sultán, accedían a aportar unidades militares al Ejército de este y consentían la implementación del sistema fiscal otomano por todo el imperio sin desviar ningún ingreso que perteneciera al sultán. Por último, prometieron respetarse unos a otros sus respectivos territorios y autonomía. A cambio, el sultán aceptó recaudar impuestos de forma justa y razonable. El acta fue un relevante documento que a veces se ha presentado como un primer intento de constitucionalismo, la «Carta Magna de los otomanos». Aunque dista de ser un documento constitucional formal, sí fue, en efecto, un pacto entre el soberano y sus «barones» que limitaba los poderes del sultán y las responsabilidades de las autoridades locales. De todos modos, al final, el documento no cumplió su objetivo: el sultán, al no desear limitar su propio poder soberano, evitó firmarlo y solo cuatro notables estamparon en él su rúbrica.[162]

Bayrakdar Mustafá Pachá, convencido de que había aplastado a la oposición, empezó a resucitar las reformas de Selim III. Gra-

cias a su ejército, los reformistas gozaron de un poder superior al que hubiera tenido nunca el sultán y los elementos rebeldes fueron asesinados o expulsados de la capital. El gran visir revivió entonces el disuelto Nizam-i Cedid (ahora con el nuevo nombre de Segban-i Cedid) y reformó el cuerpo de los jenízaros. De todos modos, subestimó el poder de los jenízaros, los ulemas y los elementos conservadores de la sociedad otomana, que no se dejaron engañar por las nuevas denominaciones de las mismas reformas anteriores. Además, la actitud arrogante del gran visir también le enajenó el favor del sultán y de los funcionarios gubernamentales. En el momento en que la revuelta de un poderoso rival en Bulgaria obligó a Bayrakdar Mustafá Pachá a destacar allí la mayor parte de su contingente, la oposición aprovecho la oportunidad para contraatacar. Los jenízaros asaltaron el palacio y Bayrakdar Mustafá Pachá quedó atrapado en un polvorín que él mismo hizo saltar por los aires el 15 de noviembre de 1808. [163] El sultán Mahmut, que había aprendido de los errores de su malogrado primo, se negó a ceder ante los rebeldes, consciente de que las concesiones solo envalentonarían a la oposición. Reaccionó con rapidez y ordenó a sus hombres asesinar a Mustafá IV para privar a los rebeldes del candidato alternativo al trono. También convocó a los comandantes leales a su lado, rechazó las demandas de los insurrectos y los atacó por tierra y mar.

La ausencia de una alternativa a Mahmut y su habilidad para organizar las fuerzas contra los jenízaros acabaron por convencer a los rebeldes de que no podían derrocar al sultán y abrió en ellos la expectativa de la reconciliación. Mahmut accedió a poner fin a las reformas y a disolver el nuevo ejército Segban-i Cedid. Los rebeldes, a cambio, aceptaron reconocerlo sultán. Aunque en un principio pareció que las fuerzas opuestas a la reforma habían obtenido una gran victoria sobre el sultán, Mahmut había logrado sobrevivir y siguió decidido a continuar las reformas. Los su-

cesos de noviembre de 1808 le habían proporcionado una valiosísima experiencia práctica de la que había carecido Selim III. El nuevo sultán había sido testigo de las debilidades e indecisión de su predecesor y había sabido extraer las lecciones correctas. Sabía que las reformas futuras iban a necesitar de una planificación meticulosa, que debían abarcar a todas las instituciones del Estado y no ceñirse a elementos aislados de las fuerzas armadas, así como que era necesario ponerlas en práctica por medio de la destrucción de las instituciones tradicionales, en especial los jenízaros, quienes harían cualquier cosa para socavar la modernización del Ejército otomano.

Aparte de atender a formidables retos internos, el nuevo sultán otomano tenía que bregar con la volátil situación política europea. Austria había sido derrotada y obligada a abandonar la coalición antinapoleónica y Prusia había sido arrollada. Gran Bretaña continuaba en la lucha, pero, en opinión de las potencias continentales, parecía que su ayuda nunca llegaba a tiempo. Estas eran las consideraciones que pesaban en la mente del emperador Alejandro cuando se subió a la balsa emplazada en medio del río Niemen y acordó un tratado de paz con Francia en julio de 1807. Según las condiciones del Tratado de Tilsit, Rusia reconocía las conquistas de Napoleón en el centro de Europa, accedía a evacuar los principados del Danubio y transfería las islas Jónicas a Francia. Sin embargo, esta gran victoria diplomática gala se obtuvo sacrificando a los otomanos. En este sentido, Napoleón recibió con agrado las noticias de la turbulencia política en Constantinopla porque, como adujo, la caída de Selim III anulaba cualquier compromiso que Francia hubiera adquirido con él. «Esto es un decreto de la Providencia, que me acaba de liberar y de decirme que el imperio turco ya no puede seguir existiendo»,

le dijo al emperador ruso.[164] En Tilsit, Francia abandonó su alianza con la Sublime Puerta y prometió obligar al sultán a llegar a un acuerdo satisfactorio para Rusia. En unas cláusulas secretas del tratado, Napoleón convino que, en caso de que el sultán rechazara la oferta de mediación, o de que las negociaciones no fructificaran en un acuerdo,

> Francia hará causa común con Rusia contra la Puerta otomana, y las dos Elevadas Partes Contratantes llegarán a un acuerdo para eliminar todas las provincias del Imperio otomano en Europa, a excepción de la ciudad de Constantinopla y la Provincia de Rumelia, del yugo y las vejaciones de los turcos.[165]

El tratado de Francia con Rusia irritó, naturalmente, a los turcos, que se sintieron traicionados porque los franceses hubieran llegado a un acuerdo de paz sin consultarlos o hacerlos partícipes de él. De todos modos, el Gobierno otomano también advirtió los beneficios a corto plazo del tratado, que ordenaba que Rusia debía evacuar Moldavia y Valaquia y poner fin a su asistencia a los serbios. Bajo mediación francesa, el sultán Mustafá inició negociaciones con los rusos que condujeron finalmente a un armisticio firmado en Slobozia a finales de agosto de 1807. El armisticio, firmado por el comandante en jefe ruso, el general Iván von Michelsohnen, ordenaba la retirada rusa de los principados del Danubio en el plazo de un mes, mientras que los turcos accedían a quedarse al sur del Danubio, aunque conservaban la posesión de Serbia. El armisticio resultó de corta duración. Rusia, empleando varios pretextos engañosos, se negó a aceptar el acuerdo y cargó la culpa de la negativa sobre Michelsohnen, aduciendo que no estaba autorizado a entablar negociaciones diplomáticas, y sobre los turcos, quienes, supuestamente, rompieron el armisticio al avanzar hacia áreas estratégicas y oprimiendo a la población cristiana tan pronto como se fueron los rusos.[166]

En realidad, el culpable era el emperador Alejandro, que no tenía grandes deseos de atenerse a los compromisos de Tilsit, en especial en un momento en que la revolución sacudía Constantinopla y el Gobierno otomano estaba sumido en el desorden. «El

Imperio otomano está muerto», le dijo el ministro de Exteriores ruso Rumiántsev al embajador francés, así que, ¿por qué no habría Rusia de quedarse con los despojos de la guerra?[167] Alejandro pensaba de forma cada vez más expansionista y se hacía eco de los sentimientos que Rostopchín había expresado seis años antes. El futuro de Rusia pasaba por expandirse en los Balcanes y en el Cáucaso, donde podría obtener territorios que compensaran la pérdida de posiciones en Europa central. Por consiguiente, las instrucciones imperiales que recibió el embajador ruso en París insistían en que los otomanos entregaran Besarabia y áreas de Georgia occidental, así como en la ocupación indefinida de Moldavia y Valaquia por Rusia.[168] Las demandas rusas indignaron a Napoleón en un primer momento y su respuesta fue que, si Alejandro se negaba a retirar sus efectivos de los principados del Danubio, Francia no evacuaría la prusiana Silesia.[169] Sin embargo, también era consciente de que no podía presionar demasiado a Rusia mientras estuviera preocupado por lo que sucedía en la península ibérica. De hecho, necesitaba del apoyo ruso para mantener la estabilidad política en el continente, y si Rusia pedía concesiones en el Imperio otomano estaba dispuesto a hacerlas, aunque solo, obviamente, después de haberlas examinado y debatido con detenimiento.

En la primavera de 1808, mientras los diplomáticos rusos y franceses debatían los detalles de una posible partición del Imperio otomano, el problema serbio continuaba en primer plano. Ambos bandos comprendían que los intereses geográficos de Austria le otorgaban derecho a algunos territorios en caso de que la partición tuviera lugar. El nuevo ministro de Exteriores ruso, el conde Nikolái Rumiántsev, confirmó la disposición de Rusia a ceder Serbia a Austria, siempre que Francia aceptara que Rusia se apoderara de Besarabia, Valaquia, Bulgaria y el sudoeste de Caucasia, y de que tomara el control de Constantinopla y de los estrechos turcos. En cuanto a Napoleón, podía conservar Albania

—«la tenéis cerca y ofrece valiosos recursos a vuestra marina», comentó Rumiántsev—, además de la propia Grecia, Tesalia y Creta. Los rusos también estaban dispuestos a admitir la incorporación a Francia de Egipto, Siria y partes de Anatolia. Con todo, Napoleón encontró inaceptables las pretensiones rusas en relación con la capital otomana y los estrechos.[170]

A lo largo del otoño de 1808, el emperador Alejandro vaciló entre acoplarse al desganado discurso de Napoleón acerca de la partición de los dominios otomanos o seguir intentando aumentar su influencia en la Sublime Puerta sin ayuda gala, a través, sobre todo, de ganarse la confianza de los serbios y de otros posibles aliados internos. En octubre los emperadores francés y ruso se reunieron de nuevo en Érfurt con el fin de consolidar la alianza. Alejandro exigió un precio por apoyar a Francia contra Austria e insistió en el mantenimiento de la presencia militar rusa en Valaquia y Moldavia por

> […] todas las revoluciones y cambios que sacuden al Imperio otomano, que no dejan posibilidad alguna de que [el Imperio otomano] dé, y en consecuencia ninguna esperanza de que se obtengan, garantías suficientes para las personas y bienes de los habitantes de Valaquia y Moldavia.

Napoleón accedió a reconocer el control ruso de estos territorios, aunque quiso mantenerlo en secreto «para no comprometer la amistad existente entre Francia y la Puerta ni la seguridad de los franceses que residen en los dominios turcos, [y] para evitar que la Puerta se arroje a los brazos de Inglaterra». Francia también acordó que, en caso de que se reactivara una contienda ruso-otomana, no tomaría parte en ella a menos que Austria u otra potencia hiciera causa común con los otomanos.[171] En diciembre de 1808, el enviado francés en Constantinopla, Florimond de Faÿ de La Tour-Maubourg, recibía un nuevo conjunto de instrucciones que le encargaban convencer a los otomanos de que cedieran los principados del Danubio a Rusia.[172]

La situación cambió al año siguiente. La Guerra Franco-Austriaca de 1809 dejó muy a las claras en Francia que Rusia se había

convertido en un aliado puramente nominal. Napoleón lo sabía, pero pensaba que no tenía más remedio que sostener esta alianza, aunque las fisuras en las relaciones franco-rusas se hicieran visibles. Gran Bretaña, sin embargo, estaba deseosa de explotarlas. *Sir* Robert Wilson fue enviado en dos ocasiones a San Petersburgo, donde les aseguró a los rusos que Gran Bretaña quería ver cómo Rusia aumentaba su poder, mientas que Francia trataba de reducirlo. En lo relativo a la «cuestión oriental», Londres se comprometía a que

> [...] nunca propondría la partición de Turquía, pero, de todos modos, si se puede llegar a algún acuerdo entre Austria y Rusia sobre la base de ocupar e intercambiar las provincias [danubianas], un acuerdo que garantizara la sincera alianza de ambos países, [entonces los británicos] nunca harían de ello un motivo de disputa.[173]

El fracaso de estas misiones impulsó a los británicos a iniciar gestiones directas con los turcos, que las acogieron positivamente con el deseo de enfrentar a las potencias europeas entre ellas. En enero de 1809, después de tres meses de negociaciones durante las que los franceses habían advertido en repetidas ocasiones a los turcos de que no hicieran la paz con Londres, la Paz de Kala-i Sultaniye (los Dardanelos) restableció las relaciones anglo-otomanas.[174] El Gobierno británico accedía a evacuar todos los territorios otomanos ocupados y el sultán volvía a conceder a los británicos los privilegios ligados a capitulaciones especiales. Londres también acordaba mediar con Rusia para procurar una paz ruso-otomana que preservase la integridad de los territorios del sultán y que se opusiera a los planes franceses. Una de sus provisiones más relevantes estipulaba que el Bósforo y los Dardanelos tenían que estar siempre cerrados a los buques de guerra extranjeros de cualquier nación, un punto que reflejaba el temor de Londres ante una posible unión de las armadas rusa y gala en el Mediterráneo. Durante los tres años siguientes, Gran Bretaña adoptó una estrategia compleja destinada a detener la Guerra Ruso-Otomana, desarrollar una triple alianza con los otomanos

y Austria y contener la influencia francesa y rusa en el Imperio otomano. Así, cuando empezó la Guerra de la Quinta Coalición, solo cuatro meses después de la firma del tratado anglo-otomano, Gran Bretaña intentó convencer a los turcos para que permitieran la entrada de un escuadrón británico al mar Negro y para emprender juntos un ataque contra la base naval rusa de Sebastopol –un presagio de lo que sucedió en la Guerra de Crimea, medio siglo después–, con el fin de «ayudar materialmente a la consecución de la paz con Rusia en condiciones justas y de asegurar su neutralidad».[175]

La importancia del Tratado de los Dardanelos radica en que marcó un punto de inflexión en las relaciones franco-otomanas. Puso en evidencia que Constantinopla se estaba dando cuenta de que la alianza con Napoleón le aportaba escasos beneficios tangibles. Sin embargo, Francia no quiso permitir que los turcos se alejaran de su alianza. Napoleón les aseguró que no toleraría la expansión de Rusia más allá del Danubio y que les garantizaría su integridad territorial, a excepción de Moldavia y Valaquia, a las que los turcos debían renunciar como precio por la paz. En diciembre de 1809, en un discurso al Cuerpo Legislativo, el emperador galo advirtió a los turcos del «castigo si se dejan influir por el taimado y pérfido consejo» de Gran Bretaña. Y para demostrar que iba en serio, Napoleón se mostró complacido con que «mi amigo y aliado, el emperador de Rusia», extendiera su autoridad a los principados del Danubio.[176]

Todo esto era, en realidad, parte de los esfuerzos de Napoleón para mantener al menos las apariencias de la amistad franco-rusa. En realidad, ya exploraba sin descanso vías para contener a Rusia. Intentó servirse de la expectativa de la expansión rusa para ganarse la cooperación de los austriacos. A principios de 1809, en una reunión con el embajador austriaco Metternich para tratar las reformas militares austriacas en curso y la amenaza que representaban para Francia, Napoleón los tentó con una parte de

los despojos del Imperio otomano, a la vez que los amenazaba con convertirlos en meros espectadores inanes si Francia y Rusia se repartían esos territorios. Todo esto sucedió mientras el embajador otomano estaba situado a solo unos pasos de distancia, presumiblemente con los ojos como platos –«una conversación como esta probablemente no tiene precedentes en los anales de la diplomacia», comentó Metternich en su reporte subsiguiente–. [177]

Fue por entonces cuando Theodore Lascaris de Vintimille, descendiente de los emperadores bizantinos que había sido caballero de Malta, viajó con una misión a Levante. A su llegada, este agente francés contactó con Fathallah al-Sayegh, cristiano residente en Alepo, para pedirle ayuda en la exploración de las rutas comerciales, paradas y pozos de agua en los desiertos de Siria e Irak. Los dos aventureros emprendieron una peligrosa aventura en febrero de 1810 y lograron visitar los puntos más alejados del desierto e interactuar con distintas tribus. Después de viajar durante meses, Lascaris le confió a su guía árabe un valioso secreto. No estaba allí para vender mercancías, sino que su misión –increíblemente similar a la que tendría Lawrence de Arabia– era cumplir con las instrucciones que Napoleón le había dado: amigarse con los jefes tribales locales, unirlos en una revuelta contra el poder otomano y preparar el camino para el regreso de los franceses al Levante. La misión, según contó Sayegh en sus memorias, tuvo éxito, y los jefes de las tribus árabes se mostraron dispuestos a desafiar al poder otomano y a aliarse con Napoleón. Sin embargo, mientras Lascaris preparaba su viaje de regreso a Francia, le llegó la noticia del desastre de Napoleón en Rusia, cuyas consecuencias no se le escapaban. Entonces decidió viajar a Egipto a ver a un viejo amigo, el cónsul francés en Alejandría, pero falleció de disentería al poco de su llegada.[178]

La extraña historia de Lascaris y Sayegh contiene muchas incoherencias y contradicciones y la ausencia de documentos ofi-

ciales franceses, consulares o de otro tipo, hace imposible la verificación de muchos puntos.[179] Su historia, aunque tal vez ficticia, toca un hecho histórico crucial: Napoleón había expresado hacía ya mucho tiempo su interés por volver a Oriente y amenazar los intereses británicos en el océano Índico. En septiembre de 1810 ideó un ataque general contra Gran Bretaña que incluía una expedición al Levante mediterráneo. Un mes más tarde le indicó a uno de sus agentes que visitara Siria y Egipto, que examinara las fortalezas de San Juan de Acre, Jafa, Rosetta, Alejandría y El Cairo y que informara de la situación en la región. Ese mismo día ordenó a los cónsules franceses en Siria y Egipto el envío periódico de memorandos relativos a la situación política, militar y financiera en ambas regiones.[180] Estas instrucciones parecen haber estado destinadas a sentar las bases de una expedición que debía embarcarse hacia Levante después de acabada la campaña de Rusia. La misión de Lascaris habría encajado bien con las iniciativas de Napoleón entonces en curso para explorar la situación en Levante, aunque son necesarias más investigaciones para llegar a una conclusión definitiva en esta cuestión.

En los inicios de la Guerra Ruso-Otomana, una serie de victorias militares serbias que resultaron en la toma de Belgrado el 29 de diciembre de 1806 y de Šabac en febrero de 1807 había concedido a los serbios el control del antiguo *pashalik* de Belgrado. En ese momento, Serbia podía constituir para los rusos una importante palanca para quebrar la resistencia otomana. El líder serbio Karađorđe se alineó abiertamente con Rusia y se ofreció a aceptar la ayuda de las tropas rusas, lo que allanaba el terreno para la cooperación militar ruso-serbia por tierra y por mar: el Ejército de Moldavia ruso enlazaría con los rebeldes y el escuadrón mediterráneo del vicealmirante Seniavin, con base en

Montenegro, les proporcionaría apoyo naval.[181] El sultán Selim III, alarmado por la intervención rusa en Serbia, trató de llegar a un acomodo con Karađorđe, al que ofreció unas condiciones que anteriormente habían solicitado los serbios. Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho desde entonces: lo que podría haberse aceptado en 1804 ya no era suficiente en 1807. Karađorđe, en cambio, se sentía inclinado a prestar oídos a las garantías que le ofrecían los rusos, que hablaban de los lazos espirituales y étnicos que los unían con los serbios, para lograr una futura serbia independiente. En marzo de 1807, los jefes serbios rechazaron la oferta otomana y declararon al antiguo *pashalik* independiente del dominio otomano.

Durante unos años, el futuro del Estado serbio estuvo ligado de una forma muy compleja con las grandes luchas de poder propias de las Guerras Napoleónicas. A pesar de sus promesas, Rusia no estaba en realidad interesada en una Serbia completamente independiente y prefería mantener algún tipo de relación clientelar. A lo largo de este periodo, los rusos trataron de ejercer un grado de control considerable sobre las acciones de Serbia y su política global estuvo mediatizada por los altibajos en las relaciones con Francia y los otomanos. Aunque el Tratado de Tilsit firmado por Francia y Rusia no mencionaba a Serbia, ambas naciones acordaron «liberar» los Balcanes en caso de que los turcos despreciaran las iniciativas de mediación francesas para poner fin a la Guerra Ruso-Otomana. Una nueva ronda de negociaciones ruso-otomanas, que se había visto retrasada por la inestabilidad política en Constantinopla, dio inicio en Jassy (actual Iaşi) en marzo de 1809. Las negociaciones se bloquearon casi de inmediato por la negativa del sultán Mahmut II a ceder ningún territorio a Rusia, lo que provocó que los rusos abandonaran la reunión y reanudaran las operaciones militares en los principados del Danubio en el otoño.[182]

Para entonces, dos años de operaciones militares y la presencia de decenas de miles de soldados habían causado un severo trastorno socioeconómico en la región, que padecía saqueos generalizados y en la que el éxodo de miles de campesinos había hundido la producción agrícola, a lo que se vinieron a unir, para acabar de empeorar todo, brotes epidémicos periódicos. El Ejército ruso, que se había incrementado hasta unos 80 000 efectivos, carecía de apoyo logístico adecuado para acometer operaciones militares decisivas. Tampoco tenía un mando competente. El mariscal de campo Aleksandr Prozorovski, que había recibido el mando del Ejército del Danubio en 1809 a pesar de su edad (tenía 66 años) y mala salud, era un decidido partidario del estilo de guerra posicional dieciochesco.[183] En lugar de acometer una campaña rápida para entablar combate con las unidades enemigas y destruirlas, se concentró en capturar las fortalezas de Giurgiu y Brăila. Ambos asaltos estuvieron mal organizados y acabaron en rotundos fracasos; solo en la segunda fortaleza los rusos perdieron casi 5000 hombres.[184] Prozorovski, deprimido por tales fiascos, no quiso emprender ninguna acción durante más de dos meses.[185]

Mientras tanto, los turcos aprovecharon la ociosidad de Prozorovski para iniciar una ambiciosa ofensiva contra los serbios a finales de la primavera de 1809. Derrotaron al Ejército serbio, tomaron el control de la orilla derecha del río Morava y pusieron sitio a la estratégica fortaleza de Šabac en la izquierda. Los avances otomanos empujaron a Karađorđe a promulgar una llamada a la movilización general de todos los varones entre 12 y 70 años, aunque ni siquiera esta medida desesperada podía salvar a los serbios, que se vieron obligados a abandonar sus posiciones y a retirarse hacia el norte.[186] Los serbios estaban especialmente encolerizados por la falta de apoyo de los rusos; primero Prozorovski les prometió enviar efectivos, pero luego ordenó el regreso de las fuerzas que ya había enviado.

El emperador Alejandro, molesto por estos reveses, exigió una nueva ofensiva y una victoria rápida sobre los turcos que asegurara las regiones del Danubio, protegiera a sus aliados serbios y liberara recursos rusos para hacer frente a Napoleón en otros lugares. Un contemporáneo observó que la sociedad rusa confiaba en rápidas victorias sobre los turcos, pero que «el octogenario y medio sordo mariscal de campo príncipe Prozorovski» no podía satisfacer tales anhelos.[187] Alejandro, en busca de un comandante más joven y vigoroso, recurrió al príncipe Piotr Bagratión, uno de los astros más brillantes del panteón militar ruso del momento, con amplia experiencia en combatir a los franceses. Bagratión, enviado a Valaquia en el verano de 1809, lanzó de inmediato una ofensiva a través del Danubio, derrotó al Ejército otomano en Rassevat el 16 de septiembre y en Tataritsa el 22 de octubre y capturó varias fortalezas. Aunque la escasez de provisiones y munición no tardó en obligarlo a volver a la orilla norte del Danubio, su campaña había golpeado de forma considerable a los otomanos y los forzó a desviar recursos desde el frente serbio, donde les habían ido ganando la mano a los serbios. De todos modos, Karađorđe estaba en extremo airado por las acciones rusas.

> Por amor de Dios, tenéis que ayudarnos, ya que os habéis autodenominado nuestros protectores, y si nos abandonáis, todos los demás Estados os despreciarán […]. Maldigo el alma de [Prozorovski] […]. Oh, Señor, que pague por habernos engañado y expuesto a la derrota [a manos de los turcos].[188]

Los sucesos de 1809 revelaron profundas grietas entre los dirigentes serbios. Aunque algunos líderes insistían en mantener las relaciones con Rusia, otras facciones acusaban a los rusos de no haberlos ayudado e instaban a pedir ayuda a Francia o a Austria; incluso los serbios prorrusos recomendaron a Karađorđe cautela en las relaciones con el emperador Alejandro.[189] En el otoño de 1809, Karađorđe convocó el Consejo Nacional (Skupština) para debatir el futuro de Serbia, las relaciones con Rusia y con el Imperio otomano. Su conclusión fue que la promesa de protección

rusa no era garantía suficiente sin la presencia efectiva de una potente fuerza rusa en Serbia. La decisión del consejo fue transmitida al príncipe Bagratión, que se reunió con los delegados serbios y les garantizó el apoyo de Rusia con hombres y dinero.[190] Karađorđe, hombre pragmático, no concedió mucha credibilidad a estas promesas y trató de reducir su dependencia de Rusia.[191] En el momento álgido de la crisis militar, solicitó a Napoleón que se convirtiera en «el augusto defensor y protector de la nación serbia» y que uniera a los pueblos de Serbia, Bosnia, Herzegovina, Montenegro, Bulgaria y Grecia, puesto que «tener a todos estos pueblos bajo las alas de Francia haría temblar a sus enemigos». El jefe serbio deseaba que las tropas francesas se apoderaran de las fortalezas de Belgrado y de Šabac y que protegieran la región ante el avance de los contingentes otomanos.[192] El emisario serbio llegó a Viena durante las negociaciones diplomáticas del Tratado de Schönbrunn, momento en que Napoleón no prestó a Serbia más que un interés superficial y no se comprometió a nada.[193]

Karađorđe acudió entonces a las autoridades austriacas, cuyos temores por el futuro de Serbia se habían incrementado tras el Tratado de Schönbrunn, el cual las había privado de todas sus posesiones en el Adriático. La expectativa de una Serbia controlada por los rusos o los franceses los condujo a la dolorosa constatación de que cualquiera de estos dos países podría cortar con facilidad algunas rutas comerciales clave hacia Oriente Próximo, las cuales eran muy valiosas para la economía austriaca. En octubre de 1809, solo unos días después de convertirse en el nuevo ministro de Exteriores austriaco, Metternich preparó un memorando especial en torno a la cuestión serbia en el que sostenía que solo se podía resolver de dos formas: o Serbia retornaba a ser el *pashalik* de Belgrado en el seno del Imperio otomano, o se convertía en una provincia austriaca. Los austriacos temían quedar excluidos de una partición franco-rusa de los dominios otoma-

nos que parecía inminente, unos miedos que se extremaron cuando Alejandro emitió un decreto imperial que anunciaba su intención de anexionarse los principados del Danubio. El silencio de Francia parecía confirmar los peores temores de los austriacos.[194]

Y, sin embargo, cuando Metternich abordó este tema con Napoleón, se dio cuenta de que, lejos de ir a quedar excluida, Austria podía, de hecho, desempeñar un papel significativo en los Balcanes. Napoleón confiaba en explotar los celos austriacos ante la expansión rusa en la península balcánica para bloquear cualquier avance en esa dirección. «El Danubio es para vosotros de inmenso valor –les dijo a los austriacos–. Mirad el mapa. Los principados [del Danubio] deberían perteneceros a vosotros en lugar de a Rusia. Y si los rusos los poseyeran, serían para vosotros una fuente perpetua de celos».[195] En cuanto a la posibilidad de que Rusia tomara el control de Serbia, Napoleón le comunicó al ministro austriaco la opinión siguiente:

> El Danubio sirve de gran obstáculo que, hasta el momento, ha detenido el progreso de los ejércitos rusos; pero una sola pulgada de tierra de la orilla derecha en manos de los rusos equivaldría, en mi opinión, a la completa destrucción del Imperio otomano.[196]

Las garantías francesas, de todos modos, no lograron convencer a la corte vienesa, que al mismo tiempo se había aproximado a San Petersburgo para aceptar la incorporación rusa de los principados danubianos a cambio de concesiones comparables en Bosnia y Serbia.[197] En medio de esta fluctuante situación internacional, Metternich se convenció de que la mejor manera de salvaguardar los intereses económicos y políticos de Austria era asegurar la continuidad de la gobernanza otomana en los Balcanes. El delicado equilibrio de fuerzas de la región solo podía mantenerse mediante la restauración de la autoridad «legítima». En consecuencia, rechazó la oferta que le hicieron los serbios para anexionar el país y prefirió intentar que todas las partes implicadas aceptaran la mediación austriaca, la cual podría poner fin a

la Guerra Ruso-Otomana y conseguir en los Balcanes alguna semblanza de orden.[198]

Metternich no pudo elegir un momento peor. Los otomanos rechazaron la mediación austriaca, en la que no confiaban.[199] El recuerdo del reciente rechazo austriaco a la petición de mediación otomana era todavía reciente: «Cuando Austria fue invitada a mediar entre Serbia y la Puerta, se guardó su mediación; en el momento presente se ofrece con propuestas de mediación y garantías, igualmente inesperadas y no requeridas», reportó un enviado británico en Constantinopla que se hacía eco de la desconfianza otomana hacia las intenciones austriacas.

> ¿A qué se debe atribuir el cambio? ¿Está Austria influida solo por la súbita comprensión, a la que antes era insensible, de la ganancia que probablemente obtendría de la reconciliación de la Puerta con sus súbditos rebeldes? ¿O es que ya no teme despertar la hostilidad de Rusia?[200]

Los turcos también eran conscientes de que la corte de los Habsburgo, a la vez que prometía proteger la integridad territorial otomana, hacía la vista gorda ante los enormes envíos de suministros que llegaban desde Hungría a los rebeldes serbios.[201] Todavía más alarmantes para los otomanos eran los rumores, extendidos por los británicos, de que la Paz de Schönbrunn entre Francia y Austria contenía disposiciones secretas para compensar a Austria por las pérdidas territoriales en Europa central a costa de los territorios otomanos de los Balcanes. Canning, anterior ministro británico de Exteriores, escribía:

> La intervención de Austria es inaceptable para la Puerta, que puede sospechar justificadamente que aquella actúa con el consentimiento y, por tanto, bajo la dirección de Francia, y para Inglaterra, cuyas miras más amplias y cuya política liberal pueden prever y comprender las penosas consecuencias de que ella [la Sublime Puerta] esté enzarzada con Rusia en una lucha infructuosa, solo beneficiosa para el enemigo común de ambas.[202]

En consecuencia, el Gobierno otomano exigió firmemente a Viena que desistiera de implicarse en forma alguna en los asuntos del *pashalik* de Belgrado.

La oferta de mediación austriaca fue recibida con una indiferencia similar en Belgrado. Karađorđe, que se había librado de una destrucción inminente gracias a la intervención de Rusia, no podía permitirse alienar el favor de la única gran potencia dispuesta a apoyarlo contra los otomanos. Lleno de desconfianza hacia los austriacos, rechazó la oferta de negociación: si el emperador Francisco era sincero en su deseo de ayudar a los serbios, debía primero enviar tropas.[203] La llegada de un delegado ruso permanente con respaldo financiero puso de nuevo a los serbios bajo la influencia de Rusia.[204] El comandante en jefe ruso Bagratión, advertido del doble juego de Karađorđe, criticó a los serbios por buscar ayuda extranjera y manifestó su preocupación por los rumores de una oferta de paz que Hurshid Pachá, gobernador otomano de Rumelia, había extendido a los serbios. Entre las condiciones de este acuerdo, los turcos querían desplegar hasta 5000 hombres en Belgrado para garantizar la paz y la estabilidad de la región.[205] Karađorđe prometió elevar esta oferta al Consejo Nacional, donde el debate por la propuesta turca provocó la división entre los serbios: un grupo pedía la continuación de la lucha hasta que se alcanzara la independencia completa y el otro prefería firmar un alto el fuego y negociar con Turquía.[206] Los rusos, temerosos de perder presencia en la región, exhortaron a Karađorđe y a otros jefes serbios a ignorar las ofertas otomanas y utilizaron dinero e incentivos para asegurarse el rechazo del consejo al acuerdo.[207]

Una vez apaciguados los serbios, Bagratión dirigió su atención a lo que sucedía en Bosnia, donde la población cristiana había empezado una rebelión contra los turcos. La acogió como algo «útil tanto para los intereses serbios como para los nuestros» y trató de animar a la población cristiana de otros territorios otomanos a seguir el ejemplo.[208] Una proclamación especial dirigida a la nación serbia, redactada y difundida por las autoridades rusas, afirmaba:

> Esta es la ocasión en que el pueblo serbio debe estar movido por su fe y su amor a la patria y armado con el espíritu del valor. Todos los serbios deben unirse unánimes al indomable ejército ruso para derribar a los arrogantes tiranos de Serbia y establecer la seguridad y la paz en el país.

A continuación, la proclama, para subrayar los estrechos lazos que unían a Rusia y Serbia, aseguraba: «[…] vuestros hermanos, los valientes guerreros de Rusia, marchan a defenderos […]. Recibidlos como hermanos y combatid juntos al enemigo».[209] Merece destacarse que, a la vez que las autoridades rusas trataban de hacer realidad sus planes imperiales en los Balcanes, también intentaban enmascararlos bajo el manto del nacionalismo serbio contra los turcos. Bagratión previno al ministro ruso en Belgrado para que eligiera «solo aquellos medios que no desacreditaran» a rusos y serbios a ojos de los demás Estados europeos. Las acciones rusas debían crear la «impresión» de que la insurrección serbia y las demás rebeliones balcánicas estaban causadas por las «aspiraciones de estas naciones cristianas, no por la agitación de una potencia extranjera».[210]

En 1810-1812, el emperador Alejandro estaba ansioso por la conclusión de la Guerra Ruso-Otomana, que entonces entraba en su quinto año. Mientras las relaciones franco-rusas empeoraban sin cesar, se sentía verdaderamente preocupado por la perspectiva de tener que confrontar a los franceses estando aún enzarzado en una contienda con los turcos. La sociedad rusa también quería resultados inmediatos:

> […] la guerra con Suecia la había acostumbrado a las victorias rápidas; las acciones de Bagratión parecían bastante insatisfactorias. «¿De qué ha servido que cruzara el Danubio?», se decía […]. Hace cincuenta años, eso tal vez habría sorprendido a la gente, hoy no. Ahora tenemos que cruzar las montañas de los Balcanes.[211]

La exigencia de resultados de Alejandro lo impulsó a destituir a Bagratión, que pedía una preparación más metódica para la

campaña, y a reemplazarlo por el general Nikolái Kamenski. A finales de la primavera de 1810, Kamenski pasó el Ejército ruso al otro lado del Danubio de nuevo, tomó las fortalezas de Silistra, Razgrad y Bazardjik y rodeó al contingente principal otomano de 40 000 efectivos en el campamento fortificado de Shumla, que los rusos cercaron después de unos primeros asaltos infructuosos. Kamenski desperdició entonces tiempo y soldados en un golpe desastroso contra Ruse, el 3 de agosto, que acabó con casi 9000 muertos o heridos. Los rusos recuperaron ímpetu al mes siguiente, cuando Kamenski interceptó a los refuerzos otomanos que se dirigían a Shumla (Shumen) a rescatar al ejército del gran visir y los puso en fuga en Batin los días 7 y 8 de septiembre.

Durante los seis meses siguientes, los rusos se enseñorearon por el norte de Bulgaria y tomaron las fortalezas de Ruse, Turnu, Pleven, Lovech y Selvi. Sin embargo, a pesar de estas sonoras victorias, Kamenski seguía lastrado por los mismos problemas logísticos que habían atenazado a sus predecesores y tuvo que retirar su contingente a cuarteles de invierno al norte del Danubio.[212] Una de sus últimas decisiones fue despachar un pequeño destacamento a Belgrado que llegó allí en enero de 1811 y precipitó una crisis diplomática con Austria.[213] La ocupación rusa de la capital serbia no obedecía a necesidades militares y fue condenada por los círculos castrenses austriacos, que veían en ella un anuncio de la independencia serbia o de algo todavía peor, un protectorado ruso sobre Serbia que sería más dañino para la posición internacional de Austria que «la pérdida de los Países Bajos austriacos».[214] El general Radetzky y otros halcones austriacos llevaban mucho tiempo pidiendo un replanteamiento radical de las estrategias austriacas en el este y proponían aspirar a «las fronteras naturales» propias de Austria, las cuales habrían abarcado no solo Bohemia, Moravia, Silesia, los Cárpatos y Bucovina al norte y al este, sino también toda el área que se extiende, en el

sur, entre el mar Adriático y el mar Negro.[215] Para Metternich, la presencia rusa en Belgrado era preocupante por el efecto adverso que podía tener en los millones de eslavos y cristianos ortodoxos que vivían en los Balcanes, así como dentro de Hungría y Croacia, lo que amenazaría la estabilidad interna de su imperio. Los austriacos exigieron explicaciones de los motivos que habían llevado a la ocupación rusa de Belgrado y ordenaron el refuerzo de los accesos fronterizos a lo largo del Danubio que comunicaban con la capital Serbia. La respuesta de los rusos, como era previsible, negó cualquier intención ulterior y trató de aplacar los temores austriacos. Enviaron además a Viena un emisario especial, que le aseguró a Metternich que el despliegue de las tropas lo habían ejecutado los generales rusos siguiendo su propio criterio y «solo por interés militar».[216]

Estas explicaciones no les parecieron convincentes a los austriacos. No se equivocaban. Las tropas rusas situadas en Belgrado tenían escaso valor militar, pero proporcionaban una tremenda baza diplomática. Mientras las relaciones franco-rusas seguían deteriorándose (Napoleón interpretó las acciones rusas como una nueva violación del Acuerdo de Érfurt), Alejandro sabía que, en caso de guerra con Francia, sus posibilidades eran reducidas a menos que pudiera asegurarse el apoyo o la neutralidad de Austria, la cual, en caso contrario, podría amenazar las provincias sudoccidentales rusas. Durante el invierno y la primavera de 1811, el emperador Alejandro trató de usar la cuestión serbia como herramienta de negociación para inducir a Austria a llegar a algún compromiso. Viena se negaba a siquiera valorarlo hasta que Rusia no hubiera aclarado sus planes en los Balcanes. «Acabad este asunto con los turcos y entonces hablaremos», le dijo sin rodeos Metternich al enviado ruso en febrero de 1811.[217] La ocupación rusa de Belgrado estaba, por consiguiente, pensada para hacer comprender a Austria la seriedad de las intenciones rusas y empujar a negociaciones diplomáticas sustanciales. El so-

berano ruso estaba dispuesto a concesiones inéditas. En una carta al emperador Francisco, Alejandro hablaba de su disposición a ceder toda Serbia y los principados del Danubio hasta el río Siret y a aceptar la hegemonía austriaca en Italia, a cambio de que Viena se comprometiera a no alienarse.[218] Por tentadora que resultara esta propuesta, Metternich sabía que aceptarla habría equivalido a declarar la guerra al Imperio otomano, cuando no a la propia Francia, teniendo en cuenta que Napoleón comprendía perfectamente el impacto estratégico del avance ruso hasta Belgrado. El Gobierno austriaco no podía permitirse otra guerra cuando no habían pasado dos años desde la desastrosa contienda anterior, así que no tuvo más remedio que rechazar la oferta rusa.

Igual de infructuosas resultaron las propuestas rusas al sultán Mahmut, que rechazó la oferta de que Rusia abandonaría la causa serbia si él accedía a entregar los principados del Danubio. Los turcos sabían que el tiempo era crucial. El conflicto entre Rusia y Francia era cada vez más inminente. Por tanto, rechazaron entablar conversaciones formales hasta que Rusia admitiera el *statu quo ante bellum*, es decir, la renuncia a todas las conquistas de los cinco años previos.[219] El emperador Alejandro, frustrado por estos reveses diplomáticos, sustituyó a Kamenski por el general Mijaíl Kutúzov en marzo de 1811 y le dio al nuevo comandante órdenes estrictas de obtener una conclusión victoriosa de la guerra con la máxima celeridad. Kutúzov retiró las guarniciones rusas de la mayoría de las fortalezas y concentró su ejército cerca de Ruse, en la orilla derecha del Danubio. En junio de 1811, el Ejército otomano de Ahmed Pachá lanzó una ofensiva contra los rusos, pero fue derrotado cerca de Ruse el 4 de julio. De todos modos, Kutúzov, preocupado porque las unidades otomanas situadas en Vidin pudieran poner en peligro su flanco, abandonó Ruse y retiró su contingente a la orilla izquierda del río. En julio y agosto, los efectivos otomanos protagonizaron varios intentos

fallidos de cruzar el Danubio, lo que concedió a Kutúzov el tiempo necesario para elaborar una operación de envolvimiento y destrucción de todo el Ejército otomano. El 10 de septiembre de 1811 permitió que Ahmed Pachá y su contingente pasaran el río por Slobozia, cerca de Ruse. Entonces, destacó un reducido cuerpo de alrededor de 11 000 efectivos para que vadeara el Danubio río abajo y se apoderara del campamento otomano y de la fortaleza de Ruse, en la espalda de las fuerzas otomanas. Ahmed Pachá acabó así copado y empujado contra el río, donde sus hombres fueron poco a poco doblegados por el hambre hasta que se rindieron el 5 de diciembre.[220]

La victoria de Ruse fue el golpe que quebró la resistencia otomana. El sultán accedió a entablar conversaciones diplomáticas en octubre, con la esperanza de que la inminente conflagración entre Francia y Rusia cambiaría a su favor la situación diplomática. Rusia, muy presionada por la amenaza de invasión francesa, cada vez mayor, optó al final por llegar a un compromiso con los turcos y firmó el Tratado de Bucarest el 28 de mayo de 1812, solo un mes antes de que las primeras tropas francesas hollaran suelo ruso.[221] El emperador Alejandro aceptó con desgana la devolución de Moldavia y Valaquia al sultán y aceptó Besarabia, una franja de territorio entre los ríos Dniéster y Prut en el este de Moldavia, a modo de compensación por las bajas sufridas durante la guerra. Esto quedaba muy lejos de las aspiraciones rusas previas sobre todos los principados del Danubio, pero, en aquel momento, a Rusia le preocupaba más asegurarse la tranquilidad de sus fronteras meridionales y sacar de allí a decenas de miles de soldados a tiempo para el enfrentamiento con Francia. El Tratado de Bucarest obligaba a los turcos a renunciar a sus pretensiones sobre Georgia occidental, que llevaba bajo influencia rusa la mayor parte de la década previa. Los serbios fueron los que peor parados salieron por esta paz en la que Rusia los abandonó fríamente. El tratado estipulaba la autonomía de Serbia, pero el ar-

tículo 8 daba manos libres a los turcos para sofocar la rebelión de los serbios. El tratado también confirmaba los anteriores acuerdos ruso-otomanos, excepto aquellos considerados obsoletos, como el tratado de alianza de 1805. Esto, en la práctica, significaba que los estrechos turcos seguirían cerrados a los buques de guerra rusos.

Que toda Europa se mantuviera centrada en Napoleón de 1813 a 1815 concedió un respiro crucial a la autoridad central otomana, la cual se declaró neutral con respecto al conflicto en curso en el continente y rechazó las sugerencias británicas de permitir que los buques de guerra rusos atravesaran los estrechos para lanzar una expedición a Italia. El sultán Mahmut utilizó la oportunidad que se le abrió en ese tiempo para reafirmar su autoridad sobre las provincias rebeldes y poner las bases de su ulterior programa modernizador de desarrollismo defensivo. El final de la guerra con Rusia le permitió desplazar recursos militares a Serbia, donde, en 1813, los otomanos pusieron en fuga a las fuerzas serbias y ocuparon Belgrado en el mes de diciembre. Esto vino a señalar el fin de la Primera Insurrección Serbia: Karađorđe y sus partidarios huyeron a Austria, mientras que algunos *knezes* serbios encabezados por Miloš Obrenović, rival de Karađorđe, aceptaban la restauración de la autoridad otomana. En cualquier caso, los abusos y el mal Gobierno otomano no tardaron en alienar a estos colaboradores serbios.

En septiembre de 1814, una revuelta liderada por Prodan Gligorijević (Hadži-Prodan) amenazó por breve tiempo el dominio otomano en el área occidental del centro de Serbia, pero fue reprimida. Miloš Obrenović protagonizó un desafío de mayor trascendencia cuando lanzó la Segunda Revolución serbia el Domingo de Ramos de 1815. La derrota de Napoleón en Waterloo y el fin de las Guerras Napoleónicas ayudaron en gran medida a los serbios, ya que los rusos volvían a ser libres para apoyarlos contra los otomanos. El sultán Mahmut actuó con prudencia, te-

meroso ante la posible intervención rusa. Concedió a los serbios una autonomía limitada y reconoció a Miloš Obrenović como príncipe de Serbia. Aunque se trataba de un acto conciliatorio del sultán, también fue, de forma involuntaria, el primer paso hacia la fragmentación política del Imperio otomano.

CAPÍTULO 17 | La conexión kayar: Irán y las potencias europeas, 1804-1814

La volátil situación europea había beneficiado al principio a los soberanos de la dinastía kayar de Irán. Como ya hemos observado, la focalización de las potencias europeas en la Francia revolucionaria permitió a Aga Mohamed Kan y a su sucesor Fath Alí Sah plantearse ambiciosas campañas para reafirmar la influencia iraní en la región y consolidar su autoridad en su propio territorio. Las potencias europeas contemporáneas veían a los soberanos kayares como «déspotas orientales» que ostentaban un poder ilimitado en el que se fundían las funciones legislativa, ejecutiva y judicial del Estado. En realidad, la autoridad del sah estaba fuertemente coartada por la ausencia de una burocracia estatal o de un Ejército permanente, así como por poderosos potentados regionales cuya colaboración era imprescindible para la ejecución de cualquier decisión local del monarca.

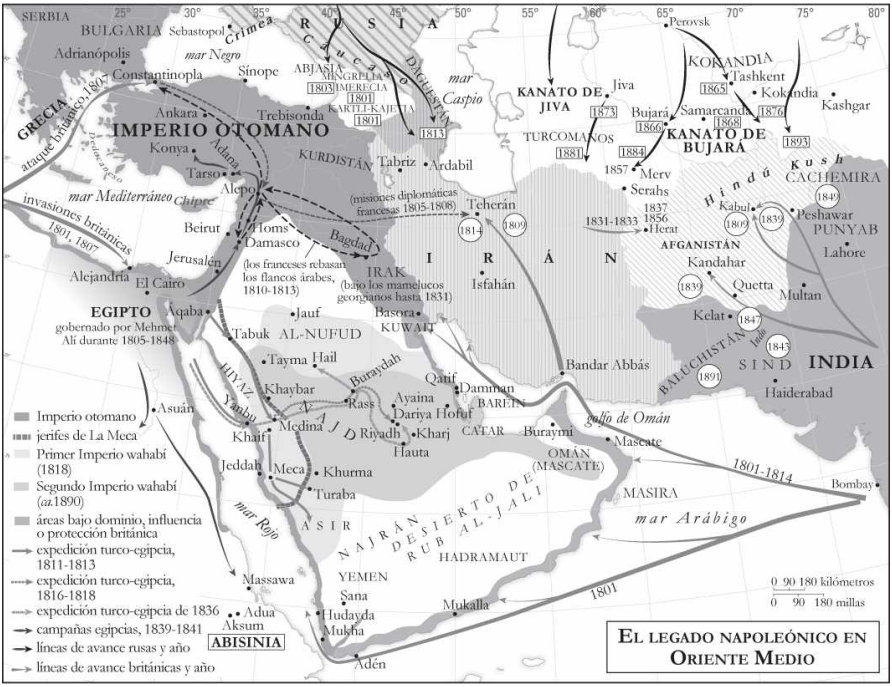
La expedición de Francia a Egipto y la amenaza geopolítica que esta parecía suponer para la India británica puso a Irán en el punto de mira de la política internacional europea. Los kayares también se beneficiaron de la inesperada muerte de la emperatriz Catalina II en noviembre de 1796. Pablo I no se mostró interesado en continuar la política imperial de su madre en el Cáucaso; de hecho, ordenó el regreso de las fuerzas rusas destacadas allí, lo que dejó el campo libre para que los sahs kayares reforzaran las

bases de su poder. La sensación de legitimidad y la importancia que conferían los contactos con las legaciones extranjeras aumentaron la receptividad de los iraníes a las propuestas de las potencias europeas: en 1801, el tratado anglo-iraní estableció un principio de alianza entre ambas naciones.[1]

Irán disfrutó entonces de un respiro de apenas cuatro años. Tras la partida de los franceses de Egipto, a finales de 1801, los británicos perdieron interés por Irán –las posesiones de la Compañía Británica de las Indias Orientales parecían a salvo de la amenaza francesa y Londres estaba más preocupado por lo que sucedía en Europa–. Estaba claro que Irán no entraba en las prioridades imperiales británicas –varias embajadas iraníes despachadas al cuartel general de la Compañía en Calcuta fueron recibidas sin mucho entusiasmo y el tratado de 1801 continuaba sin ser ratificado–.[2] Además, la muerte del emperador Pablo elevó al poder a Alejandro, cuya visión del Cáucaso meridional difería en extremo de la de su padre y estaba más en línea con la de su abuela. Mientras Europa estaba centrada en el torbellino revolucionario, Alejandro dirigió su atención al sur de Caucasia, donde sabía –igual que su abuela– que podía canalizar las aspiraciones imperiales rusas en Oriente Medio. Ya hemos visto que el reino georgiano oriental de Kartli-Kajetia buscaba la alianza con Rusia para protegerse de la posible absorción otomana o iraní. En 1801, en una clara violación del Tratado de Gueórguiyevsk que había firmado su abuela, el emperador Alejandro promulgó un manifiesto que anexionaba el reino georgiano oriental a Rusia y señalaba el inicio de una decidida implicación rusa en los asuntos del Cáucaso que iba a perdurar en el tiempo. De todos modos, a los pocos meses de tomada la decisión ya estaba claro que la incorporación de la región no iba a ser fácil y que la conquista tendría un coste elevado en hombres y recursos.[3] Las autoridades rusas, confiadas en un éxito rápido y sencillo, no se echaron atrás. Alejandro adujo que la anexión de Georgia se había hecho

por el «bien del pueblo» –es decir, de los georgianos– y no por el deseo de consolidar los intereses rusos en la región.[4]

El personaje clave en los esfuerzos rusos para la pacificación de Georgia oriental y la expansión de los dominios rusos al Cáucaso meridional fue el príncipe Pável Tsitsiánov, nombrado comandante en jefe del Cáucaso en 1802.[5] Vástago de la poderosa familia Tsitsishvili de nobles georgianos, Tsitsiánov era, sin embargo, un resuelto imperialista ruso que creía en la *mission civilisatrice* de Rusia en Asia.[6] El plan ruso para la conquista del sudeste de Caucasia preveía un proceso de varias etapas que se iniciaría con la remoción de la dinastía Bagratión y la subyugación de los principados georgianos. En 1802, una vez obligado el príncipe regente David Bagratión a hacerse a un lado, el emperador Alejandro ordenó a todos los miembros de la familia real georgiana que se trasladaran a Rusia. La nobleza georgiana protestó por la imposición directa del Gobierno ruso y pidió la aplicación de las provisiones del Tratado de Gueórguiyevsk. Cuando las autoridades rusas empezaron a arrestar y a exiliar a los nobles que protestaban estalló una rebelión en Kajetia (Georgia oriental) y los príncipes Bagratión solicitaron apoyo a Irán. Las autoridades rusas encabezadas por Karl Knorring, advertidas del levantamiento, tomaron medidas de emergencia para la protección de Tiflis, trajeron refuerzos y bloquearon las rutas estratégicas que atravesaban las montañas. Las medidas no tardaron en hacer efecto –la insurrección perdió fuelle, los príncipes georgianos se vieron obligados a escapar a Irán y muchos nobles georgianos no tuvieron más remedio que reconsiderar su oposición al dominio ruso–. En la primavera de 1804, otra rebelión, esta vez encendida por la introducción de usos y normativas rusos, estalló en las tierras altas de Kartli (Georgia central). Aunque se extendió con rapidez por la región, fue sofocada en el curso de ese mismo año.[7]



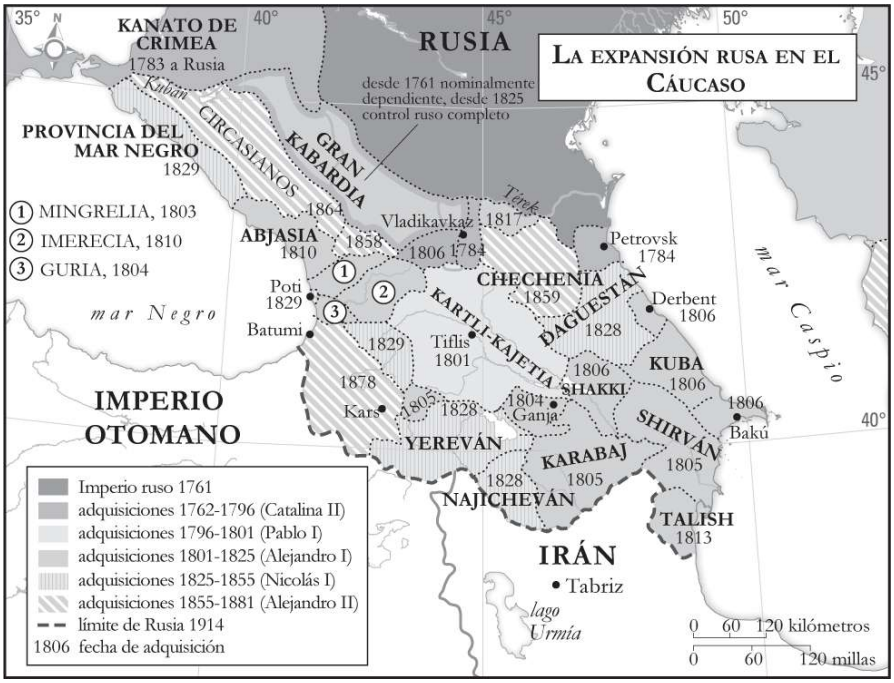
Para garantizar la seguridad de Georgia, las autoridades rusas juzgaron necesario expandirse más al oeste y al sur y trazar la frontera a lo largo del río Aras hasta su estuario en el mar Caspio. Esta frontera se mantendría con bases militares en Yereván y Najicheván y sería protegida también por una tercera base adelantada al sur, en Talish, que permitiría a Rusia amenazar las provincias iraníes de Guilán y Mazendarán. Entre 1802 y 1804, Tsitsiánov procedió a imponer la autoridad rusa en el reino georgiano occidental de Imericia, en los principados de Mingrelia y Guria y en los kanatos situados al sur de Georgia. Algunos kanatos se sometieron sin lucha, pero el de Ganja se resistió y desencadenó una invasión rusa que saqueó la ciudad homónima. La expansión rusa a la Caucasia oriental, que Irán consideraba parte de su esfera de influencia, representaba un claro desafío a la hegemonía iraní en la región.[8] Fath Alí Sah se sintió obligado a reforzar su legitimidad afirmando su soberanía en esta región. Como monarca kayar, sabía que la justificación ideológica de los

derechos de su dinastía al trono era que los kayares habían reintegrado las regiones «renegadas» a los Dominios Protegidos de Irán (Mamalek-e Mahrusa-ye Iran) y habían restablecido el poder del islam chií. La expansión rusa en la Caucasia oriental constituía una amenaza directa y peligrosa al pilar ideológico que sustentaba a la nueva monarquía iraní.[9]

En mayo de 1804 Irán exigió a los rusos que se retiraran de Caucasia. Al negarse estos, Irán declaró la guerra en junio. Este encontronazo con una de las grandes potencias europeas iba a ser una experiencia aleccionadora para Irán, que se vería incapaz de igualar la potencia de fuego y la disciplina del Ejército ruso. La historia de la Guerra Ruso-Iraní, que duró diecinueve años, está plagada de casos en los que pequeños contingentes rusos rechazaron con éxito a efectivos iraníes muy superiores en número. Fath Alí Sah buscó el apoyo de los británicos para expulsar a los rusos del Cáucaso oriental, pero la alianza anglo-iraní no superó su primera gran prueba. El sah kayar interpretaba que los artículos del tratado de 1801 obligaban a Gran Bretaña a apoyar a Irán si era amenazado por una tercera parte (esto es, Rusia), a cambio de la garantía iraní de hacer lo propio por los británicos en la India o dondequiera que necesitaran ayuda. A lo largo de 1805-1806 hizo varias peticiones de asistencia militar y financiera a la Compañía Británica de las Indias Orientales que fueron rechazadas. Los responsables de la Compañía y el Gobierno británico veían la situación de modo muy distinto. Argüían que el tratado no se había llegado a ratificar formalmente y que, por tanto, no era vinculante.[10] Además, los británicos argumentaban que, incluso si hubiera sido ratificado, sus provisiones solo se aplicaban en caso de amenaza de Francia, no de Rusia. En efecto, Gran Bretaña no estaba interesada en apoyar a Irán ante Rusia, que era un valioso aliado en su enfrentamiento contra Napoleón en Europa. Algunos funcionarios británicos llegaban incluso a aceptar la expansión rusa en el Cáucaso. Fath Alí Sah estaba, obviamen-

te, exasperado por lo que interpretaba como el incumplimiento por los británicos de su compromiso a prestarle ayuda. Había pensado que había sellado un tratado entre iguales y, al darse ahora cuenta de que los británicos no lo tratarían como un igual, empezó a virar gradualmente en dirección a Francia.

El comandante ruso en el Cáucaso, Tsitsiánov, deseoso de luchar con Irán, sostenía que la contienda debía ser rápida y decisiva para establecer la presencia rusa en la región.[11] Los rusos tomaron la iniciativa desde el propio inicio del conflicto, cuando Tsitsiánov avanzó con alrededor de 3000 soldados al kanato de Yereván después de que su gobernante, Muhammad Kan, se negara a aceptar la soberanía rusa. En junio, los rusos sitiaron Yereván y derrotaron a las fuerzas iraníes en Guiumri (Leninakán). Al mes siguiente, Tsitsiánov obtuvo una victoria sobre el príncipe heredero kayar, Abbas Mirza, no lejos de Yereván.[12] Tras estas derrotas, las unidades iraníes retrocedieron para reagruparse, mientras Tsitsiánov continuaba presionando a los kanatos de la región. En 1805, Karabaj, Shaki y Shirván reconocieron la autoridad rusa cuando los soldados de Tsitsiánov efectuaron incursiones que llegaron hasta Rasht, en el noroeste de Irán.[13] En febrero de 1806, Tsitsiánov llegó a Bakú con la intención de imponer la autoridad rusa al kan local. Sin embargo, el 20 de febrero de 1806, en una reunión con el kan, Tsitsiánov –que, con su característica bravuconería, se presentó a la reunión con solo dos acompañantes– fue emboscado y asesinado por los guardias de aquel, los cuales enviaron después la cabeza del comandante ruso como presente al sah de Irán.[14]



La muerte de Tsitsiánov privó al Imperio ruso de un individuo entregado y capaz, una figura que contribuyó en alto grado a modular la naturaleza y el carácter de la conquista rusa del Cáucaso. Su mandato estuvo marcado por el arrojo, la determinación, la energía y, sobre todo, por un empuje irrefrenable para eliminar todos los obstáculos que surgieran ante el poder imperial ruso.[15] Las celebraciones iraníes por la muerte del «derramador de sangre» –según se le conocía en Irán– iban a ser breves. El sucesor de Tsitsiánov, Iván Gudóvich, repelió una invasión iraní de Karabaj en el verano de 1806 y siguió adelante con una ofensiva que no tardó en conquistar los kanatos de Derbent y Kuba. En octubre, los rusos tomaron al asalto Bakú, donde se cobraron una cruel venganza por la muerte de su comandante.[16]

Pese a estos primeros éxitos en la guerra, no transcurrió mucho tiempo antes de que Rusia viera bloqueados sus esfuerzos bélicos en el sur del Cáucaso por una enormidad de problemas imprevistos. El más importante de estos fue el inicio de la Gue-

rra de la Cuarta Coalición contra Napoleón, en 1806. La atención política y militar de Rusia se desplazó por esto al nordeste de Europa, donde se comprometieron más de 100 000 soldados rusos en la lucha con los franceses. Además, en diciembre de 1806, Rusia se vio envuelta en una nueva contienda contra el Imperio otomano que inmovilizó otros 40 000 de sus efectivos. La Guerra Ruso-Otomana llegó también a Caucasia occidental, donde los sultanes otomanos hacía mucho tiempo que querían imponer su suzeranía, que obligaría a las autoridades rusas a desviar hacia la frontera otomana efectivos que, en origen, estaban destinados a luchar contra Irán. La Guerra Ruso-Sueca –iniciada en febrero de 1808– y la Guerra Ruso-Austriaca de 1809 complicaron aún más la situación. Todos estos conflictos tenían repercusiones directas en el Cáucaso, puesto que impedían a Rusia dedicar recursos adicionales a su enfrentamiento con Irán. De este modo, Rusia no disponía de más de 50 000 hombres en toda la región del Cáucaso y, de ellos, eran menos de 10 000 los que se podían emplear en el teatro de operaciones bélico del sudeste de Caucasia. En 1811 no llegaban a 5000 los soldados desplegados contra las fuerzas iraníes, mucho más numerosas.[17] Además de estos inconvenientes militares, no hay que olvidar los financieros. La incorporación de Rusia al Bloqueo Continental y las consiguientes hostilidades anglo-rusas desbarataron el comercio ruso y redujeron su capacidad de mantener el gasto militar en el Cáucaso. Los rusos, al contrario de lo que habían esperado, no pudieron valerse de su poder naval en el mar Caspio para atacar las costas iraníes ni para abastecer a sus tropas en la Caucasia oriental. Dejando aparte la peligrosidad de las condiciones meteorológicas, la preparación de la flotilla para esta tarea era totalmente deplorable y, además, no había fondos para mejorar la situación.[18]

Todo esto condujo a que los asuntos caucasianos pasaran a un segundo plano para Rusia, al menos de momento. El emperador

Alejandro, centrado en los temas europeos, intentó acabar la guerra con Irán en varias ocasiones entre 1806 y 1808. Dos años de reveses militares habían vuelto al Gobierno iraní también proclive a buscar respiro. El principal obstáculo para la paz era la demanda rusa de que Irán cediera todo el territorio al norte del río Aras, aunque en buena parte de esa región la autoridad rusa fuera puramente nominal. Alejandro, mostrando una completa indiferencia por la seriedad de los intereses iraníes en la región, insistió en que sus tropas establecieran la frontera en el Aras porque, como Caulaincourt le escribió a Napoleón, era «necesario evitar las incursiones de los pueblos bárbaros que habitan el territorio».[19] Los diplomáticos rusos temían una posible aproximación entre Irán y Francia –que, de hecho, estaba sucediendo– en un momento en que Rusia se hallaba agobiada por sus compromisos en Europa y los principados del Danubio. Con el fin de evitarla, estaban dispuestos a buscar la intercesión británica y a aprovechar las relaciones amistosas entre Fath Alí Sah y la Compañía Británica de las Indias Orientales. Como reflejo de la profunda desconfianza que los rusos sentían hacia los iraníes, un memorando preparado en 1806 perfilaba tres prioridades inmediatas para la diplomacia rusa en el sudeste de Caucasia:

1. Es necesario negociar la paz con Persia, sin confiar plenamente en sus compromisos, con el fin de evitar su unión con la [Sublime] Puerta.
2. Posponer, hasta una ocasión más ventajosa, el establecimiento [de la frontera imperial rusa] en los ríos Kura y Aras.
3. Emprender preparativos militares ante la posible unión entre los turcos y los persas.[20]

En el verano de 1806, Gran Bretaña desperdició una oportunidad crucial. Tanto Rusia como Irán buscaban un acuerdo pacífico y Fath Alí Sah, escaso de dinero y ansioso por conseguir un

aliado, les pidió a los británicos su apoyo. Estos pudieron haber tenido un papel decisivo como mediadores de la paz, de no haber estado en ese momento absorbidos por los problemas europeos y si no hubieran estado erróneamente convencidos de que, mientras mantuvieran buenas relaciones con Rusia y el Imperio otomano, no era necesario tomar medidas contra la posible influencia francesa en Irán, de la que no se esperaba que tuviera ningún efecto tangible. Además, Londres temía que cualquier intervención en Irán enojaría a los rusos, cuyo apoyo buscaba mantener a toda costa contra Napoleón. Esto, en la práctica, abrió la puerta a que Francia utilizara a Irán para amenazar los intereses rusos y británicos. Lo expresó claramente el embajador británico en el Imperio otomano, Charles Arbuthnot, en agosto de 1806: «Por apaciguar al Emperador [de Rusia] hemos arrojado por la borda todo nuestro crédito en Persia».[21]

En octubre de 1806, Rusia e Irán firmaron el Armisticio de Uzún-Kilissa, que detuvo las hostilidades durante el invierno de 1807.[22] Las negociaciones que se desarrollaron durante los meses siguientes revelaron un abismo entre las propuestas de paz rusas e iraníes. La esperanza iraní de que las aspiraciones rusas en el Cáucaso meridional se pudieran haber mitigado después del asesinato de Tsitsiánov se vio echada por tierra. Su sucesor, Gudóvich, insistía en que la cesión de Georgia y de los kanatos del sur del Cáucaso era «necesaria para el establecimiento de unas fronteras seguras que produzcan vecinos amistosos».[23] No causa sorpresa que los iraníes rechazaran estas demandas y que insistieran en la completa retirada de los rusos de la región y en el establecimiento de las fronteras imperiales al norte del Cáucaso.[24] A pesar de la intransigencia de los debates, ambos bandos deseaban continuarlos. Las negociaciones con Irán ofrecían a Rusia una oportunidad crucial para reagrupar sus fuerzas y encarar la amenaza creciente de los otomanos en el sudoeste de Caucasia (que veremos más adelante). Por su parte, Fath Alí Sah, que ya tenía

un embajador en camino para reunirse con Napoleón, confiaba en que, si mantenía a los rusos atados en las negociaciones, tendría una posición negociadora más fuerte en las inminentes conversaciones con los franceses. Esta es la razón por la que, en palabras del enviado francés, el general Claude Mathieu Gardane (Gardanne), el emisario ruso, «no fue despedido ni se le rechazaba por completo. El sah prefería ganar tiempo en espera del resultado de las negociaciones con Francia».[25]

Los reveses experimentados por Irán durante los dos primeros años de guerra demostraron a las claras que para imponerse a Rusia necesitaba un aliado, por lo que la corte kayar no tuvo más remedio que buscar ayuda en Europa. Esto no tardó en enredarla en las maniobras diplomáticas de las Guerras Napoleónicas. El sah, como hemos indicado, tenía preferencia por la ayuda británica, pero la negativa de Londres a prestar apoyo a Irán en esta hora difícil abrió las puertas a los franceses. Las ambiciones de Napoleón en Oriente reflejaban elementos tradicionales de la política exterior gala y buscaban sostener a los otomanos y a Irán como colchones de los intereses franceses en la región. Como hemos indicado anteriormente, ya desde la campaña egipcia, Napoleón había visto en Irán un posible lugar desde el que amenazar los intereses británicos en la India y, una vez que las tensiones franco-otomanas se resolvieron en 1802-1803, el líder francés no dejó de pedir constantemente a sus diplomáticos destinados en Constantinopla más información acerca de Irán.[26] En 1803-1804, Napoleón inició acercamientos diplomáticos a Irán a través de su embajador en Constantinopla y también de Jean Rousseau, cónsul galo en Bagdad (residente en Alepo), y de Louis Alexandre de Corancez, comisario francés de relaciones comerciales en Alepo.[27] En 1806 ya contemplaba utilizar al Im-

perio otomano y a Irán contra sus principales enemigos, Rusia y Gran Bretaña. En mayo de ese año escribía a Talleyrand: «El objetivo inquebrantable de mi política es hacer una triple alianza de mí mismo, la Sublime Puerta y Persia que apunte directamente o de modo implícito contra Rusia».[28] La estrategia imperial de Francia otorgaba al Imperio otomano (con apoyo francés) el papel de guardián de los intereses galos contra Rusia en el sudeste europeo, mientras que Irán ayudaría a proyectar la influencia de Napoleón más al este y serviría de base para la renovada amenaza francesa sobre la India.

Estos esfuerzos parecieron dar fruto cuando Fath Alí Sah, molesto por la doblez británica en su contienda contra Rusia, buscó la ayuda francesa a través de su embajador en Constantinopla. Los galos acogieron positivamente la iniciativa iraní y, en marzo de 1805, Napoleón despachó a Teherán al conocido orientalista Pierre Amédée Jaubert, a quien ordenó que le informara de la situación en Irán «provincia a provincia», así como de la actitud de cada gobernador.[29] Solo un mes más tarde Napoleón aprobaba otra misión, esta vez encabezada por el diplomático Alexandre Romieu.[30] Ambos emisarios viajaron hasta Constantinopla, donde Pierre Ruffin, *chargé d'affaires* en la capital, les proporcionó las informaciones más recientes de Irán.[31] Su llegada causó una honda preocupación en la embajada británica, la cual informó: «Romieu tiene reputación de hombre de variados talentos, de disponer de una considerable suma de dinero y de ser muy ducho en la ciencia de la intriga».[32]

Los caminos de los enviados franceses se bifurcaron en la capital otomana. Romieu, seguido por agentes británicos, sobrevivió a un intento de asesinato –supuestamente organizado por un cónsul británico en Alepo– y llegó a Teherán en septiembre de 1805. Entregó al sah una carta de Napoleón que lo ensalzaba como digno sucesor del gran soberano guerrero y le instaba a desafiar a los rusos y a los británicos.

> Vos imitaréis y superaréis los ejemplos [que vuestros predecesores] han legado. Como ellos, debéis desconfiar de los consejos de una nación de tenderos, quienes, en la India, trafican con las vidas y las coronas de soberanos; y debéis oponer el valor de vuestro pueblo a las incursiones de los rusos.[33]

Romieu no llegó a conseguir gran cosa porque cayó enfermo súbitamente después de asistir a una cena en el palacio del sah. Falleció el 12 de octubre de 1805, después de tres días de fiebre y vómitos. Aunque es posible que se tratase de disentería, los franceses proclamaron que Romieu había sido envenenado por los británicos, quienes negaron de forma tajante cualquier implicación.[34] Antes de morir, Romieu había enviado un esclarecedor reporte del estado de los asuntos iraníes en el que señalaba el deseo del sah de enviar un embajador a Francia y subrayaba su frustración por la negativa británica a proporcionar ayuda militar a Irán contra Rusia.[35]

El segundo enviado de Francia, Jaubert, se enfrentó a obstáculos distintos. Cambió de nombre para engañar a los agentes británicos y viajó de incógnito por Anatolia hasta llegar a Bayazid (actual Dogubayazit), en la frontera turco-persa, donde fue arrestado por el codicioso gobernador local, que lo mantuvo encerrado en una celda subterránea varios meses.[36] En junio de 1806 Jaubert llegó por fin a la capital kayar y entregó otra carta de Napoleón que mostraba su interés por una alianza franco-iraní.[37] Fath Alí Sah acogió positivamente la oferta y despachó a un emisario, Mirza Mohamed-Reza Qazvini, en misión diplomática a Francia. En noviembre, la misión iraní llegó a Constantinopla, donde se reunió con el gran visir otomano para debatir la formación de un frente conjunto en el sur de Caucasia. Los iraníes también mantuvieron una breve conversación con el embajador francés, Sebastiani, quien, de acuerdo con las instrucciones de Napoleón, envió varios oficiales franceses para empezar a asesorar a las fuerzas armadas iraníes.[38] Después de dos meses más de viaje, Mirza Mohamed-Reza Qazvini llegó a Francia. Allí supo que Napoleón ya no estaba en París, sino en los campos

nevados de Polonia, donde su Grande Armée se recuperaba del sangriento encuentro con los rusos en Eylau. El emisario iraní viajó a Polonia y allí entabló unas negociaciones que culminaron en un tratado franco-iraní firmado en el castillo de Finckenstein el 4 de mayo de 1807.[39]

El Tratado de Finckenstein, sellado con el trasfondo de las guerras europeas y el conflicto ruso-iraní en Caucasia, reflejaba el interés de Napoleón en formar una triple alianza con el Imperio otomano e Irán para mejorar las posiciones de Francia en Oriente. Napoleón, en una carta bastante halagadora escrita al sah el 17 de enero, anunciaba sus éxitos en la contienda contra Prusia y Rusia y planteaba la posibilidad de un frente conjunto franco-otomano-iraní contra un enemigo común. «Unámonos los tres y formemos una alianza eterna», le urgía al sah.[40] El Tratado de Finckenstein fue una manifestación de esta ambición: estaba calculado para que Fath Alí Sah emprendiera ataques de distracción contra el enemigo común ruso y, aprovechando la posición de Irán como vecino occidental de la India, amenazar también los intereses británicos en el subcontinente. El tratado establecía una alianza franco-iraní que garantizaba la integridad territorial de Irán y reconocía a Georgia oriental y a otros entes políticos del sur del Cáucaso como posesiones kayares (artículos 2 a 4). Napoleón prometía «dirigir todos sus esfuerzos a la expulsión de los rusos» de estos territorios y, con ese fin, proporcionar armas y expertos militares para la modernización de las fuerzas iraníes y «organizarlas según los principios del arte militar europeo» (artículos 6 y 7). Los artículos restantes estaban diseñados para poner fin a la influencia británica en Irán: el sah accedía a declarar la guerra a Gran Bretaña, a expulsar de Irán cualquier presencia británica, a obtener la cooperación de los afganos para un ataque francés contra la India y a proporcionar bases y suministros para un escuadrón naval francés en el golfo Pérsico.[41]

Apenas cerrado el pacto, Napoleón encargó al general Gardane, hombre de talento e imaginación considerables con vínculos familiares en Irán, la jefatura de la misión militar francesa allí.[42] Napoleón dio al general instrucciones detalladas que ilustran el alcance y la seriedad de sus ambiciones en Oriente. El emperador señalaba que Irán era importante para Francia por dos razones principales: su enemistad con Rusia, rival de Francia, y como medio de obtener una vía de paso militar hasta la India, donde Francia podía desafiar a Gran Bretaña. Instó a Gardane a que obtuviera información detallada de las capacidades militares de Irán y que remitiera una descripción precisa de las rutas, fortalezas y puertos de este país y del golfo Pérsico.[43]

Gardane, acompañado por un plantel impresionante de asistentes militares y civiles, partió de Polonia el 30 de abril.[44] Mientras iba de camino a Irán –un arduo viaje de varios meses–, acontecieron cambios decisivos en el Cáucaso y en Europa. Como hemos indicado, las hostilidades ruso-iraníes se suspendieron durante el invierno de 1807. A Rusia, centrada en los compromisos que tenía en Polonia y en los principados del Danubio, este armisticio le sirvió de utilísimo respiro para reagrupar sus fuerzas y, sobre todo, para prevenir la creación de una alianza otomano-iraní que podía haber representado una severa amenaza a sus posiciones en el Cáucaso. En efecto, las autoridades rusas aprovecharon las negociaciones con los iraníes para concentrar sus esfuerzos bélicos contra los turcos y solo dejaron un pequeño destacamento de observación en la frontera persa, donde, salvo alguna incursión ocasional, no hubo lucha.

La inactividad persa, además, permitió a Gudóvich acometer un triple ataque contra las guarniciones otomanas de Ajalkalaki, Poti y Kars, aunque los turcos lo repelieron y, en el caso de Ajalkalaki, infligieron elevadas pérdidas a los rusos.[45] Descorazonado y ante el mal tiempo imperante, Gudóvich no tuvo más opción que poner fin a la campaña. Por suerte para él, una contra-

ofensiva otomana mal planificada le concedió la oportunidad de enmendar los reveses previos. En junio Yusuf Pachá, *serasker* de Erzurum, se puso en marcha con alrededor de 20 000 hombres hacia la frontera rusa, donde fueron interceptados y puestos en fuga por una reducida fuerza rusa en el río Arpaçay (Ajurián) el 18 de junio de 1807. Fue una victoria rusa notable que acabó con la amenaza de una gran invasión otomana de Georgia y consolidó las posiciones rusas en el sur del Cáucaso.

Justo un mes más tarde, después del acercamiento franco-ruso en Tilsit, Gudóvich recibió instrucciones para sellar un armisticio con los turcos con la condición de que estos no reanudarían las operaciones militares sin notificación previa. Antes, mientras los rusos luchaban en las orillas del Arpaçay, el príncipe heredero Abbas Mirza, con casi 20 000 soldados iraníes, había estado acampado entre Yereván y las montañas de Algez. Pudo haber aprovechado la ocasión para golpear a los rusos, pero prefirió un curso de acción más cauto y esperó al resultado de la batalla, confiado en que esta acabaría en la derrota de los rusos. La victoria de Gudóvich no le dejó más alternativa que felicitar al comandante ruso por su triunfo y buscar más negociaciones.[46] Mucho más trascendentales fueron los cambios que tenían lugar en Europa. Cuatro días antes de la victoria rusa en el Arpaçay, Napoleón ponía en fuga al Ejército ruso en Friedland y obligaba a Alejandro a pedir la paz. El tratado franco-ruso resultante, que ya hemos visto, iba a tener consecuencias desastrosas para Irán. Napoleón, forzado a elegir entre el Imperio ruso y el lejano Irán, optó por el primero e ignoró sus anteriores promesas al segundo. Esto, prácticamente, destruyó los pilares de las alianzas orientales que había construido con tanto afán durante los dos años previos. Sin embargo, esto no significaba por necesidad el fin del interés de Napoleón por Irán: en su traición a la confianza de los persas, el emperador galo iba a demostrarse tan habilidoso reinterpretando las palabras como antes lo habían sido los británicos.

Si bien no quería apoyar a Irán contra su aliado ruso, recién conseguido, estaba todavía muy interesado en emplearlo como puerta a la India. En su pensamiento, lo único que continuaba vigente del Tratado de Finckenstein era la obligación de Irán de defender los intereses galos. Napoleón decidió, por consiguiente, que la misión de Gardane siguiera adelante. El enviado francés fue informado del cambio de estrategia y se le indicó que promoviera la paz entre Rusia e Irán y urgiera al soberano kayar a actuar contra los intereses británicos.[47]

Gardane, socavado por la pirueta de Napoleón en Tilsit, trató de conseguir todo lo que fuera posible en aquellas circunstancias. Negoció un tratado comercial que confirmaba las concesiones recibidas por los franceses en 1708 y 1715 y una convención militar para la entrega de mosquetes.[48] También despachó oficiales galos a explorar las regiones que podrían proporcionar acceso a la India. La misión militar francesa, aprovechando la tregua en las hostilidades ruso-iraníes, se implicó activamente en la preparación del Ejército iraní, en la que fue la primera de las grandes reformas occidentalizantes de la historia de Irán. El Ejército persa, aunque mucho mayor que su adversario ruso, era una fuerza tradicional basada en efectivos de caballería proporcionados por levas tribales. La caballería se adaptaba mejor a las operaciones en el terreno del Cáucaso oriental, donde los iraníes empleaban tácticas apropiadas, como las incursiones contra asentamientos y destacamentos rusos aislados, y evitaban las batallas a gran escala. Observadores británicos señalaban que el príncipe heredero Abbas Mirza solía repetir un dicho de su tío Aga Mohamed Kan: «Nunca te acerques al alcance de los cañones rusos y nunca permitas, mediante la celeridad de la caballería, que un aldeano ruso duerma en paz».[49] En cuanto a disciplina y armas de fuego, la infantería iraní estaba muy atrasada con respecto a los soldados occidentales, aunque su espíritu guerrero suplía sobradamente las carencias armamentísticas. Los visitantes occidentales señala-

ban con frecuencia el valor de los soldados iraníes y su aguante en las penalidades.

El mayor problema del Ejército kayar derivaba no tanto de la superioridad tecnológica de las armas rusas como de un planteamiento fundamentalmente distinto de la organización y el sostenimiento de la milicia, así como del ejercicio de la guerra. Las fuerzas tribales, que como hemos indicado dominaban el Ejército iraní, eran difíciles de controlar y de coordinar, anteponían sus intereses tribales a los nacionales y se resistían a adaptarse a la guerra de estilo occidental. Fath Alí Sah y sus consejeros (muy especialmente su hijo Abbas Mirza) estaban muy interesados en la reforma de sus fuerzas según los esquemas occidentales. El sah no desconocía, como le escribió a Napoleón, que «las tropas francesas, mejor entrenadas que las de Oriente en el manejo de las armas, están más acostumbradas a la maniobra y más coordinadas en sus movimientos. Por esta razón, los soldados del Oeste siempre tienen ventaja sobre los irregulares de Oriente».[50]

A pesar de los formidables retos que conllevaba la introducción de las reformas occidentalizantes, los oficiales franceses emplearon más de un año en la formación, equipamiento y entrenamiento de tres batallones de reclutas iraníes (alrededor de 4000 soldados). Estas unidades *sarbaz* de nueva creación venían a ser una amalgama de las prácticas iraníes y occidentales –los uniformes combinaban los sombreros tradicionales de lana de oveja con las chaquetas de estilo europeo–. La misión militar gala también supervisó la construcción de barracones, arsenales, molinos de pólvora y fundiciones de cañones que pronto forjaron veinte piezas. Los ingenieros franceses enseñaron a sus equivalentes iraníes los conceptos básicos de la ingeniería militar e intentaron mejorar las fortificaciones existentes en el noroeste de Irán.[51]

Todos estos fueron pasos importantes en la modernización de las fuerzas armadas iraníes, aunque su éxito fue solo parcial. La solicitud kayar de que Francia enviara oficiales y artesanos adi-

cionales, además de la prometida entrega de armas, no llegó a verse cumplida a causa del acercamiento franco-ruso. Los problemas financieros impidieron al Gobierno iraní conservar todas las tropas *sarbaz* como un ejército permanente, lo que significó que muchos de los soldados reformados solo recibieran formación limitada. Por ello, cuando las hostilidades con Rusia se reanudaron, los *sarbaz* no estaban del todo preparados para el conflicto: la alianza franco-rusa impedía que los oficiales galos pudieran dirigir a aquellas tropas en la batalla. Además, estas reformas fueron muy impopulares y numerosos líderes religiosos las acusaban de extrañas al islam. Los esfuerzos de la monarquía kayar por presentar las reformas como una resurrección de prácticas islámicas antiguas –publicitando con este fin algunas citas coránicas– cayeron en saco roto. Los soldados *sarbaz* detestaban la rígida disciplina a la que los sometían los oficiales franceses y se resistían a todos los esfuerzos dirigidos a borrar sus lazos tribales.

Según la misión militar francesa fue progresando, Gardane trató de reducir el impacto del Tratado de Tilsit prometiendo que ni Francia ni Rusia habrían podido aceptar ni respetar. En febrero de 1808 recibió instrucciones de Napoleón para que actuara de mediador entre Rusia e Irán durante las negociaciones que iban a tener lugar en Teherán. Napoleón enmarcó su posición en el cumplimiento de una promesa que había adquirido en Finckenstein, «hacer todo lo posible para obligar a Rusia a evacuar Georgia y el territorio persa».[52] Quería instar al sah a cumplir con su parte del trato poniendo fin a toda relación comercial con Gran Bretaña y expulsando a los agentes británicos de Irán.[53] Gardane, al transmitir los deseos del emperador, intentó convencer a Fath Alí Sah de que Napoleón ejercía una gran influencia sobre el emperador Alejandro y que podría obligarlo a ceder los territorios caucasianos en disputa. De hecho, el enviado francés urgió al sah y a sus consejeros a que ampliaran al máximo sus demandas en las negociaciones con Rusia, así como intentó re-

forzar en los iraníes la determinación de enfrentarse a los rusos.[54]

Este tipo de promesas estaban condenadas al fracaso. Napoleón, con su ejército enredado en España a la vez que el descontento crecía en Europa central, no podía permitirse alienar a Rusia insistiendo en que hiciera concesiones a Irán. En global, los intereses de Irán no eran tan cruciales para Francia como los de Rusia. El emperador Alejandro lo sabía. Durante una reunión privada con el embajador francés el 12 de agosto de 1808, Alejandro rechazó la mediación gala en las cuestiones ruso-iraníes, a la que comparó con una hipotética mediación rusa entre Francia y España. «Como los asuntos de ese país [España] no me conciernen, los que yo tengo con Persia [no deberían ser de] ningún interés para el Emperador», señaló Alejandro, para luego explicar que no «daría ningún paso atrás» en el Cáucaso y que no tenía intención de aceptar las demandas iraníes.[55] En efecto, Rusia se mantuvo tan intransigente como siempre en la cuestión del Cáucaso. Los representantes rusos malinterpretaron las intenciones de una propuesta diplomática anterior de los iraníes, la cual parecía admitir la entrega de Georgia a Rusia, y continuaron insistiendo en la cesión iraní de todo el territorio al norte del río Aras.[56] Estas demandas se vieron estimuladas por la convicción rusa de que la monarquía kayar se hallaba muy apurada y de que el sah, agobiado por varias rebeliones internas, estaba demasiado débil para actuar con firmeza. Por consiguiente, se indicó a Gudóvich, comandante en jefe ruso en el Cáucaso, que mantuviera una línea dura en sus negociaciones con los iraníes y que insistiera en una frontera que se correspondiera con la línea ya ocupada por los efectivos rusos.[57]

La presencia de la legación francesa en Teherán produjo mucho nerviosismo en el Gobierno británico y en la Compañía Británica de las Indias Orientales. Las noticias del Tratado de Finckenstein y de la misión de Gardane provocaron un terremoto

en Calcuta, donde el gobernador general de la Compañía, Gilbert Elliot, lord Minto, se sintió frustrado por la «gran diligencia» de Francia para extender la «subversión» y las «intrigas» hasta las fronteras de la India.[58] Su alarma aumentó cuando le comunicaron el éxito de Gardane con la firma de tratados franco-iraníes en relación con cuestiones comerciales y militares. Como ya había sucedido antes, los funcionarios de la Compañía empezaron a ver la progresiva materialización del espectro de una invasión francesa de la India. A principios de 1808, lord Minto encomendó a John Malcolm, que había sido ascendido a general de brigada, una segunda misión en Irán. La primera prioridad de Minto, revelada en sus instrucciones a Malcolm, era «distanciar a la Corte de Persia de la alianza francesa y que en esa Corte prevalezca el rechazo al paso de las tropas francesas por los territorios dominados por Persia».[59]

Malcolm llegó a Bushire (en el sur de Irán) en mayo de 1808. Gardane amenazó con abandonar Teherán si el enviado británico era recibido en la capital. Fath Alí Sah deseaba tener buenas relaciones con Gran Bretaña, pero todavía le interesaba más la preservación de la alianza francesa, que parecía ofrecer a Irán más ventajas en su conflicto con Rusia. Por tanto, para apaciguar a Gardane, el sah no permitió que el enviado británico viajara hasta la capital kayar y le ordenó que se comunicara solo con las autoridades provinciales de Fars. Malcolm, escandalizado por este tratamiento, regresó a la India, aunque no sin antes reprender a los iraníes por no respetar las provisiones del tratado de 1801 y amenazar al sah con la intervención británica si no expulsaba de inmediato a la misión francesa. El trato desdeñoso de Malcolm hacia la monarquía kayar suscitó la respuesta airada de Teherán y también el rechazo de los superiores de Malcolm en la Compañía –el propio lord Minto amonestó a su emisario–.[60]

Fath Alí Sah continuó mostrándose interesado en la reanudación de la alianza con Napoleón contra Rusia mediante el despa-

cho de un nuevo emisario a Francia, Askar Kan Afšar, con el ofrecimiento de llegar a un nuevo acuerdo que habría entregado a Francia el control de la isla de Jarg (en el golfo Pérsico) una vez que cumpliera con los compromisos que había adquirido en el Tratado de Finckenstein.[61] Gardane les aseguró a las autoridades kayares que Francia haría todo lo que estuviera en su mano para proteger a Irán y que Rusia, ahora que estaba aliada a Francia, evitaría emprender acciones hostiles –siempre que los iraníes se abstuvieran de cualquier provocación–.[62] Sin embargo, la mediación francesa seguía sin conseguir ganancias tangibles para los iraníes. Según se fueron alargando las negociaciones entre las delegaciones rusa e iraní durante el verano de 1808, fue quedando claro que Rusia no prestaba atención a la mediación gala y que se negaba a considerar cualquier propuesta iraní, incluso las que ofrecían extender la tregua y trasladar las negociaciones a París (a sugerencia de Gardane y contraviniendo las instrucciones recibidas por este). De hecho, Gudóvich le dijo sin rodeos al enviado iraní que la corte kayar «se equivocaba al confiar en los buenos oficios» de Napoleón, puesto que el Tratado de Tilsit había anulado, en la práctica, la alianza franco-iraní.[63]

El fracaso de sus iniciativas seguramente produjo en Gardane una profunda sensación de humillación, sobre todo desde que Fath Alí Sah le transmitió su exasperación porque la mediación gala no hubiera conseguido nada hasta el momento. Las autoridades iraníes les recordaron a los franceses que ellos habían cumplido con los compromisos suscritos en el Tratado de Finckenstein al negarse a recibir a la misión de Malcolm y al limitar los contactos con la Compañía Británica de las Indias Orientales. Gardane, consciente de que la buena disposición del sah no iba a durar mucho, decidió no esperar nuevas instrucciones de París e hizo un último esfuerzo por mediar en el conflicto ruso-iraní. En octubre de 1808 despachó a su secretario, Félix Lajard, a instar a Gudóvich a que volviera a las negociaciones y advertirle de

que «cualquier ataque» contra Irán sería recibido como una provocación contra su aliada, Francia. Gardane aseguró entonces a la corte kayar que, hasta que los emperadores ruso y francés no hubieran intervenido en las negociaciones, los rusos no iniciarían movimientos hostiles ni harían nada para empeorar las relaciones entre ambos imperios.[64]

El último farol de Gardane no funcionó.[65] En lugar de negociar, Gudóvich, muy presionado por el emperador Alejandro y, a sus 66 años, cada vez más irascible y consciente de que carecía de las cualidades que exigía su posición, decidió obligar a los iraníes a ceder rompiendo el armisticio y marchando contra Yereván en octubre de 1808. La ofensiva rusa, empezada ya muy avanzada la estación de campaña y mal preparada, se frustró después de un asedio de seis semanas en el que los rusos perdieron casi un millar de hombres.[66] Gudóvich intentó disculpar su revés pretendiendo que los oficiales franceses habían ayudado a los iraníes a defender la fortaleza, pero no engañó a sus superiores.[67] Alejandro se enfureció cuando conoció el grado de descuido con que se había planificado la campaña y Gudóvich no tuvo más remedio que dimitir.[68]

A pesar de su fracaso, la ofensiva rusa tuvo gran impacto en las relaciones franco-iraníes. Para empezar, puso de manifiesto lo endeble de una alianza que parecía adecuada sobre el papel, pero que, en la práctica, no ofrecía ninguna protección tangible. Gardane, obligado a moverse en el estrecho margen de apoyar a Irán y respetar a la vez los compromisos de Napoleón con Rusia, había hecho demasiadas promesas y la invasión rusa de Yereván dejó sus garantías por los suelos. Después de pasarse la mayor parte del verano asegurando a los iraníes que Rusia no osaría desafiar a Napoleón y que no reanudaría las hostilidades mientras los franceses estuvieran mediando en las negociaciones, la reacción de Gardane a la ofensiva rusa fue ordenar a los oficiales galos adjuntos al Ejército iraní –oficiales que pensaban que se iban a encar-

gar de comandar las unidades que habían entrenado– que se retiraran y evitaran verse envueltos en cualquier acción hostil contra el aliado de Francia. Esto encolerizó a muchos en la corte kayar, entre ellos al príncipe heredero Abbas Mirza y a Qaim Maqam Mirza Issa Farahani, que se lamentó de que Napoleón tuviera relaciones tan amistosas con el emperador Alejandro e ignorara los vínculos que había establecido con Irán.[69]

Las relaciones entre la Francia napoleónica e Irán alcanzaron un punto de inflexión el 23 de noviembre de 1808, día en que Fath Alí Sah tuvo una audiencia con el representante francés. El sah se quejó de que, a pesar de las garantías que Gardane le había dado, la guerra había vuelto a empezar. Estaba especialmente irritado por la retirada de los oficiales franceses, una decisión que coartaba la operatividad de los batallones iraníes de reciente creación. Fath Alí Sah le dijo a Gardane:

> Parece que todo ha conspirado contra nosotros. El emperador Napoleón no nos ha informado todavía si sus sentimientos hacia nosotros se corresponden con lo que esperamos de su lealtad y grandeza, y la manera en que nos abandona es cada vez más y más asombrosa para nosotros. No os hemos escondido la verdad de la situación en que están las cosas, y todo ha llegado a un punto en el que tal vez Francia ya no venga en nuestra ayuda.[70]

Gardane trató, feblemente, de disculpar la inacción de Napoleón echando la culpa a la perfidia rusa. Una vez se diera cuenta del «extraño comportamiento» de Rusia, adujo el embajador galo, Napoleón exigiría elevadas reparaciones y, «como un rayo, caería sobre sus enemigos y los destruiría». La referencia al «rayo» debió irritar al sah iraní, que respondió:

> ¿Y qué ha impedido al rayo golpear durante los últimos diez meses? […] ¿Todavía veis a Rusia como aliado de Francia, cuando tiene una inclinación secreta y una vieja amistad con Inglaterra? ¿No veis su desprecio por vuestro soberano, incluso en sus pasos actuales?[71]

Estaba claro que la influencia francesa en la corte kayar había entrado en declive. El sah le dio a Gardane dos meses para aclarar las intenciones de Francia hacia Irán.[72] Si pensamos un momento en las distancias implicadas en las comunicaciones, es imposi-

ble que el legado francés pudiera conseguir nuevas instrucciones actualizadas en tan poco tiempo (las últimas que había recibido tenían fecha de julio de 1808). Su posición en la corte kayar se vio más socavada aún por la llegada de una misión británica encabezada por *sir* Harford Jones, residente diplomático en Basora y en Bagdad desde hacía mucho tiempo, que había forjado lazos personales con kayares prominentes. A diferencia de Malcolm, que representaba a la Compañía, Jones era el enviado del monarca británico en Teherán y, a ojos de los kayares, su peso diplomático era mayor. El sah, que todavía albergaba la esperanza de una alianza con Francia, primero ordenó mantener al representante británico en la costa del golfo Pérsico, pero, con el tiempo, Fath Alí Sah acabó por darse cuenta de la incapacidad de Napoleón, o tal vez de su falta de voluntad, para hacer algo por él, por lo que, de nuevo, sopesó la alternativa británica. Sabía perfectamente que el acercamiento a Gran Bretaña conllevaría grandes concesiones porque, a diferencia de lo que había sucedido en 1801, ahora Irán tendría que negociar desde una posición más débil y Gran Bretaña estaba molesta por lo que consideraba el abandono de Irán del tratado anterior. A finales de 1808, el sah anuló su orden primera y permitió a Jones viajar a Teherán. El 13 de febrero de 1809, el día antes de que el emisario británico entrara en la capital iraní, Gardane salía de esta y emprendía el largo viaje de regreso a casa.[73] En una carta a París, apuntaba que el «estado de los asuntos de este imperio [Irán] es tal que siempre estará bajo la influencia y dependerá del vecino más cercano que disponga de la fuerza mayor. No creo que Francia pueda aspirar a establecer aquí su influencia mientras sus ejércitos estén tan lejanos».[74]

Como Malcolm en 1800, Harford Jones llegó cargado de ricos presentes y de promesas que causaron una honda impresión en la corte kayar. Mostró simpatía por la causa iraní, puso de relieve las ventajas de las relaciones anglo-iraníes y animó a Fath

Alí Sah a romper su alianza con Francia, que ya era prácticamente nula, a cambio de un pacto con Gran Bretaña contra Rusia, que había declarado la guerra a aquella después del Tratado de Tilsit. Jones, a modo de incentivo, puso a disposición de Irán la competencia británica para el entrenamiento de las tropas iraníes y, sobre todo, un cuantioso subsidio anual mientras durara el conflicto. El segundo tratado anglo-iraní, firmado en marzo de 1809, enmendó los defectos principales de los anteriores que los kayares habían firmado con potencias europeas. Gran Bretaña se comprometía a entrenar y equipar al Ejército iraní y a acudir en ayuda de Irán si era atacado por una potencia europea, así como a proporcionar ayuda financiera. El precio de todo esto era la abrogación por Irán de todos los acuerdos y concesiones pactados con Francia y el compromiso de cortar el paso a cualquier potencia Europa que tratara de cruzar su territorio para llegar a la India.[75] La inclusión del adjetivo «europea» fue una importante victoria kayar, aunque fue interpretada de forma distinta por las partes contratantes: para Irán significaba Rusia y para Londres significaba solo y nada más que Francia. Gran Bretaña no tenía ningún interés en constreñir los proyectos imperiales rusos en el Cáucaso.

A pesar del éxito de Jones, los intereses británicos en Irán todavía no estaban asegurados. El sah había tratado de preservarse cierto margen para conseguir, enfrentando a británicos y franceses, ayuda tangible de unos u otros contra Rusia. Aunque Gardane se había ido, otros miembros de la misión, para mortificación de los británicos, permanecieron en la corte kayar. Fath Alí Sah trató, cultivando sus relaciones con ellos, de presionar a los británicos para que incrementaran el subsidio. Curiosamente, la misión de Jones abrió una fisura entre el Gobierno metropolitano británico y la Compañía. Lord Minto, gobernador-general de la Compañía, comprendía el valor del logro de Jones –sobre todo en comparación con el revés que él mismo había sufrido con la

misión de Malcolm en 1808– e intentó sabotearlo dejando de pagar las facturas, una práctica que despertó en Irán dudas acerca de la legitimidad del legado británico.[76] Además, Minto ordenó el regreso de Jones (a pesar de que carecía de autoridad para hacerlo) y despachó a John Malcolm con una tercera misión a Teherán. Sin embargo, el juego de poder de Minto fue abortado por Londres, que confirmó a Jones como enviado oficial en Irán y exigió el regreso de Malcolm. Lord Minto obedeció, aunque se aseguró de que Jones también fuera depuesto.

En febrero de 1809, el general Aleksandr Tormásov, enviado como reemplazo de Gudóvich, tomó el mando de las fuerzas rusas en el Cáucaso.[77] Tormásov, un individuo capaz y enérgico que se había distinguido luchando con los turcos y los polacos en la década de 1790, se encontró en una situación extremadamente difícil –tener que cumplir los ambiciosos planes fijados por el Gobierno imperial con unos medios limitados–. Las fuerzas rusas en el norte del Cáucaso contaban con 23 500 hombres, mientras que solo había 18 500 soldados para la defensa de Georgia de los posibles embates turcos o iraníes. La situación era especialmente alarmante en Georgia, Azerbaiyán y el norte del Cáucaso, donde había regiones enteras en rebelión. Las autoridades rusas no lograban contener la insurrección de Daguestán, mientras en Abjasia, una región del noroeste de Georgia bajo suzeranía otomana, la lucha por el poder enfrentaba entre sí a los hijos del soberano local, Çeles Bey (Shervashidze), que trató de conseguir ayuda de los otomanos.[78]

De similar gravedad era la amenaza del rey Salomón de Imericia (Georgia occidental), el último monarca Bagrationi independiente, cuya oposición a la presencia rusa en el Cáucaso se endureció aún más después del derrocamiento de la dinastía Bagratio-

ni en Georgia oriental. Aunque parte de la élite georgiana había pensado en algún momento que los rusos ortodoxos los salvarían de sus tradicionales enemigos musulmanes, los sucesos de los últimos años habían demostrado que los rusos no estaban interesados en la salvación de Georgia y sí en su anexión. La corte de Salomón en Kutaisi se convirtió en un centro de oposición a los rusos, incluso después de que Tsitsiánov obligara al monarca a prestar un juramento de lealtad al emperador ruso en 1804.

En vista de la inestabilidad política, económica y social reinante en la Caucasia meridional, Tormásov prefirió primero actuar con cautela para no provocar un enfrentamiento a gran escala con turcos o iraníes. Le ofreció a Irán un final negociado de la guerra, pero las conversaciones se atascaron por la falta de acuerdo entre las pretensiones territoriales de ambas partes. Además, esta vez fue Gran Bretaña quien insistió en que Irán debía rechazar las ofertas rusas y continuar la lucha. Londres obró así por la preocupación que le causaba la alianza de Rusia con Francia y la posibilidad de que Rusia aumentara su implicación en Europa si ponía fin a su conflicto con Irán. La corte kayar accedió de mala gana, aunque una alta autoridad kayar le comentó de manera premonitoria a Harford Jones que, si la situación europea cambiaba, Gran Bretaña tal vez dejaría a Irán en una «posición apurada». En efecto, esto es exactamente lo que sucedió en los años siguientes. Mientras la Guerra Ruso-Iraní continuaba y la alianza franco-rusa se resquebrajaba, Gran Bretaña se halló en la complicada situación de tener que ayudar a Irán contra Rusia, una potencia de la que Londres esperaba servirse para combatir a la Francia napoleónica en Europa.

El verano de 1809 iba a resultar frenético para Tormásov. Tras recibir órdenes de permanecer a la defensiva, tuvo noticia de la movilización de los iraníes a lo largo de la frontera. Sin embargo, la superioridad de las armas rusas se manifestó de nuevo y los iraníes acabaron huyendo en Guiumri y Ganyá (Elisavetpol).

Tormásov, mientras tanto, aplicó una mano más dura con los turcos. Mientras la Guerra Ruso-Otomana continuaba en los principados del Danubio, él renovó las operaciones en Georgia occidental y atacó Poti, población portuaria que permitía interceptar las comunicaciones entre la Sublime Puerta y los pueblos de montaña del Cáucaso y que ofrecía una rada segura para la flota rusa que traía los suministros a las tropas. El ataque conjunto ruso-georgiano sobre Poti tuvo éxito y la villa portuaria fue tomada a mediados de noviembre.[79]

De forma simultánea, las tropas rusas se adentraron en Imericia, derrotaron al Ejército real georgiano y capturaron al propio rey Salomón. Este escapó del cautiverio ruso e intentó promover una rebelión, pero fue derrotado y huyó a Trebisonda.[80] Incapaz de lograr avances contra los rusos, buscó la ayuda de potencias extranjeras. Viajó a Yereván para obtener el apoyo del sah, pero solo recibió un pequeño subsidio y el consejo de que pidiera auxilio militar directamente al sultán. Salomón envió una misión a Constantinopla con cartas para el sultán otomano y para la embajada francesa. El segundo paquete contenía la primera de varias misivas que el monarca imericiano le escribió a Napoleón, en las que le pedía que pusiera a Georgia bajo su protectorado y que la liberara de Rusia.[81] Dirigiéndose a Napoleón como «el más augusto de los Césares, el más poderoso rey», Salomón se quejaba de las malvadas acciones de los soberanos rusos:

> Hace ya mil doscientos años que mi familia reina sobre esta tierra; nunca antes ha sido desafiada nuestra autoridad […] ahora solo Vuestra Excelencia puede rescatarnos […]. [Os] pido que toméis mi reino bajo vuestra protección y nos liberéis de los rusos, mediante la guerra o la paz.

Napoleón no respondió nunca formalmente a estas cartas, pero Georgia continuó siendo parte de sus proyectos. En 1812, en la víspera de la invasión de Rusia, parece que Napoleón acarició un proyecto oriental, una campaña hacia la India que sería emprendida desde Georgia. El emperador le confió a un edecán muy cercano:

> Imagina Moscú tomada, Rusia acabada y el zar reconciliado o asesinado por una intriga palaciega, y dime si es imposible que un gran ejército de franceses y auxiliares que parta de Tiflis llegue al Ganges, donde el mero roce de una espada francesa bastaría para derribar la armazón de la grandeza mercantil [británica] por toda la India.[82]

Las victorias de Tormásov en 1809 lograron que el año siguiente fuera relativamente pacífico. Cuando ya se acababa la primavera, los negociadores rusos e iraníes se reunieron de nuevo cerca de Askorán a debatir la posibilidad de un alto el fuego. A pesar de extenderse diecisiete días las conversaciones, fueron incapaces de llegar a un acuerdo. Irán exigía la retirada rusa de los kanatos orientales ocupados. Las autoridades rusas estaban especialmente airadas por el activo rol que representaban los británicos en el reforzamiento de la voluntad de continuar la lucha de los kayares.[83] Así pues, las hostilidades se reanudaron de inmediato. El príncipe heredero Abbas Mirza se dirigió a Migri, a orillas del río Aras, y fue derrotado dos veces por el destacamento, mucho más reducido, del general Piotr Kotlyarevski. Estas derrotas, además de aguar el entusiasmo iraní por la guerra, despertaron el temor por la seguridad de las provincias noroccidentales de Irán, una alarma que movió al sah a reforzar Tabriz.

Los iraníes, atascados ante los rusos en el Aras, debatieron con los turcos la posibilidad de una operación conjunta –combinando sus unidades e invadiendo Georgia desde el sudoeste–. En agosto, Fath Alí Sah despachó alrededor de 7000 hombres a las órdenes de Huseyn Kuli (Hüseynkulu) Kan, *sardar* de Yereván, a Ajaltsije, donde se les unieron unos 3000 soldados turcos locales, comandados por Sherif Pachá, y la fuerza combinada avanzó hacia Ajaltsije con la intención de continuar hasta Tiflis. Al tener noticia de estos movimientos, Tormásov contraatacó raudo: un reducido destacamento al mando del coronel Lisanevich iba en cabeza. El 17 de septiembre de 1810, después de tres días de marcha con mal tiempo, Lisanevich se topó con el campamento turco-iraní en las afueras de Ajaltsije y lanzó un asalto nocturno.

La desbandada fue absoluta. La victoria rusa acabó con la cooperación turco-iraní entre recriminaciones mutuas y sus fuerzas respectivas se retiraron a casa. Tormásov dio continuidad a su éxito con una nueva ofensiva enfocada a las tierras fronterizas del sur. El objetivo clave del ataque era la fortaleza otomana de Ajaltsije, que fue asediada durante diez días por los rusos a finales de noviembre de 1810, aunque sin resultado positivo por culpa de un brote epidémico.[84]

La capacidad de los kayares para continuar la guerra contra Rusia estaba coartada por la amenaza de los wahabíes en Arabia y de los kurdos otomanos en Irak. Los primeros infligieron punzantes derrotas a los iraníes en 1811 y, por los ataques de los segundos en 1811-1812, un contingente kayar de unos 30 000 hombres tuvo que quedarse fijo en las provincias occidentales de Irán. Por suerte para los kayares, los británicos les proporcionaron oficiales y armas para la formación de un ejército de estilo occidental (junto con el dinero para pagarlo). A partir de 1809, oficiales británicos supervisaron una reestructuración renovada del Ejército iraní que, en esencia, era similar a la iniciada por los franceses, aunque a mayor escala. Durante los cinco años siguientes, Gran Bretaña proveyó más de 15 000 mosquetes y veinte cañones, además de sables, pólvora y cureñas. Naturalmente, los británicos se enfrentaron a los mismos problemas fundamentales que habían encarado sus colegas franceses. Los trabajos se complicaron todavía más por la existencia de unidades *sarbaz* entrenadas por los galos, que recelaban de las unidades rivales entrenadas por los británicos y se resistían a todos y cada uno de los intentos de ponerlas bajo mando británico.

A principios de 1811, Tormásov tenía en Georgia menos de 19 000 hombres a su disposición. En vista de los renovados preparativos militares otomanos e iraníes, solicitó el envío de refuerzos de Rusia para poder acometer ataques preventivos sobre posiciones estratégicas en Derbent, Bakú y Sujum Kale. La peti-

ción fue denegada. Y no solo eso, el ministro de la Guerra, Mijáil Barclay de Tolly, llegó a preguntar si Tormásov podría enviar algunos de los regimientos caucasianos a las fronteras occidentales de Rusia, donde la Grande Armée de Napoleón empezaba a tomar forma. En el verano de 1811, turcos e iraníes, una vez completados los preparativos, convinieron concentrar sus efectivos en el río Ajurián. En junio, el *serasker* de Erzurum, Emin Pachá, llegó con alrededor de 24 000 hombres a Kars, donde acampó para esperar a los persas. Informado de lo que sucedía, Tormásov confió de nuevo en la superioridad de las armas rusas y decidió atacar a los turcos antes de la llegada del Ejército iraní. Era una empresa arriesgada, pero la providencia volvió a sonreír a los rusos. Durante una cacería –costumbre tradicional antes de las batallas–, el comandante otomano recibió un disparo de un viejo rival y toda la campaña otomana se vino abajo. El pachá de Trebisonda, que había reunido más de 10 000 hombres en Batum con la expectativa de efectuar un asalto conjunto turco-iraní, al enterarse del incidente anuló las operaciones. El Ejército iraní, encabezado por Huseyn Kuli Kan, no tuvo más remedio que dar media vuelta.[85]

Este fue el último «éxito» de Tormásov en Georgia. Pronto fue llamado a comandar el contingente de observación que se estaba formando en Volinia (en Ucrania occidental) en previsión de la posible guerra con Francia.[86] Al poco de su partida, las unidades rusas en el Cáucaso se reestructuraron en dos contingentes independientes. El teniente general Nikolái Rtischev recibió el mando de las tropas en el norte del Cáucaso El teniente general marqués Filippo Paulucci se hizo cargo de las unidades en Georgia y empezó su mandato con una nueva ofensiva contra Ajaltsije, población que los rusos tomaron (encabezados por el intrépido Kotliarevski) en una audaz incursión el 19 de diciembre de 1811.[87]

Una serie de nuevos acontecimientos reforzó la determinación iraní de seguir combatiendo a los rusos al año siguiente. El tratado anglo-iraní de 1809 se había demostrado de un valor limitado, pero la monarquía kayar sabía que no había más alternativa que mirar hacia Gran Bretaña, una vez que Francia se había demostrado incapaz de proporcionar suficiente ayuda militar. Para estrechar los lazos con la corte del rey Jorge III, el sah despachó como embajador a Londres a Abu'l-Hasan Kan, que regresó con un nuevo representante británico, *sir* Gore Ouseley. Este había sido funcionario de la Compañía, estaba familiarizado con los asuntos iraníes y en los años siguientes iba a defender con demostrada competencia los intereses británicos en la corte kayar. El tratado preliminar de 1809 se renegoció bajo los auspicios de Ouseley y el fruto se formalizó en el Tratado Definitivo de Amistad y Alianza de marzo de 1812. El tratado confirmaba las promesas anteriores de ayuda militar y aumentaba el monto del subsidio a 150 000 libras.[88]

Irán, animado por el nuevo compromiso británico, rechazó los ofrecimientos rusos de negociación y lanzó una gran ofensiva en la que el príncipe heredero Abbas Mirza, en cabeza de más de 20 000 hombres, se adentró en el kanato de Talysh (en el sur de Azerbaiyán).[89] Esta campaña tuvo especial importancia porque, en aquel momento, Rusia parecía más débil que nunca desde el inicio de la contienda en 1804. A primeros de 1812 estalló una insurrección en Kajetia (Georgia oriental) en reacción al autoritarismo y los abusos de los rusos. El tiempo fue inusualmente crudo durante los primeros seis meses del año, lo que produjo malas cosechas y la subida del precio de los alimentos. Las autoridades rusas, pese a ello, insistieron en que las tropas se acuartelaran en viviendas de los lugareños. Estos tenían la obligación de alimentar y alojar a los soldados, a pesar de que estos maltrataban con frecuencia a los caseros. Como era de esperar, los ánimos se caldearon y estalló una revuelta.[90] Los kayares reaccionaron

con rapidez y aprovecharon la situación proporcionando ayuda al príncipe Alejandro Bagratión (hijo del rey Heraclio II), cuyos sentimientos antirrusos eran ampliamente conocidos.[91] En la primavera, los rebeldes georgianos derrotaron a los destacamentos rusos, masacraron a las guarniciones de Ajmeta y Tianeti y tomaron el control de casi toda Kajetia, lo que obligó a las autoridades rusas a buscar un breve armisticio. Las posiciones rusas se debilitaron aún más en junio de 1812, cuando Napoleón cruzó con casi 500 000 hombres el río Niemen y emprendió su fatídica invasión de Rusia. La escala e intensidad de este golpe obligó a Rusia a dedicar todos los recursos disponibles a la defensa de su propio territorio central, de modo que las áreas periféricas como el sur del Cáucaso tuvieron que defenderse por sus propios medios.

La invasión de Rusia por Napoleón produjo un realineamiento en el tablero europeo, pero también colocó a Gran Bretaña en una posición ambigua en Irán. Ante el ataque francés a Rusia, Londres había sellado con San Petersburgo una nueva alianza en la que ambas partes se habían comprometido a formar un frente unido contra los franceses. Sin embargo, en el Cáucaso, en la nueva ofensiva iraní participaban alrededor de 2500 soldados entrenados por los británicos comandados por consejeros militares de la misma nacionalidad –como el capitán Charles Christie y el teniente Henry Lindesay, o el mayor D'Arcy que dirigía la artillería–. Cuando Ouseley tuvo noticia de la aproximación anglorusa, intentó sacar a los oficiales británicos del Ejército iraní. Esta decisión provocó un fuerte enojo en la corte kayar, que le pidió que dejara algunos oficiales y sargentos instructores con las tropas. Las unidades comandadas por los británicos participaron en una batalla cerca de Soltanbud, a unos 80 kilómetros de Shusha, en la que un destacamento ruso sufrió una dura derrota. Esta rara victoria iraní ante las fuerzas rusas, naturalmente, disparó la moral de los iraníes. También reveló grandes deficiencias en los

efectivos de nueva formación, como la incapacidad de mantener la disciplina cuando la victoria era inminente y se sintieron atraídos por la captura de prisioneros y por el botín.[92]

Paulucci sabía que la insurrección de Kajetia constituía una amenaza para todo el esfuerzo bélico ruso en el Cáucaso. Tal convencimiento se vio reforzado por la derrota rusa en Soltanbud. La reacción fue trasladar a la región amenazada las pocas fuerzas de que disponía en el norte de Caucasia y en el frente otomano, que incluían un destacamento comandado por el general Kotliarevski, el héroe de las campañas previas contra los turcos. En octubre, el Ejército iraní llegó al río Aras, donde se dio de bruces con el pequeño destacamento de 2200 efectivos de Kotliarevski cerca de Aslanduz. El príncipe heredero Abbas Mirza, confiado en la victoria, había permitido a su contingente descansar en la orilla izquierda del río y dejó solo unos pocos puestos avanzados para vigilar los movimientos enemigos. El 31 de octubre de 1812, el general Kotliarevski, sabedor de que los iraníes evitaban siempre los combates en la oscuridad, dirigió a sus hombres mediante una marcha forzada hasta el campamento iraní y lanzó un asalto nocturno por sorpresa. El resultado fue una brillantísima victoria rusa. Los soldados *sarbaz* comandados por británicos se mantuvieron firmes, pero el resto del ejército huyó en desorden. Los hombres de Kotliarevski mataron o capturaron a más de 2000 enemigos (entre ellos el capitán Christie) y más de tres docenas de cañones y falconetes.[93] Con el nuevo año, los rusos tomaron la iniciativa, hicieron retroceder a los iraníes y tomaron al asalto Lenkorán (13 de enero de 1813), donde no hicieron prisioneros.[94]

Estas victorias rusas asestaron un duro golpe a las esperanzas que todavía les pudieran quedar a los iraníes de ganar la guerra. Los kayares acumularon pérdidas cuantiosas, alrededor de 10 000 hombres en solo tres meses de campaña. Los sueños iraníes de que cuajara una insurrección en Georgia tampoco se materia-

lizaron. El príncipe Alejandro Bagratión, que intentó llevar sus destacamentos a Georgia oriental, fue derrotado en Signagi y empujado al otro lado de la frontera. La rebelión continuó cuatro meses más, pero, al final, cedió ante la superior potencia militar rusa y fue brutalmente sometida a principios de 1813. Fath Alí Sah, que esperaba un apoyo sostenido de los británicos contra Rusia, recibió de estos la indicación –en términos nada ambiguos– de que Irán debía hacer la paz con el enemigo. Ahora que Napoleón había sido derrotado en Rusia y se acababa de formar una nueva coalición contra Francia, Gran Bretaña estaba decidida a apoyar a «nuestros buenos amigos y aliados los rusos, incluso en este lugar remoto», y a poner fin a un conflicto que ya no era útil a los intereses imperiales.[95] El embajador británico Ouseley, bajo la amenaza de interrumpir los pagos del subsidio, persuadió al sah de que aceptara las negociaciones de paz en el verano de 1813. Las conversaciones se celebraron en Gulistán, un pequeño pueblo en el norte de Krabag, donde, el 24 de octubre de 1813, se firmó por fin un tratado de paz alcanzado con mediación británica entre Rusia e Irán.[96]

El tratado confirmaba la victoria rusa después de una década de guerra y obligaba a los kayares a renunciar a casi todas sus pretensiones territoriales al norte del río Aras, incluyendo Daguestán, los reinos y principados georgianos occidentales y orientales y los kanatos del Cáucaso (excepto Najicheván y Yereván).[97] Estas concesiones territoriales, además de entrañar una pérdida de soberanía de Irán en el Cáucaso, también recortaron las pretensiones otomanas sobre algunos de estos territorios. Asimismo, la pérdida de estas regiones supuso la desaparición de un monto considerable de ingresos que había que reemplazar de alguna manera. La inevitable subida de impuestos disparó la impopularidad gubernamental y contribuyó a la inestabilidad interna.[98] Además, el sah renunció a los derechos de navegación en el mar Caspio y concedió a Rusia derechos exclusivos para el man-

tenimiento de una flota militar en el mismo, así como privilegios especiales para comerciar en el interior de Irán. Igual de humillante fue una provisión que implicaba a Rusia en los asuntos internos iraníes, puesto que, a partir de ese momento, sería necesario el apoyo ruso para garantizar la ascensión del príncipe heredero al trono. Las provisiones del tratado estaban redactadas de manera tan vaga que permitían interpretar que los rusos tendrían libertad de interferir en la política iraní en el futuro. La continuada expansión rusa en los territorios del sudeste del Cáucaso y el maltrato de la población musulmana tensaron fuertemente las relaciones ruso-iraníes. También acabaron por conducir a una segunda contienda trece años más tarde.

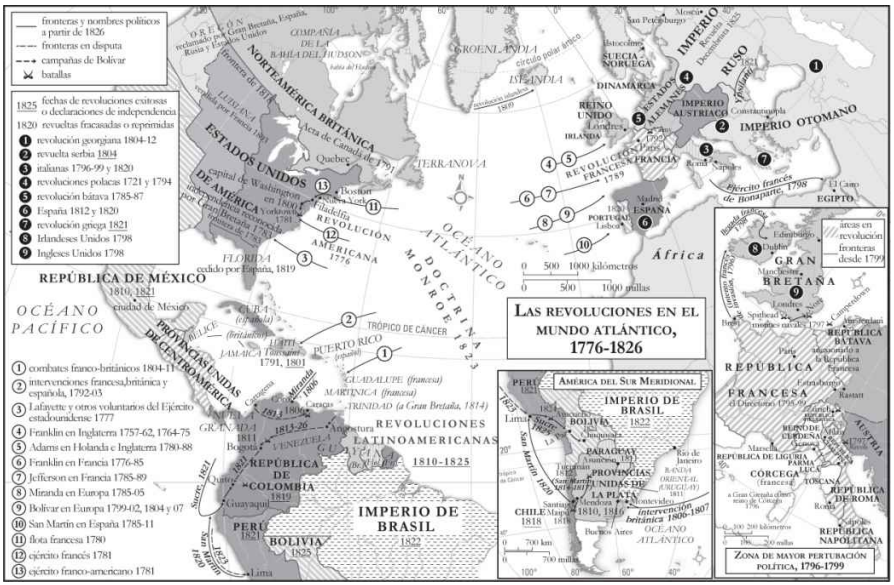
Gran Bretaña, una vez derrotada la Francia napoleónica, ya no tenía ningún interés en apoyar a Fath Alí Sah, sobre todo si esto suponía un enfrentamiento con el Imperio ruso. El Gobierno británico, por tanto, presionó con ahínco para que se revisaran las cláusulas del Tratado Definitivo de 1812, que obligaba a Gran Bretaña a ayudar a Irán en caso de violación de la soberanía (una circunstancia que, claramente, había sucedido). Fath Alí Sah, ahora que Napoleón se había esfumado y con Rusia convertida en su enemigo principal y más peligroso, no vio ninguna alternativa viable a la opción británica. Apenas un año después del Tratado de Gulistán, aceptó una versión descafeinada del Tratado Definitivo que reiteraba su compromiso de denunciar cualquier alianza que llegara a firmar con cualquier nación europea que fuera hostil a Gran Bretaña y de resistirse a la intrusión en su país de cualquier contingente europeo hostil a Gran Bretaña. Las provisiones del tratado relativas al apoyo británico a Irán sufrieron una revisión considerable. Ahora especificaban que el propósito de la alianza era estrictamente defensivo y que la asistencia militar británica o el subsidio de guerra anual solo se proporcionarían en caso de que Irán fuera atacado por una potencia extranjera. Esta provisión, sin embargo, quedaba en realidad anula-

da por el artículo 6, que estipulaba que, en el caso de que algún Estado europeo en paz con Gran Bretaña atacara a Irán, Gran Bretaña no proporcionaría ayuda militar y solo «usaría sus mejores esfuerzos» para mediar un acuerdo de paz entre ambas partes. El tratado proyectó una larga sombra sobre las relaciones anglo-iraníes.

Las Guerras Napoleónicas tuvieron un profundo impacto en un Irán, que, a pesar de su glorioso pasado imperial, se vio convertido en un peón en manos de las potencias europeas. Engañado por Francia y luego por Gran Bretaña, había sufrido una derrota humillante ante Rusia. La contienda puso de manifiesto ineficiencias flagrantes en el Estado kayar y convenció a algunos hombres de Estado iraníes de la necesidad de reformas militares. En este punto reside uno de los legados más duraderos de las Guerras Napoleónicas en Irán. Figuras reformistas como el príncipe heredero Abbas Mirza pensaban que la introducción de reformas militares de corte europeo permitiría al sah consolidar su poder internamente y proteger mejor al Estado de las amenazas exteriores. Abbas Mirza, inspirado en parte en las reformas otomanas, decidió crear una versión iraní de las tropas Nizam-i Cedid turcas y reducir la dependencia kayar de las tropas tribales y del apoyo extranjero. Después de la Guerra Ruso-Iraní, empezó a enviar estudiantes a Europa a aprender las tácticas occidentales y contrató a oficiales británicos y franceses (además de unos pocos oficiales rusos renegados) para formar y entrenar unidades militares. El número de instructores extranjeros creció después de acabadas las Guerras Napoleónicas, cuando muchos oficiales europeos sin empleo viajaron a tierras lejanas en busca de nuevos puestos.

Abbas Mirza construyó una fábrica de pólvora y una fundición de artillería en Tabriz, estableció una imprenta para la traducción y la publicación de libros de texto militares europeos y probó un nuevo sistema de reclutamiento para contar con una

afluencia más estable de recursos humanos e independizarse de las élites locales.[99] Igual que con las reformas anteriores, Abbas Mirza tuvo que superar la resistencia de la sociedad. Como siempre, los grupos de poder religiosos y tradicionales eran reacios al cambio –les disgustaba en especial la apariencia europea de los nuevos regimientos y la presencia de instructores «infieles»–. La reforma militar tuvo cierto efecto: en 1831, el Ejército contaba ya con unos 15 000 hombres que desempeñaban un papel clave en el mantenimiento del orden y en la defensa de la autoridad kayar en el interior de Irán. En lo que fracasó fue en proteger a Irán de las amenazas externas.



CAPÍTULO 18 | Expediciones británicas en ultramar, 1805-1810

En las últimas décadas del siglo XVIII, ganar el control de los mares y de las rutas del comercio internacional que los surcaban se convirtió en un elemento estratégico central de las rivalidades entre las grandes potencias europeas. De todos modos, durante las Guerras Revolucionarias, disponer de una Armada poderosa no era tan esencial para la supervivencia de Francia como lo era para Gran Bretaña. Francia, atacada desde prácticamente todas direcciones, se concentró en el incremento de sus fuerzas terrestres y las expectativas que puso en su flota eran mucho menos exigentes que en el caso británico. Las innovaciones económicas, administrativas y técnicas de la Royal Navy británica vinieron a coincidir con el torbellino revolucionario en Francia y le concedieron una clara superioridad militar en el mar sobre sus rivales franceses (y, desde 1796, también españoles). Gran Bretaña tenía un comercio oceánico de mucho mayor volumen que sus enemigos principales. Esto le proporcionaba una reserva mayor de marinos profesionales para la dotación de su cada vez más numerosa Armada, que, en 1805, era la mayor del mundo y superaba la fuerza combinada de las cinco potencias navales siguientes.[1] Los comandantes británicos adoptaron métodos audaces en el enfrentamiento con el enemigo y sus victorias sentaron las bases de la hegemonía naval británica en el

Atlántico y el Mediterráneo. En el otoño de 1805, el triunfo en Trafalgar eclipsó parcialmente las victorias militares francesas en el continente y dejó a Napoleón sin posibilidad de desafiar el control británico del Atlántico. Seguidamente, Gran Bretaña puso en marcha, por todo el seno atlántico, operaciones navales que revelaban unas ambiciones de tan vasto alcance como las de su principal adversario.

Para prevenir que Napoleón pudiera reforzar las posiciones galas en Sudáfrica, el Gobierno británico despachó una gran expedición al mando del almirante *sir* Home Riggs Popham y del teniente general *sir* David Baird a tomar la Colonia del Cabo. Esta colonia, creada originalmente por la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (Vereenigde Oost-Indische Compagnie, VOC), tenía una pequeña población de unos 14 000 colonos (y un número ligeramente mayor de esclavos) que, a menudo, chocaban con los xhosas y sus aliados por el control de la región. Los *trekboers* –del holandés *boer* («granjero») y *trek* («remolcar»)– habían recurrido a distintos medios para apoderarse de tractos de tierras agrícolas cada vez mayores.[2] Los dos bandos se enfrentaron en varios conflictos a finales del siglo XVIII. El más reciente había durado de 1799 a 1803. En ese periodo, los xhosas pusieron en peligro a los colonos europeos, que, en ese momento, se hallaban divididos internamente.

La invasión por parte de una fuerza británica unos pocos años antes, en septiembre de 1795, había puesto final a casi ciento cincuenta años de gobernanza de la VOC. La primera ocupación británica duró ocho años, hasta que el Tratado de Amiens ordenó el retorno de la colonia a la República Bátava. El intermedio holandés que siguió fue breve, aunque estuvo repleto de proyectos ambiciosos. Un comisionado general nombrado especialmente, llamado Jacob Abraham de Mist, intentó poner en práctica reformas sociales y económicas con las que los holandeses esperaban convertir la Colonia del Cabo en un territorio próspe-

ro y ordenado. Sin embargo, ni los colonos locales ni los recursos disponibles permitieron llevar a término estas reformas.

En cualquier caso, a los holandeses se les acabó el tiempo. Los primeros buques de guerra británicos llegaron a El Cabo la víspera de Navidad de 1805 y, de inmediato, iniciaron el bloqueo de la colonia, cuyo gobernador, el teniente general Jan Willem Janssens, no pudo ser más que mero espectador de la concentración de las fuerzas británicas para la invasión. Después de un retraso provocado por el mar embravecido, Baird desembarcó en Melkbosstrand, al norte de Ciudad del Cabo, el 6 y 7 de enero y, después de derrotar con facilidad a la pequeña guarnición de Janssens en la batalla de Blaauwberg, tomó la ciudad el día 9. Janssens continuó una brava resistencia en las montañas durante una semana, hasta que se vio obligado a rendirse ante la superioridad numérica del enemigo y aceptó los Artículos de la Capitulación el 18 de enero.[3]

Los británicos, igual que los holandeses antes que ellos, veían en El Cabo un punto intermedio crucial en su ruta hacia la India y Extremo Oriente. No hicieron cambios estructurales de importancia en la colonia y trataron sobre todo de estimular el comercio y la economía locales. Aunque no aprobaban la base esclavista de la economía doméstica, sí favorecieron con decisión a los colonos y tuvieron un papel considerable en que los blancos consolidaran el control del campo sudafricano. Un comisionado británico nombrado para examinar la situación de la frontera reportó que una paz duradera entre los xhosas y los colonos europeos solo sería posible si se mantenía a ambas sociedades completamente separadas hasta que la población blanca tuviera fuerza suficiente para dominar la región. Este informe sirvió de guía para el posterior sistema de *apartheid*, el cual incluyó el empleo de la fuerza militar para desalojar a la población negra dedicada a la agricultura en Sudáfrica. También propició el desarrollo de una sociedad colonial que quedó bien protegida después de las cam-

pañas militares británicas de 1811 y 1812. Los xhosas fueron expulsados sin contemplaciones de sus territorios tribales y millares de colonos europeos empezaron a adquirir granjas a lo largo de la orilla occidental del río Gran Fish.[4]

El Gobierno británico exploró a continuación la perspectiva de apropiarse de la América española, confiando en que incluso la mera posibilidad de un ataque británico pudiera llevar a España a romper su alianza con Francia. A principios de 1805, el primer lord del Almirantazgo Henry Dundas, que ya contaba con una larga experiencia en la promoción de planes revolucionarios para la América española, examinó nuevos proyectos basándose en el razonamiento de que Gran Bretaña no debía librar una guerra defensiva contra Francia, sino que tenía que pasar a la ofensiva fuera de Europa.[5] Como la monarquía española se había aliado con Francia, Gran Bretaña contaba con una justificación para atacar los inmensos dominios españoles en las Américas.[6] Uno de estos proyectos llegó de Sebastián Francisco de Miranda y Gómez de Espinosa, un aventurero venezolano que llevaba dos décadas intentando, sin éxito, que estallara la revolución en Sudamérica. En 1805, Miranda consiguió apoyo informal británico para un intento de invasión de la capitanía general de Venezuela. Para su desgracia, el capitán general de Venezuela, Manuel de Guevara Vasconcelos, recibió aviso del ataque y tuvo tiempo más que suficiente para prepararse.[7] Los días 27-29 de abril, al tratar Miranda de desembarcar cerca de Puerto Cabello, su empeño se vio frustrado por buques de guerra españoles. Este revés no desmoralizó a los aspirantes a revolucionarios, que continuaron disfrutando de apoyo británico no oficial. Miranda obtuvo permiso para reagrupar sus fuerzas en las colonias británicas y en agosto dio vela desde Trinidad, lo que dio inicio a una segunda expedición sobre Venezuela que esta vez sí logró desembarcar, en concreto en el puerto de La Vela, cerca de Coro. Esta operación también fracasó por causa de los diligentes preparati-

vos defensivos españoles y de una campaña de propaganda que acusaba a Miranda de agente secreto de los británicos y de «traidor» y que le achacaba crímenes horribles. Miranda, después de tomar tierra el día 1, encontró desiertas las poblaciones cercanas, dado que la mayoría de los vecinos había huido ante su llegada. Después de diez días exasperantes empleados en la publicación de decretos y proclamas, Miranda comprendió que no iba a tener apoyo popular. Una vez que las tropas reales españolas se concentraron cerca de Coro, Miranda ordenó una ignominiosa retirada que lo llevó al exilio.[8]

Aunque Miranda no consiguió provocar la revolución en Venezuela, sus ideas y su ejemplo tuvieron un efecto inmediato en otros lugares. El almirante Popham, animado por el éxito que había obtenido en El Cabo, decidió actuar por su cuenta y buscar mayor gloria (y recompensa financiera) en Sudamérica.[9] Su decisión de invadir el Río de la Plata no fue sancionada por Londres, pero estuvo claramente influida no solo por los exagerados rumores de desafección de las colonias españolas que había propagado Miranda, sino también por las ya antiguas aspiraciones imperiales británicas de penetrar en las colonias americanas de España para obtener una posición que pudiera beneficiar a su comercio. Entre 1702 y 1783, España había repelido no menos de seis intentos británicos de este género. Las Guerras Revolucionarias ofrecieron nuevas oportunidades a los británicos, que contemplaron varios planes. Según uno de ellos, Nicholas Vansittart, Thomas Maitland y, obviamente, Francisco de Miranda, se apoderaban de colonias españolas. El primer ministro William Pitt y otros miembros del gabinete británico coincidieron en que el debilitamiento de la autoridad española en la región y la apertura de nuevos mercados para la economía británica tendrían una enorme trascendencia. Sin embargo, no estaban convencidos de que la ocupación militar fuera conveniente. De todas maneras, una vez quedaron desbaratadas las flotas francesa y española, la

situación parecía madura para un golpe británico sobre las colonias españolas. Esta es la razón por la que, sin esperar órdenes del Almirantazgo, Popham atacó el Río de la Plata. Allí confiaba en repetir el éxito de la invasión de la Colonia del Cabo, conquistar partes de Sudamérica y abrir nuevos y grandes mercados para las manufacturas británicas. El comandante inglés explicó que su proyecto no había «surgido de ningún impulso súbito o de deseos perentorios de satisfacer un espíritu aventurero». Al contrario, era el resultado de un plan que había formulado previamente, a petición de miembros principales del Gobierno, para «una emancipación general en Sudamérica».[10]

La flota británica zarpó hacia el Río de la Plata a mediados de abril de 1806. Después de una breve parada en la isla de Santa Elena para acopiar provisiones y refuerzos, Popham llegó a su destino el 8 de junio.[11] La ausencia de planificación no tardó en hacerse patente. Los británicos descubrieron que el estuario era demasiado poco profundo para que los barcos de guerra pudieran acercarse y prestar apoyo a las unidades de desembarco. De todos modos, Popham siguió adelante con un plan improvisado de tomar Buenos Aires –una población que, según habían revelado nuevos informes de espionaje, no estaba fortificada de manera adecuada–. Las defensas también estaban debilitadas porque una parte de la guarnición española había sido destacada al Alto Perú (actual Bolivia) a proteger la frontera ante los restos de la rebelión indígena de Túpac Amaru II. Más interés provocó en los británicos saber que la ciudad era el depósito de una enorme cantidad de plata de Perú. Los días 25 y 26 de junio, Beresford, recién ascendido a general, llevó 1500 hombres a la playa de Quiles (cerca de Buenos Aires) y, después de derrotar a una reducida fuerza española, tomó la ciudad al día siguiente. El virrey español, el marqués Rafael de Sobremonte, huyó a Córdoba. Popham y sus hombres estaban, como era natural, encantados con aquella victoria tan fácil que les había concedido un considerable

botín y que, en palabras de Popham, «abría un canal extenso para los fabricantes de Gran Bretaña».[12]

Los británicos, que esperaban ser recibidos como liberadores, se sorprendieron por la acogida hostil de los vecinos. Aunque los miembros del cabildo colaboraron con los británicos, la población de la ciudad estaba descontenta con la ocupación y sentía especial enojo por la decisión británica de revocar el monopolio comercial español y abrir el Río de la Plata a un libre comercio que dañaría intereses económicos locales.[13] En agosto, los habitantes de la ciudad, que ya sentían más disgusto por la mano firme del poder naval británico que por el despotismo de la lejana España, empezaron a resistirse a los británicos. Martín de Alzaga, uno de los comerciantes más prominentes y miembro del cabildo de Buenos Aires, se sirvió de su cuantiosa fortuna para organizar un grupo de conspiradores que contó con el apoyo de Jacques de Liniers, oficial francés al servicio de España, que reclutó una considerable fuerza de milicia local en Montevideo. El 4 de agosto, Liniers se puso en marcha hacia Buenos Aires, donde Alzaga y sus hombres provocaron un levantamiento el día 10. Mientras Popham vigilaba el Río de la Plata navegándolo arriba y abajo en vano, el general Beresford, superado en número y sin posibilidad de recibir refuerzos, se vio obligado a rendir todo su contingente el 14 de agosto, para gran alegría y festejo de Buenos Aires y alrededores. Se publicó entonces una nueva oda que celebraba la liberación de «la hermosa capital» de «los crudos británicos».[14]

Popham, furioso por el revés, continuó bloqueando el Río de la Plata los cuatro meses siguientes hasta que fue reemplazado por el contraalmirante Charles Stirling, que trajo consigo más efectivos al mando del general *sir* Samuel Auchmuty. A mediados de enero de 1807, esta nueva fuerza de invasión británica desembarcó cerca de Montevideo, que cayó el 3 de febrero después de un breve asedio. La población local, sin embargo, seguía

siendo declaradamente hostil y el control británico de la ciudad y del área vecina era endeble. La situación mejoró algo más adelante, en primavera, cuando el almirante George Murray llegó con más refuerzos a las órdenes del teniente general John Whitelocke. Este último estaba decidido a atacar Buenos Aires, que funcionaba como centro de la resistencia española. El 28 de junio, con apoyo de la Royal Navy, desembarcó unos 11 000 hombres cerca de Buenos Aires y derrotó a la fuerza hispana de Liniers en las afueras de la ciudad el día 1 de julio. Fue una lucha brutal. El asalto británico contra la ciudad se topó con una resistencia feroz. La lucha casa por casa se cobró más de 2500 bajas británicas y obligó a Whitelocke a retirarse. Se negoció una tregua con las autoridades locales. Los británicos accedieron a evacuar todas sus efectivos y pusieron fin al bloqueo del Río de la Plata.[15]

Las invasiones británicas fallidas dejaron un legado duradero. En la resistencia ante los británicos habían participado todos los habitantes del Río de la Plata, prácticamente. Desde los comerciantes más ricos hasta las masas plebeyas de artesanos, aprendices y esclavos y todos ellos reconocieron en la victoria una afirmación del destino propio de su comunidad. Un grupo de adolescentes de 14 años que participaron en la lucha incluso formó una unidad militar, los Jóvenes de la Reconquista, con permiso de los progenitores y la aprobación de Liniers.[16] Después de haber derrotado a una gran potencia sin casi haber recibido ayuda desde España, los líderes locales se sintieron más fuertes para afianzar su propia autoridad. Solo dos días después de la rendición británica de agosto de 1806, el cabildo de Buenos Aires organizó una Junta General que asumió el control de todas las unidades militares regionales. Tal decisión desafiaba a las autoridades coloniales tradicionales y allanaba el camino para un discurso político nuevo en el que se incorporaba la participación popular. Durante la segunda invasión británica, las calles de Buenos Aires

fueron escenario de manifestaciones en las que la gente gritaba «¡Muera el virrey!», «¡Viva la libertad!» y «¡Vamos a izar la bandera republicana!». La joven Junta General privó entonces al gobernador de poder y ordenó su arresto.[17] Fue la primera andanada del movimiento de independencia colonial latinoamericano, una decisión que quebraba el *statu quo* institucional establecido en 1776 con la creación del Virreinato del Río de la Plata. España no volvió a recuperar nunca del todo su posición en el virreinato. Las estructuras coloniales existentes (el virrey, la audiencia, el cabildo) tuvieron serios problemas para ajustarse a las realidades políticas de nueva aparición, en especial a la emergencia de una población plebeya armada y políticamente activa.[18]

Los acontecimientos de Buenos Aires constituyeron algunos de los reveses más duros sufridos por los británicos en las Guerras Napoleónicas. El almirante Popham, el general Whitelocke y otros oficiales que participaron en ellos fueron procesados y reprendidos. Estas invasiones también son notables por lo que nos revelan del pensamiento imperial de Gran Bretaña. La lentitud de las comunicaciones entre Sudamérica y Londres y la precariedad de la situación en Europa, donde Napoleón ya había machacado a Austria y a Prusia e iba camino de derrotar a Rusia, fueron factores decisivos en el moldeado de la actitud mental de la sociedad y el Gobierno británicos. Cuando la noticia de la toma exitosa de Buenos Aires llegó a Londres en septiembre de 1806, por ejemplo, multitudes jubilosas llenaron las calles cantando *Rule, Britannia!* para celebrar el primer gran éxito de un año vacío de victorias. El hecho de que Popham y Beresford fueran oficiales británicos al mando de unidades británicas que operaban con fines claramente británicos significaba que esta expedición se percibía como algo distinto de lo que habían sido otras incursiones en Sudamérica (por ejemplo, la de Miranda). La noticia fue bien recibida sobre todo en los círculos mercantiles, entonces apurados por no encontrar dónde colocar sus productos, cada

vez más cuantiosos, en una Europa dominada por Francia, que ahora veían en la caída de Buenos Aires la oportunidad de introducirse en nuevos mercados. El comercio de Gran Bretaña con Sudamérica ya superaba entonces el millón de libras anuales. La noticia de la conquista de Buenos Aires provocó un *boom* especulativo comercial movido por la expectativa de obtener dividendos enormes en los mercados recién abiertos, una expectativa alocada que estaba totalmente fuera de la realidad.

El Gobierno británico se encontró en la posición incómoda de tener que censurar a Popham por haber emprendido la expedición sin su aprobación y, a la vez, sortear la creciente ola de apoyo popular a favor de la operación.[19] El «Ministerio de Todos los Talentos», como se llamaba al ejecutivo de coalición formado por William Grenville en febrero de 1806 por, supuestamente, estar abierto a «todos los talentos», era consciente de la complicidad del anterior gabinete, pero vacilaba entre apoyar el reparto sin contemplaciones de los dominios españoles o instigar en estos la misma tormenta revolucionaria contra la que Gran Bretaña estaba luchando en otros lugares. «Hasta qué punto deberemos consentirla o implicarnos en ella», se preguntaba el primer ministro acerca de la expedición de Miranda a Venezuela.[20] Lo mismo podía decirse de la respuesta gubernamental inicial a la expedición de Popham. El secretario de Exteriores Charles Fox (y sus aliados), que llevaba tiempo fustigando la estrategia de Pitt en la guerra, se oponía a una mayor implicación británica en Sudamérica antes de que se hubieran resuelto los problemas europeos. La muerte de Pitt, en septiembre de 1806, despejó el camino a los miembros del ala más belicista del gabinete. Aprovechando el efusivo apoyo popular al plan de Popham, el Gobierno británico no dudó en sacar provecho de una conquista que antes había desaprobado y, al hacerlo, cometió el mismo error que los jefes de la expedición, que se habían presentado como liberadores y acabaron como conquistadores. En la Junta de

Comercio, William Eden, lord Auckland, instó al ejecutivo a hacer algo que favoreciera a las firmas comerciales británicas porque, en sus palabras,

> […] la caída total de las potencias continentales hace más que nunca necesaria la promoción de intereses que son puramente británicos. Creo firmemente que, en la actual tesitura europea, la ampliación de nuestro comercio se ha convertido en la medida de guerra más eficaz.[21]

Estas convicciones se repetían en el Ministerio de Exteriores, donde el secretario Charles Grey, lord Howick, defendía que había llegado el momento de que Gran Bretaña abandonara el continente europeo, donde habían surgido y se habían desvanecido ya tres coaliciones contra Francia sin mucho éxito, y protegiera sus propios intereses en otros lugares.

Estos planteamientos perfilaron las posiciones británicas de cara a las potencias europeas en el otoño de 1806 y fueron la razón por la que Prusia, por ejemplo, no halló a Gran Bretaña interesada en la creación de una nueva coalición contra Napoleón. En respuesta a la súplica de ayuda prusiana de ayuda frente a Napoleón, lord Howick apuntó con displicencia:

> [Gran Bretaña], después de hacer soportado la enorme presión de la lucha contra Francia durante tantos años en los que Prusia ha estado en paz, tiene derecho a esperar que Su Majestad prusiana se sirva al máximo de los recursos de su propio reino antes de tener derecho a pedir [a Gran Bretaña] asistencia pecuniaria.[22]

William Windham, secretario de Estado británico de Guerra y de las Colonias, henchido de ideas expansionistas, adujo que, como la situación europea entonces ya no permitía ningún margen para el despliegue de la fuerza británica, Gran Bretaña debía pivotar a Sudamérica, donde tenía que incitar al levantamiento revolucionario y conservar todo el territorio que pudiera para compensar la hegemonía continental francesa. Asegurados los intereses británicos en Sudamérica, Windham observó: «[…] el periodo en que el poder de Bonaparte pueda empezar a tambalearse no debe estar ya lejano, ni superará el plazo que podemos permitirnos esperar».[23]

A lo largo del otoño de 1806, el gabinete británico trazó planes para apoderarse de la América española. Una expedición navegaría al cabo de Hornos, tomaría el puerto de Valparaíso en Chile y, después de cruzar los Andes, establecería una cadena de fuertes que permitiría conquistar toda la mitad meridional de Sudamérica. Otro proyecto preveía asaltos separados sobre Perú y Panamá. Incluso Grenville, en general conservador acerca de tomar iniciativas en ultramar, cayó presa de esta «fiebre imperial». En octubre estudió el que era, quizá, el más audaz de estos planes: destacar varios millares de soldados de la fuerza británica situada en Buenos Aires, transportarlos al otro lado del Atlántico, recoger 1000 hombres de la guarnición del cabo de Buena Esperanza, proseguir hasta la India, donde se les unirían 4000 cipayos, invadir las Filipinas y, finalmente, cruzar el Pacífico para atacar México desde el oeste. Otra expedición, esta desde las Indias Occidentales británicas, ¡atacaría el mismo territorio en ese preciso momento desde el este! El plan fue presentado a Wellington, quien, por suerte, introdujo una notable dosis de sentido común en el debate y señaló la obvia imposibilidad de organizar y coordinar semejante operación de escala global.[24] Wellesley, al advertir que los proponentes de esta expedición pedían la creación de un México independiente (gobernado por un príncipe Borbón), apuntó que no se había tenido en cuenta «en qué modo el gobierno que se recomienda establecer en ese país se preservaría, continuaría y sería apoyado una vez que se hubiera efectuado la revolución, en especial contra las agresiones que podrían llegar contra él por parte de Estados Unidos».[25]

Las noticias de las derrotas británicas en el Río de la Plata tornaron irrelevantes estos planes. De todos modos, muestran a las claras que el Gobierno británico estaba dispuesto a poner en práctica políticas no menos oportunistas y expoliadoras que las de Napoleón, a quien tan a menudo fustigaba por sus ambiciones imperiales. Después de la caída del Ministerio de Todos los Ta-

lentos en marzo de 1807, el nuevo gabinete de William Henry Cavendish, duque de Portland, reevaluó los planes pasados y criticó a su predecesor por la falta de una política definida hacia Sudamérica. Además, admitió que la conquista de una región tan vasta era imposible a menos que se tuvieran en cuenta los intereses de la población local. Esto marcó un cambio decisivo en la política británica que iba tener profundas repercusiones en toda la región.

Entre 1803 y 1810, el Caribe seguía siendo un teatro de operaciones importante de las Guerras Napoleónicas, en el cual las operaciones se complicaban por las enfermedades mortíferas, por las enormes distancias, por la dificultad de la cooperación entre las fuerzas terrestres y las navales y por la persistente amenaza de las rebeliones de esclavos.[26] Una vez reanudadas las hostilidades con Francia en mayo de 1803, un escuadrón británico bloqueó el Santo Domingo francés para impedir la llegada de los suministros y refuerzos que tanto necesitaba la guarnición, que acabó por rendirse a los británicos. En las islas de Sotavento, el teniente general William Grinfeld y el comodoro Samuel Hood atacaron Santa Lucía a finales de junio de 1803 y derrotaron con facilidad a la guarnición francesa, mucho menor, encabezada por el general Jean-François Xavier Noguès. Los británicos continuaron sus éxitos con la toma de Tobago y de las colonias holandesas de Demerara, Esequibo, Berbice y Surinam, donde el choque de intereses entre el gobierno metropolitano bajo influencia francesa y las autoridades coloniales holandesas llevó a que los colonos, con el fin de salvaguardar el comercio y las inversiones, llegaran incluso hasta el punto de apoyar la invasión británica.[27]

En 1805, Napoleón dirigió su atención al Caribe, donde, dentro de un ambicioso plan para la invasión de Gran Bretaña, quiso

que sus distintas flotas se reunieran con el fin de hostigar el tráfico marítimo británico y de alejar a las fuerzas navales británicas de las aguas europeas. El almirante Édouard de Missiessy zarpó primero de Rochefort con 5 navíos de línea y 3 fragatas. A su llegada a Martinica en febrero de 1805, Missiessy procedió con rapidez a atacar la cercana isla británica de Dominica, mientras esperaba la llegada del almirante Pierre de Villeneuve. Este había burlado a la flota de bloqueo británica del vicealmirante lord Nelson en Tolón y, navegando hacia el oeste, se adentró en el Atlántico, donde se le unió una escuadra española. Después de dejar refuerzos en Guadalupe, Missiessy atacó sucesivamente San Cristóbal, Nieves y Montserrat, donde obtuvo cientos de miles de francos en contribuciones. En marzo, el almirante tuvo noticia de que el intento primero de Villeneuve de escapar de Tolón había fracasado. Por consiguiente, decidió completar la misión con el refuerzo de la guarnición de Saint-Domingue y regresando a Francia.

Missiessy desconocía, sin embargo, que Villeneuve había logrado cruzar el Atlántico con las escuadras francesa y española y que llegaría a Martinica a mediados de mayo. Los galos atacaron y tomaron Diamond Rock, una pequeña isleta frente a la costa sur de Martinica que había sido fortificada por los británicos. Villeneuve, al poco de este éxito, supo que Missiessy ya había vuelto a Francia y que la flota de Brest no había llegado a salir de las aguas europeas. Al darse cuenta de que el plan de reunión de toda la flota francesa ya no era factible, Villeneuve decidió atacar Barbados en junio. Durante la travesía, al llegarle noticia de la presencia de una flota británica en las cercanías, suspendió el ataque y puso rumbo de vuelta a Europa.

Esta iba a ser la última gran ofensiva gala en el Caribe. En octubre, la flota combinada de Villeneuve fue destruida en Trafalgar y la capacidad naval militar francesa quedó muy menoscabada. Los franceses habían perdido más de dos docenas de buques

en un lapso de unos pocos meses y los maltrechos restos de sus escuadrones estaban refugiados en puertos cercados por el siempre presente Collingwood. El fin de la amenaza de invasión francesa fue objeto de celebración general en Gran Bretaña y movió a algunos mandos superiores a reevaluar la estrategia naval: el primer lord del Almirantazgo, Charles Middleton, lord Barham, era partidario de retirar el bloqueo atlántico para reducir los gastos y los daños de la Royal Navy.

Barham, sin embargo, había subestimado claramente la amenaza gala y los acontecimientos posteriores demostraron la pervivencia de dicha amenaza contra los intereses británicos en el Caribe. Es cierto que, después de 1805, los franceses no desearon arriesgar en acciones de flota los buques de primera línea que les quedaban, una decisión que convirtió la posibilidad de que hubiera otra batalla entre flotas en algo remoto. En 1811, el secretario del Almirantazgo británico se lamentaba: «[…] hace ya seis años desde que tuvimos una lucha general en el mar y nos estamos volviendo impacientes».[28] Por otro lado, Napoleón, que se había sentido animado por los éxitos del escuadrón del vicealmirante Charles-Alexandre Linois en el océano Índico y en el mar de China Meridional en 1803-1804, y por los del «Escuadrón Invisible» del contraalmirante Zacharie Allemand en el Atlántico en 1805, concentró después sus esfuerzos en campañas dirigidas a hostigar el comercio y le indicó al vicealmirante Honoré Ganteaume, al mando de la flota de Brest, que preparara unos escuadrones potentes para emplearlos en el Atlántico golpeando a la flota mercante enemiga y dañando la economía bitánica.[29] Estas órdenes imperiales prepararon el escenario para una serie de operaciones transoceánicas que, a menudo, se ha pasado por alto al tratar las Guerras Napoleónicas. Sin embargo, estas operaciones nos obligan a matizar las pretensiones de que la victoria de Trafalgar había asegurado el control de los mares a los británicos.

El poder naval francés no acabó en octubre de 1805. Al contrario, durante los nueve años siguientes, Gran Bretaña tuvo mucho que temer de Francia en lo relativo al dominio de los mares. Napoleón hizo todo lo que pudo para reunir las flotas de varias naciones y, de no haber sido por las contramedidas tomadas por los británicos en Copenhague y Lisboa, pudo llegar a hacerse con el control de las flotas danesa y portuguesa, que sumaban casi 70 buques de guerra. Además, las operaciones británicas también impidieron que la flota sueca cayera en sus manos y taponaron a la Flota del Báltico rusa (alrededor de 20 navíos) en el golfo de Finlandia. Napoleón debilitó más sus cartas con su intervención en España, que le costó el apoyo de la Armada española (más de dos docenas de navíos) por negarse esta a reconocer la autoridad gala. Los relatos tradicionales pasan por alto que, incluso en el periodo posterior a Trafalgar, los almirantes franceses continuaron causando muchos problemas a sus colegas británicos. Solo en 1806, los galos acometieron ya varias expediciones al seno Atlántico. El capitán Amand Leduc, con tres fragatas, hostigó a los balleneros y mercantes británicos en los alrededores

de Islandia y Groenlandia e infligió daños por alrededor de 2,5 millones de francos hasta que sus hombres fueron víctimas del escorbuto y tuvo que regresar a Francia.[30] El comodoro Jean-Marthe-Adrien Lhermitte comandó una expedición a África occidental, donde completó una eficaz incursión en la que apresó buques mercantes por un valor de 10 millones de francos antes de volver a Francia.[31] A pesar del bloqueo británico, el capitán Louis-Charles-Auguste Delamarre de Lamellerie consiguió burlarlo con cuatro fragatas y se pasó los seis meses siguientes navegando por la costa occidental africana y el Caribe para luego volver al golfo de Vizcaya.[32]

Mucha mayor importancia tuvieron los dos grandes escuadrones que Ganteaume puso bajo el mando del vicealmirante Corentin-Urbain Leissègues y del contraalmirante Jean-Baptiste Willaumez. En diciembre de 1805, Leissègues escapó de Brest con cinco navíos de línea y dos fragatas y llevó refuerzos y suministros a la sitiada guarnición de Santo Domingo. Según las instrucciones que había recibido, el vicealmirante debía entonces bloquear Jamaica durante dos meses y volver a Francia navegando antes por la costa este estadounidense. Sin embargo, Leissègues, después de cumplir con éxito la primera parte de su misión, decidió quedarse en Santo Domingo para ultimar las reparaciones que los buques, dañados por tormentas tropicales, necesitaban con urgencia. No iba a tener oportunidad de completar su misión. El aviso de la escapada francesa llegó a Gran Bretaña en la víspera de Navidad de 1805 y tuvo una respuesta inmediata. Lord Barham ordenó la preparación de varios escuadrones para buscar a los escuadrones galos desaparecidos y proteger las vitales rutas mercantes. Uno de los escuadrones británicos, mandado por el contraalmirante Alexander Cochrane, cruzó el Atlántico a principios de 1806 y se unió a la flota del vicealmirante *sir* John Duckworth fondeada en Barbados. Las fragatas británicas de exploración pronto avistaron al escuadrón de Leissègues fren-

te al puerto de Santo Domingo, donde Duckworth, en cabeza de una escuadra de siete navíos y dos fragatas, sorprendió y destruyó a los franceses el 6 de febrero de 1806.[33] Napoleón se enfureció al conocer que Leissègues, en contra de lo que le había ordenado, no se había dirigido a La Habana, donde tenía que haber terminado las reparaciones necesarias bajo la protección de las fortificaciones españolas: «Esto no es mala suerte, sino estupidez y calamidad sin igual».[34]

El otro escuadrón galo, comandado por Willaumez, recibió el encargo de hostigar las rutas mercantes del Atlántico sur para luego poner rumbo a las islas de Sotavento y apoyar a las fuerzas francesas de Martinica, Guadalupe y Cayena. Al mando de seis navíos y dos fragatas (con el hermano menor de Napoleón, Jerónimo, en una de ellas), Willaumez partió junto con Leissègues, pero se dirigió al Atlántico sur con el propósito de pasar al océano Índico y luego, manteniéndose cerca del cabo de Buena Esperanza, acechar la llegada de la Flota de China, un gran convoy de mercantes de la Compañía Británica de las Indias Orientales que transportaba lucrativas mercancías chinas. Willaumez halló su primer obstáculo de importancia cuando la tripulación de un mercante apresado le informó de la toma de la Colonia del Cabo por los británicos.

El almirante francés, privado de esta crucial base para repostar, decidió permanecer en el Atlántico sur, ignorante de que los escuadrones británicos del vicealmirante *sir* John Borlase Warren y del contraalmirante *sir* Richard Strachan ya trataban de darle caza a solo unos centenares de millas al norte de allí. Warren empleó los tres primeros meses de 1806 en el Atlántico oriental con la esperanza de localizar al escurridizo escuadrón francés. En la mañana del 16 de marzo de 1806, temprano, los vigías informaron de velas al nordeste. Mas no era Willaumez, sino los rezagados del escuadrón de Linois, que llevaban tres años navegando por el océano Índico y estaban muy debilitados por los destaca-

mentos que habían dejado y por naufragios. En la acción subsiguiente del 13 de marzo, Linois intentó escapar a la desesperada, pero fue alcanzado y apresado por la superior escuadra británica.

Warren, entusiasmado por su éxito, regresó a Gran Bretaña y dejó que Strachan continuara en solitario dando caza al escuadrón de Willaumez en el inmenso océano. Después de varias semanas de búsqueda fútil, Strachan supo por fin que Willaumez se encontraba en realidad en el Caribe, donde los franceses se habían dedicado a asaltar el tráfico comercial británico. Al tiempo que Strachan emprendía otro cruce del Atlántico, el escuadrón del contraalmirante Alexander Cochrane avistó a los galos cerca de Santo Tomás, donde Willaumez pretendía atacar el convoy anual británico de Jamaica que se estaba preparando para zarpar desde la isla de Tórtola. La aparición de Cochrane obligó a los franceses a desplazarse a los bancos de las Bahamas, donde el almirante galo aún confiaba en poder interceptar el convoy. Este sumaba casi 300 embarcaciones cargadas de mercancías y dineros. Sin embargo, como los británicos no permitieron que el convoy izara vela hasta que se hubiera establecido el paradero del escuadrón francés, Willaumez desperdició la mayor parte de julio en una espera inútil. En agosto, al no poder demorar más la salida del convoy, Cochrane permitió que zarpara una parte de este —más de un centenar de mercantes, escoltados por solo un navío y dos fragatas—. El convoy atravesó los bancos de las Bahamas justo mientras Willaumez buscaba frenéticamente a Jerónimo Bonaparte, que, *motu proprio* y sin informar al almirante, se había alejado hacia el norte con su buque, el Vétéran, en busca de botín. Para cuando Willaumez se dio cuenta de lo que sucedía, el convoy ya se había puesto a salvo con rumbo a Gran Bretaña.

Mientras tanto, el almirante Warren, después de entregar a Linois en Gran Bretaña y de reacondicionar los barcos, había regresado al Atlántico en busca de Willaumez. En agosto, rastreó las Bahamas orientales, pero no localizó a los franceses, que, en

ese momento, estaban más al norte. El Gran Huracán Costero de 1806, que había asolado buena parte de la costa este de Estados Unidos en agosto de ese año, había dañado a los buques franceses de gravedad, los había dispersado por un área enorme y había convertido a muchos de ellos en presa fácil de los británicos. Uno de los buques franceses, el Impétueux, intentó escapar de sus perseguidores virando hacia la costa norteamericana, aunque, de todos modos, fue abordado y quemado. Al final, del escuadrón original de Willaumez solo un barco –el Vétéran de Jerónimo Bonaparte, que había apresado y destruido varios mercantes británicos del convoy de Quebec– volvió a casa según lo planeado en 1806; otros tres buques tuvieron que someterse a exhaustivas reparaciones en Estados Unidos antes de acabar regresando a Francia tres años más tarde.

Las salidas de 1806 se saldaron con un resultado ambiguo. Supusieron el apresamiento o destrucción de unos 60 barcos británicos con un valor aproximado de 27,5 millones de francos. Estas pérdidas, aunque parezcan significativas, apenas afectaron al volumen global del comercio británico, en el que participaban más de 19 000 embarcaciones. Además, los franceses pagaron un precio muy alto por estas ganancias: más de la mitad de los barcos que se aventuraron en estas misiones no regresó nunca a Francia.[35] Napoleón, sin arredrarse, continuó planeando operaciones a gran escala contra el tráfico mercante hasta que su ministro de Marina le hizo comprender con claridad el apuro en que se encontraba la flota de guerra francesa. Denis Decrès escribió:

> Las dificultades de las operaciones marítimas nunca han sido tan grandes como en esta ocasión. El enemigo no ha tenido nunca tantos barcos disponibles ni nosotros menos puertos donde hacer escala ni mayor escasez de puertos distantes. Todas estas expediciones […] no me parece que tengan ninguna posibilidad de éxito y, especialmente, no hay paridad entre sus probables ventajas y los casi inevitables peligros que están asociados a él.[36]

Siguiendo el consejo de Decrès, Napoleón limitó las operaciones navales francesas a las que emprendieran las fragatas individuales encargadas del mantenimiento de las comunicaciones con las colonias galas que quedaban. Aparte de la expedición de Allemand de Brest a Tolón en 1808, no hubo más operaciones navales francesas a gran escala en el océano Atlántico durante el resto de las Guerras Napoleónicas.

Esto no significa que Napoleón hubiera tirado la toalla en la guerra en el mar. Al contrario, a partir de 1808, como hemos visto, concentró sus esfuerzos en la reconstrucción de la flota francesa y en una estrategia de «flota existente»[*13] que supuso una gigantesca labor de construcción naval por todo el Imperio francés. Este cambio en la estrategia naval francesa coincidió con varias novedades. En primer lugar, el embrollo español no solo enredó a Napoleón en una contienda de seis años, también le privó de la flota española y del acceso a las colonias hispanas que habían servido de base a corsarios contra el comercio británico; ahora estas posesiones podían servir como armas contra los enclaves galos que todavía quedaban en el Caribe. La flota española, a pesar de sus numerosos problemas, era de un tremendo valor para las operaciones navales francesas. Esto se demostró en varias ocasiones, incluso todavía en la primavera de 1808, cuando la flota británica que buscaba al escuadrón francés del almirante Ganteaume cerca de la punta de la bota de la península itálica se distrajo por la noticia de que la flota española se había hecho a la mar: los británicos corrieron hacia Menorca y Ganteume pudo regresar a Tolón sano y salvo.[37]

En segundo lugar, las expediciones navales galas de 1806 habían demostrado que el poder marítimo francés, aunque debilitado, todavía podía plantear una amenaza seria, sobre todo teniendo en cuenta los continuados éxitos galos en tierra. En efecto, a finales de 1807, la posición global británica distaba de ser satisfactoria. Derrotadas Rusia, Prusia y Austria, Londres se vio

excluido casi completamente de la tierra firme europea y no tenía más aliados continentales que los tibios suecos en el norte y los débiles Borbones napolitanos en el sur. De hecho, la amenaza de Napoleón era tan grande y afectaba a tantos lugares que al Gobierno británico no le quedó otra opción que repensar su estrategia. En el Mediterráneo, donde su invasión del sur de Italia había fracasado en 1806, Gran Bretaña decidió aplicar un planteamiento defensivo reforzando sus efectivos en Sicilia y alrededores en previsión del siguiente movimiento de Napoleón. El secretario de Guerra y de las Colonias, Castlereagh, pensaba que, si la contienda continuaba, la guerra colonial y marítima eran los únicos instrumentos de que Gran Bretaña disponía hasta que consiguiera nuevos aliados continentales. Castlereagh, tratando de formular una política naval apropiada para esta urgencia militar, concluía:

> Cuanto más tiempo he podido emplear en reflexionar acerca de nuestras expectativas en esta guerra, más firmemente convencido estoy de que ni la paz ni la independencia podrán ser la suerte de esta nación [Gran Bretaña] hasta que [...] contrarrestemos en el mar lo que [Francia], sin ley, inflige e impone en tierra.[38]

El plan de operaciones de Castlereagh constaba de dos partes principales. Una era aprovechar la ventaja de la superioridad marítima británica para efectuar un bloqueo económico de los puertos del enemigo que pudiera infligir a los franceses todo el daño posible. La otra era sacar el máximo partido de la fuerza militar de Gran Bretaña transportándola por mar de un lugar a otro para compensar así su inferioridad terrestre. Los decretos del Consejo que ya hemos visto fueron el resultado de la primera propuesta, mientras que las grandes expediciones militares a la península ibérica, a Escandinavia y el Caribe provinieron de la segunda. En 1807-1808, la Royal Navy británica emprendió una amplia ofensiva en el Caribe que ganó la colonia holandesa de Curazao y las islas danesas de Santo Tomás, San Juan y Santa Cruz.[39] Se asaltaron los enclaves franceses de Marigalante y de

La Deseada y se acabó con estos santuarios de los corsarios galos que aún seguían operativos. En otoño de 1808 se preparó una nueva expedición anglo-portuguesa para tomar la colonia de la Guayana francesa. En esta operación, comandada por el teniente coronel Manoel Marques, participaban alrededor de 550 soldados que, en diciembre, fueron transportados a la Guayana en buques portugueses escoltados por una fragata británica. Las fuerzas anglo-portuguesas tomaron rápidamente los distritos de Oyapoque y Approaque y, después de solo cinco días de combates, las autoridades galas accedieron a capitular, el 12 de enero.[40] La caída de la Guayana francesa fue el último paso crucial de los prolegómenos británicos para la invasión de Martinica, el mayor de los enclaves franceses que todavía quedaban en el Caribe. Después de haber interceptado unos documentos que revelaban la debilidad de las defensas de aquel lugar, los británicos emprendieron la mayor operación anfibia en más de una década –alrededor de 12 000 soldados embarcados en una flota de 6 navíos, 9 fragatas, 5 corbetas, 9 bergantines y varias docenas de transportes– y tomaron tierra en la isla en enero de 1809. Igual que en 1793, los avances británicos se desarrollaron a lo largo de varios ejes y superaron ampliamente a la guarnición francesa, de apenas 2300 hombres, que retrocedió hacia las fortificaciones en torno a Fort-de-France, donde aguantó valerosamente un mes entero hasta que se rindió el 24 de febrero.[41] Los británicos, aprovechando su victoria, tomaron la última dependencia francesa, las islas de los Santos, y obligaron a la guarnición gala de Santo Domingo a capitular a mediados de julio.[42]

Napoleón reaccionó a estos éxitos británicos con un vasto programa de construcción naval. A pesar de la frecuencia con que se invoca su supuesta incapacidad para comprender la guerra naval, la política que siguió junto con su ministro naval Decrès entre 1808 y 1813 estuvo bien diseñada y ejecutada. Se construyeron docenas de barcos en Texel, Róterdam, Ámsterdam, Fle-

singa, Amberes, Cherburgo, Brest, Lorient, Rochefort, Burdeos, Tolón, Génova, Nápoles y Venecia.[43] En muchos de estos lugares, Napoleón amplió o construyó puertos, muelles, embarcaderos y fortificaciones. El objetivo global puede vislumbrarse en la exposición anual del emperador publicada en junio de 1811: «Podremos hacer la paz con la seguridad de que tendremos 150 navíos de línea, y, pese a todas las dificultades de la guerra, es tal el estado del Imperio que pronto tendremos ese número de buques».[44]

A medida que se construían nuevos buques de guerra, estos se mantenían luego listos para zarpar en varios puertos, lo que obligaba a la Royal Navy británica a extenderse por un área enorme para evitar las posibles escapadas. Esto producía un desgaste considerable en los hombres y en los buques. A veces, la flota tenía que mantenerse en el mar durante meses, consumiendo sus propios bastimentos y soportando los temporales del Atlántico o del Mediterráneo. El mantenimiento de la eficiencia de la flota fue uno de los grandes problemas a los que se enfrentó el Almirantazgo británico durante la guerra, en especial si tenemos en cuenta el escaso número de instalaciones de diques secos –necesarias para las reparaciones en profundidad de los buques– a su disposición y lo distantes que estaban.[45] La Royal Navy no podía utilizar los diques secos italianos ni los españoles y el de Malta no se había completado. Los británicos, para reparar los constantes daños por el viento y el agua, no tenían más opción que viajar de vuelta a sus propios puertos de Plymouth, Portsmouth o Chatham. La escasez de materiales (sobre todo de madera) y de marineros experimentados (en 1810 la cifra total de la población marinera británica había llegado a 145 000 hombres, es decir, un 2,7 por ciento del total de la población masculina) llevó a que, aunque el tamaño total de la Royal Navy llegara a su máximo de 728 naves en 1809, nunca consiguió tener en servicio activo más de 130 navíos de línea.[46] La construcción naval de Napoleón,

por esto, se concentró en los navíos de línea, de los que un buen número eran buques gigantescos de 130 cañones.

Como los navíos de línea servían para sostener el dominio británico de los mares, tenían prioridad en la asignación de hombres y de recursos, en perjuicio de los buques menores que se empleaban en labores de reconocimiento y, lo que era aún más importante, para atacar al comercio costero francés en las aguas cuya escasa profundidad no permitía el acceso de los buques de guerra mayores. Este comercio costero tenía mucha importancia para los intereses franceses, como demuestran los enormes esfuerzos que Napoleón dedicó a su protección mediante la construcción de defensas de costa. En 1810, los franceses tenían más de 3600 cañones, montados en alrededor de 900 lugares por toda la costa europea y atendidos por 12 000 artilleros.

La escasez de cruceros británicos, tan útiles para efectuar reconocimientos, fue una de las causas que permitieron a los franceses acometer salidas desde sus puertos después de 1805, como cuando Allemand pasó del Atlántico al Mediterráneo para reunirse con Ganteaume en 1808, la navegación de Willaumez desde Brest a la isla de Aix en 1809 o el redespliegue de los barcos de Allemand de Lorient a Brest en 1812, sin que ninguno de los buques fuera interceptado. De hecho, de 1807 a 1813, las ocasiones en que los británicos lograron destruir navíos de línea franceses fueron contadas; la más notable sucedió cerca de la isla de Aix en 1809.[47]

Napoleón, alarmado por las victorias británicas en el Caribe, envío una expedición a la región. A finales de octubre de 1808 ordenó a los escuadrones situados en Lorient y Rochefort que llevaran refuerzos y bastimentos a Martinica, pero el bloqueo británico impidió la partida. En febrero de 1809, el almirante Jean-Baptiste Philibert Willaumez recibió la orden de romper el bloqueo con la flota de Brest para que varios escuadrones de menor tamaño pudieran llegar al Caribe. Willaumez, con ocho na-

víos y dos fragatas, espantó a los buques británicos que bloqueaban Lorient. Sin embargo, el mal tiempo retrasó la partida del escuadrón francés hasta finales de febrero, fecha que se demostró demasiado tardía. Al intentar zarpar tres fragatas francesas, fueron interceptadas por un escuadrón británico de tres navíos y obligadas a aceptar combate en Les Sables-d'Olonne. Sorprendentemente, las fragatas galas, de mucho menor tamaño que los buques enemigos, los rechazaron y sobrevivieron a la batalla, aunque a costa de daños tan graves que después fueron dadas de baja.

Willaumez, mientras tanto, se dirigió a Rochefort, donde encontró al escuadrón local azotado por la enfermedad e incapaz de hacerse a la mar. La posterior llegada de una gran escuadra británica a las órdenes de James Gambier acabó con Willaumez atrapado en Rochefort. Con la expedición del general Moore ya en Portugal y preparándose para avanzar a España, el Almirantazgo británico estaba muy preocupado porque la concentración de la flota francesa en Rochefort pudiera afectar las operaciones militares en la península ibérica. Por consiguiente, el primer lord del Almirantazgo, lord Mulgrave, instó a asaltar la flota francesa con el empleo de brulotes cargados de explosivos. Gambier se opuso a la idea. Para él, los brulotes eran un «modo espantoso y anticristiano de hacer la guerra».[48] Su subordinado Thomas lord Cochrane, un individuo de un coraje temerario, aceptó el plan y recibió veintiún brulotes.[49] En la tarde del 11 de abril de 1809, a pesar de los fuertes vientos y la mar brava, Cochrane llegó con sus buques a la rada al sur de la isla de Aix,[*14] donde embistió a la escuadra francesa. Aunque los galos habían sido alertados del ataque británico, el almirante Allemand, que antes había reemplazado a Willaumez, no pudo impedir que cuatro de los brulotes rompieran la barrera de kilómetro y medio de pesados mástiles y cadenas que había situado para proteger a sus barcos. Sin embargo, para consternación de Cochrane, las mechas de los

brulotes, que debían haber durado quince minutos, tardaron poco más de la mitad de ese tiempo en consumirse, lo que provocó la explosión prematura de los buques. El aire se llenó de metralla, granadas y cohetes que, en su mayoría, no alcanzaron los blancos. De todos modos, sí causaron un considerable daño indirecto al provocar el pánico entre las tripulaciones francesas, que intentaron escapar de los estrechos confines de la bahía. En la confusión consiguiente, la mayor parte de los buques galos encalló en la costa, de modo que, al amanecer del 12 de abril, todo el escuadrón, salvo dos barcos, se hallaba varado.[50] Cochrane dio a Gambier la señal de atacar y, al llegar la tarde del mismo día, los buques de guerra de guerra británicos se unieron a las fuerzas del primero y destruyeron cuatro navíos de línea y una fragata de los franceses –sin embargo, la indecisión de Gambier permitió que el resto de la escuadra enemiga sobreviviera–.[51] La batalla de la isla de Aix fue una victoria británica crucial, a pesar de que quedara lejos del objetivo pretendido, la destrucción de toda la escuadra francesa. En palabras del historiador naval británico Noel Mostert, esta batalla revela una naturaleza dual en la Royal Navy:

> Aquí uno ve a la antigua marina, nunca carente de valor, pero profundamente cautelosa, imbuida de dudas ante el coste y las penalidades de un riesgo que podría suponer un revés nacional y el fin de su reputación […]. Aquí también estaba la afianzada continuidad de las rivalidades enconadas, los celos por las oportunidades y los ascensos, el odio siempre latente porque otro nos adelante y, como guinda, incluso una muestra de la creciente antipatía entre lo evangélico y lo secular. Por suerte, aquí también estaba el ejemplo de audacia e iniciativa nelsoniana de Cochrane.[52]

En la estela de los éxitos navales de 1809, los británicos volvieron al Caribe, donde, en enero de 1810, emprendieron la invasión en toda regla de Guadalupe. El general francés Manuel Ernouf aguantó un par de semanas hasta su rendición el 6 de febrero. Desde Guadalupe, los británicos saltaron a la isla de San Martín y a las colonias holandesas de San Eustaquio y Saba. Al

concluir 1810, los franceses y sus aliados habían perdido todas las posesiones coloniales en el Caribe.

Pese a lo hiriente de la pérdida de las colonias caribeñas, Napoleón se centró en la tarea mucho más importante de reconstruir su Marina. Las pérdidas sufridas por las flotas francesas en 1808-1810 no tardaron en verse compensadas con las nuevas construcciones. La flota gala de Tolón creció con firmeza hasta 24 navíos de línea (de ellos, 6 eran buques de 130 cañones) que aprovechaban las condiciones locales para efectuar ejercicios casi diarios; a veces llegaban a alejarse hasta ocho leguas del puerto.[53] A finales de 1811, el almirante británico Edward Pellew, comandante de la Flota del Mediterráneo, comentaba en una carta a su hogar:

> No he visto nunca una flota francesa con la mitad del orden de la flota de Tolón. Lamento decirlo, pero han adoptado demasiados procedimientos nuestros […]. También mantienen a bordo a todo el mundo, de modo que los oficiales franceses ahora se ven en la necesidad de encontrar diversión en su deber y se familiarizan con su propia gente. Sus buques son magníficos.[54]

La construcción de buques continuaba a ritmo rápido en otros puertos como Venecia, donde ya se habían montado 4 buques de 74 cañones y se estaban construyendo 5 más, de forma que, al acabar la guerra, Francia disponía en el Mediterráneo de 30 navíos de línea aprestados y casi una docena cercanos a completar su construcción.

En el Atlántico, Napoleón alejó prudentemente el centro de operaciones de Brest, donde los recursos madereros estaban agotados y a los británicos les era fácil mantener la vigilancia desde Plymouth, hacia bases situadas al sur (Lorient y Rochefort) y al norte (Cherburgo). Entre 1808 y 1812 emprendió una enorme ampliación de los astilleros de Amberes. En aquella área planeaba disponer de un fondeadero invernal para no menos de 90 buques de guerra (Amberes y Flesinga guardaron 50 y Terneuse [Terneuzen] los 40 restantes) del que pudieran zarpar 20 barcos a plena carga en una sola marea. Las autoridades imperiales trope-

zaron con numerosos obstáculos para que estos sueños llegaran a buen término. La obra en Flesinga tuvo que empezarse desde cero en 1810, después de que el desembarco británico en Walcheren destruyera las instalaciones recién construidas. Por otro lado, los trabajos de Terneuse se complicaron por el suelo local, que, por su endeblez, no soportaba los cimientos necesarios para la construcción de barcos. De todos modos, al acabar la guerra, Amberes disponía de instalaciones navales que estaban entre las mejores de Europa y podía construir 15 buques de forma simultánea. Más al norte, Napoleón supervisó las mejoras de los puertos holandeses de Róterdam y Ámsterdam, que, en conjunto, produjeron más de una docena de buques de guerra.

Toda esta actividad significaba que, en el futuro, era previsible que Napoleón pudiera alcanzar casi la paridad con la Royal Navy, al menos en el número de navíos de línea. Esta relación de fuerzas se inclinaba a favor de Francia en la potencia de fuego, puesto que los galos habían construido al menos media docena de navíos de 130 cañones y ninguno con menos de 74, mientras que Gran Bretaña no tenía ningún navío de más de 120 cañones y sí unos cuantos de menos de 74.[55] La decisión de Napoleón de invadir Rusia, por consiguiente, llegó en un momento perfecto para Gran Bretaña. La Royal Navy se hallaba extendida al máximo y obligada a operar, además de en los mares Báltico y Mediterráneo, en los océanos Atlántico, Índico y Pacífico. Si Napoleón hubiera centrado sus esfuerzos en los asuntos de la península ibérica y alcanzado una superioridad suficiente en el mar, la lucha por Europa podría haber tenido un resultado distinto para Francia. Mientras acrecentaba su Marina en puertos bien protegidos, Napoleón podría haberse preparado para el día en que su flota estuviera lista para desafiar a la Royal Navy en el mar. Sin embargo, los preparativos para la invasión de Rusia primero retardaron y luego detuvieron por completo los trabajos en los astilleros franceses: los carpinteros de los barcos y los marinos fue-

ron reclutados para reforzar a un Ejército francés que luchaba ya por la supervivencia imperial.

CAPÍTULO 19 | El imperio oriental de Gran Bretaña, 1800-1815

La India fue descrita por contemporáneos del siglo XIX como «la joya de la corona» del Imperio británico. El vasto subcontinente era la más valiosa de las posesiones británicas. Servía de fuente de unos recursos naturales que parecían inagotables y también de inmenso mercado para las mercancías británicas. El crecimiento del comercio británico con la India y los enormes beneficios derivados de él tuvieron un papel decisivo en el ascenso de Gran Bretaña a la posición de mayor potencia mundial. Los ingresos transferidos de la India se reinvertían en otras empresas económicas, por ejemplo, fabriles, que luego apuntalaban el poder económico británico y sostenían una fuerza militar –en especial la renombrada Royal Navy– que defendía con éxito los intereses de la nación por todo el orbe. Sin la India, es probable que no hubiera habido Imperio británico.[1]

Es conocida la afirmación del historiador victoriano J. R. Seeley de que Gran Bretaña consiguió el imperio de la India «en un momento en que no se daba cuenta de lo que hacía», aunque, la verdad, no hubo nada de accidental en las conquistas británicas.[2] Estas se produjeron por una mezcla de arrogancia política, ocupaciones «preventivas», intervenciones directas y, sobre todo, desaforados apetitos económicos.[3] Muchas de ellas fueron efecto de los actos de una empresa accionarial monopolística funda-

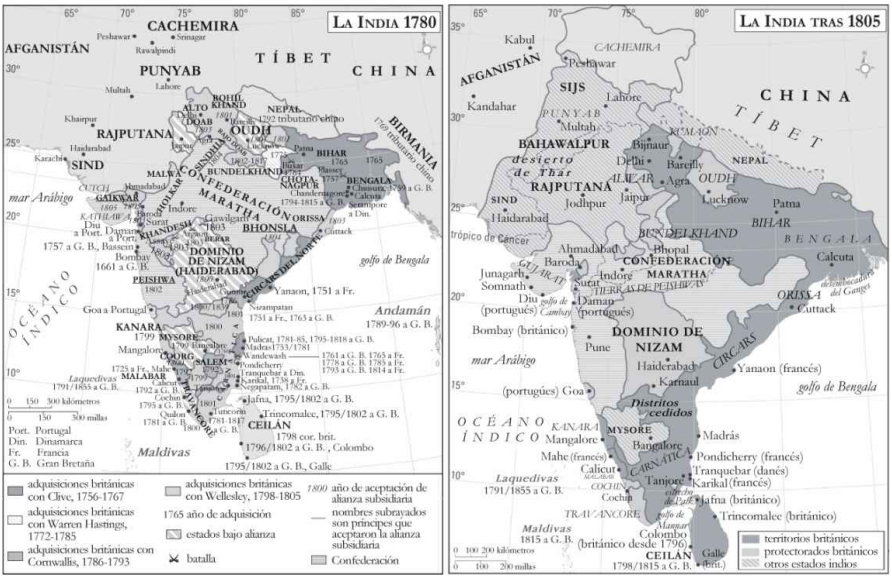
da en Londres en 1600, la Compañía Británica de las Indias Orientales. La Compañía obtuvo concesiones mercantiles de los emperadores mogoles de la India y estableció sus primeros puestos comerciales en el subcontinente a principios del siglo XVII. Durante el transcurso de la siguiente centuria y media, sacó partido del debilitamiento del Imperio mogol y trascendió más allá de las actividades comerciales originales para asumir un plan político y militar que trataba de armar un poderoso ente político en la India. Esto iba mucho más allá de la preservación del comercio y perfiló un progresivo desplazamiento del ámbito de actuación de la Compañía desde lo comercial hacia lo militar.[4] El historiador británico Timothy H. Parsons observa con acierto que «los directores de la Compañía en Londres no planearon nunca hacerse con un imperio, pero no tenían modo de evitar que sus empleados oportunistas parasitaran los sistemas imperiales asiáticos».[5] En la segunda mitad del siglo XVIII, la Compañía, en grado considerable por medio de la fuerza y la subversión, ya había empezado a desmantelar y a apropiarse de las relaciones comerciales y de las redes políticas y culturales preexistentes, así como a preparar el camino para la posterior conquista de la India.[6]

La India, en la Edad Moderna, era una civilización sofisticada con alrededor de 150 millones de habitantes, casi un quinto de la población mundial en ese momento. Pero no era, en el sentido occidental, una sola nación. La dinastía mogola, que llegó al poder en el siglo XVI, gobernaba una enorme variedad de Estados con un conglomerado de grupos étnicos y religiones. El imperio alcanzó su punto álgido en el siglo XVII y entonces, a la muerte del último gran emperador, Aurangzeb, en 1707, empezó a sufrir convulsiones políticas, malestar social y violencia sectaria. Los emperadores mogoles continuaron sentándose en el famoso Trono del Pavo Real incrustado de joyas, aunque su autoridad fue quedando cada vez más cercenada por los reinos rivales y los

señores de la guerra rebeldes que surgían por doquier en el subcontinente indio. Al mismo tiempo, los europeos empezaron a intervenir con más fuerza en la política india, manipulando y aprovechando las rivalidades entre los distintos Estados y construyendo poco a poco alianzas que les iban consiguiendo ventajas políticas y comerciales.

La Compañía se demostró especialmente eficaz en el establecimiento y la extensión de su presencia en la India. El punto de inflexión de este proceso fue la Guerra de los Siete Años, durante la cual Siraj-ud-Daula, nabab de Bengala (en el nordeste del subcontinente), tomó Calcuta, el enclave principal de los británicos en la India, y provocó la entrada de «una compañía comercial extranjera no deseada al peligroso juego del poder político en la India».[7] Bajo el impulso del gobernador general Robert Clive (1725-1774), la Compañía derrotó a Siraj-ud-Daula y a sus aliados franceses en Plassey, puso las bases de su gobierno en Bengala y expandió gradualmente su autoridad a otras partes de la India.[8] Las crecientes obligaciones militares de la Compañía y los apuros financieros asociados a ellas no tardaron en empujar a los dirigentes a solicitar la ayuda del Estado británico, lo que llevó a una participación mayor del Gobierno de la Corona en su dirección y en el control de toda la organización. La Ley Reguladora de 1773 y la Ley de Compañías de las Indias Orientales de 1784, motivadas por malas actuaciones de la Compañía en la India, introdujeron la supervisión gubernamental sobre ella y establecieron un sistema de control dual.[9] La Compañía continuó, básicamente, encargada del comercio y de la administración del día a día, pero las cuestiones de importancia política se reservaron a una Junta de Control en la que participaban miembros del ejecutivo británico. El principal objeto de la reforma de 1784 fue «tomar de la Compañía la gestión completa de las posesiones territoriales y el gobierno político del país». La junta tenía poder de

ordenar «qué objetivos políticos debían perseguir los funcionarios de la Compañía».[10]



Además, la Ley Declaratoria de 1788 concedió a la Junta de Control poder enviar tropas de la Compañía a la India sin atenerse a los deseos de sus directores. Estos cambios tuvieron hondas repercusiones, ya que convirtieron a la Compañía en el instrumento principal de la política imperial británica en la India y transformaron sus posesiones indias, hasta entonces cuestionadas moralmente por muchos británicos, en justamente lo contrario: una misión civilizadora. Este cambio coincidió con la centralización del Estado británico, la industrialización y la consolidación del nacionalismo, circunstancias que coadyuvaron a crear un nuevo relato en torno al imperialismo, un enfoque que justificaba la soberanía británica y el dominio económico de la India.[11]

La Guerra de Independencia estadounidense detuvo brevemente los progresos británicos en la India. Los británicos, después de perder un imperio en Occidente, lo compensaron adquiriendo más territorios en Oriente. La Compañía, con beneficios boyantes y sus propias fuerzas armadas, libró una serie de gue-

rras –entre las que destacan las Guerras Anglo-Mysores y las prolongadas Guerras Anglo-Marathas– que ampliaron su influencia y su sistema administrativo a extensas áreas del subcontinente indio. El éxito en estos conflictos permitió a la Compañía implantar un nuevo orden administrativo (y también cambios sociales y culturales) en una región que carecía de un control central fuerte. De todos modos, la pregunta persiste: ¿cómo fue posible que unos pocos millares de extranjeros de una pequeña isla azotada por el viento en el noroeste de Europa –el territorio de Gran Bretaña era de unos 300 000 kilómetros cuadrados, mientras que los mogoles controlaban más de un millón– lograra conquistar y gobernar aquel distante y vasto subcontinente? La aparición y el crecimiento del poder británico en la India ha sido objeto de debate desde hace mucho tiempo. Los partidarios tempranos del colonialismo británico en la India lo achacaron al carácter británico. Otros atribuyen el éxito de Gran Bretaña a la superioridad de las armas. La realidad, sin embargo, es más compleja y las razones por las que los británicos lo consiguieron vienen a ser una combinación de factores de largo y de corto plazo.

En comparación con otras partes del mundo, los Estados europeos estaban, en general, más movilizados para la guerra y eran más implacables en esta. Los estrechos confines de Europa empujaron a todas las unidades políticas en competencia a innovar constantemente para adaptarse a distintos paisajes y meteorologías, así como para no quedarse atrás tecnológicamente con respecto a sus rivales. Con el tiempo, en Europa aparecieron sistemas de financiación y de exacción fiscal más eficientes para poder afrontar las continuas guerras. En Asia, mientras tanto, los grandes imperios como el mogol de la India tuvieron menor presión militar para adaptarse y pudieron permitirse permanecer indiferentes ante la modernización. La India se libró de las crueles contiendas de religión y de comercio que asolaron Europa hasta el siglo XVIII. Un historiador británico, C. A. Bayly, apuntó

con agudeza: «En cierto sentido, la relativa paz de Asia durante el siglo XVII fue su perdición».[12]

A veces se ha dicho que la ineficacia de los ejércitos de los Estados indios –es decir, la carencia de una infantería entrenada y la debilidad de la artillería– los puso en franca desventaja ante los británicos.[13] Aunque parcialmente cierto, este argumento ignora que hubo avances militares bastante notables en la India durante el siglo XVIII y principios del XIX. Estudios recientes han demostrado que la distancia tecnológica entre las fuerzas indias y británicas se había estrechado de forma considerable a finales del siglo XVIII. Esto fue, en gran parte, resultado de la adopción por la India de la tecnología europea y también de la contratación de oficiales y mercenarios europeos (sobre todo franceses) para entrenar a las tropas. Cierto número de soberanos, entre ellos el sultán Tipu de Mysore y Ranjit Singh del Punyab, lograron progresos notables en la mejora de las fuerzas armadas y en la reforma de los sistemas de suministro y de munición. De hecho, la percepción al uso acerca de la expansión británica en la India tiende a soslayar el hecho de que los británicos no siempre se alzaron con la victoria en el campo de batalla. En 1779, un contingente británico sufrió un revés ante los marathas en Wadgaon y, un año después, Haidar Ali de Mysore invadió la región carnática y destruyó a una fuerza británica comandada por William Baillie en Pollilur (Pollulore).[14] Esta segunda batalla fue una de las derrotas más aplastantes sufridas por los británicos en la India y sus efectos solo pudieron remediarse gracias a hábiles manejos diplomáticos que dividieron a los enemigos de la Compañía.

La segunda mitad del siglo XVIII contempló una mejora constante de la infantería y de la artillería indias. Los oficiales británicos lo advirtieron en las batallas de Buxar y de Patna, en 1764. El sultán Tipu impulsó una profunda reorganización de las fuerzas de Mysore, que contaban con numerosos efectivos de

caballería ligera. Esta fue una gran amenaza para los británicos, que solo lograron imponerse después de adaptar sus tácticas y buscar la ayuda de la caballería maratha. El desempeño de las unidades marathas durante la Segunda Guerra Anglo-Maratha (1803-1805) también puso de manifiesto un alto grado de eficiencia en la infantería y la artillería. Después de la batalla de Laswari de 1803, el general británico Gerard Lake, que había combatido a los franceses en Flandes en 1793, impresionado por la fiereza de los marathas en la refriega, comentó: «Nunca me he encontrado, ni remotamente, en un apuro tan grande en toda mi vida y ruego a Dios que nunca vuelva a encontrarme en una situación así».[15]

Además, el Ejército británico no operaba en solitario: la continuidad de su presencia en el subcontinente indio dependía del control del mar por la Royal Navy. Su incuestionable supremacía del poder marítimo significaba que los británicos podían ir y venir según les conviniera, reparar las pérdidas y atacar la costa india a voluntad. La Compañía, desde luego, siempre estaba especialmente atenta a cualquier amenaza que pudiera poner en peligro su hegemonía naval. Por ejemplo, en febrero de 1795, un escuadrón británico a las órdenes del contraalmirante Charles Watson atacó Gheria, una pequeña fortaleza en la costa oeste de la India, cuando estuvo claro que el gobernante local estaba ampliando su flota, una fuerza capaz de representar cierta amenaza para la presencia naval británica. Como señala el historiador británico Jeremy Black, esta victoria puso fin, prácticamente, al desarrollo del poder naval indio. Durante las décadas siguientes, los escuadrones británicos continuaron patrullando los mares que rodean la India, destruyendo flotas nativas, manteniendo la vital comunicación imperial y permitiendo una expansión sostenida en el subcontinente.[16]

Si hubo algún factor decisivo en el colonialismo británico, este fue el poder marítimo. Sin él, la imposición de la autoridad

británica en Asia habría sido de todo punto imposible. En cualquier caso, el poder naval por sí mismo no bastaba para asegurar tal éxito. En la primera mitad del siglo XVIII, la India padeció luchas por el poder político que, prácticamente, destruyeron la autoridad central. La invasión de Nader Shah de Irán en 1739 y las incursiones tribales afganas de Ahmad Shah Abdali en las décadas de 1750 y 1760 aceleraron la quiebra del Imperio mogol y la aserción de la autonomía (cuando no de la independencia sin ambages) de los subadares (gobernadores provinciales). Si el Imperio mogol hubiera superado estas dificultades y consolidado su autoridad, la Compañía se habría tenido que enfrentar a un enemigo mucho más formidable en la segunda mitad del siglo. Pero, según fueron las cosas, el subcontinente no era un Estado centralizado y, además de que carecía de un liderazgo político central, tampoco tenía un sentimiento de identidad común o de causa compartida. Las tropas indias no se debían a su nación, puesto que no existía el concepto de nación india, sino a sus líderes directos, cuyas ambiciones políticas, rivalidades y celos mantenían al subcontinente en una perpetua lucha interna. Así las cosas, la Compañía no tuvo nunca delante un frente unificado de fuerzas indias y pudo servirse de la coerción, las amenazas y la diplomacia para evitar que los gobernantes locales combatieran solidariamente.

Igual de valiosas para los británicos fueron la disciplina civil y los talentos de los funcionarios de la Compañía, tanto los de mayor autoridad como los secundarios. Gracias a su espíritu de cuerpo, su orgullo por servir y su dedicación a la causa, desempeñaron un papel decisivo en la conformación del colonialismo británico en la India. Con esto no decimos que no hubiera casos de mala gestión, corrupción personal o abusos por parte de funcionarios de la Compañía –el procesamiento judicial del gobernador general Warren Hastings entre 1788 y 1795 dejó bien claro que sí los había–.[17] En cualquier caso, jefes de la Compañía

como Clive, Cornwallis y Wellesley aprovecharon hábilmente las rivalidades locales entre los Estados indios para avanzar los intereses económicos y políticos de la Compañía en la región. Es posible que no hubieran llegado más lejos que sus equivalentes portugueses, holandeses o franceses de no ser por los recursos militares y financieros puestos a su disposición por la floreciente economía británica y la incipiente Revolución Industrial. La Compañía aprovechó la circunstancia de que el subcontinente indio, con una economía agrícola de subsistencia, no podía competir con el pujante sistema capitalista británico. Los divididos Estados indios no pudieron nunca igualar los recursos de Gran Bretaña, unos recursos que permitían a la Compañía el sostenimiento de considerables fuerzas militares, la reparación de las pérdidas y, cada vez más, recurrir al reclutamiento de ejércitos de cipayos indios entrenados al modo europeo.[18] Este último tipo de efectivos tenían una eficiencia aceptable en el campo de batalla y, lo que era más importante, eran más baratos de costear que las tropas regulares europeas. En consecuencia, los gastos de la expansión de los dominios de la Compañía se mantuvieron relativamente bajos.

La utilización por la Compañía de alianzas subsidiarias –caracterizadas por la relación de dominio que se establecía de una de las partes sobre la otra– subraya este extremo. A mediados del siglo XVIII, el gobernador general Clive buscó agrandar el poder de la Compañía en la India y a la vez limitar en lo posible sus responsabilidades. Prefirió por esto una estrategia indirecta que conseguía para la Compañía el poder real y dejaba a los gobernantes nativos la autoridad formal. Inició esta política situando a su aliado Mir Jafar como nabab de Bengala. A medida que crecía la influencia de la Compañía, más Estados indios (en especial los más pequeños y vulnerables a las luchas nativas) accedieron a este tipo de pactos subsidiarios que suponían una pérdida cada vez mayor de autonomía. La esencia del sistema residía en que la

Compañía se comprometía a proteger a cada Estado aliado de las amenazas externas, a cambio del control de sus relaciones exteriores. A este efecto, el gobernante local accedía a no sellar ninguna alianza con cualquier otra potencia sin el consentimiento de la Compañía, de modo que quedaba ligado irrevocablemente al poder británico. El gobernante indio también accedía a permitir la presencia de una fuerza subsidiaria de tropas de la Compañía –acantonada, generalmente, cerca de su capital– y a pagar los gastos del mantenimiento de esa fuerza –sufragando, al fin y al cabo, los medios de su propia coerción–. Con frecuencia, en lugar de un pago monetario, estos gobernantes accedían a entregar una parte de su territorio a la Compañía, lo que aumentaba aún más el control de esta sobre la región.

Naturalmente, uno se pregunta por qué los gobernantes musulmanes e hindúes no previeron los riesgos que corrían al convertirse en aliados de la Compañía. En parte esto sucedió gracias a los jefes de la Compañía. Estos, como hemos señalado, eran, por lo general, individuos hábiles, resolutos y capaces de asumir riesgos y, a menudo, ignoraban las interferencias de la lejana Gran Bretaña. Aunque había considerables disputas entre las oficinas de la Compañía en Bombay, Madrás y Bengala, la Compañía fue siempre una institución mucho más centralizada y consolidada que cualquiera de los Estados indios con los que trataba y, en los momentos clave, sus oficinas solían dejar a un lado las rivalidades y movilizaban los recursos necesarios.

Los Estados indios, por su parte, se enfrentaron a problemas de consideración para competir con la Compañía. Conscientes de que necesitaban unas fuerzas armadas más potentes, sus gobernantes trataron de aumentar las aportaciones económicas de cada uno de los grupos sociales. Sin embargo, esta transición desde las formas de Estado tradicionales a otras de estilo europeo no fue tranquila y generó muchas fricciones y conflictos –los cuales, por supuesto, eran entonces aprovechados por la Compa-

ñía en beneficio propio–. En un contexto de enfrentamientos intermitentes entre los gobernantes regionales, una alianza subsidiaria con la Compañía podía obtener una ventaja crucial sobre un rival. Tomar esta decisión podía salvar las apariencias: aunque los gobernadores generales de la Compañía tuvieran más poder político que algunos gobernantes indios, no hacían ostentación de una parafernalia propia de reyes ni se comportaban como tales. Hasta 1857, la Compañía continuó reconociendo la soberanía del emperador mogol y pretendía actuar en su beneficio. La Compañía no trató nunca de asumir la autoridad formal y no se entrometía en la legislación, la religión ni las tradiciones nativas, lo que hacía su autoridad más atractiva para algunas élites indígenas.

En la práctica, todo esto significó que la Compañía pudo utilizar los recursos materiales y humanos indios para imponerse a la resistencia india. Esto no fue siempre un proceso sencillo. En la década de 1770, la Compañía interfirió, sin éxito, en la guerra civil maratha y sufrió derrotas durante la Primera Guerra Anglo-Maratha (1775-1782). Poco después, se alió con los marathas, pero luego dejó que esta alianza se fuera a pique durante el ascenso de Haidar Ali de Mysore, que se alió con los franceses, los marathas y Haiderabad. Para contener a los británicos, Haidar Ali se propuso derrotar a la Compañía en su terreno con la mejora de su administración, la reforma de su Ejército y la explotación de la rivalidad entre Francia y Gran Bretaña. La campaña que emprendió en la región carnática fue exitosa, pero su muerte en 1784 precipitó el colapso de la alianza entre Mysore, Haiderabad y los marathas. Charles Cornwallis, nuevo gobernador de la Compañía de 1786 a 1793, formó con Haiderabad una alianza contra Mysore, asociación a la que, en 1790, se unieron los marathas para formar la Alianza Tripartita. Esta fortaleció grandemente la posición británica en la India, puesto que permitió a la Compañía contar con el apoyo de estos dos aliados frente a My-

sore. Fueron necesarias tres prolongadas campañas para doblegar a Mysore, pero, al final, la mitad de sus dominios acabó en manos de la Compañía y de sus aliados.

En esta encrucijada histórica sucedió un cambio importante en la política británica en la India motivado por dos causas principales. En primer lugar, cada vez era mayor el convencimiento en el Gobierno británico y en la Compañía de que solo el control de la India por Gran Bretaña podría poner fin a las guerras constantes en el subcontinente y crear unas condiciones adecuadas para el comercio y la actividad económica. La causa segunda, y más importante, fue la transformación de la política europea a consecuencia de las Guerras de la Revolución francesa. La invasión gala de Egipto creó la posibilidad de una amenaza directa sobre la India, un lugar donde los franceses podrían encontrar a muchos que los recibirían con los brazos abiertos, como por ejemplo el sultán Tipu, que sucedió a Haidar Ali en Mysore y ansiaba la partida de los británicos. El nombramiento de Richard Wellesley, hermano mayor del que llegó a ser duque de Wellington, como gobernador general de la Compañía, iba a señalar el momento crucial del ascenso del poder británico en la India. Como hemos visto en el Capítulo 5, Wellesley seguía con atención el torbellino revolucionario que tenía enfrascada a buena parte de Europa y estaba convencido de que aquello creaba la oportunidad propicia para que los británicos consolidaran su posición en la India, cuyos inmensos recursos podían ser de gran utilidad a los intereses británicos en todo el mundo. Wellesley utilizó el miedo a los franceses como pantalla de sus propios proyectos imperialistas y para justificar la expansión británica. El trato que dio a los Estados indios supuso un claro cambio de actitud hacia el sistema subsidiario. Los responsables anteriores de la Compañía lo habían utilizado como herramienta defensiva para salvaguardar los intereses y posesiones de aquella. En cambio, en manos de Wellesley, las alianzas subsidiarias se convirtieron en un

instrumento ofensivo con el que someter a Estados independientes, a veces incluso amigos, al control británico.

La nueva realidad política que emergió en la India entre 1798 y 1805 fue resultado de las declaradas aspiraciones imperialistas de Wellesley.[19] De hecho, Wellesley, por su energía, su firmeza, su motivación y dinamismo, unidos a su prepotencia, su impaciencia y un orgullo que rozaba la insolencia, casi parecía un gemelo británico de Napoleón. Uno no puede evitar preguntarse qué podría haber conseguido de haberse encontrado en circunstancias similares a las del primer cónsul. Sus planteamientos y acciones destaparon en él a un astuto estadista, mucho más que a un mero administrador, y su máximo logro fue el ascenso de la Compañía a una posición de poder sin igual en la India.[20] El otrora poderoso Imperio mogol estaba prácticamente liquidado como ente político, pero la preservación e instrumentalización de sus vestigios fue un aspecto muy importante de la política de Wellesley. Por esto, el emperador mogol, Sah Alam, fue instalado bajo protección británica en Delhi, donde se prestó mucha atención a su dignidad, pero ninguna a su autoridad política.

Otro legado central de Wellesley fue el gigantesco crecimiento del Ejército de la Compañía, que se expandió hasta llegar a más de 190 000 hombres durante su mandato y se convirtió en el mayor de los ejércitos entrenados y comandados por europeos de Asia.[21] Se trataba de una presencia militar con la que ninguna otra potencia europea podía rivalizar. Solo el 13 por ciento de sus soldados era europeo; la inmensa mayoría eran cipayos, soldados nativos que continuaron formando la base del poder militar británico en Oriente durante el resto del siglo XIX. Igual de importante fue el papel de la Royal Navy, que se desplegó en los «mares orientales» en un número nunca visto. Dirigida por capitanes competentes y con ideas propias, como el comodoro Peter Rainier, la armada británica fue imprescindible para la consolidación de la presencia británica en las aguas costeras indias y su

asentamiento en nuevas regiones (las islas de las Especias holandesas en 1796 y el mar Rojo en 1801).[22]

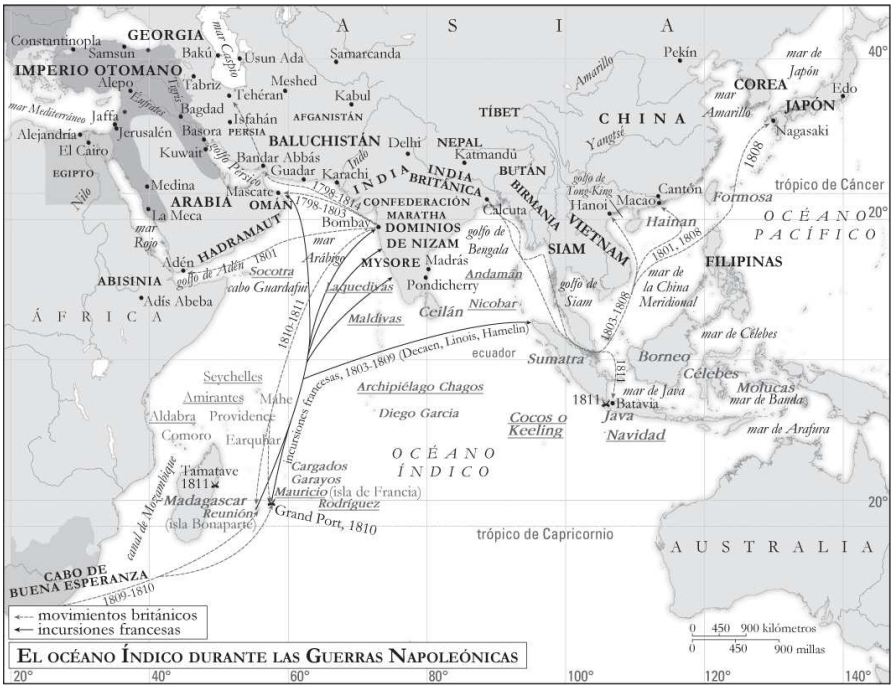
Sin embargo, a pesar de todos estos éxitos, Wellesley acabó siendo depuesto del cargo. Todas sus políticas principales estuvieron dirigidas al logro de dos objetivos interrelacionados: garantizar la hegemonía británica en la India y utilizar los vastos recursos de esta para contener la amenaza que suponían las ambiciones globales de Francia. Creyera o no Wellesley sinceramente en la posibilidad de que los franceses llegaran por tierra hasta la India, lo cierto es que aprovechó la amenaza de invasión terrestre para esconder su propio proyecto de construcción imperial. En el periodo de 1798-1800, el gabinete británico y los directores de la Compañía accedieron una y otra vez a las políticas agresivas de Wellesley porque pensaban que la intimidación gala a la India era real e inmediata. Sin embargo, la situación cambió de forma drástica en unos pocos años. Cuando la guerra con Francia se reanudó en 1803, Napoleón estaba amenazando a la propia Gran Bretaña. Lord Castlereagh, presidente de la Junta de Control, escribió a Wellesley en marzo de 1803:

> Por celosa que esté Francia de nuestro poder en Oriente, y por decidida que pueda estar a llegar a posiciones desde las que algún día podría tener esperanzas de derribar ese poder, no puedo convencerme de que tenga, o de que por cierto tiempo pueda tener, los medios para intentar ningún ataque directo contra unas posesiones tan bien protegidas como las nuestras.[23]

En 1805, miembros del Gobierno británico estaban consternados porque la política india de Wellesley les exigía recursos preciosos de los que no podían prescindir. Como supo señalar un historiador británico: «Gran Bretaña no se podía permitir una guerra india sin fin en el año de Trafalgar y Austerlitz».[24] La Compañía era, en primer lugar y ante todo, una organización comercial de la que se esperaban beneficios. Es fácil imaginar la exasperación de los accionistas de la Compañía ante la acumulación de gastos por las guerras mysores y marathas, que casi duplicaron la deuda de la Compañía. La expectativa de una con-

tienda prolongada, después de los reveses sufridos por los británicos a manos de Holkar, los impulsó a buscar la destitución de Wellesley.

La Compañía se pasó la década siguiente resolviendo el legado de Wellesley. Los directores insistieron en una reducción del gasto –no más costosas adquisiciones territoriales ni embrollos con Estados fuera de las fronteras existentes de la India británica–. El sucesor inmediato de Wellesley, lord Cornwallis, recibió la misión de entablar negociaciones con Holkar para poner fin a la Guerra Maratha, pero falleció tras solo dos meses de mandato. En cualquier caso, Cornwallis, mientras pudo sostener una pluma, se dedicó a revertir los progresos de su predecesor, una política que se continuó bajo el mandato de *sir* George Barlow, que accedió provisionalmente al puesto de gobernador general en 1805. Barlow, sabedor de que los directores no se sentían preparados para asumir responsabilidades imperiales, trató de reducir los compromisos de la Compañía. Durante su mandato, esta se retiró de la India central, donde los gobernantes marathas de Holkar y Sindhia disfrutaron de mayor libertad para asolar los Estados rajputs, que fueron abandonados por la Compañía a pesar de los compromisos adquiridos previamente. Las políticas prudentes de Barlow y su éxito en convertir el déficit financiero en un beneficio considerable fueron bien recibidos por los accionistas de la Compañía. Sin embargo, no contentaron al Gobierno británico, que nombró un gobernador general más dinámico, Gilbert Elliot-Murray-Kynynmound, lord Minto, en 1807.



El océano Índico durante las Guerras Napoleónicas

La situación de la India a la llegada de Minto a Calcuta, el 31 de julio de 1807, era precaria y no solo por la continuada inestabilidad política en la región central, sino también por la aparición de nuevos desafíos al poder británico. El reciente rosario de triunfos de Napoleón –victorias militares sobre Prusia en 1806 y Rusia en 1807 y acercamientos diplomáticos con los otomanos y con Persia– habían convertido en aguda e inmediata la renovada amenaza gala sobre la India británica. El Sistema Continental, inaugurado a finales de 1806, ponía en peligro los intereses económicos británicos en el continente, al tiempo que los corsarios franceses disfrutaban de ciertos éxitos en su intento de desbaratar el tráfico comercial británico en el océano Índico. En la propia India, el motín de las tropas cipayas en Vellore (1806) puso de manifiesto un profundo resentimiento hacia los británicos y fue el preludio de la gran rebelión que se desencadenó cincuenta años más tarde.[25] Un año después, los Estados de Travancore y Cochín, exasperados por las cargas financieras de los tratados

subsidiarios que habían aceptado, se alzaron en rebelión contra la Compañía, aunque esta fue sofocada.

Los seis años de gobernanza de Minto coincidieron con el apogeo de las Guerras Napoleónicas. El Tratado de Tilsit (1807) y la consiguiente alianza franco-rusa reavivó los temores británicos ante un posible ataque ruso a través de las estepas de Asia Central promovido por Francia. Por entonces, mientras el general Gardanne arribaba a Teherán para profundizar en la cooperación franco-persa y los oficiales galos examinaban las fuerzas militares de Irán, eran muchos los que en la Compañía pensaban, en palabras del diplomático británico Mountstuart Elphinstone, que «parecía como si los franceses quisieran llevar la guerra a Asia».[26] En consecuencia, lord Minto dedicó los siete años siguientes a trabajar sin descanso para neutralizar estas amenazas. Emprendió una política exterior en varios ejes que aunaba las propuestas diplomáticas con la proyección enérgica de la fuerza a través de buena parte del sur de Asia.[27] En prevención de un posible golpe terrestre francés, Minto despachó varias misiones para garantizar la seguridad de los accesos del noroeste de la India. Elphinstone dirigió la primera misión oficial británica al reino afgano, donde se reunió con Shuja Shah en Peshawar en la primavera de 1809. Ambas partes sellaron un tratado de «amistad y unión» que establecía una alianza defensiva entre británicos y afganos, en el que los últimos se comprometían a bloquear cualquier avance conjunto francés por sus territorios. El acuerdo tuvo una vigencia muy corta: poco después, el sah fue derrocado y empujado al exilio.[28] Al mismo tiempo, dos misiones británicas destinadas a Irán también lograron ciertos frutos. *Sir* John Malcolm y *sir* Harford Jones contrarrestaron la influencia gala y firmaron un tratado de alianza con Fath Alí Sah que creaba una alianza anglo-iraní contra Rusia y que incluía un subsidio anual de 120 000 libras por el tiempo que durara la guerra. Ese mismo año de 1809, otro diplomático de la Compañía, el joven Charles

Metcalfe, viajaba al Punyab, donde forjó con Ranjit Singh, del Imperio sij, el Tratado de Amritsar. Este delimitó las esferas de influencia británica y sij, garantizó el apoyo de los sijs ante un posible ataque francés y asentó las relaciones anglo-sijs durante una generación.

Tanto Barlow como Minto trataron de asegurar el dominio británico en la India neutralizando los enclaves que les quedaban todavía a los franceses en el océano Índico y más allá. Los buques de guerra británicos, dispersos por los mares de Oriente, se empeñaron al máximo en la protección de la marina mercante y, a la vez, en dar caza a los franceses y sus aliados. Estas labores llevaron, en algún caso, a injerencias británicas en potencias asiáticas que hacía tiempo recelaban de la presencia europea en la región.

En 1800, el comercio marítimo ya conectaba gran parte de las cuencas del océano Índico y del Pacífico occidental con prósperas y fluidas redes mercantiles. África oriental, la India, China, Japón, Corea y los Estados del sudeste asiático comerciaban con fruición unos con otros.[29] Los europeos, desde su irrupción en el siglo XVI –primero los portugueses, luego los holandeses y después los británicos–, habían conseguido penetrar en este mundo marítimo del Asia oriental y no eran reacios al empleo de la fuerza para acceder a las rutas comerciales. Tuvieron que superar importantes escollos. Los productos europeos no eran demandados en Asia y los comerciantes europeos se veían obligados a emplear grandes cantidades de metales preciosos, una circunstancia que perjudicaba el comercio en Europa. El comercio europeo a menudo fue de la mano de la actividad misionera. Sacerdotes jesuitas y de otras órdenes religiosas buscaban en ultramar nuevos conversos a la fe cristiana, una actividad que des-

pertó un considerable nerviosismo en muchas partes de Asia oriental.

Japón fue el primero en limitar las interacciones con los europeos. Con una población de alrededor de 30 millones de habitantes en 1800, Japón era tres veces más grande que Gran Bretaña. A principios del siglo XVII, después de prolongadas luchas feudales, el reino había quedado gobernado por los sogunes Tokugawa (el sogunato o *bakufu*). Estos llevaron cierta prosperidad económica y agrícola al país, pero restringieron el contacto con el mundo exterior. Los Tokugawa, que ya recelaban desde un principio de las actividades misioneras europeas, acabaron asociando el cristianismo con el desorden interno desde que un samurái cristiano se puso del lado de los adversarios políticos del *bakufu*. En 1614, el Gobierno promulgó el Edicto de Expulsión de los Cristianos, que prohibía el cristianismo y expulsaba a todos los cristianos y extranjeros a excepción de los holandeses, a quienes se permitía el mantenimiento de una pequeña instalación comercial en Nagasaki. Durante más de doscientos años, el emporio holandés funcionó como la ventana de Japón al mundo exterior. Una vez al año, los comerciantes de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales llegaban desde Java a hacer negocios.[30] Los holandeses tenían dificultades para desarrollar su negocio en Japón, pero continuaron manteniéndolo sobre todo por los beneficios que generaba a los individuos que participaban en él y no porque fuera posible conseguir ventajas mayores del mismo.[31]

Los británicos no desconocían esta circunstancia y, por esta razón, la Compañía Británica de las Indias Orientales no intentó penetrar en el mercado japonés. Las Guerras Napoleónicas cambiaron este planteamiento. La República Holandesa había pasado a estar controlada por la firme mano de Francia y, por consiguiente, los barcos británicos empezaron a atacar el tráfico marítimo holandés en Asia oriental. Entre 1795 y 1806, la Royal Na-

vy mantuvo a las colonias holandesas bajo un bloqueo no muy estricto, pero apresaba mercantes habitualmente. Los holandeses reaccionaron contratando buques mercantes neutrales para el transporte de la carga entre sus posesiones, pero, en 1807, los británicos, dentro de su pugna global con el Sistema Continental napoleónico, pasaron a abordar también los buques neutrales e impusieron un bloqueo más estrecho a las colonias holandesas.[32] Aunque los holandeses no eran dueños de Dejima (una isla con forma de abanico que habían construido los comerciantes locales de la bahía de Nagasaki en 1634), para los británicos se trataba de una posesión holandesa. A mediados de agosto de 1808, los vecinos de Dejima reaccionaron con alborozo al avistamiento de una vela en el horizonte. No era normal que llegaran buques con el verano tan avanzado, pero ni las autoridades japonesas ni los representantes de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales sospecharon nada.[33] Como de costumbre, los representantes holandeses salieron en una embarcación de remos a dar la bienvenida al barco visitante, pero, en lugar de encontrar en él a compatriotas, fueron recibidos por Fleetwood Pellew, vástago de 27 años de un almirante británico y capitán de la fragata HMS Phaeton. Pellew había disfrazado su buque de guerra para que asemejara un buque mercante holandés, con la intención de apresar mercantes que tuvieran permiso para atracar en Dejima –una estratagema que los británicos ya habían probado una vez en Manila, en enero de 1798–.[34] Pellew capturó a los representantes holandeses, aunque sus escoltas japoneses lograron escapar saltando por la borda. El capitán británico, al no hallar naves holandesas fondeadas, exigió que le llevaran agua y provisiones a su barco bajo la amenaza de colgar a los cautivos y de prender fuego a todas las embarcaciones japonesas y a los juncos chinos.[35] Las autoridades japonesas, impotentes ante el buque de guerra británico, se vieron obligadas a satisfacer las demandas y la Phaeton partió dos días más tarde.

Aunque se trató de un incidente menor, lo sucedido en Nagasaki tuvo consecuencias para todo Japón. El Gobierno japonés estaba enfurecido por la insolencia de Gran Bretaña, que, como mínimo, había violado las leyes japonesas al prohibir, sin el consentimiento del gobernador local, la salida de barcos del puerto de Nagasaki. De todas maneras, esto era poca cosa en comparación con la humillación que el *bakufu* o sogunato sintió por su incapacidad para oponerse a la intrusión. Las baterías de costa japonesas no habían identificado correctamente al buque extranjero y, en caso de enfrentamiento directo, sus anticuados cañones habrían sido de seguro pulverizados por el excelente buque británico. Igual de inoperante se reveló el sistema de defensa de costa japonés. En lugar de los 1000 hombres que se necesitaban, no había de servicio ni 60 por culpa de la pasividad de las autoridades, las dificultades fiscales y la presunción japonesa de que ningún barco llegaría fuera de temporada. El magistrado de Nagasaki llamó a alrededor de 8000 hombres y 40 barcos para combatir a los británicos, pero llegaron mucho después de la partida de la fragata.[36]

El incidente de Nagasaki puso en evidencia, como vemos, las raíces estructurales y organizativas más amplias de la debilidad militar de los Tokugawa. El principal problema no residía tanto en el atraso tecnológico de Japón como en problemas básicos en sus administraciones civil y militar. Después del ataque, el *bakufu* ordenó reforzar las defensas costeras y, más tarde, promulgó una ley, la Muninenuchikowashi-rei, que llamaba al uso de la fuerza para expulsar a los buques extranjeros de las aguas de la costa japonesa.[37] Tal vez fue igual de significativo que el incidente de la Phaeton despertó en el ejecutivo japonés la curiosidad acerca del mundo exterior. El *bakufu* ordenó la formación de intérpretes oficiales de inglés y de ruso. En 1814, el intérprete holandés Motoki Shozaemon escribió el primer diccionario inglés-japonés.[38]

Este incidente no fue el único caso de ataque europeo sobre Japón, sino que ocurrió en un contexto de presiones rusas cada vez mayores. Rusia, a diferencia de otras potencias europeas, llegó bastante tarde a Japón: los primeros buques no aparecieron en las aguas territoriales japonesas hasta principios del siglo XVII.[39] Los rusos hicieron varios intentos de iniciar relaciones comerciales con Japón, pero fueron rechazados una y otra vez. A finales del siglo XVIII, preocupada por los viajes de exploración británicos que parecían amenazar sus intereses en Extremo Oriente, Rusia procuró apuntalar su «indiscutible» soberanía no solo en Alaska, sino también en las islas situadas frente a la tierra firme de Eurasia.[40] En diciembre de 1786, la emperatriz Catalina II decretó que había que enviar buques de guerra rusos, «armados del mismo modo que los empleados por el capitán inglés Cook», más allá del cabo de Buena Esperanza a proteger las posesiones rusas en el norte del Pacífico.

La intromisión rusa en Japón entró en un nuevo estadio cuando el emperador Alejandro envió a Nikolái Rezánov, que tenía mucha experiencia en el comercio de pieles y era un ávido promotor de la colonización rusa de Extremo Oriente, a negociar un tratado comercial con Japón. Rezánov llegó a Japón a finales de 1804. Su carácter brusco y altanero impidió que se ganara la simpatía de los anfitriones.[41] Después de meses de espera, abandonó Japón con las manos vacías, enfurecido por el tratamiento que le habían dado los japoneses y amenazándolos con que el emperador ruso les enseñaría a prestarle el debido respeto a su persona.[42] En efecto, Rezánov regresó a desquitarse en 1806. Entonces protagonizó una guerra declarada por él mismo contra Japón, en la que atacó e incendió asentamientos en la isla de Sajalín y en las Kuriles, y amenazó con asolar todo el norte de Japón si los japoneses persistían en su negativa a comerciar con Rusia.[43]

Los ataques rusos sobresaltaron a los japoneses, que entonces se habían acostumbrado a la paz y estabilidad del régimen Tokugawa. Su reacción consistió en incrementar el número de soldados encargados de la protección de las provincias septentrionales, reforzar la administración central de Sajalín y las islas vecinas y ampliar el sistema *uchi narai*, el cual autorizaba a disparar y ahuyentar a los barcos extranjeros.[44] El incidente de la fragata Phaeton aconteció cuando el Gobierno japonés estaba aún impactado por las acciones de Rezánov y su respuesta fueron algunas de las reformas militares japonesas de mayor calado del siglo XIX.[45] Los japoneses reforzaron sus defensas costeras, revisaron el sistema para la verificación de los buques que llegaran y establecieron nuevas redes de transmisión de señales para mejorar las comunicaciones a larga distancia y facilitar una respuesta más rápida. Estas reformas, aunque prometedoras, a largo plazo se demostraron insuficientes porque se centraron en la mejora de infraestructuras y no renovaron por completo un sistema defensivo que continuaba careciendo de códigos procedimentales comunes y de una división clara de las responsabilidades.

A pesar de ser la principal fuente de negocios de Asia, China, en un grado incluso mayor que Japón, era reacia a abrirse a Occidente. El Gobierno imperial regulaba cuidadosamente el comercio marítimo a través del «Sistema de Cantón» que obligaba a todos los comerciantes extranjeros a residir en la ciudad meridional de Cantón, donde solo podían comprar y vender al gremio comercial monopolístico local, el *Cohong*, que podía fijar los precios de forma arbitraria. Los europeos, insatisfechos con estas restricciones, trataron de sortear el sistema. Sus peticiones para estrechar las relaciones diplomáticas no hicieron mella en los emperadores chinos, acostumbrados desde hacía mucho a utili-

zar el comercio como una herramienta política con la que recompensar o castigar a sus Estados satélites. Europa no era una excepción. Los europeos querían productos chinos y como China no quería prácticamente nada de Europa, exportaba más mercancías e inventos a Europa de los que recibía. El desequilibrio comercial entre Oriente y Occidente se veía agravado por la insistencia china en recibir los pagos en plata, metal que se había llevado de forma intermitente desde Occidente desde la época romana.

En el siglo XVIII fue Gran Bretaña quien tuvo que soportar los efectos negativos de un desequilibrio comercial cada vez mayor, causado por una demanda de té, porcelana y seda que no parecía tener límite. Para reducir este déficit, los británicos buscaron productos que vender a los chinos y este empeño contribuyó al desarrollo del tráfico ilegal de una mercancía que sí querían los chinos: el opio. A partir de 1773, la Compañía Británica de las Indias Orientales tuvo el monopolio de la manufactura de esta droga, la cual vendía a distintos contrabandistas y comerciantes. A principios del siglo XIX ya se vendían enormes cantidades de opio por los costados de los barcos europeos en el río de las Perlas.

Los comerciantes británicos, en especial los influyentes sobrecargos, presionaban sin cesar a su Gobierno para conseguir un nuevo acuerdo con China, un acuerdo que revisara el Sistema de Cantón.[46] Muchos no entendían por qué China debía tener derecho a dictar las condiciones de su comercio con Gran Bretaña, que para ellos era la primera potencia europea. En 1787, Charles Cathcart recibió el encargo de negociar con el emperador Qianlong (que reinó de 1735 a 1799) para que le permitiera utilizar Macao (actual Ziamen) como puerto de distribución para el comercio británico. Sin embargo, el emisario británico falleció durante el viaje. Seis años más tarde, el rey Jorge III aprobó una misión diplomática, encabezada por George Macartney, para ne-

gociar la relajación de las restricciones que padecían los comerciantes británicos en Cantón, conseguir la apertura de nuevos puertos para el comercio británico en China y establecer una embajada permanente en Pekín. En esta que fue la primera gran misión diplomática británica a China, Macartney estuvo acompañado por un séquito de más de 80 personas que transportó en su viaje centenares de cajas repletas de productos británicos –relojes, telescopios, globos terráqueos, platos de vidrio, cerámica de Wedgwood, ropa de lana, alfombras y muchos otros artículos– con los que esperaban impresionar a los chinos y abrir su vasto mercado a las mercancías británicas. Sin embargo, la misión no consiguió sus objetivos. Macartney se negó a cumplir con el *kowtow* –la tradicional genuflexión de ambas rodillas en la que se inclinaba la cabeza hasta tocar el suelo ante el soberano chino– y el emperador Qianlong no le concedió una audiencia formal en la Ciudad Prohibida de Pekín. El enviado británico recibió, en último término, permiso para una reunión más informal con el emperador en una residencia veraniega, pero no hubo negociaciones porque los chinos no veían ventaja alguna en las solicitudes británicas. Según el emperador Qianlong señaló en su respuesta formal, China «posee de todas las cosas en copiosa abundancia y no carece de ningún producto en el interior de sus fronteras».[47]

Los británicos no tuvieron, pues, otra opción que tratar de llegar a un arreglo con los portugueses, los cuales llevaban ya tiempo asentados en Macao, anhelado por los británicos durante décadas y puerta de entrada al gran emporio de Cantón (actual Guangzhou). El primer gobernador general de la India, Warren Hastings, codiciaba abiertamente apoderarse de Macao, en su opinión mal gestionado por los portugueses:

> Macao ha sido tan descuidado por el Gobierno de Goa que ahora es un punto de reunión apropiado solo para vagabundos y maleantes […]. Un lugar tan poco valorado tal vez podría conseguirse con facilidad de la Corte de Lisboa y, si en algún momento acaba en manos de un pueblo emprendedor, que sepa có-

mo aprovechar al máximo todas sus ventajas, pensamos que ascendería a un estado de esplendor nunca igualado por puerto alguno en Oriente.[48]

Esto era más fácil de decir que de hacer. Durante el siglo XVIII, las relaciones entre las autoridades británicas y portuguesas en la India evolucionaron lentamente. Los portugueses, como no es de extrañar, se resistieron a la penetración británica en el subcontinente y trataron de proteger sus intereses apoyando a las fuerzas nativas contra la Compañía Británica de las Indias Orientales. Sin embargo, las victorias británicas en la India amenazaron los intereses portugueses en la región y no les dejaron otra alternativa que estrechar lazos con los británicos. Francisco António da Veiga Cabral, virrey portugués de Goa, ofreció amistad y cooperación a la Compañía y apoyó la expedición británica contra los franceses en el mar Rojo en 1801.[49] Otro tanto podemos decir de la relación luso-británica en Macao, donde los portugueses aún deseaban proteger su terreno. En conjunto, los comerciantes lusos tendieron a apoyar la alianza anglo-portuguesa en lo relativo a las cuestiones nacionales, pero eran indudablemente antibritánicos en cuestiones locales y comerciales.[50] Incluso cuando la invasión francesa de Portugal dejó a la monarquía portuguesa a expensas de la buena voluntad de Gran Bretaña, las autoridades lusas de Macao continuaron actuando contra los intereses británicos en China y no permitieron que los británicos utilizaran su puerto como fondeadero para sus buques de guerra.[51]

En 1801, cuando Francia invadió Portugal con apoyo de España, los directores de la Compañía temieron que aquello podría desembocar en que los franceses se apoderaran de las posesiones lusas de ultramar. Como medida preventiva, en marzo de 1803, buques de guerra británicos desembarcaron efectivos con la intención de «proteger» la pequeña guarnición portuguesa de Macao ante una «posible» invasión francesa. Cuando los británicos fondearon sus buques en Lintin, se encontraron con que el go-

bernador portugués, José Manuel Pinto, no se fiaba de ellos y les negaba la entrada, lo que puso a los jefes de la expedición en una posición incómoda. El gobernador general de la India, Richard Wellesley, era partidario de emplear la fuerza: «[…] en caso de oposición por parte del gobernador de Macao», la colonia portuguesa debía ser tomada «por la fuerza de las armas». Sin embargo, el Comité Selecto de la Compañía recomendó prudencia y un enfoque más diplomático para evitar un enfrentamiento con China. Las autoridades portuguesas de Macao no desconocían esta circunstancia, de modo que su primera decisión fue protestar ante el virrey de Liangguang y el obispo portugués en la capital china, quien transmitió la noticia al emperador Jiaqing (este reinó de 1799 a 1820).[52] Según lo esperado, el emperador reaccionó con decisión, rechazó las explicaciones británicas –«No tenemos que darles ninguna credibilidad porque la intención de los ingleses no era otra que tomar la ciudad», respondió– y exigió la retirada inmediata de sus fuerzas.[53] Los británicos se negaron en un primer momento a obedecer y entonces las autoridades chinas les cortaron el suministro de alimentos. El choque pudo evitarse gracias a la llegada a Macao de la noticia de la Paz de Amiens.[54]

Tan pronto se reanudaron las hostilidades entre Francia y Gran Bretaña en 1803, la cuestión de qué hacer con las colonias portuguesas volvió al primer plano. Durante los cuatro primeros años de las Guerras Napoleónicas, las autoridades británicas de la India «no pensaron que Macao estuviera en peligro [de caer en poder de los franceses], puesto que los chinos no iban a permitir que los débiles portugueses fueran reemplazados por una potente presencia francesa».[55] Sin embargo, ante la persistente amenaza de los corsarios franceses y holandeses al comercio británico, la Compañía aumentó sus patrullas por las áreas costeras chinas y en especial cerca de Cantón, donde el magistrado chino local llegó a solicitar ayuda a los ingleses para acabar con la piratería.[56]

Esta petición era problemática, dado que iba en contra del tradicional mandato imperial, contrario a cualquier presencia militar extranjera en las aguas costeras chinas. Haciéndose eco de esta perspectiva, un funcionario de la Compañía señaló que «la naturaleza celosa y suspicaz del Gobierno chino nos lleva a dudar si la llegada de armamento naval inglés sin consentimiento previo del Gobierno chino no sería, acaso, altamente ofensiva para ese Gobierno». Esta sana prudencia, sin embargo, no alcanzaba a la cuestión de Macao, en parte porque la ocupación de Portugal por Napoleón estimuló las prisas británicas para evitar que los franceses tomaran el control de las colonias portuguesas en Asia. En consecuencia, los británicos enviaron una expedición militar a Macao en octubre de 1807.[57]

El Comité Selecto de la Compañía, en una carta fechada unos meses después de la expedición, sostenía que, «por los éxitos de los franceses en Europa, los esfuerzos de su recién llegada fuerza capital en Java y su control de Manila, [la amenaza francesa a Macao] no parecía improbable [...], puesto que se podía lograr con facilidad mediante la introducción de oficiales o de una guarnición traída de Portugal».[58] En las últimas semanas del verano de 1808, la Compañía pensaba que la amenaza francesa a su comercio con China era ya directa e inminente. A la vista de que ese comercio ya aportaba hasta un sexto de los ingresos totales de la Corona británica, era necesaria una solución decidida. Los funcionarios de la Compañía estaban convencidos de que no había «razón para temer ninguna oposición por parte del Gobierno portugués» y de que tenían «todas las razones para pensar que cualquier oposición o impedimento por parte de los chinos sería de naturaleza transitoria».[59]

Lord Minto decidió actuar. Después de conseguir el apoyo del virrey portugués de Goa, despachó un escuadrón británico al mando del contraalmirante William O'Bryen Drury a las aguas de Asia oriental con instrucciones de obligar primero a Gia

Long, emperador Nguyễn de Vietnam, a abrir sus puertos al comercio británico. Después debía dirigirse a Macao, donde las unidades británicas se presentarían como auxiliares que acudían a ayudar a los portugueses a proteger su base ante la amenaza francesa.[60] Si los lusos se resistían, el lugar sería tomado por la fuerza, como se le indicó a Drury, por «la necesidad [...] de evitar que caiga en manos de los franceses, lo que supondría la destrucción del comercio [británico] con China».[61] Los británicos eran conscientes de la posible oposición china a su incursión, pero pensaban que la expectativa de que cesara el inmensamente lucrativo comercio de Cantón era una alternativa peor que facilitaría la disposición de las autoridades chinas a ceder.[62]

Drury fracasó en su primera misión. Lo que hoy llamamos Vietnam estuvo dividido históricamente en dos partes: los señores Trịnh gobernaban el norte y los Nguyễn el sur. A finales del siglo XVIII, durante la Rebelión Tây Sơn, ambos bandos se enfrentaron en un prolongado conflicto que, al final, llevó al poder a los Nguyễn. Para prevalecer en esta lucha de poder, un príncipe nguyễn, Nguyễn Ánh, buscó un acuerdo con Francia y, en 1787, menos de dos años antes de la Revolución francesa, firmó un tratado de alianza con Luis XVI en el que se comprometía a ceder territorio y otorgar concesiones a los galos a cambio de apoyo militar. La monarquía francesa fue derrocada antes de que pudiera llevar a efecto el tratado. De todos modos, el tratado señaló el inicio del colonialismo francés en Vietnam y en la región circundante. El misionero francés Pierre Pigneau de Behaine recaudó fondos y organizó una expedición privada de varios buques franceses en apoyo de la causa Nguyễn; los efectivos entrenados por los franceses permitieron a Nguyễn Ánh ganar la guerra y afianzarse en el poder en 1802. Fue el primer soberano en controlar toda la península indochina y, al asumir el título de emperador, adoptó el nombre dinástico de Gia Long. El ascenso

de la nueva dinastía en Vietnam coincidió con la eclosión de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas en Europa. Si tenemos en cuenta hasta qué punto la corte de Gia Long estaba bajo influencia francesa, no es de sorprender que la Royal Navy atacara a los buques mercantes vietnamitas comandados por franceses. En 1803-1804, dos enviados británicos trataron de convencer a Gia Long de que abandonara la alianza con Francia y abriera su reino al comercio con Gran Bretaña. Ambas misiones fracasaron. Para 1808, Londres estaba ya preocupado ante el posible aprovechamiento por Napoleón de los lazos franco-vietnamitas para establecerse en el sudeste asiático, donde tal vez podría ayudar al soberano Nguyễn a construir una flota de guerra capaz de poner en peligro el comercio británico en el mar de China Meridional. La misión de Drury era evitar que esto sucediera. A su llegada al golfo de Tonkín, Drury intentó ascender por el río Rojo para atacar a la Marina vietnamita y obligar a Gia Long a ceder. Sin embargo, los vietnamitas contraatacaron, destruyeron varios de los barcos de Drury y obligaron al grueso del escuadrón británico a poner rumbo a Macao. Después de este revés, los británicos no hicieron más intentos de intervenir en Vietnam hasta 1822. [63]

Todavía menos suerte tuvo Drury en su segunda misión. Llegó a Macao a finales de septiembre de 1808, donde comunicó de inmediato al gobernador portugués, Bernardo Aleixo de Lemos Faria, su intención de ocupar la ciudad para protegerla de los franceses. Los portugueses pusieron reparos. El gobernador, al no haber recibido instrucciones de Lisboa, se negó a aceptar que la aprobación del virrey portugués de Goa tuviera autoridad suficiente para entregar la plaza. También explicó que la protección de Macao era responsabilidad del Gobierno chino, no de Gran Bretaña ni de la Compañía Británica de las Indias Orientales.[64]

Drury, que dudaba entre concluir la expedición o continuar, buscó el consejo del Comité Selecto de la Compañía, formado por sobrecargos y que, por tanto, conocía mejor las circunstancias regionales. El comité se manifestó partidario de una acción de fuerza. La supremacía británica en el mar aseguraba un control casi completo de las exportaciones chinas y ofrecía la oportunidad de forzar otra ronda de negociaciones con las autoridades imperiales chinas, quienes podrían conceder condiciones más favorables para evitar cualquier trastorno en sus ingresos. Así pues, Drury impuso a Faria la aceptación de la ocupación británica: una convención luso-británica aprobó el desembarco de alrededor de 300 soldados británicos en Macao el 21 de septiembre.[65]

Con la ocupación de este territorio, Drury pasaba por alto el hecho de que, en realidad, pertenecía a China y que, por tanto, era necesario consultarla a los chinos. En la práctica, el almirante británico estaba retando a los chinos a que, si se tomaban en serio su pretensión de propiedad sobre Macao, hicieran frente a la ocupación.[66] La reacción de China fue rápida y decidida. El gobernador general provincial Wu Xiongguang reivindicó la soberanía china sobre la región y rechazó las explicaciones británicas para la ocupación de Macao. Sostenía que Drury podía haber protegido fácilmente a los portugueses de la supuesta amenaza francesa situando sus barcos en la bahía, sin necesidad de una ocupación militar. Drury no quiso retirarse e indicó que su misión era reforzar las relaciones entre Gran Bretaña y China, «dos grandes naciones [que tienen] intereses mutuos en la amistad, la paz y la felicidad de sus pueblos».[67] También señaló que, si los mandarines fomentaban las hostilidades, «no había nada en sus instrucciones que le impidiera ir a la guerra contra China». Las autoridades provinciales chinas, enfurecidas por una respuesta tan osada, detuvieron todas las negociaciones comerciales hasta que salieran de allí las tropas británicas.[68] Drury, ante lo que in-

terpretaba como una intransigencia china transitoria, llevó refuerzos adicionales a Macao y desembarcó alrededor de 700 hombres para apuntalar las defensas y, en sus propias palabras, «prevenir que los chinos puedan sentirse victoriosos y ahorrarles bochornos adicionales».[69]

Pero las autoridades chinas no estaban fanfarroneando. Para noviembre, ya habían retirado de Macao a sus nacionales, cerrado todos los negocios, reunido varios miles de soldados cerca de Cantón y llevado docenas de juncos a bloquear el río de las Perlas para evitar cualquier movimiento de ascenso por el mismo. El 28 de octubre, cuando los barcos británicos intentaron acceder por la fuerza a Cantón, se toparon con juncos armados dispuestos de un lado a otro del río y fueron amenazados por las tropas chinas.[70] La situación se mantuvo muy tensa las siguientes semanas. Los jefes de la Compañía informaron de que las circunstancias eran tan explosivas que podrían «ponernos en una situación crítica en extremo y acabar envueltos en una peligrosa guerra» con China.[71]

Con todo, a no ser que hubiera una retirada inmediata de todas las fuerzas británicas de Macao, el emperador chino se negaba a valorar siquiera la posibilidad de negociar, convencido de que solo una respuesta firme detendría la intrusión británica. La comunicación imperial indicaba: «Los ministros de Inglaterra, llenos de deferencia hacia [nuestra] dinastía, regularmente envían embajadores con tributos. Sin embargo, en las circunstancias actuales, no temen ofendernos. En verdad, han sobrepasado los límites del comportamiento permisible. Por ello, es en extremo importante castigarlos». El emperador rechazaba las justificaciones británicas para el ataque:

> Recordad que los buques de guerra de China nunca han navegado los mares para desembarcar y acuartelar tropas en vuestro territorio. En cambio, ¡los barcos de guerra de vuestro país osan entrar en Macao para desembarcar y residir allí! Esto es, ciertamente, un desatino lamentable e irrespetuoso. Decís que te-

méis que Francia podría atacar a los portugueses; ¿no sabéis que los portugueses están viviendo en territorio chino?[72]

Ante la amenaza del emperador de enviar 80 000 hombres a expulsar por la fuerza a los británicos si no se iban por su propia voluntad, Drury no tuvo más remedio que ceder. Los días 20-23 de diciembre de 1808, las unidades británicas fueron evacuadas y la flota puso rumbo al sudeste. «El incidente más misterioso, extraordinario y escandaloso que jamás haya deshonrado a una fuerza militar semejante», según lo describió Drury en su último informe, había terminado.

Las expediciones británicas a Macao resaltaron el deseo creciente de la Compañía de aprovechar la inestabilidad europea para reforzar su posición en Asia oriental. La ejecución del proyecto estuvo mal concebida y se desarrolló con torpeza, mediatizada por una actitud mental británica que pedía primero «invadir, luego negociar».[73] Ninguna de las expediciones valoró la posible reacción china ante lo que constituían, en la práctica, las primeras incursiones hostiles en territorio chino por parte de una potencia europea y cualquier esperanza de que los chinos aceptarían la presencia de las tropas británicas en Macao estaba completamente infundada. En una carta al emperador, el gobernador provincial señalaba:

> […] la nación inglesa es más potente y astuta que ninguna otra […]. Tienen sus miras y los ojos puestos en [Macao] […] aunque hasta ahora no han cometido ningún acto de violencia y tal vez no quieran hacer ningún daño, es posible que, si poseen Macao, pretendan la exclusividad en el comercio en detrimento de las demás naciones.[74]

Según el sinólogo francés M. C. B. Maybon, el incidente de Macao puso en evidencia que la China de principios del siglo XIX todavía era capaz de demostrar, aparte de su conocido exceso de confianza, «un espíritu de oposición y una voluntad de resistencia contra la intervención extranjera […] [y que podía] obligar a una gran potencia europea a dar marcha atrás».[75] Desde la perspectiva china, el incidente de Macao fue, en efecto, una

victoria significativa contra un adversario formidable, aunque esta conclusión olvida el contexto internacional de la focalización de los británicos en las Guerras Napoleónicas. Gran Bretaña, con sus fuerzas terrestres comprometidas en Europa y la Royal Navy dispersa por los océanos, no estaba interesada en enredarse en otro conflicto más, en especial cuando este afectaba a una fuente de ingresos crucial. El incidente permitió a los británicos medir la reacción china a una posible violación territorial y demostró que la corte Qing no toleraría algo así; este conocimiento modeló durante años la política británica hacia China. Durante el resto de las Guerras Napoleónicas (y más allá), Gran Bretaña prefirió mantener una posición neutral con China y continuar beneficiándose de unas relaciones comerciales que apuntalaban su economía y su esfuerzo bélico. El comercio de Cantón siguió creciendo, sobre todo desde que la Compañía Británica de las Indias Orientales empezó a enviar cargamentos de opio a sus agentes autorizados, quienes luego lo introducían de contrabando en China. Entre 1805 y 1813, la Compañía obtuvo plusvalías de hasta el 900 por ciento y la principal mercancía vendida por los británicos a China ya no fue el algodón sino el opio. Este contrabando propició una enorme sangría de metálico y contribuyó a una hemorragia financiera que el Gobierno chino trató de detener desesperadamente. Gran Bretaña, enfrentada a la «intransigencia» china en torno al negocio del opio en los últimos años de la década de 1830, no rehuyó el choque y empleó sus barcos y cañones para infligir una rápida y decisiva derrota a China.

A finales del siglo XVIII, el océano Índico era ya parte esencial de la enorme red de rutas mercantes que sostenía la economía británica. Cada año, desde principios del siglo XVII, doce-

nas de mercantes contratados o con licencia de la Compañía Británica de las Indias Orientales efectuaban travesías transoceánicas transportando mercancías por valor de millones de libras desde ciudades portuarias indias como Bombay o Calcuta a Gran Bretaña.[76] Si se tiene en cuenta el inmenso valor de este comercio, no extraña que la Compañía y el Almirantazgo británico convirtieran la seguridad de estas rutas navales en una prioridad durante las Guerras Napoleónicas.[77] La toma del cabo de Buena Esperanza en 1806 fue solo el primer paso en la neutralización de la amenaza de los buques de la Marina francesa o de los corsarios galos que se servían de las posesiones francesas supervivientes –sobre todo de Reunión y Mauricio, en el archipiélago de las Mascareñas– para sus operaciones en el océano Índico. Las fuerzas navales británicas al este de El Cabo se dividieron entre dos estaciones o puestos de mando. El contraalmirante *sir* Edward Pellew dirigía la Estación de las Indias Orientales, encargada de la protección del tráfico marítimo británico en la mitad oriental del océano Índico, y su colega el contraalmirante Thomas Troubridge recibió el mando de la nueva Estación del Cabo. El segundo falleció trágicamente con toda la tripulación durante un ciclón, en febrero de 1807. Su sucesor, el almirante Albemarle Bertie, fue seleccionado para defender la mitad occidental del Índico desde 1808 hasta 1811. Esta división dificultaba la eficacia de las operaciones militares británicas en la región. Los escuadrones británicos, separados unos de otros por distancias inmensas, tenían grandes problemas para coordinar las operaciones.

Napoleón se había dado cuenta de la importancia de las islas Mascareñas, pero no le resultaba fácil mantenerlas abastecidas de tropas, municiones y provisiones por culpa de la continua hemorragia de los efectivos navales galos en el Atlántico. Después de la partida del general Decaen con una reducida fuerza hacia las Indias Orientales francesas en 1803 (*vid*. Capítulo 7), Napoleón solo pudo asignar unas pocas fragatas para su refuerzo. A pesar

de la falta de ayuda de la metrópoli, Decaen, animoso, aunque también gruñón, convirtió Mauricio en la principal base naval y militar francesa en el océano Índico y durante ocho años hostigó el tráfico mercante británico.[78]

De todas maneras, la posición francesa en el Índico era precaria. No había prácticamente esperanza de recibir nada de la patria. En junio de 1805, Napoleón anunció que Decaen debía «vivir del producto de [sus] presas [...]. Todo el dinero que se envíe allí será malgastado». Las singladuras corsarias de los buques de guerra galos lograron infligir daños significativos al tráfico mercante británico y capturaron más de una docena de buques repletos de valiosas mercancías entre 1807 y 1809. Sin embargo, tuvieron que enfrentarse al problema constante de tener que conseguir pertrechos navales suficientes para reparar unos barcos que sufrían, además del desgaste y los desperfectos habituales, algún que otro huracán como el que en 1806 causó estragos en las islas. Las repercusiones de este problema trascendían además los límites de esta región. La carencia de provisiones y pertrechos significaba que, cada vez que Napoleón abordó alguno de sus proyectos orientales en 1803, 1805, 1807, 1808 e incluso 1812, tuvo que enfrentarse a una cuestión crucial: si las islas francesas podían proporcionar o no vituallas suficientes para el repostaje de cualquier gran expedición que se enviara a la India.

Decaen, sin desanimarse por las dificultades, se lanzó a la lucha contra los británicos. Intentó usar la diplomacia para reforzar la presencia francesa en el litoral del océano Índico y dirigió su atención hacia el sur de Arabia, donde el sultanato de Omán había emergido como actor regional clave. Las relaciones franco-omaníes se habían tensado durante las Guerras Revolucionarias por los asaltos de los corsarios franceses al tráfico marítimo de la región. Napoleón, que durante su estancia en Egipto había adquirido una buena comprensión de la importancia de Omán como parada en la ruta hacia la India, trató de arreglar esta situa-

ción. Le indicó a Decaen que buscara estrechar las relaciones con el sultanato. Un mes después de llegar a Mauricio, el gobernador francés despachó a Mascate un agente, M. de Cavaignac, con órdenes de convencer a Sultán bin Ahmed de que lo aceptara como residente diplomático de Francia y de hacer todo lo posible por socavar los intereses británicos en la región.

De Cavaignac llegó a Mascate en octubre de 1803, aunque no se le permitió desembarcar por la ausencia del sultán omaní, que se hallaba en el interior.[79] Por suerte, el capitán David Seton, el residente en Omán de la Compañía Británica de las Indias Orientales, en aquel momento estaba de viaje por el golfo Pérsico, lo que aumentaba las esperanzas francesas de éxito. Cuando por fin regresó el sultán, no quiso ni siquiera reunirse con el enviado galo por culpa de que acababa de recibir la noticia del fin del Tratado de Amiens y de la reanudación de las hostilidades entre Francia y Gran Bretaña. Aceptar la presencia de un residente diplomático galo habría violado el acuerdo al que había llegado con los británicos en 1798 y, entonces, había casi dos docenas de grandes barcos omaníes fondeados en puertos controlados por los británicos que podían ser objeto de sus eventuales represalias. No hay duda de que las advertencias británicas —«si los franceses ponen pie de cualquier modo en Mascate, toda comunicación entre Mascate y la India debe cesar»— estaban muy presentes en los pensamientos del sultán.[80] Otro factor en la decisión del sultán fue su esperanza de obtener apoyo militar británico contra las dos grandes amenazas a su gobierno, los wahabíes de Arabia central y los qawasim de la Costa de los Piratas.[81]

El fracaso de la misión francesa demostró la influencia de la Compañía en el sur de Arabia. Sin embargo, no impidió que los franceses convirtieran Mascate en el lugar donde se deshacían de los despojos de la guerra. El sultán omaní sostenía que su acuerdo con la Compañía para formar una alianza formal con los británicos no le prohibía continuar las relaciones comerciales con

los franceses.[82] La Compañía optó por no insistir en una interpretación más estricta del tratado, ya que esto habría requerido una implicación mucho mayor en Mascate. Esta cuestión pasó a primer plano en 1806, cuando el sucesor de Sultán bin Ahmed, Said bin Sultán, permitió a un corsario francés avituallarse y reclutar marinos para reparar su buque en Mascate. El capitán de una fragata británica también presente en el puerto omaní denunció aquello como una violación del Acuerdo Anglo-Omaní de 1798 y exigió la expulsión inmediata del buque galo. El sultán no tuvo más remedio que transigir. En cuanto el bergantín francés se hizo a la mar, fue capturado por la fragata británica, que había estado esperándolo pacientemente oculta bajo el horizonte. El barco francés fue remolcado a Bombay y vendido como legítima presa de guerra. Esto situó al soberano omaní en una posición incómoda con los franceses, situación que intentó remediar con la denuncia de la captura en un tribunal británico de Bombay.

Para entonces, aquello era demasiado poco y demasiado tarde. A finales de 1806, Decaen represalió a los omaníes con el asalto y apresamiento de sus buques mercantes. Said bin Sultán se halló, pues, entre Escila y Caribdis, cuando lo que de verdad deseaba era que le dejaran continuar siendo un actor neutral capaz de sacar ventaja de los despojos del corso francés y a la vez aprovechar sus relaciones con el Gobierno británico de la India para resolver sus problemas internos y externos.[83] El sultán despachó a un enviado a Bombay para exhortar a la Compañía a que devolviera el buque francés capturado o que proporcionara protección naval a la flota mercante omaní, entonces objeto de los ataques galos. Después de sopesar las opciones, la Compañía decidió reducir su implicación en la Arabia meridional y recomendó a Said bin Sultán que adoptara una posición neutral y enmendase sus relaciones con los franceses. Mostrándose colaboradora en este sentido, la Compañía devolvió el bergantín francés capturado.

Esto vino a señalar el fin de la participación de Omán en las Guerras Napoleónicas, ya que el sultán negoció un acuerdo comercial con Decaen y aceptó la presencia de un residente diplomático francés a finales de 1807.

Decaen, sabedor de que la Guerra Anglo-Maratha absorbía la mayor parte de los recursos de la Compañía Británica de las Indias Orientales y de que la flota británica no podía proteger adecuadamente la extensa costa india, quiso emprender operaciones navales más arriesgadas. La noticia del motín cipayo en Vellore reforzó su convicción de que la situación estaba madura para incitar a la revuelta. Sin embargo, con Napoleón centrado en la Guerra de la Cuarta Coalición, Decaen no podía contar con la llegada de ningún refuerzo y, sin este, carecía de los medios necesarios para intervenir en la India. Su mayor recurso era el pequeño escuadrón del veterano almirante Charles-Alexandre Léon Durand, conde de Linois, que recibió la misión de hostigar a la flota mercante británica. El desempeño de Linois fue excelente. Después de apresar algunos mercantes de la Compañía, se halló ante la ocasión de su vida en Pulo Aura el 15 de febrero de 1804, donde encontró a la Flota de China británica, compuesta por casi 30 barcos que transportaban mercancías cuyo valor alcanzaba la impresionante cifra de 8 millones de libras. Curiosamente, el convoy carecía de escolta y, por tanto, era vulnerable al posible ataque francés. El comandante del convoy, el comodoro Nathaniel Dance, había aparejado algunos de sus mercantes de modo que parecieran buques de guerra, para dar la sensación de que el convoy estaba bien protegido. Para confundir aún más al adversario, Dance emprendió maniobras agresivas para aparentar la intención de que deseaba entablar combate con los buques enemigos.

La estratagema funcionó. Linois, al ver a los buques enemigos navegar en una línea de batalla, se convenció de que el convoy estaba protegido por más de media docena de buques de guerra y

no tardó en romper el contacto.[84] La escapada de la Flota de China fue muy celebrada en Gran Bretaña, Decaen recibió el título de caballero y hubo una recompensa monetaria general. Linois, por su parte, quedó en ridículo y cayó en desgracia ante el emperador –furioso por este incomprensible fracaso que había desperdiciado la ocasión de causar severos daños al comercio británico–. «Mis almirantes ven doble y han descubierto, no sé cómo ni dónde, que se puede hacer la guerra sin correr riesgos –supuraba Napoleón en una carta a su ministro de Marina–. Decidle a Linois que se ha demostrado carente de presencia de ánimo, el tipo de coraje que para mí es la mayor cualidad en un jefe».[85]

Linois pasó los dos años siguientes en singladuras por el océano Índico, pero nunca pudo escapar de la sombra de Pulo Aura. Aunque sus nuevas incursiones preocuparon de modo considerable a las autoridades británicas, el daño real infligido a la flota mercante continuó siendo ínfimo y sus operaciones llegaron a conocerse más por sus fracasos que por sus éxitos.[86] No provocó en ningún momento muchos trastornos al comercio británico y su decisión de dedicar su buque insignia Marengo, un navío de línea de 74 cañones, a la caza de mercantes fue, en palabras de un historiador británico, algo así como «emplear una martillo pilón de vapor para romper una cáscara de nuez».[87] Aunque las carencias de Linois contribuyeron al fracaso global de estas operaciones (en especial en Pulo Aura), lo cierto es que tuvo que operar en circunstancias muy desfavorables, con recursos navales muy escasos, a gran distancia de los puertos amigos y, por supuesto, ante una flota británica muy superior, que había conseguido una nueva base de operaciones con la toma del cabo de Buena Esperanza a principios de 1806.[88] Igual de problemática era la carencia de materiales en los almacenes navales. Los franceses no tenían en la región un suministro adecuado de mástiles, cobre o cuerda y se vieron obligados a utilizar barcos para conseguir los repuestos. Los precios de los vitales efectos navales

se pusieron por las nubes y convirtieron las reparaciones en algo prohibitivo. La reparación de solo dos fragatas en el océano Índico en 1806 costó más de 700 000 francos, mientras que en Francia se podía construir una nueva por menos dinero.[89] Linois, frustrado y sin noticias de lo que sucedía en Europa, decidió regresar a Francia. Fue interceptado y capturado por un escuadrón de la Royal Navy en el Atlántico el 13 de marzo de 1806.

Ya sin los barcos de Linois, Decaen tal vez podía haberse visto obligado a permanecer a la defensiva, de no haber sido por los errores que los británicos cometieron. La Royal Navy británica estaba preocupada por los posibles refuerzos que Decaen pudiera recibir de Francia para emprender una *guerre de course* reforzada, capaz de causar estragos entre los mercantes de la Compañía. Un elemento crucial en la neutralización de esos posibles planes era impedir a los franceses la obtención de cualquier base cercana a las aguas indias. A la vista de las propuestas de Napoleón a Fath Alí Sah, la atención británica se dirigió, naturalmente, a la costa de Irán. Corrían rumores de que los galos ya estaban a punto de conseguir una base en Bandar Abbás, en el golfo Pérsico. Al recibir estos informes, la Compañía ordenó al almirante Pellew que llevara su escuadrón al estrecho de Ormuz, donde podría controlar el acceso al golfo Pérsico. Curiosamente, el almirante no aceptó la orden: tenía dudas de la veracidad de esos reportes acerca de los movimientos franceses y, sobre todo, sabía que en las apartadas aguas iraníes tendría pocas oportunidades de ganar méritos.

De todos modos, las noticias que llegaban de Irán no eran alentadoras. Agentes políticos británicos informaron de la aproximación franco-iraní y de sus conversaciones en relación con un tratado de alianza que, en uno de sus artículos, concedía a los franceses el control de Bandar Abbás y de la isla de Ormuz. Este informe de inteligencia volvió a despertar en los directores de la Compañía el temor a una posible invasión francesa de la India y

convirtió el bloqueo del golfo Pérsico en una necesidad estratégica. Pellew se mostró de nuevo en desacuerdo y se negó a creer que el informe fuera cierto. Su persistente negativa a poner rumbo al golfo Pérsico subraya un elemento importante de las aspiraciones de los comandantes navales británicos. «Como todo el mundo en la India –observa un eminente historiador– [Pellew] estaba allí para hacer dinero, [pero] durante dos años se había visto alejado de la mitad oriental [del océano Índico], más lucrativa». En lugar del golfo Pérsico, Pellew deseaba atacar las colonias holandesas en las Indias Orientales, donde el éxito y el dinero de las presas eran fáciles de conseguir. Por consiguiente, en octubre de 1807 puso rumbo hacia allí, dejando atrás solo un par de pequeños buques de guerra, aparte de tres fragatas que estaban en reparación en Bombay. Los responsables de la Compañía todavía estaban preocupados por la amenaza francesa en el golfo Pérsico y confiaban, en palabras de Minto, en que Pellew no tardaría en compartir su opinión de que «la parte occidental de la India [era] lo más importante y urgente que había que vigilar». [90] Insistieron en despachar a Bandar Abbás un pequeño escuadrón a las órdenes del capitán John Ferrier –a bordo del navío HMS Albion–, que llegó allí a primeros de febrero.

La partida de Pellew hacia las Indias Orientales y la de Ferrier al golfo Pérsico habían dejado expuesto el golfo de Bengala a los corsarios franceses, que hostigaron con tanta fortuna el tráfico local que los comerciantes llegaron a quejarse al gobernador general de la Compañía. Minto había decidido enviar una misión especial a Teherán para disuadir al sah de prestar apoyo a los franceses o de concederles acceso a la costa iraní. Como ya hemos visto, para esta misión eligió a John Malcolm, aunque su intención inicial de que este fuera acompañado por alrededor de 4000 soldados y un potente escuadrón naval británico –«la impresión que produzca la aparición de una fuerza marítima británica en el Golfo no puede ser más que saludable», adujo– desper-

tó la ira del almirante Pellew, que se negaba a enviar sus barcos a una misión de esa naturaleza.[91] Pellew sostenía que la flota no podía usarse como arma ofensiva y que sus instrucciones eran defender la India y el comercio de la Compañía. Además, ¿qué efecto podría tener una fuerza naval sobre una potencia terrestre como Irán, que no tenía mucha dependencia del comercio marítimo? Incapaz de convencer al almirante de que hiciera lo que le pedía, Minto no tuvo más remedio que admitir que «los navíos de línea de batalla no son necesarios para ningún propósito relacionado con los planes o las operaciones del enemigo por tierra».[92] Convencido todavía de que la amenaza gala sobre la India era inminente, el gobernador general de la Compañía recurrió a la diplomacia y despachó misiones a Sind, Punyab y Afganistán para intentar proteger todas las rutas terrestres que pudieran llegar a ser utilizadas por los franceses.

Desconocía que la intimidación francesa estaba a punto de surgir en los mares. Decaen acometió su último intento serio de perturbar el comercio marítimo británico en 1809.[93] Esto fue posible por la llegada del capitán Jacques Félix Emmanuel Hamelin, que había partido desde Europa con un escuadrón de fragatas ya entrado 1808. Llegó a Mauricio en marzo de 1809, después de lograr varias presas durante el viaje. Durante los meses siguientes, Hamelin ejecutó una campaña magistral: destruyó la base de la Compañía en Tappanooly, en Sumatra, y apresó numerosos buques británicos. Napoleón, impresionado por tales éxitos, reforzó a Hamelin con otra fragata (la única que consiguió burlar el bloqueo británico), que llegó a Mauricio a primeros de 1810. Al concluir la estación de los ciclones, Hamelin lanzó una nueva campaña con la que asoló el golfo de Bengala y la costa oriental africana, donde, en julio de 1810, sus hombres derrotaron a un convoy de mercantes de la Compañía.[94]

El almirante Albemarle Bertie, nervioso por las operaciones de Hamelin, ordenó desde El Cabo al comodoro Josias Rowley

que diera caza a las fragatas galas y que bloqueara las islas Mascareñas para impedir que sirvieran de base para sus operaciones de corso. En agosto de 1809, los británicos se apuntaron, con la toma de la isla Rodrigues, un tanto de gran repercusión estratégica. El cabo de Buena Esperanza y la India estaban separados de las Mascareñas por más de 2500 millas de mar abierto (más de 3000 en el caso de Bombay). Rodrigues, en cambio, distaba solo 380 de Mauricio. Por tanto, podía servir de puesto adelantado para las fragatas británicas y como base para la preparación de invasiones anfibias. Ya en septiembre de 1809, al no lograr entrar en batalla con los barcos de Hamelin, Rowley decidió asaltar la rada fortificada de Saint Paul, en Reunión, donde apresó una de las fragatas de Hamelin y rescató dos mercantes de la Compañía. El éxito de esta incursión puso en evidencia las carencias de las defensas costeras francesas y la capacidad británica de golpear directamente los fondeaderos enemigos. Rowley, animado, empezó a pensar en una operación mayor para apoderarse de la isla.

Durante varios meses, Rowley diseñó planes para la invasión con el apoyo del teniente coronel Henry Keating, que estaba al mando de un contingente de tropas regulares del Ejército británico y de cipayos de la Compañía. El 7 de julio de 1810, la expedición británica, formada por más de 3500 soldados apoyados por cinco fragatas, llegó a Reunión y puso pie en tierra en varios puntos. Los británicos superaron con facilidad a la pequeña guarnición francesa (menos de 600 soldados y alrededor de 2500 milicianos) y tomaron toda la isla.[95] Las repercusiones de esta victoria británica fueron grandes: la isla de Reunión proporcionó fondeaderos seguros a la Royal Navy y permitió a los británicos concentrar sus operaciones sobre el único territorio que le restaba a Francia en el Índico: Mauricio. Sin embargo, la facilidad con la que la isla había sido tomada también infló las expectativas británicas. Solo unas semanas después de la conquista de Reunión, Rowley ya estaba concentrado en la planificación del

ataque a Mauricio. Como paso preliminar para la invasión, primero quiso hacerse con el control de las islas menores que vigilaban el paso de los buques a través de los arrecifes de coral que rodeaban la isla. En agosto, uno de los subordinados de Rowley, el capitán Samuel Pym, tomó la isla de la Passe, cercana a Grand Port, pero no pudo evitar que el escuadrón galo del capitán Guy-Victor Duperré accediera al puerto nueve días después. La subsiguiente batalla de Grand Port (22-23 de agosto) acabó en desastre: dos fragatas británicas quedaron varadas sin remedio en las aguas poco profundas de la bahía y los franceses capturaron a otras dos con las tripulaciones completas.[96]

La batalla de Grand Port, comparada con las grandes batallas de la época, fue un suceso de dimensiones reducidas, sobre todo después de las batallas del Nilo y Trafalgar. De todos modos, fue una de las derrotas más graves de la Royal Navy británica durante las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas.[97] Las cinco fragatas de Rowley habían quedado reducidas a una sola y más de 2000 marinos británicos (incluyendo cuatro capitanes) habían perecido o estaban heridos o prisioneros, mientras que los franceses habían perdido apenas 150 hombres. Mas preocupante para los británicos era que sus buques de guerra no hubieran luchado de la forma acostumbrada, lo que llevó a un historiador británico de la época a lamentarse: «[…] ningún caso que conozcamos afecta más profundamente el carácter de la Royal Navy que la derrota que ha sufrido en Grand Port».[98]

La batalla de Grand Port dejó expuestos los vitales convoyes mercantes del océano Índico a los asaltos de las fragatas francesas. Sin embargo, sus efectos acabaron siendo de corta duración y no tuvieron consecuencias estratégicas. Ante el drástico debilitamiento de su escuadrón, Rowley solicitó refuerzos con urgencia a las autoridades británicas de Ciudad del Cabo y de Madrás. Hamelin trató de aprovechar la circunstancia de que los refuerzos británicos llegarían por separado, así como la falta de expe-

riencia en aquellas aguas. En septiembre, logró en dos ocasiones la rendición de fragatas británicas, pero Rowley recuperó los barcos las dos veces. En la segunda, el 18 de septiembre, los británicos no solo liberaron a su buque, sino que también atraparon al buque insignia de Hamelin, la fragata Vénus, lo que puso fin a las actividades del escuadrón. La pérdida de un comandante naval tan dinámico y competente fue un duro golpe para los franceses, que, prácticamente, concluyeron sus incursiones contra el tráfico mercante y se vieron obligados a retirarse a Mauricio, que Rowley ordenó bloquear.

Para entonces, la conmoción de la derrota de Grand Port había lanzado a los británicos a la acción y no tardaron en enviar a la región los recursos disponibles a la vez que se hacían preparativos para la invasión y el sometimiento de Mauricio. En noviembre de 1810, el almirante Albemarle Bertie y el general John Abercromby encabezaron una de las mayores operaciones anfibias británicas jamás intentadas en el océano Índico, en la que participaron más de 6500 hombres y alrededor de 70 buques de guerra y de transporte que recorrieron 3000 millas por mar abierto. Todos ellos convergieron en la minúscula isla fortificada en medio del océano. El 29 de noviembre desembarcaron los primeros efectivos en Mauricio, sin oposición de los solo 1300 soldados regulares de la guarnición francesa. Apenas dos días más tarde, la invasión británica ya era una realidad y Decaen no tuvo más remedio que capitular. Lo hizo en condiciones llamativamente ventajosas: él y su guarnición pudieron repatriarse con honores y conservaron las armas personales y los estandartes.[99]

La caída de Mauricio eliminó el último enclave francés en el océano Índico. Gran Bretaña, además de apresar allí a las últimas fragatas galas, también consiguió una base excelente para operaciones ulteriores por todo el Índico. La isla, rebautizada «Mauritius» por los británicos, se conservó en el seno de su imperio hasta 1968. La noticia de la conquista británica de las islas Mascare-

ñas no llegó a Francia hasta después de que Napoleón, todavía entusiasmado por la victoria en Grand Port, hubiera aprobado la partida hacia el Índico de un reducido escuadrón a las órdenes del comodoro François Roquebert.[100] Roquebert llegó a las Mascareñas en febrero de 1811, que halló en poder de los británicos. Un escuadrón enemigo pronto le dio caza y apresó a todos los buques de guerra franceses, salvo uno, cerca de Tamatave (un enclave comercial en Madagascar), el 20 de mayo de 1811.[101] La batalla de Tamatave fue el último enfrentamiento naval de los franceses en el Índico y prácticamente acabó con cualquier amenaza francesa a los buques mercantes británicos. Aunque Napoleón continuó planeando varias pequeñas expediciones al Índico, solo una se materializó –dirigida a las Indias Orientales Neerlandesas en el invierno de 1811–. Al final, los afanes franceses resultaron en la pérdida de trece de las catorce fragatas que enviaron a los mares de Oriente y su campaña contra el comercio marítimo enemigo fue ineficaz.[102]

La caída de Reunión y de Mauricio aseguró a los británicos el dominio de los mares al este del cabo de Buena Esperanza y les permitió desviar la atención hacia las Indias Orientales Neerlandesas, la última área todavía bajo influencia francesa. Este territorio, fundado por la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales en el siglo XVII, giraba en torno a la ciudad de Batavia (actual Yakarta), que funcionaba como centro de las redes del comercio holandés en Asia.[103] Las colonias holandesas fueron cayendo gradualmente bajo la influencia de Francia después de que esta ocupara la República Holandesa en 1795. Cuatro años más tarde, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales no vio renovado su fuero, lo que permitió al Estado holandés tomar el control de todas sus posesiones (junto con sus deudas). Las au-

toridades holandesas eran muy conscientes de que la asunción del gobierno de estas inmensas posesiones coloniales conllevaba enormes responsabilidades, entre ellas la extensión del nuevo sistema sociopolítico que se había establecido en la metrópoli y la defensa de aquellos territorios ante las actividades depredadoras de los británicos. Los cambios revolucionarios fueron apareciendo en las colonias con lentitud. En 1802, un nuevo borrador de estatuto para la gobernanza de las Indias Orientales aspiraba al «mayor bienestar posible de los habitantes de las Indias, las mayores ventajas posibles para el comercio holandés y las mayores ganancias posibles para las finanzas del Estado holandés», aunque no se llegó a aprobar.[104]

En 1807, después de convertir la República Bátava en el reino de Holanda, Napoleón nombró al mariscal Herman Willem Daendels gobernador general de las Indias Orientales Neerlandesas y le concedió una autoridad inmensa para administrar y reformar las colonias. Cuando llegó a Java en 1808, Daendels, que era un militar de la cabeza a los pies y un admirador de Napoleón, no tenía lazos con la camarilla que durante los veinte años previos había dirigido los asuntos de la Compañía holandesa en Batavia. Esto le permitió poner en marcha una serie de ambiciosas reformas administrativas y legales que desmantelaron el antiguo sistema de gobernanza y sentaron las bases del nuevo. El objeto auténtico de la misión de Daendels pertenecía al ámbito militar. En las instrucciones que le habían sido entregadas, 12 de los 37 artículos trataban de temas militares y el artículo 14 especificaba que la reorganización militar y el refuerzo de las defensas serían sus principales deberes.[105] Entre 1808 y 1810, Daendels mejoró las defensas locales con la construcción de nuevas fortificaciones, baterías de costa, acuartelamientos y fábricas de armas. Además, en lo que constituyó una notable hazaña de ingeniería que costó muchas vidas, construyó una carretera de 1000 kiló-

metros a través del norte de Java, desde Anjer a Panaroecan (Panarukan).

La voluntad de Daendels de ignorar los consejos de los individuos con más experiencia del lugar y de sacar adelante a toda costa sus ambiciosas reformas fue su fuerza y también su debilidad. Su autoritarismo le alienó a la nobleza javanesa y muchos de sus miembros acabaron dispuestos a apoyar a los británicos contra los holandeses y los franceses. Daendels tampoco pudo completar las reformas. Se había ganado tantos enemigos que, en 1811, estos tuvieron ya poder suficiente para conseguir que fuera llamado de vuelta a Holanda y sustituido por Jan Willem Janssens, que llegó a Java en abril de ese año acompañado por varios centenares de soldados franceses. Janssens había sido antes gobernador general de la Colonia del Cabo, donde se había visto obligado a capitular ante los británicos en 1806. Un destino similar lo aguardaba en Java.

Después del éxito de la invasión de Mauricio, los británicos sabían que debían tomar las Indias Orientales Neerlandesas antes de que los proyectos de Daendels llegaran a término. En agosto de 1810, la Junta de Control comunicó por carta a lord Minto, gobernador general de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que apoyaba con firmeza su plan de expulsión de los franceses de la isla de Java y de cualquier otro lugar que estos todavía ocuparan en los mares de Oriente. La junta concluía:

> Mientras los holandeses fueron independientes, o al menos formalmente independientes de Francia, no era su interés ni su política darnos quebraderos de cabeza desde Batavia o sus demás asentamientos en esos mares. Sin embargo, ahora la cosa ha cambiado. Holanda está ahora incorporada a Francia y debemos estar preparados contra la más activa e inveterada de las hostilidades.[106]

Lord Minto, durante la planificación de su operación en Java, apuntó primero contra colonias holandesas de pequeño tamaño: el capitán Edward Tucker tomó la isla de Amboina (Ambon) y las isletas adyacentes en la primavera de 1810, mientras que el capitán Christopher Cole capturaba las islas de Banda –culmina-

ba así la conquista de las islas de las Especias holandesas o Molucas–.[107] Minto se concentró entonces en una tarea más ardua: la invasión de la propia Java. Cercana a su fin la primavera de 1811, la fuerza británica estuvo lista para zarpar. El comodoro William Robert Broughton tenía el mando naval.[108] El mando del cuerpo expedicionario de alrededor de 12 000 efectivos recayó en el teniente general *sir* Samuel Auchmuty. La expedición partió desde varios puertos indios en mayo y, después de atravesar los estrechos de Malaca, llegó a las Indias Orientales Neerlandesas a finales de junio.

El 4 de agosto, las unidades británicas desembarcaron cerca del estuario del río Marandi y marcharon sin dilación hacia Batavia, que el día 8 había sido abandonada por Janssens. La fuerza franco-holandesa se retiró al fuerte Cornelis, recién construido, donde fue asediada por los británicos hasta que estos lo tomaron al asalto el 26 de agosto. En palabras de lord Minto, la fortificación francesa era «de una solidez formidable y en verdad parece un milagro que hombres mortales pudieran vivir bajo semejante fuego de balas, granadas, metralla y mosquetería [...]. La matanza fue espantosa, igual durante el ataque que en la persecución».[109] Entre los pocos que escaparon del fuerte se encontraba Janssens, que reagrupó a los defensores supervivientes en una posición muy protegida al sur de Semarang y trató, en vano, de conseguir ayuda de los príncipes javaneses. Para su desgracia, solo uno permaneció fiel a los holandeses; el resto, resentido por las experiencias previas, se arrojó en brazos de los británicos. El 18 de septiembre, Janssens firmaba el tratado de capitulación que transfería a los británicos la posesión de Java y de sus dependencias de Timor, Macasar y Palembang.[110]

La caída de Java señaló el fin de la guerra en los mares de Oriente. Cada nueva ganancia territorial francesa en Europa desde 1803 se había visto correspondida con una pérdida en Oriente. En 1812, Napoleón ya no contaba con ninguna base al este de

El Cabo y las flotas de Francia habían sido tan completamente barridas del océano Índico que el emperador galo se vio obligado a posponer cualquier proyecto de operaciones navales allí hasta que se hubieran resuelto las tensiones con Rusia. Entre 1812 y 1815, el Escuadrón de la India Oriental de la Royal Navy británica descansó sobre sus laureles, muy merecidos, consolidó los progresos y se mantuvo alerta ante posibles amenazas. El comercio británico con la India, China y otras partes de Asia floreció y proveyó al Gobierno de cofres repletos de los ingresos que tanto necesitaba para el sostenimiento del esfuerzo bélico en la península ibérica y para construir coaliciones en Europa central. Tal y como el propio gobernador general Minto informó orgulloso al secretario de Estado de Guerra, «a la nación británica ya no le queda enemigo ni rival desde el cabo de Buena Esperanza al cabo de Hornos».[111] Las victorias británicas entre 1803 y 1815 constituyeron un paso crucial en el afianzamiento de una abigarrada colección de posesiones conseguidas en distintos momentos y de formas diversas en el seno de lo que se convirtió en el Imperio británico.

CAPÍTULO 20 | ¿La «cuestión occidental»? La lucha por las Américas, 1808-1815

La América española evidencia, más que ninguna otra región, las ramificaciones globales de las Guerras Napoleónicas. La crisis y el colapso del imperio de España en las Américas, en general ignorado por los relatos tradicionales de las citadas guerras, fueron resultados directos de la crisis política europea. Si la «cuestión oriental» giraba en torno a la crucial pregunta acerca del futuro del Imperio otomano, hubo otra «cuestión occidental» análoga centrada en España y en sus posesiones imperiales. Durante las Guerras Napoleónicas, este vasto imperio se fragmentó y acabó, desde entonces, relegado a un papel secundario en la política mundial. Las élites coloniales hispanas, igual que sus equivalentes anglohablantes en Norteamérica una generación antes, aprovecharon la inestabilidad y la debilidad política europeas para proclamar regímenes políticos propios, independientes de la autoridad colonial.

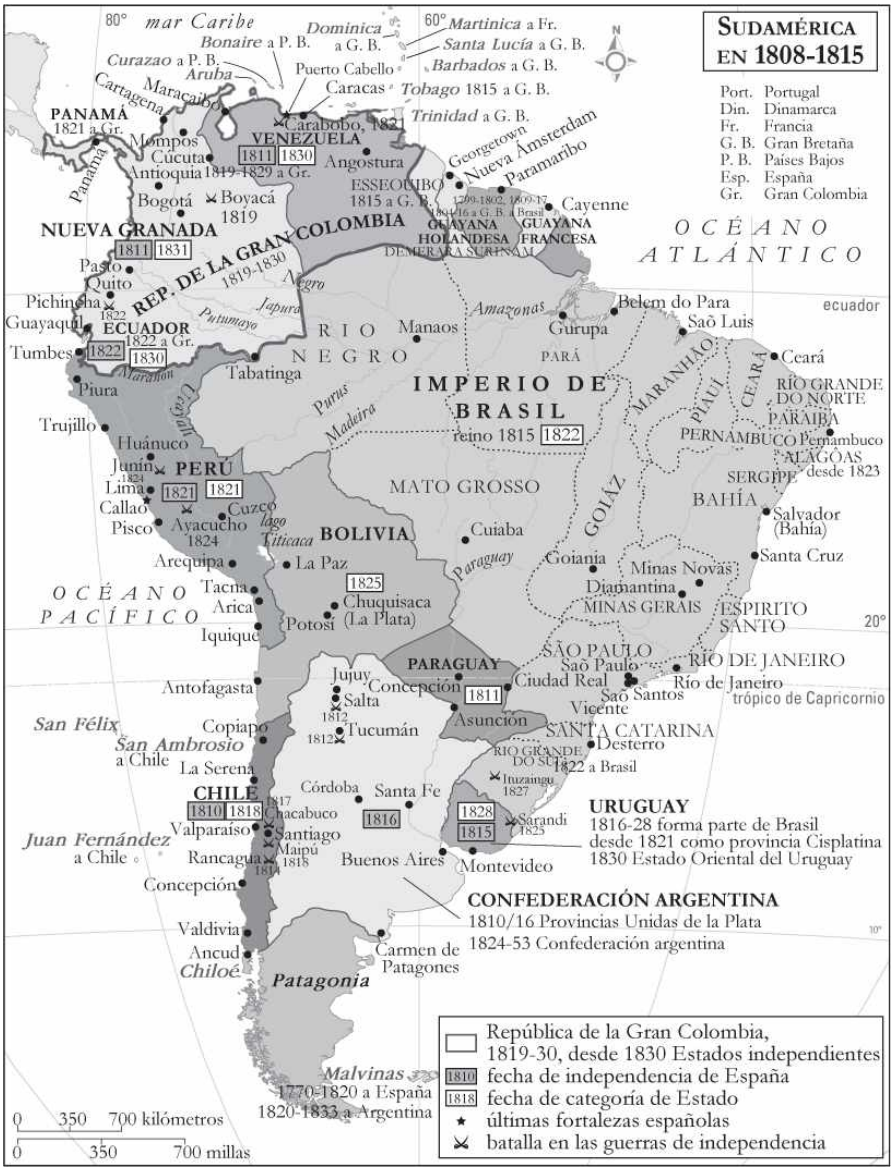
A finales del siglo XVIII, el imperio colonial español se extendía a lo largo de miles de kilómetros, desde los modernos estados de California, Utah y Colorado hasta el extremo de la actual Argentina. Dividido en un primer momento en dos virreinatos –Nueva España, creado en 1535 y con capital en la ciudad de México; y Perú, fundado en 1542 y con capital en Lima–, el imperio llegó a contener dos virreinatos adicionales –Nueva Granada,

cuyo centro administrativo estaba en Bogotá; y el Río de la Plata, con Buenos Aires de capital–. En cada territorio, el virrey ejercía una amplia autoridad militar y civil en calidad de representante directo del rey de España. El virrey estaba asesorado por una «audiencia», un consejo consultivo y judicial formado por entre doce y quince jueces, y apoyado por los «cabildos», los consejos que gobernaban los municipios.[1] En los últimos años del siglo XVIII, las colonias españolas habían llegado a ser bastante prósperas y se autoabastecían de alimentos, tejidos y bienes de consumo. Aunque las minas de plata de Perú estaban prácticamente agotadas, las minas de plata mexicanas aún eran las más ricas del mundo y aportaban un flujo de metálico constante que equivalía a, aproximadamente, el 20 por ciento de los ingresos de la Corona.[2]

La decisión de la monarquía española de adoptar una política de libre comercio en la segunda mitad del siglo XVIII estimuló la actividad comercial, que creció con rapidez entre 1778 y 1788. Este crecimiento no pudo ocultar, de todos modos, la cruda realidad de una debilidad financiera e industrial cada vez mayor de España que los Borbones, a pesar de todos sus esfuerzos, no lograron enmendar. La incapacidad de España para mantener las vías marítimas de comunicación en tiempo de guerra condujo a que las remesas de plata mexicana cayeran prácticamente hasta cero, en especial de 1797 a 1799. Además, las manufacturas coloniales sufrieron un duro golpe por las políticas de libre comercio que llevaron a la apertura de los puertos coloniales a los buques extranjeros de países neutrales –es decir, en la práctica, a los buques de Estados Unidos–. Esta concesión provocó el desarrollo, durante las Guerras Revolucionarias, de un floreciente comercio entre Estados Unidos, el Caribe y las colonias sudamericanas que produjo una próspera y creciente élite colonial que bebía cada vez más del pensamiento ilustrado y cuyas aspiraciones

pronto trascendieron los límites de los municipios y virreinatos. [3]

Las instituciones españolas habían sido injertadas en las Américas en el siglo XVI, pero las sociedades resultantes aún no habían evolucionado, a finales del siglo XVIII, hasta el punto de amalgamarse en entes nacionales. La sociedad colonial estaba conformada, más bien, por cuatro grupos diferenciados. Los peninsulares –nacidos en España, que sumaban alrededor de 30 000– eran el grupo dominante y ostentaban las posiciones más altas en la Iglesia y la administración gracias a diversas disposiciones de la Corona española. Sus principales rivales por el poder eran los criollos (*crioulos*, en el caso portugués), en torno a 3,2 millones de individuos de ascendencia europea nacidos en las colonias. De todas formas, palabras como peninsular o criollo/*crioulo* no solo indicaban el lugar de nacimiento; también diferenciaban clases sociales distintas en el seno de un sistema de castas. Los criollos controlaban en alto grado la vida comercial y económica de la colonia, aunque no lograban acceder a los puestos más altos de la administración y de la Iglesia, que acaparaban los peninsulares. El siguiente escalón inferior en la escala socioeconómica lo formaban alrededor de 2 millones de individuos de orígenes mixtos –mestizos (de ascendencia española e india), cholos (de origen mestizo e indio), mulatos (con sangre española y negra), zambos (de origen indio y negro) y otros– que representaban la mayor parte de los artesanos, granjeros, soldados y pequeños comerciantes. Casi 8 millones de indios descendientes de los habitantes originales de América y alrededor de 1 millón de esclavos africanos ocupaban los niveles más bajos de la escala social. En conjunto, estos grupos sociales formaban una vibrante sociedad colonial de alrededor de 14 millones de personas.



Los privilegios raciales, étnicos y de clase alimentaban un descontento que fue creando una sensación de inestabilidad cada vez mayor.[4] La élite criolla estaba resentida por la actitud condescendiente y la posición dominante de los peninsulares y clamaba contra la carencia de representación política y las restricciones comerciales impuestas por la monarquía española, que

obtenía, por medio de impuestos y del control de los mercados, grandes beneficios del enorme flujo de riquezas que salía hacia el exterior. Entre los mestizos y los indios, la falta de oportunidades, el racismo manifiesto y la discriminación generalizada fueron creando un resentimiento cada vez mayor hacia los criollos y los peninsulares.[5]

A pesar de lo acusados que pudieran ser estos motivos de queja, el recurso a una transformación revolucionaria no habría sido fácil antes de 1789. Los años de mediados de la centuria fueron testigos de frecuentes rebeliones de los indios andinos, entre las que destaca la gran insurrección de 1780-1792 encabezada por José Gabriel Condorcanqui, un cacique indio que adoptó el nombre de Túpac Amaru II. Las causas de esta revuelta no estaban en los ideales ilustrados de soberanía popular, a los que eran hostiles los latinoamericanos del siglo XVIII, sino en los flagrantes abusos que sufría la población india por parte de los funcionarios reales españoles. El Gobierno colonial contaba con la fuerza suficiente para sofocar esta y otras manifestaciones de disidencia y solo después ofreció concesiones limitadas. La revuelta de Túpac Amaru, además de amenazar el sistema de repartimientos que imponía el trabajo forzado a la población indígena, despertó en la élite colonial el temor a una guerra de clases sociales y por motivos raciales. Ni siquiera los criollos desafectos deseaban el desmantelamiento del sistema vigente, que les concedía una posición de privilegio. Preferían reformarlo de modo que les permitiera una mayor participación. A pesar de la considerable riqueza y sofisticación de ciudades coloniales como Buenos Aires, Lima y Bogotá, muy pocos intelectuales o líderes regionales pensaban seriamente en reformas radicales o en la completa independencia de España.

Los acontecimientos europeos iban a ser el catalizador que cambiaría todo esto. Ya hemos visto que la Revolución francesa desencadenó una efusión de violencia en la colonia gala de Saint-

Domingue que también afectó a las colonias españolas vecinas.[6] Durante las Guerras Revolucionarias, España conservó sus posesiones en América y el Caribe, aunque su control de estos territorios fue tenue y estuvo sujeto a los vaivenes de la política colonial y de las relaciones internacionales. En los primeros años de la Revolución francesa, el Gobierno galo debatió la conveniencia de exportar la ideología revolucionaria y acogió de forma positiva las propuestas de revolucionarios de las colonias españolas como Miranda, que exhortó a los jefes revolucionarios a que liberaran a la América española. Al menos uno de ellos, Brissot, convino que había llegado «el momento de liberar las colonias españolas».[7] De hecho, los jefes girondinos –Jérôme Pétion de Villeneuve, Pierre-Henri-Hélène-Marie Lebrun-Tondu y Charles Dumouriez– llegaron incluso a valorar la formación de una alianza con Gran Bretaña para «liberar» y particionar las colonias españolas en América. Estaban convencidos de que los británicos se sentirían atraídos por los «inmensos beneficios» que obtendrían gracias a la emancipación de las colonias españolas.[8] Sin embargo, las ganancias británicas debían ser solo temporales. Una vez que los franceses se convirtieran en los «dueños de la Marina holandesa», tendrían fuerza suficiente para enfrentarse y destruir a Inglaterra, tal vez con ayuda estadounidense.[9]

A principios de 1793, el Gobierno francés había estudiado el envío de una expedición a América, pero la deliberación en torno al plan se vio truncada por la entrada de Gran Bretaña y de gran parte de Europa en la Guerra de la Primera Coalición.[10] De todos modos, las instrucciones remitidas al embajador francés en Estados Unidos, Edmond-Charles Genêt, le indicaban que consiguiera el apoyo de los norteamericanos para la liberación de las colonias españolas sugiriéndoles que la propagación de la libertad y la independencia favorecían sus intereses.[11] Aunque la respuesta del ejecutivo estadounidense a la oferta francesa fue tibia, sí hubo individuos de esa nacionalidad que apoyaron planes

de revolución en las colonias españolas. Estos se agruparon en torno a George Rogers Clark, veterano de la Guerra de Independencia de Estados Unidos que se había distinguido en los Territorios del Noroeste y que ahora anhelaba la expansión de su país también hacia el sur. Como muchos otros residentes del oeste de la joven república, estaba molesto porque Luisiana continuara controlada por los españoles, que no concedían a los estadounidenses acceso libre al río Misisipi. Como el presidente George Washington no deseaba valorar la posibilidad de emprender acciones de fuerza contra España, Clark se acercó a Genêt con la propuesta de encabezar una expedición dirigida a tomar San Luis y Nueva Orleans y después amenazar otras posesiones españolas. Esto «humillaría a España en sus partes vitales –le dijo al francés– y, con la conquista de Nuevo México y de Luisiana, poco después podrá lograrse también con facilidad la de toda la América española con sus minas».[12] Genêt aprobó el plan y nombró a Clark «mayor general de los ejércitos de Francia y comandante en jefe de la Legión Revolucionaria francesa del río Misisipi».[13] Mientras Clark emprendía los preparativos de la campaña, su plan fue torpedeado por Washington, que emitió una proclama que prohibía a los ciudadanos violar la neutralidad estadounidense y amenazaba con enviar tropas para detener la expedición. Además, el Gobierno francés ordenó la vuelta de Genêt y revocó los empleos que este había concedido a estadounidenses para la guerra contra España. Así pues, la campaña proyectada acabó en nada.

La decisión de España de unirse a la Primera Coalición en 1793 permitió que su comercio colonial continuara sin interrupciones. Solo dos años más tarde, según los términos del Tratado de Basilea, el Gobierno borbónico puso fin de manera unilateral a las hostilidades con los franceses y entró en guerra con Gran Bretaña. Al atacar los británicos el tráfico marítimo español, el comercio transatlántico de España se hundió y la conexión con

las colonias americanas se debilitó, una circunstancia que estimulaba los proyectos extranjeros de usurpación. Estados Unidos estaban deseoso de aprovechar esta oportunidad y sus líderes políticos dieron muestra de una actitud agresiva hacia las posesiones españolas. En 1796, el Tratado de San Lorenzo concedió a los estadounidenses derecho de navegación por el Misisipi, lo que allanó el camino para el aumento de su influencia en una región largo tiempo dominada por España.[14] De hecho, los dirigentes estadounidenses aspiraban a que ninguna otra potencia europea pudiera hacerse con parte alguna de los dominios españoles fronterizos con su país.

Por este motivo, la noticia del traspaso de la Luisiana a Francia provocó un nerviosismo considerable en los ambientes políticos estadounidenses, un temor que los británicos trataron de explotar. Durante sus reuniones con el embajador estadounidense, el ministro de Exteriores británico lord Hawkesbury ya había mencionado la cuestión de la cesión de la Luisiana por España en el año 1801, Rufus King se mostraba preocupado porque tal «adquisición permitiría a Francia extender su influencia subiendo por el Misisipi y a través de los lagos, incluso hasta Canadá». Esto, sostenían los británicos, amenazaba directamente sus intereses en Norteamérica: «[…] la facilidad con la que el comercio […] podría ser interrumpido, e incluso invadidas las islas [las Indias Occidentales Británicas], en caso de que se hiciera el traspaso, son razones poderosas por las que Inglaterra debe estar en contra de que ese territorio pase a dominio de Francia».[15] Por consiguiente, a Gran Bretaña le parecía muy bien que Estados Unidos tratara de contener la influencia francesa en Norteamérica: el embajador británico animó y apoyó los planes del senador de Tennessee William Blount y de John Chisholm, veterano agente indio, para la ejecución de acciones conjuntas británico-estadounidenses contra la Florida española y la Luisiana, como forma de evitar que cayeran en poder de una nación que podría

amenazar los intereses británicos. Aunque esta conspiración se acabó desmoronando, sirve para ilustrar las motivaciones de la política británica en la región.[16] Es importante mencionar que el Gobierno británico no estaba interesado en conseguir el territorio para sí. En 1803, en una conversación con un embajador estadounidense, el primer ministro Addington señaló que, en caso de guerra con Francia y con su aliado español, una de las primeras acciones británicas sería la ocupación de Nueva Orleans, pero que «Inglaterra no aceptaría el país [la Luisiana y la Florida españolas] aunque todos convinieran entregárselo a ella; que si ella lo ocupaba, no sería para conservarlo, sino para evitar que otra potencia lo obtenga».[17] Los estadounidenses se complacieron de oír aquello, puesto que «no deseaban ver [la región de Luisiana y Florida] traspasada [a nadie] que no seamos nosotros mismos»; en cualquier caso, «no objetaban que España continuara poseyéndola; se trataba de unos vecinos tranquilos y esperábamos, sin impacientarnos, a los acontecimientos que [...] deberían, un día no lejano, anexionar esa [región] a Estados Unidos».[18] El embajador británico Edward Thornton y el presidente Thomas Jefferson mantuvieron una conversación similar, a finales del mes de mayo de 1803, en la que el primero, «medio en broma», preguntó si Estados Unidos se opondría a la ocupación británica de Florida y Nueva Orleans «con el propósito de ofrecerlas a los estadounidenses a cambio de ciertas condiciones». La respuesta de Jefferson reiteró una perspectiva estadounidense ya tradicional acerca de las posesiones españolas en Norteamérica y se manifestó a favor de:

> [...] la continuidad de los españoles en posesión de estos territorios y el disfrute [por los estadounidenses] de sus privilegios actuales u otros mayores en la navegación y salida al mar del Misisipi, hasta que ellos [los estadounidenses], una vez hayan cobrado más fuerza y estén envueltos en una guerra por la razón que sea, puedan desposeer a los últimos [los españoles] completamente de [estos territorios].[19]

Así pues, al albor del siglo XIX, Gran Bretaña se enfrentaba a un dilema: Francia y Estados Unidos ansiaban ambos las posesiones españolas y había que decidir por quién decantarse. Durante el periodo de 1801 a 1803, los gobernantes británicos vacilaron en cuanto a qué curso seguir. Eran conscientes de que Napoleón estaba presionando a España para que les transfiriera el Territorio de Luisiana, pero no podían evitarlo. Al final, llegaron a la conclusión de que la obtención de las posesiones españolas de Norteamérica por parte de Estados Unidos era la menos perjudicial de ambas opciones e intentaron atraer a esta última nación a una alianza. Con este propósito, pintarían a los estadounidenses un cuadro tenebroso en el que Napoleón construía un imperio colonial que amenazaría a la joven república. En 1803, el primer ministro Addington informó a los estadounidenses de que su ejecutivo se contentaría con la suma de Luisiana al ámbito territorial de su nación para así «evitar que vaya a manos de Francia».[20] Por consiguiente, cuando el secretario de Exteriores británico se enteró de la Compra de Luisiana, informó a sus colegas estadounidenses del «placer con que Su Majestad [el rey Jorge III] ha recibido esta información».[21] Este sentimiento no podía ser sincero. Los británicos estaban al cabo de las exageradas expectativas de los estadounidenses en aquel momento, que incluían su interpretación de que el territorio que acababan de adquirir comprendía absolutamente todo excepto Canadá. De todos modos, durante unos pocos años, Gran Bretaña no prestó mucha atención a estas cuestiones –ni siquiera cuando algunos dirigentes estadounidenses solicitaron su ayuda para la creación de un nuevo Estado soberano, bajo protección británica, en los territorios recién adquiridos– por la guerra en curso contra Napoleón.[22]

Después de la Compra de Luisiana, el ansia estadounidense por el territorio español se intensificó aún más. El Gobierno estadounidense sospechaba que Gran Bretaña ambicionaba las dos

Floridas, una sospecha que persistió hasta bastante después de las Guerras Napoleónicas. El objetivo más inmediato era aprovechar la fuerza marítima británica para frustrar cualquier aspiración colonial francesa. En 1807, los estadounidenses ya sopesaban aliarse a los británicos para, según James Wilkinson le escribió a Jefferson, «preservar al mundo occidental de Napoleón y de su renuente aliado, el rey de España».[23] Algunas propuestas estadounidenses preveían la ocupación anglo-estadounidense de las Floridas y Cuba y la independencia de México, Perú y otras colonias españolas.[24] Al mismo tiempo, para demostrar su frustración en aumento por la política de los británicos, Estados Unidos prefería no ver reforzada la posición de Gran Bretaña en el Nuevo Mundo. En abril de 1807, el presidente Jefferson indicó al embajador estadounidense en España que advirtiera a las autoridades de sus colonias contra cualquier aproximación política o comercial con Gran Bretaña y señaló que la continuación de la existencia de esas colonias dependía de la buena voluntad estadounidense. «Nunca ha actuado una nación hacia otra con más perfidia e injusticia que la que España ha practicado constantemente con nosotros. Y si hasta ahora no hemos intervenido, ha sido solo por respeto a Francia y por el valor que damos a la amistad de Francia». Jefferson continuaba expresando su esperanza de que Napoleón obligaría a España a hacer concesiones a Estados Unidos o de que la «abandonaría» ante estos. En el segundo caso, «un mes nos bastará para tomar posesión de la ciudad de México».[25]

No solo Estados Unidos estaba interesado en la América española. Las convulsiones políticas y económicas que sufrieron España y Portugal crearon unas circunstancias propicias para la ampliación de la influencia rusa en el hemisferio occidental. Ya en mayo de 1806, el conde Nikolái Rumiántsev, ministro ruso de Comercio, sostenía que Rusia podría conseguir con facilidad las mejores mercancías coloniales directamente de América y evitar

los servicios de los comerciantes hanseáticos. El dinero que se gastaba «en las comisiones y beneficios de los comerciantes de Hamburgo», según él, podría usarse para promover la industria nacional y aumentar el tamaño de la flota mercante rusa. Este tipo de opiniones se generalizó desde que Rusia se unió al Sistema Continental en el verano de 1807.

Un síntoma específico del malestar económico de la Rusia posterior a Tilsit fue la especulación en mercancías extranjeras y la rápida inflación que la acompañaba. El estilo de vida de las clases altas rusas, informaba el gobernador general de San Petersburgo, había convertido los productos coloniales en artículos de consumo esenciales, solo superados por los de necesidad más básica. Hacían falta, por tanto, medidas eficaces para aliviar los problemas de suministro creados por la incorporación de Rusia al Sistema Continental. La búsqueda de soluciones a la crisis en aumento estimuló el interés ruso en Sudamérica. En 1808, funcionarios rusos apuntaron a la riqueza de las colonias portuguesas de Sudamérica como posible fuente de alivio comercial: Brasil, que disponía de una enorme gama de productos coloniales (cítricos y otras frutas, tabaco, café, azúcar, especias, etc.) era visto cada vez más como una «tierra que solo está esperando las manos del hombre para producir sus preciosos regalos».[26]

Durante los tres años siguientes, el Gobierno ruso sopesó varias propuestas de la élite mercantil para enviar expediciones comerciales a Sudamérica con el propósito de establecer presencia allí.[27] La creación de estos lazos comerciales se enfrentaba a un considerable obstáculo: Rusia continuaba formando parte del Sistema Continental, el cual prohibía el acceso de los productos británicos al continente europeo. Al estar España y Portugal aliados a Gran Bretaña, el ejecutivo ruso habría tenido que responder a las preguntas francesas en caso de admitir en sus puertos la entrada de los buques españoles o portugueses (cargados, potencialmente, con mercancías británicas).

La decisión rusa fue sencilla pero ingeniosa. En diciembre de 1809, Rumiántsev informó a su análogo portugués de que su gabinete impediría la entrada a Rusia a cualquier barco «portugués», aunque no extendería tal prohibición a los buques «brasileños», siempre que la corte lusa ofreciera un tratamiento recíproco a los buques mercantes rusos en Brasil. Esta decisión reflejaba el deseo del emperador Alejandro de establecer lazos más estrechos con Latinoamérica. Al estar España y Portugal sumidos en la inestabilidad, esperaba cambios profundos en América, donde, según le señaló en una carta al enviado ruso en Estados Unidos, podrían crearse pronto varios Estados independientes. «Es difícil calcular con precisión qué cambios produciría un acontecimiento semejante en las relaciones políticas y comerciales de Europa, pero es fácil prever que serían de gran importancia».[28] Rumiántsev, en el debate acerca de los lazos ruso-brasileños en el Consejo de Estado en enero de 1810, apuntó que Rusia se hallaba ante una ocasión sin igual para expandir sus intereses comerciales en ultramar y socavar los de Gran Bretaña.

El Consejo aceptó sus argumentos y autorizó la propuesta de acuerdo comercial ruso-portugués, al que se llegó en mayo de 1810 y luego se revisó en 1811-1812. En paralelo, el Gobierno ruso trató de establecer una presencia comercial también en la América española. Tras llegar la noticia de la revuelta en Venezuela en 1811, recibió a enviados de Caracas en varias ocasiones para explorar las posibilidades de establecer relaciones comerciales directas.[29] Sin embargo, el emperador Alejandro optó, en último término, por no tratar de establecer lazos con las colonias españolas. No le atraía la idea de tener que reconocer a las autoridades coloniales insurgentes y, sobre todo, sus prioridades habían cambiado desde que empezó la contienda franco-rusa de 1812. Durante unos pocos años, Rusia estuvo centrada en la lucha por el futuro de Europa y dedicó escasa (o ninguna) atención a sus relaciones con las colonias españolas. De todos modos, el

legado de los acercamientos de Rusia a Latinoamérica fue duradero y tuvo un papel significativo en décadas posteriores.

El suceso que desencadenó las luchas de poder hispanoamericanas y las eventuales independencias fue la entrada francesa en España en 1808, cuando Napoleón apartó al monarca Carlos IV y a su hijo del poder y nombró a su propio hermano, José Bonaparte, rey de España. Los españoles se negaron a aceptar al nuevo soberano y, en palabras de un historiador británico, «su indignación retumbó roncamente durante cierto tiempo, como un volcán que se prepara, y luego estalló con una explosión de furia».[30] La crisis de 1808 tuvo unas características muy especiales. Acabó, en la práctica, con el ejecutivo existente mediante la deposición de la familia real al completo y el derribo de la autoridad central. Este vacío político fue ocupado por consejos de gobierno regionales, las juntas. Estas rechazaban la autoridad francesa y afirmaban que, en ausencia del rey, el gobierno legítimo lo asumían los niveles inferiores. Las numerosas juntas que emergieron por toda España asumiendo poderes soberanos no eran de naturaleza revolucionaria, sino que actuaron como un soberano colectivo que todavía sostenía el concepto de la monarquía y los privilegios tradicionales.[31]

El éxodo de la monarquía portuguesa a Brasil y las convulsiones de la corte borbónica española fueron objeto de muchas conversaciones en las colonias españolas. Hubo una chispa de entusiasmo tras el ascenso al trono de Fernando VII en marzo de 1808, cuando los gabinetes coloniales prometieron fidelidad al nuevo rey. Apenas unas semanas después llegó aviso de la tragicomedia que se desarrolló en Bayona, del apresamiento de la familia real española, del subsiguiente alzamiento nacional y de una noticia crucial, la victoria española en Bailén. La resistencia al régimen napoleónico se activó en todas las colonias hispanoamericanas, que hicieron oídos sordos a las promesas galas de reformas administrativas y de modernización. El ministro de Exte-

riores francés, Jean-Baptiste de Nompère de Champagny, y el nuevo ministro de las Indias de España, Miguel José de Azanza, no fueron escuchados cuando aseguraron a los administradores coloniales que los cambios se circunscribían a la dinastía reinante, que la nación española preservaba «la integridad de sus dominios y su independencia» y que «aquella monarquía tan espléndida no perdería ni una sola de sus preciosas posesiones».[32] Los emisarios franceses que lograron burlar el boqueo de la Royal Navy para anunciar en América el ascenso al trono del rey José intentaron persuadir a los funcionarios coloniales de que apoyaran a la monarquía napoleónica en España.[33] Sin embargo, los argumentos de que esa monarquía «curaría su patria de los males que ha soportado durante tanto tiempo» y de que la convocatoria de la Asamblea de Bayona era el primer paso para «la regeneración del país» fueron rechazados de plano, igual que cualquier sugerencia de influencia francesa.[34] Según informó uno de los emisarios, los administradores bonaerenses «no deseaban, de ninguna manera, otro rey que Fernando VII. Muchos de ellos eran de la opinión de que debían tomar medidas violentas contra mí».[35]

La ausencia de un monarca Borbón que pudiera ostentar una autoridad legítima creó una situación peculiar. Algunos jefes de las colonias insistieron en la continuación de la lealtad a la causa borbónica; otros confiaron en aprovechar la ausencia del monarca para obtener más independencia. Este último razonamiento se basaba en la premisa de que lo que unía a las Américas y España era la persona del soberano reinante, así que la deposición de Fernando VII había destruido el lazo que ataba las colonias a la metrópoli. Los patriotas chilenos, por ejemplo, más tarde adujeron:

> […] abandonan la nación los Borbones, y pierden por este hecho aun aquellos derechos oscuros sobre que se levantó su dinastía. No podía pertenecer a estos emigrados una nación acéfala por sus resentimientos domésticos. No po-

día Fernando desde Valenzay conservar en su mano el extremo del lazo, mejor diremos, de la cadena que por mera habitud amarraba a la América.[36]

Ya a mediados de julio de 1808 hubo intentos de establecer instituciones representativas en la ciudad de México, en el virreinato de Nueva España, y en Caracas, en la capitanía general de Venezuela.[37]

Además, la monarquía portuguesa, que se había puesto a salvo en Brasil, intentó aprovechar el desconcierto para ampliar su autoridad en Sudamérica. Rodrigo de Souza Coutinho, ministro de Guerra y de Exteriores portugués, en un primer momento hizo un llamamiento al «Cabildo y Pueblo» de Buenos Aires y a todo el virreinato del Río de la Plata para que aceptaran la protección de la monarquía lusa contra los franceses. Cuando un escuadrón británico comandado por el contraalmirante Sidney Smith visitó Río de Janeiro en mayo de 1808, los portugueses propusieron una operación militar conjunta hacia el virreinato español vecino aduciendo que la infanta Carlota Joaquina (1775-1830), hija del depuesto monarca español Carlos IV y esposa del regente brasileño Juan VI, podía, como miembro de la familia real española, actuar en calidad de regente mientras durara el conflicto.[38] A pesar de los anteriores reveses sufridos por los británicos en Buenos Aires, Smith apoyó estos planes.[39] El proyecto fracasó, en parte, por las acciones del recién llegado Percy Clinton Sydney Smythe, vizconde de Strangford y embajador británico en Río de Janeiro, quien, a diferencia de Smith, estaba decidido a preservar la integridad imperial española y era contrario a cualquier intento portugués de intervenir en los asuntos coloniales hispanos. Strangford opinaba que «la manera más eficaz de conservar las amistades coloniales era permitir a los colonos [hispanos] que arreglaran la situación a su manera, sin interferencia externa».[40] Por consiguiente, se ocupó de que el contraalmirante Smith fuera relevado del mando y llamado a Inglaterra, así como de que la infanta fuera amonestada por su ma-

rido, a quien se le recordó en términos bien claros lo importante que era el apoyo británico para la monarquía portuguesa.

La posición de Strangford es digna de mención porque subraya un cambio en la política británica en Sudamérica. Gran Bretaña había intentado por largo tiempo penetrar en las posesiones imperiales españolas y ambas naciones habían ido a la guerra en varias ocasiones durante la anterior centuria, por ejemplo, en la Guerra del Asiento o de la Oreja de Jenkins (1739-1748).[41] A partir de 1796, la alianza franco-española había concedido a Gran Bretaña el pretexto que necesitaba para desafiar la hegemonía española en el hemisferio occidental. La amenaza de intrusión estadounidense en las colonias españolas también pesó mucho en el planteamiento estratégico británico. Mientras William Pitt tuvo las riendas, el gabinete británico consideró seriamente la emancipación de las colonias españolas como parte de su política exterior; los réditos económicos de tal suceso habrían sido tremendos y era una idea popular entre las clases mercantiles. Aunque Pitt falleció a principios de 1806, sus partidarios continuaron ejerciendo una influencia que estuvo detrás de los intentos británicos de entrar por la fuerza en los mercados hispanoamericanos en 1806-1807, del apoyo a la expedición de Miranda a Venezuela y de las expediciones a Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata (actual Argentina) y salida atlántica de la plata de los Altos Andes.[42]

Para 1807, el nuevo gabinete de Portland ya había acabado con esta agresiva «política de liberación» y dado paso a un enfoque más sutil al asunto. Según la exposición del nuevo secretario para la Guerra y las Colonias, Castlereagh, Gran Bretaña debía asegurarse el éxito de sus políticas no con la conquista militar, sino ofreciendo apoyo a la población colonial hispana:

> Al plantear cualquier proyecto para la liberación de Sudamérica, parece indispensable que no nos presentemos más que como auxiliares y protectores. Para demostrar nuestra sinceridad al respecto, debemos estar dispuestos a avanzar hacia nuestro objetivo a través de una fuerza nativa que se crearía bajo nuestro

> consentimiento; y el único interés concreto que nos debemos proponer debe ser privar a nuestro enemigo de uno de sus recursos principales, así como la apertura de los mercados de ese gran continente a nuestras manufacturas.[43]

Mientras Castlereagh y otros hombres de Estado británicos exploraban qué hacer en Sudamérica, sucedió algo que obligó a revisar la política oficial británica. Los enviados de las juntas de Asturias, Galicia y Sevilla informaron al Gobierno británico de su decisión de resistir a los franceses y le pidieron ayuda. El anhelo británico, sostenido durante años, de volver a España contra Francia se había hecho realidad. La reacción británica fue inmediata. En una célebre declaración de miembros del Parlamento, estos proclamaron que los británicos tenían cosas mejores que hacer que «hurtar islas azucareras» o «mordisquear la corteza», mientras los periódicos escribían: «[…] de expediciones de saqueo y merodeo ya hemos tenido bastante». Todos estaban de acuerdo en que Gran Bretaña debía consagrarse a un gran proyecto y salvar al mundo.[44] Al comprometerse el ejecutivo británico a apoyar a las juntas, todos los proyectos sudamericanos en curso quedaron en pausa. Desde ese momento, Londres se presentó en Sudamérica como protector y no como depredador, aunque su objetivo final de salvaguardar los intereses económicos británicos en las Américas no hubiera cambiado. Esta política garantizaba que Gran Bretaña usaría su superioridad naval para aislar las colonias españolas de cualquier amenaza francesa, a la vez que, furtivamente, las animaba a buscar mayor independencia. Cuando los galos trataron de obtener el apoyo hispanoamericano contra los británicos, estos se sintieron en la «obligación» de hacer, según indicó Castlereagh en una carta, «todos los esfuerzos por evitar que las provincias americanas de España caigan en manos de Francia mediante la misma traición que está subyugando a la propia España».[45]

A finales de 1810, los acontecimientos sudamericanos habían convencido ya a los estadistas británicos a trabajar «por el aumento y la estabilización del comercio latinoamericano y por la

conservación de la simpatía por Inglaterra que los colonos [hispanos] habían demostrado recientemente. La idea de conquista se había esfumado de las mentes ministeriales; incluso el proyecto de instigar la independencia de las colonias por medio de una intervención armada había perdido su atractivo».[46] La política británica, por tanto, estuvo dirigida a conseguir la apertura de los mercados coloniales al comercio británico y a asegurar que ni Francia ni Estados Unidos pusieran pie en Sudamérica. La primera de estas metas se alcanzó, en parte, cuando el príncipe regente portugués, al llegar a Río de Janeiro, anunció la apertura de los puertos brasileños al comercio con Gran Bretaña. Río de Janeiro se iba a convertir, en palabras del secretario de Exteriores Canning, en «el emporio de Brasil para las manufacturas británicas destinadas al consumo de toda Sudamérica».[47] En Cádiz, el Consejo de Regencia, temeroso de que Gran Bretaña apoyara a los revolucionarios en las colonias, trató de complacerlos al permitirlos comerciar directamente con las colonias el tiempo que durara la guerra.

Mientras tanto, Napoleón prosiguió sus esfuerzos para atraerse a las colonias españolas. Ante la persistente oposición de las autoridades hispanas realistas, modificó su estrategia y trató de precipitar una quiebra formal entre la España ibérica y la americana. En su discurso al Cuerpo Legislativo del 12 de diciembre de 1809 declaró:

> Nunca me opondré a la independencia de las naciones continentales de América. Esa independencia está en el curso natural de las cosas [...]. Si los pueblos de México o del Perú [...] desean elevarse a la altura de una noble independencia, Francia no se opondrá, siempre que estos pueblos no establezcan lazo alguno con Inglaterra.[48]

A lo largo de los años siguientes, a medida que se deterioraban las relaciones entre las juntas de las colonias y las de España (y luego el Consejo de Regencia), Napoleón despachó a las Américas docenas de agentes para fomentar la rebelión y emitir proclamas. Estudió proyectos para el envío de expediciones militares a

Sudamérica, ofreció ayuda financiera y militar a los insurgentes y dudó en reconocer la independencia de Venezuela en 1811-1812, una opción que dejó a un lado por los preparativos de la campaña de Rusia.[49] Al final, ninguno de estos esfuerzos le produjo beneficios tangibles. La administración colonial española, protegida por la Royal Navy británica de las amenazas que pudiera llegar por el mar, se concentró en los desafíos internos.

A partir de 1809, aparecieron en numerosas ciudades de la América española juntas similares a las de España. Estas asumieron la responsabilidad de proteger la autoridad y los intereses españoles ante la posible injerencia de potencias extranjeras. El 25 de mayo de 1809 se formó una junta en Chuquisaca, en el Alto Perú. Le siguieron, por ejemplo, La Paz, también en el Alto Perú, el 16 de julio; Quito, en Nueva Granada, el 10 de agosto, o Buenos Aires, en el Río de la Plata, el 25 de mayo de 1810. También se estableció, el 18 de septiembre de ese último año, una junta nacional en Chile.[50] Aunque estas juntas estuvieron pensadas en un primer momento para apoyar al monarca español, Fernando VII, el poder y la autonomía de que disfrutaron pronto alentaron a sus jefes a darse cuenta de que, en ausencia de la supervisión de la Corona y de la extracción de fondos concomitante, su gestión no solo podría sostener las condiciones locales, sino incluso mejorarlas. A lo largo del primer año de inestabilidad política en las colonias, dos preguntas continuaron sin respuesta: si estas juntas debían existir o no, y en caso afirmativo, si se trataba de órganos temporales que se disolverían con la restauración de la monarquía borbónica o eran precursoras de una transferencia de poder permanente desde Madrid a las Américas. Los peninsulares lealistas o realistas abogaban por la primera opción y señalaban que las colonias ya habían sancionado la

burocracia real en las personas de los virreyes y los administradores gobernantes, lo que convertía a las juntas en redundantes en el mejor de los casos, o en sediciosas en el peor. Los criollos, de pensamiento más independiente, sostenían en cambio que, en ausencia de la monarquía, las colonias debían seguir el ejemplo de las juntas españolas y formar su propio consejo de gobierno para ejercer el poder hasta el regreso de Fernando VII. Además, inspirados por los ideales ilustrados y las revoluciones estadounidense y francesa, los líderes criollos quisieron aprovechar la inestabilidad europea para obtener más autonomía y una reestructuración de las sociedades coloniales.[51]

Las tensiones entre estos grupos escalaron pronto hasta desembocar en una lucha que se alargó casi dos décadas. Las guerras, iniciadas e impulsadas por las élites criollas y peninsulares, se libraron de forma casi totalmente autónoma en el seno de cada uno de los cuatro virreinatos que componían la América española. Miembros de todos los niveles del sistema de castas lucharon en ambos bandos del conflicto, aunque los criollos, que gustaban autodenominarse «patriotas», acapararon la dirección política y militar de los revolucionarios. Tuvieron a su favor ventajas considerables sobre los realistas, predominantemente nacidos en Europa, a los que superaban en número. Estos grupos, situados en la cima de la pirámide económica y social, tenían mucho que ganar o que perder según el resultado de la guerra e hicieron todo lo posible por atraerse a los grupos más bajos que formaban la inmensa mayoría de la población colonial. Así, ambos bandos trataron de sumar a sus filas a la gente de orígenes mixtos y a los indios. Los realistas, por ejemplo, reformaron los tributos de los indios, mientras que los patriotas hablaban de igualdad ante la ley y de la emancipación de los esclavos que lucharan por la causa. Los apoyos variaban de una región a otra. A menudo, como suele suceder en tiempos de conflicto, la lealtad se entregaba simplemente a los líderes locales ya existentes.

Uno de los problemas que tenían los realistas era la continuación de la guerra en la península ibérica, que dificultaba en extremo el envío a América de refuerzos realistas. En años posteriores, cuando llegaron tropas de España, los realistas se vieron perjudicados por rivalidades entre los oficiales recién llegados y los oficiales coloniales veteranos, que acusaban a sus nuevos colegas españoles de arrogancia ante las gentes del Nuevo Mundo y de ignorar sus costumbres. Además, la causa realista también padeció divisiones internas entre los conservadores absolutistas, que querían restaurar la antigua monarquía sin cambios, y los liberales constitucionalistas, que denunciaban los abusos y la corrupción de los Borbones y preferían una monarquía constitucional. El llamamiento de la Junta Suprema Central Gubernativa a la reunión, en unas «Cortes Generales Extraordinarias de la Nación Española», de los representantes de las provincias peninsulares y de las posesiones de ultramar supuso un gran cambio con respecto a las prácticas absolutistas que habían conformado durante mucho tiempo las colonias españolas. Esta acción era un reflejo del nuevo ejecutivo que estaba tomando forma en España, pero también contribuyó a socavar las posiciones de los realistas en las colonias y a estimular las demandas de mayor autogobierno y representación de estas. Este debate político en torno a la forma de gobierno se vio también afectado por la disolución de la Junta Central y el establecimiento del Consejo de Regencia que, con la intención de ganar apoyos en todo el mundo hispánico, prometió ampliar la igualdad política y el gobierno representativo a las colonias.

Los criollos también sufrieron divisiones y luchas internas. No se ponían de acuerdo en cuanto a los límites territoriales ni en cuanto a asuntos constitucionales: los federalistas preferían gabinetes centrales débiles en el seno de una laxa confederación de Estados individuales fuertes, y los centralistas eran partidarios de un gobierno federal fuerte y de que los derechos de los Esta-

dos fueran limitados. Después del éxito inicial, los criollos se volvieron a veces unos contra otros en contiendas civiles cada vez mayores que dejaron un legado fecundo de discordia y conflicto, una herencia que conformó las sociedades de la región durante largo tiempo, después de que las colonias obtuvieran la independencia.[52]

Las noticias de la situación en España provocaron primero una crisis política en el virreinato de Nueva España. En 1808, el virrey José de Iturrigaray, que no había visto con buenos ojos la caída de su protector, Godoy, y que había prometido fidelidad a Fernando VII a regañadientes, recibió del consejo municipal, controlado por los criollos, la sugerencia de que formara un ejecutivo autónomo en Nueva España con él en cabeza. Esta autoridad gobernaría la región hasta que la dinastía borbónica fuera restaurada por completo en España. La propuesta desencadenó una lucha por el poder entre los peninsulares realistas, que estaban convencidos de que Iturrigaray intentaba crear un gobierno que no dependiera en forma alguna de España, y los criollos, de actitud más favorable a la reforma, que presionaron al virrey para que formara un congreso de representantes y compartiera el poder con los prohombres de la colonia.

Las tensiones estallaron el 16 de septiembre de 1808, cuando peninsulares armados entraron por la fuerza en el palacio virreinal de la ciudad de México para deponer al virrey y reemplazarlo por un octogenario mariscal de campo llamado Pedro de Garibay, a quien pensaban más leal a la vieja monarquía.[53] El descontento político y social continuó creciendo y llegó al clímax en 1810.[54] Un sacerdote del pequeño pueblo de Dolores, el padre Miguel de Hidalgo y Costilla, angustiado por la pobreza y las penurias generalizadas, dio el primer paso para corregir las que consideraba injusticias que se cometían contra los hombres y mujeres de México. El 15 de septiembre de 1810 publicó su *Grito de Dolores*, aún hoy conocido por toda Latinoamérica, que lla-

maba al pueblo a tomar las armas y deponer a los peninsulares, todo ello en nombre de Fernando VII y de la Virgen de Guadalupe. Solo unos días más tarde, Hidalgo se dirigió con miles de campesinos y otros partidarios hacia la ciudad de México. La rebelión solo tuvo un alcance rural y no logró aunar apoyo alguno en las áreas urbanas. Además, la intensidad de la postura antimonárquica de los rebeldes, unida a la violencia que practicaron, horrorizó a la élite criolla –muchos miembros de esta habían apoyado hasta entonces la causa anticolonial, pero entonces le dieron la espalda–.[55] Los rebeldes derrotaron primero al Ejército realista del general Torcuato Trujillo en la batalla del Monte de las Cruces, el 30 de octubre. Sin embargo, Hidalgo dio media vuelta con sus efectivos; aunque superiores en número al Ejército real, carecían de la disciplina de los soldados entrenados y solo estaban armados con machetes y toscas armas de fabricación casera. Esta decisión acabó por demostrarse un error decisivo, puesto que permitió a las fuerzas realistas reagruparse y contraatacar. En enero de 1811 aplastaron a los rebeldes en el puente de Calderón (a 60 kilómetros de Guadalajara). La ferocidad de la rebelión solo fue igualada por la sed de venganza del Gobierno. Fueron ejecutados millares de individuos, entre ellos el propio Hidalgo.[56]

La muerte de Hidalgo no acabó con la revolución, que se reorganizó en torno a los lugartenientes que él había enviado a distintas partes de Nueva España. El más notable de estos era el sacerdote José María Morelos y Pavón, que, en un primer momento, fue enviado a hacerse con el control del puerto de Acapulco, en la costa del Pacífico. A pesar de enfrentarse a unidades realistas superiores y de carecer de experiencia militar, Morelos demostró talentos considerables y condujo a sus variopintas tropas a sucesivas victorias. A finales de 1811 sus fuerzas habían aumentado hasta alrededor de 9000 hombres que le permitían controlar buena parte de la región costera sudoccidental.[57] Aunque

fue derrotado por el Ejército realista en Cuautla, en mayo de 1812, Morelos logró reagrupar a sus hombres y emprender una nueva ofensiva que le consiguió las ciudades de Huajuapan y Oaxaca.

En lugar de atacar la vulnerable ciudad de México, decidió sentar las bases de un nuevo gobierno. En 1813, Morelos convocó el Congreso Nacional Constituyente de Chilpancingo, al que acudieron representantes de las provincias controladas por los rebeldes. El Congreso discutió y aprobó un ambicioso programa de reformas políticas titulado *Sentimientos de la Nación*, que se inspiraba en la Revolución francesa. Los delegados, entre otras medidas, establecieron un gabinete representativo, abolieron la esclavitud y las distinciones sociales raciales y prohibieron la tortura y los monopolios. Morelos, en una de sus reformas más radicales, demandaba la expropiación de latifundios y entregarlos a quienes los trabajaban. Llegaba incluso a pedir confiscar y redistribuir todas las propiedades de sus enemigos, los ricos. Sin embargo, tal llamada a la revolución social estuvo moderada por el reconocimiento de la primacía de la Iglesia católica y de su derecho al diezmo.[58]

El 6 de noviembre de 1813, el Congreso Nacional Constituyente declaraba la independencia y publicaba el primer documento de este tipo de la América española. Por emocionantes que fueran estos acontecimientos para los reformistas mexicanos, sus aspiraciones se vieron a la postre truncadas por el fracaso en la guerra. Si el levantamiento de Hidalgo había sorprendido a los ricos criollos, el proyecto morelista de transformación sociopolítica radical incrementó su hostilidad y reforzó la voluntad de lucha. Morelos fue derrotado en Valladolid los días 23 y 24 de diciembre de 1813 y en Puruarán el 5 de enero de 1814. A mediados de la primavera, los patriotas habían perdido prácticamente todas sus conquistas en el sur y el Congreso Nacional Constituyente tuvo que ser evacuado a un lugar más seguro. Morelos,

mientras guiaba la marcha de los representantes por territorio realista, fue objeto de un ataque enemigo en Temalaca (el 5 de noviembre de 1815), donde fue derrotado de manera definitiva, apresado y ejecutado. Su muerte marcó un punto de inflexión en la revolución novohispana. Privados de líderes capaces y competentes, los rebeldes optaron por aceptar las políticas más conciliatorias del nuevo virrey, Juan José Ruiz de Apodaca, que ofreció la amnistía a todos los patriotas que depusieran las armas. La primera Revolución mexicana había terminado.[59]

Mientras tanto, más de 3000 kilómetros al sur, en el virreinato del Río de la Plata, la noticia de que los franceses se habían apoderado de España no solo sorprendió a las autoridades locales, que todavía estaban celebrando sus victorias ante dos expediciones británicas solo dos años antes, sino que envalentonó a los peninsulares que deseaban volver al antiguo orden. Los procesos revolucionarios en el Río de la Plata fueron complejos y polifacéticos. Se vieron afectados por intervenciones externas y también por la desintegración regional en el seno del propio virreinato. En este sentido, el conflicto que hubo entre dos centros de la colonia, la capital virreinal, Buenos Aires, y la capital de la provincia de la Banda Oriental, Montevideo, tiene una relevancia especial. En 1806-1807, ambas ciudades resistieron las invasiones británicas y aportaron recursos materiales y humanos para la expulsión de los invasores. Después, sus caminos se separaron. «Los poderosos comerciantes de Buenos Aires [...] estaban descontentos por la autonomía comercial de Montevideo, por la exigencia de mantener agentes en la ciudad y por el pago de impuestos y tasas a las autoridades locales».[60] Durante la invasión británica de 1807, con hondo disgusto de los cercanos bonaerenses, Montevideo funcionó como centro de almacenaje comercial

clave para las mercancías británicas en el Río de la Plata y obtuvo grandes beneficios del comercio con Estados Unidos y Portugal.[61]

Durante la crisis política desencadenada por la ocupación francesa de España, las dos ciudades se vieron cada vez más enfrentadas. En 1808, el emisario napoleónico Claude-Henry-Étienne Bernard, marqués de Sassenay, llegó a Buenos Aires a demandar a las autoridades locales que prometieran fidelidad a José Bonaparte. Jacques de Liniers, virrey interino del Río de la Plata nacido en Francia, vaciló en su respuesta. Esto movió al gobernador de Montevideo, Francisco Javier de Elío, y a su cabildo a sospechar de la lealtad del virrey y a desafiar su legitimidad. Liniers, después de rechazar el requerimiento de Napoleón y jurar lealtad a la Junta Suprema de España, trató de afirmar su autoridad sobre Montevideo, una decisión popular que contaba con el apoyo de las élites mercantiles de Buenos Aires. Sin embargo, Montevideo se resistió enérgicamente a la maniobra de Liniers. Cuando el agente de Liniers, Juan Ángel de Michelena, llegó a la ciudad a finales de septiembre de 1808, fue recibido con una rebelión popular que impidió el cese del gobernador Elío y que no tardó en llevar a la formación de una junta gubernativa que rechazó la autoridad de Buenos Aires y juró lealtad a Fernando VII.[62]

En junio de 1809, la Junta Central Suprema de Sevilla (España) envió al almirante Baltasar Hidalgo de Cisneros y Latorre a restablecer el orden en el Río de la Plata. A su llegada, Liniers renunció al cargo y Cisneros restableció el control realista de la región y formó un Tribunal de Vigilancia Política para la persecución de los partidarios de las «ideologías francesas».[63] Sin embargo, surgieron nuevos problemas en el Alto Perú, donde se habían formado juntas en Chuquisaca, el 26 de mayo, y en La Paz, el 16 de julio. En octubre, Cisneros envió efectivos realistas a restaurar el orden en ambos lugares. Sin embargo, con esta deci-

sión vació inopinadamente la guarnición de Buenos Aires y concedió más influencia a las milicias, que estaban controladas por los criollos. En mayo de 1810, la noticia de la disolución de la Junta de Sevilla y el establecimiento del Consejo de Regencia de España convenció a muchos criollos de que, al quedar apartados del poder el rey y la Junta, Cisneros ya no tenía legitimidad para gobernar. El virrey intentó preservar el *statu quo* político, pero un grupo de abogados criollos y de oficiales militares organizaron un cabildo abierto que, después de una semana de deliberaciones (del 18 al 25 de mayo), se negó a reconocer al Consejo de Regencia de España y declaró la fundación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, controladas por la Primera Junta de Buenos Aires.[64]

Esta fue la primera revolución que triunfó en Sudamérica. También desencadenó la Guerra de Independencia argentina, que iba a durar los ocho años siguientes.[65] La Primera Junta proclamó su autoridad sobre todo el virreinato del Río de la Plata y con ello generó disputas políticas con otros centros de poder regionales. Igual que Buenos Aires buscó separarse de España, Montevideo no reconoció la autoridad bonaerense y se convirtió en un bastión del lealismo español y de la monarquía en Sudamérica. Además, el Consejo de la Regencia de España declaró a Buenos Aires ciudad rebelde y trasladó la capital virreinal a Montevideo, donde Elío fue nombrado nuevo virrey. Al mismo tiempo, Liniers, que antes había sido virrey, había organizado un alzamiento realista en Córdoba (a unos 700 kilómetros de Buenos Aires) y estaba en espera de refuerzos del vecino (y todavía realista) virreinato del Perú para sofocar la revolución de Buenos Aires.

La primera decisión de la Primera Junta fue someter el levantamiento del Alto Perú. A primeros de julio envió allí un pequeño contingente al mando del coronel Francisco Ortiz de Ocampo. Esta fuerza se detuvo primero en Córdoba, donde derrotó y

apresó a Liniers y a los demás jefes de la contrarrevolución cordobesa. Ocampo, después de rehuir la ejecución de estos prisioneros, fue relevado del mando. Juan José Castelli, comisionado político, aplicó la pena de muerte a los prisioneros el 26 de agosto de 1810, mientras Antonio González Balcarce, que había sucedido a Ocampo en el puesto de comandante militar, se dirigía a consolidar la autoridad de la Primera Junta en el Alto Perú. Los patriotas, a pesar de su derrota en Cotagaita el 27 de octubre de 1810, se impusieron en la subsiguiente batalla de Suipacha el 7 de noviembre, que entregó a Buenos Aires el control de la región. Los jefes realistas, entre ellos los generales Vicente Nieto, Francisco de Paula Sanz y José de Córdoba y Rojas, fueron capturados y ejecutados. Mientras Castelli sopesaba cruzar el río Desaguadero e invadir el virreinato del Perú, el capitán general realista José Manuel de Goyeneche contraatacó con sus tropas peruanas y aplastó a los patriotas en Huaqui (Guaqui) el 20 de junio de 1811, lo que despejaba el camino para la invasión realista del Río de la Plata.[66]

Los reveses en Paraguay y en el Alto Perú llevaron a que la Primera Junta fuera sustituida, en septiembre de 1811, por un Triunvirato ejecutivo formado por Manuel de Sarratea, Juan José Paso y Feliciano Chiclana. El nuevo ejectutivo estaba convencido de que, si Perú se mantenía en poder de los realistas, la causa de la independencia estaría amenazada en toda Sudamérica. Para evitarlo, el Triunvirato reorganizó el Ejército del Norte y puso al frente al general Manuel Belgrano. Belgrano, en su enfrentamiento con el Ejército realista del general Juan Pío de Tristán, mucho más potente, recurrió a una estrategia de tierra quemada y organizó el Éxodo jujeño –la evacuación de miles de habitantes de las provincias de Jujuy y Salta y la destrucción de los recursos del país–. La idea funcionó. Belgrano logró derrotar a los realistas en la decisiva batalla de Tucumán (el 24 y 25 de septiembre de 1812) y más tarde, el 20 de febrero de 1813, obligó al

grueso del Ejército realista a rendirse en Salta. Estas victorias no solo salvaron al Gobierno patriota de Buenos Aires, sino que también aseguraron la autoridad sobre la mayor parte de los territorios septentrionales del antiguo virreinato del Río de la Plata –aunque las victorias realistas en Vilcapugio (el 1 de octubre de 1813) y Ayohuma (el 14 de noviembre) causaron la continuación de la guerra en esa región con éxitos intermitentes–.

En la Banda Oriental (actual Uruguay) también había estallado la guerra civil. Montevideo había tratado, desde hacía mucho tiempo, de aumentar su autonomía en el seno del virreinato del Río de la Plata, pero fue la crisis política desencadenada por las Guerras Napoleónicas lo que permitió a las élites mercantiles alcanzar su aspiración.[67] Estas élites se decantaban por la causa realista y, durante 1809-1810, los realistas de la región consolidaron el poder bajo la dirección del virrey Elío. De todos modos, el apoyo a la monarquía no era unánime en la Banda Oriental y tuvo que encarar la fuerte resistencia de las facciones republicanas encabezadas por José Gervasio Artigas Arnal. El 28 de febrero de 1811, los patriotas republicanos de la región publicaron el famoso *Grito de Asencio*, que instaba a los hermanos argentinos a que los ayudaran en su lucha contra los realistas. La llamada inauguró un nuevo teatro de operaciones uruguayo, dentro de las luchas civiles en curso, en el que las fuerzas argentinas invasoras combatieron con los realistas de abril a junio de 1811. La victoria obtenida en Las Piedras el 18 de mayo permitió a los patriotas marchar directamente hasta Montevideo, aunque el asedio subsecuente fracasó en octubre. Elío, para resistir la ofensiva revolucionaria, buscó la ayuda de la reina lusa, Carlota Joaquina. Los portugueses, que habían ambicionado largo tiempo la Banda Oriental, no perdieron un segundo y aprovecharon la oportunidad. La reina persuadió a su marido para intervenir. Antes de que el embajador británico Strangford pudiera reaccionar, un contingente portugués brasileño de alrededor de 4000

efectivos invadía la región y obligaba a los patriotas a levantar el asedio en julio de 1811.

Aunque Elío estaba complacido con este éxito, pronto se dio cuenta del grave error que había cometido al invitar a los portugueses. El comandante luso Diego de Souza aseguró a la población local que la monarquía portuguesa no tenía intención de conquistar la región, pero tampoco demostró propósito alguno de abandonarla. Se escudaba en que continuaba siendo necesario defenderla de los ataques republicanos. A lo largo de 1812-1813 continuó habiendo acciones menores, hasta que la mediación británica desembocó en la firma del Tratado de Rademaker-Herrera entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el imperio de Portugal (26 de mayo de 1812), que puso fin a la intervención portuguesa en la Banda Oriental.[68]

Después de la partida de los portugueses en el verano de 1812, los patriotas argentinos, entonces dirigidos por Manuel de Sarratea, iniciaron una nueva invasión de la Banda Oriental y asediaron Montevideo por segunda vez. Igual que en la ocasión anterior, no disponían de efectivos terrestres suficientes para asaltar las murallas ni de la flota necesaria para bloquear el puerto. Para poner remedio a la segunda cuestión, las Provincias Unidas del Río de la Plata compraron barcos a Estados Unidos y formaron su propio escuadrón mandado por William Brown, un irlandés que había servido en la Royal Navy contra los franceses y que ahora emergió como «el padre de la Marina argentina». En junio de 1814, la flota de Brown, cuyas tripulaciones estaban formadas por marinos británicos y estadounidenses, acometió una campaña metódica en el Río de la Plata. Su bloqueo naval de Montevideo permitió al Ejército argentino tomar la ciudad en junio de 1814 y poner fin así a la presencia realista en la Banda Oriental.[69] Sin embargo, Artigas, en lugar de formar una unión con Argentina en el seno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, decidió que la Banda Oriental continuaría siendo independiente.

En 1814 organizó la Unión de los Pueblos Libres, de la que fue declarado protector. Al año siguiente, derrotó a las unidades invasoras argentinas y convirtió la Unión de los Pueblos Libres en la Liga Federal, que se mantuvo independiente de las Provincias Unidas del Río de la Plata y también de España.[70]

Mientras tanto, la Primera Junta también se mantuvo ocupada en la Intendencia de Paraguay, cuyo rechazo a la autoridad promovió una invasión por parte de una fuerza patriota comandada por el general Manuel Belgrano. Los patriotas, que no esperaban encontrar mucha oposición, obtuvieron una victoria temprana en Campichuelo, en diciembre de 1810, pero se desmoronaron en las batallas de Paraguari (el 19 de enero de 1811) y Tacuari (el 9 de marzo de 1811) y tuvieron que retirarse. Estas victorias alentaron a muchos patriotas paraguayos como José Gaspar Rodríguez de Francia que, aunque se habían enfrentado a la invasión, no deseaban el triunfo de los realistas. Enardecidos por la victoria alcanzada sin ayuda de la Corona, prefirieron convertir la derrota de Belgrano en el trampolín de su propia liberación. La campaña paraguaya, pues, mutó en un conflicto entre los propios criollos. Los que apoyaban a la Primera Junta chocaron con sus equivalentes paraguayos, que no deseaban ser controlados por Buenos Aires. El 17 de mayo de 1811, Paraguay rompió sus lazos con la Corona española y con la junta basada en Buenos Aires y se declaró independiente.[71]

En Nueva Granada (actual Colombia), el virrey Antonio José Amar y Borbón rechazó las demandas de los criollos y se opuso al movimiento juntero. Al conocer que se había formado una junta en Quito el 10 de agosto de 1809, envió tropas realistas a restablecer el orden, pero no dejaron de aparecer nuevas juntas en otros lugares. A finales de julio, sin embargo, él mismo fue

depuesto y se formó una junta en la propia Bogotá.[72] El virreinato no tardó en dividirse entre unas regiones que apoyaban a las juntas y otras realistas. Las provincias de Guayana y Maracaibo, en las porciones oriental y occidental del virreinato, seguían siendo realistas y las fuerzas de este bando seguían controlando áreas fundamentales en el sur (entre otras, Popayán y Pasto) y en el norte (Santa Marta, cerca de Cartagena). Las juntas, por su parte, no lograron formar un frente común y no tardaron en reñir por defender proyectos distintos para el futuro del virreinato. Algunas defendían una laxa confederación de Estados –las Provincias Unidas de la Nueva Granada– que tendrían sus propias políticas internas, aunque aceptando la autoridad de un gobierno federal. Otras juntas, notoriamente la de Bogotá, que había sido por largo tiempo la capital del virreinato y que por ello tenía mucho que perder con un sistema descentralizado, insistían en una dirección más centralizada. Los líderes de Bogotá rechazaron los planes de confederación y optaron por formar su propio Estado de Cundinamarca, que cayó bajo la «autoridad semidictatorial» de Antonio Nariño.[73] En la vecina capitanía general de Venezuela, la Junta de Caracas se enfrentó a la resistencia de la ciudad de Coro, de simpatías realistas, donde el gobernador José Ceballos se negaba a aceptar su autoridad.[74] La junta denunció a Ceballos como agente enemigo y movilizó contra él a 4000 soldados, pero sufrió en Toro, a las afueras de Coro, una súbita derrota ante el contingente realista, mucho más reducido pero más inspirado, el 28 de noviembre de 1810. La derrota precipitó una crisis política en Caracas, donde se convocó un congreso especial para decidir el futuro gobierno.

Los debates políticos del congreso reflejaron la creciente pujanza de las voces radicales, como las de Francisco de Miranda y Simón Bolívar, que habían regresado después de intentar obtener, sin éxito, el reconocimiento y la ayuda de los británicos e insistían en romper todos los lazos con la Corona española.[75]

Aunque la Primera República de Venezuela se declaró el 5 de julio de 1811, su existencia fue breve. Un terremoto devastador que afectó a las provincias republicanas en marzo de 1812 mató a millares de personas y destruyó muchas de las infraestructuras existentes. Entonces, una contraofensiva realista dirigida por Domingo de Monteverde, a pesar de sufrir un revés en San Mateo (La Victoria, 20 y 29 de junio de 1812), obtuvo una notable victoria en Puerto Cabello el 30 y puso de nuevo la capital, Caracas, bajo control español. La decisión de Miranda de aceptar un acuerdo de capitulación el 25 de julio de 1812 conmocionó a sus correligionarios republicanos, entre ellos a Bolívar, quien, junto con otros oficiales, acusó a Miranda de traición y procedió a su arresto para luego entregarlo al Ejército español. Miranda, otrora gran campeón de la independencia de la colonia, pasó los últimos años de su vida en una prisión española.

Bolívar asumió el mando de las fuerzas venezolanas bajo la dirección del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. En el verano de 1813 inició su «Campaña Admirable» para liberar Venezuela del poder español. A últimos de mayo, sus unidades entraron en la ciudad de Mérida, donde fue proclamado el Libertador, sobrenombre por el que llegó a ser conocido por toda Sudamérica. Dos semanas más tarde se apoderó de Trujillo y el 15 de junio publicó su decreto, tristemente célebre, «Guerra a Muerte», en el que ordenaba la exterminación de todos los españoles que se negaran a cambiar de bando y no apoyaran la revolución. Esta medida brutal representaba un repudio deliberado de las reglas de la guerra en pos de un objetivo político concreto: crear divisiones en el enemigo realista. Produjo resultados a corto plazo, puesto que las fuerzas republicanas recuperaron Caracas y fundaron la Segunda República de Venezuela con Bolívar como jefe, pero los republicanos no lograron ganarse al campo, donde los realistas continuaban teniendo un apoyo considerable,

ni pudieron evitar el desembarco de refuerzos españoles en Puerto Cabello, que dio gran aliento a los efectivos realistas.

A pesar de sus victorias en Mosquiteros el 14 de octubre de 1813 y en Araure el 5 de diciembre, los republicanos padecían divisiones internas e intrigas que les impedían ofrecer un frente común. En 1814, el general realista José Tomás Boves encabezó una contraofensiva que asestó una aplastante derrota a Bolívar en La Puerta, el 15 de junio, y le concedió el control de gran parte de Venezuela. Destruida la Segunda República de Venezuela, Bolívar no tuvo más opción que escapar a Nueva Granada, donde intentó reagrupar a sus partidarios, aunque de nuevo se vio envuelto en luchas con rivales republicanos. Frustrado, huyó del país humillado y buscó refugio en Haití, donde fue bien recibido por Alexandre Pétion, presidente de la recién independizada república haitiana, que le prometió apoyo material y militar.[76] El regreso de Bolívar a Venezuela, en 1816, marcó el principio de una nueva fase en las guerras de independencia que se alargó casi una década.

Mientras las revoluciones sacudían Nueva Granada, Nueva España y el Río de la Plata, el virreinato del Perú continuaba firmemente asentado en el bando realista. El virrey del Perú, José Fernando de Abascal y Sousa, era un gestor de talento que tuvo un papel crucial en la organización de los contingentes que sometieron las rebeliones en el Alto Perú y que lograron frenar las aspiraciones de la junta argentina. Sin embargo, no fue capaz de evitar la extensión del movimiento de las juntas dentro del virreinato. La capitanía general de Chile, región autónoma desde 1778, fue testigo del establecimiento de una junta en Santiago en septiembre de 1810. Esta prometió fidelidad a Fernando VII, pero también proclamó a Chile república autónoma en el seno de la Monarquía española y organizó después el primer Congreso Nacional de Chile, en 1811. Para entonces, los patriotas más radicales ya habían reclamado la completa independencia de Es-

paña y organizado un golpe que encabezaron José Miguel Carrera (veterano de las campañas de la península ibérica recién retornado) y sus dos hermanos, Juan José y Luis. De todos modos, el sector partidario de la independencia estaba profundamente dividido por la pugna personal entre varias figuras y sus redes clientelares. A primeros de 1813, el virrey Abascal trató de restablecer la autoridad realista en Chile con el envío de unos 6000 soldados a Santiago mandados por Antonio Pareja. En la campaña subsiguiente, Carrera fue superado por su contrincante realista en la conducción de las operaciones y en el campo de batalla, lo que provocó su destitución.

Los criollos chilenos se agruparon entonces bajo el liderazgo de Bernardo O'Higgins, prominente criollo de ancestros españoles e irlandeses, que combatió a los realistas hasta que se llegó a un punto muerto en las operaciones y se negoció el Tratado de Lircay, que, aunque puso fin a las hostilidades, también reafirmaba la continuidad de Chile en el seno de la Monarquía española. Los hermanos Carrera y sus partidarios, escandalizados por esta concesión, rechazaron el tratado y desafiaron la autoridad de O'Higgins. Los patriotas se precipitaron a una lucha civil que solo detuvo la noticia de una ofensiva realista en el otoño de 1814. Aunque Carrera y O'Higgins se comprometieron a unir sus fuerzas contra el enemigo común, sus diferencias entregaron la victoria a los realistas en Rancagua el 2 de octubre de 1814.

Esta última batalla fue una derrota aplastante de los patriotas. De los alrededor de 1700 efectivos de O'Higgins, 600 murieron, 300 resultaron heridos y 400 cayeron prisioneros. Ante la entrada de los realistas en Santiago, O'Higgins y las pocas tropas que le quedaban no tuvieron más remedio que escapar, a través de los Andes, a las Provincias Unidas del Río de la Plata, donde fueron bienvenidos por José de San Martín, entonces nuevo gobernador de la provincia de Cuyo. San Martín, veterano de las campañas en la península ibérica contra los franceses, había partido de Es-

paña al recibir noticia de la conmoción política en Sudamérica en 1812. Después de incorporarse a las fuerzas patriotas, se distinguió en la formación de un regimiento de granaderos a caballo, cuya excelente disciplina y entrenamiento hicieron de él una de las mejores unidades de Sudamérica. Nombrado gobernador de Cuyo, reorganizó los efectivos de la provincia e impuso en esta una economía de guerra con racionamientos, préstamos forzosos y trabajos forzados. Cuando los patriotas chilenos le imploraron ayuda, San Martín propuso un ambicioso plan para ganar la guerra. En lugar de usar la ruta habitual por el Alto Perú, sugirió encaminar el ataque a través de los pasos nevados de la cordillera andina. Durante los dos años siguientes, con el apoyo político y material de Juan Martín de Pueyrredón, director supremo de las Provincias Unidas, San Martín puso las bases para la posterior reconquista de Chile.

CAPÍTULO 21 | El punto de inflexión, 1812

Al dar inicio la segunda década del siglo XIX, Napoleón había conseguido lo que nadie en mil años: la supremacía sobre toda la Europa continental. En número de miles de kilómetros cuadrados controlados por los franceses, el año de 1810 marcó la cúspide del imperio napoleónico. Después de la derrota de Austria el año anterior, Napoleón amplió su poder hacia el sur por la costa adriática y, como su hermano Luis se había demostrado más preocupado por los intereses holandeses que por los franceses, el emperador integró el reino holandés directamente en el Imperio francés. La propia Francia, contando sus nuevas ampliaciones por la costa del mar del Norte, consistía entonces en 130 departamentos (en lugar de los 83 originales) y su autoridad imperial se extendía por un área inmensa –desde las costas bálticas de la península danesa hasta la línea costera del Adriático en Italia y Dalmacia, desde Andalucía, en España, hasta las fronteras imperiales rusas–. Napoleón no tenía prácticamente oposición en el continente.

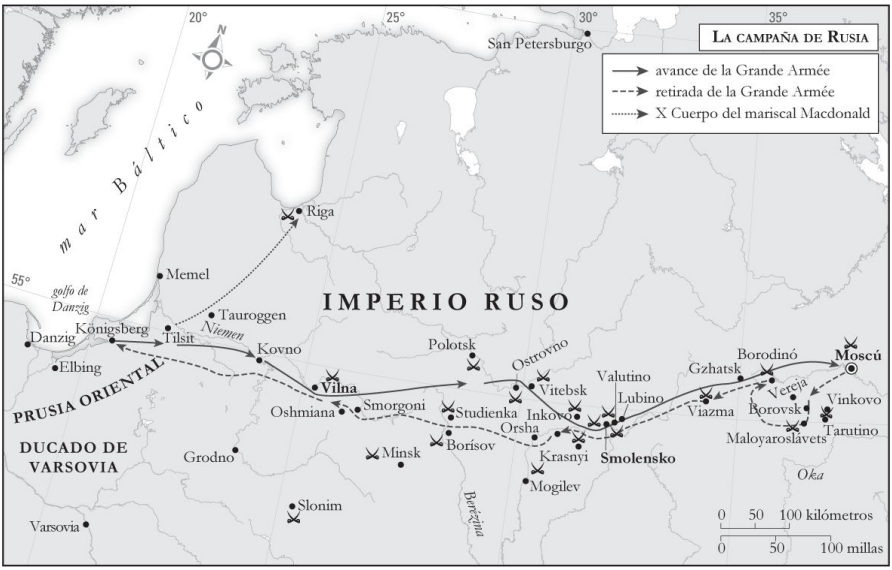
Sin embargo, bajo la aparente fuerza y estabilidad del imperio se escondían varias señales de alarma. La caída de las islas Mascareñas y de Java en 1811 dejó a Napoleón sin sus últimas colonias en ultramar. La victoria británica fue tan completa que, de hecho, puso fin a más de doscientos años de rivalidad imperial europea en los mares de Asia. Gran Bretaña también disfrutaba, co-

mo ya hemos visto, de una posición ascendiente en Irán y Arabia y su Royal Navy controlaba los mares. La situación era igual de calamitosa para los intereses franceses en el hemisferio occidental, donde Napoleón ya no tenía presencia alguna: el Territorio de Luisiana se había convertido en una posesión estadounidense, Haití era independiente, el resto de las islas francesas del Caribe había sido tomado por los británicos y la América española, que Napoleón había soñado dominar, se precipitaba con rapidez hacia enfrentamientos civiles.

Surge, pues, la pregunta: ¿habría podido Napoleón sostener su autoridad en Europa de haber sido distinto el resultado de las Guerras Napoleónicas, si se tiene en cuenta la citada evolución de la situación a escala global? Francia había perdido una contienda global y ya solo podía aspirar a ganar otra regional. De todos modos, Napoleón se enfrentaba a problemas considerables incluso en Europa. El maltrato que dispensó al papa le granjeó la enemistad de muchos católicos. La guerra de España seguía drenando recursos financieros y humanos sin avances tangibles. El Imperio otomano, cansado de guerras, continuaba siendo un aliado formal de Napoleón, aunque cada vez se distanciaba más de Francia. El Sistema Continental había creado un resentimiento generalizado hasta en la propia Francia, donde la crisis económica de 1810-1811 reveló señales de descontento entre la burguesía, hasta entonces el principal apoyo de Napoleón. El modelo francés de gobierno y administración tal vez podía haber perdurado por su eficacia y uniformidad, pero no resultaba atractivo para la gente común, igual del campo que de la ciudad, por el aumento de la presión fiscal, el reclutamiento forzoso y las eficientes fuerzas de policía que llevaba aparejados. Las reformas, por ilustradas y progresistas que fueran, perdían buena parte de su atractivo cuando venían de alguien que blandía un arma.

De hecho, el poder imperial francés había despertado el espíritu nacional en Italia, Holanda y los Estados alemanes, donde

la ocupación despertó la reacción patriótica de las élites educadas y finalmente del pueblo. Los sentimientos nacionales hervían en Prusia, donde prominentes escritores y filósofos alemanes que ahora cargaban contra Napoleón dedicaban sus grandes talentos a la propaganda nacionalista y a estimular un nuevo sentimiento de libertad.[1] Las derrotas militares anteriores y la profunda vergüenza y humillación consiguientes ayudaron a cambiar el propio carácter del pensamiento ilustrado alemán y lo dotaron de unos caracteres románticos y nacionalistas a costa de su anterior cosmopolitismo y racionalismo. Los líderes políticos alemanes y austriacos promovieron este espíritu nacional como un arma contra el imperialismo napoleónico. Las reformas prusianas aprovecharon la marejada de sentimientos patrióticos para reforzar al Estado, y la Monarquía de los Habsburgo aprobó una campaña de propaganda nacional.[2] De modo análogo, escritores y pensadores italianos, incluso aquellos que habían recibido de manera positiva a los franceses en 1796-1797, se fueron desencantando con Napoleón y entablaron una feroz polémica, en prosa y verso, cuya llamada a la unificación de Italia resonó a lo largo de una generación.[3]



La decisión de Napoleón de invadir Rusia en el verano de 1812 fue su mayor esfuerzo para sostener el Imperio francés en Europa. Llevó a una conflagración de una escala colosal y produjo resultados diametralmente opuestos a los que el emperador galo deseaba alcanzar. Los seis meses que duró la campaña proporcionaron numerosos episodios de victorias y penalidades, de valor trascendental y de depravación gratuita, pero también ofrecieron muchas lecciones militares. Por la grandeza de su concepción, de su ejecución y de su fin abismal, esta contienda no tuvo igual hasta la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941.

El conflicto entre Rusia y Francia empezó sin declaraciones de guerra formales, aunque no fue una sorpresa para sus contemporáneos. Las relaciones entre los dos imperios se habían tensionado cada vez más entre 1808 y 1811.[4] El Sistema Continental de Napoleón, al que Alejandro había accedido a incorporarse según las condiciones de Tilsit, se demostró en extremo negativo para la economía rusa. Rusia aún era un imperio fundamentalmente agrario y muy dependiente de la exportación de algunas materias primas. El número de instalaciones manufactureras crecía gradualmente, pero, en comparación con Gran Bretaña o Francia, la base industrial de Rusia estaba muy atrasada. Para exportar los recursos, dependía más de los buques mercantes extranjeros que de su propia marina mercante y Gran Bretaña era su socio comercial principal. Por ello, la desaparición del comercio con Gran Bretaña a causa del Sistema Continental provocó severas penurias y no fue posible hallar otro cliente con una capacidad de compra similar. En 1802, durante la Paz de Amiens, de los 986 buques mercantes que llegaron a los puertos rusos de San Petersburgo y Kronstadt, 477 eran británicos y solo 5 franceses.[5]

Los efectos negativos del Sistema Continental se agravaron al estallar las guerras con Suecia y con los otomanos, que redujeron

todavía más el número de los socios comerciales de Rusia. Los puertos rusos se fueron llenando de materias primas (grano, trigo, sebo, lino, madera, cuero, ganado, hierro, etc.) que no lograban venderse. Los precios de las exportaciones se hundieron, a la par que se disparaban los de las importaciones.[6] La frustración rusa por el Sistema Continental llegó al máximo en 1810, un año en que Gran Bretaña sufrió una mala cosecha mientras que la de Rusia fue abundante. Napoleón permitió (y gravó fuertemente) la exportación de grano a Gran Bretaña desde puertos bajo control francés, pero no autorizó a Rusia a vender nada de su cosecha a los británicos, a pesar de que tenía los precios más baratos del continente. Obviamente, los terratenientes rusos echaban chispas ante aquella situación.

En 1807, los comerciantes franceses habían albergado hondas esperanzas en ocupar el lugar de sus rivales británicos en el mercado ruso. Tres años después, la cruda realidad era que su presencia allí cada vez era más limitada. Por culpa del conflicto en curso con los británicos, no podían mantener un tráfico marítimo directo con Rusia, donde en 1808 no llegó ni un solo barco francés. La única alternativa que quedaba era emplear rutas terrestres, pero el transporte de mercancías por Europa central y oriental era notablemente más lento y costoso, lo que reducía los beneficios. La crisis creciente de la economía rusa se veía con gran preocupación en Francia, puesto que muchas de sus propias industrias abastecían al mercado ruso. Por ejemplo, poco después de la implantación del Sistema Continental, la Cámara de Comercio de Lyon advirtió a Napoleón de que la industria gala de la seda estaba a punto de quedar devastada por la pérdida del mercado ruso. Además de la dificultad que imponían las enormes distancias, las relaciones comerciales franco-rusas también se vieron entorpecidas por la escasez de crédito y por la rápida depreciación de la moneda rusa.[7] El fin de la relación comercial con Gran Bretaña no pudo llegar en un momento peor para Ru-

sia: su economía ya estaba lastrada por una cuantiosa deuda externa y por el déficit de las cuentas públicas, que ya ascendía a alrededor de 7 millones de rublos en 1809 y que alcanzó los 143 millones en 1809.[8] Esto contribuyó al hundimiento del valor del rublo impreso, agravado por el intento del Gobierno de cubrir el creciente déficit con la impresión de más moneda.[9] En consecuencia, el valor del rublo en papel cayó de 67 kopeks de plata en junio de 1807 a solo 25 kopeks en diciembre de 1810, lo que tuvo un efecto dramático en los costes asociados al mantenimiento de tropas en regiones muy distantes del imperio y los derivados de librar guerras en varios frentes. En 1812, el estado de la economía rusa era calamitoso y el valor de los ingresos estatales se había reducido a dos tercios del anterior a Tilsit.[10]

A partir de 1810, el Gobierno ruso tomó medidas para la estabilización de la economía. Redujo la impresión de papel moneda, subió los impuestos, recortó gastos y restringió la importación de los artículos de lujo por medio de tasas prohibitivas. Alejandro accedió a gravar esos últimos artículos (que eran sobre todo franceses) y a relajar las restricciones impuestas a los buques con bandera neutral sin que importara la procedencia de las mercancías que transportaran. Al ver cómo remontaba la actividad en los puertos rusos, Napoleón estalló: «[…] las banderas española, portuguesa, estadounidense, sueca e incluso francesa sirven para ocultar el comercio inglés. Todos estos buques son ingleses; van cargados para el comercio inglés y con mercancías inglesas». Pensaba que, si Rusia tomaba medidas serias para acabar con esos intercambios, Gran Bretaña podría ser doblegada en el plazo de un año.[11] En lugar de ello, los nuevos decretos que Alejandro aprobó en 1811 sacaron a Rusia del Sistema Continental.

Polonia era uno de los puntos de fricción cruciales entre ambos líderes. La creación por Napoleón del Gran Ducado de Varsovia, «una astilla en el cuerpo de Rusia» en palabras del emperador Alejandro, despertó los temores rusos hacia una eventual re-

constitución completa de los territorios y la identidad nacional polacos. Napoleón hizo oídos sordos a las peticiones rusas de que se garantizara por escrito que Polonia no sería nunca restablecida. Pensaba que el Gran Ducado de Varsovia debía perdurar como barrera estratégica contra Rusia: «Los intereses de Francia, los de Alemania y los de Europa lo requieren; la política lo ordena [...] y el honor lo exige».[12] Los intereses franco-rusos también chocaron en torno al futuro del Imperio otomano; el anhelo de Alejandro de conseguir los Dardanelos parecía un movimiento que Napoleón –temeroso de la interferencia rusa en el Mediterráneo– estaba decidido a bloquear. Rusia y Francia tampoco pudieron ponerse de acuerdo en una partición ocasional de los Balcanes. Además, la reorganización napoleónica de la Confederación del Rin afectó a uno de los intereses básicos de Rusia en Europa. La casa imperial rusa tenía viejas conexiones familiares con príncipes soberanos alemanes, algunos de los cuales vieron afectado su estatus por Napoleón. El propio cuñado de Napoleón perdió el suyo cuando este anexionó el Ducado de Oldemburgo a Francia en 1810, decisión que Alejandro recibió como un insulto deliberado, aunque la razón auténtica había sido la violación de los artículos del Sistema Continental por el duque, que había permitido la entrada de los productos británicos a su ducado mediante el contrabando.[13]

Al concluir la primera década del siglo XIX, estaba claro que el acuerdo político alcanzado en Tilsit era ya papel mojado y que pronto las llamas de una nueva guerra cubrirían Europa. El *Informe sobre los asuntos continentales* (1810) del ministro de Exteriores francés, Jean-Baptiste de Nompère de Champagny, sostenía que la alianza con Rusia había cumplido su propósito y que Francia debía volver a sus tradicionales lazos con el Imperio otomano, Suecia y Polonia para contener al «coloso imperial ruso».[14] Alejandro y sus consejeros también habían llegado a la conclusión de que la contienda con Francia era inminente y, por ello, trata-

ron de instigar a Berlín y a Viena a que se volvieran contra Napoleón. Sin embargo, la presencia francesa en los Estados alemanes y la derrota de Austria en 1809 no dejaron a estos países más opción que el sometimiento al emperador galo.[15] Según un tratado firmado el 24 de febrero de 1812, Prusia concedía paso libre por su territorio a las unidades francesas y aliadas y se comprometía a aportar 20 000 soldados para una posible campaña contra Rusia –además, Prusia también debía proporcionar al Ejército francés los suministros que necesitara–.[16]

Francia negoció asimismo una alianza con Austria. Después de haber sufrido cuatro derrotas a manos de Napoleón en los quince años previos, Austria no estaba especialmente interesada en desafiar a Francia, además de que aún tenía fresco el recuerdo del apoyo ruso a Francia contra ella en 1809. En 1810-1812, Napoleón se propuso acercar Austria a Francia. Su matrimonio con la archiduquesa María Luisa fue el primer paso en esta dirección, seguido de propuestas para convencer al emperador austriaco, Francisco I, de que aceptara una alianza. El ministro de Exteriores austriaco, Metternich, aprovechó esta oportunidad para adoptar, por razones pragmáticas, una política más conciliatoria y mantener buenas relaciones con Francia –siempre y cuando Napoleón mantuviera una posición de superioridad–. En el nuevo Tratado de París (14 de marzo de 1812), Francia y Austria se prometieron apoyo recíproco y la segunda accedió a formar un cuerpo auxiliar de 30 000 hombres al mando de Karl Philipp, príncipe de Schwarzenberg, que se pondría bajo la autoridad suprema de Napoleón en caso de guerra contra Rusia. Austria, sin embargo, jugaba a dos bandas. Un mes después, Metternich le garantizaba al emperador ruso que Austria no se conduciría, en caso de conflicto, de forma agresiva.[17]

A pesar de que la estrategia general de Napoleón en caso de guerra con Rusia siempre contaba con emplear a Suecia y al Imperio otomano para formar sus flancos más lejanos, no consiguió

influir sobre ninguna de estas dos potencias. Suecia, aunque gobernada por un antiguo mariscal de Francia, Bernadotte, selló una alianza con Rusia en abril de 1812. Según las condiciones del Tratado de San Petersburgo, las dos naciones se comprometían a «asegurar la seguridad de sus posesiones y la independencia del Norte, que estaban amenazadas por igual por los ambiciosos y predatorios planes de Francia». San Petersburgo y Estocolmo acordaron crear una fuerza combinada para desembarcar en la Pomerania sueca, de la que Francia se había apoderado, y Rusia accedió a ayudar a Suecia para la anexión de Noruega, bien mediante negociaciones con Dinamarca o bien proporcionando ayuda militar.[18] El tratado también tenía consecuencias inmediatas, ya que aseguraba las fronteras septentrionales de Rusia y le permitía disponer de efectivos desplegados entonces en Finlandia. En cuanto a los otomanos, su alianza tradicional con Francia los convertía en aliados de Napoleón, pero la guerra de seis años con Rusia había sido desastrosa. Sus contingentes habían sido derrotados y el Tesoro estaba exhausto. Como hemos indicado, Rusia obtuvo un notable éxito diplomático en mayo de 1812, cuando los turcos accedieron a la firma del Tratado de Bucarest. Rusia se vio en ese momento obligada a entregar la mayor parte de sus conquistas en los principados del Danubio, aunque conservó Besarabia y Georgia occidental. Además, logró algo todavía más importante: que todo su Ejército del Danubio quedara libre para participar en las operaciones contra Napoleón.[19]

Entre la primavera de 1810 y el verano de 1812, Napoleón acometió preparativos bélicos a una escala mayor que en cualquier ocasión anterior. Está muy extendida la creencia de que subestimó las dificultades a las que se iba a enfrentar. En realidad, estaba perfectamente al tanto de los retos que le aguardaban en Rusia, de lo que da prueba la amplia variedad de asuntos tratados en su correspondencia durante este periodo. Además de estudiar

la historia y la geografía de Rusia, sus campañas anteriores en Polonia le habían proporcionado experiencia personal en la gestión de la guerra en áreas poco pobladas, carentes de provisiones y de buenas carreteras.[20] El emperador avisó de que la contienda en Rusia «no se asemejaría en modo alguno a la de Austria; sin medios de transporte, todo [nuestro esfuerzo] sería inútil —y concluía—: no podemos esperar nada del país y, por tanto, debemos llevarlo todo con nosotros».[21] Se ordenaron nuevas levas de reclutas y se reforzaron las guarniciones francesas en el norte de Alemania, en especial las de Danzig y Hamburgo.[22] Napoleón coordinó entonces la organización y el redespliegue de los doce cuerpos de ejército que formarían su nueva Grande Armée, para lo que supervisó meticulosamente los movimientos y el equipamiento de decenas de miles de soldados y el establecimiento de un numeroso conjunto de depósitos de munición en su apoyo. El valle del río Vístula se convirtió en la base logística de la Grande Armée. Se instalaron depósitos de provisiones y munición en Danzig, Glogau, Küstrin, Stettin (actual Szczecin), Varsovia, Modlin, Thorn y Marienburgo. También se formaron enormes trenes de suministros que debían ser capaces de transportar provisiones equivalentes a lo que el ejército de invasión consumiría en cuarenta días.[23]

Después de que, a finales de 1811, los rusos obtuvieran una victoria decisiva sobre los rusos en Ruse y obligaran al sultán a firmar un armisticio, Napoleón aceleró sus labores de preparación. En la primavera de 1812, la Grande Armée, con alrededor de 600 000 hombres, 1372 cañones y 180 000 caballos, ya estaba reunida en el norte de Alemania y el Gran Ducado de Varsovia.[24] Aproximadamente la mitad de sus efectivos eran tropas de los aliados de Napoleón, incluyendo Austria, Prusia, Sajonia, España, Baviera, Polonia e Italia. El ejército estaba dividido en tres contingentes principales desplegados en un área que iba desde Tilsit a Lublin. El centro y el ala derecha permanecieron bajo el

mando directo del emperador, quien, a pesar de la inmensidad del teatro de operaciones –sus fuerzas estaban dispersas a lo largo de un frente de unos 400 kilómetros–, se mantuvo fiel a su principio de unidad del mando. Rusia movilizó alrededor de 650 000 hombres en 1812, pero estaban dispersos por Moldavia, Crimea, el Cáucaso, Finlandia y otras regiones, de modo que en las provincias occidentales solo quedaban 250 000 hombres con algo más de 900 cañones para repeler la invasión de Napoleón. Estas unidades se organizaron en tres ejércitos principales y varios cuerpos de ejército separados. Mijaíl Barclay de Tolly comandaba el Primer Ejército Occidental y el príncipe Piotr Bagratión estuvo al frente del Segundo Ejército Occidental.

El 23 y 24 de junio la Grande Armée cruzó el río Niemen. Napoleón, consciente de las dimensiones del Imperio ruso, planeaba entablar combate con los rusos en cuanto hubiera oportunidad y estaba totalmente convencido de que podría conseguir la victoria en un plazo de tres semanas si libraba batallas decisivas en las regiones fronterizas. Su primer intento después de cruzar el Niemen fue envolver al enemigo con una amplia maniobra de flanqueo a través de Vilna.[25] Si se ejecutaba de forma satisfactoria, esta operación habría derrotado a los contingentes rusos. Sin embargo, ni el avance de Napoleón a Vilna para envolver al Primer Ejército Occidental ni el esfuerzo de su hermano Jerónimo para tratar de inmovilizar al Segundo Ejército Occidental tuvieron éxito. El 28 de junio, Napoleón llegó a Vilna, donde los habitantes polacos lo aclamaron a su llegada. Sin embargo, no se engañaba. La maniobra de Vilna fue la primera gran operación de la guerra de Napoleón y acabó en un fracaso que marcó la tónica de los dos meses y medio siguientes. Los ejércitos Primero y Segundo evitaron todo enfrentamiento directo con las superiores fuerzas enemigas e iniciaron una retirada ininterrumpida que acabó por llevarlos a las puertas de Smolensko. Los rusos, en su retroceso, adoptaron una estrategia de tierra quemada y destru-

yeron pertrechos y provisiones para evitar que cayeran en poder del enemigo. El calor sofocante y las lluvias torrenciales dificultaron aún más los planes de Napoleón y provocaron un número de bajas en la Grande Armée inesperadamente elevado. Al empezar el mes de julio, cientos de cadáveres de animales en descomposición atestaban la carretera de Kovno a Vilna.

Los acontecimientos en torno a Vilna mostraron hasta qué punto el inmenso tamaño de la Grande Armée lastraba la capacidad de los mandos para enfrentarse con rapidez a los problemas. El espectacular aumento del tamaño de las unidades creó un ingente número de plazas de oficiales y suboficiales que se rellenaron con candidatos poco idóneos. Apenas ocho días después de iniciar la campaña, el propio Napoleón se quejaba de sus oficiales de estado mayor y de que «nada se lleva a término».[26] En efecto, los informes y la correspondencia internos revelan que el cuartel general de Napoleón estaba operando a ciegas. A pesar de disponer de un experimentado servicio de inteligencia militar y de una potente fuerza de caballería, el cuartel general francés tenía un conocimiento bastante limitado de la localización del enemigo y prácticamente nulo acerca de sus intenciones. Incluso tareas sencillas como la identificación de los pueblos y las rutas se volvieron difíciles, lo que provocó la queja del mariscal Berthier: «[…] los mapas que usamos actualmente no tienen bastante detalle y no sabemos realmente donde están situadas las unidades».[27] Un día después fue Napoleón quien se lamentaba: «[…] nuestros mapas son tan deficientes que prácticamente son inservibles».[28]

Todavía más preocupantes fueron los problemas logísticos. Casi desde el momento en que la Grande Armée pisó suelo ruso, empezó a toparse con problemas que obstaculizaban las operaciones. En las campañas previas, las tropas de Napoleón habitualmente se habían dispersado para subsistir de los territorios que ocupaban y, a menudo, seguían moviéndose para evitar que los recursos de cada región se agotaran por completo. Esta campaña

no tenía que haber sido una excepción a esta costumbre e incluso el propio calendario de la invasión nos señala que Napoleón trató de aprovechar al máximo el ciclo de la cosecha. El final del verano le habría proporcionado abundante heno y avena para reabastecer las reservas. Las campañas anteriores de Napoleón se habían desarrollado en regiones de Europa central densamente pobladas y con un alto desarrollo, lugares donde la revolución agrícola y una tupida red de excelentes carreteras (en muchos casos, calzadas pavimentadas) habían creado un entorno favorable para el estilo de guerra de movimientos que Napoleón prefería. En comparación, las provincias occidentales de Rusia se contaban entre las regiones más subdesarrolladas de Europa. Napoleón y sus comandantes no tardaron en darse cuenta de que, en la mayoría de las ocasiones, los pesados carromatos de cuatro caballos no podían, por causa del peso y del estado de las carreteras (en especial después de lluvias intensas), usarse en Rusia y fue necesario cambiarlos por carretas más pequeñas requisadas a los habitantes del país. Algo que provocó retrasos y desorden. Así pues, durante las primeras semanas de conflicto, los soldados de Napoleón no se vieron tan afectados por la falta de suministros como por la incapacidad de conseguir que estos les llegaran a tiempo.

El primer mes de la guerra también tuvo resultados desiguales para los rusos. En el frente diplomático, además de cerrar tratados con Suecia y el Imperio otomano, llegaron a un acuerdo con Gran Bretaña. Los Tratados de Örebro, firmados entre Rusia, Suecia y Gran Bretaña el 18 de julio de 1812, pusieron fin a los enfrentamientos en que estas naciones habían estado enzarzadas y sentaron las bases para la creación de la Sexta Coalición que lucharía contra Napoleón en 1813-1814.[29] Dos días después, con el Tratado de Velíkiye Luki, Rusia se convirtió en la primera gran potencia en reconocer oficialmente a los representantes de las Cortes españolas, que libraban una sangrienta guerra de gue-

rrillas contra Napoleón. Ambas partes convinieron coordinar esfuerzos contra Francia.[30]

Sin embargo, por cruciales que fueran estos éxitos diplomáticos, no lograron proporcionar lo que Rusia más necesitaba: apoyo militar inmediato contra la Grande Armée invasora. Suecia prefería esperar al resultado de la guerra antes de enfrentarse abiertamente a Napoleón.[31] La posición británica era más compleja. Aunque la historiografía ha prestado mucha atención a los envíos británicos de armas, la realidad es que, a pesar de las promesas de proporcionar 150 000 mosquetes, la cantidad que se llegó a entregar hasta el final de la contienda no llegó a un tercio de estos. Además, Gran Bretaña vendió, a precios inflados, armamento envejecido que además se descubrió de mayor calibre que la munición empleada entonces por los rusos.[32] Esto obligó a modificar las armas recibidas en los arsenales rusos con un coste adicional.[33] Gran Bretaña tampoco quiso aportar subsidios para aliviar los gastos militares rusos. Castlereagh informó al enviado ruso de que la guerra había esquilmado las finanzas británicas.[34] La posición financiera de Gran Bretaña, en efecto, estaba debilitada por los efectos del Sistema Continental, por la mala cosecha de 1810-1811 (que contribuyó a desórdenes populares en Midlands y en el norte de Inglaterra) y por el estallido de motines luditas a gran escala contra la nueva tecnología industrial.[35] Además, los británicos no estaban completamente convencidos de que Rusia fuera a ser capaz de resistir a Napoleón y les preocupaba que el emperador Alejandro pudiera verse forzado a aceptar otro acuerdo similar al de Tilsit. Por ello, el planteamiento había sido que, si Rusia entraba en guerra con Francia, ellos estarían listos para ayudar siempre que pudieran, aunque sin prestar asistencia directa e inmediata. Los dirigentes británicos estaban convencidos de que su principal esfuerzo bélico debía centrarse en la península ibérica, donde podían hacer más para socavar el es-

fuerzo militar francés y también, indirectamente, ayudar a Rusia.

Los rusos, al reunirse sus ejércitos en Smolensko, se enfrentaron a una crisis en el mando derivada de la discordia entre la vieja aristocracia rusa y los oficiales nacidos en el extranjero, que habían ido ganando influencia en la corte y en los cuarteles generales. La causa concreta de fricción radicó en las visiones estratégicas enfrentadas de los dos oficiales principales que representaban a los grupos en liza. Barclay de Tolly, comandante en jefe formal, estaba rodeado por un grupo de oficiales (muchos de ellos de ascendencia alemana) que apoyaba la estrategia defensiva y llamaba a continuar la retirada para debilitar a Napoleón. Ante ellos se situaba el «partido ruso», mucho más numeroso y encabezado por el príncipe Bagratión (georgiano de nacimiento), que clamaba por una contraofensiva inmediata. La aversión hacia Barclay era tan fuerte entre los oficiales de alta graduación que pidieron su reemplazo por Bagratión en el mando supremo; algunos incluso animaron a Bagratión a que sustituyera a Barclay por la fuerza.

Barclay se plegó a la presión y accedió a lanzar un ataque en Smolensko. El objetivo era romper el centro francés y destruir después los cuerpos restantes del enemigo por separado. Sin embargo, por diferencias entre los comandantes –agravadas por la indecisión de Barclay de Tolly–, se perdió un tiempo precioso en maniobras fútiles y Napoleón pudo adivinar las intenciones rusas y tomar la iniciativa. Napoleón, con una maniobra que volvió a poner en evidencia su habilidad operacional, pasó más de 100 000 soldados a la otra orilla del río Dniéper y, flanqueando a las unidades rusas, avanzó con rapidez hacia Smolensko. Sin embargo, la decidida resistencia de una pequeña retaguardia rusa en Krasni (el 14 de agosto) interrumpió el movimiento francés y permitió a los rusos preparar Smolensko para la defensa. Los días 15 y 16 de agosto, los rusos repelieron los asaltos enemigos

contra Smolensko, pero se vieron obligados a abandonar la ciudad y continuar la retirada hacia el este, en dirección a Moscú.

Napoleón estuvo varios días en Smolensko sin poder esconder su frustración. En las cinco semanas transcurridas desde que cruzara el Niemen, no había logrado que el enemigo diera batalla y solo había logrado ocupar unas pocas ciudades y pueblos. El sistema de suministro ya había empezado a desmoronarse. La falta de provisiones causaba un desorden notable en el ejército y bandas de merodeadores que habían abandonado sus unidades vagaban por el campo. La escasez de agua potable durante la parte central del verano obligó a los hombres de Napoleón a consumir agua sucia de arroyos y lagos pantanosos, lo que, obviamente, provocó brotes de disentería y otras enfermedades que afectaron a decenas de miles de soldados.[36] Un médico de Wurtemberg se lamentaba:

> [la diarrea] asumió tal virulencia que era imposible garantizar el servicio normal [de los soldados], no digamos ya cualquier tipo de ejercicio de instrucción. Las casas estaban todas llenas de hombres enfermos, y en el propio campamento había tales carreras continuas de aquí para allí, detrás del frente, que parecía que se habían administrado purgantes a regimientos completos.[37]

La tasa de bajas por malnutrición, enfermedad y otros factores era extraordinariamente alta y algunas unidades ya habían perdido hasta la mitad de sus efectivos.[38]

Napoleón pareció dudar de su siguiente paso. Podía detener la operación y reagruparse. Ya había valorado esta posibilidad en Vilna; le había manifestado a uno de sus oficiales que su intención era avanzar hasta Smolensko y luego regresar a Vilna para establecer allí los cuarteles de invierno, más cerca de la frontera. Sin embargo, aquel plan había dado por descontado que, en la fecha en que se hallaba ahora, los rusos ya habrían sido derrotados. En cambio, Napoleón no había logrado prácticamente nada, en este sentido, después de dos meses de campaña. Además, habían surgido varios factores inesperados que complicaban las circunstancias. En un principio había calculado que las unidades ru-

sas situadas en los flancos acompañarían los movimientos de los ejércitos principales del centro, pero el Tercer Ejército Occidental del general Aleksandr Tormásov no se había retirado e incluso había obtenido una gran victoria ante Schwarzenberg en el sur, mientras que el general Peter Wittgenstein resistía a los mariscales Oudinot y Saint-Cyr. Además, la firma de la paz entre Rusia y el Imperio otomano dejaba libre al Ejército del Danubio del almirante Pável Vasílievich Chichágov, que, claramente, tenía la intención de ascender desde los principados danubianos y amenazar el ala derecha de la Grande Armée. Las negociaciones ruso-suecas prometían algo similar en el norte, donde el cuerpo franco-prusiano ya se había estancado cerca de Riga. Las batallas y la consunción estratégica habían reducido los efectivos del grupo de efectivos centrales a menos de 180 000 hombres.

Aparte de los asuntos logísticos y operacionales, Napoleón también tenía que sopesar el factor político de la guerra. Él no era solo el comandante en jefe, también era un jefe de Estado que regía un vasto imperio. En su mente, las consideraciones políticas hacían impensable cualquier movimiento retrógrado, que hubiera sido interpretado en Europa como un fracaso y podría amenazar la autoridad francesa. Para Napoleón, la única alternativa era continuar el avance con la esperanza de obligar a los rusos a aceptar una batalla decisiva que le permitiera dictar las condiciones de la paz. Con al menos dos meses todavía de buen tiempo por delante, pensaba que podría logarlo.

La rendición de Smolensko provocó una oleada de indignación en el Ejército ruso y en el conjunto de la sociedad y empujó al emperador Alejandro a reemplazar a Barclay de Tolly por el general Mijaíl Kutúzov, que había comandado a las fuerzas rusas en Austerlitz siete años antes. Tras asumir el mando a finales de agosto, Kutúzov retiró los contingentes rusos todavía más al este y tomó posiciones cerca de Borodinó, a unos 100 kilómetros al

oeste de Moscú. Allí, el 7 de septiembre, Napoleón tuvo por fin la batalla decisiva que había buscado tanto tiempo.

Borodinó no fue Austerlitz ni Wagram. Ambos bandos, en un salvaje y sangriento combate en el que participaron casi 300 000 hombres, dieron muestra de gran valor y tenacidad, pero sufrieron pérdidas horrendas –más de 35 000 franceses y 45 000 rusos resultaron muertos o heridos en las doce horas de lucha–.[39] La batalla no produjo resultados decisivos en el plano militar ni en el político. El emperador ruso mantuvo incólume su determinación de combatir y su ejército no se desmoronó, por lo que emprendió una retirada ordenada hacia Moscú, ciudad que Napoleón esperaba que los rusos defendieran. Moscú era la ciudad más grande de Rusia, antes había sido la capital y era la propia representación de todo el país, el cual había sido llamado «Moscovia» por los europeos durante largo tiempo.[40] Sin embargo, Napoleón se equivocaba acerca de las intenciones de los rusos. Estos tomaron una decisión sorprendente: ordenaron la evacuación de todos los habitantes de la ciudad, un cuarto de millón de personas –nunca se había intentado una evacuación de esas dimensiones desde el fin de la Edad Media–, y la abandonaron sin luchar. El 14 de septiembre, el emperador entraba a caballo por las calles desiertas de la gran ciudad, que pronto fue destruida por completo por las llamas. El incendio no fue, desde luego, una acción deliberada de Napoleón, que tenía todos los motivos posibles para preservar la urbe. Tampoco fue resultado de una planificación rusa premeditada, como se ha afirmado desde hace mucho: el fuego empezó mientras el Ejército ruso aún se estaba retirando de la ciudad y ningún jefe ruso habría aprobado una acción tan potencialmente catastrófica. La conflagración se debió a una combinación de factores. El gobernador de Moscú, Fiódor Rostopchín, contribuyó a ella al ordenar la destrucción de un depósito de provisiones y también con sus proclamas, que en las semanas previas habían impresionado la psique del pueblo mosco-

vita al animarlo a destruir las casas antes de que el enemigo las saqueara. La evacuación general de Moscú constituyó una acción sin precedentes por parte de las autoridades rusas: ninguna gran ciudad europea había sido jamás evacuada ante la llegada del enemigo. El ejército invasor empezó el expolio de la ciudad casi de inmediato y eso multiplicó las posibilidades de que el incendio estallara. Una vez que la chispa prendió, la combinación de la falta de lluvia y los fuertes vientos, junto con la carencia de equipo para apagar el fuego (ya que había sido evacuado), extendieron las llamas, que hallaron a su paso combustible abundante en los miles de edificios de madera. La feroz devastación de la capital rusa tuvo un profundo efecto en las tropas de la Grande Armée, que se vieron obligadas a alojarse entre las ruinas, sin provisiones ni refugio adecuados. La disciplina se relajó y muchos recurrieron al pillaje.[41]

Napoleón permaneció treinta y seis días en Moscú. Es imposible explicar, observó más tarde un general francés, «esta pertinacia en prolongar la estancia del ejército en el centro de Rusia, entre las ruinas de la antigua capital, excepto suponiendo que estaba prácticamente seguro de que la paz iba a alcanzarse con rapidez».[42] Abandonar Moscú y retirarse sin más equivalía, en opinión de Napoleón, a reconocer la derrota. Aunque lo cierto es que quedarse en la ciudad calcinada ofrecía unas expectativas muy poco prometedoras de terminar la guerra. La firma de un tratado de paz podría haber abierto una salida a aquella situación, pero las repetidas propuestas de Napoleón fueron rechazadas. Como muchos de sus contemporáneos, Napoleón había juzgado mal el carácter de Alejandro y pensaba que el emperador ruso carecía de fuerza de voluntad.[43] Alimentaba sus esperanzas de paz con los recuerdos de Tilsit y Érfurt y pensaba que los francófilos de la corte rusa empujarían a Alejandro en esa dirección.[44] Napoleón no lograba comprender hasta qué punto había cambiado su relación con Alejandro y los sentimientos de la so-

ciedad rusa. El zar era muy consciente del descontento generalizado que imperaba en Rusia por su supuesto servilismo hacia Napoleón. Unos sentimientos que se intensificaron todavía más por la continua retirada de los contingentes rusos y la pérdida de provincias. Apenas unos días después de la caída de Moscú, la gran duquesa Catalina advertía a su hermano de la exasperación del pueblo:

> El descontento es mayor que nunca y vuestra persona no se libra de él en absoluto. Si a mí me llegan estas noticias, podéis imaginaros las demás. Os acusan abiertamente de haber traído el desastre a vuestro imperio, de haber causado la ruina general e individual y, por último, de haber perdido el honor del país y el vuestro propio personal. […]. Dejo que seáis vos mismo quien juzgue el estado de las cosas en un país donde se desprecia a su jefe […][45]

Aunque lo hubiera deseado, Alejandro no podía ceder ante el hombre que había invadido y expoliado su reino: la opinión pública estaba en su contra y cualquier signo de debilidad por su parte podría haber tenido consecuencias trágicas. Un segundo Tilsit habría sellado el destino de su reinado y Alejandro era perfectamente consciente de qué ocurría con los monarcas impopulares en Rusia –los ochenta años previos habían sido testigos de varios golpes palaciegos y de asesinatos de soberanos reinantes, como el de su propio padre–.

Ante la falta de respuesta rusa a sus ofertas de paz, Napoleón no tuvo más remedio que abandonar Moscú. La repentina derrota de uno de sus cuerpos en el río Chernishnia el 18 de octubre, al norte de Tarutino, sacudió a Napoleón y le hizo comprender lo urgente que era abandonar las devastadas ruinas de Moscú antes de que llegara el invierno y los rusos se le echaran encima. Sus fuerzas habían menguado hasta solo 100 000 soldados, a los que acompañaban varios miles de civiles y rezagados y un enorme tren de bagaje cargado de botín. Un testigo comentó con posterioridad: «Todo aquel que no viera al ejército francés abandonar Moscú no puede tener más que una vaga idea del aspecto que debieron de tener los ejércitos de Grecia y Roma cuando re-

gresaban de Troya y Cartago».[46] La cantidad de material rodante no solo retardaba los movimientos del ejército, también distraía a las tropas, que, en muchos casos, estaban más preocupadas por la seguridad de su parte del botín que de mantener la disciplina.

La Grande Armée, con aquella carga, marchaba con dificultad y había de detenerse por los atascos que se formaban al llegar a un río o pasar por un desfiladero. Para empeorar las cosas, las lluvias otoñales convirtieron las carreteras en ríos de barro. Aunque Napoleón obtuvo una victoria táctica el 24 de octubre en Maloiaroslávets, en realidad, en el nivel estratégico, fue una derrota crucial, ya que el Ejército ruso le bloqueó el camino por las provincias meridionales, aún intactas y feraces. La Grande Armée se vio así obligada a desandar los pasos por la devastada ruta que atravesaba Smolensko.[47] La citada batalla también marcó un cambio en el propio carácter de la campaña. El repliegue estratégico de Moscú de Napoleón se convirtió, desde ese momento, en una simple retirada en la que la Grande Armée abandonó cualquier tipo de planteamiento ofensivo y ya solo buscaba salir cuanto antes de las provincias ocupadas. La moral del ejército se hundió cuando los efectivos transitaron de nuevo el campo de batalla de Borodinó, que seguía cubierto de cadáveres medio devorados por los lobos o picoteados por los cuervos carroñeros.

A primeros de noviembre, Napoleón, acosado en todas partes por las fuerzas rusas, llegó a Smolensko, donde sus helados y hambrientos soldados –muchos habían sobrevivido los últimos días alimentándose de carne de caballo– devastaron los almacenes de provisiones y no quedó prácticamente nada para sostener al ejército. Allí fue donde Napoleón recibió de Francia la noticia de que un falso reporte de su muerte había conducido a un golpe fallido en París encabezado por el general Claude François Malet. Este suceso puso de manifiesto la naturaleza imperial y afectó profundamente a Napoleón, que, desde entonces, empezó a

contemplar la necesidad de abandonar al ejército lo antes posible y volver a París a recuperar las riendas.[48]

Napoleón sopesó las opciones. Estaba claro que la situación estratégica se había vuelto contra él. Durante los catorce días siguientes a la partida de Moscú, la Grande Armée había acumulado miles de bajas. Cada día que pasaba, disminuía el número de hombres en las filas y aumentaba el de rezagados. No había razón para permanecer en Smolensko: su defensa habría sido insostenible y los almacenes estaban arrasados. A la vista de las fuerzas rusas que se acercaban por el norte, el sur y el este, el emperador francés decidió que la única opción era abandonar Smolensko, derrotar a las unidades rusas junto al río Berézina y tratar de encontrar cuarteles de invierno mejores más al oeste.

Cuando el Ejército francés partió de Smolensko, fue asaltado por las fuerzas rusas cerca de Krasni, donde ambos bandos se enfrentaron en una serie de choques del 15 al 18 de noviembre. Algunos cuerpos franceses individuales quedaron aislados temporalmente, pero continuaron combatiendo y dando prueba de la persistente resiliencia de la organización gala y de sus mandos –destacó en especial el mariscal Ney, que quedó separado del grueso del ejército y, sin dejar de luchar en ningún momento, dirigió una heroica retirada a través del Dniéper–. Napoleón escapó de la maniobra de embolsamiento ruso, aunque a costa de perder alrededor de 30 000 hombres y casi toda la artillería. Aunque el ejército todavía se organizaba en «cuerpos» y «divisiones», los efectivos de muchas de estas unidades no pasaban de los normales en un regimiento y el número total de efectivos listo para combatir seguramente no pasaba de 30 000 hombres, estorbados, además, por decenas de miles de rezagados.

Durante la retirada de Napoleón hacia el oeste, los rusos tuvieron una oportunidad excelente de atraparlo en el río Berézina. El contingente principal de Kutúzov perseguía a la Grande Armée desde el este, mientras que el cuerpo de Wittgenstein

convergía desde el nordeste y el ejército de Chichágov venía marchando desde el sudoeste. Los tres rodearon al enemigo cerca de la pequeña población de Borísov, a orillas del Berézina. En los combates desesperados del 25 al 29 de noviembre, Napoleón cruzó el río con el núcleo de su ejército, pero perdió hasta tal vez 40 000 hombres, en su mayoría rezagados. La escapada de Napoleón no se debió a su genio, sino a la dedicación y a la competencia de sus tropas, a las dotes de mando del cuerpo de oficiales galo y, sobre todo, a la ausencia de iniciativa y de coordinación militar por parte rusa.[49]

La retirada desde el Berézina al Niemen contiene pocos hechos de interés militar. La mayor parte de la Grande Armée ya no existía. Aunque la cadena de mando se conservaba relativamente intacta, las relaciones entre los oficiales, sobre todo entre los generales y mariscales que comandaban los cuerpos de ejército, se deterioraron. El propio Napoleón dio por cumplida su tarea como jefe militar y decidió regresar a París para asumir el papel de jefe político, recientemente amenazado por el intento de golpe. El 5 de diciembre, puso a su cuñado el mariscal Murat al mando de lo que quedaba del Ejército y partió hacia Francia.[50]

Así acabó, en palabras de un testigo británico, la «campaña de seis meses de duración más severa de la que se tenga registro en los anales».[51] En efecto, ha habido muy pocos casos de guerras con fuerzas tan gigantescas, distancias y problemas logísticos tan inmensos y resultados tan decisivos en un periodo de tiempo tan breve. Esta contienda tuvo consecuencias desastrosas para el imperio napoleónico, que ya había sido puesto a prueba antes, aunque ninguno de sus reveses podía compararse con las dimensiones de la derrota en Rusia. La Grande Armée fue destruida casi totalmente. En la invasión llegaron a participar unos 600 000 soldados –450 000 en la ofensiva principal y alrededor de 150 000 que fueron llegando más tarde–, pero menos de 100 000 volvieron a cruzar el Niemen en diciembre. Del medio millón

de bajas, tal vez 100 000 desertaron y más de 120 000 habían sido hechos prisioneros.[52] El resto pereció por enfermedad, heridas en combate o exposición a los elementos. Igual de catastrófica fue la pérdida de material. Napoleón perdió más de 920 de alrededor de 1300 cañones y su caballería fue prácticamente aniquilada –200 000 caballos adiestrados, aproximadamente, yacían muertos en el campo ruso–. Ni la artillería ni la caballería llegaron a restablecerse por completo en las campañas subsiguientes.

Durante mucho tiempo se ha sostenido que el «general Invierno» derrotó a Napoleón en Rusia. Es una pretensión dudosa. Los datos de las estaciones meteorológicas de la época revelan que aquel invierno fue, en realidad, bastante suave hasta finales de noviembre y, para entonces, Napoleón ya había sido prácticamente derrotado. La Grande Armée ya había perdido casi la mitad de su fuerza en las primeras ocho semanas de la guerra por las enfermedades, las deserciones y las bajas en combate –así como por los destacamentos que fue dejando a lo largo del avance–. No tuvo ni el alto nivel de disciplina ni la entregada devoción que había demostrado en campañas anteriores. Los soldados eran de más de una docena de nacionalidades, abocados por ello a perder la cohesión y la disciplina si no los acompañaba la victoria. Aunque los preparativos logísticos de Napoleón habían sido muy exhaustivos, su sistema de suministro no funcionó correctamente: los grandes depósitos se establecieron a demasiada distancia del ejército y la falta de infraestructura de transporte en Rusia impidió que las provisiones disponibles llegaran a tiempo a las tropas. El plan ruso de retirada estratégica y tierra quemada dejó muy pocos recursos disponibles en el campo: la escasez de forraje provocó la pérdida de un número ingente de animales de transporte y de monturas de la caballería.

Napoleón mostró algunos destellos de su genio militar: sus operaciones de Vilna, Minsk y Smolensko estuvieron bien planteadas y pudieron haberle proporcionado una victoria decisiva.

Sin embargo, una y otra vez el emperador no logró que fructificaran. Los subordinados se demostraron a menudo faltos de iniciativa, o tomaron pobres decisiones tácticas que repercutieron en el nivel operacional. Por último, Napoleón había iniciado una campaña inmensa sin contar con una estrategia política clara. Da prueba de esto su incertidumbre y dilación en la toma de decisiones en Vilna (dieciocho días), Vitebsk (doce días) y Moscú (treinta y cinco días).

También hay que reconocer la contribución del bando ruso al resultado. Las tropas se condujeron admirablemente y demostraron fortaleza y entrega. Los generales, a pesar de frecuentes riñas y celos internos, actuaron con suficiente visión táctica, operacional y estratégica para ganar la guerra. Los diplomáticos rusos fueron más astutos que sus colegas franceses, como demuestran contactos secretos con Prusia y Austria y los tratados firmados con el Imperio otomano y con Suecia –unos tratados que posibilitaron las operaciones de dos ejércitos rusos en los flancos de la Grande Armée–.

Al llegar a la frontera imperial, los mandos rusos debatieron si debían cruzarla en persecución de Napoleón o quedarse en Rusia para rehacerse. Algunas figuras prominentes se oponían a penetrar la frontera y aducían que Rusia no estaba obligada a liberar al resto de Europa. El principal de ellos era Kutúzov, que veía más allá de los factores puramente militares y pensaba que a Rusia no le convenía debilitar a Napoleón:

> No estoy nada seguro de que la destrucción total de Napoleón y su ejército sea algo tan bueno para el mundo. Su herencia no recaerá en Rusia o en ninguna otra potencia continental, sino en la potencia que ya rige el mar, y cuyo dominio sería entonces intolerable.[53]

Además, la continuación de la guerra contra Francia supondría más bajas, justo en un momento en que era importante preservar al ejército para garantizar el rol de Rusia en los acontecimientos políticos venideros en Europa. «Nuestros impetuosos jóvenes se enfadan conmigo –se quejaba el comandante en jefe

ruso– porque refreno su furor, pero no se dan cuenta de que [...] no podemos llegar a las fronteras con las manos vacías [es decir, sin ejército]».[54]

El emperador ruso, sin embargo, era de distinto parecer. Ante las orillas nevadas del río Niemen, Alejandro comprendió la dimensión histórica del acontecimiento que presenciaba. El coloso francés se tambaleaba y estaba en juego el futuro de Europa.

La invasión napoleónica de Rusia empezó casi al mismo tiempo que el ataque estadounidense sobre Canadá, un suceso a menudo etiquetado de «conflicto olvidado».[55] El historiador William Kingsford comentó, a finales del siglo XIX, que la Guerra Británico-Estadounidense de 1812 no se había olvidado en Gran Bretaña porque nunca se había llegado a conocer. Es una afirmación bastante cierta, sobre todo porque los sucesos norteamericanos permanecieron, durante largo tiempo, eclipsados por las titánicas luchas europeas. Sin embargo, estos acontecimientos tuvieron una gran relevancia para el futuro de Norteamérica y ramificaciones directas en las Guerras Napoleónicas.

A pesar de las opiniones habituales en relación con la Guerra de 1812 (que suelen tender a la mitificación), esta no fue una contienda entre la pacífica república norteamericana y una arrogante potencia imperial. La disputa surgió, más bien, por varias circunstancias. Gran Bretaña, empeñada en una pugna decisiva con la Francia napoleónica, estaba dispuesta a llegar a cualquier extremo para imponerse a su rival, que incluía impedir a este el acceso al comercio con países neutrales, una actividad que, en ese momento, dominaba Estados Unidos. Los dirigentes estadounidenses habían optado por permanecer al margen de las trifulcas europeas para aprovechar las ventajas que confería la neutralidad. Además, mantuvieron una política de agrandamiento territorial

y sacaron partido de los sucesos europeos para desafiar el *statu quo* imperial en Norteamérica. En julio de 1805, el embajador francés en Washington, Louis Marie Turreau, señaló que Estados Unidos solo estaba esperando el momento adecuado para tratar de hacerse con territorios del Imperio español. En este sentido, citó las palabras del secretario de Estado estadounidense, James Madison: «[…] cuando la pera esté madura, caerá por sí sola».[56] Este conflicto representó, en palabras del historiador Troy Brickahm, la afirmación de la soberanía nacional estadounidense ante su antiguo amo imperial.[57]

El presidente James Madison, en un mensaje confidencial al Congreso estadounidense, enumeró una larga lista de quejas, aunque las causas principales de la guerra pueden reducirse a tres

cuestiones: las incitaciones británicas a los nativos norteamericanos, el apresamiento y enrolamiento forzoso de marinos estadounidenses por la Royal Navy y la interferencia británica al comercio estadounidense.[58] Las relaciones entre Estados Unidos y los nativos norteamericanos eran tensas, cuando no directamente hostiles. Los problemas venían de lejos, de antes de que se creara la república estadounidense. La población de colonos blancos, cada vez más numerosa, aumentaba la demanda de tierras y estas solo podían conseguirse a costa de la población nativa. Existía lo que algunos historiadores han calificado de «ansia de tierras» creciente y muchos estadounidenses eran partidarios declarados no solo de desposeer a las tribus nativas, sino de poner también las miras en las posesiones europeas vecinas. En junio de 1812, Thomas Jefferson escribió a Madison que los jóvenes virginianos ansiaban luchar: «[…] lo único que preguntan es si irán [a luchar] a Canadá o a Florida».[59] Los creek, los cheroquis y otras tribus sufrían fuertes presiones para que entregaran las tierras. En la última década del siglo XVIII, Estados Unidos organizó varias expediciones militares contra tribus que se resistían a la usurpación de sus tierras por los colonos blancos. El talentoso jefe miami Tortuga Pequeña consiguió repeler algunos de estos ataques e infligió pérdidas desastrosas a los efectivos estadounidenses en la batalla del Wabash, en noviembre de 1791. El joven guerrero shawnee Tecumseh se distinguió en aquella ocasión y llegó a convertirse en jefe de una confederación de nativos norteamericanos que se enfrentó a las usurpaciones estadounidenses. En agosto de 1810 se opuso a que Estados Unidos tomara el control de las tierras de los actuales Illinois e Indiana, donde habían tenido su residencia, desde hacía largo tiempo, los shawnee y otras tribus e inició la que se conoció como Guerra de Tecumseh. Aunque el momento decisivo de este conflicto fue la victoria estadounidense de Tippecanoe, en 1811, Tecumseh obtuvo el apoyo de los británicos en Canadá y continuó su resistencia en el

contexto del conflicto norteamericano más amplio que estalló en 1812. Muchos nativos, para frenar las ambiciones estadounidenses, acudieron a los británicos en busca de ayuda. Naturalmente, estos últimos acogieron de forma positiva sus propuestas y proporcionaron armas a las tribus, a las que consideraban «aliados naturales» contra el expansionismo estadounidense, según explicó el *Times* londinense en 1812.[60]

Las otras dos quejas estadounidenses estaban interrelacionadas por referirse ambas a cuestiones marítimas. El apresamiento y enrolamiento forzoso de marinos y barcos, ilegal por principio e injusto en la práctica, tensionó las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Estuvo motivado por las prolongadas exigencias derivadas de las operaciones británicas contra Francia entre 1793 y 1812, un periodo en el que la Royal Navy creció de 235 a 584 barcos de guerra y los efectivos de marinería pasaron de 36 000 a 114 000 hombres. Gran Bretaña topaba con obstáculos formidables para conseguir los marineros que necesitaba para el mantenimiento de sus despliegues navales por todo el globo y para el bloqueo de los puertos europeos controlados por los franceses. Sin embargo, este problema, a diferencia de lo que ha pretendido la historiografía tradicional, no se debía a las duras condiciones de trabajo o a los sueldos bajos, ni a que existiera la percepción de que los barcos de guerra fueran infiernos flotantes dominados, según el interesado retrato de Winston Churchill, por «el ron, la sodomía y el látigo».[61] La Royal Navy, en realidad, seguía siendo atractiva para los marineros experimentados y los trabajadores no especializados, que veían en ella una buena oportunidad de progresar en la vida. Tampoco faltaban los voluntarios: los estudios recientes han demostrado que estos sumaban hasta el 70 por ciento de los marineros embarcados en los buques de guerra británicos. Más bien, la carencia de material humano estaba causada por la falta de suficientes marineros preparados. Muchos de estos rehuían los peligros asociados a la vida

a bordo de los buques de guerra británicos y abrazaban la alternativa, más lucrativa, de trabajar a bordo de un mercante estadounidense. Desde el inicio de las Guerras de la Revolución francesa en Europa, la marina mercante estadounidense había aumentado sin cesar de tamaño, hasta que ya solo la británica la superaba en tonelaje. En 1812, el Gobierno británico estimaba que alrededor de 20 000 marineros británicos estaban ya enrolados en buques estadounidenses. Por esta razón, la Royal Navy solía interceptar y abordar a estos últimos, en busca de súbditos británicos que pudiera apresar. El número exacto de marinos apresados en los buques estadounidenses durante las Guerras Napoleónicas es difícil de precisar, pero probablemente fue de hasta 6500.[62]

El periodo de neutralidad posterior a 1793 había auspiciado en Estados Unidos una rápida aceleración de la actividad económica y del crecimiento del comercio, cuyos beneficios eran patentes en la construcción naval y en las industrias exportadoras.[63] Sin embargo, los decretos del Gobierno británico y el Sistema Continental de Napoleón cambiaron la situación de forma dramática en 1806-1807. Los buques neutrales, entre ellos los estadounidenses, antes de dirigirse a su destino eran obligados, cada vez con más frecuencia, a entrar en puertos británicos, lo que, a su vez, los exponía a las represalias francesas, puesto que Napoleón autorizó la captura de todo buque que se hubiera sometido a las demandas británicas.

Los decretos del ejecutivo británico causaron fricciones cada vez más graves con Estados Unidos y, el 22 de junio de 1807, ambos países estuvieron al borde de la guerra por el incidente Chesapeake-Leopard. La fragata norteamericana Chesapeake, en su navegación desde Norfolk, en Virginia, hacia el mar Mediterráneo, fue interceptada por el HMS Leopard, que insistió en que tenía derecho a registrar el buque estadounidense en busca de desertores. Al recibir una respuesta negativa, el buque británi-

co abrió fuego y mató o hirió a 21 marinos estadounidenses. Después de inspeccionar el barco y apresar a cuatro hombres, el Leopard se alejó y la Chesapeake regresó, renqueante, a Virginia.[64] La noticia del incidente desencadenó una explosión de indignación en Estados Unidos y encendió el sentimiento nacional. Muchos clamaban a favor de declarar la guerra contra Gran Bretaña. El presidente Thomas Jefferson, reacio a un enfrentamiento violento con Londres, prefirió un enfoque más circunspecto. En julio, prohibió la entrada en las aguas estadounidenses a los buques de guerra británicos.

Después de sufrir más depredaciones por parte de Francia y Gran Bretaña, Jefferson endureció su posición con la Ley de Embargo del 28 de diciembre de 1807, que prohibía las exportaciones estadounidenses. El propósito de este embargo, que privaba a Gran Bretaña y a Francia del comercio con Estados Unidos, era que estas dos potencias modificaran sus decretos. El embargo afectó de manera más negativa a Gran Bretaña que a Francia. También se demostró muy perjudicial para Estados Unidos. El contraalmirante Alfred Thayer Mahan, el más notable defensor del poder naval estadounidense, comentó décadas después que este embargo tenía todas las desventajas de un bloqueo por parte de un enemigo y ninguna de las ventajas de una guerra de verdad, ya que no permitía a Estados Unidos apresar buques británicos ni amenazar el territorio británico. Este bloqueo autoimpuesto tuvo un profundo impacto en los puertos estadounidenses, minó la prosperidad económica y redujo los ingresos gubernamentales. El viajero británico John Lambert, que visitó Nueva York en la primavera de 1808, describió «la apagada melancolía pintada en los rostros de la gente, que parecía haber dicho adiós a toda su antigua alegría y jovialidad». En los muelles de Nueva York crecía la hierba.[65] Igual que el Bloqueo Continental de Napoleón, el embargo de Jefferson fue imposible de imponer por completo. Condujo a la generalización de un contrabando

que beneficiaba a los puertos británicos de Nueva Escocia y que suscitó un gran descontento en Nueva Inglaterra.

Presionado por la oposición, cada vez mayor, al embargo, en marzo de 1809 el Congreso estadounidense anuló la Ley de Embargo y la sustituyó por la Ley de Prohibición del Comercio (Non-Intercourse Act), que prohibía el acceso a las aguas estadounidenses a todos los buques franceses y británicos y permitía a los buques estadounidenses comerciar libremente, excepto con Francia y Gran Bretaña. Al mismo tiempo, George Canning, ministro británico de Exteriores, despachó a D. M. Erskine a negociar con Estados Unidos. El consiguiente Acuerdo de Erskine (18-19 de abril), que el representante ultimó al violar las instrucciones que había recibido, obligaba a la anulación de los decretos del Gobierno británico, a establecer el libre comercio entre Gran Bretaña y Estados Unidos y a la satisfacción de quejas derivadas del incidente Chesapeake-Leopard; mientras que el presidente Madison se comprometía, por su parte, a anular el edicto que prohibía las relaciones comerciales tan pronto los británicos anularan sus decretos. El ejecutivo británico repudió el acuerdo con el argumento de que Erskine no había conseguido, como Canning le había encargado, que los estadounidenses aceptaran la aplicación de sus decretos y de las leyes de comercio coloniales. [66] Este fracaso agrió aún más las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Napoleón sacó partido de las circunstancias al permitir la confiscación de más buques estadounidenses. Sus Decretos de Viena (del 4 de agosto de 1809) y de Rambouillet (del 23 de marzo de 1810) argumentaban que, como los barcos estadounidenses tenían prohibido comerciar con Francia, todo buque de esa nacionalidad que visitara un puerto francés tenía que estar haciendo contrabando. En mayo de 1810, Estados Unidos adoptó la Ley n.° 2 de Macon, que tomaba su nombre del congresista de Carolina del Norte Nathaniel Macon, la cual estaba pensada para disuadir a las potencias beligerantes de apresar bu-

ques estadounidenses. Esta ley anulaba la Ley de Prohibición del Comercio de 1809 y proclamaba la reanudación de la actividad comercial de Estados Unidos con ambos beligerantes. La Ley de Macon tuvo un impacto directo y considerable en la guerra en Europa. Durante los meses siguientes, enormes cantidades de grano y harina estadounidenses –más de un millón de barriles solo de harina– fueron enviados a la península ibérica, donde sostuvieron las operaciones militares británicas contra los franceses.[67] Fue un momento crucial en la Guerra Peninsular. En el verano de 1810, el mariscal francés André Masséna había pasado con casi 70 000 hombres al otro lado de la frontera portuguesa y había perseguido al duque de Wellington hasta las Líneas de Torres Vedras, donde, como hemos visto, los británicos y sus aliados portugueses se agazaparon y los franceses perdieron varios meses al tratar de sobrevivir en aquel país devastado. Las provisiones estadounidenses fueron esenciales para el sostenimiento de los efectivos de Wellington a lo largo de este periodo.

La reanudación de los lazos comerciales entre Gran Bretaña y Estados Unidos alarmó a Napoleón, que temía por la viabilidad del Bloqueo Continental. Por consiguiente, se apresuró a aprovechar una de las cláusulas de la Ley de Macon. Esta ordenaba que, en caso de que Francia anulara los decretos que tenía vigentes, Estados Unidos reactivaría la prohibición de importar artículos de Gran Bretaña, pero que si era Gran Bretaña la que anulaba sus decretos, entonces Estados Unidos reimpondría la política de no importación a Francia. El 5 de agosto de 1810, el ministro de Exteriores francés informó al representante estadounidense en Francia, John Armstrong, de que Napoleón anulaba sus decretos anteriores y se adelantaba eficazmente a que los británicos anularan los suyos.[68] Curiosamente, Napoleón no tenía intención real de reformar el Bloqueo Continental para acomodar los intereses estadounidenses, ni era posible que una simple nota del ministro de Exteriores francés suspendiera una normati-

va tan importante. En cualquier caso, Madison aceptó la oferta como válida y previo un éxito diplomático. Gran Bretaña se negó a reconocer la validez de la revocación gala y exigió pruebas más concluyentes antes de actuar. El Congreso estadounidense, aunque todavía no tenía pruebas de que Napoleón hubiera revocado las órdenes, declaró que las cláusulas de prohibición del comercio se aplicarían contra Gran Bretaña a partir del 1 de marzo de 1811 y prohibió la entrada de los barcos y mercancías británicos a Estados Unidos.[69]

El duque de Wellington, todavía en Portugal, seguía con atención la política económica estadounidense por el impacto directo que esta podía tener en sus operaciones militares en la península ibérica. Las provisiones estadounidenses, como hemos visto, habían llegado a resultar cruciales para el esfuerzo bélico británico en Portugal y España: los cargamentos de grano estadounidense aumentaron de 80 000 fanegas[*15] en 1807 a más de 230 000 en 1810 y a la increíble cifra de 900 000 fanegas en 1812. En la víspera de la Guerra de 1812, un tercio de los buques que llegaban a Lisboa era estadounidense. Un observador británico señaló: «[…] si no fuera por los suministros de América [Estados Unidos], el ejército que está aquí no podría mantenerse».[70] No es de sorprender que, en marzo de 1811, Wellington estuviera muy preocupado porque el cierre de los puertos estadounidenses fuera a causar escasez de alimentos entre las tropas y que juzgase, «en cualquier caso, deseable no descartar ningún método que pueda adoptarse para garantizar un objeto [grano] tan deseable».[71] El Gobierno británico, por resentido que estuviera ante la prohibición del ejecutivo estadounidense de la importación de las mercancías británicas, sabía que sus opciones eran limitadas. Los abastecimientos estadounidenses eran demasiado vitales para su economía de guerra, en especial después de las malas cosechas británicas de 1810. Los empresarios británicos, sobre todo del sector manufacturero, instaron al Gobierno a que diera los pasos

necesarios para reabrir el comercio con Estados Unidos. Después de un debate en el Parlamento, el 16 de junio de 1812 el gabinete británico anuló los decretos que restringían el comercio de los países neutrales. La noticia de esta revocación tardó semanas en conocerse en Washington y, para entonces, ya iba a ser demasiado tarde. El 18 de junio de 1812, el Senado estadounidense aprobaba la declaración de guerra a Gran Bretaña.[72]

El teatro norteamericano implicaba desafíos geográficos, operacionales y logísticos descomunales. El alcance de la autoridad de George Prévost, gobernador general británico de Canadá y también comandante en jefe, era verdaderamente impresionante. Se extendía desde Halifax, en Nueva Escocia, a Amherstburg, en el sudoeste del Alto Canadá, una distancia de 1900 kilómetros –un tercio mayor de la que separa París de Varsovia–. Londres, por su parte, distaba unos 5000 kilómetros de la sede del ejecutivo británico de Canadá. Para la defensa de esta enorme área, Prévost solo tenía 10 000 soldados británicos apoyados por las milicias canadienses y los nativos norteamericanos aliados. La región, a diferencia de Europa, carecía de una tupida red de carreteras, aunque se beneficiaba de la presencia de los Grandes Lagos y de la costa oceánica. De todos modos, las comunicaciones entre los distintos teatros de operaciones en el Alto Canadá y el Niágara eran trabajosas.[73]

Los planes de guerra de los británicos evidencian que su atención estaba centrada, sobre todo, y ante todo, en la lucha con Napoleón en Europa. El secretario de Estado para la Guerra y las Colonias, lord Liverpool, escribió a Prévost: «No hace falta que le señale que las exigencias del servicio público en Europa hacen deseable que toda reducción de la fuerza británica se haga en nuestras posesiones lejanas». Gran Bretaña estaba enzarzada en un conflicto global con Napoleón y los recursos se necesitaban para «continuar la lucha, con vigor adicional, en la parte del mundo en la que los intereses del país están [...] implicados más

directamente».[74] La carta de Liverpool deja claro que Canadá tendría que arreglárselas por su cuenta y que allí la estrategia británica debía ser defensiva y estar diseñada para evitar avances territoriales de los estadounidenses. Incluso en los últimos años de la contienda, en los que los británicos acometieron ataques en la costa del golfo de México y en la zona de la bahía de Chesapeake, el fin general de estas campañas fue reducir la presión enemiga en la línea del frente canadiense.[75] En el otro bando, los objetivos estadounidenses no se limitaban a tratar de que los británicos cedieran en las cuestiones relativas al apresamiento de marineros y a los derechos marítimos, también incluían la expansión territorial a costa de Canadá y de las tribus nativas norteamericanas probritánicas, como la gran confederación creada por los jefes shawnee Tecumseh y Tenskwatawa.[76]

En la víspera de la contienda, el senador Henry Clay declaró en un discurso en la Cámara del Senado estadounidense: «[…] la milicia de Kentucky se basta para poner Montreal y el Alto Canadá a [nuestros] pies».[77] Era imposible estar más equivocado. Sin embargo, este tipo de opiniones imperaba en la mente de muchos políticos estadounidenses, quienes, aunque ansiaban ir a la guerra, se oponían a proporcionar la financiación necesaria para esta; sabían que las subidas de impuestos necesarias para costear la guerra serían muy impopulares –esto fue muy patente en las elecciones de 1811, en las que muchos temieron perder su asiento en la Cámara de Representantes–. Así pues, Estados Unidos se embarcó en una conflagración contra una de las potencias europeas más poderosas con recursos financieros limitados, un Ejército mal preparado y una Marina de tamaño reducido. El plan bélico estadounidense preveía una invasión de Canadá por tres ejes –principalmente, alrededor del lago Erie; cerca del río Niágara; entre los lagos Erie y Ontario; y cerca del río San Lorenzo y el lago Champlain– y la destrucción de las fuerzas navales británicas en los Grandes Lagos. En Estados Unidos imperaba

la creencia generalizada de que, gracias a la superioridad numérica de sus unidades y a que los británicos estaban centrados en combatir a Napoleón en Europa, los objetivos citados podrían alcanzarse con facilidad. El hecho de que en las áreas fronterizas hubiera una población numerosa que había migrado desde Unidos, gracias a la oferta de concesiones de tierras para los inmigrantes, también alimentaba la esperanza de que esa población se inclinaría por la causa estadounidense. La invasión sería «solo cuestión de marchar» con las tropas, apuntaba con optimismo el anterior presidente Thomas Jefferson en agosto de 1812.[78]

No fue así. Los primeros cinco meses de conflicto consistieron en una sucesión de derrotas estadounidenses en las que el Ejército británico, más experimentado y mejor comandado, se impuso a un adversario bisoño que trataba, sin éxito, de ejecutar una estrategia mal diseñada y que padecía de un apoyo logístico inadecuado. «La mejor explicación global de la derrota estadounidense –concluye un historiador de esa nacionalidad– es que trataron, desde el principio, de apoderarse de todo Canadá sin los medios para tomar y conservar, de forma permanente, ninguna parte de este».[79] A mediados de julio, los británicos tomaron el fuerte Mackinac, que controlaba el estratégico estrecho entre los lagos Michigan y Hurón y, por consiguiente, el comercio de pieles de los Grandes Lagos. La invasión estadounidense del general de brigada William Hull fue desbaratada por un enérgico contraataque británico –comandado por el mayor general *sir* Isaac Brock y con el apoyo activo de las tribus nativas norteamericanas a las órdenes de Tecumseh–. Los estadounidenses tuvieron que retirarse y abandonar el fuerte Dearborn (actual Chicago) y dejar todo el Territorio de Michigan en poder del enemigo. El 16 de agosto, los efectivos británicos entraron en Detroit, lo que hizo sonar la la alarma por toda la frontera noroeste estadounidense.[80] En septiembre, los seminolas y los seminolas negros, que habían tenido relaciones por largo tiempo con los es-

pañoles y los británicos, lanzaron incursiones en Georgia y repelieron el contraataque estadounidense del coronel Daniel Newnan en la Florida septentrional. También hubo asaltos indios en los territorios de Indiana y de Misuri.

Mientras tanto, el mayor general Brock se dirigió con sus hombres al extremo oriental del lago Erie, donde, en octubre, alrededor de 3000 soldados estadounidenses (de los que solo 900 eran regulares) a las órdenes del mayor general Stephen van Rensselaer intentaron cruzar el río Niágara en los altos de Queenston.[81] El 13 de octubre, Brock, a pesar de la inferioridad numérica, supo aprovechar las divisiones que afectaban al bando estadounidense, cuyo contingente de milicia se negaba a abandonar los límites territoriales nacionales, y golpeó a la reducida fuerza de tropas regulares enemigas mientras esta cruzaba al lado canadiense de la frontera. La batalla consiguiente acabó en una victoria británica que se vio menoscabada por la muerte de Brock, oficial de talento y carisma que pudo haber tenido un hondo impacto en la guerra. Un fracaso similar obtuvo el intento estadounidense, protagonizado por el mayor general Henry Dearborn, de invadir Canadá por Lacole Mills, cerca de Champlain, en Ontario. Los invasores, derrotados por una coalición de regulares británicos, milicianos canadienses y guerreros mohawk, tuvieron que regresar a Plattsburgh, en Nueva York. En el mismo mes, las unidades estadounidenses del general de brigada Alexander Smyth protagonizaron varios intentos mal preparados y ejecutados de cruzar el Niágara e invadir el Alto Canadá y fueron derrotadas en la batalla de Frenchman Creek el 28 de noviembre.[82]

La actuación de la pequeña pero eficaz Marina estadounidense ofrece un notable contraste con el penoso desempeño del Ejército. La primera se enfrentó al poder naval británico y se alzó con la victoria en varias acciones individuales.[83] Tal vez la más famosa de estas fue la destrucción de la HMS Guerrière por la USS

Constitution el 19 de agosto de 1812. La fragata estadounidense eludió el bloqueo enemigo y, después de ser objeto de una célebre persecución por parte de un escuadrón británico durante tres días, se encontró con una fragata enemiga a la que desbarató en un combate de solo media hora. A lo largo del otoño de 1812, la Marina estadounidense demostró que, barco frente a barco, las tripulaciones eran comparables en pericia marinera y artillera a las de la flota británica, tan alabada. También se puso en evidencia la superioridad de los diseños navales. Las «superfragatas» estadounidenses podían enfrentarse a cualquier fragata británica y, además, gracias a su velocidad, podían también escapar de cualquier navío de línea de batalla. Estos dramáticos enfrentamientos individuales en los que vencieron los estadounidenses tal vez no pusieron en peligro el control británico de los mares, pero, de todos modos, constituyeron un factor desestabilizante de gran repercusión en el comercio y en el esfuerzo bélico británicos. El impacto de los asaltos estadounidenses al tráfico mercante fue especialmente llamativo: por ejemplo, el velero USS Argus capturó 21 presas en solo unos pocos meses y provocó el pánico entre los mercantes ingleses. La tarea de contener estos ataques exigió dedicar considerables recursos navales británicos –por ejemplo, en el verano de 1813, la Royal Navy tenía más de 15 buques de guerra en busca del comodoro John Rodgers y su buque USS President–, una labor que se veía dificultada por problemas de comunicación entre los lores del Almirantazgo y los distintos comandantes de la flota emplazada en Norteamérica.[84]

La racha de victorias estadounidenses en 1812 conmocionó al Gobierno británico, que envió a toda prisa refuerzos al Atlántico occidental. Estos consiguieron, pasado el verano de 1813, que la Royal Navy dominara la guerra en el mar. Además, la estrategia británica se amplió a un bloqueo económico de toda la costa estadounidense, prácticamente, el cual tuvo efectos súbitos y de gravedad. La interferencia de la Royal Navy al comercio exte-

rior estadounidense impedía la exportación de mercancías agrícolas y de artículos coloniales. El comercio estadounidense, ante el incremento de la peligrosidad de las comunicaciones navales, tuvo que limitarse al interior. Además, la imposibilidad de utilizar el barato transporte costero obligó a recurrir al transporte terrestre, que encarecía y retrasaba la entrega de las mercancías. Esto obligó a los granjeros a tener que dar salida a las mercancías en los mercados más cercanos, lo que llevó aparejada la reducción de los precios de los productos locales y la subida de los que tenían que pagar los clientes urbanos distantes. Todo esto, a su vez, afectó a los ingresos aduaneros, entonces el primero de los recursos fiscales de la república norteamericana, lo que generó un elevado déficit presupuestario y obligó al Gobierno a depender más de la deuda pública –un recurso bastante arriesgado (y poco fiable) si se tiene en cuenta la recesión económica que la guerra había provocado y la ausencia de un banco nacional que pudiera coordinar las políticas fiscales de la nación–.[85] De este extremo se deriva una de las consecuencias más importantes de la contienda. La carencia de un sistema bancario eficaz, cuestión que había sido objeto de un agrio debate político protagonizado por Alexander Hamilton, Thomas Jefferson y otros, puso de relieve los peligros de la descentralización fiscal y de la falta de regulación monetaria, hasta que, por fin, fue remediada (aunque de forma temporal) a través de la creación de un banco nacional en 1816.

La guerra en Norteamérica tuvo un impacto directo en las Guerras Napoleónicas. Distrajo recursos de Gran Bretaña e impidió que el comercio estadounidense llegara a los puertos rusos, portugueses y españoles.[86] En abril de 1812, a medida que se iba acercando a la declaración de la guerra, el Congreso estadounidense aprobó un embargo de noventa días que detenía todas las exportaciones de Estados Unidos. En España, Wellington no tardó en saber, atónito, que «los estadounidenses han impuesto un

embargo general a todos los buques. Es una medida relevante: toda esta parte de la Península lleva viviendo un año de la harina estadounidense».[87] De inmediato empezó a buscar otras fuentes de suministro potenciales, como Brasil o Egipto, que pudieran «mantener los almacenes abastecidos de maíz en el caso, entonces previsible [en marzo de 1812], de que se detuvieran las relaciones comerciales con Estados Unidos».[88] Por suerte para Wellington, el inicio de las hostilidades británico-estadounidenses no afectó a las operaciones militares, puesto que el flujo de suministros estadounidenses continuó durante cierto tiempo después de la declaración de guerra. Como la escasez había aumentado el precio del trigo en Portugal y España, muchos comerciantes estadounidenses estuvieron dispuestos a burlar las restricciones del Congreso para obtener beneficios. Los británicos dieron permiso a buques estadounidenses, mediante licencias, para que pudieran entregar provisiones vitales sin ser molestados por la Royal Navy.[89] Esta política solo fue transitoria y el gabinete británico la interrumpió en noviembre de 1812. Su decisión reflejaba, en parte, el deseo de ejercer mayor presión económica sobre Estados Unidos, pero también la confianza en obtener suministros suficientes de los Estados de Berbería y de Mehmet Alí de Egipto.

CAPÍTULO 22 | La caída del Imperio francés

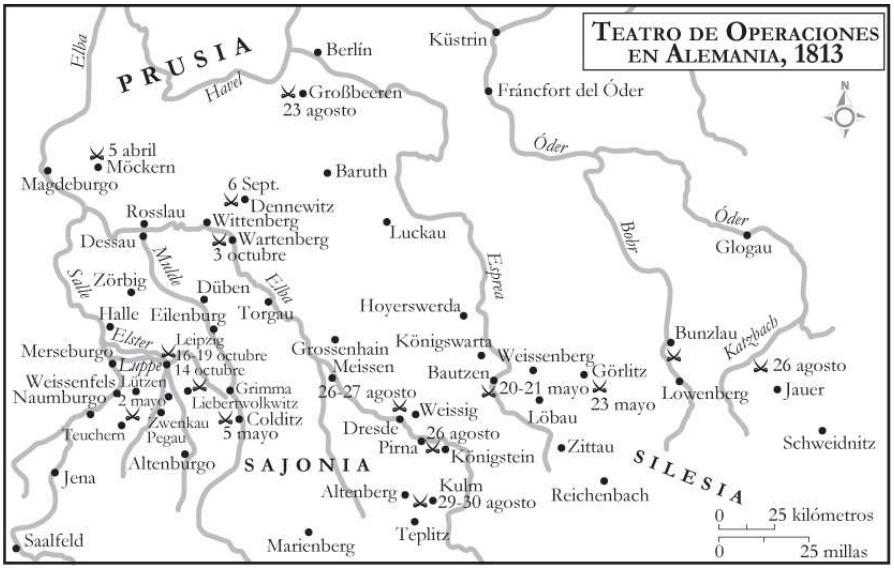
La noticia de la derrota de Napoleón en Rusia conmocionó a toda Europa, alteró drásticamente el equilibrio de fuerzas y abrió la puerta a que se pudiera poner fin a la hegemonía francesa. La Convención de Tauroggen, firmada por negociadores rusos y el general prusiano Johann von Yorck en diciembre de 1812, ya había señalado el inicio de una nueva fase de las Guerras Napoleónicas. La decisión del general de declarar neutral a su contingente prusiano, hasta ese momento parte del Ejército francés, fue un claro acto de desafío contra sus superiores galos y contra el monarca prusiano, Federico Guillermo III, que había desaconsejado repetidas veces a los oficiales y a los responsables políticos más patrióticos oponerse a Napoleón. Aunque Federico Guillermo repudió la convención en un primer momento, la suerte estaba echada.[1] La decisión de Yorck alteró la situación militar al imposibilitar la resistencia de las fuerzas francesas en Prusia Oriental. El mariscal Macdonald dejó Königsberg (actual Kaliningrado) el 4 de enero de 1813 y los rusos entraron en ella aquel mismo día.[2] El emperador Alejandro, que llegó a Königsberg el 22 de enero, fue implorado por las autoridades locales para que tomara el control de la provincia y convocara la asamblea. Una vez reunidos, los Estados de Prusia Oriental se declararon en contra de Napoleón sin esperar a las instrucciones del rey prusiano y empezaron a reclutar fuerzas para la guerra en ciernes. A pesar de la condena de Federico Guillermo III, actos

similares se repitieron por toda Prusia, que extendieron la llama de un alzamiento generalizado que obligó a la monarquía prusiana a cambiar de bando.

El Tratado de Kalisch, aunque con frecuencia postergado en las historias napoleónicas, tuvo importantes consecuencias. Firmado por el canciller prusiano Karl August Fürst von Hardenberg y el mariscal de campo ruso Mijaíl Kutúzov, sus catorce cláusulas declaraban el cese de las hostilidades entre Rusia y Prusia y establecían una alianza militar ente los dos países. Ambas partes se comprometían a desplegar grandes contingentes militares (80 000 soldados prusianos y 150 000 rusos) contra Francia y a no negociar ni firmar unilateralmente acuerdo alguno con Napoleón. Desde el primer momento, los rusos dejaron claro que ellos llevarían la voz cantante en aquella alianza. Las provisiones secretas del tratado eran especialmente llamativas: Rusia se comprometía a devolver a Prusia a la potencia y estatus «estadístico, geográfico y financiero» que tenía en 1806, pero solo le permitía conservar aquellos territorios polacos que había recibido durante la Primera Partición de 1772, junto con una reducida franja de territorio para conectarla a Silesia. De este modo, Prusia quedaba privada de los territorios que había obtenido en las particiones segunda y tercera de Polonia en 1793 y 1795 y tuvo que reconocer la hegemonía rusa en Polonia. A modo de consolación, el 19 de marzo de 1813, Rusia accedió, en el Tratado de Breslavia que se firmó por separado, a compensar a Prusia con territorios que se tomarían de Estados alemanes aliados de Francia –Sajonia no tardó en convertirse en el objetivo–.[3]

Los tratados ruso-prusianos fueron los primeros pasos hacia la creación de la Sexta Coalición que llegó a derrotar a Napoleón. También es de destacar que evidencian el enfoque práctico de Rusia en esta guerra. Cuando los prusianos emitieron una proclama que llamaba a los alemanes a alzarse contra Napoleón y a participar en la guerra de la liberación, los rusos se mostraron

contrariados y acusaron a su aliado de actuar «con irresponsabilidad política».[4] Para el emperador Alejandro y sus asesores, aquella contienda era más que una guerra de liberación alemana. Emplazados ante la oportunidad de reorganizar el continente y de extender el área de influencia rusa a Europa oriental (y tal vez incluso más allá), no querían desaprovecharla. Los tratados ruso-prusianos no decían nada de la liberación, la libertad o la unión de Alemania; tampoco reflejaban debates diplomáticos anteriores, como el que hubo en 1807 acerca una federación constitucional en Alemania. En vez de esto, el emperador Alejandro aprobó un áspero estatuto de ocupación que creaba un consejo administrativo central, el Zentralverwaltungsrat, con autoridad «ilimitada» sobre los recursos militares y financieros de las áreas ocupadas de Alemania.[5] Los príncipes alemanes que se negaron a apoyar a los aliados –como en adelante llamaremos a Prusia, Rusia y sus aliados– fueron acusados de ser instrumentos de los franceses y los obligaron a abandonar sus territorios. Incluso los reyes de Sajonia y Baviera tuvieron que buscar el apoyo y la protección de Austria.



Tanto Alejandro como Federico Guillermo confiaban en que el emperador Francisco I se les uniera, pero sus acciones en Alemania crearon inquietud en Viena. La corte de los Habsburgo recibió de forma positiva la noticia de la derrota francesa en Rusia, que permitía pensar en cambios en el ordenamiento imperial

impuesto a Europa por Napoleón. ¿Pero esto sería necesariamente bueno para Austria? Si el emperador galo era derrotado de forma decisiva, parecía demasiado probable que la hegemonía francesa sería suplantada por la preeminencia de Rusia –una expectativa nada atractiva para Austria–. Por ello, la priorización de la seguridad nacional que guio la política del ministro de Exteriores austriaco, Metternich, situó a Austria en una posición impredecible hasta el final de la primavera de 1813. Por mucho que los austriacos aborrecieran a Napoleón, también distaban de estar encantados con los rusos. Metternich no ignoraba las injerencias rusas en los asuntos austriacos, como había sucedido en la reciente conspiración del archiduque Juan, que estuvo a punto de provocar una gran revuelta en el Tirol e Iliria: a mediados de febrero, los agentes de Metternich interceptaron a los rusos mensajes de los conspiradores y, una vez con las pruebas en la mano, el ministro abortó rápidamente el complot. Igual de preocupante fue para Viena el manifiesto emitido por el alto mando ruso a finales de marzo, que llamaba a los príncipes alemanes a aceptar la protección del emperador ruso, a destruir la Confederación del Rin controlada por los franceses y a construir una nueva Alemania. Si algún gobernante individual se negaba a cooperar, sería defenestrado «por la fuerza de la opinión pública y el poder de las armas justicieras».[6] La pregunta clave para Austria era qué tipo de «nueva Alemania» sería esa. Metternich sabía que la proclama con la que Rusia amenazaba a los príncipes alemanes también abría la puerta a que Austria recobrara parte de su estatus perdido, ahora envuelta en la capa protectora de Alemania.

Sin embargo, Metternich, consciente de la precariedad de la posición austriaca, se manifestó a favor de permanecer en una postura de neutralidad armada que mantuviera la contienda fuera de las fronteras austriacas y trató de mediar entre Rusia y Francia.[7] Austria, dentro de esa línea de neutralidad, llegó en

Willenberg, el 30 de enero de 1813, a un armisticio con Rusia y, con gran disgusto de los franceses, retiró sus fuerzas a Galicia.[8] A lo largo de la primavera de 1813, mientras Prusia, Rusia y Francia chocaban en las suaves colinas cercanas a la frontera bohemia de Austria, Metternich avanzaba poco a poco en su ambicioso proyecto de resucitar el poder de los Habsburgo. Su objetivo primordial era dividir Alemania en tres áreas, una prusiana, otra austriaca y una tercera neutral –crucial– situada entre las dos anteriores. Para conseguirlo, el ministro tenía que acabar con el poder francés en los territorios al este del Rin y con la influencia rusa al oeste del Vístula. Solo a través de la recuperación del equilibrio europeo podrían Austria y otros Estados continentales menores conservar cierta apariencia de independencia y autoridad. En este sentido, las intenciones austriacas coincidían con los deseos británicos. A finales de 1812, el gabinete del primer ministro Liverpool ya había autorizado poner medio millón de libras a disposición de Viena si esta se unía al bando que luchaba contra Napoleón.[9] Este intento de volver a Austria contra Napoleón fracasó, aunque, para abril de 1813, los austriacos ya se habían decidido a intentar una mediación armada y, si Napoleón rechazaba las negociaciones, a unirse a los aliados.[10]

Napoleón había vuelto a París el 18 de diciembre de 1812, el día después de que el 29.° Boletín anunciara a la nación que el mayor ejército que esta hubiera enviado jamás al exterior yacía muerto en los campos helados de Rusia. La noticia sacudió a la opinión pública francesa y minó el prestigio de Napoleón en la Confederación alemana, donde los nacionalistas hicieron llamadas a iniciar una *Befreiungskrieg*, una guerra de liberación. La situación en España era más delicada aún. Sin embargo, Napoleón no perdió la serenidad en ningún momento y sus comunicaciones públicas y explicaciones que dio a sus aliados y al Senado rezumaban la confianza propia de un vencedor. «Mi ejército ha tenido algunas pérdidas, pero fue por causa del rigor prematuro de

la estación», afirmó en un discurso al Senado el 20 de diciembre.[11] Una carta al rey de Dinamarca también ilustra su actitud pública acerca de la debacle rusa; en ella, Napoleón sostenía que los rusos fueron «siempre vencidos» y que no se apoderaron «de un águila ni de un cañón de mi ejército». Todos los reveses se debieron al invierno. «Mi ejército ha sufrido enormemente y todavía sufre, pero esta calamidad cesará a la vez que el frío», sentenciaba el emperador.[12]

A pesar de las terribles noticias que llegaban a diario a París, Napoleón inició los preparativos para una nueva campaña. Como hemos indicado en el Capítulo 21, de los 600 000 soldados, aproximadamente, que habían participado en la campaña de Rusia regresaron menos de 100 000 y casi la mitad de estos eran parte de los contingentes austriaco y prusiano. Así pues, había que formar un nuevo Ejército francés. Napoleón todavía contaba con enormes recursos a su disposición y muy pocos podían predecir, a primeros de 1813, que aquel año sería testigo del colapso del imperio napoleónico. Los rusos habían sufrido tanto como sus adversarios y llegaron al río Niemen con apenas 40 000 hombres. Napoleón necesitaba tiempo. Exhortó a Eugenio de Beauharnais, que había asumido el mando de poco más de 100 000 soldados en Polonia, a aguantar en las posiciones todo el tiempo posible con el apoyo de las guarniciones francesas situadas a lo largo de los ríos Elba, Óder y Vístula. Napoleón hablaba con todos de la victoria como algo seguro. «Siempre debéis decir –indicaba en una carta–, y vos mismo pensar, que en la próxima campaña empujaré a los rusos al otro lado del Niemen».[13]

Mientras Napoleón dictaba las órdenes, la situación en Polonia mudaba con rapidez. A finales de febrero, ante el avance de los rusos en Prusia Oriental, Beauharnais no tuvo más remedio que retroceder a la izquierda del Vístula y luego del Óder. Napoleón siguió adelante con la movilización de nuevos reclutas y suministros en Francia, la Confederación del Rin e Italia. Las

medidas fueron inmensamente impopulares, pero Napoleón aún controlaba con mano firme el oeste y podía servirse de distintos métodos eficaces para someter a los satélites desafiantes, lo que incluía el empleo de la fuerza. Además, muchos de estos príncipes le debían su propia existencia política y tenían interés personal en que lograra prevalecer.[14] Al acabar el mes de abril, el emperador francés había creado ya un nuevo contingente de más de 140 000 hombres, al que se incorporaron nuevas unidades que completaron la movilización en agosto. Esta nueva fuerza no podía compararse en calidad a los ejércitos franceses de años anteriores. Una alta proporción de los integrantes eran soldados jóvenes y bisoños y presentaba graves carencias en artillería y caballería. «Si tuviera quince mil efectivos más de caballería estaría en disposición de zanjar los asuntos con rapidez, pero estoy bastante débil en esa arma», se quejaba el emperador al rey Federico de Wurtemberg.[15] A pesar de todo, la creación de un ejército tan enorme en solo cuatro meses atestigua el genio administrativo de Napoleón y la eficacia de la burocracia que había forjado a lo largo de la década previa.

La campaña se reanudó con intensidad en abril, mes en que las fuerzas ruso-prusianas liberaron Berlín e invadieron Sajonia, cuyo rey permanecía fiel a Napoleón. A finales de abril, los ejércitos aliados se habían concentrado al este del río Saale, cerca de Leipzig, donde el emperador Alejandro nombró nuevo comandante en jefe al general Peter Wittgenstein –Kutúzov murió por enfermedad el 28 de abril–. Para entonces, Napoleón, en cabeza del recién creado Ejército del Meno, ya había entrado en Alemania para enlazar con los restos de su antigua Grande Armée. Su plan era derrotar a los aliados ruso-prusianos tan rápido como le fuera posible, empujar a los rusos más allá del Vístula y sofocar el alboroto nacionalista que se propagaba con rapidez en la Alemania septentrional.[16]

El 1 de mayo, los franceses cruzaron el Saale y marcharon sobre Leipzig con la intención de amenazar las líneas interiores aliadas. Sin embargo, la falta de caballería impidió a Napoleón efectuar un reconocimiento vigoroso, de modo que la concentración de casi 90 000 soldados al mando de Wittgenstein en su ala derecha le pasó inadvertida. Mientras visitaba el lugar de la victoria de Lützen de Gustavo Adolfo de Suecia en 1632, Napoleón oyó un cañoneo y recibió la noticia de que el mariscal Ney se había dado de bruces con el enemigo. Envió refuerzos de inmediato al mariscal y dirigió el resto de sus cuerpos hacia Grossgörschen, cerca de Lützen. Allí, Napoleón martilleó a Wittgenstein primero con la artillería pesada y luego ordenó el avance de la Guardia Imperial. Mientras los guardias machacaban el centro de los aliados, Napoleón amenazó sus dos flancos con maniobras envolventes que no dejaron a Wittgenstein más salida que ordenar la retirada.

La batalla acabó en victoria de los franceses, aunque distó mucho de ser completa. La carencia de caballería impidió la persecución de los aliados, que se retiraron con buen orden. De hecho, los oficiales y los soldados aliados no reconocieron la derrota y señalaron, en palabras de un alto oficial prusiano, «la resolución y gallardía de las fuerzas combinadas de las dos naciones, llenas de ardiente amor por sus patrias».[17] El enfrentamiento puso de nuevo de relieve el talento militar de Napoleón y su habilidad, incluso con tropas bisoñas, para reaccionar ante una situación inesperada con un plan de acción improvisado pero eficaz. De no haber sido por la falta de caballería, Napoleón habría completado su maniobra de envolvimiento doble y habría aplastado a las fuerzas aliadas, tal vez poniendo fin a la guerra nada más empezar.

La derrota de Lützen creó una desavenencia transitoria en el alto mando aliado, donde prusianos y rusos se echaron mutuamente la culpa. Los primeros querían dirigirse al norte para pro-

teger Berlín, mientras que los rusos preferían marchar hacia Breslavia y no alejarse de su propio territorio. Ambos contingentes estaban a punto de separarse cuando el rey Federico Guillermo, al comprender los efectos desastrosos que esto tendría, dio su brazo a torcer. Después de dejar encargada la protección de Berlín al débil cuerpo de ejército del general Bülow, el ejército combinado ruso-prusiano se encaminó a Bautzen, a unos 50 kilómetros de Dresde, y se desplegó en las alturas situadas detrás de la primera población, donde se le unieron los refuerzos que llegaron posteriormente mandados por el general Mijaíl Barclay de Tolly. El 16 de mayo, el ministro prusiano, Hardenberg, y el ministro de Exteriores ruso, Karl Robert von Nesselrode, ampliaron los objetivos marcados en Kalisch-Breslavia para incluir también la disolución de la Confederación del Rin (Rheinbund) y el fin del dominio francés sobre España, Holanda e Italia.

Napoleón, después de reagruparse en Dresde, primero pensó amenazar Berlín con la intención de dividir a los aliados. Sin embargo, cuando supo que el ejército aliado combinado vivaqueaba en Bautzen, se puso en marcha hacia allí con el grueso de sus unidades.[18] El emperador llevó de nuevo a la práctica con éxito su principio de concentración de fuerzas superiores. El ejército ruso-prusiano, de 96 000 hombres, tuvo que vérselas con alrededor de 144 000 soldados enemigos. Napoleón, en busca de la victoria decisiva que se le había escabullido en Lützen, diseñó un plan en el que el mariscal Ney debía ejecutar una *manoeuvre sur les derrières* del ala derecha aliada para cortar la línea de retirada y asestar el golpe decisivo.

El primer día de la batalla de Bautzen, el 20 de mayo, se desarrolló según lo previsto por Napoleón: el contingente principal francés, desplegado al oeste y el noroeste de Bautzen, atacó al ejército ruso-prusiano, lo retuvo enfrente de él y amagó con envolver su flanco izquierdo en una finta que obligó a Wittgenstein a emplear la mayor parte de sus reservas. Ya solo faltaba que,

al día siguiente, Ney completara la maniobra con éxito. Sin embargo, el mariscal perdió de vista la importancia estratégica de la misión. A su llegada al campo de batalla, al mediodía del 21 de mayo, malinterpretó las instrucciones del emperador, que le ordenaban asaltar la línea de comunicaciones enemiga, y optó por lanzar a sus hombres contra los altos de Kreckwitz, cerca del pueblo de Preititz, que él pensaba que eran la clave de la posición aliada. En las horas siguientes perdió un tiempo y efectivos preciosos luchando con los prusianos, que defendieron con tenacidad la posición.[19]

La batalla de Bautzen concluyó al anochecer. Aunque fue una victoria francesa, de nuevo volvió a ser una victoria incompleta. Si Ney hubiera continuado su avance según el plan de Napoleón, los aliados habrían sufrido una derrota decisiva. Sin embargo, la ocasión se había perdido y los aliados, aunque maleados, todavía estaban enteros y listos para luchar de nuevo. Su alto mando, sin embargo, se hallaba profundamente dividido. Después de dos derrotas, la posición de Wittgenstein como comandante en jefe aliado era insostenible. Fue reemplazado por Barclay de Tolly, que sugirió retroceder a la frontera rusa para que los efectivos descansaran y establecer un sistema de abastecimiento en condiciones para el desgastado ejército. La oficialidad rusa, que llevaba casi un año en campaña, acogió positivamente la expectativa de tomar un descanso. Los prusianos, como era de esperar, se opusieron. No podían permitirse abandonar Silesia y que Berlín quedara expuesto. Ambos lugares eran cruciales para la maquinaria bélica prusiana y correrían el riesgo de ser expoliados por las tropas francesas. Al final, el emperador Alejandro, al comprender la importancia de preservar la alianza con Prusia, ordenó a sus ejércitos que permanecieran en Silesia. Las provincias del norte de Prusia, en cambio, se dejaron desprotegidas ante los galos. Napoleón, todavía preocupado por los ejércitos de campaña enemigos, ordenó a Oudinot que tomara la capital prusiana,

pero el mariscal no logró superar la decidida resistencia prusiana ofrecida por el general Bülow en Luckau.[20]

La situación de los aliados era bastante precaria. Habían sido derrotados dos veces y en solo un mes se habían visto empujados desde el Salle al Óder, alrededor de 400 kilómetros. Sus ejércitos habían sufrido escasez de suministros. Aunque los soldados aliados habían luchado magníficamente, estaban exhaustos por las marchas y las bajas por enfermedad eran muy numerosas. Todavía más descorazonadoras fueron las noticias que llegaron de Hamburgo, ciudad que las tropas aliadas del teniente coronel Friedrich Karl von Tettenborn habían tomado inicialmente el 18 de marzo.[21] Había sido la primera vez que los aliados invadían el territorio del propio Imperio francés –Hamburgo había sido anexionada a Francia en 1810–. La toma de esta gran ciudad portuaria había sido bien recibida por los socios de la coalición, sobre todo por Gran Bretaña, que podría usarla para acceder al norte de Europa. Solo dos semanas más tarde, Gran Bretaña despachó una pequeña fuerza expedicionaria que tomó tierra en Cuxhaven, 100 kilómetros al noroeste del puerto, para asegurar su posición en la región.[22] Sin embargo, las celebraciones aliadas resultaron prematuras. Davout, el mariscal de Hierro, después de recibir de Napoleón la orden de recobrar la ciudad, expulsó de esta a los aliados el 30 de mayo.

Las continuas dificultades señalaban a los aliados la necesidad de obtener un respiro y, sobre todo, ayuda externa. Aunque Bernadotte, el antiguo mariscal francés convertido en príncipe heredero de Suecia, había apoyado a Rusia desde 1812, nadie esperaba que aportara suficiente ayuda militar. Gran Bretaña, por su parte, se comprometió a entregar un subsidio, pero, centrada como estaba en la península ibérica, no ofreció gran cosa en cuanto a aportación de efectivos. Así pues, solo Austria podría tener un impacto verdaderamente decisivo en el curso de la guerra. De todos modos, los Habsburgo, después de haber sufrido cuatro

humillantes derrotas en trece años, no tenían prisa por desafiar a Napoleón. El soberano francés aún era un adversario formidable con un gran ejército y el emperador Francisco no estaba convencido de que la coalición ruso-prusiana pudiera derrotarlo. Si Austria iba a la guerra contra los franceses y perdía era seguro que ellos se vengarían con saña del ya reducido imperio habsbúrgico. Además, como hemos indicado, Austria no deseaba provocar la derrota de Napoleón si esto significaba que Rusia se convertiría en el árbitro de Europa. De todos modos, permanecer fuera del conflicto tampoco era una opción viable, puesto que una victoria ruso-prusiana (por remota que pareciera a finales de mayo) habría dejado a Austria al margen de las decisiones políticas ulteriores.

La noticia de una posible tregua entre Francia y los aliados fue, por consiguiente, bien recibida en Viena, que pronto expresó su deseo de servir de mediadora. Ambos bandos accedieron y el 4 de junio se firmó un armisticio en Pleischwitz que suspendía las hostilidades hasta el 20 de julio, plazo que se amplió después hasta mediados de agosto.[23]

Hoy sabemos que el Armisticio de Pleischwitz fue uno de los mayores errores de Napoleón, que trató de explicarlo así: «[aunque] este armisticio interrumpe el curso de mis victorias, lo decidí por dos razones: la escasez de caballería, que me impide asestar golpes decisivos, y la actitud hostil de Austria».[24] Hubo también otras razones que pudieron moverlo a desear una tregua. Aunque había ganado las primeras batallas, estas le habían costado alrededor de 40 000 bajas y la cifra de enfermos y convalecientes en los hospitales llegaba a 80 000. Era necesario reemplazar tales pérdidas cuanto antes. El sistema de abastecimiento era deficiente y varios destacamentos enemigos asolaban las líneas de comunicación francesas por toda Alemania. En un caso especialmente atrevido, un destacamento volante ruso llegó a tomar la ciudad de Leipzig el 7 de junio. Igual de preocupante era la des-

ganada conducción en el mando de los comandantes de cuerpo y los mariscales, muchos de ellos simplemente cansados de la guerra. «El giro de la rueda de la Fortuna ha arrasado estas almas de hierro», comentaba abatido el primer secretario de Napoleón, el barón Agathon Jean François Fain, tras escucharlos hablar en el campamento.[25]

La motivación política fue, con mucho, el factor decisivo para que Napoleón aceptara el armisticio. No se le escapaba la actitud cada vez más hostil de Austria y no veía más remedio que negociar. Recuperada su antigua autoconfianza gracias a las victorias recientes, esperaba que la pausa le sirviera para asegurarse de que su suegro austriaco no se apartara de su lado, para que él se pudiera concentrar entonces en aplastar a los prusianos y en dar caza a los rusos hasta que cruzaran a la otra orilla del Niemen. Todos estos factores eran dignos de ser tenidos en cuenta, pero no ocultan el hecho de que los aliados tenían mucho más que ganar con la pausa que Napoleón. Los ejércitos aliados estaban exhaustos y se hallaban en un *cul-de-sac* estratégico en Silesia: un golpe potente adicional habría provocado, seguramente, el colapso de la coalición. El armisticio fue para rusos y prusianos como agua de mayo: el descanso que tanto necesitaban no solo les iba a servir para reorganizar y reforzar sus ejércitos, también les permitiría formalizar la nueva coalición.

Austria tuvo, en todo esto, el papel protagonista. Metternich hizo todo lo que pudo para mantener la expectativa de que era posible que Austria entrara en la guerra en cualquiera de los dos bandos. Esperaba así convencer a Napoleón para que negociara, mientras ayudaba a los aliados a formular unas condiciones de paz que pudieran desembocar en un acuerdo general para Europa. Esto obligó al ministro de Exteriores austriaco a poner en marcha una intrincada campaña diplomática que, en alguna ocasión, se dio de bruces con la obstinación rusa y francesa. Además, durante todo el proceso, Austria, mientras aparentaba neu-

tralidad, también llevó a cabo la movilización encubierta de sus fuerzas, que se hizo pública el 14 de junio con la llamada de los reservistas y de la Landwehr. A finales de julio ya se habían reunido en Bohemia alrededor de 200 000 efectivos y otros dos ejércitos se preparaban junto al Danubio.

Los aliados, por su parte, estaban preocupados por las negociaciones diplomáticas.[26] El Gobierno británico llevaba siendo, mucho tiempo ya, el pagador de las coaliciones antifrancesas y, pese a algunos obstáculos, procuró utilizar de nuevo su influencia para reunir a las tres potencias continentales y empujarlas en la dirección común de la derrota de Napoleón.[27] En una carta al representante británico en Rusia, el ministro de Exteriores Castlereagh lo exhortaba a aprovechar cualquier oportunidad de favorecer la causa aliada y aplicar «el principio general de dar confianza a todas las potencias que puedan ser inducidas a tomar parte en la reducción del poder de Francia y a restaurar la independencia de Alemania».[28] Para conseguirlo, Londres prometía el oro británico. La negociación de los detalles de los subsidios, sin embargo, iba a ser complicada. El emperador Alejandro le indicó a su embajador en Londres, el conde Christoph Heinrich von Lieven, que solicitara 7 millones de libras esterlinas para el sostenimiento de los 200 000 efectivos del Ejército ruso, pero que estuviera dispuesto a reducir la suma a 4 millones a condición de que la mitad se entregara en forma de armas y munición.[29] Gran Bretaña ya se había comprometido financieramente (hasta unos 4 millones de libras en total) con Suecia, Portugal y España y estaba negociando ofertas de subsidio separadas con Prusia y Austria. No es de extrañar que el Gobierno británico se espantara ante la magnitud de la petición rusa. El legado ruso señaló que los ministros británicos «suplicaban hasta las lágrimas» la reducción de los subsidios a Rusia.[30] Castlereagh sabía que los tratados de subsidio individuales no eran suficientes; lo que Gran Bretaña necesitaba era un tratado que uniera a todas las potencias

que luchaban contra Francia en una coalición que Napoleón no pudiera romper ni a través de la diplomacia ni con la fuerza bruta.

La formación de una coalición fue, pues, un elemento crucial de la estrategia general británica en 1813-1815. Esta consistía en tres objetivos amplios. En primer lugar y, por encima de todo, Gran Bretaña deseaba conservar la supremacía colonial y marítima. Para entonces, los británicos ya se habían hecho con todas las colonias francesas, holandesas y danesas y las únicas posesiones de ultramar que aún no estaban en su poder eran las de sus aliados. El control de estos vastos dominios concedía a Gran Bretaña un arma diplomática de gran valor, un arma que podría llegar a esgrimir para conseguir el acuerdo que deseaba en el continente. Esto era especialmente importante en relación con los derechos marítimos, celosamente protegidos por Gran Bretaña contra Francia, pero también ante Estados Unidos y Rusia. La insistencia en excluir de las negociaciones cualquier mención a los asuntos marítimos era, por consiguiente, un punto cardinal de la política británica. En segundo lugar, Gran Bretaña tenía que cumplir con las obligaciones que había adquirido en los acuerdos anteriores. Entre estas figuraban las promesas de restaurar los gabinetes de Portugal, España y Nápoles, así como el compromiso de apoyar las aspiraciones suecas en Noruega. Por último, la tercera tarea era lograr un acuerdo diplomático duradero en el continente que redujera a Francia a sus fronteras prenapoleónicas y que pusiera coto al creciente poder de Rusia. En este aspecto, Londres compartía cierto interés común con Austria.[31]

Los días 14 y 15 de junio, en los Tratados de Reichenbach, Gran Bretaña se comprometió a entregar 2 millones de libras a Rusia y ofreció a Austria, renovando su oferta anterior, medio millón de libras para que se uniera a la coalición. Esto último fue un cambio interesante en los planteamientos británicos, que solo

unos meses antes habían proporcionado decenas de miles de libras para financiar una rebelión en el Tirol austriaco. Los austriacos volvieron a rechazar la oferta británica: Metternich estaba preocupado por los roces con los rusos acerca de Polonia y Serbia. La distancia que separaba las posiciones austriaca y rusa era todavía considerable. Aunque Rusia se comprometió a apoyar la restauración de Austria a las fronteras que tenía en 1805, esto era mucho menos de lo que esperaba la corte habsbúrgica, puesto que, en 1805, Austria ya había perdido casi todas sus posesiones en Italia. Igual de conflictivas fueron las aspiraciones enfrentadas de ambas potencias en Alemania, donde los Habsburgo recelaban del acercamiento ruso-prusiano que amenazaba excluirlos de los asuntos alemanes. En un primer momento, como ya hemos indicado, Metternich intentó posicionarse como el protector de los pequeños Estados alemanes contra la depredación ruso-prusiana y sus esfuerzos fueron parcialmente fructíferos: el Tratado de Praga del 20 de abril extendió la protección austriaca a Sajonia, que ya estaba siendo amenazada por reclamaciones territoriales prusianas.[32] De todos modos, este éxito fue pasajero: después de las victorias de Napoleón en mayo, los príncipes alemanes se refugiaron de nuevo bajo los estandartes franceses.

Durante el armisticio de verano, Metternich asumió un papel principal en las negociaciones con los aliados y con Francia. Su aspiración global era reducir la hegemonía francesa y evitar que Rusia ocupara su lugar. En este sentido, presionó a Rusia y a Francia para que retrocedieran a sus fronteras respectivas en el Vístula y el Rin y para que permanecieran separadas por una Europa central independiente y reforzada. Según este plan, Napoleón estaba obligado a ceder territorios para restablecer las fronteras que Austria y Prusia tenían, respectivamente, en 1805 y 1806, lo que además garantizaba que estos dos países ya no tuvieran que ser compensados por las provincias polacas que habían cedido a Rusia. Metternich, en sus negociaciones con los

aliados, pareció aceptar las demandas ruso-prusianas en relación con Polonia y perfiló los elementos clave de lo que vino a llamar una «buena paz»: la disolución del Gran Ducado de Varsovia, tan ansiada por Rusia; la restauración de Prusia a sus dimensiones anteriores; la devolución de todos los territorios que Francia se había anexionado al este del Rin; la independencia de Holanda; la renuncia francesa a todas las provincias que se había anexionado en Italia; la restauración de los Estados Pontificios; la devolución a Austria de todos los territorios que había perdido en el Tratado de Lunéville; y el cese de la supremacía de Napoleón en Alemania e Italia.[33] Metternich también pensaba que los aliados debían ofrecer un programa mínimo que pudiera atraer a Napoleón a la mesa de negociaciones. Por consiguiente, aparte de las propuestas de la «buena paz», los austriacos también sugirieron dos grupos de reclamaciones territoriales mínimas que sirvieran de base para iniciar las negociaciones preliminares. Por parte austriaca, esas reclamaciones mínimas consistían en la recuperación de las provincias de Iliria, la disolución del Gran Ducado de Varsovia y una nueva frontera con Baviera. Las condiciones mínimas de la coalición ruso-prusiana comprendían la restauración de Prusia a su estado anterior, la entrega por Napoleón de todos los territorios alemanes al este del Rin y un punto clave: el fin de la influencia francesa en la Confederación del Rin.[34]

A lo largo del mes de mayo, los aliados debatieron los detalles finales de estas condiciones e insistieron, entre otras cosas, en sumar la independencia de Holanda e Italia al listado de las exigencias mínimas. A mediados de junio, surgió un impedimento adicional con la firma de los Tratados de Reichenbach. Gran Bretaña, a cambio de su apoyo financiero, insistía en la restauración de Hannover y en que todos los miembros de la coalición se comprometieran a no firmar una paz separada con Napoleón. La participación británica significaba que, en las eventuales negociaciones con Francia, habría de seguro demandas adicionales, sobre

todo relacionadas con España, Portugal y Nápoles. En cualquier caso, la profunda desconfianza y las suspicacias cruzadas en el seno de la coalición no permitían que ninguna parte recorriera el camino por separado: hacer frente a Napoleón exigía una acción colectiva.

El 26 de junio, Metternich mantuvo una larga entrevista con Napoleón en Dresde. Fue una ocasión decisiva para el curso de la guerra. Las propuestas preliminares que entregó el ministro austriaco, y que se debatieron más tarde en el Congreso de Paz celebrado en Praga entre el 12 de julio y el 10 de agosto, incluían lo siguiente: la disolución del Ducado de Varsovia, que sería dividido entre las potencias aliadas; la reorganización de la Confederación del Rin; el retorno de las provincias de Iliria a Austria; la restauración de las ciudades hanseáticas que Francia se había anexionado en 1810 y el restablecimiento de Prusia a la posición que disfrutaba antes de 1806.[35] De haber convencido Metternich a Napoleón para que cediera y aceptase una solución diplomática, la historia habría tomado un rumbo distinto. Sin embargo, Napoleón rechazó las propuestas en el transcurso de una acalorada discusión en la que puso de manifiesto que se pensaba invulnerable, incluso después de la catástrofe rusa. «¿Así que queréis la guerra? –le dijo a Metternich–. Bien, la tendréis. Ya he aniquilado al Ejército prusiano en Lützen; he derrotado a los rusos en Bautzen; ahora queréis que sea vuestro turno. Muy bien, nos veremos en Viena».[36] Metternich partió de Dresde convencido de que ya no era posible una negociación auténtica con el soberano francés. Podríamos aventurar que ya lo sabía antes de la entrevista. Durante la preparación para el encuentro, Metternich ya había ordenado a sus diplomáticos que firmaran, el 27 de junio, el Tratado de Reichenbach, por el que Austria se unía a los aliados –completándose así la Sexta Coalición– y se comprometía a declarar la guerra a Francia si las condiciones ofrecidas a Napoleón no eran aceptadas.[37]

En retrospectiva, la reacción de Napoleón a las Propuestas de Dresde fue bastante previsible si consideramos el alcance de las concesiones que se le pedían. Incluso después de las derrotas en Rusia y España, no eran, en contra de lo que se ha afirmado con frecuencia, unas condiciones benévolas. A pesar de que Napoleón contaba con ventaja en el aspecto militar (al menos en Alemania) y de que todavía controlaba gran parte de Europa central e Italia, le pedían que renunciara a las conquistas ganadas por Francia a lo largo de veinte años y que rindiera posiciones por todo el continente. ¿Habría aceptado cualquier otro jefe de Estado –no digamos ya alguien del fuste de Napoleón– semejantes concesiones en un momento en el que una serie de victorias recientes le habían insuflado fuerzas renovadas? ¿Habría entrado cualesquiera de los líderes aliados a valorar ofertas similares con respecto a sus propios intereses imperiales, fuera en la India, en el Cáucaso o en los principados del Danubio? ¿Era la actitud de Napoleón distinta de la de Gran Bretaña, cuyos dirigentes pensaban que los imperios debían ganarse y conservarse por «el poder armado» para que no cayeran, por los mismos medios, en manos de una potencia superior?[38]

Es innegable que Napoleón era reacio a negociar, pero las afirmaciones de que no tenía otro objetivo que luchar o de que los aliados habían accedido a hacer la paz con él sobre la base de unas condiciones mínimas parece errada.[39] El emperador francés, igual que sus oponentes, trataba de conseguir su propio proyecto de paz continental y ganar la guerra era un elemento crucial de este. El conjunto de las demandas que se presentaron en Dresde estaba pensado solo para dar inicio a las conversaciones preliminares. Si los franceses las hubieran aceptado, los aliados habrían puesto sobre la mesa otras nuevas en las negociaciones finales. Napoleón lo sabía y está claro que pensaba que no podía acceder a esas condiciones en un momento en que, militarmente, se hallaba en una posición de relativa fuerza. Su intransigencia oculta-

ba dos objetivos concretos: llegar a un acuerdo separado con Rusia, el miembro más fuerte de la coalición, y castigar a Austria por romper la alianza con Francia. Napoleón expuso con claridad estos puntos en sus instrucciones a Caulaincourt, a quien envió a negociar a Praga.

La conferencia de Praga no produjo avances. Con frecuencia, ha sido calificada de farsa. Karl Nesselrode, el propio representante ruso, reconocía que «ningún bando deseaba especialmente la paz. El congreso fue solo una comedia».[40] Esta afirmación no dista mucho de la realidad. De las cuatro partes que participaron, solo Austria estaba de verdad interesada en organizar una conferencia de paz general y Metternich se esforzó al máximo –incluso a costa de confundir a sus aliados– para convencer a Napoleón de sus intenciones pacíficas.[41] Napoleón se mantuvo receloso, convencido de que los austriacos le ofrecían una rama de olivo con una mano mientras preparaban la espada con la otra. No se equivocaba: la corte de los Habsburgo aprovechó el armisticio para completar la movilización de su ejército. De todos modos, las acciones de Napoleón estuvieron fundamentadas en otras consideraciones. En primer lugar, fuera por su sentido de la lealtad familiar o por su visión condescendiente de las capacidades militares austriacas, estaba convencido de que el emperador Francisco no iría a la guerra contra su propio yerno. Para subrayar estos lazos dinásticos, Napoleón había concedido a la emperatriz María Luisa –hija de Francisco– la posición de regente durante su ausencia de Francia.[42] En segundo lugar, el temor de aceptar una paz «deshonrosa» pesaba mucho en Napoleón. Estaba seguro de que el pueblo francés no aceptaría la pérdida de la gloria nacional, que era, en palabras de un historiador británico, «uno de los cuatro pilares fundamentales –junto con los derechos de propiedad, la baja fiscalidad y la autoridad centralizada– que sostenían su poder».[43] Napoleón se equivocaba. No es probable que desconociera las manifestaciones públicas de alegría que el

armisticio despertó en muchas localidades francesas; los informes de los prefectos hablaban del «deseo de paz [que era] cada día más intenso, y si esta esperanza se demostrase sólida, el júbilo popular y la gratitud hacia el emperador estallarían por todas partes».[44]

El conjunto final de demandas recibidas por Napoleón el 9 de agosto (que vencían al día siguiente) fue su última gran oportunidad de negociar desde una posición de relativa fuerza.[45] La aceptación de estas condiciones previas habría significado renunciar a mucho de lo que había conseguido en los trece años previos y convertiría en inútiles los cientos de miles de vidas que se habían sacrificado. Obviamente, Napoleón todavía podría haber remediado la situación durante las negociaciones, a través de una diplomacia hábil y de concesiones oportunas que supieran aprovechar el cansancio europeo por la guerra, la desconfianza y los celos en el seno de los miembros de la coalición y el miedo de los soberanos a los movimientos populares que la guerra pudiera desencadenar. Sin embargo, esta vía habría supuesto renunciar al Gran Imperio, una posibilidad inaceptable para Napoleón. Prefirió el camino de la guerra, más sencillo, aunque también más arriesgado. Apenas unos meses antes había comentado con tono sombrío: «[…] en este mundo hay dos alternativas: mandar u obedecer».[46] De todos modos, Napoleón estudió las condiciones de los aliados y aceptó algunas y rechazó otras. Por ejemplo, no se pronunció en cuanto a su posible renuncia al protectorado que ejercía sobre la Confederación del Rin, pero accedía a la disolución del Ducado de Varsovia (que fue repartido entre las potencias aliadas) y a la devolución de las provincias de Iliria a Austria; se negaba a entregar Danzig a Prusia, pero accedía a convertirla en una ciudad libre. Aunque no cumplieran las expectativas aliadas, se trataba de concesiones considerables. Además, si Napoleón las hubiera transmitido a Praga al instante, es posible que los aliados las hubieran aceptado como punto de partida para

unas negociaciones preliminares. Sin embargo, bien fuera por su orgullo o por su indecisión, el caso es que Napoleón retrasó el envío de las contrapropuestas y estas no llegaron a Praga hasta el 11 de agosto, después de vencido el plazo concedido por los aliados.[47] Los legados ruso y prusiano, en palabras del eminente historiador estadounidense Enno Kraehe, con «los ojos pegados al reloj y la sonrisa en el rostro de quien ya sabía lo que iba a ocurrir, no dejaron pasar ni un minuto después de las campanadas de medianoche para declarar expirados sus poderes».[48] Al día siguiente Austria declaraba la guerra a Francia.[49] Por vez primera desde el inicio de las Guerras Napoleónicas, Francia se enfrentaba al esfuerzo combinado del resto de grandes potencias europeas, cuyos ejércitos ya estaban desplegados y listos para coordinar sus acciones.

El Armisticio de Pleischwitz fue, como vemos, el punto de inflexión de la guerra. Si al principio del armisticio la fuerza de Napoleón era más que suficiente para enfrentarse a sus enemigos, e incluso estaba cerca ya de ganar la campaña, para cuando el armisticio concluyó los aliados eran, al menos, el doble de fuertes que él y estaban determinados a expulsarlo, de una vez y para siempre, de Europa central. Sabían que, incluso después de los recientes reveses de Francia, solo un esfuerzo de cooperación sin precedentes podría liberar Europa del poder de Napoleón. La convicción en su misión se vio además reforzada por las noticias de los sostenidos éxitos británicos en la península ibérica.

Wellington, que, como hemos visto, se había retirado a Portugal después de su victoria en Salamanca, en el otoño de 1812, había empleado el invierno en el restablecimiento de su contingente, que había aumentado hasta 80 000 efectivos de los que más de la mitad eran británicos. Las fuerzas francesas en España,

en cambio, se habían visto debilitadas por la decisión de Napoleón de retirar de este teatro a miles de soldados para la nueva campaña en Alemania. Wellington, para aprovechar esta circunstancia al máximo, lanzó una nueva invasión de España en mayo de 1813. Destacó al teniente general *sir* Rowland Hill, al mando de 30 000 hombres, a una maniobra de distracción hacia Salamanca, mientras la fuerza principal anglo-aliada avanzaba a través del norte de Portugal para venir a caer detrás de las líneas defensivas francesas. A primeros de junio, toda esta fuerza ya se encontraba en la orilla norte del Duero, con gran sorpresa de los franceses, que tuvieron que redesplegarse a toda prisa para hacer frente a la nueva amenaza en el norte. Sin embargo, los británicos progresaron a tanta velocidad que los galos, dirigidos por el rey José, se vieron obligados a abandonar Burgos el 13 de junio y luego, una semana después, fueron alcanzados en Vitoria desprevenidos. El desenlace de la batalla subsiguiente acabó en tal derrota del Ejército francés que las tropas abandonaron en su huida todo el tren de bagaje –más de 400 carros– y solo salvaron 2 de sus 153 cañones. Más increíble aún fue el inmenso tesoro –fruto de seis años de saqueo y en el que no faltaban cuadros de Tiziano, Velázquez o Murillo– que el monarca dejó atrás en su huida del campo de batalla.

Después de Vitoria, los británicos barrieron el norte de España mientras los franceses se retiraban entre gran confusión y desorden. Todo lo que quedaba del reino de España napoleónico eran unas pocas guarniciones desperdigadas y el contingente del mariscal Suchet en Cataluña y Aragón. Aunque los galos intentaron socorrer las fortalezas asediadas de San Sebastián y Pamplona, fueron rechazados en Sorauren (28-30 de julio) y en San Marcial (31 de agosto) y obligados a cruzar los Pirineos. A todos los efectos, la Guerra Peninsular había terminado. Wellington ya podía planear, desde ese momento, la invasión de la propia Francia. La situación en España tuvo mucho peso en los planes de

Napoleón. No se le ocultaba la urgencia de asestar un golpe decisivo a la coalición en Alemania para poder después dirigir la atención a los Pirineos.[50]

Ahora que Napoleón había rechazado el acuerdo de paz, la única alternativa que le quedaba, igual que le había sucedido a menudo en el pasado, era una acción militar rápida e implacable. Esta vez, sin embargo, el enemigo era muy distinto. Los aliados se habían demostrado capaces de aprender de sus errores pasados. Tal vez no haya mejor prueba que los consejos de guerra que celebraron en Trachenberg y Reichenbach durante el armisticio. Allí concibieron un planteamiento estratégico de desgaste pensado para contrarrestar el genio militar de Napoleón. Los aliados se comprometieron a desplegar medio millón de hombres en tres grandes contingentes: el Ejército de Bohemia, comandado por el mariscal de campo austriaco Karl Philip, príncipe de Schwarzenberg, que sumaba alrededor de 230 000 efectivos; el Ejército del Norte de Alemania, con más de 140 000 soldados a las órdenes del príncipe heredero sueco, Bernadotte; y el Ejército de Silesia, formado por 105 000 hombres mandados por un general prusiano, Blücher.[51] Eran todos unidades multinacionales, diseñadas para limitar la posibilidad de que cualquier miembro de la coalición actuara según sus intereses nacionales individuales y para evitar que Napoleón los derrotara por separado. Estos ejércitos solo debían aceptar la batalla con el enemigo si la superioridad estaba fuera de duda. En caso de que un ejército fuera atacado por Napoleón, debía retroceder a la vez que los otros dos contingentes aliados avanzaban para aumentar la presión en los flancos y las líneas de comunicación del enemigo y, si les era posible, para destruir también cualesquiera fuerzas que el emperador francés enviara contra ellos a las órdenes de los lugartenientes. Una vez que hubieran debilitado bastante a Napoleón, los aliados podrían ya concentrar sus ejércitos para la batalla decisiva.[52]

Los aliados, pertrechados con su nueva estrategia, pronto se hicieron con la iniciativa y obtuvieron una serie de victorias tempranas. El 23 de agosto, el mariscal Oudinot, que había recibido de Napoleón la orden de tomar Berlín, fue derrotado por el Ejército del Norte de Alemania de Bernadotte en Großbeeren y tuvo que alejarse de la capital prusiana.[53] Fue un anticipo funesto de lo que sucedió cada vez que Napoleón delegó autoridad en sus subordinados. Dos días después, Blücher derrotaba al mariscal de Francia Macdonald en el río Katzbach y expulsaba al enemigo de Silesia.[54] Napoleón cambió ligeramente las tornas a su favor cuando aprovechó un error de Schwarzenberg y sorprendió al expuesto Ejército de Bohemia en Dresde los días 26 y 27 de agosto: pese a que el enemigo casi lo doblaba en número, el emperador superó a su adversario y consiguió una excelente victoria táctica que les costó a los aliados más de 30 000 hombres.[55] De haber seguido a este éxito una persecución con viveza, Dresde podría hoy figurar entre las victorias decisivas de Napoleón. Sin embargo, el efecto acumulado de la escasez de caballería, el mal tiempo y la propia indecisión de Napoleón acabaron por convertirla en un resultado pírrico. Al menos, el emperador halló cierto consuelo en la noticia de que un inveterado rival suyo, el general Jean Moreau, que había vuelto del exilio para apoyar a los aliados, había muerto por una bala de cañón francesa. «Ese granuja de Bonaparte siempre tiene suerte», escribió Moreau a su mujer poco antes de su muerte.[56]

Moreau no vivió lo suficiente para ver cómo se extinguía la suerte de su rival. Dos días después de Dresde, el general Dominique Vandamme, a quien Napoleón había encargado la persecución de Schwarzenberg, acabó rodeado por el enemigo en Kulm, donde todo su contingente fue capturado. El 6 de septiembre le tocaba el turno al mariscal Ney. Destacado por Napoleón a tomar Berlín, Ney fue derrotado en Dennewitz. Mientras tanto, de acuerdo con el plan de Trachenberg, las fuerzas aliadas se reti-

raban cada vez que Napoleón iba contra ellas, lo que le obligaba a perder el tiempo al cambiar una y otra vez de dirección entre los ríos Elba y Bober con el infructuoso anhelo de obtener una victoria decisiva. A la vez, Schwarzenberg avanzaba por Sajonia. [57] No cabía duda de que el plan aliado estaba funcionando. En menos de un mes de campaña, los franceses habían sufrido miles de bajas sin obtener ganancias tangibles a cambio. Los efectivos que quedaban estaban exhaustos por las marchas, los combates incesantes y las torrenciales lluvias que, prácticamente, inutilizaron las líneas de suministro. Los aliados, animados por estos éxitos, cerraron el 9 de septiembre los Tratados de Toeplitz. Estos reforzaban los pactos de coalición anteriores y perfilaban más los principios generales en los que se basaría el acuerdo de la posguerra. Las provisiones generales pedían la restauración material de Austria y de Prusia a su situación previa, respectivamente, a 1805 o a 1806, la disolución de la Confederación del Rin, la devolución de los Estados del noroeste europeo a su estatus de 1803 y la partición del Gran Ducado de Varsovia según unas directrices que se fijarían más adelante. Los tres ejecutivos hicieron votos de no negociar una paz separada con Napoleón y cada uno se comprometió a mantener un ejército en campaña hasta que la guerra terminara.

Después de Dennewitz, Napoleón ajustó su estrategia. Trató todavía, una vez más, de dar caza al Ejército de Silesia de Blücher y al Ejército del Norte de Alemania de Bernadotte, pero ambos declinaron la opción de dar batalla y se retiraron a la otra orilla del Saale. Fue uno de los momentos decisivos de toda la campaña. Blücher y Bernadotte habían dejado Berlín prácticamente a su suerte, protegida solo por una reducida guarnición prusiana. Si Napoleón hubiera decidido entonces abandonar Silesia y desplazar sus unidades al norte, la campaña habría tomado un curso completamente distinto. Hasta aquel momento, las operaciones galas habían tenido su eje en Dresde, que ofrecía nu-

merosas ventajas como posición central. Sin embargo, también era una población no fortificada que podía ser fácilmente amenazada por los aliados. Si hubiera desplazado las operaciones hacia el norte, Napoleón podía haber convertido las fortalezas de Magdeburgo, Torgau, Wittenberg, Küstrin y Stettin en sus bases de operaciones y dejar a los ejércitos aliados en la esquilmada región de Sajonia. Sin embargo, optó por otra estrategia. Después de meses de intentar cazar a un enemigo escurridizo, decidió apostarse en Leipzig, dejar que los aliados fueran por él y confiar en que surgiera la oportunidad de atacar por separado a sus distintos contingentes mientras convergían sobre la ciudad.

Los aliados fueron rodeando lentamente a Napoleón en Leipzig. El 15 de octubre, mientras Schwarzenberg se aproximaba a la ciudad por el sur y Blücher por el norte, el emperador francés todavía tuvo una oportunidad real de victoria si hubiera actuado con su antiguo vigor.[58] El día 16, en cambio, ya era demasiado tarde. Cuando la batalla empezó aquella mañana nublada de octubre, los aliados contaban con más de 200 000 hombres contra los 170 000 de Napoleón. Fue un día de enconados y sangrientos combates que acabó sin que ningún bando se impusiera. Sin embargo, el ejército de Napoleón, que ya no esperaba recibir nuevas tropas, se enfrentaba a un enemigo al que no le dejaban de llegar refuerzos: a los 40 000 rusos de Bennigsen les siguieron alrededor de 60 000 hombres a las órdenes de Bernadotte, que elevaron el total de la fuerza aliada a unos 380 000 hombres y 1500 cañones, mientras que Napoleón apenas podía presentar 200 000 soldados y 900 cañones. El emperador francés dejó pasar el día 17 sin tomar ninguna decisión, cuando tenía que haber atacado u ordenado la retirada. Envió una carta al emperador austriaco en la que proponía un armisticio y sugería concesiones de forma imprecisa. No sirvió de nada; sus enemigos sabían que estaba contra las cuerdas y no estaban interesados en dejarlo escapar.

El 18 de octubre se reanudó la batalla, ahora claramente desequilibrada en contra de los franceses, en especial tras la defección de los contingentes de Sajonia y Wurtemberg al bando aliado. Los franceses, pese a disputar cada palmo de terreno, fueron empujados sin remisión hacia la ciudad. Al anochecer, Napoleón ya había ordenado la retirada general. Durante toda la noche sus efectivos fueron atestando la población y atascando las salidas de la parte oeste. Curiosamente, Napoleón no había dispuesto preparativos especiales para la retirada y no se habían desplegado pontones a través de los ríos Pleiße y Elster. La masa del contingente francés se retiraba a través de un único puente que pronto acabó bloqueado. Para culminar estos desastres, un cabo que se quedó atrás con la misión de volar el puente sobre el Elster se azoró por la proximidad de las tropas enemigas y prendió la mecha antes de tiempo, cuando las unidades francesas aún lo estaban cruzando. Con la explosión de las cargas, fragmentos del puente y de los transportes volaron por los aires a gran distancia, por no hablar de los desafortunados caballos y hombres que en aquel momento lo cruzaban.[59] Millares de soldados franceses quedaron atrapados en la ciudad y fueron capturados. Algunos intentaron ponerse a salvo nadando, como el mariscal Józef Poniatowski, que se ahogó en el intento.[60] La oscuridad puso fin a la batalla. La magnitud de la victoria aliada eclipsó todas las lides anteriores de las Guerras Napoleónicas. Los franceses sufrieron una cifra impresionante de bajas: más de 60 000 entre muertos, heridos y capturados. Fueron hechos prisioneros 36 generales y se pedió un tercio de las piezas de artillería. Las bajas aliadas fueron igual de sangrantes, más de 50 000.

La batalla de las Naciones, denominación por la que se acabó conociendo el choque de Leipzig, fue un acontecimiento transformador que pulverizó el legado de Austerlitz y Jena. Si antes del enfrentamiento todavía parpadeaba la esperanza de que Napoleón emergiera victorioso de esta contienda, Leipzig la extin-

guió. Todo el entramado imperial napoleónico cayó con estrépito por los suelos. La derrota no dejó a los aliados alemanes de Napoleón más opción que unirse a los aliados. En el mes siguiente (del 18 al 24 de noviembre), Rusia, Austria y Prusia declararon la disolución de la Confederación del Rin y negociaron nuevos acuerdos con los príncipes alemanes, que recibieron el encargo de proporcionar efectivos y abastecimientos, así como de proveer enormes sumas de dinero para la continuación de la lucha contra su antiguo amo. El contingente de cada Estado alemán se estipuló en el doble de lo que había proporcionado a Napoleón. Sajonia y Hannover aportaron 20 000 cada uno, Hesse y Wurtemberg 12 000 y Baden 10 000. Al final, los Estados alemanes proporcionaron más de 100 000 soldados regulares y un número similar de tropas de la Landwehr.[61]

Resultó más decisivo aún que estos Estados alemanes se hallaron, a partir de ese momento, inmersos en una agria lucha de poder entre Rusia, Prusia y Austria. La corte de los Habsburgo logró llegar a acuerdos militares independientes con algunos Estados alemanes (por ejemplo, Hesse-Darmstadt y Wurtemberg). Esto despertó, en Prusia y Rusia, el fantasma de una Alemania meridional bajo dominio austriaco que consideraban perjudicial para sus intereses. El emperador Alejandro, aprovechando sus lazos dinásticos con numerosos príncipes alemanes, se hizo un sitio en la alianza entre Austria y Wurtemberg el 2 de noviembre de 1812 e insistió también en participar en el tratado austro-bávaro. Además, entre el 20 de noviembre y el 2 de diciembre, los diplomáticos rusos negociaron tratados independientes con Baden, Schwarzburgo-Sondershausen y Hesse-Kassel y avanzaron reclamaciones en cuanto a Sajonia, Turingia, Hesse-Darmstadt y Nassau, donde, supuestamente, la organización de sus distritos administrativos debía quedar en manos de gobernadores rusos. Igual de ambiciosa fue Prusia, que exigía onerosas compensacio-

nes a Sajonia y seguía ocupando el Gran Ducado de Berg incluso después de que ya no quedara en este ni un soldado francés.[62]

Aunque parecía razonable pensar que los aliados, en su exaltación, invadirían Francia y se apresurarían a derrocar al hombre que los había atormentado tanto tiempo, lo cierto es que después de Leipzig pausaron las operaciones para recomponerse y más tarde tomaron posiciones a lo largo del Rin. Entonces, los representantes de la coalición se reunieron en Fráncfort para debatir el siguiente paso. Todos se mostraban preocupados ante la expectativa de invadir Francia: todavía estaban frescos los recuerdos de la *levée en masse* y la movilización popular francesas de 1790 y los aliados no se sentían inclinados a pagar el alto precio humano y material que la invasión exigiría. Además, sus diversos e irreconciliables objetivos y deseos habían vuelto a reafirmarse. Las desavenencias habían sido escasas mientras la coalición luchaba por el control de Europa central, pero ahora que este se había logrado y los aliados estaban a orillas del Rin, la unidad empezó a resquebrajarse. Bernadotte, príncipe heredero de Suecia, había demostrado en varias ocasiones una implicación desangelada por la causa aliada y estaba en contra de la idea de invadir Francia. Su oposición no venía de su anterior nacionalidad francesa, sino de las enormes ambiciones que deseaba ver cumplidas, como hacerse cargo de Francia cuando Napoleón fuera derrocado, o, si esto no salía adelante, al menos reforzar la posición sueca en el norte de Europa.[63] Estos motivos políticos, unidos a sus inquietudes dinásticas, perfilaron la actuación de Bernadotte durante toda la contienda.[64] De hecho, nadie sabía mejor que el propio Bernadotte que su eventual trono sueco dependía totalmente de que consiguiera hacerse con Noruega –de ahí que solo tomara la decisión de unirse a los aliados a condición de que estos lo ayudaran a obtener dicho reino arrebatándoselo a Dinamarca, aliado de Napoleón–. A lo largo de la campaña, a menudo mantuvo a sus tropas suecas alejadas de la acción a propósito, pues pensaba

que podría necesitarlas más adelante para las conquistas que planeaba en el norte.

Austria, que había representado un papel tan decisivo en los acontecimientos de 1813, ya había dado por cumplido su objetivo: la eliminación de la influencia francesa en Alemania. La corte vienesa no estaba interesada en el derrocamiento de Napoleón, que al fin y al cabo estaba casado con la hija del emperador Francisco. Proseguir la guerra significaba más sacrificios de hombres y dinero y el resultado supondría un avance inevitable de los intereses de San Petersburgo y de Berlín, más que de los vieneses. Para Metternich, la llegada al Rin había señalado el momento de negociar la paz, una paz que pudiera crear un equilibrio entre las grandes potencias en la que Francia actuaría de contrapeso ante Rusia. Similar importancia tenía, para Austria, frustrar los planes de rusos y prusianos para Polonia y Sajonia, o cualquier otro proyecto que pudieran tener en Alemania que amenazara los intereses nacionales austriacos.

Así pues, quienes clamaban por la continuación de la guerra eran el emperador Alejandro y los oficiales del alto mando prusiano –el rey Federico Guillermo era cualquier cosa, excepto belicoso–. El soberano ruso solo veía en ella ventajas. Además de la importancia simbólica de entrar en la capital de su enemigo, sabía que, cuanto más importante fuera su rol en el sojuzgamiento de quien encarnaba la Revolución, más peso tendría su voz en el acuerdo final. El proyecto de Alejandro para Rusia en la Europa de la posguerra exigía una conducción enérgica del conflicto y la destrucción del poder francés. Una paz negociada con Napoleón todavía en el trono y con los ejércitos franceses aún movilizados no podía ofrecer la palanca que Alejandro necesitaba para lograr objetivos como que Francia entregara Alsacia a Austria para que esta aceptara la cesión de Galicia a una Polonia controlada por Rusia. Además, las repetidas fricciones con los austriacos también despertaron en los rusos la duda de si podrían contar con

apoyo suficiente de cualquier actor implicado en las negociaciones: incluso el apoyo de los prusianos parecía flaquear, lo que ponía en peligro la viabilidad de la demanda fundamental de Alejandro, es decir, la incorporación de la Polonia prusiana a su dominio polaco a cambio de la entrega de Sajonia a Berlín.

A pesar de las demandas del partido de la guerra, Metternich y la opción de buscar un tratado de paz prevalecieron. Los aliados ofrecieron a Napoleón las que se conocieron como Propuestas de Fráncfort. Estas condiciones, redactadas bajo la atenta supervisión de Metternich, habrían permitido la supervivencia de la monarquía napoleónica en Francia, a cambio de que Napoleón se conformara con unas fronteras naturales aumentadas. Napoleón entregaría Holanda, Alemania, Italia y España, pero conservaría Bélgica, la orilla izquierda del Rin y Saboya (en el noroeste de Italia), o, lo que es lo mismo, las conquistas originales de la Revolución francesa. Eran unas condiciones generosas, si tenemos en cuenta que Napoleón ya había perdido el control de Alemania, Italia y España. Su aceptación se habría limitado a confirmar la realidad ya existente. Francia todavía habría acabado más grande que nunca desde Carlomagno y la monarquía napoleónica habría sobrevivido, sin duda, más allá de 1815. Esa era, además, la intención exacta de las propuestas. Derivaban del temor de Metternich de que Rusia se convirtiera en la futura amenaza al equilibrio europeo. La insistencia rusa en la guerra y en producir un cambio de régimen en Francia exasperaba a los austriacos, que interpretaban esto como un plan de Alejandro para convertir a Francia en su satélite. Ahora que Prusia ya desempeñaba el papel de socio ruso, esa alternativa para la posguerra habría garantizado el dominio ruso del continente. Para poner coto a los zares ambiciosos, era necesario preservar a Francia como gran potencia. La concesión a esta de sus fronteras naturales garantizaba que los franceses contarían con recursos suficientes para frenar el expansionismo ruso en Europa.

La sinceridad de la oferta ha sido debatida largo tiempo los historiadores, aunque, si tenemos presentes las continuas diferencias entre las potencias, es probable que Napoleón hubiera conseguido la paz con aquellas condiciones de haber aceptado la oferta de inmediato. Sin embargo, vaciló. Estaba dispuesto a entregar España y Alemania, pero dudaba ante la idea de renunciar a una Italia que, en sus palabras, «podía servir de distracción a Austria», o a Holanda, que «aportaba tantos recursos».[65] Similar importancia tuvo en sus razonamientos la constatación de que el pago que los aliados ofrecían a cambio de que Francia aceptara las condiciones no era el cese de las hostilidades, sino el inicio de las negociaciones. Además, los aliados especificaban que esas negociaciones no suspenderían las operaciones militares. Es decir, incluso después de haber renunciado a sus conquistas, no obtendría la seguridad de preservar a Francia de una invasión. Napoleón, refunfuñando porque la coalición diera «al león por muerto», accedió a negociar y ordenó a su emisario que informara a los aliados de que aceptaba «las bases generales y sumarias» para las conversaciones.[66] A lo largo del mes de noviembre de 1813, los respectivos legados no pararon de ir y venir de un campo al otro mientras se debatían las condiciones preliminares para la apertura de las negociaciones.

La intervención británica no tardó en convertir en fútiles estas negociaciones. Para entonces, Wellington ya se encontraba en el sur de Francia. Su presencia militar, unida a los ingentes subsidios que los aliados recibían de Londres, concedía a Gran Bretaña un gran poder. La noticia de las Propuestas de Fráncfort alarmó al Gobierno británico: su representante, el conde de Aberdeen, no solo había aceptado el planteamiento de Metternich para el equilibrio europeo de la posguerra, sino que había llegado a prometer la devolución de las colonias francesas conquistadas y no había protestado por la introducción de los intereses marítimos británicos en el debate. Se decidió que lord Castlereagh, se-

cretario de Exteriores, acudiera de inmediato al cuartel general de los aliados. Castlereagh, que, durante mucho tiempo, fue el aprendiz favorito del primer ministro Pitt, tenía una amplia experiencia activa en la política exterior británica y compartía con Pitt una misma visión para la Europa posnapoleónica: el regreso de Francia a sus fronteras de 1792, la restauración de los soberanos derrocados durante las Guerras Napoleónicas, la aceptación de la expansión rusa siempre que se pudiera compensar a Austria y a Prusia, la formación de un tampón territorial alrededor de Francia para evitar futuras agresiones y la consecución de un acuerdo general para la protección y la seguridad mutua de las grandes potencias.[67] Este fue el programa general que Castlereagh intentó hacer realidad entre 1813-1815. Las instrucciones también especificaban la independencia de Holanda, España y Portugal y dejaban claro que Aberdeen debía mostrarse inflexible contra cualquier acuerdo que dejara a Francia el control de parte alguna de los Países Bajos (en especial de Amberes), un control que podía amenazar las islas británicas.[68] Naturalmente, la cuestión de los derechos marítimos, que constituían el pilar de los intereses imperiales británicos por todo el mundo, era crucial para Londres. Castlereagh dejó claro que el poder naval británico era tan contundente que los aliados no debían ni mencionarlo en sus negociaciones.[69]

Las Propuestas de Fráncfort alarmaron a los británicos: era evidente que Metternich estaba pilotando a la coalición en una dirección que dejaría incumplidas muchas de las aspiraciones británicas en la guerra. Austria, como potencia continental, era bastante ajena a las cuestiones que más preocupaban a los británicos, como los derechos del comercio marítimo o los Países Bajos. Por otro lado, la influencia británica en el sur de Italia intranquilizaba profundamente a Viena, que prefería ver la península itálica bajo su autoridad. Metternich, con el fin de lograr sus objetivos –contener a Rusia, mantener el equilibrio político y prevenir re-

voluciones futuras–, trató de aislar a los británicos y, si era posible, excluirlos de unas negociaciones que habrían dejado a Napoleón en el trono de Francia y limitado esta última a sus fronteras naturales. Esta posibilidad inquietaba a Gran Bretaña.

Castlereagh, al llegar al continente, encontró a los aliados carentes de unidad en el aspecto militar y también en el diplomático. La negativa del emperador ruso a concretar sus objetivos invitaba a pensar que quería utilizar la guerra para ampliar la influencia rusa en Europa central. Las relaciones entre Alejandro y Metternich se habían agriado hasta tal punto que los austriacos amenazaron con interrumpir la cooperación militar a menos que los rusos moderaran sus ambiciones. Castlereagh se aplicó de inmediato a la tarea de reconciliar esas diferencias estrechando las relaciones entre los aliados y, sobre todo, creando un mecanismo que permitiera a la coalición actuar al unísono contra Napoleón y reorganizar el continente después de dos décadas de guerra. Una de las grandes contribuciones de Castlereagh a las Guerras Napoleónicas. Fue uno de los estadistas británicos menos insulares y demostró iguales dosis de sentido común y de comprensión correcta de las diversas cuestiones en juego. Trabajó con diligencia para enmendar las divisiones entre los aliados y su éxito final generó una verdadera revolución diplomática en las relaciones internacionales.[70]

Estaba convencido de que ninguna paz sería duradera mientras Napoleón continuara llevando la corona imperial. Gran Bretaña y Austria, por tanto, tenían en esta cuestión posiciones aparentemente opuestas, que podrían haber sido insuperables de no mediar la desavenencia en las relaciones austro-rusas que allanó el camino del reencuentro anglo-austriaco. Castlereagh, para animar a los aliados a continuar la lucha, les ofreció 5 millones de libras y les comunicó el deseo británico de establecer una Gran Alianza en la que Rusia asumiría el papel de socio principal de Gran Bretaña. Alejandro, sin embargo, rechazaba cualquier

oferta que no le garantizara su gran objetivo, Polonia. Partió entonces hacia el frente, el 16 de enero, y dejó a Metternich en Basilea. El austriaco aprovechó con inteligencia la oportunidad que se le abrió entonces para buscar, en sus propias palabras, «una identidad de pensamiento y sentimiento» con Castlereagh. Tan pronto el secretario británico llego a la población suiza, el ministro austriaco preparó varias reuniones privadas de ambos, en las que le expuso una perspectiva más profunda de los problemas de la coalición. Metternich sabía que, a causa de la intervención británica, las condiciones de Fráncfort ya no eran viables. Aunque desconfiaba de los británicos, también necesitaba su ayuda contra las maquinaciones rusas, por lo que se presentó como un defensor flexible de una entente anglo-austriaca y marcó distancias con el empecinamiento de Rusia. Convenció a Castlereagh de que, si no se ponía coto a Rusia, la hegemonía de esta reemplazaría a la francesa.

Durante las negociaciones, el secretario británico insistió en que el territorio de la antigua Holanda debía fundirse con Bélgica para formar el reino de los Países Bajos, que se confiaría a la casa de Orange, a la vez que España y Portugal tenían que ser devueltas a sus anteriores soberanos. A cambio del apoyo austriaco en estas cuestiones, Gran Bretaña estaba dispuesta a ayudar a Viena en Italia y a llegar a un acuerdo de compromiso en Alemania. Metternich no puso objeciones al plan británico para los Países Bajos ni a su negativa a debatir acerca de los derechos marítimos y ambos estadistas convinieron que, para llegar a una paz duradera en Europa, era importante preservar a Francia fuerte para que sirviera de contrapeso al Imperio ruso. Castlereagh, por otro lado, argumentaba que la opinión pública británica exigía la abdicación de Napoleón. Metternich prefería que se mantuviera en el trono, una circunstancia que, en algún momento, permitiría que su hijo (y nieto del emperador Francisco) heredase la corona. Sin embargo, Metternich también estaba dispuesto a ceder

en este asunto que, claramente, Gran Bretaña consideraba vital para sus intereses. Desde la perspectiva austriaca, la única alternativa al mantenimiento de Napoleón en el poder era la restauración de la dinastía borbónica, una medida que garantizaría que Francia recuperara su papel tradicional de contrapunto de Rusia.

Estos debates desplazaron el equilibrio interno de la coalición en perjuicio de Rusia. Castlereagh acabó por compartir la opinión de Metternich en cuanto a la amenaza potencial que Rusia representaba para el equilibrio de fuerzas europeo y coincidía con su medio hermano, *sir* Charles Stewart (embajador británico en Prusia), en que los ingentes recursos humanos y materiales de Rusia se habían incrementado aún más durante las Guerras Napoleónicas. Charles William Vane, marqués de Londonderry, observaba: «Si valoramos todas estas circunstancias con todas sus implicaciones e interrelaciones, ¿es posible que haya algún hombre serio y razonable en Europa que no admita que el conjunto del sistema político europeo debe sostener axiomáticamente, como su primer principio y función, la necesidad de poner límites a este formidable y avasallador poder [ruso]?».[71]

Al llegar el mes de enero de 1814, las expectativas militares de Francia eran sombrías. El Gran Imperio que otrora se había extendido desde el Duero hasta el Niemen se había disuelto en el transcurso de solo un año. Los recursos y el potencial humano de Napoleón se habían tensado al máximo. Más de 100 000 hombres permanecían inmovilizados en fortalezas asediadas al este del Rin, mientras que alrededor de 50 000 a las órdenes de Eugenio de Beauharnais estaban atascados en el norte de Italia y a lo largo de las fronteras alpinas de Francia. Todos los Estados menores alemanes se había incorporado, con mayor o menor entusiasmo, a la causa de los aliados. El mariscal Joaquín Murat, te-

meroso de perder su corona napolitana y animado por su mujer (y hermana de Napoleón), Carolina, se había pasado al bando aliado y, después de emitir una proclama que denunciaba las «locas ambiciones» de su antiguo protector, se había puesto en marcha con 30 000 hombres a apoyar a la ofensiva austriaca dirigida a recuperar el norte de Italia.[72] España había sido liberada y el contingente británico-aliado de Wellington ya se había establecido en una posición inexpugnable cerca de Bayona, en el sur de Francia.[73] Los aliados empezaron la invasión de Francia con tres ejércitos: el Ejército de Bohemia de Schwarzenberg (200 000 hombres) avanzaba desde Suiza, el Ejército de Silesia de Blücher (más de 50 000 hombres) se movía desde Alemania hacia Metz y el Ejército del Norte de Alemania de Bernadotte (120 000 soldados) se encaminaba hacia el nordeste de Francia mientras algunas de sus unidades invadían los Países Bajos.

Napoleón, para encarar tales amenazas, decretó nuevas levas que levantaron una fuerza de casi 120 000 efectivos, muchos de ellos apenas niños que recibieron el apodo de «marialuisas» en honor de la joven emperatriz.[74] Con casi 100 000 soldados dedicados a contener a los británicos en el sur de Francia y otro contingente de 20 000 a 30 000 destinado a la defensa de la frontera alpina, Napoleón solo podía contar con entre 75 000 y 80 000 hombres en la frontera este y nordeste, donde tenía lugar la invasión principal de los aliados. Intentó, en cierto grado, reavivar el espíritu de 1793 –autorizó el canto de *La Marsellesa* en público y envió una nueva hornada de comisarios a los departamentos–, pero descartó las sugerencias de recurrir al apoyo popular por temor a la inestabilidad social y el caos. En cualquier caso, la propia nación no estaba lista para una repetición de 1793. Después de una década de guerras casi continuas y de la destrucción de dos grandes ejércitos en sendos años, con el país en decadencia económica, con la industria estancada y amenazado ahora de una invasión extranjera, el deseo de la paz era apa-

sionado y universal. Napoleón ya no podía contar con una reacción popular a las llamadas de «la patrie en danger». El Senado y el Cuerpo Legislativo, reflejando este ambiente de duda, dieron sus primeras señales de desacato. El segundo exhortó a Napoleón a hacer las paces con los aliados y exigió libertades civiles y políticas.[75] La respuesta de Napoleón fue, como era previsible, pronta e imperiosa. Prorrogó la legislatura y descargó un ataque hiriente sobre sus críticos:

> Os llamáis a vosotros mismos Representantes de la Nación. No es verdad [...]. Solo yo soy el verdadero Representante de la Nación. En dos ocasiones, 24 000 000 de franceses me han llamado a este Trono: ¿Quién de vosotros asumiría semejante carga? [...] ¿Qué y quiénes sois vosotros? Nada: toda la autoridad está en el Trono. ¿Y qué es el Trono? ¿Unas cuantas tablas cubiertas de terciopelo? ¡No! ¡Yo soy el Trono! [...] ¿Debo yo sacrificar el orgullo para obtener la paz? Soy orgulloso porque soy valiente. Soy orgulloso porque he hecho grandes cosas por Francia. En una palabra, Francia me necesita más a mí que yo a ella. En tres meses tendremos la paz, o habré muerto.[76]

Durante estos días críticos, Napoleón demostró de nuevo la dualidad de su carácter. Por un lado, estaba el hombre que, a pesar de su brillantez, agudeza y claridad de ideas, rehuía habitualmente el pensamiento racional y actuaba movido por el orgullo y el egoísmo. En ocasiones, Napoleón había llegado a reconocer que el Sistema Continental era «una quimera», la Confederación del Rin un «mal cálculo» e incluso que el Gran Imperio era una causa perdida.[77] Sin embargo, nunca hizo nada para resolver estas cuestiones y prefirió atacar a los que se atrevían a desear «descender de la altura a la que he elevado a Francia, convertirnos otra vez en una simple monarquía en lugar de un orgulloso Imperio».[78] A menudo se enfurecía con los Estados clientelares que le habían dado la espalda. Al referirse a la defección de Baviera, sus ojos refulgían de ira: «¡Múnich debe arder! ¡Y arderá!».[79] Este temperamento intransigente tuvo un papel decisivo en su caída. Si no los intereses del Estado, cuando menos el sentido común debió obligarlo a hacer la paz.

Y con todo, debajo de toda esta superficie, aún pervivía el joven y brillante general que había asombrado a Europa veinte años antes. Aquel hombre de talento, reflexivo y trabajador que era más el hacedor de su fortuna que el favorito de esta. Todavía había destellos de su antiguo genio. A pesar de que todo estaba en su contra, la nueva campaña fue testigo del regreso de un Napoleón rejuvenecido y más enérgico. «Me he puesto mis botas italianas», fue su célebre broma con la que rememoraba sus grandes campañas de Italia de 1796-1797. Aceleró los preparativos para una campaña cuya estrategia central sería la protección del corazón de su imperio, París. Su campaña defensiva de febrero de 1814 es, aún hoy, un ejemplo clásico de cómo una fuerza reducida, manejada con talento, puede infligir la derrota a un enemigo superior en número. Obviamente, la tarea de Napoleón estuvo muy facilitada por las repetidas disputas entre los aliados acerca del resultado de la guerra y del futuro de Europa. Después de haber liberado Europa central, se había hecho evidente entre ellos que había un amplio desacuerdo en relación con cómo se enfrentarían a los problemas que la derrota de Napoleón iba a traer. Estas desavenencias políticas se habían agravado por roces personales entre los líderes aliados. Así pues, incluso mientras empezaba la invasión, sus cuarteles generales seguían debatiendo todavía cuál era el objetivo final: derrocar por completo a Napoleón u obligarlo a aceptar una paz que podría dejarlo al mando de Francia. Las operaciones militares aliadas, por esta razón, se condujeron a menudo de modo inconexo y perezoso.

En la fase inicial de la campaña de 1814, Napoleón empleó la ventaja de su posición central para atacar sucesivamente y rechazar a los ejércitos aliados. El 29 de enero sorprendió al Ejército de Silesia de Blücher en Brienne-le-Château (donde Napoleón había ido a la escuela), al que infligió 4000 bajas y obligó a retirarse hacia el sur. Tres días más tarde, Napoleón fue atacado por Blücher en La Rothière. Una intensa tormenta de nieve cegaba a

ambos bandos. Aunque Napoleón logró aguantar hasta el anochecer, al final no tuvo más remedio que retirarse.[80] Este revés pareció haber conmocionado a Napoleón, pues, el 4 de febrero, concedió a Caulaincourt permiso para tratar con los aliados. Varios factores hicieron imposible la tarea de Caulaincourt. Seis días antes, las cuatro potencias aliadas (Rusia, Gran Bretaña, Austria y Prusia) habían firmado en Langres un protocolo secreto en el que acordaron tomar ellas mismas todas las grandes decisiones acerca de la posguerra europea. El acuerdo establecía como principio guía el equilibrio de fuerzas y prometía desarrollar «un sistema de verdadero y permanente equilibrio de fuerzas en Europa» en un congreso que se organizaría después de la guerra.[81]

Sin embargo, los aliados seguían careciendo de unidad. Los austriacos, al percibir en el soberano ruso ambiciones cada vez mayores, intentaron retrasar el ritmo de las operaciones militares aliadas. Alejandro supo ver el motivo oculto tras la cortina de humo austriaca y se negó a permitir ningún retraso. Después del éxito prusiano en La Rothière, le indicó a su representante que suspendiera las negociaciones; aducía que estaba en posición de marchar directamente hacia París y destronar a Napoleón. También rechazaba someterse a cualquier declaración que fijara los objetivos de la guerra, insistía en que no se definiera ninguno de estos hasta que Napoleón hubiera sido derrotado y afirmaba que, en función de cuál fuera la futura dinastía francesa, había que valorar todas las opciones. Castlereagh mantuvo algunas reuniones tormentosas con el soberano ruso hasta que este accedió a reanudar las negociaciones.[82]

Este fue uno de los momentos clave de la campaña. El emperador ruso se dio cuenta de que no podía vencer sin el apoyo militar de Austria y los subsidios británicos. De modo análogo, Metternich sabía que, en tanto que la entente anglo-austriaca se mantuviera firme, él podría refrenar las ambiciones rusas. Cas-

tlereagh compartió una opinión similar desde que empezó a ver en Alejandro «un aliado no cooperativo y desagradecido».[83] El 29 de enero de 1814, los aliados firmaron los Protocolos de Langres, fruto de los debates que habían entablado durante las cuatro semanas previas. Según este documento, la idea del momento era el equilibrio de fuerzas, no la igualdad entre los soberanos, y las grandes potencias se reservaban para ellas todas las decisiones importantes en torno a la reconstrucción de la posguerra. Se convino que Francia debía quedar restringida a las «antiguas fronteras» (de nuevo, las de 1792) y que todas las demás cuestiones salvo los derechos marítimos se acordarían en un congreso que se celebraría en Viena.[84]

En la conferencia de paz de Châtillon-sur-Seine, inaugurada el 5 de febrero, Napoleón se sorprendió al comprobar que las condiciones de los aliados ya no se referían a las fronteras de 1797 (como había sucedido con las Propuestas de Fráncfort) y que estas habían sido sustituidas por las de 1792.[85] Fue un trago demasiado difícil de digerir para Napoleón, que se negaba a aceptar cualquier acuerdo que redujera Francia a las fronteras del *ancien régime*. Su intransigencia aumentó cuando sus reiteradas consultas acerca de los planes elaborados por los aliados para Alemania e Italia fueron ignoradas. La verdad es que los aliados no podían contarle gran cosa de esos planes, puesto que todavía no se habían puesto de acuerdo entre ellos. De todos modos, la respuesta que dieron a Napoleón, que las cuestiones italianas y alemanas no concernían a Francia, solo contribuyó a aumentar el resentimiento del emperador francés.

La conferencia de Châtillon-sur-Seine ha sido, hasta hoy, un ejemplo clásico de la dificultad de conducir negociaciones diplomáticas a la vez que se libra una guerra. Cuando Napoleón iba perdiendo, estaba dispuesto a conformarse con lo que le dieran; si había alguna esperanza de victoria, cambiaba de opinión. Así, apenas unas horas después de que despachara a su enviado a ne-

gociar en Châtillon-sur-Seine, lo hallamos inclinado sobre sus mapas desplegados en el suelo, estudiándolos y clavando alfileres sobre ellos. La razón de este cambio de actitud fueron los informes que acababa de recibir: los aliados habían dividido sus unidades y, mientras que el Ejército de Bohemia de Schwarzenberg a duras penas arrastraba los pies por la ruta que iba a París desde el sur, el Ejército de Silesia de Blücher permanecía expuesto en el valle del Marne, al norte. La idea de destruir a los prusianos tentó a Napoleón para reforzar su posición en las negociaciones en curso con los aliados. Después de una rápida carrera desde Troyes, Napoleón lanzó una de sus campañas más brillantes. Obtuvo una rápida sucesión de victorias sobre las fuerzas ruso-prusianas en Champaubert, Montmirail, Château-Thierry y Vauchamps en los cinco días del 10 al 14 de febrero. Los franceses se volvieron entonces contra el ejército austriaco de Schwarzenberg, que, en el ínterin, había empezado un ponderoso avance, y lo derrotaron en Mormant, Montereau y Méry entre el 17 y el 21 de febrero.[86]

Fueron unos logros espectaculares, pero su impacto global iba a convertir en imposible que Napoleón ganara la guerra. Aunque los franceses empujaron a los aliados hasta Bar-sur-Aube y les infligieron más bajas de las que sufrieron, estas fueron, de todas formas, significativas para la reducida fuerza de que disponían. Además, las victorias envalentonaron a Napoleón, que llegó a ordenar a su representante en Châtillon que no aceptara nada que estuviera por debajo de las Propuestas de Fráncfort (que en su momento había rechazado).

Sin embargo, su esperanza de que esta campaña de seis días reventara las costuras de la coalición no se iba a hacer realidad. Es innegable que la autoconfianza de los aliados sufrió mella y que nuevas fisuras amenazaron socavar su esfuerzo bélico. Las recriminaciones entre Austria y Rusia llegaron a una cota todavía más alta y Alejandro se sentía traicionado por el desvaído desem-

peño de los austriacos. Cada potencia sospechaba que la otra intentaba preservar sus fuerzas para disponer de una palanca mayor en las negociaciones de la posguerra por los despojos del imperio napoleónico. Aunque la oportuna intervención de Castlereagh volvió a salvar la situación. Les recordó a los aliados la fuerza de su posición, alivió sus suspicacias recíprocas y, sobre todo, les advirtió que Gran Bretaña no devolvería las colonias que había conquistado a menos que en el continente hubiera una paz acorde a sus deseos. «Lo único que mantiene embridada a cada una de las potencias es la conciencia de que no se puede hacer la paz sin Gran Bretaña», informaba Castlereagh en los últimos días de febrero.[87]

Los afanes de Castlereagh pronto reagruparon a los pendencieros aliados y les ayudaron a redescubrir el propósito conjunto de combatir a Napoleón. Este compromiso lo confirmaron en el Tratado de Chaumont del 1 de marzo, que salió adelante con la ayuda de Castlereagh y que alumbró la que se conoció como Cuádruple Alianza. Los aliados acordaron permitir a Napoleón la conservación de su trono solo si estaba dispuesto a aceptar la oferta de las «fronteras antiguas» de Francia a cambio del alto el fuego. También se comprometieron, en caso de que estas condiciones fueran rechazadas, a luchar contra Francia hasta el final –cada una de las potencias garantizó 150 000 soldados para alcanzar la victoria–. Gran Bretaña, por su parte, aportaría a la causa un subsidio de 5 millones de libras. Lo más importante, de todos modos, fue que cada miembro de la alianza se comprometió a no buscar un arreglo separado con Napoleón –lo que eliminaba así cualquier posibilidad de quebrar la alianza– y a permanecer unido a los demás, durante veinte años a partir de la finalización de las hostilidades, en un frente común que vigilara el cumplimiento por Francia de las condiciones de paz. Estas condiciones incluían una Alemania confederada, una Suiza independiente, una Italia dividida en Estados independientes (aunque influidos por

Austria), una España libre gobernada por los Borbones y una Holanda ampliada bajo la casa de Orange.[88] Este fue el origen de la alianza que dominó las relaciones entre los Estados europeos durante tres décadas. Estuvo diseñada, en palabras de su arquitecto jefe, «no solo como un compromiso sistemático de preservar el concierto de las potencias principales, sino como un refugio bajo el que todos los Estados menores, en especial los situados en el Rin, podrían hallar seguridad cuando volviera la paz».[89]

Napoleón rechazó la oferta, todavía firmemente convencido de que una campaña militar podía cambiar el curso de la guerra y llevar a la coalición al colapso. Esta negativa confirmó lo que varios miembros de la coalición ya sospechaban: el emperador francés no había tenido jamás intención alguna de negociar con buena fe y la única forma de tratar con él era mediante la fuerza bruta. A primeros de marzo, Napoleón puso de nuevo la mira en el Ejército de Silesia de Blücher y ordenó a los mariscales Marmont y Mortier perseguir a los ruso-prusianos mientras él emprendía una maniobra de flanco para cortarles la línea de retirada. Blücher se encontró rodeado por todas partes. Su única vía de escape pasaba por la fortaleza de Soissons, en poder de los franceses. Aunque parezca increíble, unos oficiales aliados consiguieron convencer al comandante francés de la plaza, el general Jean-Claude Moreau, de que la abandonara. Las agotadas tropas de Blücher pudieron así escapar a la otra orilla del río Aisne.[90]

La toma por los aliados de Soissons el 3 de marzo tuvo un efecto de vital importancia –un «daño incalculable», según Napoleón– en el desarrollo de la campaña de 1814.[91] Sin esta fortaleza, los soldados de Blücher no habrían tenido más remedio que librar una batalla con el río a su espalda y exponerse a una nueva derrota *à la* Friedland.[92] Pero la oportunidad pasó y la caída de Soissons salvó a los aliados. El Ejército de Silesia se puso a salvo al otro lado del Aisne y dejó una nutrida guarnición en

Soissons para bloquear las operaciones de los franceses. Napoleón no tuvo más remedio, para cruzar el río y tratar de flanquear al Ejército de Silesia, que ponerse en marcha hacia Craonne. El emperador galo, después de que sus avanzadillas de caballería tomaran un puente intacto en Berry-au-Bac, recibió el aviso de que efectivos aliados se estaban concentrando en la meseta cercana a Craonne. Suponiendo que Blücher todavía continuaba su retirada, Napoleón dedujo que dichas fuerzas eran probablemente un destacamento de cobertura del Ejército de Silesia y decidió proceder a su destrucción. Sin embargo, allí se topó con el contingente de Blücher al completo.

La batalla de Craonne del 7 de marzo no se desarrolló según las previsiones de ninguno de los dos bandos. Blücher no logró que todas sus unidades entraran en acción y Napoleón no llegó a darse cuenta aún de la fuerza real de su adversario. Después de varias horas de lucha en las que las tropas del general ruso Mijaíl Vorontsov se distinguieron especialmente, Blücher decidió romper el contacto y que sus fuerzas retrocedieran a la posición principal de Laón, a unos 10 kilómetros al noroeste. Aunque Napoleón pudo reclamar la victoria por quedar en posesión del campo de batalla de Craonne, las elevadas pérdidas sufridas por su ejército eran inasumibles. Después de la batalla, ambos bandos siguieron desconociendo, en gran medida, la fuerza y las intenciones del adversario. Napoleón, pensando todavía que Blücher continuaba la retirada, buscó una nueva oportunidad de destruir una parte del Ejército de Silesia. Esto desembocó en los dos días de la batalla de Laón, donde los aliados consiguieron rechazar los ataques franceses y obligaron a Napoleón a retroceder.[93]

La situación del emperador francés pronto se tornó nefasta. Llegaban noticias preocupantes de todas partes. Mientras Napoleón había estado luchando con Blücher en Craonne y Laón, Schwarzenberg no había dejado de acercarse a París. En el sur de Francia, Wellington había cruzado el río Pau y derrotado al ma-

riscal Soult en Orthez el 27 de febrero. A mediados de marzo, la bandera de los Borbones apareció en Burdeos y la ciudad se rindió poco después a los británicos sin ofrecer resistencia.[94] Napoleón, mientras buscaba alguna buena nueva, recibió una información oportuna. Los aliados, animados por los recientes éxitos, se habían vuelto descuidados y habían dejado en la ciudad de Reims el cuerpo ruso de un general francés emigrado, Emmanuel Saint-Priest, con la misión de mantener las comunicaciones entre Blücher y Schwarzenberg. Reims, situada en el cruce de varias vías de comunicación principales que iban a París, también tenía una carga simbólica por haber sido, antiguamente, el lugar de coronación de los reyes de Francia. Napoleón advirtió al instante que el cuerpo ruso (con un pequeño contingente prusiano) estaba aislado y que no contaba con el apoyo de las demás fuerzas aliadas. Sin perder tiempo, destacó parte de su ejército para tomar Reims y aplastar a los rusos. Las primeras columnas llegaron a la ciudad después de una agotadora marcha de veinte horas. Era casi el anochecer del 13 de marzo y Saint-Priest no podía imaginar lo que se le venía encima. En un primer momento, salió a enfrentarse al enemigo, pero sus efectivos fueron rápidamente empujados al interior de la población por las fuerzas francesas, más numerosas. La subsiguiente batalla de Reims acabó en derrota aliada y le costó a la coalición alrededor de 5000 efectivos, casi la mitad de ellos muertos como el propio Saint-Priest.[95]

La victoria gala en Reims conmocionó a los aliados. Después de haber dado a Napoleón por vencido, presenciaban ahora su resurrección y cómo machacaba a otro de sus cuerpos. Además, gracias a una veloz marcha, Napoleón se había situado entre los dos ejércitos aliados y se hallaba en posición de intimidar la retaguardia de cualquiera de ellos. Por un momento, los aliados dudaron qué paso dar. La nueva ofensiva francesa se les adelantó. Napoleón planeó aprovechar su victoria de Reims desplazándose

más hacia el este con una fuerza de ataque que debía llegar a enlazar con las guarniciones francesas que estaban bloqueadas por los aliados cerca del Rin. Esta maniobra, combinada con la actividad creciente de los partisanos en el oriente de Francia, cortaría las líneas de abastecimiento de los ejércitos aliados. Sin embargo, antes de poner en marcha este audaz movimiento estratégico, Napoleón decidió atacar primero al Ejército de Bohemia de Schwarzenberg, que se había acercado a una distancia peligrosa de París. Dejó a los mariscales Marmont y Mortier encargados de vigilar a Blücher en el norte y el emperador se dirigió al sur con el resto de sus unidades, apuntando contra la retaguardia del Ejército de Bohemia. Schwarzenberg, al tener conocimiento del movimiento galo, decidió, en contra de lo que era previsible en él, detener su retirada y dar batalla a los franceses. En la subsiguiente batalla de Arcis-sur-Aube (20-21 de marzo), los aliados salieron victoriosos, sobre todo porque Napoleón había subestimado su fuerza: el primer día, Schwarzenberg solo disponía de 20 000 efectivos, pero al final de la batalla ya había reunido cuatro veces esa cantidad.[96]

Napoleón, para tratar de recuperarse, recurrió al plan previo de marchar hacia el este para liberar a las guarniciones francesas asediadas y cortar las vías de suministro aliadas. Se trataba, en verdad, de un planteamiento audaz y Napoleón pensó que era su mejor opción. El 23 de marzo, perfiló sus intenciones en una breve carta a su esposa, María Luisa, que fue interceptada por una patrulla aliada. La misiva, que ofrecía información valiosísima de los planes del emperador galo, el propósito e incluso la ruta de marcha inicial, permitió a los aliados desplazar la atención hacia la capital francesa. En esta última, según revelaban despachos capturados al enemigo, la situación política era muy inestable. Los ministros de Napoleón hablaban de una escala de las actividades subversivas, así como de la debilidad de las defensas de la ciudad. El emperador Alejandro insistió entonces en que los

contingentes aliados marcharan de inmediato sobre París. Al mediodía del 30 de marzo, los aliados llegaban al Buttes-Chaumont y, tras remontar una colina cercana, pudieron contemplar en la distancia la capital francesa extendida ante sus ojos. Apenas unas pocas horas los separaban de su entrada triunfal en la capital de su mayor enemigo.

París estaba defendido por los maltrechos cuerpos de los mariscales Marmont y Mortier. Los aliados golpearon primero el norte de la ciudad. Su objetivo era tomar los altos de Montmartre para obtener una posición dominante. Aunque muy superiores en número a los franceses, iniciaron el ataque en un frente amplio y no tardaron en enredarse en una serie de asaltos descoordinados en los suburbios del norte. La lucha continuó durante todo el día y fue desesperada y encarnizada, en especial en torno al suburbio de Pantin. Al llegar la noche, los franceses habían impedido, de momento, que las fuerzas aliadas accedieran al propio París. Sin embargo, estaba claro que el destino de la ciudad estaba ya decidido. Durante la noche, Marmont y Mortier aceptaron parlamentar con la coalición. A las dos de la madrugada del 31 de marzo de 1814 acordaron las condiciones de la rendición. Talleyrand, que había tenido un papel esencial en el ascenso al poder de Napoleón, volvió ahora a gozar de un protagonismo similar en su caída. El antiguo ministro de Exteriores organizó prácticamente un golpe de Estado y formó un gabinete provisional que empezó a negociar con los aliados. Él mismo fue, junto con Joseph Fouché, también renegado y anterior ministro de Policía, quien convenció a los líderes aliados de que restauraran la dinastía borbónica en el trono de Francia y dispuso que el Senado aprobara una proclama especial que destronó a Napoleón el 2 de abril de 1814.

Napoleón, agazapado entonces en Fontainebleau, todavía estaba decidido a luchar. No así sus mariscales. Cansados de defender lo que habían empezado a ver como una causa perdida, los

mariscales Ney, Oudinot, Lefebvre, Moncey y otros pidieron poner fin a la guerra. Los aliados ya ocupaban gran parte del norte de Francia y los británicos estaban logrando progresos considerables en el sur.[97] Los mariscales ansiaban proteger sus propios futuros personales antes de que fuera demasiado tarde. A primeros de abril, un grupo de ellos se enfrentó a Napoleón con la esperanza de que abdicara a favor de su hijo y se salvara así la continuidad del régimen napoleónico del que todos ellos se beneficiaban. Napoleón aceptó a regañadientes firmar una abdicación condicionada a que su hijo fuera antes reconocido como su sucesor. Caulaincourt y los mariscales llevaron esta oferta a los aliados.

El 4 de abril, mientras Caulaincourt imploraba al emperador ruso y los mariscales subrayaban que el Ejército se mantendría fiel a Napoleón y que lucharía si la oferta era despreciada, Alejandro recibió una noticia sorprendente que anulaba todos aquellos argumentos: el mariscal Marmont había rendido su contingente a los aliados. Estos, a partir de ese momento, insistieron en que la abdicación había de ser incondicional. Napoleón firmó el documento de abdicación el 6 de abril.[98] Cinco días más tarde, el 11, el Tratado de Fontainebleau sellaba formalmente su destino: Napoleón renunciaba al trono de Francia y, a cambio, era reconocido como soberano de la isla de Elba y se le concedía una asignación anual de 2 millones de francos que sufragaría Francia. No podía decirse, para un hombre que había combatido de manera tan intensa a los aliados durante tanto tiempo, que aquella fuera una disposición cruel, pero para Napoleón la caída fue enorme: al día siguiente intentó suicidarse ingiriendo veneno, aunque sin éxito. El 20 de abril, en una escena hoy célebre que fue recreada por el pintor francés Antoine Alphonse Montfort, Napoleón se despidió de su Guardia Imperial en el palacio de Fontainebleau y, escoltado por las tropas aliadas, partió hacia Elba. El viaje iba a resultar ignominioso. Acosado por la animad-

versión popular, que, en algún momento, incluso llegó a arrojarle piedras, tuvo que disfrazarse por breve tiempo con un uniforme ruso y un sombrero redondo adornado con la escarapela blanca de los Borbones.[99]

Acababa, de este modo, la más larga de las campañas emprendidas por las coaliciones aliadas en las Guerras Napoleónicas. El Tratado de París, firmado el 30 de mayo de 1814, puso fin formal a la Guerra de la Sexta Coalición y restauró la «paz y amistad perpetuas» en todo el continente por primera vez en veintidós años.[100] En la redacción de este tratado, los aliados tuvieron en cuenta tres cuestiones principales: ¿había que permitir a Francia que conservara su extensión territorial y estatus previos a la guerra, o convenía desposeerla de una parte considerable de su territorio para quebrar su poder de forma permanente?; ¿había que tratar a los franceses, quienes habían explotado a todo el continente durante casi una década, de modo similar?, ¿era necesario obligarlos al pago de reparaciones?; y ¿cómo podrían los aliados asegurarse de que la Europa de posguerra se mantuviera estable y pacífica?

De nuevo, las negociaciones revelaron diferencias notables entre los socios de la coalición. Prusia y los Estados alemanes, que habían estado sometidos a la explotación económica francesas y se sentían vulnerables ante posibles agresiones galas en el futuro, insistían en imponer unas condiciones más duras, que habrían privado a Francia de territorios fronterizos cruciales, y en que Francia pagara una indemnización considerable. Rusia, Austria y Gran Bretaña tenían una actitud más conciliadora. Sabían que reducir a su antigua némesis a un estatus de potencia de segunda fila no habría reportado ninguna ventaja y solo habría contribuido a erosionar la frágil estabilidad política alcanzada en el continente. Por supuesto, los vencedores tampoco querían perjudicar al restaurado Gobierno francés con condiciones de paz excesivamente onerosas que pudieran conducir a otro levantamiento po-

pular. A la postre, se impusieron los moderados y, tal vez, la característica más llamativa del tratado definitivo fue la sorprendente blandura de los aliados con la Francia vencida. Accedieron incluso a evacuar el territorio galo antes de que el tratado final se ratificara formalmente. Además, no se puso ninguna restricción al tamaño del futuro Ejército francés ni se exigió a Francia indemnización alguna para compensar las inmensas sumas cobradas por sus efectivos en las regiones que habían ocupado o conquistado en Europa. Pese a que parezca increíble, los aliados ni siquiera exigieron a Francia la devolución de la gran mayoría de los tesoros artísticos hurtados por Napoleón durante sus conquistas.

Francia tuvo que admitir la pérdida del resto de sus conquistas en Holanda, Alemania, Italia y Suiza, pero se le permitió conservar las fronteras que había tenido el 1 de enero de 1792.[101] Esto significaba que la nación derrotada, lejos de verse obligada a entregar territorios propios, en realidad conservaba partes de Saboya, de los Países Bajos austriacos (Bélgica) y de Renania, así como los enclaves pontificios de Aviñón y del condado Venesino. Francia fue derrotada, pero salió de la guerra con un territorio más extenso que el que tenía al principio de aquella –había ganado 400 kilómetros cuadrados con 450 000 habitantes–.[102] Los aliados también devolvieron las colonias francesas de ultramar, con las notables excepciones de Tobago y Santa Lucía en el Caribe, y de Île-de-France (Mauricio), Rodrigues y Seychelles en el Índico. Gran Bretaña retuvo todas estas. El tratado con Francia era solo el primer paso hacia una reorganización general europea que los aliados confiaban en que creara un sistema basado en un «equilibrio de fuerzas real y permanente en Europa».[103] Con este propósito, el acuerdo estipulaba que las potencias aliadas convocarían un congreso especial para llegar a un arreglo general.

Antes de aventurarnos en el mundo de las intrigas diplomáticas vienesas, debemos volver brevemente a los acontecimientos en Norteamérica, donde la guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos había entrado en su segundo año. Después de los reveses tempranos de 1812, la fortuna de los estadounidenses no tardó en enderezarse, mientras que Gran Bretaña seguía centrada en las Guerras Napoleónicas. Decenas de miles de soldados británicos continuaban empeñados en la península ibérica, a la vez que se gastaban millones de libras en sostener las alianzas en Alemania. Los estadounidenses aprovecharon la situación.

En la primavera de 1813, el mayor general (y futuro presidente) William H. Harrison asumió el mando del Ejército del Noroeste y derrotó a los británicos en el fuerte Meigs, cerca de Perrysburg, en Ohio. En septiembre, el *master commandant* (capitán de corbeta) de la US Navy Oliver Hazard Perry, a pesar de no contar con un plan claro ni de haber impartido una dirección apropiada a sus subordinados, ganó una batalla naval en el lago Erie en la que capturó los seis buques de guerra británicos que se le enfrentaron y estableció la supremacía naval estadounidense en los Grandes Lagos.[104] Harrison, apoyado por el escuadrón de Perry, pudo entonces continuar la ofensiva con sus 7000 soldados veteranos. Recuperó Detroit el 29 de septiembre y empujó a los británicos y a sus aliados nativos por el curso del río Támesis hasta el Alto Canadá, donde, el 5 de octubre, obtuvo una victoria cerca de Chatham, en Ontario.[105] Este choque, que acabó por conocerse como la batalla del Támesis (o Moraviantown), consolidó el control estadounidense de la frontera noroeste, aunque no pudo afectar a la evolución de la contienda. De hecho, el War Department estadounidense ordenó la disolución de la milicia de Harrison y la envió a casa, mientras que sus tropas regu-

lares fueron redirigidas hacia el frente del Niágara. Harrison, encolerizado, renunció a su empleo y volvió a la vida civil.

La derrota del Támesis, por otro lado, tuvo un profundo impacto en un aliado clave para los británicos, la confederación de tribus nativas norteamericanas, que se desintegró tras la muerte en la batalla de su líder, el jefe shawnee Tecumseh. Todavía más desastrosas para Gran Bretaña fueron las vicisitudes de otro de sus aliados nativos norteamericanos, los creek «Bastones Rojos», que estaban atrapados entre unos Estados Unidos en expansión, los últimos coletazos del Imperio español y las injerencias de los comerciantes y agentes británicos. Los creek habían recibido muchas presiones para que eligieran un bando y la idea de participar en la guerra abrió en ellos profundas divisiones. Esto se evidenció con especial claridad en la antesala del conflicto británico-estadounidense. Tecumseh se aproximó a los creek con una propuesta de alianza panindia, pero algunos jefes creek no quisieron unirse a la causa antiestadounidense. Aunque ni el Gobierno británico ni el español ayudaban de manera oficial a las tribus, sí lo hacían comerciantes individuales de ambas naciones, es probable que con la aprobación tácita de sus Estados. Gran Bretaña tenía una larga historia de relaciones con las tribus de las tierras fronterizas del golfo de México y, obviamente, estaba interesada en aprovecharlas para que detrayeran recursos materiales y humanos estadounidenses del frente principal del norte.[106]

En julio de 1813, milicianos de Misisipi y colonos del área de Tensaw atacaron a los guerreros Bastones Rojos cerca Burnt Corn Creek, en un intento vano de evitar que se reabastecieran de munición en Pensacola. La reacción de los Bastones Rojos fue un ataque de represalia contra un asentamiento fortificado propiedad de Samuel Mims, hoy llamado Fort Mims, en el que se alzaron victoriosos. El asalto conmocionó a los contemporáneos por su brutalidad: alrededor de 250 civiles fueron asesinados. La masacre escandalizó a la opinión pública estadounidense y «Re-

cordad Fort Mims» se convirtió en un grito de reagrupamiento nacional.[107] Como las tropas regulares estadounidenses estaban empeñadas en el frente canadiense, Tennessee, Georgia y el Territorio del Misisipi movilizaron sus propias milicias, que fueron puestas bajo el mando del coronel Andrew Jackson.[108] A lo largo de una campaña de un año, Jackson infligió una serie de derrotas a los creek –la más importante, en la batalla de Horseshoe Bend (cerca de Dadeville, en Alabama), el 27 de marzo de 1814– que, prácticamente, destruyó su capacidad militar antes de que Gran Bretaña, todavía ocupada en las Guerras Napoleónicas, pudiera reabastecerlos y rearmarlos de forma sustancial. Los machacados creek fueron obligados a ceder a Estados Unidos casi 8,5 millones de hectáreas de terreno –la mitad de Alabama y parte de la Georgia meridional– en el Tratado de Fort Jackson del 9 de agosto de 1814.[109]

La victoria sobre los creek llegó en el momento oportuno: todo posible respiro que los estadounidenses hubieran disfrutado hasta entonces en su contienda con los británicos concluyó con la derrota de Napoleón. Los británicos pudieron, por fin, desplegar recursos navales y terrestres sustanciales en la orilla occidental del Atlántico. De las 44 unidades que fueron enviadas, casi la mitad pertenecía a regimientos veteranos del Ejército Peninsular de Wellington.[110] Su llegada acrecentó drásticamente el tamaño de las fuerzas británicas en Norteamérica, que alcanzó un total de 50 000 efectivos (ante los 35 000-40 000 del Ejército estadounidense), y facilitó una rápida escalada en las operaciones militares, que incluyó la invasión del estado de Nueva York desde el Bajo Canadá, operaciones anfibias en el área de la bahía de Chesapeake y una operación concebida para amenazar los intereses estadounidenses en Nueva Orleans, cuya toma habría permitido a los británicos el control del comercio marítimo en el estuario del Misisipi.[111]

La lucha en el territorio de Nueva York empezó en el verano de 1814. El secretario de Guerra estadounidense, John Armstrong, trató de asegurar la victoria en Canadá antes de que llegaran los refuerzos británicos. En el Ejército del Norte estadounidense, recién reorganizado, el mayor general Jacob Brown recibió el mando de la División Izquierda con instrucciones de amenazar Kingston, la base británica principal en el lago Ontario. También se le indicó que, si le era posible, golpeara al otro lado del Niágara. La ofensiva contra Kingston requería apoyo naval, pero Brown no consiguió la cooperación del comodoro Isaac Chauncey, que comandaba el escuadrón estadounidense situado en Sackett's Harbor, en Nueva York, y se negaba a ponerse en movimiento hasta que hubiera recibido buques de guerra adicionales. Brown, por consiguiente, optó por el segundo plan de ataque. Al empezar el mes de julio, cruzó con sus hombres el río Niágara, obligó al fuerte Erie a rendirse y derrotó, el día 5, al mayor general Phineas Riall, que comandaba la División Derecha del Ejército británico en el Alto Canadá, en la batalla de Chippawa.[112] Aunque esta victoria demostró la gran mejora experimentada en la pericia combativa de las tropas estadounidenses, no consiguió un efecto significativo en el desarrollo de la contienda. Lo mismo sucedió con la batalla de Lundy's Lane –una de las más sangrientas de la guerra– que se libró el 25 de julio.[113]

A pesar de todos sus éxitos, los estadounidenses no lograban superar la oposición británica, apuntalada por los refuerzos que llegaban de Europa. De hecho, las victorias costaron tantas bajas que las unidades estadounidenses tuvieron que acabar retrocediendo y, en conjunto, la campaña del Niágara cambió las tornas de la contienda a favor de los británicos. George Prévost, gobernador-general de Canadá y comandante en jefe, recibió refuerzos sustanciales de Europa, entre ellos varios miles de soldados del Ejército Peninsular de Wellington, que planeaba desplegar a

lo largo de la costa del lago Champlain y en la parte norte del territorio de Nueva York.[114] Su plan era obtener, con un escuadrón recién construido, la supremacía naval en el lago Champlain, mientras que las fuerzas terrestres debían tomar Plattsburgh. Los británicos llegaron a esta población el 6 de septiembre, donde hallaron las posiciones enemigas protegidas por solo 1700 regulares comandados por el general de brigada Alexander Macomb. Los británicos podrían haber salido victoriosos si hubieran atacado. Sin embargo, Prévost retrasó la embestida terrestre en espera del escuadrón naval del capitán George Downie, de quien se confiaba que derrotaría a la flotilla enemiga del *master commandant* Thomas Macdonough y lograría el control del lago Champlain. Sin embargo, en el enfrentamiento naval del 11 de septiembre, los estadounidenses superaron a los adversarios y obtuvieron una victoria indiscutible. Prévost se desanimó tanto por esta derrota que anuló el asalto terrestre contra las defensas de Macomb y se retiró a Canadá. Aducía que, aunque hubiera tomado Plattsburgh, después no habría podido abastecer a sus efectivos sin el control del lago.[115]

Mientras tanto, los británicos habían puesto en práctica una gran maniobra de distracción en el área de la bahía de Chesapeake con la esperanza de debilitar a las fuerzas que se oponían a Prévost. El vicealmirante *sir* Alexander Cochrane y el mayor general Robert Ross decidieron, con un plan audaz, apoderarse de la ciudad de Washington, cuya cercanía a la bahía de Chesapeake abría la puerta a un asalto anfibio. Cochrane logró arrinconar al escuadrón estadounidense del comodoro Joshua Barney en el río Patuxent y despejó el camino para la invasión terrestre de Ross, que, en los últimos días de agosto, ya estaba en marcha. Los británicos derrotaron a los estadounidenses en la batalla de Bladensburg y el 24 de agosto tomaron Washington, donde procedieron a quemar edificios públicos en represalia por la anterior destrucción de Tork (Toronto) y Newark durante el mismo con-

flicto. Los británicos partieron de la ciudad al día siguiente, aunque regresaron unas semanas más tarde con la intención de tomar Baltimore, puerto vital y centro de corsarios localizado a unos 60 kilómetros al nordeste de Washington. Sin embargo, el asalto terrestre y naval contra la ciudad, lanzado los días 13 y 14 de septiembre, fracasó.[116] El bombardeo británico del fuerte McHenry no consiguió gran cosa, aparte de servir de inspiración a Francis Scott Key, un negociador estadounidense que se encontraba arrestado en un buque de guerra británico y que, «durante las primeras luces del alba», presenció «el rojo fulgor de los cohetes, las bombas estallando en el aire» que inspiraron un poema que llegó a convertirse en el himno nacional estadounidense.

Los éxitos estadounidenses en el lago Champlain, Plattsburgh y Baltimore pusieron freno a los progresos británicos en los estados del Atlántico Medio y privaron a los negociadores británicos que habían acudido a las recién inauguradas conversaciones de paz en Gante (Bélgica) de una palanca para plantear exigencias territoriales a Estados Unidos según el principio *uti possidetis* –es decir, la conservación del territorio arrebatado al enemigo que un beligerante mantenga en su poder al acabar las hostilidades–. Las fuerzas británicas que fracasaron en el ataque a Baltimore se retiraron al Caribe a recomponerse y esperar refuerzos. En el otoño, los británicos iniciaron una campaña conjunta terrestre y naval contra objetivos enemigos en la costa del golfo de México. Esta acometida buscaba privar a Estados Unidos del acceso a las vitales áreas que circundan el golfo y, en último término, influir en las negociaciones de paz para salvaguardar los intereses británicos en la región. El eje de la campaña fue la ciudad de Nueva Orleans, un gran centro de distribución comercial que funcionaba como la principal puerta de salida de las mercancías estadounidenses en la región del golfo y que, como hemos indicado antes, controlaba el acceso a la cuenca del Misisipi. Los británicos también esperaban aprovechar la circunstancia de que estas áreas

apenas se acababan de incorporar a Estados Unidos y pidieron apoyo a sus habitantes españoles y franceses, además de a las tribus nativas norteamericanas, para combatir a los estadounidenses. Cochrane ya había intentado, en la pri mavera de 1814, incitar a los seminolas de la Florida española[*16] a luchar contra los estadounidenses.

A mediados de agosto, un reducido destacamento británico encabezado por el mayor Edward Nicolls de los Royal Marines tomó el fondeadero de la bahía de Pensacola, en la Florida Occidental, y recibió el apoyo de algunos indios locales. Un mes después, Nicolls, apoyado por un escuadrón de la Royal Navy mandada por el capitán William H. Percy, marchó contra el fuerte Bowyer, en la embocadura de la bahía de Mobile, pero no pudo derrotar a la guarnición estadounidense del mayor William Lawrence. Después de perder un barco y sufrir varias docenas de bajas, los británicos tuvieron que retirarse a mediados de septiembre. La embestida británica no tardó en provocar un contraataque estadounidense. En noviembre, el comandante estadounidense de la costa del golfo de México, el mayor general Andrew Jackson, recuperó la villa de Pensacola al superar con facilidad la resistencia local. Entonces, actuó contra los fuertes todavía en poder de los británicos, hasta que estos no tuvieron más remedio que evacuar la bahía de Pensacola. Jackson se dirigió entonces a Nueva Orleans, donde llegó el 1 de diciembre, justo a tiempo de supervisar los preparativos defensivos contra el inminente ataque británico.

La flota británica consistía en 7 navíos de línea y un elevado número de fragatas y buques menores, además de una cifra mayor aún de transportes, que llevaban a bordo una fuerza expedicionaria de alrededor de 6500 soldados regulares británicos, 1000 infantes de Marina y aproximadamente 1000 soldados de las Indias Occidentales británicas. Esta armada había zarpado de Jamaica mandada por el almirante Cochrane y echó anclas en el

golfo de México, al este del lago Pontchartrain. A mediados de diciembre, la fuerza expedicionaria empezó la marcha hacia Nueva Orleans, donde hubo una batalla decisiva el 8 de enero de 1815. El comandante británico, el teniente general Edward Pakenham, lanzó un ataque frontal sobre las sólidas posiciones de Jackson. El fuego de los mosquetes y la artillería segó a un alto número de atacantes –entre ellos a Pakenham, que falleció–. Después de varias horas de lucha, los británicos se vieron obligados a retirarse; dejaron atrás alrededor de un 40 por ciento de bajas. Los estadounidenses solo habían tenido 13 muertos y 58 heridos.[117]

La batalla de Nueva Orleans fue una gran victoria estadounidense, pero no decidió quién iba a tener el control de este importante núcleo comercial cuando acabara la guerra. Gran Bretaña no estaba interesada en conservar ningún territorio conquistado, siempre que Estados Unidos aceptara las condiciones que se estaban debatiendo en Gante. El primer ministro, lejos de ambicionar Nueva Orleans, despreciaba aquel asentamiento que, según él, era «uno de los más insalubres de toda América».[118] Además, la batalla de Nueva Orleans, en ocasiones llamada la «batalla Innecesaria», no tuvo una influencia directa en los términos de las negociaciones británico-estadounidenses en curso, que culminaron en la firma del Tratado de Gante el 24 de diciembre de 1814. Como la noticia tenía que cruzar el Atlántico en un buque de vela, no llegó a Estados Unidos hasta febrero de 1815.[119] La batalla de Nueva Orleans, aunque «innecesaria», fue relevante porque obligó a Gran Bretaña a atenerse a las condiciones pactadas y a renunciar a cualquier pretensión sobre Nueva Orleans o de conseguir el control del estuario del Misisipi y el comercio regional. Ambos bandos convinieron restablecer el *statu quo ante bellum*.[120]

La guerra británico-estadounidense acabó, pues, en empate, pero sus consecuencias fueron profundas. Para Estados Unidos,

esta contienda quedó muy lejos del éxito rotundo que el gabinete del presidente James Madison trató de aparentar. No se había alcanzado prácticamente ninguno de los objetivos estadounidenses en el conflicto y el tratado final no hizo mención a las causas directas de la guerra, como el apresamiento de ciudadanos estadounidenses o las prácticas marítimas británicas. En cualquier caso, la guerra transformó la política de la joven república. Contribuyó al hundimiento del Partido Federalista y marcó el inicio de la llamada «Era de los Buenos Sentimientos», caracterizada por un sentimiento nuevo de resolución y unidad nacional entre los estadounidenses después de la guerra. El conflicto también espoleó la industrialización del país y puso de relieve la necesidad de reformas económicas y financieras que se debatieron acaloradamente durante décadas. El único éxito estadounidense claro de la contienda fue el advenimiento de la US Navy como una fuerza potente y como espina dorsal de la seguridad nacional. En este sentido, esta guerra completó lo que se había iniciado en 1775: logró la hegemonía de Estados Unidos en Norteamérica y facilitó su ascenso al puesto de primera potencia poscolonial.

De modo análogo, la guerra fue también un momento crucial en la historia canadiense. Aunque entonces eran muchos los que esperaban que Canadá perdiese partes de su territorio a manos de los estadounidenses, sobre todo en el Alto Canadá, esto no sucedió. Las invasiones de la república vecina fueron repelidas y Canadá salió indemne de la contienda. Sin embargo, la idea de que los canadienses unieron esfuerzos y de que forjaron la nación en la lucha con los vecinos del sur es un mito. La reacción de la inmensa mayoría de los canadienses ante el conflicto fue la apatía, la resistencia a las requisas y la deserción. Hubo que esperar a los años de posguerra para que las élites canadienses desarrollaran un relato propagandístico acerca de la «lealtad, la fidelidad y la adhesión inamovibles» demostradas por los voluntarios y los mi-

licianos canadienses en la derrota de los invasores estadounidenses.[121]

En cuanto a Gran Bretaña, la guerra de 1812 fue consecuencia directa de su lucha con la Francia napoleónica y la conducción de la contienda norteamericana estuvo directamente conectada con lo que sucedía en Europa. Esta guerra no supuso, en ningún momento, una amenaza seria para la posición británica en Norteamérica, pero a algunos analistas les preocupaba que los británicos «parecieran, tanto en América como en Europa, en parte derrotados y en parte forzados, mediante la intimidación, a hacer la paz».[122] A finales de 1814, con más efectivos ya en Canadá que en Europa, Gran Bretaña tuvo la oportunidad de infligir un castigo considerable a su adversario. Pero era demasiado tarde. Los reveses anteriores habían agotado la voluntad de luchar en aquel remoto y oneroso conflicto. Muchos británicos, en especial los vecinos de las ciudades portuarias que padecían la pérdida del comercio con Estados Unidos, se opusieron a esta conflagración y criticaron agriamente a su ejecutivo por no ponerle un fin rápido. El *Leeds Mercury* proclamaba: «La felicidad y la tranquilidad de este país están conectadas mucho más estrechamente con este asunto que con las victorias en España o los movimientos de los ejércitos enfrentados en Rusia».[123] La guerra distrajo muchos recursos humanos y materiales necesarios para derrotar a Napoleón y constriñó las labores diplomáticas británicas en Viena, donde el escenario estaba listo para el mayor espectáculo diplomático de los tiempos modernos.

CAPÍTULO 23 | La guerra y la paz, 1814-1815

El Congreso de Viena fue uno de los ensamblajes más señalados de la historia europea. Su singularidad se deriva del hecho de que la paz con la potencia derrotada ya se había obtenido en los Tratados de París: el congreso se convocó para llegar a un acuerdo general para Europa no circunscrito a la resolución de un conflicto particular.

El Congreso de Viena no fue, en puridad, un congreso. Los delegados no se reunieron nunca en una sesión plenaria. Más bien, un grupo selecto de ellos, los que representaban a los Estados más poderosos, actuaron en la sombra, distanciados de la efervescente vida social de la capital austriaca. Emperadores, reyes y príncipes habían acudido a Viena junto con numerosos cortesanos y vividores y la corte austriaca hizo lo posible para atender sus deseos. A pesar de que había salido de la guerra con un pie ya en la bancarrota, el emperador Francisco se jugó el otro en la organización de esta reunión. Autorizó la creación de un comité especial cuya tarea era idear nuevas formas de diversión para los miles de visitantes, teniendo en cuenta los gustos variados y preferencias, y, por supuesto, el protocolo asociado a cada rango. Muchas decisiones cruciales en torno al futuro de Europa se tomaron en actos sociales en los que los hombres de Estado comían, bebían y entablaban alianzas. El Gobierno austriaco organizó un complejo sistema de espionaje que empleó a

incontables criadas, porteros, cocheros y otros sirvientes para conseguir cualquier atisbo de información que pudiera concederle una ventaja en las negociaciones diplomáticas.[1]

Cada una de las potencias aliadas que se habían incorporado a la lucha contra Napoleón lo había hecho en el momento que le pareció más conveniente para su propio interés. A lo largo de las campañas de 1813, las potencias habían cerrado tratados independientes unas con otras para coordinar esfuerzos militares y para afianzar compromisos. A pesar de todos los esfuerzos dirigidos a combatir a Napoleón, no se había prestado apenas atención a qué sucedería justamente después de derrocarlo. Los aliados habían debatido acerca de algunas concesiones políticas, territoriales y económicas –por ejemplo, los anhelos de Rusia en Polonia, los de Suecia en Noruega y la restauración de Prusia y de Austria a la situación previa a la guerra– que ciertos Estados consideraban esenciales para sus intereses, pero no se había creado ningún mecanismo para poner en práctica estas aspiraciones. En este sentido, el Tratado de Chaumont de 1814 tuvo consecuencias de gran alcance. Los aliados no solo aclararon sus objetivos en la guerra y reafirmaron el compromiso de no hacer paces separadas con Francia, sino que acordaron unas provisiones generales para un acuerdo europeo general: la independencia de España y de Suiza, la restauración y el agrandamiento de Holanda, el establecimiento de una Alemania confederada, la división de Italia, etc. Los arquitectos del tratado reconocieron que este tenía que ser un componente fundamental para la reconstrucción (y conservación) del orden europeo en la posguerra. Según ellos, estaba pensado

> […] no solo como un compromiso sistemático de preservar el concierto de las potencias principales, sino como un refugio bajo el que todos los Estados menores, especialmente los situados en el Rin, podrían, cuando volviera la paz, encontrar seguridad libres de la necesidad de buscar un compromiso con Francia.[2]

Sin embargo, el pacto de Chaumont adolecía de varios inconvenientes, el primero de ellos que no contenía provisiones en relación con asuntos que se habían tratado en acuerdos anteriores. Por ejemplo, la aspiración de Prusia en Sajonia no se vio reflejada en el tratado; los compromisos rusos de apoyar el restablecimiento de Austria y Prusia a la situación previa a la contienda se mencionaron, aunque sin concretar la configuración de preguerra exacta a la que se referían. El tratado, además, no reflejaba los acuerdos territoriales que los aliados ya habían considerado para Escandinavia, donde el emperador Alejandro había prometido compensar a Suecia por la pérdida de Finlandia al apoyar las pretensiones suecas en Noruega. Por último, el mayor beneficiario del tratado fue Gran Bretaña, que conseguía que los derechos marítimos fueran excluidos de cualquier negociación. Esto significaba que los británicos, que se habían apoderado de enormes territorios en ultramar, podrían decidir el estatus político futuro de estos e interpretar las normativas marítimas en solitario.

Las cláusulas del Tratado de Chaumont fijaron la piedra angular del sistema de alianzas europeo y tuvieron una elaboración adicional en la Paz de París, que también llamaba a convocar un «congreso general» para debatir y completar el ordenamiento europeo de posguerra. Se extendieron invitaciones a «todas las potencias implicadas en uno u otro bando de la guerra presente», pero en las provisiones secretas del Tratado de París las potencias aliadas también acordaron reservarse para ellas, *de facto*, el proceso de toma de decisiones, de modo que ellas fueran las que diseñaran «un sistema de equilibrio de fuerzas real y permanente en Europa».[3] Las potencias menores desconocían este arreglo y se las mantuvo en la ilusión de que iban a tener la oportunidad de contribuir al nuevo orden europeo.

Los delegados empezaron a llegar a Viena en los últimos días de septiembre de 1814. Entre ellos estaban los representantes de España, de los Estados Pontificios, Portugal, Suecia, Hannover,

Baviera, Wurtemberg y docenas de otros Estados menores. De Nápoles llegaron dos delegaciones, una a cargo de los intereses del rey Joaquín Murat y otra que actuaba en representación de la dinastía Borbón. España estuvo representada por don Pedro Gómez de Labrador. Su vecino Portugal, cuyo ejecutivo todavía se encontraba en Brasil, envió a Pedro de Sousa Holstein, conde de Palmela, a defender sus intereses.

El ministro de Exteriores francés, el príncipe Charles-Maurice de Talleyrand, fue el enviado de la monarquía borbónica francesa. La labor a la que se enfrentaba era, tal vez, la más complicada de todas: resucitar la fortuna de un país derrotado. Aunque confiaba en que podría preservar la frontera oriental francesa y minimizar las posibles pérdidas adicionales en ultramar, su tarea más importante era, con mucha diferencia, salvaguardar el estatus de Francia como gran potencia. Talleyrand veía en el agrandamiento de Prusia una amenaza directa para Francia y prefería algún tipo de equilibrio de fuerzas, un planteamiento que encajaba bien con las ideas de Castlereagh y Metternich para el futuro acuerdo político. Talleyrand, consumado pragmático, había iniciado su carrera como obispo católico antes de la Revolución y luego había servido a todos los gabinetes de Francia a lo largo de cincuenta años de carrera. En opinión de sus admiradores, era un estadista que servía noblemente a los intereses de Francia. Según sus detractores, estaba movido por el interés personal. Ambos bandos coincidían en que le gustaba el dinero y en que utilizó sus tentáculos políticos para amasar una fortuna personal inmensa. El gran orador revolucionario Honoré Mirabeau comentó que Talleyrand «vendería su alma por dinero; y tendría razón, puesto que estaría intercambiando excrementos por oro».[4] A pesar de los desafíos a los que se enfrentaba, el seguro y astuto Talleyrand estaba en su salsa en las circunstancias de 1814-1815 y su talento como diplomático nunca brilló con más fuerza que durante los nueve meses de la conferencia vienesa.[5]

Las cuatro grandes potencias estuvieron representadas por los mismos hombres de Estado que ya llevaban negociado entre ellos largo tiempo. Aunque el emperador Francisco de Austria organizó el congreso, delegó las responsabilidades diplomáticas en su ministro, Metternich, que contó con la ayuda de un excelente cuadro de funcionarios, entre los que se encontraban su segundo, Johann Philipp Freiherr von Wessenberg, y su secretario personal, Friedrich von Gentz, cuyas vívidas cartas y diarios siguen siendo una rica fuente de información del periodo.[6] Además de los anteriores, Von Binder asesoraba acerca de los asuntos italianos y Johann Graf Radetzky von Radetz de las cuestiones militares.

Metternich, diplomático de talento y experiencia, era, según su propia confesión, «malo en las escaramuzas [...] pero bueno en las campañas».[7] Consumado oportunista, basaba su política en un conjunto de «principios» entre los que sobresalía ante todo el «equilibrio», una fórmula que aplicaba por sistema en su vida doméstica y en la política internacional. Metternich pensaba que las sociedades europeas descansaban en una suerte de equilibrio que había sido derribado por la Revolución francesa y las conquistas napoleónicas. Por consiguiente, para devolver la estabilidad a Europa era necesario reintegrar a los soberanos «legítimos» en sus tronos y revertir algunos de los cambios que había traído Napoleón, o incluso todos ellos. El equilibrio político también conformó uno de los objetivos principales de Metternich: la defensa de la posición austriaca en Europa mediante el constreñimiento de Francia en el oeste y la prevención de la hegemonía rusa en el este. Austria no podía aceptar quedar excluida de Polonia (como pretendía Rusia con insistencia), ni podía tampoco sancionar la apropiación prusiana de Sajonia, puesto que ambas aspiraciones constituían una amenaza para el equilibrio de fuerzas en Centroeuropa. Con el propósito de impedir ambas, Metternich utilizaría cualquier recurso que estuviera en sus manos

para alejar a los Estados alemanes de las influencias rusa y prusiana y estaba abierto, con este fin, a un eventual acercamiento con otras potencias, incluso con Francia.[8]

En la delegación rusa figuraban el emperador Alejandro I y sus consejeros, entre los que encontramos a Karl Nesselrode, al conde Giovanni Antonio Capo d'Istria y a Charles André (Carlo Andreo) Pozzo di Borgo.[9] Alejandro fue el único soberano que participó en las negociaciones en persona, en las que se reveló como un personaje inteligente e imaginativo, con buen ojo para

hallar formas de reforzar las posiciones rusas en Europa. Los grandes éxitos de 1812-1813 también habían cebado la vanidad y el misticismo religioso del soberano ruso, cuyas acciones eran, en ocasiones, difíciles de predecir. Alejandro estaba convencido de que los cañones hablaban con más fuerza que las palabras y de que Rusia, por haber desempeñado el papel crucial en la derrota de Napoleón, tenía derecho a un rol dominante en el acuerdo de la posguerra.

La misión prusiana estaba encabezada por el canciller Karl von Hardenberg, que actuaba en nombre del rey Federico Guillermo III. El propio monarca también acudió a Viena, pero, básicamente, se abstuvo de participar de forma directa en las negociaciones diplomáticas. Otros delegados prusianos notables fueron Wilhelm von Humboldt (tal vez la figura intelectual más distinguida entre los forjadores de la paz), el general Karl Friedrich von dem Knesebeck, Johann Gottfried Hoffman (uno de los mejores estadísticos de Europa) y Heinrich Freiherr vom und zum Stein. Los prusianos esperaban una recompensa adecuada por el sacrificio de miles de sus soldados y por el liderazgo marcial de Blücher, que se había ganado el apodo de Marschall Vorwärts [Mariscal Adelante] por su espíritu indomable. Aunque la delegación prusiana produjo más memorandos que cualquier otra potencia, su papel en las deliberaciones no corrió parejo con su competencia técnica. Los prusianos aún eran vistos como el socio menor de la alianza ruso-prusiana; el monarca prusiano no solo cedía ante Rusia en el asunto polaco, sino que llegaba a mostrarse dispuesto a seguir los dictados rusos en cualquier otro asunto político. En cambio, los generales prusianos, en especial Blücher y el talentoso jefe del Estado Mayor, August Wilhelm Antonius Neidhardt von Gneisenau, tenían sus propias opiniones y objetivos, usualmente más belicosos que los de su soberano y centrados en un odio tan inmarcesible hacia Francia que ninguna concesión podría aplacarlos por completo.

La delegación de Gran Bretaña estuvo primero encabezada por el secretario de Exteriores, Castlereagh (después relevado por el duque de Wellington, en febrero de 1815), que contó con la ayuda de su medio hermano Charles Stewart y de Richard Le Poer Trench, segundo conde de Clancarty. Castlereagh, que fue uno de los arquitectos principales de la última coalición contra Napoleón, era un individuo de talento, pero profundamente solitario, cuyos antecedentes, carácter y logros dividían la opinión de sus contemporáneos.[10] A lo largo de 1814 y 1815 se dedicó a que Gran Bretaña tuviera un papel de liderazgo en los acuerdos territoriales vieneses. Gran Bretaña, a causa de su peculiar condición de nación isleña y superpotencia naval, no tenía ambiciones territoriales en el continente (un planteamiento que se vio reforzado cuando decidió devolver casi todas las posesiones coloniales que había tomado durante la guerra) y podía representar el papel de mediador desinteresado, siempre que sus intereses marítimos y comerciales quedaran a salvo. Por otro lado, al comienzo del congreso, se hallaba en desventaja por ser la única potencia aliada que todavía continuaba implicada en una contienda de envergadura –el conflicto británico-estadounidense había entrado ya en su segundo año–.

Las primeras reuniones de los representantes de las cuatro grandes potencias –Metternich, Castlereagh, Hardenberg y Nesselrode– acontecieron el 15 de septiembre de 1814 y llevaron a la adopción de unas reglas procedimentales para el congreso, que se inauguró oficialmente el 1 de octubre.[11] Fue un paso clave en la configuración de la conferencia, ya que no había precedentes que pudieran servir de modelo. Los «Cuatro Grandes», denominación en la podríamos incluir a Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia, rechazaron la idea de convocar una sesión plenaria de todos los representantes con el argumento de que habrían participado demasiados actores, en su mayoría «sin acuerdo previo en todas las cuestiones preliminares complicadas», según ex-

puso Castlereagh en una carta al primer ministro, lo que habría dificultado el proceso negociador.[12] Un resultado clave de estas primeras deliberaciones fue la distinción que se trazó entre potencias «grandes» y «pequeñas», en la que los cuatro aliados victoriosos formaban la primera categoría y el resto de los Estados europeos la segunda. El 22 de septiembre, instigadas por Prusia, las grandes potencias adoptaron un protocolo especial para privar a Francia de cualquier participación en los debates. Castlereagh se manifestó contrario a este trato displicente hacia una Francia gobernada en ese momento por la amistosa dinastía borbónica. Insistió además en añadir una declaración especial que pedía entablar relaciones con Francia y España por la amigable disposición de ambas.[13] En la práctica, esto condujo a la formación de un comité directivo de seis potencias (Gran Bretaña, Rusia, Austria, Prusia, Francia y España), aunque las decisiones reales se tomarían en un comité más reducido limitado a las cuatro primeras.[14]

Talleyrand, que llegó a Viena el 23 de septiembre, tachó el acuerdo aliado del día anterior de ilegal e impropio. Declaró que Francia se proponía defender a las pequeñas potencias y que actuaría bajo la asunción de que todos los Estados debían tener representación en el congreso y participar en las deliberaciones. Sus acciones trataban de insertar una cuña entre las potencias aliadas y mejorar la posición negociadora de Francia. El 30 de septiembre recibió, junto con el representante español, Labrador, una invitación a una reunión preliminar de los plenipotenciarios en la que se presentaron propuestas de las cuatro grandes potencias. Talleyrand se opuso a todas ellas. Preguntó por qué solo se le había invitado a él a la reunión en representación de la delegación gala. Le contestaron que solo se había invitado a los jefes ministeriales. Talleyrand respondió que Humboldt, que acompañaba a Hardenberg, no era jefe de ningún equipo. Al informarle de que la presencia de Humboldt se debía a la sordera de

Hardenberg, él, que padecía dolores en una pierna, respondió: «Todos tenemos nuestros achaques y podemos aprovecharlos cuando haga falta».[15] Talleyrand consiguió que los aliados accedieran a que cada país tuviera dos representantes en las reuniones. Se trataba de una concesión en apariencia menor. Entonces atacó que en el protocolo se hablara de los «aliados». Preguntó contra quién se estaban aliando las potencias, puesto que Napoleón ya había sido derrotado. Le contestaron que la palabra se empleaba por razones de brevedad. «La brevedad –replicó– no tendría que conseguirse a costa de la propiedad». Afirmó que la Cuádruple Alianza había quedado obsoleta tras el Tratado de París y que cualquier potencia que hubiera participado en las Guerras Napoleónicas tenía derecho a participar en el desarrollo del congreso. Los actos de los cuatro aliados no tenían justificación legal ni moral. Negó que tuvieran autoridad para tratar los asuntos sin la presencia de todo el congreso.[16]

Las objeciones de Talleyrand fueron bien recibidas y apoyadas por las potencias menores y obligaron a los Cuatro Grandes a retirar sus propuestas. El ministro de Exteriores galo alegó entonces que era necesario crear un órgano directivo formado por las ocho potencias firmantes del Tratado de París y que todo el congreso debía confirmar la autoridad del órgano propuesto en una sesión plenaria. Consiguió así reducir el poder que Austria, Prusia, Rusia y Gran Bretaña se habían arrogado y obtuvo la inclusión de Francia, España, Suecia y Portugal en las deliberaciones principales. Además, Talleyrand exigió que todas las discusiones y procedimientos del congreso se basaran en los principios de legitimidad y derecho público. Una vez que había logrado la inclusión de Francia en el grupo de los actores principales en enero de 1815, Talleyrand, actuando según su costumbre, procedió a abandonar a los Estados menores y se concentró en sus objetivos siguientes.

Dos órganos independientes dirigían el congreso. El Consejo de Ministros de las ocho potencias (Francia, Gran Bretaña, Austria, Prusia, España, Portugal, Suecia y Rusia) organizó diez comités distintos para tratar las cuestiones específicas. Los comités eran de importancia y composición diversas. Hubo un Comité Alemán, un Comité (o Conferencia) del Comercio de Esclavos, un Comité Suizo, un Comité sobre los Ríos Internacionales, un Comité de la Precedencia Diplomática, un Comité Estadístico, un Comité de Redacción, un Comité de Toscana, otro de Cerdeña y Génova y otro acerca del Ducado de Bouillon. Al mismo tiempo, los soberanos aliados celebraban reuniones diarias, en las que, a menudo, debatían y pactaban los asuntos de forma contraria a las instrucciones que recibían los negociadores. Tales incoherencias, como era natural, produjeron dificultades inesperadas.

La primera crisis de importancia se desencadenó por la cuestión polaco-sajona. Como hemos indicado, desde que Napoleón creara el Ducado de Varsovia en 1807, Rusia se había sentido intimidada por la posibilidad de un Estado polaco redivivo, un Estado que pudiera reclamar los territorios que Rusia se había anexionado gracias a los repartos de Polonia. En 1810, Alejandro había intentado infructuosamente obtener de Francia la garantía de que Polonia jamás sería restaurada. El colosal fracaso de Napoleón en 1812 ofreció a Alejandro la oportunidad de anular esta amenaza de una vez por todas. Su objetivo era que la mayor parte de los territorios polacos acabaran bajo su control, medida que, además, protegería las provincias occidentales de Rusia y proyectaría su poder de manera más profunda en Europa. Alejandro sabía las derivadas que estos planes tendrían en Europa, en especial porque las demás potencias, sobre todo Austria y Prusia, se opondrían sin duda a ellos. «Hacer públicas mis intenciones con respecto a Polonia llevará a Austria y a Prusia a los brazos de Francia», apuntó el 13 de enero de 1813.[17]

A pesar del desacuerdo casi universal de sus propios consejeros, Alejandro presionó a favor de la creación de un reino de Polonia de mayor tamaño y controlado por Rusia. Surgían dos preguntas fundamentales: ¿hasta dónde llegaría la autonomía polaca? y ¿cuál sería la extensión de las nuevas fronteras de Polonia? El proyecto ruso de formar un reino polaco constitucional amenazaba las prioridades de la seguridad nacional austriaca: limitar la influencia prusiana en Alemania y contener la expansión rusa en Europa central. Metternich temía que el nuevo Estado polaco contribuiría a la conflictividad política en los territorios polacos bajo control austriaco. En una reunión del 19 de septiembre, antes de que se reuniera formalmente el congreso, objetó el propio empleo de la palabra «Polonia» por miedo a que sirviera de banderín de enganche a los polacos austriacos y desestabilizara Galicia.[18] Viena y Berlín tampoco estaban entusiasmadas ante la expectativa de tener junto a sus fronteras una entidad política constitucional que pudiera animar a los súbditos a exigir concesiones similares. Al final, el punto que llevó a las demás grandes potencias a oponerse a la propuesta de Rusia fue el equilibrio territorial y político, con las consideraciones militares y estratégicas que iban ligadas a este. Aunque Alejandro alegara que la restauración de Polonia bajo suzeranía rusa habría significado un gobierno separado y una Constitución representativa para los polacos, las demás potencias veían en el plan una maniobra expansionista rusa apenas disfrazada. Austria, Gran Bretaña y Francia no estaban totalmente en contra del restablecimiento del Estado polaco, pero querían que fuera independiente de Rusia.[19]

Así pues, el emperador Alejandro se encontró prácticamente aislado. Solo Federico Guillermo III se mostró dispuesto a considerar la cesión de territorios obtenidos por Prusia en los repartos de Polonia, siempre que Prusia fuera compensada con territorios en otro lugar –preferiblemente en Sajonia, cuyo monarca, desde la perspectiva prusiana, debía ser castigado por haber apoyado a

Napoleón–.[20] El emperador Alejandro, a quien no se le ocultaban las suspicacias que despertaba su proyecto, no quiso declarar abiertamente sus intenciones para Polonia y cambió una y otra vez de posición. Mientras les prometía a los representantes británicos que no forzaría sus propósitos en relación con la Polonia prusiana, a Austria le proponía que le cediera toda Galicia a cambio de apoyo para arrebatar Alsacia a Francia.[21] Todo esto no hizo más que contribuir a aumentar los recelos de británicos y austriacos, que no acababan de creer las promesas rusas de que los polacos conservarían su libertad. Tanto Castlereagh como Metternich veían en el proyecto una herramienta para ampliar la influencia rusa hasta Europa central y situar a las fuerzas del zar en una posición desde la que podrían atacar con facilidad Berlín o Viena. Los británicos tenían además otra preocupación adicional: la expansión prusiana en Renania podía aumentar sus ambiciones en los Países Bajos, una región que Gran Bretaña consideraba crucial para su seguridad nacional.

La falta de acuerdo entre los aliados acerca del estatus de Polonia y Sajonia a principios de 1814 convirtió ambos asuntos en uno de los problemas fundamentales que debía afrontar el Congreso de Viena. En octubre y noviembre de ese año Castlereagh se esforzó al máximo para persuadir a Alejandro de que redujera sus demandas y llegara a algún tipo de compromiso, pero fracasó. Alejandro se mantuvo firme en relación con los territorios polacos y acerca de la compensación a los prusianos en Sajonia. «[…] el derecho de conquista es un título legal para la obtención de la soberanía de un país conquistado», sostenía un memorando ruso.[22] Austria, siempre atenta a la necesidad de conservar el equilibrio en Europa central, optó por una ruta más tortuosa. Metternich le aseguró primero a Alejandro que Austria apoyaría sus pretensiones polacas si él evitaba la expansión prusiana en Sajonia. El ministro austriaco, al mismo tiempo, le prometió al representante prusiano, Hardenberg, que apoyaría las aspiraciones

prusianas en Sajonia si Prusia se oponía a los planes rusos en Polonia. Sin embargo, los prusianos ignoraron la oferta –Sajonia ya estaba ocupada por los rusos, y Berlín estaba seguro de que obtendría algo de sus anteriores tratados con ellos–.[23]

Con el aumento de las tensiones, Talleyrand aprovechó la ocasión para enfrentar a las grandes potencias entre ellas. Esgrimiendo el principio de legitimidad, adujo que Rusia y Prusia carecían de autoridad para privar al rey legítimo de Sajonia de su territorio y su trono:

> Para reconocer semejante disposición como legítima, uno tendría antes que afirmar que es posible juzgar a los reyes. Que pueden ser juzgados por aquellos que desean y pueden apoderarse de sus posesiones [...] que la soberanía puede perderse y ganarse por el mero hecho de la conquista [...] en una palabra, que todo le es legítimo a aquel que es más fuerte.[24]

Al presentarse como defensor de la legitimidad, Talleyrand transformaba a Francia de nación derrotada en socio crucial para todo el que buscara constreñir el comportamiento agresivo de Rusia. Esta novedad fue, naturalmente, muy bien acogida por británicos y austriacos.[25] El primer ministro británico lord Liverpool ya había reconsiderado su posición de cara a la nación que su ejecutivo había combatido durante tanto tiempo: «Cuanto más oigo y veo de las diversas cortes de Europa, más me convenzo de que el rey de Francia es, entre las grandes potencias, el único soberano en quien podemos tener alguna confianza verdadera».[26]

A medida que se acercaba el final del año, las reuniones entre las grandes potencias se tornaron cada vez más conflictivas. El 30 de diciembre, exasperado por la negativa británica y austriaca a plegarse, el enviado prusiano, Hardenberg, amenazó con considerar cualquier retraso adicional en el reconocimiento de las aspiraciones de Prusia en Sajonia como una declaración de guerra. Castlereagh contestó que, si se imponía semejante destemplanza, era mejor poner fin al congreso de una vez.[27] Ante este giro alarmante, algunos manifestaron su temor a que estallara una

posible guerra entre los antiguos aliados. Las tensiones escalaron con rapidez. A finales de diciembre, el legado danés se quedó estupefacto cuando Castlereagh le preguntó cuántos hombres podría desplegar Dinamarca en caso de conflicto. El embajador prusiano estaba cada vez más persuadido de que era «necesaria una segunda guerra» y de que esta debía «suceder tarde o temprano».[28] Talleyrand ya había intimidado con desplegar hasta 300 000 hombres en apoyo de la soberanía sajona y los austriacos estaban haciendo inventario de sus fuerzas armadas y preparando los planes de la eventual movilización. Al escuchar el ruido de sables de las grandes potencias, las de menor entidad se unieron también a la refriega. Los bávaros se pusieron del lado de sus vecinos sajones. El príncipe Wrede, que representaba a Baviera y era el jefe de su Ejército, le aseguró a la delegación francesa que alrededor de 40 000 soldados bávaros estaban listos para acudir en ayuda de Sajonia. Por su parte, los daneses tenían la ilusión de que una nueva contienda contra Prusia y Rusia les permitiría recobrar Noruega y refrenar a Suecia y a Rusia.[29]

La situación cambió drásticamente al empezar el nuevo año. La primera semana de enero trajo la inesperada nueva de que Gran Bretaña y Estados Unidos habían acabado su guerra. «La noticia de la paz americana pilló aquí a todos desprevenidos —escribió un testigo británico en Viena—. Nadie la esperaba». Talleyrand pronto comprendió las enormes implicaciones de la que vino a llamar «paz esterlina».[30] En efecto, y según las palabras del propio Castlereagh, Gran Bretaña, «liberada de la pesada carga de la guerra americana», podía desde ese momento dedicar a Europa los recursos financieros y militares que esta exigía.[31] El impacto fue inmediato y avasallador. Para poner coto a las ambiciones ruso-prusianas, Talleyrand, Metternich y Castlereagh cerraron una alianza secreta dirigida contra los antiguos miembros de la coalición. En lugar de someterse a las demandas ruso-prusianas, ahora demostrarían que estaban dispuestos a luchar. El

acuerdo, firmado el 3 de enero de 1815, creaba una alianza militar secreta de Francia, Gran Bretaña y Austria en la que estas se prometían apoyo en caso de que cualquiera de ellas se viera envuelta en una guerra. Francia y Austria se comprometían a desplegar 150 000 soldados y Gran Bretaña proporcionaría dinero y consideraría cualquier ataque contra Hannover o los Países Bajos como *casus belli*. De este modo, menos de un año después de su derrota, Francia conseguía asumir un papel fundamental en el congreso, aprovechaba las divisiones entre las grandes potencias y creaba un nuevo eje de alianzas políticas. Era un logro muy notable. «La Coalición se ha disuelto –le escribía Talleyrand jubiloso a Luis XVIII–. Francia ya no está aislada en Europa».[32]

El citado tratado secreto, en cualquier caso, era un farol colosal. Talleyrand sabía que Francia no estaba en posición de librar otra guerra cuando aún no había pasado un año desde la derrota de Napoleón. Castlereagh actuó contra las instrucciones de su ejecutivo al firmar el acuerdo. Liverpool le había advertido que «sería casi imposible embarcar a este país en una guerra en el momento presente» y no cabía duda de que el Parlamento británico no habría dado su consentimiento a un nuevo conflicto en Europa mientras libraba otro en Norteamérica.[33] Las dificultades de Austria y su preocupación por los asuntos italianos ponían en cuestión que Viena fuera capaz de poner en marcha un gran esfuerzo militar contra Rusia. Con todo, la treta funcionó. Aunque los detalles de la alianza se mantuvieron en secreto, la noticia se filtró cuidadosamente, para gran sorpresa de las delegaciones rusa y prusiana. Ante la amenaza de una conflagración general europea, ni el emperador Alejandro ni el rey Federico Guillermo estaban dispuestos a poner en peligro las ventajas que ya habían logrado, así que ambos se conformaron, parafraseando el refrán, con el pájaro en mano.[34]

En febrero, la crisis prácticamente había acabado. Austria presentó la propuesta que sirvió de base para el acuerdo final acerca

de la cuestión polaco-sajona. Las grandes potencias pactaron que Polonia se convertiría en un reino en apariencia independiente, pero que, en la práctica, sería un protectorado ruso. Se trataba de una versión muy recortada del Estado que había soñado el emperador Alejandro –menos de 130 000 kilómetros cuadrados y alrededor de 3,2 millones de habitantes–, puesto que Prusia, aunque entregaba Varsovia, conservaba Posen y Thorn, Austria conservaba la provincia de Galicia en su poder y Cracovia era declarada ciudad libre bajo protección conjunta austro-ruso-prusiana. En Sajonia se alcanzó un compromiso similar: Prusia recibió dos quintos de su territorio (con una población de alrededor de 900 000 personas), pero el resto se mantuvo bajo la autoridad de su soberano legítimo, el rey Federico Augusto I. Los oficiales del alto mando prusiano no pudieron ocultar su decepción por este acuerdo y compartían la frustración y la rabia que Blücher sentía por entregar territorios prusianos a cambio de «300 000 polacos y otros tantos sajones que nos odian y que nunca podrán reemplazar a estos leales y sacrificados hermanos».[35] La cuestión polaco-sajona exigió más energía, emoción y negociaciones que cualquier otro asunto de los que se debatieron en el congreso. Sin embargo, una vez resuelta, las delegaciones hicieron progresos considerables en otros temas hasta que la labor se vio interrumpida por un suceso repentino e inverosímil.

En marzo de 1815, Napoleón sacudió Europa al osar regresar a Francia. Durante los diez meses que había gobernado el diminuto reino de Elba, el emperador no había dejado de recibir abundante información del continente. No desconocía, por tanto, el descontento generalizado y sabía que en Francia conservaba buena parte de su popularidad. Sin duda, disfrutaba siendo testigo de los problemas de los aliados, en especial los de los Bor-

bones franceses. La monarquía del rey Luis XVIII, que había pasado un cuarto de siglo en el exilio, no era tiránica ni maléfica y aspiraba a devolver la paz y la estabilidad al pueblo, que ansiaba ambas. Sin embargo, no lograba conciliar las tendencias unilaterales de algunos de sus partidarios con la realidad de una sociedad francesa transformada. Luis XVIII volvió a Francia con un fuerte deseo de sanar las heridas del país y conseguir, como dijo, «la fusión de los dos pueblos en uno». Francia era, en efecto, una nación escindida. Si un buen número de individuos recibió positivamente que un monarca volviera al trono, un número similar continuaba apoyando a Napoleón. Además, los recién regresados *émigrés* irredentistas (los llamados «ultras») confiaban en una reversión completa de los cambios sociales y políticos que había desencadenado la Revolución en Francia. Sin embargo, el rey había accedido a conceder la Carta de 1814 para apaciguar el sentimiento popular y satisfacer los deseos de los aliados. Esta era una constitución liberal que conservaba los cambios sociales de la Revolución y la organización administrativa de Napoleón y que prometía un gobierno representativo, responsabilidad ministerial y protección de los derechos y las libertades civiles.[36] Declaraba que «toda la justicia emana del rey», pero también conservaba los códigos napoleónicos y otras reformas legales y garantizaba que, en lo relativo a la organización social y a la igualdad de oportunidades, Francia seguiría siendo una espléndida excepción en un continente dominado por la ideología conservadora.[37]

En cualquier caso, los franceses, a pesar de que habían experimentado un gran alivio por el final de una guerra que parecía interminable, también acabaron desilusionados con el nuevo gabinete. En la práctica, los Borbones habían demostrado que, como se decía con humor, «no habían aprendido nada ni olvidado nada». Los ultras, aunque de escaso número, expresaban con claridad sus ambiciones de ver restaurados su antiguo poder y pros-

peridad. Su insistencia en celebrar ceremonias que honraban a los que habían luchado contra la Revolución llevó a muchos a cuestionar los prejuicios del nuevo ejecutivo. Muchos desaprobaron que la bandera nacional dejara de ser la tricolor y se volviera a la bandera blanca de la dinastía borbónica, así como estaban molestos por la presencia de agentes aliados entrometiéndose en los asuntos franceses. Aunque el monarca se negaba a satisfacer todas las exigencias de los ultras, su decisión de devolver las propiedades confiscadas que aún estuvieran en poder del Estado alarmó a muchos ciudadanos galos que habían comprado propiedades expropiadas a la Iglesia o a la nobleza durante el último cuarto de siglo. Entre los campesinos abundaban los rumores de que se revertirían las organizaciones de tierra de la Revolución y de que las obligaciones feudales y los impuestos eclesiásticos volverían a implantarse.

La monarquía borbónica, ya escasa de apoyo nacional, agravó su situación con una serie de decisiones impopulares, aunque inevitables. La propia concesión de la citada carta otorgada también se volvió en su contra, puesto que republicanos y bonapartistas aprovecharon las libertades civiles para criticar abiertamente al Gobierno. Después, cuando la corona implantó la censura, hubo sonoras protestas incluso entre los intelectuales antes enemigos de Napoleón. Además, era inevitable que los Borbones aumentaran los impuestos y desmantelaran la máquina de guerra imperial, medidas ambas necesarias por la crisis financiera, el final de la guerra, la pérdida del imperio y la posición pacifista de Francia ante el resto del continente. El licenciamiento de miles de soldados, la decisión de poner a media paga a muchos oficiales y el ascenso de algunos ultras a posiciones elevadas del ejecutivo y del Ejército iban a provocar muchos rencores. Francia no tardó en llenarse de oficiales y soldados descontentos que mostraban su aversión por el Gobierno borbónico y sentaban las bases de la leyenda napoleónica. En contraposición a una monarquía desco-

nectada de la realidad encabezada por un anciano inválido, Napoleón brillaba de nuevo como el gran hombre de acción. No tardaron en soslayarse los fallos del régimen imperial y la atención popular se centró en las glorias pasadas. Los soldados se solazaban con el recuerdo de las campañas victoriosas y los campesinos recordaban que, a pesar de sus numerosas desventajas, el régimen napoleónico nunca les habría obligado a renunciar a las tierras que antes habían pertenecido a la Iglesia y a la nobleza. Aunque, en la práctica, a los ultras les habría sido imposible recuperar las tierras y el estatus de privilegio, la percepción popular vino a pesar más que la realidad. Incluso la mera definición de la carta constitucional como un «regalo» del rey al pueblo era algo problemático. Muchos temían que, aunque la carta otorgada podía considerarse a salvo gobernados por Luis XVIII, un monarca que carecía de descendientes, podía correr peligro si subía al trono su hermano y heredero Carlos, conde de Artois, mucho más conservador e intolerante.[38]

Desde su palacio de Portoferraio, en Elba, Napoleón siguió con atención lo que sucedía en Francia y también las amargas disputas vienesas de los aliados victoriosos por los despojos de la guerra.[39] En los últimos días de febrero de 1815 ya había tomado la decisión de regresar a Francia. Calculaba que, ahora que los franceses habían aguantado doce meses de gobernanza mediocre, ya estaban listos para acogerlo otra vez, y que los aliados, que ya se estaban tirando unos al cuello de los otros de nuevo, no querrían arriesgarse a otra guerra general solo para conservar a Luis XVIII en el trono. Le comentó a un amigo:

> No hay ningún ejemplo histórico que me haya instado a aventurarme a esta atrevida empresa. Sin embargo, he tomado en cuenta la sorpresa que invadirá a las gentes, el estado de la opinión pública, el resentimiento contra los aliados, el amor de mis soldados y, en fin, todos los elementos pronapoleónicos que todavía germinan en nuestra bella Francia.[40]

El 26 de febrero, acompañado por su estado mayor y alrededor de un millar de soldados, partió de Elba rumbo a Francia.

Lo que sucedió a continuación –el célebre *vol d'aigle* [vuelo del águila]– fue, sin duda, una de las aventuras más audaces y asombrosas de la historia. «El águila volará de campanario en campanario hasta que llegue a las torres de Notre Dame», prometía Napoleón en una proclama que se publicó tras su desembarco en la costa de Golfe-Juan, el 1 de marzo de 1815.[41] Y así sucedió. Durante su marcha hacia la capital, Napoleón recordó las amargas experiencias del año anterior para evitar las áreas más conservadoras, como Provenza, y se abrió camino por regiones más favorables como el Delfinado, donde era recibido con júbilo por campesinos y urbanitas que aborrecían la posible restauración del *ancien régime*. El Ejército también lo prefería, con mucho, a los Borbones. Si algunos generales intentaban que las tropas se pusieran de parte del rey, los oficiales les decían: «Cuando gritéis "¡Viva el Rey!", nuestros soldados y nosotros contestaremos "¡Viva el Emperador!"».[42] Un contingente real enviado a arrestar a Napoleón cambió de bando durante un apasionante y emotivo encuentro en el pueblo de Laffrey. Al acercarse Napoleón a los efectivos que cerraban el camino, un oficial realista ordenó a los soldados abrir fuego, pero ninguno obedeció. Napoleón se adelantó hacia los soldados que le apuntaban con los mosquetes y exclamó: «¡Soldados! Soy vuestro emperador. ¿No me reconocéis? Si hay alguno entre vosotros dispuesto a matar a su general, ¡aquí me tiene!». La respuesta fueron gritos de «Vive l'empereur!» y los soldados se abalanzaron a abrazar a Napoleón.[43]

Animado por el torrente de apoyos, Napoleón avanzó con rapidez hacia la capital. Lo que había empezado como una marcha arriesgada se convirtió en una procesión triunfal. En Grenoble lo recibió una multitud en las afueras de la ciudad y, como el gobernador local había huido con las llaves de la ciudad, el gentío desmontó las puertas de esta y se las ofreció al emperador. El 10 de marzo llegaba a Lyon, donde empezó a emitir decretos imperiales y acogió a más fuerzas del Ejército real que se pasaban a su

bando, como las del mariscal Ney –que antes había prometido al rey traer a Napoleón «en una jaula de hierro», para después declarar públicamente que «la causa de los Borbones está perdida para siempre»–.[44] Diez días más tarde, el 20, Napoleón entraba en París, donde una multitud entusiasta lo llevó en volandas por la gran escalinata que accede al palacio de las Tullerías, abandonado por Luis XVIII y su corte solo unas horas antes camino a Bélgica. A muchos coetáneos, el «vuelo del águila» les pareció algo prácticamente sobrenatural. «Este fue el mayor de los milagros hechos por Dios –exclamó más tarde Honoré de Balzac, que contaba 16 años en la hora del regreso de Napoleón–. Antes de él, ¿qué hombre había ganado un imperio limitándose a mostrar su sombrero?».[45] A pesar de haber sido derrotado por las fuerzas conjuntas de Europa, Napoleón había recuperado la corona en solo tres semanas, contra toda previsión y a pura fuerza de voluntad. El castillo de naipes que los aliados habían erigido a toda prisa en Francia se vino abajo.

Una vez en París, de todos modos, la dura realidad se impuso y Napoleón tuvo que emplear recursos distintos de la pasión que había impulsado su vuelta. Sabía lo caprichoso que podía ser el apoyo popular: «[…] el pueblo me ha dejado venir igual que ha dejado que los otros se vayan».[46] Era consciente de que no podía restaurar el régimen imperial con la misma forma que había tenido. La situación exigía algo distinto. Después de comprobar con sorpresa que los errores del Gobierno borbónico habían revigorizado los ideales revolucionarios, se apresuró a aprovechar esta poderosa fuerza.[47] Napoleón asumió el rol de defensor de la Revolución y ajustó su retórica al carácter de su audiencia: prometió que durante su gobernanza protegería a los campesinos de la reacción feudal y clerical y defendería los progresos de la burguesía.[48] Se presentaba como un gobernante que había cometido algunos errores achacables a las necesidades de la guerra. Les aseguraba a sus compatriotas que había cambiado y que no alber-

gaba ya grandes ambiciones. «¿Puede alguien tan gordo como yo tener todavía ambición?», bromeaba dándose palmaditas en el vientre con ambas manos.[49]

Apenas dos días después de su llegada a París, Napoleón reconstituyó su ejecutivo y convocó a sus antiguos funcionarios. Formó una versión francesa del Ministerio de Todos los Talentos que incluía a profesionales como Michel-Charles Gaudin (ministro de Finanzas), Caulaincourt (Asuntos Exteriores) y el mariscal Davout (Guerra), junto con un curtido veterano como Joseph Fouché (Policía) o republicanos como Lazare Carnot (Interior). «He renunciado a las ideas del Gran Imperio –proclamaba–, que solo había empezado a tener en los últimos quince años. En adelante, la felicidad y la consolidación del Imperio francés serán los objetos de mis pensamientos». Prometió un gobierno más representativo y le pidió a Benjamin Constant, uno de los liberales más notables (y durante mucho tiempo su crítico) la redacción de un Edicto Adicional de la Constitución Imperial que, una vez aprobado en un plebiscito, creó un Parlamento bicameral elegido libremente para gobernar junto con el emperador. Los cambios constitucionales también introdujeron la responsabilidad ministerial, acabaron con la censura y protegieron las libertades de prensa y de expresión.[50] Napoleón, para subrayar sus credenciales revolucionarias, recién descubiertas, apoyó la reunión popular en el Campo de Marte, escenario de la gran Fiesta de la Federación veinticinco años antes, y permitió la creación de un movimiento federativo (los federados) similar al de 1789-1791.[51]

Es difícil no ver con escepticismo esta conversión de última hora de Napoleón. Aunque ansiaba aprovechar el fervor popular, no le complacía el resurgir de un espíritu revolucionario centrado, al fin y al cabo, en el republicanismo. Más tarde, ya exiliado en Santa Elena, pareció admitir que lamentaba haber aceptado el Edicto Adicional y que, tal vez, su verdadera intención fue sus-

penderlo y disolver las cámaras si obtenía la victoria en la campaña militar. Un Parlamento liberal no podía haber coexistido de forma duradera con Napoleón, para quien «una asamblea deliberativa es una cosa temible de afrontar».[52] Las primeras señales que recibió de las nuevas cámaras no fueron positivas. A primeros de junio, la cámara baja rechazó al candidato propuesto por el emperador para presidirla y eligió a un revolucionario, antes girondino, que desde siempre se había opuesto a Napoleón. El 11 de junio, Napoleón advertía ya a las cámaras: «No imitemos el ejemplo del Imperio [romano] tardío que, invadido por todas partes por los bárbaros, se convirtió en el hazmerreír de la posteridad al debatir cuestiones abstractas mientras los arietes derribaban las puertas de la ciudad».[53]

Tampoco hay que asumir que el apoyo popular hacia Napoleón fuera universal en toda Francia. El duque de Angoulême logró reunir alrededor de 10 000 soldados en el sur del país y marchó sobre Lyon, pero fue derrotado por las fuerzas imperiales. A mediados de mayo, ya habían estallado rebeliones abiertas en Bretaña y en la Vendée. Todavía más preocupante era que, en muchas regiones periféricas del país –Flandes, Artois, Normandía, Bretaña, Vendée, Languedoc y Provenza–, los personajes notables locales no se plegaban a unirse a la causa de Napoleón. El ministro de Interior, Carnot, se vio obligado a despedir a varios responsables regionales y a reemplazarlos con cuadros leales, pero los nuevos nombramientos no inspiraban gran confianza sobre el terreno y solo contribuyeron al descontento popular. De todos modos, lo que convierte a los Cien Días en un capítulo tan especial de la saga napoleónica es que Napoleón no fue derribado por la oposición interior ni por una revuelta, sino por la intervención extranjera. De no haber mediado la guerra, el régimen napoleónico habría sobrevivido a los retos inmediatos de su restauración. Aunque cientos de miles de franceses se mostraron indiferentes ante el recreado gabinete napoleónico, también hu-

bo una potente manifestación nacional de ímpetu revolucionario, nacionalismo belicoso y bonapartismo popular que habría sacado adelante el nuevo régimen.[54] Muchos pensaban que al respaldar a Napoleón defendían un legado revolucionario que era, a su vez, una mezcla de principios y de intereses particulares.

Por extraordinario que fuera el regreso de Napoleón, habría sido mejor para Francia que se hubiera quedado en Elba. No deja de sorprender que Napoleón llegara a pensar seriamente que las potencias aliadas, después de haber empleado más de una década de enormes esfuerzos en derrotarlo, ahora aceptarían sin más su regreso. Aunque los miembros de la coalición sufrieran divisiones internas, algunas de ellas efectivamente muy profundas, era imposible que olvidaran lo que el imperio napoleónico había supuesto para ellos. Metternich, al conocer la noticia de la escapada de Napoleón a las siete y media de la mañana del 7 de marzo, informó de inmediato al emperador Francisco, que le indicó que transmitiera la noticia al emperador Alejandro y al rey Federico Guillermo. A las ocho y media, el ministro ya se había reunido con ambos líderes aliados, con los que acordó el inicio de la movilización de las fuerzas. «Así pues, la guerra se decidió en menos de una hora», en palabras del propio Metternich.[55]

Napoleón intentó convencer a los aliados de que sus intenciones eran pacíficas, pero, como era de esperar, encontró cerrados todos los canales diplomáticos y ninguna de las grandes potencias estuvo interesada en considerar sus propuestas. Sucedió lo contrario: la noticia de su regreso galvanizó a los aliados. Los plenipotenciarios de las ocho potencias principales reunidas en Viena manifestaron su apoyo a Luis XVIII y acusaron a Napoleón de «enemigo y perturbador de la tranquilidad del mundo» y de haberse convertido en un forajido al romper el Tratado de París de 1814. La mayoría del resto de Europa apoyó a los aliados, aunque el mariscal Joaquín Murat, deseoso de preservar su corona napolitana e incluso de ampliar sus dominios, se pronunció a

su favor. Las acciones de Murat tuvieron consecuencias. Cuando invadió los Estados Pontificios y llamó a los italianos a rebelarse y aceptarlo como nuevo soberano, echó por tierra cualquier posibilidad que Napoleón pudiera haber albergado de alterar la posición austriaca.[56]

El 25 de marzo, cinco días después de la entrada de Napoleón en París, las citadas potencias dilucidaron cuestiones prácticas para formar la Séptima Coalición. Cada potencia se comprometió a aportar un ejército, a no deponer las armas hasta que Napoleón fuera completamente derrotado y, según estipulaba el tratado de coalición, «hubiera quedado absolutamente incapacitado para provocar más problemas». Los planes aliados contaban con un contingente prusiano de casi 120 000 hombres (que comandaría Blücher) y uno anglo-aliado de unos 100 000 (a las órdenes del duque de Wellington) para invadir Bélgica y amenazar el nordeste de Francia, mientras que un ejército austriaco de más de 200 000 soldados (mandado por Schwarzenberg) se apostaría en el Alto Rin. Además, el mariscal de campo ruso Barclay de Tolly llevaría 150 000 soldados a la región del Medio Rin y un contingente austro-italiano de 75 000 hombres (que dirigiría el general Johann Frimont) debía cruzar la frontera sudeste de Francia. Gran Bretaña, funcionando de nuevo como gran banco antinapoleónico, se comprometió a poner 5 millones de libras a disposición de la coalición.

Después de lo aprendido en la última campaña, esperar a que los ejércitos aliados cruzaran la frontera habría tenido consecuencias militares y políticas desastrosas para Napoleón. Con la nación dividida y temerosa, y ante un enemigo del que se esperaba que desplegara más de 700 000 soldados, la única esperanza de Napoleón era una victoria rápida y espectacular que aglutinara bajo su figura al pueblo francés y provocara la quiebra de la coalición. En los tres meses que transcurrieron desde su regreso, el emperador reunió un ejército de más de 250 000 hombres, pe-

ro una vez descontados los contingentes necesarios para sofocar las revueltas realistas y defender las fronteras sur y sudeste, tenía menos de 130 000 soldados para hacer frente a la invasión aliada por el Rin. A diferencia de lo que sucedió en 1814, ahora contaba con abundantes veteranos (muchos de ellos, prisioneros de guerra que habían vuelto a Francia) impacientes por volver a luchar, una vez más, bajo el águila imperial. En cambio, las opciones de Napoleón a la hora de elegir a sus jefes fueron limitadas, en especial entre los generales. La mayor parte de los antiguos generales acudió a la llamada de Napoleón, pero un buen número se mantuvo distante o no quiso acudir. Ofreció mando de tropas a los mariscales Masséna y Macdonald, pero estos declinaron la oferta. Otros cuatro –Victor, Marmont, Augereau y Berthier– fueron tachados de la lista de mariscales por haberse ido con Luis XVIII. Napoleón tuvo la esperanza de que el indispensable Berthier regresaría, pero el mariscal, exhausto y desilusionado, falleció al precipitarse desde una de las ventanas de su casa en Bamberg el 1 de junio. De los mariscales restantes, Suchet quedó al cargo de los Alpes y Davout, tal vez el más capaz de todos, recibió la tarea de permanecer en París como ministro de Guerra –una decisión que muchos admiradores de Napoleón todavía lamentan–. Napoleón fue entonces a la guerra acompañado por el mariscal Nicolas Soult, que carecía de experiencia en el puesto de jefe de Estado Mayor que el emperador le encomendó; por el mariscal Michel Ney, que arrastraba los traumas físicos y psicológicos causados por los últimos tres años de campañas; y por el recién nombrado mariscal Emmanuel Grouchy, un buen jefe de caballería que, sin embargo, no había ejercido hasta el momento ningún mando independiente.

Al inicio de las operaciones, Napoleón tenía 128 000 hombres concentrados en el área de Beaumont, en el norte de Francia.[57] Sabía que los Ejércitos austriaco y ruso no llegarían a las fronteras orientales de Francia hasta julio. Su adversario inmediato era

el contingente prusiano –encabezado por Blücher, pero del que Gneisenau era el cerebro– que estaba desplegado en el sudeste de los Países Bajos. El I Cuerpo prusiano del general Wieprecht Graf von Zieten (30 000 hombres) estaba situado en Charleroi, junto a la frontera francesa. Al noroeste, Wellington, con una fuerza mixta de 100 000 británicos, holandeses, belgas y alemanes, se encontraba en los alrededores de Bruselas. El plan operacional de Napoleón consistía en interponerse entre los ejércitos prusiano y anglo-aliado y, sirviéndose de la posición central, obligar a las unidades enemigas a separarse y derrotarlas individualmente. La concentración del ejército francés se diseñó y ejecutó con tanta eficacia que ni Blücher ni Wellington advirtieron el inicio de la ofensiva francesa el 14 de junio. El ejército francés estaba compuesto por dos alas comandadas por Ney y Grouchy y una reserva (la Guardia Imperial, mandada por el propio Napoleón). Era una disposición perfectamente adaptada a los objetivos operacionales y estratégicos de Napoleón, pero la coordinación de ambas alas exigía del Estado Mayor un trabajo eficaz y rápido y algo más importante todavía: que los comandantes de las dos alas tuvieran una idea clara de las intenciones del emperador.[58]

El 15 de junio, la situación estratégica favorecía con claridad a los franceses y sus adversarios estaban reaccionando con lentitud. Wellington aún estaba en Bruselas, asistiendo al célebre baile de la duquesa de Richmond, en el momento en que le sorprendió la noticia de la ofensiva francesa. Conmocionado por la rapidez de la concentración y el avance enemigos, se cuenta que exclamó: «¡Napoleón me ha tomado el pelo, por Dios!».[59] En cuanto a Blücher, decidió concentrar sus fuerzas cerca de Ligny, lo que ofreció a los franceses la oportunidad de destruirlas antes de que pudiera llegar el contingente anglo-aliado. En consecuencia, Napoleón se adentró en Bélgica con el Ejército del Norte y derrotó a Blücher en Ligny el 16 de junio. La derrota les costó a los pru-

sianos un quinto de sus 80 000 efectivos y estuvo a punto de cobrarse la vida de Blücher.[60] Sin embargo, Ligny quedó muy lejos de lo que Napoleón pretendía e incluso hoy es un ejemplo excelente de cómo una victoria táctica puede llevar a una derrota estratégica. Aunque los prusianos hubieran sido «vapuleados malamente», como observó Wellington, todavía era una fuerza organizada dirigida por oficiales que se habían demostrado más que capaces de ejecutar una retirada compacta y ordenada. Además, Ligny reveló algunas debilidades cruciales en el lado francés. Napoleón, al iniciar la batalla contra los prusianos, le ordenó a Ney que marchara hacia el noroeste, que empujara a las posibles tropas enemigas que pudiera encontrar en el cruce de caminos del pequeño pueblo de Quatre Bras y que envolviera entonces el flanco derecho de los prusianos. La intención de Napoleón era que sus reservas apoyaran primero al ala derecha, la que hacía frente a los prusianos, y más tarde dirigirlas hacia el oeste para unirse a Ney y marchar hacia Bruselas, donde habría derrotado al ejército anglo-aliado. De haberse ejecutado correctamente, este plan podría haber conducido a la derrota de ambos contingentes aliados en la primera semana de la guerra. Pero se torció.

Soult no logró poner en marcha un Estado Mayor eficiente y la opacidad de las órdenes que enviaba solo se vio superada por la incapacidad de Ney para comprender la estrategia global. El progreso de este último por la carretera de Bruselas adoleció de una cautela innecesaria. Aunque pudo haber arrollado la posición enemiga en Quatre Bras, incluso hasta las once de la mañana si hubiera actuado con determinación, pospuso el avance hasta la tarde. Esto permitió a Wellington allegar a toda prisa refuerzos en apoyo de la pequeña brigada alemana de la división belga-holandesa que defendía el cruce de caminos.[61] Cuando los franceses atacaron, las posiciones enemigas ya eran demasiado fuertes. Ney, exasperado, llamó en su ayuda al general Jean-Baptiste Drouet, conde d'Erlon, que, aunque asignado inicialmente

al ala izquierda, ese día había sido reclamado por Napoleón en la derecha para completar la derrota prusiana en Ligny. Cuando el mariscal supo que D'Erlon se había dado media vuelta, le envió órdenes urgentes para que retomara la marcha hacia Quatre Bras. Estas sucesivas contraórdenes provocaron que D'Erlon se pasara la mayor parte de la jornada marchando y contramarchando entre Quatre Bras y Ligny, sin llegar a participar en ninguna de ambas batallas y privando a los franceses de una victoria decisiva.

De todos modos, las posibilidades que entonces se abrían para los días siguientes parecían propicias. La potencia de sus reservas permitía a Napoleón elegir entre acabar de machacar a los prusianos en su huida o volver la vista hacia Wellington, cuyos efectivos se hallaban extendidos entre Quatre Bras y Bruselas. Sin embargo, durante las doce horas siguientes, Napoleón se mostró extrañamente indeciso. No organizó la persecución con la presteza debida y al amanecer del día siguiente había perdido el contacto con los prusianos. En contraste con el hombre disciplinado de unos pocos años antes, durmió hasta tarde y desperdició la ventaja de las primeras horas de la mañana.[62] Napoleón no ordenó a Grouchy perseguir a los prusianos con 33 000 hombres hasta el mediodía del 17 de junio. Además, dejó desatendido a Ney, que no recibió instrucciones de reanudar sus ataques para mantener a Wellington en la posición donde se encontraba y donde podía haber sido derrotado fácilmente por Napoleón. De este modo, para cuando el emperador se reunió con Ney en Quatre Bras, el ejército anglo-aliado ya había roto el contacto y se retiraba hacia Mont Saint-Jean y Waterloo, donde Wellington había decidido luchar después de recibir de Blücher la garantía de que al menos uno de sus cuerpos prusianos acudiría en su ayuda. Napoleón fue en pos del ejército británico en retirada, aunque la persecución no fue especialmente vigorosa. Las fuertes

lluvias de la noche del 17 al 18 de junio complicaron más la marcha.

El 18 de junio de 1815, alrededor de 140 000 hombres convergieron junto a los tranquilos pueblos de Mont Saint-Jean, Belle Alliance, Hougomont, Placenoit y Waterloo, en la actual Bélgica.[63] Estaba en juego el futuro del Imperio francés, o incluso el de todo el continente europeo. Una característica peculiar de la batalla subsiguiente fue su constreñimiento: cuando dio comienzo, decenas de miles de hombres abarrotaban apenas 8 kilómetros cuadrados. El frente de batalla medía alrededor de 3 kilómetros de longitud, un tercio del que se había visto en batallas como Austerlitz o Borodinó. Wellington, excelente comandante defensivo, había elegido su disposición táctica favorita: protegido por una elevación del terreno, de modo que su infantería quedaba a resguardo del fuego de la artillería enemiga. Desplegó cuidadosamente las tropas, apuntalando con las sólidas divisiones británicas a las unidades belga-holandesas, más bisoñas.

Napoleón, por su parte, subestimó al adversario e ignoró las advertencias de los veteranos de la guerra en la península ibérica en cuanto al comandante británico y a la potencia de fuego de la infantería. Les respondió con la bravuconería de que Wellington era un mal general y los ingleses malos soldados y que todo aquel asunto era tan sencillo como acabarse el desayuno.[64] En lugar de intentar desbordar al enemigo por un flanco, optó, igual que en Borodinó, por un asalto frontal concebido para atravesar como una apisonadora al ejército de los aliados. Como las lluvias torrenciales habían enfangado tanto el suelo que este entorpecía el movimiento de los soldados y perjudicaba la eficacia del bombardeo de la artillería, retrasó el ataque hasta las once y media, una orden que no alteró incluso después de recibir la noticia de la aparición de efectivos prusianos por el flanco derecho. Napoleón había dado antes por descontado que los prusianos serían incapaces de hacer nada durante al menos otro día y confiaba en

que Grouchy cumpliera su misión e impidiera la aparición de Blücher en el campo de batalla de Waterloo. Se ha desperdiciado mucha tinta culpando a Grouchy por no haber marchado «hacia el sonido de los cañones» y el propio Napoleón dejó escrita una valoración despectiva del mariscal. Sin embargo, la falta de iniciativa de Grouchy, que este compensó con una obediencia literal de las órdenes en una ocasión en que la improvisación habría estado más indicada, se vio agravada por los errores del propio Napoleón y la imprecisión de las instrucciones.[65]

Al llegar la tarde, los franceses acometieron repetidos asaltos para intentar romper la línea del frente enemigo. Los británicos y sus aliados holandeses, belgas y alemanes se mantuvieron firmes y repelieron los golpes combinando una determinación férrea y una concentración enorme de poder de fuego. En cuanto a la actuación de Napoleón, no pasó de discreta. Su decisión de dejar el control táctico de la batalla en manos de Ney empeoró las cosas cuando este interpretó erróneamente los movimientos del enemigo y lanzó una impresionante, pero del todo inútil, carga de caballería contra la infantería británica, que formó en cuadros y segó las líneas de los jinetes atacantes. Igual de ineficaz fue la gestión por Napoleón de la lucha en torno a Hougoumont, donde, en un primer momento, se propuso lanzar un ataque de distracción que atrajera las reservas del enemigo, pero acabó empeñando más de treinta batallones (unos 14 000 soldados) que se estrellaron una y otra vez contra las defensas británicas. De todos modos, a media tarde, la situación de Wellington era precaria: la toma de La Haye Sainte por los franceses amenazaba con perforar el centro de la posición anglo-aliada.

Fue en este momento crucial cuando los prusianos empezaron a irrumpir en el campo de batalla. Blücher, después de dejar un cuerpo en Wavre para tener ocupado a Grouchy, acudió con el resto de su ejército, unos 50 000 soldados, en apoyo de Wellington. La llegada prusiana disparó la moral de los maltrechos an-

glo-aliados y privó a Napoleón de reservas que, en otras circunstancias, habría empleado contra el centro de Wellington. Napoleón, en un último y desesperado intento de cambiar el signo de la batalla, envió a su excelente Guardia Imperial hacia la elevación enemiga, pero ni siquiera estos afamados veteranos pudieron romper las líneas anglo-aliadas y fueron recibidos por un torbellino de balas de mosquete y de metralla. Al ver vacilar primero y luego recular a la Guardia, un grito surgió y se extendió por el resto del ejército francés, un grito jamás escuchado en los campos de batalla a lo largo de quince años de combates: «La Garde recule!» [¡La Guardia retrocede!].[66] Todo estaba perdido para los franceses, que fueron presa de un pánico general. Millares de soldados empezaron a huir del frente de la batalla. Al caer la noche, alrededor de 65 000 hombres (dos tercios de ellos franceses) habían muerto, estaban heridos o habían desaparecido.

Waterloo fue una derrota francesa completa, igual en el nivel táctico (en el que Napoleón había concedido autoridad a unos subordinados que no fueron capaces, en especial Ney, de otra cosa más que de ataques frontales) que en el operacional (donde el fracaso se vio agravado o estuvo provocado, en función de la opinión de cada uno, por las acciones de Grouchy después de Ligny). En este sentido, la batalla de Waterloo se conmemora correctamente como el fin de la hegemonía francesa en Europa. De todos modos, por mucho que pueda molestar al orgullo británico, lo cierto es que no fue la batalla que forjó el siglo. El destino de Europa ya se había decidido en las suaves colinas de Leipzig y sellado entre los bailes y festejos vieneses. Aunque pueda sonar a determinismo histórico, Napoleón había perdido la guerra en el nivel estratégico antes de que se disparara la primera bala. Es difícil imaginar cualquier desarrollo de los acontecimientos en el que los aliados hubieran aceptado su presencia en el timón de Francia. Austria, la única potencia que Napoleón podía haber tenido esperanzas de atraerse, estaba decidida a derrocarlo. Incluso

desde el 9 de abril de 1815, Metternich ya comentaba: «Las potencias no aguantarán a Napoleón Bonaparte [y] harán la guerra contra él hasta el final».[67] En junio de ese año, la coalición alineada contra Francia comprendía a Gran Bretaña, Rusia, Austria, Prusia, los Países Bajos. Hannover, Portugal, Piamonte-Cerdeña, las Dos Sicilias, Suecia, España, la Confederación Suiza y los ducados de Nassau, Brunswick y Toscana. Era una coalición imposible de derrotar en batalla por Napoleón. Aunque hubiera ganado la primera campaña, el emperador no podía cambiar una realidad marcada por la determinación de las grandes potencias de combatirlo. De no haber sido derrotado en Waterloo, lo habría sido en algún otro pequeño pueblo de Renania o del nordeste francés. Napoleón debió quedarse en Elba: su vida habría tenido un final menos dramático, pero habría sido mejor para Francia. Uno no puede dejar de compartir el sentimiento de los veteranos franceses que, al acabar la contienda, contaban «historias de su genio y maldecían su gobierno con el mismo aliento. Sus oficiales lo maldecían como emperador y lo adoraban [como general] en campaña [...]. En todas partes llamaban a Napoleón "buen general, pero mal soberano"».[68]

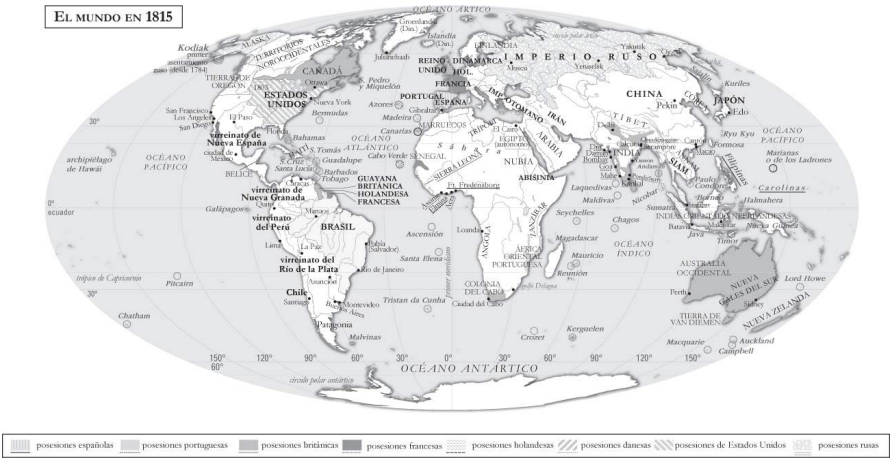
A pesar del desastre de Waterloo, Napoleón aún no se dio por vencido. A su vuelta a París, el 21 de junio, pensaba que no todo estaba perdido y ya estaba pensando en crear otro ejército de alrededor de 300 000 hombres para continuar la lucha.[69] Por muy enojado que estuviera con Grouchy, todavía recibió con esperanza las noticias de su retirada exitosa desde Wavre, que había logrado salvar a unos 30 000 soldados franceses. Los más allegados del emperador le instaron a hacerse con el poder y declararse dictador. Sin embargo, los planes que pudiera estar elaborando se vieron truncados por las acciones de quienes se daban perfecta cuenta de que había perdido la guerra y de que había que tomar medidas inmediatas para mitigar el impacto de la derrota. El ministro de Policía Joseph Fouché se alzó como el líder fundamen-

tal de las intrigas que desembocaron en la creación de un comité especial. Este comité insistió en que Napoleón renunciara al trono y en que un gobierno provisional se pusiera al frente de la nación, una demanda que secundaron las cámaras legislativas.

El 22 de junio, Napoleón abdicó de nuevo a favor de su hijo de 4 años, Napoleón II, rey de Roma. Sin embargo, Fouché, que, según un coetáneo, se había convertido en «el regente *de facto* y el centro de toda intriga», seguía exigiendo la restauración de la dinastía borbónica.[70] Los legisladores, desilusionados y deseosos de librarse de Napoleón, llamaron a la Guardia Nacional para que los protegiera de cualquier intento de disolver las cámaras. Mientras Wellington y Blücher avanzaban hacia París y Luis XVIII los seguía «en el tren del bagaje de los aliados», cada vez estaba más claro que Napoleón no podía continuar en Francia. El 29 de junio, partió hacia la costa del Atlántico y, cuatro días más tarde, llegó a Rochefort, donde pensó en escapar a Estados Unidos. Sin embargo, el bloqueo naval británico dificultaba esta posibilidad. Después de pasarse casi dos semanas dudando, el 15 de julio, Napoleón se entregó al capitán Frederick Lewis Maitland del HMS Bellerophon y escribió su famosa carta al príncipe regente de Gran Bretaña, en la que le solicitaba asilo: «He acabado mi carrera política y acudo, como Temístocles, a asentarme en el seno del pueblo británico [...] el más poderoso, constante y generoso de mis enemigos».[71]

Napoleón parece que llegó a anhelar establecerse como un caballero rural inglés, pero su solicitud puso al Gobierno británico en una situación incómoda. No podía consentir que un símbolo tan grande del poder y de los cambios encontrara refugio en las propias islas británicas. Nadie podía imaginar que Napoleón se retirara a la vida privada sin más. Permitirle cualquier participación pública podía conllevar graves riesgos, dadas las corrientes radicales que habían emergido en Gran Bretaña al acabar las Guerras Napoleónicas. Además, el 2 de agosto, los victoriosos

aliados declararon que Napoleón era un prisionero de guerra y que debía ser confinado a un lugar del que no pudiera escapar. Además, encargaron a los británicos localizar el lugar adecuado. Después de una meticulosa deliberación, se decidió enviar a Boney (sobrenombre que se había hecho popular en Gran Bretaña durante la guerra) a la desolada isla de Santa Elena, en el Atlántico Sur, a más de 1500 millas del lugar más próximo de la costa africana y a 4500 millas de Francia.[72] Como la Royal Navy controlaba el Atlántico, escapar de Santa Elena era prácticamente imposible. De todos modos, para reducir aún más esa posibilidad, los británicos desplegaron una pequeña guarnición en la isla para vigilar a Napoleón en su solitaria residencia en Longwood, azotada por el viento. Rodeado por un reducido séquito personal, el emperador caído pasó los seis últimos años de su vida peleándose con sus captores británicos y librando la última y, sin duda, más triunfal de sus campañas, la de la posteridad.



Imaginar otras historias posibles es arriesgado. En cualquier caso, no podemos evitar plantearnos si la historia de Europa habría sido mejor o peor en caso de que las Guerras Napoleónicas hubieran tenido un final distinto. No hay duda de que las conquistas napoleónicas supusieron la explotación de los vencidos y una dura represión. Sin embargo, los ejércitos franceses también

llevaban con ellos reformas basadas en los ideales revolucionarios. Prometían la igualdad ante la ley, la libertad personal y la inviolabilidad de la propiedad; proclamaban la tolerancia religiosa; reformaron los sistemas administrativos y judiciales y estandarizaron los pesos y las medidas. Con todos sus fallos, Napoleón era una figura más ilustrada que la mayoría de los gobernantes autocráticos de Europa y su derrota supuso un retroceso de muchos de los ideales que son la base de la sociedad moderna.

CAPÍTULO 24 | Las consecuencias de la Gran Guerra

La batalla de Waterloo señaló el fin de lo que muchos coetáneos (en especial británicos) acabaron denominando «la Gran Guerra». Abrió paso a un periodo de relativa paz que se preservó durante décadas y que ayudó a Europa a recuperarse del torbellino y la devastación revolucionaria. Apenas nueve días después de Waterloo se dio un paso decisivo hacia esta nueva era. Entonces, el Congreso de Viena aprobó su Acta Final, en la que ultimaba el nuevo mapa de Europa y perfilaba cambios significativos en su reorganización política.[1]

El acuerdo posnapoleónico alcanzado en Viena se basaba en cuatro principios fundamentales. En primer lugar, las potencias trataron de asegurar un equilibrio de fuerzas político y militar desalentando la hegemonía por parte de un solo Estado y promoviendo un enfoque colaborativo para la conservación de la paz. Aunque con frecuencia sus intereses entraban en conflicto, las grandes potencias compartían el interés de proteger sus respectivas soberanías ante cualquier agresor hipotético, un interés que las movía a fomentar un concierto europeo diseñado para conservar la paz y la estabilidad. Era un concepto distinto del equilibrio de fuerzas en el sentido tradicional –lo cierto es que las Guerras Napoleónicas habían dejado a Europa bastante desequilibrada–. En 1819, Dominique Pradt, arzobispo de Francia y observador político de notable penetración, se lamentaba:

> […] dos gigantes se han establecido ahora en Europa, Inglaterra y Rusia […]. Es verdad que, en épocas anteriores, antes de que llegara este nuevo orden, ya había grandes potencias, pero nunca tuvieron una preeminencia exclusiva y nunca tuvieron una fuerza tan desproporcionada en comparación con los demás Estados.

Pradt concluía que la nueva realidad política europea no podía ya considerarse basada en el principio del equilibrio de fuerzas, sino que, más bien, reflejaba la hegemonía de Gran Bretaña y Rusia.[2] El juicio del arzobispo resonó en los escritos de muchos historiadores posteriores como Enno Kraehe y Paul Schroeder, aunque la situación posnapoleónica exige una aproximación más matizada.[3] Por potentes que Gran Bretaña y Rusia fueran después de las Guerras Napoleónicas, el régimen de seguridad europeo no era necesariamente bipolar. Se mantuvo fluido y flexible, de un modo que permitía la participación de los demás Estados.[4] El interés propio y las ideas tradicionales acerca de la estabilidad internacional conformaron dos decisiones de los aliados: no debilitar innecesariamente a Francia, de forma que pudiera servir de contrapeso a Rusia, y devolver Austria y Prusia a su estatus anterior a la guerra para que pudieran contener a Francia. Durante casi un siglo, a partir del Congreso de Viena, el deseo de conservar este equilibrio fue un componente importante de las relaciones entre los Estados europeos. Esto garantizó que las cuatro primeras décadas posteriores al fin de las Guerras Napoleónicas fueran pacíficas y que los conflictos bélicos de la segunda mitad de la centuria no se convirtieran en una conflagración mayor. A diferencia del siglo XVIII, que fue testigo de varios conflictos de larga duración en los que participaron prácticamente todos los Estados europeos, las contiendas posnapoleónicas en Europa tendieron a ser sucesos en los que participaban solo dos o tres naciones y que raramente duraron más de dos años.

En segundo lugar, encontramos el principio de legitimidad, dirigido ostensiblemente a restaurar las monarquías legítimas y, por consiguiente, a preservar las instituciones tradicionales en el

continente. A pesar de las numerosas derrotas militares sufridas a manos de la Revolución francesa y de Napoleón, el viejo orden de los Estados monárquicos presidido por la aristocracia había sobrevivido y al final había ganado la guerra. Sin embargo, las ideas principales del liberalismo –libertades individuales, igualdad ante la ley, libertad económica– no fueron derrotadas, en absoluto, en 1815. En el periodo posnapoleónico, a medida que el liberalismo se fue identificando con la clase media, muchos intelectuales y grupos sociales más amplios empezaron a pensar que la ideología liberal no bastaba para satisfacer sus necesidades. La nueva generación de radicales deseaba reemplazar los gobiernos monárquicos por repúblicas y buscaba una igualdad social y económica mayor, incluso aunque hubiera que emplear la violencia para conseguir estos fines. Eran ideas drásticas que hasta los propios liberales rechazaban. En sus luchas contra los regímenes conservadores, liberales y radicales unieron alguna vez sus fuerzas, pero solo hasta cierto punto.

Los cambios fundamentales desencadenados por la Revolución tuvieron su impacto más profundo en Francia y en las áreas de los Países Bajos, Italia y Alemania que Napoleón había incorporado a su imperio –el liberalismo económico, en cambio, halló sus mayores apoyos en Gran Bretaña–. Su repercusión fue más leve el este del Rin y, en las sociedades básicamente agrícolas del este de Europa, su avance fue muy limitado. Las reformas progresistas prusianas no fueron fruto de la influencia revolucionaria, sino que surgieron de su propio seno –promovidas por responsables militares y civiles convencidos de la necesidad de modernizar el Estado para derrotar a los franceses–. En Prusia y Austria, por no hablar de los Estados centroeuropeos menores, la autoridad se mantuvo en manos de una clase aristocrática deseosa de combatir la subversión del orden monárquico por parte de los movimientos populares. Esta autoridad encontró en el conservadurismo la filosofía política y social adecuada para resistir la

marea del radicalismo. La primera plasmación de la filosofía conservadora puede remontarse a 1790, año en que el teórico político británico Edmund Burke publicó sus *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*. Sus planteamientos fueron retomados y reelaborados por generaciones posteriores de autores conservadores horrorizados por los excesos revolucionarios. Estos escritores rechazaban la pretensión de que la sociedad estuviera basada en un «contrato social» entre el pueblo y el gobierno que pudiera ser reescrito según surgiera la necesidad. Sostenían que la sociedad era una colaboración continuada entre las generaciones pasadas, las presentes y las futuras o, en palabras del autor conservador ruso Nikolái Karamzín, un organismo social vivo que evolucionaba a lo largo de cientos de años y al que no se le podía privar de su conexión con el pasado sin que pereciera.[5] Como todo lo que vive, el Estado era una creación de Dios y ninguna generación tenía derecho de destruirlo. Todo lo contrario: su obligación era transmitirlo a la siguiente. Por ello, los nuevos derechos y libertades no podían basarse en conceptos abstractos derivados del derecho natural, sino que tenían que derivar de derechos y tradiciones preexistentes.

Después de las Guerras Napoleónicas, los conservadores trataron de reavivar los regímenes prenapoleónicos en un proceso que incluía la restauración de soberanos «legítimos» derrocados durante la guerra y la recuperación de sistemas basados en derechos pactados, obligaciones y dependencias. Sin embargo, ninguna de las potencias se planteó en serio el regreso de todos los soberanos depuestos a sus tronos o tratar como legítimo a cada uno de ellos. Por consiguiente, la «restauración» de 1815 no debe entenderse como una vuelta a la Europa de 1789. Por muy conservadores que fueran, los hombres de Estado reunidos en Viena eran perfectamente conscientes de la inviabilidad de esa empresa y comprendían la necesidad de cambios y de una evolución gradual. En la práctica, utilizaron el principio de legitimidad como

un indicador que en algunos casos había que respetar y en muchos otros ignorar.

Lo que había detrás de este énfasis en la colaboración y en la legitimidad era el temor a que la revolución y los desórdenes pudieran incendiar de nuevo Europa. Por ello, el tercer pilar del acuerdo posnapoleónico estaba muy ligado al principio de legitimidad: la intervención. Las grandes potencias acordaron protegerse unas a otras, y a Europa en general, contra el contagio del espíritu revolucionario. Cada vez que algún Estado estuvo amenazado por esta convulsión, las potencias, apoyándose en tratados existentes y respetando los acuerdos territoriales vigentes, intervendrían para sostener el orden legítimo (es decir, conservador). La colaboración entre las potencias en las décadas de 1820 y 1830 sofocó con éxito revoluciones liberales y preservó el orden conservador.

Por último, los tres principios mencionados estuvieron atemperados por un cuarto: la compensación mutua. En la reestructuración general de Europa, los vencedores pactaron que, si un Estado entregaba algún territorio o renunciaba a alguna pretensión, recibiría a cambio alguna forma de compensación. Como hemos visto, durante la crisis polaco-sajona las grandes potencias llegaron a una solución de compromiso basada en la compensación mutua. En el seno del Imperio ruso se resucitó un Estado polaco, la llamada Polonia del Congreso, al que se concedió una forma de gobierno constitucional mucho más liberal que la de los territorios rusos patrimoniales. Para formar este nuevo ente político polaco, Rusia convenció a Prusia de que le entregara la región de Varsovia (aunque sin Posen) a cambio del 40 por ciento de Sajonia, de la última franja de territorio de la Pomerania sueca en el Báltico y de todos los territorios que habían pertenecido a Westfalia, aumentados además por un considerable tracto de terreno en la orilla izquierda del Rin. Austria, por su parte, renunció a la Galicia occidental y permitió que Cracovia se con-

virtiera en una ciudad libre, aunque conservó todos los territorios polacos que los Habsburgo se habían anexionado al sur y al este del río Vístula y recuperó las zonas que Rusia había tomado en 1809.[6]

Estas compensaciones, sin embargo, se burlaban del espíritu de autodeterminación nacional que las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas habían desencadenado. El nacionalismo era un sentimiento que surgía de la conciencia de pertenecer a una comunidad unida por lazos de etnicidad, lengua, costumbres, religión y cultura comunes. Solo podía estimularse y prosperar en una sociedad cuyo desarrollo social y económico permitiera cierto grado de independencia económica, de instrucción popular y de una participación general en la política. El nacionalismo era una gran amenaza para los Estados que no habían logrado desarrollar identidades nacionales basadas en la lealtad a unos ideales e instituciones compartidos, de modo que imperara una visión política común y la ciudadanía fuera el criterio que otorgase la nacionalidad. Francia fue la primera nación que abrazó completamente estos principios y los ejércitos de Napoleón los introdujeron en otras partes de Europa. Sin embargo, las potencias que derrotaron a Napoleón carecían de estos elementos. Esto condujo a que el sentimiento de nacionalidad se entremezclara con la cultura y la identidad, que en el caso de los imperios europeos eran muy diversas. Obviamente, los súbditos de los imperios austriaco, ruso y otomano compartían los lazos que los unían a sus respectivos soberanos y la fidelidad al conjunto de su imperio, pero, con el paso del tiempo –igual checos que polacos, húngaros, búlgaros, griegos u otros–, fueron cada vez más conscientes de sus propias individualidades culturales y trataron de preservarlas. Esta conciencia de la individualidad nacional era el primer paso hacia una autodeterminación nacional que amenazaba la integridad (cuando no la propia existencia) imperial y puso en peligro el orden político europeo trazado en el Congreso de Vie-

na. Durante gran parte del siglo XIX, el liberalismo y el nacionalismo fueron las fuerzas gemelas de la subversión, dado que la aspiración a la unidad nacional y a la independencia no parecía posible sin una transformación liberal.

Con el Acta Final, las potencias europeas procedieron a redibujar los límites territoriales y a crear una estabilidad a largo plazo para el continente. La violación del Primer Tratado de París por Napoleón y el apoyo entusiasta que había recibido en muchas partes de Francia reforzaron los argumentos de los líderes aliados que llevaban más tiempo insistiendo en que la lenidad había de ser reemplazada por un tratamiento más firme. Después de la segunda caída de Napoleón, los representantes prusianos manifestaron con especial intensidad su convicción de que la nación francesa había perdido cualquier derecho a una paz generosa. Prusia y otras potencias pedían condiciones más duras que constriñeran y debilitaran más a Francia. Castlereagh hizo caso omiso de los argumentos prusianos y señaló que imponer exigencias excesivas a Francia socavaría la posición interna de los Borbones y podría contribuir a una mayor inestabilidad política que, a su vez, amenazaría el delicado equilibrio de fuerzas que el Congreso de Viena trataba de recuperar. En una de sus cartas leemos:

> Es curioso observar el espíritu insaciable de querer obtener algo sin pararse a pensar cómo hay que preservarlo después. No hay una potencia, por débil que sea, que limite con Francia desde el canal de la Mancha hasta el Mediterráneo, que no esté presionando para obtener alguna ganancia territorial con la excusa de la búsqueda de la seguridad y la rectificación de la frontera.[7]

Después de largas negociaciones que no se detuvieron cuando el Congreso de Viena se dio por terminado en junio de 1815, los aliados firmaron el Segundo Tratado de Paz con Francia en París el 20 de noviembre de 1815. El tratado consistía en varios acuerdos que resolvían cuestiones clave de la posguerra como la indemnización, la ocupación militar, los desertores, los acuerdos

territoriales, las reclamaciones privadas a Francia y el comercio de esclavos.

El más importante de estos acuerdos fue el Tratado Definitivo firmado en París el 20 de noviembre de 1815, que perfilaba la paz final entre Francia y los aliados. Este acuerdo fue considerablemente más duro que el de 1814. Obligó a Francia a entregar territorios y fortalezas fronterizos adicionales y redujo sus fronteras a los límites de 1790, ya no los de 1792. Esto supuso la entrega de partes de Saboya, de los Países Bajos austriacos (Bélgica) y de Renania que Francia había conservado en 1814.[8] Además, el tratado obligaba a Francia a pagar una indemnización de guerra de 700 millones de francos y a soportar, hasta por cinco años, los gastos del ejército de ocupación aliado encargado de preservar el orden y la tranquilidad en un país en el que, como indicaba el tratado, era previsible que «el estado de inquietud y de fermentación [...] después de tantas convulsiones violentas, en especial después de la última catástrofe», se alargara en el tiempo.[9]

La desilusión, la rabia y el sentimiento de humillación nacional eran generalizados en Francia. El Consejo aliado, formado por representantes de las potencias vencedoras, se marcó como objetivos a corto plazo la «desbonapartización», la desmilitarización y el pago de las reparaciones. Dos años después de que terminaran las Guerras Napoleónicas, el éxito obtenido en los dos primeros aspectos era incuestionable. Napoleón estaba exiliado en Santa Elena y los demás Bonaparte habían sido desterrados de Francia y eran vigilados de cerca en el resto de Europa.[10] El Gobierno y las fuerzas armadas francesas fueron purgadas de funcionarios y oficiales bonapartistas. Muchos optaron por huir a Norteamérica.[11] El rey Luis XVIII desmovilizó la Grande Armée napoleónica y redujo su medio millón de efectivos a poco más de 200 000 hombres. Esta decisión fue tan necesaria para la paz europea como para el equilibrio de las cuentas del Estado, pero provocó el enojo de decenas de miles de veteranos napoleó-

nicos que se vieron condenados a la mendicidad, la pobreza, la delincuencia menor y la explotación institucional.

La cuestión de las reparaciones, en cambio, atenazó a Francia durante varios años. Los aliados insistían en que todas las cuentas estipuladas en el Tratado Definitivo se liquidaran antes de que sus fuerzas de ocupación se retiraran. Las reparaciones se englobaban en dos categorías principales: las indemnizaciones de guerra y las reclamaciones interpuestas por individuos particulares contra Francia. Además, los aliados también esperaban que la monarquía borbónica saldara las deudas contraídas por los anteriores ejecutivos franceses en los territorios ocupados durante las Guerras Napoleónicas y que costeara los gastos del mantenimiento de las fuerzas de ocupación aliadas. Así pues, los costes totales de las reparaciones que se reclamaban se habrían acercado a 1300 millones de francos. En conjunto, estas reparaciones suponían una novedad en la historia de la resolución de los conflictos. A diferencia de las ocasiones anteriores en las que el bando vencedor hubiera obligado al perdedor a pagar algún gasto concreto de la guerra, en 1815 los aliados utilizaron las reparaciones como medida punitiva. Las palabras del historiador de la economía Eugene N. White son claras:

> Las reparaciones se convirtieron entonces en parte de un acuerdo de paz más severo que estipulaba una penalización [al vencido] por haber amenazado el nuevo orden europeo, y además servían de disuasión contra futuras aventuras [hostiles]. El pago de las reparaciones también estaba incentivado: su cumplimiento permitiría a Francia recuperar su papel de Gran Potencia en la gestión de los asuntos europeos.[12]

Otra innovación fue la utilización del régimen de ocupación militar para obtener pagos del país huésped.

El nuevo primer ministro francés, Armand-Emmanuel de Vignerot du Plessis, duque de Richelieu, tenía el perfil adecuado para representar a Francia en estas complicadas negociaciones. Vástago de una distinguida familia aristocrática francesa, emigró durante la Revolución y estuvo al servicio de Rusia, donde el

emperador Alejandro supo valorar sus capacidades gestoras y le confió el gobierno de una extensa provincia. Ya de vuelta en Francia, Richelieu, apoyado por el ministro de Finanzas, Louis Emmanuel Corvetto, aprovechó la circunstancia de que Francia había acometido una enorme reestructuración financiera –incluyendo su bancarrota durante la Revolución– y de que Napoleón había dejado una deuda nacional de escasa cuantía.[13] Ayudado por un consorcio de bancos extranjeros dirigido por Alexander Baring, emitió deuda y obligaciones con tipos de interés bajos. Para 1818, cuando las potencias europeas celebraron un congreso en Aix-la-Chapelle, Francia había pagado ya un total de 368 millones de francos. En esa conferencia, Richelieu convenció a los aliados de que aceptaran un pago único de 280 millones de francos para saldar las reparaciones pendientes. Que el Gobierno francés fuera capaz pagar las reparaciones de guerra más cuantiosas de la historia moderna –en términos absolutos– tuvo profundas consecuencias. Las reparaciones restablecieron la confianza en el ejecutivo galo y le permitieron atraer la compra de deuda a tipos bajos. Además, esta última sirvió para encauzar la transferencia de capitales desde los banqueros británicos a los gobiernos continentales que recibían las reparaciones francesas y, por tanto, tuvo un gran papel en el estímulo de la recuperación económica de la Europa de la posguerra.[14]

El anhelo a más largo plazo de los aliados en 1815 fue conseguir la estabilidad y la tranquilidad en las cuestiones internacionales. Conscientes de la inclinación histórica de Francia a la expansión territorial, acordaron formar barreras defensivas a su alrededor. En el extremo norte estaba el nuevo reino de los Países Bajos, formado por la fusión de los antiguos Países Bajos austriacos con las provincias holandesas. El gobierno de esta nueva realidad política se confió a la casa de Orange.[15] Continuando por la frontera nordeste de Francia se encontraban varios Estados alemanes en la orilla izquierda del Rin, reforzados por las nuevas

adquisiciones prusianas en la región. Los accesos orientales a Francia estaban vigilados por una Suiza nuevamente reformada. El Comité Suizo empleó largo tiempo en el debate del futuro de los diecinueve cantones suizos, los cuales estuvieron representados en el Congreso de Viena por delegaciones separadas. Al final, el comité decidió establecer una Suiza agrandada de veintiún cantones bajo la jefatura rotativa de Zúrich, Lucerna y Berna y las cinco grandes potencias reconocieron la neutralidad permanente de Suiza.[16] Continuando la barrera defensiva hasta llegar al Mediterráneo se hallaba el restaurado reino de Cerdeña-Piamonte, que, además de recuperar sus antiguas posesiones, había sumado Liguria (incluyendo Génova), Niza y parte de Saboya. [17] Para terminar, en el sur de Francia, España era de nuevo independiente bajo un monarca Borbón, Fernando VII, que fue recibido con júbilo por sus súbditos en Madrid.

Más al este se encontraban la propia Prusia, Austria y una confederación de Estados alemanes. La primera, como hemos visto, había recuperado el poder y estatus que ostentaba en 1806 y además había podido conservar Posen y la ciudad portuaria de Danzig, así como anexionarse porciones de Sajonia a cambio de entregar otras de Polonia. Austria había recobrado todos los territorios perdidos desde 1792 y, en compensación por la pérdida de los Países Bajos austriacos, había recibido Venecia y Lombardía en el norte de Italia. Los Habsburgo estaban también complacidos con la recuperación de Iliria en el Adriático y de Salzburgo y el Tirol, entregados a Baviera en 1809.[18] Uno de los cambios más importantes decididos por el congreso concernía al futuro de los Estados menores alemanes. El Comité Alemán, formado para debatir la reorganización de la antigua Confederación del Rin, se formó con representantes de Austria, Prusia, Baviera, Wurtemberg y Hannover, pero más tarde fue ampliado para incluir también a Sajonia, Hesse-Darmstadt, los Países Bajos y Dinamarca. Ayudó a crear la Confederación Germánica (Deutscher

Bund), una unión laxa de 38 Estados y cuatro ciudades libres cuya misión era, según el tratado de Viena, el «mantenimiento de la seguridad externa e interna de Alemania y de la independencia e inviolabilidad de los Estados confederados».[19] Todos los Estados miembros se comprometieron a defender no solo «a toda Alemania», sino también a cada Estado individual de la unión y a no hacer la guerra unos con otros.[20] La nueva confederación comprendía Estados alemanes individuales como Sajonia, Wurtemberg y Baviera, territorios de príncipes soberanos (los reyes de Dinamarca, de Gran Bretaña, de los Países Bajos, de Austria y de Prusia) y las ciudades libres de Alemania. Quedaban fuera, sin embargo, las provincias polacas de Prusia y las regiones gobernadas por los Habsburgo fuera de los límites del extinto Sacro Imperio Romano Germánico: Lombardía, Venecia, Hungría y la Galicia polaca. La Confederación Germánica estuvo gobernada por una Dieta presidida por Austria (cuyo emperador todavía conservaba la posición de líder tradicional de Alemania) y con sede en Fráncfort del Meno, que debía redactar las leyes y normas de la confederación.[21] Aunque la Confederación Germánica abarcaba a casi todos los pueblos germanohablantes de Europa y tenía la apariencia de una entidad política nacional, no asumió la ideología del nacionalismo y fue solo un instrumento práctico de organización y gestión de los Estados centroeuropeos.[22]

El Congreso de Viena también acordó ajustes territoriales importantes fuera de Europa central. La participación sueca en la Sexta Coalición, como hemos visto, estuvo motivada por el deseo de obtener Noruega, prometida por Alejandro a Bernadotte en Åbo en agosto de 1812. Para conseguir este traspaso, los aliados obligaron al rey Federico VI de Dinamarca a aceptar el Tratado de Kiel (enero de 1814), que entregaba Heligoland a Gran Bretaña y Noruega a Suecia a cambio de la Pomerania sueca. Sin embargo, el tratado fue rechazado por los noruegos, quienes, bajo el liderazgo del príncipe Cristián Federico de Dinamarca, go-

bernador-general de Noruega y presunto heredero de los tronos de Dinamarca y Noruega, convocaron una asamblea constituyente que proclamó la independencia de Noruega y aprobó una constitución liberal. Cristián Federico intentó ganarse el apoyo de las grandes potencias, pero ninguna respondió a sus propuestas. Prefirieron apoyar a Bernadotte en la breve Guerra Sueco-Noruega (julio y agosto de 1814), en la que lo suecos sufrieron derrotas inesperadas en Lier, Matrand y Langnes hasta que su superioridad numérica hizo inevitable la derrota noruega. El Congreso de Viena, en consecuencia, confirmó la incorporación de Noruega a Suecia y la renuncia de esta a Finlandia a favor de Rusia. Pomerania, que según el Tratado de Kiel se cedía a Dinamarca, al final fue entregada a Prusia, la cual compensó a Dinamarca con el pequeño Ducado de Sajonia-Lauenburgo.[23]

Italia fue tratada como una entidad geográfica, que no política, y sus esperanzas de unidad, reavivadas con Napoleón, pronto fueron aplastadas. Más allá de las barreras defensivas (Piamonte-Cerdeña y, bajo control austriaco, Lombardía y Venecia), el congreso devolvió sus tronos a varios soberanos italianos. El papa Pío VII regresó a los Estados Pontificios y los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla fueron entregados a la mujer de Napoleón, la emperatriz María Luisa, de forma vitalicia. Nápoles y Sicilia se reunieron de nuevo en el reino de las Dos Sicilias, bajo un monarca Borbón, y la casa de Habsburgo-Lorena volvió a Toscana y Módena.

Aparte de las divisiones territoriales, el Acta Final del congreso abordó también otras cuestiones. Gran Bretaña, por ejemplo, buscaba la abolición total de la esclavitud. A principios de febrero de 1815, el Comité del Comercio de Esclavos aprobó una declaración unánime que condenaba el comercio de esclavos.[24] Aunque luego se incluyó en el Acta Final, esta declaración no contenía cláusulas vinculantes para las potencias signatarias y no indicaba cuándo o cómo se habría de abolir dicho comercio. Por

ello, Gran Bretaña llegó a acuerdos separados con Estados que participaban en el tráfico de esclavos. La comunidad judía alemana consiguió que la delegación prusiana pusiera el asunto de los derechos de los judíos en la agenda del Comité Alemán, el cual confirmó formalmente esos derechos en algunos Estados alemanes y recomendó ampliarlos a otros.

El Comité sobre los Ríos Internacionales, creado el 14 de diciembre de 1814, debatió acerca de los derechos de navegación en los grandes ríos europeos. Se convino que la navegación en vías fluviales clave como el Rin, el Mosela, el Neckar y el Mosa sería libre. Se creó la Comisión del Rin para eliminar las barreras al comercio y estandarizar las normas de navegación fluvial, las ordenanzas de policía y los procedimientos de emergencias en los ríos.[25]

Otro logro duradero del Congreso de Viena fueron los acuerdos en cuanto a la precedencia y el rango diplomáticos. Se acordó que la precedencia de los representantes diplomáticos en cualquier país dado estuviera determinada por la fecha de la notificación oficial de su llegada a la misión diplomática. Los funcionarios diplomáticos se organizaron en cuatro clases: embajadores y legados papales, ministros plenipotenciarios, ministros residentes y encargados de negocios (*chargés d'affaires*). Se eligió el francés como lengua de la diplomacia internacional, lo que confirmaba la práctica real que había imperado desde el reinado de Luis XIV.[26]

Puede afirmarse, sin caer en la exageración, que el Estado más beneficiado por las Guerras Napoleónicas fue Gran Bretaña, aunque su actuación en el Congreso de Viena no reflejara por completo los esfuerzos militares, diplomáticos y financieros que esas guerras le habían exigido. Gran Bretaña renunció a casi todas sus conquistas coloniales, aunque conservó las colonias antes holandesas de Ceilán (Sri Lanka), Demerara (en Guyana, actual Surinam) y la Colonia del Cabo (en la costa sur de África). Gran Bre-

taña no se anexionó nada en el continente. Además, los negociadores británicos no obtuvieron un acuerdo internacional para la abolición del comercio de esclavos. El Acta Final se limitó a una breve declaración que condenaba en principio el tráfico de esclavos, pero que trasladaba la supresión efectiva de este a negociaciones futuras.

Estos reveses de Gran Bretaña (si pueden calificarse de tales), sin embargo, se vieron compensados por las considerables ventajas que obtuvo. Durante las Guerras Napoleónicas, los británicos aprovecharon su supremacía naval para tomar territorios en prácticamente cualquier parte del mundo y luego optaron por conservar los que les conferían ventajas estratégicas. Entre estos encontramos la isla de Malta, que controlaba la sección más estrecha del Mediterráneo y otorgaba a Gran Bretaña la capacidad de dominar ambos lados del seno mediterráneo; la isla de Heligoland, en el mar del Norte, que estaba situada ante los estuarios de dos grandes ríos alemanes (el Elba y el Weser) y ofrecía una posición excelente para controlar el comercio en el noroeste de Alemania; la ya citada Colonia del Cabo, en el sur de África, que era una estación crucial en la vía marítima que conectaba Europa con la India y el sudeste asiático, y la isla de Ceilán, que permitía a los británicos controlar las rutas marítimas que bordeaban la punta sur de la India. Al mismo tiempo, las islas de Santa Lucía, Tobago y Trinidad en el Caribe y las de Mauricio, Seychelles y Rodrigues en el océano Índico también sirvieron de bases para la proyección del poder británico y la protección de sus intereses económicos en ambas regiones. Lo crucial, en todo caso, fue que la delegación británica consiguió devolver al continente europeo cierta semblanza de equilibrio de fuerzas. No era precisamente el diseño que habían esperado Castlereagh y sus colegas al inicio del congreso, pero, con todos sus defectos, el nuevo sistema internacional ofrecía la esperanza de mantener Europa en paz y de

garantizar que Gran Bretaña no tuviera que enfrentarse en solitario a ninguna otra potencia hegemónica europea.

Aunque no formara parte del congreso, también hubo un acuerdo que surgió de este entre los soberanos de Austria, Prusia y Rusia para el empleo de los principios cristianos en la gobernanza de sus naciones y como guía en las relaciones con los demás Estados. Esta idea de lo que llegó a denominarse la Santa Alianza fue sugerida por el emperador Alejandro para ayudar a preservar el orden conservador. Algunos participantes del congreso le restaron importancia. Según Castlereagh, era «una muestra de sublime misticismo y estupidez». El veredicto de Metternich también ha hecho fortuna: «[…] una nadería ruidosa».[27] De todos modos, la idea fue apoyada por los tres soberanos y el 26 de septiembre de 1815 se firmó un tratado formal. El emperador Francisco I, el rey Federico Guillermo III y Alejandro I acordaron asumir como guía política «los preceptos de la Santa Religión, es decir, los preceptos de Justicia, Caridad Cristiana y Paz que, lejos de aplicarse solo a los asuntos privados, deben tener una influencia inmediata en los consejos de los Príncipes y guiar todos sus pasos».[28] Los monarcas contratantes se comprometían entonces a entablar «lazos de una fraternidad sincera e indisoluble» para gobernar Europa con un sentido de la «Religión, la Paz y la Justicia» profundamente arraigado en la cristiandad y para «prestarse ayuda unos a otros» en caso de necesidad. Prácticamente todos los príncipes gobernantes europeos acabaron por unirse a la alianza, excepto el príncipe regente de Gran Bretaña (que atacó su espíritu reaccionario), el papa Pío VII (que no veía la necesidad de incorporarse a un tratado para demostrar que actuaba según los principios cristianos) y el sultán otomano.

El 20 de noviembre se firmó un tratado que iba a tener efectos prácticos mucho más importantes, en el que los representantes de Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia pactaron renovar la coalición que habían formado durante la guerra. La Cuádruple

Alianza tuvo su raíz en el Tratado de Chaumont de marzo de 1814, en el que las potencias se habían comprometido a no buscar una paz separada con Francia y a preservar su coalición militar hasta la rendición de Napoleón. Este pacto, que se vio amenazado por la crisis diplomática en torno a Polonia y Sajonia, se había reactivado durante los Cien Días y ahora se validaba de nuevo. El nuevo tratado, aprobado el mismo día de la firma del segundo Tratado de París, formalizaba la alianza. Las potencias se comprometían a dar seguridad a Europa a través de un esfuerzo colectivo y a aportar, durante los veinte años siguientes, decenas de miles de soldados en caso de que los franceses intentaran abatir lo acordado en Viena.

Además, el compromiso iba más allá de las garantías militares. La Europa posnapoleónica temía que la revolución resurgiera bajo nuevas formas y trataba de tomar medidas para evitarlo. En el artículo VI del tratado los aliados disponían celebrar «reuniones periódicas [...] con el propósito de efectuar consultas acerca de sus intereses comunes». Gracias a estas conferencias periódicas, los aliados podrían emplear una diplomacia conjunta, combinada con medidas militares, para garantizar la aplicación del acuerdo internacional alcanzado en Viena. Esta disposición era una iniciativa innovadora para el establecimiento de un nuevo sistema de seguridad internacional diseñado para mantener la paz, la estabilidad y el orden en el continente. Sin embargo, esta seguridad iba a tener un alto precio. Durante años, los gabinetes europeos demostraron una obsesión cada vez mayor por las amenazas de conspiraciones radicales, una amenaza a menudo exagerada por agentes y espías movidos por sus propios intereses, así como por miembros de la alta administración deseosos de obtener contrataciones públicas mayores. Se trató, en muchos sentidos, de lo que el historiador Adam Zamoyski califica de «terror fantasmagórico», que además de afectar a los Estados conservadores también se contagió a los liberales –Gran Bretaña aumentó los pode-

res represivos del Estado y recortó las libertades civiles en el periodo posnapoleónico–. El nuevo sistema de seguridad europeo conllevó la creación de una batería de nuevos mecanismos de control: mayores burocracias de seguridad estatales, nuevos controles de pasaportes, sistemas de comunicación mejorados y sistemas de policía transnacionales para perseguir a los «terroristas» fugitivos. Los Estados europeos invocaron una lógica circular que trataba a sus poblaciones como sospechosas y que justificaba la vigilancia y la represión. Esta lógica despertó, a su vez, una resistencia popular que provocó mayor vigilancia y represión. Esta paranoia movió a los ejecutivos europeos a centralizar sus controles administrativos, a expandir las labores policiales a niveles hasta entonces desconocidos y a reprimir los movimientos de reforma. Había nacido el Estado policial[*17] moderno.[29]

Las Guerras Napoleónicas fueron, quizá, los agentes más poderosos del cambio social entre la Reforma protestante y la Primera Guerra Mundial. Transformaron radicalmente la naturaleza de la soberanía en Europa y demostraron una capacidad cada vez mayor entre los Estados europeos para alcanzar unos niveles de movilización social-militar y de producción económica tales que les permitían enzarzarse en conflictos prolongados y devastadores. Las Guerras Napoleónicas fueron el acontecimiento que marcó las vidas de las generaciones nacidas a finales del siglo XVIII. Su coste en vidas humanas fue incalculable en todos los sentidos, puesto que los documentos de las bajas militares a menudo faltan, o hay que tomarlos con caución por la renuencia de los Gobiernos a dejar que la población conociera hasta qué grado habían llegado sus sacrificios. Todavía más complicado resulta el cálculo de las bajas civiles. Por tanto, cualquier debate en rela-

ción con el coste de la guerra nos obliga a unas estimaciones meramente aproximativas.[30]

En conjunto, las Guerras Napoleónicas se cobraron las vidas de alrededor de 2 millones de soldados en Europa. Centenares de miles resultaron heridos y tal vez entre un 15 y un 20 por ciento de ellos acabaron lisiados de por vida. Esta cifra aumentaría si incluimos en la cuenta a las víctimas civiles y militares de las Guerras de la Revolución francesa. Según una estimación somera, hasta 4 millones de personas perecieron en Europa entre 1792 y 1815 –más del 2,5 por ciento de una población estimada de 150 millones–. De ese total, alrededor de 1,5 millones fueron franceses que murieron en campaña a lo largo de todo el periodo (un millón bajo el Primer Imperio) por las heridas recibidas, la enfermedad, los accidentes, la desnutrición u otras causas. Más de un tercio de la generación de franceses nacidos entre 1786 y 1795 pereció en los campos de batalla napoleónicos.[31] Las Guerras Napoleónicas dejaron en la sociedad francesa profundas cicatrices de las que tardó años en recuperarse. Francia «ha sangrado por cada poro y parece una inmensa familia de duelo –observó un visitante inglés en el verano de 1815–. Tres de cada cinco personas que uno encuentra van vestidas de negro». A cada paso se podían ver huellas de la guerra; en París «no había prácticamente un cochero de *fiacre*,[*18] camarero de cafetería u hombre de mediana edad que no hubiera estado en una batalla, servido en una campaña o sido herido por un disparo». Quienes visitaban Francia se sorprendían ante el estado de ánimo nacional. La gente

> […] habla de la guerra como algo que se da por supuesto, de sus horrores como «le sort de la guerre», como si las miserias de la guerra fueran una parte tan intrínseca de la existencia de las naciones continentales como su clima. Había una apatía, una idea de predestinación oscura sobre la cuestión, como si las sangrientas convulsiones que había vivido la nueva generación hubieran destruido completamente su percepción de lo que estaba bien.[32]

Otras potencias continentales también fueron muy golpeadas. Las pérdidas rusas pasaron de medio millón de personas. Las bajas conjuntas prusianas, alemanas y austriacas llegaron también a esa cifra y las polacas e italianas tal vez alcanzaron las 200 000. A pesar de su relativo aislamiento de las contiendas continentales, Gran Bretaña perdió alrededor de 300 000 hombres, concentrados especialmente en los últimos años de la contienda, cuando solo el Ejército británico perdió alrededor de 25 000 efectivos anuales. De hecho, en sus luchas con Napoleón, Gran Bretaña perdió un porcentaje de efectivos, calculados con arreglo a su población total, similar al que sufrió en su conflicto con Alemania cien años más tarde, aunque esta primera sangría se extendió a lo largo de un número de años mucho mayor. Entre 1805 y 1813 el Ejército británico acumuló casi 200 000 bajas por combate, enfermedad o accidentes.[33] La Royal Navy perdió cerca de 100 000 hombres, en su inmensa mayoría por enfermedad; los naufragios y los incendios se cobraron otras 13 000 vidas (incluyendo los más de 2000 hombres que perecieron en una tormenta en la aciaga noche del 23 de diciembre de 1811), mientras que solo 6000 marinos perecieron en combate.[34]

Murieron más británicos por enfermedades y accidentes en el Caribe y en las Indias Orientales que en toda la Guerra Peninsular, la cual se cobró una proporción mayor de vidas que cualquier otro conflicto napoleónico.[35] Francia, España y Portugal sufrieron el grueso de las bajas en la península ibérica. Esta guerra costó la vida a alrededor de 200 000 franceses, más de 200 000 portugueses y un mínimo de 500 000 españoles. Estimaciones españolas de la época apuntaban a unas bajas totales de alrededor de un millón de personas, lo que equivaldría al 10 por ciento de la población española, una pérdida abracadabrante de vidas humanas que haría palidecer incluso a la devastadora Guerra Civil de 1936-1939. No ha habido un conflicto más sangriento en la historia moderna y contemporánea española que la

Guerra de la Independencia. Aunque las bajas británicas en batalla en este conflicto sumaron 8178 muertos y 37 765 heridos (además de 6000 desaparecidos), hay que recordar que las batallas no son la única causa de las bajas; en realidad, murieron muchos más británicos por enfermedad. Un estudio reciente sugiere que dos tercios de las más de 55 000 muertes británicas durante el periodo (sufridas en once teatros de operaciones) no tuvieron relación con el combate.[36]

La invasión de Rusia por Napoleón en 1812 y las campañas subsiguientes en Alemania y Francia estuvieron empapadas de sangre. La campaña de seis meses en Rusia se cobró más de medio millón de vidas, en gran parte aportadas por la Grande Armée. El total de bajas en Borodinó llegó tal vez a 70 000 soldados, lo que equivale a una tasa abracadabrante de 108 hombres por minuto durante las diez horas de batalla. Solo en el distrito de Mozhaisk las autoridades locales hallaron más de 52 000 cadáveres humanos y 41 000 equinos, que tuvieron que inhumar a toda prisa en enterramientos masivos por miedo a epidemias. Rusia perdió alrededor de 200 000 soldados en esta campaña, aunque para obtener una visión cabal de las bajas rusas debemos contabilizar también los millares de víctimas civiles, tanto por acciones militares como por enfermedades o malnutrición. La labor de reunir y enterrar los cadáveres se prolongó varios meses después de concluida la lucha. Las bajas durante el último año y medio de las Guerras Napoleónicas no fueron menos sangrientas. Apenas tres batallas –Lützen, Bautzen y Leipzig– se cobraron en conjunto más de 150 000 bajas y aunque muchos de los enfermos y heridos leves acabaron por reintegrarse en sus unidades, los muertos habrían supuesto un cuarto del total y varios miles habrían quedado mutilados o lisiados. La gigantesca batalla de las Naciones, librada en Leipzig en octubre de 1813, fue la más grande de las batallas napoleónicas: la cifra de muertos y heridos pasó de 80 000. Para complicar aún más la posibilidad de

llegar a un cálculo exacto, decenas de miles de civiles sufrieron enfermedades y malnutrición por causa de estas contiendas. Se estima que 250 000 civiles –alrededor del 1 por ciento de la población alemana– murieron por la atroz epidemia de tifus que asoló Europa central en 1813-1814.[37] De modo análogo, una epidemia bubónica segó miles de vidas en la península de los Balcanes antes de alcanzar la Rusia meridional en 1812, donde solo en la ciudad de Odesa falleció casi el 10 por ciento de la población. En Italia, en 1815, la población de Noja, en la costa del Adriático, perdió la séptima parte de sus habitantes, pero pronto fue aislada y el avance de la epidemia se detuvo.

Estas cifras no incluyen las víctimas de conflictos en los Balcanes y en los principados del Danubio, en el Cáucaso, en Oriente Medio, la India, Estados Unidos, Canadá e Hispanoamérica. Como hemos visto, estas contiendas tuvieron una conexión directa con las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas y dejaron un rastro de cientos de miles de muertos, heridos o lisiados, de modo que el coste humano global de la Era de la Revolución y de Napoleón fue, posiblemente, superior a 6 millones de vidas. Solo en Saint-Domingue, los doce años de rebelión presenciaron algunas de las luchas más crueles del periodo y la población se redujo entre 150 000 y 200 000 personas, además de las muchas otras que quedaron inválidas o marcadas de por vida. El conflicto británico-estadounidense de 1812-1815 presidió la muerte de más de 20 000 soldados, en su inmensa mayoría víctimas de la enfermedad y no de los combates. El coste para la población civil se desconoce, pero sin duda no fue menos grave.

Y la cuenta sigue. La Rebelión serbia de 1804-1813 supuso la pérdida de alrededor de un cuarto de millón de vidas. Egipto y Arabia padecieron una notable reducción de su población por el caos persistente que siguió a la invasión francesa de 1798. Las operaciones ruso-otomanas en los principados del Danubio y en el Cáucaso se cobraron, quizá, más de 100 000 vidas –el fallido

asalto ruso a la fortaleza otomana de Braila el 1 de mayo de 1809 costó, por sí solo, casi 5000 bajas, la mitad de ellas muertos– y causaron penurias extremas a los habitantes de esas regiones. En 1810, Valaquia, antes una de las regiones más fértiles del sudeste europeo, estaba en tal estado de desorden que poblaciones enteras sufrieron hambrunas y las autoridades locales eran incapaces de satisfacer las necesidades del Ejército ruso.[38] Mucho más destructiva todavía fue la violencia sin tregua que empezó en Hispanoamérica a partir de la ocupación de España por Napoleón en 1808, una violencia que se prolongó diecisiete años. Aunque es difícil encontrar datos estadísticos fiables, no erraremos mucho si estimamos que cerca de un millón de personas pereció a lo largo de este conflicto. Solo en Nueva España (México) murió más de un cuarto de millón de personas entre 1810 y 1821, mientras que Venezuela perdió, tal vez, hasta 200 000 individuos –un tercio de su población–.[39] En la vecina Nueva Granada, en torno a 250 000 personas habrían muerto para lograr la independencia de la Gran Colombia.[40]

Después de la pérdida de vidas habría que contabilizar el inmenso coste material. Los gastos militares consumían la parte del león de los recursos de los Estados y obligaron a los Gobiernos a hacer recortes en otros sectores y a buscar formas de obtener ingresos adicionales. Muchas partes de Europa padecieron la tendencia incrementada de los ejércitos a vivir del terreno y a desempeñar labores de ocupación prolongada en algunos países. En Portugal y España, la contienda devastó un elevado número de ciudades y pueblos, mientras los repetidos desmanes de los ejércitos y de las guerrillas arramblaban con las cosechas y el ganado. La región de Extremadura perdió casi el 15 por ciento de la población. La villa de Puerto Real, ocupada por los franceses durante su prolongado asedio de Cádiz de 1810 a 1812, perdió el 40 por ciento de los edificios y la mitad de la población. Después del asedio ya no podían cultivarse ni la mitad de sus anti-

guas tierras de labranza y solo un cuarto de sus olivos seguían en pie. La ruta de la invasión de la Grande Armée en Rusia quedó marcada por las humeantes ruinas de docenas de pueblos y ciudades, entre ellas la gran urbe moscovita, completamente arrasada –en esta fueron destruidas 6350 casas de un total de algo más de 9000, aparte de centenares de tabernas, tiendas, hospedajes y mercados–. En Alemania, donde se decidió el destino del imperio napoleónico en 1813, cientos de miles de soldados franceses y aliados dejaron las ciudades y los campos yermos de grano, forraje y ganado. En 1814-1815, miles de tropas extranjeras ocuparon regiones de Francia y se incrementó la penuria económica de áreas ya empobrecidas. Un oficial ruso se quedó atónito al encontrar la campiña francesa «pobre en extremo [...] la gente carece de lo más fundamental».[41]

La naturaleza complicó, más si cabe, el proceso de la recuperación posnapoleónica. En abril de 1815, la colosal erupción del monte Tambora de la isla de Sumbawa (en la actual Indonesia) arrojó una enorme nube de polvo y cenizas que se extendió por todo el globo y modificó los patrones meteorológicos de muchas regiones; el efecto de la erupción se vio agravado por un nivel de actividad volcánica previa que contribuyó a un enfriamiento global.[42] Un año después de la erupción, el Observatorio de París registró un descenso de 2,5 grados Celsius en las temperaturas veraniegas medias. El *Norfolk Chronicle* informaba a finales de julio de 1816:

> Se han recibido reportes melancólicos desde todas las regiones del continente sobre la humedad inusual de la estación. En varias provincias de Holanda, las ricas praderas están todas anegadas y se siente temor y horror ante la escasez y la subida de los precios. En Francia, el interior del país ha sufrido mucho por las inundaciones y las lluvias.

En Hungría, durante el invierno de 1816 cayó nieve de color marrón, mientras que en el norte de Italia la nieve no se deshizo hasta el final de la primavera. La alteración meteorológica afectó las cosechas y provocó escasez de alimentos por toda Europa, lo

que desencadenó altercados sociales, miseria y muerte. En Inglaterra, Francia y partes de Alemania y Suiza hubo motines y disturbios en 1816 y 1817, mientras que una hambruna (acompañada de una epidemia de tifus) segaba millares de vidas en una Irlanda ya antes empobrecida. En 1817, la celebración del segundo aniversario de la batalla de Waterloo se convirtió en la ocasión propicia para motines y saqueos alimenticios generalizados en Bruselas.[43] En el remoto pueblo croata de Žminj el sacerdote de la parroquia se dolía del «año fatal» de 1816, que, por culpa de la frecuente lluvia y el mal tiempo en general, acabó por ser «tan estéril que muchos ciudadanos no pudieron preparar cereales suficientes para que les duraran medio año, y algunos ni siquiera dos meses». El año siguiente fue todavía peor. En marzo,

> […] la gente empezó a verse afectada por una Negra Hambruna; aunque se apoyaban unos a otros mientras les quedara algo que comer […]. Pero esto duró poco […]. Reducidos a la más completa miseria, vagaban por ahí y caían muertos, algunos en sus casas, otros por los caminos, algunos en los bosques, etc.[44]

Esta calamidad natural golpeó justo cuando Europa y muchas otras partes del mundo se recuperaban de los traumas de las Guerras Napoleónicas. Las malas cosechas provocaron un ascenso meteórico de los precios de los alimentos, en especial del trigo, y complicaron la reconstrucción de la posguerra.

Durante más de dos décadas, las potencias europeas habían recurrido a prácticas mercantilistas para proteger sus intereses y minar las economías rivales. También habían tomado medidas contra los buques neutrales que podían transportar mercancías enemigas. Esto había llevado a repetidas interrupciones en el comercio internacional y a la volatilidad de este, sobre todo en el periodo de 1806 a 1812, cuando Francia instituyó el Sistema Continental a la vez que Gran Bretaña mantenía su propio bloqueo mediante decretos gubernamentales. Los fletes, los seguros y los permisos comerciales subieron de precio de forma dramática durante la guerra. En 1812, por ejemplo, eran responsables de

hasta el 40 por ciento de los precios del trigo británico.[45] De todos modos, la economía británica continuó su crecimiento a pesar de la guerra y del bloqueo. El desarrollo de una red de transporte más eficiente que incluía transporte marítimo costero, canales y carreteras de peaje llevó a la integración de los mercados internos británicos y a una especialización más eficiente de las distintas regiones. La eficaz gestión del gasto público y el crecimiento del sector bancario reforzaron también el crecimiento manufacturero británico. Las rentas agrarias aumentaron de manera considerable en los últimos años de las Guerras Napoleónicas y proporcionaron pingües dividendos a unos terratenientes que no quisieron perder tales beneficios cuando acabó la guerra. Las presiones políticas de los terratenientes llevaron a la aprobación de la llamada Ley del Maíz de 1815, que cerraba el mercado interno británico a los alimentos del exterior. Esta ley despertó la oposición feroz de una clase en ascenso, los empresarios industriales, que deseaban maximizar sus ganancias reduciendo unos salarios que ya no alcanzaban a alimentar a sus trabajadores.

La guerra dibujó extensos tractos de devastación por el occidente de Rusia, el norte de Francia, Alemania, España y Portugal. Las industrias relacionadas con el comercio atlántico sufrieron un profundo declive durante el periodo del Sistema Continental (aunque las industrias sustitutivas de las importaciones tuvieron cierto auge) y algunos centros tradicionales del comercio internacional decayeron con el colapso de varios imperios coloniales. Francia salió de la guerra sin Luisiana y sin Saint-Domingue. La presencia española en el Nuevo Mundo quedó limitada a Cuba y Puerto Rico y la disputa en aumento entre Portugal y Brasil desembocó en la independencia del segundo en 1822. Los holandeses perdieron Sudáfrica, Ceilán y sus Indias Occidentales. De hecho, Ámsterdam vio socavada de forma irreversible su posición de emporio del comercio internacional por los efectos combinados de la ocupación francesa, el Sistema Continental y

el bloqueo británico. Por otro lado, en los últimos años de la guerra, Gran Bretaña había asegurado con firmeza su posición de potencia económica dominante. Podemos entrever el grado de hegemonía en la inmediata posguerra al observar su cuota en el transporte marítimo mundial: esta se disparó del 25 por ciento de 1780 a más del 40 por ciento en 1820.[46] El dominio naval militar de Gran Bretaña fue la condición previa crucial para el desarrollo de una economía internacional predominantemente liberal durante el resto del siglo XIX.[47]

Los efectos comerciales de la guerra se extendieron mucho más allá de las costas europeas. La Guerra de 1812 causó notables trastornos al comercio norteamericano, pero estos palidecen si los comparamos con el empeoramiento económico de Latinoamérica. De hecho, uno de los impactos más profundos de las Guerras Napoleónicas fue el colapso de varios imperios europeos en el hemisferio occidental y el surgimiento allí de unos Estados independientes que iban a aplicar sus propias políticas comerciales, en general en competencia unos con otros. Las antiguas colonias españolas adoptaron políticas mercantilistas para proteger sus economías, unas políticas que iban a tener un efecto inmenso en la economía y el comercio regional. Una característica determinante de la realidad económica emergente en Hispanoamérica fue el comercio bilateral entre los nuevos Estados independientes y Gran Bretaña. Antes de la guerra, Latinoamérica solo absorbía el 0,06 por ciento de las exportaciones manufactureras británicas, pero su cuota creció rápidamente al 3,3 por ciento en 1804-1806, a más del 6 por ciento en 1814-1815 y a alrededor del 15 por ciento en la década de 1820.[48] La exportación de plata mexicana también se vio perjudicada por los bloqueos de la guerra y por los desórdenes políticos en las colonias españolas. La media de más de 20 millones de pesos entre 1792 y 1806 declinó a solo 16 millones en 1807-1813, a 11 millones en 1814 y a menos de 9 millones en los años posteriores. La escasez de plata mexicana

tuvo consecuencias para el comercio global. El comercio británico con la India y China tuvo que depender menos del envío de plata a estos países y más de la exportación de mercancías, lo que supuso un cambio importante en la naturaleza de las relaciones económicas entre estos Estados. La única región del mundo que invirtió la tendencia, y que, de hecho, experimentó un crecimiento económico, fue el sudeste asiático, que se mantuvo relativamente a salvo de las Guerras Napoleónicas. Al declinar las exportaciones chinas y estadounidenses a Europa, los comerciantes de estas dos naciones aprovecharon la ocasión para explotar el comercio de especias y compraron clavo, pimienta, azúcar y café que dirigían a sus mercados internos.[49]

El capítulo del comercio internacional quedaría incompleto si no mencionásemos el impacto de las contiendas en las tradicionales prácticas mercantilistas europeas en Asia. Las Guerras Napoleónicas señalaron el fin de la era de los grandes monopolios comerciales europeos. La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, que todavía se estaba recuperando del impacto de la Guerra Anglo-Holandesa de 1780-1784, dejó de existir en 1799 y la mayoría de sus posesiones fueron ocupadas por Gran Bretaña con posterioridad durante las Guerras Napoleónicas. Por otro lado, la Compañía Británica de las Indias Orientales también pereció víctima de las circunstancias de la guerra y perdió su monopolio comercial en la India en 1813.[50]

Tampoco debemos olvidar que las Guerras Napoleónicas afectaron al comercio de esclavos en el océano Atlántico. Debido a la inestabilidad en el Caribe y Latinoamérica, cada vez era más arriesgado llevar esclavos a las colonias de esas regiones. Además, en febrero de 1807, el Parlamento británico abolió el comercio de esclavos entre África y las colonias británicas y se afanó, desde ese momento, en conseguir que otros países siguieran su ejemplo. El Escuadrón de África Occidental de la Royal Navy, creado en 1808, patrullaba con regularidad la costa africana y los di-

plomáticos británicos emplearon con frecuencia el cebo de los subsidios para convencer a otras naciones de poner fin al comercio de esclavos. En 1810, un tratado anglo-portugués obligó a Portugal a restringir la esclavitud, mientras que el tratado anglo-sueco de 1813 hizo lo propio en Suecia. En 1814, mediante el Tratado de París, Francia convino con Gran Bretaña en que el comercio de esclavos era «repugnante a los principios de la justicia natural» y accedió a abolirlo en cinco años. Ese mismo año, un tratado anglo-holandés acabó con la esclavitud en Holanda. Estados Unidos puso fin al comercio atlántico de esclavos en 1807, aunque no a la propia esclavitud, que sobrevivió hasta la Proclamación de la Emancipación de 1863.[51]

La preservación de la estabilidad política y del orden internacional fue el objetivo primordial de las potencias aliadas en la era posnapoleónica. La paz, de todos modos, iba a demostrarse tan desestabilizadora como la guerra. Durante un cuarto de siglo de convulsiones revolucionarias y de conquistas, Europa había experimentado una reestructuración política y económica de gran calado y muchos de los elementos constitutivos del Antiguo Régimen habían desaparecido. Los antiguos lazos sociales, políticos y económicos se habían aflojado (o cortado del todo, en algunos casos) y se estaba formando una sociedad nueva. La caída del imperio napoleónico supuso una reversión abrupta de este proceso cuando las clases gobernantes del Antiguo Régimen recobraron su poder. Las potencias victoriosas aspiraban sinceramente a preservar los regímenes conservadores europeos, un anhelo que se vio reforzado, al menos a corto plazo, por el agotamiento generalizado y el hartazgo del continente por la guerra. En las calles del París de 1815, los gritos de *«Vive la paix!»* reflejaban mucho mejor el sentimiento generalizado de la población francesa que los *«Vive les Bourbons!»*. Lo mismo puede decirse de la población del resto de Europa, fatigada por la guerra y el caos económico.

Para muchos europeos, la paz y el orden valían todo lo que fuera necesario pagar.

Los recuerdos de la Revolución llenaron a los mandatarios europeos de temor hacia las ideologías populares y los movimientos políticos que amenazaran socavar el acuerdo vienés. Sin embargo, estos dirigentes también fueron objeto de una presión inmensa por parte de las fuerzas del cambio económico y social: la industrialización, las mejoras agrícolas, la mayor sofisticación de las empresas económicas, así como los avances en el transporte, las comunicaciones y otros ámbitos, estaban transformando las sociedades europeas y obligaban a los líderes políticos a actuar. Sería una equivocación verlos como unos reaccionarios miopes que se negaron empecinadamente a efectuar ajustes. Incluso los Gobiernos conservadores de Austria y Rusia comprendían la inevitabilidad del cambio y, de hecho, favorecieron reformas para poner remedio a debilidades existentes en sus propios sistemas gubernamentales. Sin embargo, estaban convencidos, en palabras de un emperador ruso, de que todo cambio tenía que venir de arriba, nunca de abajo. El proceso de reforma tenía que llevarse a cabo de forma ordenada, dentro del marco político y social existente. En la práctica, los ejecutivos luchaban por reconciliar su percepción de la necesidad del cambio con el temor a que este pudiera desencadenar fuerzas populares que escaparan de su control, como había sucedido en Francia en la década de 1790.

Sus esfuerzos se vieron dificultados por el hecho de que el fin de las Guerras Napoleónicas no auspició una etapa de crecimiento y prosperidad económica. Al contrario, la paz trajo una depresión de posguerra en la que se hundió la demanda de manufacturas y de suministros. Al mismo tiempo, las calamidades meteorológicas globales provocaban algunas de las peores cosechas en más de un siglo, las cuales condujeron a la subida acelerada de los precios de los alimentos. El fin del Sistema Continental no fue seguido por ningún tipo de esfuerzo serio para la reactiva-

ción del comercio libre. Se optó por un nacionalismo económico de miras estrechas, donde la agricultura y la industria europeas tuvieron que padecer las nuevas murallas arancelarias erigidas por los Estados. Prusia y Rusia, por ejemplo, vieron perjudicadas sus exportaciones de grano por aranceles proteccionistas británicos como la Ley del Maíz de 1815, que prohibía la importación de trigo del extranjero, más barato que el propio. Por otro lado, los aranceles rusos y austriacos afectaron seriamente a la industria del lino de Silesia, uno de los principales centros manufactureros de Prusia. El avance de Napoleón en la integración de las áreas manufactureras de Renania y Westfalia en el sistema económico francés llevó al declive de sus industrias cuando Francia se volvió sobre sí misma e impuso aranceles a las importaciones.

La crisis agrícola y manufacturera de la época posnapoleónica dejó sin perspectivas de empleo a los miles de soldados que regresaban. Las condiciones de vida de los pobres se mantuvieron en el filo de la desesperación en la mayor parte de los países del continente. Como era de esperar, estas circunstancias contribuyeron a exacerbar la agitación política en pro de la libertad individual y de derechos garantizados legislativamente, así como en favor de formas de socialismo que abogaban simultáneamente por la representación democrática y la distribución equitativa de la riqueza. El malestar posnapoleónico fue, por tanto, una manifestación de una lucha mayor, la que se libraba entre las fuerzas del cambio y las de la tradición, que ayudó a crear la Europa moderna.

Los ecos del cataclismo político que desencadenaron las Guerras Napoleónicas continuaron resonando durante décadas. Las grandes revoluciones de 1820-1821, 1830 y 1848 se vieron in-

tercaladas por pequeños estallidos de menor escala en 1819, 1822, 1825, 1832, 1834, 1839 y 1844, por mencionar solo unos pocos. Los ejecutivos europeos contaron, para enfrentarse a estas amenazas, con un importante legado de la Era Napoleónica: la guerra había barrido muchas de las antiguas trabas e ineficiencias administrativas, de forma que los Gobiernos disponían ahora de mayor poder sobre la burocracia y para la imposición de la ley y la exacción de impuestos. Tenían a su disposición, pues, el aparato necesario para conservar el poder y tomar medidas represivas. En 1819, el inicio de la agitación política en gran parte de Europa forzó a los gabinetes alemanes, alarmados por la difusión del liberalismo, a imponer los Decretos de Karlsbad, que ahogaban las libertades políticas. En Gran Bretaña, el fin de los impuestos propios del periodo de guerra, la continuada industrialización (cada vez más dependiente de máquinas que contribuyeron a un alto desempleo) y la recesión económica generalizada de Europa en la posguerra crearon uno de los periodos más volátiles de la historia de la nación. El desastre climatológico contribuyó a un descontento generalizado que afectó a gran parte del país. En agosto de 1819, la protesta llegó al punto álgido cuando decenas de miles de manifestantes convergieron en St. Peter's Field, en las afueras de Manchester, exigiendo, además de pan, reformas políticas. El Gobierno británico, igual que sus análogos continentales, tachaba la actividad de los radicales de carente de patriotismo y de estar inspirada en el «jacobinismo» francés. Para sofocarla recurriría a la fuerza: la manifestación pacífica de Manchester fue dispersada con violencia. Las élites dirigentes alabaron este proceder como una victoria contra el extremismo, pero, para los escandalizados radicales, sería desde entonces la «Masacre de Peterloo», una denominación que recordaba cáusticamente la victoria británica sobre Napoleón cinco años antes. Siguiendo el ejemplo de las potencias continentales, el Gobierno británico sofocó el radicalismo a lo largo de la década de 1820,

pero la irregularidad del crecimiento económico y la prosperidad continuaron suponiendo grandes retos para los años venideros.[52]

La autoridad de los conservadores tomó más fuerza todavía en 1820, cuando las monarquías española y napolitana corrieron peligro por rebeliones populares. Las potencias europeas convocaron tres congresos –Troppau (1820), Laibach (1821) y Verona (1822)– ante estos desafíos revolucionarios, que fueron tratados según los principios diseñados en el Congreso de Viena. Rusia y Prusia apoyaron la intervención austriaca en Nápoles y Piamonte, mientras que Francia ayudó a la reaccionaria monarquía borbónica a recuperar el poder en España. En 1825 le tocó el turno a Rusia de experimentar la agitación política. Un grupo de oficiales del Ejército aprovechó la muerte del emperador Alejandro para tratar de obtener cambios constitucionales. La Revuelta Decembrista solo duró un día y fue aplastada por las tropas del emperador Nicolás I. En Francia, Luis XVIII demostró pragmatismo e inteligencia en su gestión del legado revolucionario y los problemas de la posguerra. Asistido por estadistas competentes –Eli-Louis, duque de Decazes, y Armand-Emmanuel du Plessis de Richelieu, por nombrar solo a un par–, supo mantener una singladura intermedia entre los extremos ideológicos, evitó la bancarrota del Estado y liquidó una enorme suma de indemnizaciones de guerra. Que todo esto se consiguiera mientras Francia seguía ocupada por una fuerza coaligada de 150 000 soldados parece ciertamente extraordinario, pero también es verdad que la ocupación no dejó a la monarquía francesa otra alternativa que emprender las reformas que tanto necesitaba el país para poder cumplir con sus obligaciones financieras. En el periodo posnapoleónico, la ocupación tuvo un papel crucial en la economía y en la reconstrucción política de Francia. Estas últimas no se consiguieron, obviamente, sin gran escándalo de todos los grupos afectados por el rigor y la reforma fiscales.[53] La muerte de Luis

XVIII y el ascenso al trono de su hermano Carlos X decantó la balanza a favor del partido reaccionario, cuyos errores acabaron conduciendo a la revolución de 1830.

De las revoluciones posnapoleónicas, solo las de Grecia e Hispanoamérica acabaron teniendo éxito, aunque por razones distintas. La Revolución griega fue parte de una serie de revueltas de pueblos de etnias nativas (sobre todo eslavos y griegos ortodoxos) contra el dominio otomano, pero sus causas, el momento en que sucedió y su resultado dependieron tanto de factores sociales y políticos internos del Imperio otomano como del curso de la situación general europea. La Revolución francesa y las Guerras Napoleónicas habían conformado el contexto intelectual y político de la época y contribuyeron a la diseminación de las ideas de liberación nacional y de lucha contra las monarquías del Antiguo Régimen. A diferencia de lo sucedido en otros levantamientos antiotomanos, la causa griega despertó la simpatía generalizada y el apoyo de las élites europeas –incluyendo a Lord Byron–, que admiraban la cultura y la historia de la Grecia clásica y desearon ayudar a la revolución. Por otro lado, los líderes de las grandes potencias europeas estaban preocupados por las implicaciones de una revuelta que violaba los principios de legitimidad y de equilibrio erigidos en el Congreso de Viena. Las potencias rivales estaban tentadas de intervenir en Grecia para proteger sus intereses. Debido a la atmósfera conservadora y reaccionaria del periodo, las grandes potencias fueron, en un primer momento, reacias a apoyar el proyecto de los rebeldes para el derribo de la autoridad legítima otomana. Sin embargo, en parte por recelos entrecruzados y en parte por sus propias motivaciones individuales, en 1827 se acabaron enzarzando en el conflicto del lado de los griegos y en 1830 lograron el establecimiento de un Estado griego completamente autónomo. En esto el papel de Rusia fue fundamental. Además de los antiguos lazos que tenía con las poblaciones cristianas de la península balcánica, Rusia ha-

cía tiempo que anhelaba un acceso menos restringido al mar Mediterráneo. Como ha señalado el historiador Matthew Anderson, el interés de Rusia por el destino del Imperio otomano se incrementó de forma drástica después de las Guerras Napoleónicas.

> El poblamiento y el desarrollo de las fértiles tierras de la estepa del mar Negro estaba llevando aparejado un crecimiento espectacular de las exportaciones de grano a Europa occidental. Odesa, el mayor centro de este comercio con mucha diferencia, era en la segunda década del siglo XIX el puerto de mayor crecimiento del mundo. Todo esto incrementó bruscamente, para Rusia, la importancia de la libre circulación de sus mercantes por los Estrechos.

En 1815, Rusia había conseguido que los otomanos concedieran la libre circulación a sus buques mercantes, lo que permitió en solo cinco años un aumento espectacular de las exportaciones de grano desde los puertos del mar Negro. Sin embargo, en la década posterior, la decisión de los otomanos de restringir el tráfico mercante ruso por los estrechos del Bósforo y los Dardanelos causó mucho nerviosismo en los círculos políticos y económicos rusos. Los primeros pasos de la industrialización de Rusia habían posibilitado la creación de varios miles de fábricas que, como explicó Peter Hopkirk, «estaban desesperadas por abrir nuevos mercados».[54]

La crisis griega supuso el primer cambio de importancia en el mapa europeo desde el final de las Guerras Napoleónicas. Fue una prueba de fuego del acuerdo logrado en el Congreso de Viena, puesto que representaba una amenaza y a la vez una oportunidad para las potencias europeas. Las grandes potencias no querían aparecer como que apoyaban la rebelión, pero también sabían que estaban ante una oportunidad de proyectar más su poder en la región. Tomaron un papel más activo en el conflicto y utilizaron en beneficio propio a las distintas facciones griegas, que se alinearon explícitamente a favor de uno u otro bando extranjero. La conclusión de la guerra no mitigó apenas estos recelos recíprocos, puesto que el Reino de Grecia acabó con un mo-

narca bávaro, consejeros militares franceses y administradores británicos en el timón del gobierno. En cuanto a Rusia, los tratados de Adrianópolis (1829) y Hünkâr İskelesi (1883) reafirmaron explícitamente sus privilegios en los principados danubianos y concedieron a sus buques el derecho de libre navegación en las aguas del Imperio otomano. La Revolución griega evidenció las debilidades del Imperio otomano y marcó un precedente de intervención, por parte de las grandes potencias, para la protección y salvaguarda de los incipientes Estados balcánicos. En 1829, al ver a las fuerzas del sultán derrotadas por los rusos, las capitales europeas pensaron que el hundimiento del Imperio otomano era inminente y el ministro de Exteriores francés, Jules de Polignac, incluso le propuso a Rusia iniciar conversaciones para el reparto del territorio. La derrota otomana despertó además las ambiciones de otros grupos étnicos, que utilizaron las justificaciones histórico-culturales empleadas para la secesión griega como un modelo para sus propios movimientos nacionales.[55]

Todavía fueron de mayor alcance los acontecimientos que se desarrollaron en América del Sur, donde, como hemos visto, la primera fase de las guerras de independencia había acabado en 1815 con resultados desiguales. Todos los movimientos de independencia habían sido prácticamente sofocados, excepto los de Buenos Aires y Paraguay. Sin embargo, había señales claras de que la autoridad real española se tambaleaba. La caída de la Francia napoleónica no supuso el fin inmediato de las insurrecciones, en contra de lo que habían esperado los realistas españoles. José Fernando de Abascal, virrey del Perú, se quejaba en el otoño de 1815 de que, a pesar de la victoria aliada sobre el «Misántropo de Córcega», todavía pervivía una grave amenaza a la autoridad de la Corona española en «las perniciosas y falsas noticias con que sus viles secuaces [de Napoleón] intentan transformar el Universo».[56] Abascal, que llevaba las riendas de la jurisdicción política más extensa de Sudamérica, no ignoraba que el regreso del rey

Fernando VII de España, y su insistencia en la restauración de las prerrogativas reales que habían sido constreñidas por la Constitución de 1812, había exacerbado las tensiones entre la metrópoli y sus colonias americanas. Después de haber experimentado el gobierno representativo, aunque fuera en un grado limitado, los criollos desde México a Chile ya no estaban interesados en la vuelta del gobierno absoluto. Abascal, en el intento de conservar la «unidad» entre las colonias y España, recurrió a medidas muy diversas, que iban desde el aplastamiento de las insurgencias hasta poner en práctica una eficaz campaña de propaganda contra las «falsas noticias» napoleónicas.[57] El espíritu revolucionario, sin embargo, se enconó durante los años siguientes. La historia de las colonias españolas en el periodo posnapoleónico es una historia de convulsiones internas, baños de sangre y represión. El camino hasta la independencia fue largo y difícil. En Nueva España, los realistas habían logrado imponerse, pero los dos grupos guerrilleros principales, encabezados por Guadalupe Victoria en Puebla y Vicente Guerrero en Oaxaca, continuaron operando pasado 1815. En septiembre de 1821, un congreso de criollos declaró la independencia y, al año siguiente, formó el Primer Imperio mexicano bajo la jefatura de Agustín de Iturbide. Este fue el primer Estado poscolonial en México –y la única colonia española que estableció una monarquía después de su independencia–. Sin embargo, el imperio iba a tener una vida muy breve. En 1823, México se convirtió en república y abrazó el principio de la autodeterminación, que abría el camino para la formación de las Provincias Unidas del Centro de América, una república federal, según el modelo estadounidense, que contuvo los Estados de Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua entre 1823 y 1840. En Nueva Granada y Venezuela, los patriotas republicanos liderados por Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Santiago Mariño y otros languidecían en la vasta cuenca del Orinoco y a lo largo de la costa del Caribe; a

menudo recibían ayuda de Haití. Después de varios intentos baldíos de retomar Caracas, Bolívar, antes de volver a atacar en Venezuela, cruzó los Andes para liberar Colombia. Los republicanos derrotaron a los realistas en la batalla de Boyacá el 7 de agosto de 1819 y no tardaron en hacerse con la capital colombiana, Bogotá. Una vez asegurada Colombia, Bolívar procedió a derrotar a los realistas en la batalla de Carabobo, en junio de 1821, y declaró la independencia de la República de la Gran Colombia, que unía Venezuela y Colombia. Bolívar apoyó a los republicanos de Ecuador, donde los realistas sufrieron un gran desastre en la batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822. El 13 de julio de ese año, Ecuador fue integrado en la Gran Colombia, que aún sobrevivió ocho años. En Chile, los realistas ejercían su autoridad con firmeza, pero al otro lado de los Andes los patriotas seguían controlando las Provincias Unidas del Río de la Plata (actual Argentina).

Eran pocos los que esperaban que el movimiento de independencia se recuperase de los mazazos que había sufrido en 1812-1815. Sin embargo, en la que fue una de las mayúsculas hazañas de las Guerras de Emancipación, el contingente argentino de San Martín cruzó los Andes, unió sus fuerzas con las de los criollos chilenos de Bernardo O'Higgins y derrotó a los realistas en la batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817. Un año más tarde, O'Higgins declaraba la independencia chilena mientras San Martín, con la ayuda de miles de chilenos y de un gran contingente de soldados británicos que se había unido a la causa revolucionaria al acabar las Guerras Napoleónicas, continuaba la campaña hacia el norte para liberar Perú. Aunque la independencia peruana se declaró en diciembre de 1820, tuvieron que pasar seis años hasta que cayera el último reducto realista y los republicanos se consolidaran en el poder.

En comparación con el de Hispanoamérica, el camino de Brasil hasta la independencia fue relativamente anodino. El rey Juan

VI, que había huido de Portugal en 1807, permaneció en Brasil seis años después de que acabaran las Guerras Napoleónicas. En 1816, elevó la colonia a la categoría de reino y le otorgó notables privilegios. A la vuelta de Juan VI a Europa, en julio de 1821, a enfrentarse con una revolución liberal que había estallado en Lisboa, su hijo don Pedro permaneció en Brasil como regente. Las relaciones entre la metrópoli y la colonia no tardaron en deteriorarse, ya que las Cortes portuguesas intentaron restablecer el estatus colonial previo de Brasil. Don Pedro, que había residido en Río de Janeiro la mayor parte de su vida, no atendió la llamada de las Cortes, que requerían su presencia en Portugal, y declaró la independencia de Brasil el 7 de septiembre de 1822. En su célebre «Grito do Ipiranga», don Pedro se quitó la divisa portuguesa del uniforme y proclamó «¡Independencia o muerte!». La guerra resultante entre el recién creado Ejército brasileño, que contaba con el apoyo de veteranos británicos de las Guerras Napoleónicas, y las fuerzas portuguesas acabó con la victoria del primero y obligó a Portugal a reconocer formalmente la independencia de Brasil en 1825.

Las convulsiones de Latinoamérica resaltaron una cuestión esencial de la época posterior al acuerdo de Viena: la capacidad de las potencias europeas para intervenir en los asuntos coloniales y revertir el resultado de las rebeliones en curso al otro lado del Atlántico. Si tenemos en cuenta las enormes distancias implicadas y el poder naval de Gran Bretaña, comprobaremos lo decisivo que fue el papel de los británicos en este proceso. El Gobierno británico estaba decepcionado por las políticas reaccionarias que se habían impuesto en Europa, donde se perseguía y encarcelaba a los progresistas –en España, muchos fueron ejecutados del modo más cruel–. No extraña, pues, que Gran Bretaña se negara a participar en esas prácticas y que se distanciara cada vez más de las potencias continentales. En 1825 reconoció la independencia de varias repúblicas americanas: México, Colombia y Argentina.

Es célebre una afirmación del nuevo secretario de Exteriores británico, George Canning, quien, deseoso de subrayar la moralidad y la solidez política de su estrategia, pretendió haber «creado el Nuevo Mundo para remediar el desequilibrio del Viejo».[58] En cualquier caso, también sabía que, si permitía que la América hispana volviera a ser una posesión de la Corona borbónica, las oportunidades comerciales británicas quedarían inevitablemente limitadas y restringidas.

En lo referente al hemisferio occidental, la política de Estados Unidos fue, en general, bastante similar a la de Gran Bretaña, es decir, estuvo dirigida a promover sus intereses económicos e impedir las injerencias europeas en la región. Estas aspiraciones se vieron impulsadas por la mejora de las relaciones británico-estadounidenses. Después de la Guerra de 1812, John Quincy Adams, secretario de Estado estadounidense de 1817 a 1825, sacó el máximo partido del deseo británico de tener relaciones más amistosas con Estados Unidos y acceso a su algodón y a otras materias primas a cambio de mercancías manufacturadas y de inversiones de capital. Como señal de esta incrementada cooperación británico-estadounidense, el Acuerdo de Rush-Bagot de 1817 limitó los armamentos navales en los Grandes Lagos y desmilitarizó, en la práctica, la frontera entre Estados Unidos y Canadá. Los subsiguientes Acuerdos de 1818 resolvieron varios asuntos que habían quedado pendientes al acabar la Guerra de 1812: Gran Bretaña reconoció los derechos de pesca estadounidenses frente a las costas canadienses, se acordó la ocupación conjunta del Territorio de Oregón y se trazaron los límites del Territorio de Luisiana –colindante con Canadá en el paralelo 49 Norte–.

Una vez asegurados los territorios fronterizos septentrionales, Estados Unidos exhibió su fuerza en el sur. Como España todavía no se había recuperado del impacto de las Guerras Napoleónicas y se encontraba enzarzada en la lucha contra los movi-

mientos de independencia en Hispanoamérica, muchos pensaron que la ocasión estaba madura para la expansión estadounidense hacia Florida y el Pacífico. Hombres como el general Andrew Jackson pensaban que el control español de la Florida suponía una amenaza inaceptable para la seguridad de las regiones sureñas del país e insistían en la ocupación preventiva del territorio español. En la primavera de 1818, Jackson encabezó una invasión de la Florida española dirigida, supuestamente, a acabar con los asentamientos de los seminolas situados a uno y otro lado de la frontera hispano-estadounidense, que, en ocasiones, emprendían incursiones en la vecina Georgia. Jackson también vio en esta operación la oportunidad de conseguir progresos en las aspiraciones estadounidenses relacionadas con la Florida. «Hágame saber por cualquier canal –le escribía al presidente Monroe– que la posesión de las Floridas sería deseable para Estados Unidos y en sesenta días será cosa hecha».[59] Aunque el presidente censuró a Jackson por no atenerse a sus órdenes y ordenó la vuelta de la expedición, el secretario de Estado Adams aprovechó la nueva situación. La invasión de la Florida había puesto en evidencia que España, debilitada por las Guerras Napoleónicas, carecía de medios para oponerse militarmente a Estados Unidos. Así pues, Adams amenazó y persuadió a las autoridades españolas para que cedieran. En el Tratado de Adams-Onís de 1819, España cedió ante las amenazas: reconoció la ocupación estadounidense previa de la Florida Occidental y cedió la Florida Oriental. Además, Adams obtuvo el control del inmenso territorio al oeste: el tratado trazaba una nueva frontera entre el Territorio de Luisiana y el Sudoeste, bajo control español, y obligaba a España a renunciar a cualquier pretensión sobre el territorio del Noroeste de la región del Pacífico.[60]

El Gobierno estadounidense, animado por estos logros, empezó a mirar más allá de sus fronteras inmediatas. La negativa británica a intervenir, o a apoyar a España ante los estadounidenses,

iba a ser clave para el éxito de estos. Ni siquiera la decisión de Jackson de ejecutar a dos súbditos británicos durante la ocupación de la Florida alteró un ápice la política oficial británica, que daba prioridad a la conservación de lazos económicos estrechos con Estados Unidos. Además, Gran Bretaña y Estados Unidos estaban de acuerdo en que la reconquista por los españoles de las colonias emancipadas habría sido perjudicial para sus intereses económicos y políticos, así como en que les convenía mucho más relacionarse con una multitud de jóvenes repúblicas que con un único dominio en poder de una potencia europea. En reconocimiento de este interés común, el secretario de Exteriores británico, Canning, propuso en agosto de 1823 que ambos países emitieran una declaración conjunta opuesta a cualquier intento europeo de restablecer la autoridad colonial en el hemisferio occidental. El gabinete de Monroe rechazó esta oferta porque incluía una cláusula adicional: el compromiso de no anexionarse ningún territorio antes español. En diciembre de 1823, Monroe optó por una vía distinta en su mensaje anual acerca del estado de la Unión, el cual contenía un pasaje en torno a los intereses territoriales estadounidenses en el hemisferio occidental que ha pasado a la posteridad.

Este documento, habitualmente conocido como la Doctrina Monroe, planteaba dos reivindicaciones audaces. En primer lugar, se oponía a la expansión rusa a lo largo de la costa del Pacífico, desde Alaska hasta California, y afirmaba que «los continentes americanos[*19] [...] en adelante no deben considerarse sujetos a una [posible] colonización futura por parte de ninguna potencia europea». La segunda pretensión trataba de las intervenciones europeas en el hemisferio occidental. En cuanto a la posibilidad de que alguna potencia europea actuara contra las nuevas repúblicas hispanoamericanas, Monroe advertía:

> Debemos [...] por franqueza, y por las relaciones de amistad que existen entre los Estados Unidos y esas potencias, declarar que consideraríamos peligroso

para nuestra paz y seguridad cualquier intento de su parte de extender su sistema político a porción alguna de este hemisferio.[61]

Estados Unidos asumía así un peculiar papel de guardián de las libertades del Nuevo Mundo, aunque en realidad fuera la amenaza de la fuerza naval británica, y no las palabras del presidente Monroe, lo que impidió las intervenciones europeas en Latinoamérica.

Las Guerras Napoleónicas proyectaron una alargada sombra sobre el siglo XIX. Habían sacudido la forma de vida tradicional y la legitimidad de instituciones como la monarquía, la aristocracia y la esclavitud. También dejaron muchos problemas sin resolver. En consecuencia, las generaciones posteriores se debatieron entre los legados del conservadurismo y el liberalismo, la centralización y la modernización, el republicanismo y la monarquía, la industrialización y el radicalismo. Napoleón, en su exilio de Santa Elena, alimentó una leyenda política que no tardó en convertirse en el poderoso mito de un emperador benevolente, un mito que fue ensalzado e idealizado incluso por los descendientes de los pueblos que habían luchado contra él.[62] El escritor francés François-René de Chateaubriand observó acerca del emperador caído: «En vida, el mundo se le escapó de las manos, pero una vez muerto se ha apoderado de él». La herencia napoleónica y el bonapartismo –ideología caracterizada por la prevalencia de un líder nacional fuerte y popular– fueron de importancia capital en el perfilado de la Francia contemporánea y también de toda Europa.

Las Guerras Napoleónicas fueron, sobre todo, un conflicto europeo, pero redefinieron la relación de Europa con el resto del mundo. Este conflicto obligó y animó a los Estados europeos a iniciar un doloroso proceso de reforma y modernización que al-

teró el equilibrio de fuerzas entre las diversas partes del globo. Durante gran parte de su historia, Europa se había mantenido a la zaga de las civilizaciones china e islámica, más avanzadas. En cambio, al acabar las Guerras Napoleónicas, la superioridad europea en cuestiones militares, en desarrollo industrial y en fuerza tecnológica sobre el resto del mundo era muy notable. Fue el inicio de la Gran Divergencia. La magnitud de esta transformación se haría más clara a medida que avanzase el siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

AE: Archives du Ministère des Affaires étrangères, París, Francia.

AN: Archives Nationales, París, Francia.

BL: British Library.

CN: Napoleón Bonaparte, 1858-1869: *Correspondance de Napoleon I^er^, publ. Par ordre de l'Empereur Napoleon III*, 32 vols., Paris, Imprimerie Imperiale.

CRE: *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*.

Dropmore Papers: *The Manuscripts of J. B. Fortescue, Esq., Preserved at Dropmore*, London, Historical Manuscripts Commission, 1908.

FO: Foreign Office, National Archives (antes Public Records Office), Kew, Gran Bretaña.

NLS: National Library of Scotland.

PSZ: *Polnoe sobranie zakonov Rossiiskoi imperio* [Colección completa de leyes del Imperio ruso].

RGVIA: Archivo Histórico Militar Estatal Ruso.

Riksarkivet: Archivos Nacionales de Suecia, Estocolmo.

SHD: Service historique de la Defense.

SIRIO: *Sbornik Imperatorskago Russkago Istoricheskago Obschestva* [Colección de la Sociedad Histórica Imperial Rusa].

VPR: *Vneshniaya politika Rossii XIX i nachala XX veka: dokumenti Rossiiskogo Ministerstva Innostrannij del* [Política exterior rusa en los principios del siglo XX: documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia], Moskva, 1961.

WO: War Office, The National Archives (antes The Public Records Office), Kew, Gran Bretaña.

ARCHIVOS

Archives du Ministère des Affaires étrangères, Paris, France.

Archives Nationales, París, Francia.

Archivo Histórico Nacional, Madrid, España.

Archivo General de Indias, Sevilla, España.

Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, España.

Biblioteca Histórica Municipal, Madrid, España.

Archivo Histórico Central de Moscú.

Centre des Archives diplomatiques de La Courneuve, París, Francia.

India Office Records and Private Papers, British Library, Londres, Gran Bretaña.

Kriegsarchiv, Viena, Austria.

National Library of Scotland, Edinburgo, Escocia.

Riksarkivet, Archivos Nacionales Suecos, Estocolmo, Suecia.

Archivo Histórico Militar Estatal Ruso, Moscú, Rusia.

Service Historique de l'Armée de Terre, París, Francia.

The National Archives (antes The Public Records Office), Kew, Gran Bretaña.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

American Historical Review

Cobbett's Annual Register

Courier de Provence

The English Historical Review

Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel

Gentleman's Magazine

The International History Review

Istoricheskii Vestnik [Heraldo histórico]

Le patriote français

London Gazette

The Monthly Visitor

Morning Chronicle

The New Annual Register

Revue d'histoire diplomatique

Revue de l'Institut Napoléon

Revue des études napoléoniennes

Revue d'histoire moderne et contemporaine

Revue du souvenir napoléonien

Revue historique

Royal Military Chronicle

Rússkaia stariná [Estrella rusa]

Russki arjiv [Archivo ruso]

Sankt Petersburgskie vedomosti [Crónica de San Petersburgo]

Sbornik Imperatorskago russkago istoricheskago obshchestva [Colección de la Sociedad Histórica Imperial Rusa]

Slavic Review

The Times (Londres)

Voenny sbornik [Recopilación militar]

1806-1807 Invasiones Inglesas al Río de la Plata: aporte documental, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2006.

Abbot, C., 1861: *The Diary and Correspondence of Charles Abbot, Lord Colchester, Speaker of the House of Commons, 1802-1817*, London, J. Murray.

Aitchison, *sir* C. U. (ed.), 1862-1866: *A Collection of Treaties, Engagements and Sunnuds Relating to India and Neighboring Countries*, 7 vols., Kolkata, O. T. Cutter.

Akty sobrannye kavkazskoiu arkheograficheskoiu kommissieiu [Actas recopiladas por la Comisión Arqueográfica del Cáucaso], 1866-1904: 12 vols., A. Berzhe (ed.), Tbilisi.

American State Papers: Documents, Legislative and Executive, of the Congress of the United States, W. Lowrie y M. St. C. Clarke (eds.), Washington, Gales/Seaton, 1833.

Andersson, G. (ed.), 1865: *Handlingar ur v. Brinkman'ska archivet på Trolle-Ljungby* [Documentos del archivo de Brinkman en Trolle-Ljungby], Örebro, N. M. Lindh.

Archiduque Carlos, 2004: *Archduke Charles' 1796 Campaign in Germany*, G. F. Nafziger (trad.), West Chester, Nafziger Collection.

Archives parlementaires de 1787 a 1860: recueil complet des debats legislatifs et politiques des chambres francaises, 82 vols., Paris, Librairie Administrative Paul Dupont, 1862-1913.

Arjiv Gosudarstvennogo Soveta [Archivo del Consejo de Estado], Sankt-Peterburg, Sobstvennoi E. I. V. Kantseliarii, 1869-1904.

Arjiv kniazia Vorontsova [Archivo del príncipe Vorontsov], 40 vols., Moskva, Tip. A. I. Mamontova/Tip. Gracheva, 1870-1895.

Arneth, A. Ritter von, 1869: *Joseph II und Katharina von Russland*, Wien, W. Braumuller.

Auckland, W. E., 1862: *The Journal and Correspondence of William, Lord Auckland*, London, Richard Bentley.

Aulard, F.-A., 1889: *Recueil des actes du Comité de salut public*, Paris, Imprimerie nationale.

Bagration v Dunaiskij kniazhestvaj: Sbornik Dokumentov [Bagration en el Principado del Danubio: colección de documentos], Chişinău, 1949.

Bailleu, P. (ed.), 1881-1887: *Preussen und Frankreich von 1795 bis 1807: Diplomatische correspondenzen*, 2 vols., Leipzig, S. Hirzel.

Bailleu, P. (ed.), 1900: *Correspondance inédite du roi Frédéric-Guillaume III et de la reine Louise avec l'empereur Alexandre Ier d'après les originaux des archives de Berlin et de Saint Petersbourg*, Leipzig, S. Hirzel.

Banks, J. 2016: *Sir Joseph Banks, Iceland and the North Atlantic 1772-1820: Journals, Letters and Documents*, A. Agnarsdottir (ed.), London, Hakluyt Society.

Barras, P., 1896: *Memoires de Barras, membre du Directoire*, 3 vols., G. Duruy (ed.), Paris, Hachette.

Barrau, J.-P., 1979: «Jean-Pierre Armand Barrau, Quartier-Maitre au IV^{e} Corps de la Grande Armée, sur la Campagne de Russie», *Rivista Italiana di Studi Napoleonici*, n.° 1.

Barres, J. B., 1925: *Memoirs of a Napoleonic Officer*, London, G. Allen & Unwin.

Bathurst, S. H., 1923: *Report on the Manuscripts of Earl Bathurst Preserved at Cirencester Park*, London, Her Majesty's Stationery Office.

Bathurst, S. H., 1923b: *Historical Manuscripts Commission Report on the Manuscripts of Earl Bathurst Preserved at Cirencester Park*, F. B. Bickley (ed.), London, Stat. Office.

Baudin, N., 1974: *The Journal of Post Captain Nicolas Baudin, Commander-in-Chief of the Corvettes Géographe and Naturaliste*, C. Cornell (trad. y ed.), Adelaide, Libraries Board of South Australia.

Baudin, N., 2000: *Mon voyage aux terres australes: journal personnel du commandant Baudin*, Paris, Imprimerie nationale.

Bausset-Roquefort, L. F. J., 1828: *Private Memoirs of the Court of Napoleon and of Some Public Events of the Imperial Reign, from 1805 to the First of May 1814, to Serve as a Contribution to the History of Napoleon*, Philadelphia, Carey, Lea & Carey.

Beauharnais, E. de, 1858-1860: *Memoires et correspondance politique et militaire du Prince Eugene*, 10 vols., A. Du Casse (ed.), Paris, Levy.

Beauharnais, H. de, 1927: *Memoires de la reine Hortense*, J. Hanoteau (ed.), Paris, Plon-Nourrit.

Bedik, P., 1678: *Cehil sutun, seu explicatio utriusque celeberrimi, ac pretiosissimi theatri quadraginta columnarum in Perside orientis, cum adjecta fusiori narratione de religione, moribus*, Wien, Universitatis Typogr.

Belmas, J., 1836: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les Français dans la Péninsule de 1807 à 1814*, Paris, Firmin Didot Frères.

Bernhard, duque de Saxe-Weimar-Eisenach, 1834: *Précis de la campagne de Java en 1811*, Den Haag, T. Lejeune.

Biedma, J. J. (ed.), 1914: *Documentos referentes de la guerra de la independencia de América a emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América a que cooperó desde 1810 a 1828*, vol. 2, *Antecedentes políticos, económicos y administrativos de la revolución de Mayo de 1810*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación Argentina.

Blanco, J. F. (ed.), 1875: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Peru y Bolivia*, Caracas, Imprenta de «La Opinion Nacional».

Brenton, J., 1846: *Memoir of the Life and Services of Vice Admiral Sir Jahleel Brenton*, H. Raikes (ed.), London, Hatchard.

Bonaparte, J., 1854-1856: *Memoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph*, 10 vols., A. Du Casse (ed.), Paris.

Bonaparte, N., 1856: *The Confidential Correspondence of Napoleon Bonaparte with His Brother Joseph*, New York, D. Appleton.

Bonaparte, N., 1858-1869: *Correspondance de Napoleon I^er^, publ. par ordre de l'Empereur Napoleon III*, 32 vols., Paris, Imprimerie Imperiale.

Bonaparte, N., 1884: *A Selection from the Letters and Despatches of the First Napoleon*, 3 vols., D. Bingham (ed.), London, Chapman and Hall.

Bonaparte, N., 1897: *Lettres inedites de Napoleon 1^er^ (an VIII-1809)*, L. Lecestre (ed.), Paris, Plon-Nourrit.

Bonaparte, N., 1897b: *New Letters of Napoleon I Omitted from the Edition Published Under the Auspices of Napoleon III, lady* M. Loyd (ed.), New York, D. Appleton.

Bonaparte, N., 1903: *Dernieres lettres inedites de Napoleon*. Edited by Leonce de Brotonne, Paris, Champion.

Bonaparte, N., 1911: *Ordres et apostilles de Napoleon, 1799-1815*, A. Chuquet (ed.), Paris, Champion.

Bonaparte, N., 2004-2018: *Correspondance generale*, 15 vols., T. Lentz, M. Kerautret, F. Houdecek *et al*. (eds.), Paris, Fayard.

Bosredon de Ransijat, J. de, 1801: *Journal du siege et blocus de Malte*, Paris, Imprimerie de Valade.

Brissot, J.-P., 1891: *Second discours de J. P. Brissot, depute, sur la necessite de faire la guerre aux princes allemands, prononce a la societe dans le seance du vendredi 30 December 1791*, Paris, Societe des Amis de la Constitution.

Britain and Foreign State Papers, London, James Ridgway and Sons, 1841.

Broglie, duque de, 1889: «La Politique de la Russie en 1800 d'apres un document inédit», *Révue d'histoire diplomatique* 3, 1-12.

Browning, O., 1887: *England and Napoleon in 1803, being the Despatches of Lord Witworth and Others, Now First Printed […] Edited for the Royal Historical Society*, London, Longmans, Green.

Burghersh, lord, 1912: *Correspondence of Lord Burghersh, Afterwards Eleventh Earl of Westmorland, 1808-1840*, London, J. Murray.

Burke, E., 1801: *The Works of the Right Honorable Edmund Burke*, London, Rivington.

Caillet-Bois, R. R. (ed.), 1961: *Mayo documental*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Campbell, N., 1869: *Napoleon at Fontainebleau and Elba, Being a Journal of Occurrences in 1814-15*, London, John Murray.

Campbell, N., 2004: *Napoleon on Elba: Diary of an Eyewitness to Exile*, J. North (ed.), Welwyn Garden City, Ravenhall.

Canning, G., 1828: *Memoirs of the Life of the Right Honourable George Canning*, London, Thomas Tegg.

Caulaincourt, A.-A.-L. de, 1935: *Memoirs*, London, Cassell.

Chamans, A.-M., 1832: *The Memoirs of Count Lavallette*, Philadelphia, Thomas T. Ash.

Chamonal, R. y Teisseèdre, F., 2004: *Napoléon raconté par l'écrit: Livres anciens, manuscrits, documents imprimés et autographes, iconographie*, Paris, Teissèdre.

Chaptal, J.-A., 1893: *Mes souvenirs sur Napoléon*, Paris, Plon-Nourrit.

Chatterton, *lady* G., 1861: *Memorials, Personal and Historical of Lord Gambier*, London, Hurst and Blackett.

Chuquet, A. (ed.), 1907: *Journal de voyage du general Desaix, Suisse et Italie (1797)*. Paris, Plon-Nourrit.

Clausewitz, C. von, 1900: *La Campagne de 1813 et la Campagne de 1814*, Paris, Librairie Militaire R. Chapelot.

Clausewitz, C. von, 1908: *On War*, J. J. Graham (trad.), London, Kegan Paul, Trench, Trubner.

Clausewitz, K. von, 1976: *On War*, M. Howard y P. Paret (trads. y eds.), Princeton, Princeton University Press.

Clausewitz, K. von, 1979: *La campagne de 1799 en Italie et en Suisse*, Paris, Champ libre.

Clausewitz, C. von, 2007: *On War*, M. Howard y P. Paret (trads.), Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *De la guerra*, Barcelona, Obelisco, 2021].

Clercq, A de y Clercq, J. de, (eds), 1880-1917: *Recueil des traites de la France*, 23 vols., Paris, A. Durand et Pedone-Lauriel.

Coignet, J. R., 1883: *Les cahiers du capitaine Coignet*, Paris, Hachette.

Coignet, J.-R., 1890: *The Narrative of Captain Coignet, Soldier of the Empire, 1776-1850*, New York, Thomas Y. Crowell.

Coigny, A. de, 1902: *Mémoires d'Aimée de Coigny*, E. Lamy (ed.), Paris, Calmann-Lévy.

Cornwallis, C., 1859: *Correspondence of Charles, First Marquis Cornwallis*, 3 vols., C. Ross (ed.), London, John Murray.

Coupland, R. (ed.), 1915: *The War Speeches of William Pitt the Younger*, Oxford, Clarendon Press.

Curtis, E. y McDowell, R. B. (eds.), 1968: *Irish Historical Documents 1172-1922*, New York, Barnes & Noble.

Czartoryski, A. J., 1887: *Memoires du Prince Adam Czartoryski et correspondance avec l'Empereur Alexandre I^er^*, Paris, Plon-Nourrit.

Czartoryski, A., 1888: *Memoirs of Prince Adam Czartoryski and His Correspondence with Alexander I*, A. Gielgud (ed.), London, Remington.

Damas, R., 1913: *Memoirs of the Comte Roger de Damas, 1787-1806*, London, Chapman and Hall.

Desaix de Veygoux, L. C. A., 1907: *Journal de voyage du general Desaix, Suisse et Italie (1797)*, A. Chuquet (ed.), Paris, Plon-Nourrit.

Deventer, M. L. van (ed.), 1891: *Het Nederlandsch gezag over Java en onderhoorigheden sedert 1811. Verzameling van onuitgegeven stukken uit de koloniale en andere arhieven* [La autoridad holandesa sobre Java y dependencias desde 1811. Colección de documentos inéditos de los archivos coloniales y de otro tipo], Den Haag, M. Nijhoff.

Díaz Plaja, F., 1954: *La historia de España en sus documentos. El siglo XIX*, Madrid, Instituto de Estudios Politicos.

Dmytryshyn, B. (ed.), 1988: *Russian Penetration of the North Pacific Ocean, 1700-97: a documentary record*, Oregon, Oregon Historical Society Press, II.

Documente privitoare la Istoria Romanilor [Documentos acerca de la historia de los rumanos], 1885: I. Bogdan *et al*. (eds.), Bucureşti, I. V. Socecŭ.

Documente privitoare la Istoria Romanilor. Corespondentă diplomatică şi rapoarte consulare franceze (1603-1824) [Documentos acerca de la historia de los rumanos. Correspondencia diplomática francesa e informes consulares (1603-1824)], 1912: E. Hurmuzaki *et al*. (eds.), Bucureşti, Acad. Rom. şi Ministerul Cultelor şi Instructi̦ unii Publice.

Documente privitoare la Istoria Romanilor. Rapoarte consulare prusiene din Iaşĭ şi Bucureştĭ (1763-1844) [Documentos acerca de la historia de los rumanos. Informes consulares prusianos de Iaşi y Bucarest (1763-1844)], 1897: N. Iorga (ed.), Bucureşti, Acad. Rom. şi Ministerul Cultelor şi Instructi̦ unii Publice.

Documentos relativos a la Junta Montevideana de Gobierno de 1808, Montevideo, Museo Histórico Nacional A. Monteverde, 1958.

Doeff, H., 1833: *Herinneringen uit Japan* [Recuerdos de Japón], Haarlem, Francois Bohn.

Douin, G. (ed.), 1925: *L'Egypte de 1802 a 1804: correspondance des consuls de France en Egypte*, Al-Qāhira, Institut francais d'archeologie orientale du Caire.

Driault, E., 1910: *Napoléon et l'Europe. The Politique Extérieure du Premier Consul (1800-03)*, Paris, Felix Alcan, 162-164.

Driault, E., 1925: *Mohamed Aly et Napoleon (1807-1814): correspondance des consuls de France en Egypte*, Al-Qāhira, Institut francaise d'archeologie orientale.

Dumas, M., 1839: *Souvenirs de lieutenant général comte Mathieu Dumas, de 1770-1836*, Paris, Gosselin.

Duncan, A. (ed.), 1806: *The British Trident, or Register of Naval Actions*, London, James, Cundee.

Dundas, H., *Papers of Henry Dundas, First Viscount Melville, 1779–1813*, David M. Rubenstein Rare Book and Manuscript Library, Duke University.

Elphinstone, G. K., 1950: *The Keith Papers: Selected from the Papers of Admiral Viscount Keith*, C. Lloyd (ed.), London, Navy Records Society.

Elphinstone, M., 1815: *An Account of the Kingdom of Caubul, and Its Dependencies in Persia, Tartary, and India*, London, Longman.

Enghien, duque de, 1908: *Correspondance du duc d'Enghien (1801-1804) et documents sur son enlevement et sa mort*, Paris, A. Picard.

Fain, A. J. F., 1825: *Manuscrit de 1813, contenant le precis des evenemens de cette annee*, Paris, Delaunay.

Fain, A. J. F., 1834: *Memoirs of the Invasion of France by the Allied Armies and of the Last Six Months of the Reign of Napoleon*, London, H. Colburn.

Farias, R. (ed.), 1919: *Memorias de la Guerra de la Independencia: escritas por soldados franceses*, Madrid, Hispano-Africana.

Fellowes, W. D., 1815: *Paris: During the Interesting Month of July, 1815. A Series of Letters Addressed to a Friend in London*, London, Gales and Fenner.

Fichte, J., 2008: *Fichte: Addresses to the German Nation*, G. Moore (ed.), Cambridge, Cambridge University Press.

Fitzpatrick, W. (ed.), 1892-1927: *Report on the Manuscripts of J. B. Fortescue, Esq. Preserved at Dropmore*, 10 vols., London, Her Majesty's Stationery Office.

Fournier, A., 1885: «Die Mission des Grafen Saint-Julien im Jahre 1800», *Historische Studien und Skizzen*, Praha/Leipzig.

Fournier, A. (ed.), 1913: *Die Geheimpolizei auf dem Wiener Kongress. Eine Auswahl aus ihren Papieren*, Wien, F. Tempsky.

Fraser, E. (ed.), 1906: *The Enemy at Trafalgar: An Account of the Battle from Eye-Witness Narratives and Letters and Despatches from the French and Spanish Fleets*, London, Hodder & Stoughton.

Garnier, J. (ed.), 1998: *Relations et rapports officiels de la bataille d'Austerlitz, 1805*, Paris, La Vouivre.

Gelder, A. G. van D. de, 1900: *Un général hollandais sous le premier empire. Mémoires du général Bon de Dedem de Gelder*, Paris, Plon-Nourrit.

Gentz, F. von, 1913: *Briefe von und an Friedrich von Gentz*, F. C. Wittichen (ed.), München, R. Oldenbourg.

Gillespie, A., 1818: *Gleanings and Remarks Collected During Many Months of Residence at Buenos Ayres and Within the Upper Country*, Leeds, B. Dewhirst.

Girón, P. A., 1978: *Recuerdos (1778-1837)*, A. M. Berazaluce (ed.), Pamplona, Universidad de Navarra.

Godoy, M., 1841: *Memorias* […], Gerona, Librería de Vicente Oliva.

Goethe, J. W. von, 1863: *Mélanges par Goethe*, J. Porchat (ed.), Paris, Hachette.

Gonneville, A.-O. Le Harivel de, 1875: *Recollections of Colonel de Gonneville*, London, Hurst and Blackett.

Gorchkov, D. (ed.), 2011-2012: *Moskva i Otechestvennaia voina 1812 goda* [Moscú y la Guerra Patriótica de 1812], 2 vols., Moskva, Izdatelstvo Glavnogo arjivnogo upravleniya goroda Moskvy.

Gower, G. L., 1916: *Lord Granville Leveson Gower, First Earl Granville: Private Correspondence, 1781 to 1821, lady* Granville (ed.), New York, E. P. Dutton.

Granberg, P. A., 1811: *Historisk tafla af F.D. Konung Gustaf IV Adolfs sednaste regerings-år* [Historia de F.D. El último año del reinado del rey Gustavo IV Adolfo], Stockholm, C. Delén.

Hackett, M. A. (ed.), 1984: *The Papers of James Madison: Secretary of State Series*, Charlottesville, University Press of Virginia.

Hamilton, R. V. (ed.), 1898: *Letters and Papers of Admiral of the Fleet Sir Thos. Byam Martin*, London, Navy Records Society.

Hamilton, W., 1809: *Remarks on Several Parts of Turkey. Part I. Ægyptiaca, or, Some Account of the Ancient and Modern State of Egypt, as Obtained in the Years 1801, 1802*, London, T. Payne.

Hansard's Parliamentary Debates, London, T. C. Hansard, 1812-.

Harcourt, L. V., (ed.), 1860: *The Diaries and Correspondence of the Right Hon. George Rose*, London, Richard Bentley.

Haydon, B. R., 1853: *Life of Benjamin Robert Haydon, Historical Painter, from His Autobiography and Journals*, T. Taylor (ed.), London, Longman, Brown, Green, and Longmans.

Het Nederlandsch gezag over Java en onderhoorigheden sedert 1811. Verzameling van onuitgegeven stukken uit de koloniale en andere arhieven [La autoridad holandesa sobre Java y dependencias desde 1811. Colección de documentos inéditos de los archivos coloniales y de otro tipo], 1891: M. L. van Deventer (ed.), Den Haag, M. Nijhoff.

Holland, H. R. V., 1854: *Memoirs of the Whig Party During My Time*, London, Longman, Brown, Green, and Longmans.

Holland, *lady* E. V. Fox, 1910: *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland*, G. S. Holland Fox-Strangways (ed.), London, Longmans.

Humboldt, W. von, 1910: *Wilhelm und Caroline von Humboldt in ihren Briefen*, Berlin.

Hurewitz, J. C., 1956: *Diplomacy in the Near and Middle East: A Documentary Record*, Princeton, Van Nostrand.

Hurewitz, J. C. (ed.), 1979: *The Middle East and North Africa in World Politics: a documentary record*, New Haven, Yale University Press.

Hutchinson, W. T. *et al.* (eds.), 1965: *The Papers of James Madison*, Chicago, University of Chicago Press.

Ikhchiev, D. (ed.), 1908: *Turski dŭrzhavni dokumenti za Osman pazvantoglu Vidinski* [Documentos civiles turcos para Osman Vidinski], Sofiya, Dŭrzhavna pechatnitsa.

Ingram, E. (ed.), 1970: *Two Views of British India: The Private Correspondence of Mr. Dundas and Lord Wellesley, 1798-1801*, Bath, Adams & Dart.

Ivić, A. (ed.), 1935-1973: *Spisi bečk ih arhiva o prvom srpskom ustanku* [Documentos de los archivos serbios acerca del primer levantamiento serbio], Beograd, Srpska kraljevska akademija.

Jabarti, ʻAbd al-Raḥmān al-, 2004: *Napoleon in Egypt: Al-Jabarti's chronicle of the French occupation, 1798*, Princeton, Markus Wiener.

Jackson, G., 1872: *The Diaries and Letters of Sir George Jackson, KCH, From the Peace of Amiens to the Battle of Talavera*, London, Richard Bentley and Son.

Jakšić, G. y Vučković, V. (eds.), 1957: *Francuski dokumenti o prvom i drugom ustanku (1804-1830)* [Documentos franceses del primer y segundo levantamiento (1804-1830)], Beograd, Naučno delo.

Jaubert, P.-A., 1821: *Voyage en Armenie et en Perse: fait dans les annees 1805 et 1806*, Paris, Pelicier.

Jefferson, T., 1830: *Memoir, Correspondence and Miscellanies from the Papers of Thomas Jefferson*, T. J. Randolph (ed.), Boston, Gray and Bowen.

Jefferson, T., 1853-1854: *The Writings of Thomas Jefferson*, Washington, Taylor & Maury.

Jefferson, T., 1903: *The Writings of Thomas Jefferson*, A. A. Lipscomb (ed.), Washington, Thomas Jefferson Memorial Association.

Jefferson, T., 1905: *The Works of Thomas Jefferson*, New York, G. P. Putnam's Sons [ed. en esp.: *Escritos políticos: declaración de independencia, autobiografía, epistolario*, A. Escohotado (trad.), Madrid, Tecnos, 2014].

Jerdan, W., 1852: *Autobiography*, London, Arthur Hall.

Jomini, A., 1827: *Vie politique et militaire de Napoleon, racontée par lui même*, Paris.

Jones, H., 1834: *An Account of the Transactions of His Majesty's Mission to the Court of Persia in the Years 1807-11*, London, James Bohn.

Jorge III, 1935: *The Letters of King George III*, D. Bonamy (ed.), London, Cassell.

Jorge III, 1962-1970: *The Later Correspondence of George III*, A. Aspinall (ed.), Cambridge, Cambridge University Press.

Jourdan, J.-B., 1899: *Memoires militaires du Marechal Jourdan (guerre d'Espagne)*, Paris, Flammarion.

Karvyalis, A. y Soloveyev, V. (eds.), 1951: *Dokumenty shtaba M. I. Kutuzova, 1805-1806* [Documentos de la sede de M. I. Kutúzov, 1805-1806], Vilnius, Gos. izdatelstvo polit literatury.

Kerautret, M. (ed.), 2002: *Les grands traités du Consulat, 1799-1804. Documents diplomatiques du Consulat et de l'Empire*, Paris, Nouveau Monde Editions.

Khantadze, S. (ed.), 1999: *Dokumentebi kakhetis 1812 tslis ajankebis istoriisatvis* [Documentos para la historia del levantamiento de Tsli de 1812 en Kakheti], Tbilisi, Tbilisi University Press.

King, C. R. (ed.), 1896: *Life and Correspondence of Rufus King*, New York, G. P. Putnam's Sons.

Kirby, D. G. (ed.), 1975: *Finland and Russia, 1808-20: From Autonomy to Independence: A Selection of Documents*, London, Macmillan.

Koch, C. G. de, Schoell, F., 1838: *Histoire abrégée des Traités de paix entre les puissances de l'Europe depuis la Paix de Westphalie*, Bruxelles, Meline.

Kutúzov, M., 1954: *M. I. Kutuzov: Sbornik dokumentov* [M. I. Kutúzov: colección de documentos], 5 vols., L. Beskrovnyi (ed.), Moskva, Voennoe izdatelstvo Voennogo Ministerstva Soyuza SSR.

La Forest, A. R. C. M. de, 1905: *Correspondance du comte de la Forest, ambassadeur de France en Espagne 1808-1813*, Paris, A. Picard et fils.

La Jonquiere, C. de T., 1899-1907: *Lexpedition d'Egypte, 1798-1801*, 5 vols., Paris, Charles-Lavauzelle.

Lambert, J., 1810: *Travels Through Lower Canada and the United States of North America in the Years of 1806, 1807 and 1808*, London, Richard Phillips.

Landmann, K. R. von, 1909: *Der Krieg von 1806 und 1807: auf Grund urkundlichen Materials sowie der neuesten Forschungen und Quellen*, Berlin, Voss.

Langeron, A., 1907-1908: «Zapiski Grafa Langerona. Voina s Turtsiei v 1806-1812 gg.» [Notas del conde Langeron. La guerra con Turquía en 1806-1812], en *Rússkaia stariná* [Estrella rusa], n.° 132, n.° 133 y n.° 134.

Langeron, A.-A., 1998: «Journal inédit de la campagne de 1805», *en Relations et rapports officiels de la bataille d'Austerlitz, 1805*, J. Garnier (ed.), Paris, La Vouivre.

Lariviere, C. de., 1895: *Catherine II et la Revolution francaise d'apres de nouveaux documents*, Paris, H. Le Soudier.

Las Cases, E. de, 1823: *Mémorial de Sainte-Hélène*, Paris, L'Auteur.

Las Cases, E. de, 1956: *Memorial de Sainte Helene*, Paris, Gallimard-La Pleiade.

Las Cases, E. de, 2018: *Mémorial de Sainte-Hélène. Le manuscrit retrouve*, T. Lentz, P. Hicks, F. Houdecek y C. Prévot (eds.), Paris, Perrin.

Leclerc, C. 1937: *Lettres du General Leclerc*, P. Roussier (ed.), Paris, Societe de l'histoire des colonies francaises.

Leibniz, G. W., 1840: *Mémoire de Leibnitz à Louis XIV sur la conquête de l'Égypte*, Paris, Edouard Garnot.

Lejeune, L. F., 1897: *Memoirs of Baron Lejeune*, A. Bell (ed.), London [ed. en esp.: *Memorias del general Lejeune*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015].

Letters of Horace Walpole, Earl of Orford, 1843: London, Richard Bentley.

Lloyd, C. (ed.), 1950: *The Keith Papers: Selected from the Papers of Admiral Viscount Keith*, London, Navy Records Society.

Lowenstern, W., 1903: *Memoires du general-major russe baron de Lowenstern (1776-1858)*, Paris, A. Fontemoing.

Lozère, J. P. de la, 1837: *Napoleon in Council or the Opinions Delivered by Bonaparte in the Council of State*, London, Whittaker.

Macdonald, E.-J.-J.-A., 1892: *Recollections of Marshal Macdonald, Duke of Tarentum*, C. Rousset (ed.), London, R. Bentley and Son.

MacMillan, M. (ed.), 1902: *The Works of William Shakespeare: The Tragedy of Julius Caesar*, London, Methuen.

Madison, J., 1984: *The Papers of James Madison: Secretary of State Series*, Charlottesville, University Press of Virginia.

Malmesbury, J. H., 1845: *Diaries and Correspondence of James Harris, First Earl of Malmesbury*, London, Richard Bentley.

Malmesbury, J. H., 1870: *A Series of Letters: Of the First Earl of Malmesbury, His Family and Friends from 1745 to 1820*, J. Harris (ed.), London, Richard Bentley.

Marbot, J.-B. A. M., 1903: *The Memoirs of Baron de Marbot*, London, Longmans, Green.

Martens, F. F., 1874-1909: *Recueil des traites et conventions conclus par la Russie avec les puissances etrangeres*, 15 vols., Sankt-Peterburg, A. Bohnke.

Martens, G. F., 1801-1828: *Recueil des principaux traites d'alliance, de paix, de treve, de neuralite, de commerce, de limites, d'echange, etc.*, 10 vols., Gottingen, Librairie de Dieterich.

Martens, G. F. de, 1831: *Recueil des principaux traités d'alliance, de paix, de trève, de neuralité, de commerce, de limites, d'échange, etc.*, Göttingen, Librairie de Dieterich, 2.ª ed. (obra original, 1801-1828).

Meddelelser fra krigsarkiverne udgivne af Generalstaben, 8 vols., København, F. Hegel & Son, 1883-1900.

Meneval, C.-F., 1893: *Memoires pour servir a histoire de Napoleon Ier depuis 1802 jusqu'a 1815*, Paris, E. Dentu.

Metternich, K. W. L. Furst von, 1880: *Memoirs of Prince Metternich, 1773-1815*, príncipe R. Metternich (ed.), A. Napier (trad.), London, Richard Bentley.

Metternich, K. W. L. Furst von, 1881-1883: *Memoires, documents et ecrits divers laisses par le prince de Metternich*, A. de Klinkowstroem (ed.), Paris, Plon-Nourrit.

Meyer, P. A. G. von (ed.), 1858: *Corpus iuris Confoederationis Germanicae oder Staatsacten fur Geschichte und offentliches Recht des Deutschen Bundes*, Frankfurt am Main, Bronner.

Mijailóvich, N., gran duque, 1905: *Diplomaticheskie snoshenia Rossii i Frantsii po doneseniam poslov Imperatorov Aleksandra i Napoleona, 1808-1812* [Relaciones diplomáticas entre Rusia y Francia tras los acuerdos de los emperadores Alejandro y Napoleón, 1808-1812], Sankt-Peterburg, Ekspeditsia zagotovlenia gosudarstvennyj bumag.

Mijáilovich, N., gran duque (ed.), 1910: *Correspondance de l'empereur Alexandre Ier avec sa soeur la grande-duchesse Catherine, princesse d'Oldenbourg, puis reine de Wurtemberg, 1805-18*, Sankt-Peterburg, Manufacture de Papiers de l'Etat.

Mijer, P. (ed.), 1848: *Verzameling van instructien, ordonnancien en reglementen voor de regering van Nederlandsch Indie* [Colección de instrucciones, ordenanzas

y reglamentos para el gobierno de las Indias Orientales Neerlandesas], Batavia, Ter Lands-Drukkerij.

Mikaberidze, A. (trad. y ed.). 2011: *Pavel Pushin, Diaries of the 1812-1814 Campaigns*, Tbilisi, NSG.

Mikaberidze, A. (ed.), 2012: *The Russian Eyewitness Accounts of the Campaign of 1812*, London, Pen & Sword.

Mikaberidze, A. (ed.), 2013: *The Russian Eyewitness Accounts of the Campaign of 1814*, London, Pen & Sword.

Mikaberidze, A. (ed.), 2015: *The Russian Eyewitness Accounts of the Campaign of 1807*, London, Pen & Sword.

Miles, W. A., 1890: The Correspondence of William Augustus Miles on the French Revolution, 1789-1817, London, Longmans, Green.

Minto, G. E., 1874: *Life and Letters of Sir Hilbert Elliot, First Earl of Minto* [...] *Edited by the Countess of Minto*, 3 vols., London, Longmans, Green.

Minto, G. E., lord, 1880: *Lord Minto in India: Life and Letters of G. Elliot from 1807 to 1814*, London, Longmans, Green.

Miot de Melito, A. F., 1881: *Memoirs of Count Miot de Melito, Minister, Ambassador, Councillor of State and Member of the Institute of France, Between the Years 1788 and 1815*, W. A. Fleischmann (ed.), New York, Scribner.

Mollien, F. N., 1898: *Memoires d'un ministre du tresor public: 1780-1815*, Paris, Felix Alcan.

Monteith, gen. (ed.), 1854: *Narrative of the Conquest of Finland by the Russians in the Years 1808-09: From an Unpublished Work by a Russian Officer of Rank*, London.

Morse, J., 1812: *The American Geography, or A View of the Present State of All the Kingdoms, States and Colonies*, Boston, Thomes & Andrews.

Mora, J. J. de, 1824: *Memoires historiques sur Ferdinand VII, roi des Espagnes*, Paris, Librairie Universelle.

Moser, H. D., Hoth, D. R., Hoemann, G. H. (eds.), 1994: *The Papers of Andrew Jackson*, Knoxville, University of Tennessee Press.

Murat, J., 1897: *Murat, lieutenant de l'empereur en Espagne 1808: d'apres sa correspondance inedite et des documents originaux*, Paris, Plon-Nourrit.

Murat, J., 1908.1914: *Lettres et documents pour servir a l'histoire de Joachim Murat*, 8 vols., P. Le Brethon (ed.), Paris, Plon-Nourrit.

Nelson, H., 2011: *The Dispatches and Letters of Vice Admiral Lord Viscount Nelson*, N. H. Nicholas (ed.), Cambridge, Cambridge University Press.

Neumann, L. (ed.), 1856: *Recueil des traités et conventions conclus par l'Autriche avec les puissances étrangères depuis 1763 jusqu'à nos jours*, Leipzig, F. A. Brockhaus.

Noé, L. P. J. A., 1826: *Mémoires relatifs à l'expédition anglaise: partie du Bengale en 1800 pour aller combattre en Égypte l'armée d'orient*, Paris, Imprimerie royale.

Noradounghian, G. (ed.), 1900: *Recueil d'actes internationaux de l'Empire ottoman*, Paris, F. Pichon.

Oddy, J. J., 1805: *European Commerce: Shewing New and Secure Channels of Trade with the Continent of Europe*, London.

Olivier, G.-A., 1801-1807: *Voyage dans l'Empire Othoman, l'Egypte et la Perse* [...], Paris, H. Agasse.

O'Meara, B. E., 1822: *A Voice from St. Helena*, London, Simpkin and Marshall.

O'Meara, B. E., 1853: *Napoleon in exile: or, A voice from St. Helena*, New York, William Gowans.

Ömer Efendi, C., 2003: *Câbî Târihi-Târîhi Sultân Selim-i Sâlis ve Mahmûd-ı Sânî–Tahlîl ve Tenkidli Metin I* [Historia Câbî: historia del sultán Selim-i Sâlis y Mahmud-i Sânî: análisis y texto crítico], M. Ali Beyan (ed.), Ankara, Türk Tarih Kurumu.

O'Neill, T., 1809: *A Concise and Accurate Account of the Proceedings of the Squadron Under the Command of Rear Admiral Sir Will. Sidney Smith, K.G., in Effecting the Escape and Escorting the Royal Family of Portugal to the Brazils on the 29th of November 1807*, London, R. Edwards.

Oudinot, N. C., 1896: *Memoirs of Marshal Oudinot, duc de Reggio*, G. Stiegler (ed.), London, H. Henry.

Paget, *sir* A., 1896: *The Paget Papers: Diplomatic and Other Correspondence of the Right Hon. Sir Arthur Paget, G.C.B., 1794-1807*, A. B. Paget (ed.), London, W. Heinemann.

Parquin, D. C., 1903: *Souvenirs et campagnes d'un vieux soldat de l'empire (1803-1814)*, Paris, Berger-Levrault.

Pelet de la Lozeere, J., 1837: *Napoleon in Council or the Opinions Delivered by Bonaparte in the Council of State*, London, Whittaker.

Pelet, J. J., 1972: *The French Campaign in Portugal, 1810-1811: An Account by Jean Jacques Pelet*, D. D. Horward (trad. y ed.), Minneapolis, University of Minnesota Press.

Péron, F., 2014: *French Designs on Colonial New South Wales: François Péron's Memoir on the English Settlements in New Holland, Van Diemen's Land and the Archipelagos of the Great Pacific Ocean*, J. Fornasiero y J. West-Sooby (eds.), Adelaide, Friends of the State Library of South Australia.

Phelps, S., 1817: *Observations on the Importance of Extending the British Fisheries Etc.*, London, W. Simpkin.

Pasquier, É.-D., 1893: *Histoire de mon temps. Mémoires du chancelier Pasquier*, Paris, Plon-Nourrit.

Peyrusse, G. J. R., 1869: *Mémorial et archives de m. le baron Peyrusse, trésorier général de la couronne pendant les centjours, Vienne-Moscou-Île d'Elbe*, Carcassonne: P. Labau.

Pitt, W., 1806: *The Speeches of the Right Honourable William Pitt in the House of Commons*, 4 vols., London, Longman, Hurst, Rees and Orne.

Pitt, W., 1915: *The War Speeches of William Pitt the Younger*, R. Coupland (ed.), Oxford, Clarendon Press.

Popkin, J. D. (ed.), 2007: *Facing Racial Revolution: Eyewitness Accounts of the Haitian Insurrection*, Chicago, University of Chicago Press.

Pradt, D. de, 1819: *L'Europe après le Congrès d'Aix-la-Chapelle*, Paris, Béchet Ainé.

Proces-verbal de l'Assemblee nationale, Paris, Imprimerie mationale, 1792.

Rapp, J., 1823: *Mémoires du Général Rapp, Aide-de-Camp de Napoléon*, Paris, Didot.

Raffles S., 1929: «Extract from the Secret Report of Mr. Henry Doeff Concerning the Occurrences with the English Frigate the Phaeton in the Bay of Nangasacky [...]», en M. Paske-Smith (ed.), *Report on Japan to the Secret Committee of the English East India Company, 1812-1816*, Kobe: Thompson.

Remusat, C. E., 1879-1880: *Memoires de Madame de Remusat, 1802-1808*, 3 vols., Paris, Calmann-Levy.

Repertorium der Abschiede der eidgenössischen Tagsatzungen vom Jahr 1803 bis Ende des Jahrs 1813, 1843: Bern, Rätzer.

Remarks on the Probable Conduct of Russia and France Towards This Country, Also on the Necessity of Great Britain Becoming Independent of the Northern Powers for Her Maritime Supplies, London, 1805.

Report on the Manuscripts of Colonel David Milne Home, London, His Majesty's Stationery Office, 1902.

Robinson, H. C., 1870: *Diary, Reminiscences and Correspondence*, T. Sadler (ed.), Boston, Fields, Osgood.

Roederer, P.L., 1853-1859: *Oeuvres du Comte P.L. Roederer*, Paris, Fermin Didot Frères.

Roederer, P.-L., 1942: *Memoires sur la Revolution, le Consulat, et l'Empire*, Paris, Plon-Nourrit.

Rojas, A. (ed.), 1889: *Miranda dans la révolution française. Recueil de documents authentiques relatifs à l'histoire du général Francisco de Miranda, pendant son séjour en France de 1792 à 1798*, Caracas, Impr. et lith. du Gouvernement national.

Roos, H. von, 1913: *Avec Napoléon en Russie. Souvenirs d'un médecin de la Grande Armée*, Paris.

Rose, J. H. (ed.), 1904: *Select Despatches from the British Foreign Office Archives Relating to the Formation of the Third Coalition Against France, 1804-1805*, London, Royal Historical Society.

Rosenkrantz, N., 1953: *Journal du Congres de Vienne, 1814-1815*, G. Norregard (ed.), København, G. E. C. Gad.

Rousseau, J.-J., 1947: *The Social Contract*, New York, Hafner [ed. en esp.: *El contrato social*, M.ª J. Villaverde (trad.), Madrid, Akal, 2016].

Ryan, A. N., 1984: «Documents Relating to the København Operation, 1807», *Publications of the Navy Record Society*, vol. 125, n.º 5.

Saguí, F., 1874: *Los últimos cuatro años de la dominación española en el antiguo vireinato del Rio de la Plata desde 26 de junio de 1806 hasta 25 de mayo 1810: memoria histórica familiar*, Buenos Aires, Imprenta Americana.

Saint-Cyr, L., 1829: *Memoires sur les campagnes des armees du Rhin et de Rhin-et-Moselle de 1792 jusqu'a la paix de Campo Formio*, Paris, Anselin.

Saumarez, J., 1838: *Memoirs and Correspondence of Admiral Lord de Saumarez*, J. Ross (ed.), London, Richard Bentley.

Saumarez, J., 1968: *The Saumarez Papers: Selections from the Baltic Correspondence of Vice-Admiral Sir James Saumarez, 1808-1812*, A. Ryan (ed.), London, Navy Records Society.

Savary, A.-J.-M.-R., 1828: *Memoires du Duc de Rovigo: pour servir a l'histoire de l'empereur Napoleon*, Paris, A. Bossange.

Schlegel, A. W. von, 1813: *The Continental System, and Its Relations with Sweden*, London, J. J. Stockdale.

Schwarzenberg, K. P. zu, 1913: *Briefe des Feldmarschalls Fursten Schwarzenberg an seine Frau 1799-16*, Wien/Leipzig, Gerlach & Wiedling.

Scicluna, H. P., 1923: *Documents Relating to the French Occupation of Malta in 1798-1800*, Valletta, Malta, Empire Press.

Scott, A. J. B. (ed.), 1918: *The Armed Neutralities of 1780 and 1800: A Collection of Official Documents*, New York, Oxford University Press.

Ségur, P.-P., 1825: *History of the Expedition to Russia Undertaken by the Emperor Napoleon in the Year 1812*, London.

Ségur, P.-P., 1877: *Histoire et memoires*, Paris, Librairie de Firmin-Didot.

Stael, A.-L.-G. de, 1821: *Ten Years' Exile*, London, Treuttel and Wurtz.

State Papers and Public Documents of the United States, 1817: Boston, T. B. Wait and Sons.

Stedingk, C. B. L. K. von, 1845: *Mémoires posthumes du feldmaréchal comte de Stedingk: rédigés sur des lettres, dépêches et autres pièces authentiques laissées à sa famille*, 3 vols., M. F. F. Björnstjerna (ed.), Paris, A. Bertrand.

Stewart, R., 1848-1853: *Correspondence, Despatches and other Papers of Viscount Castlereagh*, marqués de Londonderry (ed.), London, William Shoberl.

Stock, J., 1800: *A Narrative of What Passed at Killalla in the County of Mayo and the Parts Adjacent During the French Invasion in the Summer of 1798*, London, J. Wright.

Stockdale, J. J., 1809, *The Proceedings on the Enquiry into the Armistice and Convention of Cintra, and into the Conduct of the Officers Concerned*, London, Stockdale.

Strickler, J. (ed.), 1902: *Actensammlung aus der Zeit der Helvetischen Republik (1798-1803)*. Bern, Buchdruckerei Stampfli.

Stutterheim, K. W. von, 1806: *La Bataille d'Austerlitz, par un militaire témoin de la journée du 2 décembre 1805*, Paris.

St. Vincent, J. J., 1844: *Memoirs of Admiral the Right Hon. the Earl of St. Vincent, G.C.B., &c.*, 2 vols., J. S. Tucker (ed.), London, Richard Bentley.

Talleyrand, C.-M. de, 1881: *Correspondance inedite du prince de Talleyrand et du roi Louis XVIII pendant le Congres de Vienne*, G. Pallain (ed.), Paris, Plon-Nourrit.

Talleyrand, C.-M. de, 1889: *Lettres inedites de Talleyrand a Napoleon, 1800-1809*, P. Bertrand (ed.), Paris, Perrin.

Talleyrand, C.-M. de, 1982: *Memoires (1754-1815)*, Paris, Plon-Nourrit.

Tatishchev, S., 1889: «Paul 1er et Bonaparte», *Nouvelle revue*, vol. XLIX, 260.

Tatishchev, S., 1891: *Alexandre I et Napoleon: d'apres leur correspondance inedite 1801-1812*, Paris, Perrin.

Testa, I. de (ed.), 1864: *Recueil des traites de la Porte Ottomane, avec les puissances etrangeres*, Paris, Amyot.

The Addresses and Messages of the Presidents of the United States to Congress, New York, Charles Lohman, 1837,

Theal, G. M. (ed.), 1897: *Records of the Cape Colony*, London, Government of the Cape Colony.

The annual register, or a view of the history, politics and literature for the year 1803, London, W. Otridge and Son, 1805.

The Annual register, or a view of the history, politics and literature for the year 1806, 1808: London, W. Otridge and Son.

The Bank–The Stock Exchange–The Bankers–The Bankers' Clearing House–The Minister and the Public, 1821: London, E. Wilson.

The Naval Chronicle, 1799-1818: 40 vols., London, J. Gold.

The Parliamentary History of England from the Earliest Period to the Year 1803 [variación en el título: *Cobbett's parliamentary history of England, from the Norman conquest in 1066 to the year 1803, from which last-mentioned epoch it is continued downwards in the work entitled «Cobbett's parliamentary debates»*], 1806-1820: London, T. C. Hansard.

The Parliamentary Register or History of the Proceedings and Debates of the House of Commons, 45 vols., 1784-1796: London, J. Debrett.

The Parliamentary Register or History of the Proceedings and Debates of the Houses of Lords and Commons, 18 vols., 1797-1802: London, Wilson/Debrett.

The Royal Military Chronicle or British Officers' Monthly Register, 1813: London, J. Davis.

Thibaudeau, A.-C., 1827: *Mémoires sur le Consulat: 1799 à 1804*, Paris, Chez Ponthieu.

Thiebault, P. C., 1896: *The Memoirs of Baron Thiebault*, London, Smith, Elder.

Thorn, W., 1815: *Memoir of the Conquest of Java, with the Subsequent Operations of the British Forces in the Oriental Archipelago*, London, T. Egerton.

Thugut, F. de P., 1872: *Vertrauliche Briefe des Freiherrn von Thugut*, Wien, Wilhelm Braumuller.

Tone, T. W. (comp.), 1998: *Life of Theobald Wolfe Tone: Memoirs, Journals and Political Writings*, Dublin, Lilliput Press.

Trachevski, A. (ed.), 1890: «Diplomaticheskie snosheniya Frantsii i Rossii v epoju Napoleona I, 1800-1802» [Relaciones diplomáticas entre Francia y Rusia en la era de Napoleón II, 1800-1802], *Sbornik Imperatorskago Russkago Istoricheskago Obschestva* [Colección de la Sociedad Histórica Imperial Rusa] LXX.

Tracy, N. (ed.), 1999: *The Naval Chronicle: The Contemporary Record of the Royal Navy at War*, London, Stackpole Books.

Tsintsadze, D., 1999: *Dokumentebi kakhetis 1812 tslis ajankebis istoriisatvis* [Documentos para la historia del levantamiento de Tsli de 1812 en Kakheti], Tbilisi, Tbilisi University Press.

Tucker, J. S. (ed.), 1844: *Memoirs of Admiral the Right Hon the Earl of St Vincent GCB Etc.*, London, Richard Bentley.

Ussher, T., 1906: *Napoleon's Last Voyages, Being the Diaries of Sir Thomas Ussher*, J. H. Rose (ed.), New York, Charles Scribner's Sons.

Vane, C. W., marqués de Londonderry, 1830: *Narrative of the War in Germany and France in 1813 and 1814*, London, Henry Colburn and Richard Bentley.

Vaudoncourt, F. F. G., 1916: *Memoirs on the Ionian Islands*, London, Baldwin, Cradock, and Joy.

Villemain, A., 1854: *Souvenirs contemporains d'histoire et de littérature*, Paris, Didier.

Villiers, G., 1853-1855: *Memoirs of the Court and Cabinets of George the Third*, London, Hurst and Blackett.

Vivenot, A. Ritter von (ed.): *Quellen zur Geschichte der deutschen Kaiserpolitik Osterreichs wahrend der franzosischen Revolution 1790-1801*, Wien, Wilhelm Braumüller.

Vneshnaia politika Rossii XIX i nachala XX veka: dokumenti Rossiiskogo Ministerstva Inostrannij del. [Política exterior de Rusia del siglo XIX y principios del XX: documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia], 15 vols., Moskva, Gos. izdvo polit. litry, 1960-1995.

Voltaire, 1829: *Essai sur l'histoire generale et sur les moeurs et l'esprit des nations*, M. Beuchot (ed.), Paris, Lefevre.

Waldburg-Truchsess, F. L. von, 1815: *Nouvelle relation de l'itinéraire de Napoléon de Fontainebleau à l'Ile d'Elbe*, Paris, C.-L.-F. Panckoucke.

Walpole, H., 1843: *Letters of Horace Walpole, Earl of Orford*, London, Richard Bentley.

Weil, M.-H., 1917: *Les dessous du Congrés de Vienne: d'après les documents originaux des archives du Ministère impérial et royal de l'intérieur à Vienne*, Paris, Librairie Payot.

Wellesley, R., 1837-1840: *The Despatches, Minutes, and Correspondence of the Marquess Wellesley*, 5 vols., M. Martin (ed.), London, W. H. Allen.

Wellesley, R., 1877: *A Selection from the Despatches, Treaties, and Other Papers of the Marquess Wellesley*, S. Owen (ed.), Oxford, Clarendon Press.

Wellesley, R., 1914: *The Wellesley Papers. The Life and Correspondence of Richard Colley Wellesley, Marquess Wellesley, 1760-1842, Earl* de Rosebery (ed.), London, H. Jenkins.

Wellington, A., 1834-1839: *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, During His Various Campaigns* [...], 13 vols., J. Gurwood (ed.), London, John Murray.

Wellington, A., 1860: *Supplementary Despatches and Memoranda of Field Marshal Arthur, Duke of Wellington*, London, John Murray.

Werry, F. P., 1861: *Personal Memoirs and Letters of Francis Peter Werry, Attaché to the British Embassies at St. Petersburgh and Vienna in 1812-15*, London, Charles J. Skeet.

Wilson, R., 1810: *Brief Remarks on the Character and Composition of the Russian Army and a Sketch of the Campaigns in Poland in the Years 1806 and 1807*, London, C. Roworth.

Wilson, R., 1860: *Narrative of Events During the Invasion of Russia by Napoleon Bonaparte*, London, John Murray.

Wilson, R., 1862: *Life of General Sir Robert Wilson*, 2 vols., H. Randolph (ed.), London, John Murray.

Windham, W., 1866: *The Diary of the Right Hon. William Windham, 1784 to 1810*, H. Baring (ed.), London, Longmans.

Windham, W., 1913: *The Windham Papers: The Life and Correspondence of the Rt. Hon. William Windham, 1750-1810, Earl* de Rosebery (ed.), London, H. Jenkins.

Woodfall, W. (ed.), 1802: *The Parliamentary Register, or an Impartial Report of the Debates that Occur in the Two Houses of Parliament*, London, John Stockdale.

Yelin, P. C. G., 1906: *Deutschland in seiner tiefen Erniedrigung*, Stuttgart, Lehmann [**https://books.google.com/books?id=gAgSAAAAYAAJ**].

Yermolov, A., 2005: *The Czar's General: The Memoirs of a Russian General in the Napoleonic Wars*, A. Mikaberidze (trad. y ed.), Welwyn Garden City, Ravenhall Books.

Young, A., 1929: *Travels in France During the Years 1787, 1788 and 1789*, Cambridge, Cambridge University Press.

FUENTES SECUNDARIAS

Aaslestad, K. y Joor, J. (eds.), 2014: *Revisiting Napoleon's Continental System: Local, Regional and European Experiences*, New York, Palgrave Macmillan.

Abel, J., 2016: *Guibert: Father of Napoleon's Grande Armée*, Norman, University of Oklahoma Press.

Abernethy, T. P., 1954: *The Burr Conspiracy*, New York, Oxford University Press.

Abernethy, T. P., 1961: *The South in the New Nation, 1789-1819*, Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Acomb, F., 1950: *Anglophobia in France, 1763-1789: An Essay in the History of Constitutionalism and Nationalism*, Durham, Duke University Press.

Acton, H., 1956: *The Bourbons of Naples, 1734-1825*, London, Methuen.

Adair, R., 1845: *The Negotiations for the Peace of the Dardanelles in 1808-9, with Dispatches and Official Documents*, 2 vols., London, Longman, Brown, Green, and Longman.

Adams, H., 1889: *History of the United States of America During the First Administration of Thomas Jefferson*, New York, Charles Scribner's Sons.

Adams, H., 1921: *History of the United States of America during the first administration of James Madison*, New York, C. Scribner's Sons.

Adams Jr., D. R., 1980: «American Neutrality and Prosperity, 1793-1808: A Reconsideration», *Journal of Economic History*, vol. 40, n.º 4, 713-737.

Adams, M., 2005: *Trafalgar's Lost Hero: Admiral Lord Collingwood and the Defeat of Napoleon*, Hoboken, John Wiley & Sons.

Adams, M., 2006: *Napoleon and Russia*, London, Hambledon Continuum.

Adelman, J., 2008: «An Age of Imperial Revolutions», *American Historical Review*, vol. 113, 319-340.

Adelman, J., 2009: Sovereignty and Revolution in the Iberian Atlantic, Princeton, Princeton University Press.

Adkin, M., 2001: *The Waterloo Companion*, London, AurumPress.

Adkins, R., 2005: *Trafalgar: The Biography of a Battle*, London, Little, Brown [ed. en esp.: *Trafalgar. Biografía de una batalla*, Barcelona, Planeta, 2005].

Agnarsdottir, A., 1992: «Scottish Plans for the Annexation of Iceland, 1785-1813», *Northern Studies*, vol. 29, 83-91.

Agnarsdottir, A., 1998: «The Challenge of War on Maritime Trade in the North Atlantic: The Case of the British Trade to Iceland During the Napoleonic Wars», en O. U. Jansen (ed.), *Merchant Organization and Maritime Trade in the North Atlantic, 1660-1815*, St. John's, Newfoundland, International Maritime Economic History Association, 221-258.

Agnarsdottir, A., 2002: «The Imperial Atlantic System: Iceland and Britain During the Napoleonic Wars», en *Atlantic History: History of the Atlantic*

System 1580-1830, H. Pietschmann (ed.), Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 497-512.

Agnarsdóttir, A., 2011: «Iceland Under British Protection During the Napoleonic Wars», en P. Ihalainen, K. Sennefelt, M. Bregnsbo y P. Winton (eds.), *Scandinavia in the Age of Revolution: Nordic Political Cultures, 1740-1820*, Burlington, Ashgate.

Agnarsdóttir, A. (ed.), 2016: *Sir Joseph Banks, Iceland and the North Atlantic 1772-1820: Journals, Letters and Documents*, London, Hakluyt Society.

Agoston, G., 2011: «Military Transformation in the Ottoman Empire and Russia, 1500-1800», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 12, 281-319.

Aksan, V. H., 1987: «Ottoman-French Relations 1739-1768», en S. Kuneralp (ed.), *Studies on Ottoman Diplomatic History*, İstanbul, Isis Press, 41-58.

Aksan, V. H., 2006: «War and Peace», en S. N. Faroqhi (ed.), *The Cambridge History of Turkey*, vol. 3, *The Later Ottoman Empire, 1603-1839*, Cambridge, Cambridge University Press, 81-118.

Aksan, V. H., 2012: «The Ottoman Absence from the Battlefield of the Seven Years' War», en M. Danley y P. Speelman (eds.), *The Seven Years' War: Global Views*, Leiden, Brill, 165-190.

Aksan, V. H., 2015: «Locating the Ottomans in Napoleon's World», en Planert, U. (ed.), *Napoleon's Empire: European Politics in Global Perspective*, London, Palgrave.

Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), 2002: «Breaking the Spell of the Baron de Tott. Reframing the Question of Military Reform in the Ottoman Empire, 1760-1830», *International History Review*, vol. 24, n.º 2, 258-263.

Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), 2007: *The Early Modern Ottomans: Remapping the Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.

Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), 2007b: *Ottoman Wars, 1700-1870: An Empire Besieged*, New York, Pearson.

Albion, R. G., 1926: *Forests and Sea Power: The Timber Problem of the Royal Navy, 1652-1862*, Cambridge, Harvard University Press.

Aldridge, O. A. (ed.), 1971: *The Ibero American Enlightenment*, Urbana, University of Illinois Press.

Alexander, D., 1975: «The Impact of Guerrilla Warfare in Spain on French Combat Strength», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe, 1975*, 91-103.

Alexander, D. W., 1985: *Rod of Iron: French Counterinsurgency Policy in Aragon During the Peninsular War*, Wilmington, Scholarly Resources.

Alexandre, V., 1993: *Os sentidos do Império: questão nacional e questão colonial na crise do Antigo Regime portugués*, Porto, Edições Afrontamento.

Alexander, R. S., 1991: *Bonapartism and Revolutionary Tradition in France: The Fédérés of 1815*, Cambridge, Cambridge University Press.

Algren, H., 1914: «Furst Barclay de Tollys tåg öfver Bottniska viken 1809. (Ur ryska generalen von Bergs efterlämnade papper)» [El tren del príncipe Barclay de Tolly a través del golfo de Botnia en 1809. (De los papeles dejados por el general ruso Von Berg)], *Svensk Militär Tidskrift* [Diario Militar Sueco].

Alm, M. y Johansson, B.-I. (eds.), 2008: *Scripts of Kingship: Essays on Bernadotte and Dynastic Formation in an Age of Revolution*, Uppsala, Opuscula Historica Upsaliensia.

Alombert-Goget, P. C., y Colin, J. L. A., 1902: *La Campagne de 1805 en Allemagne*, Paris, R. Chapelot.

Al-Otabi, M., 1989: *The Qawasim and British Control of the Arabian Gulf*, tesis doctoral, University of Salford.

Amanat, A. y Vejdani, F. (eds.), 2012: *Iran Facing Others: Identity Boundaries in a Historical Perspective*, New York, Palgrave.

Amini, I., 1999: *Napoleon and Persia: Franco-Persian Relations Under the First Empire*, Richmond, Surrey, Curzon.

Anderson, M., 1979: «Russia and the Eastern Question, 1821-1941», en A. Sked (ed.), *Europe's Balance of Power 1815-1848*, London, Macmillan.

Anderson, M. S. 1996: *The Eastern Question, 1774-1923: A Study in International Relations*, New York, St. Martin's Press.

Andress, D., 2012: *The Savage Storm: Britain on the Brink in the Age of Napoleon*, London, Little, Brown.

Andress, D., 2016: «Atlantic Entanglements: Comparing the French and American Revolutions», en A. Forrest y M. Middell (eds.), *The Routledge Companion to the French Revolution in World History*, London, Routledge.

Angeberg, L. C., 1864: *Le Congrès de Vienne et les Traités de 1815*, Paris, Amyot.

Angeli, M. E. von, 1877: «Ulm und Austerlitz. Studie auf Grund archivalischer Quellen über den Feldzug 1805 in Deutschland», *Mittheilungen des Kaiserlichen und Koniglichen Kriegsarchivs*.

Angeli, M. E. von, 1896-1898: *Erzherzog Karl von Osterreich als Feldherr und Heeresorganisator*, Wien, K. u. K. Hof-universitäts-Buchhändler.

Anna, T. E., 1978: *The Fall of the Royal Government in Mexico City*, Lincoln, University of Nebraska Press.

Anton, H. F., 1976: *The Continental Study: A Study of Its Operation and Feasibility*, tesis de grado, Louisiana State University.

Appleby, J., 2005: «Jefferson's Resolute Leadership and Drive Toward Empire», en D. Merrill y T. G. Paterson (eds.), *Major Problems in American Foreign Relations*, Boston, Houghton Mifflin, vol. I, 99-103.

Archer, J. E., 2000: *Social Unrest and Popular Protest in England, 1780-1840*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ardit Lucas, M., 1977: *Revolución liberal y revuelta campesina: un ensayo sobre la desintegración del régimen feudal en el País Valenciano (1793/1840)*, Barcelona,

Ariel.

Arnold, E., 1976 «Fouché Versus Savary: French Military Intelligence in the Ulm-Austerlitz Campaign», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*, 55-67.

Arnold, J. R., 2004: «A Reappraisal of Column Versus Line in the Peninsular War», *Journal of Military History*, vol. 68, n.º 2, 535-552.

Arnold, J. R. y Reinertsen, R. R., 2007: *Crisis in the Snows: Russia Confronts Napoleon: The Eylau Campaign 1806-1807*, Lexington, Napoleon Books.

Arnold, J. R. y Reinertsen, R. R., 2011: *Napoleon's Triumph: La Grande Armée Versus the Tsar's Army: The Friedland Campaign, 1807*, Lexington, Napoleon Books.

Arsenijević-Batalaka, L., 1898-1899: *Istorija Prvog Srpskog Ustanka* [Historia del primer levantamiento serbio], Beograd, Srpska knjizevna zadruga.

Arthur, B., 2011: *How Britain Won the War of 1812: The Royal Navy's Blockades of the United States, 1812-1815*, Rochester, Boydell Press, 2011.

Ashby, R., 2010: *Napoleon Against Great Odds: The Emperor and the Defenders of France, 1814*, Santa Barbara, Praeger.

Asprey, Ro. B., 2000: *The Rise of Napoleon Bonaparte*, New York, Basic Books.

Aston, W. G., 1874: «Russian Descents in Saghalin and Itorup in the Years 1806 and 1807», *Transactions of the Asiatic Society of Japan* 1, 86-95.

Aston, W. G., 1879: «H.M.S. "Phaeton" at Nagasaki in 1808», *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, vol. 7, n.º 1.

Atherton, G., 1909: «Nicolai Petrovich Rezanov», *North American Review*, vol. 189, n.º 642, 651-661.

Atkin, M., 1979: «The Pragmatic Diplomacy of Paul I: Russia's Relations with Asia, 1796-1801», *Slavic Review* 38, n.º 1, 60-74.

Atkin, M., 1980: *Russia and Iran, 1780-1828*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Attman, A., 1981: «The Russian Market in World Trade, 1500-1860», *Scandinavian Economic History Review*, vol. XXIX, n.º 3, 177-202.

Auriol, C., 1904: *La France, l'Angleterre et Naples de 1803 á 1806*, Paris, Plon-Nourrit.

Austin, P. B., 2002: *1815: The Return of Napoleon*, London, Greenhill Books.

Auzoux, A., 1909: «La France et Muscate aux dis-huitième et dix-neuvième siècles», *Revue d'histoire diplomatique*, vol. XXIII, 518-540.

Auzoux, A., 1910: «La France et Mascate aux XVIIIe et XIXe siècles», *Revue d'histoire diplomatique, 1910*, 234-320.

Auzoux, A., 1919: «La mission de Sébastiani a Tripoli en l'an X (1802)», *Revue des études napoléoniennes*, vol. XVI, 225-236.

Avalov (Avalishvili), Z., 1906: *Prisoedinenie gruzii k Rossii* [La adhesión de Georgia a Rusia], Sankt-Peterburg, Montvid.

Avery, P. *et al*. (eds.), 1991: *The Cambridge History of Iran: From Nadir Shah to the Islamic Republic*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ávila, A. y Peŕez Herrero, P., 2008: *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Baddeley, J., 1908: *The Russian Conquest of the Caucasus*, London, Longmans, Green.

Bailey, J. D., 2010: *Thomas Jefferson and Executive Power*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bain, R. N., 1897: *The Pupils of Peter the Great: A History of the Russian Court and Empire*, Wesminster, A. Constable.

Bakewell, S., 2011: *The English Dane: From King of Iceland to Tasmanian Convict*, New York, Random House.

Balaian, B., 1988: *Diplomaticheskaia istoria russko-iranskij voin i prisoedinenia Vostochnoi Armenii k Rossii* [Historia diplomática de las guerras ruso-iraníes y la anexión de Armenia oriental a Rusia], Yerevan, Izd.-vo AN Armianskoi SSR.

Bamford, A., 2014: *Sickness, Suffering, and the Sword: The British Regiment on Campaign*, Norman, University of Oklahoma Press.

Barbara, M., 1926: «Napoleon Bonaparte and the Restoration of Catholicism in France», *Catholic Historical Review*, vol. 12, n.° 2, 241-257.

Barker, R. J., 1969: «The Conseil General des Manufactures Under Napoleon (1810-1814)», *French Historical Studies*, vol. 6, n.° 2, 198-213.

Barkey, K., 2008: *The Empire of Difference: The Ottomans in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.

Barratt, G., 1981: *Russia in Pacific Waters, 1715-1825*, Vancouver, University of British Columbia Press.

Barrow, J., 1848: *The Life and Correspondence of Admiral Sir William Sidney Smith*, London, Richard Bentley.

Bartlett, T. (ed.), 2003: *1798: A Bicentenary Perspective*, Dublin, Four Courts.

Bartley, R. H., 1978: *Imperial Russia and the Struggle for Latin American Independence, 1808-1828*, Austin, University of Texas Press.

Barton, D. P., 1921: *Bernadotte and Napoleon, 1763-1810*, London, John Murray.

Barton, H. A., 1986: *Scandinavia in the Revolutionary Era*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Barton, H. A., 2009: *Essays on Scandinavian History*, Carbondale, Southern Illinois University Press.

Barton, H. A., 2009b: «The Swedish Succession Crises of 1809-1810 and the Question of Scandinavian Union», en *Essays on Scandinavian History, Car-*

bondale: Southern Illinois University Press, 136-160

Barton, H. A., 2009c: «Late Gustavian Autocracy in Sweden: Gustaf Iv Adolf and His Opponents, 1792-1809», en *Essays on Scandinavian History*, Carbondale: Southern Illinois University Press, 118-120.

Barton, S., 2009: *A History of Spain*, New York, Palgrave Macmillan.

Barua, P., 1994: «Military Developments in India, 1750-1850», *Journal of Military History*, vol. 58, n.º 4.

Başaran, B., 2014: *Selim III, Social Control, and Policing in Constantinople at the End of the Eighteenth Century: Between Crisis and Order*, Leiden, Brill.

Başaran, B. y Kirli, C., 2015: «Some Observations on Constantinople's Artisans During the Reign of Selim III (1789-1808)», en S. Faroqhi (ed.), *Bread from the Lion's Mouth: Artisans Struggling for a Livelihood in Ottoman Cities*, New York, Berghahn Books.

Bauer, G. y Lutz, K.-H., 2009: *Jena 1806: Vorgeschichte und Rezeption*, Potsdam, Militärgeschichtliches Forschungsamt.

Baugh, D., 2011: *The Global Seven Years' War, 1754-1763: Britain and France in a Great Power Contest*, London, Longman.

Baugh, D. A., 1998: «Great Britain's 'Blue-Water' Policy, 1689-1815», *International History Review*, vol. 10, n.º 1, 33-58.

Bayly, C. A., 1988: *Indian Society and the Making of the British Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bayly, C. A., 2004: *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Malden, Wiley-Blackwell [ed. en esp.: *El nacimiento del mundo moderno*, R. García (trad.), Madrid, Siglo XXI, 2010].

Bayly, C. A., 2010: «The "Revolutionary Age" in the Wider World, *c.* 1790-1830», en R. Bessel, N. Guyatt, y J. Rendall (eds.), *War, Empire, and Slavery, 1770-1830*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 21-43.

Beasley, W. G., 1951: *Great Britain and the Opening of Japan, 1834-1858*, London, Luzac.

Beasley, W. G., 1989: «The Foreign Threat and the Opening of the Ports», en M. B. Jansen (ed.), *The Cambridge History of Japan*, vol. 5, *The Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.

Beauchamp, A. de, 1816: *Histoire des campagnes de 1814 et de 1815*, Paris, Le Normant.

Becke, A. F., 1995: *Napoleon and Waterloo: The Emperor's Campaign with the Armée du Nord, 1815*, London, Greenhill Books.

Beeley, H., 1934: «A Project of Alliance with Russia in 1802», *English Historical Review*, vol. 49, n.º 195, 497-502.

Beer, A., 1877: *Zehn jahre österreichischer politik, 1801-1810*, Leipzig, F. A. Brockhaus.

Beer, A., 1883: *Die orientalische Politik Österreichs seit 1774*, Praha, F. Tempsky, 1883.

Beer, G. L., 1907: *British Colonial Policy, 1754-1765*, New York, Macmillan.

Beliavski, N. y Potto, V., 1901: *Utverzhdenie russkago vladychestva na Kavkaze* [La afirmación del dominio ruso en el Cáucaso], Tbilisi, Tip. Shtaba Kavkazskago voennago okruga.

Belissa, M., 2006: *Repenser l'ordre européen (1795-1802): De la société des rois aux droits des nations*, Paris, Éditions Klimé.

Bemis, S. F., 1965: *A Diplomatic History of the United States*, New York, Holt, Rinehart and Winston.

Benot, Y., 1995: «The Chain of Slave Insurrections in the Caribbean, 1789-1791», en M. Dorigny (ed.), *The Abolitions of Slavery: From Leger Felicite Sonthonax to Victor Schoelcher, 1793, 1794, 1848*, Paris, Editions UNESCO, 147-154.

Berding, H., 1973: *Napoleonische Herrschafts-und Gesellschaftspolitik im Königreich Westfalen: 1807-1813*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht.

Berding, H., 1982: «Le Royaume de Westphalie, Etat-modèle», *Francia. Forschungen zur westeuropäischen Geschichte*, n.º 10, 345-358.

Berkes, N., 1964: *The Development of Secularism in Turkey*, Montreal, McGill University Press.

Berry, C. R., 1966: «The Election of the Mexican Deputies to the Spanish Cortes, 1810-1822», en N. L. Benson (ed.), *Mexico and the Spanish Cortes, 1810-1822*, Austin, University of Texas Press.

Bentancur, A., 1997: *El puerto colonial de Montevideo*, Montevideo, Universidad de la República.

Berdzenishvili, N., 1958: *Sakartvelos historia* [Historia de Georgia], Tbilisi.

Bergeron, L., 1981: *France Under Napoleon*, Princeton, Princeton University Press.

Bergeron, L., 2000: *Banquiers, négociants et manufacturiers parisiens du Directoire à l'Empire*, Paris, Éditions de l'EHESS.

Bergerot, B., 1991: *Daru, Intendant-Général de la Grande Armée*, Paris, Tallandier.

Bermúdez de Castro y O'Lawlor, S., marqués de Lema, 1912: *Antecedentes políticos y diplomáticos de los sucesos de 1808; Estudio histórico-crítico escrito con la presencia de documentos inéditos del Archivo Reservado de Fernando VII, del Histórico-nacional y otros*, Madrid, F. Beltrán.

Bertaud, J.-P., 1972: *Bonaparte et le duc d'Enghien: le duel des deux France*, Paris, R. Laffront.

Berton, P., 1980: *The Invasion of Canada, 1812-1813*, Toronto, Anchor Books.

Bessel, R., Guyatt, N. y Rendall, J. (eds.), 2010: *War, Empire, and Slavery, 1770-1830*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Bethell, L. (ed.), 1084-: *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bethencourt, F. y Chaudhuri, K. (eds.), 1999: *História da expansão portuguesa*, Lisboa, Círculo de Leitores.

Beveridge, H., 1862: *A Comprehensive History of India, Civil, Military, Social, from the First Landing of the English to the Suppression of the Sepoy Rebellion*, London, Blackie & Son.

Bew, J., 2012: *Castlereagh: A Life*, Oxford, Oxford University Press.

Beydilli, K., 1984: *1790 Osmanlı-Prusya ittifâkı* [La alianza otomano-prusiana], İstanbul, İstanbul Üniversitesi Yayınları.

Bezotosnyi, V., 2010: *Napoleonovskie voiny* [Guerras Napoleónicas], Moskva, Veche.

Bezsonov, I. 1912: *Bitva v Maloyaroslavtse, 12 oktiabria 1812 goda* [La batalla en Maloyároslavets, 12 de octubre de 1812], Kaluga, Tip. Gubernskogo pravlenia.

Bianchi, N., 1879: *Storia della monarchia piemontese dal 1773 sino al 1861*, Torino, Fratelli Bocca, 1879.

Bickham, T., 2012: *The Weight of Vengeance: The United States, the British Empire and the War of 1812*, Oxford, Oxford University Press.

Bierman, I., 2003: *Napoleon in Egypt*, Los Angeles, Gustave E. von Grunebaum Center for Near Eastern Studies.

Bignon, L. P. É., 1836: *Histoire de France, depuis le 18 brumaire, novembre 1799, jusqu'à la paix de Tilsit (Juillet 1807)*, Bruxelles, J. P. Meline.

Bignon, L. P. É., 1830: *Histoire de France depuis 1793 jusu'en 1812*, Paris, Charles Bechet.

Biro, S., 1957: *The German Policy of Revolutionary France: A Study in French Diplomacy During the War of the First Coalition, 1792-1797*, Cambridge, Harvard University Press.

Bisset, R., 1803: *The History of the Reign of George III to the Termination of the Late War*, London, A. Strahan.

Björlin, G., 1882: *Sveriges krig i tyskland åren 1805-1807* [La guerra de Suecia en Alemania en los años 1805-1807], Stockholm, Militärlitteratúr-Föreningens förlag.

Björlin, G. J., 1905: *Finska Kriget 1808 och 1809*, Stockholm.

Black, F. H., 2005: «Diplomatic Struggles: British Support in Spain and Portugal, 1800-1810», tesis doctoral, Florida State University.

Black, J., 1994: *British Foreign Policy in an Age of Revolutions, 1783-1793*, Cambridge, Cambridge University Press.

Black, J., 1999: *Britain as a Military Power, 1688-1815*, London, Routledge.

Black, J., 1999b: *France from Louis XIV to Napoleon: The Fate of Great Empire*, London, University College London Press.

Black, J., 2002: *European International Relations, 1648-1815*, New York, Palgrave.

Black, J., 2004: *The British Seaborne Empire*, New Haven, Yale University Press.

Blackburn, R., 2006: «Haiti, Slavery, and the Age of the Democratic Revolution», *William and Mary Quarterly*, vol. 63, 643-673.

Black, J. L., 1975: *Nicholas Karamzin and Russian Society in the Nineteenth Century*, Toronto, University of Toronto Press.

Black, J. y Woodfine, P. (eds.), 1988: *The British Navy and the Use of Naval Power in the Eighteenth Century*, Leicester, Leicester University Press.

Blackmore, D., 2011: *Warfare on the Mediterranean in the Age of Sail*, Jefferson, McFarland.

Blanc, J., 2007: «La flottille nationale, 1803-1805», tesis de grado, Université Paris IV.

Blancpain, F., 2004: *La colonie française de Saint-Domingue: De l'esclavage à l'indépendance*, Paris, Karthala.

Blanning, T., 1983: *The French Revolution in Germany. Occupation and Resistance in the Rhineland, 1792-1802*, New York, Oxford University Press.

Blanning, T., 1986: The Origins of the French Revolutionary Wars, London, Longman.

Blanning, T., 2007: *The Pursuit of Glory: Europe 1648-1815*, New York, Viking.

Blaquiere, E., 1813: *Letters from the Mediterranean* [...], London, Henry Colt.

Blaufarb, R., 2005: *Bonapartists in the Borderlands: French Exiles and Refugees on the Gulf Coast, 1815-1835*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Blioj, I., 1881: *Finansy Rossii XIX stoletia* [Las finanzas de Rusia en el siglo XIX], Sankt-Peterburg, M. M. Stasyulevich.

Bluche, F., 1980: *Le Bonapartisme: aux origines de la droite autoritaire (1800-1850)*, Paris, Nouvelles éditions Latines.

Bogdanovich, M., 1863: *Istoria voiny 1813 goda za nezavisimost Germanii* [Historia de la Guerra de Independencia Alemana de 1813], Sankt-Peterburg, Tip. Shtaba voenno-uchebnyj zavedeni.

Bogdanovich, M., 1865: *Istoria voiny 1814 goda fo Frantsii i nizlozhenia Napoleona I* [Historia de la guerra de 1814 por Francia y la deposición de Napoleón I], Sankt-Peterburg.

Bogdanovich, M., 1869: *Istoria tsarstvovania imperatora Aleksandra I i Rossii v ego vremia* [La historia del reinado del emperador Alejandro II y Rusia en su época], Sankt-Peterburg.

Bohanan, D., 2001: *Crown and Nobility in Early Modern France*, New York, Palgrave.

Boisgelin de Kerdu, P. M. L. de, 1805: *Ancient and Modern Malta*, London, R. Phillips, 1805.

Bond, G., 1989: «Walcheren Fever: The Curse of the British Army, 1809-1814», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe* 1989, 579-

585.

Bond, G. C., 1979: *The Grand Expedition: The British Invasion of Holland in 1809*, Athēnai, University of Georgia Press.

Böning, H., 1998: *Der Traum von Freiheit und Gleichheit. Helvetische Revolution und Republik (1798-1803). Die Schweiz auf dem Weg zur bürgerlichen Demokratie*, Zürich, Orell Füssli Verlag.

Bonjour, E., 1965: *Geschichte der schweizerischen Neutralität: vier Jahrhunderte eidgenössischer Aussenpolitik*, Basel, Helbing & Lichtenhahn.

Bonnal, H., 1904: *La manoeuvre de Iéna*, Paris, Chapelot.

Bonnal, H., 1905: *La manoeuvre de Landshut: étude sur la stratégie de Napoléon et sa psychologie militaire depuis le milieu de l'anée 1808 jusqu'au 30 avril 1809*, Paris, R. Chapelot.

Bonnal, H., 1905b: *La manoevre de Vilna*, Paris, Chapelot.

Bop, O. [Auguste Boppe] (ed.), 1888: «Karadjordje i Francuska. Dokumenti o dogadjajima Srbije sa Napoleonom I (1809-1814)» [Karadjordje y Francia. Documentos de los acontecimientos en Serbia con Napoleón I (1809-1814)], *Otadžbina*, vol. XIX (1888).

Boppe, A., 1914: *L'Albanie et Napoléon, 1797-1814*, Paris, Hachette.

Boppe, P. L. H., 1986: *Les Espagnols à la Grande-Armée: le corps de la Romana, 1807-1808; le régiment Joseph-Napoléon, 1809-1813*, Paris, C. Terana.

Bordeau, H., 1909: *Les armées du Rhin au début du Directoire*, Paris.

Bordes, P., 2005: *Jacques-Louis David: Empire to Exile*, New Haven, Yale University Press.

Bordo, M. D. y White, E. N., 1991: «A Tale of Two Currencies: British and French Finance During the Napoleonic Wars», *Journal of Economic History*, vol. 51, n.º 2, 303-316.

Bordonove, G., 2007: *Georges Talleyrand*, Paris, Pygmalion.

Borelius, H., 1918: *Carl Gustaf von Brinkman* [Carlos Gustavo von Brinkman], Stockholm, A. Bonnier.

Borodkin, M., 1909: *Istoria Finliandii: Bremia Imperatora Aleksandra I* [Historia de Finlandia: la carga del emperador Alejandro II], Sankt-Peterburg.

Borneman, W. R., 2007: *1812: The War That Forged a Nation*, New York, Harper Collins.

Bouloiseau, M., 1985: «L'organisation de l'Europe selon Brissot et les Girondins, a la fin de 1792», *Annales Historiques de la Revolution Francaise*, n.º 57, 290-294.

Bourdin, P. y Gainot, B. (eds.), 1998: *La République directoriale*, Paris, Société des études robespierristes.

Bowen, H. V., 2006: *The Business of Empire: The East India Company and Imperial Britain, 1756-1833*, Cambridge, Cambridge University Press.

Boyce, D. G. y O'Day, A. (eds.), 2006: *The Making of Modern Irish History: Revisionism and the Revisionist Controversy*, New York, Routledge.

Boycott-Brown, M., 2001: *The Road to Rivoli: Napoleon's First Campaign*, London, Cassell.

Bradford, E., 1973: *The Shield and the Sword: The Knights of St. John of Jerusalem, Rhodes and Malta*, New York, Dutton.

Branda, P., 2005: «La guerre a-t-elle payée la guerre?» en T. Lenz (ed.), *Napoléon et l'Europe*, Paris, Fayard.

Branda, P. (ed.), 2007: *Le prix de la gloire. Napoléon et l'argent*, Paris Fayard.

Branda, P. (ed.), 2016: *L'économie selon Napoléon: monnaie, banque, crises et commerce sous le Premier Empire*, Paris, Vendémiaire.

Branda, P. (ed.), 2018: *La saga des Bonaparte*, Paris, Perrin.

Branda, P. y Lentz, T., 2006: *Napoléon, l'esclavage et les colonies*, Paris, Fayard.

Brandt, O., 1916: *England und die Napoleonische Weltpolitik, 1800-1803*, Heidelberg, C. Winter.

Braude, M., 2018: *The Invisible Emperor: Napoleon on Elba from Exile to Escape*, New York, Penguin.

Braund, K. E. H. (ed.), 2012: *Tohopeka: Rethinking the Creek War and the War of 1812*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Brecher, F. W., 1998: *Losing a Continent: France's North American Policy, 1753-1763*, Westport, Greenwood.

Bregeon, J.-J. y Guicheteau, G., 2017: *Nouvelle histoire des guerres de Vendée*, Paris, Perrin.

Brendon, P., 2007: *The Decline and Fall of the British Empire, 1781-1797*, New York, Alfred A. Knopf.

Brenton, E. P., 1837: *The Naval History of Great Britain from the Year 1783 to 1836*, London, H. Coburn.

Brewer, D., 2001: *The Flame of Freedom: The Greek War of Independence, 1821-1833*, London, John Murray.

Broers, M., 1996: *Europe Under Napoleon 1799-1815*, New York, Edward Arnold.

Broers, M., 2002: *The Politics of Religion in Napoleonic Italy: The War Against God, 1801-1814*, New York, Routledge.

Broers, M., 2005: *The Napoleonic Empire in Italy, 1796-1814: Cultural Imperialism in a European Context?*, New York, Palgrave Macmillan.

Broers, M., 2014: *Napoleon: Soldier of Destiny*, New York, Pegasus Books.

Broers, M., Hicks, P. y Guimera, A. (eds.), 2012: *The Napoleonic Empire and the New European Political Culture*, New York, Palgrave.

Brosset, M. F., 1849-1857: *Histoire de la Géorgie: depuis l'antiquité jusqu'au XIX^e siècle*, 2 vols., Sankt-Peterburg, Impr. de l'Académie impériale des sciences.

Browne, A., 2012: *Bonaparte in Egypt: The French Campaign of 1798-1801 from the Egyptian Perspective*, London, Leonaur.

Browning, O., 1887b: «Queen Caroline of Naples», *English Historical Review*, vol. 2, n.° 7, 488.

Browning, O., 1902: «A British Agent at Tilsit», *English Historical Review*, vol. 17, n.° 65.

Brummett, P., 2007: «Imagining the Early Modern Ottoman Space from World History to Piri Reis», en V. H. Aksan y D. Goffman (eds.), *The Early Modern Ottomans: Remapping the Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 17-58.

Brünnert, G., 1899: *Napoleons Aufenthalt in Erfurt im Jahre 1808*, Erfurt, Druck von Fr. Bartholomäus.

Brunyee, P., 2009: *Napoleon's Britons and the St. Helena Decision*, Stroud, History Press.

Brutus, T. C., 1946-1947: *L'homme d'Airain, étude monographique sur Jean-Jacques Dessalines, fondateur de la nation haïtienne*, 2 vols., Port-au-Prince, N. A. Theodore.

Bruun, G., 1965: *Europe and the French Imperium, 1799-1814*, New York, Harper & Row.

Bryant, A., 1945: *Years of Victory, 1802-1812*, New York, Harper & Bros.

Buckland, C., 1932: *Metternich and the British Government from 1809 to 1813*, London, Macmillan.

Bulbeck, D. *et al.*, 1998: *Southeast Asian Exports since the 14th Century: Cloves, Pepper, Coffee and Sugar*, Leiden, KITLV Press.

Bulmer-Thomas, V., 2003: *The Economic History of Latin America Since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. en esp.: *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017].

Bulut, M., 2001: *Ottoman-Dutch Economic Relations in the Early Modern Period*, Hilversum, Verloren.

Burkholder, M. A., 2013: *Spaniards in the Colonial Empire: Creoles vs. Peninsulars?*, Malden, John Wiley & Sons.

Burnham, R. y McGuigan, R., 2010: *The British Army Against Napoleon: Facts, Lists and Trivia, 1805-1815*, Havertown, Frontline Books.

Burns, A., 1965: *History of the British West Indies*, London, George Allen & Unwin.

Büsch, O. y Neugebauer-Wölk, M. (eds.), 1991: *Preussen und die revolutionäre Herausforderung seit 1789*, Berlin, Walter de Gruyter.

Bush, R. D., 2014: *The Louisiana Purchase: A Global Context*, New York, Routledge.

Bushkovitch, P., 2001: *Peter the Great*, London, Rowman & Littlefield.

Butel, P., 1993: *L'economie francaise au XVIIIe siecle*, Paris, SEDES.

Butel, P., 1993b: «France, the Antilles, and Europe in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en J. D. Tracy (ed.), *The Rise of Merchant Empires:*

Long Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750, Cambridge, Cambridge University Press, 153-173.

Butel, P., 1993c: *L'économie française au XVIIIe siècle*, Paris, SEDES.

Butel, P., 2007: *Histoire des Antilles francaises*, Paris, Perrin.

Butkov, P., 1869: *Materialy dlia novoi istorii Kavkaza s 1722 po 1803 god*. [Materiales para una nueva historia del Cáucaso de 1722 a 1803], Sankt-Peterburg, Tip. Imp. Akademii nauk.

Butler, I., 1973: *The Eldest Brother: The Marquess Wellesley, the Duke of Wellington's Eldest Brother*, London, Hodder and Stoughton.

Butterfield, H., 1959: *The Peace Tactics of Napoleon, 1806-1808*, Cambridge, Cambridge University Press.

Buttery, D., 2011: *Wellington Against Junot: The First Invasion of Portugal, 1807-1808*, Barnsley, Pen & Sword Military.

Cadet, N., 2015: *Honneur et violences de guerre au temps de Napoléon: La campagne de Calabre*, Paris, Vendémiaire.

Cadoudal, L G. de, 1887: *Georges Cadoudal et la chouannerie*, Paris, Plon-Nourrit.

Cahen, L. y Mathiez, A., 1919: *Les lois française de 1815 à nos jours: accompagnées des documents politiques les plus importants*, Paris, Alcan.

Camogli, P. y Privitellio, L. de, 2005: *Batallas por la libertad: todos los combates de la guerra de la independencia*, Buenos Aires, Aguilar.

Campbell, P. R., Kaiser, T. E. y Linton, M. (eds.), 2007: *Conspiracy in the French Revolution*, New York, Palgrave.

Cánovas del Castillo, A., 1891-1893; *Historia general de España*, Madrid, Progreso.

Carlsson, S. C. O., 1946: *Gustaf IV Adolf, en biografi* [Biografía de Gustavo IV Adolfo], Stockholm, Wahlström & Widstrand.

Carlsson, S. C. O., 1944: *Gustaf IV Adolfs fall: krisen i riksstyrelsen, konspirationerna och statsvälvningen (1807-1809)* [La caída de Gustavo IV Adolfo: la crisis del Gobierno nacional, las conspiraciones y el derrocamiento del Estado (1807-1809)], Lund, C. Bloms Boktryckeri.

Calvet, S., 2015: *Leipzig, 1813: La guerre des peuples*, Paris, Vendémiaire.

Calvet, S., 2015b: *Cambronne: La Légende de Waterloo*, Paris, Vendémiaire.

Camogli, P. y Privitellio, L. de, 2005: *Batallas por la libertad: todos los combates de la guerra de la independencia*, Buenos Aires, Aguilar.

Canga Argüelles, J., 1820: *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España*, London, D. M. Calero.

Cárcano, M. Á., 1972: *La Política Internacional en la Historia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, vol. I, 270.

Carr, J. A., 1979: «The Battle of New Orleans and the Treaty of Ghent», *Diplomatic History*, vol. 3, n.º 3, 273-282.

Carr, R., 1945: «Gustavus IV and the British Government 1804-9, *English Historical Review*, vol. 60, n.° 236, 58-61.

Carutti, D., 1888: *Le Corte di Savoia durante le rivoluzione e l'impero francese*, Torino, L. Roux.

Castle, I., 1994: *Aspern and Wagram 1809: Mighty Clash of Empires*, London, Osprey.

Caulaincourt, A. A. L. de, 1838: *Napoleon and His Times*, Philadelphia, E. L. Carey & A. Hart.

Caulaincourt, A. de, 1935: *With Napoleon in Russia*, New York, William Morrow.

Caudrillier, G., 1908: *La trahison de Pichegru et les intrigues royalistes dans l'Est avant Fructidor*, Paris, Alcan.

Cave, A. A., 2002: «The Shawnee Prophet, Tecumseh, and Tippecanoe: A Case Study of Historical Myth-Making», *Journal of the Early Republic*, vol. 22, n.° 4, 637-673.

Cayuela Fernańdez, J. G. y Gallego Palomares, J. Á., 2008: *La Guerra de la Independencia: historia bélica, pueblo y nación en España (1808-1814)*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

Cerami, C. A., 2003: *Jefferson's Great Gamble: The Remarkable Story of Jefferson, Napoleon, and the Men Behind the Louisiana Purchase*, Naperville: Sourcebooks.

Chabert, A. 1949: *Essai sur les mouvements des revenus et de l'activité économique en France de 1789 à 1820*, Paris, Librairie de Médicis.

Chamberlain, M. E., 1999: «*Pax Britannica*»*? British Foreign Policy, 1789-1914*, London, Routledge.

Chander, S., 1987: «From a Pre-Colonial Order to a Princely State: Hyderabad in Transition, c. 1748-1865», tesis doctoral, University of Cambridge.

Chandler, D., 1966: *The Campaigns of Napoleon*, New York, Macmillan.

Chandler, D. G., 2007: «Napoleon, Operational Art, and the Jena Campaign», en M. D. Krause y R. C. Philips, (eds.), *Historical Perspectives of the Operational Art*, Washington, Center for Military History.

Chapman, A. B. W., 1907: «The Commercial Relations of England and Portugal, 1487-1807», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 1, 157-179.

Chartrand, R., 1998: *Louis XV's Army: Foreign Troops*, Oxford, Osprey.

Chartrand, R., 1998b: *Spanish Army of the Napoleonic Wars*, vol. 1, *1793-1808*, Oxford, Osprey.

Chartrand, R., 2000: *Emigre and Foreign Troops in British Service*, vol. 2, *1803-15*, Oxford, Osprey.

Chartrand, R., 2001: *Bussaco, 1810: Wellington Defeats Napoleon's Marshals*, Oxford, Osprey.

Chartrand, R., 2013: *Talavera 1809: Wellington's Lighting Strike into Spain*, Oxford, Osprey.

Chastenet, J., 1953: *Godoy: Master of Spain, 1792-1808*, London, Batchworth Press.

Chaudhuri, K. N., 1978: *The Trading World of Asia and the East India Company, 1660-1760*, Cambridge, Cambridge University Press.

Chaudhuri, K. N., 1985: *Trade and Civilisation in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

Chaurasia, R. S., 2004: *History of the Marathas*, Naī Dillī, Atlantic.

Chaussinand-Nogaret, G., 1995: *The French Nobility in the Eighteenth Century: From Feudalism to Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cheng, P., Lestz, M. y Spence, J. (eds.), 1999: *The Search for Modern China: A Documentary History*, New York, W. W. Norton.

Chengkang, F., 1996: *Macao 400 Years*, Shànghǎi, Shanghai Academy of Social Sciences.

Chernow, R., 2004: *Alexander Hamilton*, New York, Penguin.

Chevalier, L. É., 1886: *Histoire de la marine française sous le Consulat et l'Empire*, Paris, L. Hachette.

Chiappe, J. F., 1971: *Georges Cadoudal ou La liberté*, Paris, Librairie académique, Perrin.

Chinnian, P., 1982: *The Vellore Mutiny, 1806: The First Uprising Against the British*, Madras.

Chrisawn, M. S., 2001: *The Emperor's Friend: Marshal Jean Lannes*, Westport, Greenwood Press.

Christie, I., 1982: *Wars and Revolutions: Britain, 1760-1815*, Cambridge, Harvard University Press.

Church, C. H. y Head, R. C., 2013: *A Concise History of Switzerland*, Cambridge, Cambridge University Press.

Chust, M. (ed.), 2007: *1808: La eclosión juntera en el mundo hispano*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

Clapham, J. H., 1899: *The Cause of the War of 1792*, Cambridge, Cambridge University Press.

Clapham, J. H., 1920: «The Economic Condition of Europe After the Napoleonic War, *Scientific Monthly*, vol. 11, n.° 4.

Clapham, J. H., 1968: *The Economic Development of France and Germany, 1815-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

Clark, C. M., 2006: *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Cambridge, Belknap Press.

Clark, G. y Jacks, D., 2007: «Coal and the Industrial Revolution, 1700-1869», *European Review of Economic History*, vol. 11, 39-72.

Clason, S., 1913: *Gustaf IV Adolf och den europeiska krisen under Napoleon: Historiska uppsatser* [Gustavo IV Adolfo y la crisis europea con Napoleón: ensayos históricos], Stockholm, Geber.

Clemens, G. B., 2012: «The Swiss Case in the Napoleonic Empire», en M. Broers, P. Hicks y A. Guimera (eds.), *The Napoleonic Empire and the New European Political Culture*, New York, Palgrave.

Clément, R., 1960: *Les français d'Égypte aux XVIIe et XVIIIe siècles*, Al-Qāhiram, Institut français d'archéologie orientale.

Clerc, C., 1903: *Guerre d'Espagne: Capitulation de Baylen*, Paris, Ancienne Libraire Thorin et Fils Albert Fontemoing.

Clowes, W. L., 1989: *The Royal Navy: A History from the Earliest Times to the Present*, London, Sampson Loaw, Marston.

Clowes, W. L. *et al*., 1997: *The Royal Navy: A History from the Earliest Times to 1900*, London, Chatham.

Coates, A., 2009: *Macao and the British, 1637-1842: Prelude to Hong Kong*, Hong Kong, Hong Kong University Press.

Cochrane Dundonald, T. B. y Fox Bourne, H. R., 1869: *The Life of Thomas, Lord Cochrane, Tenth Earl of Dundonald*, London, R. Bentley.

Cole, J. R., 2008: *Napoleon's Egypt: Invading the Middle East*, New York, Palgrave Macmillan.

Colebrook, T. E., 1884: *Life of the Honourable Mounstuart Elphinstone*, London, John Murray.

Colin, J. L. A., 1907: «Campagne de 1805», *Revue Historique* 77, 284-290

Coller, I., 2013: «Egypt in the French Revolution», en S. Desan, L. Hunt y W. M. Nelson (eds.), *The French Revolution in Global Perspective*, Ithaca, Cornell University Press.

Collins, B., 2010: *War and Empire: The Expansion of Britain, 1790-1830: The Projection of British Power, 1775-1830*, London, Longman.

Collins, I., 1979: *Napoleon and His Parliaments, 1800-1815*, New York, St. Martin's Press.

Colson, B., 2015: *Napoleon on War*, New York, Oxford University [ed. en esp.: *De la guerra*, P. Pruneda (trad.), Madrid, La Esfera de los Libros, 2016].

Colson, B., 2013: *Leipzig, La Bataille des Nations, 16-19 Octobre 1813*, Paris, Perrin.

Conan, J., 1942: *La dernière compagnie française des Indes, 1715-1875*, Paris, Marcel Rivière.

Connelly, O., 1965: *Napoleon's Satellite Kingdoms*, New York, Free Press.

Connelly, O., 1968: *The Gentle Bonaparte: A Biography of Joseph, Napoleon's Elder Brother*, New York, Macmillan.

Connelly, O., 2000: *The French Revolution and Napoleonic Era*, Orlando, Harcourt.

Cook, L. D., 1995: «Prince Schwarzenberg's Crisis in 1812: In The Service Of Two Emperors», *CRE* 1995.

Cook, L. D., 1998: «Prince Schwarzenberg's Mission to St. Petersburg, 1809», *CRE* 1998.

Cook, M., 1998: *Napoleon Comes to Power: Democracy and Dictatorship in Revolutionary France, 1795-1804*, Cardiff, University of Wales Press.

Cook, W. L., 1973: *Floodtide of Empire: Spain and the Pacific Northwest, 1548-1819*, New Haven, Yale University Press.

Cookson, J. E., 1982: *The Friends of Peace: Anti-War Liberalism in England, 1793-1815*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cooper, D., 2001: *Talleyrand*, New York, Grove Press.

Cooper, R. G. S., 1989: «Wellington and the Marathas in 1803», *International History Review*, vol. 11, n.° 1, 31-38.

Cooper, R. G. S., 2003: *The Anglo-Maratha Campaigns and the Contest for India: The Struggle for Control of the South Asian Military Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cortese, N., 1926: «L'esercito napoletano nelle guerre napoleoniche», *Archivio storico per le province napoletane*, n.° 51.

Coquelle, P., 1904: *Napoléon et l'Angleterre, 1803-1813*, Paris, Plon-Nourrit.

Coquelle, P., 1904b: «L'ambassade du maréchal Brune à Constantinople (1803-1805)», en *Revue d'histoire diplomatique* 18, 71.

Coquelle, P., 1904c: «Sébastiani, ambassadeur à Constantinople, 1806-1808», *Revue d'histoire diplomatique* 18.

Cordingly, D., 2007: *Cochrane: The Real Master and Commander*, New York, Bloomsbury.

Coturri, P., 2009: *Partire partirò, partir bisogna: Firenze e la Toscana nelle campagne napoleoniche, 1793-1815*, Firenze, Sarnus.

Coujou, J.-P., 21014: «Political Thought and Legal Theory in Suárez», en *A Companion to Francisco Suárez*, V. M. Salas y R. L. Fastiggi (eds.), Leiden, Brill, 29-71.

Cox, I. J., 1914: «The Pan-American Policy of Jefferson and Wilkinson», *Mississippi Valley Historical Review*, vol. 1, n.° 2.

Crackel, T. J., 1986: «The Battle of Queenston Heights, 13 October, 1812», en C. E. Heller y W. A. Sofft (eds.), *America's First Battles, 1776-1965*, Lawrence, University Press of Kansas, 33-56.

Crawley, C. W., 1940: «England and the Sicilian Constitution of 1812», *English Historical Review*, vol. 55, n.° 218, 251-274.

Crawley, C. W. (ed.), 1975: *The New Cambridge Modern History*, Cambridge, Cambridge University Press.

Crecelius, D. y Djaparidze, G., 2002: «Relations of the Georgian Mamluks of Egypt with Their Homeland in the Last Decades of the Eighteenth

Century», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, vol. 45, 320-341.

Crecelius, D. y Djaparidze, G., 2008: «Georgians in the Military Establishment in Egypt in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Annales Islamologiques*, n.º 42, 313-337.

Creighton, C., 1894: *A History of Epidemics in Britain*, Cambridge, Cambridge University Press.

Crepin, A., 2013: «The Army of the Republic: New Warfare and a New Army», en P. Serna, A. de Francesco y J. A. Miller (eds.), *Republics at War: Revolutions, Conflicts, Geopolitics in Europe and the Atlantic World*, New York, Palgrave Macmillan, 131-148.

Creveld, M. van, 2015: *Command in War*, Cambridge, Harvard University Press.

Crews, R. D., 2015: *Afghan Modern: The History of a Global Nation*, Cambridge, Harvard University Press.

Criste, O., 1912: *Erzherzog Carl von Österreich*, Wien, W. Braumüller.

Cronenberg, A., 1989: «Montgelas and the Reorganization of Napoleonic Bavaria», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*, 1989.

Cronin, V., 1972: *Napoleon Bonaparte: An Intimate Biography*, New York, Morrow [ed. en esp.: *Napoléon Bonaparte. Una biografía íntima*, A. Leal Fernández (trad.), Barcelona, Ediciones B, 2003].

Crouzet, F., 1958: *L'économie britannique et le blocus continental, 1806-1813*, Paris, Presses universitaires de France.

Crouzet, F., 1964: «Wars, Blockade, and Economic Change in Europe, 1792-1815», *Journal of Economic History* 24, n.º 4, 567-588.

Crouzet, F., 1962: «Les consequences économiques de la Révolution: à propos d'un inédit de Sir Francis d'Ivernois», *Annales historiques de la Révolution francaise* XXXIV, n.º 168, 182-217.

Crouzet, F., 2006: «The Continental System: After Eighty Years», en R. Findlay, R. G. H. Henriksson, H. Lindgren y M. Lundahl (eds.), *Eli Heckscher, International Trade, and Economic History*, Cambridge, MIT Press, 323-342.

Crouzet, F., 2008: *La guerre économique franco-anglaise au XVIIIe siècle*, Paris, Fayard.

Cuccia, P. R., 2014: *Napoleon in Italy: The Sieges of Mantua, 1796-1799*, Norman, University of Oklahoma Press.

Cuenca Esteban, J., 1981: «Statistics of Spain's Colonial Trade, 1792-1820: Consular Duties, Cargo Inventories and Balances of Trade», *Hispanic American Historical Review* 61, n.º 3.

Cuenca Esteban, J., 2001: «The British Balance of Payments, 1772-1820: India Transfers and War Finance», *Economic History Review*, vol. 54, n.º 1, 58-86.

Cugnac, G. J. M. R. de, 1900: *Campagne de l'Armée de réserve en 1800*, Paris, Libr. Military R. Chapelot.

Cullen, L. M. A., 2003: *History of Japan, 1582-1941: Internal and External Worlds*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cunningham, A., 1993: «The Ochakov Debate», en E. Ingram (ed.), *Anglo-Ottoman Encounters in the Age of Revolution*, London, F. Cass, 1-31.

Cunningham, W., 1968: *The Growth of English Industry and Commerce in Modern Times*, London, Frank Cass.

Cuno, K. M., 1991: *The Pasha's Peasants: Land, Society, and Economy in Lower Egypt, 1740-1858*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cuvier, G., 1819-1827: *Recueil des eloges historiques lus dans les séances publiques de l'Institut royal de France*, 3 vols., Paris/Strasbourg, Levrault.

Daeley, A. J., 1949: *The Continental System in France as Illustrated by American Trade*, tesis doctoral, University of Wisconsin-Madison.

Daily, G., 2007: «Napoleon and the "City of Smugglers", 1810-1814», *Historical Journal* 50, n.º 2, 333-352.

Daily, G., 2007b: «English Smugglers, the Channel, and the Napoleonic Wars, 1800-1814», *Journal of British Studies*, vol. 46, n.º 1, 30-46.

Dale, R., 2004: *The First Crash: Lessons from the South Sea Bubble*, Princeton, Princeton University Press.

Dallas, G., 1996: 1815: *The Roads to Waterloo*, London, Richard Cohen.

Damamme, J.-C., 1998: *Les soldats de la Grande Armée*, Paris, Perrin.

Dancy, J. R., 2015: *The Myth of the Press Gang: Volunteers, Impressment and the Naval Manpower Problem in the Late Eighteenth Century*, Rochester, Boydell Press.

Dard, É. 1934: «La Vengeance de Talleyrand (1809)», *Revue des deux mondes*, vol. XX.

Dard, É., 1935: *Napoléon et Talleyrand*, Paris, Plon-Nourrit [ed. en esp.: *Napoléon y Talleyrand*, Barcelona, Grijalbo, 1958].

Darian-Smith, E., 1999: *Bridging Divides: The Channel Tunnel and English Legal Identity in the New Europe*, Berkeley, University of California Press.

Darnton, R. y Roche, D. (eds.), 1989: «The Products of the Press», en *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, Berkeley, University of California Press.

Darquenne, R., 1970: *La conscription dans le département de Jemappes (1798-1813)*, Mons, Cercle archéologique de Mons.

Das, A., 2016: *Defending British India Against Napoleon: The Foreign Policy of Governor-General Lord Minto, 1807-1813*, A. Das (ed.), London, Boydell and Brewer.

Daudin, G., 2004: «Profitability of Slave and Long Distance Trading in Context: The Case of Eighteenth-Century France», *Journal of Economic History*, vol. 61, n.º 1, 144-171.

Daudin, G., 2005: *Commerce et prosperite: la France au XVIII^e siecle*, Paris, Presses l'universite Paris-Sorbonne.

Daughan, G. C., 2008: *If by Sea: The Forging of the American Navy from the Revolution to the War of 1812*, New York, Basic Books.

Davey, J., 2012: *The Transformation of British Naval Strategy: Seapower and Supply in Northern Europe, 1808-1812*, Woodbridge, Boydell Press.

Davey, J., 2015: *In Nelson's Wake: The Navy and the Napoleonic Wars*, New Haven, Yale University Press.

Davey, J., 2016: «The Atlantic Empire, European War and the Naval Expeditions to South America, 1806-1807», en J. McAleer y C. Petley (eds.), *The Royal Navy and the British Atlantic World, 1750-1820*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Davies, B., 2011: *Empire and Military Revolution in Eastern Europe: Russia's Turkish Wars in the Eighteenth Century*, London, Continuum.

Davies, D. W., 1982: *Sir John Moore's Peninsular Campaign 1808-1809*, The Hague: Martinus Nijhoff.

Davies, H., 2014: *Wellington's War: The Making of a Military Genius*, New Haven, Yale University Press.

Davies, N., 1982: *God's Playground: A History of Poland*, 2 vols., New York, Columbia University Press.

Davis, J. A., 1993: «The Napoleonic Era in Southern Italy: An Ambiguous Legacy?», *Proceedings of the British Academy*, vol. 80, 133-148.

Davis, J. A., 2006: *Naples and Napoleon: Southern Italy and the European Revolutions (1780-1860)*, Oxford, Oxford University Press.

Davis, R., 1979: *The Industrial Revolution and British Overseas Trade*, Leicester, Leicester University Press.

Davydov, D., 1989: «Vospominanie o srazhenii pri Preisish-Eilau 1807 goda yanvaria 26-go i 27-go», *en Russkaia voennaia proza XIX veka*, Leningrad, Lenizdatm [**http://www.museum.ru/1812/Library/Davidov7/index.html**].

Davy-Rousseau, A., 1984: «Autour de la mort du duc d'Enghien», *Revue du souvenir napoléonien*, n.º 334, 2-15.

Daryaee, T. (ed.), 2012: *The Oxford Handbook of Iranian History*, Oxford, Oxford University Press.

Dawson, P. L., 2017: *Napoleon and Grouchy: The Last Great Waterloo Mystery Unravelled*, Barnsley, Frontline Books.

Dawson, P. L., 2017b: *Marshal Ney at Quatre Bras*, Barnsley, Frontline Books.

Dawson, P. L., 2018: *Waterloo, the Truth at Last: Why Napoleon Lost the Great Battle*, Barnsley, Frontline Books.

Dehérain, H., 1923: «Lettres inédites de membres de la mission Gardane en Perse (1807-9)», *Revue de l'histoire des colonies françaises*, vol. XVI, 249-282.

Dehérain, H., 1925: «La rupture du gouvernement Ottoman avec la France en l'an VI», *Revue d'histoire diplomatique* 39, 9-43.

Dehérain, H., 1930: *La vie de Pierre Ruffin, Orientaliste et diplomate, 1742-1824*, Paris, P.Geuthner.

Dempsey, G., 2008: *Albuera 1811: The Bloodiest Battle of the Peninsular War*, London, Frontline Books.

Depitre, E., 1912, *La toile peinte en France au XVII^e^ et au XVIII^e^ siecles: Industrie, commerce, prohibitions*, Paris, M. Riviere.

Dermigny, L., 1954: «Circuits de l'argent et milieux d'affaires au XVIII siècle», *Revue historique* t. 212, 239-278.

Dermigny, L., 1955: «La France à la fin de l'ancien régime: Une carte monétaire», *Annales: économies, sociétés, civilizations*, vol. 10, n.° 4, 480-493.

Derry, T. K., 1975: «Scandinavia», en C. W. Crawley (ed.), *The New Cambridge Modern History*, Cambridge, Cambridge University Press.

Derry, T. K., 1979: *History of Scandinavia: Norway, Sweden, Denmark, Finland, and Iceland*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Derry, T. K., 1979: *History of Scandinavia*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Desan, S., Hunt, L. y Nelson, W. M. (eds.), 2013: *The French Revolution in Global Perspective*, Ithaca, Cornell University Press.

Desbrière, É., 1902: *1793-1805: projets et tentatives de débarquement aux Îles britanniques*, Paris, R. Chapelot.

DeToy, B., 1997: *Wellington's Admiral: The Life and Career of George Berkeley, 1753-1818*, tesis doctoral, Florida State University.

DeToy, B., 1998: «The Impressment of American Seamen during the Napoleonic Wars», *CRE*, 492-501.

Deutsch, H. C., 1938: *The Genesis of Napoleonic Imperialism*, Cambridge, Harvard University Press.

Diamandouros, N. (ed.), 1976: *Hellenism and the First Greek War of Liberation (1821-1830): Continuity and Change*, Thessaloníki, Institute for Balkan Studies.

Dickinson, H. T. (ed.), 1989: *Britain and the French Revolution, 1789-1815*, New York, St. Martin's Press.

Dirks, N. B., 2006: *The Scandal of Empire: India and the Creation of Imperial Britain*, Cambridge, Belknap Press.

Dodwell, H., 1931: *The Founder of Modern Egypt: A Study of Muhammad 'Ali*, Cambridge, Cambridge University Press.

Dombowsky, D., 2014: *Nietzsche and Napoleon: The Dionysian Conspiracy*, Cardiff, University of Wales Press.

Donaghay, M., 1981: «The Ghosts of Ruined Ships: The Commercial Treaty of 1786 and the Lessons of the Past», *CRE* 10, 111-118.

Đorđević, M. R., 1957: *Oslobodilački i rat srpskih ustanika, 1804-1806* [El Libertador y la guerra de los insurgentes serbios, 1804-1806], Beograd, Vojnoizdavački i zavod.

Đorđević, M. R., 1956: *Politička istorija Srbije XIX i XX veka* [Historia política de Serbia en los siglos XIX y XX], vol. I, *1804-1813*, Beograd, Prosveta.

Dorigny, M. (ed.), 1995: *The Abolitions of Slavery: From Léger Félicité Sonthonax to Victor Schoelcher, 1793, 1794, 1848*, Paris, Editions UNESCO.

Dorigny, M. (ed.), 2003: *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises 1802: Ruptures et continuités de la politique colonial française*, Paris, Maisonneuve-Larose.

Douay, A. y Hertault, G., 2002: *Schulmeister: dans les coulisses de la Grande Armée*, Paris, Nouveau Monde.

Douin, G., 1928: *L'Angleterre et l'Égypte. La campagne de 1807*, Al-Qāhira, Institut français d'archéologie orientale du Caire.

Dow, J. E., 1995: *A Good German Conscience: The Life and Time of Ernst Moritz Arndt*, Lanham, University Press of America.

Dowd, G. E., 1992: *A Spirited Resistance: The North American IndianStruggle for Unity, 1745-1815*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Doyle, W., 1980: *Origins of the French Revolution*, New York, Oxford University Press.

Doyle, W., 1990: *The Oxford History of the French Revolution*, Oxford, Oxford University Press.

Doyle, W., 2001: *Old Regime France, 1648-1788*, Oxford, Oxford University Press.

Doyle, W. (ed.), 2012: *The Oxford Handbook of the Ancien Régime*, Oxford, Oxford University Press.

Drayton, R., 2008: «The Globalization of France: Provincial Cities and French Expansion, c. 1500-1800», *History of European Ideas*, vol. 34, 424-430.

Driault, É., 1904: *La politique orientale de Napoleon: Sebastiani et Gardane, 1806-1808*, Paris, Alcan.

Driault, É., 1912: *Napoléon et l'Europe. Austerlitz, la fin du Saint-empire (1804-1806)*, Paris, F. Alcan.

Driault, É., 1917: *Napoléon et l'Europe: Tilsit. France et Russie sous le Premier Empire. La question de Pologne (1806-1809)*, Paris, F. Alcan.

Driault, É., 1927: *La formation de l'empire de Mohamed Aly de l'Arabie au Soudan (1814-1823): correspondance des consuls de France en Égypte*, Al-Qāhira, Institut français d'archéologie orientale du Caire.

Dubois, L., 2004: *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge, Harvard University Press.

Dubois, L., 2004b: *A Colony of Citizens: Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Dubrovin, N., 1871-1888: *Istoria voiny i vladychestva russkij na Kavkaze* [Historia de la guerra y el dominio ruso en el Cáucaso], 6 vols., Sankt-Peterburg, Tip. Skorojodova.

Dubrovin, N., 1897: *Georgi XII: Posledni tsar Gruzii i prisoedinenie eie k Rossii* [Jorge XII: El último zar de Georgia y su adhesión a Rusia], Sankt-Peterburg, Tip. Departamenta udelov.

Dubrovin, N., 1898: «Russkaia zhizn v nachale XIX veka» [La vida rusa a principios del siglo XIX], *Rússkaia stariná* [Estrella rusa], n.º 12.

Dudley, W., 2003: *Splintering the Wooden Wall: The British Blockade of the United States, 1812-15*, Annapolis, Naval Institute Press.

Duffy, C., 1972: *Borodino and the War of 1812*, New York, Scribner.

Duffy, C., 1977: *Austerlitz 1805*, London, Seeley Service.

Duffy, C., 1999: *Eagles over the Alps: Suvorov in Italy and Switzerland, 1799*, Chicago, Emperor's Press.

Duffy, M., 1987: *Soldiers, Sugar and Seapower: The British Expeditions to West Indies and the War Against Revolutionary France*, Oxford, Clarendon Press.

Duffy, M., 1989: «British Diplomacy and the French Wars, 1789-1815», en H. T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution, 1789-1815*, New York, St. Martin's Press.

Duffy, M., 1990: «The Caribbean Campaigns of the British Army, 1793-1815», en *The Road to Waterloo: The British Army and the Struggle Against Revolutionary and Napoleonic France, 1793-1815*, London, National Army Museum.

Duffy, M., 1998: «World-Wide War and British Expansion, 1793-1815», en P. J. Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol. 2, *The Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press.

Duffy, M. y Morriss, R. (eds.), 2001: *The Glorious First of June 1794: A Naval Battle and Its Aftermath*, Exeter, University of Exeter Press.

Dufraisse, R., 1966: «Régime douanier, blocus, système continental: essai de mise au point», *Revue d'histoire économique et sociale*, n.º 44, 518-534.

Dufraisse, R., 1995: «Napoléon pour ou contre l'Europe», *Revue du souvenir Napoléonien*, n.º 402, 4-25.

Dumas, M., 1826: *Précis des événements militaires, ou, Essais historiques sur les campagnes de 1799 à 1814*, Paris, Treuttel et Wurtz.

Dunan, M., 1913: «Le système continental», *Revue des études Napoléoniennes*, n.º 3, 115-146.

Dunan, M., 1965: «L'Italie et le système continental», *Revue de l'Institut Napoléon*, n.º 96, 176-192.

Dunn-Pattison, R. P., 1909: *Napoleon's Marshals*, London, Methuen.

Durey, M., 2002: «Lord Grenville and the "Smoking Gun": The Plot to Assassinate the French Directory in 1798-1799 Reconsidered», *Historical*

Journal, vol. 45, n.º 3, 547-568.

D'Ussel, J., 1912: *Études sur l'année 1813: l'intervention de l'Autriche (décembre 1812-mai 1813)*, Paris, Plon-Nourrit.

Dwyer, P. G., 1993: «Prussia and the Armed Neutrality: The Invasion of Hanover in 1801», *International History Review*, vol. 15, n.º 4.

Dwyer, P. G., 1997: «Two Definitions of Neutrality: Prussia, the European States-System, and the French Invasion of Hanover in 1803», *International History Review*, vol. 19, n.º 3.

Dwyer, P. (ed.), 2001: *Napoleon and Europe*, London, Pearson.

Dyck, H. L., 1981: «New Serbia and the Origins of the Eastern Question, 1751-55: A Habsburg Perspective», *Russian Review*, vol. 40, 1-19.

Dym, J., 2006: *From Sovereign Villages to National States: City, State and Federation in Central America, 1759-1839*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Eastman, S., 2012: Preaching Spanish Nationalism Across the Hispanic Atlantic, 1759-1823, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Echeverri, M., 2011: «Popular Royalists, Empire and Politics in Southwestern New Granada», *Hispanic American Historical Review*, vol. 91, n.º 2, 237-269.

Edgren, H., 2010: «Traumakonstruktionen: Svensk historieskrivning om rikssprängningen 1809» [La construcción del trauma: historiografía sueca sobre la explosión nacional de 1809], *Scandia*, vol. 76, n.º 1, 9-39

Edmunds, R. D., 1983: «Tecumseh, the Shawnee Prophet, and American History: A Reassessment», *Western Historical Quarterly*, vol. 14, n.º 3, 261-276.

Egan, C. L., 1969: «The United States, France, and West Florida, 1803-1807», *Florida Historical Quarterly* 47, n.º 3, 234.

Ehrman, J., 1996: *The Younger Pitt: The Consuming Struggle*, Stanford, Stanford University Press.

Eidahl, K. O., 1990: *The Military Career of Nicolas Charles Oudinot (1767-1847)*, tesis doctoral, Florida State University.

Eidahl, K. O., 1995: «Napoleon's Faulty Strategy: Oudinot's Operations against Berlin, 1813», *CRE* 1995.

Eissa-Barroso, F. A., 2010: «The Illusion of Disloyalty: Rumours, Distrust, and Antagonism, and the Charges Brought Against the Viceroy of New Spain in the Autumn of 1808», *Hispanic Research Journal*, vol. 11, n.º 1, 25-36.

Eliav-Feldon, M., Isaac, B. y Ziegler, J., 2009: *The Origins of Racism in the West*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ellis, G. J., 1981: *Napoleon's Continental Blockade: The Case of Alsace*, New York, Oxford University Press.

Ellis, J., 2000: *The Revolutionary Generation*, New York, Vintage Books.

Elphick, R. y Giliomee, H. (eds.), 1979: *The Shaping of South African Society, 1652-1840*, Middletown, Wesleyan University Press.

Elting, J. R., 1988: *Swords Around a Throne: Napoleon's Grande Armée*, New York, Free Press.

Elting, J. R., 1991: *Amateurs, to Arms! A Military History of the War of 1812*, Chapel Hill, Algonquin Books of Chapel Hill.

Eltis, D. y Walvin, J. (eds.), 1918: *The Abolition of the Atlantic Slave Trade: Origins and Effects in Europe, Africa and the Americas*, Madison, University of Wisconsin Press.

English, W. H., 1896: *Conquest of the Country Northwest of the River Ohio, 1778-1783, and Life of Gen. George Rogers Clark*, Indianapolis, Bowen-Merrill.

Englund, S., 2004: *Napoleon: A Political Life*, New York, Scribner.

Engman, M., 2009: *Pitkät jäähyväiset: Suomi Ruotsin ja Venäjän välissä vuoden 1809 jälkeen* [Una larga despedida: Finlandia entre Suecia y Rusia después de 1809], Helsinki, Werner Söderström Osakeyhtiö.

Enthoven, V., 2009: *Een haven te ver: de Britse expeditie naar de Schelde van 1809* [Un puerto demasiado lejano: la expedición británica al Escalda de 1809], Nijmegen, Vantilt.

Epstein, R. M., 1994: *Napoleon's Last Victory and the Emergence of Modern War*, Lawrence, University Press of Kansas.

Ermice, M. C., 2005: *Le origini del Gran Libro del debito pubblico e l'emergere di nuovi gruppi sociali (1806-1815)*, Napoli, Arte Tipografica Editrice.

Ermitage, D. y Subrahmanyam, S. (eds.), 2010: *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, New York, Palgrave Macmillan.

Esdaile, C. J., 2000: *Spain in the Liberal Age: From Constitution to Civil War, 1808-1939*, Oxford, Blackwell.

Esdaile, C., 2003: *The Peninsular War: A New History*, New York, Palgrave Macmillan [ed. en esp.: *La Guerra de la Independencia: una nueva historia*, A. Clavería (trad.), Barcelona, Crítica, 2004].

Esdaile, C. J., 2004: *Fighting Napoleon: Guerrillas, Bandits and Adventurers in Spain, 1808-1814*, New Haven, Yale University Press.

Esdaile, C. J., 2008: *Napoleon's Wars: An International History, 1803-1815*, New York, Viking.

Esdaile, C. J., 2012: *Outpost of Empire: The Napoleonic Occupation of Andalucia, 1810-1812*, Norman, University of Oklahoma Press.

Esdaile, C. J., 2016: *Napoleon: France and Waterloo: The Eagle Rejected*, Barnsley, Pen & Sword.

Esdaile, C. J., 2016b: *The Eagle Rejected: Napoleon, France and Waterloo*, Barnsley, Frontline Books.

Espitalier, A., 1912: *Napoleon and King Murat*, London, John Lane.

Everest, A. S., 1981: *The War of 1812 in the Champlain Valley*, Syracuse: Syracuse University Press.

Evrard, F., 1937: «Le commerce des laines d'Espagne sous le Premier Empire», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 12, n.° 28, 197-226.

Eysturlid, L. W., 2000: *The Formative Influences, Theories and Campaigns of the Archduke Carl of Austria*, Westport, Greenwood.

Fabry, G., 1900: *Campagne de Russie, 1812*, Paris, Lucien Gougy.

Fahmy, K., 2002: *All the Pasha's Men: Mehmet Ali, His Army, and the Making of Modern Egypt*, Al-Qāhira, American University in Al-Qāhira Press.

Fahmy, K., 2009: *Mehmet Ali: From Ottoman Governor to Ruler of Egypt*, Oxford, Oneworld.

Faivre, J.-P., 1962: *Le contre-amiral Hamelin et la Marine française*, Paris, Nouvelles Éditions latines.

Faroqhi, S. N. (ed.), 2006: *The Cambridge History of Turkey*, vol. 3, *The Later Ottoman Empire, 1603-1839*, Cambridge, Cambridge University Press.

Farrelly, T. S., 1934: «Early Russian Contact with Alaska», *Pacific Affairs*, vol. 7, n.° 2, 193-197.

Farrère, C., 1934: *Histoire de la marine française*, Paris, Flammarion.

Fedorowicz, W., 1911: 1809. *Campagne de Pologne, depuis le commencement jusqu'à l'occupation de Varsovie*, Paris, Plon-Nourrit.

Fehrenbach, E., 1973: *Der Kampf um die Einführung des Code Napoléon in den Rheinbundstaaten*, Wiesbaden, Steiner.

Fehrenbach, E., 1974: *Traditionale Gesellschaft und revolutionäres Recht: die Einführung des Code Napoléon in den Rheinbundstaaten*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Feldbaek, O., 2002: *The Battle of København 1801: Nelson and the Danes*, Barnsley, Leo Cooper.

Feldbaek, O., 1980: *Danmark og Det væbnede neutralitetsforbund 1800-1801: småstatspolitik i en verdenskrig* [Dinamarca y la Liga de la Neutralidad Armada 1800-1801: política de pequeños estados en una guerra mundial], København, Institut for økonomisk historie ved Københavns universitet.

Feldbaek, O., 1982: «The Foreign Policy of Tsar Paul I, 1800-1801: An Interpretation», *Jahrbücher für Geschichte Österuropas*, vol. XXX, 16-36.

Félix, J., 2001: «The Economy», en W. Doyle (ed.), *Old Regime France, 1648-88*, Oxford, Oxford University Press.

Ferguson, N., 2004: *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, New York, Basic Books.

Ferguson, N., 2004: Empire: *The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, New York, Basic Books.

Fernandes, P., 1991: *The Tigers of Mysore: A Biography of Hyder Ali and Tipu Sultan*, Naī Dillī, Viking.

Ferrer, A., 2014: *Freedom's Mirror: Cuba and Haiti in the Age of Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ferrero, G., 1961: *The Gamble: Bonaparte in Italy, 1796-1797*, New York, Walker.

Fesser, G., 2006: *1806, die Doppelschlacht bei Jena und Auerstedt*, Jena, Bussert und Stadeler.

Field, A., 2006: *Talavera: Wellington's First Victory in Spain*, Barnsley, Pen & Sword.

Field, A., 2017: *Waterloo: The French Perspective*, Barsnley, Pen & Sword.

Findley, C. V. 1970: «The Legacy of Tradition to Reform: Origins of the Ottoman Foreign Ministry», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 1, n.º 4, 334-357.

Findley, C. V., 1972: «The Foundation of the Ottoman Foreign Ministry: The Beginnings of Bureaucratic Reform under Selim III and Mahmud II», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 3, n.º 4, 388-416.

Finlay, G., 1971: *History of the Greek Revolution*, London, Zeno.

Finley, M. C., 1989: «The Most Monstrous of Wars: Suppression of Calabrian Brigandage, 1806-1811*», Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe, 1989*, II, 254.

Finley, M., 1994: *The Most Monstrous of Wars: The Napoleonic Guerrilla War in Southern Italy, 1806-1811*, Columbia, University of South Carolina Press.

Finley, M. I., 1987: *A History of Sicily*, New York, Viking.

Fisher, A. F., 1970: *The Russian Annexation of the Crimea, 1772-1783*, Cambridge, Cambridge University Press.

Fisher, H., 1903: *Studies in Napoleonic Statesmanship: Germany*, Oxford, Clarendon Press.

Fisher, H. E. S., 1971: *The Portugal Trade: A Study of Anglo-Portuguese Commerce, 1700-1770*, London, Methuen.

Fisher, J. R., 1970: *Government and Society in Colonial Peru: The Intendant System, 1784-1814*, London, The Athlone Press.

Fisher, J. R., 1985: *Commercial Relations Between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Liverpool, Centre for Latin American Studies, University of Liverpool.

Fisher, J. R., 1997: *The Economic Aspects of Spanish Imperialism in America, 1492-1810*, Liverpool, Liverpool University Press.

Fitton, R. S., 1953: «Overseas Trade during the Napoleonic Wars, as Illustrated by the Records of W. G. & J. Strutt», *Economica*, vol. 20, n.º 77, 53-60.

Fitzpatrick, T., 2019: *The Long Shadow of Waterloo: Myths, Memories and Debates*, Oxford, Casemate.

Flayhart, W. H., 2004: *Counterpoint to Trafalgar: The Anglo-Russian Invasion of Naples, 1805-06*, Gainesville: University Press of Florida.

Fleischman, T., 1973: *L'expedition anglaise sur le continent en 1809, conquéte de l'île de Walcheren et menace sur Anvers*, Bruxelles, La Renaissance du livre.

Fleming, K. E., 1999: *The Muslim Bonaparte: Diplomacy and Orientalism in Ali Pasha's Greece*, Princeton, Princeton University Press.

Fletcher, I., 1991: *The Waters of Oblivion: The British Invasion of the Río de la Plata, 1806-07*, Staplehurst, Spellmount, 1991.

Fletcher, I., 2003: *The Lines of Torres Vedras 1809-11*, Oxford, Osprey.

Fletcher, I., 2004: *Salamanca 1812: Wellington Crushes Marmont*, Oxford, Osprey.

Forczyk, R., 2005: *Toulon 1793: Napoleon's First Great Victory*, Oxford, Osprey.

Ford, G. S., 1903: *Hanover and Prussia, 1795-1803. A Study in Neutrality*, New York, Columbia University Press.

Forrest, A., 1989: *Conscripts and Deserters: The Army and the French Society During the Revolution and Empire*, New York, Oxford University Press.

Forrest, A., 2015: *Waterloo*, Oxford, Oxford University Press.

Forrest, A., Hagemann, K. y Rowe, M. (eds.), 2016: *War, Demobilization and Memory: The Legacy of War in the Era of Atlantic Revolutions*, New York, Palgrave Macmillan.

Forrest, A. y Middell, M. (eds.), 2016: *The Routledge Companion to the French Revolution in World History*, London, Routledge.

Fortescue, J. W., 1906-1930: *A History of the British Army*, 6 vols., London, Macmillan.

Fortescue, J. W., 1909: *The County Lieutenancies and the Army, 1803-1814*, London, Macmillan.

Foucart, P. J., 1887*: Campagne de Prusse, 1806: d'après les archives de la guerre*, Paris, Berger-Levrault.

Foster, W. 1917: «The India Board (1784-1858)», *Transactions of the Royal Historical Society (Third Series)*, vol. 11, 61-85.

Fournier, A., 1900: *Der Congress von Châtillon. Die Politik im Kriege von 1814. Eine historische Studie*, Wien, F. Tempsky.

Fournier, A., 1908: *Historische Studien und Skizzen*, Wien, Wilhelm Braumüller.

Fournier, A., 1911: *Napoleon I: A Biography*, New York, H. Holt.

Frakes, M. A., 1989: «Governor Ribera and the War of Oranges on Paraguay's Frontiers», *The Americas*, vol. 45, n.º 4, 489-508

Franceschi, M. y Weider, B., 2008: *The Wars Against Napoleon: Debunking the Myth of the Napoleonic Wars*, New York, Savas Beatie.

Francesco, A. de, 1997: «Aux origins du movement démocratique italien: quelques perspectives de recherché d'après l'exemple de la période révolutionnaire 1796-1801», *Annales historiques de la Révolution Française*, n.º 308, 333-348.

Francis, A. D., 1960: «John Methuen and the Anglo-Portuguese Treaties of 1703», *Historical Journal*, vol. 3, n.º 2.

Francis, D., 1985: *Portugal, 1715-1808: Joanine, Pombaline and Rococo Portugal as Seen by British Diplomats and Traders*, London, Tamesis Books.

Fraser, A., 2001: *Marie Antoinette: The Journey*, New York, Doubleday.

Fraser, R., 2008: *Napoleon's Cursed War: Popular Resistance in the Spanish Peninsular War*, London, Verso.

Fremont-Barnes, G., 1805: *Nelson's Crowning Victory*, Oxford, Osprey.

Freund, W. M., 1979: «The Cape Under the Transitional Governments, 17951814», en R. Elphick y H. Giliomee (eds.), *The Shaping of South African Society 1652-1840*, Middletown, Wesleyan University Press.

Frey., L. y Frey, M., 1993: «"The Reign of Charlatans Is Over": The French Revolutionary Attack on Diplomatic Practice», *Journal of Modern History*, vol. 65, 706-744.

Fritz, H. W., 1977: «The War Hawks of 1812», *Capitol Studies*, vol. 5, 25-42.

Fritz, L. J., 1937: *Napoleon's Continental System in the North German States*, tesis de grado, University of Wisconsin-Madison.

Frost, O. W., 2003: *Bering: The Russian Discovery of America*, New Haven, Yale University Press.

Frost, R., 2000: *The Northern Wars: War, State and Society in Northeastern Europe 1558-1721*, New York, Longman.

Fryman, M., 1977: «Charles Stuart and the Common Cause: Anglo-Portuguese Diplomatic Relations, 1810-1814», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*.

Fu, L.-S. (ed.), 1967: *A Documentary Chronicle of Sino-Western Relations (1644-1820)*, Tucson, University of Arizona Press.

Fugier, A., 1930: *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*, Paris, F. Alcan.

Furber, H., 1993: «The East India Directors in 1784», *Journal of Modern History*, vol. 5, n.° 4, 479-495.

Furet, F., 1981: *Interpreting the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gachot, E., 1903: *Souvarow en Italie*, Paris, Perrin.

Gagliardo, J., 1980: *Reich and Nation: The Holy Roman Empire as Idea and Reality, 1763-1806*, Bloomington, Indiana University Press.

Gainot, B., 1997: «Révolution, liberté=Europe des nations? Sororité conflictuelle», en J. P. Bertaud (ed.), *Mélanges Michel Vovelle sur la Révolution, approaches plurielles*, Paris, Société des études robespierristes, 457-468

Gainot, B., 2000: «Réflexions sur le plebiscite de l'an VIII à partit de l'exemple de la Saône-et-Loire», en J. J. Clère (ed.), *Le Bonheaur est une idéee neuve: Mélanges en l'honneur du Professeur Jean Bart*, Dijon, Presses universitaires de Dijon.

Galpin, W. F., 1923: «The American Grain Trade to the Spanish Peninsula, 1810-1814», *American Historical Review*, vol. XXVIII, 24-44.

Galpin, W. F., 1925: *The Grain Supply of England During the Napoleonic Period*, New York, Macmillan.

Ganson, B. A., 2003: *The Guarani Under Spanish Rule in the Río de la Plata*, Stanford, Stanford University Press.

Gardane, A. de., 1865: *La mission du Général Gardane en Perse sous le premier Empire*, Paris, Librarie de Ad. Laine.

Gardiner, R., 1998: *The Victory of Seapower: Winning the Napoleonic War, 1806-1814*, London, Caxton Editions.

Gardiner, R., 2001: *The Campaign of Trafalgar*, London, Caxton Editions.

Garraty, J. A. y Gay, P., 1972: *The Columbia History of the World*, New York, Harper & Row.

Gates, D., 1986: *The Spanish Ulcer*, London, Allen & Unwin [ed. en esp.: *La úlcera española: historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Cátedra, 1987].

Gayer, A., Rostow, W. y Schwartz, A., 1953: *The Growth and Fluctuations of the British Economy, 1790-1850*, Oxford, Clarendon Press.

Geggus, D., 1981: «Jamaica and the Saint Domingue Slave Revolt, 1791-1793», *The Americas* 38.

Geggus, D., 2002: *Haitian Revolutionary Studies*, Bloomington, Indiana University Press.

Geisendorf-Des Gouttes, T., 1936: *Les prisonniers de guerre au temps du I^er^ empire. La déportation aux Baléares et aux Canaries (les archipels enchanteurs et farouches) des soldats de Baylen et des marins de Trafalgar (1809-1814)*, Genève, Éditions Labor.

Gelashvili, A., 2010: *Kakhetis 1812 tslis ajankeba* [1812 rebelión tsli de Kakheti], Tbilisi, Artanuji.

Generalstabens krigshistoriska afdelning, Sveriges krig åren 1808 och 1809 [Departamento de Historia de la Guerra del Estado Mayor, Guerra de Suecia en 1808 y 1809], Stockholm, Kongl. Boktryckeriet P. A. Norstedt & söner.

Gennequin, P. H., 2011: *«The Centurions vs. the Hydra»: French Counterinsurgency in the Peninsular War (1808-1812)*, tesis MMAS, US Army Command and General Staff College.

Gent, T. van, 2001*: De Engelse invasie van Walcheren in 1809*, Amsterdam, De Bataafsche Leeuw.

Geoghegan, P., 1999: *The Irish Act of Union: A Study in High Politics, 1798-1801*, Dublin, Gill and Macmillan.

Geyl, P., 1982: *Napoleon: For and Against*, New York, Penguin Books.

Ghurbal, M. S., 1928: *The Beginnings of the Egyptian Question and the Rise of Mehemet Ali*, London, George Routledge & Sons.

Gill, C., 1909: «The Relations Between England and France in 1802», *English Historical Review*, vol. XXIV, n.° 93.

Gill, J. H., 2008: *1809. Thunder on the Danube*, 3 vols., Barnsley, Frontline Books.

Gilli, M. (ed.), 2005: *Un révolutionnaire allemand, Georg Forster (1754-94)*, Paris, Éditions du CTHS, 440.

Gilmore, R. L., 1060: «The Imperial Crisis, Rebellion and the Viceroy: Nueva Granada in 1809», *Hispanic American Historical Review* 40, n.º 1, 1-24.

Girard, P., 2016: *Toussaint Louverture: A Revolutionary Life*, New York, Basic Books.

Girard, P. R., 2011: *The Slaves Who Defeated Napoleon: Toussaint Louverture and the Haitian War of Independence, 1801-1804*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Girnius, S. A., 1981: *Russia and the Continental Blockade*, tesis doctoral, University of Chicago.

Girod de l'Ain, M., 1900: *Vie militaire du Géneral Foy*, Paris, Plon-Nourrit.

Gleave, R., 2005: «The Clergy and the British: Perceptions of Religion and the Ulama in Early Qajar Iran», en V. Martin (ed.), *Anglo-Iranian Relations Since 1800*, New York, Routledge.

Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., 2014: *Experiences of War and Nationality in Denmark and Norway, 1807-1815*, New York, Palgrave Macmillan.

Glete, J., 1993: *Navies and Nations: Warships, Navies and State Building in Europe and America, 1500-1860*, Stockholm, Almqvist & Wiksell International.

Glover, G., 2010-2014: *The Waterloo Archive*, London, Frontline Books.

Glover, G., 2014: *Waterloo: Myth and Reality*, Barnsley, Pen & Sword.

Glover, G., 2017: *The Forgotten War Against Napoleon: Conflict in the Mediterranean, 1793-1815*, Barnsley, Pen & Sword.

Glover, M., 1970: *Britannia Sickens: Sir Arthur Wellesley and the Convention of Cintra*, London, Leo Cooper.

Glover, M., 1978: *A Very Slippery Fellow: The Life of Sir Robert Wilson, 1777-1849*, Oxford, Oxford University Press.

Glover, R., 1967: «The French Fleet, 1807-1814: Britain's Problem and Madison's Opportunity», *Journal of Modern History*, vol. 39, n.º 3.

Godechot, J. L., 1956: *La Grande Nation: L'expansion révolutionnaire de la France dans le monde de 1789 à 1799*, Paris, Aubier.

Godechot, J., 1969: «Les variations de la politique française à l'égard des pays occupés de 1792 à 1815», en *Occupants, Occupés 1792-1815. Colloque de Bruxelles, 29 et 30 janvier 1968*, Bruxelles, Université libre de Bruxelles, Centre d'histoire économique et sociale.

Godechot, J. L., 1981: *The Counter-Revolution: Doctrine and Action, 1789-1804*, Princeton, Princeton University Press.

Godechot, J. L., 1986: *Le Comte d'Antraigues: Un espion dans l'Europe des émigrés*, Paris, Fayard.

Goltz, C. von der, 1913: *From Jena to Eylau: The Disgrace and the Redemption of the Old-Prussian Army: A Study in Military History*, London.

Goodman, E., 1958: «Spanish Nationalism in the Struggle Against Napoleon», *Review of Politics*, vol. 20, n.º 3, 330-346.

Goodwin, A., 1979: *The Friends of Liberty: The English Democratic Movement in the Age of the French Revolution*, London, Hutchinson.

Goodwin, P., 2005: *The Ships of Trafalgar: The British, French and Spanish Fleets, 21 October 1805*, London, Conway Maritime.

Gordon, S., 1993: *The New Cambridge History of India*, vol. 2, parte 4, *The Marathas, 1600-1818*, Cambridge, Cambridge University Press.

Goscha, C., 2016: *Vietnam: A New History*, New York, Basic Books.

Goşu, A., 2003: *La troisième coalition antinapoléonienne et la Sublime Porte 1805*, İstanbul, Isis.

Gotteri, N., 1993: «Antoine-Alexandre Romieu (1764-1805), général et diplomate», *Revue dromoise*, vol. 88, n.º 468 y n.º 469.

Gould, E. H., 2013: «The Empire That Britain Kept», en E. G. Gray y J. Kamensky (eds.), *The Oxford Handbook of the American Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 465-482.

Gourgaud, G., 1904: *Talks of Napoleon at St. Helena* [...], Chicago, A. C. McClurg.

Graaf, B. de., 2018: *Tegen de terreur. Hoe Europa veilig werd na Napoleon* [Contra el terrorismo. Cómo Europa se volvió segura después de Napoleón], Amsterdam, Prometheus.

Graaf, B. de, Haan, I. de y Vick, B. E. (eds.), 2019: *Securing Europe After Napoleon: 1815 and the New European Security Culture*, Cambridge, Cambridge University Press.

Grab, A., 2001: «State, Society and Tax Policy in Napoleonic Europe», en P. Dwyer (ed.), *Napoleon and Europe*, London, Pearson.

Grab, A., 2014: «The Kingdom of Italy and Napoleon's Continental Blockade», en K. Aasletad y J. Joor (eds.), *Revisiting Napoleon's Continental System: Local, Regional and European Experiencia*, New York, Palgrave Macmillan, 98-111.

Graaf, B. de, Haan, I. de y Vick, B. E. (eds.), 2019: *Securing Europe After Napoleon: 1815 and the New European Security Culture*, Cambridge, Cambridge University Press.

Grab, A., 1995: «Army, State, and Society: Conscription and Desertion in Napoleonic Italy (1802-1814)», *Journal of Modern History*, vol. 67, n.º 1, 25-54.

Grab, A., 1995b: «State Power, Brigandage and Rural Resistance in Napoleonic Italy», *European History Quarterly*, vol. 25, 39-70.

Grab, A., 1998: «The Politics of Finance in Napoleonic Italy (1802-1814)», *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 3, n.º 2, 127-143.

Grab, A., 2000: «From the French Revolution to Napoleon» en J. A. Davis (ed.), *Italy in the Nineteenth Century: 1796-1900*, Oxford, Oxford University Press, 25-48.

Grab, A., 2003: *Napoleon and the Transformation of Europe*, New York, Palgrave Macmillan.

Grachev, V. P., 1995: «Plany sozdania slavianoserbskogo gosudarstva na Balkanaj v nachale XIX v. i otnoshenie k nim pravitelstva Rossii» [Planes para la creación de un Estado eslavo-serbio en los Balcanes a principios del siglo XX y la actitud del Gobierno ruso hacia ellos], en I. Dostian (ed.), *Rossia i Balkany: Iz istorii obschestvenno-politicheskij i kulturnyj sviazei (XVIII v.-1878 g.)* [Rusia y los Balcanes: de la historia de las relaciones sociopolíticas y culturales (siglo XVIII-1878)], Moskva, Institut slavyanovedeniya i balkanistiki RAN.

Grade, A., 1913: *Sverige och Tilsitalliansen (1807-1810)* [Suecia y la Alianza Tilsit (1807-1810)], Lund, Gleerupska univ.-bokhandeln.

Grainger, J. D., 1996: *The Royal Navy in the River Plate, 1806-1807*, Aldershot, Scolar Press.

Grainger, J. D., 2004: *The Amiens Truce: Britain and Bonaparte, 1801-1803*, Rochester, Boydell Press.

Grainger, J. D., 2014: *The British Navy in the Baltic*, Woodbridge, Boydell Press.

Grainger, J. D., 2015: *British Campaigns in the South Atlantic 1805-1807*, Barnsley, Pen & Sword Military.

Grandmaison, C.-A. G. de, 1908: *L'Espagne et Napoléon, 1804-1809*, Paris, Plon-Nourrit.

Grasset, A. L., 1914: *La Guerre d'Espagne, 1807-1813*, Paris, Berger-Levrault.

Graves, D. E., 2001: «The Redcoats Are Coming! British Troop Movements to North America in 1814», *Journal of the War of 1812*, vol. 6, n.º 3, 12-18.

Graves, D. E., 2003: «"The Finest Army Britain Ever Sent to North America": The Composition, Strength, and Losses of British Land Forces During the Plattsburgh Campaign, September 1814», *Journal of the War of 1812*, vol. 7, n.º 4, 6-12.

Graves, D. E., 2010: *Dragon Rampant: The Royal Welch Fusiliers at War, 1793-1815*, Barnsley, Frontline Books.

Graves, D. E., 2014: «*Where Right and Glory Lead!*»: *The Battle of Lundy's Lane, 1814*, Toronto, Robin Brass.

Gray, J. M., 2015: *A History of the Gambia*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gray, M., 1981: «Bureaucratic Transition and Accommodation of the Aristocracy in the Prussian Reform Year 1808», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe* 1981, 86-92.

Greer, D., 1951: *The Incidence of the Emigration During the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press.

Gregory, D., 1985: *The Ungovernable Rock: A History of the Anglo-Corsican Kingdom and its Role in Britain's Mediterranean Strategy During the Revolutionary War, 1793-1797*, Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press.

Gregory, D., 1988: *The Beneficent Usurpers: A History of the British in Madeira*, London, Associated University Presses.

Gregory, D., 1998b: *Sicily: The Insecure Base: A History of the British Occupation of Sicily, 1806-1815*, Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press.

Gregory, D., 1996: *Malta, Britain and the European Powers, 1793-1815*, Rutherford, Farleigh Dickinson University Press.

Gregory, D., 2001: *Napoleon's Italy*, Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press.

Grehan, J., 2000: *The Lines of Torres Vedras: The Cornerstone of Wellington's Strategy in the Peninsular War, 1809-1812*, London, Spellmount.

Grenier, E., 1911: *Étude sur 1807: Manoeuvres d'Eylau et Friedland*, Paris, Charles-Lavauzelle.

Grewal, J. S., 1998: *The New Cambridge History of India*, vol. 2, parte 3, *The Sikhs of the Punjab*, Cambridge, Cambridge University Press.

Grigoryan, Z., 1959: *Prisoedinenie Vostochnoi Armenii k Rossii v nachale XIX veka* [La adhesión de Armenia Oriental a Rusia a principios del siglo XX], Moskva, Izd-vo sotsialno-ekonomicheskoi lt-ry.

Grimsted, P., 1970: «Czartoryski's System for Russian Foreign Policy, 1803», *California Slavic Studies*, vol. V, 19-92.

Grossmann, H., 1925: *Struktura społeczna i gospodarcza Księstwa Warszawskiego: na podstawie spisów ludności, 1808-1810*, Warzsawa, Nakł. Gł. Urzędu Statystycznego.

Gruner, W. D., 2012: *Der Deutsche Bund 1815-1866*, München, Beck.

Gruner, W. D., 2014: *Der Wiener Kongress, 1814/15*, Stuttgart, Philipp Reclam.

Grünewald, A., 2001: *Die Helvetische Republik 1798-1803*, Reinach, Multipress-Verl.

Guizot, F., 1902: *France*, New York, P. F. Colllier & Son.

Gümüş, N., 2006: «Son Gürcü Krali II. Solomon'un Ruslara Karşi Mücadelesi ve Osmanli Devleti İle İlişkileri» [El último rey georgiano. La lucha de Salomón contra los rusos y sus relaciones con el Estado otomano], *Necmettin Erbakan Üniversitesi Il ahiyat Fakültesi Dergisi* [Revista de la Facultad de Teología de la Universidad Necmettin Erbakan], n.° 22, 105-118.

Günay, B., 2009: *Paris'te bir Osmanlı: Seyyid Abdurrahim Muhib Efendi'nin Paris sefirliği ve Büyük Sefaretnamesi* [Un otomano en París: la Embajada de París de Seyyid Abdurrahim Muhib Efendi y la Gran Embajada], İstanbul, Kitabevi.

Gupta, M., 1986: *Lord William Bentinck in Madras and the Vellore Mutiny, 1803-7*, Naī Dillī,Capital.

Gupta, P. C., 1964: *Baji Rao II and the East India Company, 1796-1818*, Mumbaī, Allied.

Gvosdev, N. K., 2000: *Imperial Policies and Perspectives Towards Georgia, 1760-1819*, New York, St. Martin's Press.

Haddad, G. M., 1966: «Fathallah al-Sayegh and His Account of a Napoleonic Mission Among the Arab Nomads: History or Fiction?», *Studia Islamica*, n.° 24, 107-123.

Hagemann, K., 2015: *Revisiting Prussia's War Against Napoleon: History, Culture and Memory*, Cambridge, Cambridge University Press.

Halbert, H. S. y Ball, T. H., 1995: *The Creek War of 1813 and 1814*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Hales, E., 1961: *Napoleon and the Pope: The Story of Napoleon and Pius VII*, London, Eyre & Spottiswoode.

Hall, C., 1992: *British Strategy in the Napoleonic Wars, 1803-1815*, Manchester, Manchester University Press.

Hall, C., 2004: *Wellington's Navy: Seapower and the Peninsular War 1807-1814*, London, Chatham.

Hall, N. A. T., 1992: *Slave Society in the Danish West Indies: St. Thomas, St. John and St. Croix*, B. W. Higman (ed.), Kingston, University of the West Indies Press.

Hall, J. R., 1915: *General Pichegru's Treason*, London, Smith, Elder.

Hamill, H. M., 1966: *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence*, Gainesville, University of Florida Press.

Hamill, H. M., 2003: «"An 'Absurd Insurrection'?" Creole Insecurity, Pro-Spanish Propaganda, and the Hidalgo Revolt», en C. I. Archer (ed.), *The Birth of Modern Mexico, 1780-1824*, Lanham, Rowman & Littlefield.

Hamnett, B., 2015: «The Meieva Roots of Spanish Constitutionalism», en N. Sobrevilla Perea y S. Eastman (eds.), *The Rise of Constitutional Government in the Iberian Atlantic World: The Impact of the Cádiz Constitution of 1812*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 19-41.

Hamnett, B. R., 1980: «Mexico's Royalist Coalition: The Response to Revolution 1808-1821», *Journal of Latin American Studies*, vol. 12, n.° 1.

Hamnett, B. R. 2000: *La política contrarevolucionaria del Virrey Abascal: Perú, 1806-1816*, Lima, IEP.

Hamnett, B. R., 2017: *The Enlightenment in Iberia and Ibero-America*, Cardiff, University of Wales Press.

Hamnström, E., 1902: *Freden i Fredrikshamn*, Uppsala, Wretmans tryckeri.

Harbron, J., 2004: *Trafalgar and the Spanish Navy: The Spanish Experience of Sea Power*, London, Conway Maritime.

Harbron, J. D., 1988: *Trafalgar and the Spanish Navy*, Annapolis, Naval Institute Press.

Hardman, J., 1995: *French Politics, 1774-1789: From the Accession of Louis XVI to the Fall of the Bastille*, London, Longman.

Hardman, J., 2007: «The Real and Imagined Conspiracies of Louis XVI», en P. R. Campbell, T. E. Kaiser y M. Linton (eds.), *Conspiracy in the French Revolution*, 63-84.

Hardman, J., 2016: *The Life of Louis XVI*, New Haven, Yale University Press.

Hardman, W., 1909: *A History of Malta During the Period of the French and British Occupations, 1798-1815*, London, Longmans, Green.

Hårdstedt, M., 2006: *Finska kriget 1808-09* [La Guerra de Finlandia, 1808-1809], Stockholm, Prisma.

Hariharan, S., 2006: «Luso-British Cooperation in India: A Portuguese Frigate in the Service of a British Expedition», *South Asia Research*, vol. 26, n.º 2, 133-143.

Hariharan, S., 2007: «Macao and the English East India Company in the Early Nineteenth Century: Resistance and Confrontation», *Portuguese Studies*, vol. 23, n.º 2, 135-152.

Hariharan, S. y Hariharan, P. S., 2013: «The Expedition to Garrison Portuguese Macao with British Troops: Temporary Occupation and Re-Embarkation, 1808», *International Journal of Maritime History*, vol. 25, n.º 2, 85-116.

Hariharan, S., 2010: «Relations Between Macao and Britain During the Napoleonic Wars: Attempt to Land British Troops in Macao, 1802», *South Asia Research*, vol. 30, issue 2, 185-196.

Harper, J. L., 2004: *American Machiavelli: Alexander Hamilton and the Origins of the U.S. Foreign Policy*, Cambridge, Cambridge University Press.

Harrison, J. B., 1937: *The Continental System in Italy as Revealed by American Commerce*, tesis doctoral, University of Wisconsin-Madison.

Harvey, R., 2002: *Liberators: South America's Savage Wars of Freedom, 1810-1830*, London, Robinson.

Hatalkar, V. G., 1958: *Relations Between the French and the Marathas*, Mumbaī, T. V. Chidambaran.

Hathaway, J., 1997: *The Politics of Households in Ottoman Egypt: The Rise of the Qazdaglis*, Cambridge, Cambridge University Press.

Haudrere, P., 1989: *La compagnie francaise des Indes au XVIII^e siecle 1719-1795*, 4 vols., Paris, Librairie de l'Inde.

Hayes, R., 1932: *Ireland and Irishmen in the French Revolution*, London, Ernest Benn.

Haynes, C., 2018: *Our Friends the Enemies: The Occupation of France After Napoleon*, Cambridge, Harvard University Press.

Haythornthwaite, P., 2001: *Corunna 1809: Sir John Moore's Fighting Retreat*, Oxford, Osprey.

Hayworth, J. R., 2019: *Revolutionary France's War of Conquest in the Rhineland: Conquering the Natural Frontier, 1792-1797*, Cambridge, Cambridge

University Press.

Hazareesingh, S., 2004: *The Legend of Napoleon*, London, Granta Books.

Hazareesingh, S., 2004b: *The Saint-Napoleon. Celebrating Sovereignty in Nineteenth-Century France*, Cambridge, Harvard University Press.

Heaton, H., 1941: «Non-Importation, 1806-1812», *Journal of Economic History*, vol. 1, n.° 2, 178-198.

Heckscher, E. F., 1922: *The Continental System: An Economic Interpretation*, Oxford, Clarendon Press.

Hector, M. (ed.), 1995: *La Révolution francaise et Haiti: Filiations, ruptures, nouvelles dimensions*, Port-au-Prince, Sociéte Haitienne d'histoire et de géographie.

Helfert, J. A. von, 1878: *Königin Karolina von Neapel und Sicilien im Kampfe gegen die französische Weltherrschaft, 1790-1814: mit Benützung von Schriftstücken des K.K. Haus-, Hof-und Staats-Archivs*, Wien, Braumüller.

Henderson, T. J., 2009: *The Mexican Wars of Independence*, New York, Hill and Wang.

Herold, C., 1962: *Bonaparte in Egypt*, London, Hamish Hamilton.

Herold, C., 2003: *The Age of Napoleon*, New York, Houghton Mifflin.

Herr, R., 1996: «The Constitution of 1812 and the Spanish Road to Parliamentary Monarchy», en I. Woloch (ed.), *Revolution and the Meanings of Freedom in the Nineteenth Century*, Stanford, Stanford University Press.

Herr, R., 1989: *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime*, Berkeley, University of California Press.

Herreros de Tejada, L., 1923: *El teniente general D. José Manuel de Goyeneche*, primer conde de Guaqui, Barcelona, Oliva de Vilanova.

Heuvel, J. V., 2001: *A German Life in the Age of Revolution*: *Joseph Görres, 1776-1848*, Washington, Catholic University of America Press.

Heyd, U., 1961: «The Ottoman Ulama and Westernization at the Time of Selim IIII and Mahmud II», en *Studies in Islamic History and Civilization*, Yerushaláyim, Magnes Press, Hebrew University, 63-96.

Hibbert, C., 1961: *Corunna*, London, Batsford.

Hickey, D. R., 1995: *The War of 1812: A Short History*, Urbana, University of Illinois Press.

Hickey, D. R., 2012: *The War of 1812: A Forgotten Conflict*, Urbana, University of Illinois Press.

Hickey, D. R., 2015: *Glorious Victory: Andrew Jackson and the Battle of New Orleans*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Higby, C. P., 1919: *The Religious Policy of the Bavarian Government During the Napoleonic Period*, New York, Columbia University.

Hippler, T., 2008: *Citizens, Soldiers and National Armies: Military Service in France and Germany, 1789-1830*, London, Routledge.

Hitchins, K., 2012: «Small Powers: Wallachia and Georgia Confront the Eastern Question, 1768-1802», en I. Biliarsky, O. Cristea y A. Oroveanu (eds.), *The Balkans and Caucasus: Parallel Processes on the Opposite Sides of the Black Sea*, Cambridge, Cambridge Scholars.

Hochedlinger, M., 2003: *Austria's Wars of Emergence: War, State and Society in the Habsburg Monarchy, 1683-1797*, London, Longman, 2003.

Hochschild, A., 2006: *Bury the Chains: Prophets and Rebels in the Fight to Free an Empire's Slaves*, New York, Houghton Mifflin.

Hocquellet, R., 2001: *Résistance et revolution durant l'occupation napoléonienne en Espagne, 1808-1812*, Paris, La Boutique de l'histoire éd.

Hodge, W. B., 1856: «On the Mortality Arising from Military Operations», *Journal of the Statistical Society of London* XIX.

Hofschröer, P., 1993: *Leipzig, 1813: The Battle of the Nations*, Oxford, Osprey.

Hofschröer, P., 2005: *Waterloo, 1815: Quatre Bras and Ligny*, Barnsley, Pen & Sword.

Holborn, H., 1967: *A History of Modern Germany, 1648-1840*, New York, Alfred A. Knopf.

Holland, E. V. F., 1910: *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland*, G. S. H. Fox-Strangways (ed.), London, Longmans.

Holtman, R. B., 1967: *The Napoleonic Revolution*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Hooijer, G. B., 1895: *De krijgsgeschiedenis van Nederlandsch-Indië van 1811 tot 1894*, Batavia, G. Kolff.

Hook, T. E., 1832: *The Life of General, the Right Honourable, Sir David Baird*, London, Richard Bentley.

Hoover, J. W., 2007: *Men Without Hats: Dialogue, Discipline, and Discontent in the Madras Army 1806-1807*, Naī Dillī, Manohar.

Höpfner, F. E. A. von, 1850: *Der Krieg von 1806 und 1807 (i.e. achtzehnhundertsechs und achtzehnhundertsieben): ein Beitrag zur Geschichte der Preussischen Armee nach den Quellen des Kriegs-Archivs bearbeitet*, Berlin, Schropp.

Hopkirk, P., 1990: *The Great Game: On Secret Service in High Asia*, Oxford, Oxford University Press.

Hopton, R., 2002: *The Battle of Maida 1806: Fifteen Minutes of Glory*, London, Leo Cooper.

Horn, J., 2002: «Building the New Regime: Founding the Bonapartist State in the Department of the Aube», *French Historical Studies* 25, n.° 2.

Horn, J., 2006: *The Path Not Taken: French Industrialization in the Age of Revolution, 1750-1830*, Cambridge, MIT Press.

Hornborg, E., 1955: *När Riket Sprängdes: Fälttågen i Finland och Västerbotten 1808-09* [Cuando el reino explotó: campañas en Finlandia y Västerbotten 1808-09], Stockholm, Norstedt.

Horsman, R., 1957: «Western War Aims, 1811-1812», *Indiana Magazine of History*, vol. 53, 1-18.

Horsman, R., 1962: *The Causes of the War of 1812*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Horstenau, E. G. von, 1913: *La campagne de Dresde, Geschichte der Kämpfe Österreichs. Kriege unter der Regierung des Kaisers Franz. Befreiungskrieg 1813 und 1814*, Wien, L. W. Seidel und Sohn.

Horward, D. D., 1965: *The Battle of Bussaco: Masséna vs. Wellington*, Tallahassee, Florida State University Press.

Horward, D. D., 1978: «British Sea Power and Its Influence upon the Peninsular War (1808-1814)», *Naval War College Review*, vol. 31, n.º 2, 54-71.

Howard, D. D., 1981: «Portugal and the Anglo-Russian Naval Crisis (1808)», *Naval War College Review* 34, 48-74.

Horward, D. D., 1987: «Wellington and the Defense of Portugal, 1808-1813», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*, 1987, 101.

Horward, D. D., 1989: «Admiral Berkeley and the Duke of Wellington: The Winning Combination in the Peninsula», en W. B. Cogar (ed.), *New Interpretations in Naval History*, Annapolis, Naval Institute Press.

Horward, D. D., 1991: «Wellington, Berkeley, and the Royal Navy: Sea Power and the Defense of Portugal (1908-1812)», *British Historical Society of Portugal Annual Report and Review* 18.

Horward, D. D., 1993: «Wellington's Peninsular Strategy, Portugal and the Lines of Torres Vedras», *Portuguese Studies Review* 2.

Horward, D. D., 1999: «Logistics and Strategy in the Peninsula», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe*, 1999.

Houdaille, J., 1972: «Pertes de l'armée de terre sous le premier Empire, d'après les registres matricules», *Population*, vol. 27, n.º 1, 27-50.

Houssaye, H., 1885: «La Capitulation de Soissons en 1814, d'après les documents originaux», *Revue des Deux Mondes* 70, 553-588.

Houssaye, H., 1895: *1814*, Paris, Librairie Académique Didier.

Houssaye, H., 1901: *1815. Le Retour de l'Ile d'Elbe*, Paris, Perrin.

Houssaye, H., 1914: *Napoleon and the Campaign of 1814*, London, Hugh Rees.

Howard, M. R., 2012: *Walcheren 1809: The Scandalous Destruction of a British Army*, Barnsley, Pen & Sword Military.

Howay, F. W. 1917: «The Spanish Settlement at Nootka», *Washington Historical Quarterly*, vol. VIII, n.º 3, 163-171.

Huchet, P., 1998: *Georges Cadoudal et les chouans*, Rennes, Editions Ouest-France.

Hueckel, G., 1973: «War and the British Economy, 1793-1815: A General Equilibrium Analysis», *Explorations in Economic History*, vol. 10, n.º 4, 365-396.

Hughes, B., 2013: *The British Invasion of the River Plate 1806-1807: How the Redcoats Were Humbled and a Nation Was Born*, Barnsley, Pen & Sword Military.

Hughes, L., 2004: *Peter the Great: A Biography*, New Haven, Yale University Press.

Hughes, M. J., 2012: *Forging Napoleon's Grande Armée: Motivation, Military Culture, and Masculinity in the French Army, 1800-1808*, New York, New York University Press.

Huidekoper, F. L., 1905: «The Surprise of the Tabor Bridge at Vienna by Prince Murat and Marshal Lannes, November 13, 1805», en *Journal of the Military Service Institution of the United States* XXXVI.

Huidekoper, F. L., 1907: «Napoleon's Concentration on the Rhine and Main in 1805», *Journal of the Military Service Institution of the United States* XLI, 207-220.

Hull, I., 1996: *Sexuality, State, and Civil Society in Germany, 1700-1815*, Ithaca, Cornell University Press.

Humphreys, R. A., 1952: *Liberation in South America, 1806-27: The Career of James Paroissien*, London, Athlone Press.

Hunt, G., 2008: *The Duel: Castlereagh, Canning and Deadly Cabinet Rivalry*, London, I. B. Tauris.

Hunt, L., 2007: *Inventing Human Rights: A History*, London, W. W. Norton.

Hunt, L., 2010: «The French Revolution in Global Context», en D. Ermitage y S. Subrahmanyam, (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, New York, Palgrave Macmillan, 20-36.

Hurewitz, J. C., 1961: «Ottoman Diplomacy and the European State System», *Middle East Journal*, vol. 15, n.º 2, 141-152.

Hurt, J. J., 2004: *Louis XIV and the Parlements: The Assertion of Royal Authority*, Manchester, Manchester University Press, 2004.

Ibragimbeili, X., 1969: *Rossia i Azerbaijan v pervoi treti XIX veka* [Rusia y Azerbaiyán en el primer tercio del siglo XX], Moskva, Nauka.

Igamberdyev, M., 1961: *Iran v mezhdunarodnyj otnosheniaj pervoi treti XIX veka* [Irán en las relaciones internacionales en el primer tercio del siglo XX], Samarkand, Izd-vo Samarkandskogo gos. univ.

Ihalainen, P., Sennefelt, K., Bregnsbo, M. y Winton, P. (eds.), 2011: *Scandinavia in the Age of Revolution: Nordic Political Cultures, 1740-1820*, Burlington, Ashgate.

Ilari, V. *et al.*, 2008: *Il regno di Sardegna nelle guerre napoleoniche e le legioni anglo-italiane, 1799-1815*, Novara, Widerholdt Frères.

Ingram, E., 1973: «A Preview of the Great Game in Asia, I: The Origins of the British Expedition to Egypt in 1801», *Middle Eastern Studies*, vol. 9, n.º 1.

Ingram, E., 1973b: «A Preview of the Great Game in Asia, III: The Origins of the British Expedition to Egypt in 1801», *Middle Eastern Studies*, vol. 9, n.º 3.

Ingram, E., 1981: *Commitment to Empire: Prophecies of the Great Game in Asia, 1797-1800*, Oxford, Clarendon Press.

Ingram, E., 1984: *In Defense of British India: Great Britain in the Middle East, 1775-1842*, London, Frank Cass.

Ingram, E., 1992: *Britain's Persia Connection, 1798-1828: Prelude to the Great Game*, Oxford, Clarendon Press.

Ingrao, C. W., 2000: *The Habsburg Monarchy, 1618-1815*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ionnisian, A., 1958: *Prisoedinenie Zakavkazia k Rossii i mezhdunarodnye otnoshenia v nachale XlX stoletiya* [Adhesión de Transcaucasia a Rusia y relaciones internacionales a principios del siglo XIX], Yerevan, Izd-vo AN Armyanskoi SSR.

Irwin, G., 1956: «Governor Couperus and the Surrender of Malacca, 1795», *Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society*, vol. 29, n.º 3, 86-113.

Ishizu, M., 2013: «Boom and Crisis in Financing British Transatlantic Trade: A Case Study of the Bankrupcy of John Leigh & Company in 1811», en T. M. Safley (ed.), *The History of Bankruptcy: Economic, Social and Cultural Implications in Early Modern Europe*, New York, Routledge.

Ivanenko, V., 1901: *Grazhdanskoe upravlenie Zakavkaziem ot prisoedineniya Gruzii do namestnichestva Velikago Kniazya Mijaila Nikolayevicha* [Administración civil de Transcaucasia desde la anexión de Georgia a la vicegerencia del gran duque Mijaíl Nikoláyevich], Tbilisi, Tip. Kantselyarii Glavnonachalstvuyuschego grazhdanskoi chastyu na Kavkaze.

Jachapuridze, G.V., 1950: *K istorii Gruzii pervoi poloviny XIX veka* [Acerca de la historia de Georgia en la primera mitad del siglo XX], Tbilisi, Zaria Vostoka.

Jackson, J. A., 1978: *The Mexican Silver Scheme: Finance and Profiteering in the Napoleonic Era, 1796-1811*, tesis doctoral, University of North Carolina.

Jakšić, G., 1927: *Evropa i vaskrs Srbije, 1804-1834* [Europa y la resurrección de Serbia, 1804-1834], Beograd, Narodna misao.

James, C. L. R., 1989: *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, New York, Vintage Books.

James, W., 1837: *The Naval History of Great Britain from the Declaration of War by France in 1793 to the Accession of George IV*, London, Macmillan, vol. I, 118-120.

James, W., 2002: *The Naval History of Great Britain*, 6 vols., London, Conway Maritime Press.

Janković, D., 1959: *Fracuska štampa o prvom srpskom ustanku*, Beograd, Naučno delo.

Jansen, M. B. (ed.), 1989: *The Cambridge History of Japan*, vol. 5, *The Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.

Jardin, A. y Tudesq, A. J., 1973: *La France des notables. L'évolution générale: 1815-1848*, Paris, Éditions du Seuil.

Járkevich, V., 1901: *Voina 1812 goda: Ot Nemana do Smolenska* [Guerra de 1812: de Neman a Smolensko], Vilnius, Izd. Nikolaevskoĭ akademīi general'nago shtaba.

Jarrett, M., 2013: *The Congress of Vienna and its Legacy: War and Great Power Diplomacy After Napoleon*, London, I. B. Tauris.

Jarrett, N., 2014: «The Specter of Ochakov: Public Diplomacy in Britain, 1791-1792», en *Selected Papers of the Consortium on the Revolutionary Era*, 55-77.

Jasanoff, M., 2005: *Edge of Empire: Lives, Culture and Conquest in the East, 1750-1850*, New York, Vintage Books.

Jewsbury, G., 1970: *Russian Administrative Policies Toward Bessarabia, 1806-1828*, tesis doctoral, University of Washington.

Johnson, K. G., 2006: *Louis-Thomas Villaret de Joyeuse: Admiral and Colonial Administrator (1747-1812)*, tesis doctoral, Florida State University.

Johnson, K. G., 2016: «Napoleon's War at Sea», en M. V. Leggiere (ed.), *Napoleon and the Operational Art of War*, 387-475, Leiden, Brill, 2016.

Johnson, L. L., 2011: *Workshop of Revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810*, Durham, Duke University Press.

Johnson, L. R., 1969: «The Suspense Was Hell: The Senate Vote for War in 1812», *Indiana Magazine of History* 65, 247-267.

Johnston, R. M., 1904: *The Napoleonic Empire in Southern Italy and the Rise of the Secret Societies*, New York, Macmillan.

Jomini, H. de, 1886: *Précis politique et militaire des campagnes de 1812 à 1814*, Lausanne, B. Benda.

Jones, C., 2003: *The Great Nation: France from Louis XV to Napoleon*, New York, Penguin Books.

Jones, J. y Ridout, N. P., 2012: *Oman: Culture and Diplomacy*, Edinburgh, Edinburgh University Press.

Jones, M. W., 2004: *Fear and Domination: Pierre Riel, the Marquis de Beurnonville at the Spanish Court and Napoleon Bonaparte's Spanish Policy, 1802-05*, tesis doctoral, Florida State University.

Jones, R. E., 1993: «Runaway Peasants and Russian Motives for the Partitions of Poland», en H. Ragsdale y V. Ponomarev (eds.), *Imperial Russian Foreign Policy*, Cambridge, Cambridge University Press, 103-118.

Jonge, J. K. J. de (ed.), 1888: *De opkomst van het Nederlandsch gezag in Oost-Indië* [El ascenso de la autoridad holandesa en las Indias Orientales], Den Haag, M. Nijhoff.

Jonquière, C. de La, 1899: *L'expédition d'Égypte, 1798-1801*, Paris, Charles-Lavauzelle.

Jorgensen, C., 1999: *The Common Cause: The Life and Death of the Anglo-Swedish Alliance Against France, 1805-1809*, tesis doctoral, University College London.

Jorgensen, C., 2004: *The Anglo-Swedish Alliance Against Napoleonic France*, New York, Palgrave.

Jørgensen, J., 1891: *The Convict King, Being the Life and Adventures of Jorgen Jorgenson*, London, Ward & Downey.

Josephson, P., Karlsohn, T. y Östling, J., 2014: *The Humboldtian Tradition: Origins and Legacies*, Leiden, Brill.

Judson, P. M., 2016: *The Habsburg Empire: A New History*, Cambridge, Belknap Press.

Junkelman, M., 1985: *Napoleon und Bayern den Anfängen des Königreiches*, Regensburg, F. Pustet.

Just, G., 1909: *Politik oder Strategie? Kritische Studien über den Warschauer Feldzug Österreichs und die Haltung Russlands 1809*, Wien, Seidel & Sohn.

Jutikkala E. y Pirinen, K., 1962: *A History of Finland*, New York, Praeger.

Kadam, U. A., 2008: *History of the Marathas: French-Maratha Relations, 1668-1818*, Naī Dillī, Sundeep Prakashan.

Kagan, F. W., 2006: *The End of the Old Order: Napoleon and Europe, 1801-1805*, New York, Da Capo Press.

Kagan, F., 2006b: «The View from a Rogue State: What Napoleon Can Tell Us About Dealing with Iran», *C-SPAN*, 20 de julio de 2006 [**https://www.c-span.org/video/?193520-1/the-end-order**].

Kanon, T., 2014: *Tennesseans at War, 1812-15: Andrew Jackson, the Creek War, and the Battle of New Orleans*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Kaplan, H. H., 1962: *The First Partition of Poland*, New York, Columbia University Press.

Kappeler, A., 2001: *The Russian Empire: A Multiethnic History*, London, Longman.

Karaer, N., 2011: «Abdürrahim Muhib Efendi'nin Paris Büyükelçiliği (1806-1811) ve Döneminde Osmanlı Fransız Diplomasi Ðlis¸kileri» [La embajada de Abdürrahim Muhib Efendi en París (1806-1811) y las relaciones diplomáticas franco-otomanas en el periodo], *Osmanlı Tarihi Araştırma ve Uygulama Merkezi Dergisi* [Revista del Centro de Investigación y Aplicación de la Historia Otomana], n.º 30, 4-5.

Karal, E. Z., 1940: *Halet efendinin Paris Büyük elçiliği (1802-1806)* [Embajada de Halet Efendi en París (1802-1806)], İstanbul, Kanaat Basımevi.

Karal, E. Z., 1946: *Selim III'ün hatt-i hümayunları: Nizam-i Cedit: 1789-1807* [Correspondencia de Selim III: Nizam-i Cedit, 1789-1807], Ankara, Türk Tarih Kurumu Basımevı.

Karatygin, P., 1873: «Proekt Russko-frantsuzskoi ekspeditsii v Indiyu 1800 g.», *Russkaya starina* 8.

Karlsson, G., 2000: *The History of Iceland*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Karonen, P., 2008: *Pohjoinen suurvalta: Ruotsi ja Suomi 1521-1809* [Gran potencia del norte: Suecia y Finlandia 1521-1809], Helsinki, WS Bookwell.

Kashani-Sabet, F., 1999: *Frontier Fictions: Shaping the Iranian Nation, 1804-1946*, Princeton, Princeton University Press.

Kastor, P. y Weil, F., 2008: *Empires of the Imagination: Transatlantic Histories of the Louisiana Purchase*, Charlottesville, University of Virginia Press.

Kaufman, S. J., Little, R. y Wohlforth, W. C. (eds.), 2007: *The Balance of Power in World History*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Kaufmann, W., 1951: *British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828*, New Haven, Yale University Press.

Kaye, J. W., 1856: *The Life and Correspondence of Major-General Sir John Malcolm*, London, Smith, Elder.

Kehr, E., Schissler, H. y Wehler, H.-U., 1984: *Preussische Finanzpolitik, 1806-1810: Quellen zur Verwaltung der Ministerien Stein und Altenstein*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

Kelly, J. B., 1968: *Britain and the Persian Gulf, 1795-1880*, Oxford, Clarendon Press.

Kennedy, J. J., 1977: «Lord Whitworth and the Conspiracy Against Tsar Paul I: The New Evidence of the Kent Archive», *Slavic Review*, vol. 36, n.º 2, 205-219.

Kennedy, P., 1976: *Rise and Fall of British Naval Mastery*, London, Ashfield.

Kennedy, P., 1987: *The Rise and Fall of the Great Powers*, New York, Random House.

Kennedy, W. B., 1978: «Conspiracy Tinged with Blarney: Wolfe Tone and Other Irish Emissaries to Revolutionary France», *CRE* 1978, 48-57.

Keogh, D. y Whelan, K. (eds.), 2001: *Acts of Union: The Causes, Contexts, and Consequences of the Act of Union*, Dublin, Four Courts Press.

Kerautret, M., 2015: *Un crime d'état sous l'empire: l'affaire Palm*, Paris, Vendémiaire.

Kerridge, E., 1988: *Trade and Banking in Early Modern England*, Manchester, Manchester University Press.

Kia, M., 2008: *The Ottoman Empire*, Westport, Greenwood.

Kiaiviarianen, I. I., 1965: *Mezhdunarodnie otnoshenia na severe Evropi v nachale XIX veka i prisoedinenie Finlandii k Rossii v 1809 godu* [Las relaciones internacionales en el norte de Europa a principios del siglo XX y la adhesión de Finlandia a Rusia en 1809], Petrozavodsk, Karelskoe knizhnoe izd-vo.

Kimball, J., 1967: «The Battle of Chippawa: Infantry Tactics in the War of 1812», *Military Affairs*, vol. 31, n.º 4, 169-186.

Kimball, J., 1979: «The Fog and Friction of Frontier War: The Role of Logistics in American Offensive Failure During the War of 1812», *Old Northwest* 5, 323-343.

King, D., 2008: *Vienna, 1814: How the Conquerors of Napoleon Made Love, War, and Peace at the Congress of Vienna*, New York, Harmony Books.

Kissinger, H., 2000: *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problem of Peace 1812-1822*, London, Phoenix.

Kitzen, M. L. S., 1993: *Tripoli and the United States at War: A History of American Relations with the Barbary States, 1785-1805*, Jefferson, McFarland, 1993.

Klaeber, H., 1913: *Marskalk Bernadotte: Kronprins af Sverige* [Mariscal Bernadotte: príncipe heredero de Suecia], Stockholm, Norstedt.

Klang, D. M., 1963: *Bavaria and the Age of Napoleon*, tesis doctoral, Princeton University.

Klein, M. A., 2009: «Slaves, Gum, and Peanuts: Adaptation to the End of the Slave Trade in Senegal, 1817-48», *William and Mary Quarterly*, vol. 66, n.º 4, 895-914.

Klinge, M., 2009: *Napoleonin varjo: Euroopan ja Suomen murros 1795-1815* [La sombra de Napoleón: la revolución de Europa y Finlandia 1795-1815], Helsinki, Otava.

Klooster, W., 2009: *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History*, New York, New York University Press.

Klooster, W. y Oostindie, G. (eds.), 2011: *Curaçao in the Age of Revolutions, 1795-1800*, Leiden, KITLV Press.

Knight, R., 2005: *Pursuit of Victory: The Life and Achievemnt of Horatio Nelson*, London, Allen Lane.

Knight, R., 2013: *Britain Against Napoleon: The Organization of Victory, 1793-1815*, London, Allen Lane.

Kornilov, A., 1969: *Kurs istorii Rossii XIX veka* [Curso de Historia Rusa del Siglo XX], Den Haag, Mouton.

Kortua, N., 1964: *Sakartvelo 1806-1812 tslebis Ruset-Turketis omshi: rusi da kartveli xalxebis sabrdzolo tanamegobrobis istoriidan* [Georgia en la guerra ruso-turca de 1806-1812: la historia de la comunidad marcial de los pueblos ruso y georgiano], Tbilisi, Tsodna.

Koselleck, R., 1972: «Überdie Theoriebedürftigkeitder Geschichtswissenschaft», en W. Conze (ed.), *Theorie der Geschichtswissenschaft und Praxis des Geschichtsunterrichts*, Stuttgart, Klett, 10-28.

Kowalczyk, R., 2010: *Polityka gospodarcza i finansowa Księstwa Warszawskiego w latach, 1807-1812*, Łódz: Wydawn. Uniwersytet Łódzkiego.

Kowecki, J. (ed.), 1991: *Sejm czteroletni i jego tradycje* [Sejm de cuatro años y sus tradiciones], Warszawa, Państwowe Wydawnictwo Naukowe.

Kowecki, J. y Leśnodorski, B., 1981: *Konstytucja 3 maja 1791, statut Zgromadzenia Przyjaciół Konstytucji* [Constitución del 3 de mayo de 1791, estatuto de los Amigos de la Constitución], Warszawa, Państwowe Wydawnictwo Naukowe.

Kozelsky, F., Kozelsky, L. y Kozelsky, M. (eds.), 2014: *Russian-Ottoman Borderlands: The Eastern Question Reconsidered*, Madison, University of Wisconsin Press.

Kraehe, E. E., 1983: *Metternich's German Policy*, 2 vols., Princeton, Princeton University Press.

Kraehe, E. E., 1992: «A Bipolar Balance of Power», *American Historical Review*, vol. 97, n.º 3, 707-15.

Krajeski, P. C., 2000: *In the Shadow of Nelson: The Naval Leadership of Admiral Sir Charles Cotton, 1753-1812*, Westport, Greenwood Press.

Krauss, A., 1912: *Beilagen zu 1805 der Feldzug von Ulm*, Wien, Seidel und Sohn.

Krebs, L. y Moris, H., 1895: *Les campagnes dans les Alpes pendant la Révolution, 1794, 1795, 1796*, Paris, Plon-Nourrit.

Krones, F. X. (ed.), 1890: *Josef Freiherr von Simbschen und die Stellung Österreichs zur serbischen Frage (1807-1810)*, Wien, In Commission bei F. Tempsky.

Krüger-Löwenstein, U., 1972: *Russland, Frankreich und das Reich 1801-1803; zur Vorgeschichte der 3. Koalition*, Wiesbaden, Steiner.

Kubben, R., 2011: *Regeneration and Hegemony: Franco-Batavian Relations in the Revolutionary Era, 1795-1803*, Leiden, Martinus Nijhoff.

Kuethe, A. J. y Adrien, K. J., 2014: *The Spanish Atlantic World in the Eighteenth Century: War and the Bourbon Reforms, 1713-1796*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kukla, J., 2003: *A Wilderness So Immense: The Louisiana Purchase and the Destiny of America*, New York, Knopf.

Kumar, D. y Desai, M. (eds.), 1983: *The Cambridge Economic History of India*, vol. 2, *c. 1757-c. 1970*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kuran, E., 1988: *Avrupa'da Osmanlı Ik amet Elçiliklerinin KuruluŞu ve Il k Elçilerin Siyasi Faaliyetleri, 1793-1821* [El establecimiento de embajadas residenciales otomanas en Europa y las actividades políticas de los primeros embajadores, 1793-1821], Ankara, Türk Kültürünü AraŞtırma Enstitüsü Yayınları.

Kuzic, K., 2007: «The Impact of Two Volcano Eruptions on the Croatian Lands at the Beginning of the 19th Century», *Croatian Meteorological Journal* 42, 17-18.

Kulsrud, C. J., 1938: «The Seizure of the Danish Fleet in 1807», *American Journal of International Law*, vol. 32, n.° 2, 280-311

Kuylenstierna, O., 1914: *Karl Johan och Napoleon 1797-1814* [Carlos Juan y Napoleón 1797-1814], Stockholm, Geber.

Kuznetsov, B. 1932: *Kratkii ocherk podgotovki i razvertyvanie storon v 1812 g. Vilenskaya operatsiya* [Breve reseña de la preparación y despliegue de las partes en la operación de Vilna de 1812], Moskva, Institut Blizhnego Vostoka.

Kwass, M., 2000: *Privilege and the Politics of Taxation in Eighteenth-Century France: Liberté, Égalité, Fiscalité*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kwass, M., 2013: «The First War on Drugs: Tobacco Trafficking, Criminality, and the Fiscal State in Eighteenth-Century France», en R. Bridenthal (ed.), *The Hidden History of Crime, Corruption, and States*, Oxford, Berghahn Books, 76-97.

Kwass, M., 2013b: «The Global Underground: Smuggling, Rebellion, and the Origins of the French Revolution», en S. Desan, L. Hunt y W. M. Nelson (eds.), *The French Revolution in Global Perspective*, Ithaca, Cornell University Press.

Labasse, J., 1957: *Le commerce des soies à Lyon sous Napoleon et la crise de 1811*, Paris, Presses universitaires de France.

Lacour-Gayet, G., 1930: *Georges Talleyrand, 1754-1838*, Paris, Payot.

L'Ain, M. G. de, 1895: *Grands artilleurs: Drouot-Sénarmont-Eblé*, Paris, Berger-Levrault.

Lamartine, A. de, 1847: *Histoire des Girondins*, 8 vols., Paris, Furne.

Landes, D. S., 2003: *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lamb, A., 1970: *The Mandarin Road to Old Hué: Narratives of Anglo-Vietnamese Diplomacy from the 17th Century to the Eve of the French Conquest*, London, Chatto & Windus.

Lanfrey, P., 1869*: Histoire de Napoleon Ier*, Paris, Charpentier.

Lanfrey, P., 1894: *The History of Napoleon the First*, New York, Macmillan.

Lang, D. M., 1957: *The Last Years of the Georgian Monarchy, 1658-1832*, New York, Columbia University Press.

Langlois, C., 1972: «Le plébiscite de l'an VIII ou le coup d'Etat du 18 Pluviôse an VIII», *Annales historiques de la Révolution française*, 1972.

Langlois, C., 1988: «Napoléon Bonaparte plebiscite?», en L. Hamon y G. Lobrichon (eds.), *L'Election du chef d'Etat en France: De Hugues Capet à nos jours*, Paris, Beauchesne, 81-93

Langlois, C., 1998: «La fin des guerres de religion: La disparition de la violence religieuse en France au 19e siècle», *French Historical Studies*, vol. 21, n.º 1, 3-25.

Lapin, V., 2011: *Tsitsianov*, Moskva, Molodaya gvardiya.

Lappalainen, J. T., 2007: *Lars Ericson Wolke and Ali Pylkkänen, Sota Suomesta: Suomen sota 1808-1809* [Lars Ericson Wolke y Ali Pylkkänen, Guerra de Finlandia: la guerra finlandesa 1808-1809], Hämeenlinna, Suomalaisen Kirjallisuuden Seura.

Larkin, H., 2014: *A History of Ireland, 1800-1922*, London, Anthem Press.

Larsen, K., 1950: *History of Norway*, Princeton, Princeton University Press.

Latimer, J., 2007: *1812: War with America*, Cambridge, Belknap Press.

Laurens, H., 1987: *Les origines intellectuelles de l'expédition d'Égypte: L'Orientalisme Islamisant en France (1698-1798)*, Paris, Isis.

Laurens, H. *et al.*, 1989: *L'Expedition d'Egypte, 1798-1801*, Paris, Armand Colin.

Lavery, B., 2004: *Nelson's Fleet at Trafalgar*, Annapolis, Naval Institute Press.

Lawson, E. W., 1958: «What Became of the Man Who Cut off Jenkins' Ear?», *Florida Historical Quarterly*, vol. 37, n.º 1.

Lawson, P., 1993: *The East India Company: A History*, London, Longman.

Lebedev, V. T. V, 1898: *Indiyu, voieno-statisticheski i strategicheskiv ocherk* [India, ensayo militar-estadístico y estratégico], Sankt-Peterburg, Tipografiya A. A. Porokhovskchikova.

Lee, M. M., 1984: *Paul I and the Indian Expedition of 1801: Myth and Reality*, tesis de grado, Texas Tech University.

Lefebvre, A., 1847: *Histoire des cabinets de l'Europe pendant le Consulat et l'Empire*, Paris, Pagnerre.

Lefebvre, G., 1964: *The Thermidorians and the Directory: Two Phases of the French Revolution*, New York, Random House.

Lefebvre, G., 1969: *Napoleon from Brumaire to Tilsit*, New York, Columbia University Press.

Lefebvre, G., 1969b: *Napoleon*, 2 vols., London, Routledge & Kegan Paul.

Leggiere, M. V., 1997: *The Life, Letters and Campaigns of Friedrich Wilhelm Graf Bülow von Dennewitz, 1755-1816*, tesis doctoral, Florida State University.

Leggiere, M. V., 2002: *Napoleon and Berlin, The Franco-Prussian War in North Germany, 1813*, Norman, University of Oklahoma Press.

Leggiere, M. V., 2007: *The Fall of Napoleon: The Allied Invasion of France, 1813-1814*, Cambridge, Cambridge University Press.

Leggiere, M. V., 2014: *Blücher: Scourge of Napoleon*, Norman, University of Oklahoma Press.

Leggiere, M. V., 2015: *Napoleon and the Struggle for Germany*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press.

Leggiere, M. V. (ed.), 2016: *Napoleon and the Operational Art of War*, Leiden, Brill.

Legohérel, H., 1965: *Les trésoriers généraux de la Marine, 1517-1788*, Paris, Cujas.

Lemaire, F., 2010: «Les camps napoléoniens d'Étaplessur-Mer (camp de Montreuil, 1803-1805). Recherches en cours», *Revue du Nord*, 39-49 n. 388.

Lemelin, D. J., 1998: «Marshal Suchet in Aragon», *Military Review*, n.° 78, 86-90.

Lenotre, G., 1929: *Georges Cadoudal*, Paris, B. Grasset.

Lensen, G. A., 1950: «Early Russo-Japanese Relations», *Far Eastern Quarterly*, vol. 10, n.° 1, 3-9.

Lensen, G. A., 1959: *The Russian Push Toward Japan: Russo-Japanese Relations, 1697-1875*, Princeton, Princeton University Press.

Lentz, T., 1999: *Le grand Consulat: 1799-1804*, Paris, Fayard.

Lentz, T., 2002: *La proclamation du Premier Empire*, Paris, Fondation Napoléon.

Lentz, T. (ed.), 2005: *Napoléon et l'Europe*, Paris, Fayard.

Lentz, T., 2007: *La France et l'Europe de Napoléon*, 1804-1814, Paris, Fayard.

Lentz, T., 2012: *La conspiration du général Malet, 23 octobre 1812: premier ébranlement du trône de Napoléon*, Paris, Perrin.

Lentz, T., 2013: *Le congrès de Vienne: Une refondation de l'Europe 1814-1815*, Paris, Perrin.

Lentz, T., 2014: *Les vingt jours de Fontainebleau: la première abdication de Napoléon, 31 mars-20 avril 1814*, Paris, Perrin.

Lentz, T., Barthet, E. et al., 2003: *Le sacre de Napoléon, 2 décembre 1804*, Paris, Nouveau Monde.

Leonardi, M., 1980: «L'insorgenza del 1809 nel regno d'Italia», *Annunario dell'Istituto per l'Età Moderna e Contemporanea*, vol. 31, n.° 2.

Lerner, M. H., 2012: *A Laboratory of Liberty: The Transformation of Political Culture in Republican Switzerland, 1750-1848*, Leiden, Brill.

Leśniewski, S., 2003: *Wagram 1809*, Warszawa, Bellona.

Lettow-Vorbeck, O. von, 1896: *Der Krieg von 1806-1907*, vol. I, *Jena und Auerstedt*, Berlin, Mittler und Sohn.

Lévy, A., 1902: *Napoléon et la Paix*, Paris, Nelson.

Lieberman, V., 2003: *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context, c. 800-1830*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lieven, D., 2010: *Russia Against Napoleon*, London, Penguin.

Linch, K., 2001: «A Geography of Loyalism? The Local Military Forces of the West Riding of Yorkshire, 1794-1814», *War and Society*, vol. 19, 1-21.

Lipscombe, N., 2014: *The Peninsular War Atlas*, Oxford, Osprey.

Liska, G., 1977: *Quest for Equilibrium: America and the Balance of Power on land and Sea*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Livermore, H. V., 1966: *A New History of Portugal*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lloyd, C., 1963: *St. Vincent and Camperdown*, New York, Macmillan.

Lloyd, P., 1991: *The French Are Coming! 1805: The Invasion Scare of 1803-1805*, Kent, Spellmount.

Lohnes, B. J., 1973: «British Naval Problems at Halifax during the War of 1812», *Mariner's Mirror* 59, 317-333.

Lojek, J., 1970: «Catherine's Armed Intervention in Poland: Origins of the Political Decisions at the Russian Court in 1791-1792», *Canadian-American Slavic Studies*, vol. 4, 570-593.

Lokke, C. L., 1928: «French Designs on Paraguay in 1803», *Hispanic American Historical Review*, vol. 8, n.º 3, 392-405.

Lombarès, M. de, 1947: «Devant Austerlitz», *Revue historique de l'armée* 3.

London, J., 2005: *Victory in Tripoli: How America's War with the Barbary Pirates Established the U.S. Navy and Shaped a Nation*, Hoboken, John Wiley.

Lovett, G. H., 1956: *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, 2 vols., New York, New York University Press.

Lord Jr., P., 2001: «The Mohawk/Oneida Corridor: The Geography of the Inland Navigation Across New York», en D. C. Skaggs y L. L. Nelson (eds.), *The Sixty Years' War for the Great Lakes, 1754-1814*, East Lansing, Michigan State University Press.

Lord, R. H., 1915: *The Second Partition of Poland: A Study in Diplomatic History*, Cambridge, Harvard University Press.

Lord, W. F., 1897: «Goree: A Lost Possession of England», *Transactions of the Royal Historical Society* 11, 139-152.

Lozier Almazán, B., 1990: *Liniers y su tiempo*, Buenos Aires, Emecé.

Lozier Almazán, B., 1998: *Martín de Alzaga: historia de una trágica ambición*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad.

Luck, J. M., 1985: *A History of Switzerland*, Palo Alto, Society for the Promotion of Science and Scholarship.

Lukowski, J. T., 1998: *The Partitions of Poland, 1772, 1793, 1795*, Harlow, Longman Higher Education.

Lynch, J., 1989: *Bourbon Spain, 1700-1808*, Oxford, Basil Blackwell.

Lynch, J., 1973: *The Spanish-American Revolutions, 1808-1826*, New York, Norton.

Lyons, M., 1975: *France Under the Directory*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mackay, C. H., 1995: «The Tempest: The Life and Career of Jean-Andoche Junot, 1771-1813», tesis doctoral, Florida State University.

Macdonald, J., 2010: *The British Navy's Victualling Board, 1793-1815*, Woodbridge, Boydell Press.

Macfie, A. L., 1996: *The Eastern Question, 1774-1923*, London, Longman.

Machado, P., 2014: *Ocean of Trade: South Asian Merchants, Africa and the Indian Ocean, c. 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press.

MacKenzie, N., 1982: *The Escape from Elba: The Fall and Flight of Napoleon, 1814-1815*, New York, Oxford University Press.

Mackenzie, R., 2004: *The Trafalgar Roll: The Officers, the Men, the Ships*, London, Chatham.

Mackesy, P., 1957: *The War in the Mediterranean 1803-1810*, Cambridge, Harvard University Press.

Mackesy, P., 1974: *Statesmen at War: The Strategy of Overthrow, 1798-1799*, London, Longman.

Mackesy, P., 1984: *War Without Victory: The Downfall of Pitt, 1799-1802*, Oxford, Clarendon Press.

Mackesy, P., 1989: «Strategic Problems of the British War Effort», en H. T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution, 1789-1815*, New York, St. Martin's Press, 147-164.

Macmillan, D., 1973: «Paul's Retributive Measures of 1800 Against Britain: The Final Turning-Point in British Commercial Attitudes Towards Russia», *Canadian-American Slavic Studies*, vol. VI, n.º 1, 68-77.

Madariaga, I. de, 1959: «The Secret Austro-Russian Treaty of 1781», *Slavonic and East European Review*, vol. 38, n.º 90, 114-145.

Maddison, A., 2001: *The World Economy: A Millennial Perspective*, Paris, OECD.

Madelin, L., 1967: *The Consulate and the Empire*, New York, AMS Press.

Madelin, L., 1906: *La Rome de Napoléon: la domination français à Rome de 1809 à 1814*, Paris, Plon-Nourrit.

Magalhães, J., 1999: «As tentativas de Recuperacao Asiatica», en F. Bethencourt y K. Chaudhuri (eds.), *Historia da expansao portuguesa*, vol. II, Lisboa, Circulo de Leitores.

Mahan, A., 1918: *The Influence of Sea Power upon the French Revolution and Empire, 1793-1812*, Boston, Little, Brown.

Mahmudov, Y. y Şükürov, K., 2009: *Azerbaycan: Beynelhalq Münasibetler VeDiplomatiya Tarihi. 1639-1828* [Azerbaiyán: historia de las relaciones internacionales y la diplomacia. 1639-1828], Bakı.

Mahon, J. K., 1965: «British Command Decisions in the Northern Campaigns of the War of 1812», *Canadian Historical Review*, vol. 46, 219-237.

Maine, R. 1957: *Trafalgar: Napoleon's Naval Waterloo*, London, Thames and Hudson.

Maistre, J. de, 1995: *Peterburgskie pisma* [Escritos de San Petersburgo], Sankt-Peterburg, Inapress.

Major, J. R., 1994: *From Renaissance Monarchy to Absolute Monarchy: French Kings, Nobles, and Estates*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Makarova, R., 1975: *Russians on the Pacific, 1743-1799*, R. Pierce y A. Donnelly (trads. y eds.), Kingston, Limestone Press.

Manchester, A. K., 1933: *British Preeminence in Brazil, Its Rise and Decline: A Study in European Expansion*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Manigat, S., 1995: «Les fondements sociaux de l'État louverturien», en M. Hector (ed.), *La Révolution francaise et Haiti: Filiations, ruptures, nouvelles dimensions*, Port-au-Prince, Sociéte haitienne d'histoire et de géographie, vol. I, 130-142.

Manning, W. R., 1905: «The Nootka Sound Controversy», en *Annual Report of the American Historical Association for the Year 1904*, Washington.

Margueron, L. J. (ed.), 1899: *Campagne de Russie: préliminaires de la Campagne de Russie, ses causes, sa préparation, organisation de l'armée du 1 Janvier 1810 au 31 Janvier 1812*, 2 vols., Paris, Charles-Lavauzelle.

Marichal, C., 1999: *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica.

Marichal, C., 2007: *Bankruptcy of Empire: Mexican Silver and the Wars Between Spain, Britain, and France, 1760-1810*, New York, Cambridge University Press.

Marion, M., 1925: *Histoire financière de la France depuis 1715*, vol. IV, *1797-1818. La fin de la Révolution, le Consulat et l'Empire. La liberation du territoire*, Paris, Librairie Arthur Rousseau.

Markham, F., 1963: *Napoleon*, New York, Mentor.

Markham, J. D., 2003: *Napoleon's Road to Glory: Triumphs, Defeats and Immortality*, London, Brassey's.

Markham, J. D., 2008: *The Road to St. Helena: Napoleon After Waterloo*, Barnsley, Pen & Sword.

Marlow, J., 1971: *Perfidious Albion: The Origins of Anglo-French Rivalry in the Levant*, London, Elek Books.

Marriott, J. A. R., 1940: *The Eastern Question: An Historical Study in European Diplomacy*, Oxford, Clarendon Press.

Marshall, P. J., 1976: *East Indian Fortunes: The British in Bengal in the Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press.

Marshall, P. J. (ed.), 1987: *The New Cambridge History of India*, vol. 2, parte 2, *Bengal: The British Bridgehead*, Cambridge, Cambridge University Press.

Marshall, P. J. (ed.), 1998: *Oxford History of the British Empire*, vol. 2, *The Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press.

Marshall, P. J., 2001: «Western Arms in Maritime Asia in the Early Phases of Expansion», en P. Tuck (ed.), *Warfare, Expansion and Resistance*, London, Routledge, cap. V.

Martí Gilabert, F., 1972: *El motín de Aranjuez*, Pamplona, Universidad de Navarra.

Martin, A. M., 2013: *Enlightened Metropolis: Constructing Imperial Moscow, 1762-1855*, Oxford, Oxford University Press.

Martin, J., 2003: *Medieval Russia, 980-1584*, Cambridge, Cambridge University Press.

Martin, V. (ed.), 2005: *Anglo-Iranian Relations Since 1800*, New York, Routledge.

Martin, V., 2013: «In Search of the "Glorious Peace"? Republican Diplomats at War, 1792-1799», en P. Serna, A. de Francesco y J. A. Miller (eds.), *Republics at War, 1776-1840: Revolutions, Conflicts, Geopolitics in Europe and the Atlantic World*, New York, Palgrave Macmillan, 46-64.

Martins do Vale, A. M., 1997: *Os Portugueses em Macau (1750-1800)*, Lisboa, Instituto Português do Oriente.

Marzagalli, S., 2014: *Bordeaux et les États-Unis, 1776-1815: politique et stratégies negociantes dans la genèse d'un réseau comercial*, Genéve, Droz.

Marzagalli, S., 1999: *Les boulevards de la fraude: La négoce maritime et le Blocus continental 1806-1813, Bordeaux, Hambourg, Livourne*, Villeneuve-d'Ascq, Presses universitaires du Septentrion.

Maspéro-Clerc, H., 1971: «Un journaliste émigré jugé a Londres pour diffamation envers le Premier Consul», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 18, n.° 2, 261-281.

Masson, P., 1911: *Histoire du commerce français dans le Levant au XVII^e siècle*, Paris, Hachette.

Mathiez, A., 1918: *La révolution et les étrangers: cosmopolitisme et défense nationale*, Paris, La Renaissance du Livre.

Maude, F. N., 1908: *The Leipzig Campaign*, New York, Macmillan.

Maude, F. N., 1909: *The Jena Campaign*, New York, Macmillan.

Maxwell, K. R., 1973: *Conflicts and Conspiracies: Brazil and Portugal, 1750-1808*, Cambridge, Cambridge University Press.

Maxwell, K. R., 1973b: «The Generation of the 1790s and the Idea of the Luso-Brazilian Empire», en D. Alden (ed.), *Colonial Roots of Modern Brazil*, Berkeley, University of California Press.

Mayer, M. Z., 1997: *Joseph II and the Campaign of 1788 Against the Ottoman Turks*, tesis de grado, McGill University.

Mayer, M. Z., 2004: «The Price for Austria's Security: Part I. Joseph II, the Russian Alliance, and the Ottoman War, 1787-1789», *International History Review*, vol. 26, n.º 2, 257-299.

Maybon, M. C. B., 1906: «Les Anglais à Macao en 1802 et en 1808», *Bulletin de l'École française d'Extrême-Orient*, vol. 6, 301-325 [**http://www.persee.fr/doc/befeo_0336-1519_1906_num_6_1_4261**].

McAfee, R. B., 1919: *History of the Late War in the Western Country*, Bowling Green, Historical Publications.

McCaleb, W. F., 1936: *The Aaron Burr Conspiracy*, New York, Wilson-Erickson.

McCain, S., 2018: *The Language Question Under Napoleon*, New York, Palgrave Macmillan.

McClellan, G. B., 1931: *Venice and Bonaparte*, Princeton, Princeton University Press.

McCollim, G. B., 2012: *Louis XIV's Assault on Privilege: Nicolas Desmaretz and the Tax on Wealth*, Rochester, University of Rochester Press.

McCormack, J., 1993: *One Million Mercenaries; Swiss Soldiers in the Armies of the World*, London, Leo Cooper.

McCranie, K. D., 2011: *Utmost Gallantry: The U.S. and Royal Navies at Sea in the War of 1812*, Annapolis, Naval Institute Press.

McCusker, J., Menard, R., 2014: *The Economy of British America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

McDaniel, A. L., 1992: «"Thus Has the People Gloriously Triumphed": Petitioning, Political Mobilization and the Orders-in-Council Repeal Campaign, 1808-1812», tesis doctoral, University of Tennessee, Knoxville.

McFarlane, A., 2014: *War and Independence in Spanish America*, New York, Routledge.

McGrew, R., 1979: «Paul I and the Knights of Malta», en H. Ragsdale (ed.), *Paul I: A Reassessment of His Life and Reign*, Pittsburgh, University Center for International Studies.

McGuffie, T. H., 1947: «The Walcheren Expedition and the Walcheren Fever», *English Historical Review*, vol. 62, n.º 243, 191-202.

McKay, C. S., 1995: «French Mismanagement and the Revolt of Parma, 1806», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe, 1995*.

McKnight, J. L., 1962: *Russia and the Ionian Islands, 1798-1807: The Conquest of the Islands and Their Role in Russian Diplomacy*, tesis de grado, University of Wisconsin.

McKnight, J. L., 1965: *Admiral Ushakov and the Ionian Republic: The Genesis of Russia's First Balkan Satellite*, tesis doctoral, University of Wisconsin.

McLynn, F., 2002: *Napoleon: A Biography*, New York, Arcade.

McManners, J., 1998: *Church and Society in Eighteenth-Century France*, Oxford, Clarendon Press.

McOmie, W., 2011: «From Russia With All Due Respect: Reconsidering the Rezanov Mission to Japan», *Proceedings of the Japan Society*, n.º 148, 204-224.

Meinecke, F., 1977: *The Age of German Liberation, 1795-1815*, P. Paret (ed.), Berkeley, University of California Press.

Meijer, C. F., 1867: *Kriget emellan Sverige och Danmark, åren 1808 och 1809* [La guerra entre Suecia y Dinamarca, los años 1808 y 1809], Stockholm, O. L. Lamm.

Melvin, F. E., 1919: *Napoleon's Navigation System: A Study of Trade Control During the Continental Blockade*, New York, D. Appleton.

Mentzel, F., 1974: «Der Vertrag Herzog Friedrich Wilhelms von Braunschweig mit der britischen Regierung über die Verwendung des Schwarzen Korps (1809)», *Braunschweigisches Jahrbuch* 55.

Mercer, K., 2010: «Northern Exposure: Resistance to Naval Impressment in British North America, 1775-1815», *Canadian Historical Review*, vol. 91, n.º 2, 199-232.

Meriage, L., 1975: «Russia and the First Serbian Revolution», tesis doctoral, Indiana University.

Meriage, L. P., 1978: «The First Serbian Uprising (1804-1813) and the Nineteenth-Century Origins of the Eastern Question», *Slavic Review*, vol. 37, 422-423.

Metaksa, E., 1915: *Zapiski flota kapitan-leitenanta Iegora Metaksy, zakliuchayushchiie v sebe povestvovaniie o voiennyj podvigaj Rossiiskoi eskadry, pokorivshei pod nachalstvom admiral Fiodora Fiodorovicha Ushakova Ionicheskiie ostrova pri sodeistvii Porty Ottomanskoi v 1798 i 1799 godaj* [Notas de la flota del capitán-teniente Yehor Metaksi, narración cautivadora de las hazañas militares del escuadrón ruso, que conquistó las islas Jónicas bajo el mando del almirante Fiódor Fiódorovich Ushakov con la ayuda de la Puerta Otomana en 1798 y 1799], Petrograd, Tip. Morskogo ministerstva.

Meynadier, R., 1920: «Un plan de l'Empereur Paul de Russie», *La Revue de Paris* año 27, t. 6 (nov.-dic.).

Mijáilovich, N., gran duque, 1903: *Graf Pavel Aleksandrovich Straganov* [Conde Pavel Aleksandrovich Straganov], Sankt-Peterburg, Eksp. Zag. Gos. Bumag.

Mijailovski-Danilevski, A., *Opisanie voiny protiv Avstrii v 1809 godu*, RGVIA, f. VUA, d. 3360.

Mijailovski-Danilevski, A., 2002: *The Russo-Turkish War of 1806-1812*, A. Mikaberidze (trad. y ed.), West Chester, Nafziger Collection.

Mijatović, C. (ed.,), 1922: «Prepisi iz zvaničnih I poverljivih izveštaja engleske ambasade u Carigradu od 1804-1814» [Transcripciones de informes oficiales y confidenciales de la embajada inglesa en Constantinopla de 1804 a 1814], *Spomenik* 52.

Mikaberidze, A., 2003: *«The Lion of the Russian Army»: Life and Military Career of General Prince Peter Bagration 1765-1812*, tesis doctoral, Florida State University.

Mikaberidze, A., 2007: *Napoleon versus Kutuzov: The Battle of Borodino*, London, Pen & Sword [ed. en esp.: *La batalla de Borodinó*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2018].

Mikaberidze, A., 2010: *Napoleon's Great Escape: The Battle of the Berezina*, London, Pen & Sword.

Mikaberidze, A., 2011: «Non-Belligerent Belligerent Russia and the Franco-Austrian War of 1809», *Napoleonica. La Revue*, vol. 10, 4-22.

Mikaberidze, A., 2014: *Napoleon's Trial by Fire: The Burning of Moscow*, London, Pen & Sword.

Mikaberidze, A., 2014b: «Napoleon's Lost Legions: The Grande Armée Prisoners of War in Russia», *Napoleonica: La Revue*, vol. 3, n.º 21.

Mijailovski-Danilevski, A., 1841: *Opisanie Finlyandskoi Voiny v 1808 i 1809 godaj* [Descripción de la Guerra de Finlandia en 1808 y 1809], Sankt-Peterburg, Tip. Shtaba otd. korpusa vnutrennei strazhi.

Mijailovski-Danilevski, A., 1844: *Opisanie pervoi voiny imperatora Aleksandra s Napoleonom v 1805-m godu* [Descripción de la primera guerra entre el emperador Alejandro y Napoleón en 1805], Sankt-Peterburg, Tip. Shtaba otd. korpusa vnutrennei strazhi.

Mijailovski-Danilevski, A., 1846: *Opisanie vtoroi voiny Imperatora Aleksandra s Napoleonom v 1806-1807 godaj* [Descripción de la segunda guerra entre el emperador Alejandro y Napoleón en 1806-1807], Sankt-Peterburg, Tip. Shtaba otd. korpusa vnutrennei strazhi.

Mijailovski-Danilevski, A. y Miliutin, D., 1852-1857: *Istoria voiny Rossii s Frantsiei v tsarstvovanie imperatora Pavla I v 1799 g* [La historia de la guerra de Rusia con Francia durante el reinado del emperador Pablo I en 1799], 5 vols., Sankt-Peterburg, Tip. Shtaba voenno-uchebnykh zavedenii.

Mijáilovich, N., gran duque, 1905-1908: *Diplomaticheskie snoshenia Rossii i Frantsii po Doneseniam poslov Imperatorov Aleksandra i Napoleona, 1808-1812* [Relaciones diplomáticas entre Rusia y Francia según los informes de los embajadores de los emperadores Alejandro y Napoleón, 1808-1812], 6 vols., Sankt-Peterburg, Ekspeditsia zagotovleniya gosudarstvennykh bumag.

Mills, L., 1925: «The Real Significance of the Nootka Sound Incident», *Canadian Historical Review* 6, 110-122.

Mills, L. A., 1933: *Ceylon Under British Rule 1795-1932*, London, Milford.

Mitchell, B. R., 1988: *British Historical Statistics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mitchell, B. R. y Deane, P., 1962: *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Molé, L.-M., 1922: *Le comte Molé, 1781-1855: sa vie, ses mémoires*, H. G. H. Noailles (ed.), Paris, E. Champion.

Moliner Prada, A., 2007: «El movimiento juntero en la España de 1808», en Chust, M. (ed.), *1808: La eclosión juntera en el mundo hispano*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

Moller, E., 1912: «England og Danmark-Norge 1807» [Inglaterra y Dinamarca-Noruega 1807], *Dansk Historisk Tidsskrift* [Revista de Historia Danesa] 8, n.º 3, 310-321.

Montgomery, F., 1988: «General Moreau and the Conspiracy Against Napoleon in 1804: The Verdict of the Court and of History», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe, 1988*, 165-187.

Moody, J. N., 1978: *French Education Since Napoleon*, Syracuse, Syracuse University Press.

Moreau, S., 2005: *Jean-Victor Moreau: l'adversaire de Napoléon*, Paris, Punctum.

Moreda, V. P., 1987: «Spain's Demographic Modernization, 1800-1930», en N. Sánchez-Albornoz (ed.), *The Economic Modernization of Spain, 1830-1930*, New York, New York University Press.

Morineau, M., 1980: «Budgets de l'état et gestion des finances royales en France au dixhuitième siècle», *Revue historique*, n.º 536, 289-336.

Morineau, M., 1985: *Incroyables gazettes et fabuleux métaux: les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises (XVI^e^-XVIII^e^ siècles)*, Cambridge, Cambridge University Press.

Morse, H. B., 1926: *The Chronicles of the East India Company, Trading to China 1635-1834*, Oxford, Clarendon Press.

Moss, D. J., 1976: «Birmingham and the Campaign Against the Orders-in-Council and the East India Company Charter, 1812-13», Canadian Journal of History 11, 173-188.

Mostert, N., 2008: *The Line upon a Wind: The Greatest War Fought at Sea Under Sail 1793-1815*, London, Vintage.

Mousnier, R. y Labrousse, E., 1953: *Le XVIII^e^ siècle; révolution intellectuelle technique et politique (1715-1815)*, Paris, Presses universitaires de France.

Mouy, C. de, 1894: «L'ambassade du général Junot à Lisbonne d'après des documents inédits», en *Revue des deux mondes*, vol. 121, n.º 1, 124-161.

Mowat, R. B., 1924: *The Diplomacy of Napoleon*, New York, Longmans, Green.

Muilwijk, E., 2013: *Quatre Bras, Perponcher's Gamble: 16^th^ June 1815*, Bleiswijk, Sovereign House Books.

Muilwijk, E., 2014: *Standing Firm at Waterloo: 17 & 18 June*, Bleiswijk, Sovereign House Books.

Muir, R., 1996: *Britain and the Defeat of Napoleon, 1807-1815*, New Haven, Yale University Press.

Muir, R., 2001: *Salamanca 1812*, New Haven, Yale University Press.

Muir, R., 2013: *Wellington: The Path to Victory, 1769-1814*, New Haven, Yale University Press.

Muir, R., 2015: *Wellington: Waterloo and the Fortunes of Peace*, New Haven, Yale University Press.

Müller, P., 1896: *L'espionnage militaire sous Napoleon 1^er^*, Ch. Schulmeister, Paris, Berger-Levrault.

Munch-Petersen, T., 2002: «The Secret Intelligence from Tilsit: New Light on the Events Surrounding the British Bombardment of København in 1807», *Historisk Tidsskrift* [Revista Histórica], vol. 102, n.º 1, 55-96.

Munch-Petersen, T., 2003: «Colin Alexander Mackenzie: A British Agent at Tilsit», *Northern Studies* 37.

Muriel, A., 1894: *Historia de Carlos IV*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello.

Murphy, O. T., 1998: *The Diplomatic Retreat of France and Public Opinion on the Eve of the French Revolution, 1783-1789*, Washington, Catholic University of America Press.

Mustafa, S. A., 2008: *The Long Ride of Major von Schill: A Journey Through German History and Memory*, Lanham, Rowman & Littlefield.

Mustafa, S. A., 2011: *Germany in the Modern World: A New History*, New York, Rowman & Littlefield.

Mustafa, S. A., 2017: *Napoleon's Paper Kingdom: The Life and Death of Westphalia, 1807-1813*, New York, Rowman & Littlefield.

MutafČieva, V., 1993: *Kărdžalijsko vreme* [El tiempo en Kardzhali], Sofiya, Bŭlgarskata Akademiia na Naukite, 143-183.

Napier, W. F. P., 1828: *History of the War in the Peninsula and in the South of France*, London, John Murray.

Napier, W. F. P., 2010-2011: *History of the War in the Peninsula and in the South of France*, 5 vols., Cambridge, Cambridge University Press.

Nardi, C., 1989: *Napoleone e Roma: la politica della consulta romana*, Roma, École française de Rome.

Narochnitskii, A. (ed.), 1984: *Rossia i yugo-Vostochnaia Evropa* [Rusia y el sudeste de Europa], Chişinău, Shtiintsa.

Natchkebia, I., 2015: «Unrealized Project: Rousseaus' Plan of Franco-Persian Trade in the Context of the Indian Expedition (1807)», en U. Bläsing *et al*. (eds.), *Studies on Iran and the Caucasus*, Leiden, Brill, 115-125.

Neal, L. (ed.), 1990: *The Rise of Financial Capitalism: International Capital Markets in the Age of Reason*, Cambridge, Cambridge University Press.

Newitt, M. y Robson, M., 2004: *Lord Beresford and British Intervention in Portugal, 1807-1820*, Lisboa, Impr. de Ciências Sociais.

Nicassio, S. V., 2009: *Imperial City: Rome Under Napoleon*, Chicago, University of Chicago Press.

Nicolas, J., 2002: *La rébellion française: Mouvements populaires et conscience sociale, 1661-1789*, Paris, Seuil.

Nicolini, B., 2004: *Makran, Oman, and Zanzibar: Three-Terminal Cultural Corridor in the Western Indian Ocean (1799-1856)*, Leiden, Brill.

Nicolson, A., 2005: *Men of Honour: Trafalgar and the Making of the English Hero*, London, HarperCollins.

Nicolson, H., 1974*: The Congress of Vienna: A Study in Allied Unity: 1812-1822*, New York, HBJ Books.

Nordman, P., 1918: *Krigsman och krigsminnen* [Hombre de guerra y recuerdos de guerra], Helsinki, Schildt.

Nozikov, N., 1945: *Russian Voyages Round the World*, London, Hutchinson.

Neely, S., 2006: «The Uses of Power: Lafayette and Brissot in 1792», *Proceedings of the Western Society for French History*, vol. 34, 99-114.

Nesselrode, K., 1865: «Zapiski grafa K.V. Nesselrode», en *Russki vestnik* 59.

Nieto-Galan, A., 2001: *Colouring Textiles: A History of Natural Dyestuffs in Industrial Europe*, Boston, Kluwer Academic.

Nipperday, T., 1996: *Germany from Napoleon to Bismarck 1800-1866*, D. Nolan (trad.), Dublin, Gill & Macmillan.

Norris, J. M., 1955: «Policy of the British Cabinet in the Nootka Crisis», *English Historical Review*, vol. 70, 562-580.

North, M., 2015: *The Baltic: A History*, Cambridge, Harvard University.

O'Brien, P. K., 1989: «Public Finance in the Wars with France, 1793-1815», en H. T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution, 1789-1815*, New York, St. Martin's, 165-187.

O'Brien, P., K., 1989b: «The Impact of the Revolutionary and Napoleonic Wars, 1793-1815, on the Long-Run Growth of the British Economy», *Review (Fernand Braudel Center)*, vol. XII, n.º 3, 335-395.

O'Brien, P. K., 1990: «Public Finance», en L. Neal (ed.), *The Rise of Financial Capitalism: International Capital Markets in the Age of Reason*, Cambridge, Cambridge University Press, 201-222.

O'Dwyer, M. M., 1985: *The Papacy in the Age of Napoleon and the Restoration: Pius VII, 1800-1823*, Lanham, University Press of America.

Olesen, J. E., 2008: «Schwedisch-Pommern in der schwedischen Politik nach 1806», en M. North y R. Riemer, *Das Ende des Alten Reiches im Ostseeraum: ahrnehmungen und Transformationen*, Köln, Böhlau, 274-292.

Oliveira Lima, M. de, 1908: *Dom João VI no Brazil: 1808-1821*, Rio de Janeiro, Journal do Commercio.

Oliveira Marques, A. H. R. de, 1972: *History of Portugal*, New York, Columbia University Press.

Olsen, N., 2014: *History in the Plural: An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, New York, Berghahn Books.

Oman, C. A., 1902-1930: *A History of the Peninsular War*, Oxford, Clarendon Press.

Oman, C. A., 2004: *A History of the Peninsular War*, 7 vols., London, Greenhill, Reimpresión de la edición de 1902-1930.

Ompteda, F. von, 1862: *Die Ueberwdltigung Hannovers durch die Franzosen*, Hannover, Helwing.

Oncken, W., 1879: *Oesterreich und Preussen im Befreiungskriege: urkundliche Aufschlüsse über die politische Geschichte des Jahres 1813*, Berlin, G. Grote.

Oncken, W., 1886: «Die Krisis der letzten Friedensverhandlung mit Napoleon I: Februar 1814», en *Historisches Taschenbuch*, Leipzig, F.A. Brockhaus.

Ordin, K., 1889: *Pokorenie Finlandii: opyt opisania po neizdannym istochnikam* [La conquista de Finlandia: una encuesta de descripciones basadas en fuentes inéditas], 2 vols., Sankt-Peterburg.

Orlov, A., 2005: *Soyuz Peterburga i Londona: Rossiisko-Britanskie otnosheniya v epokhu napoleonovskikh voina* [La unión de San Petersburgo y Londres: relaciones ruso-británicas en la era de las guerras napoleónicas], Moskva, Progress-Traditsiya.

Osler, E., 1854: *The Life of Admiral Viscount Exmouth*, London, Geo. Routledge.

Owens, R. M., 2007: *Mr. Jefferson's Hammer: William Henry Harrison and the Origins of American Indian Policy*, Norman, University of Oklahoma Press.

Owsley, F. L., 1972: «The Role of the South in the British Grand Strategy in the War of 1812», *Tennessee Historical Quarterly* 31, 22-38.

Owsley, F. L., 2000: *Struggle for the Gulf Borderlands: The Creek War and the Battle of New Orleans*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Özkul, O., 2005: *Gelenek ve modernite arasında Osmanlı ulemâsı* [Eruditos otomanos entre la tradición y la modernidad], İstanbul, Birharf Yayınları.

Paaskoski, J., 2009: «Venäjän keisarikunta ja Suomen suuriruhtinaskunnan synty 1808-20» [El Imperio ruso y el nacimiento del Gran Ducado de Finlandia 1808-20], en *Venäjän keisarikunta ja Suomen suuriruhtinaskunnan synty 1808-20* [El Imperio ruso y el nacimiento del Gran Ducado de Finlandia 1808-20], Helsinki, Kansallisarkisto.

Paichadze, G., 1983: *Georgievskii traktat* [Tratado de Georgia], Tbilisi, Metsniereba.

Palacios Bañuelos, L., Ruiz Rodríguez, I. y Bermejo Batanero, F. (eds.), 2013: *Cádiz 1812: origen del constitucionalismo español*, Madrid, Dykinson.

Palmer, M. A., 1988: «A Failure of Command, Control, and Communications: Oliver Hazard Perry and the Battle of Lake Erie», *Journal of Erie Studies* 17, 7-26.

Palmer, R. R., 1959-1964: *The Age of the Democratic Revolution: A Political History of Europe and America, 1760-1800*, 2 vols., Princeton, Princeton University Press.

Pantelic, D., 1927: *Beogradski Pašaluk posle svistovskog mira, 1791-1794* [El Pašaluk de Belgrado después de la Paz de Svistovo, 1791-1794], Beograd,

Grafički zavod Makarije.

Paoletti, C., 2000: *La Guerra delle Alpi (1792-1796)*, Roma, USSME.

Paoletti, C., 2011: *Dal Ducato all'Unità: Tre secoli e mezzo di storia militare piemontese*, Roma, USSME.

Papenfuse, E. R., 1997: *The Evils of Necessity: Robert Goodloe Harper and the Moral Dilemma of Slavery*, Philadelphia, American Philosophical Society.

Paret, P., 1986: *Makers of Modern Strategy: from Machiavelli to the Nuclear Age*, Princeton, Princeton University Press.

Paret, P., 2009: *The Cognitive Challenge of War: Prussia 1806*, Princeton, Princeton University Press.

Parker, G., 1988: *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. en esp.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo en occidente, 1500-1800*, J. L. Gil Aristu (trad.), Madrid, Alianza, 2002].

Parker, H. T., 1983: *Three Napoleonic Battles*, Durham, Duke University Press.

Parker, R., 2004: *Uncle Sam in Barbary: A Diplomatic History*, Tallahassee, University Press of Florida.

Parkinson, C. N., 1954: *War in the Eastern Seas, 1793-1815*, London, G. Allen and Unwin.

Parkinson, C. N., 1977: *Britannia Rules: The Classic Age of Naval History 1793-1815*, London, Weidenfeld & Nicolson.

Parra-Pérez, C., 1939: *Bayona y la política de Napoleón en América*, Caracas, Tipografía americana.

Parrel, C. de, 1950: «Pitt et l'Espagne», *Revue d'histoire diplomatique* año 64, 58-98.

Parsons, T. H., 2010: *The Rule of Empires: Those Who Built Them, Those Who Endured Them, and Why They Always Fall*, Oxford, Oxford University Press.

Paulin, K., 1996: *Andreas Hofer und der Tiroler Freiheitskampf 1809*, Wien, Tosa-Verl.

Pawlowski, B., 1935: *Historja Wojny Polsko-Austrajackiej 1809 Roku*, Warszawa.

Pearce, A. J., 2007: *British Trade with Spanish America, 1763 to 2008*, Liverpool, Liverpool University Press.

Pearce, A. J., 2009: «The Hope-Barings Contract: Finance and Trade Between Europe and the Americas, 1805-1808», *English Historical Review* 124, n.° 511, 1324-1352.

Pellissier, P. y Phelipeau, J., 1979: *Les grognards de Cabrera: 1809-1814*, Paris, Hachette littérature.

Peralta Ruiz, V., 2002: *En defensa de la autoridad: política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal: Perú 1806-1816*, Madrid, Consejo Superior de Inves-

tigaciones Científicas.

Pereira, A., 1953: *D. João VI principe e rei*, Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade.

Pérez de Guzmán, J., 1908: *El dos de mayo de 1808 en Madrid*, Madrid, Establecimiento tipográfico sucesores de Rivadeneyra.

Perkins, B., 1955: «England and the Louisiana Question», *Huntington Library Quarterly*, vol. 18, n.º 3, 279-295.

Perkins, B., 1961: *Prologue to War England and the United States, 1805-1812*, Berkeley, University of California Press.

Perkins, D., 1963: *A History of the Monroe Doctrine*, Boston, Little, Brown.

Persson, A., 1986: *1808: gerillakriget i Finland* [1808: guerras de guerrillas en Finlandia], Stockholm, Ordfront.

Petre, F. L., 1901: *Napoleon's Campaign in Poland, 1806-7*, London, Sampson Low, Marston.

Petre, F. L., 1907: *Napoleon's Conquest of Prussia-1806*, London, John Lane.

Petre, F. L., 1909: *Napoleon and the Archduke Charles*, London, John Lane.

Petre, F. L., 1912: *Napoleon's Last Campaign in Germany, 1813*, London, John Lane.

Petrov, A., 1885-1887: *Voina Rossii s Turtsiei, 1806-1812* [La Guerra Ruso-Turca, 1806-1812], 3 vols., Sankt Peterburg.

Petrov, A., 1894: *Vlianie Turetskij voin s polovini proshlogo stoletia na razvitie Russkago voennago iskusstva* [La influencia del guerrero turco desde mediados del siglo pasado en el desarrollo del arte militar ruso], Sankt Peterburg, Voen.

Philipp, T. y Haarmann, U., 1998: *The Mamluks in Egyptian Politics and Society*, Cambridge, Cambridge University Press.

Philips, C. H., 1937: «The East India Company "Interest" and the English Government, 1783-4», *Transactions of the Royal Historical Society (Fourth Series)*, vol. 20, 83-101.

Philips, C. H., 1940: «The Secret Committee of the East India Company, 1784-1858», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 10, n.º 3.

Philips, C. H., 1961: *The East India Company, 1784-1834*, Manchester, Manchester University Press.

Phillips, W. A., 1903: *George Canning*, New York, E. P. Dutton.

Phillips, W. A., 1914: *The Confederation of Europe: A Study of the European Alliance, 1813-1823*, London, Longmans, Green.

Phillips, W. A. y Reede, A. H., 1936: *Neutrality: Its History, Economic, and Law*, vol. 2, *The Napoleonic Period*, New York, Columbia University Press.

Phipps, R. W., 1926-1939: *The Armies of the First French Republic and the Rise of the Marshals of Napoleon I*, 5 vols., London, Oxford University Press.

Picard, E., 1905: *Bonaparte et Moreau*, Paris, Plon-Nourrit.

Pièces curieuses ou Alger en 1802, Paris, Palais Royal, 1830.

Pietre, K. G., 1990: *The Second Anglo-Maratha War, 1802-1805*, Poona, Dastane Ramchandra.

Pingaud, L., 1894: *Un agent secret sous la révolution et l'empire: le comte d'Antraigues*, Paris, Plon-Nourrit.

Pingaud, L., 1901: *Bernadotte, Napoléon et les Bourbons, 1797, 1844*, Paris, Plon-Nourrit.

Pisani, P., 1888: «L'expédition Russo-Turque aux îles ioniennes en 1789-1799», *Revue d'Histoire diplomatique* 2, 190-222.

Pisani, P., 1893: *La Dalmatie de 1797 à 1815*, Paris, A. Picard et fils.

Pitre, K. G., 1990: *The Second Anglo-Maratha War, 1802-1805: A Study in Military History*, Poona, Dastane Ramchandra.

Planert, U. (ed.), 2016: *Napoleon's Empire: European Politics in Global Perspective*, New York, Palgrave Macmillan.

Platen, C. H. von, 1995: *Stedingk: Curt von Stedingk (1746-1837): kosmopolit, krigare och diplomat hos Ludvig XVI, Gustavus III och Katarina den stora* [Stedingk: Curt von Stedingk (1746-1837): cosmopolita, guerrero y diplomático con Luis XVI, Gustavo III y Catalina la Grande], Stockholm, Atlantis.

Plotho, C. von, 1811: *Tagebuch während des Krieges zwischen Russland und Preussen einerseits, und Frankreich andrerseits, in den Jahren 1806 und 1807*, Berlin, F. Braunes.

Pluchon, P., 1982: *Histoire des Antilles et de la Guyane*, Toulouse, Privat.

Pluchon, P., 1989: *Toussaint Louverture: Un révolutionnaire noir d'Ancien Régime*, Paris, Fayard.

Poirteir, C. (ed.), 1998: *The Great Irish Rebellion of 1798*, Dublin, Mercier Press.

Popham, H., 1991: *A Damned Cunning Fellow: The Eventful Life of Sir Home Popham*, Tywardreath, Old Ferry.

Popkin, J. D., 2012: *A Concise History of the Haitian Revolution*, Oxford, Blackwel.

Popov, A. I., 2008: *Borodino: severny flang* [Borodinó: flanco norte], Moskva, Kniga.

Popov, A. I., 2012: *Smolenskie bitvy* [La batalla de Smolensko], 2 vols., Moskva, Knizhnoe izdatelstvo.

Popov, A. I., 2016: *Voina 1812 goda: boevye deistvia na yuzhnom flange* [Guerra de 1812: lucha en el flanco sur], 3 vols., Moskva, Knizhnoe izdatelstvo.

Popov, A. I., 2017: *Vtoroe nastuplenie Velikoi armii v Russkoi kampanii* [La segunda ofensiva del Gran Ejército en la campaña rusa], 2 vols., Moskva, Knizhnoe izdatelstvo.

Popov, A. y Zemtsov, V., 2009: *Borodino: yuzhny flang* [Borodinó: flanco sur], Moskva, Kniga.

Popović, V., 1931: *Meternihova politika na Bliskom Istoku* [La política de Metternich en Oriente Medio], Beograd, Srpska kraljevska akademija.

Porter, B., 2004: *The Absent-Minded Imperialists: Empire, Society, and Culture in Britain*, Oxford, Oxford University Press.

Portillo Valdés, J. M., 2006: *Crisis atlántica: Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía española*, Madrid, Marcial Pons.

Post, J. D., 1977: *The Last Great Subsistence Crisis in the Western World*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Potto, V., 1887: *Kavkazskaia voina* [La guerra del Cáucaso], Sankt Peterburg, Tip. E. Evdokimova.

Potto, V., 1888: «Persidskii pojod Zubova» [El tren persa de Zúbov], en *Kavkazaskaia voina v otdelnyj ocherkaj, epizodaj, legendaj i biografiyaj* [La guerra del Cáucaso en ensayos, episodios, leyendas y biografías independientes], Sankt Peterburg, Tip. E. Evdokimova.

Pounds, N. J., 1951: «The Origin of the Idea of Natural Frontiers in France», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 41, n.º 2, 146-157.

Prado, F., 2015: *Edge of Empire: Atlantic Networks and Revolution in Bourbon Río de la Plata*, Berkeley, University of California Press.

Prentout, H., 1901: *L'Ile de France sous Decaen, 1803-1810*, Paris, Librairie Hachette.

Price, J., 1973: *France and the Chesapeake: A History of the French Tobacco Monopoly, 1764-1791, and of Its Relationship to the British and American Tobacco Tardes*, 2 vols., Ann Arbor, University of Michigan Press.

Price, M., 1995: «The Dutch Affairs and the Fall of the Ancien Regime, 1787-1787», *Historical Journal* 38, n.º 4, 875-905.

Price, M., 2014: *Napoleon: The End of Glory*, Oxford, Oxford University Press.

Priestley, H. I., 1916: *Jose de Galvez: Visitor-General of New Spain (1765-71)*, Berkeley, University of California Press.

Pritchard, J. S., 2004: *In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1730*, Cambridge, Cambridge University Press.

Pueyrredón, C., 1953: *1810. La revolución de Mayo según amplia documentación de la época*, Buenos Aires, Peusar.

Puryear, V. J., 1951: *Napoleon and the Dardanelles*, Berkeley, University of California Press.

Puyo, J.-Y., 2002: «Les expériences de Suchet à l'armée d'Aragon», *Revue du souvenir Napoléonien*, n.º 439.

Quataert, D., 2000: *The Ottoman Empire, 1700-1922*, Cambridge, Cambridge University Press.

Racine, K., 2003: *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources.

Ræder, J. von, 1847: *Danmarks Krigs-og Politiske Historie fra Krigens udbrud 1807 til freden til Jönkjöping den 10de december* [Guerra e historia política de Di-

namarca desde el estallido de la guerra en 1807 hasta la paz de Jönkjöping el 10 de diciembre], København, Reitzel.

Ragsdale, H., 1968: «The Origins of Bonaparte's Russian Policy», *Slavic Review*, vol. 27, n.° 1, 85-90.

Ragsdale, H., 1970: «A Continental System in 1801: Paul I and Bonaparte», *Journal of Modern History*, vol. 42, n.° 1, 70-89.

Ragsdale, H., 1979: *Paul I: A Reassessment of His Life and Reign*, Pittsburg, University Center for International Studies.

Ragsdale, H., 1980: *Détente in the Napoleonic Era: Bonaparte and the Russians*, Lawrence, University of Kansas Press.

Ragsdale, H., 1983: «Russia, Prussia, and Europe in the Policy of Paul I», *Jahrbücher für Geschichte Österuropas* XXXI, 81-118.

Ragsdale, H., 1988: «Evaluating the Traditions of Russian Aggression: Catherine II and the Greek Project», *The Slavonic and East European Review*, vol. 66, n.° 1, 91-117.

Ragsdale, H. y Ponomarev, V. (eds.), 1993: *Imperial Russian Foreign Policy*, Cambridge, Cambridge University Press.

Randall, A., 2006: *Riotous Assemblies: Popular Protest in Hanoverian England*, Oxford, Oxford University Press.

Randolph, H., 1862: *Life of General Sir Robert Wilson* [...] *from Autobiographical Memoirs, Journals, Narratives, Correspondence, Etc.*, London, J. Murray.

Rao, A. M., 1998: «Les républicains democrats italiens et le Directoire», en P. Bourdin y B. Gainot (eds.), *La République directoriale*, Paris, Société des études robespierristes.

Rayfield, D., 2012: *Edge of Empires: A History of Georgia*, London, Reaktion.

Real, W., 1958: *Von Potsdam nach Basel; Studien zur Geschichte der Beziehungen Preussens zu den europäischen Mächten vom Regierungsantritt Friedrich Wilhelms II. bis zum Abschluss des Friedens von Basel, 1786-1795*, Basel, Helbing & Lichtenhahn.

Redgrave, T. M. D., 1979: *Wellington's Logistical Arrangements in the Peninsular War, 1809-1814*, tesis doctoral, King's College London.

Reeves, M. A., 2005: *Iberian Leech: Napoleon's Counterinsurgency Operations in the Peninsular, 1807-1810*, tesis MMAS, US Army Command and General Staff College.

Refik, A. y Doğan, E., 2005: *Kabakçı Mustafa*, İstanbul, Heyamola Yayınları.

Regent, F., 2013: «From Individual to Collective Emancipation: War and the Republic in the Caribbean During the French Revolution», en P. Serna, A. de Francesco y J. A. Miller (eds.), *Republics at War, 1776-40: Revolutions, Conflicts, Geopolitics in Europe and the Atlantic World*, New York, Palgrave Macmillan.

Regent, F., 2016: «Revolutions in France, Revolutions in the Caribbean», en A. Forrest y M. Middell (eds.), *The Routledge Companion to the French Revolution in World History*, London, Routledge.

Reilly, R., 1974: *The British at the Gates: The New Orleans Campaign in the War of 1812*, New York, Putnam.

Remini, R. V., 1991: *Henry Clay, Statesman for the Union*, New York, W. W. Norton.

Remini, R. V., 2001: *The Battle of New Orleans: Andrew Jackson and America's First Military Victory*, London, Pimlico.

Restall, M. y Lane, K. E., 2011: *Latin America in Colonial Times*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rhinelander, L. H., 1972: *The Incorporation of the Caucasus into the Russian Empire: The Case of Georgia*, tesis doctoral, Columbia University.

Riasanovsky, N. y Steinberg, M. D., 2011: *A History of Russia*, Oxford, Oxford University Press.

Ribbe, C., 2013: *Le crime de Napoléon*, Paris, Cherche-midi.

Richards, J. F., 1995: *The New Cambridge History of India. Volume 1.5: The Mughal Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rigault, G., 1911: *Le général Abdallah Menou et la dernière phase de l'expédition d'Egypte (1799-1801)*, Paris, Plon-Nourrit.

Riley, J. C., 1987: «French Finances, 1727-1768», *Journal of Modern History*, vol. 59, n.º 2, 209-243.

Ringrose, D. R., 1997: *Spain, Europe and the «Spanish Miracle», 1700-1900*, Cambridge, Cambridge University Press.

Riotte, T., 2005: *Hannover in der Britischen politik (1792-1815)*, Münster, Lit.

Risso, P., 1986: *Oman & Muscat: An Early Modern History*, New York, St. Martin's Press.

Rivière, S. M. e Issur, K. R. (eds.), 2006: *Baudin-Flinders dans l'océan indien: Voyages, découvertes, rencontré*, Paris, L'Harmattan.

Roberts, A., 2014: *Napoleon: A Life*, New York, Penguin Books.

Roberts, M., 1979: *The Swedish Imperial Experience, 1650-1718*, Cambridge, Cambridge University Press.

Robertson, J., 1863: *Narrative of a Secret Mission to the Danish Islands in 1808*, London, Longman, Roberts, and Green.

Robertson, J. A. (ed.), 1911: *Louisiana Under the Rule of Spain, France, and the United States, 1785-1807*, Cleveland, Arthur H. Clark.

Robertson, W. S., 1967: *France and Latin-American Independence*, New York, Octagon Books.

Rodríguez, J. E., 2012: «*We Are Now the True Spaniards*»: *Sovereignty, Revolution, Independence, and the Emergence of the Federal Republic of Mexico, 1808-1824*, Stanford, Stanford University Press.

Roginski, V., 1978: *Shvetsia i Rossia: Soiuz 1812 goda* [Suecia y Rusia: la unión de 1812], Moskva, Nauka.

Robertson, W. S., 1929: *The Life of Miranda*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Robson, M., 2014: *A History of the Royal Navy: The Napoleonic Wars*, London, I. B. Tauris.

Rocques, J. G. M., conde de Montgaillard, 1828: *Histoire de France*, Paris, Moutardier.

Rodríguez O., J. E., 1998: *The Independence of Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rogers, H. (ed.), 1841: *The Works of the Right Hon. Edmund Burke*, London, Henry G. Bohn, vol. II, 334.

Rogers, N., 2007: *The Press Gang: Naval Impressment and its Opponents in Georgian Britain*, London, Continuum.

Roider, K., 1987: *Baron Thugut and Austria's Response to the French Revolution*, Princeton, Princeton University Press.

Rojas, M. E., 2003: «"Insults Unpunished": Barbary Captives, American Slaves, and the Negotiation of Liberty», *Early American Studies: An Interdisciplinary Journal*, vol. 1, n.° 2, 159-186.

Rosa, L. de, 1979: «Property Rights, Institutional Change and Economic Growth in Southern Italy in the XVIIIth and XIXth Centuries», *Journal of European Economic History*, vol. 8, n.° 3, 531-551.

Rose, J. H., 1893: «Napoleon and English Commerce», *English Historical Review* 8, 704-725.

Rose, J. H., 1900: «The French East-Indian Expedition at the Cape in 1803», *English Historical Review*, vol. 15, n.° 57, 129-132.

Rose, J. H., 1901: «A British Agent at Tilsit», *English Historical Review*, vol. 16, n.° 64, 712-718

Rose, J. H., 1906: «Canning and the Secret Intelligence from Tilsit (July 16-23, 1807)», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XX, 61-78.

Rose, J. H., 1907: *The Life of Napoleon I*, London, George Bell and Sons.

Rose, J. H., 1922: *Lord Hood and the Defence of Toulon*, Cambridge, Cambridge University Press.

Rose, J. H. y Broadley, A. M., 1909: *Dumouriez and the Defence of England Against Napoleon*, London, J. Lane.

Rose, M. (ed.), 2003: *Collaboration and Resistance in Napoleonic Europe: State Formation in an Age of Upheaval, 1800-1815*, New York, Palgrave Macmillan.

Rose, R. B., 1978: *Gracchus Babeuf: The First Revolutionary Communist*, Stanford, Stanford University Press.

Rosen, H., 1981: *The Systeme Gribeauval: A Study of Technological Development and Institutional Change in Eighteenth Century France*, tesis doctoral, University of Chicago.

Ross, S. T., 1973: *Quest for Victory: French Military Strategy, 1792-1799*, New York, Barnes.

Rosselli, J., 1974: *Lord William Bentinck: The Making of a Liberal Imperialist, 1774-1839*, Berkeley, University of California Press.

Rössler, H., 1958: *Zwischen Revolution und Reaktion; ein Lebensbild des Reichsfreiherrn Hans Christoph von Gagern, 1766-1852*, Göttingen, Musterschmidt-Verlag.

Rössler, H., 1966: *Graf Johann Philipp Stadion, Napoleons deutscher Gegenspieler*, Wien, Herold.

Rothenberg, G. E., 1978: *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Bloomington, Indiana University Press.

Rothenberg, G. E., 1982: *Napoleon's Great Adversaries: Archduke Charles and the Austrian Army, 1792-1814*, Bloomington, Indiana University Press.

Rothenberg, G. E., 2004: *The Emperor's Last Victory: Napoleon and the Battle of Wagram*, London, Weidenfeld and Nicolson.

Rouanet, D., 2013: «Bilan humain des guerres de l'Empire», en É. Robbe y F. Lagrange (eds.), *Napoléon et l'Europe*, Paris, Musée de l'Armée.

Roux, F.-C., 1910: *Les origines de l'expédition d' Egypte*, Paris, Plon-Nourrit.

Roy, K., 2011: *War, Culture and Society in Early Modern South Asia, 1740-1849*, New York, Routledge.

Rubio, J. M., 1920: *La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-12)*, Madrid, Imprenta de E. Maestre.

Rudé, G., 1966: *Revolutionary Europe, 1783-1815*, New York, Harper Torchbooks.

Rudorff, R., 1974: *War to the Death: The Sieges of Saragossa, 1808-1809*, New York, Macmillan.

Russell, W. C., 1901: *The Life of Admiral Lord Collingwood*, London, Methuen.

Russel of Liverpool, lord, 1964: *Knight of the Sword: The Life and Letters of Admiral Sir William Sidney Smith*, London, Victor Gollancz.

Rüstow, W., 1859: *Der krieg von 1805 in Deutschland und Italien*, Zürich, Meyer & Zeller.

Ryan, A. N., 1953: «The Causes of the British Attack upon Copenhague in 1807», *English Historical Review*, vol. 63, n.º 266, 43 y ss.

Ryan, A. N., 1959: «The Defence of British Trade in the Baltic, 1808-1813», *English Historical Review*, vol. 74, n.º 292, 443-466.

Rydjord, J., 1935: *Foreign Interest in the Independence of New Spain: An Introduction to the War for Independence*, Durham, Duke University Press.

Rydjord, J., 1972: *Foreign Interest in the Independence of New Spain*, New York, Octagon Books.

Sahlins, P., 1990: «Natural Frontiers Revisited: France's Boundaries Since the Seventeenth Century», *American Historical Review*, vol. 95, n.º 5, 1423-1451.

Saint-Junien, V. de, 2001: *Brune's 1807 Campaign in Swedish Pomerania*, G. Nafziger (trad. y ed.), West Chester, Nafziger Collection.

Salazar Adame, J. y Romero Garibay, S., 2015: *El Congreso de Chilpancingo: 200 años*, Guerrero, Consejo de la Crónica del Estado de Guerrero.

Saldanha, J. A., 1986: *The Persian Gulf Précis: Précis of Correspondence Regarding the Affairs of the Persian Gulf, 1801-1853*, Gerrards Cross, Archive Editions.

Sassenay, F. B., 1892: *Napoléon Ier et la fondation de la République Argentine; Jacques de Liniers, comte de Buenos-Ayres, vice-roi de La Plata, et le marquis de Sassenay (1808-10)*, Paris, Plon-Nourrit.

Savory, R. M., 1972: «British and French Diplomacy in Persia, 1801-1810», *Iran* 10.

Said, E. W., 1979: *Orientalism*, New York, Vintage Books [ed. en esp.: *Orientalismo*, C. Pera, E. Benito Soler y M.ª L. Fuentes (trads.), Madrid, Debate, 2016].

Saint-Louis, V., 2008: *Mer et liberté Haïti (1492-1794)*, Port-au-Prince, Bibliothèque nationale d'Haiti.

Sakul, K., 2009: «Ottoman Attempts to Control the Adriatic Frontier in the Napoleonic Wars», en *Proceedings of the British Academy*, vol. 156, 253-270.

Salas, A. M., 1981: *Diario de Buenos Aires, 1806-1807*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Sánchez-Albornoz, N. (ed.), 1987: *The Economic Modernization of Spain, 1830-1930*, New York, New York University Press.

Sandelius, W., 1934: «Dictatorship and Irresponsible Parliamentarism-A Study in the Government of Sweden», *Political Science Quarterly*, vol. 49, n.º 3, 347-371.

Sandström, A., 1994: *Sveriges Sista Krig: De Dramatiska Åren 1808-1809* [La última guerra de Suecia: los años dramáticos 1808-1809], Örebro, Bokförlaget Libris.

Sandström, A., 2009: «Sveriges 1809: föreställningar om finska kriget under 200 år» [Suecia 1809: estampas de la guerra finlandesa durante 200 años], en M. Engman (ed.), *Fänrikens marknadsminne: Finska kriget 1808-09 och dess följder i eftervärldens ögon, Jyväskylä* [Memorias de un alférez: la guerra finlandesa de 1808-1809 y sus consecuencias a los ojos de la posteridad], Jyväskylä SLS Atlantis, 28-54.

Sardesai, G. S., 1986: *New History of the Marathas*, vol. 3, *Sunset over Maharashtra, 1772-1848*, New Delhi, Munshiram Manoharlal.

Saski, C. G. L., 1899: *Campagne de 1809 en Allemagne et en Autriche*, Paris, Berger-Levrault.

Sather, L., 2015: *The Prince of Scandinavia: Prince Christian August and the Scandinavian Crisis of 1807-1810*, Oslo, Forsvaretsmuseet.

Saugera, E., 2011: *Reborn in America: French Exiles and Refugees in the United States and the Vine and Olive Adventure, 1815-1865*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Saul, N. E., 1970: *Russia and the Mediterranean 1797-1807*, Chicago, University of Chicago Press.

Sauzey, J.-C.-A.-F., 1902-1912: *Les Allemands sous les aigles françaises; essai sur les troupes de la Confédération du Rhin, 1806-1814*, 6 vols., Paris, R. Chapelot.

Savant, J., 1957: *Les espions de Napoléon*, Paris, Hachette.

Savinel, P., 1986: *Moreau, rival républicain de Bonaparte*, Rennes, Ouest-France.

Sayyid-Marsot, A. L., 1984: *Egypt in the Reign of Muhammad Ali*, Cambridge, Cambridge University Press.

Schennach, M. P., 2016: «"We Are Constituted as a Nation": Austria in the Era of Napoleon», en U. Planert (ed.), *Napoleon's Empire: European Politics in Global Perspective*, New York, Palgrave Macmillan.

Schmidt, C., 1905: *Le grand-duché de Berg (1806-1813); étude sur la domination française en Allemagne sous Napoléon I^er^*, Paris, F. Alcan.

Schneid, F. C., 1995: *Soldiers of Napoleon's Kingdom of Italy: Army, State, and Society, 1800-1815*, Boulder, Westview Press.

Schneid, F. C., 1999: «The Dynamics of Defeat: French Army Leadership, December 1812-March 1813», *Journal of Military History*, vol. 63, n.° 1.

Schneid, F. C., 2002: *Napoleon's Italian Campaigns: 1805-1815*, Westport, Praeger.

Schneid, F. C., 2005*: Napoleon's Conquest of Europe: The War of the Third Coalition*, Westport, Praeger.

Schneid, F. C., 2007: *Warfare in Europe, 1792-1815*, Aldershot, Ashgate.

Schneid, F. C., 2015: *European Armies of the French Revolution, 1789-1802*, Norman, University of Oklahoma Press.

Schom, A., 1992: *Trafalgar: Countdown to Battle, 1803-1805*, London, Penguin.

Schom, A., 1997: *Napoleon Bonaparte*, New York, HarperCollins.

Schop Soler, A. M., 1971: *Las relaciones entre España y Rusia en la época de Carlos IV*, Barcelona, Universidad de Barcelona, Cátedra de Historia General de España.

Schoy, M.: *General Gerhard von Scharnhorst: Mentor of Clausewitz and Father of the Prussian-German General Staff*, Canadian Defense Forces Publication [**https://www.cfc.forces.gc.ca/259/181/82_schoy.pdf**].

Schroeder, P. W., 1975: «Alliances, 1815-1945: Weapons of Power and Tools of Management», en K. Knorr (ed.), *Historical Dimensions of National Security Problems*, Lawrence, University Press of Kansas, 218-228.

Schroeder, P. W., 1987: «The Collapse of the Second Coalition», *Journal of Modern History*, vol. LIX, 244-290.

Schroeder, P. W., 1992: «Did the Vienna Settlement Rest on a Balance of Power?», *American Historical Review*, vol. 97, 683-706.

Schroeder, P. W., 1994: *The Transformation of European Politics, 1763-1848*, New York, Oxford University Press.

Schroeder, P. W., 1998: «An Unnatural "Natural Alliance": Castlereagh, Metternich and Aberdeen in 1813», *International History Review*, vol. 10, n.º 4, 522-540

Schukin, P. (ed.), 1903: *Bumagi otnosyaschiesya do Otechestvennoi voiny 1812 goda* [Papeles relacionados con la Guerra Patria de 1812], Moskva, Tip. A. Mamontova.

Schur, N., 1999: *Napoleon in the Holy Land*, London, Greenhill Books.

Scott, E., 1910: *Terre Napoléon: A History of French Explorations and Projects in Australia*, London, Methuen.

Scott, E., 1913: «Baudin's Voyage of Exploration to Australia», *English Historical Review*, vol. 28, n.º 110.

Scott, F. D., 1988: *Sweden: The Nation's History*, Carbondale, Southern Illinois University Press.

Scott, H., 2012: «Diplomacy», en W. Doyle (ed.), *The Oxford Handbook of the Ancien Régime*, Oxford, Oxford University Press.

Scott, H. M., 2006: *The Birth of a Great Power System, 1740-1815*, London, Pearson Longman.

Scotti Douglas, V., 2006: *Gli Italiani in Spagna nella guerra napoleonica, 1807-13: i fatti, i testimoni, l'eredità: atti del IV Convegno internazionale di «Spagna contemporanea», Novi Ligure, 22-24 ottobre 2004*, Alessandria, Edizioni dell'Orso.

Sédouy, J.-A. de, 2003: *Le Congrès de Vienne: l'Europe contre la France 1812-1815*, Paris, Perrin.

Seeley, J. R., 1879: *Life and Times of Stein: Germany and Prussia in the Napoleonic Age*, Boston, Roberts Brothers.

Seeley, J. R., 1883 (reimpr. 2010): *The Expansion of England: Two Courses of Lectures*, Cambridge, Cambridge University Press.

Seligmann, M. S., 2018: *Rum, Sodomy, Prayers and the Lash Revisited: Winston Churchill and Social Reform in the Royal Navy, 1900-1915*, Oxford, Oxford University Press.

Sen, S., 1998: *Empire of Free Trade: The East India Company and the Making of the Colonial Marketplace*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Senkowska-Gluck, M., 1964: «Les majorats français dans le duché de Varsovie (1807-1813)», *Annales historiques de la Révolution française*, vol. 36, 373-

386.

Senkowska-Gluck, M., 1968: *Donacje napoleońskie w Księstwie Warszawskim; studium historycyno-prawne* [Donaciones napoleónicas en el ducado de Varsovia; estudio histórico y jurídico], Wrocław, Zakład Narodowy im. Ossolińskich.

Serna, P., 2011: «Introduction-L'Europe une idée nouvelle à la fin du XVIII[e] siècle?», *La Révolution française* [en la web], cuartas jornadas en línea, *Dire et faire l'Europe à la fin du XVIII[e] siècle* [**https://journals.openedition.org/lrf/251**].

Serna, P., Francesco, A. de y Miller, J. A. (eds.): 2013: *Republics at War, 1776-1840: Revolutions, Conflicts, Geopolitics in Europe and the Atlantic World*, New York, Palgrave Macmillan.

Seton-Watson, R. W., 1968: *Britain in Europe, 1789-1914*, New York, Howard Fertig.

Severn, J., 1981: *A Wellesley Affair: Richard Marquess Wellesley and the Conduct of Anglo-Spanish Diplomacy, 1809-1812*, Tallahassee, University Presses of Florida.

Severn, J., 2007: *Architects of Empire. The Duke of Wellington and His Brothers*, Norman, University of Oklahoma Press.

Sexton, J., 2011: *The Monroe Doctrine: Empire and Nation in Nineteenth-Century America*, New York, Hill and Wang.

Sgibnev, A., 1869: «Popytki russkij k zavedeniu torgovyj snosheni s Yaponieiu (v XVIII i nachale XIX stoleti)» [Intentos rusos de establecer relaciones comerciales con Japón (en el siglo XVIII y principios del siglo XX)], *Morskoi sbornik uchenago otdelenia morskogo tekhnicheskago komiteta* [Colección marina del departamento científico del comité técnico marino].

Sharman, A. y Roberts, S. G. H. (eds.), 2013: *1812 Echoes: The Cadiz Constitution in Hispanic History, Culture and Politics*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing.

Shaw, S. J., 1965: «The Origins of Ottoman Military Reform: The Nizam-I Cedid Army of Sultan Selim III», *Journal of Modern History* 37, 291-305.

Shaw, S. J., 1976-1977: *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sheehan, J. J., 1992: «State and Nationality in the Napoleonic Period», en J. Breuilly (ed.), *The State of Germany: The National Idea in the Making, Unmaking, and Remaking of a Modern Nation-State*, Harlow, Longman, 47-59.

Sheehan, J. J., 2008: *German History, 1770-1866*, Oxford, Clarendon Press.

Sherwig, J. M., 1969: *Guineas and Gunpowder: British Foreign Aid in the Wars with France, 1793-1815*, Cambridge, Harvard University Press.

Shilder, N., 1897: *Imperator Aleksandr Pervyi, ego zhizn i tsarstvovanie* [El emperador Alejandro I, vida y reinado], 3 vols., Sankt Peterburg, A. S. Su-

vorin.

Shilder, N., 1901: *Imperator Pável I* [El emperador Pável I], Sankt Peterburg, Izd. A. S. Suvorina.

Showalter, D. E., 1994: «Hubertusberg to Auerstedt: The Prussian Army in Decline?», *German History* 12.

Showalter, D. E., 2012: «Reform and Stability: Prussia's Military Dialectic from Hubertusberg to Waterloo», en F. C. Schneid (ed.), *The Projection and Limitations of Imperial Powers, 1618-1850*, Leiden, Brill, 89-97.

Showers, B. L., 1950: *The Constitutional Debates on the Spanish Constitution of 1812*, tesis de grado, University of Wisconsin-Madison.

Shugerman, J. H., 2002: «The Louisiana Purchase and South Carolina's Reopening of the Slave Trade in 1803», *Journal of the Early Republic*, vol. 22, n.º 2, 263-290.

Silbert, A.,1981: *Do Portugal de antigo regime ao Portugal oitocentista*, Lisboa, Livros Horizonte.

Silva Rego, A. Da, 1970: *O Ultramar português no século XVIII (1700-1833)*, Lisboa, Agência Geral do Ultramar.

Simms, B., 1997: *The Impact of Napoleon: Prussian High Politics, Foreign Policy, and the Crisis of the Executive, 1797-1806*, Cambridge, Cambridge University Press.

Simms, B., 2015: *The Longest Afternoon: The 400 Men Who Decided the Battle of Waterloo*, New York, Basic Books.

Singleton, F. (y A. F. Upton), 2003: *A Short History of Finland*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sked, A., 2008: *Metternich and Austria: An Evaluation*, New York, Palgrave Macmillan.

Sked, A., 2011: *Radetzky: Imperial Victor and Military Genius*, London, I. B. Tauris.

Skritski, N., 2013: *Admiral Seniavin* [El almirante Seniavin], Moskva, Veche.

Skocpol, T., 1979: *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. en esp.: *Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984].

Sloane, W. M., 1989: «Napoleon's Plans for a Colonial System», *American Historical Review*, vol. 4, n.º 3.

Small, S., 2002: *Political Thought in Ireland, 1776-1798: Republicanism, Patriotism, and Radicalism*, Oxford, Clarendon Press.

Smallman-Raynor, M. R. y Cliff, A. D., 2004: *War Epidemics: An Historical Geography of Infectious Diseases in Military Conflict and Civil Strife, 1850-2000*, Oxford, Oxford University Press.

Smith, De., 2001: *The Prisoners of Cabrera: Napoleon's Forgotten Soldiers, 1809-1814*, New York, Four Walls Eight Windows.

Smith, Di., 2001: *1813, Leipzig, Napoleon and the Battle of the Nations*, London, Greenhill.

Smith, J. M., 2006: *The French Nobility in the Eighteenth Century: Reassessments and New Approaches*, University Park, Pennsylvania State University Press.

Smyth, J. (ed.), 2000: *Revolution, Counter-revolution, and Union: Ireland in the 1790s*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sobrevilla Perea, N. y Eastman, S. (eds.), 2015: *The Rise of Constitutional Government in the Iberian Atlantic World: The Impact of the Cádiz Constitution of 1812*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Sokol, A., 1952: «Russian Expansion and Exploration in the Pacific», *American Slavic and East European Review*, vol. 11, n.º 2, 85-105.

Sokolov, O., 2006: *Austerlitz. Napoleon, Rossiya i Evropa, 1799-1805* [Austerlitz. Napoleón, Rusia y Europa, 1799-1805], 2 vols., Moskva, Imperia Istorii.

Sokolov, O., 2012: *Bitva dvukh imperii, 1805-1812* [Batalla de dos imperios, 1805-1812], Sankt Peterburg, Astrel.

Sollogub, V., 1836: *Biografia generala Kotlyarosvkogo* [Biografía del general Kotlyarevsky], Sankt Peterburg, Tip. K. Kraya.

Solovyev, S., 1876: «Vostochny vopros 50 let nazad» [La cuestión oriental 50 años atrás], *Drevniaia i novaia Rossia* [Rusia ayer y hoy], n.º 2, 129.

Soltyk, R., 1841: *Relation des Opérations de l'Armée aux orders du Prince Joseph Poniatowski*, Paris.

Sorel, A., 1887-1904: *L'Europe et la Révolution Française*, 8 vols., Paris, Plon-Nourrit.

Soysal, İ., 1999: *Fransız Ih tilali ve Türk-Fransız Diplomasi Münasebetleri (1789-1802)* [La Revolución francesa y relaciones diplomáticas turco-francesas (1789-1802)], Ankara, Türk Tarih Kurumu.

Spear, P., 1965: *The Oxford History of Modern India, 1740-1947*, Oxford, Oxford University Press.

Spear, T. G. P., 1978*: The Oxford History of Modern India, 1790-1975*, Delhi, Oxford University Press.

Stackton, D., 1967: *The Bonapartes*, London, Hodder and Soughton.

Stagg, J. C. A., 1986: «Enlisted Men in the United States Army, 1812-1815: A Preliminary Survey», *William and Mary Quarterly* 43, 615-645.

Stagg, J. C. A., 2012: *The War of 1812: Conflict for a Continent*, Cambridge, Cambridge University Press.

Stanhope, P. H., 1867: *Life of the Right Honourable William Pitt*, London, John Murray.

Stanislavskaia, A., 1962: *Russko-angliiskie otnoshena i problemy Sredizemnomoria, 1798-1807* [Las relaciones ruso-inglesas y problemas del Mediterráneo, 1798-1807], Moskva, Akademia Nauk SSSR.

Stanislavskaia, A., 1976: *Rossiia i Gretsiia v kontse XVIII-nachale XIX veka: Poltika Rossii v Ionicheskoi respublike, 1798-1807 g.g.* [Rusia y Grecia a finales del siglo XVIII-principios del XIX: la política rusa en la República Jónica, 1798-1807], Moskva, Nauka.

Starbuck, N., 2009: *Constructing the «Perfect» Voyage: Nicolas Baudin at Port Jackson, 1802*, tesis doctoral, University of Adelaide.

Stegemann, H., 1924: *Der Kampf um den Rhein. Das Stromgebiet des Rheins im Rahmen der großen Politik und im Wandel der Kriegsgeschichte*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.

Stein, B. H. y Stein, S. J., 2009: *Edge of Crisis: War and Trade in the Spanish Atlantic, 1789-1808*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Stein, S. J. y Stein, B. H., 1970: *The Colonial Heritage of Latin America: Essays on Economic Dependence in Perspective*, New York, Oxford University Press.

Stein, S. J. y Stein, B. H., 2000: *Silver, Trade, and War: Spain and America in the Making of Early Modern Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Stein, S. J. y Stein, B. H., 2003: *Apogee of Empire: Spain and New Spain in the Age of Charles III, 1759-1789*, Baltimore, John Hopkins University Press.

Steinberg, D. J. (ed.), 1987: *In Search of Southeast Asia*, Honolulu, University of Hawaii Press.

Stevenson, J., 1979: *Popular Disturbances in England, 1700-1870*, London, Longman.

Stickler, M., 2008: «Erfurt als Wende-Bayern und Württemberg und das Scheitern der Pläne Napoleons I. für einen Ausbau der Rheinbundverfassung», en R. Benl (ed.), *Der Erfurter Fürstenkongreß 1808: Hintegründe, Ablauf, Wirkung*, Erfurt, Stadtarchiv, 266-300.

Stone, B., 1994: *The Genesis of the French Revolution: A Global-Historical Interpretation*, Cambridge, Cambridge University Press.

Strathern, P., 2008: *Napoleon in Egypt*, New York, Bantam Books [ed. en esp.: *Napoléon en Egipto*, Barcelona, Planeta, 2009].

Street, J., 1953: «Lord Strangford and Rio de la Plata, 1808-1815», en *Hispanic American Historical Review*, vol. 33, n.° 4.

Street, J., 1959: *Artigas and the Emancipation of Uruguay*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sugimoto, M. y Swain, D. L., 1989: *Science and Culture in Traditional Japan*, TŌkyŌ-to, Charles E. Tuttle.

Summerfield, S. y Law, S., 2015: *Sir John Moore and the Universal Soldier*, vol. 1, *The Man, the Commander and the Shorncliffe System of Training*, London, Ken Trotman.

Summerville, C., 2003: *March of Death: Sir John Moore's Retreat to Corunna, 1808-1809*, London, Greenhill Books [ed. en esp.: *La marcha de la muerte*, Barcelona, Inédita, 2006].

Suny, R. G., 1994: *The Making of the Georgian Nation*, Bloomington, Indiana University Press.

Surguladze, A., 1982: *1783 tslis georgievskis traktati da misi istoriuli mnishvneloba* [1783. El tratado de Tsli Georgievski y su significado histórico], Tbilisi, Tsodna.

Süslü, A., 2016: «Ambassadeurs Turcs envoyés en France et Vahîd Pacha», en *Tarih Araştırmaları Dergisi* [Revista de Estudios Históricos], n.º 60, 195-211.

Suzuki, Y., 2012: *Japan-Netherlands Trade 1600-1800: The Dutch East India Company and Beyond*, Kyōto, Kyoto University Press.

Sveinsson, J. R., 2000: *Society, Urbanity and Housing in Iceland*, Gävle, Meyers.

Swann, J., 1995: *Politics and the Parlement of Paris Under Louis XV, 1754-74*, Cambridge, Cambridge University Press.

Swann, J., 2003: *Provincial Power and Absolute Monarchy: The Estates General of Burgundy, 1661-90*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sweet, P. R., 1970: *Friedrich von Gentz: Defender of the Old Order*, Westport, Greenwood Press.

Sykes, P. M., 1915: *History of Persia*, London, Macmillan.

Tabagoua, I., 1972: «La Géorgie dans les plans de Napoléon», *Bedi Kartlisa: Revue de Kartvélologie*, vol. XXIX, 106-118.

Tabagoua, I., 1974: *Sakartvelo-safrangetis urtiertobis istoriidan (XVIII s. mitsuruli-XIX s. dasatskisi)* [Ensayos de la historia de las relaciones entre Georgia y Rusia (finales s. XVIII-principios s. XIX)], Tbilisi, Metsniereba.

Tackett, T., 1986: *Religion, Revolution, and Regional Culture in Eighteenth-Century France: The Ecclesiastical Oath of 1791*, Princeton, Princeton University Press.

Tackett, T., 2003: *When the King Took Flight*, Cambridge, Harvard University Press.

Taine, H. A. 1881: *The French Revolution*, New York, Henry Holt.

Talty, S., 2009: *The Illustrious Dead: The Terrifying Story of How Typhus Killed Napoleon's Greatest Army*, New York, Random House.

Tarle, E., 1913: *Kontinentalnaia blokada* [El bloqueo continental], Moskva, Zadruga.

Tarle, E., 1948: *Admiral Ushakov na Sredizemnom more, 1798-1800* [El almirante Ushakov en el mar Mediterráneo, 1798-1800], Moskva, Voennoe Izdat. Ministerstva Oborony SSSR.

Tarle, E., 1957-1962: *Sochinenia* [Composiciones], 12 vols., Moskva, Izdvo Akademii nauk SSSR.

Tarle, E., 2017: *Talleyrand*, Moskva, Urait [ed. en esp.: *Talleyrand*, Buenos Aires, Futuro, 1960].

Tatishev, S., 1891: *Alexandre 1^er et Napoléon: d'après leur correspondence inédite, 1801-12*, Paris, 1891.

Taylor, G. V., 1962: «The Paris Bourse on the Eve of the Revolution, 1781-1789», *American Historical Review*, vol. 67, n.º 4, 951-977.

Taylor, S., 2008: *Storm and Conquest: The Clash of Empires in the Eastern Seas, 1809*, New York, W. W. Norton.

Teffeteller, G., 1990: «England and Brazil: Strangford and Joao VI», *Proceedings of the Consortiium on Revolutionary Europe, 1990*.

Tegnér, E., 1887: *Gustaf Mauritz Armfelt*, Stockholm, Beijer.

Temperley, H., 1966: *The Foreign Policy of Canning, 1822-1827: England, the Neo-Holy Alliance and the New World*, New York, Frank Cass.

Temperley, H. W. V., 1909: «The Causes of the War of Jenkins' Ear, 1739», *Transactions of the Royal Historical Society* 3.

Terraine, J., 1998: *Trafalgar*, London, Wordsworth.

Teymurova, G., 2016: «1806-1812 Osmanli-Rusya Savas¸i ve Azerbaycan»[1806-1812 La Guerra Ruso-Turca y Azerbaiyán], *Journal of Ottoman Civilization Studies*, n.º 2.

Tezcan, B., 2010: *The Second Ottoman Empire: Political and Social Transformation in the Early Modern World*, Cambridge, Cambridge University Press.

Theal, G. M., 1908: *History of South Africa*, London, Swan Sonnenschein.

Theriault, S. M., 2006: «Party Politics During the Louisiana Purchase», *Social Science History*, vol. 30, n.º 2, 293-324.

Thiers, A., 1844: *Histoire de la Révolution Française*, Bruxelles, Societé Typographique Belge.

Thiers, A., 1845-1862: *Histoire du Consulat et de l'Empire*, Paris, Paulin.

Thiry, J., 1966: *Bonaparte en Italie, 1796-1797*, Paris, Berger-Levrault.

Thiry, J., 1966b: *Wagram*, Paris, Berger-Levrault.

Thomas, C. M., 1931: *American Neutrality in 1793: A Study in Cabinet Government*, New York, Columbia University Press.

Thompson, L. M., 1990: *A History of South Africa*, New Haven, Yale University Press.

Thompson, M. S., 2002: *The Fatal Hill: The Allied Campaign Under Beresford in Southern Spain in 1811*, Chapelgarth.

Thornton, M. J., 1968: *Napoleon After Waterloo: England and the St. Helena Decision*, Stanford, Stanford University Press.

Timmons, W. H., 1963: *Morelos: Priest, Soldier, Statesman of Mexico*, El Paso, Western College Press [ed. en esp.: *Morelos: sacerdote, soldado, estadista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983].

Tipton, F. B., 2003: *A History of Modern Germany Since 1815*, Berkeley, University of California Press.

Titeux, E., 1903: *Le Général Dupont: une erreur historique*, Puteaux-sur-Seine, Prieur et Dubois et Cie.

Todorov, N., 2005: «Finances et fiscalité dans le royaume de Westphalie», *La revue de l'Institut Napoléon* 2004, n.º 11, 7-46.

Todorov, N., 2016: *La Grande Armée à la conquête de l'Angleterre: Le plan secret de Napoléon*, Paris, Éditions Vendémiaire.

Togonidze, V., 1951: *Kartlis mtianetis glekhta ajanyeba (1804 ts.)* [Revuelta de los campesinos de Kartli Mtianeti (1804 c.)], Tbilisi, Sakhelgami.

Tolley, B. H. 1969: «The Liverpool Campaign Against the Order in Council and the War of 1812», en J. R. Harris (ed.), *Liverpool and Merseyside: Essays in the Economic and Social History of the Port and Its Hinterland*, New York, Augustus M. Kelley, 98-145.

Tomasson, R., 1980: *Iceland: The First New Society*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Tone, J. L., 1994: *The Fatal Knot: The Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon in Spain*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Toreno, conde de, 2008: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, J. Varela Suanzes-Carpegna (ed.), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Touche, M. de La, 1848: *The History of Hyder Shah, Alias Hyder Ali Khan Bahadur*, Kolkata, Sanders, Cones.

Toy, B. de, 1995: «Wellington's Lifeline: Naval Logistics in the Peninsula», *Proceedings of the Consortium on Revolutionary Europe, 1995*.

Toy, B. de, 1997: «Wellington's Admiral: The Life and Career of George Berkeley, 1753-1818», tesis doctoral, Florida State University.

Tracy, J. D. (ed.), 1993: *The Rise of Merchant Empires: Long Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

Trevelyan, G. M., 1920: *Lord Grey of the Reform Bill*, London, Longmans, Green.

Trouillot, H., 1966: *Dessalines: ou, La tragédie post-coloniale*, Port-au-Prince, Panorama.

Trulsson, S. G., 1963: «Canning, den hemliga kanalen till förhandlingerna i Tilsit och invasionsföretaget mot Köpenhamn 1807» [Canning, el canal secreto de las negociaciones en Tilsit y la empresa de invasión contra Copenhague en 1807], *Scandia* 29, 320-359.

Tucker, S. C., 2004: *Stephen Decatur: A Life Most Bold and Daring*, Annapolis, Naval Institute Press.

Tucker, S. y Reuter, F., 1996: *Injured Honor: The Chesapeake-Leopard Affairs, June 22, 1807*, Annapolis, Naval Institute Press.

Tuholski, A. W., 1919: *The Continental System of Napoleon*, tesis de grado, Columbia University.

Tulard, J. (ed.), 1987: *Dictionnaire Napoléon*, Paris, Fayard.

Tulard, J., 1991: *Le Directoire et le Consulat*, Paris, Presses universitaires de France.

Tullner, M. y Möbius, S. (eds.), 2007: *1806: Jena, Auerstedt und die Kapitulation von Magdeburg: Schande oder Chance?*, Halle, Landesheimatbund Sachsen-Anhalt.

Turner, F. J., 1904: «The Diplomatic Contest for the Mississippi Valley», *Atlantic Monthly* XCIII.

Tyson, G. (ed.), 1973: *Toussaint L'Ouverture*, Englewood Cliffs, Prentice Hall.

Uffindell, A., 1994: *The Eagle's Last Triumph: Napoleon's Victory at Ligny, June 1815*, London, Greenhill Books.

Uglow, J., 2014: *In These Times: Living in Britain Through Napoleon's Wars, 1793-1815*, New York, Macmillan.

Ulmann, H., 1899: *Russisch-preussische politik unter Alexander I. und Friedrich Wilhelm III. bis 1806*, Leipzig, Duncker und Humblot.

Vachée, J. B. M. E., 1914: *Napoleon at Work*, London, Adam and Charles Black.

Van Kley, D. K., 1996: *The Religious Origins of the French Revolution: From Calvin to the Civil Constitution, 1560-1791*, New Haven, Yale University Press.

Van Tyne, C. H., 1925: «French Aid Before the Alliance of 1778», *American Historical Review*, vol. 31, n.º 1, 20-40.

Vandal, A., 1894-1897: *Napoléon et Alexandre 1er: l'alliance russe sous le 1er Empire*, 3 vols., Paris, Plon-Nourrit.

Varela Suanzes-Carpegna, J., 2011: *La teoría del Estado en las Cortes de Cádiz: orígenes del constitucionalismo hispánico*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Varende, J. de La, 1952: *Cadoudal*, Paris, Éditions françaises d'Amsterdam.

Varma, B., 1980: *From Delhi to Teheran: A Study of British Diplomatic Moves in North-Western India, Afghanistan and Persia, 1772-1803*, Patna, Janaki Prakashan.

Vassall-Fox, H. R., 1851: *Lord Holland's Foreign Reminiscences*, New York, Harper & Brothers.

Vedel, D., 1999: *Relations de la campagne d'Andalousie, 1808*, Paris, La Vouivre.

Vegesack, E. von, 1840: *Svenska arméens fälttåg uti Tyskland och Norrige åren 1805, 1806, 1807 och 1808* [Las campañas del Ejército sueco en Alemania y el norte en los años 1805, 1806, 1807 y 1808], Stockholm, L. J. Hjerta.

Vela Santiago, F., 2007: *La batalla de Bailén, 1808: el águila derrotada*, Madrid, Almena Ediciones.

Vela Santiago, F., 2014: *Toulouse 1814: la última batalla de la Guerra de Independencia española*, Madrid, Almena Ediciones.

Velde, F. R. y Weir, D. R., 1992: «The Financial Market and Government Debt Policy in France, 1746-1793», *Journal of Economic History*, vol. 52, n.º 1, 1-39.

Verbitskii, E., 1984: «Peregovory Rossii i Osmanskoi imperii o vozobnovlienii soyuznogo dogovora 1798 (1799) g.» [Negociaciones entre Rusia y el Imperio otomano acerca de la renovación del tratado de unión de 1798 (1799)], en A. Narochnitski (ed.), *Rossia i Iugo-Vostochnaia Evropa* [Rusia y el sudeste de Europa], Chişinău, Shtiintsa, 60-67.

Verduin, A. R., 1930: «The Spanish Constitution of 1812 and the Influence of the French Revolution Thereon», tesis de grado, University of Wisconsin-Madison.

Veve, T. D., 1992: *The Duke of Wellington and the British Army of Occupation in France, 1815-1818*, Westport, Greenwood Press.

Vial, C.-É., 2015: *Le dernier voyage de l'empereur: Paris-Île d'Aix, 1815*, Paris, Éditions Vendémiaire.

Vichness, S. E., 1976: *Marshal of Portugal: The Military Career of William Carr Beresford, 1785-1814*, tesis doctoral, Florida State University.

Vick, B. E., 2014: *The Congress of Vienna: Power and Politics After Napoleon*, Cambridge, Harvard University Press.

Vigel, P., 1864: *Vospominania F.F. Vigelia* [Memorias de F.F. Vigelia], Moskva, Katkov i K.

Vigié, M. y Vigié, M., 1989: *L'herbe à nicot: amateurs de tabac, fermiers généraux et contrebandiers sous l'Ancien Régime*, Paris, Fayard.

Villani, P., 1962: *Mezzogiorno tra riforme e rivoluzione*, Bari, Laterza.

Villepin, D. de, 2001: *Les Cent-Jours, ou, L'esprit de sacrifice*, Paris, Perrin.

Vlekke, B., 1943: *Nusantara: A History of the East Indian Archipelago*, Cambridge, Harvard University Press.

Voelcker, T., 2008: *Admiral Saumarez Versus Napoleon: The Baltic, 1807-1812*, Woodbridge, Boydell Press.

Voogd, C. de, 1981: «Les Français en Perse (1805-1809)», *Studia Iranica*, vol. 10, n.° 2.

Vovelle, M., 2007: *Les républiques soeurs sous le regard de la Grande Nation*, Paris, L'Harmattan.

Vries, J. de, 1976: *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750*, Cambridge, Cambridge University Press.

Vucinich, W. S. (ed.), 1982*: The First Serbian Uprising, 1804-1813*, New York, Brooklyn College Press.

Wakeman, F., 2004: «Drury's Occupation of Macau and China's Response to Early Modern Imperialism», *East Asian History*, n.° 28.

Waliszewski, K., 1923: *La Russie il y a cent ans: Le regne d'Alexandre 1^er^*, Paris, Plon-Nourrit.

Walt, S. M., 1997: *Revolution and War*, Ithaca, Cornell University Press.

Walton, C., 2013: «The Fall from Eden: The Free Trade Origins of the French Revolution», en S. Desan, L. Hunt, y W. M. Nelson (eds.), *The French Revolution in Global Perspective*, Ithaca, Cornell University Press.

Wang, W., 2014: *White Lotus Rebels and South China Pirates*, Cambridge, Harvard University Press.

Wangermann, E., 1991: «Preussen und die revolutionaren Bewegungen in Ungarn und den osterreichischen Niederlanden zur Zeit der franzosischen Revolution», en O. Busch y M. Neugebauer-Wolk (eds.), *Preussen und die revolutionare Herausforderung seit 1789*, Berlin, Walter de Gruyter.

Wanquet, C., 1998: *La France et la première abolition de l'esclavage, 1794-1802: le cas des colonies orientales, Île de France (Maurice) et la Réunion*, Paris, Karthala.

Ward, A. *et al*. (eds.), 1906: *The Cambridge Modern History*, New York, Macmillan.

Ward, A. W., 1899: *Great Britain and Hanover*, Oxford, Clarendon Press.

Ward, A. W. y Gooch, G. P., 1922: *The Cambridge History of British Foreign Policy, 1783-1919*, vol. 1, *1783-1815*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ward, P. A., 2013*: British Naval Power in the East, 1794-1805: The Command of Admiral Peter Rainier*, Oxford, Boydell Press.

Ward, S. R., 2009: *Immortal: A Military History of Iran and Its Armed Forces*, Washington, Georgetown University Press.

Waresquiel, E., 2006: *Talleyrand: le prince immobile*, Paris, Fayard.

Watson, G. E., 1976: «The United States and the Peninsular War, 1808-1812», *Historical Journal*, vol. 19, n.° 4, 859-876.

Watson, I., 1980: *Foundation for Empire: English Private Trade in India, 1659-1760*, Naī Dillī, Vikas.

Watson, J. S., 1960: *The Oxford History of England*, vol. XII, *The Reign of George III, 1760-1815*, Oxford, Clarendon Press.

Webster, A., 1990: «The Political Economy of Trade Liberalization: The East India Company Charter of 1813», *Economic History Review*, vol. 43, n.° 3, 404-419.

Webster, A., 2009: *The Twilight of the East India Company: The Evolution of Anglo-Asian Commerce and Politics, 1790-1860*, Woodbridge, Boydell Press.

Webster, C. K., 1913: «England and the Polish-Saxon Problem at the Congress of Vienna», *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 7, 49-101.

Webster, C. K., 1919: *The Congress of Vienna, 1814-1815*, London, Oxford University Press.

Webster, C. K., 1921: *British Diplomacy, 1813-1815*, London, G. Bell and Sons.

Webster, C. K., 1924: *The Foreign Policy of Castlereagh*, London, G. Bell and Sons.

Weil, M. H., 1891: *La Campagne de 1814*, Paris, Librairie Militaire de L. Baudoin.

Weinlader, J. R., 1977: *The Peace of Amiens, 1801-1802: Its Justification in Relation to Empire*, tesis doctoral, University of Wisconsin.

Weller, J., 1962: *Wellington in the Peninsula, 1808-1814*, London, Nicolas Vane.

Weller, J., 1992: *Wellington at Waterloo*, London, Greenhill.

Welschinger, H., 1888: *Le duc d'Enghien*, Paris, Plon-Nourrit.

Welschinger, H., 1890: «L'Europe et l'exécution du duc d'Enghien», *Revue de la Société des études historiques* t. 8, 1-19 y 73-94.

Welschinger, H., 1905: *Le pape et l'empereur, 1804-1815*, Paris, Plon-Nourrit.

Welschinger, H., 1913: *Le duc d'Enghien. L'enlèvement d'Ettenheim et l'exécution de Vincennes*, Paris, Plon-Nourrit.

Wheeler, H. F. B., 1908: *Napoleon and the Invasion of England: The Story of the Great Terror*, London, John Lane.

Whelan, J., 2003: *Jefferson's War: America's First War on Terror, 1801-1805*, New York, Carroll and Graf.

Whitaker, A. P. (ed.), 1958: *Latin America and the Enlightenment*, Ithaca, Great Seal Books.

White, E. N., 2001: «Making the French Pay: The Costs and Consequences of the

Napoleonic Reparations», *European Review of Economic History*, vol. 5, n.º 3, 337-365.

White, C. E., 1989: *The Enlightened Soldier: Scharnhorst and the Militarische Gesellschaft in Berlin, 1801-1805*, Westport, Praeger.

Whitten, M. P., 1964: *France and the Continental System of the Berlin Decree*, tesis de grado, University of Wisconsin-Madison.

Wild, A., 2000: *The East India Company: Trade and Conquest from 1600*, New York, Lyons Press.

Williams, J. H., 1979: *The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1800-1870*, Austin, Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin.

Williams, P. G., Bolton, S. C. y Whayne, J. M., 2005: *A Whole Country in Commotion: The Louisiana Purchase and the American Southwest*, Fayetteville, University of Arkansas Press.

Williamson, D. G., 2005: *Germany Since 1815: A Nation Forged and Renewed*, New York, Palgrave Macmillan.

Willig, T. D., 2008: *Restoring the Chain of Friendship: British Policy and the Indians of the Great Lakes, 1783-1815*, Lincoln, University of Nebraska Press.

Willis, S., 2011: *The Glorious First of June*, London, Quercus.

Willis, S., 2014: *In the Hour of Victory: The Royal Navy at War in the Age of Nelson*, New York, W. W. Norton.

Wilson, N., 2010: «Tokugawa Defense Redux: Organizational Failure in the "Phaeton" Incident of 1808», *Journal of Japanese Studies*, vol. 36, n.º 1.

Wilson, P. H., 1999: *The Holy Roman Empire, 1495-1806*, New York, St. Martin's Press.

Wilson, P. H., 2006: «Bolstering the Prestige of the Habsburgs: The End of the Holy Roman Empire in 1806», *International History Review*, vol. 28, n.° 4, 709-736.

Wilson, P. H., 2016: *Heart of Europe: A History of the Holy Roman Empire*, Cambridge, Belknap Press.

Wink, M., 2018: *Een militair debacle? Bataafse militaire inzet in West-Indië 1802-1804* [¿Una debacle militar? Despliegue militar de Batavia en las Indias Occidentales 1802-1804], tesis de grado, Rijksuniversiteit Leiden.

Winston, J. E. y Colomb, R. W., 1929: «How the Louisiana Purchase Was Financed», *Louisiana Historical Quarterly*, vol. XII, 189-237.

Woloch, I., 1986: «Napoleonic Conscription: State Power and Civil Society», *Past and Present*, vol. 111, 101-129.

Woloch, I., 1995: *The New Regime: Transformations of the French Civic Order, 1789-1820s*, New York, W. W. Norton.

Woloch, I., 2001: *Napoleon and His Collaborators: The Making of a Dictatorship*, New York, W. W. Norton.

Wolf, W. D., 1992: «Was There a Reformed Balance of Power System or Cooperative Great Power Hegemony», *American Historical Review*, vol. 97, 725-732.

Wolf, W. D., 2014: *Der Wiener Kongress 1814/1815*, Stuttgart, Reclam Verlag.

Wood, G. D.'A., 2015: *Tambora: The Eruption That Changed the World*, Princeton, Princeton University Press.

Woolf, S., 1991: *Napoleon's Integration of Europe*, London, Routledge.

Woronoff, D., 1984: *The Thermidorean Regime and the Directory, 1794-1799*, Cambridge, Cambridge University Press.

Wright, D., 2001: *The English Amongst the Persians: Imperial Lives in Nineteenth Century Iran*, London, I. B. Tauris.

Wright, J. L., 2010*: William Augustus Bowles: Director General of the Creek Nation*, Athens, University of Georgia Press.

Yalçınkaya, M. A. 2010: *The First Permanent Ottoman Embassy in Europe: The Embassy of Yusuf Agah Efendi to London (1793-1797)*, İstanbul, Isis Press.

Yapp, M., 1980: *Strategies of British India: Britain, Iran, and Afghanistan, 1798-1850*, Oxford, Clarendon Press.

Yaycioglu, A., 2016: *Partners of the Empire: The Crisis of the Ottoman Order in the Age of Revolutions*, Stanford, Stanford University Press.

Yeşil, F., 2007: «Looking at the French Revolution Through Ottoman Eyes: Ebubekir Ratib Efendi's Observations», *Bulletin of SOAS* 70, n.° 2, 283-304.

Yeşil, F., 2017: *Trajik Zafer Büyük Güçlerin Doğu Akdeniz'deki Siyasi ve Askeri Mücadelesi (1806-1807)* [Triunfo trágico. La lucha política y militar de

las grandes potencias en el Mediterráneo oriental (1806-1807)], İstanbul, Türkiye İş Bankası Kültür yayınları.

Yonge, C. D., 1868: *The Life and Administration of Robert Banks, Second Earl of Liverpool, K.G.*, London, Macmillan.

Young, E. van, 2001: *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford, Stanford University Press.

Zacks, R., 2005: *The Pirate Coast: Thomas Jefferson, the First Marines, and the Secret Mission of 1805*, New York, Hyperion.

Zaghi, C., 1986: *L'Italia di Napoleon dalla Cisalpina al Regno*, Torino, UTET.

Zajárov, G., 1940: *Russko-Shvedskaya Voina 1808-09 gg*. [La Guerra Ruso-Sueca de 1808-1809], Moskva.

Zak, L., 1963: *Anglia i germanskaia problema. Iz Diplomaticheskoi istorii napoleonovskij voin* [Inglaterra y el problema alemán. De la historia diplomática de las Guerras Napoleónicas], Moskva, Izd-vo Instituta Mezhd. Otnoshenii.

Zamoyski, A., 1992: *The Last King of Poland*, London, Jonathan Cape.

Zamoyski, A., 2005: *Moscow 1812: Napoleon's Fatal March*, New York, Harper Perennial.

Zamoyski, A., 2007: *Rites of Peace: The Fall of Napoleon and the Congress of Vienna*, London, Harper Perennial.

Zamoyski, A., 2015: *Phantom Terror: Political Paranoia and the Creation of the Modern State, 1789-1848*, New York, Basic Books.

Zawadzki, W. H., 1975: «Prince Adam Czartoryski and Napoleonic France, 1801-1805: A Study in Political Attitudes», *Historical Journal*, vol. 18, n.° 2, 248-249.

Zemtsov, V., 2010: *1812 god: Pozhar Moskvy* [1812: arde Moscú], Moskva, Kniga.

Zens, R., 2002: «Pasvanoglu Osman Pasa and the Pasalik of Belgrade, 1791-1807», *International Journal of Turkish Studies*, vol. 8, n.° 1-2, 89-104.

Zhilin, P., 1950: *Kontranastuplenie Kutuzova v 1812 g*. [La contraofensiva de Kutúzov en 1812], Moskva, Voennoe izd-vo.

Zieseniss, C.-O., 1984: *Le Congrès de Vienne et l'Europe des princes*, Paris, Belfond.

Zilfi, M. C., 2006: «The Ottoman Ulama», en S. N. Faroqhi (ed.), *The Cambridge History of Turkey*, vol. 3, *The Later Ottoman Empire, 1603-1839*, Cambridge, Cambridge University Press, 223-225.

Zlotnikov, M., 1966: *Kontinentalnaia blokada i Rossia* [El bloqueo continental y Rusia], Moskva, Nauka.

Zorlu, T., 2008: *Innovation and Empire in Turkey: Sultan Selim III and the Modernisation of the Ottoman Navy*, London, Tauris Academic Studies.

Las desgracias también tienen su heroísmo
y su gloria. La adversidad faltaba
a mi carrera. Si hubiera muerto en el
trono, en las nubes de todo mi poder,
hubiera quedado incompleto para mucha
gente. Hoy, merced a la desgracia,
se me podrá juzgar tal como soy.
Del testamento de Napoleón, redactado el 15 de
abril de 1821 por su lugarteniente, el conde de
Montholon, en Loongwood, isla de Santa Elena.

Napoleón el Grande, emperador de los franceses y rey de Italia, litografía coloreada de Louis-Charles Routte a partir del dibujo de Robert Lefèvre, Bibliothèque nationale de France.

El emperador Alejandro I de Rusia, litografía coloreada de Gerhard von Kügelgen. De personalidad compleja rayando lo mesiánico, y torturada por el trágico destino de su padre, las tendencias liberales y reformistas de su juventud se fueron tornando en un conservadurismo de lo más reaccionario según los vientos revolucionarios azotaban una Europa en la que Alejandro (r. 1801-1825) estaba empeñado en desempeñar un papel preponderante.

Federico Guillermo III de Prusia (1819), óleo sobre lienzo de Heinrich Abel Seyffert. De naturaleza cauta, su actitud vacilante se extremó tras la catastrófica derrota de 1806, una guerra a la que Federico (r. 1797-1840) se había visto arrastrado a regañadientes y que a punto estuvo de cobrarse la existencia de la propia Prusia, que resurgiría de sus cenizas gracias a la incansable labor de ministros como Scharnhorst o Gneisenau.

Francisco I (1815), óleo sobre lienzo de Joseph Kreutzinger, Universalmuseum Joanneum, Graz. El enemigo más acérrimo de Francia, Francisco II del Sacro Imperio (r. 1792-1806) y I de Austria (r. 1804-1835) pudo aprovechar la tradicional resiliencia de los Habsburgo para salir victorioso tras dos décadas de lacerantes derrotas, incluyendo la dolorosa disolución del milenario Sacro Imperio Romano Germánico, del que sería el último soberano, para evitar su apropiación por Napoleón.

La familia real de España, huecograbado, Museo Municipal de Madrid. La Revolución francesa truncó el reinado de Carlos IV (r. 1788-1808) y sumió a España en una sucesión de guerras y de alianzas cambiantes que le costaría tremendamente caro al monarca y al reino.

Retrato del rey José I (1809), óleo sobre lienzo de Joseph Flaugier, Museu Nacional d'Art de Catalunya. Tras las abdicaciones de Bayona, Napoleón puso en el trono de España a su hermano José (r. 1808-1813).

Carlos XIV Juan, príncipe heredero de Suecia (1811), óleo sobre lienzo de François Gérard, Nationalmuseum, Estocolmo. Tras ser elegido sucesor al trono sueco en 1810, Jean-Baptiste Bernadotte no dudaría en unirse a la guerra contra Francia.

Charles Maurice de Talleyrand Périgord, príncipe de Benevento (1808), óleo sobre lienzo de François Gérard, Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Uno de los estadistas más determinantes de Europa y figura insustituible tanto en la Francia republicana como durante el Imperio y la posterior Restauración.

Klemens von Metternich (1815), óleo sobre lienzo de Thomas Lawrence, Kunsthistorisches Museum, Viena. Ferviente antibonapartista, representará el ala más reaccionaria de la política europea que cristalizará en la Santa Alianza, de la que será impulsor.

Catalina II de Rusia (*ca*. 1780), óleo sobre lienzo por Johann Baptist von Lampi, Kunsthistorisches Museum, Viena. Catalina la Grande (r. 1762-1796) modernizó el país, impulsó la expansión de Rusia y precipitó la partición de Polonia.

María Carolina de Habsburgo-Lorena, reina de Nápoles (*ca*. 1768), óleo sobre lienzo de Anton Raphael Mengs, Museo del Prado. Ferviente antirrevolucionaria, será quien detente el poder *de facto* en Nápoles y Sicilia (r. 1768-1806/1812).

Luisa Mecklenburg-Strelitz, reina de Prusia (1802), óleo sobre lienzo por Josef Grassi, Palacio Charlottenburg, Berlín. Tremendamente popular entre sus súbditos, Luisa (r. 1797-1810) poseía el carisma e iniciativa que le faltaba a su marido, lo que la convirtió en «el alma de la virtud nacional».

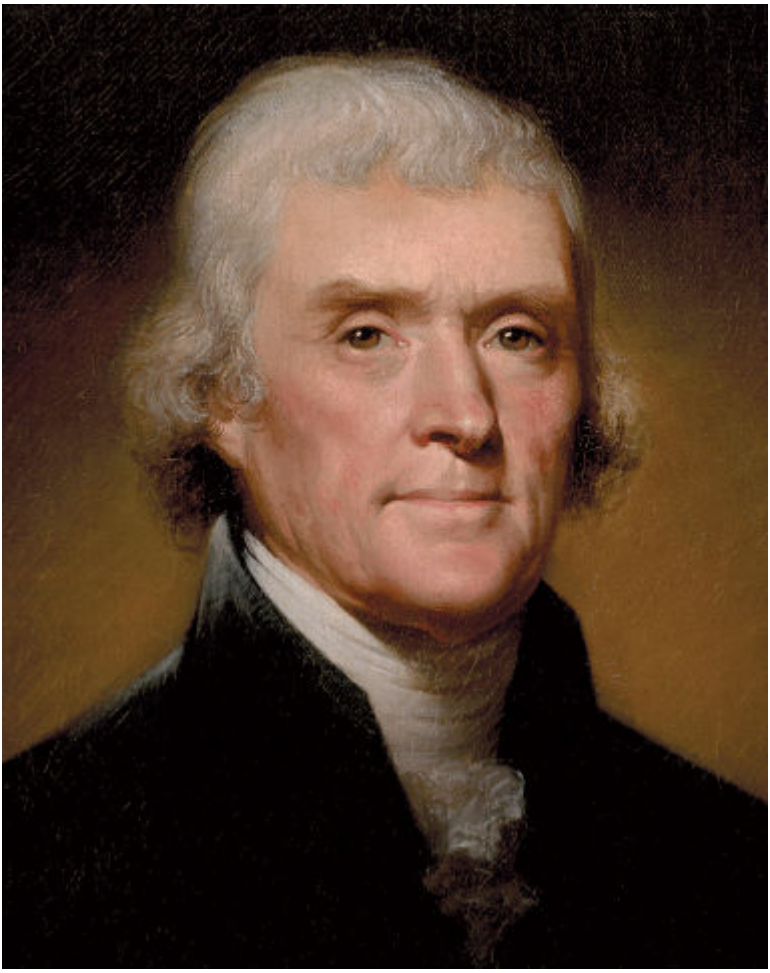
Agustina de Aragón (*ca*. 1810), óleo sobre lienzo por Juan Gálvez, Museo Lázaro Galdiano, Madrid. Esta joven catalana, que combatió en Zaragoza, La Mancha y Vitoria, se convirtió en un poderoso símbolo de la resistencia nacional.

Mehmet Alí, valí de Egipto (1841), óleo sobre lienzo de Auguste Couder, Palacio de Versalles. Mehmet Alí (r. 1805-1848) aprovechó la agitación desatada por las Guerras Napoleónicas para hacerse con el poder y sentar las bases del Egipto moderno.

Retrato anónimo del sultán Tipu (r. 1782-1799), apodado el Tigre de Mysore, enemigo implacable de la Compañía de las Indias Orientales.

Selim III, 28.º sultán del Imperio otomano y 107.º califa del islam, óleo sobre tela de Joseph Warnia-Zarzecki, Pera Müzesi, Estambul. Gobernante reformista, Selim III (r. 1789-1807) no pudo evitar verse envuelto en las Guerras Napoleónicas y finalmente fue derrocado en un golpe de Estado.

Fath Alí Sah de Irán (1805), retrato atribuido a Mihr Ali, Musée du Louvre-Lens. Fath Alí (r. 1797-1834) trató de contener las ambiciones imperiales rusas mediante alianzas con Francia y Gran Bretaña.



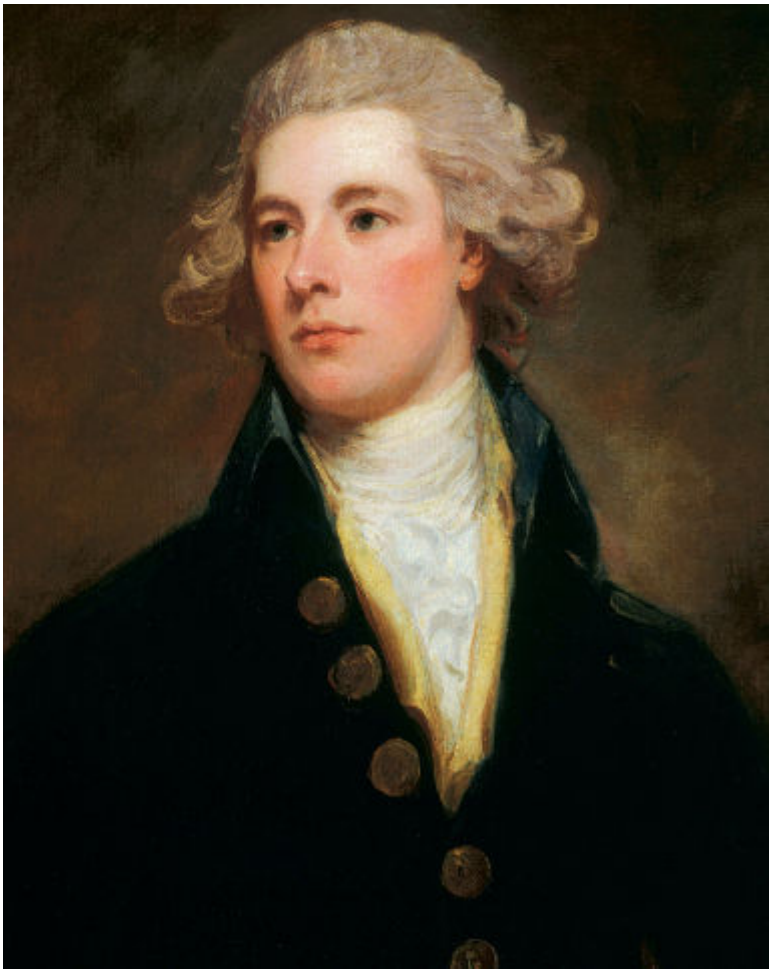
Thomas Jefferson (1801), óleo sobre lienzo de Rembrandt Peale, la Casa Blanca, Washington DC. Como tercer presidente de EE. UU., Jefferson defendió los intereses de la nación durante las Guerras Napoleónicas, autorizó el primer uso de la fuerza militar en el extranjero, sancionó la Compra de Luisiana y aplicó la Ley de Embargo de 1807.

Tecumseh (1915), platinotipia con acuarela basada en el grabado de Benson John Lossing, Toronto Public Library. Junto con su hermano Tenskwatawa, el líder shawnee forjó la mayor confederación india que se enfrentara a Estados Unidos.

Toussaint Louverture, general en jefe de Santo Domingo (1825), grabado de Isaac Louverture. Antiguo esclavo y destacado político y militar, sentará las bases de la independencia de Haití.

Simón Bolívar (1825), óleo sobre lienzo de Martin Drexler, The Stirling Smith Art Gallery & Museum. Apodado el Libertador, luchó larga y duramente por la independencia de las colonias españolas en Sudamérica.

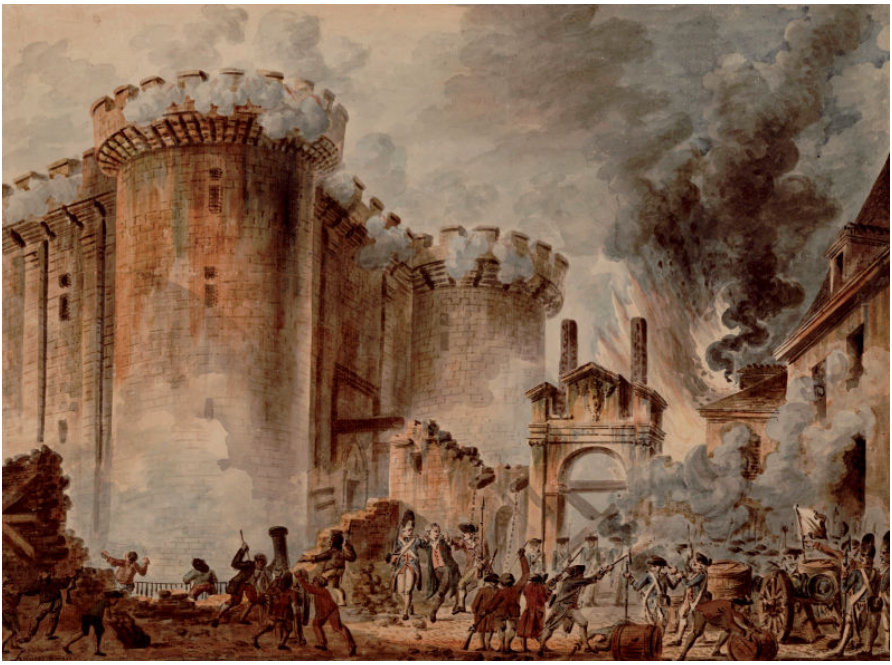
Gilbert Elliot-Murray-Kynynmound, primer conde de Minto (*ca*. 1822-1830), óleo sobre tela de James Atkinson, National Portrait Gallery, Londres. Fue gobernador general de la Compañía Británica de las Indias Orientales entre 1807 y 1813.



William Pitt el Joven (*ca*. 1783), óleo sobre tela de George Romney, Tate, Londres. Su mandato como primer ministro de Gran Bretaña estuvo dominado por las Guerras de la Revolución y las Napoleónicas.

El almirante Edward Pellew, primer vizconde de Exmouth (1804), óleo sobre lienzo de James Northcote, National Portrait Gallery, Londres. Como comandante en jefe de la Base Naval de las Indias Orientales, pasó cuatro años luchando contra los franceses en el océano Índico.

Richard Colley Wellesley, primer marqués de Wellesley, gobernador general de la Compañía Británica de las Indias Orientales (*ca*. 1813-1830), óleo sobre lienzo de Thomas Lawrence, Government Art Collection, Gran Bretaña.



Toma de la Bastilla (1789), acuarela de Jean-Pierre Houël, Bibliothèque nationale de France. El 14 de julio de 1789 ocurrió lo impensable: una muchedumbre enfurecida asaltaba la prisión de la Bastilla, el símbolo más detestado de la autoridad real en París. Estallaba la Revolución francesa.

La aprobación de la Constitución del 3 de Mayo, 1791 (1806), óleo sobre lienzo de Kazimierz Wojniakowski, Muzeum Narodowe w Warszawie. La Constitución adoptada por el Gran Sejm para la Confederación Polaco-Lituana despertará la hostilidad de sus vecinos y precipitará la segunda y tercera particiones de Polonia.

La batalla de Valmy, 20 de septiembre de 1792 (1826), óleo sobre lienzo de Horace Vernet, National Gallery, Londres. Poco más que un cañoneo bastó para rechazar a las fuerzas prusianas del duque de Brunswick que marchaban sobre París, una victoria, la primera de las armas revolucionarias, que, sin embargo, cobró un enorme simbolismo e insufló moral a la asediada joven República.

Napoleón Bonaparte liderando a sus tropas en la batalla del puente de Arcole (1826), óleo sobre lienzo de Horace Vernet, Christie's Collection, Londres. Si en 1792 la joven República se encontraba a la defensiva, pronto cambiarían las tornas. En apenas cuatro años Francia se había anexionado Bélgica y Holanda, sus ejércitos operaban en Alemania y amenazaban Austria y en 1796 lanzaban una ambiciosa ofensiva sobre Italia que sería testigo del ascenso de Napoleón Bonaparte.

Tratado de Leoben, 17 de abril de 1797 (1805), óleo sobre lienzo de Guillaume Guillon-Lethière, Palacio de Versalles. Este armisticio, certificado en la Paz de Campo Formio, confirmaba las ganancias territoriales de Francia en los Países Bajos y Alemania, le otorgaba territorios en el Mediterráneo y reconocía las repúblicas Ligur (Génova) y Cisalpina (Milanesado), satélites de Francia en Italia.

La batalla de las Pirámides, 21 de julio de 1798 (1808), óleo sobre lienzo de Louis François Lejeune, Palacio de Versalles. La invasión francesa hizo añicos el poder mameluco en Egipto y tuvo importantes repercusiones geopolíticas para el resto de Oriente Medio.

El general Bonaparte entrega una espada al jefe militar de Alejandría, julio de 1789 (1808), óleo sobre lienzo de François Henri Mulard, Palacio de Versalles. A pesar de la declaración de Napoleón de que solo hacía la guerra a mamelucos y otomanos, y no al islam, y a los bienintencionados intentos de reforma con ánimo de ganarse a la población egipcia, los franceses siempre fueron vistos como invasores.

El asalto de Seringapatam (1802), litografía de Giovanni Vendramini, British Library. Mientras la guerra azotaba Europa y se extendía a Oriente Medio, la Compañía Británica de las Indias Orientales progresaba en su conquista de la India, en el sur contra el sultán Tipu de Mysore, que culminaría en 1799 con la captura de Seringapatam, y en el norte contra la Confederación maratha, derrotada por Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, en la batalla de Assaye (1803).

La batalla de Trebia, 8 de junio de 1799 (1857), óleo sobre lienzo de Alexander Kotzebue, Museo del Hermitage, San Petersburgo. En 1799 el septuagenario mariscal ruso Aleksandr Suvórov emprendió una triunfal campaña por el norte de Italia, solo truncada por la derrota de los aliados en Suiza.

Godoy como general (1801), óleo sobre lienzo de Francisco de Goya, Real Academia de las Artes de San Fernando, Madrid. En 1801, en virtud de la alianza con Francia, el «Príncipe de la Paz» declaraba la guerra a Portugal. A pesar de su brevedad, la llamada Guerra de las Naranjas tendría implicaciones territoriales tanto en la Península como en América.

La batalla de Marengo, 14 de junio de 1800 (1801), óleo sobre lienzo de Louis-François Lejeune, Palacio de Versalles. Solo la providencial llegada de refuerzos bajo el mando de Desaix logró salvar a Napoleón, recién nombrado primer cónsul tras el golpe de Estado del 18 de Brumario, de cosechar una dolorosa derrota a manos de los austriacos que hubiera puesto en peligro su frágil posición política. La victoria, en cambio, consolidará su gobierno unipersonal de Francia.

Un intento de socavar a John Bull o trabajando a lo ancho del globo (*ca*. 1802), dibujo sobre papel de Pierce Roberts, British Museum. Esta caricatura satírica denuncia la continua expansión francesa, las llamadas «conquistas de la paz», tras el Tratado de Amiens. La anexión francesa de Piamonte y la intervención en Suiza levantaron ampollas en Gran Bretaña.

La voladura de la fragata española Mercedes en la batalla del cabo de Santa María (1807), óleo sobre lienzo de Francis Sartorius el Joven, Richard Green Gallery, Londres. En 1804, una flotilla española que retornaba de América fue interceptada por una escuadra inglesa, a pesar de que ambas naciones estaban en paz, un incidente que precipitaría la batalla de Trafalgar.

Coronación imperial de Napoleón I y coronación de la emperatriz Josefina en Notre-Dame de París, 2 de diciembre de 1804 (*ca*. 1805-1807), óleo sobre lienzo de Jacques-Louis David, Musée du Louvre, París. La proclamación del Imperio francés tendrá profundas consecuencias en toda Europa y precipitará la disolución del Sacro Imperio Romano Germánico.

La batalla de Trafalgar, 21 de octubre de 1805 (1836), óleo sobre lienzo de Clarkson Frederick Stanfield, Royal Museums Greenwich. Aunque sin duda fue una victoria decisiva británica, Trafalgar no acabó con el poderío naval napoleónico como popularmente se cree, y Gran Bretaña pasó la siguiente década luchando por contener a Francia en los mares. Sin embargo, mientras que la derrota de Trafalgar abocará a Napoleón a una estrategia meramente terrestre, para España supondrá una auténtica catástrofe humana y material.

Napoleón arenga al II Cuerpo de su ejército en el puente sobre el río Lech en Augsburgo, 12 de octubre de 1805 (1808), óleo sobre lienzo de Pierre-Claude Gautherot, Palacio de Versalles. La de 1805 sería la primera de las grandes campañas imperiales de Napoleón, que culminaría con la derrota de Austria y Rusia en Austerlitz.

La tarde de Jena, óleo sobre lienzo de Édouard Detaille. Prusia, que no había formado parte de la Tercera Coalición derrotada en Austerlitz, decidió en 1806 ir a la guerra contra Francia en solitario, con desastrosas consecuencias.

1807, Friedland (*ca*. 1861-1875), óleo sobre lienzo de Jean-Louis-Ernest Meissonier, Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Tras doblegar a Austria y vapulear a Prusia, a Napoleón solo le restaba derrotar a Rusia, a la que vencerá en 1807.

Entrevista de Napoleón I y Alejandro I en el Niemen, 25 de junio de 1807 (primer cuarto del siglo XIX), Adolphe Roehn, Palacio de Versalles. Tilsit fue el momento culminante de toda una era, cúspide de la hegemonía napoleónica. Ningún soberano había acumulado tanto poder en Europa desde Carlomagno.

«Turquía en peligro», anunciaba esta caricatura británica en mayo de 1806. Con Austria aplastada, Francia y Rusia se preparan para trinchar un «pavo» (*turkey*, en inglés) mientras un marinero británico, que luce con orgullo las cintas de «Trafalgar» y «Nilo» en el sombrero, trata de detenerlos.

Napoleón I recibe al embajador persa Mirza Mohammed Reza Qazvini en el Château de Finkenstein el 27 de abril de 1807 (1810), óleo sobre lienzo de François-Henri Mulard. El encuentro de Finkenstein da fe de la naturaleza global de las Guerras Napoleónicas. Irán buscaba una alianza con Francia para contener la acometida rusa, mientras que Napoleón ambicionaba una triple alianza con Irán y el Imperio otomano.

Esta caricatura de James Gillray de 1805, probablemente, uno de los grabados napoleónicos más reconocibles, muestra a Napoleón y al primer ministro británico William Pitt repartiéndose el mundo. Un diminuto Napoleón se incorpora de su asiento para llegar a la mesa y corta Europa, mientras Pitt trincha la mitad de un globo terráqueo y una gran porción de océano. La acción ilustra las respectivas áreas de poder en la guerra en curso entre Gran Bretaña y Francia.

Los ingleses atacan Buenos Aires y son rechazados, 1807, litografía, Museo de la Casa Rosada, Buenos Aires. En 1806 y 1807 Gran Bretaña, en guerra con España, envió sendas expediciones al Río de la Plata, extendiendo las Guerras Napoleónicas al Cono Sur. Aunque ambas fueron derrotadas, el éxito de las tropas virreinales espoleará los futuros movimientos de emancipación.

La familia real portuguesa embarca hacia Brasil en 1807, pintura atribuida a Nicolas-Louis-Albert Delerive, Museu Nacional dos Coches, Lisboa. La llegada a Río de Janeiro de las más de 10 000 personas que componían la corte portuguesa, que evacuó Lisboa ante la inminente invasión napoleónica, paradójicamente, establecerá las condiciones para la futura independencia de Brasil.

Dos de mayo (1884), óleo sobre lienzo de Joaquín Sorolla, Museo del Prado. La pintura muestra la defensa del Parque de Artillería de Monteleón, en Madrid, por las tropas al mando de Luis Daoiz y Pedro Velarde el 2 de mayo de 1808 frente a las tropas francesas. La revuelta de Madrid provocaría el alzamiento de España contra la ocupación napoleónica.

La rendición de Bailén (1864), óleo sobre lienzo de José Casado del Alisal, Museo del Prado, Madrid. Los días 18 y 19 de julio de 1808 el general Dupont sufrió en Bailén la primera derrota en batalla del ejército imperial napoleónico. El terrible destino de los prisioneros franceses sería un lúgubre vaticinio de la inmisericordia que caracterizaría la Guerra de la Independencia.

Napoleón acepta la rendición de Madrid, 4 de diciembre de 1808 (1810), óleo sobre tela de Antoine-Jean Gros, Musée de l'Histoire de France, Versalles. La invasión francesa de la Península marcó un punto de inflexión no solo para España sino, lo que es más importante, para el vasto imperio que controlaba en las Américas.

Grabado portugués de la batalla de Vimeiro (*ca*. 1810-1812), Biblioteca Nacional de Portugal. El país, convertido en el único asidero que le quedaba a Gran Bretaña en el continente, sufrió tres intentos de invasión por parte de los ejércitos franceses (1807, 1809 y 1810). El ejército portugués participará activamente junto con sus aliados en la Guerra de la Independencia.

El archiduque Carlos de Austria durante la batalla de Aspern-Essling (*ca*. 1809), óleo sobre lienzo por Johann Peter Krafft, Heeresgeschichtliches Museum, Viena. Austria, el enemigo más acérrimo de Francia desde la Revolución, que en 1805 había encajado una humillante derrota, reanudó las hostilidades en 1809. Aunque la campaña volvería a saldarse con un fracaso, Aspern-Essling se convertiría en la primera derrota en batalla que sufriría Napoleón en persona.

La batalla de Sultanabad (*ca*. 1815), óleo sobre tela, Museo del Hermitage, San Petersburgo. En vísperas de la invasión napoleónica de junio de 1812, Rusia se encontraba en guerra tanto con el Imperio otomano como con Irán. Esta pintura persa recrea la victoria de las tropas del príncipe Abbas Mirza sobre un regimiento ruso en febrero de 1812. En el centro aparece representado un oficial británico. Además de buscar la alianza con Francia, Irán se hizo con los servicios de militares británicos para reorganizar su ejército según los patrones europeos, otra muestra más de la internacionalización de las Guerras Napoleónicas.

Batalla de García Hernández, óleo sobre lienzo de Adolph Northern, Landesmuseum Hannover. A pesar de que el año comenzó favorablemente con la captura de Valencia, 1812 sería aciago para las armas napoleónicas: en enero caía Ciudad Rodrigo y en abril, Badajoz, dejando expedita a los británicos la entrada a España desde Portugal. La derrota en julio del mariscal Marmont en los Arapiles sería uno de los peores reveses sufridos por los franceses en la Península. Durante la persecución, los dragones de la Legión Alemana del Rey pasaron a la historia al romper tres cuadros de infantería enemiga en García Hernández.

La retirada del Ejército de Napoleón de Rusia en 1812 (1826), óleo sobre lienzo de Ary Scheffer, Yale University Art Gallery. Si la fortuna de Francia se oscurecía en la Península, en Rusia se tornó en catástrofe. De los 650 000 hombres de la Grande Armée que cruzaron el Niemen en junio, apenas regresaron 60 000.

La muerte de Tecumseh el gran jefe indio (1912), grabado que representa de manera idealizada la muerte del líder shawnee en la batalla del Támesis, 1812, durante la Guerra Anglo-Estadounidense.

El nuevo monarca universal (*ca*. 1813-1814), litografía coloreada alemana, Cornell University Library. Esta caricatura satírica muestra a Napoleón sentado sobre un montón de cráneos humanos mientras los pies descansan sobre una pila de documentos diplomáticos. El mariscal Alexander Berthier está arrodillado ante él como gesto de adoración mientras, a la izquierda, un sirviente de la corte vierte de un aguamanil con la inscripción «Lágrimas» líquido en una taza. Junto a Napoleón, una Locura personificada lanza legiones de honor a los soldados mientras las ciudades arden en la distancia. En primer plano se ven sacos con la inscripción «Tesoro hessiano», «Contribuciones austriacas», «Dineros dominados», etc. En el cielo, las águilas de Prusia, Austria y Rusia lanzan sus rayos contra Napoleón.

El general Gebhard Leberecht von Blücher y cosacos en Bautzen, 1813 (1885), óleo sobre lienzo de Bogdan P. Willewalde, Palacio Vorontsov, Alupka, Crimea. El viejo mariscal prusiano, que en 1813 tenía ya 70 años, será uno de los principales catalizadores de la campaña antinapoleónica en Alemania. A pesar de las derrotas de Lützen y Bautzen, su tenacidad terminaría por dar frutos en Leipzig.

Declaración de victoria tras la batalla de Leipzig, 1813 (1839), óleo sobre lienzo por Johann Peter Krafft, Deutsches Historisches Museum, Berlín. El príncipe Schwarzenberg, general en jefe del ejército aliado, transmite las nuevas de la victoria a los soberanos de Rusia, Austria y Prusia. Aunque aún restarían meses de guerra sin cuartel, la suerte napoleónica estaba echada.

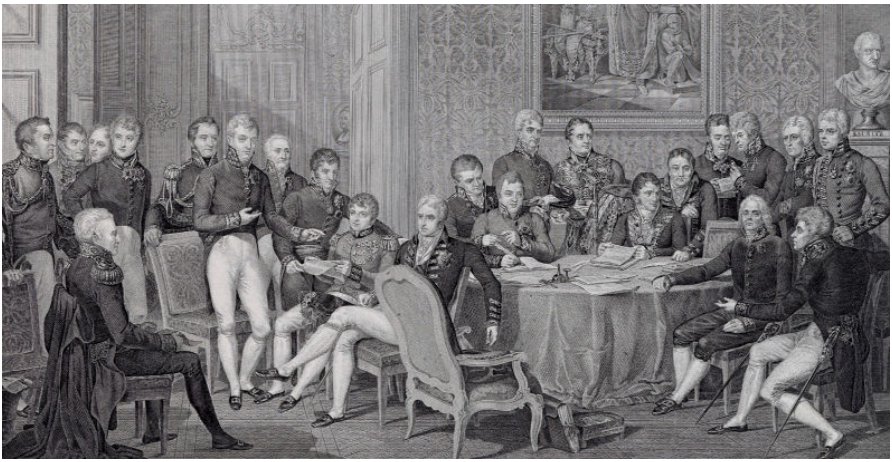
El adiós de Napoleón a la Guardia Imperial en el patio del Caballo Blanco del Palacio de Fontainebleu, óleo sobre lienzo de Antoine Alphonse Montfort, Palacio de Versalles. A pesar de cosechar algunas de las victorias más brillantes de su carrera durante la campaña de 1814, acorralado por los aliados, Napoleón se vio empujado a abdicar. Le aguardaba el exilio en la isla de Elba.

Aclamación del pueblo de Grenoble al retorno de Napoleón el 7 de marzo de 1815 (1830), litografía coloreada, Bibliothèque nationale de France. La fuga de Napoleón de la isla de Elba desencadenará de nuevo la guerra en Europa.

La batalla de Nueva Orleans (1840), impresión de John Landis, Anne S.K. Brown Military Collection. Uno de los momentos decisivos de la contienda anglo-estadounidense tuvo lugar en enero de 1815, esto es, tras la firma de la paz, pero antes de que la noticia llegara a Estados Unidos. La batalla contó con numerosos efectivos británicos veteranos de la Guerra de la Península, incluido el general de división Edward Pakenham, que fue herido de muerte.

La batalla de Waterloo. Los cuadros británicos reciben la carga de los coraceros franceses (1874), óleo sobre lienzo de Henri Félix Emmanuel Philippoteaux, Victoria and Albert Museum, Londres. En lo que se convertirá en uno de los episodios más controvertidos de la batalla, el mariscal Ney envió una marea de jinetes contra las tropas de Wellington, que, formadas en sólidos cuadros, mantuvieron sus posiciones.

Los vencedores de Napoleón, a partir del grabado de S. Cardelli, Bukowskis Auction House. Esta miniatura rusa de principios del siglo XIX, reflejo de la perspectiva rusa de las Guerras Napoleónicas, sitúa al mariscal Mijaíl Kutúzov como uno de los principales arquitectos, junto con el duque de Wellington y el mariscal Blücher, de la derrota napoleónica. La inscripción reza: «Lo que comenzó el líder ruso en 1812 lo culminaron en 1815 los vencedores de la Belle-Alliance».



Los delegados del Congreso de Viena, 1814-1815, litografía a partir del original de Jean Baptiste Isabey, Rijksmuseum, Ámsterdam. Constituido para devolver a Europa a sus fronteras políticas e ideológicas previas a la Revolución, su talante reaccionario se vería pronto abrumado por la oleada revolucionaria que, alentada por los impulsos nacionalistas y liberales, sacudiría de nuevo el Viejo Continente. Por el contrario, el hecho de que no se volviera a dar otra guerra europea a gran escala durante los siguientes cien años puede interpretarse como un éxito de este nuevo equilibrio de poderes.

Esta es su última victoria (*ca*. 1830), litografía coloreada. Esta escena alegórica muestra el proyecto de restitución de la estatua de Napoleón en la columna Vendôme, derribada en 1814 por los aliados, durante el reinado de Luis Felipe de Orleans. A diferencia de la primera estatua, que portaba atributos imperiales romanos (replicada posteriormente durante el Segundo Imperio), esta, que actualmente se conserva en los Inválidos, luce el emblemático atuendo del «pequeño cabo». Nacía el culto a Napoleón.

Notas

[1] Discurso presupuestario del 17 de febrero de 1792, en Pitt, W., 1806, II, 36. <<

[2] Podemos considerar obras clásicas de las revoluciones atlánticas las de Palmer, R. R., 1959-1964 y Godechot, J. L, 1956. Véase también Serna, P., 2011, disponible en [**http://lrf.revues.org/252**]. <<

[3] Adelman, J., 2008, 319-340; Ermitage, D. y Subrahmanyam, S. (eds.), 2010; Forrest, A. y Middell, M. (eds.), 2016; Klooster, W., 2009; Bayly, C., 2010. <<

[4] Stone, B., 1994; Bayly, C. A., 2004; Hunt, L., 2010. <<

[5] Base de datos del comercio de esclavos transatlántico [**https://www.slavevoyages.org/assessment/estimates**]. <<

[6] Haudrere, P., 1989, vol. 4, cap. I, 215. <<

[7] Drayton, R., 2008; Butel, P., 1993b. <<

[8] *Vid*. Dermigny, L., 1954 y 1955; Stein, S. J. y Stein, B. H., 2000, 52-53, 130-131, 143; Marichal, C., 2007. <<

[9] Stein, S. J. y Stein, B. H., 2003, 305-307; Daudin, D., 2005, 235-237. <<

[10] Encontramos un análisis reciente en Walton, C., 2013, 44-56. Véase también Donaghay, M., 1981. <<

[11] *Vid*. Conan, J., 1942. <<

[12] *Vid*. Vigié, M. y Vigié, M., 1989; Price, J. 1973; Depitre, E., 1912. <<

[13] McCollim, G. B., 2012, 14-49. <<

[14] Kwass, M., 2013a. <<

[15] *Vid*. Nicolas, J., 2002; Kwass, M., 2013b, 22. <<

[16] Pueden encontrarse más detalles en Félix, J., 2001, 33-35; Kwass, M., 2000. <<

[17] Vries, J. de, 1976, 203; Dale, R., 2004, 56. <<

[18] Brecher, F. W., 1998, 44-50. <<

[19] Encontramos una exposición concisa en Félix, J., *op. cit*., 31-39. <<

[20] Morineau, M., 1980, 289-236; Félix, J., *op. cit*., 36-41; Van Tyne, C. H., 1925; Riley, J. C., 1987. <<

[21] Daudin, G., 2004. <<

[22] Velde, F. R. y Weir, D. R., 1992. <<

[23] Taylor, G. V., 1962. <<

[24] Major, J. R., 1994; Bohanan, D., 2001; Swann, J., 2003, 230-299. Encontramos más detalles en Hurt, J. J., 2004. <<

[25] Swann, J., 1995, 1-26 y 45-86. <<

[26] El lector puede encontrar más detalles en McManners, J., 1998; Van Kley, D. K., 1996; Tackett, T., 1986; Chaussinand-Nogaret, G., 1995; Smith, J. M., 2006. <<

[27] Doyle, W., 1980, 21. <<

[28] Rude, G., 1966, 74. <<

[29] Rousseau, J.-J., 1947, 31. <<

[30] Tenemos una excelente exposición en Darnton, R. y Roche, D. (eds.), 1989, 141-190. <<

[31] Acerca de los impactos a corto y a largo plazo de la Revolución estadounidense en Francia, *vid*. Andress, D., 2016, 159-174. <<

[32] Hunt, L., 2007, 15-34, ofrece una buena exposición. <<

[33] Podemos hallar un examen conciso en Hardman, J., 1995. Habría que hacer un breve comentario acerca de la propia familia real francesa. Luis XVI, que ascendió al trono en 1774, era un individuo inteligente, bienintencionado y generoso, pero no logró contener una inestabilidad política que habría necesitado de un hombre con más temple y energía. Su mujer, María Antonieta, que ejercía sobre él una gran influencia, era una mujer hermosa y vivaz, cuyo origen austriaco acabó por revelarse como un factor de importancia en la definición de las actitudes de sus coetáneos hacia ella. Aunque aliadas desde 1756, Francia y Austria habían sido históricamente enemigas y la opinión pública gala no mostró ninguna simpatía por la joven archiduquesa austriaca cuando se casó con el heredero al trono. Su estilo de vida suntuoso, exagerado por los panfletistas, y los rumores acerca de sus inexistentes escapadas sexuales crearon una imagen profundamente negativa de la reina y dañaron aún más el prestigio de la monarquía entre los franceses. *Vid*. más detalles en Hardman, J., 2016; Fraser, A., 2001. <<

[34] *Vid*. Greer, D., 1951. <<

[35] *Vid*. Tacket, T., 2003. <<

[36] «Reflexions du Prince Kaunitz sur les pretendus dangers de contagion, dont la nouvelle constitution francaise menace tous les autres Etats souverains de l'Europe», noviembre 1791, en Vivenot, A. R. von (ed.), 1879, I, 285-286; Lariviere, C. de, 1895, 363. <<

[37] *Padua Circular*, 5 de julio de 1791, consultada en [**http://chnm.gmu.edu/revolution/d/420**]. <<

[38] Declaración austro-prusiana, 27 de agosto de 1791, en Vivenot, A. R. von, *op. cit*., I, 233-243, 255. <<

[39] Schroeder, P. W., 1994, 87-91. Para profundizar en las causas de la guerra, *vid*. Blanning, T. C. W., 1986; Clapham, J. H., 1899. <<

[40] El lector puede encontrar más detalles en Frey, L. y Frey, M., 1993; Bouloiseau, M., 1985; Neely, S., 2006. <<

[41] Discurso de Jacques-Pierre Brissot del 16 de diciembre de 1791, en Lamartine, A. de., 1847, vol. II, 58. Véase también Taine, H. A., 1881, vol. II, 101; Antonino de Francesco, «The American Origins of the French Revolutionary War», en Serna, P., Francesco, A. de y Miller, J. A. (eds.), 2013, 27-45. <<

[42] *Le Patriote Francais* n.º 857, 15 de diciembre de 1791, 689. La versión digital de esta publicación periódica está accesible en [**http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/cb32834106z/date**]. <<

[43] Brissot, J.-P., 1791 [**http://books.google.com/books?id=EUtZAAAAcAAJ**]. <<

[44] *Proces-Verbal de l'Assemblee nationale*, 1792, vol. VII, 336. Tenemos un debate excelente en torno al contexto en que se hizo esta declaración en Doyle, W., 1990, 159-184; Blanning, T. C. W., *op. cit.*, 97-99; Hardman, J., 2007. <<

[45] Peter Paret, «Napoleon and the Revolution in War», en Paret, P. (ed.), 1986, 124. <<

[46] *Vid*. Rosen, H, 1981; Abel, J., 2016. <<

[47] Clausewitz, K. von, 1976, 592, 609-610. <<

[48] Crepin, A., 2013. <<

[49] *Vid*. los discursos citados en Walt, S. M., 1997, 46-100. <<

[1] Disponemos de una visión general concisa y perspicaz en Black, J., 2002. <<

[2] *Vid*. Kaufman, S. J., Little, R. y Wohlforth, W. C. (eds.), 2007. <<

[3] Entre 1700 y 1789 hubo dieciséis conflictos importantes entre las potencias europeas y solo treinta y tres años en los que ninguna potencia estuvo en guerra en el continente. <<

[4] Liska, G., 1977, 56. <<

[5] Blanning, T. C. W., 1986, 37. <<

[6] Ha habido varios intentos de clasificar los Estados europeos. En su trascendental obra en torno a la era revolucionaria, R. R. Palmer emplea una clasificación en tres grupos: una zona oriental dominada por Rusia, Austria y los otomanos; una zona intermedia integrada por los Estados menores italianos y alemanes y por Suiza; y al norte y al oeste, un anillo exterior de Estados nacionales en proceso de creación como Suecia, Dinamarca, Prusia, Holanda, Gran Bretaña, Francia, España y Portugal. *Vid*. Palmer, R. R., 1959-1964, vol. I, 27-54. Por otro lado, los historiadores franceses Roland Mousnier y Ernest Labrousse situaron a los Estados europeos en cinco grupos: occidentales (Gran Bretaña, Holanda y Francia), meridionales (España, Portugal e Italia), orientales (Rusia, Polonia y el Imperio otomano), centrales (Suiza, el Sacro Imperio Romano Germánico, Austria y Prusia) y septentrionales (Dinamarca, Noruega y Suecia). *Vid*. Mousnier, R. y Labrousse, E., 1953. <<

[7] Durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763) Prusia combatió a una de las mayores coaliciones jamás vistas en Europa –Austria, Francia, Rusia, Suecia y la mayor parte de los Estados alemanes del Sacro Imperio– y salió indemne. <<

[8] *Vid*. los detalles en Clark, C. M., 2006, cap. 9; Real, W., 1958. <<

[9] Disponemos de un estudio conciso en Ingrao, C. W., 2000, 105-177. <<

[10] Wangermann, E., 1991, 22-85. <<

[11] «A pesar de todo lo que había leído y oído del comercio, la riqueza y el esplendor de [Burdeos], superó con mucho mis expectativas», escribió el viajero británico Arthur Young. *Vid*. Young, A., 1929, 58. <<

[12] Acerca de los problemas a los que se enfrentaba España a finales del siglo XVIII, *vid*. Stein, S. J. y Stein, B. H., 2003. <<

[13] Jones, C., 2003, ofrece una buena visión general de Francia en el siglo XVIII. <<

[14] Pritchard, J. S., 2004. <<

[15] Murphy, O. T., 1998. Disponemos de un debate conciso y esclarecedor de la cuestión en Black, J., 1999b, 128-148; Scott, H. M., 2006, 143-236. <<

[16] Legohérel, H., 1965, 350-355. <<

[17] Encontramos un análisis interesante del concepto de «Imperio británico» en Gould, E. H., 2013. <<

[18] Marshall, P. J. (ed.), 1998, ofrece una visión general excelente. Clark, G. y Jacks, D., 2007, reexamina el papel del carbón. Mi agradecimiento al profesor Michael Leggiere por mencionarme la existencia de este estudio. <<

[19] Riasanovsky, N. y Steinberg, M. D., 2011, 262-263, 305-306. <<

[20] Garraty, J. A. y Gay, P., 1972, 785. <<

[21] Para obtener un panorama general del Sacro Imperio Romano Germánico y sus instituciones, *vid*. Wilson, P. H., 1999; Gagliardo, J., 1980. <<

[22] Voltaire, 1829, II, 238. <<

[23] Acerca de los detalles, *vid*. Wilson, P. H., 2016. <<

[24] Por ejemplo, había una presencia de suizos considerable en el Ejército francés, en el que estos sumaban entre 10 000 y 20 000 soldados durante gran parte del siglo XVIII. Alrededor de 10 000 soldados suizos formaban parte del Ejército español en la década de 1790. También había mercenarios suizos bajo los estandartes británicos. Chartrand, R., 1998a; Chartrand, R., 1998b; Chartrand, R., 2000; McCormack, J., 1993, 125-161. <<

[25] Black, J., 1999a, 221. <<

[26] Skocpol, T., 1979, 60-61. <<

[27] Si se desea profundizar, *vid*. Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), 2007b; Shaw, S. J., 1976-1977, vol. I, 217-276; Davies, B., 2011, en especial. 180-184. Acerca del papel de los otomanos en la Guerra de los Siete Años, *vid*. Aksan, V. H., 2012. <<

[28] Madariaga, I. de, 1959. El tratado secreto fue resultado de un intercambio de cartas escritas personalmente por los propios José II y Catalina. *Vid*. Arneth, A. R. von, 1869. <<

[29] *Vid*. Fisher, A. F., 1970. <<

[30] Ragsdale, H., 1988. <<

[31] Acerca de la participación austriaca en esta guerra, *vid*. Mayer, M. Z., 1997; Mayer, M. Z., 2004; Hochedlinger, M., 2003. <<

[32] Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), *op. cit*., 129-179, en especial 147-150. <<

[33] Si se quiere consultar una interesante exposición de las negociaciones de los tratados de Jassy y Sistova (Ziştovi) que pusieron fin a la Guerra Ruso-Austro-Otomana, *vid*. Ömer Efendi, C., 2003, 28-31. <<

[34] Price, M., 1995; Murphy, O. T., *op. cit*., 459-472. <<

[35] Bain, R. N., 1897, 6. <<

[36] Acerca de las motivaciones de Rusia, *vid*. Kaplan, H. H., 1962; Jones, R. E., 1993, 103-118. Acerca de la política interior rusa y su papel en la Segunda Partición, *vid*. Lojek, J., 1970. <<

[37] Rusia obtuvo Bielorrusia y la Lituania letona hasta los ríos Daugava y Dniéper, con alrededor de 1,3 millones de habitantes. Austria recibió la provincia de Galicia, con una población total de 2,6 millones. Prusia se hizo con Prusia Occidental, también llamada Prusia Real o polaca, a excepción de Gdansk (Danzig) y Torun (Thorn). <<

[38] El desprecio de Catalina hacia el rey prusiano, el «estúpido salvaje» al que apodó «Gu» (por Frederic-Guillaume), solo fue igualado en las burlas de la emperatriz por el monarca inglés, Jorge III, el «marchand drapier» [vendedor de paños] que para ella era «Ge». Después de la cooperación de ambos en la cuestión holandesa en 1787, los fusionó en un único objeto de escarnio: «Gegu». Blanning, T. C. W., *op. cit*, 59. <<

[39] Beydilli, K., 1984, ofrece una buena aportación con documentación otomana. <<

[40] Detalles en Kowecki, J. (ed.), 1991; Kowecki, J. y Leśnodorski, B., 1981. <<

[41] *Vid*. Lord, R. H., 1915; Zamoyski, A., 1992; Lukowski, J. T., 1998; Davies, N., 1982, vol. I, 409-412 y 511-546. <<

[42] Anton Wenzel, príncipe de Kaunitz-Rietberg, gran diplomático austriaco y arquitecto de la política antiprusiana, vio cómo su influencia se desvanecía y era reemplazada por las del barón Anton von Spielmann y el conde Karl Johann Philipp Cobenzl, que se ganaron rápidamente la atención del nuevo emperador. En el verano de 1792, Kaunitz abdicó de su cargo de canciller de Austria. <<

[43] Rusia obtuvo la enorme área de Bielorrusia y Volinia, que incluía Minsk, Zhitómir y Kamieniec, mientras que Prusia recibió una extensión que casi doblaba en tamaño sus ganancias de la

Primera Partición. Acerca de los detalles de la Segunda Partición de Polonia, *vid*. Lord, R. H., *op. cit.*; Lukowski, J., 1999. <<

[44] Nathaniel Jarret, «Britain and the Polish Question», artículo presentado en la reunión anual del Consortium on the Revolutionary Era, febrero de 2015. Mi agradecimiento al autor por enviarme la versión completa del artículo. <<

[45] También había una presencia significativa de otros Estados europeos. Rusia se estaba expandiendo con lentitud en Alaska, mientras que Dinamarca controlaba Groenlandia y las Indias Occidentales Danesas (las islas de Sankt Thomas, Sankt Jan y Sankt Croix) en el Caribe. Las colonias en poder de los holandeses en las Guayanas (Berbice, Esequibo, Demerara, Pomeroon, Surinam), Curazao, San Eustaquio y dependencias. Los suecos conservaban el dominio de la isla de San Bartolomé. <<

[46] *Vid*. los detalles en Cook, W. L., 1973; Howay, F. W., 1917. <<

[47] Frost, O. W., 2003. El estrecho fue descubierto por Semión Dezhniov en 1648. La primera visita de los navegantes rusos a la costa americana la hizo en 1732 el geólogo Mijaíl Gvózdev, que llegó a Bolshaya Zemlya (cerca del cabo Príncipe de Gales). <<

[48] Pueden encontrarse exposiciones concisas en Sokol, A., abril de 1952; Farrelly, T. S., 1934; Nozikov, N., 1945. Acerca del desarrollo del comercio de pieles ruso en el siglo XVIII, *vid*. Makarova, R., 1975. <<

[49] «The English in Kamchatka, 1779», *Geographical Journal* vol. 84, n.º 5 (1934), 417-419. <<

[50] Con el objetivo de impedir posibles usurpaciones por parte de tres potencias europeas en lo que Rusia consideraba su esfera de influencia, se le indicó a Billing que vigilara con especial atención «las islas poco frecuentadas y bastante desconocidas situadas a sotavento de la costa norteamericana» y que hiciera todo lo po-

sible para poner a las gentes recién encontradas bajo la autoridad rusa. La expedición debía mantener en secreto sus objetivos globales y las instrucciones de Billing especificaban: «[…] nunca, bajo ningún pretexto, deberéis revelar a nadie el fin o las operaciones de esta empresa». El mal tiempo y las circunstancias políticas cambiantes en Europa retrasaron la expedición de Billing, pero al final llegó a las Aleutianas en 1790 y permaneció en la región dos años. Encontramos más detalles en «Instructions from Catherine II and the Admiralty College to Captain Lieutenant Joseph Billings for His Expedition to Northern Russia and the North Pacific Ocean», en Dmytryshyn, B. (ed.), 1988, 262-290. <<

[51] Disponemos de una aproximación excelente en Barratt, G., 1981, 76-96. <<

[52] «A Memorandum from Count Alexander Vorontsov and Count Alexander Bezborodko Concerning Russias Rights to the Islands and Coasts of North America Which Were Discovered by Russian Seafarers», en Dmytryshyn, B. (ed.), *op. cit.*, 321-324. <<

[53] Informaron, por ejemplo, de la intención de Catalina de declarar la soberanía rusa en Norteamérica desde el monte San Elías hasta las costas de la bahía de Hudson. *Vid.* Cook, W. L., *op. cit.*, 115-117; Priestley, H. I., 1916, 300. <<

[54] Las narraciones más completas y equilibradas de la Crisis de Nutca son las de Parrel, C. de, 1950, 58-98 y Manning, W. R., 1905. Mills, L., 1925, ofrece una interpretación interesante centrada en los «irreconciliables principios de soberanía colonial británicos y españoles». Norris, J. M., 1955, presta más atención a los intereses económicos. <<

[55] Bemis, S. F., 1965, 89. <<

[56] *Vid.* Crouzet, F., 2008. <<

[57] Detalles en Butel, P., 1993. <<

[58] Guillaume de Lamardelle, «Eloge du Comte d'Ennery et reforme judiciaire a Saint-Domingue», 2 de abril de 1788, citado en Regent, F., 2016, 61. <<

[59] Butel, P., 2007, 184; Pritchard, J. S., *op. cit.*, 424. A efectos comparativos, téngase en cuenta que en todo el territorio de Estados Unidos había 700 000 esclavos. <<

[60] En 1789, las ganancias anuales que se obtenían por un esclavo pasaban de 200 *livres tournois*. En comparación, un francés producía solo 196,98 en la propia Francia, mientras que un inglés producía 157,25. Encontramos los detalles en Saint-Louis, V., 2008. <<

[61] *Vid*. Dubois, L., 2004. <<

[62] Regent, F., 2016, 63-69. Véase también la introducción y el cap. 1 de Blancpain, F., 2004. <<

[63] *Courier de Provence*, 20-21 de agosto de 1789. <<

[64] Benot, Y., 1995. <<

[65] Acerca de la ceremonia que, supuestamente, celebró el jefe insurrecto Boukman Dutty en Bois Caiman para dar inicio, en agosto de 1791, a la rebelión esclava, disponemos de una aproximación interesante en Geggus, D., 2002, 81-92 («The Bois Caiman Ceremony»). <<

[66] Popkin, J. D., 2012, 30-46. <<

[67] Regent, F., 2013, 165, 167. <<

[68] Geggus, D., 1981, 223. <<

[69] *Vid*. una excelente exposición en Dubois, L., 2004b. <<

[1] *Vid*. Abel, J., 2016, esp. 156-193. <<

[2] *Décret de la Convention nationale, du 19 novembre 1792, l'an Ier de la république françoise: Par lequel la Convention déclare qu'elle accordera fraternité & secours à tous les peuples qui voudront recouvrer leur liberté*, Rennes, Imprimerie Nationale du Département d'Ille et Vilaine, 1792; Goodwin, A., 1979, 236-251. <<

[3] Mathiez, A., 1918, 84. <<

[4] Gilli, M. (ed.), 2005, 440. <<

[5] Discurso del 7 de junio de 1799 en Coupland, R. (ed.), 1915, 244. «No aceptarán, en nombre de la libertad, ningún modelo de gobierno que no se conforme a sus propias opiniones e ideas –declaró el primer ministro británico William Pitt–. Y todos deben escuchar, de la boca de sus cañones, la propagación de su sistema por todo el mundo». Discurso del 1 de diciembre de 1793 en *ibid*., 37. Véase también el debate de la Cámara de los Comunes del 3 de febrero de 1800 en *The Parliamentary Register* […], vol. X, 319-324. <<

[6] Debates del 22 de mayo de 1790 en *Archives Parlementaires de 1787 à 1860* […], vol. XV, 662. Véase también Scott, H., 2012, 50. <<

[7] Burke, E., 1801, vol. VIII, 204. <<

[8] Sin embargo, en marzo de 1793, los franceses ocuparon buena parte del arzobispado de Basilea y lo anexionaron a Francia con el nombre de Departamento de Doubs. Esto eliminó un elemento crucial de las defensas suizas, puesto que significaba la pérdida de la línea defensiva del Jura y abría el camino a la expansión de los franceses en Suiza. Francia, sometida al bloqueo económico, podría conseguir allí productos importantes, como cereales, ganado y salitre de los comerciantes y los especuladores de tiempos de guerra suizos. *Vid*. en Bonjour, E., 1965, vol. I, una aproximación interesante a la importancia de la neutralidad y el comercio suizos para la Francia revolucionaria. <<

[9] Rose, J. H. y Broadley, A. M., 1909, 145-186. <<

[10] *Vid*. Rose, J. H., 1922; Forczyk, R., 2005. <<

[11] Hippler, T., 2008, 81-82. <<

[12] Podemos encontrar un acercamiento reciente en Bregeon, J.-J. y Guicheteau, G., 2017. <<

[13] Gregory, D., 1985. <<

[14] *Vid*. Willis, S., 2011; Duffy, M. y Morriss, R. (eds.), 2001. <<

[15] Para profundizar, *vid*. Rose, R. B., 1978. <<

[16] Sorel, A., 1887-1904, vol. 20. <<

[17] Disponemos de una prolija narración de la Guerra de los Pirineos en Cánovas del Castillo, A., 1891-1893, vols. XVI-XVIII. <<

[18] Citado en Guizot, F., 1902, 318. <<

[19] Bruun, G., 1965, 116; Schneid, F. C., 2005, 39. <<

[20] Profundiza en este tema Johnson, K. G., 2006, 103-144. <<

[21] Saint-Cyr, L., 1829, vol. III, 4. <<

[22] El archiduque Carlos contaba con el apoyo de los 80 000 hombres de Dagobert Sigismund, conde de Wurmser, pero este no tardó en ordenar que parte de sus fuerzas se dirigieran a Italia y que el resto se empleara en proveer de guarniciones a varias ciudades de relevancia. La partida de Wurmseer, en realidad, acabó por resultar positiva, puesto que concedió al archiduque más flexibilidad operativa. <<

[23] El fracaso de la ofensiva gala en el Rin en 1796 se debió a varios factores clave, entre los que destacan los profundos problemas logísticos y la traición del general Jean Pichegru. Acerca de este último punto, *vid*. Caudrillier, G., 1908. Acerca de la campaña en general, *vid*. Ross, S. T., 1973; Bordeau, H., 1909; Phipps, R. W., 1926-1939, vol. 2; Blanning, T. C. W., 1983.

Acerca del bando austriaco, *vid*. Archiduque Carlos, 2004; Rothenberg, G. E., 1992; Eysturlid, L. W., 2000. <<

[24] Boycott-Brown, M., 2001; Chandler, D., 1966, 53-87; Phipps, R. W., *op. cit*., vol. 3. Disponemos de una visión general de la guerra en el Piamonte antes del nombramiento de Bonaparte en Krebs, L. y Moris, H., 1895; Paoletti, C., 2000. <<

[25] *Vid*. Tratado de París, 29 de abril de 1796, AN AF/IV/1702/4/2; Tratado de Turín, 15 de mayo de 1796, AN AF/IV/1702/4/3; Carutti, D., 1888, vol. I. Paoletti, C., 2011, ofrece un amplio análisis de la posición de Piamonte antes y durante las Guerras de la Revolución. <<

[26] *Vid*. Chandler, D., *op. cit*., 88-112; Thiry, J., 1973; Ferrero, G., 1961. <<

[27] Cuccia, P. R., 2014. <<

[28] Kubben, R., 2011, 501-566, profundiza en este tema. <<

[29] *Vid*. los artículos 3, 7 y 8 y el artículo secreto 1 del Tratado de Campo Formio de 1797, AN AF/III/59/235/1. <<

[30] Artículo 6 y artículo secreto 4 de Tratado de Campo Formio, AN AF/III/59/235/1. Véase también McClellan, G. B., 1931. <<

[31] Kerautret, M., 2002, I, 93. <<

[32] St. Vincent, J. J., 1844, vol. I, 255. <<

[33] James, W., 2002, vol. II, 29-53; Harbron, J. D., 1988, 118-120; Farrère, C., 1934; Mostert, N., 2008. <<

[34] James, W., 2002, vol. II, 68-78; Lloyd, C., 1963; Willis, S., 2014. <<

[35] Horace Walpole a *sir* Horace Mann, 27 de abril de 1773, en *Letters of Horace Walpole, Earl of Orford*, vol. II, 237. Walpole hablaba a propósito del Primer Reparto de Polonia, pero la declaración era reflejo de las limitaciones del poder de Gran Bretaña en el continente. <<

[36] Collins, B., 2010; Duffy, M., 1998. <<

[37] *Vid*. Blackburn, R., 2006. <<

[38] Pluchon, P., 1982, 304-305; *Annales historiques de la Révolution française* n.º 293-294, *Révolutions aux colonies*, Paris, 1993, 55-60. <<

[39] El ataque británico contra las posesiones españolas no quedó sin respuesta. En 1798, una flotilla española con alrededor de 2000 soldados atacó el asentamiento británico en la bahía de Honduras. Después de varios pequeños enfrentamientos fallidos con las fuerzas británicas, tuvo que retirarse en desorden. <<

[40] Duffy, M., 1987. Véase también Duffy, M., 1990, 23-31. <<

[41] Popkin, J. D., 2012, 48-61. <<

[42] Acerca de la biografía de Louverture, *vid*. Tyson, G. (ed.), 1973; Pluchon, P., 1989. <<

[43] *Vid*. un tratamiento excelente en Manigat, S., 1995. <<

[44] James, W., 1837, vol. I, 118-120. <<

[45] Mills, L. A., 1933, 9-15. <<

[46] Irwin, G., 1956. <<

[47] *Vid*. Klooster, W. y Oostindie, G. (eds.), 2011. <<

[48] Francis Baring a Henry Dundas, 12 de enero de 1795, en Theal, G. M. (ed.), 1897, vol. I, 22. <<

[49] El capitán John Blankett al subsecretario *sir* Evan Nepean, 25 de enero de 1795, en *ibid*., vol. I, 26. <<

[50] Discurso de despedida del presidente George Washington, 11 de septiembre de 1796 [**http://avalon.law.yale.edu/18th_century/washing.asp**]. <<

[51] Disponemos de un análisis interesante en Harper, J. L., 2004, 65-102. <<

[52] Chernow, R., 2004, 389-408. <<

[53] *Proclamation 4-Neutrality of the United States in the War Involving Austria, Prussia, Sardinia, Great Britain, and the United Netherlands Against France*, 22 de abril de 1793, American Presidency Project [**http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65475&st=&st1=**]. Thomas, C. M., 1931, es un estudio antiguo, pero todavía útil. <<

[54] *American State Papers* [...], vol. I, 240. <<

[55] *Ibid*., 430. <<

[56] En junio de 1794, el Congreso estadounidense volvió a subrayar la neutralidad del país en los conflictos europeos con la aprobación de la Ley de Neutralidad, que convertía en ilegal que un estadounidense se alistara en las fuerzas armadas de una potencia extranjera y prohibía la «provisión o preparación de los medios para cualquier expedición o empresa militar [...] contra el territorio o dominios de cualquier monarca o estado extranjero con el que Estados Unidos esté en paz». Ley de Neutralidad [Neutrality Act] del 5 de junio de 1794, en la colección *United States Statutes at Large*, 3rd Cong., Sess. I., 381-384. <<

[57] The Jay Treaty, 1794, and Associated Documents [El Tratado de Jay, 1794, y documentos asociados], Yale Law School, The Avalon Project [**http://avalon.law.yale.edu/subject_menus/jaymenu.asp**]. <<

[58] Ellis, J., 2000, 136-137. <<

[59] «American Affairs», en *Dropmore Papers*, vol. III, 526. <<

[60] Treaty of Friendship, Limits, and Navigation Between Spain and the United States, October 27, 1795 [Tratado de amistad, límites y navegación entre España y Estados Unidos, 27 de octubre de 1795] [**http://avalon.law.yale.edu/18th_century/sp1795.asp**]. <<

[61] Papenfuse, E. R., 1997, 27-28. <<

[62] *Vid*. los detalles en Daughan, G. C., 2008, 325-345. <<

[63] Convention Between the French Republic and the United States of America, September 30, 1800 [Convención entre la República Francesa y Estados Unidos de América, 30 de septiembre de 1800] [**http://avalon.law.yale.edu/19th_century/fr1800.asp**]. <<

[1] El historiador francés Marc Belissa, por ejemplo, establece una acertada comparación con la con la caída del Muro de Berlín en 1988. *Vid*. Belissa, M., 2006. <<

[2] Gainot, B., 1997, 457-468. <<

[3] Acerca del debate relacionado con Italia, *vid*. Rao, A. M., 1998, vol. II, 1070-1076; Francesco, A. de, 1997. <<

[4] Como debate interesante en torno a este concepto, *vid*. Sahlins, P., 1990, 1423-1451; Pounds, N. J., junio de 1951, 146-157. <<

[5] Black, J., 1999, 173. <<

[6] Solo en Italia los franceses establecieron una docena de repúblicas que, durante el curso de varios años, fueron fusionadas, expandidas o directamente eliminadas: la República de Alba (1796), la República Ligur (1796), la República Cispadana (1796), la República Boloñesa (1796), República de Bérgamo (1797), la República de Crema (1797), la República de Brescia (1797), la República de Pescara (1797), la República de Ancona (1797), la República Tiberina (1798), la República Partenopea (1799) y la República Subalpina (1800). Tampoco hay que olvidar a la República Bátava (1795) en los Países Bajos, la República Cisrenana (1797) en la orilla izquierda del Rin y la República Helvética (1798) en Suiza. *Vid*. Vovelle, M., 2007. <<

[7] Desaix de Veygoux, L. C. A., 1907, 256. <<

[8] *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel*, n.º 123, 3 Pluviôse An 8, 487; Ferguson, N., 2004, 49. <<

[9] «Declaration and Resolutions of the Society of United Irishmen of Belfast», en Tone, T. W., 1998, 298-299. <<

[10] Hayes, R., 1932. Acerca de las demandas políticas, *vid*. «The United Irishmen's Plan of Parliamentary Reform», en Curtis, E. y McDowell, R. B. (eds.), 1968, 237-238. <<

[11] «The Organization of the United Irishmen, 1797» en *ibid*., 240-241. Véase también Kennedy, W. B., 1978, 48-57. <<

[12] Acerca de los detalles, *vid*. Poirteir, C. (ed.), 1998; Bartlett, T. (ed.), 2003; Geoghegan, P., 1999; Small, S., 2002; Smyth, J. (ed.), 2000. <<

[13] Stock, J., 1800, 23-24. <<

[14] Por ejemplo, en 1769, el ministro de Exteriores galo propuso la conquista de Egipto para compensar la pérdida de las colonias en América. Roux, F.-C., 1910, 294-295. <<

[15] *Vid*. Clément, R., 1960; Masson, P., 1911. <<

[16] Clément, R., *op. cit*., 274. <<

[17] Roux, F.-C., *op. cit*., 246. <<

[18] En marzo de 1789, Ismail Bey buscó la ayuda de los franceses contra sus rivales políticos. Sin embargo, la crisis política de ese año impidió a la monarquía borbónica atender esta petición. <<

[19] Crecelius, D. y Djaparidze, G., 2002, 320-411. <<

[20] Olivier, G.-A., 1801-1807, vol. III, 202-203. <<

[21] *Ibid*., 209. Véase también Roux, F C., *op. cit*., 248. <<

[22] Acerca de los detalles del plan de Magallon y las revisiones de Talleyrand a este, *vid*. Roux, F.-C., *op. cit*., 323-329. Véase también Laurens, H. *et al*., 1989, 28. <<

[23] Jonquière, C. de La, 1899-1907, vol. I, 169. <<

[24] Bonaparte, N., 2004-2018, vol. I, 1118. <<

[25] *Vid*. el prolijo informe de Talleyrand del 14 de febrero de 1798 en Jonquière, C. de La, *op. cit*., vol. I, 154-168. No carecía de importancia, en la decisión del Directorio, el cálculo de neutralizar al general Bonaparte, un general en extremo popular que podía suponer una amenaza política. Como ha expuesto con acierto un historiador británico, los directores enviaron a Bonaparte a Egipto «en parte para librarse de él, en parte para recom-

pensarlo y en parte para encandilar y complacer a esa porción de la sociedad parisina que [...] tenía una influencia considerable en la opinión pública». Vassall-Fox, H. R., 1851, 158. <<

[26] Para más detalles, *vid*. Laurens, H., 1987. <<

[27] «Arrêtes du Directoire, 23 Germinal an VI» [Decisiones del Directorio, 12 de abril de 1798], en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. IV, 50-54. <<

[28] El relato de la campaña bebe de Herold, C., 1962; Bierman, I., 2003; Cole, J. R., 2008; Strathern, P., 2008; y Schur, N., 1999. En cuanto a la perspectiva egipcia, *vid*. Jabarti, Abd al-Rahmān al-, 2004; Browne, A., 2012. <<

[29] Jonquière, C. de La, *op. cit*., vol. I, 518-527. <<

[30] *Vid*. Gregory, D., 1996; Hardman, W., 1909. <<

[31] *Vid*. distintas órdenes en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. IV, 143-176. <<

[32] Jonquière, C. de La, *op. cit*., vol. I, 644. Véase también Bradford, E., 1973, 215-216. <<

[33] Boisgelin de Kerdu, P. M. L. de, 1805, vol. II, 98-99. Encontramos los documentos acerca de la ocupación francesa en Scicluna, H. P., 1923. <<

[34] Si se busca una buena reflexión en relación con las causas de la rebelión, *vid*. Bosredon de Ransijat, J. de, 1801, 278-286. <<

[35] *Vid*. McGrew, R., 1979, 50; Saul, N. E., 1970, 35-39 y 64-65. Bonaparte decretó que cualquier contacto entre la población griega de Malta y Rusia sería castigado con la muerte: «Todas las embarcaciones griegas que naveguen con bandera rusa que sean capturadas por buques franceses serán hundidas». Orden del 17 de junio de 1798 en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. IV, 168-169. <<

[36] Los mamelucos subieron al poder después de derrocar a la dinastía ayubí en 1250. Durante los cinco siglos siguientes dos dinastías gobernaron Egipto: la bahrí o de los mamelucos bahriyya (1250-1382), de origen predominantemente turco, y la buryí (1382-1517, aunque conservó gran influencia hasta 1811), de ascendencia principalmente caucásica (georgianos, circasianos y armenios). *Vid*. Philipp, T. y Haarmann, U., 1998; Hathaway, J., 1997; Crecelius D. y Djaparidze, G., 2008, 313-337; Crecelius D. y Djaparidze, G., 2002, 320-341. <<

[37] Acerca de las relaciones franco-otomanas antes y durante la expedición a Egipto, *vid*. Soysal, İ., 1999. <<

[38] Coller, I., 2013, 131. <<

[39] *Vid*. Said, E. W., 1979, 79-88. <<

[40] *Vid*. Tarle, E., 1948; Gregory, D., *op. cit*. <<

[41] *Vid*. Mijailovski-Danilevski, A. y Miliutin, D., 1852-1857; Gachot, É., 1903; Clausewitz, K. von, 1979; Duffy, C., 1999. <<

[42] En sus instrucciones a Semión Vorontsov, embajador ruso en Londres, Pablo resumía sus razones para romper con Austria. Como las fuerzas rusas y británicas no eran por sí solas lo bastante fuertes como para derrotar a Francia, Pablo deseaba la alianza con Prusia para evitar que Viena «ejecutara su intención de apoderarse de Piamonte, Génova y las Tres Legaciones, en lugar de devolver esos territorios a quienes les pertenecen por derecho». Si el rey de Prusia accedía a esta alianza, Pablo estaba dispuesto a enviarle ayuda «para salvar a Italia de la rapacidad y la ambición desaforada de la Casa de Austria». En ese caso, ni Rusia ni Gran Bretaña se opondrían a que el monarca prusiano ganara algunos territorios en el Rin. Pablo soñaba con una alianza de Rusia, Gran Bretaña, Prusia, la Sublime Puerta, Suecia y Dinamarca para poner a Austria en su sitio y «llevar la ley a toda Europa». Car-

ta del emperador Pablo a Semión Vorontsov, 15 de octubre de 1799, *Dropmore Papers*, VI, 32-34. <<

[43] El emperador Pablo I al emperador Francisco, 22 de octubre de 1799, en Mijailovski-Danilevski, A. y Miliutin, D., *op. cit.*, vol. III, 332. El embajador británico en Austria, Gilbert Elliot, conde de Minto, advirtió a su ejecutivo de que el objetivo principal de Austria era apoderarse de lo tomado por los franceses en Italia y que, con ese fin, estaba dispuesta a llegar a medidas extremas. El Gobierno austriaco «lo convertiría, probablemente, en el eje sobre el que giraría su sistema de aquí en adelante y [...], a la hora de elegir aliados, elegirían la potencia o las potencias que coincidieran o aceptaran este planteamiento. Me parece que una oposición decidida por parte de Gran Bretaña [...] probablemente arrojaría a Austria de nuevo a buscar una conexión con la República Francesa y sería un motivo [...] para llegar a una paz separada con esa condición». Minto, G. E., 1874, vol. III, 95. <<

[44] Cugnac, G. J. M. R. de, 1900; Chandler, D., 1966, 264-297. <<

[45] *Vid*. Clercq, A. de (ed.), 1880-1882, vol. I, 395-396. En seis días de negociaciones, el legado austriaco, el conde de Saint-Julien, fue engatusado por el ministro de Exteriores francés, Talleyrand, y, a pesar de carecer de los poderes necesarios, firmó unas condiciones preliminares desventajosas para Austria. Viena desautorizó a Saint-Julien y se negó a ratificar el acuerdo. <<

[46] Schroeder, P. W., 1994, 209. <<

[47] *Vid*. el «Debate in the Commons on the Subsidies to the Emperor of Germany, July 18, 1800», en *The Parliamentary History of England from the Earliest Period to the Year 1803*, vol. XXXV, 431-454. El volumen 6 de los *Dropmore Papers*, que incluye cartas de Willian W. Grenville, proporciona datos importantes en torno a las relaciones austro-británicas en 1800. <<

[1] Richards, J. F., 1995, 253-281; Bayly, C. A., 1988, 7-44. <<

[2] Entre estos líderes se encontraban el *peshwa* de Poona, los Gaikwar of Baroda, los Holkar de Indore y Malwa, los Scindia de Gwalior y Ujjain, los Bhonsle de Nagpur y el rajá de Berar. *Vid*. más detalles en Gordon, S., 1993, 154-174. También Hatalkar, V. G., 1958; Kadam, U. A., 2008. <<

[3] Acerca de Haiderabad, *vid*. Chander, S., 1987, 71-88. <<

[4] Según las condiciones del tratado, Mysore entregó casi la mitad de sus territorios. Los *peshwas* avanzaron hasta el río Tungabhadra; el *nizam* de Haiderabad obtuvo el área desde el río Krishná al Penner y los fuertes de Cuddapah y Gandikota en la orilla sur del Penner. La Compañía recibió una gran parte de los territorios de la costa Malabar de Mysore, entre el reino de Travancore y el río Kali, además de los distritos de Baramahal y Dindigul. Mysore también concedió la independencia al rajá de Coorg, aunque en realidad se convirtió, de hecho, en una dependencia de la Compañía. <<

[5] Para conocer la biografía de Richard Wellesley, *vid*. Butler, I., 1973. Acerca de los hermanos Wellesley en la India, *vid*. Severn, J., 2007, 65-194. <<

[6] Wellesley a Henry Dundas, 28 de febrero de 1798, en Ingram, E. (ed.), 1970, 28. <<

[7] Acerca de los detalles, *vid*. los documentos en «Contents of Mr. Dundas's letters to the Marquis Wellesley [...] Governor-General of India, 1798-1800», NLS, MS.1062; Wellesley, R., 1877; Ingram, E. (ed.), 1970. <<

[8] «Memorandum on Marquess Wellesley's Government in India», en Wellesley, R., 1877, lxxv. <<

[9] Dundas a Wellesley, 18 de marzo de 1799, «Contents of Mr. Dundas's Letters to the Marquis Wellesley [...] Governor-General of India, 1798-1800», NLS, MS.1062, 7. <<

[10] En una carta a Dundas, Wellesley preguntó cuál sería el número de tropas francesas que tendría que haber al servicio de Tipu para poder tomarlo como causa suficiente para declarar la guerra. Dundas contestó que, en aquellas circunstancias, cualquier cantidad bastaría. Dundas a Wellesley, 18 de marzo de 1799, «Contents of Mr. Dundas's Letters to the Marquis Wellesley [...] Governor-General of India, 1798-1800», NLS, MS.1062, 7-8. <<

[11] Spear, P., 1965, 111. <<

[12] Gordon, S., *op. cit.*, 166-172; Roy, K., 2011, 109-117; Chaurasia, R. S., 2004, 21-65. <<

[13] El texto completo del Tratado de Bassein (1802) se encuentra en *Treaties and Engagements with Native Princes and States in India, Concluded for the Most Part in the Years 1817 and 1818*, BL, India Office Records, IOR/A/2/21, ix-xii; Wellesley, R., 1837-1840, vol. III, 627-631. <<

[14] Acerca de los acontecimientos que llevaron a la Guerra Anglo-Maratha, *vid.* Sardesai, G. S., 1986, 333-379; Gupta, P. C., 1964, 27-39; Muir, R., 2013, 106-125. <<

[15] Wellington, A., 1834-1839, vol. I, 398. <<

[16] Muir, R., *op. cit.*, 130-147; Cooper, R. G. S., 2003, 82-212; Pietre, K. G., 1990, 134-135. <<

[17] *Treaties and Engagements with Native Princes and States in India, Concluded for the Most Part in the Years 1817 and 1818*, BL, India Office Records, IOR/A/2/21, xv-xviii; Wellesley, R., 1837-184., vol. III, 634-636. <<

[18] El Tratado de La Haya, firmado el 16 de mayo de 1795, estableció una alianza defensiva entre Francia y la República Bátava. La segunda, sin embargo, se hallaba en una posición claramente subordinada, puesto que se vio forzada a entregar a Francia los territorios de Maastricht, Venlo y Flandes, a pagar una elevada indemnización de guerra de cien millones de florines, a

mantener al ejército francés de ocupación y a proporcionar préstamos baratos a la República Francesa. <<

[19] AE, Correspondance consulaire et commercial, «Alexandrie», 16. Encontramos publicados extractos del memorando en Roux, F.-C., 1910, 273. <<

[20] AE, Correspondance politique, «Perse», 8. <<

[21] Georges Cuvier, «Eloge historique de Guill.-Ante. Olivier» y «Extrait d'une notice biographique sur Bruguières», en Cuvier, G., 1819-1927, vol. II, 235-265, 425-442. Olivier regresó solo a Francia en 1798 porque Bruguière, siempre con problemas de salud, falleció en Italia ese mismo año. Tenemos un relato de sus viajes en Olivier, G.-A., 1801-1807. <<

[22] Barras, P., 1896, vol. III, 161. El ministro de Exteriores francés, Talleyrand, reforzaba este sentir en un memorando de febrero de 1798: «[…] una vez ocupado y fortificado Egipto, enviaremos un cuerpo de 15 000 hombres desde Suez a la India para unirlo a las fuerzas de Tipu Sahib y expulsar a los ingleses». <<

[23] Glenville a Eden, 16 de enero de 1798, FO, 7/51. Tenemos una exposición interesante del debate entre Grenville y Dundas en torno a la estrategia británica durante 1799-1801 en Ingram, E., 1973b, 296-314. <<

[24] Dundas a Wellesley, 31 de octubre de 1799, en Ingram, E. (ed.), 1970, 206. <<

[25] El Comité Secreto al gobernador general de Bengala, en la East India House [Sede de la Compañía Británica de las Indias Orientales] a 18 de junio de 1798, y H. Douglas al gobernador general, en Bengala a 27 de noviembre de 1798, ambas cartas citadas en Al-Otabi, M., 1989, 65. Conviene observar que la propia Compañía Británica de las Indias Orientales estaba plagada de divisiones y luchas entre la City, los intereses comerciales de la Compañía y los de comerciantes privados, además de los propios del transporte mercante. Estas pugnas definieron a menudo

la política británica en Asia. *Vid*. los detalles en Philips, C. H., 1961; Lawson, P., 1993. <<

[26] Risso, P., 1986; Jones, J. y Ridout, N. P., 2012. Acerca de las relaciones francesas con Muscat, *vid*. Auzoux, A., 1909, 518-540. <<

[27] Tratado Anglo-Omaní (12 de octubre de 1798), en Aitchison, *sir* C. U. (ed.), 1862-1866, VII, 208-210; Kelly, J. B., 1968, 65-67. El sultán permitió también a la Compañía Británica de las Indias Orientales establecer su primer emplazamiento comercial en el golfo Pérsico y también se emplazó un cónsul británico en Mascate. En enero de 1800, John Malcolm logró negociar un nuevo tratado anglo-omaní que especificaba la residencia de un agente político británico en Mascate. Aitchison, *sir* C. U. (ed.), *op. cit*., VII, 210-211. <<

[28] La expedición consistía en un millar de hombres y catorce cañones apoyados por un pequeño escuadrón naval. Ingram, E., 1973a, 3-18. <<

[29] *Ibid*., 10. <<

[30] Por ejemplo, la política británica en Asia estaba sujeta a debate entre los departamentos de Guerra y de Exteriores, la Junta de Control y el gobierno de la India de la Compañía Británica de las Indias Orientales. En cuanto a Oriente Próximo, los británicos lo dividían en dos áreas distintas: la cuenca mediterránea estaba al cargo de la Compañía de Levante y Arabia y el golfo Pérsico estaba encomendado a la Compañía de las Indias Orientales; ambas compañías recelaban furiosamente de cualquier intrusión en sus respectivos dominios. <<

[31] En noviembre de 1799 se lamentaba de «la aparente postergación en que trabajamos», refiriéndose a la presencia francesa en Egipto que, en su opinión, era una amenaza para la India. «Mientras haya [incluso solo] un millar de tropas francesas en cualquier lugar de Egipto, no podré coincidir con ese diagnóstico». Dun-

das a William Pitt, 25 de noviembre de 1799, *Dropmore Papers*, vol. VI, 39. Véase también Dundas a Grenville, 24 de noviembre de 1799, *ibid*., 37-38. <<

[32] Dundas a lord Grenville, 13 de junio de 1798, en Wellesley, R., 1837-1840, vol. I, 689-691; Dundas a lord Grenville, 2 de septiembre de 1800, en *Dropmore Papers*, vol. VI, 312-313. La cuestión se aborda más ampliamente en Ingram, E., 1981, 47-48; Mackesy, P., 1974, 7. <<

[33] Dundas a Wellesley, 27 de septiembre a 1 de noviembre de 1799, en Ingram, E., 1970, 180 y 203. <<

[34] En octubre de 1799, Wellesley llegó a un acuerdo con los portugueses para situar una guarnición británica en Goa para prevenir una posible invasión francesa. <<

[35] Encontramos más detalles en Mackesy, P., 1984, 142-162; Ingram, E., 1973b, 303-310. <<

[36] Dundas era partidario de centrar las operaciones en Egipto y sus alrededores y pedía la invasión expeditiva de Egipto desde el Mediterráneo y el mar Rojo. Sin embargo, ni Grenville ni Wellesley tenían interés alguno en Oriente Próximo. El segundo, como Dundas, estaba preocupado por la amenaza francesa a la India, pero pensaba que esta emplearía la ruta más tradicional del cabo de Buena Esperanza y que utilizaría de la isla de Mauricio como base de operaciones. A finales de 1800, por consiguiente, Wellesley centró sus esfuerzos en lanzar una expedición contra Mauricio, pero el comandante del escuadrón británico de las Indias Orientales se negó a apoyar el proyecto. <<

[37] Esta fuerza de desembarco británica comandada por *sir* Ralph Abercromby había desperdiciado la mayor parte del año anterior entre Italia, Menorca, Cádiz y Malta, lo que provocó el descontento de numerosos oficiales británicos. «¡Qué desgraciada y onerosa campaña la que hemos hecho! Veintidós mil hombres, muchos de ellos no soldados, a la deriva por buena parte de

Europa para escarnio y burla de amigos y enemigos», se lamentaba un oficial superior británico. Charles Cornwallis al mayor general Ross, 6 de noviembre de 1800, en Cornwallis, C., 1859, vol. III, 300-301. <<

[38] Detalles en Rigault, G., 1911; Ghurbal, M. S., 1977. <<

[39] Encontramos una exposición interesante en Amanat, A. y Vejdani, F. (eds.), 2012. <<

[40] Bedik, P., 1678, 387-388. <<

[41] Esta iniciativa diplomática fue realizada por un talentoso y versátil empleado iraní de la Compañía, Mahdi Alí Khan, que fue nombrado residente diplomático en Bushire. En 1799, cuando Fath Alí Sah envió por iniciativa propia parte de su caballería a Herat, los británicos lo entendieron en el contexto de sus esfuerzos diplomáticos y atribuyeron por error el mérito a Mahdi Alí Kan. <<

[42] Malcolm visitó primero Muscat, donde logró un nuevo acuerdo con el sultán local el 18 de enero de 1800. Entonces se dirigió a Persia, donde, como observó, su misión tenía tres objetivos: «Liberar a la India de la alarma anual de invasión por parte de Zaman Sah, que siempre se atiende con gran gasto para la Compañía, provocando una diversión en sus provincias persas; contrarrestar las posibles intentonas de esos villanos aunque activos demócratas, los franceses; y devolver al menos parte de su antigua prosperidad a un comercio que en gran medida se ha perdido son los objetivos principales de mi viaje». Kaye, J. W., 1856, vol. I, 89-90. <<

[43] *Ibid*., 111. <<

[44] *Ibid*., 116. <<

[45] Tratado de Teherán (1801), en Aitchison, *sir* C. U. (ed.), *op. cit*., vol. VII, 112-117; Kelly, J. B., *op. cit*., 70-73; Wright, D., 2001, 4-5. Además, el tratado protegía los intereses comer-

ciales británicos en Persia y estipulaba que el hierro, el plomo, el acero y el paño ingleses no estarían gravados por aranceles. <<

[46] Sykes, P. M., 1915, vol. II, 300-3302; Varma, B., 1980, 186-192. Véase también Yapp, M., 1980; Gleave, R., 2005, 40-41. <<

[47] Hughes, L., 2004, 174-175; Bushkovitch, P., 2001, 137-138. Por el Tratado de San Petersburgo (1723), Rusia obtuvo el control de las áreas costeras occidentales del mar Caspio y las provincias iraníes de Guilán, Mazandarán y Astarabad (actual Gorgán). <<

[48] Martin, J., 2003, 195-197 y 261-235. <<

[49] Disponemos de una buena visión general en Gvosdev, N. K., 2000, 14-62. <<

[50] *Vid*. Paichadze, G., 1983; Surguladze, A., 1982; Avalov, Z., 1906. Se puede acceder al texto del tratado en [**www.am-si.ge/istoria/sab/georgievski.html**]. <<

[51] *Vid*. Lang, D. M., 1957, 209-212. <<

[52] *Vid*. Brosset, M. F., 1849-1857, vol. II. <<

[53] Catalina a Zúbov, 19 de febrero (1 de marzo) de 1796; y *Manifiesto imperial a los pueblos iraníes*, 27 de marzo (7 de abril) de 1796; en Dubrovin, N., 1871-1888, vol. III, 70-80 y 125-129; Vasilii Potto, «Persidskii pokhod Zubova» [La campaña persa de Zúbov], en Potto, V., 1887, vol. I, 285-296; Atkin, M., 1980, 40-42. <<

[54] Atkin, M., 1979, ofrece un análisis revelador. <<

[55] El notable historiador británico David Lang observó con acierto que «tras retirar sus tropas en 1787, no enviarlas a tiempo contra Aga Mohamed en 1795 y, de nuevo, evacuar Georgia en 1797, era innegable que Rusia había perdido cualquier derecho jurídico de exigir que Georgia continuara ateniéndose al Tratado de Gueórguiyevsk». Lang, D. M., *op. cit*., 173. <<

[56] *Vid*. Gvosdev, N. K., *op. cit*.,77-98; Dubrovin, N., 1867; Rhinelander, L. H., 1972; Avalov, Z., *op. cit*. <<

[57] Roider, K., 1987, 86. <<

[58] *Décret de la Convention nationale, du 19 novembre 1792, l'an Ier de la république françoise: Par lequel la Convention déclare qu'elle accordera fraternité & secours à tous les peuples qui voudront recouvrer leur liberté*, Rennes, Imprimerie Nationale du Département d'Ille et Vilaine, 1792. <<

[59] *Archives parlementaires de 1787 à 1860* […], vol. LXIV, 231. Véase también Martin, V., 2013. <<

[60] Godechot, J., 1969, 27. <<

[61] Citado en Godechot, J., 1956, vol. II, 660. <<

[62] Furet, F., 1981, 127. <<

[1] *Vid*. Lefebvre, G., 1964, 387-345; Doyle, W., 1990, 318-368; Lyons, M., 1975; Woronoff, D., 1984. Para conocer mejor las opiniones de los contemporáneos, *vid*. Thiébault, P., 1896, vol. II, 13-14; Chamans, A.-M., 1832, 71-72. <<

[2] Texto tomado de la conversación de Napoleón con el general Marmont citada en Rose, J. H., 1907, vol. I, 218. <<

[3] Para profundizar en la cuestión, *vid*. Cook, M., 1998. Encontramos acercamientos sucintos en Roberts, A., 2014, 215-227; Broers, M., 2014, 203-229; Asprey, R. B., 2000, 327-339. <<

[4] Esta afirmación se ha atribuido por largo tiempo a Bonaparte, aunque su origen real es aún incierto. Según Roederer, fue Talleyrand quien dijo estas palabras cuando el primero preparaba una constitución para la República Cisalpina: «Habiéndome Bonaparte encargado plasmar sus ideas para la constitución cisalpina, le presenté dos proyectos. Uno muy corto, que se limitaba a la erección de los poderes; el otro mezclado con disposiciones que podían dejarse a la ley. Le pedí a Talleyrand que aconsejara al primer cónsul que prefiriera la primera y le dije: "Es necesario que una constitución sea corta y…" iba a añadir: "clara", pero me quitó la palabra y me dijo: "Sí, corta y oscura"». Roederer, P.L., 1853-1859, vol. III, 428. <<

[5] Lentz, T., 2007, 107-146. <<

[6] Acerca del Consulado, *vid*. Lentz, T., 1999; Tulard, J., 1991; Lefebvre, G., 1969, 71-92 y 122-159. <<

[7] Lentz, T., 2007, 151-194. <<

[8] Acerca del sistema electoral, *vid*. Lentz, T., 2007, 98-106. <<

[9] Lentz, T., 2007, 97; Woloch, I., 2001, 94-96. <<

[10] En el plebiscito de 1800 se abstuvo alrededor del 80 por ciento de los votantes y el número de votos afirmativos se acercó al millón y medio. Disponemos de un acercamiento excelente en

Malcolm Crook, «Confidence from Below? Collaboration and Resistance in the Napoleonic Plebiscites», en Rose, M. (ed.), 2003, 19-36. *Vid*. una opinión local acerca de las falsificaciones de Luciano en Gainot, B., 2000. La tasa de abstención se mantuvo alta. Por ejemplo, en Marsella, una ciudad de 100 000 habitantes, solo se emitieron 1200 votos. *Vid*. Langlois, C., 1972, 43-65, 231-246, 396-415; Langlois, C., 1988, 81-93. <<

[11] Langlois, C., 1972, 414. <<

[12] Crook, M., *op. cit*., 31; Horn, J., 2002, 241. <<

[13] Lentz, T., 2007, 391-342. <<

[14] Moody, J. N., 1978; McCain, S., 2018, 117-150. <<

[15] Disponemos de una exposición concisa de las reformas de Napoleón en Holtman, R. B., 1967. <<

[16] Geoghegan, P. M., 1999; Keogh, D. y Whelan, K. (eds.), 2001; Larkin, H., 2014, 9-26. <<

[17] Discurso de William Pitt del 31 de enero de 1799, en Pitt, W., 1806, vol. III, 29. <<

[18] Para un acercamiento historiográfico, *vid*. L. Kennedy y D. S. Johnson, «The Union of Ireland and Britain, 1801-1921», en Boyce, D. G. y O'Day, A. (eds.), 2006, 34-49. <<

[19] Acerca del inicio de las negociaciones franco-austriacas, *vid*. Fournier, A., 1885, vol. 1, 179-210. <<

[20] «Todo se confunde más y más, y caemos en una incoherencia inextricable», se lamentaba el ministro de Exteriores austriaco Johann Amadeus Franz de Paula Thugut el 19 de octubre de 1800, en su descripción de la posición austriaca en Lunéville y la expectativa de un acercamiento franco-ruso. *Vid*. sus cartas de octubre y noviembre de 1800 en Thugut, F. de P., 1872, vol. 2, en especial 317-318, 321-322, 352-353. Encontramos un análisis interesante acerca de la política interna austriaca en Deutsch, H. C., 1938, 7-13. <<

[21] El texto del tratado está en Clercq, A. de (ed.), 1880-1917, vol. I, 424-429; Martens, G. F., 1801-1828, vol. VII, 538-544. <<

[22] *Vid*. Roider, K., 1987, 371-373. <<

[23] Bonaparte al Senado, 13 de febrero de 1801, en Bonaparte, N., 1884, vol. I, 341. <<

[24] Clercq, A. de. (ed.), *op. cit*., vol. I, 431-432. <<

[25] Damas, R., 1913, 298-299. <<

[26] Clercq, A. de. (ed.), *op. cit*., vol. I, 432-434. <<

[27] El tratado no fue ratificado y tardó nueve meses en publicarse, una vez que Bonaparte se había asegurado de que no encontraría oposición en los cuerpos legislativos. <<

[28] Barbara, M., julio de 1926, 241-257, ofrece un buen resumen de las negociaciones. <<

[29] El texto del tratado puede consultarse en [**www.napoleon.org/fr/salle_lecture/articles/files/Concordat_18011.asp**]. <<

[30] Bignon, L. P. É., 1836, 173. Estas palabras se atribuyen al general Antoine-Guillaume Delmas, aunque hay distintas versiones. Una distinta dice: «¡Fue una bonita beatería! Lo único que faltaba era el millón de hombres que pereció para destruir lo que estáis restaurando!». *Vid*. Thibaudeau, A.-C., 1827, 163; Rocques, J. G. M., conde de Montgaillard, 1828, vol. V, 444; Thiers, A., 1844, vol. II, 596. <<

[31] *Vid*. Langlois, C., 1998. <<

[32] Con la intención de minimizar el daño, el embajador ruso en Londres, Semión Vorontsov, describió al emperador ruso como una persona infantil y explicó a los miembros del gabinete británico que «uno no puede enfadarse con niños». Vorontsov a lord Grenville, 2 de julio de 1800, en *Dropmore Papers*, vol. VI, 259, 261. <<

[33] Un historiador ruso, Aleksándr Kornilov, llamó a Pablo «sicofante coronado» y caracterizó su reinado como «una súbita incursión, un aguacero inesperado que cayó inopinadamente, que lo confundió todo y todo lo puso patas arriba, pero que a la larga no logró interrumpir ni alterar de modo profundo el curso natural del proceso en curso». Kornilov, A., 1969, 58. Si se busca una aproximación más profunda y equilibrada, *vid*. Feldbaek, O., 1982; Ragsdale, H., marzo de 1968; Ragsdale, H., 1980. <<

[34] Meynadier, R., 1920, 193-194; Tatishchev, S., 1889, 260; Mikjailovski-Danilevski, A., Miliutin, D., 1852-1857, vol. V, 494. <<

[35] Bonaparte a Talleyrand, 4 de junio y 4 de julio de 1800, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. III, 280 y 326. <<

[36] Para un tratamiento de la época, *vid*. *The Monthly Visitor* XVI (enero de 1802), 11-15. <<

[37] *Vid*. la correspondencia diplomática franco-rusa en Trachevski, A. (ed.), 1890, 1-10; Martens, F. F., 1902, vol. XIII, 250-270. <<

[38] Como respuesta, Gran Bretaña ordenó a sus comandantes no admitir la entrada de los rusos a Malta, por miedo a que cerraran el puerto de La Valeta a su Marina. <<

[39] Nota diplomática del 8 de octubre de 1800, en Trachevski, A. (ed.), *op*. *cit*., 10-11. <<

[40] Según el memorando, «Grecia, junto con todas las islas del archipiélago, se formalizará como república según el modelo de las islas venecianas, bajo la protección de las cuatro potencias [...]. Sin embargo, de momento, los propios griegos quedarán bajo la autoridad de Rusia». <<

[41] El emperador Pablo anotó en el margen: «¡¿Tal vez demasiado?!». Rostopchín adujo que el «emperador [austriaco] y sus ministros quedarían tan satisfechos con la partición de Turquía,

como un hombre arruinado al que le acabara de tocar el primer premio de la lotería». <<

[42] *Vid*. «Zapiska grafa F. V. Rostopchina o politicheskij otnosheniyaj Rossii v poslednie mesyatsy Pavlovskago tsarstvovaniya» [Nota del conde F. V. Rostopchín acerca de las relaciones políticas de Rusia en los últimos meses del reinado de Pavlovsk], *Russki arjiv* [Archivo ruso], 1878, vol. I, 109-110. En cuanto a la versión francesa, *vid*. Broglie, duque de, 1889. <<

[43] Lee, M. M., 1984, 74-219. Véase también Lebedev, V. T., 1898; Alex Zotov, «The Failed Franco-Russian Expedition to India, 1801» en [**http://history-gatchina.ru/paul/india/index.htm**]. <<

[44] Leibniz, G. W., 1840, 37-51; Stedingk, C. B. L. K. von, 1845, vol. II, 6-9. Véase también Karatygin, P., 1873, 401-409. <<

[45] En su *Napoleon's Wars: An International History* (88-89), Charles Esdaile acierta al restar importancia a esta expedición, pero se equivoca al relacionarla con la «crisis, bastante independiente», que hubo en Georgia al ser esta objeto de una invasión persa por el acercamiento a Rusia. Esdaile da a entender que la expedición cosaca fue una respuesta a la invasión de Georgia encabezada en 1795 por Aga Mohamed Kan de Persia. Sin embargo, esa conexión es debatible. Rusia, en realidad, reaccionó a la invasión persa de Georgia al año siguiente (1796), cuando Catalina II despachó un cuerpo ruso comandado por el conde Valerián Zúbov al Cáucaso meridional. Zúbov atacó con éxito las posiciones persas en los actuales Daguestán y Azerbaiyán y tomó Bakú en junio de 1796. Fue el emperador Pablo quien, al ascender al trono, detuvo la invasión rusa de Irán y ordenó la vuelta de las tropas. <<

[46] Pablo a Orlov, 12/24 de enero de 1801, en Shilder, N., 1901, 417. <<

[47] Lord Grenville pensaba que, para Gran Bretaña, el derecho de inspeccionar los convoyes era una «cuestión poco menos importante que su independencia, que afectaba a todas sus fuentes de grandeza, y que [cuestionarlo] ponía en peligro los propios pilares de su poder naval». Citado en Mackesy, P., 1984, 134. <<

[48] Derry, T. K., 1975, 484. <<

[49] Dwyer, P. G., 1993, 662-664. <<

[50] En relación con los detalles, *vid*. Mahan, A., 1918, vol. II, 41-45; Feldbaek, O., 1980. <<

[51] Ragsdale, H., marzo de 1970, 70-89. Véase también Ragsdale, H., 1983, 81-118. <<

[52] Macmillan, D., 1973, 72-77. <<

[53] *Originaltraktater med främmande makter (traktater)*, 31 de agosto de 1805, en Riksarkivet, SE/RA/25.3/2/39/A-B; Russian Imperial Declaration (27 de agosto de 1800), Convention Between Russia, Sweden, and Denmark-Norway (16 de diciembre de 1800) y Convention Between Russia and Prussia (18 de diciembre de 1800) en Scott, A. J. B. (ed.), 1918, 489-492 y 531-549. <<

[54] Hannover estaba ligado a la Corona británica por una unión personal y era un importante emporio comercial en el norte de Alemania. Un blanco obvio para cualquier Estado que deseara ejercer presión diplomática sobre Gran Bretaña. <<

[55] Schroeder, P. W., 1994, 220. <<

[56] Declaración del rey de Prusia, en Scott, A. J. B. (ed.), *op. cit*., 592-594. Encontramos más detalles en Bailleur, P. (ed.), 1881-1887. Véase también Dwyer, P. G., *op. cit*., 661-687; Ford, G. S., 1903, 192-268. <<

[57] *Vid*. la excelente discusión contenida en Tarle, E., 1913; Galpin, W. F., 1925; Albion, R. G., 1927. <<

[58] Para una debate más amplio acerca de la estrategia británica en 1800-1801, *vid*. Mackesy, P., *op. cit*., 95-201. <<

[59] Clowes, W. L., 1899, vol. IV, 470-471; *The Naval Chronicle*, vol. V, 162 y 444-445; vol. VI, 148; Hall, N. A. T., 1992, 26. <<

[60] *Vid*. Feldbaek, O., 2002. <<

[61] Algunos coetáneos rusos pensaban que el Gobierno británico estuvo implicado en el asesinato y que el oro inglés ayudó a financiar la conspiración. Acerca de los testimonios contemporáneos, *vid*. *Tsarubiistvo 11 marta 1801 goda: Zapiski uchastnikovi sovremennikov* [Regicidio del 11 de marzo de 1801: notas de los participantes contemporáneos], Sankt Peterburg, 1907; *Arjiv kniazya Vorontsova* [Arzhev Príncipe Vorontsov], vol. X, 113-114, vol. XIV, 146-148. Véase también Kennedy, J. J., junio de 1977, 205-219. <<

[62] Reporte de Luccesini del 17 de abril de 1801, en Bailleur, P. (ed.), *op. cit*., vol. II, 38. <<

[63] Dwyer, P. G., *op. cit*., 86. <<

[64] *Vid*. Ford, G. S., *op. cit*., 271-290. <<

[65] En cuanto a la correspondencia entre Bonaparte y Mustafá Pachá, *vid*. *Pièces curieuses ou Alger en 1802*, 1830, 5-16. <<

[66] Bonaparte, N., 1884, vol. I, 397-399, 401. <<

[67] El texto de la ley está disponible en *A Century of Lawmaking for a New Nation: U.S. Congressional Documents and Debates, 1774-1875* [**http://memory.loc.gov/cgi-bin/ampage?collId=llsl&fileName=001/llsl001.db&recNum=473**]. <<

[68] Treaty of Peace and Amity [Tratado de Paz y Amistad], 5 de septiembre de 1795, Yale University, The Avalon Project [**http://avalon.law.yale.edu/18th_century/bar1795t.asp**]. Véase también Rojas, M. E., 2003, 159-186. <<

[69] Tratados con Trípoli (4 de noviembre de 1796), Argel (3 de enero de 1797) y Túnez (28 de agosto de 1797), Yale University, The Avalon Project [**http://avalon.law.yale.edu/subject_menus/barmenu.asp**]. <<

[70] Whelan, J., 2003; Kitzen, M. L. S., 1993. <<

[71] Tucker, S. C., 2004. <<

[72] Zacks, R., 2005; Parker, R., 2004. <<

[73] London, J., 2005. <<

[1] *Vid*. un análisis excelente en Grainger, J. D., 2004. También Weinlader, J. R., 1977. <<

[2] Bonaparte a Jorge III, 25 de diciembre de 1799, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. II, 1115. <<

[3] Jorge III a lord Grenville, 4 de septiembre de 1792, en Jorge III, 1935, 215. <<

[4] Jorge III a lord Grenville, 2 de agosto de 1792, en Jorge III, 1935, 218-219; Jorge III, 1963, vol. II, 73. <<

[5] Jorge III a lord Grenville, 1 de enero de 1800, en Jorge III, 1963, vol. III, 308. <<

[6] Stanhope, P. H., 1867, vol. III, 215-216. Véase también Bisset, R., 1803, vol. VI, 350-351. <<

[7] Otto a Grenville, 24 de agosto de 1800, en *The Parliamentary History of England, from the Earliest Period to the Year 1803*, 1820, vol. XXXV, 540-541. <<

[8] La primera fuerza que Bonaparte tenía en mente era la que estaba en Egipto. Los hombres del contingente que Bonaparte llevó a las costas norteafricanas habían sido diezmados por la enfermedad y las bajas en combate, aunque todavía conservaban el control efectivo de un territorio considerable en Egipto. Sin embargo, la victoria naval de Nelson en la bahía de Abukir (1798) había interrumpido su conexión con Francia y estaba claro que, a menos que se hiciera algo decisivo, el desgaste acabaría gradualmente con el ejército francés. Bonaparte era muy consciente de esta situación y anhelaba extraer de allí a sus tropas. La segunda fuerza en que pensaba Bonaparte era la que estaba en la isla de Malta, donde la guarnición francesa de La Valeta llevaba asediada por las fuerzas de la Coalición ya casi dos años. Acerca de Malta, *vid*. Hardman, W., 1909, 107-135. <<

[9] Carysfort a Grenville, 12 de noviembre de 1800, *Dropmore Papers*, vol. VI, 374-376. La carta de Carysfort contenía dos de

las memorias de Gentz que describían los sentimientos en Europa. <<

[10] Para una exposición detallada de la dimisión de Pitt y su repercusión, *vid*. Ehrman, J., 1996, 495-533. Algunos historiadores franceses sostienen que la dimisión del ejecutivo de William Pitt, en el que había notorios halcones, habría sido un «ardid estratégico» para evitar la humillación de verse obligado a negociar la paz con Francia y tener libertad en caso de que volviera de nuevo al poder. *Vid*. Driault, E., 1910, 162-164. <<

[11] Bonaparte a Talleyrand, 28 de julio de 1800 (n.° 5034), 30 de septiembre de 1800 (n.° 5120), 27 de enero de 1801 (n.° 5327), 13 de febrero de 1801 (n.° 5365) y 2 de marzo de 1801 (n.° 5426); Bonaparte al rey de España, 8 de noviembre de 1800 (n.° 5165), en *CN*, vol. VI, 426-427, 469, 499, 590-592; vol. VII, 22-23, 54-55. «Traite preliminaire d'alliance signe a Madrid», 29 de enero de 1801; «Ratification du Premier Consul [...] sur le traite preliminaire d'alliance signe a Madrid», 17 de febrero de 1801, en Clercq, A. de (ed.), 1880-1917, vol. I, 420-424. <<

[12] Pereira, A., 1953, vol. I, 70; Alexandre, V., 1993, 102-103, 115-116, 121-126; Silbert, A., 1981, 49-52. Acerca de los tratados de Badajoz y Madrid, *vid*. Martens, G. F., 1801-1828, vol. VII, 348-351 y 373-376. <<

[13] Schneid, F. C., 2005, 23. <<

[14] Acerca de los efectos de la Guerra de las Naranjas fuera de Europa, *vid*. Frakes, M. A., 1989, 489-508; Ganson, B. A., 2003, 155-156. <<

[15] *Vid*. Gregory, D., 1988, 47-64. <<

[16] El tratado final fue firmado también por José Nicolás de Azar por la parte española y por Rutger Jan Schimmelpenninck en nombre de la República Bátava. <<

[17] Hubo un acuerdo separado franco-holandés en agosto de 1801 que exigía la retirada de las tropas francesas de Holanda cuando se firmara la paz general. Además, el Tratado de Lunéville incluía una provisión separada para reconocer la independencia de las repúblicas bátava, helvética, cisalpina y ligur. <<

[18] Tratado de Amiens, 25 de marzo de 1802, Fondation Napoleon [**https://www.napoleon.org/histoire-des-2-empires/articles/le-traite-de-la-paix-damiens**]. <<

[19] La devolución de las colonias capturadas fue una significativa concesión que demostró con claridad que Gran Bretaña no había librado la guerra solo para agrandar su imperio colonial. <<

[20] Malmesbury, J. H., 1845, vol. IV, 69. <<

[21] Auckland, W. E., 1862, vol. IV, 143-144. <<

[22] Lord Grenville a William Pitt, 6 de octubre de 1801, *Dropmore Papers*, vol. VII, 50-51. Véase también Villiers, G., 1853-1855, vol. III, 178. <<

[23] Auckland, W. E., *op. cit.*, vol. IV, 143-144. <<

[24] Woodfall, W. (ed.), 1802, vol. I, 64. <<

[25] Schroeder apunta correctamente que el Tratado de Amiens es prueba «de la habilidad y persistencia de Francia en las negociaciones, de la distracción y debilidad del Gobierno de Addington y de la inexperiencia de Cornwallis como negociador». Schroeder, P. W., 1994, 227. <<

[26] Mackesy, P., 1984, 215-216. Hay que resaltar que los ministros británicos, todos ellos individuos honorables, pero sin experiencia, estaban dispuestos a aceptar un acuerdo porque pensaban que los intereses británicos en la India y el Caribe habían quedado a salvo gracias a la conservación de Ceilán y Trinidad, que podían actuar como relevantes bases de operaciones. <<

[27] Por ejemplo, Conrad Gill los condena por enmarcar «las cláusulas con la confianza de la inexperiencia y con la alegría de devolver la paz a Europa. En su entusiasmo pacífico, los minis-

tros aceptaron unas condiciones que Pitt y sus colegas habrían rechazado sin dudar». Gill, C., 1909, 61. <<

[28] Son interesantes Duffy, M., 1989, 127-145; Mackesy, P., 1989, 147-164; Schroeder, P. W., 1987. <<

[29] Creighton, C., 1894, vol. II, 159-160. El precio del trigo era de 61 chelines y 8 peniques por *quarter*[*20] en la primavera de 1799, 94 chelines y 2 peniques en diciembre de ese año, 134 chelines y 5 peniques en junio de 1800, y 180 chelines al acabar el verano de 1801. Cayó a alrededor de 57-60 chelines en 1802 (vol. II, 162). <<

[30] Auckland, *op. cit.*, vol. IV, 144. <<

[31] *Ibid.* <<

[32] Lloyd, C. (ed.), 1950, vol. II, 376. <<

[33] Edmund Burke, «Letters on a Regicide Peace», en Rogers, H. (ed.), 1841, vol. II, 334. <<

[34] Lokke, C. L., agosto de 1928, 392-405. <<

[35] Memorando de Pierre-Alexandre-Laurent Forfait del 12 de germinal del año X (1802), citado en Prentout, H., 1901, 14. <<

[36] Bonaparte al general Berthier, 18 de julio de 1802; Bonaparte al almirante Decrès, 15 de enero de 1803, en *CN*, n.° 6189, vol. VII, 524; n.° 6544, vol. VIII, 176-178. <<

[37] Prentout, H., *op. cit.*, xiv-xxii, 1-4, 16-31. Decaen, con solo 34 años, prácticamente desconocido y sin relación con empresas coloniales previas, no parecía que fuera a dar ningún problema. En una carta de enero de 1803, el embajador británico comentaba de él: «[…] es un hombre joven y de carácter muy alegre en la vida privada, pero no posee talentos llamativos ni como general ni como hombre de Estado. Podríamos concluir que, en lo que respecta a su persona, lo que [los franceses] han buscado es mejorar las posesiones que ya tienen en la India, más que ampliarlas mediante conquistas o intrigas». Browning, O., 1887,

45. Para algunos historiadores, que Bonaparte eligiera a Decaen, «un declarado anglófobo exaltado», era un ejemplo más de su «apenas disimulado desprecio» por la paz con Gran Bretaña. Sloane, W. M., 1989, 441. <<

[38] Theal, G. M., 1908, vol. I, 93-108. <<

[39] Véanse también los informes de vecinos ingleses de El Cabo en Rose, J. H., enero de 1900, 129-132. <<

[40] Prentout, H., *op. cit.*, 31-60. <<

[41] *Journaux du capitaine de vaisseau Nicolas Baudin, commandant de l'expédition, 1800-1803*, AN MAR/5JJ/35-MAR/5JJ/40/D; Starbuck, N., 2009; Rivière. S. M., Kumari, R. I. (eds.), 2006; Scott, E., 1910. <<

[42] Acerca de las instrucciones, *vid*. Scott, E., 1913, 341-346. En cuanto a los documentos relacionados con la expedición, *vid*. Baudin, N., 2000. <<

[43] *Vid*. Péron, F., 2014. Algunos especialistas modernos todavía sostienen: «[…] a pesar de una ausencia casi total de documentación, insisten en creer en el carácter político de la expedición de Baudin». Jean-Paul Faivre, «Preface», en Baudin, N., 1974, xiii. Encontramos una opinión opuesta en Scott, E., 1913, 122-189 y 262-282. <<

[44] Exposición sucinta de los motivos de Toussaint en Popkin, J. D., 2012, 111-113. <<

[45] Constitution du 22 frimaire an VIII (13 de diciembre de 1799), AN AE/I/29/4. <<

[46] Dubois, L., 2004b, 288-289, 326-327 y 351. <<

[47] *Vid*. James, C. L. R., 1989, 270, 275 y 294; Wanquet, C., 1998, 636. Las propias reminiscencias de Napoleón dieron pábulo a estas pretensiones. *Vid*. sus afirmaciones en relación con Saint-Domingue en Las Cases, E. de, 1956, 769; O'Meara, B., 1853, vol. II, 199. <<

[48] Eliav-Feldon, M., Isaac, B. y Ziegler, J., 2009, ofrece una exposición excelente del racismo en la Europa de la Edad Moderna. <<

[49] «Aux citoyens de Saint-Domingue», 25 de diciembre de 1799, en *CN*, n.º 4455, vol. VI, 53. <<

[50] *Arrêté* del 25 de diciembre de 1799, en *CN*, vol. VI, 54. Véase también Pluchon, P., 1989, 447-448. <<

[51] Roederer, P.-L., 1942, 131. <<

[52] «Notes sur Saint Domingue», en *CN*, vol. XXX, 529. En torno a la decisión de Bonaparte de lanzar la expedición, *vid*. Popkin, J. D., *op. cit*., 116-119; Girard, P. R., 2011, 33-49. También Branda, P. y Lentz, T., 2006; Dorigny, M. (ed.), 2003. Acerca de los dos últimos años de la vida de Toussaint, *vid*. Girard, P. R., 2016, 217-252. <<

[53] «Notes pour server aux instructions à donner au capitaine general Leclerc», 31 de octubre de 1801, en Leclerc, C., 1937, 263-274. <<

[54] *Vid*. las memorias de Michel-Étienne Descourtilz en Popkin, J. D. (ed.), 2007, 306. <<

[55] La restauración de la esclavitud en la Guayana fue obra del administrador colonial francés Jean-Baptiste Victor Hugues, que había defendido notoriamente la emancipación de los esclavos durante la Revolución y luego volvió gradualmente a defender su institución en 1802-1803. <<

[56] Acerca de los detalles, *vid*. Ribbe, C., 2013; Dubois, L., 2004, 293; Hochschild, A., 2006, 293-294. <<

[57] Leclerc a Bonaparte, 7 de octubre de 1802, en Leclerc, C., *op. cit*., 256. <<

[58] *Vid*. Girard, P. R., 2011, 159-247, 291-312. <<

[59] Entre 1791 y 1803 perecieron alrededor de 100 000 personas en el torbellino revolucionario, en su inmensa mayoría de ra-

za negra. <<

[60] Acerca de Dessalines, *vid*. Brutus, T. C., 1946-1947; Trouillot, H., 1966. <<

[61] Ferrer, A., 2014, ofrece un estudio esclarecedor. <<

[62] Acerca de los detalles, *vid*. King, C. R. (ed.), 1896, vol. III, 61. <<

[63] Tratado de San Ildefonso, 1 de octubre de 1800, en [**www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_ildefonso.html**]. <<

[64] William Cobbett, «Cession of Louisiana» (editorial), en *Cobbett's Annual Register*, vol. I, 46. Disponemos de una aproximación concisa y perspicaz de la posición británica en Perkins, B., mayo de 1955, 279-295. <<

[65] James Madison a Robert Livingston y James Monroe, 2 de marzo de 1803, en Hackett, M. A. (ed.), 1984, vol. IV, 364-378. <<

[66] Jefferson a Pierre S. du Pont de Nemours, 25 de abril de 1802, en Jefferson, T., 1903, vol. X, 317. En una extensa carta a Robert Livingston, ministro diplomático estadounidense en Francia, Jefferson explicaba: «[…] el día en que Francia tome posesión de Nueva Orleans sellará su sentencia, que es quedar limitada para siempre a su nadir […]. Desde ese momento deberemos ligarnos a la flota y nación británica». Jefferson a Livingston, 18 de abril de 1802, en Jefferson, T., 1830, vol. III, 492. <<

[67] *Convention entre la République française et les Etats-Unis d'Amérique réglant l'application du traité de cession de la Louisiane aux Etats-Unis d'Amérique*, AN AF/IV/1704/6/12. Véase también la colección de documentos «The Louisiana Purchase» en The Napoleon Series [**www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_louisiana.html**]; Monroe y Livingston a James Madison, 12-13 de mayo de 1803, en Hutchinson, W. T.

et al. (eds.), 1965, vol. IV, 590-594 y 601. Véase también Bush, R. D., 2014. <<

[68] Según el acuerdo, los dos bancos se comprometieron conseguir, en tres pagos, un intercambio de bonos por metálico (sobre todo proveniente de Gran Bretaña): un total de 53 millones de francos a cambio de bonos con un valor nominal de 60 millones –la diferencia sería su comisión–. El Tesoro estadounidense amortizó todos los bonos entre 1812 y 1823 y proporcionó a los bancos y a los tenedores de los bonos más de 8 millones de dólares en intereses. *Vid*. más detalles (y documentos) en Winston, J. E. y Colomb, R. W., 1929, 189-237. <<

[69] Adams, H., 1889, vol. II, 49. <<

[70] «De 1804 a 1808, los tratantes inundaron Charleston con 39 075 esclavos africanos, más de la décima parte del número total de esclavos llevados a toda la Norteamérica británica a lo largo de los doscientos años anteriores –fue, tal vez, el crecimiento más extremo jamás experimentado en la historia del tráfico global de esclavos–». Shugerman, J. H., 2002, 263-290. <<

[71] Para los detalles, *vid*. Theriault, S. M., 2006; Appleby, J., 2005, vol. I, 99-103; Cerami, C. A., 2003; Kukla, J., 2003; Kastor, P. y Weil, F. 2008; Williams, P. G., Bolton, S. C y Whayne J. M., 2005. <<

[72] Bailey, J. D., 2010, 171-194. <<

[73] J. A. van Houtte, «The Low Countries and Scandinavia» y A. Guilland, «France and Her Tributaries (1801-1803)», ambos en Ward, A. *et al*. (eds.), 1906, 88-91 y 469-470. <<

[74] En agosto de 1801 Bonaparte firmó una convención franco-holandesa que obligaba a reducir las fuerzas de ocupación francesas a 10 000 hombres. A cambio, los holandeses se vieron obligados a pagar una onerosa indemnización de cinco millones de florines. *Vid*. Martens, G. de, 1831, vol. VII, 368-373. <<

[75] Baso mi exposición en Böning, H., 1998; Grünewald, A., 2001; Church, C. H. y Head, R. C., 2013; Luck, J. M., 1985. Para un análisis excelente de la cultura suiza durante la época revolucionaria, *vid*. Lerner, M. H., 2012, 10-136. <<

[76] *Vid*. la proclama de Bonaparte del 30 de septiembre de 1802 en Strickler, J. (ed.), 1902, vol. VIII, 1437. <<

[77] Proclama de Bonaparte del 30 de septiembre de 1802 en *CN*, n.º 6352, vol. VIII, 53-55. Véase también Church, C. H. y Head, R. C., *op. cit*., 138-142. El Acta de Mediación, las constituciones de los diecinueve cantones y la Constitución de la Federación están disponibles en *Repertorium der Abschiede der eidgenössischen Tagsatzungen vom Jahr 1803 bis Ende des Jahrs 1813*, 1843. <<

[78] Bonaparte se guardó áreas de importancia estratégica como el Simplon y sus accesos y obligó a los suizos a que le entregaran la región de Valais para que Francia pudiera construir una carretera militar que la conectara con el norte de Italia. En 1804, cuando los suizos intentaron aprobar reformas militares, Bonaparte las prohibió sin perder tiempo. *Vid*. una interesante exposición en Clemens, G. B., 2012, 132-142. <<

[79] Nota del 9 de octubre de 1802, en Paget, *sir* A., 1896, vol. II, 62-63. Bonaparte estaba «interfiriendo audazmente para privar a los valientes suizos del derecho de establecer sus libertades», denunciaba *sir* John Wrottesley en la Cámara de los Comunes. *Parliamentary History of England*, vol. XXXVI, 950. <<

[80] *The New Annual Register, or General Repository of History, Politics, and Literature for the Year 1803*, London, G. and J. Robinson, 1804, 238. <<

[81] Bonaparte a Talleyrand, 4 de noviembre de 1802, en *CN*, n.º 6414, vol. VIII, 90. <<

[82] «Mensaje a las Cámaras», en Bonaparte, N., 1884, vol. II, 5. *Vid*. la *Arrêté* del 12 de abril (fecha retrocedida al 2 de abril) de

1801, en *CN*, n.º 5526, vol. VII, 148-150. <<

[83] *Vid*. el discurso de aceptación de Bonaparte del 26 de enero de 1802 en *CN*, n.º 5934, vol. VII, 371-373. Para una visión general, *vid*. Grab, A., 2003, 159-165. El candidato preferido de la Consulta para presidente de la República Italiana era un prominente republicano italiano, Francesco Melzi d'Eril. Sin embargo, se les dijo a notables que podían hacer una elección mejor, así que estos tomaron nota y ofrecieron el puesto a Bonaparte. <<

[84] A. Guilland, «France and Her Tributaries (1801-1803)», en Ward, A. *et al*. (eds.), *op. cit*., vol. IX, 88. <<

[85] *Vid*. *Arrêté* del 12 de abril (retrotraído al 2 de abril) de 1801, en *CN*, n.º 5526, vol. VII, 148-150. <<

[86] En 1796 Francia llegó a tratados con los príncipes de Baden y Wurtemberg que también disponían la compensación por los territorios que habían perdido. *Vid*. Clercq, A. de, 1880-1882, vol. I, 283-287 y 292-299. Ofrece una interesante exposición Biro, S., 1957, vol. 2. <<

[87] Grab, A., *op. cit*., 88. <<

[88] Los documentos pertinentes pueden consultarse en «The Reorganization of Germany» [**www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_germany.html**]. <<

[89] Bonaparte a Talleyrand, 3 de abril de 1802, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. III, 948. <<

[90] Bonaparte a José Bonaparte, 20 de enero de 1801, en Bonaparte, N., 1856, vol. I, 53. Véanse también las instrucciones de Bonaparte a Talleyrand para pedirle que aclarara la posición de Rusia en los asuntos alemanes: Bonaparte a Talleyrand, 3 de abril de 1802, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. III, 944-948. <<

[91] *Vid*. el texto del tratado en Clercq, A. de, *op. cit*., vol. I, 583-587. <<

[92] *Vid*. Deutsch, H. C., 1938, 38-55. <<

[93] Bonaparte a Maximiliano José de Baviera, 11 de octubre de 1801, en *CN*, n.° 5796, vol. VII, 285. <<

[94] Holborn, H., 1967, 367-368; Grab, A., *op. cit*., 88-89. <<

[1] Mi comprensión del poder naval de Napoleón se ha forjado en largas conversaciones con el doctor Kenneth G. Johnson de la Air University, que ha arrojado muchas nuevas luces en torno a este tema. Hasta la publicación de la obra de Johnson acerca del empleo del poder naval por Napoleón, la aproximación más concisa de la cuestión es su extenso ensayo «Napoleon's War at Sea», en Leggiere, M. V. (ed.) 2016, 387-475. <<

[2] Notes pour le Ministre de la Marine, 19 de febrero de 1802, *CN*, n.º 5968, vol. VII, 395-396. <<

[3] Como Talleyrand explicaba en 1806, Napoleón «no piensa que ningún artículo concreto del Tratado de Amiens haya conducido a la guerra. Está convencido de que la verdadera causa fue [su] rechazo a cerrar un tratado de comercio que habría sido necesariamente perjudicial para las manufacturas y la industria de este país». Citado en Gill, C., 1909, 78. <<

[4] Minto, G. E., lord, 1874, vol. III, 209. <<

[5] El acuerdo había acabado con el bloqueo británico de los buques de Francia y de sus Estados clientelares, pero no afectó en nada a la prohibición francesa que impedía el acercamiento de los buques británicos a menos de cuatro leguas de la costa gala. En consecuencia, cierto número de buques británicos había sido apresado y confiscado por las autoridades francesas, quienes, en respuesta a las quejas británicas, declaraban que se limitaban a aplicar las leyes vigentes, igual que los británicos hacían en relación con sus periódicos. <<

[6] *Vid*. los datos en Morse, J., 1812, vol. II, 72; Cunningham, W., 1968, apéndice F, 933. <<

[7] Citado en Deutsch, H. C., 1938, 100. <<

[8] *Vid*. C. Walton, «The Free-Trade Origins of the French Revolution», en Desan, S., Hunt, L. y Nelson, W. M. (eds.), 2013, 44-56. <<

[9] El Tratado de Methuen de 1793 estipulaba que los vinos portugueses importados por Inglaterra estarían sujetos a una tasa un tercio menor que la aplicable a los importados de Francia. Francis, A. D., 1960, 103-124. <<

[10] En el ínterin, el Gobierno británico rechazó reconocer a los agentes comerciales enviados por Francia aduciendo que primero había que llegar a un tratado comercial. En relación con las quejas francesas, *vid*. AE, «Angleterre», 600. <<

[11] Bonaparte era de inclinación mercantilista y pensaba que podía dirigir el comercio casi como hacía con el Ejército. Encontramos interesantes reflexiones en torno a sus ideas acerca del comercio en Chaptal, J.-A., 1893, 274-276 y 281-283. «Una prohibición impuesta en tal grado tenía carácter de verdadero bloqueo contra Inglaterra, y su objetivo era que pereciera ahogada por sus riquezas», sostenía un historiador francés. Un historiador moderno respondía: «Esto ha sido juzgado [por parte británica] como un acto deliberadamente hostil de Napoleón. Sin embargo, ningún Estado está obligado a entrar en un tratado comercial que sabe que le perjudicaría». Lanfrey, P., 1869, vol. II, 454; Roberts, A., 2014, 308. <<

[12] «Lord Elgin's Report on Levantine Affairs and Malta», 28 de febrero de 1803, *English Historical Review 36*, n.º 142 (1921), 236. <<

[13] Tratado de Amiens [**www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_amiens.html**]. <<

[14] *Vid*. Gregory, D., 1996, cap. 8. <<

[15] Bonaparte a Alejandro I de Rusia, 11 de marzo de 1803, *SIRIO*, LXXVII (1891), 55. <<

[16] «Preface» en *A Description of Malta, with a Sketch of Its History and That of Its Fortifications, tr. from the Ital., with Notes, by an Officer Resident on the Island*, Malta, 1801, iv. <<

[17] Gran Bretaña tampoco había evacuado por completo su guarnición de Egipto. Algunas de las tropas permanecieron en Alejandría después de que Egipto hubiera sido devuelto formalmente a los otomanos. Hubo que esperar a que Francia emitiera una demanda de evacuación completa para que Gran Bretaña cumpliera con las condiciones del tratado en relación con este asunto. <<

[18] Hawkesbury a lord Whitworth, 14 de noviembre de 1802, en Yonge, C. D., 1868, vol. I, 97. <<

[19] En cuanto al carácter y el objetivo de la misión de Sebastiani, *vid*. Bonaparte a Talleyrand (29 de agosto de 1802) y Bonaparte a Sebastiani (5 de septiembre de 1802), *CN*, vol. VIII, 9-10 y 25-26. Acerca de la visita de Sebastiani a Trípoli, *vid*. Auzoux, A., 1919. <<

[20] AE, «Angleterre», 600. Steven Englund sugiere otras posibilidades: «¿Estuvo dirigida la publicación en *Le Moniteur* a distraer la atención del desastre sufrido por los franceses en las Antillas? Desde luego, Bonaparte tenía costumbre de esconder sus retiradas con distracciones, pero también es cierto que Napoleón estaba obsesionado con la «vuelta» a Egipto para reivindicar su honor personal y como primera piedra de su sueño "alejandrino" de un imperio oriental. En ese caso, tal vez el texto de Sebastiani era también un "pago" por la reseña favorable que el diario semioficial *London Times* había dado a un libro repleto de libelos sobre la campaña egipcia de Bonaparte». Englund, S., 2004, 259. <<

[21] Merece mencionarse que Bonaparte editó personalmente el reporte de Sebastiani y que, para adelantarse a la repuesta británica, intentó rebajar el tono reemplazando palabras o eliminando frases. *Vid*. los detalles en Deutsch, H. C., *op. cit*., 117-120. <<

[22] Bonaparte le indicó a su ministro de Exteriores que se reuniera con lord Whitworth y negara «la más mínima intención

por parte del primer cónsul de interferir en los asuntos de Egipto [y] de que estaba absolutamente cansado de Egipto». Reporte de lord Whitworth del 7 de febrero de 1803, en Browning, O., 1887, 63. <<

[23] William Miles a Stephen Rolleston, 10 de junio de 1803, en Miles, W. A., 1890, vol. II, 333. <<

[24] Ya era demasiado tarde para detener la evacuación británica de Egipto, puesto que las órdenes habían salido de Londres en noviembre y los preparativos estaban en marcha cuando se hizo público el informe de Sebastiani. La evacuación se completó según lo previsto el 11 de marzo de 1803. <<

[25] Aunque negaba que tuviera ningún tipo de planes para Egipto, en la misma oración Bonaparte también sugería que «más tarde o más temprano, Egipto pertenecería a Francia, bien por el desmoronamiento del Imperio turco, o bien por algún acuerdo con la Puerta». Informe de lord Whitworth del 21 de febrero de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 79-80. Además, el ministro diplomático de Napoleón en Londres subrayó la posición francesa en cuanto al respeto de los británicos a todas las provisiones del tratado y recordaba la fórmula «o todo el tratado, o nada del tratado», a lo que el secretario de Exteriores británico respondió: «O el estado del continente tal y como estaba, o nada en absoluto». Talleyrand a Bonaparte, 3 de noviembre de 1802, en Talleyrand, C.-M. de, 1889, 23-24. <<

[26] «Exposé de la situation de la République», 20 de febrero de 1803, en *CN*, n.º 6591, vol. VIII, 219. <<

[27] Instrucciones al embajador Andréossy, 19 de febrero de 1803, AE, «Angleterre», 600. Véase también el informe de Andreossy del 1 de marzo de 1803 en *ibid.*, 600. <<

[28] Jorge III, 1968, vol. IV, 83. La proclamación real parece haber incorporado (al pie de la letra) partes de la carta de Addington al rey del 6 de marzo de 1803, vol. IV, 82. <<

[29] Deutsch, H. C., *op. cit.*, 128. <<

[30] *Vid.* el informe de Andreossy del 8 de marzo de 1803, AE, «Angleterre», 600. <<

[31] Talleyrand a Andreossy, 12 de marzo de 1803, AE, «Angleterre», 600; informes de lord Whitworth del 12 y 17 de marzo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 110-112 y 127. <<

[32] Bonaparte a Alejandro I, 11 de marzo de 1803, *SIRIO*, LXXVII (1891), 55; *CN*, n.° 6625, vol. VIII, 236-237. <<

[33] Reporte de lord Whitworth del 14 de marzo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 115-117; reporte de Markov del 16 de marzo, en *SIRIO*, LXXVII (1891), 63-67. <<

[34] Beauharnais, H. de, 1927, vol. I, 146-147; informe de lord Whitworth del 14 de marzo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 126. <<

[35] Informe de lord Whitworth del 17 de marzo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 128. <<

[36] Informe de lord Whitworth del 18 de marzo de 1803, en *ibid.*, 129. La carta de Hawkesbury y el memorando de Bonaparte están ambos en AE, «Angleterre», 600. <<

[37] *Vid.* el informe del ministro de Marina Decrès a Bonaparte, 31 de marzo de 1803 (Archives Nationales, IV 1190), citado en un trabajo inédito de Kenneth Johnson, «Bayou to the Baltic: Napoleon's Campaigns of 1803-1804». <<

[38] «Notes of an Arrangement to be Concluded by Treaty or Convention Between His Majesty and the French Government», 3 de abril de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 151. <<

[39] Reporte de lord Whitworth del 9 de abril de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 162-167; Talleyrand a Andreossy, 9 de abril de 1803, AE, «Angleterre», 600. <<

[40] Talleyrand comentó: «He aquí, sin duda, el primer ultimátum verbal del que tiene registro la historia de las negociaciones

modernas y, cuando uno piensa en qué circunstancias se empleó este procedimiento, es difícil escapar de la dolorosa idea de que el Gobierno inglés está planeando llegar a una ruptura». Talleyrand a Andreossy, 29 de abril de 1803, AE, «Angleterre», 600. <<

[41] Lord Hawkesbury a lord Whitworth, 23 de abril de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 182-183. <<

[42] A la luz del comportamiento británico, Bonaparte declaró que «ninguna consideración posible podría inducirle a consentir la concesión de Malta a perpetuidad en modo alguno». Reporte de lord Whitworth del 23 de abril de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 183. <<

[43] Talleyrand a Whitworth, 2 de mayo de 1803; lord Whitworth a Hawkesbury, 4 de mayo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 218-222. Véase también Talleyrand a Andreossy, 3 de mayo de 1803, AE, «Angleterre», 600. <<

[44] Talleyrand a Andreossy, 3 de mayo de 1803, AE, «Angleterre», 600. <<

[45] Reporte de lord Whitworth del 4 de mayo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 220. <<

[46] Lord Hawkesbury a lord Whitworth, 7 de mayo de 1803, en *ibid.*, 224. <<

[47] Cartas de Alejandro a Bonaparte, Alejandro a Markov y Vorontsov a Markov, todas del 22 de abril de 1803, en *SIRIO*, LXXVII (1891), 100-112; reporte de lord Whitworth del 12 de mayo de 1803, en Browning, O., *op. cit.*, 236. <<

[48] El reporte de lord Whitworth (14 de mayo) y el memorando francés están en Browning, O., *op. cit.*, 242-243. Las instrucciones del embajador francés del 13 de mayo de 1803 lo autorizaban a cerrar un pacto formal en estos términos. *Vid.* la correspondencia entre Talleyrand y Andreossy, 13-20 de mayo de 1803, AE, «Angleterre», 600. <<

[49] La declaración de guerra enumeraba varios factores que llevaban a la decisión británica de reanudar las hostilidades. Primero se quejaba de que Francia se negaba a aceptar un tratado de comercio con Gran Bretaña y a abrir su mercado al comercio británico. Luego protestaba por la continuación de la presencia militar francesa en Holanda, la intervención en Suiza y las anexiones de Piamonte, Parma, Piacenza y Elba. El Gobierno británico afirmaba que, a la vista de las acciones de Francia, no podía cumplir con su obligación de evacuar Malta. Justificaba la decisión observando que algunas provisiones del artículo X no se habían cumplido todavía: no se había elegido un gran maestre y Austria, Rusia y Prusia no habían aportado garantías para la protección de la isla. Además, Gran Bretaña aducía que la propia orden de los caballeros malteses había sufrido cambios profundos que no le permitirían sobrevivir en Malta. De las cinco lenguas que había en 1802, dos (Aragón y Castilla) habían sido abolidas por España, una (Italia) había desaparecido después de la anexión francesa de Piamonte y la propiedad de la cuarta estaba a punto de ser secuestrada por Baviera. El ejecutivo británico acusaba a Francia de estar detrás de estos cambios con la intención de emascular a la orden y de que fuera «incapaz de conservar su independencia». Los cambios, por tanto, constituían una violación del tratado. La declaración de guerra también argüía que, a pesar de haberse comprometido a garantizar la integridad del Imperio otomano, Francia todavía albergaba una actitud hostil hacia los turcos. Por consiguiente, Gran Bretaña no podía «justificar la evacuación de la isla sin recibir alguna otra seguridad». Para terminar, la declaración mencionaba, como ejemplos de las humillaciones francesas a Gran Bretaña, el maltrato de Bonaparte al embajador británico, las exigencias de que los *émigrés* fueran expulsados de Gran Bretaña y la coacción a los periódicos de Hamburgo para que publicaran artículos antibritánicos. «Declaration

of War Against France», 18 de mayo de 1803, en *The Annual Register* [...], 1805, 734-742. <<

[50] Acerca de los detalles, *vid*. Cookson, J. E., 1982. <<

[51] Uglow, J., 2014, 342. Véase también Linch, K., 2001; Fortescue, J. W., 1909, 26-48 y 64-69. <<

[52] Brandt, O., 1916, 210. <<

[53] Los reportes de Duroc se encuentran en AE, «Russie», 140 y 168-215. <<

[54] Clercq, A. de (ed.), 1880-1917, vol. I, 467-468 y 474-475. <<

[55] *VPR*, vol. I, 442-445 y 463-466; Kagan, F. W., 2006a, 60-66. <<

[56] Vorontsov a Markov, 10 de febrero de 1802, en *SIRIO* LXX (1890), 332-333. <<

[57] Según Hawkesbury explicaba en su carta al embajador británico en Viena, la paz con Francia sería de naturaleza intrínsecamente frágil: «[...] no debemos olvidar nunca que tal vez no tengamos otra opción y que podemos vernos reducidos a la necesidad de probar de nuevo suerte en la guerra. Además, incluso si se cierra la paz, el poder de Francia en el continente ha llegado a ser tan formidable que es de capital importancia que subsista un buen entendimiento entre las demás grandes potencias de Europa». Hawkesbury a Minto, 24 de abril de 1801, FO 7/63. <<

[58] Hawkesbury a St. Helens, 30 de abril de 1801, FO 65/48. <<

[59] *Vid*. *The Parliamentary History of England, from the Earliest Period to the Year 1803*, 1820, vol. XXXVI, 18-25. <<

[60] Para los detalles, *vid*. las cartas de Hawkesbury de marzo a junio de 1801 en FO 65/48 y 65/51. En sus instrucciones del 19 de mayo de 1801 a St. Helens, Hawkesbury subrayaba que Rusia debía estar informada de que Gran Bretaña actuaba «no por pla-

nes de ambición y engrandecimiento, sino solo por el deseo de devolver la paz a Europa en unas condiciones que puedan garantizar su duración»; FO 65/48. <<

[61] Alejandro I a Semión Vorontsov, 12 de noviembre de 1801, *Arjiv knyazya Vorontsova* [Archivo Príncipe Vorontsov], 1876, vol. X, 300. <<

[62] *Vid*. el memorando «Du système politique de l'empire de Russie», del 28 de julio de 1801, *VPR*, vol. I, 63-66. <<

[63] Panin a S. Vorontsov, 14 de septiembre de 1801, *Arjiv knyazya Vorontsova* [Archivo Príncipe Vorontsov], vol. XI, 155. Acerca de las cartas británicas, *vid*. FO 65/48. El Gobierno ruso estaba, en efecto, complacido de escuchar de Hawkesbury que, «de las tres potencias, Turquía, Nápoles y Cerdeña, por las que el emperador [ruso] ha [expresado] un interés particular, las dos primeras parecen haberse contemplado adecuadamente en los preliminares». Hawkesbury a St. Helens, 16 de octubre de 1801, FO 65/49. <<

[64] St. Helens a Hawkesbury, 10 de septiembre de 1801, FO 65/49. <<

[65] *Vid*. el texto del tratado en Clercq, A. de (ed.), *op. cit*., vol. I, 583-587. <<

[66] Hawkesbury a Vorontsov, 8 de enero de 1802, FO 65/50. Curiosamente, los británicos continuaron mostrando deferencia hacia la corte rusa, con la que compartían detalles cruciales de sus negociaciones con Francia. <<

[67] En cuanto a los detalles, *vid*. Beeley, H., 1934. <<

[68] *Vid*. las cartas de Hawkesbury del 11 de septiembre de 1802, FO 65/51. <<

[69] Hawkesbury a Warren, 27 de octubre de 1802, FO 65/51. <<

[70] Alejandro I a S. Vorontsov, 20 de enero de 1803, *Arjiv khyazya Vorontsova* [Archivo Príncipe Vorontsov], vol. X, 304-306.

También Alejandro I a S. Vorontsov, 18 de noviembre de 1802, *VPR*, vol. I, 327; Aleksándr Vorontsov a Markov, 5 de enero de 1803, *SIRIO* (1890), vol. LXX, 616. <<

[71] Martens, F. F., 1874-1909, vol. XI, 68. <<

[72] «Traité de paix entre la République française et la Sublime Porte ottomane. Paris, le 6 messidor an X», AN, AE/III/53. <<

[73] «Lord Elgin's Report on Levantine Affairs and Malta, February 28, 1803», *English Historical Review*, vol. 36, n.° 142 (1921), 234-236. <<

[74] Bonaparte a Duroc, 24 de abril de 1801, en *CN*, vol. VII, 134. <<

[75] Vandal, A., 1894-1897, vol. I, 3. <<

[76] Vorontsov a Markov, 5 de enero de 1803, en *SIRIO* LXX (1890), 619. Casi un mes después, Vorontsov explicó de nuevo en relación con Alejandro: «[…] está satisfecho con la suerte que la providencia le ha asignado y no planea ningún agrandamiento en ninguna dirección. Espera que nadie se agrande a costa de Turquía». Vorontsov a Markov, 1 de febrero de 1803, *SIRIO*, LXXVII (1891), 20. <<

[77] Vorontsov a Markov, 5 de enero de 1803, *SIRIO*, LXX (1890), 616. <<

[78] Hawkesbury a St. Helens, 3 de octubre de 1801, FO 65/49. <<

[79] *Vid*. la carta de Kurakin del 13 de agosto de 1802 en Martens, F. F., *op. cit*., vol. XI, 67. <<

[80] Para los detalles, *vid*. los informes de Warren del 10 de diciembre de 1802 al 20 de enero de 1803, FO 65/51. <<

[81] Hawkesbury a lord Whitworth, 9 de febrero de 1803, en Browning, O., *op. cit*., 65-68. <<

[82] Lord Whitworth a Hawkesbury, 14 de febrero de 1803, en *ibid*., 70. <<

[83] A. Vorontsov a Warren, 21 de marzo de 1803; S. Vorontsov a Alejandro I, 25 de marzo de 1803, *VPR*, vol. I, 393 y 399. Véase también A. Vorontsov a Markov, 5 de enero de 1803, *SIRIO*, LXX (1890), 616. <<

[84] Los responsables británicos se quejaban de la naturaleza errática de las promesas rusas. En palabras de lord Malmesbury: «Rusia era entonces lo que siempre había sido desde que había ocupado [...] un lugar entre las grandes potencias de Europa: las engatusa y halaga a todas, pero es seguro que nunca tiene intención de tomar partido activamente por ninguna de ellas. [...] Me temo que aquí confiamos demasiado en Rusia: nos dará consejo, pero no ayuda». Malmesbury, J. H., 1845, vol. IV, 252. <<

[85] Bonaparte a Alejandro I, 11 de marzo de 1803, *SIRIO*, LXXVII (1891), 55; *CN*, n.º 6625, vol. VIII, 236-237. <<

[86] Talleyrand le aseguró al embajador ruso: «Ha bastado que expresarais vuestro deseo para que el Primer Cónsul haya introducido en esta publicación una frase que sirva para tranquilizar a la Puerta otomana ante los malvados rumores que pueden haber llegado hasta ella». Talleyrand a Markov, 21 de febrero de 1803, en *SIRIO*, LXXVII (1891), 42. <<

[87] Markov a Alejandro, 16 de marzo de 1803, en *SIRIO*, LXXVII (1891), 61; Whitworth a Hawkesbury, 4 de mayo de 1803, Browning, O., *op. cit.*, 223. <<

[88] Se supone que lord Hawkesbury hizo su comentario al recibir la oferta. *Vid*. Harcourt, L. V., (ed.), 1860, vol. II, 43 (nota). <<

[89] Malmesbury, J. H., *op. cit.*, vol. IV, 259. De hecho, Addington llegó al extremo de ocultar su existencia en su discurso al Parlamento, donde sostuvo que «si la interposición de Rusia hubiera sido ofrecida, se le habría concedido el respeto debido». Esta afirmación provocó una respuesta acalorada de la embajada rusa, que acusó al primer ministro de engañar a la opinión públi-

ca. *Vid*. el relato de Vorontsov en Harcourt, L. V., (ed.), *op. cit*., vol., II, 43-44. <<

[90] Schom, A., 1997, 307. El historiador francés Pierre Coquelle sostenía que Bonaparte deseaba la guerra para fundar un imperio; Coquelle, P., 1904, 80. <<

[91] Grainger, J. D., 2004, 211. <<

[92] Schroeder, P. W., 1994, 230. «Es difícil no concluir que fue gracias a [Bonaparte] que se perdió cualquier posibilidad de una paz duradera», aduce el historiador británico Charles Esdaile, aunque también matiza que «esto no equivale a decir que Napoleón buscó deliberadamente la ruptura del Tratado de Amiens. En realidad, aunque es posible que pensara que la guerra con Gran Bretaña y las demás potencias era al final inevitable, no deseaba que el respiro que había obtenido en Europa concluyera pasado solo un año». Esdaile, C., 2008, 132-133 y 153. <<

[93] La anglofobia de Bonaparte se manifestaba en muchas vertientes, algunas bastante triviales. Por ejemplo, en septiembre de 1802 se quejó de que el Louvre exhibía al público un tapiz gobelino que mostraba el asedio inglés de Calais en 1346. «Esos temas no deberían estar a la vista del público de París», comentó; Bonaparte, N., 2004-2018, vol. III, 1104-1105. De todos modos, hay que indicar asimismo que en el conjunto de la sociedad francesa también había un fuerte sentimiento antibritánico, en especial entre las clases comerciantes que pugnaban con la competencia del otro lado del canal. No olvidemos que, desde el Comité de Salud Pública, Betrand Barère insistía en que «los jóvenes republicanos franceses deben mamar el odio al inglés en la leche de sus madres». *Vid*. una exposición interesante en Acomb, F., 1950; Sorel, A., 1887-1904, vol. VI. 262-263. <<

[94] La reevaluación más reciente del papel de las «fronteras naturales» en la política exterior francesa la tenemos en Hayworth, J. R., 2019. <<

[95] Stegemann, H., 1924, 464. <<

[96] Kennedy, P., 1976, 97-98 y 106-120. También Kennedy, P., 1987, 148-149. <<

[97] Englund, S., *op. cit.*, 261. <<

[98] Jackson, G., 1872, vol. I, 56. <<

[99] Un historiador galo comenta con sarcasmo: «La justificación británica [para la guerra] fue la preservación del equilibrio de fuerzas europeo, pero esta grave preocupación no se extendía a los mares, puesto que, en su opinión, Dios había creado los océanos para los ingleses». Lefebvre, G., 1969, 179. <<

[100] *Vid*. Kagan, F., 2006b. <<

[101] Vorontsov a Markov, 10 de febrero de 1802, en *SIRIO* LXX (1890), 332-333. También Martens, F. F., *op. cit.*, vol. IX, 67. <<

[102] Henry Dundas sometió su memorando a consideración del Gobierno a finales de marzo de 1800. Dundas señalaba con acierto que el comercio y el poder naval eran «esenciales para el interés y la prosperidad constantes del Imperio británico». Dundas pensaba que una victoria decisiva sobre Francia era inalcanzable y que el ejecutivo debía hacer todo lo posible para obtener nuevos mercados para la industria británica y defenderlos. Si Gran Bretaña no actuaba, Francia aprovecharía sus victorias militares para apoderarse ella misma de los mercados. Para evitarlo, Dundas abogaba por penetrar empleando la fuerza en las colonias españolas, incluso tomando la isla de Tenerife, de Nueva Orleans, de las embocaduras del Orinoco y del río de la Plata y de La Concepción en la costa chilena. En el otoño de 1800, Dundas consiguió la aprobación mayoritaria del gabinete para poner en práctica sus planes para la captura de Cuba y otras posesiones españolas. *Vid*. el memorando de Dundas del 31 de marzo de 1800 en Dundas, H., «Papers of Henry Dundas, First Viscount Melville, 1779-1813». <<

[103] Por ejemplo, Tim Blanning defiende que Francia violó los términos de la Paz de Amiens de 1802 al no evacuar sus tropas de la República Bátava, anexionarse Piamonte, ocupar Parma e intervenir en Suiza. Sin embargo, ninguno de estos hechos representaba un quebrantamiento de los artículos del Tratado de Amiens. De hecho, cumplió con sus obligaciones al celebrar conversaciones para decidir el destino de los prisioneros de guerra (artículo II), al reconocer a la república de las Siete Islas (artículo IX) y al sacar sus tropas de Nápoles y de los Estados Pontificios (según exigía el artículo XI). El resto del tratado trataba de obligaciones de los españoles (artículos IV y VII), los holandeses (artículos V y VI) y, sobre todo, de los británicos (artículos III, VI, VIII, IX, X y XV). Blanning, T., 2007, 654. <<

[104] Debemos mencionar que Gran Bretaña estaba intentando desestabilizar Suiza. En cuanto a los esfuerzos británicos para emplear «asistencia pecuniaria», *vid*. *The New Annual Register, or General Repository of History, Politics, and Literature for the Year 1803*, London, G. and J. obinson, 1804, 238. <<

[105] Bianchi, N., 1879, vol. III, 419-420. Rusia intentó defender los intereses sardos y su enviado en París introdujo este asunto en las conversaciones con Bonaparte. <<

[106] En el artículo XI del tratado, Austria y Francia se comprometían a «garantizar mutuamente la independencia de las repúblicas bátava, helvética, cisalpina y ligur, y el derecho de los pueblos que las habitan a adoptar la forma de gobierno que les plazca». «Traité de paix entre la République française et S.M. l'Empereur, et le corps germanique signé à Lunéville», en Neumann, L. (ed.), 1856, vol. II, 1-6. El tratado fue firmado el 9 de febrero de 1801 y luego ratificado por Austria el 9 de marzo y por Francia el 11 de marzo. <<

[107] Franceschi, M. y Weider, B., 2008, 11. En 1902, Arthur Lévy afirmaba que «en todo su reinado, la única ambición de

Napoleón fue alcanzar una paz justa y duradera que garantizara a Francia el estatus al que tiene derecho». Lévy, A., 1902, 15. <<

[108] Clausewitz, K. von, 2007, 28. <<

[109] Como ha sabido exponer Steven Englund, «Bonaparte no tenía que empujar a Inglaterra a la guerra, pero, en vista de lo que hizo, Inglaterra tuvo que declararla». Englund, S., *op. cit.*, 262. <<

[110] Una carta de Bonaparte del 15 de enero de 1803 a Decaen muestra que preveía que la paz durara todavía, al menos, otro año y medio. Bonaparte, N., 2004-2018, n.º 7425, vol. III, 30. <<

[111] *Morning Post*, 1 de febrero de 1803. <<

[112] Lozère, J. P. de la, 1837, 308. <<

[113] Grainger, J. D., *op. cit.*, 147-148. <<

[114] Uno de ellos, Jean-Gabriel Peltier, fue finalmente juzgado por libelo criminal y declarado culpable en febrero de 1803. El inicio de la guerra, sin embargo, impidió que entrara en prisión. Maspéro-Clerc, H., 1971. <<

[115] Durey, M., 2002, 547-568. <<

[116] Además, la suspensión por Gran Bretaña del *habeas corpus* permitió el arresto e ingreso en prisión de personas «bajo sospecha», sin necesidad de cargos o de juicio. <<

[117] McLynn, F., 2002, 269. <<

[118] Martens, F. F., *op. cit.*, vol. IX, 70. «La verdadera causa de la ruptura –afirma el eminente historiador británico J. Holland Rose– fue una divergencia esencial en la visión de la política en Oriente, en la cual el futuro de la India, Egipto y Malta tenían una relación capital». Sin embargo, Charles Esdaile, uno de los mejores historiadores británicos del periodo napoleónico, piensa que «al final la cuestión principal fue que Napoleón no podía aceptar la idea de que su libertad de acción debía tener unos lí-

mites. Por su lado, Gran Bretaña tampoco tenía otro medio de imponer esos frenos que no fuera la guerra. Al no estar dispuestas ni Francia ni Gran Bretaña a hacer concesiones de calado, no había más que un resultado posible». Harold Deutsch ofrece un contrapunto a este planteamiento: «Gran Bretaña se había dejado engatusar por un trato que luego se demostró incapaz de respetar, ya que la paz que había firmado era la propia negación de cada uno de los principios por los que su tradición la ordenaba luchar hasta el último aliento. No solo se había demolido el equilibrio de fuerzas en el Continente: todos los principios de esta doctrina estaban igualmente tensionados. Además, el gran imperio colonial francés, que se pensaba abolido para siempre por la añorada paz de 1763, parecía a punto de restablecerse». Rose en Ussher, T., 1906, 51 (nota); Esdaile, C. J., *op. cit.*, 153; Deutsch, H. C., *op. cit.*, 96. <<

[119] Talleyrand a Hédouville, 29 de agosto de 1803, AE, «Russie», 142. <<

[120] Bonaparte a Talleyrand (carta con dos anexos), 23 de agosto de 1803, *CN*, vol. VIII, 490-491; lord Grenville al marqués de Buckingham, 22 de marzo de 1803, en Villiers, G., 1855, vol. III, 267. <<

[121] Nota del 9 de octubre de 1802 en Paget, *sir* A., 1896, vol. II, 62-63; Malmesbury, J. H., *op. cit.*, vol. IV, 279. <<

[122] Los reportes del embajador británico lord Whitworth exageraban a menudo los problemas internos franceses, sostenían que «nueve de cada diez personas» se oponían al gobierno de Bonaparte y que a cada año se debilitaba «el Gobierno consular, al no estar apoyado por la confianza ni el afecto» y se reforzaban aquellos cuyo «objetivo e interés eran derrocarlo». *Vid.* su informe del 1 de diciembre de 1802 en Browning, *op. cit.*, 18. <<

[123] Deutsch, H. C., *op. cit.*, 141-144. <<

[124] Schroeder, P. W., *op. cit.*, 243. <<

[125] Acerca de la postura de Alejandro, *vid*. sus instrucciones de septiembre de 1801 en Martens, *op*. *cit*., vol. II, 374-375. <<

[1] Para un debate interesante, *vid*. Baugh, D. A., 1998, 33-58; Black, J. y Woodfine, P. (eds.), 1988. <<

[2] *Morning Post*, 5 de agosto de 1804. <<

[3] Wink, M., 2018, profundiza en la cuestión basándose en fuentes archivísticas holandesas. Mi agradecimiento a Martijn Wink por compartir su trabajo conmigo. <<

[4] Klein, M. A., 2009. <<

[5] Lord, W. F., 1897; Gray, J. M., 2015, 284-286. <<

[6] Napoleón a Decrès, 17 de junio de 1803, en Desbrière, É., 1902, vol. III, 84. <<

[7] *Vid*. *ibid*., vol. III, 107-109, 355-356, 380 y 411. <<

[8] Convención franco-holandesa del 25 de junio de 1803, en Martens, G. F., 1801-1828, vol. VII, 702-706. <<

[9] Convenciones franco-suizas del 27 de septiembre de 1803, en *ibid*., vol. VIII, 132-139. <<

[10] Auriol, C., 1904, vol. I, 352-447. <<

[11] Acerca del papel de Hanover en la política británica en la época de la Revolución, *vid*. Riotte, T., 2005, esp. 61-162. <<

[12] Bonaparte a Federico Guillermo de Prusia, 11 de marzo de 1803, y Bonaparte a Duroc, 12 de marzo de 1803, *CN*, n.º 6629, vol. VIII, 243-246. <<

[13] Para los detalles, *vid*. Simms, B., 1997, 67-148. <<

[14] Martens, F. F., 1874-1909, vol. VI, 310. <<

[15] Federico Guillermo a Bonaparte, 25 de marzo de 1803, Archives du Ministère des Affaires Étrangères, «Prusse», 227. <<

[16] Para los detalles, *vid*. Bailleur, P. (ed.), 1881-1887, vol. II, 95-102; Dwyer, P. G., 1997, 525-528. <<

[17] Talleyrand a Laforest, 17 de mayo de 1803, en Bailleur, P. (ed.), *op*. *cit*., vol. II, 142-145. <<

[18] Para una mejor comprensión de la política exterior rusa, *vid*. Grimsted, P., 1970, 19-92. <<

[19] Un enviado prusiano informó de que la dirección política rusa, incluido el canciller Vorontsov, pensaba que Prusia, al ofrecerse a ocupar Hanover, se había convertido en «la ejecutora de la voluntad de Bonaparte». Ulmann, H., 1899, 61-62. Encontramos observaciones interesantes en Krüger-Löwenstein, U., 1972, 43-63 y 104-125. <<

[20] *Vid*. Haugwitz a Federico Guillermo III, 27 de octubre de 1803, y memorando de Haugwitz del 3 de noviembre de 1803, en Bailleur, P. (ed.), *op. cit*., vol. II, 209-213. <<

[21] Bignon, L. P. E., 1830, vol. III, 128-130; Ward, A. W., 1899, 202-208; Ompteda, F. von, 1862, 126-127. <<

[22] Deutsch, H. C., 1938, 169. <<

[23] «Projet de concert à établir entre sa majesté l'empereur de toutes les Russies et sa majesté le roi de Prusse», *VPR*, vol. I, 442-444 y 463-465. También Alopeus a Haugwitz, 19 de mayo de 1803, *VPR*, vol. I, 434; Vorontsov a Alopeus, 24 de mayo de 1803, en Martens, F. F., *op. cit*., vol. VI, 314. <<

[24] Acerca de los motivos rusos, *vid*. Ulmann, H., *op. cit*., 69; Zawadzki, W. H., 1975. Acerca de las aperturas de Bonaparte, *vid*. Bailleur, P. (ed.), *op. cit*., vol. II, 148-151, y el reporte de Johann von Lombard en relación con sus negociaciones con Bonaparte, 183-189; Deutsch, H. C., *op. cit*., 165-168. <<

[25] MacMillan, M. (ed.), 1902, 132. <<

[26] Haugwitz a Federico Guillermo III y Federico Guillermo III a Haugwitz, 4-9 de junio de 1803, en Bailleur, P. (ed.), *op. cit*., vol. II, 152-154 y 159-161. <<

[27] Acerca de los detalles, *vid*. las cartas de Lucchesini y Talleyrand en noviembre y diciembre de 1803, en *ibid*., vol. II, 215-220 y 223-232. <<

[28] Cobenzl a Colloredo, 6 de julio de 1802, en Deutsch, H. C., *op. cit.*, 58. <<

[29] Artículo II, Tratado anglo-ruso, abril de 1805, en Rose, J. H. (ed.), 1904, 266. <<

[30] Muriel, A., 1894, XXXIV, 82-87. <<

[31] Armstrong a Monroe, 4 de mayo de 1805, citado en Egan, C. L., 1969, 234. <<

[32] Schneid, F. C., 2005, 24. <<

[33] Para los detalles, *vid*. Bermúdez de Castro, S., 1912, esp. 231-232. <<

[34] Cuenca Esteban, J., 1981, 409. <<

[35] *Vid*. Fugier, A., 1930, vol. I, 185-189; Chastenet, J., 1953, 118. <<

[36] Schop Soler, A. M., 1971, 88. <<

[37] *Ibid*., 116-117. <<

[38] También se dio a España la «opción» de declarar la guerra a Gran Bretaña y aportar dos cuerpos de ejército, uno para invadir Portugal y otro para bloquear Gibraltar. <<

[39] Napoleón a Talleyrand, 14-16 de agosto de 1803, en *CN*, n.º 7007-7008, vol. VIII, 458-463. <<

[40] Fugier, A., *op. cit.*, vol. I, 220-222. <<

[41] Bonaparte a Carlos IV, 18 de septiembre de 1803, *CN*, n.º 7113, vol. VIII, 680-681. <<

[42] Jones, M. W., 2004, 80. <<

[43] Black, F. H., 2005, 47-72. <<

[44] Clercq, A. de (ed.), 1880-1917, vol. II, 83-84. En diciembre, Portugal firmó un acuerdo similar con Francia, por el que pagaba dieciséis millones de francos por su neutralidad y abría los mercados portugueses al comercio francés. <<

[45] Grandmaison, C.-A. G. de, 1908, vol. I, 1-5; Fugier, A., *op. cit.*, vol. I, 186-197, 204-247 y 294-313. <<

[46] *Vid.* Desbrière, É., *op. cit.*, vol. I para los preparativos de 1794-1797 y vol. II para los de 1798-1801. <<

[47] *Vid.* las instrucciones y reportes en *ibid.*, vols. III-IV, y en Bonaparte, N., 2004-2018, vols. 4-5. Bastante más de un tercio de la correspondencia de Napoleón de los años 1803 y 1804 está relacionada con la planificación de la invasión de Gran Bretaña. Véase también Wheeler, H. F. B., 1908, vol. 2. <<

[48] *Vid.* los documentos en SHD, MV BB1, 26. <<

[49] Es probable que el mejor estudio de la flotilla nacional siga siendo Blanc, J., 2007. <<

[50] Lloyd, P., 1991, 24-25 y 29-30. <<

[51] Gastos estimados basados en los datos proporcionados por Desbrière, É., *op. cit.*, vol. III, 90-92, 97, 111-112, 149, 152, 174, 350, 358, 384-385, 389, 452, 463 y 538. Los documentos conservados en los archivos franceses también aportan abundantes datos en relación con este punto. En agosto de 1803, un informe para el ministro de Marina mostraba que los precios de las cañoneras y los transportes variaban entre 6000 francos por un caique (pequeña embarcación pesquera) a 140 000 francos por un transporte de fondo plano. *Vid.* los documentos en SHD, MV BB1, 28 y AN, Archives du Consulat et de la Secrétairerie d'État impériale AF/IV/1195, 1203-205. <<

[52] Creveld, M. van, 1985, 65-78, ofrece un buen resumen del sistema del cuartel general y el estado mayor de Napoleón. Acerca de la figura desconocida pero crucial del intendente general Pierre Daru, *vid.* Bergerot, B., 1991. <<

[53] Berthier a Ney, 18 de enero de 1807, en Vachée, J. B. M. E., 1914, 24; Rothenberg, G., 1978, 129. <<

[54] Napoleón estableció seis campamentos a lo largo de la costa del Atlántico. Soult asumió el mando de los campamentos

cercanos a Boulogne, el llamado «camp de Boulogne et de Saint-Omer»; Ney se encargó del «camp de Montreuil», situado cerca de Étaples; Davout estuvo al mando de los campamentos del norte, cerca de Brujas y Ambleteuse. La localización de algunos de estos campamentos merece resaltarse, puesto que permitió a Napoleón obtener recursos de fuera de Francia. Por ejemplo, el campamento de Bayona, al mando del mariscal estuvo situado cerca de la frontera con España y su presencia y la amenaza que implicaba para España movió a la corte española a comprar su neutralidad mediante un oneroso subsidio. Desbrière, É., *op. cit.*, vol. III, 68-77; Lemaire, F., 2010. En cuanto a las amenazas francesas a España, *vid*. Bonaparte a Talleyrand, 14 de agosto de 1803, *CN*, n.º 7007, vol. VIII, 458-461. <<

[55] Coignet, J. R., 1883, 161-162. Acerca de los oficiales y soldados de la Grande Armée, *vid*. Hughes, M. J., 2012; Damamme, J.-C., 1998; Elting, J. R., 1988. <<

[56] «Note pour le Bureau de l'Organization, 8 fructidor an XIII» (26 de agosto de 1805), en Alombert-Goget, P. C. y Colin, J. L. A., 1902, vol. I, 330-332; y en la misma obra, «Composition of the Grande Armée as of 30 September 1805», vol. II, 158-168. <<

[57] Napoleón a Eugenio de Beauharnais, 7 de junio de 1809, en *CN*, n.º 15310, vol. XIX, 81. <<

[58] «La guerra es la región de la incertidumbre: tres cuartos de las cosas sobre las que debe calcularse la acción en la guerra están ocultas, en mayor o menor grado, entre las nubes de la mayor incertidumbre. Aquí, pues, se necesita sobre todo una mente aguda y penetrante, capaz de descubrir la verdad al tantearla con su discernimiento». Clausewitz, K. von., 1908, vol. I, 48-49. <<

[59] Chandler, D., 1966, 185. <<

[60] Acerca de las repercusiones a largo plazo de este temor de la opinión pública británica, *vid*. Darian-Smith, E., 1999, 71-93.

<<

[61] Citado en Graves, D. E., 2010, 51. <<

[1] *Vid*. Cadoudal, L. G. de, 1887, 292-317; Lenotre, G., 1929; Huchet, P., 1998; Chiappe, J. F. G., 1971; Varende, J. de La, 1952. <<

[2] Savary, A. J. M. R., 1828, vol. I, 287. Acerca de la participación de Bernadotte en estas intrigas, *vid*. Barton, D. P., 1921, 47-65. <<

[3] Staël, A.-L.-G. de, 1821, 68-69. <<

[4] Hall, J. R., 1915, 349-351. Acerca de las intrigas anteriores de Pichegru, *vid*. Caudrillier, G., 1908. <<

[5] Montgomery, F., 1988; Picard, E., 1905, 352-405. Véase también Savinel, P., 1986; Moreau, S., 2005. <<

[6] Bertaud, J.-P., 1972; Welschinger, H., 1888. El duque había estado al mando de tropas realistas durante las guerras de la Revolución y había jurado oponerse al Gobierno revolucionario. <<

[7] Welschinger, H., 1913; Davy-Rousseau, A., 1984, 2-15; Godechot, J. L., 1981, 376-381. <<

[8] Miot de Mélito, A. F., 1881, 311. <<

[9] *Ibid*., 310. <<

[10] *Ibid*., 312-314; Cronin, V., 1972, 244. <<

[11] «Récit de Le Couteulx de Canteleu», en Enghien, duc de, 1908, vol. II, 443. <<

[12] Welschinger, H., 1890, 1-19 y 73-94. <<

[13] Cita extraída de Deutsch, H. C., 1938, 193. <<

[14] Welschinger, H., 1890, 84. <<

[15] Cuando se le dijo que su conducta no se adecuaba a los deseos de su soberano, Markov replicó: «El emperador puede que tenga su opinión, pero los rusos tienen la suya». Talleyrand a Laforest, 4 de octubre de 1803 en Bailleur, P. (ed.), 1881-1887, vol. II, 205. <<

[16] *Vid*. Godechot, J. L., 1986; Pingaud, L., 1894. <<

[17] El ministro de Exteriores ruso apuntó en sus memorias: «El apresamiento del duque de Enghien por un destacamento francés en un país independiente con el que Francia está en paz, y su juicio y ejecución inmediatamente posteriores, produjeron un sentimiento generalizado de estupor e indignación que es difícil de creer para los que no la presenciaron». Czartoryski, A., 1888, vol. II, 14. <<

[18] Driault, E., 1912, 53-64; Deutsch, H. C., *op. cit.*, 200-204. <<

[19] Czartoryski, A., 1888, vol., II, 15; Sorel, A., 1887-1904, vol. VI, 361. <<

[20] En relación con los acercamientos rusos a Austria, *vid. VPR*, vol. I, 216, 222-223, 236, 246, 251 y 295. Para la parte austriaca, *vid*. Beer, A., 1877, 73-77. <<

[21] La Declaración de Berlín, 24 de mayo de 1804, en Martens, F. F., 1874-1909, vol. VI, 337-345. Para una exposición más amplia, *vid*. Deutsch, H. C., *op. cit.*, 160-171; Schroeder, P. W., 1994, 253-255. <<

[22] Miot de Mélito, A. F., *op. cit.*, 248; reporte de Lucchesini del 20 de julio de 1802, en Bailleur, P. (ed.), *op. cit.*, vol. II, 106; informe de Markov del 5 de junio de 1802, en *SIRIO* (1890), vol. LXX, 427. <<

[23] José Bonaparte defendía el siguiente argumento en una de sus cartas: «La conspiración de Georges y Moreau decidió la declaración de un título hereditario. Mientras Napoleón fuera Cónsul transitorio, un golpe de mano podía derrocarlo; como cónsul vitalicio, habría hecho falta el golpe de un asesino. Asumió el puesto hereditario como un escudo. Ya no bastaría con matarlo; habría que derribar a todo el Estado. La verdad es que la naturaleza de las cosas tendía hacia el principio hereditario; era una cuestión de necesidad». Cita tomada de Méneval, C.-F., 1893, vol. I, 330. <<

[24] Welschinger, H., 1905, 15. <<

[25] *Constitution de l'an XII: senatus-consulte du 28 floréal an XII conférant le titre d'empereur héréditaire des Français à Napoléon Bonaparte*, AN, AE/II/1512. Para los detalles, *vid*. Lentz, T., 2002. <<

[26] Lentz, T., 2007, 97. Los resultados muestran que el 60 por ciento de alrededor de 8,9 millones de votantes se había abstenido. <<

[27] Madelin, L., 1967, vol. I, 212. <<

[28] La propia fecha fue un compromiso entre la demanda de Napoleón del 9 de noviembre (el quinto aniversario del golpe del 18 de brumario) y el deseo del papa de que la coronación coincidiera con la Navidad (el 804.° aniversario de la coronación de Carlomagno). Para los detalles, *vid*. Lentz, T. y Barthet, É. *et al*., 2003. <<

[29] Lentz, T., 2007, 27-84; Collins, I., 1979. <<

[30] En julio de 1804, al ver que los austriacos retrasaban el reconocimiento, Napoleón amenazó con pasar a la acción. En julio, el enviado ruso informó de una conversación de Napoleón con sus edecanes en la que amenazó que «si [Austria] continuaba prevaricando, le fijaría un plazo para tomar una decisión, y si ella dejaba pasar ese plazo sin enviarle nuevas cartas de acreditación a su embajador, él cambiaría el semblante de Europa». Oubril a Czartoryski, 6 de julio de 1804, *SIRIO*, LXXVII (1891), 659. <<

[31] Czartoryski a Razumovskii, 19 de junio de 1804, *VPR*, vol. II, 31. <<

[32] Napoleón a Francisco de Austria, Carlos IV de España y Fernando de Nápoles, 1-2 de enero de 1805, en *CN*, vol. X, 98-99 y 101-103. <<

[33] Napoleón a Jorge III, 2 de enero de1805, en *CN*, vol. X, 100-101. <<

[34] Czartoryski, A. J., 1887, vol. I, 388. <<

[35] Deutsch, H. C., *op. cit.*, 257-332; Schroeder, P. W., *op. cit.*, 258-272; Kagan, F. W., 2006, 83-228. <<

[36] Acerca de los detalles, *vid.* la Convención ruso-sueca del 14 de enero de 1905 y la Declaración rusa de garantía de la convención anglo-sueca del 31 de agosto de 1805 en *Originaltraktater med främmande makter (traktater)*, Riksarkivet, SE/RA/25.3/2/42/A-H, SE/RA/25.3/2/43/A-B. También la Convención entre Rusia y el Reino de las Dos Sicilias, 10 de septiembre de 1805, en *VPR*, vol. II, 570-577; Tratado ruso-sueco, 23 de septiembre de 1805, en *VPR*, vol. II, 584-594; artículo I, Convención de San Petersburgo, 11 de abril de 1805, en *VPR*, vol. II, 356. <<

[37] Artículo 2 en Martens, F. F., *op. cit.*, vol. II, 435. <<

[38] Artículo 6 aparte, *ibid.*, vol. II, 443. <<

[39] Kagan, F. W., *op. cit.*, 234; Angeli, M. E. von, 1877, 398-400; Alombert-Goget, P. C. y Colin, J. L. A, 1902, vol. I, 39-69; Chandler, D., 1966, 382-383. <<

[40] Al cernirse la guerra entre Francia y Austria, Napoleón buscó aliados entre los Estados aliados mayores, algunos de los cuales podían tener territorio y autonomía que ganar si se alineaban contra los Habsburgo. Baviera fue la primera en unir su suerte a la de Francia, con la que firmó un tratado de alianza el 23 de septiembre de 1805. La siguieron Baden y Wurtemberg el 1 y el 8 de octubre respectivamente. <<

[41] Krauss, A., 1912, vol. III, 1-6. <<

[42] En los estudios en lengua inglesa se ha dado mucha importancia a la diferencia de doce días entre los calendarios gregoriano y juliano que se usaban, respectivamente, en Austria y Rusia. Sin embargo, la documentación de los archivos, incluyendo la correspondencia original entre los altos mandos rusos y austriacos, no apoya esta tesis. De hecho, las cartas rusas llevaban las fechas escritas según los dos calendarios. <<

[43] Mollien, F. N., 1898, vol. I, 408-409. <<

[44] Miot de Mélito, A. F., *op. cit.*, vol. II, 142-143. <<

[45] Disponemos de una exposición concisa pero perspicaz de la marcha de la Grande Armée hacia el Rin en Huidekoper, F. L., 1907. <<

[46] Arnold, E., 1976, 55-67. Véase también Savant, J., 1957, 123-145; Müller, P., 1896; Douay, A. y Hertault, G., 2002. <<

[47] Dos destacamentos austriacos rompieron el cerco, aunque solo fue para rendirse más tarde: el archiduque Fernando, con 13 000 efectivos de caballería, acabó por capitular en Trochtelfingen, mientras otros 12 000 hombres airados entregaban las armas en Neustadt. <<

[48] En otros lugares, las operaciones menores aliadas también fracasaron. Los británicos y los suecos no habían conseguido gran cosa en Hannover, mientras que el cuerpo expedicionario ruso tuvo que dar media vuelta por una tormenta. En el sur de Italia, los franceses derrotaron a las tropas napolitanas, que, a pesar de contar con apoyo británico, fueron expulsadas del continente y tuvieron que huir a Sicilia. <<

[49] El 2 de octubre, el mayor general Piotr Bagratión, al mando de la vanguardia rusa, informaba: «He efectuado marchas forzadas [los días 27 y 28 de septiembre], la primera marcha transcurrió sin interrupción durante casi veinticuatro horas y la segunda todavía más». Bagratión a Kutúzov, 2 de octubre de 1805, en Karvyalis, A. y Soloveyev, V. (eds.), 1951, 59-60. Kutúzov se quejaba de que solo se concedía descanso a los soldados rusos después de cuatro días de marchas forzadas. En consecuencia, el número de enfermos aumentó enormemente y «los soldados sanos están tan exhaustos que apenas se tienen de pie. Además, por culpa de la humedad del clima, la mayor parte de nuestras tropas ya han gastado sus botas y se ven obligadas a caminar descalzas, y sufren tanto dolor al marchar por carreteras asfaltadas

que tienen que abandonar las filas». Kutúzov a Strauch, 1 de octubre de 1805, en Kutúzov, M. I., 1954, vol. II, 68-69. <<

[50] Murat a Napoleón, 13 de noviembre de 1805, en Murat, J., 1908-1914, vol. IV, 146-148. <<

[51] Disponemos de una exposición excelente de este incidente en Huidekoper, F. L., 1905, 275-93 y 513-530. <<

[52] Napoleón a Murat, 16 de noviembre de 1805, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. V, 856. <<

[53] Convención ruso-prusiana, 3 de noviembre de 1805, *VPR*, vol. II, 613-619. <<

[54] Sin embargo, las relaciones entre los oficiales rusos y austriacos continuaron siendo tensas –los primeros aborrecían a los segundos, que, según ellos, habían perdido todas las batallas de la campaña y ahora querían que los rusos llevaran la mayor carga–. Estos sentimientos se veían reforzados por las acusaciones rusas de que algunos oficiales austriacos trabajaban como espías para los franceses. Kutúzov a Liechtenstein, 24 de noviembre de 1805, Karvyalis, A. y Soloveyev, V. (eds.), *op. cit.*, 199-200. <<

[55] Alejandro comentó más tarde: «Yo era un joven sin experiencia. Kutúzov me dijo que teníamos que actuar de otro modo, pero debió haber insistido más en sus argumentos». Shilder, N., 1897, vol. II, 134. <<

[56] Weyrother era uno de los escasos oficiales austriacos capaces de influir en Alejandro. El príncipe Adam Czartoryski, confidente del emperador ruso, recordó que Weyrother era «un oficial de gran valor y conocimientos militares, pero, igual que el general Mack, confiaba demasiado en sus cálculos, a menudo complicados, y no admitía que pudieran torcerse por la habilidad del enemigo». Czartoryski, A. J., 1887, 102. Vemos una caracterización similar de Weyrother en Rüstow, W., 1859, 325. <<

[57] Duffy, C., 1977, 75. <<

[58] Yermólov, A., 2005, 56. Alekséi Yermólov, uno de los generales rusos más distinguidos de principios del siglo XIX, comandaba una compañía de artillería a caballo de la vanguardia (luego retaguardia) rusa. <<

[59] Shilder, N., *op. cit.*, 135; Mijailovski-Danilevski, A., 1844, 142; Czartoryski, A. J., 1887, 104; Langeron, A.-A., 1998, 31. <<

[60] «Disposición para la ofensiva hacia Menitz y Sokolnitz contra el flanco derecho enemigo el 1 de diciembre de 1805», s.f. (*ca.* 30 de noviembre de 1805), RGVIA, f. 846 op. 16, d. 3117/1, ll. 47. <<

[61] Czartoryski, A. J., 1887, vol. II, 105. <<

[62] Langeron, A.-A., *op. cit.*, 31. El mayor general Stutterheim señaló: «A los aliados les gustaba pensar que [Napoleón] no se arriesgaría a una batalla frente a Brünn. Después [de la acción de Wischau], esta esperanza se convirtió en la opinión mayoritaria en el cuartel general». Stutterheim, K. W. von, 1806, 44. <<

[63] Boletín adicional del 31 de diciembre de 1805, Correspondencia de Olry, *Istoricheskii Vestnik 147* [Heraldo Histórico 147] (1917), 458-459. <<

[64] Dolgorúkov a Alejandro, 25 de noviembre de 1805, en Mijailovski-Danilevski, A., 1844, 144. Al escuchar los altivos comentarios de Dolgorúkov, Napoleón perdió la templanza: «¡Largo de aquí! ¡Váyase y dígale a su emperador que no tengo costumbre de tolerar esta clase de insultos! ¡Desaparezca de inmediato!». Ségur, P. P., 1877, vol. II, 448. Véase también Colin, J. L. A., 1907; Savary, A. J. M. R., *op. cit.*, vol. II, 198-199. <<

[65] Langeron, A.-A., *op. cit.*, 30; Mijailovski-Danilevski, A., 1844, 145. <<

[66] Boletín adicional del 31 de diciembre de 1805, Correspondencia de Olry, en *Istoricheskii Vestnik 147* [Heraldo Histórico 147] (1917), 460-461. <<

[67] Duffy, C., *op. cit.*, 81; Rüstow, *op. cit.*, 356-357. Dojtúrov estaba cerca de Hostieradek y el destacamento de Kienmayer en Augezo. La columna del general Langeron cubría el flanco derecho de Dojtúrov. Przybyszewsky estaba en Pratzen. Kollowrath se detuvo detrás de él y Liechtenstein estaba aún más lejos, detrás de la tercera y cuarta columnas. <<

[68] Despliegue de las tropas, 1 de diciembre de 1805, en Mijailovski-Danilevski, A., 1844, 145-148; Langeron, A.-A., *op. cit.*, 41; Colin, J. L. A., 1907, 291; Lombarès, M. de, 1947, 47. <<

[69] Maistre, J. de, 1995, 61. Información similar en la Correspondencia de Orly, en *Istoricheskii Vestnik 147* [Heraldo Histórico 147] (1917), 433. <<

[70] Malmesbury, J. H., 1845, vol. IV, 339. <<

[71] Cartas del general Dmitri Dojtúrov a su esposa, *Russki arjiv* [Archivo ruso] vol. 12, n.° 1 (1874), 1091-1092. <<

[72] Goodwin, P., 2005; Mackenzie, R., 2004; Lavery, B., 2004. <<

[73] *Vid.* Knight, R., 2005, 502-508; Nicolson, A., 2005. <<

[74] Nelson a Rose, 6 de octubre de 1805, en Nelson, H., 2011, vol. VII, 80; véase también su carta del 9 de octubre de 1805 a Collingwood. <<

[75] Relato del capitán Pierre Servaux en Fraser, E. (ed.), 1906, 214. <<

[76] Acerca de la batalla, *vid.* Schom, A., 1992; Harbron, J., 2004; Terraine, J., 1998; Maine, R. 1957; Fremont-Barnes, G., 1805. <<

[77] Por ejemplo, Christie, I., 1982, 266; Watson, J. S., 1960, 433; Adkins, R., 2005, 277-278; Andress, D., 2012, 124. Véase también Bryant, A., 1945; Parkinson, C. N., 1977. <<

[78] Piers Mackesy se lamentaba: «[…] de la lucha en el mar se ha escrito, en general, que acabó en Trafalgar, antes de que la

guerra hubiera llegado a una cuarta parte de su recorrido». Mackesy, P., 1957, vii. Si se busca una aproximación reciente, *vid*. el excelente estudio de Davey, J., 2015. <<

[79] Broers, M., 2005, 190-192; McKay, C. S., 1995, 445-452. <<

[80] Napoleón a Junot, 7 de febrero de 1806, en *CN*, vol. XII, 18-19. <<

[81] Welschinger, H., 1905, 46-62; Hales, E., 1961, 178-179 y 184-189. Véase también O'Dwyer, M. M., 1985; Nardi, C., 1989. <<

[82] Davis, J. A., 2006, 130-134; Acton, H., 1956, 520-540. <<

[83] Schneid, F. C., 2002, 3-46. <<

[84] *Vid*. Flayhart, W. H., 2004; Mackesy, P., *op. cit*., 78-84. <<

[85] Napoleón a la reina Carolina de Nápoles, 2 de enero de 1805, en *CN*, vol. X, 103-104. <<

[86] Johnston, R. M., 1904, 88-96. <<

[87] Schneid, F. C., *op. cit*., 51. <<

[88] Acerca de los detalles, *vid*. Hopton, R., 2002. <<

[89] *Vid*. Arnold, J. R., abril de 2004. <<

[90] Stuart a Windham, 6 de julio de 1806, cita tomada de Finley, M. C., 1989, 254. <<

[91] Para una aproximación en profundidad, *vid*. Cadet, N., 2015; Finley, M. C., 1994. <<

[92] Ehrman, J., 1996, 822-823. <<

[93] Baviera recibió el margraviato de Burgau; el principado de Eichstadt; el Tirol, Vorarlberg, Hohenems, Königsegg-Rothenfels, Tettnang, Argen y la ciudad de Lindau. Wurtemberg obtuvo las ciudades de Ehingen, Munderkingen, Riedlingen, Mengen y Sulgen, el condado de Hohenberg, el landgraviato de Nellenburg y la prefectura de Altorf. El electorado de Baden, elevado a gran ducado, recibió parte del Brisgau, el Ortenau, la ciu-

dad de Constanza y la encomienda de Mainau. A modo de pequeña compensación, se permitió que Austria se anexionara Salzburgo, Berchtesgaden y los Estados de la Orden Teutónica. <<

[94] *Vid*. Wilson, P. H., 2006. Dieciséis Estados se unieron a la Rheinbund el 12 de julio de 1806: Baviera, Wurtemberg, Aschaffenburg/Regensburg, Baden, Berg, Arenberg, Nassau-Usingen, Nassau-Weilburg, Hohenzollern-Hechingen, Hohenzollern-Sigmaringen, Salm-Salm, Salm-Kyrburg, Isenburg, Leyen, Liechtenstein y Hesse-Darmstadt. El Gran Ducado de Wurzburgo se incorporó el 25 de septiembre y Sajonia el 11 de diciembre. Cuatro días más tarde, la Confederación se volvió a agrandar para acoger a Sajonia-Coburgo, Sajonia-Gotha, Sajonia-Hildburghausen, Sajonia-Meiningen y Sajonia-Weimar-Eisenach. La siguiente gran expansión sucedió en abril de 1807 con la entrada de doce Estados adicionales. <<

[95] Mustafa, S. A., 2011, 94. <<

[96] Para profundizar en el gobierno, la sociedad y la cultura de Prusia, *vid*. Paret, P., 2009. <<

[97] Leggiere, M. V., 2014, 91; Simms, B., 1997, 269-296. <<

[98] El librillo original se reimprimió con ocasión de su centenario, en 1906, y su autoría se ha atribuido a Philipp Christian Gottlieb Yelin (Yelin, P. C. G., 1906). El título del librillo, «Alemania en su humillación más profunda», fue una frase muy recurrente en las páginas de *Mein Kampf* de Adolf Hitler. <<

[99] «El abominable crimen de Braunau ha enervado a todo el mundo –comentó un responsable político austriaco a finales de septiembre–». Un diplomático de Nassau, Hans Christoph von Gagern, fue más severo en su condena: «Llegará el día en que esta afrenta nacional será lavada con sangre –le dijo al ministro de Exteriores francés–. Nunca se olvidará». Friedrich von Gentz a Metternich, 23 de septiembre de 1806, en Stein, F. von, 1913, III, 59-60; Rössler, H., 1958, 108-109. En su estudio más re-

ciente, el historiador francés Michel Kerautret se refería al incidente Palm como un «crimen de estado». *Vid*. Kerautret, M., 2015. <<

[100] Citado en Simms, B., *op. cit*., 279. <<

[101] *Ibid*., 296-300. <<

[102] Schroeder, P. W., *op. cit*., 304. «Es decir, el mero deseo de supervivencia, y o el temor de perder ganancias territoriales, fue lo que motivó la posición de Prusia en 1806», sostiene Brendan Simms. Simms, B., *op. cit*., 298. <<

[103] Marbot, J.-B. A. M., 1903, vol. I, 173. <<

[104] Citado en Hagemann, K., 2015, 34. <<

[105] Showalter, D. E., 2012; O. Jessen, «Eingeschlafen auf den Lorbeeren Friedrichs des Großen?», en Tullner, M., Möbius, S. (eds.), 2007, 110-129. <<

[106] Clausewitz, K. von, 1976, 155. <<

[107] *Vid*. Höpfner, F. E. A. von, 1850, vol. I, caps. 1-7. <<

[108] *Ibid*., vol. I, 265-300; Chandler, D. G., 2007, 39-44. <<

[109] *Vid*. Fesser, G., 2006; Bauer, G. y Lutz, K.-H., 2009. <<

[110] Los prusianos sufrieron alrededor de 10 000 muertos y heridos en Jena, junto con 15 000 prisioneros, 34 banderas y 120 cañones, ante unas pérdidas de Napoleón de unos 5000 hombres. En Auerstädt las bajas prusianas llegaron a 10 000 entre muertos y heridos, 3000 prisioneros y 115 cañones, mientras que los franceses tuvieron 7000 muertos y heridos, un 25 por ciento de la fuerza total de Davout. Para profundizar en la campaña, *vid*. Chandler, D., 1966, 452-506; Lettow-Vorbeck, O. von, 1896; Maude, F. N., 1909; Petre, F. L., 1907; Foucart, P. J., 1887; Bonnal, H., 1904. <<

[111] Para conocer el debate actual de la historiografía alemana acerca de las capitulaciones de las fortalezas y su repercusión, *vid*. Tullner, M. y Möbius, S. (eds.), *op. cit*. Los artículos más no-

tables de este volumen son M. Tullner, «Die preußische Niederlage bei Jena und Auerstedt (Hassenhausen) und die Kapitulation von Magdeburg» (130-139); W. Lübeck, «8. November 1806—die Kapitulation von Magdeburg, die feige Tat des Gouverneurs v. Kleist?» (140-152); y B. Mai, «Die Belagerungen von Magdeburg, Kolberg und Breslau 1806/07» (153-172). <<

[112] Petre, F. L., 1907, 236-255. <<

[113] Leggiere, M. V., *op. cit.*, 108-112. <<

[114] Showalter, D. E., 1994, 308-333. <<

[115] Napoleón tomó entonces la espada del gran rey prusiano como trofeo personal. <<

[116] Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 47-53. <<

[117] Bennigsen estaba al mando de unos 70 000 soldados con 276 cañones. Buxhöwden tenía 55 000 hombres con 216 cañones. Además, el cuerpo de 37 000 hombres con 132 cañones del general Essen venía marchando desde el Dniéster. Listado de unidades de los cuerpos de Bennigsen, Buxhöwden y Essen, Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 63 n., 69 n. Véanse también las revistas del Ejército en RGVIA, f. 846, op. 16, d. 3164, ll. 25-33. <<

[118] Alejandro a Tolstói, s. f., en Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 72-73. El general Mijaíl Kutúzov, uno de los pocos comandantes rusos competentes, cayó en desgracia después de la derrota de Austerlitz. <<

[119] Coignet, J.-R., 1890, 138. Para la perspectiva rusa, *vid.* Mikaberidze, A. (ed.), 2015, 27-108. <<

[120] Para un debate acerca de las operaciones a finales de 1806, *vid.* Höpfner, F. E. A. von, *op. cit.*, vol. III, 1-157; Dumas, M., 1826, vol. XVII, 99-205; Landmann, K. R. von, 1909, 300-327; Plotho, C. von, 1811, 1-43; Petre, F. L., 1901, 59-118. <<

[121] Su nombramiento fue un gran error. Kamenski tenía 69 años y llevaba una década sin haber ejercido el mando de un

ejército. Su salud era ya tan mala que, al llegar a Vilna a finales de noviembre, se quejaba: «He perdido casi completamente la visión. No soy capaz de encontrar los lugares en el mapa y tengo que pedir a otros que lo hagan. Sufro de [atroces] dolores en los ojos y la cabeza y no puedo montar a caballo. […] Firmo [las órdenes] sin saber lo que prescriben». Kamenski a Alejandro, 22 de diciembre de 1807, en Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 76. <<

[122] Höpfner, F. E. A. von, *op. cit.*, vol. III, 193-194; Grenier, E., 1911, 51-53; Lettow-Vorbeck, O. von, *op. cit.*, vol. IV, 31-49; Goltz, C. von der, 1913, 197-203. <<

[123] Davydov, D., 1989. <<

[124] Jomini, A., 1827, vol. II, 355. <<

[125] *Vid.* Arnold, J. R. y Reinertsen, R. R., 2007. <<

[126] Acerca de la batalla de Eylau, *vid.* Chandler, D., 1966, 535-551; Petre, F. L., 1901, 158-208; Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 161-217; Höpfner, F. E. A. von, *op. cit.*, vol. III, 201-258. <<

[127] Barrès, J.-B., 1925, 101. <<

[128] «À l'Armee»; Napoleón a Berthier, boletines 60.° y 61.°, 16 a 19 de febrero de 1807, en *CN*, vol. XIV, números 11 816, 11 820, 11 822, 11 827, 11 830 y 11 832, 381-391; Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 233-234; Petre, F. L., 1901, 215-237. <<

[129] Bennigsen, «Memorias», *Rússkaia stariná* 100 [Estrella rusa 100] (diciembre de 1899), 700; Wilson, R., 1810, 128-129; *Ob uchastii gvardii v kampaniu 1807 g.* [Sobre la participación de la guardia en la campaña de 1807], RGVIA, f. 846, op. 16, d. 3163, ll. 1-13. <<

[130] Comentarios de Hardenberg acerca de la reunión de Alejandro con Federico Guillermo III, en *VPR*, vol. III, 546; Landmann, K. R. von, *op. cit.*, 388-389; Bennigsen, «Memorias», *Rússkaia stariná* 100 [Estrella rusa 100] (octubre de 1899), 226-228; 100 (diciembre de 1899), 697-700. <<

[131] En una carta a Alejandro, Bennigsen acusaba al general Sacken de insubordinación y le hacía responsable del fracaso de la maniobra de Guttstadt. Sacken acabó siendo sometido a un tribunal militar y echó la culpa de sus acciones a las órdenes confusas de Bennigsen. Las sesiones del caso Sacken se extendieron durante más de tres años. El tribunal lo halló culpable, pero no le impuso ningún castigo en atención a su distinguida carrera. Bennigsen, «Memorias», *Rússkaia stariná* 101 [Estrella rusa 100] (enero de 1901), 272; Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 298-302; Höpfner, F. E. A. von, *op. cit.*, vol. III, 583. <<

[132] «Relation de la Bataille de Heilsberg le 10 Juin 1807», RGVIA, f. 846, op. 16, d. 3204, ll. 9-10; Mijailovski-Danilevski, A., 1846, 307-308; Höpfner, F. E. A. von, *op. cit.*, vol. III, 602-622; Landmann, K. R. von, *op. cit.*, 412-415. <<

[133] Petre, F. L., 1901, 304-309; Höpfner, F. E. A. von, *op. cit.*, vol. III, 652-653; Plotho, C. von, *op. cit.*, 163. El relato más reciente en lengua inglesa es Arnold, J. R., Reinertsen, R. R., 2011. <<

[134] Parker, H. T., 1983, 17-18. <<

[135] L'Ain, M. G. de, 1895, 180-181 y 224-226. <<

[136] Leveson-Gower a Canning, 17 de junio de 1807, citada en Butterfield, H., 1959, 197-198. <<

[137] Según escuchó por casualidad uno de los contactos del comisionado británico Robert Wilson. Glover, M., 1978, 40. Existe una versión alternativa, en la que las primeras palabras de Alejandro fueron: «Seré vuestro segundo contra Inglaterra». Napoleón a Alejandro, 1 de julio de 1812, en Bonaparte, N., *op. cit.*, vol. XII, 787. Véase también Bignon, L. P. E., 1830, vol. VI, 316; Lefebvre, A., 1847, vol. III, 102. <<

[138] Rusia también accedió a entregar la ciudad portuaria de Cattaro (actual Kotor, Montenegro) y las islas Jónicas a Francia, para reforzar la presencia de Napoleón en el Adriático. <<

[139] Tratado de Tilsit, 7 de julio de 1807, Fondation Napoléon [**https://www.napoleon.org/histoire-des-2-empires/articles/traite-de-tilsit-avec-la-russie-7-juillet-1807**]. <<

[140] Lefebvre, G. 1969b, 249. Otro eminente historiador francés, Jean Tulard, coincide: «La idea del Gran Imperio sucedió, a partir de 1805, a la de la Gran Nación». *Vid*. Tulard, J. (ed.), 1987, 833. <<

[141] Rémusat, C. É., 1879-1880, vol. III, 202-205. <<

[142] «Discours de S. M. L'Empereur et Roi à l'ouverture du Corps Législatif», 16 de agosto de 1807, en *CN*, vol. XV, 498-500. <<

[143] En la propia Francia, Napoleón aumentó todavía más su poder al abolir el Tribunado. Senatus Consultum del 19 de agosto de 1807 [**www.napoleon-series.org/research/government/legislation/c_tribunate.html**]. <<

[144] *Vid*. Koselleck, R., 1972; Olsen, N., 2014, 167-202. <<

[1] Entre las guerras que implicaron a Gran Bretaña y Francia desde 1697 se cuentan la Guerra de Sucesión española (1701-1714), la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748), la Guerra de los Siete Años (1756-1763), la Guerra de la Independencia de Estados Unidos (1775-1783) y las Guerras de la Revolución francesa (1793-1802). Gran Bretaña y Francia fueron aliadas solo en una ocasión, durante la Guerra de la Cuádruple Alianza (1718-1720). <<

[2] Heckscher, E. F., 1922, 18-27, 42-43, 47, 77 y 91; Rose, J. H., 1893. Acerca de la cuestión de las potencias neutrales, *vid*. Phillips, W. A. y Reede, A. H., 1936. <<

[3] En junio de 1793, Gran Bretaña prohibió la entrada de alimentos en Francia, aunque unos pocos meses más tarde anuló esta decisión. <<

[4] Heckscher, E. F., *op. cit*., 81-83. Véase también Melvin, F. E., 1919, cap. 1. <<

[5] La última centuria ha sido testigo de la aparición de varios estudios (en su mayoría trabajos y tesis inéditos) en torno a la naturaleza del Sistema Continental y su efecto en los Estados europeos. La cuestión necesita una reevaluación urgente y el único trabajo que la abarca de forma global sigue siendo *The Continental System: An Economic Interpretation* de Heckscher (Heckscher, E. F., *op. cit*.). Entre las incorporaciones valiosas a la historiografía encontramos a Aaslestad, K. y Joor, J. (eds.), 2014 y Crouzet, F., 2006. Mi exposición del Sistema Continental está basada en lecturas adicionales de Ellis, G. J., 1981; Anton, H. F., 1976; Whitten, M. P., 1964; Crouzet, F., 1958; Daeley, A. J., 1949; Harrison, J. B., 1937; Fritz, L. J., 1937; Tuholski, A. W., 1919. <<

[6] Napoleón a Eugenio Beauharnais, 23 de agosto de 1810, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XXI, 60. <<

[7] Decreto de Berlín, 21 de noviembre de 1806, en *ibid*., vol. XIII, 555. <<

[8] Order-in-Council [decreto del Gobierno] británico, 11 de noviembre de 1807, en *American State Papers* [...], vol. III, 269-270. <<

[9] Decreto de Milán, 17 de diciembre de 1807, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VII, 1361. <<

[10] Los historiadores franceses Marcel Dunan y Roger Dufraisse hace tiempo que sostienen la diferencia entre estos dos conceptos. *Vid*. Dunan, M., 1913 y 1965; Dufraisse, R., 1966 y 1995. <<

[11] Las Cases, E. de, 1823, vol. V, 400. Hay que observar que este pasaje es un añadido posterior al diario. La versión original del manuscrito de Las Cases, que se ha publicado recientemente, no contiene este pasaje. *Vid*. Las Cases, E. de, 2018, 629-630. <<

[12] Napoleón a Eugenio de Beauharnais, 23 de agosto, Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XXI, 60. <<

[13] En palabras de Eli Hecksher, este fue «el proyecto de mercado continental francés», valoración compartida por otro gran estudioso, G. Ellis, que lo describió como «un mercado común de una sola dirección». *Vid*. Chabert, A., 1949. <<

[14] Por ejemplo, en 1810, una nueva tasa disuadía al reino italiano de la importación de lino y gasa y de tejido de algodón o de lana que no proviniera de Francia. Connelly, O., 1965, 48. <<

[15] Napoleón a Luis Napoleón, 15 de diciembre de 1806, en Bonaparte, N., 1897, vol. I, 82. <<

[16] *Vid*. O'Brien, P. K., 1989 y 1990. <<

[17] Napoleón a Luis Napoleón, 3 de abril de 1808, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XVI, 473. Cuando el par escocés Alexander Hamilton, marqués de Douglas y Clydesdale, le ofreció a Jacques Louis David la gigantesca suma de 1000 guineas por un retrato del emperador, Napoleón dio su consentimiento (el célebre *Napoleón en su estudio*), siempre que el pago fuera en metálico. *Vid*. los detalles en Bordes, P., 2005, 113-121. <<

[18] Mitchell, B. R. y Deane, P., 1962, 441-443. <<

[19] *Vid*. Knight, R., 2013. En relación con si Francia podía haber rendido por hambre a Gran Bretaña, *vid*. Galpin, W. F., 1925, 109-122 y 168-201. <<

[20] Heckscher, E. F., *op. cit*., 93. <<

[21] Para una aproximación a fondo, *vid*. Tarle, E., 1913; Zaghi, C., 1986. Una opción más sucinta es Grab, A., 2014 y 1998. <<

[22] Chabert, A., *op. cit*., 368-369; Crouzet, F., 1964, 575-577. <<

[23] *Vid*. Bergeron, L., 2000, caps. 10-11. <<

[24] *Vid*. Nieto-Galan, A., 2001, cap. 3. <<

[25] Bergeron, L., 1981, 159-160, 162-167 y 172-184; Heckscher, E. F., *op. cit*., 286-294; Crouzet, F., 1964, 567-588. El polvo de soda (carbonato de sodio) y el potasio (carbonato de potasio) son productos químicos vitales en las industrias del cristal, textil, del jabón y del papel. En 1791, Nicolas Leblanc patentó un nuevo proceso para producir estas bases a partir de sal marina, pero su éxito personal se vio interrumpido por la Revolución francesa: el Gobierno revolucionario confiscó la planta de Leblanc y publicó su metodología. Napoleón devolvió la planta a Leblanc, pero este no logró superar la competencia de compañías rivales que se aprovecharon de su invento. <<

[26] Cámara de los Lores, Orders of Council, 15 de febrero de 1808, en *The Parliamentary Register*, London, John Stockdale, 1808, vol. I, 365. <<

[27] Tolley, B. H. 1969; Moss, D. J., 1976; McDaniel, A. L., 1992. <<

[28] *The Bank–The Stock Exchange–The Bankers–The Bankers' Clearing House–The Minister and the Public*, 1821), 75. Los bancos del West End surgieron en Westminster, Strand y alrededores

para servir a las élites británicas: los terratenientes, la nobleza y la élite mercantil. *Vid*. Kerridge, E., 1988, 76-84. <<

[29] Ishizu, M., 2013, 144-154. <<

[30] Mitchell, B. R., 1988, 495. Acerca de los esfuerzos británicos en el norte de Europa, *vid*. Ryan, A. N., 1959. <<

[31] Exposición interesante de la cuestión en Knight, R., *op. cit*., 386-416. <<

[32] Dunn-Pattison, R. P., 1909, 60-61. <<

[33] Knight, R., *op. cit*., 403. <<

[34] Ofrecen un debate interesante los ensayos de S. Marzagalli («The Continental System: A View from the Sea«), J. M. Witt («Smuggling and Blockade-Running During the Anglo-Danish War from 1807 to 1814») y M. Rowe («Economic Warfare, Organize Crime and the Collapse of Napoleon's Empire») en Aaslestad, K. y Joor, J. (eds.), *op. cit*., 90-93, 153-169 y 196-199. Véase también Daily, G., 2007 y 2007b. <<

[35] Horn, J., 2006, caps. 5-7, ofrece un interesante panorama del desarrollo industrial francés durante la Revolución. Horn sostiene (de modo bastante provocativo) que la principal razón por la que Francia no adoptó las políticas industriales «liberales» de los británicos no fue porque Napoleón no las comprendiera, sino más bien por el legado de la Revolución, sobre todo el miedo a la revuelta de los trabajadores. Mientras que los industriales británicos podían contar con que el Estado británico mantuviera a los trabajadores en su lugar, los industriales franceses vivían a la sombra del torbellino revolucionario y no podían contar de modo análogo con el Estado francés. <<

[36] Cita tomada de Melvin, F. E., *op. cit*., 48. <<

[37] Crouzet, F., 1964, 571. <<

[38] Melvin, F. E., *op. cit*., 114-117, 120, 124, 128-129, 135-137, 173-178 y 300-307. Para estudiar el tema a fondo, *vid*. Marzagalli, S., 1999 y 2014; Daeley, A. J., *op. cit*. <<

[39] Heckscher, E. F., *op. cit.*, 258 y 272-277. <<

[40] Evrard, F., 1937, 197-226. <<

[41] Labasse, J., 1957, 70-83. <<

[42] *Vid.* Barker, R. J., 1969, 198-213. <<

[43] Para profundizar, *vid.* Crouzet, F., 1962. <<

[44] David Landes señala: «[…] las décadas de 1850 y 1860 fueron los años en los que Europa occidental se puso al nivel de Gran Bretaña. No, sin embargo, en el aspecto cuantitativo, que llegó más tarde y solo en ciertas áreas. Tampoco en aspectos cualitativos, como la escala o la eficiencia productiva de determinadas industrias, ni en el grado de industrialización global de la economía». Landes, D. S., 2003, 41-230 (cita extraída de 228-229). *Vid.* Crouzet, F., 1964, 578 y 585. <<

[45] Schlegel, A. W. von, 1813, 86-87. <<

[1] Livermore, H. V. A., 1966, 213-238; Oliveira Marques, A. H. R., 1972, vol. I, 407-417 y 421-425. <<

[2] Stein, S. J. y Stein, B. H., 1970, 113. <<

[3] Maxwell, K. R., 1973b, 118-121. <<

[4] Ofrece una visión general excelente Maxwell, K. R., 1973. <<

[5] Aunque España y Portugal libraron varias guerras en el siglo XVIII –1737-1737, 1761-1763 y 1776-1777–, estas fueron por posesiones coloniales en Sudamérica. <<

[6] Para más detalles de la relación histórica entre Gran Bretaña y Portugal, *vid*. Francis, D., 1985, 197-202 y 237-243; Chapman, A. B. W., 1907, 174-179; Fisher, H. E. S., 1971. Acerca de la neutralidad portuguesa y la declaración de Lisboa como puerto libre, *vid*. Martens, G. F., 1801-1828, vol. VI, 606-608; vol, VII, 140. Algunos ministros portugueses, sobre todo António de Araújo e Azevedo, trataron de estrechar los lazos con Francia e incluso llegaron con esta a un tratado secreto (en 1797) que obligaba a cerrar los puertos portugueses a los buques británicos. Sin embargo, Londres exigió a Lisboa que renegara del tratado y este no fue ratificado. *Vid*. Martens, F. F., 1874-1909, vol. VII, 201; *Dropmore Papers*, vol. III, 282, 355, 359 y 373. <<

[7] Alexandre, V., 1993, 100-104. <<

[8] Bonaparte, N., 2004-2018, vol. III, 438. <<

[9] Chrisawn, M. S., 2001, 87. <<

[10] *Ibid*., 93. <<

[11] Pereira, A?., 1953, vol. I, 106-107; Alexandre, V., *op. cit*., 129-135. <<

[12] Mouy, C. de, 1894, 144-145; Mackay, C. H., 1995, 89-100. <<

[13] Napoleón al rey Carlos IV, 7 de septiembre de 1807, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VII, 1106. <<

[14] Johnson, K. G., 2016, 440. Encontramos ejemplos de las demandas de Napoleón en sus cartas a Junot, *CN*, vol. XVI, 128-130 y 147-148, 156. El vol. VIII (1808) de la *Correspondance générale*, publicado recientemente, da prueba de cuánto tiempo dedicaba Napoleón a la reconstrucción de la Armada francesa. De las 3021 cartas que contiene el volumen, más de 200 fueron enviadas a Decrès, ministro naval de Napoleón. Contienen detalles técnicos y planes para la expansión de la flota y varias expediciones marítimas. <<

[15] Napoleón a Talleyrand, 19 de julio de 1807, *CN*, vol. XV, 433. Véase también Grasset, A. L., 1914, vol. I, 94-121. <<

[16] Más detalles en cartas de Hauterive a Rayneval del 30 de julio de 1807 y de Rayneval a Talleyrand del 12 de agosto de 1807, AE, «Portugal», 126. <<

[17] *Vid*. Araujo a Rayneval, 21 de agosto de 1807, en AE, «Portugal», 126. <<

[18] Rayneval a Champagny, 2 de octubre de 1807, en *ibid*. <<

[19] Manchester, A. K., 1933, 54. Véase también Livermore, H. V. A., *op. cit*., 248. <<

[20] Oliveira Marques, A. H. R., *op. cit*., vol. I, 425. En opinión de un historiador británico, don Juan se veía «alternativamente dominado por el miedo y la indolencia, un penoso ejemplo de locura sin remedio». Napier, W. F. P., 1828, vol. I, 143. <<

[21] Manchester, A. K., *op. cit*., 58-63. Teffeteller, G., 1990, 203-205. <<

[22] Fugier, A., 1930, vol. II, 347-348. <<

[23] Extracto de la «Official Declaration of the Blockade of the Mouth of the Tagus» [Declaración oficial del bloqueo de la desembocadura del Tajo], citada en Howard, D. D., 1981, 49-50. <<

[24] *Convention secrète et Convention relative à l'occupation du Portugal* [Convención secreta y convención relativa a la ocupación de

Portugal], 27 de octubre de 1807, en *CN*, vol. XVI, 118-121. El tratado disponía que un ejército francés de 25 000 infantes y 3000 jinetes cruzara España hasta Lisboa. Una fuerza española de 8000 efectivos de infantería y 3000 de caballería, bajo mando francés, se uniría a los franceses en Lisboa. Otros 10 000 soldados españoles tomarían Oporto, mientras que alrededor de 6000 ocuparían el Algarve. En caso de ataque de los británicos, Francia tenía derecho a enviar 40 000 efectivos más a Portugal. <<

[25] Etruria estaba gobernada formalmente por Carlos Luis, pero debido a su edad (solo tenía 4 años cuando heredó la corona, en 1803), su madre María Luisa de España actuaba como regente. En agosto de 1807, las tropas francesas invadieron el reino con la excusa de que se había convertido en un centro de contrabando y espionaje. <<

[26] Mackay, C. H., *op. cit.*, 122-127. <<

[27] Después de que las tropas francesas pasaron por Salamanca, hubo casos de pillaje cometidos por los soldados galos y algunos fueron asesinados por campesinos españoles. Thiers, A., 1845-1862, vol. VIII, 329-330. Acerca de los problemas a los que se enfrentaron las tropas francesas, *vid*. Mackay, C. H., *op. cit.*, 138-146. También Buttery, D., 2011, caps. 3-4. Para una perspectiva española en cuanto a la marcha francesa, *vid*. Girón, P. A., 1978. <<

[28] El 12 de noviembre, Napoleón envió a Junot un conjunto de instrucciones para la ocupación de Portugal. Junot debía apoderarse de la flota portuguesa, desarmar al Ejército portugués y enviar a unos 6000 de sus soldados a Francia. Era necesario convencer al príncipe regente de que se trasladara «voluntariamente» a Francia y las tropas francesas debían apresar a los súbditos británicos y confiscar sus propiedades. El general francés debía también «ser un ejemplo de incorruptibilidad absoluta». *CN*, vol. XVI, 156-157. <<

[29] Oliveira Lima, M. de, 1908, vol. I, 45-55. Véanse también las cartas de *sir* Sidney Smith y otros documentos en Barrow, J., 1848, vol. II, 261-269; Oman, C. A., 1902, vol. I, 30. <<

[30] Manchester, A. K., *op. cit.*, 65-68. Acerca de los detalles del embarque, *vid.* O'Neill, T., 1809. <<

[31] Oman, C. A., *op. cit.*, vol. I, 30-31. Se trataba solo de una harapienta vanguardia de unos 1500 soldados (de un total de 25 000) que acababa de completar una marcha forzada para llegar a tiempo a Lisboa. En el áspero terreno de los distritos fronterizos cercanos a Almeida, los franceses sufrieron muchas penalidades por la falta de suministros y las lluvias torrenciales. Un participante francés recordó: «El estado en que estábamos cuando entramos en Lisboa no es de creer. Nuestras ropas habían perdido toda su forma y color [...], [los soldados] agotados, sin lavar, cadavéricos [...] ya sin fuerza para marchar ni al batir del tambor». Thiebault, P. C., 1896, vol. II, 199. <<

[32] Oman, C. A., *op. cit.*, vol. I, 31. <<

[33] Napoleón a Junot, 17-31 de octubre de 1807, en *CN*, vol. XVI, 98-99 y 130; Napoleón a Clarke, 28 de octubre de 1807, en Bonaparte, N., 1897b, 53. <<

[34] Russel of Liverpool, lord, 1964, 168-169; Krajeski, P. C., 2000, 56-58. <<

[35] Fugier, A., *op. cit.*, vol. II, 352-354. <<

[36] Napoleón a Junot, 23 de diciembre de 1807, en *CN*, vol. XVI, 214-216. <<

[37] Lefebvre, G., 1969b, vol. II, 15. <<

[38] Oliveira Marques, A. H. R., *op. cit.*, vol. I, 429. <<

[39] Kuethe, A. J. y Adrien, K. J., 2014, 133-166, 231-233, 271-273, 280-284 y 350-353. <<

[40] Fisher, J. R., 1985, 9-19. <<

[41] Fisher, J. R., 1997, 197-216; Pearce, A. J., 2007, 161-229. En 1799, Carlos IV revocó el decreto de libre comercio, pero los funcionarios coloniales continuaron comerciando con los «neutrales» con la justificación de que esto era esencial para lograr recaudar los fondos necesarios para la defensa de las colonias, así como para asegurar la lealtad de los colonos que se beneficiaban de la relajación de las restricciones al comercio. <<

[42] Lovett, G. H., 1965, vol. I, 1-46. Véase también Eastman, S., 2012, 1-44. <<

[43] Moreda, V. P., 1987, 34. <<

[44] Holland, E. V. F., 1910, vol. II, 85-86 y 123-124. <<

[45] Proclamación de Godoy del 5 de octubre de 1806, en Oman, C. A., *op. cit.*, vol. I, 603. <<

[46] El desdén de Napoleón hacia Godoy era ampliamente conocido. En 1801, cuando Godoy le pidió a Luciano Bonaparte que le enviara un retrato del primer cónsul, Napoleón lo prohibió. «Nunca la enviaré mi retrato a un hombre que tiene a su antecesor en un calabozo [el conde de Aranda, predecesor de Godoy, estaba encarcelado] y que adopta los usos de la Inquisición. Puede que me sirva de él, pero no me merece más que desprecio». Bonaparte, N., 1884, vol. I, 349. Ya en 1805 Napoleón le había dicho a un confidente: «[…] un Borbón en el trono de España supone un vecino peligroso». Jourdan, J.-B.,1899, 9. Véase también Mowat, R. B., 1924, 208-209. <<

[47] Esta exposición está basada principalmente en Fugier, A., *op. cit.*, vol. I, 22-395; vol. II, 85-211; Grandmaison, C. A. G. de, 1908, vol. I, 72-169. <<

[48] «Copia de un real decreto por el que se comunica haber evitado una conjura para destronar a Carlos IV», 31 de octubre de 1807; «Copia de una circular expedida para que todos los pueblos solemnicen acción de gracias por haber evitado una conjura para destronar a Carlos IV», 3 de noviembre de 1807, Ar-

chivo de la Real Chancillería de Valladolid, Cédulas y Pragmáticas, Caja 30.41, 30.42. <<

[49] Grandmaison, C. A. G. de, *op. cit.*, vol. I, 99-114. Para una exposición más detallada, *vid.* Fugier, A., *op. cit.*, vol. II, 216-345. <<

[50] Geyl, P., 1982, 92. Para conocer un informe diplomático francés acerca de la situación en España, incluyendo rasgos de la familia Borbón y de Godoy, *vid.* Tournon a Napoleón, 20 de diciembre de 1807, AN, AF IV 1680. <<

[51] Toreno, conde de, 2008, 4. <<

[52] Morineau, M., 1985, 454. También Marichal, C., 1999, 173; Cuenca Esteban, J., 1981, 381-428. Véase también Stein, B. H. y Stein, S. J., 2009. <<

[53] Herr, R., 1989, 137-138. <<

[54] Francis Baring, jefe de la Barings Company, muy influyente, obtuvo el apoyo del Gobierno británico para el envío de la plata mexicana. Para un estudio detallado, *vid.* Pearce, A. J., 2009, 1324-1352; Jackson, J. A., 1978; Marichal, C., 2007, cap. 5. <<

[55] Bonaparte, N., 1884, vol. II, 352. <<

[56] Paul Schroeder acierta al apuntar que Napoleón emprendió «la aventura española, como muchas otras, por distintas razones –antibritánicas, familiares y dinásticas, económicas, militares y personales–. Es inútil debatir cuál fue la decisiva y errado suponer que una aventura que iba a tener un efecto tan profundo debió de tener también causas igualmente profundas». Schroeder, P. W., 1994, 341. <<

[57] Napoleón a Junot, 17 de octubre de 1807, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VII, 1204. <<

[58] Oman, C. A., *op. cit.*, vol. I, 36-37. <<

[59] Lipscombe, N., 2014, 30-32. <<

[60] Napoleón a Champagny, 9 de marzo de 1808, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VIII, 237. <<

[61] *Vid*. las instrucciones de Napoleón en *CN*, vol. XVI, n.° 13626, 13632, 13652, 13656, 13675 y 13682. Murat, J., 1897, ofrece una perspectiva interesante de Murat en España en 1808. <<

[62] Decretos reales de 16 a 21 de marzo de 1808, en Biblioteca Histórica Municipal (Madrid), C 34363. El 8 de abril de 1808, otro decreto real anunciaba el ávido deseo del monarca español de «consolidar los lazos de amistad y la íntima alianza» entre Francia y España. <<

[63] Barton, S., 2009, 165-166; Mora, J. J. de, 1824, 35-45 y 334-337; Godoy, M., 1841, vol. VI, 1-62. <<

[64] *Vid*. la Proclamación Real del 19 de marzo de 1808, en «Expediente sobre la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII, la confirmación en sus puestos de todos los ministros de los tribunales, y sobre la llegada del nuevo monarca a Madrid», Archivo Histórico Nacional (Madrid), Consejos, 5511, Exp.2. También el Decreto Real del 18-19 de marzo de 1808 en torno a los sucesos de Aranjuez y el arresto de Godoy, en Biblioteca Histórica Municipal, C 34363. <<

[65] Grandmaison, C. A. G. de, *op. cit*., vol. I, 99-114; Fugier, A., *op. cit*., vol. II, 383-393; Herr, R., 1996, 70-71. <<

[66] La correspondencia de Napoleón del año 1808 publicada recientemente contiene numerosas cartas que anunciaban su intención de supervisar las cuestiones españolas en persona, pero el emperador no salió de París y al final le indicó a Murat que las circunstancias lo obligaban a retrasar la partida. Napoleón culpó de esta dilación a la declaración de guerra de Rusia contra Suecia, aunque, en realidad, entonces estaba urdiendo un plan dinástico secreto para derrocar a los Borbones y sustituir a Carlos IV por Luis Bonaparte. El proyecto fracasó por la negativa de Luis a

aceptar la corona. *Vid*. las cartas de Napoleón de 23 a 27 de marzo de 1808, Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VIII, n.º 17 462 y 17 510. <<

[67] Godoy fue rescatado de su cautiverio y trasladado a Francia, donde pasó unos años en el exilio, primero en Fontainebleau, luego en Compiègne y por último en Aix-en-Provence. Después de la caída de Napoleón, Godoy tuvo prohibido regresar a España y vivió muchos años en Italia. Se le permitió volver en 1844, pero se quedó en Francia, donde falleció, en París, en 1851. <<

[68] Schroeder, P. W., *op. cit*., 343. <<

[69] Canga Argüelles, J., 1829, vol. I, 37-39. <<

[70] Tournon a Napoleón, 13 de marzo de 1808. Cita extraída de Martí Gilabert, F., 1972, 106. <<

[71] Savary, A. J. M. R., 1828, vol. III, 358. <<

[72] Pérez de Guzmán, J., 1908, 361-417; en relación con el impacto de la revuelta madrileña, *vid*. 465-540. Acerca del bando francés, *vid*. Murat, J., *op. cit*., 314-345. <<

[73] Luis Bonaparte rechazó la corona española y Jerónimo compartía la misma falta de entusiasmo por la idea. <<

[74] *Vid*. los detalles en Coujou, J.-P., 2014, 29-71; Hamnett, B., 2015, 19-41; Hocquellet, R., 2001, 140-154. <<

[75] En algunas juntas los revolucionarios llevaron la iniciativa y eran mayoritarios. En otras, en cambio, personas notables antes de los levantamientos conservaron sus puestos. Esdaile, C. J., 2000, 17. <<

[76] Ardit Lucas, M., 1977, 139-140; Lovett, G. H., *op. cit*., vol. I, 166. <<

[77] *Vid*. Varela Suanzes-Carpegna, J., 2011. Acerca de las ideas emergentes del nacionalismo español, *vid*. Eastman, S., *op. cit*. <<

[78] A pesar de los esfuerzos de Napoleón, la mayor parte de los notables españoles más prominentes se negó a participar en la asamblea, que al final no llegó ni a un centenar de miembros, en su mayor parte de la nobleza y de la burocracia borbónica. Distaba mucho de parecerse a una auténtica institución nacional. La asamblea fue convocada el 24 de mayo, comenzó sus sesiones el 15 de junio y concluyó su tarea el 7 de julio de 1808. <<

[79] El texto legal está disponible en [**https://es.wikisource.org/wiki/Constituci%C3%B3n_de_Bayona_de_1808**]. <<

[80] Bausset-Roquefort, L. F. J., 1828, 188-189. <<

[81] Lipscombe, N., *op. cit.*, 44-46. <<

[82] Connelly, O., 1968, 99-116. <<

[83] *Vid.* Titeux, E., 1903, vol. 3; Vela, F., 2007; Vedel, D., 1999; Clerc, C., 1903. <<

[84] A su vuelta a Francia, Dupont fue sometido a un consejo de guerra, expulsado de la milicia y encarcelado en Fort de Joux. Otros oficiales al mando también sufrieron el golpe de la ira imperial. Por otro lado, los soldados franceses pasaron seis largos años en cautiverio. Los prisioneros fueron encerrados en buques prisión en Cádiz, donde sufrieron abusos, malnutrición, hacinamiento y una meteorología inclemente. Los últimos años los pasaron en la isla de Cabrera, donde, básicamente abandonados a su suerte por las autoridades españolas, padecieron penurias indescriptibles. Menos de la mitad sobrevivió al cautiverio. Acerca de los documentos relacionados con la investigación que Napoleón ordenó en 1812 para investigar las circunstancias de la rendición francesa, *vid.* S. Howard, «The Bailen Enquiry», en The Napoleon Series [**http://www.napoleonseries.org/military/battles/1808/Peninsula/Bailen/BailenEnquiry/c_bailenEnquiry.html**]. *Vid.* Geisendorf-Des Gouttes, T., 1936; Pellissier, P. y Phelipeau, J., 1979; Smith, De., 2001. <<

[85] Connelly, O., *op. cit.*, 117-118. <<

[86] Creada en septiembre de 1808 en Aranjuez, la Junta Suprema Central y Gubernativa, encabezada por el anciano conde de Floridablanca, primer ministro durante 1776-1792, estaba formada por miembros de todas las juntas provinciales. Empujada a la meridional ciudad portuaria de Cádiz, estuvo en cabeza del Gobierno y la gestión de la guerra durante los dos años siguientes. Esdaile, C. J., 2000, 22. <<

[87] Fryman, M., 1977. <<

[88] Oman, C. A., *op. cit.*, vol. I, 210-212; Weller, J., 1962, 30-31; Lipscombe, N., *op. cit.*, 60-65. <<

[89] Como ejemplo de reacción pública, *vid.* el poema satírico de Lord Byron en *The Gentleman's Magazine*, enero de 1809, 62: «And ever since that martial synod met, Britannia sickens,/Cintra! at thy name». *The Complete Works of Lord Byron*, H. L. Bulwer (ed.), London, A. and W. Galignani, 1841, 74. Para un relato completo de la reacción de la opinión pública británica a la convención, *vid.* Glover, M., 1970. <<

[90] Stockdale, J. J., 1809. En lo relativo a la participación de Wellesley en el tratado, *vid.* Muir, R., 2013, 264-282. <<

[91] *Vid.* Summerfield, S. y Law, S., 2015. <<

[92] Oman, C. A., *op. cit.*, vol. I, 368-375. <<

[93] Davies, D. W., 1974, 63-65; Summerville, C., 2003, 23. <<

[94] Tratado de Tilsit, 7 de julio de 1807, Fondation Napoléon [**https://www.napoleon.org/histoire-des-2-empires/articles/traite-de-tilsit-avec-la-russie-7-juillet-1807**]. <<

[95] Vandal, A., 1894-1897, vol. I, 165-177, 182-187 y 190-203; Puryear, V. J., 1951, 234-235, 248-249. Véanse también en *SIRIO* LXXXIII (1892) y *LXXXIX* (1893) documentos relacionados con la misión del general Anne Jean Marie René Savary a

San Petersburgo en los últimos meses de 1807 y con la embajada del general Tólstoi en París. <<

[96] Ejemplos de la desilusión rusa en *SIRIO* LXXXIX (1893), 194-195, 366-368, 407-411 y 476-479. Véase también Driault, E., 1917, 272-291. <<

[97] Lanfrey, P., 1894, vol. III, 487. <<

[98] Goethe, J. W. von, 1863, 307-309. El rey Maximiliano José de Baviera no fue invitado en un primer momento, como prueba de ciertas tensiones que habían surgido entre el soberano bávaro y Napoleón. Al final, sin embargo, acabó acudiendo a Érfurt. *Vid*. una exposición interesante en Stickler, M., 2008, 266-300. <<

[99] Talleyrand, C.-M. de, 1982, 439. Véase también Metternich, K. W. L., 1881-1883, vol. II, 227. <<

[100] *Vid*. Brünnert, G., 1899. <<

[101] Para profundizar, *vid*. Coigny, A. de, 1902, 193, 209-212 y 239. <<

[102] Para conocer el debate acerca de las intenciones de Talleyrand, *vid*. Dard, É., 1935, 203-217; Lacour-Gayet, G., 1930, vol. II, 238-254; Bordonove, G., 2007; Waresquiel, E., 2006. Hay pruebas suficientes para demostrar que Talleyrand estuvo a sueldo de Austria desde 1809. *Vid*. Dard, É., 1934, 215-229. <<

[103] Cita tal y como la reporta Metternich después de conversar con Talleyrand. Metternich, K. W. L., *op. cit*., vol. II, 248. <<

[104] Caulaincourt, A.-A.-L. de, 1935, vol. I, 540. <<

[105] Tarle, E., 2017, 96. También É. Dard, 1934, 215-229. Después de Érfurt, el Gobierno ruso despachó al joven Karl von Nesselrode, con el cargo oficial de consejero del embajador ruso, a que sirviera de enlace personal entre el emperador Alejandro y Talleyrand. <<

[106] «Posolstvo grafa P.A. Tolstogo v Parizhe v 1807 i 1808 gg» [Embajada del conde P.A. Tólstoi en París en 1807 y 1808], *SIRIO* LXXXIX (1893), esp. 689-694. <<

[107] *Vid*. los artículos 8 a 11, Convención de Érfurt, 12 de octubre de 1808, [**www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_erfurt.html**]. En el artículo 11, Francia y Rusia se comprometían a «preservar la integridad del resto de posesiones del Imperio otomano, no deseando ellas acometer, ni estando dispuestas a soportar por parte de nadie, empresa alguna contra cualquier parte de ese Imperio, a menos que se las informara antes de ello». <<

[108] Igual de decisivas fueron las operaciones francesas en Cataluña, donde pusieron en fuga a los españoles en Cardedeu (el 16 de diciembre) y en Molins de Rei (el 21 de diciembre). Lipscombe, N., *op. cit*., 70-87. <<

[109] Campbell, N., 2004, 50. <<

[110] Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VIII, 489. <<

[111] Proclamación del 7 de diciembre de 1808, en Grandmaison, C. A. G. de, *op. cit*., vol. I, 402. <<

[112] Gill, J. H., 2008, vol. I, 14-15. <<

[113] Napier, W. F. P., *op. cit*., vol. 425-449; Davies, D. W., *op. cit*., 114-153; Lipscombe, N., *op. cit*., 80 y 88. <<

[114] Bausset-Roquefort, L. F. J., *op. cit*., 238. <<

[115] Gonneville, A.-O. Le Harivel de, 1875, vol. I, 189-190; Bausset-Roquefort, L. F. J., *op. cit*., 239. <<

[116] Davies, D. W., *op. cit*., 178-238; Napier, W. F. P., *op. cit*., vol. I, 473-497; Summerville, C., *op. cit*., 131-178 y 180. Una opción más sucinta es Haythornthwaite, P., 2001. <<

[117] Lipscombe, N., *op. cit*., 89-96. <<

[118] Cita extraída de Hibbert, C., 1961, 188. <<

[119] Esdaile, C., 2003, 151-156. <<

[120] Después de una carrera de seis días por el norte de España y la mayor parte de Francia, Napoleón llegó a París en la mañana del 23 de enero. Cinco días más tarde, la furia imperial arreció contra Talleyrand, que fue privado del cargo de gran chambelán. Fouché no sufrió consecuencias, pero recibió instrucciones categóricas de que se ocupara solo de los asuntos relacionados con su ministerio. <<

[121] Oman, C. A., *op. cit.*, vol. II, 90-143; Belmas, J., 1836, vol. II; Rudorff, R., 1974. <<

[122] Miot de Mélito, A. F., 1881, 557. <<

[123] Schroeder, P. W., *op. cit.*, 343. <<

[124] Como ejemplo ilustrativo del enorme esfuerzo que requerían los convoyes, *vid*. Farias, R. (ed.), 1919, 269-287. <<

[125] Díaz Plaja, F., 1954, 74-76. <<

[126] «Instrucción que su Majestad se ha dignado aprobar para el corso terrestre contra los ejércitos franceses», 17 de abril de 1809, Archivo Histórico Nacional (Madrid), Estado, 11, A [**http://pares.mcu.es/GuerraIndependencia/catalog/show/2728028**]. <<

[127] *Vid*. Esdaile, C. J., 2003 y 2004. Una interpretación más tradicional de la guerrilla en Fraser, R., 2008; Tone, J., 1994. <<

[128] Exposición sucinta en Alexander, D., 1975. <<

[129] La Forest, A. R. C. Mathurin de, 1905, vol. IV, 31; vol. IV, 49, 98, 204; vol. V, 209, 304. Napoleón estableció un cuerpo francés especial de gendarmería encargado de prestar protección contra las guerrillas. *Vid*. Oman, C. A., *op. cit.*, vol. III, 203-204; Grandmaison, C. A. G. de, *op. cit.*, vol. III, 251-252. <<

[130] Parquin, D. C., 1903, 254. <<

[131] Muir, R., 2013, 283-298. <<

[132] Entre las numerosas biografías de Wellington especialmente reseñables se encuentra la obra de Rory Muir (Muir, R., 2013, en dos volúmenes) y Muir, R., 2015. También Davies, H., 2014. <<

[133] *Vid*. Field, A., 2006; Chartrand, R., 2013. <<

[134] Horward, D. D., 1993, 46-59; Fletcher, I., 2003; Grehan, J., 2000. Acerca de Beresford y la reorganización del Ejército portugués, *vid*. Vichness, S. E., 1976, 218-381; Newitt, M. y Robson, M., 2004. <<

[135] Toy, B. de, 1995, 361; Horward, D. D., 1989, 105-120; Horward, D. D., 1991, 85-104; Horward, D. D., 1978. Véase también Toy, B. de, 1997, 492-565. Si se busca un volumen dedicado al papel de la Marina durante la guerra en la Península, *vid*. Hall, C., 2004. Análisis en profundidad de la logística británica en Redgrave, T. M. D., 1979. <<

[136] Horward, D. D., 1999, 357-359; Toy, B. de, 1995, 361; Hall, C., *op. cit*., 95. <<

[137] Contraalmirante Martin a lord Keith, 21 de septiembre de 1813, en Hamilton, R. V. (ed.), 1898, vol. II, 409. <<

[138] Alexander, D. W., 1985; Reeves, M. A., 2005, 81-84; Gennequin, P. H., 2011, 44-76. Véase también Tone, J. L., *op. cit*.; Puyo, J.-Y., 2002, 8-15; Lemelin, D. J., 1998. <<

[139] Lipscombe, N., *op. cit*., 148-151; Oman, C. A., *op. cit*., vol. III, 9-66. <<

[140] En los últimos días de enero de 1810, la Junta Suprema Central y Gubernativa se disolvió y entregó el poder a un Consejo de Regencia de cinco hombres que debía actuar en nombre de los todavía cautivos monarcas Borbones. <<

[141] *Vid*. más detalles en Crouzet, F., 1958, vol. I, 284-403; Severn, J., 1981, 46-131; Muir, R., 2013, 319, 327 y 346-347. <<

[142] De todos modos, sigue vigente la pregunta de si en aquel momento los franceses pudieron haber puesto fin a la guerra. Algunos historiadores piensan que sí. «De haber tenido éxito la invasión de Portugal, no habría quedado capacidad de resistencia en Galicia, Cádiz, Valencia o incluso Cataluña y la guerra prácticamente se habría extinguido», según Charles Oman. Su conclusión encuentra eco en las obras de otro gran especialista británico, Charles Esdaile, quien piensa que, si Napoleón hubiera enviado un flujo constante de refuerzos, los franceses «podrían haber aplastado la resistencia en España y marchado entonces contra Portugal con una fuerza tan abrumadora que Wellington no habría podido derrotarlos». Hay que señalar, en todo caso, que los franceses continuaron sufriendo gravísimos problemas logísticos en el áspero paisaje español y que a duras penas lograban mantener el control de algunas áreas. El mariscal Pierre Augereau, que había reemplazado a Saint-Cyr en Cataluña, tuvo que continuar la ardua tarea de luchar con los inquietos y obstinados catalanes, mientras que Suchet se vio detenido en Valencia y tuvo que sufrir nuevas alteraciones en Aragón en 1810. Oman, C. A., *op. cit.*, vol. IX, 458; Esdaile, C. J., 2008, 351. <<

[143] Excelente testimonio de un testigo presencial en Pelet, J. J., 1972. <<

[144] *Vid*. Horward, D. D., 1965; Chartrand, R., 2001. <<

[145] Girod de l'Ain, M., 1900, 343. Para una aproximación en profundidad, *vid*. Grehan, J., *op. cit*. <<

[146] Pelet, J. J., *op. cit.*, 273. <<

[147] Wellington al conde Liverpool, 21 de diciembre de 1810, en Wellington, A., 1834-1839, vol. VII, 54. Véase también Muir, R., 2013, 399-406. <<

[148] Esdaile, C. J., 2003, 328. <<

[149] Grenville a Grey, 1 de noviembre de 1819, *Dropmore Papers*, vol. X, 61-62. <<

[150] Muir, R., 2013, 402-403. <<

[151] Horward, D. D., 1987; Muir, R., 2013, 399-400. <<

[152] *Vid*. Dempsey, G., 2008; Thompson, M. S., 2002. Los franceses perdieron 7000-8000 hombres, alrededor de un tercio del total de su fuerza. <<

[153] Gates, D., 1986, 3433-50. <<

[154] El mejor relato de esta batalla lo encontramos en Muir, R., 2001. Si se busca una opción más concisa, *vid*. Fletcher, I., 2004. <<

[155] Girod de l'Ain, M., *op. cit*., 178. <<

[156] Napier, W. F. P., *op. cit*., vol. III, 130. <<

[157] Gates, D., *op. cit*., 372-373. <<

[158] Debido a la guerra en curso en España, pocos de estos diputados habían sido elegidos directamente. Los diputados de la América española habían sido elegidos por los oligárquicos cabildos. <<

[159] Palacios Bañuelos, L., Ruiz Rodríguez, I. y Bermejo Batanero, F. (eds.), 2013, 117-166; Showers, B. L., 1950. <<

[160] El texto fue redactado por una comisión especial de quince diputados a lo largo de 1811. Después fue debatido por las Cortes y aprobado el 18 de marzo de 1812. <<

[161] *Vid*. Verduin, A. R., 1930. El texto de la Constitución de 1812 puede consultarse en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes [**www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/c1812/12159396448091522976624/index.htm**]. <<

[162] Berry, C. R., 1966, 22-31; Fisher, J. R., 1970, 217-218. <<

[163] Sobrevilla Perea, N., Eastman, S. (eds.), 2015, 264. <<

[164] Acerca de Perú, *vid*. N. Sobrevilla Perea, «Loyalism and Liberalism in Peru, 1810-1824», en *ibid*., 111-132. En torno a la

formación de los líderes políticos, *vid*. Sharman, A. y Roberts, S. G. H. (eds.), 2013. <<

[1] Nipperday, T., 1996, 1. <<

[2] Bergeron, L., 1981, xiv. <<

[3] Nipperday, T., *op. cit.*, 1. <<

[4] Grab, A., 2003, 19. <<

[5] Sheehan, J. J., 1992, 47-59. <<

[6] Napoleón a Jerónimo, 15 de noviembre de 1807, en Bonaparte, N., 2004-2018, vol. VII, 1321. <<

[7] Madelin, L., 1906, 3. <<

[8] *Vid.* Fisher, H., 1903, 173-223 y 312-332; Schmidt, C., 1905. <<

[9] Cronenberg, A., 1989, 712-719; Klang, D. M., 1963; Higby, C. P., 1919. <<

[10] *Vid.* Villepin, D. de, 2001; Franceschi, M. y Weider, B., 2008, 80-81; Dombowsky, D., 2014, sec. 3.12. <<

[11] G. Ellis, «The Continental System Revisited», en Aaslestad, K. B. y Joor, J. (eds.), 2014, 33. <<

[12] Además de los trabajos ya citados en torno al Sistema Continental, *vid.* Branda, P. (ed.), 2016. <<

[13] En su esclarecedor estudio del imperio napoleónico, el historiador británico Michael Broers sugiere distinguir entre el «imperio interior», que contenía los territorios ganados antes de 1807; el «imperio exterior», que se obtuvo en el periodo de 1808 a 1812; y varias «zonas intermedias». En todos estos territorios se vivieron distintos niveles de eficacia del régimen napoleónico. *Vid.* Broers, M., 1996. <<

[14] *Vid.* Kowalczyk, R., 2010; Grossmann, H., 1925. También Senkowska-Gluck, M., 1964, 373-386; Senkowska-Gluck, M., 1968. <<

[15] *Vid.* Fehrenbach, E., 1973 y 1974; Berding, H., 1973; Hull, I., 1996. <<

[16] Hull, I., *op. cit.* <<

[17] Proclama del mariscal Eduard Mortier del 1 de noviembre de 1806, Hessisches Staatsarchiv Marburg [**www.digam.net**]. <<

[18] Mustafa, S. A., 2017, ofrece una excelente visión general. <<

[19] *Vid*. Darquenne, R., 1970. <<

[20] Fisher, H., *op. cit*., 181, 214-215 y 300-301. Véase también Sauzey, J.-C.-A.-F., 1902-1912, t. I. <<

[21] Grab, A., 1995, 28. <<

[22] Citado en *ibid*., 25. <<

[23] Acerca del impacto del reclutamiento forzoso en distintas partes de Europa, *vid*. Woloch, I., 1986; Grab, A., 1995; Forrest, A. 1989; Darquenne, R., *op. cit*. <<

[24] Exposición excelente en Woloch, I., 1986. Véase también Woloch, I., 1995, 380-426. <<

[25] Grab, A., 2001, 169. <<

[26] Exposición excelente en Marion, M., 1925. <<

[27] Napoleón a Eugenio de Beauharnais, 23 de agosto de 1810, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XX, 61. <<

[28] Napoleón a Soult, 14 de julio de 1810, en Chamonal, R. y Teisseèdre, F., 2004, 56-57. También Colson, B., 2015, 245-246. <<

[29] Marion, M., *op. cit*., vol. IV, 318; Grab, A., 2001, 185. <<

[30] Mustafa, S. A., *op. cit*., 79-106. <<

[31] Para los detalles, *vid*. Branda, P. (ed.), 2007; Branda, P., 2005, 258-273. <<

[32] M. Bruguière, «Domaine extraordinaire», en Tulard, J. (ed.), 1987, 608. <<

[33] Todorov, N., 2005. Véase también Berding, H., 1982, 345-358. <<

[34] Davis, J. A., 1993. Véase también Villani, P., 1962. <<

[35] Woolf, S., 1991, 184. También G. Ellis, «The Nature of Napoleonic Imperialism», en Dwyer, P., 2001, 97-117. <<

[36] Napoleón prosigue: «Solo te estimarán en la medida en que te teman, y te temerán solo en el grado en que sean conscientes de que tú conoces su doblez y su naturaleza traicionera». Napoleón a Talleyrand, 7 de octubre de 1797, n.º 2292; Napoleón a Eugenio Beauharnais, 27 de julio de 1805, en *CN*, n.º 9028, vol. III, 369; vol. XI, 48. <<

[37] La región, perteneciente a los Estados Pontificios, está situada en la costa del Adriático, en el área central de la península itálica, y linda con Emilia-Romaña al norte, Toscana al oeste, Umbría al sudoeste y los Abruzos y el Lacio. <<

[38] Para una buena aproximación general a la política religiosa francesa, *vid*. Broers, M., 2002. Acerca de la ocupación francesa de Roma, *vid*. Nicassio, S. V., 2009; Madelin, L., *op. cit*. <<

[39] Esta exposición se basa en Grab, A., 2000, 25-48; Nicassio, S. V., *op. cit*., 151-194; Broers, M., 2005, 123-174; Gregory, D., 2001, 119-132; Connelly, O., 1965, 19-126. <<

[40] Para un buena aproximación al efecto de las guerras en Italia, *vid*. Schneid, F. C., 1995; Coturri, P., 2009; Ilari, V. *et. al*., 2008; Scotti Douglas, V., 2006. <<

[41] Grab, A., 2014, 587-604. <<

[42] Davis, J. A., 2006, 163-208. <<

[43] Rosa, L. de, 1979. <<

[44] José Bonaparte introdujo un reclutamiento obligatorio por lotería en 1807, pero como este sistema no logró proporcionar suficientes reclutas, en 1808 fue reemplazado por cuotas. A menudo, las cuotas se cumplieron con el envío de bandidos apresados y convictos a los depósitos militares. Para más detalles, *vid*. Cortese, N., 1926, 319-321. <<

[45] Exposición en profundidad en Ermice, M. C., 2005. <<

[46] Davis, J. A., 2006, 180. <<

[47] Napoleón a Clarke, 13 de octubre de 1810, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XXI, 216-217; Espitalier, A., 1912, 66-88. <<

[48] El tema se aborda de forma interesante en Gregory, D., 1988, 15-57. El relato más reciente de la pugna franco-británica en el Mediterráneo se encuentra en Glover, G., 2017. <<

[49] Según la tradición siciliana, solo había cuatro supuestos –invasión enemiga, insurrección, cautividad del rey y matrimonio real– en los que la asamblea tenía permitido recaudar nuevos impuestos. <<

[50] Helfert, J. A. von, 1878, 432-434. <<

[51] Browning, O., 1887, 488. <<

[52] Rosselli, J., 1974, 147. Para más detalles, *vid*. Browning, J., *op. cit*., 490-491. <<

[53] Browning, J., *op. cit*., 492-497; Rosselli, J., *op. cit*., 152 y ss. <<

[54] Crawley, C. W., 1940; Rosselli, J., *op. cit*., 157-160. <<

[55] Blaquiere, E., 1813, vol. I, 405. <<

[56] Cita de Paolo Balsamo extraída de Finley, M. I., 1987, 150. <<

[57] Rosselli, J., *op. cit*., 151. <<

[58] Browning, J., *op. cit*., 499-513. <<

[59] Para más información, *vid*. Kehr, E., Schissler, H. y Wehler, H.-U., 1984. <<

[60] Fichte, J., 2008. <<

[61] Sheehan, J. J., 2008, 295-310; Gray, M., 1981. <<

[62] Más detalles en White, C. E., 1989; Schoy, M. <<

[63] *Vid*. Josephson, P., Karlsohn, T. y Östling, J., 2014. <<

[64] Orden del Gobierno, 30 de junio de 1808, cita tomada de Seeley, J. R., 1879, vol. I, 387. <<

[1] Cita tomada de Sheehan, J. J., 2008, 285. <<

[2] Hruby a Stadion, 31 de julio de 1808, en Beer, A., 1877, 352-353. Véase también los memorandos de Stadion de diciembre de 1808 en *ibid*., 516-525; Metternich a Stadion, 24 de septiembre y 30 de octubre de 1808, en Metternich, C. W. L. Fürst von, 1880, vol. II, 283-288. <<

[3] *Vid*. Rothenberg, G. E., 1992; Eysturlid, L. W., 2000. <<

[4] La oposición provino sobre todo del archiduque Carlos y de Gentz. *Vid*. Enno, E. K., 1983, vol. I, 74-75. <<

[5] Metternich a Stadion, 3 de abril de 1809, en Metternich, C. W. L. Fürst von, *op. cit*., vol. II, 347. <<

[6] Contestación de Canning al Gobierno austriaco, 24 de diciembre de 1808, citada en Sherwig, J. M., 1969, 208-209. <<

[7] *Ibid*., 208-209 y 212-213. <<

[8] Muir, R., 1996, 89-90; Hall, C., 1992, 177. <<

[9] Cita extraída de Gill, J. H., 2008, vol. I, 20. <<

[10] *Ibid*., 379-380. <<

[11] Artículo X de la *Convention d'Alliance* firmada en Erfurt el 12 de octubre de 1808, en Martens, F. F., 1874-1909. <<

[12] Rumiántsev a Alejandro, 4 de enero de 1809, *VPR*, vol. IV, 465-466. <<

[13] Kurakin a Alejandro I, 30 de enero de 1809, *VPR*, vol. IV, 468-469. <<

[14] Rumiántsev a Alejandro, 11 de febrero de 1809, *VPR*, vol. IV, 468-469. Parece que las opiniones de Napoleón contagiaron a Alejandro, que encontró «la ceguera de Austria inexplicable. Tal vez esté producida por Inglaterra». Alejandro a Napoleón, 27 de enero de 1809, en Tatishev, S., 1891, 468-469. El ministro de Guerra ruso, Alekséi Arakchéyev, estaba convencido de que Austria estaba siendo «conducida por Inglaterra» hacia la guerra y de que «Rusia se verá atada por el deber cumplir con sus trata-

dos con Francia». Arakchéyev a Prozorovski, 12 de enero de 1809, *VPR*, vol. IV, 461. <<

[15] Schwarzenberg a la princesa Schwarzenberg, 21 de marzo de 1809, en Schwarzenberg, K. P. zu, 1913, 165-167. «En toda Rusia –le confesó un aristócrata de la corte a un informante de la policía– solo hay cinco personas importantes que estén en contra de la actual alianza [con Francia], sabemos perfectamente quiénes son y cada vez que entran en sociedad todo el mundo murmulla: "Este es uno de los cinco". Este dicho es tan conocido que en cuanto uno de los cinco entra en una estancia, todas las conversaciones se detienen de inmediato». Fogel a Balashov, 10 de junio de 1809, *VPR*, vol. V, 69. Véase también Dubrovin, N., 1898, 508; Schwarzenberg a Stadion, 2 de marzo de 1809, en Tatishev, S., *op. cit.*, 465; Waliszewski, K., 1923, vol. I, 283. <<

[16] El agente secreto Fogel informó en la primavera de 1809 de que Bagratión le dijo sin ambages al embajador francés que él nunca comandaría un ejército contra el archiduque Carlos; *VPR*, vol. IV, 66. Acerca de las opiniones de coetáneos, *vid.* «Pisma A. Bulgakova k ego bratu iz Peterburga v Venu 1808-1809» [Cartas de A. Bulgakov a su hermano de San Petersburgo a Viena 1808-1809], *Russki arjiv* 9 [Archivo ruso 9] (1899), 82. <<

[17] El diplomático ruso Aleksándr Butenev, que sirvió a las órdenes de Rumiántsev, comentó en sus memorias que «en opinión de Rumiántsev, solo Napoleón era capaz de embridar los movimientos revolucionarios en Europa, y cuando Napoleon cayó en 1815, [Rumiántsev] predijo el ascenso de esos movimientos». «Vospominania russkogo diplomata A. P. Buteneva» [Memorias del diplomático ruso A.P. Butenev], *Russki arjiv* 3 [Archivo ruso 3] (1881), 58-59. <<

[18] Mijailóvich, N., gran duque, 1905-1908, vol. I, xxvi-xxviii. <<

[19] Federico Guillermo III a Alejandro, Alejandro a Federico Guillermo III, 2-19 de mayo, en Bailleu, P. (ed.), 1900, 184-191. <<

[20] Cook, L. D., 1998, 399-410. <<

[21] *Vid*. las instrucciones de Stadion al teniente Wagner (28 de enero de 1809) y a Wessenberg (20 de febrero de 1809), en Fedorowicz, W., 1911, 67-73 y 95. También Rössler, H., 1966, vol. I, 318-319. <<

[22] Alejandro a Rumiántsev, 14 de febrero de 1809, *VPR*, vol. IV, 493-495. <<

[23] *Ibid*., 494. <<

[24] Schwarzenberg a Franz, 21 de abril de 1809, en Just, G., 1909, 69-70. <<

[25] Angeli, M. E. v., 1896-1898, vol. IV, 33-55. <<

[26] Schneid, F. C., 2002, 59-84; Gill, J. H., *op. cit*., vol. II, 201-245. <<

[27] Cita tomada de Rothenberg, G. E., 1992, 146. <<

[28] Lejeune, L. F., 1897, vol. I, 215-216. <<

[29] Relato definitivo de la acción en Gill, J. H., *op. cit*., vol. I. Véase también Bonnal, H., 1905; Saski, C. G. L., 1899, vol. II, 255-265 y 276-299. <<

[30] Gill, J. H., *op. cit*., vol. I, 223-303; Angeli, M. E. v., *op. cit*., vol. IV, 75-187; Saski, C. G. L., *op. cit*., vol. II, 332-375. <<

[31] Sheehan, J. J., *op. cit*., 287; Criste, O., 1912, vol. III, 79-80. <<

[32] Angeli, M. E. v., *op. cit*., vol. IV, 315-328. <<

[33] Gill, J. H., *op. cit*., vol. II, 129-198; Epstein, R. M., 1994, 104-118. Véase también Petre, F. L., 1909. <<

[34] Angeli, M. E. v., *op. cit*., vol. IV, 335-351. <<

[35] Gill, J. H., *op. cit*., vol. II, 196. <<

[36] Schneid, F. C., *op. cit.*, 85-102; Gill, J. H., *op. cit.*, vol. II, 246-297; Petre, F. L., *op. cit.*, 314-316. <<

[37] El estudio escrito en inglés más reciente acerca de las revueltas de Katte, Dörnberg y Schill es el de Mustafa, S. A., 2008. <<

[38] En último término, Brunswick comprendió que la victoria francesa en Wagram había cambiado las tornas de la guerra y concibió un audaz plan de escape de Sajonia hacia el estuario del río Weser, donde la Marina británica podría rescatarlo. A partir del 20 de julio, los «Brunswickers Negros» del duque, prácticamente acorralados, se abrieron camino hasta el bajo Weser y embarcaron en los buques británicos en Elsfleth; los supervivientes fueron trasladados a España, donde tuvieron un desempeño distinguido a las órdenes del duque de Wellington. Mentzel, F., 1974, 230-239. <<

[39] *Vid*. Junkelman, M., 1985; Paulin, K., 1996. <<

[40] Grab, A., 1995b, 39-70; Leonardi, M., 1980, 435-437. Para un debate más amplio de la dureza del régimen napoleónico en Italia, *vid*. Broers, M., 2005, 123-159. <<

[41] Los trabajos definitivos en torno a la campaña de Wagram son Gill, J. H., *op. cit.*, vol. III; Rothenberg, G. E., 2004. Opciones más concisas son Epstein, R. M., *op. cit.*, 129-170; Castle, I., 1994; Leśniewski, S., 2003; Thiry, J., 1966. <<

[42] Esta naturaleza cambiante de la guerra constituía lo que un historiador describió como «la emergencia de la guerra moderna». Epstein, R. M., *op. cit.*, 171. <<

[43] Análisis en profundidad en Finley, M., 1994, 114-125. <<

[44] Beer, A., *op. cit.*, 335-341; Sherwig, J. M., *op. cit.*, 208-213; Rössler, H., *op. cit.*, 318-319. <<

[45] Aunque puede aducirse también que el secretario de Exteriores, Canning, buscaba lavar su nombre después de los fracasos

británicos en España –es decir, la Convención de Sintra y la huida con éxito de los franceses de Portugal–. <<

[46] Castlereagh ya proyectaba una expedición a Walcheren desde 1797. *Vid*. su carta del 25 de diciembre de 1797 en Stewart, R., 1848-1853, vol. VI, 245-247. <<

[47] Bew, J., 2012, 250. <<

[48] Bond, G. C., 1979, 10-12. <<

[49] *Vid*. los memorandos de Castlereagh, del teniente coronel Gordon y del mayor general Alexander Hope en Stewart, R., *op. cit*., VI, 247-265. <<

[50] Jerdan, W., 1852, vol. I, 115. <<

[51] Acerca de los detalles, *vid*. Enthoven, V., 2009; Gent, T. van, 2001; Fleischman, T., 1973. <<

[52] Bond, G. C., 1979, 90-113. También Howard, M. R., 2012. <<

[53] *Vid*. Bond, G., 1989; McGuffie, T. H., 1947. Napoleón conocía la meteorología insalubre de Walcheren y es seguro que esperaba que los británicos padecieran este motivo. Napoleón a Clarke, 22 de agosto de 1809, Bonaparte, N., 2004-2018, n.º 15 698, vol. XIX, 382-384. <<

[54] Bond, G. C., 1979, 126-132. <<

[55] Acerca de la valoración de Napoleón, *vid*. O'Meara, B. E., 1822, vol. I, 255-256. <<

[56] Bond, G. C., 1979, 142-143. <<

[57] Hunt, G., 2008; Canning, G., 1828, vol. II, 185-191; Phillips, W. A., 1903, 77-79; Bew, J., *op. cit*., 257-267. <<

[58] Vandal, A., 1894-1897, vol. II, 72. <<

[59] Alejandro a Golitsyn, 21 de abril de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 3369, l. 3-4. <<

[60] Champagny a Caulaincourt, 2 de junio de 1809, en Vandal, A., *op. cit*., vol. II, 94. <<

[61] Alejandro a Golitsyn, 18 de mayo de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 3369, l. 11-13b. <<

[62] Diario de operaciones militares del Ejército ruso en Galicia durante 1809, RGVIA, f. VUA, d. 3365; Mijailovski-Danilevski, A., *Opisanie voiny protiv Avstrii v 1809 godu* [Descripción de la guerra contra Austria en 1809], RGVIA, f. VUA, d. 3360. <<

[63] Fernando a Francisco, 6 de junio de 1809, en Pawlowski, B., 1935, 362-363. <<

[64] Cita tomada de Soltyk, R., 1841, 278; Mijailovski-Danilevski, A., *op. cit.*, RGVIA, f. VUA, d. 3360, l. 119b. En una ocasión en la que se lanzó un puente sobre el río, en Radomysl, y era el momento de lanzar una operación conjunta ruso-polaca, el comandante ruso «encontró varios pretextos para retrasar la operación. Era "lunes", según él un día poco halagüeño, un día en que los rusos se abstenían de combatir. Al día siguiente se dio cuenta de que había perdido su Cruz de San Jorge, lo que interpretó como un mal presagio». Soltyk, R., *op. cit.*, 282-283. <<

[65] Archiduque Fernando a Golitsyn y viceversa, del 30 de mayo al 4 de abril de 1809, en Bogdánovich, M., 1869, vol. II, 64; Just, G., *op. cit.*, 79-82. <<

[66] Champagny a Caulaincourt, 2 de junio de 1809, en Vandal, A., *op. cit.*, vol. II, 95. <<

[67] Alejandro a Golitsyn, 29 de mayo de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 3369, l. 15-16b. Los documentos relacionados con el consejo de guerra de Gorchakov también se imprimieron en *Zhurnal imperatorskogo Russkago Voenno-Istoricheskogo Obshestva* 2 [Revista de la Sociedad Histórica Militar Imperial Rusa 2] (1911), 1-10. <<

[68] *Vid.* más detalles en Mikaberidze, A., 2011, 15-18. <<

[69] Napoleón a Federico, 2 de abril de 1811, en *CN*, n.º 17553, vol. XXII, 17. <<

[70] Mijailovski-Danilevski, *op. cit.*, RGVIA, f. VUA, d. 3360, l.118-118b. <<

[71] Golitsyn a Alejandro, 5 de julio y 23 de agosto de 1809, *VPR*, vol. V, 89-90. La carta de Golitsyn incluía su correspondencia con Poniatowski. <<

[72] Para conocer una versión polaca de los sucesos, *vid.* la carta de Poniatowski a Napoleón en Soltyk, R., *op. cit.*, 319-320. Las fuentes rusas niegan que los austriacos entregaran la ciudad intencionadamente a los rusos y señalan, como prueba de que estos tomaron la ciudad por la fuerza, que hubo dos soldados rusos muertos y varios heridos. Bogdánovich, M., *op. cit.*, vol. II, 449. <<

[73] Golitsyn a Alejandro, 17 de julio de 1809, en Bogdánovich, M., *op. cit.*, vol. II, 447-448. La carta de Golitsyn al general Suvórov hablaba de «multitudes tabernarias [polacas] que provocaban rencillas sin sentido». Golitsyn a Suvórov, 22 de agosto de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 3375, l. 6-7b. Los rusos actuaron de modo similar. El general ayudante Gagarin le dijo a Alejandro que en Cracovia había observado a «nuestros oficiales dedicados a un comportamiento que era contrario al espíritu de reciprocidad y cooperación, quejándose por problemas minúsculos y sin importancia». Arakchéyev a Golitsyn, 15 de agosto de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 3371, l. 18-18b. <<

[74] Golitsyn a Poniatowski, 2 de agosto de 1809, en Bogdánovich, M., *op. cit.*, vol. II, 450; Golitsyn a Alejandro, 7 de agosto de 1809, *VPR*, vol. V, 122. «No hay un solo polaco que no sueñe con la restauración de su patria, cosa que es natural, ¿quién no desea que la tierra donde ha nacido esté regida por una única autoridad que fuera reconocida por sus ancestros?». Golitsyn a Alejandro, 16 de junio de 1809, *VPR*, vol. V, 76-77. <<

[75] Al emperador Francisco le preocupaba que Rusia tratara de «tomar posesión de la mayor parte de Galicia sin hacer esfuerzo

alguno». Francisco a Fernando, 23 de junio de 1809, en Pawlowski, B., *op. cit.*, 444. <<

[76] Rumiántsev a Golitsyn, 27 de junio de 1809, *VPR*, vol. V, 85-86. La versión francesa, aunque resumida, se encuentra en Vandal, A., *op. cit.*, vol., II, 547-548. <<

[77] Caulaincourt a Napoleón, 3 de agosto de 1809, en Vandal, A., *op. cit.*, vol. II, 112-113. <<

[78] La carta, escrita por Rumiántsev, se quejaba de que «las fuerzas del Ducado de Varsovia desempeñaban un papel engañoso en Galicia. No se limitaban a actuar como soldados el ejército sajón, sino que también decían que ellos eran los polacos, publicaban proclamas en nombre de su patria, hablaban de la restauración de Polonia e incluso reclutaban soldados [fuera del Ducado de Varsovia] con llamamientos patrióticos. Algunos súbditos del emperador [ruso], que han vivido pacíficamente bajo su autoridad desde la destrucción total del reino polaco, se sintieron conmovidos por aquellas llamadas [...]. El escudo de armas de los antiguos estados polacos ha vuelto a aparecer en las fronteras del imperio [ruso]. ¿Lo hacen para que todo el mundo pueda ver de quién es el territorio? [...] La idea de restaurar el reino polaco está en la cabeza de la gente que vive en el Ducado de Varsovia. No es un anhelo secreto, sino más bien una esperanza que profesan abiertamente». Rumiántsev a Caulauincourt, 27 de julio de 1809, *VPR*, vol. V, 116-117. <<

[79] «Convention non ratifiée par l'Empereur Napoléon I^er^», en *CN*, vol. XX, 148-149. <<

[80] Napoleón le indicó a Champagny, el 6 de febrero de 1810, que redactara la respuesta con su contrapropuesta (*vid. CN*, n.° 16178, XX, 149-150), pero los rusos rechazaron también el borrador francés. Alejandro optó por enviar un nuevo borrador (el 17 de marzo) que, básicamente, exigía lo mismo. <<

[81] Napoleón a Caulaincourt, 1 de julio de 1810, en *CN*, n.º 16181, vol. XX, 158-159. <<

[82] Rumiántsev a Bethmann, 20 de junio de 1809, *VPR*, vol. V, 78-79. <<

[83] Alejandro a Rumiántsev, 16 de agosto de 1809, *VPR*, vol. V, 130-131. <<

[84] Vigel, P., 1864, vol. III, 61-62; Caulaincourt a Napoleón, 2 y 19 de agosto de 1809, en Mijáilovich, N., 1905-1908, vol. IV, 34, 52; Vandal, A., *op. cit.*, vol. II, 112-113. <<

[85] Prozorovski a Golitsyn, 4 de agosto de 1809, en *Russki arjiv* 2 [Archivo ruso 2] (1876), 157-159. Merece indicarse que Prozorovski se refería despectivamente a la dinastía imperial como «la Casa de Holstein» para subrayar su origen alemán, es decir, extranjero. <<

[1] Roberts, M., 1979. Para una visión más amplia de la región del Báltico, *vid*. North, M., 2015, 117-182. <<

[2] Barton, H. A., 1986, 181. <<

[3] *Vid*. Carlsson, S. C. O., 1946; Klinge, M., 2009. <<

[4] Acerca de la importancia de Pomerania para Suecia, *vid*. Olesen, J. E., 2008. <<

[5] El príncipe real de Dinamarca al príncipe Cristián Augusto, 21 de noviembre de 1806, en *Meddelelser fra krigsarkiverne udgine af Generalstaben* [Reportes de los archivos de guerra emitidos por el Estado Mayor], 1885, vol. II, 347-348. <<

[6] Björlin, G., 1882, 100, 144-154, 162-172 y 174-187. <<

[7] Jorgensen, C., 2004, 75-80. <<

[8] Koch, C. G. de y Schoell, F., 1838, vol. III, 45-46. <<

[9] *Ibid*., 47-48. En cualquier caso, como sucedía con otros miembros de la coalición, Suecia se quejaba de que los británicos no enviaban el apoyo militar adecuado con la rapidez necesaria. Jorgensen señala que la «dilación» británica se debía a que Gran Bretaña solo disponía de 16 000 soldados disponibles para servir en el continente y que también estaba limitada en el número de buques disponibles para lanzar una operación de desembarco. Además, «los británicos se negaban [...] a actuar antes de conocer cuáles eran los planes exactos de Gustavo IV y cuántas tropas tendrían que subsidiar». Jorgensen, C., 2004, 80-89. <<

[10] Björlin, G., 1882, 214-226. Acerca del bando francés, *vid*. Saint-Junien, V. de, 2001. <<

[11] El príncipe real de Dinamarca al príncipe Cristián Augusto, 21 de noviembre de 1806, en *Meddelelser fra krigsarkiverne udgine af Generalstaben* [Reportes de los archivos de guerra emitidos por el Estado Mayor], 1885, vol. II, 347-348. <<

[12] Para los informes de los funcionarios y los comandantes de fronteras daneses, *vid*. *ibid*., vol. II, 310 y ss. La respuesta de Mu-

rat del 8 de noviembre está en el vol. II, 325. <<

[13] *Vid*. «Papers Relative to the Expedition to Copenhagen», *Hansard's Parliamentary Debates*, 1812, vol. X, 765-767 y 775-776. También Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., 2014, 30. <<

[14] Canning a lord Granville Leveson Gower, 21 de julio (posdata con fecha del 22 de julio), en Ryan, A. N., 1984, 307-308. <<

[15] *Vid*. *Hansard's Parliamentary Debates*, 1812, vol. X, 13, 18, 30, 59, 68, 69, 72-73, 74-75, 86-87, 92, 94 y 252-266. Algunos de los debates del 1 al 3 de febrero de 1808 están disponibles en [**http://hansard.millbanksystems.com/volumes/1/10**]. <<

[16] Browning, O., 1902, 110; Munch-Petersen, T., 2003, 9-16; Rose, J. H., 1901 y 1906. <<

[17] Munch-Petersen, T., 2002. <<

[18] Excelente aproximación en Albion, R. G., 1927, en especial 20-32. <<

[19] Beer, G. L., 1907, 215-217. También *Remarks on the Probable Conduct of Russia and France* […], 1805, 93-95; Oddy, J. J., 1805. <<

[20] Datos tomados de Oddy, J. J., *op. cit*., 398. <<

[21] En su correspondencia con el almirante James Gambier en septiembre de 1807, Henry Phipps lord Mulgrave –que había sido secretario de Exteriores de William Pitt el Joven en 1805-1806–, se mostraba especialmente preocupado por la ocupación francesa de la isla de Zelanda, que podía permitir a Napoleón cerrar el Báltico. Para Mulgrave, la recuperación de la isla era «una consideración de importancia mayúscula», puesto que garantizaría el acceso de los británicos al Báltico e insertaría una cuña en la alianza franco-rusa. Lord Mulgrave a Gambier, en Chatterton, lady G., 1861, vol. II, 43. <<

[22] En mayo de 1807, lord Pembroke, recién nombrado embajador de Gran Bretaña en Viena, hizo su viaje a bordo de la fra-

gata Astrea, comandada por el capitán Dunbar, pasando por Copenhague. Según su testimonio, allí vio cómo los daneses aprestaban a toda prisa sus buques. El informe de Pembroke se vio reforzado por un relato más detallado de los supuestos preparativos rusos redactado por el capitán Dunbar. «Qué fue lo que lord Pembroke vio realmente sigue siendo un misterio –señalan los historiadores daneses modernos–. El único buque que había sido aprestado era un navío de línea que se preparaba para transportar a una princesa rusa a San Petersburgo». Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., *op. cit.*, 31. Véase también Ryan, A. N., 1953. <<

[23] Kulsrud, C. J., 1938. Para una opinión más crítica, *vid.* Moller, E., 1912. <<

[24] Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., *op. cit.*, 32. <<

[25] Napoleón a Talleyrand, 31 de julio de 1807, en *CN*, vol. XV, 459-460. Volvió a manifestar el mismo deseo dos días después, en una carta a su gobernador de las ciudades hanseáticas: «O Dinamarca declara la guerra a Inglaterra, o yo declaro la guerra a Dinamarca». Napoleón a Bernadotte, 2 de agosto de 1807, en *CN*, vol. XV, 467. <<

[26] Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., *op. cit.*, 30-31. Véase también Barton, H. A., 1986, 277-278. <<

[27] Grainger, J. D., 2014, 167-171; Ryan, A. N., 1953, 51-52. <<

[28] Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., *op. cit.*, 29-31. <<

[29] J. Bernstorff al príncipe regente, 3 de agosto de 1807, en *Historisk Tidsskrift* [Revista Histórica] vol. 6, n.º 1 (1887-1888), 38. <<

[30] *Vid.* Glenthøj, R. y Ottosen, M. N., *op. cit.*, 42-45. <<

[31] Grainger, J. D., *op. cit.*, 173. <<

[32] Paget, *sir* A., 1896, vol. II, 376. <<

[33] Stanislavskaya, A., 1962, 482. <<

[34] Declaración de la ruptura de la paz con Inglaterra, 5 de noviembre de 1807, en *PSZ*, vol. XXIX, 1306-1308. <<

[35] El recuerdo público del ataque británico perduró largo tiempo, ayudado por las cicatrices todavía visibles en Copenhague hasta bien entrada la década de 1830. <<

[36] La presencia militar francesa en el norte de Alemania, obviamente, tuvo un papel crucial para conseguir que al Gobierno danés no le quedara ninguna opción viable distinta de entregar Holstein, Schleswig u otras partes de su territorio. <<

[37] En total, daneses y noruegos apresaron alrededor dos millares de embarcaciones mercantes británicas durante la guerra. Además, entraron en alguna ocasión en batalla (con cierto éxito) con buques de guerra británicos. <<

[38] Derry, T. K., 1979, 204-205. <<

[39] Sveinsson, J. R., 2000, 43. La población total de Islandia pasaba ligeramente de 47 000 personas. Tomasson, R., 1980, 58. <<

[40] Agnarsdottir, A., 1992. <<

[41] Para los detalles, *vid*. Agnarsdottir, A., 2002, 497-512; Agnarsdottir, A., 1998, 221-258. Acerca de Joseph Banks e Islandia, *vid*. Agnarsdottir, A. (ed.), 2016. <<

[42] Phelps, S., 1817, 58. <<

[43] Karlsson, G., 2000, 195-196. <<

[44] Como estudio biográfico, *vid*. Bakewell, S., 2011. <<

[45] Jørgensen, J., 1891, 69-70. <<

[46] Jørgensen pasó dos años en prisión. Una vez libre, tuvo una vida errante de viajes por Europa y Australia. <<

[47] Agnarsdottir, A., 2011, 255-266. <<

[48] Jorgensen, C., 2004, 100-125. <<

[49] Rusia recibió territorios adicionales en Finlandia, entre ellos las ciudades de Friedrichsham, Wilmanstrandt (Lappeen-

rantd) y Neschlodt (Savonlinna). <<

[50] Clason, S., 1913, 102-103. El diplomático en cuestión era Curt Bogislaus Ludvig Kristoffer von Stedingk, embajador de Suecia en Rusia, que había enviado un informe de su conversación con el canciller ruso Nikolái Rumiántsev. Stedingk a Gustavo IV, 5 de diciembre de 1807, en Stedingk, C. B. L. K. von, 1845, vol. II, 398. <<

[51] Clason, S., *op. cit.*, 104. <<

[52] En torno a las negociaciones ruso-suecas, *vid. ibid.*, 104-115; Platen, C. H. von, 1995, 241-244. <<

[53] Robinson, H. C., 1870, vol. I, 167. <<

[54] Declaración de la imposición de un embargo a los buques ingleses, 9 de noviembre de 1807, *PSZ*, vol. XXIX, 1316. En la víspera de la declaración, el Gobierno ruso envió instrucciones secretas a las autoridades portuarias para inmovilizar a los buques británicos, pero la noticia se extendió con rapidez y docenas de barcos británicos pudieron zarpar a toda prisa de los puertos rusos. Solo en Kronstadt y Riga más de 60 embarcaciones británicas, llenas hasta los topes de mercancías, levaron anclas y escaparon. Zlotnikov, M., 1966, 136-137. <<

[55] Los diplomáticos rusos proporcionaron un flujo constante de informes de inteligencia acerca de las instalaciones militares y las fuerzas armadas suecas. *Vid.* Clason, S., *op. cit.*, 124-129. <<

[56] Mijailovski-Danilevski, A., 1841, 7-9; Zajárov, G., 1940, 10; Monteith, general (ed.), 1854, 1-2. Esta última fuente es una traducción al inglés de un estudio del general Paul Suchtelen, que participó en la campaña. <<

[57] Monteith, general (ed.), *op. cit.*, 3-4. Además, el enviado danés a San Petersburgo, Otto von Blome, también le había dicho a Stedingk que Rusia planeaba atacar pronto a Suecia y que Dinamarca estaría obligada a apoyar ese esfuerzo bélico. Esta información era desconocida en Estocolmo: el Gobierno sueco no

se enteró de los compromisos de Dinamarca con Rusia hasta el 7 de marzo de 1808, dos semanas después de que hubiera empezado la invasión rusa de Finlandia, y solo después de que un correo diplomático ruso fuera apresado al norte de Estocolmo y sus documentos confiscados. Mi agradecimiento a Morten Nordhagen Ottosen por señalarme la importancia de esta información. <<

[58] Los suecos pudieron movilizar alrededor de 50 000 hombres, pero solo 19 000 de ellos (14 984 soldados regulares y 4000 de la milicia [*vargering*]) estaban mandados por el general Carl Nathanael Klercker en Finlandia. Una nutrida guarnición de 7000 soldados protegía la fortaleza de Sveaborg, también llamado el Gibraltar del Norte, y la costa del golfo de Finlandia. Hornborg, E., 1955, 24; Björlin, G., 1905, 16. <<

[59] Carr, R., 1945. <<

[60] Gustavo a Klingspor, 5 de febrero de 1808, en Mijailovski-Danilevski, A., *op. cit.*, 16. <<

[61] Clason, S., *op. cit.*, 130-134. Los rusos llegaron a retener los pasaportes del embajador Stedingk durante algún tiempo y luego le cambiaron la ruta varias veces para asegurarse de que no pudiera llegar a tiempo a Suecia para avisar del inminente ataque. <<

[62] «Proclamacion del 28 de febrero», «Mensaje a la población local» y «Mensaje a los soldados finlandeses», 22 a 28 de febrero de 1808, *VPR*, vol, IV, 170, 176. <<

[63] *Generalstabens krigshistoriska afdelning* [...] [Estado Mayor Departamento de Historia de la Guerra], 1890, vol. II, 101-176. <<

[64] El Consejo de Guerra sueco apoyó el plan del mariscal de campo Mauritz Klingspor de permanecer a la defensiva y retirar sus fuerzas a la parte occidental de Finlandia. *Vid. Generalstabens krigshistoriska afdelning* [...] [Estado Mayor Departamento de Historia de la Guerra], 1890, vol. II, 86-97; Hornborg, E., *op.*

cit., 6, 13-14, 20-26, 31-36 y 47-50; Persson, A., 1986, 19-20; Sandström, A., 1994, 16-17; Björlin, G., 1905, 18-24. Véase también Hårdstedt, M., 2006. <<

[65] *Generalstabens krigshistoriska afdelning* [...] [Estado Mayor Departamento de Historia de la Guerra], 1890, vol. II, 159-165; Hornborg, E., *op. cit*., 87-99; Zajárov, G., *op. cit*., 30-33; Mijailovski-Danilevski, A., *op. cit*., 80-91; Nordman, P., 1918, 120-122. <<

[66] Aleksandr Bulgakov a Konstantin Bulgakov, 11 de mayo de 1808, *Russki arjiv* [Archivo ruso] vol. 37, n.º 3, 55; *PSZ*, vol. XXX, n.º 22, 881. <<

[67] Ræder, J. von, 1847, vol. II, 98-102. La declaración de guerra danesa se escribió el 29 de febrero, pero su publicación se retrasó deliberadamente dos semanas porque los daneses confiaban en que la invasión rusa obligaría a Suecia a buscar una salida negociada que les libraría a ellos de luchar. <<

[68] Dinamarca se vio obligada a acceder a grandes concesiones de territorio a resultas del Tratado de Brömsebro de 1645 (las provincias noruegas de Jämtland y Härjedalen y las poblaciones de Idre y Särna, así como las islas danesas de Gotland y Ösel en el Báltico) y del Tratado de Roskilde de 1658 (las provincias danesas de Escania, Blegkinge, Halland y Bornholm, así como las provincias noruegas de Bohuslän [Båhuslen] y Trøndelag). Más detalles en Roberts, M., *op. cit*., 7-8; Frost, R., 2000, 135-141 y 180-182. <<

[69] Acerca de los esfuerzos diplomáticos y militares daneses en la víspera de la guerra, *vid*. Ræder, J. von, *op. cit*., vol. II, 78-105 y 158-166. <<

[70] Ehrenheim a Wetterstedt, 4 de marzo de 1808, en Andersson, G. (ed.), 1865, vol. II, 211. Véase también Carl Gustaf von Brinkman a Essen, 9 de marzo de 1808, en Borelius, H., 1918,

vol. II, 230-231. Carl Gustaf von Brinkman era canciller delegado y embajador de Suecia en Londres. <<

[71] Wetterstedt a Adlerberg, 17 de marzo de 1808, citada en Jorgensen, C., 1999, 144-145. <<

[72] *Vid*. Trulsson, S. G., 1963. <<

[73] Larsen, K., 1950, 366. <<

[74] Tegnér, E., 1887, vol. III, 145-152. <<

[75] Meijer, C. F., 1867, 71-108; Vegesack, E. von, 1840, 102-110. <<

[76] Hornborg, E., *op. cit*., 87-105; Björlin, G. J., 1905, 91-107, 248-260 y 269-273. <<

[77] En torno a la guerra de guerrillas de los finlandeses, *vid*. Persson, A., *op. cit*.; Lappalainen, J. T., 2007. <<

[78] *Vid*. Persson, A., *op. cit*., 125-143 y 145-165. <<

[79] Manifiesto imperial del 17 de junio de 1808 y Decreto imperial del 1 de febrero de 1809, en Kirby, D. G. (ed.), 1975, 12-14. <<

[80] Jutikkala, E. y Pirinen, K., 1962, 147-150, 159-171 y 176-177; Singleton, F. (y A. F. Upton), 2003, 58-60. <<

[81] *Vid*. Kappeler, A., 2001, 60-212 (acerca de Finlandia, 94-98). También Paaskoski, J., 2009, 42-46; Engman, M., 2009. <<

[82] Mulgrave a Saumarez, 20 de febrero de 1808, en Saumarez, J., 1968, 7. El escuadrón estaba formado por los navíos Victory de 100 cañones, Centaur, Superb, Implacable, Brunswick, Mars, Orion, Goliath y Vanguard de 74 cañones, Dictator y Africa de 64 cañones y 5 fragatas. Véase también Voelcker, T., 2008, 34-38. <<

[83] El Almirantazgo a Saumarez, 16 a 22 de abril de 1808, en Saumarez, J., 1968, 11-14. Véase también Castlereagh al Rey, 17 de abril de 1808, en Jorge III, 1963, vol. V, 65-66; Hall, C., 1992, 163-164; Muir, R., 1996, 26. <<

[84] Voelcker, T., *op. cit.*, 38-41. Este problema estuvo causado por el legado sueco en Londres, que dio al Gobierno británico garantías muy superiores a las que le había indicado su ejecutivo. <<

[85] Citado en Davies, D. W., 1974, 35. <<

[86] *Vid.* Jorgensen, C., 2004, 145-152. <<

[87] Voelcker, T., *op. cit.*, 38-42; Hall, C., *op. cit.*, 165. <<

[88] Oman, C., 2004, 369-370. <<

[89] De hecho, ya en abril de 1808 George Canning se mostró interesado en ayudar a la división de La Romana a escapar de Dinamarca. <<

[90] *Vid.* Robertson, J., 1863, 1-83. <<

[91] *Vid.* Boppe, P. L. H., 1986. <<

[92] Dubrovin, N., 1898. <<

[93] Hay que señalar que durante la Guerra Ruso-Persa de 1804-1813 los oficiales británicos que acompañaron la embajada de *sir* John Malcolm en 1809 proporcionaron entrenamiento al Ejército persa, entonces en proceso de reforma. Uno de estos oficiales, William Monteith, comandó más tarde una fuerza fronteriza y la guarnición de Yereván. *Vid.* Capítulo 16. <<

[94] Entre las primeras acciones de la guerra, las autoridades británicas inmovilizaron a los buques rusos entonces en puertos británicos, como, por ejemplo, en Portsmouth, la fragata Speshnoi de 44 cañones, que llevaba la paga del escuadrón del vicealmirante Dmitri Seniavin situado en el Mediterráneo, o, en Simon's Town (Sudáfrica), la corbeta Diana, que, mandada por Vasili Golovin, iba de expedición científica hacia el océano Pacífico. <<

[95] Para los detalles, *vid.* Howard, D. D., 1981; Skritski, N., 2013. <<

[96] Saumarez, J., 1838, vol. II, 98-101. <<

[97] Voelcker, T., *op. cit.*, 55-56. <<

[98] *Times*, 29 de julio de 1809; *London Gazette*, 22 de agosto de 1809, 9 de julio de 1811 y 24 de febrero de 1810. <<

[99] *Vid.* el Tratado de Örebro, 18 de julio de 1812, en *British and Foreign State Papers, 1812-14*, 1841, vol. I, parte. 1, 13-15. <<

[100] Ehrenheim a Adlerberg, 7 de julio de 1808, citada en Jorgensen, C., 2004. <<

[101] *Ibid.*, 140-152. <<

[102] Anthony Merry a Canning, 24 de febrero de 1809, FO 73/54. <<

[103] Grade, A., 1913, 265-279. <<

[104] Björlin, G., 1905, 216-231 y 234-247; Mikaberidze, A., 2003, 458-460. <<

[105] Kiaiviarianen, I. I., 1965, 36-41, 146-153, 172-193 y 211-225. <<

[106] Singleton, F., *op. cit.*, 63-66. <<

[107] Meijer, C. F., *op. cit.*, 124-155. <<

[108] Gustavo degradó a tres regimientos de guardias y encausó a más de un centenar de oficiales por cobardía y deserción durante los fallidos desembarcos en Finlandia en septiembre de 1808. <<

[109] Exposición en profundidad en Carlsson, S. C. O., 1944. <<

[110] *Vid.* Merry a Canning, 12 de marzo de 1809, FO, 73/55. <<

[111] Los suecos convocaron la Riksdag (Dieta del Reino) el 1 de mayo para debatir el futuro político de Suecia. La Riksdag redactó y aprobó una nueva Constitución –vigente hasta 1975– que limitaba el poder de la monarquía y daba más poderes al Cuerpo Legislativo y al Consejo Real. Entonces, el 5 de junio, el duque Karl de Sudermania fue elegido rey como Carlos XIII

(1809-1818). Scott, F. D., 1988, 295-296; Barton, H. A., 2009; Sandström, A., 1994, 127-159; Sandelius, W., 1934. El rey Gustavo Adolfo permaneció detenido nueve meses. Abandonó Suecia en diciembre de 1809, se divorció de su mujer en 1812 y pasó casi treinta años viviendo en completa soledad y con penurias en Suiza, donde murió en 1837. <<

[112] Para una revisión de la historiografía, Sandström, A., 2009. <<

[113] Barton, H. A., 2009c; M. Alm, «Dynasty in the Making: A New King and His "Old" Men in Royal Ceremonies 1810-44», en Alm, M. y Johansson, B.-I. (eds.), 2008), 23-48; Ihalainen, P., Sundin, A., Sennefelt, K. y Winton, P. (eds.), 2011, 169-192. <<

[114] Merry a Canning, 14 de marzo de 1809, FO 73/55. <<

[115] Napoleón a Carlos, 12 de abril de 1809, en Granberg, P. A., 1811, vol. II, 151-152. <<

[116] El enviado británico lo había rechazado, señalando que su Gobierno no estaba interesado en entrometerse en los asuntos internos suecos, en especial si se trataba de devolver al poder al receloso Gustavo. Merry a Canning, 21-25 de abril de 1809, FO 73/55. <<

[117] Mikaberidze, A., *op. cit.*, 467-477; Mijailovski-Danilevski, A., *op. cit.*, 396-408; Ordin, K., 1889, vol. I, 419-420; Algren, H., 1914, 195-199. <<

[118] Algren, H., *op. cit.*, 196-197. Véase también Ordin, K., *op. cit.*, 421. <<

[119] Borodkin, M., 1909, 198; Mijailovski-Danilevski, A., *op.cit.*, 404-408. <<

[120] Carlos a Alejandro I, 18 de marzo de 1809, en Granberg, P. A., *op. cit.*, vol. II, 145-146. Carlos también escribió al monarca danés y a Napoleón (vol. II, 147-148). <<

[121] Ordin, K., *op. cit.*, 426. Uno de los participantes, el general Paul Suchtelen, comentó: «Knorring estaba alarmado por la seguridad de su ejército: era un general con talento y experiencia, pero adolecía de espíritu de aventura, y sin él no es posible el éxito completo en la guerra. Tenía tendencia a dar tanta importancia a los riesgos en sus cálculos que le daba miedo dejar cualquier cosa en manos de la suerte. Por consiguiente, abandonó esta gloriosa empresa con demasiada facilidad, aunque no sin una causa muy razonable». Monteith, general (ed.), *op. cit.*, 194. Al llegarle noticias de la decisión de Knorring de retirarse a Finlandia, el general sueco Cronstedt recalcó: «No puedo creer que Knorring sea capaz de actuar de modo tan imprudente», Borodkin, M., *op. cit.*, 198. <<

[122] Knorring a Barclay de Tolly, Knorring a Kulnev, Stróganov a Schultzenheim, Tratado de Armisticio (entre Barclay de Tolly y Cronsdedt), Tratado de Armisticio (entre Gripenberg y Shuválov), 20 a 25 de marzo de 1809, *VPR*, vol, IV, 539-541, 546-549, 693-694 y 698-699. Alekséi Arakchéyev, el ministro ruso de Guerra, comparte la responsabilidad de esta decisión. Con las fuerzas rusas ya a punto de invadir el propio territorio sueco, se vio abrumado por las graves consecuencias que cualquier revés podría tener para el Ejército y, sobre todo, para él. Por consiguiente, ordenó detener la ofensiva y solicitó instrucciones adicionales del emperador Alejandro, aunque este ya le había concedido «autoridad ilimitada por toda Finlandia». Si tenemos en cuenta las distancias implicadas y el tiempo necesario para recibir esas instrucciones, las acciones de Arakchéyev desperdiciaron un tiempo valiosísimo que era crucial para la invasión rusa. Alejandro a Arakchéyev, 7-19 de marzo de 1809, en Shilder, N., 1897, vol. II, 238; Ordin, K., *op. cit.*, 421; Mijailovski-Danilevski, A., *op. cit.*, 388-389; Borodkin, M., *op. cit.*, 195 y 199-200. <<

[123] Voelcker, T., *op. cit.*, 90-92. <<

[124] Ordin, K., *op. cit.*, 430-431; Borodkin, M., *op. cit.*, 200. <<

[125] Para más información, *vid.* Sather, L., 2015. Mi agradecimiento a Morten Nordhagen Ottosen por dirigir mi atención hacia este espléndido trabajo. <<

[126] Meijer, C. F., *op. cit.*, 189-198. <<

[127] Hamnström, E., 1902, 83-87 y 91. <<

[128] *Ibid.*, 104. <<

[129] *Originaltraktater med främmande makter (traktater)* [Tratados originales con potencias extranjeras (tratados)], 17 de septiembre de 1809, en Riksarkivet (Archivos Nacionales Suecos), SE/RA/25.3/2/44/A (1809). <<

[130] Aunque para algunos suecos este fue un momento de «trauma nacional», la respuesta global de la sociedad sueca a la pérdida de la «orgullosa nación finlandesa» fue, en realidad, bastante comedida. Hubo que esperar a la segunda mitad del siglo XIX para que los textos de los historiadores nacionalistas suecos empezaran a calificar los sucesos de 1808-1809 como una «catástrofe nacional». *Vid.* Edgren, H., 2010. <<

[131] Karonen, P., 2008, 434-436. <<

[132] Kuylenstierna, O., 1914, 172-177. <<

[133] Klaeber, H., 1913, 250-258. <<

[134] Napoleón a Bernadotte, 10 de septiembre de 1810, en *CN*, vol. XXI, 100. <<

[135] Barton, D. P., 1921, 307. <<

[1] Para un tratamiento más profundo, *vid*. Faroqhi, S. N. (ed.), 2006, 135-225. <<

[2] Como interesante visión general del Imperio otomano en el siglo XVIII, *vid*. Yaycioglu, A., 2016, 17-156. Para una mirada más profunda de los problemas que afrontaban los otomanos hasta en su propia capital, *vid*. Başaran, B., 2014, 13-105; Başaran, B. y Kirli, C., 2015, 259-277. <<

[3] Para una buena aproximación global a los altibajos militares otomanos, *vid*. Aksan, V. H., 2006. <<

[4] Virginia H. Aksan ha mostrado que la influencia de los especialistas técnicos franceses, aunque importante, se ha exagerado en lo relativo a la fundición de la artillería y al reclutamiento y entrenamiento de las nuevas unidades de artillería de campaña. *Vid*. su artículo «Breaking the Spell of the Baron de Tott: Reframing the Question of Military Reform in the Ottoman Empire, 1760-1830», *International History Review* vol. 24, n.º 2, 258-263. <<

[5] Exposición en profundidad de las reformas navales otomanas en Zorlu, T., 2008. <<

[6] Como ha planteado Virginia H. Aksan, las reformas militares de Selim deben situarse en el contexto del «clima y la articulación de la reforma en el seno de la sociedad otomana». Para Selim, los cambios castrenses estaban ligados íntimamente con la reformulación de la ideología dinástica y religiosa, la incorporación de nuevas élites al centro del poder y las reformas de la burocracia. *Vid*. Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), 2007b, 180-181. <<

[7] *Ibid*., 192-197; Shaw, S. J., 1965. *Vid*. Berkes, N., 1964, 72-81; Agoston, G., 2011. <<

[8] *Vid*. Zorlu, T., *op. cit*., 15-76. <<

[9] Karal, E. Z., 1946, 81-93; Özkul, O., 2005, 316 y ss. <<

[10] Karal, E. Z., 1946, 43-81. <<

[11] Para comprender el crecido papel de los ulemas en el Gobierno y la diplomacia durante el siglo XVIII, *vid*. Zilfi, M. C., 2006; Heyd, U., 1961. <<

[12] Aksan, V. H., 2015, 283. <<

[13] Exposición en profundidad en Panteliќ, D., 1927. <<

[14] Zens, R., 2002. Véanse también las órdenes del sultán y otros documentos en Ikhchiev, D. (ed.), 1908, vol. XXIV, 1-128. <<

[15] MutafČieva, V., 1993, 143-183. <<

[16] Ikhchiev, D. (ed.), *op. cit*., 122. <<

[17] Zens, R., *op. cit*., 100-102. <<

[18] *Vid*. las sesiones del Consejo de Estado, del 11 al 15 de abril y del 8 de agosto de 1801; Reporte de A. Vorontsov y V. Kochubei, 6 de julio de 1801, en *Arjiv Gosudarstvennogo Soveta* [Archivo del Consejo de Estado], 1869-1904, vol. III, parte II, 1189-1190, 1191-1194, 1197-1198 y 1200-1206. <<

[19] Sesión del Consejo de Estado del 8 de agosto de 1801, *ibid*., vol. III, parte II, 1196-1197. <<

[20] Alejandro a Knorring, 12 de septiembre de 1801, 23 de abril de 1802, *Akty sobrannye kavkazskoiu arjeograficheskoiu kommissieiu* [Actas recopiladas por la Comisión Areográfica del Cáucaso], 1866-1905, vol. I, 436, 689. Alejandro le indicó a Pável Tsitsiánov que «tratara de ganarse, para el Gobierno ruso, no solo la confianza de Georgia, sino también la de varios Estados vecinos que solo estaban acostumbrados a conocer la crueldad del poder persa. Cada actuación de un Estado fuerte y fundado en la justicia y la fuerza a ellos les parecerá, por así decirlo, algo sobrenatural. [En esta tarea] debes ganarte su favor [hacia la autoridad rusa] con rapidez». Alejandro a Tsitsiánov, 26 de septiembre de 1802, vol. II, 7-8. <<

[21] La proclama imperial estuvo acompañada de instrucciones para el nuevo sistema de administración de Georgia oriental. El

territorio se dividió en 5 distritos (*uezds*), 3 en Iberia [Kartli] y 2 en Kajetia, según el modelo ruso, con sus centros administrativos en Tiflis, Gori, Dusheti, Telavi y Signagi. Una vez apartada del poder la familia real georgiana, el comandante en jefe del frente del Cáucaso asumió la jefatura del Gobierno central en Tiflis y recibió el título de *pravitel* o administrador de Georgia. *Vid*. más detalles en Gvosdev, N. K., 2000; Rhinelander, L. H., 1972; Avalov (Avalishvili), Z., 1906; Dubrovin, N., 1897. <<

[22] Reunión del Comité Secreto del 31 de marzo de 1802, Mijáilovich, N., gran duque, 1903, vol. II, 205. <<

[23] Los Habsburgo austriacos facilitaron la migración de numerosas familias serbias desde la Serbia otomana hacia el sur de Hungría (bajo control austriaco desde 1686). Además, la ocupación por los Habsburgo de Belgrado entre 1719 y 1739 puso bajo la autoridad austriaca a muchos serbios del sur del Danubio. *Vid*. Đorđević, M., 1956, 25-54; Pantelić, D., *op. cit*. <<

[24] Para más detalles, *vid*. Dyck, H. L., 1981; Meriage, L. P., 1978; S. Shaw, «The Ottoman Empire and the Serbian Uprising 1804-1807», en Vucinich, W. S. (ed.), 1982, 71-94. <<

[25] *Vid*. la correspondencia relevante serbia y austriaca en Ivić, A. (ed.), 1935-1973, vol. I, 34, 56, 69, 85-86 y 154-60. Para un debate acerca de la reacción austriaca, *vid*. Beer, A., 1883, 183-185, 187-190 y 196. <<

[26] A la vez que desairaba a los serbios, Rusia reforzó sus lazos con Montenegro, cuyo territorio esperaba utilizar de base para el escuadrón naval del Mediterráneo. Saul, N. E., 1970, 196-202. <<

[27] Para un debate interesante, *vid*. Kuran, E., 1988, 15-22; *Salnâme-i Nezaret-i Hariciyye* [Anuario del Ministerio de Exteriores turco], İstanbul, 1302 [1884-1885]), 178-192; Findley, C. V. 1970 y 1972; Hurewitz, J. C., 1961. <<

[28] Como aproximaciones amplias a la cuestión, *vid*. Marriott, J. A. R., 1940; Anderson, M. S., 1966; Macfie, A. L., 1996; Kozelsky, F., Kozelsky, L. y Kozelsky, M. (eds.), 2014. <<

[29] Tezcan, B., 2010, 9-10; Barkey, K., 2008, 197-262; Quataert, D., 2000, 37-53. Acerca del lugar de los otomanos en la Edad Moderna, *vid*. Brummett, P., 2007. <<

[30] Cita tomada de Solovyev, S., 1876. Véase también Grachev, V. P., 1995, 8-9. <<

[31] YeŞil, F., 2007. <<

[32] Cunningham, A., 1993; Jarrett, N., 2014. <<

[33] *Vid*. Yalçınkaya, M. A., 2010. <<

[34] *Vid*. Fleming, K. E., 1999. <<

[35] Interesante exposición la que nos ofrece Aksan, V. H., 1987. <<

[36] El Gobierno otomano conocía los preparativos franceses y fue informado por los rusos de que la expedición gala podía tener como objetivo el territorio otomano. Los otomanos, conscientes de la presencia francesa en Albania y en las islas Jónicas, en un primer momento esperaban que la expedición francesa se dirigiera allí, pero trataron de aclarar la cuestión con el Gobierno francés. En julio, el embajador otomano Seyyid Mehmed Emin Vahid Efendi se reunió con el ministro de Exteriores galo, Talleyrand, que le garantizó que Francia se preocupaba por su antiguo aliado y que no albergaba intenciones hostiles hacia él. Más detalles en Soysal, I?., 1999, 204-205; Kuran, E., *op. cit*., 30; Süslü, A., 2016. <<

[37] *Vid*. Metaksa, E., 1915, 12-14; Dehérain, H., 1925. <<

[38] Pisani, P., 1888; McKnight, J. L., 1965, 32-35; Saul, N. E., *op. cit*., 59-69 y 73-74. <<

[39] Hutchinson a Elgin, 25 de abril de 1801, FO Turkey 32; Hutchinson a Dundas, 20 de abril de 1801; Hutchinson a Ho-

bart, 2 de junio de 1801, WO 1, 345. <<

[40] James Philip Morier fue secretario privado de Thomas Bruce, conde de Elgin y embajador británico ante el Imperio otomano. Dejó escrito un interesante testimonio de la invasión británica: *Memoir of a Campaign with the Ottoman Army in Egypt, from February to July 1800*, London, J. Debrett, 1801. <<

[41] Memorando de Morier del 7 de julio de 1801, FO Turkey 32. <<

[42] Hamilton, W., 1809, 6-8; Noé, L. P. J. A., 1826, 216-242. <<

[43] Elgin a Hawkesbury, 15 de enero de 1803, FO Turkey 38. <<

[44] Napoleón a Talleyrand, 29 de agosto de 1802; Napoleón a Sebastiani, 5 de septiembre de 1802, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. VIII, 9-10 y 25-26. <<

[45] Elgin a Hawkesbury, 14 de noviembre de 1802, FO Turkey 36. <<

[46] Hamilton, W., *op. cit.*, viii-ix. <<

[47] Gran parte de esta exposición descansa en AE, «Turquie», 204. Acerca de la adhesión de los otomanos al Tratado de Amiens, *vid.* el Acta de Adhesión del 13 de mayo de 1802 en Noradounghian, G. (ed.), 1900, vol. II, 50-52. <<

[48] Para conocer el texto (traducido al inglés) de este tratado: Definitive Treaty of Peace Between the French Republic and the Sublime Ottoman Porte [**http://www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_ottoman.html**]. El artículo 6 instaba a «las devoluciones e indemnizaciones que se deban a los agentes de las dos potencias, o a sus ciudadanos y súbditos, cuyas propiedades hayan sido confiscadas o secuestradas durante la guerra». Durante las negociaciones, Napoleón negoció con dureza e insistió en indemnizar solo los daños sufridos por los civiles. Además, no aceptaba reconocer las pér-

didas de los civiles otomanos en Egipto, pero exigía que los otomanos compensaran a más de 1800 civiles franceses que habían sido arrestados (y expropiados) durante la guerra. Está claro, si tenemos en cuenta que ningún civil otomano había sido detenido en Francia, que los turcos se hallaban en desventaja en las negociaciones. Al final, después de más de año y medio de conversaciones, los dos bandos no consiguieron alcanzar un acuerdo general. <<

[49] Para más detalle, *vid*. los informes de E. Gandin (secretario de la embajada francesa en Constantinopla), A. Raubaud (agente francés en Esmirna) y V. Fourçade (anterior vicecónsul en Creta), AE, «Turquie», 204; AE, Mémoires et Documents, «Turquie», 14, 64. <<

[50] Markov a Vorontsov, 17 de marzo de 1803, en *SIRIO* (1891), vol. LXXVII, 69. Véase también carta del emperador Alejandro a Semión Vorontsov del 20 de enero de 1803 en *Arjiv kniazia Vorontsova* [Archivo Vorontsov], vol. X, 304-305. <<

[51] Vandal, A., 1894-1897, vol. I, 4. <<

[52] Hawkesbury a Warren, 1 de febrero de 1803; nota rusa del 12 de marzo de 1803, FO Russia 52. <<

[53] Francisco a Cobenzl, 31 de marzo de 1801, en Beer, A., *op. cit*., 771-772. En palabras de Francisco, las provincias otomanas que Austria recibiría probablemente eran todas montañosas y estaban habitadas por poblaciones «fanáticas y rabiosas» que se resistirían a cualquier interferencia exterior. <<

[54] AE, «Turquie», 205. <<

[55] *Ibid*. Acerca de las actividades antifrancesas de Alí Pachá, *vid*. Vaudoncourt, F. F. G., 1916, 240-253; Boppe, A., 1914, 19-43. <<

[56] Declaración de Neutralidad, 29 de septiembre de 1803, en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit*., 69-70. <<

[57] *Vid*. el memorando de Czartoryski del 29 de febrero de 1804, en *SIRIO*, vol. 77, 486-498. <<

[58] Garlike a Warren, 3 de enero de 1804; Warren a Hawkesbury, 3 de febrero de 1804, FO Russia 54; Vorontsov a Czartoryski, 29 de junio de 1804, en *Arjiv kniazia Vorontsova* [Archivo Vorontsov], vol. XV, 230-233. <<

[59] La Convención de Constantinopla, 2 de abril, en *PSZ*, n.º 19336, vol. XXVI, 88-92. <<

[60] Sakul, K., 2009. <<

[61] En agosto de 1797, el general Bonaparte informó al Directorio de que las islas Jónicas eran de mayor importancia para Francia que toda la península itálica, ya que la permitirían intervenir directamente en los asuntos otomanos. Bonaparte, N., 1858-1869, vol. III, 235. <<

[62] Para los detalles, *vid*. Stanislavskaia, A. M., 1976; McKnight, J. L., 1962. <<

[63] Alejandro a V. S. Tomara, 14 de enero y 27 de febrero de 1802; Alejandro a G. D. Mocenigo, 12 de marzo de 1802, en *VPR*, vol. I, 167-168, 175-176 y 182-183. Para los debates acerca de la amenaza francesa, *vid*. la correspondencia diplomática rusa en *SIRIO*, vol. 77, 410-417; *Arjiv kniazia Vorontsova* [Archivo Vorontsov], vol. XX, 292-294; *VPR*, vol. I, 433, 513-517, 530-531 y 557. <<

[64] Czartoryski a G. D. Mocenigo, 12 de agosto de 1804, *VPR*, vol. II, 111. <<

[65] «Article pour l'arrangement des affaires de l'Europe a la suite d'une guerre heureuse (1804)», en Czartoryski, A. J., 1887, vol. II, 65-66. Czartoryski previno que «cuando el cuerpo otomano se pudra y gangrene en sus elementos vitales, no soportaremos ver que su destino se decida en modo alguno contrario a los intereses principales de Rusia». Czartoryski a Semión Vorontsov, 25 de octubre de 1804, en *Arjiv kniazia Vorontsova* [Archivo

Vorontsov], vol. XV, 277-279. Véanse también las «Instrucciones imperiales a N. Novosiltsev» del 23 de septiembre de 1804 en *VPR*, vol. II, 138-146. <<

[66] Registro de la reunión de N. N. Novosiltsev con el primer ministro Pitt, 25 de diciembre de 1804, en *VPR*, vol. II, 226-227. <<

[67] Martens, F. F., 1874-1909, vol. XI, 98-99. <<

[68] Instrucciones a Gower, 10 de octubre de 1804, FO, Russia 56. <<

[69] Declaración de Alianza, 6 de noviembre de 1804, *VPR*, vol. II, 175-176. <<

[70] Czartoryski a Aleksandr Vorontsov, 2 de diciembre de 1804, en Czartoryski, A. J. *op. cit.*, vol. II, 58. El tratado de alianza, firmado en 1799, tenía una duración prevista de seis años, pero en enero de 1803 el sultán solicitó su renovación junto con la adhesión de Gran Bretaña. Rusia, en un primer momento, se negó a renovarlo. Cuando las condiciones del tratado de alianza fueron comunicadas al Gobierno británico, Czartoryski no dejó de señalar que el ejecutivo ruso comprendía «la política oriental infinitamente mejor, debido a que estamos más cercanos que la corte de St. James a la región. Les pedimos, por tanto, que escuchen nuestro consejo y que sigan nuestras directrices para no interferir con nuestra actividad y que no hagan nada sin haberlo acordado antes con nosotros». Czartoryski a Semión Vorontsov, 15 de mayo de 1805, *Arjiv kniazia Vorontsova* [Archivo Vorontsov], vol. XV, 301. <<

[71] Czartoryski a Vorontsov, 30 de agosto de 1804, en *VPR*, vol. II, 120. <<

[72] Borrador del tratado en *VPR*, vol. II, 677-678; Goşu, A., 2003, 129-133. <<

[73] *Vid.* la correspondencia entre Charles Arbuthnot, embajador de Gran Bretaña en Constantinopla, y Henry Phipps, lord

Mulgrave, secretario de Exteriores, en septiembre de 1805, FO Turkey 46. <<

[74] Arbuthnot a Mulgrave, 10 de septiembre de 1805, FO, Turkey 46. <<

[75] Goşu, A., *op. cit.*, 25-42; Verbitskii, E., 1984. <<

[76] *Vid.* el texto del tratado en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit.*, vol. II, 70-77. <<

[77] AE, «Turquie», 207. <<

[78] Napoleón a Brune, 14 de marzo de 1804, en Testa, I. de (ed.), 1864, vol. II, 255. <<

[79] AE, «Turquie», 208. <<

[80] Brune a Napoleón, 22 de mayo de 1804; Selim III a Napoleón, 18 de mayo de 1804, en Testa, I. de (ed.), *op. cit.*, vol. II, 256-269. <<

[81] AE, «Turquie», 206. <<

[82] Acerca de los detalles, *vid.* Driault, É., 1912, 80-90. <<

[83] *Vid.* las notas rusas y británicas en Testa, I. de (ed.), *op. cit.*, vol. II, 346-347. <<

[84] *Vid.* la correspondencia de este asunto en *ibid.*, 339-352. También Karal, E. Z., 1940, 68-74. <<

[85] Coquelle, P., 1904, 71; Italinski al Gobierno otomano, 8 de octubre y 15 de diciembre de 1804, en *VPR*, vol. II, 156-158, 204-206. <<

[86] Carta explicativa de Brune en Testa, I. de (ed.), *op. cit.*, vol. II, 349-350. <<

[87] Napoleón a Selim III, 30 de enero de 1805, en *CN*, n.° 8298, vol. X, 130. Napoleón también se quejaba de que los otomanos no tomaran ninguna medida en relación con los continuos movimientos militares por los estrechos hacia las islas Jónicas y Corfú. Napoleón a Brune, 27 de julio de 1807, en Testa, I. de (ed.), *op. cit.*, vol. II, 270-271. Napoleón, decidido a contra-

rrestar la aparente amenaza otomana con otra amenaza, también contempló la posibilidad de una partición de los dominios de la Sublime Puerta como «la mejor forma de asestar un golpe demoledor a Rusia y Austria». Uno de los memorandos preparados por el ministro de Exteriores francés preveía la incitación a una rebelión griega y el envío de una fuerza francesa a la Turquía europea con el objetivo de restablecer un «Imperio Griego de Oriente» que sirviera de «barrera insuperable» para las demás potencias. AE, «Turquie», 210. <<

[88] Arbuthnot a Mulgrave, 6 de febrero de 1806, FO Turkey 49. <<

[89] En cuanto a los reportes de Ruffin, *vid*. AE «Turquie», 210 y 211. <<

[90] Karal, E. Z., 1946, 91. <<

[91] *Vid*. la nota de Italiinski a la Sublime Puerta en *VPR*, vol. III, 37-38. Véase también Arbuthnot a Mulgrave (con nota incluida del 4 de febrero), 6 de febrero de 1806, FO Turkey 49. <<

[92] Karaer, N., 2011. Al temer un cambio, Talleyrand, de hecho, envió a su fiable secretario a Constantinopla con la misión especial de garantizar a los otomanos las buenas intenciones de Napoleón y de instar a Kethüda Ibrahim Nesim Efendi –a quien se consideraba profrancés y que tenía buenas relaciones con el encargado de negocios galo, Pierre Ruffin– a que influyera en la política otomana en favor de Francia. El cargo de Kethüda era el segundo en importancia en la Sublime Puerta y otorgaba a su poseedor, que actuaba como delegado del gran visir, una autoridad inmensa en los asuntos internos y militares. <<

[93] Driault, É., 1912, 404-405; Puryear, V. J., 1951, 58-59. Napoleón, como parte de sus esfuerzos por ganarse a los otomanos, ordenó traducir al turco y enviar a Constantinopla sus célebres boletines y otras obras de propaganda. Napoleón a Cambacérès, 11 de diciembre de 1806, en *CN*, vol. XIV, 64. <<

[94] Napoleón a Selim III, 20 de junio de 1806, en *CN*, vol. XII, 474. <<

[95] Italiinski a Czartory, 14 de marzo de 1806, *VPR*, vol. III, 82-83; la carta de Selim a Alejandro está incluida en el reporte de Arbuthnot del 21 de marzo, en FO Turkey 49. <<

[96] Karadjordje al emperador Francisco I, 24 de enero de 1806; Francisco I a Selim III, 12 de marzo de 1806; Selim III a Francisco I, 25 de abril de 1806, en Iviќ, A. (ed.), *op. cit.*, vol. III, 16-19, 69-71 y 120-121; Beer, A., *op. cit.*, 193-195. <<

[97] Nota de la Reunión del Consejo de Estado de enero de 1806, en *SIRIO* (1892), vol. LXXXII, 240. <<

[98] En cuanto a los informes consulares franceses, *vid.* AE, *Correspondance consulaire et commerciale*, «Jassy», 1; «Bucarest», 2. Algunos de los reportes de Bucarest, en especial posteriores a 1809, se imprimieron en *Documente privitoare la Istoria Românilor. Corespondentă diplomatica şi rapoarte consulare franceze: (1603-1824)*, 1912, vol. XVI, 652 y ss. <<

[99] Italiinski a Czartoryski, 12 de abril de 1806, *VPR*, vol. III, 110-114. <<

[100] Gower a Mulgrave, 2 de marzo de 1806, FO Russia 62. <<

[101] Memorando de principios de enero de 1806, en *VPR*, vol. III, 11. <<

[102] Memorando del 23 de enero de 1806 (n.° 76), en *SIRIO* (1892), vol. LXXXII, 254. Véase también otros memorandos de Czartoryski en *SIRIO* (1892), vol. LXXXII, 265-275, 315-316 y 322-324. <<

[103] Memorando del 23 de enero de 1806 (n.° 77), en *SIRIO*, vol. LXXXII, 265. <<

[104] Pisani, P., 1893, 160-165. <<

[105] Mijáilovich, N., gran duque, *op. cit.*, vol. III, 1-3. <<

[106] Czartoryski a Stróganov, 6 de febrero de 1806, en *ibid*., vol. III, 9-12; Semión Vorontsov a Czartoryski, 31 de marzo de 1806, en *Arjiv kniazia Vorontsova* [Archivo Vorontsov], 1870-1895, vol. XV, 389-395. <<

[107] Fox a Gower, 29 de abril de 1806, FO Russia 62. <<

[108] Arbuthnot a Mulgrave, 20 de enero y 15 de febrero de 1806, FO Turkey 49. Véase también el memorando de Czartoryski con fecha del 25 de mayo de 1806 en Mijáilovich, N., gran duque, *op. cit*., vol. III, 18-22. <<

[109] Tras el fracaso con Gran Bretaña, el Gobierno ruso cambio de enfoque y sopesó llegar a un acuerdo con Napoleón por el que Rusia aceptaría la influencia de este en Italia, a condición de que Francia renunciara cualquier ambición de usurpar territorios del Imperio otomano o de ganar una influencia hegemónica en esa región. Memorando del 7 de marzo de 1806 (n.º 85), en *SIRIO* (1892), vol. LXXXII, 320-321. <<

[110] Karaer, N., *op. cit*., 4-6. <<

[111] Ruffin a Talleyrand, 27 de marzo de 1806, *Documente privitoare la Istoria Românilor*, 1885, vol. II, 334-335. Véase también Günay, B., 2009. <<

[112] Para una aproximación interesante al debate de las capitulaciones y el papel del comercio exterior, *vid*. Bulut, M., 2001, 54-59. <<

[113] Coquelle, P., 1904c, 579-580 y 594. Coquelle sostiene que los franceses accedieron a esto a cambio de la destitución de los hospodares. <<

[114] Czartoryski a Italinski, 13 de junio de 1806, en *VPR*, vol. III, 189-191. Véanse también las instrucciones a Pierre d'Oubril, plenipotenciario ruso en Francia, del 12 de mayo de 1806, en *VPR*, vol. III, 134-136. D'Oubril fue prevenido explícitamente para que no aceptara ninguna condición que pudiera limitar o anular los derechos de Rusia en el Imperio otomano. <<

[115] *Vid*. el texto del tratado en *The Annual Register* [...] *for the Year 1806*, 1808, 796-797. <<

[116] *Vid*. la correspondencia relevante en *VPR*, vol. III, 42, 45 y 58-61. <<

[117] El texto completo de la declaración está disponible en *VPR*, vol. III, 231-233. <<

[118] Coquelle, P., 1904c, 576-578; Karaer, N., *op. cit*., 7-8. <<

[119] Los hospodares eran príncipes de Valaquia y Moldavia. En general, pertenecían a los fanariotas, una pequeña casta de familias griegas –también rumanas y albanesas helenizadas– que tomaron su nombre colectivo del barrio de Fanar (del Faro) de Constantinopla. Para una aproximación detallada a la política local de Besarabia, Valaquia y Moldavia, *vid*. Jewsbury, G., 1970. Para un estudio comparado, *vid*. Hitchins, K., 2012, 12-28. <<

[120] Instrucciones a Italinski, 28 de mayo y 30 de julio de 1806, en *VPR*, vol. III, 180 y 252-253. Véanse también los informes de Italinski del 23 al 30 de agosto en *ibid*., 263-266 y 284-287. <<

[121] Aunque el Hatt-i Şerif [Edicto Imperial] de 1802 adoptó la forma de un decreto del sultán, se interpretó como una norma obligatoria. Los otomanos intentaron argüir que, puesto que el decreto había partido de la Sublime Puerta, también podía ser anulado por ella misma, pero los rusos rechazaron estas explicaciones. *Vid*. el texto del decreto en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit*., vol. II, 55-67. <<

[122] Alejandro a Italinski, 8 de marzo de 1806; memorando de Budberg, *ca*. diciembre de 1806, en *SIRIO* (1892), vol. LXXXII, 325-328 y 488-494. <<

[123] Czartoryski al emperador Alejandro, 7 de marzo de 1806, en *SIRIO* (1892), vol. LXXXII, 315-319. <<

[124] En una nota presentada el 28 de agosto, el embajador ruso enumeraba una larga lista de agravios que requerían solución: los obstáculos al comercio ruso y la supresión de los *berats*; la no observancia del arancel; el incumplimiento por la Sublime Puerta de la Convención de 1800 en lo relativo a la República de las Siete Islas; los abusos de los notables otomanos en el Danubio y el deseo proclamado por la Sublime Puerta de restringir el paso de los buques de guerra rusos por los estrechos turcos. *VPR*, vol. III, 273-276. <<

[125] Disponemos de un relato detallado de las deliberaciones otomanas en los despachos de Arbuthnot (FO, Turkey 51), donde también hallamos reportes de un diplomático británico, William Wellesley Pole, al que se le permitió acudir a las reuniones del consejo otomano del 12 y el 13 de octubre. <<

[126] Alejandro a Michelson, 27-28 de octubre y 4 de noviembre de 1806, en Petrov, A., 1887, vol. I, 375-381. El sultán declaró la guerra a Rusia el 3 de enero de 1807. *Vid*. la Circular para las misiones extranjeras, en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit*., vol. II, 79-80. <<

[127] *Vid*. Alejandro I a Kamensky, 27 de diciembre de 1806; Budberg a Italinski, 27 de noviembre de 1806, en *VPR*, vol. III, 381-384, 387-388 y 439-441. <<

[128] Petrov, A., 1887, 54-121. <<

[129] El 23 de diciembre de 1806, el Consejo General otomano tomó la decisión de declarar la guerra y dos días después la confirmó. La guerra se declaró formalmente el 27 de diciembre y la noticia se comunicó oficialmente el 3 de enero de 1807. *Vid*. la Circular para las misiones extranjeras en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit*., vol. II, 79-80. <<

[130] Napoleón a Fouché, 31 de diciembre de 1806, en Bonaparte, N., 1897b, 35-36. <<

[131] Napoleón a Selim III, 1 de enero de 1807, en *CN*, vol. XIV, 128. *Vid*. una carta similar del 20 de enero en vol. XIV, 220. <<

[132] Napoleón a Sebastiani, 20 de enero de 1807; Napoleón a Marmont, 29 de enero de 1807, en Testa, I. de (ed.), *op. cit*., vol. II, 290-293. Véase también Karaer, N., *op. cit*., 6. <<

[133] Mijailovski-Danilevski, A., 2002, vol. I, 26-48. <<

[134] Karal, E. Z., 1946, 97-98. <<

[135] Russell, W. C., 1901, 202-218; Adams, M., 2005, 230-240. <<

[136] Grenville al marqués de Buckingham, 25 de noviembre de 1806, en Villiers, G., 1855, vol. IV, 101. <<

[137] Lord Collingwood a Duckworth, 13 de enero de 1807, en Stewart, R., 1848-1853, vol. VI, 151-153. <<

[138] Tracy, N. (ed.), 1999, vol. IV, 12-35. <<

[139] Reporte de Sebastiani del 27 y el 30 de enero, citado en carta de Talleyrand a Napoleón del 4 de marzo de 1807, en Talleyrand, C.-M. de, 1889, 321-323. El 29 de enero, el embajador británico Arbuthnot invitó a los residentes británicos a una cena en un buque británico que, entre brindis y conversaciones, largó velas sin hacer ruido y se escabulló de Constantinopla con todos los invitados a bordo. <<

[140] Holland, H. R. V., 1854, vol. II, 106. <<

[141] Henry Blackwood a lord Castlereagh, 6 de marzo de 1807, en Stewart, R., *op. cit*., vol. VI, 165-166. <<

[142] *Vid*. los informes franceses en AE, «Turquie», 213. Los reportes de Sebastiani muestran que el enviado español y su equipo también participaron en la preparación de las defensas. <<

[143] Henry Blackwood a lord Castlereagh, 6 de marzo de 1807, en Stewart, R., *op. cit*., vol. VI, 165-166; AE, «Turquie», 213. <<

[144] Blackmore, D., 2011, 258; Fortescue, J. W., 1906-1930, vol. VI, 6-7. <<

[145] Lord Burghersh a su padre, 6 de marzo de 1807, en Burghersh, lord, 1912, 8. <<

[146] *Vid*. los detalles en Douin, G., 1928, i-xxi; YeŞil, F., 2017. <<

[147] *Vid*. la correspondencia relevante en Douin, G. (ed.), 1925, 40-54. <<

[148] Jasanoff, M., 2005, 226-229, ofrece un interesante trabajo de los agentes franceses y británicos en Egipto. <<

[149] *Vid*. *Gentleman's Magazine*, 7 de octubre de 1803; *Morning Herald*, 8 de octubre a 1 de noviembre de 1803; *London Times*, 10 de octubre a 17 de diciembre de 1803; *Morning Post*, 17 de octubre a 9 de noviembre de 1803. <<

[150] Sayyid-Marsot, A. L., 1984, 38-41. <<

[151] Cita tomada de *ibid*., 46. <<

[152] Dodwell, H., 1931, 17-19; Fahmy, K., 2009, 22-26 y 29-31. <<

[153] Sayyid-Marsot, A. L., *op*. *cit*., 42-74; encontramos una buena descripción del carácter de Mehmet Alí en 24-35. <<

[154] Selim III intentó destituir a Mehmet Alí solo un año más tarde. En junio de 1806, el sultán envió a Musa Pachá, valí de Salónica, con la orden de que él y el gobernador de Egipto se intercambiaran los puestos. Al llegar a El Cairo, Musa Pachá se dio cuenta de que carecía de la fuerza militar necesaria para imponer el edicto del sultán. <<

[155] Para más detalles, *vid*. Douin, G., 1928, 1-115; Fortescue, J. W., *op*. *cit*., vol. VI, 8-28. <<

[156] Acerca de la implicación del cónsul francés Drovetti, *vid*. Driault, É., 1925, 65-66. <<

[157] Acerca del papel del agente británico Misset en estos reveses, *vid*. Ghurbal, M. S., 1928, 248-251. <<

[158] Fortescue, J. W., *op. cit*., vol. VI, 28. Véase también Marlow, J., 1971, 121. <<

[159] Para un debate interesante, *vid*. Cuno, K. M., 1991; Fahmy, K., 2002; Driault, É., 1927. <<

[160] Aksan, V. H. y Goffman, D. (eds.), *op. cit*., 246 y ss.; Yaycioglu, A., *op. cit*., 157 y ss. Acerca del jefe de los jenízaros rebeldes, *vid*. Refik, A. y Doğan, E., 2005. <<

[161] Shaw, S. J., 1976, vol. II, 1-2; Yaycioglu, A., *op. cit*., 189-190. <<

[162] Yaycioglu, A., *op. cit*., 203-204 y 219-222; Kia, M., 2008, 104; Shaw, S. J., 1976, vol. II, 2-3. <<

[163] Shaw, S. J., 1976, vol. II, 4-5. <<

[164] Savary a Napoleón, 4 de noviembre de 1807, en *SIRIO* (1892), vol. LXXXIII, 184. <<

[165] En cuanto al texto del Tratado de Tilsit, *vid*. [**www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_tilsit.html**]. <<

[166] Savary a Napoleón, 23 de septiembre, 9 de octubre y 15 de noviembre de 1807; Guilleminot a Savary, 28 de septiembre de 1807; Alejandro a Napoleón, 15 de noviembre de 1807, en *SIRIO* (1892), vol. LXXXIII, 78-82, 85, 122-123, 192-194, 220-234 y 294-295; Rumiántsev to Tolstói, 6 de noviembre de 1807, en *SIRIO* (1893), vol. LXXXIX, 218-219. Véase también Karaer, N., *op. cit*., 11-12. <<

[167] Savary a Napoleón, 4 de noviembre de 1807, en *SIRIO* (1892), vol. LXXXIII, 180. <<

[168] Instrucciones al conde Tolstói, 26 de septiembre de 1807, en *SIRIO* (1893), vol. LXXXIX, 106-112. <<

[169] Napoleón a Savary, 6 de octubre de 1807, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XVI, 74. Véase también Champagny a Caulaincourt, 2 de abril de 1808, en *SIRIO* (1893), vol. LXXXVIII, 594. <<

[170] *Vid*. las transcripciones de las conversaciones entre el emperador Alejandro, Rumiántsev y el embajador francés en Tatistcheff, S., 1891, 303-378. <<

[171] *Vid*. los artículos 8, 9 y 11 de la Convención de Érfurt [**http://www.napoleonseries.org/research/government/diplomatic/c_erfurt.html**]. <<

[172] *Vid*. la correspondencia en AE, «Turquie», 217. Véase también Karaer, N., *op. cit*., 15-16. <<

[173] Wilson, R., 1862, vol. II, 436-437. <<

[174] *Vid*. el texto del tratado en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit*., vol. II, 81-85. Para los detalles de las negociaciones, *vid*. Adair, R., 1845. El texto está en el vol. I, 118-123. <<

[175] Adair a Canning, 19 de marzo de 1809, en Adair, R., *op. cit*., 151. <<

[176] «Discours a l'ouverture de la session du Corps Législatif», 3 de diciembre de 1809, en Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XX, 50. <<

[177] Metternich a Stadion, 17 de agosto de 1808, en Metternich, K. W. L., 1881-1883, vol. II, 197. <<

[178] El escritor francés Alphonse de Lamartine adquirió el manuscrito de al-Sayegh y lo tradujo al francés en 1835. Este se tradujo al inglés en *Narrative of the Residence of Fatalla Sayeghir: Among the Wandering Arabs of the Great Desert*, Philadelphia, Carey, Lea & Blanchard, 1836. Hoy disponemos de una edición crítica en *Le desert et la gloire: les memoires d'un agent syrien de Napoleon*, Joseph Chelhod (trad. y ed.), Paris, Gallimard, 1991. <<

[179] Para una revisión crítica, *vid*. Haddad, G. M., 1966. <<

[180] Napoleón a Champagny, 13 de octubre de 1810, Bonaparte, N., 1858-1869, vol. XXI, 213-214. Napoleón reiteró su orden a los cónsules el 6 de diciembre de ese año, vol. XXI, 303. <<

[181] Đorđević, M. R., 1967, 372-375. <<

[182] *Vid*. la correspondencia en *VPR*, vol. IV, 367-368, 439-440 y 456-458. <<

[183] Un historiador militar ruso apuntó con acierto que Prozorovski «practicaba aún las tácticas de la campaña de 1769». Petrov, A., 1894, 227. <<

[184] Petrov, A., 1887, vol. II, 218-228. Para más detalles, *vid*. Langeron, A., 1907-1908, n.º 132 (1907), 153-166; n.º 133 (1908), 711-726; n.º 134 (1908), 225-240. Los rusos tuvieron 2229 muertos y 2550 heridos. Algunos regimientos llegaron a un 90 por ciento de bajas: el 13.er Regimiento de *Jäger* perdió 900 de sus 1100 hombres. Un coetáneo recordó que, al ver cómo se torcía el asalto, «el príncipe Prozorovski se desesperó, lloraba, se dejó caer sobre las rodillas y se arrancaba el pelo. Kutúzov estaba de pie cerca de él, con su compostura habitual. Para consolar al mariscal de campo, le dijo: "A veces pasan cosas incluso peores; yo perdí la batalla de Austerlitz, que decidió el destino de Europa, y, aun así, no lloré"». Prozorovski, preocupado por su futuro después de esta derrota, veía en Kutúzov una amenaza y descargó sobre él y sobre otros oficiales rusos superiores la responsabilidad del fracaso. Kutúzov fue relevado y más tarde actuó como gobernador de Vilna. <<

[185] Parece que la edad de Prozorovski no le permitía comprender la situación correctamente. El 1 de julio informó a los serbios de que Rusia solo les había prometido apoyo diplomático y material, por tanto, el Ejército ruso no defendería a Serbia. Por consiguiente, Prozorovski les aconsejaba «esperar a que el Ejército ruso avanzara a la otra orilla del Danubio». Lo cierto es que el

destacamento de Isaev ya llevaba dos años cooperando con los serbios. Además, la sugerencia de que esperaran al progreso ruso era una muestra de cinismo, puesto que los turcos ya estaban avanzando hacia Belgrado. Prozorovski al Consejo de Estado serbio, 1 de julio de 1809, en Petrov, A., 1887, vol. II, 275. <<

[186] Ivić, A. (ed.), *op. cit.*, vol. VI, 294 y 301-305; Jakšić, G., 1927, 129-133; Petrov, A., 1887, vol. II, 216, 274-275 y 289-300; Janković, D., 1959, 292-303. Ambos bandos lucharon con notable fiereza. En una ocasión, el comandante turco decapitó a varios centenares de serbios y encastró sus cráneos en una «Torre de Calaveras» en Niš. Los restos de esta torre todavía podían verse en la década de 1970. Meriage, L., 1975, 193 (nota); W. S. Vucinich, «The Serbian Insurgents and the Russo-Turkish War of 1809-1812», en Vucinich, W. S. (ed.), *op. cit.*, 141. <<

[187] Vigel, P., 1864, vol. III, 90. <<

[188] Karađorđe a Isaev, 16 de septiembre de 1809, *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.° 11 (1864), 267-268. Bagratión le indicó a Rodofinikin que respondiera a esta carta. *Vid*. Rodofinikin a Karađorđe, 5 de octubre de 1809, *VPR*, vol. V, 238-239; *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.° 11 (1864), 268-270. <<

[189] Rodofinikin a Karađorđe, 5 de octubre de 1809, *VPR*, vol. V, 238-239; Arsenijević-Batalaka, L., 1898-1899, 702-703. También Karađorđe a Isaev, 16 de septiembre de 1809, *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.° 11 (1864), 266-272. <<

[190] Bagratión a Rodofinikin, 18 de diciembre de 1809, *VPR*, vol. V, 684; N. Dubrovin, «Materials for the History of Reign of Alexander», en *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.° 2 (1865), 223-224. <<

[191] Rodofinikin a Bagratión, 24 de octubre de 1809, *VPR*, vol. V, 225. Dubrovin observó que Karađorđe tendía a exagerar los peligros y que no comprendió las acciones rusas durante

1808-1809. Durante las negociaciones con los franceses, los delegados serbios se quejaban de que Rusia no había cumplido sus promesas. Meriage a Champagny, 21 de febrero de 1810, en Bop, O. [Auguste Boppe] (ed.), 1888, 336-338. <<

[192] Karađorđe a Ledoulx, 16 de agosto de 1809, en *ibid*., 118-120. <<

[193] *Vid*. las cartas relevantes en *ibid*., 122-124 y 336-338. <<

[194] Para más detalles de la política de Metternich en el este, *vid*. Popović, V., 1931. <<

[195] Metternich al emperador Francisco, 9 de julio de 1810, en Metternich, K. W. L., *op. cit*., vol. II, 361; véase también su informe del 28 de julio en vol. II, 369-380. <<

[196] Metternich al emperador Francisco, 28 de julio de 1810, en *ibid*., II, 369-371. <<

[197] Martens, F. F., *op. cit*., vol. III, 73-77. <<

[198] Meriage, L., 1975, 197-198; W. S. Vucinich, «The Serbian Insurgents and the Russo-Turkish War of 1809-1812», en Vucinich, W. S. (ed.), *op. cit*., 146-151; Đorđević, M., 1956, 263-265. <<

[199] Canning a Wellesley, 4 de octubre de 1810, en Mijatović, C. (ed.), 1922, 80. <<

[200] *Ibid*., 81. <<

[201] Jakšić, G. y Vučković, V. (eds.), 1957, 71-72. <<

[202] Canning a Wellesley, 4 de octubre de 1810, en Mijatović, C. (ed.), *op. cit*., 81. <<

[203] Karađorđe a Stevan Jevtić, 21 de septiembre de 1810, en Krones, F. X. (ed.), 1890, 128-131. <<

[204] Bagratión a Rodofinikin, 1 de diciembre de 1809; Rofodinikin a Bagratión, 12 de diciembre de 1809, Bagratión a Rumiántsev, 25 de diciembre de 1809 y 10 de enero de 1810, *VPR*,

vol. V, 313, 325-326, 343 y 682; Arsenijević-Batalaka, *op. cit.*, 786-787; Đorđević, M., 1956, 265-271. <<

[205] Hurshid Pachá a Karađorđe, 21 de noviembre de 1809, *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.º 2 (1865), 261-262. <<

[206] Arsenijević-Batalaka, *op. cit.*, 716-722; Đorđević, M., 1956, 270-272. <<

[207] Bagratión a Rumiántsev, 10 de enero de 1810, *VPR*, vol. V, 344. También *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.º 2 (1865), 233. El archimandrita Melentje recibió como presente un anillo de diamantes valorado en 900 rublos; Milos Obrenović y Petar Dobrnjac fueron obsequiados con espadas de oro con inscripciones relativas al valor y los secretarios y otros miembros de la delegación recibieron sumas sustanciales de dinero. El influyente clérigo Leoncio, cabeza de la metrópolis de Belgrado, fue apaciguado con ropajes bordados y una cruz de oro. N. Dubrovin, «Materials for the History of Reign of Alexander», en *Voenny sbornik* [Recopilación militar] n.º 2 (1865), 233-234; Bagratión a Rumiántsev, 10 de enero de 1810, *VPR*, vol. V, 344-345. <<

[208] Bagratión a Rodofinikin, 5 de enero de 1810, *VPR*, vol. V, 335. También había una instrucción anterior, con fecha del 24 de noviembre de 1809, pero no se ha conservado en los archivos. De todos modos, Bagratión repitió parte de esta en su siguiente mensaje a Rodofinikin. <<

[209] Petrov, A., 1887, vol. II, 475-476. <<

[210] Bagratión a Rodofinikin, 5 de enero de 1810, *VPR*, vol. V, 336. <<

[211] Vigel, P., *op. cit.*, vol. III, 91. <<

[212] Mijailovski-Danilevski, A., *op. cit.*, vol. II, 9-59. <<

[213] Otto a Maret, 6 de marzo de 1811, en Jakšić, G. y Vučković, V. (eds.), *op. cit.*, 72-73; Beer, A., *op.cit.*, 253. <<

[214] *Vid*. los detalles del memorando del general Radetzky en Beer, A., *op.cit*., 254. <<

[215] Beer, A., *op. cit*., 225-229. <<

[216] P. Shuválov a Rumiántsev, 9 de febrero de 1811, *VPR*, vol. VI, 44-48. <<

[217] Martens, F. F., *op. cit*., vol. III, 77. <<

[218] *Ibid*., 78. <<

[219] *VPR*, vol. VI, 48-50 y 692-693. <<

[220] Petrov, A., 1887, vol. III, 249-277. <<

[221] Texto del tratado en Noradounghian, G. (ed.), *op. cit*., vol. II, 86-92; *VPR*, vol. VI, 406-417. <<

[1] Hurewitz, J. C., 1956, vol. I, 68-70. Véase también R. Greaves, «Iranian Relations with Great Britain and British India», en Avery, P. *et al*. (eds.), 1991, vol. VII, 375-379; Igamberdyev, M., 1961. <<

[2] Yapp, M., 1980, 36-38. <<

[3] *Vid*. Rayfield, D., 2012, 250-264; Suny, R. G., 1994, 59-69; Togonidze, V., 1951. <<

[4] Alejandro a Tsitsianov, 20 de septiembre de 1802, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. II, 3-4. Alejandro pensaba que la anexión rusa de Georgia permitiría la introducción de los principios de la Ilustración y la modernidad en lo que, para él, era un pueblo atrasado. *Vid*. las Instrucciones imperiales a la Comisión Legal, 27 de mayo de 1802, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. VI, parte 1, 78. <<

[5] Para una buena visión general, *vid*. Gvosdev, N. K., 2000, 99-116. <<

[6] *Vid*. Dubrovin, N., 1871-1888, vol. IV, 1-25, 339-360 y 491-528; Gvosdev, N. K., *op. cit*., 102-106; Lapin, V., 2011. <<

[7] *Vid*. los documentos en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. I, 413-508. <<

[8] «Desde el momento en que el mundo se dividió en cuatro partes, [Georgia] estuvo dentro del Estado iraní», observó el visir jefe de Fath Alí Sah, Hajji Ibrahim. «En la época de los sahs iraníes anteriores, los habitantes [de Georgia] siempre rindieron servicio y obediencia a sus decretos y no fueron nunca parte de los dominios rusos». Hajji Ibrahim a Kovalenskii, s.f. [1800], en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. I, 97. <<

[9] Por ejemplo, Aga Mohamed Kan no reclamó el título de sah hasta después de su campaña de Georgia en 1795, en la que obtuvo la base para sostener que había recuperado los territorios antes vasallos de Georgia y las áreas vecinas. Fue declarado formalmente sah en marzo de 1796. *Vid*. G. Humbly, «Agha Muha-

mmad Khan and the Establishment of the Qajar Dynasty», en Avery, P. *et al*. (eds.), *op. cit*., vol. VII, 129 y 146-147; J. R. Perry, «Āgā Moḥammad Khan Qājār», *Encyclopaedia Iranica* (edición en línea, 1982), disponible en [**www.iranicaonline.org/articles/aga-mohammad-khan**]. Disponemos de una interesante exposición en torno a la realidad política de la incorporación de territorios a la monarquía kayar en Kashani-Sabet, F., 1999. Acerca del concepto cambiante de los «Dominios Protegidos de Irán» desde el siglo XIII, *vid*. A. Ashraf, «Iranian Identity. III: Medieval Islamic Period», en *Encyclopaedia Iranica* (edición en línea, 1982), disponible en [**www.iranicaonline.org/articles/iranian-identity-iii-medieval-islamic-period**]. <<

[10] Ingram, E., 1992, 80-82. «La aversión de los británicos a asumir compromisos en tiempo de paz –observa Ingram– puede que se haya visto reforzada por el pesar que les produjeron las exigencias que el régimen kayar de Persia les planteó durante los veinticinco años posteriores a las Guerras Napoleónicas […]. Igual que otros arreglos similares alcanzados entre británicos y otros pueblos, dejó un legado de amargura y decepción. Los británicos, en espera de que les ofrecieran ayuda, llevaron mal que se la pidieran. Esperaban luchar combatir a Napoleón hasta el último austriaco y defender la India hasta el último persa» (2). <<

[11] *Vid*. Tsitsianov a Kochubei, 12 de octubre de 1804; Tsitsianov a Czartoryski, 29 de junio y 25 de agosto de 1805, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. II, 812-813, 831 y 847. <<

[12] Grigoryan, Z., 1959, 66-76. <<

[13] Dubrovin, N., *op. cit*., vol. IV, 339-369, 392-400, 419-431 y 466-477; Ibragimbeili, K., 1969, 64-65; Teymurova, G., 2016, 48-49. También Ionnisian, A., 1958; Potto, V., 1887, vol. 1; Mahmudov, Y. y Şükürov, K., 2009, vol. I, 356-363. <<

[14] Dubrovin, N., *op. cit.*, vol. IV, 489-490. <<

[15] «También estaba dotado de una habilidad administrativa de primer orden, unida a un espíritu agresivo, avasallador, que le fue de extraordinaria utilidad en sus interacciones con los gobernantes nativos, cristianos y también musulmanes, aunque es bastante probable que, asimismo, contribuyera a su trágico destino y al de uno de sus subordinados más valiosos [...]. [Su inteligencia] le granjeó enemigos poderosos, aunque junto con sus cualidades castrenses y su atención hacia los que le servían bien le ganó el amor y la adoración de prácticamente todo el ejército». Baddeley, J., 1908, 61-62. Para una buena aproximación, *vid.* Atkin, M., 1980, 71-81; Gvosdev, N. K., *op. cit.*, 103-116. <<

[16] Dubrovin, N., *op. cit.*, vol. V, 61-83. <<

[17] Gudóvich a Alejandro, 27 de septiembre de 1807; Gudóvich a Rumiántsev, 27 de septiembre de 1807. Tormásov a Barclay de Tolly, 28 de enero de 1811, en *Akty sobrannye* [...] [Recopilación de actas...], vol. III, 100 y 707; IV, 187-189; Beliavskii, N. y Potto, V., 1901, vol. I, 197 y vol. II, 270-271; Dubrovin, N., *op. cit.*, vol. IV, 436-437 y vol. V, 19, 228-229 y 234. Acerca de la calidad de las tropas rusas en el Cáucaso, *vid.* Atkin, M., *op. cit.*, 104-107. <<

[18] *Vid.* Tsitsianov al almirante Pável Chichágov; Tsitsianov a Pevtsov, 10 de febrero de 1805, en *Akty sobrannye* [...] [Recopilación de actas...], vol. II, 735-737. <<

[19] Caulaincourt a Napoleón, 12 de agosto de 1808, en Mijáilovich, N., gran duque, 1808-1812, vol. II, 280. Véase también el memorando ruso de las negociaciones con Fath Alí Sah en *VPR*, vol. III, 726-727. <<

[20] El memorando ruso de las negociaciones con Fath Alí Sah (1806) está en *VPR*, vol. III, 726-727. <<

[21] Arbuthnot a Adair, 16 de agosto de 1806, citado en Ingram, E., *op. cit.*, 82. <<

[22] Alejandro a Gudóvich, 16 de octubre de 1806, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. III, 420-421. <<

[23] *Ibid*., 435. <<

[24] *Ibid*., 437-438. <<

[25] Gardane, A. de, 1865, 24. Gardane se equivoca al identificar al enviado ruso como «Istifanow». Su nombre era, en realidad, Stepánov y se trataba de uno de los edecanes de Gudóvich. Después de perder veinte días en Tabriz, Stepánov se reunió por fin con el príncipe heredero Abbas Mirza el 4 de enero de 1807, justo cuando el enviado iraní negociaba con los franceses en Polonia. Después de otro retraso de tres semanas le permitieron continuar su viaje a Teherán, donde se le mantuvo casi seis meses sin llegar a encontrarse nunca con el sah. <<

[26] *Vid*. AE, «Turquie», 207; Napoleón a Talleyrand, 28 de septiembre de 1803, en *CN*, vol. IX, 4. <<

[27] Dehérain, H., 1930, vol. II, 25 y ss.; Napoleón a Talleyrand, 21 de mayo de 1804 y 20 de marzo de 1805, en *CN*, vol. IX, 357; X, 238. <<

[28] Napoleón a Talleyrand, 9 de junio de 1806, en *CN*, vol. XII, 449-450. <<

[29] *Ibid*., 19 de marzo y 7 de abril de 1805, en *ibid*., vol. X, 237 y 292-293. <<

[30] Gotteri, N., 1993, 411-456 y 476-564; Amini, I., 1999, 65-75; Voogd, C. de, 1981, 249. <<

[31] Dehérain, H., 1930, vol. II, 30-31. <<

[32] Alexander Stratton a Harford Jones, 14 de junio de 1805, en Stewart, R., 1848-1853, vol. V, 420. <<

[33] Napoleón a Fath Alí Sah, 16 de febrero de 1806, en *CN*, vol. X, 148-149. <<

[34] Balaian, B., 1988, 45-46; Puryear, V. J., 1951, 57. <<

[35] El informe de Romieu está en AE, Correspondance Politique, «Perse», IX. Una versión condensada del informe aparece citada en Amini, I., *op. cit.*, 72 y ss. El reporte de Romieu se incorporó más adelante a una obra que tuvo mayor influencia, el *Tableau general de la Perse modern*. Esta extensa obra de Jean Rousseau aportó a Napoleón información detallada de la historia, la geografía, la política, las tradiciones y otras facetas de la realidad iraní y, por tanto, contribuyó al perfilado de la política francesa en Irán. Para una aproximación a fondo, *vid*. Natchkebia, I., 2015, 115-125. <<

[36] Jaubert, P.-A., 1821, 17-68; Puryear, V. J., *op. cit.*, 46-52, 55-56 y 155-157. El historiador armenio Balaian sostiene que los agentes británicos habían convencido a Mohamed Pachá de Bayazid de que detuviera al enviado francés. Balaian, B., *op. cit.*, 47. <<

[37] Fath Alí Sah a Napoleón, diciembre de 1806, AN AE/III/215; Amini, I., *op. cit.*, 76-89. <<

[38] Napoleón a Talleyrand, 13 de marzo de 1807, en *CN*, vol. XIV, 437. <<

[39] Documentos relacionados: Tratado de alianza defensiva, 4 de mayo de 1807, AN AE/III/54/a; Napoleón a Fath Alí Sah, 17 de enero y 3 de abril de 1807; Napoleón a Talleyrand, 27 de abril de 1807, en *CN*, vol. XIV, 207 y vol. XV, 15 y 152. <<

[40] Napoleón a Fath Alí Sah, 17 de enero de 1807, en *CN*, vol. XIV, 207. <<

[41] Tratado de alianza defensiva, 4 de mayo de 1807, AN AE/III/54/b; Driault, E., 1904, 170 y ss.; Amini, I., *op. cit.*, 205-208. <<

[42] Gardane era nieto de Ange de Gardane, que fue legado de Luis XIV en la corte safávida a principios del siglo XVIII. Entre la partida de Jaubert y la llegada de Gardane, varios emisarios franceses distintos visitaron Irán –Joseph-Marie Jouannin, Au-

guste de Bontemps-Lefort, Jean-Baptiste-Louis-Jacques Rousseau y Xavier de La Blanche–, lo que nos da muestra de la intensidad del interés de Napoleón por este reino. <<

[43] «Instructions pour le General Gardane», 10 de mayo de 1807, *CN*, vol. XV, 210-214; Gardane, A. de, *op. cit.*, 27-29 y 81-99. Véase también Napoleón a Fath Alí Sah, 20 de abril y 5 de mayo de 1807, en *CN*, vol. XV, 119-120 y 191. <<

[44] La delegación francesa contaba con alrededor de tres docenas de individuos, entre ellos seis intérpretes, un médico, tres misioneros y trece militares (cuatro capitanes de ingenieros, uno de infantería y otro de caballería, dos tenientes de artillería y dos del cuerpo de ingenieros-geógrafos y tres sargentos mayores). Gardane, A. de, *op. cit.*, 103-105; Voogd, C. de, *op. cit.*, 253; Amini, I., *op. cit.*, 104-105. <<

[45] Dubrovin, N., *op. cit.*, vol. V, 127-179. Véase también Kortua, N., 1964. <<

[46] *Vid.* la carta de Abbas Mirza en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. III, 436-437. <<

[47] *Vid.* Gardane, A. de, *op. cit.*, 106-109; Dehérain, H., 1923, 249-282. <<

[48] AE, «Perse», IX. Véase también Gardane, A. de, *op. cit.*, 106-107. <<

[49] Jones, H., 1834, vol. I, 256. Véase también Ward, S. R., 2009, 74-75. <<

[50] Fath Alí Sah a Napoleón, s.f. [*ca.* 1806], citada en Atkin, M., *op. cit.*, 126. Véase también la Convención entre Francia e Irán, firmada el 21 de enero de 1808, en cuanto a la entrega de mosquetes de Francia a Irán, AE/III/55. <<

[51] Amini, I., *op. cit.*, 195-196. <<

[52] Artículo 4 del tratado; *ibid.*, 206. <<

[53] AE, «Perse», IX. <<

[54] Para más detalles, *vid*. AE, «Perse», IX y X, donde se encuentra el reporte de Gardane de la audiencia con el sah y sus informes al Ministerio de Asuntos Exteriores. Véase también Gardane, A. de, *op. cit*., 167-170 y 275-277. Para un debate en profundidad, *vid*. Driault, E., *op. cit*., 126, 135, 142-148 y 152. <<

[55] Caulaincourt a Napoleón, 12 de agosto de 1808, en Mijáilovich, N., gran duque, *op. cit*., vol. II, 280. <<

[56] *Vid*. Gudóvich a Budberg, 29 de septiembre de 1806 (con una carta de un alto funcionario kayar); Alejandro a Gudóvich, 16 de octubre de 1806, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. III, 419-421. <<

[57] *Vid*. la correspondencia de Gudóvich con el emperador Alejandro, el canciller Rumiántsev y otros altos funcionarios en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. III, 425-426, 429-430, 433-446, 449-451, 456-464 y 485-486. <<

[58] Lord Minto al coronel Barry Close, 11 de octubre de 1807, en Minto, G. E., lord, 1880, 51. <<

[59] *Ibid*., 110-111. Acerca de los temores de Minto de una invasión francesa, *vid*. 101-110. <<

[60] Kaye, J. W., 1856, vol. I, 420-421. <<

[61] Amini, I., *op. cit*., 140-146. <<

[62] AE, «Perse», X. <<

[63] *Ibid*. <<

[64] *Ibid*. <<

[65] Para una concisa aproximación a la misión de Lajard, *vid*. Amini, I., *op. cit*., 153-156. <<

[66] Diario de las operaciones rusas en RGVIA, f. VUA, d. 4265, ll. 41-102; Dubrovin, N., *op. cit*., vol. V, 200-227. <<

[67] «O deistviyakh frantsuzskoi missii v Persii» [Sobre las acciones de la misión francesa en Persia], 23 de noviembre de 1808; RGVIA, f. VUA, d. 4265, ll. 41-43; Rumiántsev a Ale-

jandro I, diciembre de 1808, RGVIA, f. VUA, d. 4265, ll. 44-54b. <<

[68] Gudóvich al mayor-general Ajverdov, 6 de noviembre de 1808; Gudóvich a Alejandro, 23 de diciembre de 1808, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. III, 241 y 252-264; Beliavskii, N. y Potto, V., *op. cit.*, vol. I, 251-257 y 303-308. Véase también Caulaincourt a Napoleón, 22 de febrero de 1809, en Mijáilovich, N., gran duque, *op. cit.*, vol. III, 100-101. <<

[69] *Vid.* los informes de Gardane, Felix Lajard (tercer secretario en la misión de Gardane) y Joseph Jouannin (cónsul francés en Irán) en AE, «Perse», X. <<

[70] Gardane, A. de, *op. cit.*, 234; Amini, I., *op. cit.*, 157-159. <<

[71] Gardane, A. de, *op. cit.*, 235-236. <<

[72] AE «Perse», X. <<

[73] Amini, I., *op. cit.*, 170-179. <<

[74] AE, «Perse», XI. <<

[75] Aitchison, C. U., 1862-1866, vol. VII, 117-120. El tratado preliminar se formalizó con el Tratado de Amistad y Alianza en marzo de 1812. *Vid. ibid.*, vol. VII, 122-126. También Jones, H., *op. cit.*, vol. I, 185-200; Savory, R. M., 1972, 34-40. <<

[76] Jones, H., *op. cit.*, vol. I, 200 y ss. <<

[77] Tormasdov a A. Prozorovskii, 17 de abril de 1809, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. IV, 631-632. <<

[78] *Vid.* Tormásov a Rumiántsev, 10 de junio de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 6184, ll. 38-45; Tormásov a Arakchéyev, 22 de septiembre de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 4267, ll. 1-8b; Tormásov a Rumiántsev, 22 de septiembre de 1809, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. IV, 693-696. Véase también Teymurova, G., *op. cit.*, 51-54. <<

[79] Tormásov a Arakchéyev, 22 de septiembre de 1809, RGVIA, f. VUA, d. 4267, ll. 1-8b; Tormásov a Rumiántsev, 22 de septiembre de 1809, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. IV, 693-696. Véase también Kortua, N., *op. cit*. <<

[80] Berdzenishvili, N., 1958, vol. I, 407-408; Jachapuridze, G. V., 1950, 98-99. Véase también Butkov, P., 1869, vol. III, 392-393; Dubrovin, N., *op. cit*., vol. V, 252-318. <<

[81] AE, «Perse», t. XIII, 1810, f. 322. <<

[82] Villemain, A., 1854, vol. I, 175-180. Para una visión amplia de la diplomacia franco-georgiana, *vid*. Tabagoua, I., 1972, 106-118; Tabagoua, I., 1974; GümüŞ, N., 2006; Mikaberidze, A., «Franco-Georgian Diplomatic Relations, 1810-1811», en The Napoleon Series [**http://napoleon-series.com/research/government/diplomatic/c_georgia1.html**]. <<

[83] Tormásov a Barclay de Tolly, 26 de mayo de RGVIA, f. VUA, d. 6186, ll. 19-24. <<

[84] Beliavskii, N. y Potto, V., *op. cit*., vol. II, 191-206 y 243-268; Petrov, A., 1887, vol. III, 207-229; Teymurova, G., *op. cit*., 54-55. <<

[85] Tormásov a Barclay de Tolly, 12 de septiembre de 1811, RGVIA, f. VUA, d. 6192, ll. 96-102. <<

[86] Beliavskii, N. y Potto, V., *op. cit*., vol. II, 269-286. <<

[87] Paulucci a Barclay de Tolly, 7 de noviembre de 1811, RGVIA, f. VUA, d. 6192, ll. 116-119; Paulucci a Alejandro, 8 de abril de 1812; Paulucci a Barclay de Tolly, 15 de marzo de 1812, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. V, 177-180 y 191-192; Dubrovin, N., *op. cit*., vol. V, 435-437; Beliavskii, N. y Potto, V., *op. cit*., vol. II, 287-315. <<

[88] Ingram, E., *op. cit*., 164-167. <<

[89] Rusia ofreció reconocer el kanato de Talysh como territorio neutral que sirviera de tampón entre ambos imperios. Sin embargo, esto habría exigido que Teherán aceptara la pérdida de

Georgia y de gran parte de la Caucasia oriental. *Vid*. la correspondencia relacionada en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. V, 662-670. <<

[90] *Vid*. las quejas de los habitantes de Gareji, Machjaani, Kakabeti, Vejini, Zegani y otros pueblos, marzo de 1812, en Khantadze, S. (ed.), 1999, 30, 41-42, 47, 54, 57-58, 67, 84, 89 Y 103-104. Para un debate acerca de los problemas del gobierno civil ruso, *vid*. Ivanenko, V., 1901, 76 y ss. <<

[91] *Vid*. Gelashvili, A., 2010; Tsintsadze, D., 1999. <<

[92] Beliavskii, N. y Potto, V., *op. cit*., vol. II, 304-308. <<

[93] Rtischev a Alejandro, 12 de noviembre de 1812, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. V, 684-686; Beliavskii, N. y Potto, V., *op. cit*., vol. II, 459-470; Sollogub, V., 1836, 116-122; Baddeley, J., *op. cit*., 88-89. <<

[94] Dubrovin, N., *op. cit*., vol. VI, 39-100. Véase también *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. V, 697-700, 702-703 y 710-711. <<

[95] Ouseley a Castlereagh, 10 de julio de 1813, citada en Atkin, M., *op. cit*., 141. <<

[96] Rtischev a Rumiántsev, 1 de diciembre de 1813, en *Akty sobrannye* […] [Recopilación de actas…], vol. V, 739-747. <<

[97] *Vid*. el texto del tratado en Hurewitz, J. C. (ed.), 1979, vol. I, 197-199. <<

[98] M. E. Nezam-Mafi, «Qajar Iran (1795-1921)», en Daryaee, T. (ed.), 2012, 323. <<

[99] Con este nuevo sistema *bunichah*, Abbas Mirza instauró una forma de reclutamiento obligatorio por el que se exigía a cada provincia la aportación de un número concreto de reclutas. La cuota se calculaba según la extensión de los terrenos cultivados y se reforzada con alistamientos voluntarios y mediante la incorporación de pequeños contingentes tribales. <<

[1] Si se contabiliza solo el tonelaje de los veleros de más de 500 toneladas. *Vid*. los datos en Glete, J., 1993, ap. 2, vol. II, 553-695. <<

[2] Thompson, L. M., 1990, 35-36; Elphick, R. y Giliomee, H. (eds.), 1979, 93-100 y 136-138. <<

[3] Hughes, B., 2013, 12-21. <<

[4] Thompson, L. M., *op. cit*., 54-56. Véase también Freund, W. M., 1979, 329-330. <<

[5] *Vid*. Rydjord, J., 1972, 154 y 202-203. Acerca del periodo anterior, *vid*. Kaufmann, W., 1951, 1-17. <<

[6] Robertson, W. S., 1929, vol. I, 282-283. <<

[7] Rydjord, J., *op. cit*., 235. <<

[8] Robertson, W. S., *op. cit*., vol. I, 293-327; Racine, K., 2003, cap. 5. <<

[9] Acerca de Popham, *vid*. Popham, H., 1991. <<

[10] Popham al secretario del Almirantazgo, Marsden, 30 de abril de 1806, en Hook, T. E., 1832, vol. II, 142-143. Popham recordó más tarde que, en 1805, «tuvo una larga conversación con [el primer ministro] acerca del proyecto original de la expedición a Sudamérica, durante el curso de la cual el señor Pitt me informó de que, por el estado en que se hallaba entonces Europa y la confederación que en parte ya estaba formada y que se continuaba formando contra Francia, había gran nerviosismo por conseguir, mediante una negociación amistosa, separar a España de su conexión con esa potencia y, hasta que se supieran los resultados de ese intento, era deseable suspender todas las operaciones hostiles en Sudamérica. Sin embargo, en caso de que se fracasara en este propósito, su intención era abordar el proyecto original». *Minutes of a Court Martial, Holden on Board His Majesty's Ship Gladiator in Portsmouth Harbor* [...], London, Longman, 1807, 80. <<

[11] Gillespie, A., 1818, 28-29. Para una buena visión general de la expedición, *vid*. Hughes, B., *op. cit*., 24-25; Davey, J., 2016, 147-172. <<

[12] Popham al alcalde y ayuntamiento de Birmingham, 1 de julio de 1806, en Duncan, A. (ed.), 1806, vol. V, 349; *The Naval Chronicle for 1806*, London, Joyce Gold, 1806, vol. XVI, 373-374. Véase también la carta de Popham del 20 de julio de 1806 a Miranda en Robertson, W. S., *op. cit*., 323-324. <<

[13] Para una interesante aproximación a la situación económica en Buenos Aires, *vid*. Johnson, L. L., 2011. <<

[14] *A la reconquista de la capital de Buenos Aires por las tropas de mar y tierra, á las órdenes del capitan de Navio, Don Santiago Liniers, el 12 de agosto de 1806*, Buenos Aires, Niños Expósitos, 1806. Estudios en inglés: Hughes, B., *op. cit*.; Fletcher, I., 1991; Grainger, J. D., 1996 y 2015. <<

[15] *Vid*. Salas, A. M., 1981, 476-510; Saguí, F., 1874, 65-88 y 484-512; Biedma, J. J. (ed.), 1914, 611-623; Lozier Almazán, B., 1990, 150-161. <<

[16] *Vid*. el documento 464 en *1806-1807 Invasiones Inglesas al Río de la Plata: aporte documental*, 2006, 50-51. <<

[17] Para más detalles, *vid*. Pueyrredón, C., 1953, 35-36; Salas, A. M., *op. cit*., 371-372; Biedma, J. J. (ed.), *op. cit*., vol. 440-450; Instituto de Estudios Históricos, *La reconquista y defensa de Buenos Aires, 1806-1807*, Buenos Aires, Editores Peuser, 1947, 476. <<

[18] Johnson, L. L., *op. cit*., 262-271. <<

[19] El Gobierno aprobó «la juiciosa, competente y valerosa conducta» de las tropas británicas, pero desaprobó el propio ataque por haberse emprendido sin su autorización. *Minutes of a Court Martial* […], *op. cit*., 54-56 y 69-70. <<

[20] Grenville a lord Auckland, 5 de junio de 1806, en *Dropmore Papers*, vol. VIII, 179. <<

[21] Auckland a Grenville, 1 y 14 de septiembre y 25 de noviembre de 1806, en *ibid*., vol. VIII, 302, 332 y 441-342. <<

[22] Carta de Howick a Morpeth, 24 de septiembre de 1806, citada en Trevelyan, G. M., 1920, 151. <<

[23] Windham a Grenville, 11 de septiembre de 1806, *Dropmore Papers*, vol. VIII, 321. <<

[24] Para conocer los detalles, *vid*. Grenville a Buckingham, de octubre de 1806, Villiers, G., 1855, vol. III, IV, 79-80; memorandos de Arthur Wellesley del 2 al 21 de noviembre de 1806, *Dropmore Papers*, vol. IX, 481-492. También *Dropmore Papers*, vol. VIII, 386-387 y 418-420; Wellington, A., 1860, vol. VI, 35-39 y 40-55. <<

[25] Memorando de Wellesley del 20 de noviembre de 1806, Wellington, A., *op. cit*., vol. VI, 50. <<

[26] Mi exposición de los acontecimientos en el Caribe y el Atlántico se basa sobre todo en Johnson, K. G., 2016, 387-475; Clowes, W. L. *et al*., 1997, vol. 5; Chevalier, L. E., 1886; Gardiner, R., 1998 y 2001; James, W., 2002, vols. III-V. <<

[27] WO 1/146 West Indies and South America, ix, Surinam, vol. I: *b. Governor's dispatches, 1801-1802; dispatches on recapture in 1804*. Mi agradecimiento a Martijn Wink por compartir detalles (y copias de documento) de su investigación acerca de la caída de Surinam en 1804. <<

[28] Cita extraída de K. D. McCranie, «Britain's Royal Navy and the Defeat of Napoleon», en Leggiere, M. V. (ed.), 2016, 476. <<

[29] Allemand esquivó los esfuerzos por interceptarlo, capturó un buque de guerra británico, tres embarcaciones menores y más de cuarenta mercantes para regresar triunfalmente a Rochefort en noviembre de 1805. Chevalier, L. E., *op. cit*., 240-241. <<

[30] *Ibid*., 260-263. <<

[31] Johnson, K. G., 2016, 430. <<

[32] Chevalier, L. E., *op. cit.*, 264-266. <<

[33] James, W., *op. cit.*, vol. IV, 190-203; Chevalier, L. E., *op. cit.*, 251-255. <<

[34] Napoleón a Berthier, 31 de marzo de 1806, en *CN*, vol. XII, 246-247. <<

[35] Johnson, K. G., 2016, 434. En total, estas operaciones le costaron a Francia 7 navíos, 6 fragatas y 7 bergantines o corbetas, además de 1700 hombres que resultaron muertos o heridos y 4800 que cayeron prisioneros. <<

[36] *Ibid.*, 437. <<

[37] Mackesy, P., 1957, 249-254. <<

[38] Stewart, R., 1848-1853, vol. VIII, 87. <<

[39] Acerca de Curazao, *vid.* P. A. Euwens, «Een Engelsch gourveneur van Curaçao», *De West-Indische Gids*, 1924-1925, 461-464; P. A. Euwens, «De eerste dagen van het Engelsche bewind op Curaçao in 1807», *De West-Indische Gids*, 1924-1925, 575-581; B. De Gaay Fortman, «De Kolonie Curaçao Onder Engelsch Bestuur Van 1807 Tot 1816», *De West-Indische Gids*, 1944-1945, 229-246. Acerca del impacto de la invasión británica en Santo Tomás, San Juan y Santa Cruz, *vid.* Hall, N. A. T., 1992. <<

[40] James Lucas Yeo al Almirantazgo, 15 de enero de 1809, *The Naval Chronicle*, vol. XXI, 337-341; James, W., *op. cit.*, vol. V, 209-213. <<

[41] Johnson, K. G., 2006, 246-265. Durante el asedio de Fort Desaix, los británicos dispararon más de 8000 bombas, 2000 granadas y 4000 balas de cañón, que destruyeron casi por completo el fuerte y sus alrededores. <<

[42] Burns, A., 1965, 586-587. <<

[43] Los franceses continuaron produciendo bajeles con tal eficiencia que un comandante británico llegó a hablar de «otra ma-

rina que, como por arte de magia, saltaba desde los bosques a la costa». Brenton, E. P., 1837, vol. II, 112. <<

[44] *The Monthly Magazine or British Register* XXXII (1811), parte II, 73. Véase también *The Naval Chronicle*, vol. XXVI, 158; Glover, R., 1967, 233-252. <<

[45] Para un debate interesante, *vid*. Macdonald, J., 2010; Davey, J., 2015, 160-206. <<

[46] Albion, R. G., 1927, 20-32; Davey, J., 2012, 55-73 y 173-192; Dancy, J. R., 2015, 28-29; Clowes, W. L. *et al*., *op. cit*., vol. V, 10. El número de navíos de línea había crecido desde 111 en 1803 a 120 en 1806 y a 127 en 1809, pero luego descendió a 118 en 1814. <<

[47] La mayoría de estos éxitos data de 1809, cuando un ataque británico con brulotes en la rada de Aix destruyó tres navíos de línea. En el Caribe, el navío galo d'Haupoult fue apresado en abril de 1809, mientras que en el Mediterráneo el almirante George Martin lograba destruir dos navíos en octubre de ese año. Tres años después, en febrero de 1812, los franceses perdieron también el Rivoli, de 74 cañones, durante su viaje inaugural en el norte del Adriático. <<

[48] Cochrane Dundonald, T. B. y Fox Bourne, H. R., 1869, vol. I, 12. <<

[49] Cordingly, D., 2007. <<

[50] Cochrane Dundonald, T. B. y Fox Bourne, H. R., *op. cit*., 16. <<

[51] Cochrane exhortó a Gambier a continuar el asalto, pero recibió instrucciones de partir hacia Gran Bretaña con despachos que describieran la acción con detalle. En Londres, Cochrane fue ensalzado como un héroe y nombrado caballero, pero no dejó de hacer pública su frustración ante el fracaso de Gambier en la aniquilación de los franceses. Esto puso prácticamente fin a su carre-

ra profesional, ya que no volvió a ostentar un mando y no se le permitió volver al mar. <<

[52] Mostert, N., 2008, 569. <<

[53] Acerca de los detalles, *vid*. Brenton, J., 1846, 319-372. <<

[54] Osler, E., 1854, 173. <<

[55] «La estimación más elevada del valor relativo de un tres puentes [100 cañones o más] ante un dos puentes [64-80 cañones] es la de [el almirante] Jervis, quien, después de la batalla del cabo de San Vicente, escribió que él consideraba más valiosos los dos buques de primera clase españoles capturados que seis franceses de dos puentes». Mackesy, P., *op. cit*., xiii. <<

[1] La literatura disponible acerca del imperialismo británico en la India es ingente. En mis exposiciones he confiado especialmente en Marshall, P. J. (ed.), 1998; Bowen, H. V., 2006; Watson, I., 1980; Bayly, C. A., 1988; Chaudhuri, K. N., 1978. <<

[2] Seeley, J. R., 1883 (reimpr. 2010), 8. <<

[3] Acerca de los motivos de la expansión imperial, *vid*. Porter, B., 2004; Parsons, T. H., 2010; Brendon, P., 2007. <<

[4] Para una historia general de la Compañía Británica de las Indias Orientales, *vid*. Wild, A., 2000. <<

[5] Parsons, T. H., *op. cit*., 173. <<

[6] *Vid*. Webster, A., 2009; Sen, S., 1998; Lawson, P., 1993. <<

[7] Ward, P. A., 2013, 2. <<

[8] *Vid*. Marshall, P. J. (ed.), *op. cit*., 1987, 77-92; Baugh, D., 2011, 282-297; Marshall, P. J., 1976. <<

[9] Furber, H., 1993; Philips, C. H., 1937. <<

[10] *The Parliamentary Register or History of the Proceedings and Debates of the House of Commons*, 1784-1796, vol. XXIII, 301; *The Parliamentary History of England from the Earliest Period to the Year 1803*, 1806-1830, vol. XXIV, 1094. La Junta de Control contaba con seis miembros, entre ellos el secretario de Estado y el canciller del Tesoro (Chancellor of the Exchequer) británicos. El Comité Secreto solo tenía tres miembros. Foster, W., 1917; Philips, C. H., 1940, 699-700. <<

[11] *Vid*. Dirks, N. B., 2006; Bowen, H. V., *op. cit*. <<

[12] Bayly, C. A., 2004. <<

[13] Según Geoffrey Parker, los esfuerzos indios para ponerse al nivel de las potencias occidentales adoptando sus tácticas militares y armamentos fueron otro ejemplo histórico más del «demasiado poco, demasiado tarde». R. G. S. Cooper sostiene que la derrota india se debió en alto grado a la ineficacia de su estructu-

ra de mando y a la falta de un cuerpo de oficiales institucionalizado. Parker, G., 1988, 136; Cooper, R. G. S., 1989, 38. <<

[14] Para más detalles, *vid*. Touche, M. de la, 1848; Fernandes, P., 1991. <<

[15] Pitre, K. G., 1990, 135. Como ha observado el historiador británico P. J. Marshall, «La victoria del futuro duque de Wellington en Assaye, en 1803, no fue un triunfo de las superiores tecnología y organización occidentales más fácil de lo que había sido el de Francisco de Almeida en Diu en 1509». Marshall, P. J., 2001, 133. <<

[16] Black, J., 1999, 132. También Black, J., 2004, 139-140; Black, J., 1994. <<

[17] *Vid*. los caps. 1-3 de Dirks, N. B., *op. cit*. <<

[18] Para más detalle, *vid*. Kumar, D. y Desai, M., 1983, 3-35 y 242-352. <<

[19] Wellesley «recibió la Compañía de las Indias Orientales como un organismo comercial, pero la dejó convertida en una potencia imperial». *Encyclopedia Britannica*, 11.ª ed. (1910-1911), vol. XXVIII, 506. <<

[20] Solo el formidable Ranjit Singh (que reinó entre 1801 y 1839) del Imperio sij (en el noroeste de la India) fue capaz de mantener a raya a los británicos durante dos generaciones más. Grewal, J. S., 1998, 99-127. Véase también Barua, P., 1994, 610-613. <<

[21] Duffy, M., 1998, vol. II, 202. <<

[22] Contamos con una exposición excelente en Ward, P. A., *op. cit*. <<

[23] Castlereagh a Wellesley, 16 de marzo de 1803, en Wellesley, R. 1837-1840, vol. III, 290. <<

[24] Spear, T. G. P., 1978, 114. La dotación del Ejército regular británico en la India pasó de 10 000 hombres en 1796 a más de

26 000 en 1801. Fortescue, J. W., 1906-1930, vol. IV, 719-720 y 938-939. <<

[25] Hoover, J. W., 2007; Chinnian, P., 1982; Gupta, M., 1986. <<

[26] Elphinstone, M., 1815, 1. Vemos un parecer similar en Henry Dundas, que quería «excluir a los franceses de todas las conexiones y posesiones en Asia [...] que pudieran facilitarles los medios [...] para dirigir los esfuerzos de algún contingente de tropas considerable contra nuestros territorios indios». Cita tomada de Ingram, E., 1984, 132. <<

[27] Para una aproximación excelente a la política exterior de Minto, *vid*. Das, A., 2016. <<

[28] Ingram, E., *op. cit*., 130-149; Colebrook, T. E., 1884, vol. I, 187-229; Crews, R. D., 2015, 58-59. <<

[29] Para profundizar, *vid*. Chaudhuri, K. N., 1985; Machado, P., 2014. <<

[30] *Vid*. Suzuki, Y., 2012. <<

[31] Beasley, W. G., 1989, 261. <<

[32] Encontramos detalles interesantes en Doeff, H., 1833. Doeff fue el residente diplomático jefe holandés en Japón desde 1804 a 1817. <<

[33] Aston, W. G., 1879, 329. <<

[34] Doeff, H., *op. cit*., 161-164; Aston, W. G., 1879, 330-340; Wilson, N., 2010, 15-16. Véase también Beasley, W. G., 1951, 5-7. <<

[35] Raffles, S., 1929, 142-143. <<

[36] Wilson, N., *op. cit*., 1-32. <<

[37] La primera prueba de importancia para esta ley fue el incidente del Morrison (*Morison-gō Jiken*) en 1837. Un mercante estadounidense así llamado entró en aguas japonesas y las defensas de costa abrieron fuego contra él. <<

[38] Sugimoto, M. y Swain, D. L., 1989, 332-333. <<

[39] Lensen, G. A., 1950. <<

[40] «A Memorandum from Count Alexander Vorontsov and Count Alexander Bezborodko Concerning Russia's Rights to the Islands and Coasts of North America Which Were Discovered by Russian Seafarers», en Dmytryshyn, B., 1988, vol. II, 321-324. <<

[41] Atherton, G., 1909, 651-657; McOmie, W., 2011. <<

[42] Sgibnev, A., 1869, 58. <<

[43] Barratt, G., 1981, 143-146; Lensen, G. A., 1959, 161-169; Aston, W. G., 1874. <<

[44] Cullen, L. M., 2003, 147-148. <<

[45] Wilson, N., *op. cit.*, 27. <<

[46] Los sobrecargos eran comerciantes que ostentaban una comisión de la Compañía Británica de las Indias Orientales para comerciar con sus equivalentes chinos. <<

[47] Cheng, P., Lestz, M. y Spence, J. (eds.), 1999, 106. <<

[48] Morse, H. B., 1926, vol. II, 68. Para una aproximación a los portugueses en Macao, *vid*. Martins do Vale, A. M., 1997; Hariharan, S., 2006 y 2007. <<

[49] Hariharan, S., 2006, 133-143. <<

[50] Hariharan, S., 2010, 193. <<

[51] Maybon, M. C. B., 1906, 302; Wang, W., 2014, 235-236; Chengkang, F., 1996, 179-180. <<

[52] Wellesley a James Drummond, 20 de noviembre de 1801, en Wellesley, R., *op. cit.*, vol. II, 611-614; Wellesley al virrey de Goa, 17 de enero de 1802, *en Journal of the Bombay Branch of the Royal Asiatic Society* XIII (1877), 118-119; Hariharan, S., 2010, 185-196; Coates, A., 2009, 92. <<

[53] Maybon, M. C. B., *op. cit.*, 305-306. <<

[54] *Ibid.*, 307-309; Wakeman, F., 2004, 28-29. <<

[55] Ward, P. A., *op. cit.*, 82-83. <<

[56] Morse, H. B., *op. cit.*, vol. III, 85-88; Wang, W., *op. cit.*, 237-240. <<

[57] Las claves del planteamiento británico pueden observarse en la pequeña colección de documentos conservada en el departamento India Office Records de la British Library: «Papers regarding the combined Naval and Military Expedition sent from India to Macao in September 1808 to forestall a possible French occupation», IOR/F/4/307/7025. <<

[58] Select Committee's report to the Secret Committee [Informe del Comité Selecto al Comité Secreto], 30 de marzo de 1809, en Morse, H. B., *op. cit.*, vol. III, 96. La principal función del Comité Selecto, integrado por sobrecargos, era facilitar la llegada de los buques de Gran Bretaña a la India al inicio de la temporada comercial, vender las mercancías británicas, comprar mercancías chinas que se embarcaban en los buques que iban a volver y preparar el regreso de los barcos al final de la temporada. <<

[59] Informe del Comité Selecto al Comité Secreto, 16 de agosto de 1808, en *ibid.*, vol. III, 87. <<

[60] El virrey Francisco António da Veiga Cabral partió de la India en 1806 y fue reemplazado por Bernardo José Maria de Lorraine y Silveira, que tuvo las manos atadas por la presencia de una potente fuerza británica en Goa. La ocupación británica le fue impuesta a Cabral por Wellesley con el pretexto de protegerlo de los franceses. <<

[61] Cita tomada de Parkinson, C. N., 1954, 321-322. <<

[62] Para los detalles, *vid.* «Papers regarding the combined Naval and Military Expedition sent from India to Macao in September 1808 to forestall a possible French occupation», IOR/F/4/307/7025. <<

[63] Goscha, C., 2016, 41-46; Steinberg, D. J. (ed.), 1987, 128; Maybon, M. C. B., *op. cit.*, 313-315; Lamb, A., 1970, 175 y 189-195. Interesante aproximación comparativa en Lieberman, V., 2003, 25, 60 y 352. <<

[64] Maybon, M. C. B., *op. cit.*, 313-315; Zeeman y Bletterman a Felix de St. Croix, 25 de febrero de 1809, AE, MD Asie XX (Indes Orientales, Chine, Cochinchine); Silva Rego, A. da, 1970, 336-337; Magalhães, J., 1999, 58; Coates, A., *op. cit.*, 97-98. Véase también Hariharan, S. y Hariharan, P. S., 2013, 90-92. <<

[65] Hariharan, S. y Hariharan, P. S., *op. cit.*, 91-92; Zeeman a Bletterman a Felix de St. Croix, 25 de febrero de 1809, AE, Mémoires et Documents, Asie XX (Indes Orintales, Chine, Cochinchine). Los portugueses continuaban al cargo del gobierno de Macao y el movimiento de las tropas y los barcos británicos necesitaba de su aprobación. La presencia británica tenía que ser sancionada por la Corona portuguesa antes de dos años o por el virrey antes de un año. <<

[66] Beveridge, H., 1862, vol. II, 846. Para conocer el punto de vista portugués, *vid*. Magalhães, J., *op. cit.*, 58. <<

[67] Drury al gobernador general chino, 14 de octubre de 1808, citada en Hariharan, S. y Hariharan, P. S., *op. cit.*, 95. <<

[68] Wang, W., *op. cit.*, 242; Morse, H. B., *op. cit.*, vol. III, 87-88; Maybon, M. C. B., *op. cit.*, 316. <<

[69] El Comité Selecto a Drury, 23 de octubre de 1808, citada en Hariharan, S. y Hariharan, P. S., *op. cit.*, 95. <<

[70] Zeeman y Bletterman a Felix de St. Croix, 25 de febrero de 1809, AE, MD Asie XX (Indes Orintales, Chine, Cochinchine). Véase también Parkinson, C. N., *op. cit.*, 328-330. <<

[71] Morse, H. B., *op. cit.*, vol. III, 89-90. <<

[72] Fu, L.-S. (ed.), 1967, 369-370. Véase también Wang, W., *op. cit.*, 243-244; Maybon, M. C. B., *op. cit.*, 317; Morse, H. B.,

op. cit., vol. III, 87-91. <<

[73] En su descripción de los sucesos de septiembre a diciembre de 1808, los comerciantes holandeses en Macao se refieren a «la ridícula expedición inglesa». Zeeman y Bletterman a Felix de St. Croix, 25 de febrero de 1809, AE, MD Asie XX (Indes Orintales, Chine, Cochinchine). <<

[74] Cita tomada de Hariharan, S. y Hariharan, P. S., *op. cit.*, 108-109. <<

[75] Maybon, M. C. B., *op. cit.*, 325. <<

[76] Exposición interesante en Chaudhuri, K. N., 1978, 140 y 79-130. <<

[77] *Vid.* Cuenca Esteban, J., 2001. <<

[78] Prentout, H., 1901, 61-267. <<

[79] Nicolini, B., 2004, 94; Kelly, J. B., 1968, 75; Prentout, H., *op. cit.*, 332-334. <<

[80] Saldanha, J. A., 1986, 29. <<

[81] Auzoux, A., 1910, 234-255; Prentout, H., *op. cit.*, 335-340. <<

[82] Mientras se ocupaba de Mascate, Decaen también dirigió su atención a Yemen desde que, en 1804, recibió la visita de emisarios de Moca, uno de los principales puertos yemeníes. El general francés aprovechó la oportunidad para aprender mucho de la situación política y económica de la esquina sudoeste de Arabia. Fue informado, por ejemplo, de los problemas que los británicos habían sufrido durante su breve ocupación de la isla de Perim. Prentout, H., *op. cit.*, 342-343. <<

[83] Kelly, J. B., *op. cit.*, 77. <<

[84] Parkinson, C. N., *op. cit.*, 221-235. <<

[85] Clowes, W. L. *et al.*, 1997, vol. V, 339. <<

[86] Parkinson, C. N., *op. cit.*, 236-275. <<

[87] *Ibid.*, 277. <<

[88] De los apenas seis buques que Linois tenía a su disposición, uno recibió la orden de regresar a Francia en 1804, otro fue destacado a las colonias holandesas, un tercero naufragó en 1805 y el cuarto fue despachado al Pacífico, por lo que el almirante quedó con solo dos barcos a finales de 1805. <<

[89] K. Johnson, «Napoleon's War at Sea», en Leggiere, M. V. (ed.), 2016, 459. <<

[90] Cita tomada de Ingram, E., *op. cit.*, 124. <<

[91] *Ibid.*, 125. <<

[92] Carta de Minto a Pellew, 4 de mayo de 1808, citada en Ingram, E., *op. cit.*, 127. <<

[93] Acerca del periodo de 1807 a 1808, Parkinson, C. N., *op. cit.*, 276-319. <<

[94] Faivre, J.-P., 1962, 80-86; Parkinson, C. N., *op. cit.*, 364-382; Taylor, S., 2008, 251-255. <<

[95] Gardiner, R., 1998, 92-96; James, W., 2002, vol. V, 197-198 y 271-273. <<

[96] Parkinson, C. N., *op. cit.*, 383-396; Prentout, H., *op. cit.*, 558-579; Taylor, s., *op. cit.*, 279-300. <<

[97] Muy celebrada en Francia, fue la única batalla naval conmemorada en el Arco del Triunfo. <<

[98] James, W., *op. cit.*, vol. V, 428. <<

[99] Prentout, H., *op. cit.*, 592-614; Parkinson, C. N., *op. cit.*, 397-410; Gardiner, R., *op. cit.*, 96-97; Clowes, W. L. *et al.*, *op. cit.*, vol. V, 294-295; Parkinson, C. N., *op. cit.*, vol. V, 325-326. <<

[100] Acerca de los detalles de los esfuerzos de Napoleón en apoyo de Decaen en 1810, *vid. CN*, vol. XX, 403 y 439; vol. XXI, 4-5, 83-85, 244-246 y 421-422. <<

[101] Gardiner, R., *op. cit.*, 98-99. <<

[102] K. Johnson, «Napoleon's War at Sea», en Leggiere, M. V. (ed.), *op. cit.*, 461. <<

[103] Vlekke, B., 1943, 105-213. <<

[104] Encontramos el texto del estatuto y documentos relacionados en Mijer, P. (ed.), 1848, 119-344. <<

[105] Instrucciones extraídas de *ibid.*, 345-368. <<

[106] La Junta de Control a lord Minto, 31 de agosto de 1810, en *Het Nederlandsch gezag* [...] [La autoridad holandesa...], 1891, vol. I, 4 (nota 1). <<

[107] Fortescue, J. W., *op. cit.*, vol. VII, 605-606. <<

[108] La expedición estuvo primero mandada por el vicealmirante William O'Bryen Drury, pero este falleció en marzo de 1811. <<

[109] Minto, G. E., lord, 1880, 291. <<

[110] Para los detalles de la campaña, *vid.* el informe de Janssens en Jonge, J. K. J. de (ed.), 1888, vol. XIII, 545-549; Parkinson, C. N., *op. cit.*, 414-417; Bernhard, duque de Saxe-Weimar-Eisenach, 1834; Hooijer, G. B., 1895, vol. I, 9-31. <<

[111] Minto al conde de Liverpool, 2 de septiembre de 1811, en Thorn, W., 1815, 88-89. <<

[1] Durante las primeras décadas del siglo XVIII, los monarcas españoles, siguiendo el ejemplo francés, también introdujeron en los territorios hispanos del Nuevo Mundo el sistema de los intendentes. Estos funcionarios reales ostentaban una amplia autoridad militar, administrativa y financiera en sus intendencias, que eran divisiones territoriales menores dentro de cada virreinato, y tenían que responder tanto ante el virrey como ante la Corona en Madrid. Lynch, J., 1989, 169 y 329-340; Ringrose, D. R., 1997, 257-258; Restall, M. y Lane, K. E., 2011, 129-232, y 255-274. Acerca del grado de autonomía de los cabildos, *vid*. Dym, J., 2006, 33-64. <<

[2] Lynch, J., 1989, 348-350. <<

[3] Acerca de la Ilustración en Latinoamérica, *vid*. Hamnett, B. R., 2017; Aldridge, O. A. (ed.), 1971; Whitaker, A. P. (ed.), 1958. <<

[4] En comparación, la población total de la Norteamérica británica en 1770 era de 2,3 millones, de los que 1,8 eran blancos y 467 000 negros. Aunque no hay estadísticas de la época de los nativos norteamericanos, se estima que los que residían al este del Misisipi eran alrededor de 150 000. McCusker, J. y Menard, R., 2014, 54. <<

[5] Para una aproximación concisa, *vid*. Burkholder, M. A., 2013; Lynch, J., 1973, 18 y ss. Acerca de los datos de población, *vid*. R. Morse, «Urban Development of Colonial Spanish America», en Bethell, L. (ed.), 1984, vol. II, 89. <<

[6] M. Zeuske, «The French Revolution in Spanish America», en Forrest, A. y Middell, M. (eds.), 2016, 77-96. <<

[7] Brissot a Miranda, 13 de octubre de 1792, en Rojas, A. (ed.), 1889, 8. <<

[8] Sorel, A., 1887-1904, vol. II, 422-423. <<

[9] Dumouriez a Lebrun, 30 de noviembre de 1792, en *ibid*., vol. III, 175. *Vid*. el plan de 1792 para la revolución en Luisiana

y el memorando de Gilbert Imlay en *Annual Report of the American Historical Association*, 1896, vol. I, 945-954. Véase también «Documents on the Relations of France to Louisiana, 1792-1795», *American Historical Review 3*, 1898, 491-410. <<

[10] Registro de la reunión del Comité de Defensa General, 25 de enero de 1793, en Aulard, F.-A., 1889, vol. II, 10. El comité debatió esta cuestión de nuevo en su reunión del 5 de abril, *ibid*., vol. III, 82. <<

[11] Instrucciones de diciembre de 1792, en *Annual Report of the American Historical Association*, 1896, vol. I, 957-963. <<

[12] Clark a Genêt, 5 de febrero de 1793, en *ibid*., 967-971. <<

[13] English, W. H., 1896, vol. II, 817-818. <<

[14] Disponemos de una valoración contemporánea en el reporte del emisario francés P. A. Adet a Filadelfia, 9 de febrero de 1796, en *Annual Report of the American Historical Association* 1903, vol. II, 826-831. <<

[15] R. King al secretario de Estado, 29 de marzo y 1 de junio de 1801, en King, C. R. (ed.), 1896, vol. III, 414-415 y 469; *American State Papers: Documents, Legislative and Executive, of the Congress of the United States*, 1832, vol. II, 509-510. Una aproximación antigua, pero todavía muy útil, es la de Turner, F. J., 1904, 676-691 y 807-817. <<

[16] Wright, J. L., 2010, 96-98; Abernethy, T. P., 1961, 169-191. <<

[17] King al secretario de Estado, 2 de abril de 1803, en King, C. R. (ed.), *op. cit*., vol. IV, 241. <<

[18] King al secretario de Estado, 1 de junio de 1801 y 2 de abril de 1803, en King, C. R. (ed.), *op. cit*., vol. III, 469; vol. IV, 241. <<

[19] Thornton a Hawkesbury, 30 de mayo de 1803, en Robertson, J. A. (ed.), 1911, vol. II, 20-21. <<

[20] King al secretario de Estado, 2 de abril de 1803, en King, C. R. (ed.), *op. cit.*, vol. IV, 241. <<

[21] Lord Hawkesbury a King, 19 de mayo de 1803, en *ibid.*, vol. IV, 262-263. <<

[22] Acerca de la conspiración de Aaron Burr, *vid.* los documentos relacionados con su enjuiciamiento en *Thomas Jefferson Papers at the Library of Congress* [**https://www.loc.gov/collections/thomas-jefferson-papers**]; McCaleb, W. F., 1936; Abernethy, T. P., 1954. <<

[23] Wilkinson a Jefferson, 12 de marzo de 1807, citada en Cox, I. J., 1914, 215. <<

[24] *Ibid.*, 215. <<

[25] Jefferson a Bowdoin, 2 de abril de 1807, en Jefferson, T., 1905, vol. X, 381-382. Todas las obras de Jefferson están disponible en [**http://oll.libertyfund.org/titles/jefferson-the-works-of-thomas-jefferson-12-vols**]. <<

[26] *Politicheskii, statisticheskii i geograficheskii zhurnal* [Revista política, estadística y geográfica], enero de 1808. <<

[27] En 1808-1809, uno los comerciantes más prominentes de San Petersburgo, Iván Kremer, presentó un proyecto para una expedición a Sudamérica. En su exposición en torno a las circunstancias políticas y económicas europeas, Kremer observó que, debido al Bloqueo Continental, Gran Bretaña no podía abastecer a las colonias españolas y portuguesas de América con los suministros básicos y materias primas que se adquirían generalmente en Rusia. Por tanto, Rusia podría obtener cuantiosos beneficios si entraba en los mercados americanos, donde podría vender las materias primas necesarias y comprar solo productos coloniales. El Gobierno ruso aprobó este proyecto y Kremer aprestó dos buques para la larga travesía a las Américas. Los comerciantes rusos no fueron los únicos con esperanzas de establecer relaciones comerciales directas entre Rusia y el Nuevo Mun-

do. Sus colegas portugueses también confiaban en poder obtener pingües beneficios comerciando con la potencia del norte. En 1811-1812, Dionizio Pedro Lopes, uno de los comerciantes portugueses de más éxito, emprendió un exigente viaje de catorce meses desde Rusia a Brasil, donde fomentó los lazos comerciales y ofreció sus servicios a los hombres de negocios locales que necesitaran líneas de crédito para comerciar con Rusia. Bartley, R. H., 1978, 38-40. <<

[28] *Ibid*., 42. <<

[29] En septiembre de 1811 Rumiántsev entregó un nuevo memorando de las relaciones entre Rusia e Hispanoamérica. «No puede haber duda –señaló– del grado en que nuestro comercio se beneficiaría de esta ampliación de las relaciones directas con una región en la que abundan todo tipo de productos e incluso los metales más preciosos, pero que aun así tiene falta de nuestros excedentes». <<

[30] Rose, J. H., 1907, vol. I, 154. <<

[31] Portillo Valdés, J. M., 2006, 56 ss.; Moliner Prada, A., 2007, 51-79. <<

[32] *Vid*. las cartas de Champagny y Azanza a funcionarios coloniales (que incluyen el memorando de Azanza del 13 de mayo acerca de «el nuevo Gobierno de España») en Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Correspondance politique, «Espagne», 674. Estos documentos también se abordan en Robertson, W. S., 1967, 41-44. <<

[33] Entre ellos estaba Claude-Henry-Étienne, marqués de Sassenay, elegido por Napoleón como su agente en Sudamérica. Sassenay, C. H. E., 1892, 128-184; *vid*. un ejemplo de las instrucciones de Napoleón a sus emisarios en 131-134. <<

[34] Champagny a Sassenay, 29 de mayo de 1808, en *ibid*., 132. Los despachos a administradores coloniales específicos, entre ellos el virrey del Río de La Plata, Liniers, se conservan en los

Archives du Ministère des Affaires Étrangères, «Espagne», 674-675. Para más detalles de los acercamientos a los funcionarios coloniales españoles, *vid*. Robertson, W. S., *op. cit*., 49 y ss. <<

[35] Reporte del marqués de Sassenay, 23 de mayo de 1810, en Sassenay, F. B., *op. cit*., 251-252. En cuanto a las respuestas en distintas partes de la América española, *vid*. Robertson, W. S., *op. cit*., 57-60. <<

[36] «Manifesto Addressed to All Nations by the Supreme Director of Chile, on the Motives Which Justify the Revolution of the Country, and the Declaration of Its Independence», en *American State Papers* […], vol. IV, 322. <<

[37] Hamnett, B. R., 1980, 57-62. Acerca de los acontecimientos en Venezuela, *vid*. los documentos en Blanco, J. F. (ed.), 1875, vol. II, 160-162. <<

[38] *Justa reclamacion: que los representantes de la casa Real de España doña Carlota Juaquina de Bourbon Princesa de Portugal y Brazil, y Don Pedro Carlos de Bourbon y Braganza, Infante de España, hacen á su alteza Real el Principe Regente de Portugal* (1808) [**https://archive.org/details/justareclamacion00carl**]; *Respuesta de S.A.R. el Principe Regente de Portugal, á la reclamacion hecha por SS. AA. RR. La Princesa del Brazil, y el Infante de España don Pedro Carlos, implorando su proteccion y auxilios para sostener sus derechos, conservando los del Rey de España, y demas miembros de la Real Familia, arrancada y conducida con violencia á lo interior del Imperio Frances* (1808) [**https://archive.org/details/respuestadesarel00port**]; *Manifiesto dirigido á los fieles vasallos de su Magestad Católica el Rey de las Españas é Indias* (1808) [**https://archive.org/details/manifiestodirigi00carl**]. <<

[39] Rubio, J. M., 1920, 42-73; Humphreys, R. A., 1952, 21-36. <<

[40] Kaufmann, W., 1951, 58. Véase también Street, J., 1953, 477-486. <<

[41] El nombre, acuñado por Thomas Carlyle en 1858, proviene del incidente que provocó el conflicto. Robert Jenkins, capitán de un buque mercante británico y conocido contrabandista, fue atrapado por un buque de guerra español mientras contrabandeaba. El oficial español al mando, Julio León Fandiño, ordenó que le cortaran una oreja. Esta fue exhibida posteriormente en el Parlamento británico, que denunció las «depredaciones de los súbditos británicos» de los españoles e interpretó el incidente como un insulto y un *casus belli*. Temperley, H. W. V., 1909, 197-236; Lawson, E. W., 1958, 33-41. <<

[42] Kaufmann, W., *op. cit.*, 18-37. <<

[43] Memorando de Castlereagh, 1 de mayo de 1807, en Stewart, R., 1848-1853, vol. VII, 321. El memorando sin fecha empieza con que «la liberación de Sudamérica debe lograrse por medio de los deseos y los esfuerzos de sus habitantes», pero luego pasa a perfilar los planes de la intervención británica. Véanse también los proyectos del duque de Orleans («Memoir on Spanish America and the Viceroyalty of Mexico in particular») y del general Dumouriez («On the Establishment of Naval Stations and Survey of the States of America»), así como las repetidas peticiones de Miranda para la intervención británica en la América española, que Castlereagh valoró y debatió en 1807. *Ibid.*, vol. VII, 332-390. <<

[44] Discurso de Sheridan del 15 de junio de 1808, en *Hansard's Parliamentary Debates*, 1812, vol. XI, 887-888; *Morning Chronicle*, 9 de junio de 1808. <<

[45] Castlereagh al duque de Manchester, 4 de junio de 1808, en Stewart, R., *op. cit.*, vol. VI, 365. <<

[46] Kaufmann, W., *op. cit.*, 53. <<

[47] Canning a Strangford, 17 de abril de 1808, citada en Manchester, A. K., 1933, 78. <<

[48] *Le Moniteur Universal*, 14 de diciembre de 1809. <<

[49] Para los detalles, *vid*. Robertson, W. S., *op. cit*., 62-104; Rydjord, J., 1935, 259-262 y 290-308. Véase también Parra-Pérez, C., 1939. <<

[50] En cambio, las islas de Cuba y Puerto Rico, así como las regiones de Santo Domingo y de Centroamérica, se mantuvieron firmes en el bando realista por varios factores, entre ellos la presencia de sólidas guarniciones y el miedo a sublevaciones de los esclavos. <<

[51] Para una interesante exposición del significado de la causa realista en la América española, *vid*. Echeverri, M., 2011. <<

[52] Para un análisis de las guerras de la independencia de Latinoamérica como una guerra civil transatlántica entre españoles, *vid*. Rodríguez, J. E., 1998. <<

[53] Rydjord, J., *op. cit*., 272-285; Hamill, H. M., 2003, 71-72; Hamnett, B. R., 1980, 57-62; Eissa-Barroso, F. A., 2010. <<

[54] *Vid*. Anna, T. E., 1978, 35-54. <<

[55] *Vid*. Young, E. van, 2001. <<

[56] Para más detalles, *vid*. Henderson, T. J., 2009, 90-92; Hamill, H. M., 1966. <<

[57] *Vid*. Timmons, W. H., 1963. <<

[58] Rodríguez, J. E., 2012, 221-231; Salazar Adame, J. y Romero Garibay, S., 2015. <<

[59] McFarlane, A., 2014, 219-282. <<

[60] Prado, F., 2015, en especial 155. <<

[61] Para más detalles, *vid*. Bentancur, A., 1997, vol. II, 15-17. <<

[62] *Documentos relativos a la Junta Montevideana de Gobierno de 1808*, 1958, vol. I, 210-218; Cárcano, M. Á., 1972, vol. I, 270; Ávila, A. y Peŕez Herrero, P., 2008, 543. <<

[63] Para más detalles, *vid*. los documentos en Caillet-Bois, R. R., 1961, vol. IX, 150-170. <<

[64] *Vid*. el excelente debate que se desarrolla en Lozier Almazán, B., 1998, en especial 194 y ss.; Adelman, J., 2009, 208-210; Pueyrredón, C. A., 1953, 247-249 y 278-280. <<

[65] Excelente visión general en McFarlane, A., *op. cit*., 145-180. <<

[66] Herreros de Tejada, L., 1923, 263-284. <<

[67] Prado, F., *op. cit*., 159-162. <<

[68] Kaufmann, W., *op. cit*., 59-60. <<

[69] Camogli, P. y Privitellio, L. de, 2005, 166-168. <<

[70] McFarlane, A., *op. cit*., 205-207. <<

[71] Williams, J. H., 1979, cap. 1. <<

[72] Gilmore, R. L., 1960, 2-24. <<

[73] D. Bethell, «The Independence of Spanish South America», en Bethell, L. (ed.), *op. cit*., vol. III, 113. <<

[74] Esta capitanía general era, técnicamente, parte del virreinato de Nueva Granada, pero se administraba de forma autónoma. <<

[75] Kaufmann, W., *op. cit*., 49-52. <<

[76] McFarlane, A., *op. cit*., 111-144. <<

[1] Meinecke, F., 1977, 102. Véase también Dow, J. E., 1995; Heuvel, J. V., 2001, caps. 6-7. <<

[2] Schennach, M. P., 2016, 245-246. <<

[3] Aunque algunos también incluyen el levantamiento popular en España como un ejemplo especialmente llamativo de reacción nacionalista contra Napoleón, en la tríada motivadora de «Dios, el rey y la nación», esta última se veía anulada a menudo por el particularismo y el tradicionalismo españoles. Véase Goodman, E., 1958; Esdaile, C. J., 2012. <<

[4] Acerca de los detalles de las relaciones franco-rusas, *vid*. Vandal, A., 1894-1897, vol. III, 1-455; Lieven, D., 2010, caps. 3-4; Adams, M., 2006, caps. 12-14. <<

[5] Tarle, E., 1957-1962, vol. 3, 342-343. En junio de 1807, solo unas semanas antes del Tratado de Tilsit, los comerciantes británicos se hacían cargo de casi la mitad de las mercancías que pasaban por San Petersburgo y el valor de las entregas era de 2,1 millones de rublos, muy por encima de cualquier otro país europeo y solo por debajo de los 2,6 millones de rublos que movían los comerciantes rusos. De forma súbita, la parte de los comerciantes británicos cayó drásticamente a solo medio millón de rublos en julio y a nada en septiembre. El valor total del negocio de mercancías en la capital rusa cayó de 4,9 millones de rublos en junio a 2,7 millones en julio y a 1 millón y medio en septiembre. Datos de *Sankt-Peterbúrgskiye Védomosti* [Testimonio de San Petersburgo] de agosto a noviembre de 1807. Para una aproximación detallada, *vid*. Zlotnikov, M., 1966. El estudio de Zlotnikov continúa siendo uno de los mejores análisis del efecto del Bloqueo Continental en Rusia. El autor escribió el manuscrito antes de la Segunda Guerra Mundial, con un uso profuso de materiales de archivo que, en algunos casos, más tarde se destruyeron durante la guerra. De momento no hay otro estudio que

pueda acercarse a este volumen en el nivel de detalle o en la amplitud de lo analizado. <<

[6] *Vid*. Caulaincourt a Napoleón, 5 de abril de 1808, en *SIRIO* vol. 138, 637; Tarle, E., *op. cit*., vol. 3, 142. Para un enfoque más amplio, *vid*. Girnius, S. A., 1981. <<

[7] Para un debate interesante acerca del esfuerzo francés para mitigar la crisis económica rusa, *vid*. la correspondencia diplomática gala en *SIRIO*, vol. 138. <<

[8] Un componente considerable de este aumento del déficit fueron los gastos militares, que crecieron a lo largo del periodo de 1805 a 1811. En 1808-1811, Rusia, después de acabar la guerra con Francia, libró contiendas simultáneas contra Suecia y el Imperio otomano, a la par que estaba formalmente en guerra con Gran Bretaña (el conflicto anglo-ruso se circunscribió a unas pocas acciones navales en el mar Báltico). <<

[9] El creciente déficit anual se cubrió con nuevas emisiones de papel moneda. En 1801, el Gobierno tenía en circulación 214 millones de rublos en papel moneda, una cantidad que se aumentó gradualmente para hacer frente a los problemas económicos. En 1807, el Gobierno emitió 63 millones de rublos nuevos de papel, 95 millones en 1808 (la cantidad más alta de todo el periodo napoleónico), 55,8 millones en 1809 y otros 46,2 millones en 1810. Blioj, I., 1881, vol. I, 84. <<

[10] El Gobierno ruso tomó medidas para evitar la catástrofe. Restringió el volumen de dinero impreso y se comprometió a considerar los rublos de papel como una deuda estatal que sería respetada a toda costa. Se subieron los impuestos, se redujeron gastos superfluos y se restringió la importación de artículos de lujo mediante aranceles prohibitivos. Por último, Rusia empezó a permitir a los buques neutrales que comerciaran en sus puertos, lo que socavaba, en la práctica, el Sistema Continental. <<

[11] Napoleón a Champagny y Champagny a Kurakin, 4 de noviembre y 2 de diciembre de 1810, en *CN*, n.º 17 099 y n.º 17 179, vol. XXI, 252-253 y 297-298. Hallamos pareceres similares en las cartas número 17 041, 17 071, 17 099, 17 831 y 17 917. Véase también Caulaincourt a Champagny, 16 de julio de 1808; Caulaincourt a Champagny, 18 de abril de 1810; Caulaincourt a Champagny, 30 de abril de 1810. Mijáilovich, N., gran duque, 1905, vol. II, 231; vol. IV, 359-366. <<

[12] Memorando de Napoleón en Vandal, A., *op. cit.*, vol. III, 222. <<

[13] Nicola Todorov ha aducido recientemente que las anexiones territoriales de Napoleón en 1810-1812 fueron, en realidad, parte de un plan más amplio (y secreto) para invadir Gran Bretaña. Para más detalles, *vid*. Todorov, N., 2016. <<

[14] Este reporte, fechado el 16 de marzo de 1810, se reproduce íntegro (en francés) en Shilder, N., 1897, vol. III, 471-483. Un mes más tarde, Napoleón aprobó la propuesta de Champagny para la forja de una alianza entre Francia, Suecia, Dinamarca y el Gran Ducado de Varsovia, que, sin embargo, no se materializó por las reticencias suecas y danesas a participar. *CN*, vol. XX, 305. Champagny escribió al legado francés en Dinamarca, Charles-François-Luce Didelot: «Suecia ya teme a Rusia. ¿Dinamarca tiene el mismo temor? Los intereses comunes deben obligar a Suecia, a Dinamarca y al Ducado de Varsovia a unirse en una alianza secreta que puede ser garantizada absoluta y realmente por Francia». Dinamarca acabó por aceptar un tratado con Francia. El 7 de marzo de 1812, Napoleón apuntaló sus territorios septentrionales induciendo al monarca danés, Federico VI, a que movilizara 10 000 soldados en la frontera de Holstein y Schleswig que sirvieran de fuerza disuasoria ante la amenaza de un posible desembarco de tropas británicas, suecas o rusas. La Convención Militar firmada por Francia y Dinamarca el 7 de marzo

de 1812 puede encontrarse en Clercq, A. de (ed.), 1880-1882, vol. II, 363-365. <<

[15] A lo largo de 1810 y 1811, la corte prusiana estuvo acosada por el temor de que Napoleón pudiera llevar a efecto su frecuente amenaza de desposeer a la dinastía Hohenzollern. Por esta razón, el rey Federico Guillermo III mantenía una política de apaciguamiento público hacia Francia, mientras en secreto buscaba ayuda contra Napoleón. En este planteamiento estuvo influido por su canciller, Karl August von Hardenberg, y por el jefe del Estado Mayor prusiano, el general Gerhard Johann David Waitz von Scharnhorst. El 18 de octubre de 1811, el ministro de Exteriores ruso Nicolái Pétrovich Rumiántsev y Scharnhorst llegaron a firmar un tratado de apoyo mutuo en caso de guerra con Francia. Sin embargo, el monarca prusiano se negó a ratificar lo pactado a menos que Austria se incorporase a la alianza –un paso que el emperador austriaco, Francisco I, todavía no estaba dispuesto a dar–. <<

[16] El Tratado de París entre Francia y Prusia del 24 de febrero de 1812 puede encontrarse en Clercq, A. de, *op. cit.*, vol. II, 356-363. Véase también Cook, L., 1995, 351-58; Cook, L. D., 1998, 399-410. <<

[17] El tratado franco-austriaco del 14 de marzo de 1812 lo encontramos en Clercq, A. de (ed.), *op. cit.*, vol. II, 369-372. Véase también Cook, L., 1995 y 1998. <<

[18] *VPR*, vol. VI, 318-328. El Tratado de San Petersburgo se vio aumentado por cláusulas adicionales firmadas en Vilna el 3 de junio y en Åbo el 30 de agosto. <<

[19] Rusia recibió Besarabia y la mayor parte de Georgia occidental, pero entregó Moldavia y Valaquia, ocupadas por sus ejércitos desde 1807. En cuanto al texto del tratado, *vid. VPR*, vol. VI. 406-417. <<

[20] El 19 de diciembre de 1811, el secretario privado de Napoleón, Claude François de Méneval, informaba al bibliotecario del emperador, Antoine-Alexandre Barbier: «Solicito que me enviéis para Su Majestad unos cuantos buenos libros que sean prácticos para conocer la naturaleza del suelo de Rusia, y especialmente de Lituania, en lo que respecta a sus humedales, ríos, bosques y carreteras. Su Majestad también desea obtener obras que describan con detalle la campaña de Carlos XIII en Polonia y Rusia. Además, enviad cualquier libro de operaciones militares en esta región que pudiera ser de utilidad». *CN*, vol. XXIII, 95. Un mes más tarde, Méneval efectuó una nueva petición de libros relacionados con «la historia de Curlandia, así como de todo lo que pueda conseguirse de la historia, geografía y topografía de Riga, Livonia, etc.». *CN*, vol. XXIII, 162. <<

[21] *CN*, vol. XXIII, 143 y 432. <<

[22] Entre las principales guarniciones francesas en el norte de Alemania se contaban Hamburgo (6375 efectivos), Magdeburgo (8851), Danzig (20 464) y Stettin (8491). Acerca de los preparativos de Napoleón, *vid*. *CN*, vols. 21-23; Margueron, L. J. (ed.), 1899. <<

[23] *Vid*. el «Décret du 21 décembre 1811», en Margueron, L. J., *op*. *cit*., vol. III, vol. 427-430. <<

[24] El Ejército contaba con 492 000 efectivos de infantería, 96 000 de caballería y alrededor de 20 000 tropas auxiliares. El 3 de marzo, Napoleón estableció la organización de la Grande Armée, que consistía en 8 cuerpos de ejército de infantería (4 franceses y 4 extranjeros) y 4 de caballería. *CN*, n.º 18544, vol. XXIII, 277-278. <<

[25] La denominación «maniobra de Vilna» es poco frecuente en los estudios en lengua inglesa, pero tiene una larga presencia en las historiografías rusa y francesa. *Vid*. Bonnal, H., 1905b; Kuznetsov, B., 1932; Járkevich, V., 1901, 96-158. <<

[26] Napoleón a Berthier, 2 de julio de 1812, en *CN*, vol. XXIV, 7. <<

[27] Berthier a Davout, 8.00 p.m., 24 de junio de 1812, en Fabry, G., 1900, vol. I, 4. <<

[28] Napoleón a Berthier, 5.00 a.m., 25 de junio de 1812, en *ibid*., 9. <<

[29] Para acceder al texto del tratado anglo-ruso, *vid*. *PSZ*, vol. XXXII, 389-390; Martens, F. F., 1874-1909, vol. XI, 162-165. <<

[30] Tratado de Velíkiye Luki, 20 de julio de 1812, *VPR*, vol. VI, 495-497. <<

[31] Para los detalles, *vid*. Roginski, V., 1978, 118 y 158-159. <<

[32] Los comerciantes británicos pidieron 25 rublos por cada mosquete y 29 rublos por cada *pud* de pólvora, un encarecimiento notable si tenemos en cuenta que los mosquetes costaban menos de 15 rublos antes de la guerra. *Vid*. Schukin, P. (ed.), 1903, vol. VII, 181-182. <<

[33] Las armas británicas fueron acondicionadas en las instalaciones de Manufactura de Armas Sestroretskii y almacenadas en el Arsenal de San Petersburgo. En diciembre, alrededor de 30 000 mosquetes británicos fueron entregados a la provincia de Nizhni Nóvgorod para equipar a las unidades de reserva recién reclutadas, a la vez que se enviaron más de 7700 mosquetes a las divisiones 6.ª y 21.ª. Las 12 240 armas restantes se dejaron en el arsenal y más tarde se distribuyeron a las milicias. Acerca de las críticas a los suministros de armas británicos, *vid*. los trabajos de historiadores soviéticos como Zhilin, P., 1950, 119-120; Zak, L., 1963, 55-56. Disponemos de una exposición más actual (y juiciosa) en Orlov, A., 2005, 226-229. <<

[34] Martens, F. F., *op*. *cit*., vol. XI, 166. El enviado británico a San Petersburgo, William, conde de Cathcart, recibió alrededor

de medio millón de libras para prestar apoyo a Suecia y a Rusia, pero era una cifra claramente insuficiente para las necesidades militares de Rusia. Sherwig, J. M., 1969, 277-281. Acerca de la posición del Gobierno británico, *vid*. *Hansard's Parliamentary Debates*, 1812, vol. XXIV, 50-66. Conviene señalar que, cuando el Parlamento británico debatió la entrega de 200 000 libras en metálico y en material para ayudar a los habitantes de la devastada ciudad moscovita, altos funcionarios rusos quisieron declinar la oferta porque la consideraban despreciable –los daños causados por la destrucción de Moscú se estimaron en alrededor de 25 millones de libras– y juzgaban humillante aceptarla. Además, temían que «detrás de esta oferta pueda esconderse la intención [británica] de instilar [en la población rusa] nuevos hábitos y extender entre la gente común una dependencia de las indulgencias extranjeras que solo los propios ingleses puedan satisfacer». El emperador Alejandro rechazó estos argumentos. Rumiántsev al emperador Alejandro, 15 de enero de 1813, en *Rússkaia Stariná* 1 [Estrella rusa 1], 1870, 474-476. El Gobierno británico desestimó ayudar a Rusia con respecto a la deuda externa que había contraído con los banqueros holandeses. <<

[35] *Vid*. Randall, A., 2006, 271-331; Stevenson, J., 1979, 155-161. <<

[36] Para los detalles, *vid*. Talty, S., 2009, aunque tiende a exagerar el factor de la enfermedad en el resultado de la campaña. <<

[37] Roos, H. von, 1913, 51-53. <<

[38] Gelder, A. G. van D. de, 1900, 225-227. <<

[39] Para una aproximación en profundidad, *vid*. Mikaberidze, A., 2007; Duffy, C., 1972; Popov, A. I. y Zemtsov, V., 2009; Popov, A. I., 2008. <<

[40] *Vid*. Martin, A. M., 2013. <<

[41] Acerca de los detalles, *vid*. Mikaberidze, A., 2014 y Zemtsov, V., 2010. <<

[42] Dumas, M., 1839, vol. III, 454-455. <<

[43] Lieven, D., *op. cit*., 251. <<

[44] Ségur, P.-P., 1825, 77. <<

[45] La gran duquesa Catalina al emperador Alejandro, 18 de septiembre de 1812, en Mijáilovich, N., gran duque (ed.), 1910, carta XXXIII. <<

[46] Barrau, J.-P., 1979, 91. <<

[47] Acerca de los detalles, *vid*. Bezsonov, I. 1912; A. Vasiliev, «Srazhenie za Maloiaroslavets, 12 oktiabria 1812 goda» [Batalla por Maloyaroslávets, 12 de octubre de 1812], en *Yubileiny sbornik. K 190-letiu Maloiaroslavetskogo srazhenia* [Colección aniversario. En el 190 aniversario de la batalla de Maloyaroslávets] [**http://www.museum.ru/1812/library/Mmnk/2002_9.html**]. <<

[48] Lentz, T., 2012. <<

[49] Análisis en profundidad en Mikaberidze, A., 2010. <<

[50] Exposición excelente acerca de los altos mandos franceses en este periodo en Schneid, F. C., 1999, 7-28. En los días finales de diciembre, los últimos restos de la Grande Armée, entre ellos los cuerpos de Macdonald y Schwarzenberg, cruzaron el Niemen. Macdonald recibió las órdenes de retirada el 18 de diciembre y la inició al día siguiente, en dos columnas. Los rusos, que estaban centrados en el contingente principal de Napoleón, no le estorbaron gran cosa su movimiento. El general prusiano Hans David Ludwig von Yorck, al llegar a Tauroggen, en la frontera ruso-prusiana, ultimó la célebre convención por la que los prusianos se declaraban neutrales. Schwarzenberg, al conocer la catástrofe de la Grande Armée, se retiró a Białystok entre el 14 y el 18 de diciembre. El cuerpo de ejército sajón del general Jean Louis Ebénézer Reynier lo siguió al otro lado del río Bug. El

cuerpo austriaco llegó finalmente a su territorio, mientras que Reynier pasó a Sajonia. El cuerpo polaco de Poniatowski fue internado por los austriacos hasta el armisticio del verano de 1813. <<

[51] Wilson, R., 1860, 368. <<

[52] *Vid*. Mikaberidze, A., 2014b, 35-44 [**http://www.cairn.info/revue-napoleonica-la-revue-2014-3-page-35.htm**]. <<

[53] Wilson, R., *op. cit*., 234. Kutúzov, en sus discusiones con Bennigsen relativas a qué estrategia seguir, se manifestó contrario en repetidas ocasiones a aceptar bajar innecesarias que pudieran debilitar la posición de Rusia en Europa. «Nunca llegaremos a un acuerdo; solo pensáis en el beneficio de Inglaterra, mientras que yo no proferiría ni un suspiro si esa isla se hundiera en el fondo del mar». A. Voyeikov, «General Graf Leonti Leontievich Benigsen», *Russki Arjiv* 59 [Archivo ruso 59] (1868), 1857. <<

[54] Eugène de Württemberg, «Vospominania o kampanii 1812 g v Rossii» [Memorias de la campaña de 1812 en Rusia], *Voenny zhurnal* 3 [Revista militar 3], 1849, 131. <<

[55] *Vid*. Hickey, D. R., 2012, 1-3. <<

[56] Turreau a Talleyrand, 9 de julio de 1805, en Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Correspondance politique, «Etats-Unis», 58. <<

[57] *Vid*. una exposición de las causas estadounidenses en Bickham, T., 2012, cap. 1. <<

[58] Mensaje confidencial, 1 de junio de 1812, en *The Addresses and Messages of the Presidents of the United States to Congress*, 1837, 120-124. Para un análisis más detallado, *vid*. Stagg, J. C. A., 2012, 1-47; Horsman, R., 1962; Perkins, B., 1961. <<

[59] Thomas Jefferson a James Madison, 6 de junio de 1812, en Jefferson, T., 1853-1854, vol. VI, 58. <<

[60] *Vid*. Dowd, G. E., 1992; Willig, T. D., 2008; Owens, R. M., 2007. <<

[61] Seligmann, M. S., 2018, 1. <<

[62] Para una reevaluación crítica de los piquetes de leva y del reclutamiento forzoso en Gran Bretaña, *vid*. Dancy, J. R., 2015. Este volumen es uno de los primeros estudios estadísticos del personal de la Royal Navy durante los siglos XVIII y XIX y está basado en el análisis de los registros de las tripulaciones de más de 80 buques de guerra. Véase también Rogers, N., 2007; DeToy, B., 1998; Mercer, K., 2010; Hickey, D. R., 1995, 11. <<

[63] Encontramos un enfoque más crítico en Adams Jr., D. R., 1980. <<

[64] Tucker, S. y Reuter, F., 1996. <<

[65] Lambert, J., 1810, vol. II, 157. <<

[66] Perkins, B., *op. cit*., 210-220. <<

[67] Galpin, W. F., 1923, 24-25. Una interesante aproximación al comercio británico-estadounidense, tomando como ejemplo la W. G. & J. Strutt Company, en Fitton, R. S., 1953, 58-69. <<

[68] Adams, H., 1921, vol. V, 252-258. <<

[69] *Ibid*., 262-315. Para una amplia aproximación a la no importación, *vid*. Heaton, H., 1941. <<

[70] Reporte de David Milne de 9 de abril de 1812, *Report on the Manuscripts of Colonel David Milne Home*, 1902), 155. Datos de los buques estadounidenses en Watson, G. E., 1976, 870-871. <<

[71] Wellington a Stuart, 1 de marzo de 1811, en Wellington, A., 1834-1839, vol. VII, 324. <<

[72] *Vid*. una interesante aproximación en Johnson, L. R., 1969. <<

[73] Acerca de las rutas de suministro, *vid*. Lord Jr., P., 2001, 275-290. <<

[74] Cita extraída de Bickham, T., *op. cit*., <<

[75] Mahon, J. K., 1965. <<

[76] Acerca de los objetivos de la guerra, *vid*. Horsman, R., 1957. Acerca del papel de los «halcones belicistas», el grupo de congresistas que llevó a la nación hacia la guerra, *vid*. Fritz, H. W., 1977. En torno a Tenskwatawa y Tecumseh, *vid*. Edmunds, R. D., 1983; Cave, A. A., 2002. <<

[77] Cita extraída de Remini, R. V., 1991, 60. <<

[78] Jefferson a William Duane, 4 de agosto de 1812, en Jefferson, T., *op. cit*., vol. XIII, 180-181. Véase también Berton, P., 1980, 15 y 99-100; Hickey, D. R., 1995, 9-14. <<

[79] Kimball, J., 1979. <<

[80] McAfee, R. B., 1919, 121. <<

[81] Latimer, J., 2007, 76-83; Crackel, T. J., 1986. <<

[82] Elting, J. R., 1991, 50-51. En un suceso separado, el general William Henry Harrison, gobernador del Territorio de Indiana, consiguió recomponer las fuerzas estadounidenses de la zona y lanzar una gran ofensiva contra los indios miami, que habían atacado los fuertes Wayne y Harrison del citado territorio. Esta campaña culminó en el choque de Mississinewa (actual Alabama), donde la fuerza estadounidense tomó un par de asentamientos y repelió un ataque de los nativos el 18 de diciembre, aunque las bajas y el frío la obligaron a retirarse. De todos modos, la operación evitó ulteriores interferencias de las tribus nativas en el flanco de Harrison. <<

[83] Acerca de los problemas que asolaban a la Marina británica, *vid*. Lohnes, B. J., 1973. <<

[84] Aproximación detallada en McCranie, K. D., 2011. <<

[85] Para un excelente debate, *vid*. Arthur, B., 2011; Dudley, W., 2003. <<

[86] En septiembre, justo cuando Napoleón iba a ocupar Moscú, el Gobierno ruso le preguntó a John Quincy Adams, minis-

tro diplomático estadounidense en San Petersburgo, si Estados Unidos estaría abierto a una oferta de mediación rusa con Gran Bretaña. Adams transmitió con rapidez la noticia al presidente Madison, que aceptó la propuesta a principios de 1813 y nombró dos comisionados (Albert Gallatin, secretario del Tesoro, y James Bayard, senador por Delaware) para que negociaran la paz con la ayuda de los mediadores rusos. Esta misión no produjo resultados por el rechazo del Gobierno británico a la mediación rusa con el argumento de que sus disputas con Estados Unidos comprendían asuntos internos en los que no podía haber injerencias extranjeras. Sin embargo, la causa verdadera de la aprehensión británica descansa en el apoyo ruso a la concepción estadounidense de las leyes marítimas, la cual concedía escasos derechos a los beligerantes y abogaba por una interpretación más amplia de los derechos de los neutrales. Gran Bretaña contaba con que los negociadores estadounidenses iban a poner estas cuestiones sobre la mesa en las negociaciones posteriores a la guerra, y la mediación rusa corría el peligro de proporcionarles un apoyo que podría haber sido decisivo. *State Papers and Public Documents of the United States*, 1817, vol. IX, 358. <<

[87] Wellington al teniente general *sir* T. Graham, 8 de mayo de 1812, en Wellington, A., *op. cit.*, vol. IX, 129-130. <<

[88] Wellington a Stuart, 3 de mayo de 1812, en *ibid.*, vol. X, 342-345. Wellington exploró varias fuentes alternativas de suministros como la Berbería, los «asentamientos británicos de Norteamérica», las «Indias Occidentales» o México, que «debía ser capaz de aportar algún suministro». En una carta a su hermano Henry manifestaba su irritación con los estadounidenses: «Sería crucial cambiar las tornas con estos astutos estadounidenses y no permitirles que tengan ninguna interacción con esos puertos [Cádiz y Lisboa]». Wellington a *sir* Henry Wellesley, 10 de mayo de 1812, en *ibid.*, vol. IX, 132-133. <<

[89] *Vid*., por ejemplo, documentos como una licencia del almirante Herbert Sawyer en el caso judicial «Julia, Luce, Master case of 1814», en *Report of Cases Argued and Decided in the Supreme Court of the United States*, Rochester, Lawyers Cooperative Publishing, 1910, vol. 3, 181. <<

[1] Martens, F. F., 1874-1909, vol. VII, 60-62. La dureza del tratamiento de Napoleón solo contribuyó a empujar a los prusianos al abrazo ruso. En uno de los muchos errores que cometió en 1813, el emperador rechazó la petición del rey prusiano, que, a cambio de la continuación de la alianza de Prusia con Francia, le pidió la restitución de varios territorios y el pago de las deudas que Francia debía a Berlín por suministros de guerra. <<

[2] D'Ussel, J., 1912, 1-150; Martens, F. F., *op. cit.*, vol. VII, 57-62. Otro general prusiano, Von Bülow, declinó la oferta de firmar una convención con los rusos, pero les permitió avanzar hacia el río Oder. *Vid.* Leggiere, M. V., 1997, 190-220. <<

[3] Martens, F. F., *op. cit.*, vol. VII, 62-86; Meyer, P. A. G. von, 1858, vol. I, 135-139. <<

[4] Kutúzov a Wintzingerode, en Kalisch, el 5 de abril de 1813, RGVIA, f. VUA, op. 16, d. 3921, ll.133b-134b. Acerca de esta cuestión, *vid.* Leggiere, M. V., 2015, vol. I, 127-132; Lieven, D., 2010, 290-291. <<

[5] Meyer, P. A. G. von, *op. cit.*, vol. I, 139. <<

[6] *Ibid.*, vol. I, 146-147. <<

[7] Thomas Nipperday acierta al señalar que Metternich sabía que «la existencia toda de Austria descansaba en la sacralidad de los tratados». Nipperday, T., 1996, 70. <<

[8] Martens, F. F., *op. cit.*, vol. III, 89-91. <<

[9] Para un relato completo de la misión de lord Walpole a Viena, *vid.* Buckland, C., 1932, 407-438. Véase también Werry, F. P., 1861, 163-173. <<

[10] Estudio detallado en D'Ussel, J., *op. cit.*, 172-289 y 329-359. <<

[11] *CN*, vol. XXIV, 342. <<

[12] Napoleón a Federico VI de Dinamarca y Noruega, 5 de enero de 1813, en *CN*, vol. XXIV, 369. <<

[13] Napoleón a Eugenio, 29 de enero de 1813, en *ibid*., vol. XXIV, 468. <<

[14] M. V. Leggiere, «Prometheus Chained, 1813-1815», en Leggiere, M. V. (ed.), 2016, 320-321. <<

[15] Napoleón al rey Federico de Wurtemberg, 24 de abril de 1813, en *CN*, vol, XXV, 226. <<

[16] *Vid*. Leggiere, M. V., 2015, vol. I, 70-119. <<

[17] Informe de August von Gneisenau extraído de *ibid*., vol. I, 262. <<

[18] Acerca del papel de Berlín en la estrategia de Napoleón, *vid*. Leggiere, M. V., 2002. <<

[19] Leggiere, M. V., 2015, vol. I, 298-377; para la acción de Ney, *vid*. vol. I, 347-349. <<

[20] *Ibid*., vol. I, 382-422. <<

[21] *Ibid*., vol. I, 142. <<

[22] *London Gazette*, 30 de marzo de 1813, en *The Royal Military Chronicle or British Officers' Monthly Register*, 1813, vol. VI, 248-249. El oficial ruso Waldemar Lowernstern observa en sus memorias que, casi al punto en que su destacamento ocupó la pequeña villa de Blankenese, en las afueras de Hamburgo, acudió a él un cónsul británico llamado Mitchell que le instó a que permitiera el comercio británico en el continente. *Vid*. Löwenstern, W., 1903, vol. II, 268-269. <<

[23] El texto del armisticio puede consultarse en Fain, A. J. F., 1825, vol. I, 484-489. <<

[24] Napoleón al general Clarke, 2 de junio de 1813, en *CN*, vol. XXV, 346-347. <<

[25] Fain, A. J. F., *op. cit*., vol. I, 430. <<

[26] Schroeder, P. W., 1994, 461-463. <<

[27] Los esfuerzos diplomáticos británicos de abril a noviembre de 1813 se vieron menoscabados porque sus representantes eran

personajes sin el peso necesario para alcanzar una influencia decisiva en los cuarteles generales aliados. El vizconde Cathcart y *sir* Charles Stewart (medio hermano de Castlereagh), adjuntos respectivamente a los cuarteles generales ruso y prusiano, eran buenos soldados, pero no podían competir con los diplomáticos de mayor experiencia. El conde de Aberdeen, que fue enviado a Austria, era demasiado joven y bisoño para tratar con hombres como Metternich. Las Propuestas de Fráncfort de noviembre de 1813 pusieron esto en evidencia. A lo largo de 1813, los tratados de campaña entre las potencias aliadas se redactaron y se firmaron, en general, sin informar antes exhaustivamente a los representantes británicos. Los acuerdos con Gran Bretaña se limitaron, en su mayoría, a los subsidios y a la conducción de la guerra y no entraron en los pactos para la posguerra, de mucha mayor importancia. <<

[28] Castlereagh a Cathcart, 15 de enero de 1813, en Stewart, R., 1848-1853, vol. VIII, 304; Sherwig, J. M., 1969, 283-284. <<

[29] Protocolo de la reunión del Comité Financiero Secreto, 21 de diciembre de 1812 y carta de Alexander a Lieven, 1 de febrero de 1813, en *VPR*, vol. VI, 629; vol. VII, 37-39 y 709. Véase también Charles Stewart a Castlereagh, 18 de mayo de 1813, en Stewart, R., *op. cit.*, vol. IX, 15-16. <<

[30] Martens, F. F., *op. cit.*, vol. X, 179. Rusia y Gran Bretaña llegaron al final a un acuerdo en cuanto al pago de los subsidios en metálico y el «papel federativo» –papel moneda con garantías especiales–. A finales de marzo de 1813, Gran Bretaña accedió a proporcionar 1 333 334 libras en plata y 3 333 334 en «papeles federativos». Además, dispuso medio millón de libras para cubrir las necesidades del escuadrón de Dmitri Seniavin, que todavía estaba inmovilizado en Gran Bretaña. Estos acuerdos se formalizaron en la Convención Anglo-Rusa de Reichenbach del 15 de junio de 1813. En septiembre del mismo año se firmó en Lon-

dres una convención independiente de los «papeles federativos». Sin embargo, apenas una reducida parte de este dinero llegó a Rusia: al acabar la campaña de 1813, solo había recibido algo más de un millón de libras. *Vid*. el Acuerdo de Marzo en *VPR*, vol. VII, 136-137 y la Convención de Septiembre en Martens, F. F., *op. cit*., vol. XI, 189-195. Para un enfoque general, *vid*. Sherwig, J. M., *op. cit*., 289-292; Orlov, A., 2005, 255-259 y 263-265. <<

[31] Para los detalles, *vid*. Muir, R., 1996, 243-261 y 280-298; Chamberlain, M. E., 1999, 41-59; Seton-Watson, R. W., 1968, 31-37; Ward, A. W. y Gooch, G. P., 1922, 392-428. <<

[32] Puede consultarse el texto en Oncken, W., 1879, vol. II, 636-637. <<

[33] «Une paix continentale bonne», en *ibid*., vol. II, 644. <<

[34] «Le Minimum des pretentions», en *ibid*., vol. II, 644. <<

[35] Metternich, K. W. L., Fürst von, 1880, vol. I, 135-154; Kraehe, E. E., 1983, vol. I, 176-178; Schroeder, P. W., *op. cit*., 470-472; Martens, F. F., *op. cit*., vol. III, 92-100; *VPR*, vol. VII, 237-238, 259-263, 275-276 y 733-737; Oncken, W., 1879, vol. II, 649-679. <<

[36] Metternich, K. W. L., Fürst von, *op. cit*., vol. I, 147; Fain, A. J. F., *op. cit*., vol. II, 34-44. <<

[37] El Protocolo de Reichenbach exigía el fin del control francés del Gran Ducado de Varsovia y el reparto de este; la restauración de Prusia y su expansión hacia el este; la devolución de la costa del Adriático (Iliria) a Austria y la independencia de las ciudades hanseáticas de la Alemania septentrional. En caso de que Napoleón rechazara estas condiciones, Austria se incorporaría a la Sexta Coalición con al menos 150 000 efectivos y lucharía para alcanzar el programa de máximos formulado por Hardenberg y Nesselrode. <<

[38] Carta del Comité Secreto de la Compañía al gobernador general de Bengala, en la East India House, el 18 de junio de 1798, citada en Al-Otabi, M., 1989, 65. <<

[39] Schroeder, P. W., *op. cit.*, 460 y 472. <<

[40] Nesselrode, K., 1865, 559. Véase también Napoleón a Ney, 4 de agosto de 1813, en *CN*, vol. XXVI, 2-3; Zamoyski, A., 2007, 82; Sorel, A., 1897-1904, vol. VIII, 154. Para un debate más profundo, *vid*. Martens, F. F., *op. cit.*, vol. III, 110-115; *VPR*, vol. VII, 283-292, 299, 324-330, 343-345, 740-743, 746-747, 748 y 754. <<

[41] En sus memorias, Metternich se pinta a sí mismo guiando a Napoleón hacia su destrucción mediante una diplomacia sutil y clarividente. Según esta versión, las negociaciones de paz de Austria no fueron sinceras y solo trataban de ganar tiempo para completar la movilización y de adjudicar a Napoleón el papel de instigador de la guerra. Sin embargo, la correspondencia diplomática austriaca de la primavera y el verano de 1813 demuestra que Metternich trataba sinceramente de llegar a una paz negociada que habría perpetuado el régimen napoleónico en Francia, aunque con ciertas limitaciones. <<

[42] Una de las razones por las que Napoleón retrasó la respuesta a las ofertas aliadas fue su visita de diez días (del 25 de julio al 4 de agosto) a Maguncia para encontrarse con la emperatriz María Luisa. El propósito de la visita fue, según le explicó a Caulaincourt, «darle otro hijo a la emperatriz». Por llamativo que resulte ver a Napoleón abandonar unas negociaciones cruciales para tener relaciones íntimas con su esposa, este encuentro tenía un objeto político: «Un segundo heredero varón habría reforzado su posición diplomática. El verdadero propósito de Napoleón era, de forma simultánea, afirmar su libertad de acción a pesar de las negociaciones en curso y aumentar la presión sobre las demás

potencias para obtener concesiones en el último minuto». Price, M., 2014, 98. <<

[43] Roberts, A., 2014, 659. <<

[44] Para más detalles, *vid*. Price, M., *op. cit*., 93-94 y 109-110. <<

[45] El Ducado de Varsovia debía disolverse y dividirse entre Rusia, Austria y Prusia. Esta última recibiría Danzig, mientras que Hamburgo y Lübeck se convertirían en ciudades independientes y el resto de las conquistas francesas en el norte de Alemania se devolverían al alcanzarse la paz general. Francia renunciaría al protectorado de la Confederación del Rin, Prusia se agrandaría hasta una frontera defendible situada en el Elba, Austria recobraría Iliria y todos los Estados europeos, grandes y pequeños, firmarían una garantía de seguridad mutua. Sorel, A., *op. cit*., vol. VIII, 171-172. <<

[46] De una conversación de Napoleón con Caulaincourt mientras viajaban de Smorgoni a París, en diciembre de 1812. Caulaincourt, A. de, 1935, 298. <<

[47] Los términos del armisticio concedían otra semana, una vez expirada la tregua el día 10, para que los ejércitos se prepararan para la guerra. Napoleón pensaba que los aliados estarían dispuestos a considerar su respuesta durante ese lapso. Metternich fue informado de la respuesta francesa el 10 de agosto, pero no la comunicó a los representantes aliados hasta que la contestación formal de Napoleón llegó al día siguiente. <<

[48] Kraehe, E. E., *op. cit*., vol. I, 183-184. <<

[49] Declaración de guerra austriaca, 12 de agosto de 1813, en *British and Foreign State Papers*, 1841, vol. I, parte 1.ª, 810-822. <<

[50] *Vid*. Oman, C. A., 1902-1930, vol. 6; Cayuela Fernańdez, J. G. y Gallego Palomares, J. Á., 2008, 471-492; Muir, R., 2013, 517-532 y 537-565. <<

[51] El cuarto ejército aliado, el Ejército de Polonia (con 57 000 efectivos) comandado por el general Bennigsen, todavía se estaba formando, pero se esperaba su incorporación a la campaña en septiembre. <<

[52] Acerca del plan de Trachenberg, *vid*. Leggiere, M. V., 2015, vol. II, 23-60; Sked, A., 2011, 40-43; Petre, F. L., 1912, 181-184; Horstenau, E. G. von, 1913, vol. III, 3-6. <<

[53] Leggiere, M. V., 2002, 160-176; Eidahl, K. O., 1990, 349-356; Eidahl, K. O., 1995, 395-403. <<

[54] Leggiere, M. V., 2015, vol. II, 235-286. <<

[55] Chandler, D., 1966, 904-911. <<

[56] Moreau a su esposa, s. f., en Bonaparte, N., 1884, vol. III, 266. <<

[57] Leggiere, M. V., 2002, 189-211; Chandler, D., *op. cit*., 911-915; Bogdánovich, M., 1863, vol. II, 195-279. <<

[58] Leggiere, M. V., 2015, vol. II, 605-618. <<

[59] Leggiere, M. V., 2002, 275. <<

[60] Si se busca un relato en profundidad de la batalla, *vid*. Colson, B., 2013; Leggiere, M. V., 2015, vol. II, 624-658. Para una mirada más somera, *vid*. Calvet, S., 2015; Maude, F. N., 1908, 254-264; Hofschröer, P., 1993; Smith, Di., 2001. En la conmoción de la retirada, al general francés Chateau le llamó la atención «un hombre de peculiar atuendo y acompañado por solo una pequeña escolta; silbaba la canción *Mambrú se fue a la guerra*, pero estaba ensimismado en sus pensamientos. Chateau pensó que se trataba de un burgués y estuvo a punto de hacerle una pregunta [...]. Pero se trababa del propio emperador, quien, con su habitual compostura, parecía completamente aislado de las escenas de destrucción que lo rodeaban». Jomini, H. de, 1886, vol. II, 207 (nota). <<

[61] El acuerdo especificaba que la mitad del contingente debía estar formada por tropas de línea y la otra por Landwehr o mili-

cias. También se permitía la formación de cuerpos de voluntarios y se organizaba la Landsturm en todos los territorios que pudieran necesitar precauciones extraordinarias. Para los detalles, *vid*. *VPR*, vol. VII, 453-466; Martens, F. F., *op*. *cit*., vol. VII, 136-137 y 140-152. <<

[62] Kraehe, E. E., *op*. *cit*., 219-249; Schroeder, P. W., *op*. *cit*., 478-484; *VPR*, vol. VII, 452-466, 483 y 486-491; Martens, F. F., *op*. *cit*., vol. VII, 115-136. <<

[63] «Bonaparte es un canalla; hay que matarlo –se dice que Bernadotte afirmó en una ocasión–. Mientras viva, será la maldición del mundo. No debe haber emperadores, ese no es un título francés. Francia necesita un rey, pero soldado. La dinastía Borbón está agotada y no regresará nunca. ¿Quién podría irles mejor a los franceses que yo?». Sorel, A., *op*. *cit*., vol. VIII, 190. Véase también Pingaud, L., 1901, 220-303. <<

[64] *Vid*. Leggiere, M. V., 2002, 293-294. <<

[65] Fain, A. J. F., *op*. *cit*., 7. <<

[66] Savary, A.-J.-M.-R., 1828, vol. VI, 239. Napoleón probó un par de tretas diplomáticas de su cosecha. En noviembre de 1813, anunció inopinadamente la restauración de Fernando VII en el trono de España, aunque con la condición de que las Cortes españolas, que controlaban el país, mantuvieran a España fuera de la guerra. En diciembre, Napoleón también liberó al papa Pío VII, con la esperanza de que su vuelta a Italia perturbaría y complicaría los planes austriacos para recuperar el control de la península. Ninguna de estas dos maniobras funcionó. <<

[67] *Vid*. la comunicación oficial al embajador ruso en Londres, 19 de enero de 1805, en Webster, C. K., 1921, 389-394. <<

[68] Memorando del gabinete, 26 de diciembre de 1813, en Phillips, W. A., 1914, 65-66. <<

[69] «No puedo dejar de volver a llamar la atención a Vuestra Señoría acerca de la importancia de despertar la mente del empe-

rador [ruso], por sus propios intereses y también por los nuestros, a la necesidad de excluir perentoriamente de las negociaciones generales cualquier asunto marítimo. Si no lo hace, correrá el riesgo de provocar un desencuentro similar entre las potencias sobre las que descansa ahora la salvaguarda de Europa. Pueden dejar a Gran Bretaña fuera de un congreso, pero no sin sus derechos marítimos. Si las potencias continentales conocen sus propios intereses, no correrán ese riesgo». Castlereagh a Cathcart, 14 de julio de 1813, en Webster, C. K., 1921, 14. <<

[70] Para profundizar, *vid*. la correspondencia de Castlereagh en *ibid*. y el análisis de Bew, J., 2012, 319-351 y Schroeder, P. W., 1998. <<

[71] Para la cita completa, *vid*. Vane, C. W., marqués de Londonderry, 1830, 255-256. <<

[72] Napoleón, obviamente, se puso fuera de sí al recibir la noticia: «La conducta del Rey de Nápoles es infame y la de la Reina [Carolina] no tiene nombre. Espero vivir bastante para poder vengarme a mí mismo y a Francia por semejante afrenta y por tan horrible ingratitud». Napoleón a Fouché, 13 de febrero de 1814, en *CN*, vol. XVII, 157. <<

[73] Leggiere, M. V., 2007, 269-333; Weil, M. H., 1891, vol. I, 33-341; Muir, R., 2013, 552-565; A. Mikaberidze (ed. y trad.), «The Liberation of the Netherlands (November-December 1813): From the Mémoires du comte Alexandre Benckendorf», en *The Napoleon Series* [**http://www.napoleon-series.org/research/russianarchives/c_netherlands.html**]. <<

[74] Houssaye, H., 1914, 24, nos ofrece una visión exaltada de los «marialuisas». Para una revisión crítica de la perspectiva de Houssaye, *vid*. Esdaile, C. J., 2016, 83-84. <<

[75] Pasquier, É.-D., 1893, vol. II, 117-129. <<

[76] Cita extraída de Leggiere, M. V., 2007, vol. I, 82. Partes de su discurso aparecen también en otras fuentes –Herold, C.,

2003, 375; Markham, F., 1963, 209; Ashby, R., 2010, 30–, aunque las palabras concretas varían ligeramente en estas transcripciones. <<

[77] Parte de una conversación de Napoleón con el banquero alemán Bethmann, citada en Fournier, A., 1911, 330. <<

[78] Cita extraída de *ibid*., 331. <<

[79] Pasquier, É.-D., *op. cit*., vol. II, 99. Hallamos una versión ligeramente distinta en Beauchamp, A. de, 1816, vol. I, 43. <<

[80] Leggiere, M. V., 2014, 324-325; Weil, M. H., *op. cit*., vol. I, 342-425 y 458-507. <<

[81] Webster, C. K., 1924, 206; Leggiere, M. V., 2007, vol. I, 534-554. <<

[82] *Vid*. *SIRIO* 31 (1880), 369-371; Castlereagh a Liverpool, 18 de febrero de 1814 (adjuntando la carta de Lieven a Nesselrode); Castlereagh a Clancarty, 20 de febrero de 1814, en Stewart, R., *op. cit*., vol. IX, 266-273 y 284-285; «Extrait des Mémoires de la Princesse Lieven», en Mijáilovich, N., gran duque (ed.), 1910, 225-227. <<

[83] Kraehe, E. E., *op. cit*., vol. 288-294. <<

[84] Leggiere, M. V., 2007, 534-554. <<

[85] Oncken, W., 1886, vol. VI, 5-19. <<

[86] Houssaye, H., 1895, 59-86; Bogdánovich, M., 1865, vol. I, 176-255; Weil, M. H., *op. cit*., vol. II, 139-221 y 274-346. <<

[87] Castlereagh a Liverpool, 26 de febrero de 1814, en Webster, C. K., 1921, 160-161. <<

[88] El texto del tratado se encuentra en *The Napoleon Series* [**http://www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_chaumont.html**]. Para su análisis, *vid*. Fournier, A., 1900, 105-125. <<

[89] Castlereagh a Liverpool, 10 de marzo de 1814, citada en Webster, C. K., 1919, 32. <<

[90] Houssaye, H., 1885; Bogdánovich, M., 1865, vol. I, 289-308; Mikaberidze, A. (ed.), 2014, 128-144. <<

[91] Napoleón al rey José, 5 de marzo de 1814, en *CN*, vol. XXVII, 288. En una carta a su ministro de Guerra, el emperador francés exigía: «Dejad que ese miserable [el comandante de Soissons] sea arrestado junto con los miembros de su consejo de guerra; dejad que sea encausado por una comisión militar formada por generales y, por amor de Dios, actuad de modo que todos sean fusilados antes de veinticuatro horas en la plaza de Grève. Es hora de hacer escarmientos. Que la causa de la sentencia sea completamente explicada, impresa y distribuida por todas partes». Moreau tuvo suerte de que la guerra acabara antes de que pudiera procesarlo un tribunal militar y pudo disfrutar después de un retiro tranquilo. Napoleón a Clarke, 5 de marzo de 1814, en A. Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, Bruxelles, Librairie de J. B. Tarride, 1860, vol. X, 35. <<

[92] Un historiador francés llega incluso a pretender que, junto a la batalla de Waterloo, ¡la capitulación de Soissons fue el mayor desastre de la historia de Francia! Thiers, A., 1845-1862, vol. XVIII, 42. Clausewitz restó importancia al suceso y opinó en contra de la «importancia exagerada que siempre se atribuye a la toma de esta plaza [Soissons]». Clausewitz, K. von, 1900, 175. <<

[93] Bogdánovich, M., 1865, vol. I, 330-350; Houssaye, H., 1895, 167-232; Weil, M. H., *op. cit.*, vol. III, 148-245; Mikaberidze, A. (ed.), *op. cit.*, 145-160. <<

[94] Muir, R., 2013, 566-576. <<

[95] Bogdánovich, M., 1865, vol. I, 351-364; Mikaberidze, A. (ed.), *op. cit.*, 161-199; Weil, M. H., *op. cit.*, vol. III, 263-271. <<

[96] Weil, M. H., *op. cit.*, vol. III, 424-447. <<

[97] Wellington derrotó a los franceses en Toulouse el 10 de abril de 1814. Muir, R., 2013, vol. I, 578-584; Vela Santiago,

F., 2014. <<

[98] Excelente aproximación en Lentz, T., 1814. En el relato tradicional que solemos encontrar, los mariscales, encabezados por Ney, Lefebvre y Moncey, se enfrentaron a Napoleón y, en una conversación tormentosa, rechazaron su propuesta de continuar la lucha. Le dijeron con crudeza que «el ejército obedecerá a sus jefes». Supuestamente, entonces Napoleón tomó una hoja de papel y escribió una declaración en la que accedía a abdicar. Lentz ha demostrado que esto es, en gran medida, incierto. <<

[99] Campbell, N., 1869, 190-191; Waldburg-Truchsess, F. L. von, 1815, 24-25. <<

[100] Artículo 1, «Constitutional Statute», 30 de mayo de 1814, en *The Napoleon Series* [**http://www.napoleon-series.org/research/government/diplomatic/c_paris1.html**]. <<

[101] Artículo 2, «Constitutional Statute», 30 de mayo de 1814. <<

[102] Para reforzar a los vecinos de Francia, Holanda fue agrandada mediante la anexión de Bélgica, Luxemburgo y una franja de terreno junto a la orilla izquierda del Rin. La entidad confederada suiza fue restablecida a sus «antiguos dominios», pero también obligada a entregar Saboya a Francia. El monarca sardo fue compensado con Génova. <<

[103] Artículo 1, «Separate and Secret Articles between France and Great Britain, Austria, Prussia, and Russia», 30 de mayo de 1814. <<

[104] Latimer, J., 2007, 177-184; Hickey, D. R., 2012, 128-131; Palmer, M. A., 1988. <<

[105] Latimer, J., *op. cit.*, 184-192. <<

[106] Owsley, F. L., 1972. <<

[107] Para una perspectiva actual, *vid.* la introducción y ensayos de Robert G. Thrower, Gregory E. Dowd, Robert P. Collins,

Kathryn E. Holland Braund y Gregory Waselkov en Braund, K. E. H. (ed.), 2012. <<

[108] Acerca de los detalles, *vid*. Halbert, H. S., Ball, T. H., 1995; Owsley, F. L., 2000; Kanon, T., 2014, 56-119. <<

[109] Fueron transferidas 7,7 millones de hectáreas adicionales a los cheroquis, que estuvieron aliados a los estadounidenses durante la guerra. <<

[110] Graves, D. E., 2001. <<

[111] Durante la guerra, Estados Unidos reclutó alrededor de 110 000 voluntarios en las tropas federales, 3049 *rangers* y 458 463 milicianos, casi la mitad de ellos (197 653) en el año 1814. *Vid*. Graves, D. E., 2001, 17-18; Stagg, J. C. A., 1986. <<

[112] Latimer, J., *op. cit*., 282-286; Kimball, J., 1967. <<

[113] Graves, D. E., 2014. <<

[114] Para más detalle, *vid*. Graves, D. E., 2003, 6-12. <<

[115] Latimer, J., *op. cit*., 345-368; Borneman, W. R., 2007, 199-215. Véase también Everest, A. S., 1981. Wellington, cuando le pidieron su opinión del teatro norteamericano, indicó: «La defensa de Canadá [...] depende de la navegación por los lagos [...]. Toda acción ofensiva basada en Canadá deberá estar precedida por el establecimiento de la superioridad naval en los lagos». Wellington al conde Bathurst, 22 de febrero de 1814, en Wellington, A., 1834-1839, vol. XI, 525. <<

[116] Borneman, W. R., *op. cit*., 216-248. <<

[117] Hickey, D. R., 2015; Remini, R. V., 2001; Reilly, R., 1974. <<

[118] Carr, J. A., 1979, 273-282. <<

[119] Contrariamente a lo que se suele pensar, la firma de la Paz de Gante el 24 de diciembre no puso fin a la guerra. El artículo I del tratado estipulaba que no se suspenderían todas las hostilidades hasta que el tratado fuera ratificado por ambas partes. Gran

Bretaña lo ratificó tres días más tarde, pero hubo que esperar hasta el 16 de febrero de 1815 –es decir, cinco semanas tras la batalla– para que el Congreso estadounidense hiciera lo propio. <<

[120] Estados Unidos obtuvo Mobile y una franja de la Florida Occidental que abarcaba desde Pearl hasta el río Perdido, al sur del paralelo 31.°, un total aproximado de 15 500 km^2. <<

[121] *The Report of the Loyal and Patriotic Society of Upper Canada*, Montreal, William Gray, 1817, 353. <<

[122] *London Times*, 28 de diciembre de 1812. <<

[123] *Leeds Mercury*, 8 de agosto de 1812. <<

[1] Acerca de los festejos y el entorno social, *vid*. King, D., 2008; Zamoyski, A., 2007; Dallas, G., 1996; Zieseniss, C.-O., 1984; Gruner, W. D., 2014; Nicolson, H., 1974, 159-160. Encontramos los reportes de la policía originales y otros documentos en Weil, M.-H., 1917, vol. 1; Fournier, A. (ed.), 1913. <<

[2] Castlereagh a Liverpool, 10 de marzo de 1814, en Webster, C. K., 1919, 51. <<

[3] Tratado de París, 30 de mayo de 1814, en *The Napoleon Series* [**http://www.napoleonseries.org/research/government/diplomatic/c_paris1.html**]. <<

[4] Cita tomada de Cooper, D., 2001, 28. <<

[5] Para un debate más reciente y equilibrado acerca del diplomático, *vid*. Waresquiel, E. de, 2006. Una aproximación más en profundidad en los cuatro tomos de Lacour-Gayet, G., 1930. <<

[6] Acerca de la biografía de Gentz, *vid*. Sweet, P. R., 1970. <<

[7] Nicolson, H., *op. cit*., 38. <<

[8] Para una valoración histórica de Metternich, *vid*. Sked, A., 2008. <<

[9] Hay que señalar que casi ninguno de los consejeros principales de Alejandro eran rusos, sino alemanes (Stein, Stakelberg y Nesselrode) o de origen polaco (Czartoryski) o suizo (Laharpe) o procedentes de Corfú (Capo d'Istria) o Córcega (Pozzo di Borgo). <<

[10] *Vid*. Bew, J., 2012, 558 y ss. A raíz del suicidio de Castlereagh en 1822, Lord Byron escribió un epigrama despectivo en torno a su figura: «Posterity will ne'er survey / A nobler grave than this: / Here lie the bones of Castlereagh: / Stop, traveler, and piss» [La posteridad nunca hallará / una tumba más noble que esta: / aquí yacen los huesos de Castlereagh: / detente, viajero, y mea], *The Works of Lord Byron*, R. E. Prothero (ed.), London, John Murray, 1904, vol. IV, 394. <<

[11] A menos que se indique otra cosa, mi exposición acerca del congreso está basada en Nicolson, H., *op. cit.*; Vick, B. E., 2014; Kraehe, E. E., 1983; Lentz, T., 2013; Jarrett, M., 2013; Sédouy, J.-A. de, 2003; Kissinger, H., 2000. <<

[12] Castlereagh a Liverpool, 24 de septiembre de 1814, en Webster, C. K., 1919, ap. I, 150. <<

[13] «Protocols of the Conference of Plenipotentiaries», 22 de septiembre de 1814, en *British and Foreign State Papers 1812-1814*, 1841, vol. II, 554-557. <<

[14] Para más detalle, *vid.* los memorandos en Webster, C. K., 1919, aps. II-V, 151-64. <<

[15] Nicolson, H., *op. cit.*, 141. <<

[16] Talleyrand al rey Luis XVIII, 4 de octubre de 1814, Talleyrand, C.-M. de, 1881, 10-24; memorando de Talleyrand del 1 de octubre de 1814, en *British and Foreign State Papers 1812-1814*, 1841, vol. II, 559-560. <<

[17] Alejandro a Czartoryski, 13 de enero de 1813, en Czartoryski, A. J., 1887, vol. II, 302-303. <<

[18] *VPR*, vol. VIII, 103-105. <<

[19] Acerca de la crisis polaco-sajona, *vid.* Vick, B. E., *op. cit.*, 278-320; Jarrett, M., *op. cit.*, 98-119; Webster, C. K., 1913. <<

[20] Los tratados de la alianza ruso-prusiana, firmados a principios de 1813, se basaban en el plan de intercambiar los territorios polacos de Prusia (conseguidos en 1792-1795) por toda Sajonia. <<

[21] Cathcart a Castlereagh, 16 de enero de 1814, en Stewart, R., 1848-1853, vol. IX, 171; Münster al príncipe regente, 23-25 de febrero, en Fournier, A., 1900, 302-303. También «Zur Vorgeschichte des Wiener Kongresses», en Fournier, A., 1908, vol. II, 295-298. <<

[22] Memorando del 20 de diciembre de 1814, en Angeberg, L. C., 1864, vol. I, 553. <<

[23] Kraehe, E. E., *op. cit.*, vol. II, 241-263. <<

[24] Talleyrand a Metternich, 19 de diciembre de 1814, en Angeberg, L. C., *op. cit.*, vol. I, 540-544. <<

[25] Castlereagh a Liverpool, 25 de diciembre de 1814, en Wellington, A., 1860, vol. IX, 511; Talleyrand al rey Luis XVIII, 28 de diciembre de 1814, en Talleyrand, C.-M., *op. cit.*, 198. <<

[26] Liverpool a Wellington, 23 de diciembre de 1814, en Wellington, A., *op. cit.*, vol. IX, 494. <<

[27] Castlereagh a Liverpool, 1 de enero de 1815, en Webster, C. K., 1913, 88-89. <<

[28] Rosenkrantz, N., 1953, 114; Humboldt, W. von, 1910, vol. IV, 441. <<

[29] Talleyrand a King, 25 de septiembre de 1814, en Talleyrand, C.-M., *op. cit.*, 3; Rosenkrantz, N., *op. cit.*, 125-126. <<

[30] Lord Apsley al conde de Bathurst, 5 de enero de 1815, en Bathurst, S. H., 1923, 320. <<

[31] Castlereagh a Liverpool, 2 de enero de 1815, en Wellington, A., *op. cit.*, vol. IX, 523. <<

[32] Talleyrand a Luis XVIII, 4 de enero de 1814, en Talleyrand, C.-M., *op. cit.*, 209. <<

[33] Liverpool a Castlereagh, 23 de diciembre de 1814, en Wellington, A., *op. cit.*, vol. IX, 498. <<

[34] Vick, B. E., *op. cit.*, 278-320; Jarrett, M., *op. cit.*, 94-130; Zamoyski, A., *op. cit.*, 385-419. Véase también Cooke a Liverpool, 2 de enero de 1815, en Wellington, A., *op. cit.*, vol. IX, 521. <<

[35] Cita extraída de Leggiere, M. V., 2014, 372. <<

[36] «Le Charte de 1814», en Cahen, L. y Mathiez, A., 1919, 11-19. <<

[37] Artículo 57, en «Le Charte de 1814», 18. <<

[38] Para un debate interesante de los errores de los Borbones, *vid*. Jardin, A. y Tudesq, A. J., 1973, 24-26. <<

[39] Tenemos un estudio reciente en Braude, M., 2018. <<

[40] Peyrusse, G. J. R., 1869, 277-278. <<

[41] «À l'Armée», 1 de marzo de 1815, en *CN*, vol. XXVIII, 4. Véanse también las proclamas al pueblo francés y a la Guardia Imperial en *CN*, XXVIII, 1-3 y 5-7. Para profundizar, *vid*. MacKenzie, N., 1982, 71-216; Houssaye, H., 1901, 200-269. <<

[42] *Vid*., por ejemplo, Oudinot, N. C., 1896, 295-296; Macdonald, E.-J.-J.-A., 1892, vol. II, 232-285. <<

[43] Los testimonios difieren acerca de las palabras exactas de Napoleón; la cita que incluimos está consagrada en la placa conmemorativa situada en Laffray. Napoleón sabía que no tenía gran cosa que temer de los soldados del 5.º Regimiento de Línea, que ya habían debatido entre ellos el cambio de bando y que se mostraban favorables a la causa imperial. Para los detalles, *vid*. Austin, P. B., 2002, 135-160; Houssaye, H., *op. cit*., 239-246. <<

[44] Orden del día, 13 de marzo de 1815, en *Trial of Marshal Ney, Prince of Moskwa, for High Treason* [...], London, E. Cox and Son, 1816, 45. <<

[45] Honoré de Balzac, «Le Medecin de Campagne», en *Oeuvres complètes de M. de Balzac*, J. A. Ducourneau (ed.), Paris, Furne, 1845, vol. XIII, 446. <<

[46] Mollien, F. N., 1898, vol. III, 419. <<

[47] Molé, L.-M., 1922, vol. I, 208-209. <<

[48] De hecho, una de las primeras proclamas de Napoleón, dirigida el 6 de marzo a los habitantes de los departamentos alpinos, ya habla de su intención de remediar «todas las desigualdades», restablecer la igualdad de «todas las clases» y garantizar la propiedad privada. *Vid*. *CN*, vol. XXVIII, 7. <<

[49] Rapp, J., 1823, 282. <<

[50] Discurso de Napoleón en el Consejo de Estado, 26 de marzo de 1815, en *CN*, vol. XXVIII, 36; «Acte additionnel aux constitutions du Premier Empire», AN AE/II/1577. <<

[51] *Vid*. la excelente aproximación de Alexander, R. S., 1991. <<

[52] Gourgaud, G., 1904, 192. <<

[53] Discurso de Napoleón a las Cámaras, 11 de junio de 1815, en *CN*, vol. XXVIII, 312-313. <<

[54] Acerca del bonapartismo popular en 1815, *vid*. Bluche, F., 1980, 95-122. <<

[55] Metternich, K. W. L., Fürst von, 1880, vol. I, 255. <<

[56] Murat se puso en marcha a toda prisa hacia el norte y fue puesto en fuga por los austriacos en Tolentino, el 3 de mayo. A su llegada al sur de Francia como refugiado, Napoleón no quiso verlo ni darle ningún empleo. <<

[57] «Ordre du Jour», 13 de junio de 1815, en *CN*, n.º 22049, vol. XXVIII, 320-322. <<

[58] Napoleón a Ney, 16 de junio de 1815, en *CN*, n.º 22058, vol. XXVIII, 335. <<

[59] El capitán Bowles a lord Fitzharris, 19 de junio de 1815, en Malmesbury, J. H., 1870, vol. II, 445-446. <<

[60] Leggiere, M. V., *op. cit*., 388-404; Hofschröer, P., 2005, 73-91; Uffindell, A., 1994. <<

[61] Para una excelente aproximación basada en las fuentes británicas y holandesas, *vid*. Muilwijk, E., 2013. Para el bando francés, *vid*. Dawson, P. L., 2017b. <<

[62] Becke, A. F., 1995, 134. <<

[63] Se ha escrito más acerca de Waterloo que de cualquier otra batalla de las Guerras Napoleónicas. Los siguientes estudios me han sido de utilidad: Esdaile, C. J., 2016b; Dawson, P. L., 2018;

Field, A., 2017; Forrest, A., 2015; Adkin, M., 2001; Weller, J., 1992; Houssaye, H., *op. cit.* Para un estudio al detalle de la batalla, *vid.* Simms, B., 2015. En lo que atañe a testimonios presenciales, son indispensables los volúmenes de Glover, G., 2010-2014. Similar utilidad tiene su trabajo más conciso de 2014. Acerca de las aportaciones holandesa y belga, en general ignoradas, *vid.* Muilwijk, E., 2014. Acerca de la forma en que se ha recordado la batalla, *vid.* Fitzpatrick, T., 2019. <<

[64] Cita extraída de Muir, R., 2015, 63. <<

[65] Disponemos de una aproximación reciente en Dawson, P. L., 2017. <<

[66] La aproximación al general Pierre Jacques Étienne Cambronne y a la célebre historia de la última posición de la Guardia Imperial más reciente se encuentra en el estudio revisionista de Calvet, S., 2015b. <<

[67] Metternich, K. W. L. Fürst von, *op. cit.*, vol. II, 602. <<

[68] Haydon, B. R., 1853, vol. I, 239. <<

[69] Napoleón a José, 19 de junio de 1815, en Bonaparte, N., 1897, vol. II, 357-358. <<

[70] Caulaincourt, A. A. L. de, 1838, vol. II, 173. <<

[71] Napoleón al príncipe regente de Gran Bretaña, 14 de julio de 1815, en *CN*, vol. XXVIII, 348. *Vid.* Vial, C.-É., 2015; Markham, J. D., 2008, 101-123. <<

[72] *Vid.* Thornton, M. J., 1968, en especial 124-160; Brunyee, P., 2009. <<

[1] El texto del Acta Final se puede consultar en *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 71 y ss. <<

[2] Pradt, D. de, 1819, 236. <<

[3] Kraehe, E. E., 1992. Además de la gran obra de Paul W. Schroeder, «The Transformation of European Politics, 1763-1848», *vid*. sus artículos de 1975 y 1992. El ejemplo más reciente de reevaluación del sistema del Congreso de Viena se encuentra en Graaf, B. de, Haan, I. de y Vick, B. E. (eds.), 2019. <<

[4] Los trabajos de Wolf Gruner han servido para subrayar el papel de los Estados alemanes medianos en las relaciones internacionales posnapoleónicas. *Vid*. Wolf, W. D., 2012 y 2014. También su aproximación revisionista al Congreso de Viena en «Was There a Reformed Balance of Power System or Cooperative Great Power Hegemony», *American Historical Review* 97, 725-732. <<

[5] Para más detalle, *vid*. Black, J. L., 1975. <<

[6] Acerca del acuerdo polaco, *vid*. los artículos 1 a 12 y acerca del compromiso pruso-sajón, *vid*. los artículos 15-25 del Acta Final. <<

[7] Cita extraída de Phillips, W. A., 1914, 138-139. <<

[8] Artículo 1, «Definitive Treaty Between Great Britain, Austria, Prussia and Russia, and France, November 20, 1815», en *Britain and Foreign State Papers*, 1839, vol. III, 284-287. <<

[9] *Vid*. el artículo 4 del «Treaty of Paris, and Convention between Britain, Austria, Prussia and Russia, and France, Relative to the Pecuniary Indemnity to be Paid by France to the Allied Powers, November 20, 1815» [Tratado de París y Convención entre Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia y Francia, relativa a la indemnización pecuniaria que Francia deberá pagar a las potencias aliadas, 2 de noviembre de 1815], en *Britain and Foreign State Papers*, vol. III, 293-298; «Convention Between Britain, Austria, Prussia and Russia, and France, Relative to the Occupa-

tion of a Military Line in France by an Allied Army, November 20, 1815» [Convención entre Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia y Francia, relativa a la ocupación de una línea militar en Francia por parte de un ejército aliado, 20 de noviembre de 1815], en *Britain and Foreign State Papers*, vol. III, 298-305. Para un debate en profundidad acerca de la ocupación de Francia por los aliados, *vid*. Haynes, C., 2018. <<

[10] En torno a los Bonaparte después de Napoleón, *vid*. Branda, P. (ed.), 2018; Stackton, D., 1967. <<

[11] *Vid*. Blaufarb, R., 2005; Saugera, E., 2011. <<

[12] White, E. N., 2001, 339. <<

[13] Un historiador británico señaló que, después de las Guerras Napoleónicas, Gran Bretaña, «que era la vencedora, se encontró en la curiosa posición de padecer una deuda mucho más pesada que Francia, que había perdido». Clapham, J. H., 1920, 321; Clapham, J. H., 1968, 121-122. Para una comparativa de las finanzas (y la deuda) de Gran Bretaña y de Francia, *vid*. Bordo, M. D. y White, E. N., 1991. <<

[14] Veve, T. D., 1992, 138-140; Haynes, C., *op. cit*., 219-224. <<

[15] Acta 10, «Treaty between the King of the Netherlands, Prussia, England, Austria and Russia», 31 de mayo de 1815, en *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 175-180. Véanse también los artículos 65-73 del Acta Final del Congreso de Viena. <<

[16] Acta 11, «Declaration of the Powers on the Affairs of the Helvetic Confederacy», 20 de marzo de 1815; «Act of Accession of the Swiss Diet», 27 de mayo de 1815, en *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 182-188. Véanse también los artículos 74-84 del Acta Final del Congreso de Viena. <<

[17] Actas 12, 13 y 14 en *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 188-200. Véanse también los artículos 85-91 del Acta

Final del Congreso de Viena. <<

[18] Artículos 65-73 del Acta Final del Congreso de Viena. <<

[19] Acta 9, artículo 2, «Federative Constitution of Germany», 8 de junio de 1815, *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 168. Véase también el artículo 63 del Acta Final del Congreso de Viena: «El Acta fue firmada en un primer momento por 38 plenipotenciarios de 34 principados y cuatro ciudades libres; el 39.º Estado, Hesse-Homburg, se añadió en 1817». <<

[20] Acta 9, artículo 11, «Federative Constitution of Germany», 8 de junio de 1815, *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 170. <<

[21] *Vid*. los artículos 53-64 del Acta Final del Congreso de Viena. <<

[22] *Vid*. Wolf, W. D., 2012; Williamson, D. G., 2005, 17-39; Tipton, F. B., 2003, 1-58. <<

[23] Derry, T. K., 1979, 211-215. <<

[24] Acta 15, «Declaration of the Powers on the Abolition of the Slave Trade» [Declaración de las potencias sobre la abolición del comercio de esclavos], 8 de febrero de 1815, en *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 200-201. <<

[25] Acta 16, «Regulations for the Free Navigation of Rivers» [Normativa para la libre navegación de los ríos], en *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 202-214. <<

[26] Acta 17, «Regulations Concerning the Precedence of Diplomatic Agents» [Normativa concerniente a la precedencia de los agentes diplomáticos], *Hansard's Parliamentary Debates*, vol. XXXII, 214-215. <<

[27] El vizconde Castlereagh a lord Liverpool, 28 de septiembre de 1815, en Yonge, C. D., 1868, vol. II, 229; Metternich, C. W. L. Fürst von, 1880, vol. I, 165. <<

[28] El Tratado de la Santa Alianza, 26 de septiembre de 1815, en *Britain and Foreign State Papers*, vol. III, 211. <<

[29] *Vid*. el excelente debate en de Graaf, B. de, Haan, I. de, Vick, B. E. (eds.), *op. cit.*; Graaf, B., 2018; Zamoyski, A., 2015. <<

[30] La aproximación más reciente a las consecuencias y los costes de la guerra es la de Forrest, A., Hagemann, K. y Rowe, M. (eds.), 2016. <<

[31] Para una aproximación en profundidad a la historiografía y los datos, *vid*. Houdaille, J., 1972. Como exposición concisa, *vid*. Rouanet, D., 2013, 56-59. <<

[32] Haydon, B. R., 1853, vol. I, 238-239; Fellowes, W. D., 1815, 22. <<

[33] Esta cifra incluye tanto las bajas británicas como las extranjeras. *Vid*. Fortescue, J. W., 1909, 291; Hodge, W. B., 1856, 264-265. <<

[34] Robson, M., 2014, 156. <<

[35] Fortescue, J., W., 1906-1930, vol. IV, parte 1.ª, 565; Duffy, M., 1987. <<

[36] Burnham, R. y McGuigan, R., 2010, 213-214; Bamford, A., 2014, 220-222 y 303-304. <<

[37] Smallman-Raynor, M. R. y Cliff, A. D., 2004, 107-109. <<

[38] Bagratión al Noble Estado de Valaquia, 8 de febrero de 1810, en *Bagration v Dunaiskij kniazhestvaj: Sbornik Dokumentov*, Chişinău, 1949, 76. <<

[39] McFarlane, A., 2014, 293. <<

[40] Harvey, R., 2002, 192. <<

[41] Mikaberidze, A. (trad. y ed.), 2011, 151, 154. <<

[42] Entre otras grandes erupciones encontramos la de 1808-1809 en su sudoeste del océano Pacífico; las erupciones, en 1812, del volcán La Soufrière en la isla caribeña de San Vicente y

del Awu en las islas Sangihe (en las Indias Orientales Neerlandesas); la erupción, en 1813, del Suwanosejima en las islas Ryūkyū (en Japón); y la de 1814 del monte Mayón, en las Filipinas. Relato detallado de la erupción del Tambora en Wood, G. D'A., 2015. <<

[43] *Vid*. Post, J. D., 1977. <<

[44] Kuzic, K., 2007. <<

[45] Hueckel, G., 1973, 369. Véase también Gayer, A., Rostow, W. y Schwartz, A., 1953. <<

[46] Maddison, A., 2001, 95. <<

[47] O'Brien, P., K., 1989b, 383. <<

[48] *Vid*. Bulmer-Thomas, V., 2003; Davis, R., 1979. <<

[49] *Vid*. Bulbeck, D. *et al*., 1998. <<

[50] Webster, A., 1990. <<

[51] *Vid*. Eltis, D. y Walvin, J. (eds.), 1918. <<

[52] Por ejemplo, en 1830, Gran Bretaña sufrió los «Swing Riots», un levantamiento rural generalizado que se oponía al proceso de cercado y mecanización agrícola y que trataba de revertir el progresivo empobrecimiento y desposeimiento de la mano de obra del campo inglés. Por sus dimensiones, esta rebelión rural se asemejaba mucho a las revueltas del «Gran Terror» francés de 1789. Acerca de los detalles, *vid*. Archer, J. E., 2000, cap. 2. <<

[53] *Vid*. Haynes, C., *op. cit*. <<

[54] Anderson, M., 1979, 82; Attman, A., 1981, 196-197; Hopkirk, P., 1990, 102. <<

[55] *Vid*. Brewer, D., 2001; Diamandouros, N. (ed.), 1976; Finlay, G., 1971. <<

[56] José Fernando de Abascal, virrey del Perú, a Miguel de Lardizábal, secretario de Indias en Madrid, a 12 de octubre de

1815, Archivo General de Indias, Lima, Perú, 749, N. 76, 678. <<

[57] Acerca de los detalles, *vid*. Hamnett, B. R., 2000; Peralta Ruiz, V., 2002. <<

[58] Temperley, H., 1966, 584. <<

[59] Jackson a Monroe, 6 de enero de 1818, en Moser, H. D., Hoth, D. R. y Hoemann, G. H. (eds.), 1994, vol. IV, 167. <<

[60] *Treaty of Amity, Settlement, and Limits Between the United States of America and His Catholic Majesty, 1819* [Tratado de amistad, acuerdo y límites entre los Estados Unidos de América y Su Majestad Católica, 1819], disponible en The Avalon Project, Yale Law School [**http://avalon.law.yale.edu/19th_century/sp1819.asp**]. <<

[61] *Vid*. Sexton, J., 2011; Perkins, D., 1963. <<

[62] *Vid*. Hazareesingh, S., 2004 y 2004b. <<

[*1] N. del T.: La unidad monetaria francesa de la época era la libra (*livre*), reemplazada por el franco en 1795. No debe confundirse con la libra esterlina británica. <<

[*2] N. del T.: Asambleas provinciales del Antiguo Régimen francés. <<

[*3] N. del T.: Kartli es la denominación georgiana de la Iberia caucásica o asiática. <<

[*4] N. del T.: El concepto de suzeranía se ha empleado en ocasiones para describir la relación entre el Imperio otomano y sus regiones aledañas, o relaciones similares en otros lugares. Se diferencia de la soberanía en que el tributario posee cierta autonomía. <<

[*5] N. del T.: En el Ejército austriaco, rango de general de infantería, artillería o ingenieros. <<

[*6] N. del T.: El rango de mayor general, empleado por distintas naciones, era equivalente en algunos casos al general de brigada y en otros al de división. La paradoja de que el grado de mayor general esté por debajo del teniente general se debe a que, en origen, su denominación era «sargento mayor general». <<

[*7] N. del T.: Medida de grano antigua británica equivalente a ocho bushels o 0,3637 metros cúbicos. <<

[*8] N. del T.: En *Julio César*, Bruto se compara con un cordero, cuya ira es tan pasajera como la llama que produce un pedernal o encendedor, que rápido se enfría («a lamb that carried anger as a flint bears fire»). Acto IV, escena III. <<

[*9] N. del T.: Lit., «periodo montura»; periodo de transición. <<

[*10] N. del T.: El paso a dos o *pas-de-deux* es un baile en pareja que surgió en el *ballet* del siglo XVIII. <<

[*11] N. del T.: Lit., «Dieta del Reino». <<

[*12] N. del T.: De ascendencia alemana, su nombre completo en alemán era Friedrich Wilhelm von Buxhöwden. <<

[*13] N. del T.: Encargado de negocios. <<

[*14] N. del T.: Esta estrategia se basa en el efecto que una flota produce sobre la del enemigo por el mero hecho de existir, de preservarse. <<

[*15] N. del T.: Esta rada, frente al estuario de Charente que alberga el puerto de Rochefort, recibe el nombre de «Basque Roads» en la tradición inglesa. <<

[*16] N. del T.: Cada fanega (*bushel*) estadounidense equivale a un volumen de 35,2 litros. <<

[*17] N. del T.: En ese momento, la «Florida española» comprendía la Florida Occidental y la Florida Oriental, ambas bajo soberanía española. <<

[*18] N. del T.: El concepto exacto que usa el autor, «national security state», ha sido empleado por politólogos norteamericanos posteriores a la Segunda Guerra Mundial para definir a los Estados en los que la primacía del principio de la seguridad nacional aplasta a otros como la libertad individual o la privacidad. <<

[*19] N. del T.: Conviene recordar que en la tradición cultural angloparlante hay dos continentes americanos, América del Norte y América del Sur. <<

[*20] N. del T.: Conviene recordar que en la tradición cultural angloparlante hay dos continentes americanos, América del Norte y América del Sur. <<

ÍNDICE

Las Guerras Napoleónicas	2
Prefacio	6
Agradecimientos	16
1. El preludio revolucionario	24
2. El orden internacional del siglo XVIII	48
3. La Guerra de la Primera Coalición, 1792-1797	87
4. La construcción de la Grande Nation, 1797-1802	125
5. La Guerra de la Segunda Coalición y los orígenes del «Gran Juego»	147
6. Los ritos de la paz, 1801-1802	180
7. El camino hacia la guerra, 1802-1803	208
8. La ruptura, 1803	247
9. El elefante contra la ballena: Francia y Gran Bretaña en guerra, 1803-1804	288
10. Las conquistas del emperador, 1805-1807	313
11. «La guerra por otros medios»: Europa y el Sistema Continental	376
12. La lucha por España y Portugal, 1807-1812	397
13. El Gran Imperio, 1807-1812	460
14. El último triunfo del emperador	497
15. La «cuestión septentrional», 1807-1811	536
16. «Un imperio asediado»: los otomanos y las	591

Guerras Napoleónicas
17. La conexión kayar: Irán y las potencias europeas, 1804-1814 676
18. Expediciones británicas en ultramar, 1805-1810 715
19. El imperio oriental de Gran Bretaña, 1800-1815 745
20. ¿La «cuestión occidental»? La lucha por las Américas, 1808-1815 796
21. El punto de inflexión, 1812 833
22. La caída del Imperio francés 875
23. La guerra y la paz, 1814-1815 938
24. Las consecuencias de la Gran Guerra 975
Bibliografía 1019
Abreviaturas 1019
Archivos 1019
Publicaciones periódicas 1020
Fuentes primarias 1022
Fuentes secundarias 1039
Imágenes 1124
Notas 1192